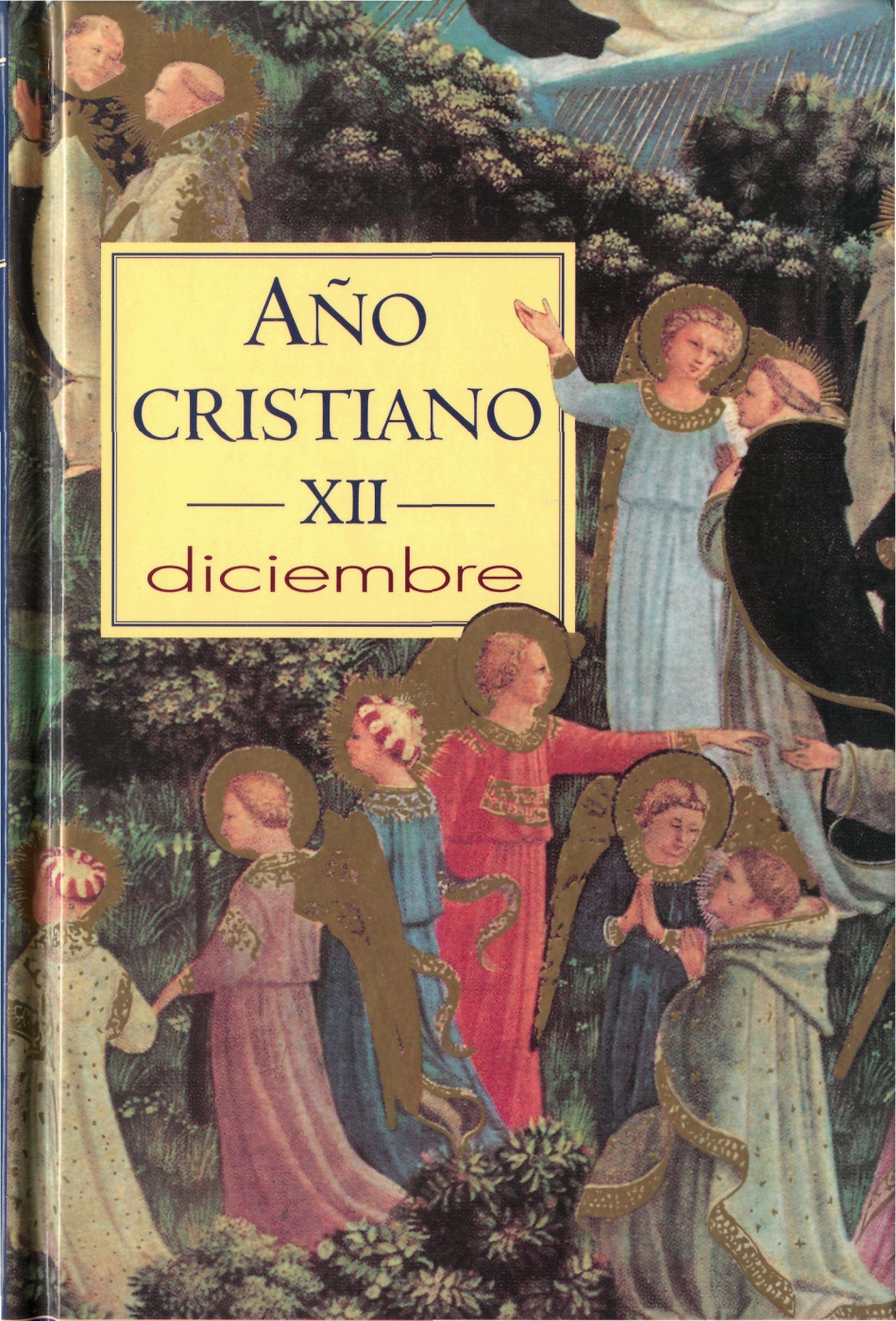


AÑO CRISTIANO

— XII —

diciembre

AÑO CRISTIANO

XII

Diciembre



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2006

XII

Diciembre

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2006
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-859-4 (Tomo XII)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de diciembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
FIESTAS MOVIBLES	805
APÉNDICE DEL VOLUMEN	829
DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	839
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	841
ÍNDICE ONOMÁSTICO DE COLABORADORES DEL VOLUMEN	843
APÉNDICE GENERAL AL AÑO CRISTIANO	845
ÍNDICE ONOMÁSTICO GENERAL	941

COLABORADORES

A) Biografías extensas

Alcántara Martínez, Pedro de, OFM
Artero, José
Ausejo, Serafín de, OFMCap
Blajot, Jorge, SI
Briceño, Manuel J., SI
Cabanelas, Darío, OFM
Castell Maiques, Vicente
Chico González, Pedro, FSC
Contreras y López de Ayala, Juan
Díaz Carbonell, Romualdo M.ª, OSB
Díaz Fernández, José María
Echeverría, Lamberto de
Fábrega Grau, Ángel
Ferri Chulio, Andrés de Sales
García Barberena, Tomás
Gavarrón, Matilde
Gómez Parente, Odilio, OFM
González Chaves, Alberto José
González Rodríguez, M.ª Encarnación
González Ruiz, Nicolás
Greenstock, David Lionel
Guillén, José
Jiménez Duque, Baldomero
Junco, Alfonso
Langa, Pedro, OSA
Lecea, Juan M.ª
Llabrés y Martorell, Pere-Joan
Llerena, Juan Manuel
Lopetegui, León, SI
Martín Abad, Joaquín
Martín Hernández, F.
Martínez Goñi, Faustino
Montalvillo, Julio
Núñez Uribe, Félix
Peraire Ferrer, Jacinto
Pérez de San Román, Javier
Pérez Suárez, Luis M., OSB (Leyre)
Portero, Luis

REPETTO BETES, José Luis
REVUELTA SAÑUDO, Manuel
RIBER, Lorenzo
RICARD, Robert
RIVERA RECIO, Juan Francisco
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
VALVERDE, José M.ª
VÁZQUEZ, Isaac, OFM
VELADO GRAÑA, Bernardo
VENY BALLESTER, Antonio, CR
VIZMANOS, Francisco de B., SI

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que ofrecen al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosilizada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente

el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las

verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de

tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo, cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las Iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, por ejemplo *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

XI

Diciembre

1 de diciembre

A) MARTIROLOGIO [1]

1. La conmemoración de San Nahún, profeta **.
2. En Milán (Transpadania), San Castriciano († s. III), obispo.
3. En Poitiers (Aquitania), Santa Florencia († s. IV), virgen.
4. En Fréjus (Provenza), San Leoncio († 433), obispo *.
5. En Le Mans (Neustria), San Domnolo († 581), obispo.
6. En Verdún (Austrasia), San Agerico († 588), obispo *.
7. En Noyon (Neustria), San Eloy o Eligio († 660), obispo **.
8. En Cotiniola (Emilia), Beato Antonio Bonfadini († 1482), presbítero, de la Orden de Menores *.
9. En Colchester (Inglaterra), Beato Juan Beche († 1539), presbítero, abad benedictino, martirizado por orden del rey Enrique VIII **.
10. En Londres (Inglaterra), santos Edmundo Campion **, Rodolfo Sherwin * y Alejandro Briant *, presbíteros, martirizados en 1591 bajo el reinado de Isabel I. El primero y el tercero eran religiosos de la Compañía de Jesús.
11. En York (Inglaterra), Beato Ricardo Langley († 1586), mártir bajo el reinado de Isabel I *.
12. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Casimiro Sykulski († 1941), presbítero y mártir*.
13. En Dire Dawa (Etiopía), Beata Liduina (Elisa Ángela) Meneguzzi († 1941), virgen, de Instituto de San Francisco de Sales **.
14. En Isiro (República Democrática del Congo), Beata Clementina (Anaurite) Nengapeta († 1964), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia, mártir **.
15. En Tamanrasset (Argelia), Beato Carlos de Foucauld († 1916), presbítero **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN NAHÚN
Profeta (Antiguo Testamento)

El nombre Nahún significa «el que consuela». Esta fue la misión del santo profeta: Levantar el ánimo de su pueblo sojuzgado entonces por los asirios y consolarlo con sus oráculos, que presentan vigorosamente la inexorable justicia de Dios en la historia.

Con certeras palabras señala esta misión el *Martirologio romano* actual en su elogio, a la cabecera de los santos recordados el 1 de diciembre: «Conmemoración del santo profeta Nahún: Proclamó, en su predicación, a Dios que rige la historia y juzga a las naciones con justicia».

El título de su breve escrito, «Oráculo sobre Nínive», nos señala también su lugar de origen: «Libro de la visión de Nahún de Elcós», probablemente en territorio judío, puesto que su ministerio se desarrolló en Judá, cuyas fiestas exhorta a celebrar (cf. 2,1) y casi seguro en la misma capital, Jerusalén.

Tal vez fue el único profeta que vivió durante el largo reinado de Manasés (698-643 a.C.). Nos pueden ayudar a situarlo con mayor precisión, dos acontecimientos históricos a los que se refiere explícitamente: la impresionante caída y ruina de Nínive, capital del imperio asirio, ocurrida en 612, y la anterior destrucción de Tebas, en Egipto (662 a.C.), que le sirve al profeta de recuerdo ejemplarizante, para escarmiento.

Los grandes imperios rivales de Asiria y Egipto oprimen a los pequeños reinos intermedios como Judá y se disputan su vasallaje.

La época más brillante de los asirios fue el reinado de Asurbanipal (668-626 a.C). Famoso por sus expediciones militares, que lograron la mayor expansión de su imperio, lo fue también por haber creado una inmensa biblioteca de textos literarios en su palacio de Nínive. Una de sus triunfales expediciones a Egipto concluyó el 662 con la terrible y memorable devastación de Tebas.

Pero, a la muerte de Asurbanipal el 626, o tal vez el 630, ya había comenzado el declive del imperio asirio. En Egipto, Psa-

mético I (664-610) había logrado reunir bajo su poder todo el territorio nacional y, hacia el 650, la gran nación asiria había tenido que abandonar Egipto.

En Judá, Manasés, sucesor de Ezequías, seguía sometido a Siria como un vasallo fiel, tolerando acantonar tropas asirias en su territorio. La Biblia da un juicio negativo sobre este rey de Judá porque permitió el culto a divinidades paganas, lo mismo que su hijo Amón, que fue asesinado en un complot de sus propios generales. El pueblo sentó en el trono a su hijo Josías de ocho años de edad. En estas circunstancias el imperio asirio declinaba rápidamente asediado por los caldeos, que conquistaron Babilonia el 625, capitaneados por Nabupolasar, independizando la ciudad definitivamente de Asiria.

En alianza con el rey de los medos, puso en graves aprietos a los asirios hasta llegar a la destrucción de Nínive, la capital del imperio, el año 612 a.C.

Comparando estos dos acontecimientos históricos de tanto relieve, aludidos por el profeta, se podrá datar la predicación y la obra literaria de Nahún entre los años 668 y 654 a.C., fechas que abarcan, desde la destrucción de Tebas hasta la de su restauración posterior. Según esta probable datación, vivió Nahún poco antes de la destrucción de Nínive anunciándola proféticamente, después de haber criticado con dureza la indigna sumisión de Manasés.

El profeta Nahún es también un gran poeta, de inspiración y nobleza cercanas a las de Isaías. Su estilo es vibrante; su poesía exquisita; sus descripciones vivas, con la técnica de un pintor expresionista. Nadie como él ha sabido evocar el asalto y derrota de una gran ciudad, el pánico, la agitación. Ninguno se ha atrevido a acumular la serie alucinante de adjetivos y de imágenes metafóricas.

El poema de Nahún canta esa grande y terrible fecha de la historia universal, el año 612, cuando caldeos y medos toman por asalto la gran urbe, Nínive, que había descargado su crueldad sobre tantos pueblos, hasta hacerse proverbial.

Desaparece Asiria, retorna Babilonia, y se anuncia una nueva potencia e imperio: Media.

Describiendo con exaltada pasión la caída del gran imperio, Nahún está cantando al Señor de la historia que hace sonar su

hora a los poderosos de este mundo. Se siente vibrar aquí toda la pasión de Israel contra el enemigo hereditario y secular: el pueblo de Asur. Y recoge el canto de la esperanza que despierta su caída.

La profecía de Nahún se abre con un salmo alfabético incompleto. Aclama el poder de Dios, único y supremo Juez que salva a su pueblo y golpea a sus enemigos. Se hace patente en la naturaleza y se manifiesta ahora en la historia protegiendo a Israel y castigando a sus enemigos.

> «¡Dios celoso y vengador Yahvé,
> vengador Yahvé y rico en ira!
> Se venga Yahvé de sus adversarios,
> guarda rencor a sus enemigos.
> Yahvé tardo a la cólera,
> pero grande en poder,
> y a nadie deja impune Yahvé.
> Camina en la tempestad y el huracán,
> las nubes son el polvo de sus pies» (1,2-3).
>
> «Los montes tiemblan ante él,
> se estremecen las colinas;
> en su presencia se levanta la tierra,
> el orbe y los que lo habitan» (1,5).
>
> «Bueno es Yahvé para quien lo espera,
> un refugio el día de la angustia;
> conoce los que a él se acogen,
> cuando pasa la inundación.
> Extermina a los que se alzan contra él,
> A sus enemigos empuja a las tinieblas» (1,7-8).

Del plano general pasa el profeta a lo concreto: Judá es quien confía en Yahvé y el enemigo es el Rey de Nínive. Ambos reciben oráculos contrapuestos. Judá, de consuelo y alegría porque la opresión va a terminar.

> «Así dice Yahvé:
> Aunque estén sanos, por muchos que sean,
> serán talados y desaparecerán.
> Si te he humillado,
> no volveré a humillarte,
> pues ahora quebraré tu yugo,
> romperé tus cadenas» (1,12-13).

«¡Mirad por los montes los pies del mensajero que anuncia la paz!
Celebra tus fiestas, Judá,
cumple tus votos,
que ya no volverá a pasar por ti Belial:
ha sido extirpado del todo» (2,1).

«Yahvé repara la viña de Jacob, como la viña de Israel.
Devastadores la habían devastado,
habían destruido sus sarmientos». (2,3)

Sin embargo, el rey de Nínive, acusado de conspirar contra el Señor, quedará sin descendencia, sin dioses que lo protejan, condenado al sepulcro.

«¿De ti ha salido el que tramaba el mal contra Yahvé,
el consejero de Belial» (1,11).

«Esto te depara Yahvé: tu apellido no tendrá descendencia;
extirparé del templo de tus dioses imágenes fundidas y esculpidas,
prepararé tu tumba, porque eres despreciable» (1,14).

A partir de este momento, Nahún se centra en el castigo de Nínive a través del capítulos 2,4-14 y 3,1-19. Con una técnica casi cinematográfica, el profeta acerca el objetivo de su cámara a la gran urbe, comenzando por el detalle de un escudo rojo, de los guerreros valientes, vestidos de escarlata, los carros que brillan como fuego cuando están en formación, los jinetes que se impacientan y se precipitan furiosos en medio de las plazas: «Su aspecto es de antorchas, se lanzan como el relámpago».

«Se da la voz a los bravos;
en su macha se entrechocan;
se apresuran hacia la muralla,
se asegura el parapeto».
Las puertas que dan al Río se abren
y en el palacio cunde el pánico" (2,6-7).

A la conquista sigue el destierro, el saqueo, la devastación:

«La Belleza (estatua de la diosa Istar) es deportada, arrancada,
gimen sus esclavas
con gemidos de paloma,
y se golpean el pecho.
Nínive es una alberca,
cuyas aguas se escapan» (2,8-9).

«"¡Deteneos, deteneos".
Pero nadie se vuelve.
"Saquead la plata, saquead el oro".
¡Es un tesoro inagotable,
repleto de toda clase de objetos preciosos!
¡Destrozo, saqueo, devastación!
¡Ánimos que decaen,
rodillas que vacilan,
espaldas que flaquean,
rostros mudados de color!» (2,4-11).

Aquí reflexiona el profeta sobre la situación anterior de la ciudad, su pecado, y la intervención decisiva de Dios:

«¿Dónde está el cubil de los leones,
dónde la cueva de los cachorros,
adónde iba el león a llevar su cría
sin que nadie le inquietase?
el león desgarraba para sus crías,
despedazaba para sus leonas,
llenaba de presas el escondrijo,
de rapiñas sus cubiles.
Aquí estoy contra ti
—oráculo de Yahvé Sebaot—:
arderán humeantes tus carros,
la espada devorará a tus cachorros;
suprimiré de la tierra tu presa,
no volverá a resonar la voz de tus mensajeros» (2,12-14).

Después de estas amenazas al león de Asur, siguen las proferidas contra Nínive por sus crímenes y crueldades: la guerra y la muerte se apoderan de la ciudad:

«¡Ay de la ciudad sanguinaria, toda ella mentira,
repleta de rapiña,
de incesante pillaje!
¡Chasquido de látigos,
estrépito de ruedas!
¡Caballos que galopan,
carros que saltan,
caballería que avanza,
llamear de espadas
centellear de lanzas...
multitud de heridos,
montones de muertos,
cadáveres sin fin,
se tropieza en cadáveres!» (3,1-3).

El profeta señala las causas del castigo y la intervención de Dios:

«Por todas las prostituciones de la prostituta,
llena de gracia y hechicera,
que vendía a las naciones con sus prostituciones
y a los pueblos con sus hechicerías.
Aquí estoy contra ti
—oráculo de Yahvé Sebaot—:
Levantaré tus faldas hasta tu cara,
mostraré a las naciones tu desnudez,
a los reinos tu vergüenza.
Arrojaré inmundicia sobre ti,
te deshonrare convertida en espectáculo.
Y así todo el que te vea
huirá de tu presencia diciendo
"¡Asolada ha quedado Nínive!
¿Quién se apiadará de ella?
¿Dónde buscará quien la consuele?"» (3,4-7).

Para confirmar que Nínive no escapará de la catástrofe, se recuerda la caída de Tebas (año 654), 3,8-17, con magistral descripción literaria, no menos expresiva:

«También ella fue al destierro,
al cautiverio partió,
también sus hijos fueron estrellados
en las cunas de todas las calles...
todos sus grandes fueron encadenados...» (3,10).

«Tus fortalezas son higueras
cargadas de brevas:
si se las sacude,
caen en la boca que las come.
Los soldados se han vuelto mujeres
entre las tropas enemigas;
abiertas de par en par
las puertas de tu país,
el fuego ha devorado tus cerrojos» (3,12-13).

«Multiplícate como el pulgón,
multiplícate como la langosta;
multiplica tus mercaderes
más que las estrellas del cielo,
tus guardias como langostas

y tus escribas como enjambres de insectos
que se ponen en las tapias
al abrigo del frío;
sale el sol y se van,
se despliegan los pulgones y vuelan
sin que nadie sepa adónde» (3,15-17).

Los versos finales presentan el desastre como si hubiera ocurrido: los reyes y príncipes han muerto, el pueblo se halla disperso por los montes. Nínive ha desaparecido de la historia a causa de su maldad:

«¡Ay cómo duermen tus pastores,
rey de Asiria!
Dormitan tus capitanes,
tu tropa anda dispersa por los montes,
y no hay quien la reúna.
¡Tu herida no tiene remedio,
tu llaga es incurable!
Los que tienen noticias tuyas
baten palmas contra ti;
Pues ¿sobre quién no cayó
sin tregua tu maldad?» (3,18-19).

A Nahún se le acusa de furioso nacionalista, ciego para los pecados de su pueblo, con cruel y sanguinaria alegría. Entusiasma como poeta, pero no convence tanto como profeta. Bien mirado, en su mensaje no todo es venganza. Algo muy serio y positivo está en juego en sus tremendos oráculos: la justicia de Dios en la historia, un problema misterioso que angustió a los judíos de todos los tiempos y sigue siendo uno de los más grandes enigmas e interrogantes para el hombre de hoy.

En el libro de Jonás, Dios podía perdonar y perdonó a Nínive porque se había convertido haciendo penitencia, desde el Rey hasta los animales, pero cuando el opresor no se convierte y la guarida del león sigue llenándose de víctimas, cuando sigue descargando sobre los pueblos su perpetua maldad, ¿puede Dios perdonar? La respuesta de Nahún es clara: la justicia no se lo permite ni lo tolera la fidelidad a los que esperan en él.

Por eso Nahún canta con la rabia del oprimido, sin compasión, la ruina de Nínive. La actitud es dura en apariencia, pero resulta un elemento muy necesario al esbozar una teología de la

historia. Otros profetas como Habacuc, darán algunos pasos hacia la revelación plena de este misterio impenetrable para el hombre, que no acierta a comprender cómo Dios puede escribir derecho con los renglones torcidos de los hombres.

En el Nuevo Testamento, la cólera de Dios (Nah 1,6) aparece en el Apocalipsis 6,17. Y el pasaje del mensajero que anuncia la paz (Nah 2,1) se aplica a Cristo en Hch 10,36; y a los apóstoles en Rom 10,15; y a todos los cristianos en Ef 6,15.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1073-1089.

FLECHA ANDRÉS, J.-R., «Nahún, o la búsqueda del Dios justiciero», en ÍD., *Buscadores de Dios,* 2 (Madrid-Salamanca ²1994) 125-129.

GARCÍA CORDERO, M., *Biblia comentada.* III: *Libros proféticos* (Madrid 1961) 1230-1240.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1090-1091; 1373-1375.

SPADAFORA, F., «Nahún», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.697-610.

SAN ELOY
Obispo († 660)

Eloy o Eligio significa: «El elegido, el preferido». Preferencia o elección divina porque Dios le concedió unas aptitudes excepcionales, manifestadas desde muy pequeño, para trabajar objetos de plata y oro. Una dotación natural sobresaliente por la que llegó a ser el más famoso orfebre de la Francia del siglo VII. En una tradición más legendaria se afirma que esta elección de San Eloy fue mucho más maravillosa «porque estando embarazada su madre, Terrigia, les pareció ver un águila que de lo alto del cielo se dejaba caer sobre ella por tres veces y después revoloteaba alrededor».

Nació en Limoges de Francia el año 588. Su padre, Euquerio, un buen maestro especializado en trabajar los metales, fue el primero en descubrir las especiales cualidades de su hijo. Convencido de ello lo puso bajo la dirección de Amón, un

platero encargado de fabricar las célebres monedas de Limoges. Amón confirmó las sospechas de sus padres y Eloy supo responder a los sueños que se tenían de él no sólo en el aspecto manual y habilidoso sino también en una conducta moral y religiosa relevante, la misma que le habían inculcado desde pequeño.

Cuando se creyó suficientemente formado, hacia los treinta años, se instaló en París, donde conoció a Bobon, tesorero real, con quien llegó a contraer una estrecha amistad y por su medio pudo ser presentado al rey Clotario II y demostrar sus habilidades.

El rey Clotario II tenía deseos de que le hicieran una silla realmente regia, digna de su grandeza, algo en lo que nadie lo había podido satisfacer.

Con la recomendación de Bobon, seguro de la capacidad de Eloy, el propio rey le encomendó que fabricara el ansiado trono. Para ello le proporcionó oro y pedrería en abundancia. Fue tal la cantidad entregada que Eloy talló dos hermosos tronos. La acción impactó profundamente en el corazón del soberano, no sólo por la brillantez y perfección de la obra, sino más por la honradez profesional demostrada por el maestro. Para premiarlo lo nombró de su consejo privado, jefe de la casa de la moneda del reino.

Para asegurarse su fidelidad estando un día en palacio le dijo que había de hacer juramento de fidelidad sobre las Santas Reliquias. Al solo nombre de juramento Eloy se sobresaltó y respondió cortésmente a su rey que sus creencias cristianas le prohibían todo tipo de juramentos, pero que tuviera seguro que le sería fiel hasta la muerte. Lo afirmó con tal unción, con tal convencimiento, que el monarca no quiso insistirle más.

Entregado por completo a su arte fabricó preciosas obras. Se recuerdan como suyos los relicarios para guardar los restos de santos tan populares como San Martín de Tours, Santa Genoveva, San Dionisio, San Quintín y San Germán, consiguiendo un reconocimiento tan unánime, que se colocó entre los personajes más populares de su tiempo. Lejos de ufanarse aprovechó esta popularidad para hacer el bien a los demás, singularizados en los más pobres. Cuentan sus contemporáneos que a

las puertas de su casa hacían cola los necesitados disputándose sus generosas limosnas.

Nada de esto deslumbraba ni satisfacía a Eloy. En su interior se sentía llamado a vivir en la soledad para dar rienda suelta a sus deseos de oración y meditación. Los propios reyes llegaron a darse cuenta de que se hallaban ante un personaje fuera de lo común, con intenciones completamente distintas a las de cuantos les rodeaban. Convencido de ello el nuevo rey Dagoberto I creyó que debía satisfacer esas ansias personales. Le hizo por eso donación de un terreno donde se levantó la célebre abadía de Soliñac, cerca de Limoges. Luego seguirían otras como la de Limousin. En ellas, bajo la regla de San Columbano, acudían hombres ansiosos de compartir los ideales de piedad y religión.

Ante el éxito de la fundación y los requerimientos del pueblo nuevamente el rey le regaló otro terreno en París donde volvió a repetir otra fundación semejante, otro monasterio, pero ahora para mujeres, que puso bajo la invocación de San Marcial. A él acudieron multitud de doncellas —algunos hablan de centenares— dirigidas bajo la tutela de Santa Aura.

Se dice que al fundar este monasterio inconscientemente ocupó algunos metros más de los señalados en la donación. Un hecho que conocido por Eloy lo llevó inmediatamente a pedir perdón al rey. Y la contestación real no pudo ser más significativa: «Otros me roban kilómetros de terreno y no se les da nada. En cambio este buen hombre viene a pedirme perdón por unos pocos metros que se le fueron de más». Una acción que le granjeó la amistad real.

La ejemplar dimensión monacal contagió a las autoridades religiosas que lo nombraron obispo de Ruan. La humildad de San Eloy rechazó tal designio. Y a pesar de sus ruegos, de sus lágrimas, de sus razones se vio obligado a aceptar tan alto ministerio, recibiendo las órdenes sagradas primero y luego «en Ruan fue consagrado obispo en el año 640 con su íntimo amigo San Obén, al que había conocido en la Corte».

En su nuevo compromiso eclesial, siempre desde la humildad, se entregó por completo a los suyos, teniendo que redoblar sus energías porque entonces en la región había una gran mayoría de paganos.

Los postulados de su ascetismo monacal se trasladaron a la diócesis. Eloy recomendaba a los suyos que rezaran. Que rezaran principalmente el Credo y el Padrenuestro. Que hicieran la señal de la cruz si no sabían otra cosa. Que asistieran a los oficios divinos: la misa y la comunión. Les ponía delante el ejemplo de los santos, para muchos de los cuales había labrado sus relicarios. Era la forma de vencer las secuelas de su paganismo apartándose de las supersticiones, de los maleficios o de las lecturas de los adivinos y embaucadores. El centro de sus consejos era siempre la asistencia a la misa de los domingos. Para conseguirlo les prohibía trabajar más de dos horas en los días festivos.

Hacía las cosas, exigía los compromisos, dentro de una atmósfera de afecto tan palpable, tan atractivo, que su caridad se imponía siempre.

Y fue allí, al frente de su diócesis, donde supo por muy especial revelación de Dios que llegaba la hora de su muerte. Él que la había profetizado al rey Clovis y a Clodoveo II no dudó de sentirse urgido por la suya propia. Con tal convencimiento lo comunicó a su propio clero.

Al sentirse aquejado por una aparente sencilla fiebre, comprendió sin titubeos que era el alba de su despedida de este mundo. Convocó a cuantos lo rodeaban y se despidió de todos ellos. Les dio las gracias por los favores que le habían prodigado. A cambio les prometió que desde el cielo seguiría rezando por cada uno de ellos. Entre las lágrimas de todos los suyos e incluso las suyas mismas, murió el día primero de diciembre del año 660.

Se conservan de él bastantes homilías. Uno de esos discursos durante algún tiempo estuvo atribuido a San Agustín, lo que nos demuestra la calidad de ellos. Su espíritu se halla vivo en ellos.

La popularidad de San Eloy, en nuestro tiempo no ha descendido. Al contrario, es creciente al menos en el fondo de muchas conciencias que lo necesitan por la suerte de sus trabajos y propiedades atajadas por agudas crisis de respeto a lo ajeno, donde se alían el robo, la destrucción y no pocas veces el asesinato. No en vano es el patrono y protector de los joye-

ros. Pero a él también acuden quienes son atracados en plena calle cuando les arrancan sus seculares adornos de manos y gargantas.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año. Diciembre* (Madrid 1738) 1s.

BEATO JUAN BECHE

Abad y mártir († 1539)

Poquísimos datos han llegado hasta nosotros de la vida del abad Juan Beche, conocido en religión como Thomas Marshall. De él se sabe que estudió y obtuvo el título de doctor en teología en Oxford en 1515. Fue un tiempo abad de Sainte-Werburge en Chester, y más tarde fue elegido abad de San Juan en Colchester, por vía de compromiso, en 1533. Tuvo dificultades para obtener la administración de los bienes de la abadía, que no le fueron entregados hasta enero de 1534: el monasterio debió consentir en hacer ciertos pagos al rey. La comunidad era hostil hacia la política religiosa de Enrique VIII, pero el abad y dieciseis monjes prestaron el juramento de la supremacía real en julio de 1534. Un traidor animó a Beche a protestar contra la ejecución de Thomas More y de Juan Fisher y luego le denunció. En noviembre de 1538, fueron enviados comisarios a Colchester con misión de disolver la abadía. Beche declaró:

> «El rey obtendrá mi casa sólo contra mi voluntad y mi corazón, porque sé a ciencia cierta que no puede tomarla jurídica y legalmente. Así, en conciencia, no puedo admitir la cosa; no actuará con mi asentimiento y mi voluntad».

El abad, declarado traidor, fue enviado a la Torre de Londres, con los abades Richard Whiting y Huges Faringdon. En los cuatro primeros días de noviembre, dos comisarios recogieron en Brentwood (Essex) los testimonios contra Beche; estos dijeron que había hablado contra la supresión de los monasterios, contra el matrimonio del rey con Ana Bolena,

contra la supremacía real, y a favor de los *privilegios romanos.* Interrogado durante su penoso encarcelamiento, Beche, muy deprimido, admitió la supremacía real contra *la autoridad usurpada* del Papa, y rogó que el rey *fuera bueno con él por amor de Dios.* Entonces fue expedido a Colchester para ser juzgado. Los procesos verbales han desaparecido. Un juez sentenció que el acusado se había reconocido, en sustancia, culpable. Como era costumbre fue colgado y despedazado en Colchester el 1 de diciembre de 1539.

Sus lastimosas declaraciones fueron conocidas al examinar su causa en Roma. Sin embargo, como aceptó el martirio y se retractó de su debilidad, en 1895 fue beatificado con los dos otros abades. Un biógrafo antiguo de San Juan Fisher anotó que Beche era conocido entre los muchos abades de su tiempo por su piedad y su ciencia. Un autor a sueldo de Enrique VIII escribía sobre nuestros abades: «No hay duda que Su Santidad se interesará por su pena como por la de Becket, pues se trata del mismo caso y materia análoga».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 479-587.

Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques. VII: *Baviaère-Benoist* (París 1934) cols.362.

SAN EDMUNDO CAMPION

Presbítero y mártir († 1581)

Con una escolta de doscientos soldados, montado en una vieja cabalgadura, las manos atadas a la espalda, los pies ligados bajo el vientre del animal, vuelto el rostro hacía atrás para mayor ignominia, es conducido con un gran cartel en la cabeza que dice: *Este es Campion, el jesuita sedicioso...* Lo llevan a Londres como criminal. Había sido traicionado... Unas millas antes de llegar se les comunica la orden de maltratarlo y ridiculizarlo para deleite de la plebe y escarmiento de los católicos. Ya se acerca la cabalgata... Delante de todos, el vizconde de Bark con

el bastón blanco de la justicia; en seguida, el padre Edmundo Campion en su viejo rocín; tras él, los otros dos sacerdotes firmemente atados entre sí. A la zaga de toda la caravana, en el lugar de honor, no podía faltar el iscariote... A medida que desfilan, el populacho vitupera al jesuita. Ya pasa el apóstata: ovaciones, vítores. Y Jorge Elliot, el traidor, sonríe... (¡Ay de ese hombre que más tarde, como su modelo, terminará con muerte desgraciada su vida infeliz!...)

Es el mes de julio de 1581. Los prisioneros son llevados a la Torre de Londres. Cuatro días más tarde lo presentan a Dudley, conde de Leicester, en su palacio. Le interroga el canciller, le hacen preguntas los magistrados; le prometen, en nombre de la soberana, la vida, la libertad, honores, el obispado de Cambridge; sólo esperan que reconozca la supremacía pontificia de la reina. La conciencia no se lo permite a Campion. Sus respuestas tienen un tono tan persuasivo que revelan una vez más al formidable *scholar oxoniense.*

De improviso se presenta Isabel en persona. El prisionero se inclina saludando a su reina:

> —¿Me reconoce como a su legítima soberana?
> —Sí, majestad.
> —¿Cree que el obispo de Roma tiene poder para deponerme?
> —No me toca erigirme en juez y pronunciar sentencia entre dos partidos, tanto más cuanto que los más versados en la cuestión son de pareceres opuestos. Yo quiero dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Lo demás que se dijo en esta entrevista permaneció secreto, por expresa voluntad de la reina. Pero... ¿qué importancia tenía aquel prisionero, que la propia soberana de Inglaterra venía a interrogarle?

El primer encuentro había acontecido precisamente quince años antes, en 1566. Isabel, con su gran comitiva de cortesanos, aduladores y lacayos, llegaba en su carroza a Oxford a fin de pasar por primera vez unos días con su corte entre los estudiantes de la célebre Universidad. La visita duró seis días. Las diversiones, los actos académicos, todo se iba desarrollando tranquilamente. El tercer día correspondió el homenaje a los profesores, entre los cuales fue elegido como «orator» el *scholar* de Oxford más brillante de su generación, un apuesto joven de sólo veinti-

siete años de edad: se llamaba Edmundo Campion. La reina, que se complacía en dominar a los hombres de talento, le escuchó con honda satisfacción, le felicitó calurosamente y lo recomendó a la protección del canciller. Dudley, en nombre de la soberana hereje, le prometió su patronazgo y le hizo los más lisonjeros ofrecimientos. ¡Pobre Campion!...

Ya en 1553, María, la hija de Enrique VIII y doña Catalina de Aragón, había entrado solemnemente en Londres. Para declamar el discurso de bienvenida habían escogido los maestros a Edmundo Campion, que tenía entonces trece años. El garbo y la vivacidad del niño encantó a los circunstantes, de manera que Thomas White lo tomó bajo su protección y lo llevó consigo a Oxford para educarlo. Correspondió el éxito a las esperanzas. Descolló como discípulo, lúcidamente coronó sus estudios, brilló en buena lid como maestro, fue autor, luego se le nombró primer orator, después proctor y más tarde llegó a ocupar otros cargos insignes en aquella Alma Mater. A su alrededor se agruparon multitud de estudiantes, sobre los que su personalidad amable ejerció un influjo sabio y comprensivo: sus clases se veían atestadas de oyentes; muchos comenzaron a imitarlo hasta en su manera de hablar, en sus ademanes y en su modo de vestir, a los cuales se llamó campionistas... Este era el hombre que la nueva Iglesia anglicana necesitaba entre sus filas.

Pero Campion, el gran humanista, casi por instinto rechaza la herejía, Mas, para desgracia suya, traba amistad con Richard Cheney, obispo anglicano de Gloucester. Y cede al fin; en 1564 presta el juramento anticatólico, reconociendo la supremacía espiritual de Isabel. Más aún, seducido por las promesas del de Gloucester, recibe el diaconado (1568) del hereje. Al tomar las manos del falso obispo siente aquel infeliz diácono el acicate mordaz de su conciencia atormentada. Y su corazón se rebela, y el remordimiento le roe el alma por la infamia cometida, y pierde la paz; se siente, dice él mismo, como si le hubieran marcado con «el signo de la bestia»... La crisis interior se desborda, vuelve en sí, se confiesa con un sacerdote católico y se reconcilia con la Iglesia.

En tales circunstancias se ve obligado a salir de Oxford para poner a salvo su vida y recobrar la tranquilidad de su espíritu.

Se refugia en Irlanda. Mas el 12 de febrero de 1570 Su Santidad Pío V fulmina la excomunión contra Isabel, y sus súbditos quedan liberados de la obligación moral de obedecerla. Se expiden entonces contra los católicos por todo el reino severísimos edictos. En Dublín, entre los primeros, es denunciado Campion como «papista», y tiene que andar huyendo hasta que logra volver a Inglaterra.

Llegado a Londres, pasa algunas semanas tranquilo; mas temiendo ser arrestado, se embarca rumbo a Flandes. Llevaban ya varias millas mar adentro, cuando una fragata guardacostas les da alcance; de todos los pasajeros sólo Campion carece de pasaporte... Hecho, pues, prisionero, es devuelto a Dover para ser remitido a Londres: pero éste se escapa y acude a unos amigos, que le ayudan a embarcarse de nuevo; y por fin, pasando el Canal, llega al Continente, donde pasará los próximos nueve años. En el seminario inglés de Douai (Francia) obtiene su grado en Teología y recibe las órdenes menores y el subdiaconado. Pero a Campion le atormenta el recuerdo de aquel diaconado... Y el convertido desconfía de sí, pone su confianza en Aquel que lo conforta; quiere prepararse humildemente, vigorosamente, disciplinadamente. Su corazón se vuelve hacia la austera disciplina de la obediencia. Sólo así podrá hacerse digno del verdugo y de la horca por su Dios. El 25 de enero de 1573, vestido de peregrino, se dirige a Roma solo, a pie, con la intención de entrar en la perseguida y heroica Compañía de Jesús... Recibido en el noviciado, se le destina a la provincia jesuítica de Austria; y cinco años más tarde, el 8 de septiembre de 1578, recibe la unción sacerdotal en Praga de Bohemia.

El 18 de abril de 1580, con la bendición de Gregorio XIII, sale de Roma una pequeña caravana de misioneros, entre ellos tres jesuitas: Roberto Persons —nombrado superior— y Edmundo Campion, a quienes se añade el hermano Ralph Emerson como compañero. Llegan a St. Omer. Mas el mismo día de la partida de Roma, un espía del Gobierno de Isabel enviaba al ministro Walsingham los nombres y señales de los peregrinos. Así que, sin ellos saberlo, ya todo puerto, todo paso está vigilado por espías sagacísimos para impedir la entrada de ningún jesuita. Dondequiera se ven cartelones con la efigie de

Persons y de Campion enviada desde Roma. Algunos fugitivos ingleses quieren descorazonar a los Padres anunciándoles que la vigilancia en Dover es tan grande que su arresto inmediato parece inevitable. Pero Persons se decide por la acción inmediata. A él, que es el superior, y a quien no falta astucia y franqueza, toca abrir el camino. Aventurará él solo el paso del Canal.

Disfrazado de capitán, aguerrido veterano de Flandes, el aire marcial, bien estudiados ademanes, haciendo honor a su uniforme, zarpa el barco de Calais. En Dover, nuestro capitán se presenta cordialmente al capitán del puerto y le ruega que al llegar en un barco próximo un mercader irlandés de nombre Mr. Patrick, muy amigo suyo, con un criado, se lo envíe inmediatamente a Londres para que no pierda una ocasión propicia de vender sus mercancías... Un saludo militar, promesa de ser correspondido, y Persons sigue a la metrópoli. Por su parte Mr. Patrick con su criado esperan en Calais viento favorable. El 24 de junio cruzan el Canal, y en Dover el padre es aprisionado inmediatamente, porque «Mr. Patrick, dicen los espías, no es Mr. Patrick, sino el doctor Allen...» Campion insiste en que no es Allen y está dispuesto a jurarlo. El alcalde de Dover no le cree. Da orden de llevarlo al magistrado supremo de Londres. Insiste Campion en que no es Allen. Insiste el alcalde en no creer. Los caballos están listos. Campion se encomienda a Dios. «Cuando menos lo esperábamos —refiere Campion— se presenta un anciano, a quien Dios bendiga, y nos dice: "Están ustedes libres; váyanse en paz". Nosotros —prosigue el misionero—, nosotros salimos corriendo inmediatamente». Pero no... Campion se vuelve y va tan fresco a alquilar las bestias que les tenían preparadas, y así terminan el viaje más seguros y aprisa... Llegados al Támesis, varios jóvenes católicos les están esperando; mudan cabalgaduras, corren a alojarse en casa de George Gilbert, cambian el disfraz y sale Campion transformado en un caballero de los de daga al cinto, sombrero de anchas alas, pluma al aire, espuela de oro y galgo corredor... Minutos después busca albergue en el barrio de la Cancillería, en la propia casa en que mora el jefe de la policía donde está viviendo el «capitán» Roberto Persons...

En Londres, aquellos jóvenes que han servido de introductores de Campion hacen correr secretamente la voz entre los

católicos de su llegada. La noticia causa revuelo. Campion predica sobre el pontificado. Las conversiones son múltiples, la sagrada Eucaristía vuelve a fortalecer muchas almas, los sacramentos, los sermones, las palabras de consejo y de aliento, los arrepentidos, las lágrimas, los sabios, los humildes, la nobleza, los estudiantes... La santa misa..., todo como en las catacumbas... ¡Cien mil conversiones en un año! Cuando en hora mala sabe Isabel y sus ministros la increíble audacia de los jesuitas de penetrar en el Reino, ¡cuanta ira, qué poner precio a su cabeza! Y el misionero de Cristo no tiene otro recurso que mudar de nombre, de lugar y de apariencia.

El padre Edmundo, acompañado del hermano Emerson, se refugia en York, y en quince días compone en latín su más famoso libro, que titula Diez razones por las cuales Edmundo Campion, SJ, se ofreció a disputar con sus adversarios... Los ejemplares son repartidos de mano en mano entre los católicos, o abandonados en los sitios públicos, o introducidos en las casas por debajo de las puertas; lo cual excita tal sensación que juran los herejes no descansar hasta no dar con aquel jesuita sedicioso.

Persons, Campion y el hermano pasan algunos días juntos. Persons —como presintiendo algo— renueva sus instancias a Campion de no acceder a todas las súplicas que en el trayecto se le presenten, y señala a Emerson como superior en lugar suyo. El padre Edmundo y su compañero llegan el día siguiente a una posada al caer de la tarde. Varios caballeros católicos, con pretexto de cacería por esos parajes, vienen a fin de hablar con él y confesarse. Le suplican volver al castillo de Lyford, donde pasó la noche anterior. Emerson resiste al principio, pero al fin consiente en la vuelta de Campion.

Más de sesenta católicos se reúnen aquel domingo, 16 de julio. El padre se prepara para el santo sacrificio; en el grupo de hombres hay uno de tantos. No tiene la contraseña, pero tanto insiste que por excepción se le abre la puerta... Jorge Elliot, infame criatura, por un homicidio había estado a punto de ser atormentado en el ecúleo, y para librarse había apostatado de la fe y prometido un crimen mayor: el de traicionar al jesuita Campion y traer otros sacerdotes al suplicio... Terminada la misa (la

última misa), parte Elliot, como Judas, a hacer pronto lo que piensa... De repente, alarma. El castillo está rodeado por un escuadrón de caballería. Elliot y un oficial con cien soldados penetran en él. ¿Escapará el jesuita? Dos días de intensa búsqueda; todo en vano. Rabioso Elliot va a salir; al bajar las escaleras golpea como por descuido el arco de la puerta; siente que resuena profundamente: ¡ha dado con el escondite!... Los tres sacerdotes ofrecen su vida a Dios. El infeliz apóstata grita loco de felicidad. Se ha merecido las treinta monedas... Campion se entrega al traidor, el cual lo pone en manos del gobernador de Bark. Un correo parte inmediatamente a Londres. Tres días después llega la respuesta; como un vulgar asesino es llevado a la capital entre doscientos soldados...

Encerrado en un calabozo de la Torre, después de la entrevista con la reina, se le conduce al tormento. Campion ora unos instantes de rodillas. Fortalece su pecho con la señal de la cruz. Los verdugos le despojan de sus vestidos; se le dispone en la rock (ecúleo). Comienza la tortura: ¡horror, crueldad, agonía!..., se va descoyuntando el cuerpo; se quiebran los huesos; se desgarran los nervios, demasiado tensos... La angustia del mártir en el rostro... Los jayanes siguen impasibles su faena. Chirría llorando la máquina del tormento... El héroe, lívido, invoca a Dios y no cede. Lentamente van pasando las horas interminables, y el mártir extendido..., perdonando a los autores de sus penas. Se suspende un instante la tortura para volver a comenzar de nuevo y volver a suspenderse y volver a comenzar. Y ahora sí, los doctores protestantes quieren disputar con él sobre cuestiones de fe; con fortaleza inalterable confunde a sus enemigos y les echa en cara su herejía. No se dan por vencidos los herejes; les queda un recurso todavía: el del tormento. Y otra vez comienza la tortura... En manos ajenas es llevado a su prisión, donde tendrán lugar otras tres disputas por orden expresa del Consejo. Pero Campion rebate gloriosamente a sus adversarios...

Por fin, el 16 de noviembre de 1581 se sentencia contra él pena de muerte en la horca por crimen de lesa majestad, por haber predicado la religión católica y por traidor. Cuando estuviere expirando se le bajará del patíbulo y, abierto el vientre, se dispersarán las entrañas, se le sacará el corazón con el grito de ¡He

aquí el corazón de un traidor!, y se le arrojará al fuego; luego de cortarle la cabeza se descuartizará su cuerpo, que se repartirá en diversos lugares para escarmiento de todos.

En el calabozo, Elliot se le acerca para pedirle excusas. El padre lo perdona y le da cartas de recomendación a ciertos señores de Alemania... La mañana del 1 de diciembre entran los verdugos para llevarlo junto con el jesuita Briant y el padre Sherwin. Al salir los mártires encuentran aparejadas dos esterillas de mimbre atadas a sendos caballos y una multitud de pueblo reunida porque se había hecho correr el rumor de que Campion se había enterrado un puñal en el corazón. Al verlo aparecer quedan atónitos. Él los saluda con amabilidad. Extendido boca arriba sobre su esterilla, los jayanes del suplicio lo aseguran fuertemente; y a los compañeros entre si. Arrastrados a la cola de los caballos avanzan por las calles de Londres. Llegan al Tyburn, donde está levantada la horca. Le señalan el carromato. Sube a pie firme. Le echan al cuello la soga de nudo corredizo... Murmullo de los espectadores; luego, un silencio... Un consejero de la reina le exige la pública confesión de sus traiciones.

> «Si ser católico, responde el jesuita, es ser traidor, me confieso tal. Pero si no, pongo por testigo a Dios, ante cuyo tribunal voy ahora a presentarme, que en nada he ofendido a la reina, a la patria o a nadie por que merezca el titulo o la muerte de traidor...»

Y luego, justificándose de otras calumnias, puesto en oración reza el Padrenuestro y el Avemaría. Y para testimoniar que da su vida por la fe verdadera, suplica a los católicos presentes que reciten el Credo mientras él expira. Tiran del carro, y Edmundo Campion queda suspendido de la horca... Era el 1 de diciembre de 1581. Tenía cuarenta y un años de edad. Había nacido en Londres el 25 de enero de 1540.

El Beato Edmundo Campion es uno de los cuarenta mártires de Inglaterra y Gales canonizados por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970.

MANUEL BRICEÑO J., SI

Bibliografía

ALLEN, W., *Father Edmund Campion and his Companions: A brief history of the glorious martyrdom of twelve reverend priests* (Londres 1908).
BOMBINO, P.-P., *Vita et martyrium Edmundi Campini* (Amberes 1618).
BRIGEÑO, M., «Campion, el jesuita sedicioso»: *Revista Javeriana* (1957) julio.
SIMPSON, R., *Edmund Campion* (Londres 1867).
WAUGH, E., *Edmund Campion* (Londres 1947).
• Actualización:
HOLLERAN, J. V., *A jesuit challenge: Edmund Campion's debates at the Tower of London in 1581* (Nueva York 1999).
KILROY, G., *Edmund Campion. Memory and transcription* (Aldershot 2005).
WAUGH, E., *Edmond Campion. Humaniste et martyr, 1540-1581* (París 1989).

BEATA LIDUINA (ELISA ÁNGELA) MENEGUZZI

Virgen († 1941)

El día 20 de octubre de 2002, día del Domund, Juan Pablo II beatificó a seis siervos de Dios. Se trataba de seis misioneros; de ahí la coincidencia en el día mundial de las misiones. La oficina pontificia para las celebraciones litúrgicas anunciaba que «en el domingo dedicado a la jornada misionera mundial, la Iglesia presenta a todos sus fieles el testimonio de seis nuevos beatos y confía a su intercesión a los misioneros, misioneras y laicos que hacen resonar en el mundo entero el anuncio de la misericordia y del perdón del Señor».

Los nuevos beatos son: Daudi Okelo, de 16 años y Jildo Irwa, de 14. Murieron el 18 de octubre de 1918. Ambos eran catequistas de la tribu acholi en el norte de Uganda. Los mataron cuatro hombres que entraron a la casa donde los mártires vivían. Andrea Giacinto, obispo franciscano y Marcoantonio Durando, dos religiosos italianos. María de la Pasión, de la Sociedad de María, misionera en la India que fundó un Instituto misionero en 1877, al que Pío IX le dio el nombre de Misioneras de María.

Y Liduina Meneguzzi, misionera en Etiopía. Murió en 1941.

En el Decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Liduina se decía así:

> «El mensaje que la Beata Liduina aporta hoy a la Iglesia y al mundo es la esperanza de rescatar al hombre de su egoísmo y de aberrantes formas de violencia. Un amor que es una invitación a la solidaridad y a la práctica del bien, siguiendo el ejemplo de Jesús

que vino, no para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por todos los hombres».

Liduina nació el 12 de septiembre de 1901 en Giarre, en el barrio de Abano Terme, de la provincia de Padua, en Italia. Su familia era la de unos modestos campesinos. Una de esas familias pobres en bienes materiales y ricas en virtudes y valores humanos. En una familia así, la niña Elisa Ángela (así la llamaron en el bautismo) fue creciendo con un espíritu abierto a los dones de Dios.

Todos los días iba a misa, aunque tuviera que andar dos kilómetros para llegar hasta la iglesia. Iba a las catequesis y, ya de mayorcita, se hizo catequista. En familia hacía sus oraciones; a los hermanos más pequeños les iba enseñando la doctrina cristiana.

Cuando tenía 14 años salió de casa para ganar unos dineros y poder ayudar a la familia. Y se colocó de empleada doméstica en otras familias acomodadas y en hoteles de Abano. Este barrio era conocido por sus centros sanitarios de tratamiento con aguas termales.

Como se ve, el carácter de esta chica era sencillo, siempre disponible. Entregada a su familia, por la cual trabajaba con todo su empeño, se hacía querer por todas las personas que le iban conociendo.

En 1926, cuando tenía 25 años, ingresa en la Congregación de las Hermanas de San Francisco de Sales, en la casa generalicia de Padua. Es feliz en su nuevo estado como religiosa y sigue alegrando la vida de quienes conviven con ella. Desde entonces se llamó hermana Liduina.

En el convento hace una vida de servicio, que es su carisma. Cuida la ropa de sus hermanas, atiende a las más enfermas, ejerce los papeles de una buena sacristana, convive entre las jóvenes del colegio de la Santa Cruz. Se dice de Liduina que supo dejar en el alma de las jóvenes su huella de imborrable ternura, de valiente serenidad y de probada prudencia.

Era una religiosa que realizaba su plan de santidad en el nivel más sencillo de la vida cristiana. No hizo grandes obras, pero todo lo realizó de forma admirable. En todas sus acciones estaba presente la sonrisa de ella y la bendición de Dios.

Hasta que un día quiso servir con mayor entrega a Dios y decidió irse a las misiones. Soñó con llevar la fe a quienes no conocen a Cristo. Es lo que suelen pensar los santos: ya que hemos entregado una vez la vida a Dios, vamos a entregarla del todo. Ideal supremo, ser misionero. Este paso decisivo lo dio el año 1937, cuando España ardía por los cuatro costados en una guerra fratricida. Sus hermanos italianos estaban aquí participando en la lucha. En ese clima mundial, ella decidió ser misionera.

Sus superioras le designaron el lugar de sus trabajos misioneros: la ciudad cosmopolita de Dire Dawa, en Etiopía. Viven allí gentes de todas clases y religiones. Allí entregó su vida esta religiosa con una dedicación total.

Efectivamente, le ponen a servir como enfermera en el Hospital Civil Parmi, adonde llegan los soldados heridos. La hermana Liduina es un ángel atendiendo a los enfermos. Siempre había sido una persona amable, pero en este caso su espíritu de servicio se desdobla a favor de los más enfermos y les mira viendo en ellos la imagen del mismo Jesús.

Decimos que ella atiende a los soldados heridos. ¿Qué soldados son ésos? Los de la Segunda Guerra Mundial. Todos sabemos que en 1934 ocurrieron graves incidentes en las fronteras de Etiopía (Abisinia) con la Somalía italiana. Estos sucesos dieron lugar a un conflicto armado que terminó con la ocupación del país por parte de los italianos y culminó con la toma de la capital, Addis Abeba, y la expatriación del emperador Haile Selasie en mayo de 1936.

Italia organizó un vasto dominio sobre los territorios de Etiopía, Eritrea y Somalia italiana y lo denominó «África oriental Italiana». Pero en 1941, en el curso de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) las tropas inglesas conquistaron todo el territorio de Etiopía, del cual volvió a posesionarse el Negus Haile Selasie.

Después de esta derrota de 1941, las fuerzas británicas, reorganizadas como 8.º Ejército, quedaron al mando del teniente general sir Alan Cunningham, recién llegado de sus triunfos en Abisinia.

Vemos, pues, qué enfermos eran los que atendía la hermana Liduina. Una persona de tanta abnegación, como ella, se hace

pronto famosa entre los enfermos. La llaman «la hermana grande». Los bombardeos arrecian en la ciudad, y todos los afectados le piden ayuda con un mismo grito: «¡Socorro, hermana Liduina!»

Ella atiende a los heridos, los mete en los refugios y corre en busca de otros más necesitados. No mira al peligro. Sólo ve las necesidades de los enfermos. Consuela a los más afectados, sugiere una palabra de arrepentimiento a los moribundos, bautiza a los niños que se van a morir. Es la heroína de la guerra.

Naturalmente, una religiosa con este espíritu tan abierto, ayuda a toda clase de personas: italianos y etíopes, blancos y negros, católicos y musulmanes, coptos y paganos. Mientras actúa, habla para que su mensaje sea muy claro. Habla de la bondad de Dios Padre y habla del cielo preparado para todos.

Todos los que conocen a la hermana Liduina hablan de sus virtudes. Sobre todo los musulmanes quedan impactados por la caridad de la religiosa y manifiestan su gran simpatía por la religión católica.

No es extraño que, antes del Concilio Vaticano II, se hablara de ella como propulsora del movimiento ecumenista. Siempre ha ocurrido que los santos se han anticipado a su tiempo. Ellos han mostrado al mundo los caminos por los que se ha de seguir la llamada de Dios.

Pocos hablaban de ecumenismo, pero ella, sin teologías ni títulos universitarios, ya estaba dando lecciones de acercamiento entre las iglesias que siguen a Jesús.

Cuando más entregada estaba al servicio de los enfermos, a ella le llega la enfermedad fatal. Un cáncer. Ella se da cuenta de la situación y acepta su estado con una serenidad admirable. Sigue sirviendo a los enfermos como una hermana más, en este caso con un sentido de mayor acercamiento a las personas que sufren.

Se somete a una operación quirúrgica y parece que va a superar su mal, pero no es así. Su salud se complica más y el día 2 de diciembre de 1941 muere de una parálisis intestinal.

Espíritu de Liduina

Tenía 40 años y estaba completamente entregada a la voluntad de Dios. Había servido a los enfermos hasta darlo todo por ellos y moría ofreciendo su vida por la paz de mundo. Un médico que le asistía dijo esta frase rotunda: «Nunca he visto morir a nadie con tanta paz y serenidad».

Ella había atendido a los soldados. La querían como a una de la familia. Y ahora le hacen enterrar en el cementerio reservado para ellos. Sólo más tarde, 20 años después, en junio de 1961, sus restos fueron trasladados a Padua, a la capilla de la casa generalicia de su congregación. Allí recibe hoy el cariño de todos los han oído hablar de ella.

El día 20 de octubre de 2002, en la homilía que el papa Juan Pablo II pronunció en la basílica de San Pedro, dijo estas palabras en recuerdo de la hermana Liduina: «Familias de los pueblos, aclamad al Señor, aclamad la gloria y el poder del Señor» (Salmo 95,7). Las palabras del salmo responsorial expresan bien el anhelo misionero que impulsó a sor Liduina Meneguzzi, de las religiosas de San Francisco de Sales. En su breve pero intensa existencia, sor Liduina se prodigó a favor de los hermanos más pobres y dolientes, particularmente en el hospital de la misión de Dire Dawa, en Etiopía.

> «Con ferviente celo apostólico trataba de dar a conocer a todos a nuestro único Salvador, Jesús. Siguiendo el ejemplo de Cristo "manso y humilde de corazón" (Mt. 11,29), aprendió a difundir la caridad, que brota de un corazón puro, superando toda mediocridad e inercia interior»
>
> «Que María, estrella de la evangelización, y los nuevos beatos protejan y acompañen vuestros pasos por los caminos del mundo. Amén».

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ISTITUTO SUORE DI S. FRANCESCO DI SALES. CASA GENERALIZIA, *La serva di Dio sor Liduina Meneguzzi vista dagli altri* (Padua 1988).

Martire di carità, suor Liduina Meneguzzi delle Suore di San Francesco di Sales (Padua 1974).

RAVAZZOLO, R., *Sulle vie della carita: suor Liduina Meneguzzi* (Padua 2002).

http://www.aciprensa.com

BEATA CLEMENTINA (ANUARITE) NENGAPETA

Virgen († 1964)

La Beata sor M. Clementina Anuarite Nengapeta es una joven religiosa africana del siglo XX, de la Congregación de la Sagrada Familia, que ofreció su vida en martirio por mantenerse fiel a su voto de castidad, demostrando así hasta el heroísmo su total entrega y su apasionado amor a Jesucristo. Beatificada en 1985, es la primera africana de los tiempos modernos elevada al honor de los altares.

Anuarite Nengapeta nació en Matali, en la extrema periferia de Wamba, en la zona nororiental del ex Congo belga, hoy República Democrática del Congo, en 1941 según sus principales biógrafos, o en 1939 según otros. Era la cuarta hija de Amisi Badjulu y de Juliana Isude Malyayabebe. El padre, de religión protestante, trabajó de chofer al servicio de los militares durante la guerra de 1940-1945 y después estuvo empleado en la fábrica de algodón «Cotonco». Pasaba mucho tiempo fuera de casa. La madre era católica y fue abandonada por el marido en 1950 al no serle consentido vivir con dos esposas, quedándose ella con su madre y las seis hijas. El único hijo varón había muerto al poco de nacer.

Anuarite, que significa «la que se burla de la guerra», fue bautizada junto con la madre y sus dos hermanas mayores en 1943, momento en que le impusieron el nombre cristiano de Alfonsina. El 15 de agosto de 1948 recibió la primera comunión.

Este mismo año 1948 se había abierto en Wamba una escuela de la misión para la enseñanza primaria llamada «Jamma Takatifu», dirigida hasta 1961 por las Religiosas del Niño Jesús de Nivelles, y en la que colaboraron desde 1959 las de la Congregación de la Sagrada Familia, recientemente fundada por el obispo de Wamba, mons. Witebols, quien más adelante será director espiritual de Alfonsina Anuarite y que murió, también de modo violento, pocos días antes que ella. Allí la llevaron a estudiar, junto con su hermana Leontina, y continuó en este centro hasta 1953. Sufrieron mucho durante estos años, porque fue el momento de la separación de sus padres. Anuarite permanecía con su madre y hermanas, ayudando en casa, cuanto le era posi-

ble. Vivían del trabajo en el campo y de un pequeño comercio. Era servicial y contribuía de buen grado a los trabajos domésticos. También solía visitar a los enfermos y acompañar a los ancianos.

De carácter alegre y extrovertido, animada y decidida, aunque también prudente y responsable en los estudios, ya en 1952 manifestó su deseo de hacerse religiosa, porque quería dedicarse «al trabajo de Dios». En 1953, terminados sus estudios primarios, pasó a la Escuela Normal de Bafwabaka, dirigida por las religiosas de la Sagrada Familia, en la que cursó cuatro años, al término de los cuales obtuvo el título de Maestra.

Había ingresado como aspirante en la congregación al iniciar los estudios de magisterio, y en 1956, obtenido el diploma de la Escuela Normal, entró el noviciado. La madre se opuso al comienzo, pero enseguida aceptó de buen grado la decisión de la hija, convencida de que estaba respondiendo a una vocación dada por el Señor. El 5 de agosto de 1959 Alfonsina Anuarite realizó su profesión religiosa, recibiendo el nombre de María Clementina.

En 1956, apenas conseguido el título que le capacitaba para la docencia, comenzó a dar clases de primaria en la escuela de la Misión de Bafwabaka. Era también directora del internado y la apreciaban mucho las alumnas. No les gustaba que a veces fuera sustituida por otras profesoras.

Sor María Clementina tenía un carácter brillante y extrovertido y estaba siempre dispuesta a socorrer a los otros. Era activa y generosa y se prodigaba en la comunidad, uniendo el trabajo de la enseñanza con los de la cocina y la casa. Se dedicaba también a la animación de grupos católicos, como la Legión de María, y daba catequesis en el convento y por los poblados. Se ocupaba de la sacristía y del cuidado de la capilla: nunca faltaban flores a la Virgen. También le gustaba visitar a los enfermos y a los ancianos. Y seguía estudiando: en 1960 obtuvo el diploma de la Escuela de Pedagogía e hizo algunos cursos de economía doméstica en otros centros docentes de la Misión.

Anuarite era muy sensible y, por tanto, con tendencia a la susceptibilidad. De carácter vivo e impetuoso, estaba siempre dispuesta a pedir perdón por sus faltas, por pequeñas que fue-

ran. Muy fiel a sus obligaciones, franca y leal, se manifestaba disponible para salir al paso de cualquier necesidad, tanto dentro como fuera del convento. Llena de espíritu religioso y muy amante de su congregación y de su convento de Nazaret, tenía fama de cumplir con alegría y prontitud todas sus obligaciones.

En el contexto de la guerra civil congoleña, que causó tantos muertos entre los miembros de los Institutos de vida consagrada que actuaban en el Alto Zaire, en Kiwu, Kasay y Katanga, hacia el mediodía del 29 de noviembre de 1964, las religiosas de la Congregación de la Sagrada Familia presentes en el convento de Nazaret de Bafwabaka fueron deportadas en un camión por los simba a Ibambi, a unos 50 kilómetros de distancia. Después las llevaron a Isiro, 80 kilómetros más allá.

Todas las religiosas sufrieron maltratos, insultos, vejaciones e incluso daños físicos, pero el 1.° de diciembre regresaron a Bafwabaka. No así sor María Clementina, que resistió un primer intento de violencia cuando le propusieron ser la mujer del coronel Ngalo. A pesar de que según sus costumbres un alto oficial siempre debía ser obedecido, lo rechazó categóricamente. Después sufrió el acoso del teniente coronel Pierre Olombe, quien, al resistirse ella, la asesinó al amanecer del día 1 de diciembre. Según él mismo afirmaba después, sor Clementina lo perdonó poco antes de expirar. Esta jovencísima y valiente religiosa tenía unos 23 años de edad.

Su fama de martirio desde el mismo momento de la muerte violenta por defender su virginidad, hizo que sus restos mortales no quedaran en selva junto a las otras víctimas del conflicto bélico, sino que pronto fue llevada a una tumba aparte en el cementerio de la localidad. El 16 de julio de 1975 tuvo lugar el reconocimiento de su cadáver, y el 1 de diciembre de 1978 se exhumaron sus restos. Fueron trasladados, con una bonita ceremonia religiosa, a la catedral de Isiro, donde se colocaron en una sepultura adecuada, a la espera de la posible construcción del «Santuario nacional de la Beata Anuarite».

La vida de sor María Clementina, tan breve en cuanto al tiempo, ha sido, sin embargo, muy intensa y fecunda en espiritualidad y en testimonio. Han desaparecido casi todos sus escritos —apuntes y cartas principalmente—, pero ha quedado el

Carnet, un texto breve y muy rico de contenidos espirituales y socioculturales. Según su principal biógrafo, el padre Rosario F. Esposito, su mensaje, deducido de este escrito y de los testimonios de sus compañeras religiosas, sus alumnos y las personas que la conocían, puede sintetizarse en estos puntos concretos:

— Superación del tribalismo, del cual ella misma sufrió las ofensas, ya que provenía de una tribu, los wa-budu, que consideraban poco elevada. Por su parte, se entregó a todos sin distinción de ningún género.

— Superación de los prejuicios ancestrales, sobre todo en relación con los «expulsados» a causa de presuntos maleficios. Les acogía en clase, les acariciaba y exhortaba a los alumnos a hacer lo mismo que ella, aunque fueran considerados «intocables».

— Afirmación de la libertad vocacional. Con frecuencia se inducía a los seminaristas y las religiosas africanos a abandonar la vocación, ya que los jefes de los clanes decían que debían dedicarse a la comunidad. Y también ella hubo de resistir con fortaleza a los ruegos de la madre para que no regresara al convento después de unas vacaciones. Se veía necesitada de ayuda, pero las otras hermanas también podían colaborar, como de hecho lo hicieron.

— Superación constructiva del colonialismo. Sor María Clementina veía en la africanización de la nación y de la congregación el mejor modo de afirmar su dignidad. Así, pudiendo fácilmente viajar a Europa para perfeccionar los estudios, quiso permanecer siempre en África, aunque en el momento de las luchas contra la dominación de Europa, mientras las otras religiosas africanas abandonaron a las europeas, ella cada mañana iba a visitarlas llevándoles pequeños regalos, defendiéndolas de los ataques de los malintencionados y escribiendo cartas afectuosas a las que habían debido regresar a su continente de origen.

«Esta toma de posiciones —afirma Esposito— es digna de las más altas figuras femeninas de la Iglesia», y la compara con Santa Catalina de Siena y Santa Teresa de Jesús.

Su creciente fama de martirio por defender la virginidad y su fecundo testimonio de vida evangélica impulsaron en enero

de 1978 a la Conferencia Episcopal del entonces Alto Zaire a tomar la iniciativa de iniciar su causa de canonización, deseo que también venían manifestando las religiosas de su congregación desde 1971. El proceso canónico de beatificación o declaración de martirio se instruyó en la diócesis de Isiro-Niangara, Wamba, Bafwabaka y se celebraron procesos rogatoriales en Malinas-Bruselas y en Kinshasa.

Durante su viaje apostólico, decía el papa Juan Pablo II el 4 de mayo de 1980 en la catedral de Nôtre Dame de Kinshasa:

> «Religiosos y religiosas, sed felices por haber entregado todo vuestro amor a Jesucristo y por servir a la Iglesia [...] Pienso en vuestra hermana zaireña, que os ha precedido dejando un luminoso ejemplo de pureza y de fortaleza en la fe, la Sierva de Dios sor Anuarite que, espero, pueda ser beatificada».

Lo fue, en efecto, cuatro años después, el 15 de agosto de 1985, por el mismo Juan Pablo II en Kinshasa, ante una inmensa multitud de gente, ante las autoridades civiles y religiosas del entonces Zaire y ante las delegaciones de numerosas naciones africanas y de otros continentes. Dijo en la homilía de la misa en esta solemne ocasión:

> «Es hermoso que precisamente aquí, en su país, vuestro país, y en el día en que se celebra la gloria de la Virgen María, *la Iglesia proclame beata a su hija María Clementina Anuarite.* Podemos admirarla y tomarla como modelo, y con más motivo aún al ser tan cercana en el tiempo. Ella representa verdaderamente vuestra comunidad cristiana y la honra con sus méritos y su fidelidad al Señor [...].
>
> Es un gran acontecimiento en la historia de la Iglesia de vuestra tierra. Me alegro de poder estar entre vosotros —como sucesor de Pedro— en este día importante. Y de poder cantar, con vosotros y con vuestra beata, el Magníficat mariano en la solemnidad de la Asunción.
>
> Anuarite respondió a la vocación de la virginidad libremente ofrecida. Y se une al largo cortejo de vírgenes que, desde la época romana, en los comienzos del primer milenio, entregaron su vida por Jesucristo: Blandina, Águeda, Lucía, Inés, Cecilia, Pelagia, Solange... Con las vírgenes mártires que la han precedido, la beata Anuarite anima a los que se comprometen a la castidad respondiendo a su vocación religiosa».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ESPOSITO, R. F., *Clementina Anuarite Nengapeta* (Bari ²1978).
— «Le carnet inédit d'Anurite»: *Telema* (1978).
— «L'esperienza spirituale di suor M. Clementina Anuarite Nengapeta, vergine e martire zairese», en AA.VV., *Mistica e misticismo oggi* (Roma 1979).
JUAN PABLO II, «Homilía de la beatificación (15-8-1985)»: *Ecclesia* (1985) n.2.234, p.22-24.
MONDRONE, D., *I santi ci sono ancora. Un dono di luce e di speranza per chi crede e per chi non crede,* IV (Roma 1977).

BEATO CARLOS DE FOUCAULD

Presbítero y ermitaño († 1916)

Carlos nació en Estrasburgo el 15 de septiembre de 1858. Su familia era de ascendencia aristocrática y en buena situación económica. Desgraciadamente, pronto, a los cinco años de edad, quedó huérfano de padre y madre y su familia sufrió el exilio a causa de la guerra entre Francia y Alemania en 1870. En este contexto se puede deducir que su infancia fue difícil. Tuvo la mala suerte de caer en manos de su abuelo que, débil de carácter, le dejó hacer hasta convertirse en un niño mimado y caprichoso.

Hizo la primera comunión de modo fervoroso en 1872, pero poco después, bajo la influencia volteriana de los profesores del Liceo Nancy, donde se formó en los estudios secundarios, perdió la fe. Se inicia entonces un período confuso donde se dejó llevar de un extremo estado de pereza y de gran laxitud moral lo que dio paso a que se le enviara, en 1776, a la Escuela Militar de Santa Genoveva en París, donde se preparó para ingresar, dos años después, en la Academia Militar de Saint-Cyr. Tras dos años en la célebre Academia parisina pasó otros dos en la Escuela de Saumur; y siendo ya subteniente del ejército continuó permaneciendo en guarnición residiendo seguidamente en Pont-à-Mousson y en Sétit. Estando la situación política en paz, la vida de esos oficiales, como él confiesa, se pasaba entre continuas fiestas donde la moral y el libertinaje estaban reñidos.

En junio de 1881, rompiendo con una mujer con la que se había emparejado, abandonó Francia para ir a unirse con sus compañeros que peleaban en África. En seguida se dejó domi-

nar por un gran deseo de realización personal y, entre 1883 y 1884, emprendió con gran riesgo para su vida un estudio sobre Marruecos lleno de coraje y gran tenacidad. La exploración de carácter altamente científico le colmó de prestigio ante sus compañeros, pero también le sirvió para conocer y admirar la fe profunda de los musulmanes y ese contacto con el Islam fue un primer paso hacia su propia conversión hacia la fe católica.

Vuelto a Francia en julio de 1884 puso por escrito sus descubrimientos (publicados en París en 1888) y tuvo tiempo para reflexionar en el silencio y la soledad. Bajo el influjo de una de sus primas, María Moitissier, casada con el vizconde Olivier de Bondy, mujer de una gran bondad y de una piedad profunda, que le había envuelto de un afecto maternal desde los primeros tiempos de su niñez huérfana, Carlos de Foucauld dio inicio a una extensa preparación que terminaría con su conversión a Dios.

La conversión tuvo su punto decisivo en octubre de 1886 mediante la intervención y varias entrevistas con un sacerdote vicario de la parroquia de San Agustín en París, Henri Huvelin, que era director espiritual de María de Bondy. Carlos de Foucauld se confesó y recibió la comunión y como escribiría quince años más tarde: «en cuanto yo me di cuenta de que Dios existía, comprendí que yo no podía hacer otra cosa que dedicarle toda mi existencia en la vida religiosa a la que me sentí llamado en el mismo momento en que volví a la fe».

Durante tres años, Carlos, bajo la dirección del sacerdote Huvelin aprende a caminar por los senderos de la oración contemplativa y en una búsqueda constante de su propia vocación por la que quiere consagrarse totalmente a Dios. Quien había conocido la riqueza y la vida fácil, quien había perseguido el poder y la gloria trata ahora de imitar a toda costa a Jesús, queriendo ocupar los últimos puestos de este mundo. Así fue como tomó la decisión de ingresar en la Trapa de Nuestra Señora de las Nieves (Ardèche) con el deseo de poder ir hasta una paupérrima fundación hecha por esta abadía en Siria, Akbés. Sus superiores accedieron a estos deseos y el hermano María Alberico (este fue el nombre que recibió al ingresar en la Trapa) fue destinado a Akbés. Allí, en el pobre priorato de Nuestra Señora del

Sagrado Corazón vivió durante seis años una austera vida cisterciense bajo la dirección del abad emérito de la Casa madre, Dom Policarpo Marthoud, un monje digno de los antiguos padres del desierto.

A pesar de unas condiciones de vida prácticamente míseras, el hermano María Alberico no estaba satisfecho y ansiaba abrazarse a un desprendimiento más absoluto y total. En 1893 comenzó a sentir que Dios le llamaba a vivir una vida más conforme a la vida escondida y pobre de Jesús en Nazaret. El abate Huvelin trató de atemperar aquellos deseos, pero éstos iban cada día en aumento. Advertidos sus superiores, en 1896, quisieron hacerle pasar por una prueba muy fuerte como era enviarle a Roma para estudiar teología y destinarlo al sacerdocio, vocación a la que él expresamente había renunciado al ingresar en la Trapa. Pero el 23 de enero de 1897 diez días antes de que tuviese que emitir su profesión solemne como monje cisterciense, el hermano María Alberico recibió de parte de Dom Sebastián Wyart, abad General de los trapenses, su permiso para que fuese a ensayar su nueva vida como eremita.

Carlos de Foucauld quería vivir su nueva vida en el mismo Nazaret a donde llegó el 4 de marzo de 1897. Allí se convirtió en el demandadero y hortelano de un convento de clarisas fundado en Nazaret hacía unos años. Estas labores le permitieron consagrar días y noches enteras a la oración y a una profunda meditación sobre los evangelios. Bajo la influencia de la abadesa de las clarisas, M. Elisabeth del Calvario, se despertó en él el deseo de fundar un nuevo estilo de vida y de aceptar, por lo mismo, el poder llegar a ordenarse como presbítero. Tenía casi un proyecto decidido: comprar el monte de las Bienaventuranzas y pasar a vivir en él como sacerdote ermitaño; para poder realizarlo volvió a Francia en agosto de 1900 para prepararse para el sacerdocio. Después de pasar estudiando ocho meses en el monasterio de Nuestra Señora de las Nieves fue ordenado sacerdote el 9 de junio de 1901, pasando a incardinarse en la diócesis de Viviers.

Comprar el monte de las Bienaventuranzas fue algo imposible. Entonces la mirada de Carlos de Foucauld se tornó hacia Marruecos que tan bien él conocía. Aquella región iba a conver-

tirse en el lugar donde podría llevar una vida como la de Nazaret. Pero como para un europeo era imposible entrar en la zona interior de Marruecos, se instaló en Beni Abbés, punto de paso de las caravanas en la frontera marroquí. Allí tomó un estilo de vida muy diferente a la que había llevado en Nazaret.

Aunque él no salía de su ermita, su pobre morada estaba abierta a todos; quería dar hospitalidad a todos los que se acercasen, buenos o malos, amigos o enemigos, musulmanes o cristianos. El hermano Carlos de Foucauld se convirtió en Beni Abbés en el hermano universal de cada uno de los soldados y oficiales franceses o argelinos. «Quiero acostumbrar a los que aquí viven, cristianos, musulmanes, judíos o idólatras, franceses o argelinos a que me miren como a un hermano, el hermano de todos», escribía en una carta a María de Bondy el 7 de enero de 1902. Incluso llegaba a rescatar a esclavos a los que abría su fraternidad.

Marruecos, a pesar suyo, estaba férreamente cerrado a los europeos; no obstante gracias a los impulsos de uno de sus amigos de la Academia de Saumur, Henri Laperrine, que había sido nombrado comandante de ciertos puestos del ejercito en el Sahara, fray Carlos, en 1903 pudo acercarse a Hoggard y los tuaregs que nunca habían oído hablar de Cristo y su Buena Noticia. Entre 1904 y 1905 pudo participar en dos correrías por el sur y tomar contacto con sus poblados. En agosto de 1905 llegó finalmente a Tamanrasset donde decidió instalar un eremitorio parecido al de Beni. Quería compartir entre los dos su permanencia y su vida.

Tamanrasset le atrajo pronto irresistiblemente y el hermano Carlos pasará la mayor parte de sus últimos años de su vida en él. En aquel lugar realizará su apostolado de bondad y de amistad. Es más, aun en medio de las numerosas visitas de los tuaregs, tuvo tiempo para componer un diccionario francés-tuareg / tuareg-francés, y una colección de textos y poesías de los tuaregs que serían publicados más tarde por René y Andrés Basset. También hizo una traducción del Evangelio. Todo ello envuelto en un clima por el que lograba pacificar los corazones de todos.

Con obstinación renovada trató de atraer a otros cristianos de buena voluntad para que fuesen a reunirse con él en aquella

tierra desierta para ejercer como comerciantes o como técnicos sanitarios de forma generosa y evangélica. Hizo tres viajes a Francia en su busca, 1909, 1911 y 1913. Nadie quiso seguirle ni como religioso ni como laico.

El conjunto de los escritos espirituales de Carlos de Jesús, tal como se firmaba desde su llegada a África, comprenden unas quince mil páginas. Pero salvo los *Estatutos para la Asociación de los Hermanos y Hermanas del Sagrado Corazón de Jesús* (unas 39 páginas, sin el nombre del su autor, editados en Argel, 1909), Carlos de Foucauld no dio nunca ninguno de sus escritos a la imprenta, como ninguno de sus escritos espirituales formaron nunca parte de ningún tratado, ni siquiera de un esquema temático. Las tres cuartas partes de sus escritos datan de su estancia pasada en Nazaret. Estos escritos nacen bajo la recomendación del abate Huvelin que se los propuso como remedio a una sequedad espiritual en la oración por la que el hermano Carlos atravesaba entonces. En ellos se recogen las reflexiones que tenía en sus meditaciones y en su plegaria cotidiana. Las escribía en su cabaña o en la capilla de las clarisas delante del Santísimo. En ellos fue tomando como base tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento; la escritura es sencilla, repetitiva pero sincera; apenas un vago esquema se precisa en aquellos escritos en los que se propone el relato evangélico, el ejemplo de Jesús y el interrogante de cómo seguir a Jesús por su parte. A veces intentó seguir otros esquemas sobre virtudes, reflexiones sobre los profetas, los salmos. Pero el centro de sus reflexiones y el polo de sus pensamientos siempre fue Jesús y su Evangelio. *Meditaciones sobre los santos evangelios, Ensayo para acompañar a Nuestro Señor Jesús* (una especie de Vida de Cristo) en su advenimiento, en el desierto, en su vida pública. Compuso dos retratos de Jesús: *El Modelo único* y *Nuestro manso Jesús.*

Posteriormente a su estancia en Nazaret, su nueva vida, entregada a acoger a los pobres y a los visitantes no le permitieron entregarse por mucho tiempo a escribir. Lo que escribió vuelve sobre los mismo temas: explicación del Evangelio o meditaciones sobre los Santos Evangelios, aunque cada vez sus reflexiones se van haciendo más profundas y densas.

El mensaje espiritual tiene evidentemente un origen y bebe de fuentes conocidas. Carlos de Foucauld hace humildemente

suyas un conjunto de ideas que él ha leído aquí y allá, comenzando por los Padres del desierto hasta llegar a la Escuela francesa y las obras de J. P. Caussade. De esas influencias dos se destacan notablemente: la influencia espiritual de Santa Teresa de Jesús, la santa de Ávila cuyas obras fueron leídas y releídas desde 1888 hasta su muerte. Y la otra fue la de San Juan de la Cruz, cuyos escritos fueron su libro de cabecera desde 1898. La *Madre* como él llamaba a Santa Teresa tomando la palabra en castellano, fue su directora espiritual por el difícil itinerario de la mística y fue su Maestra en los senderos de la oración. Muy honda fue la influencia de San Juan de la Cruz cuya lectura le fue recomendada por el abate Huvelin. En el autor de la *Subida al monte Carmelo* el hermano Carlos encontró el modelo de su vocación, en lo absoluto del amor, tal como él lo había percibido desde los días de su conversión; despojarse de todo lo que no es Dios para poseer sólo a Dios, la perfección del despojamiento en aras de la perfección del amor. Atraído por San Juan de la Cruz, el hermano Carlos tomó su resolución de fundar toda su vida espiritual en la perspectiva unificadora del amor.

Pero si hay una espiritualidad o mejor un mensaje espiritual del padre Foucauld, hay que basarla en sus vivencias, en el cómo él vivió los valores evangélicos de una forma novedosa y con una intensidad extraordinaria. Lo que regía su vida fueron las actitudes concretas, los hechos, los gestos, las palabras de Jesús tal como el Evangelio las revela en su novedad y realismo. Su única razón de vivir fue Jesús; sólo Jesús, tal como él escribió una noche en Nazaret. Sólo Jesús sin preocuparse de ninguna otra cosa. No tiene ningún otro Maestro ni otra esperanza, y su amor por Jesús es totalmente exclusivo. Describiendo la búsqueda de su vocación dice: «No sabía en qué Orden entrar; entonces al leer el Evangelio vi que el primer mandamiento es el de amar a Dios de todo corazón y que todo se resumía en el amor; todos saben que el primer efecto del amor es el de la imitación; era pues necesario que yo entrara en una Orden donde yo encontrara la más exacta de las imitaciones de Jesús». En 1906 escribiendo al abate Huvelin le contaba: «me he hecho como un retrato de Nuestro Señor, formado por frases del santo Evangelio. Las leo y releo sin cesar y me gusta mucho poner

cada día ante mis ojos ese retrato». Y en el último año de su vida, 1916, escribió: «Jesús ha querido que su nombre "Salvador" significara la obra de su vida, salvar almas. La obra de nuestra vida debe ser la imitación del Modelo Único, la salvación de las almas».

El hermano Carlos escruta sin cesar los hechos y las palabras de Jesús. Sus escritos demuestran que no son meras expansiones espirituales ni reflexiones filosóficas ni un diálogo de la criatura con su Creador, sino algo mucho más sencillo: ante el interrogante de quién es Jesús, él escribe sus meditaciones con gran humildad ya que es incapaz de orar bien y a la vez quiere estar siempre en su presencia. Hace retratos de Jesús para remirarlos continuamente. Sigue el ciclo litúrgico, tan recomendado ya en su tiempo, especialmente en la cuaresma para acompañar a Jesús minuto a minuto en aquel preciso período, cuando dijo aquello u obró tal milagro; se prepara para seguirlo a Getsemaní o al Calvario. El hermano Carlos revive literalmente a Jesús. Los evangelios son el alimento primero de su vida y no pide otra cosa sino que sean a todo lo largo de su vida su sustento para poder participar cada día más en la vida de Jesús. Esta asimilación de la Escritura fue para él un fortalecimiento continuo en lo espiritual y el principal de los motores de su evolución hacia el amor cada vez más real, por Jesús el Salvador. Los Evangelios han sido el medio más corto e inmediato para unirse a Jesucristo y darse a todos a través de él.

Hay tres características en el mensaje espiritual del hermano Carlos:

a) Imitación de Jesús que «vino a ocupar el último lugar» (despojamiento total). Un lugar que nadie le ha podido arrebatar jamás en su entrega a los hombres. Imitar a Jesús en esto, hará consistir toda su vida espiritual. Buscar e imitar a Jesús como pobre fue un empeño apasionado, en una carrera por etapas en la que se fue despojando de todo hasta la radicalidad más absoluta.

b) Pero en esta pobreza radical no hay una separación del mundo, una disociación de la vida de los hombres al modo de San Juan de la Cruz; de modo progresivo fue conducido a participar del mundo obrero y del ambiente de trabajo de los más po-

bres de este mundo; lo hizo ya en su etapa de monje trapense en el pobre priorato de Akbés trabajando hombro con hombro con los pobres aparceros del entorno y continuará haciéndolo con los desheredados del Sahara. Pero su inserción entre los más menesterosos no se asienta en aspiraciones revolucionarias humanas sino en la perspectiva gozosa de una vuelta de Jesús a la tierra.

c) Carlos de Foucauld al abandonar la Trapa no deja de ser un contemplativo y nunca dejó de serlo. Pero quiso hacerlo al estilo de la familia de Nazaret que llevó una vida contemplativa permaneciendo entre los hombres. La celda del hermano Foucauld está abierta a todos, sin perder su carácter fundamental de ser una celda de contemplativo. Estableció una capilla y celebraba la misa todos los días en medio de un pueblo no cristiano y al que nunca predicó. El rincón del desierto donde plantó su tienda estaba a las puertas de un pueblo y su vida «eremítica» coexistía con una presencia amistosa abierta a todos. Carlos no va al desierto para evadirse de los hombres sino para encontrarse con las ovejas más abandonadas. Y la Eucaristía, comunión y presencia cotidiana y continua, es el alimento esencial de esta contemplación.

Como hermano de todos, Carlos de Foucauld mostró todas sus cualidades de hombre de acción, al mismo tiempo que sentía el imperioso anhelo de dar a conocer a todos y, sin cesar, a su Bienamado el Señor Jesús. Puso, además, al servicio de los tuaregs su capacidad técnica. Se hizo uno de ellos, aprendió su lengua, hizo lo que pudo por el desarrollo de la región. Con voluntad inquebrantable manifestó con su vida una caridad sin fronteras para unificar el amor entre los hombres, unidad que es cualidad inseparable de los que aman de verdad a Jesucristo. Quiso vivir en humilde fraternidad con los más pobres, compartir su vida, respetar con amor a cada persona y cada particularismo. Creía que las obras materiales positivas debían estar en relación, en primer lugar con una amistad verdadera que permitiese el desarrollo real de cada una de las personas. Y esta amistad atenta y concreta, sencilla y universal debía anidar en el corazón de todas las relaciones entre los hombres.

Apenas tuvo seguidores en vida, a pesar de los esfuerzos hechos. Su propuesta era muy radical. Vivir integralmente el

Evangelio fue su única pasión. Se abraza a su vocación trapense con este firme propósito que nunca le abandonó. La fuerza del amor y la fuerza del Espíritu le impulsó a más. Nada ni nadie, a lo largo de todos sus años, hasta el día de su muerte, le pudo apartar de esta fuerza, de esta luz que le embriagó una vez para siempre. Imitar el despojamiento de Jesús, ser insaciable en el cumplimiento de las bienaventuranzas. Por eso ninguna Trapa, ni regla alguna fue capaz de colmar su corazón sediento de Jesús manso y humilde de corazón.

Quiso incendiar con esas llamas de amor inextinguible a todos los hombres. Seguir y amar al Cristo del Evangelio hasta sus últimas consecuencias. Sus proyectos fundacionales fueron varios. Siendo todavía trapense, en 1893, con apenas tres años de vida monástica, siente ya el deseo de fundar algo nuevo. Estos proyectos se fueron precisando y en carta al abate Huvelin le cuenta ya sus primeras ideas y directrices. En 1896 compone una pequeña Regla para los miembros de una Congregación que él llama: «Hermanitos del Sagrado Corazón de Jesús». Al dejar la vida trapense escribe: «Mi nueva vida tiene que ser mucho más escondida que la que yo ahora dejo». Durante el período pasado como sirviente o empleado de las monjas clarisas, deja dormir sus proyectos hasta que la madre abadesa Elisabeth le anima a retomar esa empresa. Tiene la oportunidad de encontrar un compañero, otro monje que abandonaba la Trapa en 1898 y, en seguida, se pone a redactar la que él llama: *Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón.* Pero el compañero no quiso seguirlo.

Fue el día de Epifanía de 1899 cuando el hermano Carlos escribió ante el Santísimo Sacramento una larga meditación donde expresa los sentimientos que le embargaban en aquel momento; cuando la reescribió en doble documento los tituló *Reglamento provisorio* y *Regla definitiva de los ermitaños del Sagrado Corazón.* Hay en este último documento un cambio decisivo: el sacerdocio y el apostolado. Los acepta. Hay que ser como Jesús pobre pero Salvador de los hombres. La vida de Nazaret es a la vez oculta y abierta, silenciosa y acogedora, lugar de intimidad con Jesús y punto de partida para la misión.

El viernes 9 de junio de 1899, en la fiesta del Sagrado Corazón y dos antes de su ordenación, Carlos de Jesús retoma la me-

ditación de Epifanía, la concreta y hace de ella un largo documento: *Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón de Jesús,* en una detallada explicación de la meditación, pero que no aporta ninguna novedad. El conjunto del documento tiene más de doscientas páginas escritas a máquina y se divide en tres partes; a) *Regla de San Agustín* (un año había abandonado la Regla de San Benito que le parecía muy compleja, para abrazarse con la agustiniana). b) *La Regla de los Ermitaños del Sagrado Corazón;* son cuarenta capítulos que comentan cada uno de los 40 artículos de las Constituciones. c) Las *Constituciones* divididas en cuarenta artículos, a imitación de los 40 capítulos de la Regla de San Agustín.

El celo por las almas brilla por encima de todo. Quiere ver en todo ser humano un alma a la que hay que salvar. El «Salvador» debe ser su modelo y el resumen de toda la vida de los ermitaños. Deben salvar mediante su íntima oblación ante el Salvador, ante el Santísimo Sacramento del altar, en el Santo Sacrificio de la misa, en la imitación de las virtudes de Cristo, por la penitencia, la oración, las buenas obras de caridad; la caridad debe brillar en todos los eremitorios como los rayos resplandecientes del Corazón de Jesús.

En los Ejercicios Espirituales para el diaconado, en marzo de 1901, se le avivan los deseos de fundar y aporta una ligera evolución. El sacerdocio le invita a inmolarse en medio de la comunidad de fieles que el Señor le depare. Comprende que le va a exigir una autodonación absoluta hasta el martirio.

Una carta dirigida en 1911 al P. Antonio, monje de Nuestra Señora de la Nieves, contiene un nuevo esbozo de la vida de la comunidad con un comentario sobre el «trabajo apostólico» dentro de la línea de «Nazaret». También previó la necesidad de religiosas que asistieran a los pobres. Las congregaciones existentes no le pueden enviar religiosas que ejerzan esos servicios. Piensa por tanto que será preciso unas *Hermanitas del Sagrado Corazón* para las que redactará una Regla en mayo de 1902 aunque su texto es idéntico al de los «Hermanos».

En los últimos diez años de su vida, viendo la imposibilidad de poder fundar una congregación religiosa por falta de candidatos, el hermano Carlos de Foucauld fue pensando en formar

un grupo de seglares con los que compartir, aunque fuera a distancia, sus ideales evangélicos. Este sería la *Unión de los hermanos y hermanas del Sagrado Corazón de Jesús,* que él describió así en 1909: «El papel de los hermanos y hermanas, que no son ni sacerdotes ni religiosos, no tiene por fin instruir a los infieles en la religión cristiana ni conseguir su conversión, sino prepararlos, por medio de su silencio lleno de estima por ellos, para que sus prejuicios se disuelvan al ver los ejemplos de su buena vida y darles a conocer, más por las obras que por las palabras, las normas de vida cristiana y ganarlos por la confianza, el afecto y una estrecha amistad».

Algunos meses antes de su muerte, el hermano Carlos escribió: «Mas que nunca sueño con esta obrita [...] quisiera presentarla simplificándola y abreviando más todavía sus Estatutos, modificándolos completamente y simplificando su organización».

A los ojos del mundo la vida del hermano Carlos de Foucauld pasó casi desapercibida y su obra lo mismo; apenas contagió a nadie con sus ideales. Lo mismo podemos decir de su muerte acaecida en 1916, obra de una tribu, los senusitas que, por recelos contra el ermitaño de origen francés temían su influencia en la región y así decidieron eliminarlo dándole muerte el primero de diciembre. En medio del fragor de la Primera Guerra Mundial su muerte apenas llegó a los oídos de los hermanos laicos de la Unión que en aquel momento eran unos 49. Pero las obras de Dios tienen su tiempo y su compás. En 1933 nacieron simultáneamente dos congregaciones que tomaron como fundamento sus proyectos e ideales. La masculina, iniciada por cinco jóvenes sacerdotes al sur de Orán, que tomaron primero por nombre *Hermanos de la Soledad* y posteriormente el de *Hermanitos de Jesús.* La congregación femenina se fundo en Montpellier y se llamaron *Hermanitas del Sagrado Corazón de Jesús,* tomando en su integridad la Regla escrita por Carlos de Foucauld en 1902. Se han extendido por Francia, Marruecos, Túnez, Tamanrasset y en la India.

En 1939 nacieron la Hermanitas de Jesús que con ocasión de la Segunda Guerra Mundial y la posguerra se vieron obligadas a evolucionar como antes lo había hecho los «Hermanitos».

Se multiplicaron muchísimo y tratan de asegurar la presencia de Jesús en el mundo no cristiano o entre las masas descristianizadas. Lo mismo pasó con la Unión de laicos o no religiosos (hay asociaciones de sacerdotes también) que a partir de 1950 experimento un gran incremento de afiliados y diversidad de Institutos seculares.

A pesar de esta floración, canónicamente hablando, el proceso de canonización no le ha reconocido el título de Fundador. Carlos de Foucauld permanece en su soledad, escondido en la humildad de Nazaret, un verdadero monje contemplativo que con la fuerza de su entrega como hermano universal ha vigorizado el corazón de muchos con la fuerza de su amor a Jesús y a su Evangelio. Ha sido beatificado en Roma, el 13 de noviembre de 2005, bajo el pontificado de Benedicto XVI.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAZIN, R., *Escritos espirituales* (Madrid 1958).
DIDIER, H., *Vida de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).
SIX, J. F, *Dictionnaire de Spiritualité,* V (París 1964) cols.729-741.
— *Itinerario espiritual de Carlos de Foucauld* (Barcelona 1988).
— *El testamento de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).
SUESCUN, J., *Carlos de Foucauld en el Sahara, entre los tuaregs* (Bilbao 1994).
VÁZQUEZ BORAU, J. L., *Carlos de Foucauld y la espiritualidad de Nazaret* (Madrid 2001).
— *«Consejos evangélicos» o «Directorio» de Carlos de Foucauld* (Madrid 2005).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LEONCIO
Obispo († 432)

No se conoce un obispo de Frèjus (Francia) anterior a este San Leoncio, cuyo episcopado debió comenzar poco antes del 419 en que ya ocupaba la sede episcopal. Por indicación del papa San Bonifacio I intervino en el juicio contra el obispo Máximo de Valence. Era uno de los obispos a los que dirigió su carta el papa San Celestino I pidiéndoles que corrigieran a algunos sacerdotes indisciplinados y poco ortodoxos y, sobre todo, pidiendo que todos aceptasen la doctrina católica sobre la gra-

cia. Era un amigo muy querido del monje Casiano, que le dedicó sus primeras diez Colaciones. Influyó en la fundación por San Honorato del monasterio de Lerín. Leoncio no se inmiscuyó en los asuntos del monasterio, respetando la autoridad del abad, lo que sirvió de ejemplo para las relaciones de otros muchos obispos con sus monasterios. Murió hacia el año 432. La diócesis de Frèjus lo honra como su patrono.

SAN AGERICO DE VERDÚN

Obispo († 588)

Agerico nace en Harville hacia el año 530. Estudia en la escuela episcopal de Verdún. Recibe las órdenes sagradas de manos del obispo San Desiderio y al morir éste es elegido como su sucesor. En 570 hace de padrino del rey Childeberto II. Gozó de la amistad de San Gregorio de Tours, que da un claro testimonio acerca de su bondad y virtudes. También fue amigo de Venancio Fortunato, que igualmente elogió las virtudes de su amigo. Construyó nuevas iglesias, entre ellas las de San Medardo y San Andrés, restauró las antiguas, construyó asimismo el baptisterio. Asiduo predicador de la palabra divina, empleaba muchas horas en este fundamental ministerio. También sobresalió por su caridad y atención a los más pobres. Se opuso tenazmente aunque con poco éxito a la costumbre de la corte de eliminar a los enemigos, procurando costumbres más cristianas y suaves. Y se dice que vino a morir del disgusto de que, habiéndose refugiado en su oratorio los duques Ursione y Bertefrido, allí mismo fueron eliminados. Fue enterrado en la citada iglesia de San Andrés, que era donde había estado su casa paterna, y en su entorno en 1037 se levantó una abadía benedictina que tomó su nombre.

BEATO ANTONIO BONFADINI

Presbítero († 1482)

Antonio Bonfadini nace en Ferrara el año 1400 en el seno de una familia de clase acomodada, que lo educa con esmero y

lo hace estudiar en la universidad de la ciudad, donde logra los grados. Permanece toda su juventud en el seno de su familia, siendo un joven puro y honesto, y no es hasta los 39 años cuando se decide por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Menores en el convento del Espíritu Santo de Ferrara. Se ordena sacerdote, y se distingue enseguida por su exacto cumplimiento de la regla franciscana así como por su celo por la salvación de las almas. Y es este celo el que le lleva a ofrecerse para las misiones entre infieles. Obtenida la licencia embarca con dirección a la Tierra Santa, donde predica el evangelio y luego vuelve a Italia, lastimado de no haber obtenido la corona del martirio. Su muerte tuvo lugar en Cotignola di Faenza antes de haber regresado a su convento, y allí en el Hospicio de Peregrinos murió el 1 de diciembre de 1482. Enterrado en la parroquia de San Esteban, cuando luego los franciscanos fundaron casa en Cotignola lo llevaron a la iglesia de su convento. Su culto inmemorial fue confirmado el 13 de mayo de 1901 por el papa León XIII.

SANTOS RODOLFO SHERWIN Y ALEJANDRO BRIANT

Presbíteros y mártires († 1581)

Las ediciones anteriores de esta *Año cristiano* proporcionaron una biografía de San Edmundo Campion, martirizado en la plaza londinense de Tyburn el 1 de diciembre de 1581. Pero en esa biografía se atiende solamente a San Edmundo, sin narrar las biografías de sus dos compañeros de martirio y canonización: los santos Rodolfo Sherwin y Alejandro Briant, el primero sacerdote secular, el segundo jesuita también como Campion. Nosotros hemos pensado que era mejor respetar la biografía de San Edmundo tal como estaba en las ediciones anteriores pero añadir aquí noticia suficiente de sus dos insignes compañeros.

RODOLFO SHERWIN había nacido en Rodesley, Longford, Derbyshire, en el seno de una familia protestante, en 1550. Estudia en el Exeter College, de Oxford, y en 1575 deja su brillante carrera para hacerse católico y se va primero a Douai y luego a Roma, al Colegio Inglés, del que sería el primer mártir. Se les pidió a los alumnos del colegio que juraran tener volun-

tad de ir a la misión inglesa, y Ralph respondió: «Hoy mejor que mañana». Ordenado sacerdote, vuelve con Edmundo Campion y otros en 1580 a Inglaterra, teniendo por el camino de vuelta una disputa con los calvinistas de Ginebra que se hizo famosa. Por el camino supo que sus nombres ya estaban entregados a la policía inglesa. Llegado a su país pudo trabajar apostólicamente tres meses con gran éxito, hasta que fue arrestado en Londres justo cuando estaba predicando. Llevado a la cárcel de Marshalsea y cargado con fuertes cadenas, llevó su prisión con paciencia y alegría, diciendo que no había música más agradable que la de sus cadenas. En la cárcel logra reconciliar con la Iglesia a varios compañeros de prisión, pero al mes de estar encarcelado pasa a la Torre de Londres donde sufre terrible tortura, queriendo sacarle sus relaciones con Campion, y teniéndolo cinco días incomunicado y sin comer, pero meditando en la crucifixión de Jesús. Después de un año de encierro en la Torre fue llevado a juicio con otros catorce, entre ellos San Edmundo Campion. Dijo con toda claridad que era solamente la motivación religiosa y no política la que le había llevado a ejercer su ministerio en Inglaterra. En nombre de la reina Isabel se le ofreció la vida y la libertad si volvía al protestantismo. Dijo que no en términos tajantes. Fue condenado a muerte. Llevado a la ejecución y una vez martirizado San Edmundo Campion, lo llamó el verdugo y él le besó la mano, llena de sangre de Campion, y subió al carromato. Le pusieron la soga al cuello y empezó a repetir: «Jesús, Jesús, Jesús, sé para mí Jesús». El pueblo que estaba allí le gritó: «Que Dios reciba tu alma». Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

ALEJANDRO BRIANT nació en el Somersetshire, siendo sus padres labradores acomodados, el año 1553. Estudió en el Hart Hall de Oxford, donde conoció a Robert Persons y cuando éste se hizo católico, Alejandro se hizo también. Decidido por el sacerdocio, ingresó en el Colegio Inglés de Douai en 1577. Ordenado sacerdote, volvió a Inglaterra en 1579 y trabajó apostólicamente en su condado natal, logrando reconciliar muchas personas con la Iglesia. Se fue a Londres a vivir con el P. Person y cae en manos de los cazasacerdotes en 1581 y fue llevado a la cárcel llamada The Counte. Lo tuvieron 48 horas sin comer y

beber para soncarle sobre Persons y sus amistades, pero no consiguieron nada. Entonces fue llevado a la Torre de Londres y aquí, buscando noticias sobre Persons, fue bárbaramente torturado. Como dijo en una carta a los jesuitas, él pensó en la pasión del Señor todo el tiempo de la tortura. Se le llevó a un oscuro calabozo donde se le tuvo ocho días sin ver la luz y luego se le volvió a torturar. Durante la tortura prometió al Señor ingresar en la Compañía de Jesús y así lo pidió luego por carta, siéndole concedido. Al juicio en Westminster Hall fue con una cruz en la mano y cuando le dijeron que la tirara dijo que no lo haría nunca porque él era un soldado y la cruz su bandera. Condenado a muerte y llevado al sitio de la ejecución en el día señalado, hizo profesión de fe católica antes de morir y dijo que moría inocente y que él no había ofendido a la Reina en nada, y que se alegraba de compartir la suerte del P. Campion. Se le dio el mismo género de muerte que a sus compañeros.

Fueron canonizados el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO RICARDO LANGLEY

Mártir († 1586)

Era un rico terrateniente de Grimthorpe en East Yorkshire y parece que nació allí mismo unos cuarenta años antes de su martirio, en 1586. Tenía tierras también en Rathorpe y en Ousethorpe. Estaba casado con Joan Beaumont de Mirfield y tenía cuatro hijas y un hijo. Era un católico fervoroso que daba acogida en su casa a los sacerdotes y que llegó a hacer un refugio subterráneo para ellos donde pudieron pasar muchos de ellos desapercibidos. Delatado, el 28 de octubre de 1586 fue enviado un piquete militar a examinar el asunto y se hallaron en efecto dos sacerdotes, lo que trajo el arresto inmediato de Langley. Las noticias que hay de él son que era un alma grande, de notable piedad, gran crédito social, respetado de todos por su honestidad, sabiduría y sobriedad, bien cualificado en toda virtud. Llevado a juicio, al entrar en la sala, un grupo de protestantes lo insultó, pero él se dirigió al P. Cerowe que estaba allí y le pidió la bendición. Declaró no arrepentirse de haber alojado a los sacer-

dotes, por ser mensajeros de Dios, y más bien lamentaba no haber podido hospedar a más. Dijo también que daba gracias a Dios por concederle morir por una causa tan buena. Durante todo el período que pasó en la cárcel estuvo siempre jovial y alegre. Se ganó el corazón del carcelero que se quedó llorando cuando lo sacaron a ejecutar y cuando era llevado a la muerte mostraba tanta alegría que llegó al patíbulo antes que el propio sheriff. Una vez ahorcado, destripado y descuartizado el 1 de diciembre de 1586, y pese a que lo reclamaban sus amigos, su cuerpo fue echado al fondo de una fosa y encima echaron los de varios ladrones ejecutados. Su hija Isabel murió en la cárcel por la fe, y decía que veía a su padre junto a ella. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO CASIMIRO SYKULSKI

Presbítero y mártir († 1941)

Nace en Konskie (Polonia) el 29 de diciembre de 1882. Siendo adolescente, ingresó en el seminario diocesano de Sandomierz y se ordenó sacerdote el 12 de julio de 1905. Tras varios años de servicio parroquial, se graduó en la Academia de San Petersburgo y volvió al ministerio parroquial. Durante la Primera Guerra Mundial fue capellán militar. Lograda la independencia de Polonia, fue diputado de la República en dos legislaturas. El Papa lo nombró camarero secreto. En 1928 fue designado canónigo de San Martín de Opatów y, al año siguiente, párroco de Konskie y arcipreste de su partido, donde hizo una amplia labor social y apostólica. Durante la Segunda Guerra Mundial, se dedicó a la atención material y moral de las víctimas, siendo tomado como rehén el 8 de septiembre y luego liberado, persistiendo en su trabajo benéfico. Arrestado finalmente el 1 de octubre de 1941, estuvo preso en Radom, pasando luego al campo de concentración de Auschwitz, donde fue fusilado por orden del tribunal de Radom el 1 de diciembre de aquel mismo año. Beatificado el 13 de junio de 1999.

2 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Habacuc, profeta **.
2. En Roma, Santa Bibiana (fecha desconocida), mártir **.
3. En Roma, en la Vía Portuense, San Pimenio († s. III/IV), presbítero y mártir.
4. En Aquileya (Véneto), San Cromacio († 407/408), obispo *.
5. En la isla de Ponza, el tránsito de San Silverio († 537), papa y mártir **.
6. En el monasterio de Groenendael (Brabante), Beato Juan Ruysbroeck († 1381), presbítero, canónigo regular agustino **.
7. En Murcia, Beata María Ángela Astorch († 1665), abadesa clarisa **.
8. En Logiewniki (Polonia), Beato Rafael (Melchor) Chylinski († 1741), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores Conventuales **.
9. En Stanislaviv (Ucrania), Beato Iván Slezyuk († 1973), obispo y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN HABACUC

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio romano* actual sintetiza la misión y el mensaje de este santo profeta, tan válido para todos los tiempos como para el suyo, con este certero elogio, el día 2 de diciembre: «Conmemoración de San Habacuc, el profeta que, a la vista de la iniquidad y la violencia, anunció el juicio del Señor, pero también su misericordia, diciendo: "El justo vivirá por su fidelidad"».

No pudo encuadrarlo en datos geográficos ni históricos porque no hay suficientes pistas para situarlo con seguridad. Es muy probable que viviera y predicara en Judá cuando el imperio de los asirios declinaba dando paso al de los caldeos de Babilonia, que lograban la primacía en vertiginosa ascensión.

Según esta opinión, que parece la más verosímil, sería un poco posterior al profeta Nahún, y los dos, contemporáneos de Jeremías.

Con mayor precisión se podrá datar la profecía entre la batalla de Cartemis (605 a.C.) que dio a Nabucodonosor de Babilonia el Próximo Oriente, y el primer asedio de Jerusalén en 597: a fines del siglo VII y comienzos del VI (a.C.)

El libro de Daniel 14,32-38, en un relato midrásico, habla de un profeta llamado Habacuc, arbitrariamente identificado con el que nos ocupa, sin fuentes que lo avalen. Cuando iba a llevar un guiso y panes a los segadores, el ángel del Señor le cambió la ruta y, cogiéndole por los pelos, lo transportó en vuelo a Babilonia para socorrer a Daniel, que estaba encerrado en la cueva de los leones. Cumplida su misión, el ángel lo devolvió a su procedencia como lo había llevado.

Este episodio legendario, que se ha enriquecido con simbolismos eucarísticos y marianos, se recoge también en la varia iconografía de Habacuc, por ejemplo, en una puerta de Santa Sabina en Roma (s. V). La más frecuente presenta al profeta ya anciano, barbudo, a veces deforme y encorvado, con gesto de amargura por la situación.

Con hondas reflexiones, vida de oración y prolongados diálogos con Dios, se fraguó el Libro de Habacuc, ciertamente breve pero uno de los más profundos del Antiguo Testamento, con páginas comparables a las de Job y a las de los libros sapienciales.

Los problemas que plantea, de manera más vital que teórica, son tan interesantes para su tiempo como para el nuestro, en que tampoco los vemos resueltos. Porque Habacuc no se queda prendido en las circunstancias históricas que rodean al pueblo de Dios; las trasciende y se asoma a una panorámica más universal que abarca toda la historia y el sucederse de los imperios en su curso. Hoy como ayer, resulta difícil, por no decir imposible, vislumbrar y comprender los planes enigmáticos de Dios, que sin duda para los creyentes lleva el timón de los acontecimientos y rige con sabiduría, justicia y amor, en su Providencia, todo lo que sucede.

Pero a la vista están la violencia, la injusticia, la opresión, el imperialismo y los abusos de las potencias de turno. No le basta a Habacuc la solución que aparece en Nahún con el castigo ejemplar de Nínive, ni las ideas repetidas en la Biblia de que

Dios purifica temporalmente a su pueblo por manos de los opresores, bastón de su ira, que más tarde, conseguido el fruto del castigo medicinal, son destruidos. Porque, si fueron crueles los asirios, no lo fueron menos los caldeos babilonios que los sucedieron. Y lo mismo, todos aquellos a los que el poder ensorbebece, endiosa y corrompe.

¿Tendrán razón los que en este mundo no ven más que una loca ambición de poder cual si fuese el único motor de la historia? Los pobres, los débiles, los pequeños y los pacíficos, ¿están condenados a ser humillados, oprimidos y explotados por los poderosos?

¿Dónde está Dios? ¿Es ciego, sordo o impotente ante la flagrante injusticia que triunfa y ante el sufrimiento de los inocentes? Difíciles preguntas que, aún después de la revelación del Nuevo Testamento, siguen inquietándonos a todos los hombres.

Habacuc, desde su fe, desde su palabra profética y desde su honda actitud vital, ilumina de algún modo estas cuestiones candentes que siguen preocupando al hombre de hoy.

Abre el libro un impresionante diálogo del profeta con Dios. No se conforma con transmitir sus oráculos; se atreve —y es novedad— a pedirle cuentas de su gobierno y de su justicia. Ciertamente Judá ha pecado, pero ¿por qué Dios, que es justo y santo, que tiene ojos muy puros para ver el mal, escoge a los bárbaros caldeos para ejercer su venganza? ¿Por qué ha de castigar al malvado otro peor que él? ¿No parece que Dios ayuda al triunfo de la fuerza injusta y opresora?

Al escándalo del profeta y al de muchos de nuestros contemporáneos que lo comparten e interrogan como él, se dirige la respuesta divina: lo cierto es que Dios, por caminos paradójicos, enigmáticos y misteriosos para nosotros, prepara la victoria final de la justicia y del amor.

Entre tanto «el justo vivirá por su fidelidad». Esta es la perla preciosa de la profecía de Habacuc (2,4) que hallará eco prolongado en San Pablo y en otros libros del Nuevo Testamento.

El contenido profundo de este mensaje se desarrolla en tres partes: la primera nos hace escuchar el diálogo de Habacuc con su Dios; comprende dos amargas y desgarradas quejas del profeta y dos oráculos con la respuesta de Dios.

La primera queja denuncia la bancarrota total y escandalosa de la justicia:

«¿Hasta cuándo, Yahvé,
pediré auxilio,
sin que tú escuches,
clamaré a ti: "¡Violencia!"
sin que tú salves?
¿Por qué me haces ver la iniquidad,
mientras tú miras la opresión?
¡Ante mí, hay rapiña y violencia,
se suscitan querellas y discordias!
Pues la ley se desvirtúa,
no se hace justicia.
¡El impío, asedia al justo,
por eso se pervierte la justicia!» (1,1-4).

A esta amarga queja responde inmediatamente el oráculo: Dios no contempla indiferente e impávido el desorden, el sufrimiento de los inocentes, la opresión de los justos, y declara abiertamente que los caldeos son el azote de Dios:

«Mirad a las naciones, contemplad,
quedad estupefactos, atónitos:
Voy a hacer una obra en vuestros días
que no creeríais si os la contasen.
Pienso movilizar a los caldeos,
un pueblo cruel y fogoso,
que recorre las anchuras de la tierra,
para adueñarse de países ajenos.
Es terrible y espantoso,
impone su ley y su poder;
Son más raudos que panteras sus caballos,
más ágiles que lobos esteparios.
Sus jinetes galopan,
vienen de lejos sus jinetes,
vuelan como águila que se lanza a devorar.
Llegan todos para hacer violencia,
son sus rostros ardientes, como un viento del este,
amontonan cautivos como arena.
Se burla de los reyes,
los soberanos le sirven de irrisión;
se ríe de toda fortaleza,
levanta un terraplén y la toma.
Después cambia el viento y desaparece,
culpable por hacer de su fuerza su dios» (1,5-11).

La segunda queja del profeta acumula las vejaciones del opresor, acosando a Dios de nuevo con interrogantes insistentes que ponen en tela de juicio la rectitud de su justicia en el gobierno del mundo.

Parece extraño que después de promesa tan rotunda como la del primer oráculo, vuelva a la carga. No le bastan las respuestas tradicionales repetidas. La promesa de Dios es tan inverosímil según él mismo reconoce, «una obra en vuestros días que no creeríais si os la contasen» (1,5) que exige la radicalidad de una fe que es capaz de trasladar las montañas. No llega a este grado la fe de los contemporáneos ni tal vez la del mismo Profeta. Por eso insiste:

«¿No eres tú desde antiguo, Yahvé,
mi Dios, mi santo? ¡Tú no mueres!
¡Para juzgar lo pusiste, Yahvé,
oh Roca, fiscal lo nombraste!
Tus ojos puros no pueden ver el mal,
eres incapaz de contemplar la opresión.
¿Por qué ves a los traidores
y callas cuando traga el impío
al que es más justo que él?
Tratas a los hombres como a peces del mar,
como a reptiles que no tienen amo.
A todos los pesca con anzuelo,
los apresa en su red,
los recoge en su copo.
Por eso se alegra y regocija,
por eso sacrifica a su red.
Ofrece incienso a su copo,
pues por ellos abunda su presa,
su comida es suculenta.
Por eso vacía su red sin cesar,
matando naciones sin piedad» (1,12-17).

A pesar de su desconcierto, de su angustiada queja y de su cansancio, el profeta se rehace apoyado en su fe: «Mi puesto de guardia ocuparé, arriba de la muralla me pondré, oteando para ver lo que me dice, lo que responde a mi querella» (2,1).

«Yahvé me respondió de este modo:
"Escribe la visión,
ponla clara en tablilla
para que pueda leerse de corrida.

Porque tiene su fecha la visión,
aspira a la meta y no defrauda;
Si se atrasa, espérala,
pues vendrá ciertamente, sin retraso.
Sucumbirá quien no tiene el alma recta,
mas el justo por su fidelidad vivirá"». (2,3-4).

La respuesta de Dios encierra las novedades más importantes de la profecía. Por eso se pide que se grabe en tablilla, por escrito, que las palabras las lleva el viento; lo escrito permanece como testigo de su cumplimiento.

Pero lo más notable es lo que se refiere al tiempo en que la promesa se cumplirá. No se formula como algo inminente (así se hacía en el primer oráculo) a pesar de la urgencia que expresaban las quejas. Ahora se habla de una espera, porque tal vez se demore en el tiempo. La esperanza probará la fidelidad sin que caiga en el olvido. Se curte la fe. Dios es fiel, no olvida. Tiene sentido esperar, incluso contra toda esperanza. La palabra de Dios no fallará.

La sentencia final «sucumbirá quien no tiene el alma recta, mas el justo por su fidelidad vivirá» contiene a la vez el juicio y la salvación. Juicio condenatorio, para el malvado y opresor, que no ha seguido la rectitud. Salvación, para el justo, que ha sabido resistir en el buen camino. A éste le salvará su fidelidad inquebrantable a su Señor y su alianza. Fe, esperanza, constancia, fidelidad probada, es lo que Dios pide al profeta, a su pueblo y a nosotros.

Son la clave para atravesar tiempos y circunstancias adversas sin dejarse arrastrar por la ley del más fuerte o por la corriente de lo fácil, que no es lo que Dios espera de los suyos.

En el Nuevo Testamento, las citas paulinas (Rom 1,17; Gál 3,11) tienen un sentido más profundo que en Habacuc. El apóstol dice que el justo vive por la fe, pues la salvación no viene por la Ley. La cita de Heb 10,37-38 se refiere a la confianza y la fidelidad.

Una segunda parte de la profecía contiene cinco maldiciones contra el opresor, que corresponden a las amenazas que le han sido dirigidas anteriormente. Y en un preludio sapiencial advierte:

«¡Ciertamente es traidora la riqueza!
¡Es hombre fatuo y nada conseguirá
el que abre sus fauces como el Seol;
como la muerte, él nunca se sacia;
reúne para sí las naciones,
acapara para sí los pueblos todos!
¿No pronunciarán todos éstos contra él sátiras,
adivinanzas, enigmas?» (2,5-6).

A continuación se oyen las maldiciones contra la ambición, que tiene por pago el despojo (2,6b-8); la estafa, que produce la deshonra al descubrir la trampa (2,9-11); la tiranía cruel e injusta que atrae la desgracia (2,11-14); la trampa engañosa, que llena de ignominia (2,15-17); la idolatría, que hace inútil toda práctica religiosa (2,18-20).

La tercera y última parte es una llamada a la intervención de Yahvé: una oración del Profeta que une a la súplica un himno al poder divino en su victoria. Tiene todas las características para utilizarlo en la liturgia. Consta de un preludio súplica:

«¡Yahvé, he oído tu fama,
he visto tu obra, Yahvé!
¡En medio de los años hazla revivir,
en medio de los años dala a conocer,
aun en la ira acuérdate de la compasión!» (3,2).

Sigue después la teofanía de Yahvé:

«Viene Dios de Temán,
el Santo, del monte Parán.
Su majestad cubre los cielos,
de su gloria está llena la tierra.
Su fulgor es como la luz,
rayos tiene que saltan de su mano,
allí se oculta su poder» (3,3-4).

A continuación se describe el combate de Yahvé:

«En apuros veo las tiendas de Cusán,
tiemblan los pabellones de Madián.
¿Arde tu cólera, Yahvé, contra los ríos,
contra el mar tu furor,
cuando montas tus caballos,
tus carros victoriosos?» (3,7-8).

Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido.
Derrumbas la casa del impío,
desnudas sus cimientos hasta el fondo» (3,13).

El poema concluye entre el temor y el temblor humanos, y la fe en Dios:

«¡Lo he oído y se estremecen mis entrañas,
lo he escuchado y titubean mis labios,
un temblor penetra en mis huesos,
al andar tiemblan mis pasos!
Espero tranquilo el día de la angustia,
que caerá sobre el pueblo que nos asalta.
Pues la higuera no retoñará,
ni habrá en las viñas recolección.
Fallará la cosecha del olivo,
los campos no darán sus frutos,
faltarán las ovejas en el aprisco
no habrá ya vacas en los establos.
¡Pero yo me alegraré en Yahvé,
gozaré del Dios de mi salvación!
Yahvé, mi Señor, es mi fuerza,
Él me da pies como de cierva,
y me hace caminar por las alturas» (3,16-19).

Habacuc, como Job, ha cambiado de postura; ha madurado en su experiencia religiosa. Ya no se lamenta ni hace preguntas; se goza en el Señor, su Salvador. Está seguro de la victoria de Dios, aunque el horizonte esté oscurecido, aunque se quede sin ningún apoyo humano. Es muy difícil mantener la fidelidad en circunstancias adversas, experimentar que Dios es el Salvador y gozarse en él. Esta fue la actitud de Jesús en la Cruz y, con su gracia, la de los grandes testigos de la fe a lo largo de la historia. Por eso el mensaje de Habacuc es tan hondo y sugerente, también para hoy.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO DÍAZ, J., «Habacuc o las perplejidades de un profeta ante la historia»: *Cultura Bíblica* 22 (1985) 192-201.

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. A., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1091-1108.

BALLARINI, L., «Abacuc», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.2-8.
DÍEZ MACHO, A., *El texto bíblico del comentario de Habacuc, del Qumram,* en H. GROSS - F. MUSSNER (eds.), *Lex tua veritas. Festschrift für Hubert Junker zur Vollendung des 70* (Tréveris 1961) p.59-64.
MAYORAL LÓPEZ, J. A., «Habacuc», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 207-228.
RAMOS GARCÍA, J., «El Cántico de Habacuc (Hab 3). Traducción y comentario»: *Cultura Bíblica* 5 (1948) 171-174; 254-260.

SANTA BIBIANA

Mártir (fecha desconocida)

La más antigua mención de Santa Bibiana y de su iglesia la encontramos en el *Liber Pontificalis,* por donde averiguamos que el papa Simplicio (468-473) dedicó «dentro del recinto de la ciudad, cerca del palacio Liciniano, una basílica a la bienaventurada mártir Bibiana, donde su cuerpo reposa».

Expresiones análogas se hallan a cada paso en los textos hagiográficos: «basílica de tal mártir..., donde reposa su cuerpo». Pudiera, pues, creerse que se trata de una frase hecha sobre la que no merece la pena insistir.

Sin embargo, nuestro caso es diferente, porque la mención se remonta al siglo V, cuando todavía estaba en pleno vigor la antiquísima ley de las doce tablas, que ordenaba tajantemente: «Dentro de la ciudad ni se quemen ni se entierren cadáveres». Los historiadores mencionan algún caso rarísimo, como la excepción concedida por el Senado al emperador Trajano, cuyas cenizas fueron depositadas en lo alto de la colosal columna que se levantara en el foro de su nombre.

Si, pues, Santa Bibiana estaba enterrada dentro de los muros de Roma es un hecho que con razón lo destaca el *Liber Pontificalis,* y al que deberá buscarse alguna justificación.

La iglesia que el papa Simplicio dedicó a esta santa existe aún en Roma, cerca de la vía férrea, y ha dado precisamente nombre al túnel por donde aquella se cruza, «Arcos de Santa Bibiana». Está situada en el monte Esquilino, en el lugar que ocupaban los jardines del emperador Licinio Galieno, junto a la Puerta Tiburtina y no lejos de un sitio lleno de recuerdos y evocaciones para los habitantes de la Ciudad Eterna, el cemente-

rio del «Campo Verano», detrás de la basílica de San Lorenzo Extramuros.

La iglesia de Santa Bibiana fue restaurada a comienzos del siglo XVII por Urbano VIII, el papa Barberini, que en las tres abejas de su escudo encontró un buen símbolo a su prodigiosa laboriosidad.

Al hacer en 1624 las excavaciones dirigidas por Bernini se descubrieron debajo del altar mayor las reliquias de la Santa, conservadas en dos vasos de vidrio con su correspondiente inscripción. La carencia de documentación impidió saber si habían sido colocadas allí por traslación o elevación.

Ahondando en las excavaciones se hallaron en un plano más profundo dos sarcófagos superpuestos, cada uno de los cuales contenía un esqueleto cubierto de cal. Aunque no contenían nombre ni símbolo cristiano, se atribuyeron a Dafrosa y Demetria, la madre y hermana, respectivamente, de la santa. El hallazgo de estos dos cadáveres *in situ* y rociados de cal, procedimiento que usaban los antiguos por razones de salubridad, demuestra que no fueron tocados desde su inhumación, pues en un traslado resultaba inútil adoptar tales medidas higiénicas. De donde se colige que la basílica de Santa Bibiana está levantada sobre tres sepulturas, dos de ellas intactas, y los restos de la otra colocados en recipientes en época desconocida.

Urbano VIII, con esa pasión renacentista que le caracteriza, salvó un monumento antiguo, pero además quiso dejar un testimonio litúrgico del hallazgo, pues incluyó en el calendario de la Iglesia universal la fiesta de Santa Bibiana, fijándola con rito semidoble para el día 2 de diciembre. Para las lecturas históricas del segundo nocturno de maitines no fue tan afortunado, pues aprovechó las actas apócrifas del siglo VI, que tan escaso crédito merecen. La basílica, de tres naves, dividida por ocho columnas antiguas, fue decorada con frescos de Pietro da Cortona y Agostino Ciampelli; pero, sobre todo, con una escultura graciosa de la Santa, obra juvenil de Bernini.

Hoy, sin embargo, con la reciente simplificación de rúbricas del misal y el breviario, Santa Bibiana, al caer dentro del Adviento, queda reducida litúrgicamente nada más que a «memoria» o «conmemoración». Sus lecciones no volverán a leerse

en el oficio divino. De esta manera un simple decreto de la Congregación de Ritos destinado a aligerar el rezo eclesiástico ha resuelto con habilidad un peliagudo problema crítico.

Pero nosotros no podemos proceder tan fácilmente. Se impone un rápido examen de las actas para saber hasta dónde son ciertos sus relatos. Es siempre el problema de los santos antiguos rodeado del halo de la popularidad. Porque si el culto de Santa Bibiana se remonta históricamente hasta el papa Simplicio, ya desde antes existen indicios del mismo, y durante la Edad Media gozó también de gran veneración, pues sabemos que el papa León II trasladó a su iglesia, desde el cementerio *ad sextum Philippi,* los cuerpos de los mártires Simplicio, Faustino y Beatriz para que aumentasen la devoción hacia aquel santuario, al cual estaba anejo un monasterio de monjas que se conservó hasta el siglo XV.

La pasión de Santa Bibiana es llamada también del mártir Pimenio por el papel tan importante que en ella juega. Los textos que han llegado hasta nosotros presentan notables divergencias.

Según el relato de la pasión, Juliano el Apóstata (361-363) llegó a hacer durante su reinado hasta siete mil mártires, entre otros Pimenio, presbítero del titulo del Pastor, en Roma. Este Pimenio fue quien enseñó a Juliano la gramática, retórica y demás ciencias, instruyéndole asimismo en la ley cristiana. Gracias a tan esmerada educación, Juliano supo mostrarse amable y prudente, mereciendo que las tropas le eligieran emperador.

Mas vuelto a la religión pagana empezó a perseguir sañudamente al cristianismo. Entre otros a Flaviano, prefecto de la ciudad, que con su mujer Dafrosa y sus hijas Demetria y Balbina enterraban por la noche los cuerpos de los mártires. Por esta causa y por haber revelado el enterramiento clandestino en su propia casa de dos mártires, San Juan y San Pablo, a los que la leyenda hace también de este período, fueron así inhumados para evitar un tumulto del pueblo, Juliano confiscó a Flaviano todos sus bienes y le desterró, muriendo fuera de Roma.

Dafrosa muere también después de varios incidentes, siendo enterrada por el presbítero Juan en su propia casa, que se encontraba cerca de la de San Juan y San Pablo.

Sus dos hijas fueron llevadas a la presencia de Juliano. Demetria muere de miedo, y es enterrada junto a su madre por Bibiana, a la cual el emperador confía a una mujer perversa, llamada Rufina, para que la corrompa. Con halagos o con malos tratos pretende hacerla apostatar y que contraiga matrimonio; pero viendo lo inútil de sus esfuerzos, da cuenta de ello a Juliano, quien la condena al suplicio de los azotes, hasta que exhala el último suspiro. Su cuerpo quedó abandonado en el *forum Tauri* o mercado del Toro, sin que permitiera Dios que sufriera agravio en los dos días que pasaron hasta que el presbítero Juan consiguió enterrarla de noche junto a su madre y hermana.

Juan y Pimenio acudían allí a orar. Juliano comunica a Pimenio que abandone Roma, y, entre tanto, manda decapitar a Juan. Pimenio abandona su título o iglesia del Pastor y marcha a Persia, donde queda ciego. A los cuatro años es llamado a Roma por Juliano, quien le saluda en nombre de los dioses. Pimenio lo hace en nombre de Cristo, por lo que lleno de rabia, Juliano le hace precipitar desde un puente. Una matrona llamada Cándida lo entierra en el cementerio de Ponciano, *ad ursum pileatum,* «en el oso encapuchado».

Muerto el emperador, una mujer llamada Olimpina edifica una iglesia para honrar la memoria de las tres mártires. Olimpina, que da nombre a la basílica, vive allí hasta los tiempos del papa Siricio (384-399).

El autor de la pasión dice llamarse Donato, «subdiácono regionario de la Santa Sede Apostólica». Su relato se contradice a cada paso con lo que conocemos de la historia profana, puesto que Juliano el Apóstata no moró jamás en Roma durante su reinado, que por lo demás sólo duró dos años. Ni su persecución fue sangrienta en Occidente, sino más bien buscó exaltar el paganismo en decadencia. De esta forma cae por su base toda la autoridad de las actas, que aprovechan datos y referencias de escritos anteriores en muchos casos. Por ejemplo, la respuesta valiente de Pimenio a Juliano es la que los historiadores Sócrates y Sozomeno ponen en boca de Maris, obispo de Calcedonia.

El hecho extraordinario de que Dafrosa y sus hijas fueran enterradas en su propia casa, dentro del recinto de la Urbe, no tiene importancia para el autor de la pasión, porque ya entonces

la ley civil que prohibía tales inhumaciones había caído en desuso. En cambio, el autor de las actas de San Juan y San Pablo recurre al peligro de un motín popular para justificar el enterramiento de dichos santos en su propio domicilio.

Habida cuenta del hecho de encontrarse la sepultura de las tres santas en su basílica, cabe admitir la existencia de Olimpiana, y cabe aventurar la hipótesis de que, si efectivamente fueron enterradas en su casa, se trate de mártires anteriores al año 274, en que Aureliano extendió los muros de Roma más allá del Esquilino, límite hasta entonces religioso y legal de la Urbe, donde no regían las prohibiciones sobre enterramientos. De esta forma la antigüedad de Santa Bibiana sería mucho mayor que la consignada por el propio autor de su pasión.

Además, el presbítero Pimenio podría ser San Pastor, a cuyo título se le adscribe, pues sería trascripción latina de *poimen,* nombre griego de «pastor». Desde luego, San Pimenio era venerado por los peregrinos medievales en las catacumbas de Ponciano, en la Via de Porto, y allí es donde lo sitúa la pasión.

En cuanto al presbítero Juan, es un personaje que aparece en todas las actas apócrifas dedicado a enterrar cuerpos abandonados de mártires. Su piadosa actividad alcanza desde el reinado de Nerón hasta el de Juliano el Apóstata. ¿Existió realmente un presbítero Juan? ¡Por qué no! Bien pudo morir en alguna de las persecuciones por practicar la obra de misericordia que la Escritura tanto alaba en Tobías. Después se convirtió en un personaje representativo, del que se echaba mano a cada paso.

No deben producir desencanto estas disquisiciones. Los gustos del siglo VI, en que florecieron las actas apócrifas, que tienen el prurito de relacionar entre sí a santos más o menos cercanos, no son los nuestros. Aquellas leyendas servían a la edificación de los fieles, como en época no muy lejana Fabiola hizo emocionarse a muchísimos lectores. Casi lo único verdadero de tales actas son los nombres y los lugares. Para nosotros nos basta con datos tan interesantes, que sin ellas se hubieran perdido. No pudiendo dudarse de la existencia de Santa Bibiana ni de la autenticidad de sus reliquias, ¿qué más podemos pedir? Esto nos basta para encomendarnos a su valiosa intercesión.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

FEDINI, D., *La vita di S. Bibiana, vergine e martire romana* (Roma 1627).

DELEHAYE, H., *Étude sur le légendier romain. Les saints de novembre et de décembre* (Bruselas 1936) 259-263.

DONCKEL, E., «Studien über den Kultus der hl. Bibiana»: *Quartalschrift* 43 (1935) 20-33.

KRAUTHEIMER, R., *Corpus basilicarum christianarum. Le basiliche cristiane antiche di Roma (sec. IV-IX)*, I (Roma 1937) 84.

SAN SILVERIO

Papa y mártir († 537)

Solamente dos años ocupó la silla papal, 8 de junio del 536 al 11 de noviembre del 537 y quizás en ellos no tuvo un solo día de paz y tranquilidad teniendo que morir incluso en el destierro. Había nacido en la Campania italiana y era hijo de un papa anterior por nombre Hormisdas, hábil diplomático que gobernó la Iglesia desde los años 514 al 523. Entre sus muchos aciertos había reconciliado las iglesias de Constantinopla y Roma. Hormisdas, tras haber enviudado, se hizo diácono y luego llegó a Papa.

Luego, durante menos de una veintena de años habían gobernado la Iglesia: Juan I, Félix IV, Bonifacio II, Juan II y Agapito I. Este último, tras dos años de pontificado, legó una situación muy conflictiva debido sobre todo a la invasión de Italia por el general Belisario, jefe de las tropas de Justianiano, quien después de sus victorias sobre los vándalos en el norte de África se aprestaba con su invasión a reintegrar Italia al Imperio. Incluso el emperador personalmente intentaba nombrar patriarca de Constantinopla a un hereje, hecho que no llegó a consumarse por la decidida actitud de Agapito, quien murió repentinamente durante su estancia en Bizancio.

En esta situación, al saberse en Roma la noticia, el clero se apresuró a nombrar un sucesor. Se pretendía evitar que la emperatriz Teodora, devota de los eutiquianos, pudiera colocar a alguno de sus simpatizantes. Empeñaba en este nombramiento su esfuerzo el rey entonces de Italia Teodato, que presionó cuanto pudo para obligar al clero romano a elegir al hijo de Hormisdas.

Posiblemente la elección de Silverio adoleció de la libertad necesaria, por la presión del bárbaro sobre el clero de Roma, pero ese mismo clero llegó después a aceptar la conveniencia de tener un papa de estas características, subsanando con su aprobación posterior las posibles irregularidades que anteriormente pudieran haber existido. Silverio fue ordenado diácono, luego presbítero y más tarde obispo en junio del año 536.

Una vez en la silla pontificia fue consciente de la responsabilidad que pesaba sobre su persona, de tal manera que el elegido supo llorar sus apetencias personales, purificó sus propósitos y se entregó con ejemplar solicitud pastoral a atender todas las necesidades de la Iglesia.

Vigilio, el rival del rey Teodato, aprovechando las iniciales interferencias que pudieran existir, hizo la guerra con ánimo de apoderarse de la silla apostólica, convenciendo al emperador de que Silverio había prometido entregar la ciudad a los godos. Llegó Vigilio a Roma con esas intenciones y se encontró con la contrariedad de que el pueblo y el clero se sentían muy satisfechos con el nuevo pontífice. No por eso desistió de sus propósitos sino que confió sus planes a Belisario para que de alguna manera los ejecutara.

Belisario llegó a Italia. En diciembre del 536 se apoderó de Nápoles, hasta donde se le acercó Vigilio para entregarle las cartas de la emperatriz. Pero los godos reaccionaron, marcharon sobre Roma y la pusieron sitio, dejando en su interior a Belisario que se mantuvo allí encerrado durante un año a pesar de los setenta y siete asaltos intentados para echarlo por parte de los godos, quienes, a pesar de ser arrianos, venían mostrando un especial respeto a la ciudad y en particular a San Pedro. Un respeto que le costaría caro a San Silverio, porque sus enemigos aprovecharon la ocasión para calumniarlo y acusarlo de que todo eso lo conseguía porque mantenía relaciones secretas con los godos para que ocuparan Roma.

Ante esta situación Vigilio volvió a Constantinopla para llevar esa información a su emperatriz, ratificando que la silla pontificia se hallaba ocupada por un adicto a la causa del rey de los godos. Se hacía por lo tanto necesario que Silverio fuera destituido de su cargo.

Convencida la emperatriz, la gran valedora de Vigilio, decidida defensora de los monofisitas, convencida de la afectividad hacia la persona papal por parte de su pueblo y de su clero y convencida también de la imposibilidad de hacer caso a Vigilio, intentó Teodora otros caminos para sondear y seducir a Silverio sin que actuara la violencia.

Para ello escribió a Roma pidiendo que restableciese a su protegido Antimo en la sede de Constantinopla y a los demás herejes en las suyas; que abrogase las conclusiones del concilio de Calcedonia, y levantase la excomunión de los allí condenados. Amenazóle con que si se negaba, sustituiría a Silverio por Vigilio.

> «No formulaba ninguna duda acerca de que Roma fuese "cabeza de todas las Iglesias", aunque asociaba esta condición, no a la tumba de Pedro, sino al hecho de que a esta ciudad cabía "el honor de ser madre de las leyes" y "cima del supremo pontificado". Tras esta cabeza, a muy escasa distancia se encontraba Constantinopla, la nueva Roma dotada de "precedencia sobre todas las demás sedes". En el siguiente rango aparecían aquellas Iglesias que compartían con las dos mencionadas el rango de patriarcales, esto es, Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Desde el año 536 estas cinco indiscutibles cabezas estaban dentro del imperio: sólo flecos de cristianismo permanecían fuera de él. El emperador consideraba a los cinco patriarcas como altos magistrados súbditos suyos que le debían obediencia, aunque él se declaraba sujeto a la doctrina y a la moral» *(Diccionario de los Papas).*

Las cartas llegaron a manos del Sumo Pontífice, pero la entereza y el espíritu de Silverio no se doblegaron. Al contrario, se dio cuenta de que lo amenazarían con sufrimientos incontables, para los que empezó a prepararse. La respuesta fue totalmente negativa.

Irritada la emperatriz dio órdenes a Belisario para que arrojase como fuera a Silverio y colocase en su lugar a Vigilio. Unas pretensiones que humillaban incluso los sentimientos y creencias del propio general, pero que no tuvo otro remedio más que el de aceptar. Belisario estaba convencido de que las cartas con las que se quería probar la connivencia del papa con los godos eran absolutamente falsas. A pesar de todo prendió a Silverio en su palacio y sin permitirle ningún tipo de defensa lo degradó allí mismo. Le quitó el palio, lo despojaron de sus vestiduras pontificales, le pusieron en la cabeza una capucha de monje y acer-

cándose a los que lo acompañaban les dijo que Silverio estaba depuesto y que se había hecho monje. Era el 11 de marzo de 537. Los acompañantes humillados marcharon de aquel lugar al que consideraron infame pues en él se había ensuciado hasta la saciedad a su amado pontífice.

Cuando la noticia llegó al pueblo, Roma se convirtió en un hervidero de lágrimas y de gritos reclamando a su santo pastor. La situación llegó a un nivel de exasperación tal, que Belisario, temiendo una sedición, mandó que se llevaran por la fuerza a Silverio y lo desterró a la isla de Patara en Licia de Asia Menor. Inmediatamente puso en su lugar a Vigilio, sin que nadie se atreviese a oponerse a sus violentas e injustas órdenes.

Silverio con el gozo de los verdaderos campeones de la causa del Evangelio marchó a Patara. El propio obispo de la ciudad, convencido de la injuria y de la injusticia que se acababa de hacer con su verdadero Sumo Pontífice, se trasladó a Constantinopla para protestar por hechos tan escandalosos. Justiniano, príncipe católico, que había tomado ya conciencia de los hechos, mandó que el Papa fuese restituido a Italia y que se examinara la veracidad de las cartas en las que se apoyaba la emperatriz Teodora para justificar sus injustas decisiones, de tal forma que si resultaban falsas, Silverio sería restituido y si por el contrario eran verdaderas no se le permitiese residir en Roma. Para nada valieron las protestas y objeciones de la Emperatriz, Justiniano se mantuvo firme en sus decisiones y Silverio volvió a Italia, aunque lo mantuvo encerrado en un convento.

Cuando Vigilio fue informado de la pretendida vuelta y contando siempre con el favor de Teodora, ayudado por Belisario logró que Silverio fuera detenido en el camino para deportarlo a una pequeña isla desierta del mar de Toscana llamada Palmaria, hoy Palmerola, cercana a Gaeta. Aquí probablemente por imposición Silverio abdicó el 11 de noviembre del 537. Y aquí moriría muy poco tiempo después el 2 de diciembre de ese mismo año. Algunos llegan a afirmar que fue asesinado por un criado de Antonina, la esposa de Belisario. Desde luego tuvo que soportar toda clase de sufrimientos, vejaciones e incluso hambre. Su cuerpo fue sepultado en la isla y no trasladado a Roma. El *Breviario romano* dice que «el Señor honró su cuerpo

con grandes milagros». De hecho a su tumba llegaban multitud de peregrinaciones. Del siglo XI ya hay testimonio de su culto en un calendario de una iglesia romana.

A su muerte fue elegido papa Vigilio, quien providencialmente cambió su conducta alejándose de las decisiones de Teodora. Tampoco el nuevo pontífice acató nunca las doctrinas de Eutiques.

> «Quedaba en pie un hecho sustancial. Dueño de Roma y del imperio, Justiniano se proponía tratar a los papas como a cualquier otro de sus funcionarios. Una situación que se prolongó hasta mediados del siglo VIII» (ibíd.).

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

PARIENTE, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998) 63-64 (textos citados).

BEATO JUAN DE RUYSBROECK

Presbítero († 1381)

Ruysbroeck el Admirable. Este es el calificativo más comúnmente aplicado a aquel gran místico medieval, el Beato Juan de Ruysbroeck. Y, cierto, causa admiración este varón de Dios, que, si se entristecía al ver nevar, pensando en la suerte de los pajarillos, con la misma naturalidad escribía sobre cuestiones de profunda doctrina espiritual como acarreaba desperdicios o empuñaba el escardillo en su retiro de Groenendael. Y si un día sus obras, especialmente por tierras de Flandes y Brabante, pudieron constituir lo que hoy llamamos un «bestseller», un éxito rotundo de edición y de venta, y aun en la actualidad sus libros llenan los escaparates de ciudades como Bruselas y Amberes, esto ha de tener una explicación: que su talla espiritual es la de un gigante.

Groenendael era un paraje delicioso, propiedad de los duques de Brabante. Abundaban los árboles de espeso follaje, y su verdor perenne, salpicado de motas de flores en primavera, le había valido su nombre, que significa «Valle verde» o «Valverde», como diríamos en nuestro idioma. El lugar servía de me-

rendero para los duques cuando iban de caza, pero había atraído siempre a más de un solitario, ansioso de soledad y de Dios. Un príncipe de la familia se había retirado allí a hacer penitencia. Siguieron, en el correr de los tiempos, otros ermitaños; y uno de ellos, con fama de santo, llegó a profetizar que se levantaría en aquel lugar un monasterio, «donde hombres devotos y religiosos llamados para honrar a Dios pondrían los fundamentos de una generación santa». Efectivamente, en la primavera del año 1343, una pequeña comunidad de hombres de Dios se instalaba allí, dejando la vecina y cercana Bruselas. Entre ellos se encontraba un hasta entonces sacerdote secular, ejemplarísimo en su vida. Su nombre: Juan de Ruysbroeck. Tenía entonces cincuenta años. Treinta y ocho años más tarde, el 2 de diciembre de 1381, entregaba su alma al Señor, dejando en pos de sí un reguero de santidad. Sus restos fueron inhumados en Groenendael. Al ser suprimido el monasterio en 1783 por José II, fueron trasladados a la catedral de Santa Gúdula, en Bruselas, donde recibieron honrosa sepultura. El cabildo, con este motivo, solicitó la aprobación de un oficio y una misa en honor del siervo de Dios. Aunque de momento no fue atendida la petición, más tarde, al reintroducirse la causa en 1885 por el cardenal Goossens, arzobispo de Malinas, Roma acabó reconociendo el culto a Juan de Ruysbroeck, lo cual equivale a su beatificación. Finalmente, en 1909 se concedió a la diócesis de Malinas una misa y oficio propios del Beato Juan de Ruysbroeck.

Ruysbroeck es un barrio industrial de Bruselas. Pero, en 1293, cuando nació Juan, era un poblado diminuto rodeado de verdor y de vegetación frondosa. Allí había de pasar su infancia nuestro hombre; y el bosque de Soignes y las riberas del Senne, pródigas en bellezas naturales, habían de marcarle con un sello imborrable: el de su amor hacía todo lo puro, sencillo y noble y el de su inclinación hacia la vida contemplativa.

Los biógrafos nos hablan de la nobleza de su cuna. Pero esto es accesorio, y pudieron ceder a la tendencia de la época de suplir con títulos nobiliarios la escasez de noticias. Lo mismo habrá de pensarse de los inevitables rasgos de «niños-prodigio» que se encuentran en casi toda la antigua hagiografía. En cuanto a Juan, nos dicen que, siendo un chiquitín de días, ya se ponía

de pie sobre los pañales, causando admiración a su madre. Lo que sí parece indudable es que Juan manifestó, desde muy pequeño, una índole apacible, acentuada, con el correr de los años, con su contacto con la naturaleza. Su figura, tal como nos la muestra la tradición, está enmarcada sobre un fondo sonoro de árboles, pájaros y rumores de bosque.

A los once años Juan abandonó la casa paterna sin decir nada a su madre. Así lo asegura la tradición. Pero esta inocente fuga puede revelar un hecho mucho más sencillo: que el niño se trasladó a casa de un tío suyo sacerdote, el maestro Juan Hinckaert, con el fin de iniciarse en las primeras letras o, tal vez, con la intención de prepararse para el sacerdocio. La verdad es que Juan de Ruysbroeck comenzó la adolescencia en casa de su tío, a la sombra de la catedral de Santa Gúdula, de la que aquél era canónigo.

Durante cuatro años frecuentó Juan las escuelas latinas de Bruselas, siendo un alumno más dócil que brillante. Sus antiguos biógrafos ponen de relieve su desinterés por los estudios profanos. En cualquier caso, parece inadmisible que ignorara la lengua latina. Aunque habría de escribir sus obras en el dialecto brabanzón (llamado también neerlandés medio) de su tierra, éstas reflejan algo más que ciertas afirmaciones, que dicen de él que... *erat enim alias illitteratus et idiota* (era iliterato y de escasa formación). Lo que sí puede admitirse es que le tuvieran sin cuidado las disputas escolásticas y toda la serie de «cuestiúnculas» que llenaban la cabeza de muchos maestros de la época. También hay que descartar como falsa o al menos dudosa aquella afiramción que asegura su asistencia a las escuelas de Colonia. Esto apoyaría la tesis de los que quieren encontrar ciertas afinidades entre la doctrina de Juan de Ruysbroeck y el místico teutón Eckhart. Pero no ha de admitirse la dependencia de la doctrina de aquél de la de éste. Ni es verosímil que la hubiera, ya que Eckhart fue duramente criticado por los moradores de Groenendael, y no puede haber comparación entre la heterodoxia de aquél y la ortodoxia de Ruysbroeck.

Poco después de sus primeros estudios, el joven Juan Ruysbroeck se sintió llamado hacia el sacerdocio. Poco sabemos de los siete u ocho años de su preparación para el mismo. El laco-

nismo de los cronistas sobre sus estudios teológicos hizo que muchos le atribuyeran una ciencia poco menos que infusa. Hay que suponer que en las ciencias del espíritu no andaría manco, ya que en las profanas no fue ninguna lumbrera. Y ciertamente hubo de rumiar mucho por su cuenta sobre los conocimiento adquiridos, y así conseguir la madurez que reflejan sus obras.

A la edad de veinticuatro años, en 1317, se ordenó de sacerdote y fue incorporado a la clerecía de Santa Gúdula con el título de capellán. Y empezó una vida sacerdotal silenciosa en funciones subalternas y bajo la dependencia inmediata de su canónigo. Varios años antes de su ordenación, su madre vino a vivir a Bruselas junto a su hijo, ingresando en una casa de beguinas, donde murió antes de que su hijo celebrase la primera misa. Según refiere Pomerius, en esta fecha, el misacantano Juan de Ruysbroeck tuvo la sensación de que su madre quedaba libre del purgatorio, viniendo en persona a visitar al nuevo sacerdote que ella había dado al Señor.

Durante un cuarto de siglo había de ejercer Ruysbroeck su ministerio sacerdotal a la sombra de Santa Gúdula. Nada de especial hubo en su vida, salvo una entrega completa a Dios y a las almas. Su porte era sencillo y casi desaliñado, como señalaban sus biógrafos. Y pasó su vida en la ciudad como un solitario *(tamquam solitarias per vicos incessit,* como afirma Pomerius).

Buena parte de sus obras místicas las escribió Ruysbroeck en su vida recluida de Bruselas. Y, por el momento, no hubiera dado mucho que hablar si no es porque ciertas corrientes pseudomísticas le impulsaron —a él, tan pacífico y casi tímido— a lanzarse a la lucha en servicio de la verdad.

En efecto, las célebres asociaciones de begardos y beguinas, tan clásicas de esta edad en los Países Bajos, empezaron a inficionarse de herejía.

De suyo, no tenían nada de malo esta especie de comunidades religiosas e incluso dieron frutos de santidad. Ya hemos visto cómo la misma madre de Ruysbroeck acabó sus días como beguina. Pero había peligro de iluminismo, y de hecho esta y otras plagas doctrinales y morales aquejaron a muchos de estos focos de espiritualidad.

En Bruselas se hizo tristemente célebre una tal Bloemandinna, en cuya personalidad enigmática encarna Pomerius todas las

aberraciones de la época. Pronto se hizo legendaria en el círculo de sus devotos: se decía que dos serafines le asistían a la mesa. Un trono de plata, conservado como reliquia después de su muerte, le servía de cátedra desde la que enseñaba los errores más burdos y las aberraciones más lamentables. Llegó a justificar los vicios más nefandos bajo el pretexto de no sé qué *espíritu de libertad,* que convertía las acciones más vergonzosas en obras seráficas. De todos modos, su doctrina era tan insidiosa que, según el citado Pomerius, se necesitaba una gracia especial para discernir entre lo herético y lo ortodoxo. En resumidas cuentas, Bloemandinna se había convertido en una auténtica pitonisa, con multitud de adictos.

Contra ella y contra todos los errores que minaban la espiritualidad de la época tuvo que arremeter Ruysbroeck. Aunque no como un luchador de arenga ni como un polemista con recursos humanos. Se limitaba preferentemente a escribir —su obra *Reino de los amantes* es de este período— y a exponer la verdad. Después de esta obra siguieron otras: *Las nupcias espirituales; Anillo o perla brillante; Tratado de la fe cristiana...*

Pero Ruysbroeck no había nacido para la polémica. Sin duda le hastiaban las controversias, y los últimos años de su vida de Bruselas habían acentuado en él su amor a la contemplación y a la soledad. Su mismo tío, el ya anciano canónigo Hinckaert, se había aprovechado notablemente de los ejemplos de su sobrino y cada vez veía más vacíos sus años anteriores, ansiando una vida de mayor perfección. Expuso sus propósitos a uno de sus compañeros de capítulo, Frank van Coudenberg (conocido también por el nombre latinizado de Franco Frigidomontanus), y, juntamente con Ruysbroeck, formaron el «trium perfectum» para pensar en una vida de comunidad. Vendieron sus bienes, quedáronse con lo imprescindible, y el resto lo repartieron entre los pobres. Durante su breve período se formó una pequeña comunidad de almas piadosas en casa de Hinckaert, donde podían dedicarse a la piedad sin estorbos y recitar sus horas canónicas sin escuchar el molesto vozarrón de algún que otro canónigo de Santa Gúdula *(vocero tubalem, rudem et dissonam,* dice Pomerius) y evitando muchas otras distracciones que a almas delicadas como la suya podían llenarles de escrúpulos.

Por fin decidieron instalarse en Groenendael. El sitio era a propósito, y los propietarios del lugar acogieron con calor la idea, poniendo a su disposición una ermita, el gran estanque vecino y una buena porción de terreno. A los tres amigos se les unió muy pronto Jan van Leeuwen, el *bonos coquus* (buen cocinero) de la comunidad. Fue éste quien recogió los primeros datos de la vida de Ruysbroeck, aunque murió cuatro años antes que él. Su cargo de cocinero no impidió que volase, también él, muy alto por la alta mística, siendo objeto de señalados favores de Dios.

La comunidad, como dijimos al principio, se instaló en Groenendael en la primavera de 1343, con la alegría que suscita toda fundación nueva.

En seguida los solitarios se dispusieron al trabajo, construyendo una empalizada que les aislaba del mundo circundante y arreglando la ermita primitiva. Menos de un año después, un obispo, delegado por el ordinario de Cambrai, consagró ritualmente el nuevo edificio.

Es curioso advertir que al principio pensaron en echar los fundamentos de una parroquia modelo, sin pretender constituir un monasterio propiamente dicho. Pero un poco más adelante, viendo la inestabilidad de su situación y percatándose de que no gozarían de ciertas inmunidades y de la tranquilidad suficiente si no era incorporándose a algún tipo de orden o institución, decidieron hacerse religiosos. El mismo obispo de Cambrai, viejo amigo de Frank van Coudenberg, acudió a Groenendael el 10 de marzo de 1349 a imponer el hábito religioso de los Canónigos Regulares de San Agustín a la nueva comunidad. Coudenberg quedó a la cabeza de la casa con el título de preboste y Ruysbroeck fue nombrado prior. Por aquellas fechas eran ya una docena los moradores de Groenendael.

Una vez encarrilada la vida de Groenendael, no fue Coudenberg, sino Juan de Ruysbroeck, el alma del monasterio, aunque aquél representara la autoridad máxima de la comunidad. Por otra parte, tampoco había nacido para mandar Juan, sino más bien para dedicarse por completo a la contemplación y a la mística. Allí se encontraba el antiguo capellán de Santa Gúdula, Juan de Ruysbroeck, en su medio ambiente. Incluso parecía que había rejuvenecido. Como una planta trasladada a un humus

más fértil, crecía sin cesar espiritualmente. Cuando le venía la inspiración, se internaba en el bosque y escuchaba la voz interior. Muchas de sus obras de alta espiritualidad fueron concebidas y, tal vez, hasta escritas de su puño junto a las serenas aguas del estanque del monasterio o a la sombra de los altos tilos que lo circundaban. Siendo de más avanzada edad le acompañaba algún amanuense, que tomaba nota de los pensamientos que Ruysbroeck dictaba.

Una tarde el prior —ya era un anciano venerable— se quedó más tiempo del acostumbrado fuera del monasterio. ¿Qué le habría ocurrido? Salieron algunos religiosos en su búsqueda por el bosque. De pronto advirtieron que un gran resplandor les conducía hacia un lugar del espeso arbolado. Al aproximarse más, vieron al santo viejo abismado en la contemplación debajo de un tilo y como rodeado por un cerco de fuego. Durante mucho tiempo la *tilia Rusbrochii* (el tilo de Ruysbroeck) fue venerado como una reliquia...

Pero la profundidad de la contemplación no impedía a Juan el preocuparse de las cosas de la tierra. Ya apuntábamos al principio que —como notan sus biógrafos— se conmovía ante la suerte de los pajarillos y les alimentaba con migajas en los días nevados, cuando les es difícil encontrar sustento. ¿No habría de enseñar él mismo que quien alcanza las cumbres de la mística debe saber, cuando es preciso, descender a la tierra como una lluvia fecundante?

A medida que se extendía la fama de Ruysbroeck, iba acrecentándose el número de sus discípulos. Para ellos reservaba lo mejor de sus especulaciones. No era raro que su palabra de miel tuviera como extasiados a sus hermanos los frailes durante casi toda la noche hasta que sonaba la campana para los maitines.

Entre sus oyentes, admiradores y discípulos hay que mencionar al célebre Gerardo Groote (= el Grande), fundador de los hermanos de la vida común y especialísimo introductor de la *devotio* moderna, que tanto ha influido en las épocas posteriores (recuérdese el *Kempis),* remozando por completo la vida de piedad.

Pero no eran sólo los eclesiásticos los que acudían a Groenendael en busca de orientación espiritual o de consejo. Eran

también incontables seglares quienes regresaban con el alma impregnada de paz y de fervor. De una dama de la nobleza, la baronesa de Marke, se dice que recorría frecuentemente con los pies desnudos las dos leguas que separan a Groenendael de su castillo de Rhode-Sainte Agathe. Y esto, por reverencia a aquel hombre de Dios...

Todos estaban edificados de las virtudes del anciano sacerdote. Sobre todo habían adquirido en él especial brillo las más costosas, como la humildad y la obediencia. No rehusaba los trabajos más humildes. Ni era infrecuente verle en la puerta transportando broza e incluso estiércol con una carretilla. Le agradaba especialmente ayudar en las faenas agrícolas del monasterio. Si bien los monjes preferían que prescindiera de ello, pues —como dicen las crónicas— no era raro que, al escardar, arrancara lo mismo la mala hierba que las leguminosas, tan útiles para el sustento de la comunidad... ¡Tan abstraído estaba en sus pensamientos! Su obediencia también fue ejemplarísima; y, ya próximo a su muerte, estando con alta calentura, se negó a beber ningún líquido, sólo porque el prior, que le había sustituido durante su enfermedad, opinaba que no le convenía...

Dios le favoreció con singulares carismas, y era corriente verle extasiado, especialmente en la celebración de la misa.

Pero los cabellos de su cabeza estaban demasiado encanecidos. Y él, como el ciervo sediento, deseando presentarse ante Dios. Al comenzar el Adviento de 1381, como su madre se lo había dicho en sueños, se sintió enfermo de gravedad. Y el 2 de diciembre de aquel año, rodeado de sus hermanos, en plena lucidez y con el rostro resplandeciente *(sanus mente et facie rutilus),* entregó su alma al Señor.

Un misterioso carillón sonaba al mismo tiempo en Deventer anunciando a Gerardo Groote, su discípulo amado, la muerte de Juan de Ruysbroeck.

«¡Era un santo!», decían todos. Y la Iglesia, con la aprobación de su culto, tal como señalábamos al principio, ha rubricado tal afirmación.

Murió Ruysbroeck dejando en pos de sí una estela de santidad. Y señalando el camino hacia arriba. Ahí están sus obras. De algunas dimos ya el título. Entre las demás figuran: *Las siete*

clausuras; El espejo de la salud eterna; Los siete grados; Libro de las doce beguinas; etc. Su culto fue confirmado en 1908.

Ruysbroeck el Admirable; Beato Juan de Ruysbroeck, ruega por nosotros.

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

BIZET, J. A., *Ruysbroeck. Oeuvres choisies* (París 1946).

HUYBEN, J., «Le bienheureux Jean Ruysbroek, son rôle et sa doctrine»: *La Vie Spirituelle* (1922) 439-467.

LEFÈVRE, P., «Le séjour du mystique brabançon Jean de Ruysbroec à Bruxelles»: *Revue d'Histoire Ecclésiastique* (1933) 387-398.

PITTANTI, N., *Vita e dottrina del B. Giovanni Rusbrochio* (Turín 1930).

REYPENS, L., *Ruusbroec* (Bruselas 1926).

WAUTIER D'AYGALLIERS, A., *Ruysbroeck l'Admirable* (París ²1923).

• Actualización:

Obras escogidas de Jan van Ruusbroec (Madrid 1997).

BEATA MARIA ÁNGELA ASTORCH

Virgen († 1665)

María Ángela Astorch es una figura digna de ser admirada hoy atentamente. Para que nos enseñe a respetar los caminos del hombre abriéndolos a los caminos de Dios... En las sucesivas etapas como simple religiosa, joven maestra de novicias y abadesa.

¡Vaya elogio! Nada menos que de labios del papa Juan Pablo II en la intervención homilética de la liturgia de beatificación. Sigue la presentación.

Jerónima María Inés —en el claustro María Ángela—, fruto de bendecidos amores cristianos catalán y francés. Madurado en Barcelona el 1 de septiembre de 1592. Hija de Pedro, nacido tortosino, con un importante cargo público en la ciudad, y de Catalina, oriunda de Perpiñán, dama de acendrada religiosidad. Con tres hermanos: Isabel, Juan José —muerto a los ocho años— y Cristóbal, ambos también religiosos. Y huérfana de madre, cuando apenas sumaba diez meses, vive la lactancia en el hogar de la nodriza Apolonia, en el vecino pueblo de Sarriá.

Quien, tras la muerte de su progenitor, recuperará el cuidado de la pequeña, ahora rondando las seis primaveras.

Ficha completa con la referencia papal.

Y, por alusión, la referencia autobiográfica a papá:

> «Améle tiernísimamente, pero Dios Nuestro Señor, que parece celoso de mí, me lo quitó porque, según era la merced que me hacía y el amor que yo le tenía, si me viviera, creo sin duda ninguna, no fuera religiosa. ¡Bendito sea Dios que me lo quitó para tomarme por suya!»

Entrando en la historia, de la mano de sus páginas íntimas:

> «Desde este tiempo, y cuando mucho tenía siete años, se me adelantó el uso de la razón. Y esto lo oí decir a las personas que me conocieron. Mi niñez no fue sino hasta los siete años y de éstos en adelante fui ya mujer de juicio y no poco advertida y así sufrida, compuesta, callada y verdadera».

Realmente una madurez muy adelantada. Tanto, que cuando los tutores la separan de su ama, la nueve añera se convierte en catequista. Observa el manuscrito:

> «Ya sabía toda la doctrina cristiana, de modo que, llegando a casa de uno de los tutores, la enseñé a una niña de seis años».

Consta que siguieron veinticuatro meses de escolarización y aprendizaje de labores femeninas. Con verdadera pasión por los libros, particularmente los textos en latín. Pronta la chavala a la captación y fácil a la retentiva. También, precozmente, sumándose a la primera comunidad capuchina barcelonesa, formalizada el año anterior, donde ya era profesa su hermana Isabel.

> «A los once años cumplidos y entrada en los doce, en el año 1603, en 16 del mes de septiembre, víspera de la fiesta de las Llagas de mi seráfico Padre, entré religiosa capuchina, con mi gusto y de mi propia voluntad».

Enclaustrada con el nombre, en su momento, de *María Ángela*. Viviendo una condición que no tenía. Aspirante pero en régimen de noviciado, encarnando un ansia incontenible de Dios, entregada a la lectura y sumando progresos en la humildad y en el espíritu de sacrificio. De la mano de un confesor santo y de una maestra de novicia un tanto inmadura y algo más. Bastante celosilla.

Envidia de la belleza física, de la sonora y armoniosa voz, de la mirada ingenua y profunda, de la precoz madurez humana, del conocimiento de los textos litúrgicos, incluso de las cualidades morales de la benjamina y última en la comunidad.

E, insistiendo en la cultura y en la piedad, apasionada Jerónima por el breviario y por todo texto en la lengua de Cicerón. Reconocería: «Era mi gloria verme rodeada de libros en latín».

De modo que el confesor, temiendo por la humildad de la superdotada «hija pequeña», puso veto a tales lecturas y al uso de citas originales bíblicas en el confesonario; donde a la penitente le salían a borbotones.

El noviciado canónico, nacido el 7 de septiembre de 1608, se estiraría hasta el 9 del mismo mes del siguiente año. *Primavera de mi espíritu* define ella a aquellos meses de intensidad contemplativa y ascética. Según las pautas de la maestra, curiosamente su hermana Isabel.

Sobre la que historia:

> «Dispuso el noviciado de modo que cada una de las novicias supiese lo que había de hacer. Luego enseñó oración, meditación, exámenes de conciencia, presencia de Dios, mortificación interior y exterior y cómo cada una fuese quitándose la propia voluntad y ser maestra de sí misma».

Pero, contra lo fácilmente imaginable, nada de miramientos ni privilegios.

> «Fui la más esclava en el trabajo del noviciado, como criada y sierva de todas las novicias. Mandábame con tanta severidad que en jamás me tuvo un rato a solas para animarme y asegurarme su prudente proceder, que confieso lo fue, siquiera para no condenar los procederes de la maestra pasada [...]; hacía en mí lo propio casi la dicha maestra.
>
> El cuidado que tuvo siempre conmigo fue saber los efectos, desconsuelos y tentaciones que padecía en mi interior. Y, si hallaba buena disposición, cargaba más la mano en todo lo penoso y desabrido».

Naturalmente que *desconsuelos y tentaciones* no le faltaron. Víctima, por ejemplo de los consabidos celos, ahora participados por cuantas la apodaban *la maestrita*. Todo porque la ya referida singular madurez espiritual y humana la llevaron a la instrucción de sus connovicias: labores, doctrina cristiana, lectura, can-

to, manejo de los libros litúrgicos, liturgia conventual, prácticas penitenciales. Pese a todo, sumamente humilde ella.

Ya profesa, genuina representante de la mística española de la primera mitad del siglo XVII, se autorretrata:

> «Con sumo gusto y grandes resoluciones de ser santa y alma de oración, dábame a ella con muchas veras y con las propias a la mortificación interior y exterior y a muchas penitencias».
>
> «En este tiempo era mi alma un remedo de mariposa de noche y de día, ardiendo en fuego vivo y sed insaciable en busca de mi Dios [...] Sólo le hacía ausencia el tiempo que tomaba el sueño y éste lo tomaba tan sobrelevantada que, apenas despertaba, cuando ya me sentía llamada y solicitada de mi divino Señor con lugares particulares de la Escritura, Evangelio y Cantares [...] Gozaba de gran paz y tranquilidad interior en el cantar de los divinos oficios».

Pero no le bastaban los textos del breviario. Y, capitaneada por el confesor, se embarcó en la lectura de la Biblia, íntegra y en latín.

Será sacristana y maestra de ceremonias, encargada de velar por la fidelidad a las rúbricas litúrgicas. Y su juventud no impedirá que figure entre las ocho consejeras prescritas por la regla de Santa Clara. Ni vetará tampoco la ascensión de peldaños en la vida religiosa capuchina, saltando de Barcelona a Zaragoza, adonde es enviada en la primavera de 1616, con harto dolor y pena:

> «Fue mi sentimiento uno de los mayores que he tenido en mi vida y así el mayor acto de obediencia de toda ella».

Doble el rasguño. Por la separación de Isabel, ahora abadesa, y por el distanciamiento de la tierra que le vio nacer.

Veintiúnañera y ya equipada cultural y espiritualmente, cabe el Ebro, la monja catalana estrenaba una andadura de tres décadas centrada en la formación y en el caudillaje de religiosas franciscanas. De entrada y sucesivamente con responsabilidad sobre las novicias, atenta a las profesas, desde la vicaría y de la silla abacial.

La describe Juan Pablo II:

> «Su no común inteligencia sabe apoyarse en la solidez de la palabra revelada y de los escritores eclesiásticos, que estudia y conoce en profundidad. Ello la lleva a un profundo conocimiento teórico y práctico de los caminos de la espiritualidad, que vive en íntima

unión con la Iglesia, sobre todo a través de la liturgia, de los textos sagrados y del Oficio Divino. Hasta el punto de poder señalarla como una mística del breviario.

En sus tareas de formadora emplea "el noble estilo" que Dios usa con ella misma. Sabe por esto respetar la individualidad de cada persona, ayudándola a la vez a "caminar al paso de Dios", que es distinto en cada uno. Así la profunda comprensión no se hace tolerancia inerte».

Espiritualidad genuinamente bíblica y litúrgica —la palabra de Dios y la palabra de la Iglesia—, no precisamente características de la época. Centrada en la Eucaristía, con frecuencia la comunión enmarcando experiencias místicas y de arrobamientos. Confiesa en sus manuscritos:

> «Algunas veces me hallo tan apasionada con su majestad divina sacramentado, que quisiera hallar modo de llegar al sagrario y, con golpes de mi pecho, romper la puertecica para topar con él».

Por otra parte, justamente su impresionante conocimiento carismático de las Escrituras y de la lengua latina arrancó de prestigiosos labios eclesiásticos contemporáneos: «¡Lástima que sea mujer y no pueda ser ordenada de sacerdote!, ¡vaya predicador que tendríamos!».

Mujer con una personalidad espiritual definida. Excepcionalmente dotada. Incluso físicamente agraciada, aunque de menuda complexión.

De nula importancia para ella la longitud del físico humano. Explícitamente lo exteriorizó despachando las dudas sobre la aceptación de una jovencita de corta estatura:

> «Si es de estatura pequeña ya crecerá. Y, si no, hartas ha habido enanas de muy buen entendimiento, que no está vinculado el saber con grandes ni pequeñas mujeres».

Y sumamente maternal con las jóvenes y las mujeres consagradas. Las desea contemplativas. Moldeadora de una generación de capuchinas que, recién llegadas al convento, ya son aconsejadas:

> «Han de hambrear de noche y de día ser almas de oración y de esto traten y hablen siempre las unas con las otras».

Y quiere auténtica fraternidad en la clausura. Puerta cerrada a los aires de grandeza y de hidalguía:

«En las recreaciones ni en otras juntas no consientan se hable de linaje ni de mayorazgo ni de limosnas que hicieren, en sus profesiones, al convento».

También todas compartiendo el pan cultural. De ahí el esmero en la alfabetización de las candidatas al noviciado.

Una mujer así, forzosamente, sin comerlo ni beberlo, habría de romper moldes canónicos: en el capítulo electivo de 1626 asciende de vicaria a abadesa. Fue necesaria la previa dispensa romana de edad.

Abadesa en distintos períodos. Siempre encarnando un estilo evangélico más de servicio que de gobierno. Madre solícita. Amada y venerada. Con especial sentido del diálogo.

Testimoniaron las sometidas a su obediencia:

«Procuraba consultar lo que se había de obrar y tenía mucha docilidad en seguir el parecer justo de cualquiera, aunque fuese contra el suyo».

Y según confesión propia:

«Dejo pasar en las cosas indiferentes, no dándoseme nada se haga lo contrario de mi sentir y querer».

Por supuesto, reñida con las lisonjas y, particularmente, las adulaciones serviles.

Nuevamente voces de la comunidad:

«Era enemiga de murmuraciones y de juzgar mal del prójimo. Disculpaba caritativamente los defectos. Daba al olvido las desatenciones tenidas con ella [...] Era grande su sencillez, verdad y simplicidad religiosa; nunca se le notó doblez alguna [...] y estimaba a las personas en quienes experimentaba la santa simplicidad».

Ella:

«Mi norma es callar y sufrir y llevar el peso que las cosas de gobierno traen consigo [...] En cuanto a las faltas y caídas de mis religiosas, en comparación de las mías me parecen muy leves [...] Las excuso pero, como tengo el cuidado de ellas, procuro se corrijan y se ajusten en dar buen ejemplo cumpliendo con sus obligaciones».

A tal punto prodigaba el amor maternal, el grado de donación de sí misma que, no raramente, prefirió el bien espiritual ajeno al personal:

> «Muchas veces me privé y me quité el sustento de mi espíritu para darlo a ellas, complaciéndome en los alientos y consolación que recibían».

Solicitud no sólo por las hijas espirituales. Abierta también caritativamente al mundo, consejera de conciencia a través de las rejas de clausura y epistolarmente; sintiéndose *hermana y madre de todos los fieles* y ofreciendo su vida claustral *en beneficio de todo el género humano.* Consumiendo tiempo y dedicación, temerosa de robarlos a Dios y al convento, repartiendo luz y consuelo a nobles, virreyes, militares, obispos.

Viento en popa a toda vela el claustro aragonés, sor María Ángela, más que cincuentona, experimentada y sagaz guía de almas, emprende rumbo al mediodía. A Murcia. Donde *La fundadora* —así la distinguirán— irradiará santidad en los dos últimos decenios de su vida.

Al frente de la comunidad desde las iniciales fechas veraniegas de 1645. Aunque hubiera preferido libre de responsabilidades. Pues:

> «Me es de suma mortificación verme prelada y haber de mandar. Tratar con criaturas es una continua violencia para mi espíritu».

Pero no sin ventajas:

> «Con el oficio de prelada tengo muchas ocasiones de morir a mí misma y de dar a mi divino Señor mi vida en sacrificio, porque me guiso a mí misma para comida gustosa de todas».

Eso sí; rigurosa en la selección de candidatas a la vida religiosa. Y solícita en su formación. Siempre muy maternal. Empeñada en el borrado de discriminaciones entre monjas de coro y legas. Todas sus dirigidas han de ser iguales. Lo predica y lo vive.

Testimonio contemporáneo:

> «Acudía con todas a los servicios más humildes, como es a barrer y fregar, y asimismo a mover ladrillos y otros materiales para la obra de la fundación, con ser como era delicada, anciana y achacosa».

Tan incrustado en el alma llevaba el sentido de la fraternidad, que no pararía hasta lograr un rescripto pontificio unificando el hábito y generalizando el voto deliberativo en la comunidad murciana.

Tan incrustado que no sufría la inferioridad cultural de las hermanitas de origen humilde, nivelando la desigualdad con una manifiesta preferente atención hacia ellas.

Y enamorada de la pobreza franciscana. Pobre en el vestir pero *curiosa en extremo y aseada.* Nunca desaliñada.

Inculcaba a las hermanas a vivir de las propias manos, comiendo del fruto del trabajo. Procurando «necesitar lo menos posible del socorro ajeno o limosnas». Pobreza material y espiritual, «como despojo y liberación para el amor».

Destacable también que compartía los recursos de la comunidad, socorriendo necesidades; alimentado cada día a presos y pobres vergonzantes. Ya lo había ensayado durante su larga permanencia aragonesa...

En el convento de Murcia madurará la auténtica vocación contemplativa, en dimensión esencialmente eclesial, de la abadesa y maestra de novicias, de la capuchina María Ángela Astorch. Con la adoración y reparación eucarísticas como elemento nuevo personal y comunitario. En Murcia, donde vivirá duras tribulaciones y pruebas.

Inicialmente, la peste bubónica, en la primavera de 1648, con miles de muertes. Entre las víctimas, el obispo diocesano. Afectó al convento, pero sin defunciones. Tres años más tarde, el desmadre de las aguas. Una inundación singular, la del 14 de octubre de 1651, en la memoria oral y escrita ciudadana. Las religiosas hubieron de abandonar el convento, sito en la cima del casco urbano, a toda prisa y desafiando la corriente. Ella, de baja estatura, con agua hasta los hombros.

Y al año de haber recuperado el edificio que había quedado ruinoso, más de lo mismo. Nuevo desbordamiento. Y vuelta a la residencia jesuítica veraniega, por segunda vez, generosamente cedida.

El padre Antonio de Aguiar, que en tales ocasiones trató muy de cerca a nuestra biografiada, declaró en el proceso:

> «Experimenté en ella un dechado vivo de perfección religiosa. En la candidez era una paloma. Su alma estaba tan poseída de Dios que apenas le quedaba atención para cosa humana [...] Era tan ilustrada de Dios que yo me admiraba que pudiese una mujer, sin estudios ni letras, escribir como escribía tratados espirituales de materias tan diferentes y con tanto espíritu y elocuencia, tanta au-

> toridad de Escritura y Padres como en ellos usaba. En todo lo cual se conocía bien haber sido Dios su maestro. Su alma ardía en amor de Dios; no sabía pronunciar palabras que no fuesen una llama que encendía a los que trataba».

Las religiosas, víctimas de la doble contrariedad manifestaron: «Estaba siempre con semblante alegre». Pero la procesión iba por dentro. Las inquietudes, las andanzas, las preocupaciones derivadas del doble desastre la minaron. La salud de la monja se tornó más que achacosa. No se trataba de dolencias, fruto de vivencias místicas, sino de molestias reales propias de un organismo gastado y viejo.

Mediado diciembre de 1654 encamó. Pero aún tenía arrestos para acaudillar eficazmente la comunidad y acudir en ayuda, aconsejando y compartiendo experiencias, de la fundación que nacía en Calatayud:

Certera ella en la consigna:

> «Plantar un convento es trazar camino de espíritu y oración, que es el punto esencial, porque, como es el alma de toda la perfección religiosa, si esto faltase, sería lo demás cuerpo muerto».

A diario de mal en peor. En 1661, en declaración de las religiosas, ya era «incapaz para lo temporal, pero con mucho conocimiento de lo divino». Había sido una pérdida de facultades que la restituyó al estado infantil, incluso necesitando que la guiaran la mano para estampar la firma.

Previamente, reconociendo ella que no podía seguir al frente de la comunidad, señaló a su posible sucesora como abadesa, que fue elegida en capítulo. Ya imparable el proceso de senilidad. Comprensiblemente rápido. Toda vez que, entre los manuscritos póstumos de la superiora, apareció un documento revelador. Un escrito de 1661 en el que la firmante, aún en plena lucidez mental, deseosa de culminar sus días en humildad y renuncia total, suplicaba a Dios la inhabilidad para el desempeñe de toda responsabilidad.

Y, tras cuatro años de inmovilidad en la cama, el 21 de noviembre de 1665 le dio un ataque de hemiplejia, curiosamente recobrando el pleno uso de sus facultades mentales. Razonaba y comentaba sobre la proximidad de la partida. Sufría, pues todo su cuerpo era una llaga viva. Aunque el alma un puro gozo.

A quien caritativamente se interesó, preguntándole cómo se encontraba, correspondió: «Estoy en cruz».

Ya no duró ni quince días. El mediodía de la segunda fecha de diciembre, víspera de la festividad de San Francisco Javier, vivió su viernes santo. Serenamente.

Tras entonar débilmente el *Pange lingua,* coreado entre suspiros y lágrimas por sus hijas espirituales, voló al encuentro de Dios. Justo cuando las campanas de la vecina iglesia jesuítica adelantaban el estallido festivo de la celebración.

Los venerables restos de *la fundadora,* durante muchísimos años incorruptos, tras repetidas identificaciones y traslados, son objeto de la veneración de los murcianos en el convento femenino capuchino de la capital del Segura.

Previo un doble proceso informativo diocesano y mil vicisitudes históricas, hasta el 29 de julio de 1850 no fue la proclamación de la heroicidad de las virtudes de sor María Ángela Astorch. Finalmente beatificada por el papa Juan Pablo II en fecha 23 de mayo de 1982.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. II: *Ans-Bern* (Roma 1962).

CEBALLOS, L. I., *Vida y virtudes, favores del cielo, milagros, y prodigios la V. madre sor María Ángela Astorch, religiosa capuchina* (Madrid 1773).

IRIARTE, L., *Beata María Ángela Astorch, clarisa capuchina (1592-1665): la mística del breviario* (Valencia 1982).

MARÍA ÁNGELA ASTORCH (BTA.), *Mi camino interior (Relatos autobiográficos. Cuentas de espíritu. Opúsculos espirituales. Cartas)* (Navarra 1985).

TORRECILLA, N., *La primera y penitentíssima religión de madres capuchinas en España fundada por la madre... Sor Ángela Margarita Serafina...* (Murcia 1646).

BEATO RAFAEL (MELCHOR) CHYLINSKI

Presbítero († 1741)

Rafael Chylinski (en el siglo, Melchor), religioso profeso, franciscano conventual, sacerdote, nació de familia noble en Wisoczka (Poznan, Polonia) el 6 de enero de 1694. Al terminar los estudios en el colegio de los jesuitas de Poznan, hizo durante tres años el servicio militar, llegando al grado de oficial alfé-

rez. A sus veintiún años ingresó en la Orden de los Franciscanos Conventuales de Cracovia, en la que quiso ser hermano laico. Aceptado por voluntad de los superiores como clérigo el día 4 de abril de 1715, tomó el nombre de Rafael. Hizo un curso abreviado de filosofía y teología a causa de la peste (1708), que provocó la muerte del cincuenta por ciento de los frailes de la provincia conventual polaca. Recibió la ordenación sacerdotal en diciembre de 1717.

Trabajó en diversas casas de la Orden como confesor y predicador y en la asistencia de los pobres. Desarrolló su apostolado especialmente en Cracovia y Lagiewniki. Sus predicaciones sencillas contrastaban con el estilo barroco vigente, y tenían gran eficacia pastoral. Pasaba horas enteras en el confesonario. Llevó una vida de mortificación y abnegación. Murió el 2 de diciembre de 1741, a los 47 años, en Lagiewniki, cerca de Lódz, donde reposa su cuerpo.

Su causa de canonización fue introducida el 29 de agosto de 1772. El 13 de mayo de 1949 se aprobó el decreto sobre sus virtudes heroicas. Fue por fin beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de junio de 1991 en el Parque Agrícola de Varsovia, en su cuarta peregrinación apostólica a Polonia, refiriéndose al nuevo beato como «hombre de mucha oración y, a la vez, de gran corazón para con los pobres». En la homilía de la misa de beatificación dijo también el Sumo Pontífice de su santo compatriota:

> «Durante esta santa misa ha sido proclamado beato un franciscano conventual, el padre Rafael Chylinski. Era hombre de mucha oración y, a la vez, de gran corazón para con los pobres. Cuando en 1736 se difundió la epidemia en Cracovia, se entregó completamente a los enfermos y realizó todo tipo de servicios sin preocuparse por su propia seguridad. Con celo servía a los pobres, a los enfermos y a los contagiados por la epidemia, a todos los que llegaban a su convento en Lagiewniki, actualmente barriada de la ciudad de Lódz. Muchas veces, no teniendo nada que darles, les ofrecía su propia porción de pan y su manto. Poco después de su muerte comenzó el proceso de beatificación, que se interrumpió a causa de la repartición de Polonia. El hecho de que durante un período tan largo no muriera el recuerdo de su santidad, es el testimonio de que Dios esperaba expresamente que su siervo fuera proclamado beato en la Polonia libre. Que el Beato Rafael nos recuerde que cada uno de nosotros, aunque sea pecador, ha sido llamado al amor y a la santidad.

He reflexionado mucho leyendo su biografía. Su vida está ligada a la época de los sajones; sabemos que eran tiempos tristes, no sólo a causa de la historia política de la I República, sino también de la moralidad social. No quiero recordar aquí los refranes, que aún hoy se pueden oír, acerca de esos tiempos. Fueron tiempos tristes, de desconfianza ilimitada de las personas, de total despreocupación y de consumismo extendido a un estamento social. Y en este escenario aparece un hombre salido precisamente de ese estamento. Es verdad que no es un gran magnate, pues no pertenece a la alta nobleza; pero posee todos los derechos sociales y políticos. Por lo que hizo y por la vocación que eligió, este hombre llegó a ser, y quizá lo es aún, protesta y expiación. Más que protesta, expiación por todo lo que llevaba a Polonia a la ruina. A veces, mientras medito sobre la vida de este beato, me viene a la mente Tadeusz Rejtan. Es verdad que el padre Rafael murió antes de la primera repartición de Polonia, en 1741. Tadeusz Rejtan, como es sabido, llevó a cabo su obra tras la repartición, durante una sesión de la Dieta que la aprobó. Precisamente en esa época Rejtan bloqueó con su propio cuerpo la puerta para no dejar pasar a los parlamentarios polacos del siglo XVIII y los instó: «¡No se puede! ¡Si queréis salir de aquí con esta decisión, con esta ley, debéis pasar sobre mi cadáver!». El padre Rafael no fue nunca diputado ni parlamentario. Escogió la vocación de hijo pobre de San Francisco. Pero su testimonio es muy parecido. Su vida escondida en Cristo era una protesta contra la conciencia, la actitud y el comportamiento autodestructivos de la nobleza de esa época sajona, cuyo fin conocemos. Pero ¿por qué la Providencia nos lo recuerda hoy? ¿Por qué ha madurado este proceso sólo ahora, a través de todos los signos de la tierra y del cielo, y podemos proclamar beato al padre Rafael? Tratad de responder a esta pregunta. Tratemos de responder a esta pregunta. La Iglesia no tiene recetas preparadas. El Papa no quiere sugeriros ninguna interpretación; pero reflexionemos todos juntos, los 35 millones de polacos, acerca de la elocuencia de esta beatificación precisamente en el año del Señor de 1991».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BIGONI, A., *Vita del venenrabile Servo di Dio P. Rafaelle Kilinski, minore conventuale* (Roma 1845).

KUBIT, A., *Zyciorys Czcigodnego O. Rafala Chylienskiego* (Niepokalanow 1937).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (19-7-1991).

Nova positio super virtutibus (Roma 1946)

Positio super virtutibus (Roma 1940).

SARNETA, J. J., «Chylinski, R.», en *Bibliotheca sanctorum. III: Bern-Ciro* (Roma 1962).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CROMACIO DE AQUILEYA
Obispo († 407/408)

Era un presbítero de la diócesis de Aquileya y había convertido su casa paterna en una especie de monasterio, en el que él, su madre, su hermana y su hermano llevaban vida ascética junto con otros clérigos y seglares de la diócesis. San Jerónimo, que frecuentó la casa, la llamaba «morada de santos». Fue un foco de vida cristiana y apostólica, que hizo un bien inmenso en la comunidad. Con su obispo Valeriano asistió en 381 al concilio celebrado en la propia Aquileya y, pese a ser solamente presbítero, se le permitió por dos veces tomar la palabra para reclamar contra el obispo arriano Paladio. El 388 murió Valeriano y toda la diócesis estuvo de acuerdo en que nadie mejor que Cromacio para sucederle. Lo consagró obispo San Ambrosio. Intentó ser un obispo en toda la extensión de la palabra cuidando los diversos aspectos que sobre todo entonces debía atender un obispo. Estudioso de la Sagrada Escritura, procuró exponerla lo mejor posible a sus fieles e incluso tomó la pluma. Intervino en todas las cuestiones abiertas en la Iglesia de su tiempo. Estuvo en contacto con San Ambrosio, San Inocencio I, San Juan Crisóstomo, etc. Procuró poner paz entre San Jerónimo y Rufino, amigos suyos ambos, y acogió a Rufino cuando éste se vio obligado a dejar Roma. Sostuvo también con sus donativos las causas de la Iglesia, lleno de evidente caridad. Se conserva de él el *Discurso sobre las ocho bienaventuranzas*. Tras veinte años de episcopado fecundo murió en 408 o tal vez el año anterior. Su memoria se celebra el 2 de diciembre.

BEATO IVÁN SLEZYUK
Obispo y mártir († 1973)

Nace el 14 de enero de 1896 en Zhyvachiv, región de Stanislaviv y se decidió por el sacerdocio. Una vez ordenado presbítero, en 1923, fue destinado a la enseñanza de la religión en las escuelas de Stanislaviv, hoy Ivano-Frankivsk. Entre marzo y

abril de 1945, previéndose el arresto de los obispos greco-católicos de Ucrania, fue consagrado secretamente como obispo coadjutor con derecho a sucesión por el obispo de la diócesis Hryhovy Khomyshyn. La policía lo detuvo el 2 junio de 1945 y por presuntas actividades contra el Estado fue condenado a diez años de cárcel, en los que perseveró en la fe católica sin pasarse a la ortodoxia ni acceder a las pretensiones de los comunistas. De 1945 a 1950 estuvo en el campo de trabajo de Vorkuta, Rusia, y en ese año fue llevado al de Mardovia, igualmente en Rusia. Liberado el 15 de noviembre de 1954, prosiguió su servicio pastoral con constancia y fervor hasta el 22 de octubre de 1962 en que de nuevo fue arrestado y condenado a cinco años de detención, acusado de «organización de la actividad religiosa ilegal de los sacerdotes greco-católicos». Excarcelado el 30 de noviembre de 1968, luego de pasar estos años en un campo de estricto confinamiento, reanuda con gran celo y vigor espiritual su actividad clandestina, de la que no se desanima pese a los continuos interrogatorios por parte de las autoridades comunistas. Al término de un interrogatorio en Stanislaviv su corazón ya no pudo más tras tantos años de sufrimientos, soportados con heroica paciencia, se sintió mal y falleció dos semanas después el 2 de diciembre de 1973. Beatificado el 27 de junio de 2001 por Su Santidad el papa Juan Pablo II en su viaje apostólico a Ucrania.

3 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Francisco Javier († 1552), presbítero, de la Compañía de Jesús, patrono de las Misiones **.
2. La conmemoración de San Sofonías, profeta **.
3. En Tánger (Mauritania), San Casiano († 300), mártir *.
4. En Winchester (Inglaterra), la deposición de San Birino († 649/650), obispo de Dorchester *.
5. En Chur (Suiza), San Lucio († s. VI/VII), ermitaño.
6. En Monte Siepe (Toscana), San Galgano Guidotti († 1181), ermitaño.

7. En Londres (Inglaterra), Beato Eduardo Coleman († 1678) mártir bajo el reinado de Carlos II *.

8. En Trento (Véneto), Beato Juan Nepomuceno de Tschiderer († 1860), obispo **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN FRANCISCO JAVIER
Presbítero († 1552)

El 3 de diciembre de 1552 moría frente a la costa china, en una choza de la isla de Sancián, San Francisco Javier.

La noticia de este hecho, que tanto suponía para la marcha de las misiones asiáticas, llegó a Roma casi tres años después. En febrero de 1555, como un rumor no confirmado, en octubre, como un hecho cierto, pero rodeado de tales detalles en cuanto a la traslación del cuerpo desde Sancián a Malaca y Goa, su estado incorrupto y los milagros que se le atribuían, que el nombre de Javier pasó presto a tener esa resonancia apostólica ante el pueblo cristiano que hasta hoy le caracteriza.

¿Quién era aquel misionero y cuáles sus hazañas?

Francisco de Javier, cuyos apellidos debieron haber sido Jassu, Azpilcueta, Atondo y Aznárez de Sada, nació el 7 de abril de 1506 en el castillo de Javier, situado en los confines de Navarra, frente a Aragón, a ocho kilómetros de Sangüesa, 54 de Pamplona y uno de las márgenes del río Aragón.

Situación estratégica en la Edad Media, salvando los pasos de la ribera de Navarra al valle del Roncal a través del puente de Yesa, casi en su punto medio.

La familia del Santo era de las más distinguidas del reino navarro. Su padre, don Juan de Jassu o Jaso y Atondo, doctor por Bolonia en ambos derechos, era uno de los principales personajes del país, y unía en sí la rama de los Jassu de Ultrapuertos (hoy Francia) con la de Atondo, del señorío de Idocin. Su madre, María de Azpilcueta y Aznárez de Sada, provenía de la casa solar del mismo nombre del valle del Baztán, y heredaba de su madre la posesión de Javier, vinculada a su familia por lo menos

desde 1263, lo mismo que cierto grado de parentesco con la realeza navarra.

Por eso Francisco de Javier reunía en sí una representación de casi todas las regiones de Navarra, y puede presentarse como un prototipo de sus hijos en el conjunto de sus cualidades distintivas, que la santidad no eclipsó u ocultó, sino que sublimó en rasgos heroicos de un universalismo sin tacha, matizado y punteado con las características de su tierra.

Su formación primera dependió principalmente de la abadía fundada por su padre en la parroquia de Javier, lo mismo que de los miembros de su familia en aquel castillo solitario, especialmente de su madre: porque su padre, muerto cuando el Santo contaba nueve años, había estado ausente largas temporadas en Pamplona o en cortes extranjeras por los asuntos del reino.

Fuera de la piedad intensa que bebió en su vida familiar, el acontecimiento que influyó especialmente en la orientación de su carácter y de sus aspiraciones fue la ruina de las instituciones políticas bajo las que había nacido y por las que luchó su familia, y la ruina también de su castillo, rebajado a la categoría de mansión señorial de tipo agrícola, en vez de ostentar las almenas guerreras de sus enhiestas torres. Es indudable que todo ello influyó en su marcha a la Universidad de París en 1525, al terminar las guerras en que participaron sus hermanos y al asentarse sobre bases nuevas y duraderas la vida de los Javier, reconociendo el nuevo orden de cosas.

Los once años de París, como estudiante primero y como maestro algún tiempo en la Universidad de París (1525-1536), marcaron la etapa decisiva de la vida de Javier.

Hoy se conoce con profusión de datos la vida universitaria parisiense relacionada con el santo. Conocemos el funcionamiento de sus colegios, divididos por naciones o grandes regiones, y en los que se daba la enseñanza principal, así como los nombres de los profesores y mil detalles de la vida diaria de aquella masa de estudiantes, verdadera ciudad libre dentro del recinto de París.

Los estudios duraban alrededor de once años. Javier escogió el colegio de Santa Bárbara, fundado en 1520 bajo la protección del rey de Portugal, donde concurrían estudiantes de las dife-

rentes partes de la Península Ibérica. Comenzó sus estudios como porcionario, que se pagaba toda la pensión, con un fámulo a su servicio y un caballo para sus deportes y utilidad. Por octubre de 1525 entró en las aulas universitarias, se graduó en Letras en la Cuaresma de 1526, se licenció en Filosofía en agosto de 1530, obtuvo una clase de filosofía en el colegio de Dormans-Beauvais y prosiguió juntamente sus estudios teológicos hasta fines de 1536, en que partió para Italia con sus compañeros a unirse con Ignacio.

El esquematismo de estas fechas no nos devuelve la enorme complejidad de sucesos trascendentales que tuvo para el menor de los Javier. Por una parte la lucha de las ideas filosóficas y teológicas, atacadas por el naciente protestantismo, que encontró en la Universidad de París uno de sus más fuertes enemigos, y por otra las relaciones con sus compañeros de estudio, especialmente los españoles. Como coronación de todo, su trato con Íñigo de Loyola, que le llevó paulatinamente a desviar por completo el curso de sus aspiraciones terrenas dentro del campo eclesiástico, al que pensaba dedicarse, y abrazar el camino de la santidad personal y del apostolado con el ardor brioso de su sangre y con aquella decisión desconocedora de cambios y vacilaciones en el ideal abrazado en la plenitud de su vida.

Ignacio supo insinuarse en su corazón, a pesar de los recuerdos de luchas pasadas en campos políticos opuestos y de la poca apariencia del incomparable conductor de hombres, que vino providencialmente a vivir en la misma casa y en la misma cámara que el maestro valenciano Juan de la Peña, el angelical saboyano Pedro Fabro y Javier.

Las prevenciones de Javier no pudieron impedir a la larga el acercamiento con Íñigo, que, lejos de oponérsele, le llevó discípulos, le sacó de algún apuro económico y pudo, por fin, penetrar en el interior de aquella alma y comunicarle sus proyectos, sus ideas, su modo de ser.

En 1534 Javier estaba ganado, y, aun antes de hacer el mes de ejercicios espirituales, que le armaría para los duros combates de la vida, se alistó en el pequeño escuadrón ignaciano de los primeros votos de Montmartre, 15 de agosto de 1534.

Javier completó su formación espiritual junto a Ignacio en Italia, ejercitó sus primeros ministerios apostólicos en favor de

las almas, gustó más el sentido católico de la vida junto a la cátedra de San Pedro en Roma, y recibió las sagradas órdenes en Venecia. Para coronamiento de estas actividades vivió varios meses en Roma como secretario del mismo San Ignacio, en aquellos tiempos en que estaban estudiando su futuro régimen de vida al ver fallidas providencialmente las esperanzas y planes de su viaje a Jerusalén y su vida apostólica en Palestina. La impresión que guardaron sus compañeros de todos estos años fue la de una santidad incontenible y de una admirable disposición para toda clase de apostolados. Su don de gentes se impuso en Roma y en Bolonia; su heroicidad, en los hospitales, mientras aprendía junto a su padre del alma los métodos del gobierno espiritual.

Los acontecimientos se precipitan ya en la vida de Javier. Doce años le quedan aún para luchar por Dios, y el que hasta ahora ha estado como en segundo plano, hace ahora de pronto irrupción en la vanguardia de los acontecimientos, y en ella se mantiene sin desfallecer hasta su último aliento.

Dios convertiría en realidad los sueños que había tenido aquellos años, de estar evangelizando en las Indias.

Un día se presentó ante Ignacio el embajador de Portugal, don Pedro de Mascareñas, con un encargo de su rey, don Juan III, que señalaría el comienzo de una sólida amistad del monarca lusitano con Loyola y Javier. Deseaba aquél consolidar sus empresas oceánicas impulsando vigorosamente la evangelización de las nuevas regiones descubiertas en la India y el Brasil. Por insinuación de don Diego de Gouvea, regente de Santa Bárbara, de París, que allí había conocido a aquellos compañeros de Íñigo y luego se había enterado de sus intentos y actividades en Italia, el rey supo las cualidades y condiciones del grupo ignaciano, sondeó la realidad por medio del embajador en Roma y propuso al Papa su deseo de invitarlos para las Indias.

En pocos días se llega al nombramiento de Javier por Ignacio, comisionados para ello por Paulo III antes de la fundación canónica de la Compañía de Jesús, como sustituto del padre Bobadilla en su destino a la India portuguesa, y al día siguiente de su nombramiento, 16 de marzo de 1540, partía con Mascareñas camino de Lisboa, después de haber firmado unos cuantos

documentos acerca de la Orden religiosa que se tramitaba y de la elección de su primer general.

Javier atraviesa Italia y Francia, entra por Fuenterrabía en Guipúzcoa, renuncia a ir a saludar a sus parientes, y por la casa solar de Loyola, adonde llevaba una carta de Ignacio, por Burgos, Valladolid y Salamanca pasó a Portugal. Allí trabajó intensamente en la corte, ganándose la confianza y estima del rey y de muchísima gente durante nueve meses, gracias a sus predicaciones, confesiones y buen ejemplo, y el 7 de abril de 1541 se embarcó para Goa.

En vez de partir como segundo del padre Simón Rodríguez, va como jefe de otros dos, y actúa desde el primer momento como tal. En Lisboa ha perfeccionado su portugués y se ha informado detenidamente acerca de la situación de la India y de sus relaciones eclesiásticas y temporales con la metrópoli. Pero Juan III no quiere enviarle sin amplísimas facultades, y para ello consigue del Papa varios breves pontificios.

Hay que tener presentes esos documentos para poder juzgar de su actuación sin caer en los extremos de los que, al margen de la verdadera historia, pretenden enjuiciar su obra y describirnos su carácter de hombre y de apóstol.

Javier no es un misionero más que va al Oriente a ocupar un puesto cualquiera en un lugar determinado. Su misión y su destino es mucho más complejo.

Va, en primer lugar, como nuncio o legado pontificio. Pero esa nunciatura era de un tipo especial. No se trataba de representar permanentemente a la Santa Sede en alguna corte determinada, sino de revestirle de su autoridad apostólica y de amplísimas facultades espirituales para la implantación, conservación y aumento de las nuevas cristiandades desde el Cabo de Buena Esperanza hasta el último límite de los dominios o protectorados portugueses en las Indias orientales, y en especial ante el rey de Etiopía. Pero no se indica en los documentos nada de estar en comunicación directa y permanente con la Santa Sede.

Esto influyó en el deseo de Javier de conocer personalmente aquellas nuevas cristiandades, fundadas ya o posibles y ver sobre el mismo campo las posibilidades de dilatar la fe. Su carácter de nuncio, más que ligarle a un sitio, le impulsaba a recorrer, explorar y evangelizar aquel vasto territorio. Algo parecido

le sucedía en su cargo de superior de la nueva Orden religiosa en las mismas tierras. Con tan pocos sujetos al comienzo, era él el que debía dar el ejemplo de las virtudes apostólicas y señalar los emplazamientos de los centros misionales.

Y algo parecido podríamos decir con respecto al rey de Portugal, que, prendado de sus virtudes y cualidades, deseaba que fuera una especie de visitador privado y oficioso de la vida religiosa de los establecimientos lusitanos del Oriente. Su correspondencia demuestra cómo ejercitó esta labor, con valentía apostólica por un lado y con escrupulosidad independiente y cautelosa por otro. Aun así no siempre consiguió el auxilio que el rey ordenaba darle a todos sus gobernadores para cosas de apostolado y evangelización.

Francisco llegaba a Goa con la idea de marchar cuanto antes al cabo Comorín y costa de Pesquería, donde el gobernador general que le llevaba en su flota, Martín Alfonso de Sousa, había conseguido establecer una misión de cristianos en un mando anterior. Sousa le habló de la empresa varias veces durante el viaje marítimo, y en cuanto transcurrieron en Goa los primeros cinco meses durante el monzón que interrumpía las navegaciones, pasó a aquella tierra, cuando sus compañeros de viaje dejados en Mozambique llegaban a Goa a continuar las empresas allí por él iniciadas.

En Goa, lo mismo en la primera ocasión que en las otras varias que tuvo que volver a ella para gobernar a los suyos, tratar con las autoridades eclesiásticas y civiles o fundar las primeras casas de su Orden, su celo se impuso en la ciudad con sus predicaciones, catecismos por las calles, plazas e iglesias y su dirección espiritual. Todo esto se comprueba en las cartas de sus contemporáneos: el obispo, algunos sacerdotes, religiosos y empleados civiles.

Desde fines de 1542 a 1545 trabajó en aquellas regiones de Malabar y Travancor, su primera gran misión viva. El movimiento de reagrupación de los cristianos, bautismo de neófitos, composición de catecismos, etc., fue extraordinario. El fracaso de sus planes sobre Ceilán, por culpa de algunos mercaderes portugueses, y la noticia de las perspectivas que se abrían para la fe en las Molucas, le determinó a ir allá después de dejar algunos compañeros en la Pesquería.

Pasado algún tiempo junto al sepulcro de Santo Tomás en Meliapur, llegó a Malaca en septiembre de 1545 y evangelizó a toda clase de gentes en la ciudad y contornos durante algunos meses. Siguió al Maluco y misionó las islas de Amboino, Ceram y otras vecinas, como luego Ternate, Tidore, las islas del Moro, con igual fruto y conmoción espiritual.

Vuelto a Malaca en 1547 a buscar compañeros para aquella nueva misión, se encontró en aquella ciudad con unos japoneses que le esperaban. Esto varía el rumbo de los acontecimientos, y, arreglados los asuntos de la India, penetra el primero de los misioneros en el Japón, 15 de agosto de 1549, misión que desde el primer momento ejerce en él una especie de fascinación cautivadora.

Vuelve a la India y Goa, visita algunas residencias, resuelve nuevas fundaciones, se entera de grandes noticias de Europa: Trento, Roma, Alemania; recibe el nombramiento de provincial, y en vez de volver al Japón, según había pensado primero, se resuelve por China. Frustra sus intentos de embajada virreinal el capitán mayor marítimo de Malaca y se embarca para Sancián a intentar solo aquella empresa. Una pulmonía corta el vuelo a sus empresas apostólicas cuando apenas cuenta cuarenta y seis años.

Se ha hablado de Javier aventurero, poco constante, impetuoso. Nunca dejó Javier un campo roturado por él sin dejar a otros que siguieran la obra, y de vez en cuando volvía a visitarlo. Atendió al mismo tiempo a otras partes adonde no llegó personalmente. Todas sus misiones continuaron florecientes, y sólo algunas decayeron decenios más tarde a causa de las persecuciones que sobrevinieron.

Fomentó el clero indígena, la enseñanza y los catecismos. Su salud, sus conocimientos, sus dones de trato personal, su valor a toda prueba, y sobre todo su santidad, superaron todos los obstáculos. Consiguió dejar cristiandades en todos los puntos estratégicos del Extremo Oriente, ampliar el conocimiento de todas aquellas regiones. Sin intentarlo forjó un parecido oriental suyo con el San Pablo mediterráneo que admira la historia.

No es extraño, por lo mismo, que al saber de cierto su muerte, con las circunstancias de su traslación y sepultura, el

mismo San Ignacio, que ya tenía en Roma una antología epistolar proveniente de Asia acerca de la fama de santidad de Javier, iniciara los primeros pasos para la glorificación de su hijo. Beatificado en 1619, fue canonizado a los tres años, 12 de marzo de 1622, juntamente con San Ignacio, Santa Teresa de Jesús, San Felipe Neri y San Isidro Labrador. Pronto se le declaró patrón de las misiones del Oriente.

San Pío X lo constituyó protector de la Obra de la Propagación de la Fe, y Pío XI le declaró en 1927 junto con Santa Teresa de Lisieux, patrón universal de las misiones católicas.

LEÓN LOPETEGUI, SI

Bibliografía

ARTECHE, J. DE, *San Francisco Javier* (Bilbao 1951).
Cartas y escritos de San Francisco Javier (Madrid 1953; [4]1996).
GARCÍA, F., SI, *Vida y milagros de San Francisco Javier SI, apóstol de las Indias* (Madrid 1922).
SCHURHAMMER, G., SI, *Francisco Javier. Su vida y su tiempo,* 2 vols. (Bilbao 1969-1970).
TEIXEIRA, M. DE, SI, *Vida del bienaventurado padre Francisco Javier, religioso de la Compañía de Jesús* (Bilbao 1951).
• Actualización:
BELLIDO, J. F., *Hasta los últimos confines. Vida de San Francisco Javier* (Bilbao 1998).
BERZOSA MARTÍNEZ, M. A., *Francisco Javier* (Bilbao 2005).
LAMET, P. M., *El aventurero de Dios: Francisco Javier* (Madrid 2006).
RECONDO, J. M.ª, *San Francisco Javier* (Madrid 1999).
— *San Francisco Javier. Vida y obra* (Madrid 1988).
SCHURHAMMER, G., *Francisco Javier. Su vida y su tiempo,* 4 vols. (Bilbao 1992).
TELLECHEA IDÍGORAS, J. I., *Los sueños de Francisco Javier* (Salamanca 2006).

SAN SOFONÍAS

Profeta (Antiguo Testamento)

El nombre «Sofonías», significa «Yahvé protege». Él mismo nos relata su tiempo y su genealogía hasta su tatarabuelo. «Era hijo de Cusí, hijo de Godolías, hijo de Amón, hijo de Amarías hijo de Ezequías, en tiempo de Josías, hijo de Amón, rey de Judá» (Sof 1,1).

Esta acumulación de ascendientes obedece tal vez a la intención de superar la sospecha que podía suscitar el ser «cusita», «etíope» o «nubio», extranjero, con los tres abuelos yahvistas.

Asesinado Amón por un complot de sus oficiales, el pueblo se levantó contra los conjurados y puso en el trono de Judá a Josías, el hijo de Amón, cuando apenas tenía ocho años.

Durante el reinado de Josías, el imperio asirio entró en un rápido declive. Aprovechando esa decadencia de los opresores, él llevó a cabo una gran reforma religiosa y política, cuando, pasada su minoría de edad, tomó directamente las riendas del gobierno. Si su reinado se extiende desde 640-609 a.C., fue alrededor del año 625 cuando realizó su plan, que consistió en la eliminación de los varios cultos paganos y en la centralización, en Jerusalén, de todo el culto al verdadero Dios.

Con esta reforma se relaciona el feliz y gozoso hallazgo, en el templo de Jerusalén, de un ejemplar del Libro de la Ley de Moisés, probablemente el Deuteronomio.

La renovación fue también política, pues recuperó territorios que había pertenecido al reino de Judá.

Pero, antes de la reforma, durante su minoría de edad, continuaba la relajación de las costumbres, los cultos paganos introducidos por influencias extranjeras y los abusos de los ministros.

Contra todo esto predica Sofonías, que, sin embargo, guarda silencio respecto al rey. Todo indica que su misión apostólica en Jerusalén se desarrolló principalmente en los años de minoría del Rey, inmediatamente antes de que comenzara el ministerio de Jeremías.

Judá llevaba un siglo sometido a los asirios desde el impío Acaz. El pueblo estaba invadido por costumbres y prácticas paganas, con culto a los falsos dioses, Baal y Milcom, mezclado con el culto a Yahvé y con el de los astros, llegando al indiferentismo, al escepticismo y hasta a una verdadera apostasía. Los dirigentes cometían toda clase de iniquidades.

La falta de fe favorecía un clima de materialismo, ajeno a toda rectitud y justicia: violencia en los jefes, corrupción en los jueces; y los sacerdotes y profetas prostituían la religión y el culto, al servicio de fines indignos.

El reinado de Manasés, que se prolongó desde 698-643 contribuyó mucho a difundir la corrupción. Según se narra en el libro segundo de los Reyes —21,3-9— reconstruyó las ermitas

idolátricas de los altozanos, derribadas por su padre, el santo rey Ezequías; levantó altares a Baal; adoró y dio culto al ejército de los astros, arrojó a la pira de fuego a uno de sus hijos, practicó la magia y la adivinación y llegó a colocar en el templo la imagen de una diosa cananea, Astarté. «Manasés derramó ríos de sangre inocente, de forma que inundó a Jerusalén de punta a cabo» (2 Re 21,16).

Este cuadro, lleno de sombras, es la situación que hereda Josías, cuando era niño. Teniéndolo ante los ojos, se comprende mejor el mensaje y la predicación de Sofonías, que, sin duda, fue quien fundamentó y preparó el cambio copernicano que supuso la reforma de Josías.

Sofonías es crítico, ante todo, con los pecados de su pueblo. Pocos profetas han sido tan radicales en la crítica contra el pueblo de Judá, en general, por su falta de fidelidad a la alianza con Yahvé; y con sus gobernantes, en particular, por su orgullo y sus iniquidades. Denuncia con valentía la contaminación del yahvismo por la introducción de las prácticas idolátricas, y el arraigo de las costumbres extranjeras. Era indispensable una auténtica conversión.

Tarea ingente la que pesa sobre los hombros del profeta: renovar en todo su vigor el yahvismo que proclama al Dios de la Alianza como el Dios de los dioses, el único Señor que domina el universo y lo gobierna; renovando en su pueblo fascinado por las creencias en otros dioses cananeos o asirios, a los que procuraban tener propicios para asegurar la fertilidad de sus ganados y sus cosechas... Tuvo que condenar duramente la idolatría y la injusticia flagrante.

Su mensaje no cayó en saco roto pues desembocó en la reforma aludida de Josías. Se centra en el día de la ira del Señor, en el que todos los pueblos serán juzgados, Judá el primero, y serán arrancados de la faz de la tierra los pecadores.

Sólo se salvará en aquel terrible día, un resto humilde y pobre, que confió en el Señor y puso en él toda su confianza. El juicio, pese a ser condenatorio, está abierto a la salvación. Abarca a todas las naciones y en particular a Judá y su capital.

Cuando Amós, un siglo antes, anunció proféticamente el «día de Yahvé» para el reino del Norte, muchos lo esperaban

ansiosamente como un desquite y revancha contra sus enemigos. Pero Amós les amargó la espera y anuncia que, cuando llegue, serán tinieblas, todo oscuridad, sin resplandor alguno (cf. Am 5,18-20).

Sofonías es más trágico aún, y extiende el juicio al orbe entero. Será un juicio cósmico: el día terrible de la ira de Yahvé.

Como los grandes profetas, denuncia las transgresiones contra Dios y contra el prójimo, que crean situaciones insostenibles y provocan inevitablemente el castigo de Dios. Pero no se complace en condenar; como buen discípulo de Isaías, considera la destrucción como paso a la salvación. Del árbol talado saldrá una semilla santa (cf. Is 6,13).

De la ciudad rebelde, manchada y opresora, Jerusalén, saldrá un resto que se acogerá al Señor (cf. Sof 3,13). Por eso, a pesar de sus terribles denuncias, la lectura de Sofonías no sobrecoge el ánimo, más bien es estímulo para la acción, agente eficaz de conversión y de cambio, hoy como ayer.

El mensaje profético de Sofonías se articula en tres partes inseparables, que se complementan entre sí. La primera es el tema bíblico del «día de Yahvé». La segunda, se vuelve contra las naciones y en particular, contra Jerusalén. Y la tercera, se abre a la esperanza por las promesas divinas del Dios, siempre fiel que busca la conversión de su pueblo, no la destrucción.

Comienza el profeta con el anuncio de un juicio condenatorio universal que afecta especialmente a Judá, y presenta como inminente la rápida y sorpresiva venida del «día del Señor» caracterizado con el título del «día de cólera». Quince veces se repite la palabra «día». Y, como causa de la catástrofe purificadora, denuncia, ante todo, el culto de los dioses extranjeros, las injusticias, violencias y fraudes de los altos dignatarios de la corte, el interés obsesivo de los mercaderes por el comercio, la autosuficiencia de los incrédulos, que niegan o marginan la acción de Dios.

El profeta termina exhortando a la justicia y la conversión como única forma de escapar del castigo:

> «¡Voy a aventarlo todo sobre la faz de la tierra!
> —oráculo de Yahvé—.
> Aventaré hombre y bestias,

aventaré aves del cielo y peces del mar,
haré tropezar a los impíos;
extirparé a los hombres de la faz de la tierra
—oráculo de Yahvé—
Extenderé mi mano contra Judá,
contra todos los habitantes de Jerusalén,
y extirparé de este lugar lo que queda de Baal,
el nombre de ministros y sacerdotes,
los que se postran en los terrados
ante el ejército del cielo,
los que se postran ante Yahvé
y juran por Milcón,
los que no siguen a Yahvé,
los que no buscan a Yahvé ni le consultan» (1,2-6).

«¡Se acerca el gran día de Yahvé,
se acerca, viene a toda prisa!
¡Amargo el vocerío del día de Yahvé,
entonces gritará hasta el soldado!
Aquel día será día de ira, día de angustia y aprieto,
día de devastación y desolación,
día de tinieblas y oscuridad, día de nubes y densa niebla,
día de trompetas y griterío,
contra las ciudades fortificadas, contra los altos baluartes.
Pondré a los hombres en aprieto,
y ellos andarán como ciegos,
(porque pecaron contra Yahvé);
su sangre se derramará como polvo,
su carne como excrementos.
Ni su plata ni su oro podrán salvarlos
el Día de la ira de Yahvé,
cuando el fuego de su celo devore la tierra entera;
pues acabará de forma terrorífica
con todos los habitantes de la tierra» (1,14-18).

No se trata del fin del mundo, como podría parecer por algunas expresiones. Porque la condenación apunta al arrepentimiento. La amenaza es para escarmiento, poniendo ante los ojos, como otro diluvio purificador y medicinal. Todavía se está a tiempo de cambiar.

«Reuníos, congregaos, gente sin vergüenza,
antes que seáis aventados como el tamo que en un día pasa,
antes que caiga sobre vosotros el ardor de la ira de Yahvé,
(antes que caiga sobre vosotros el Día de la ira de Yahvé).

Buscad a Yahvé, vosotros, humildes de la tierra
que cumplís sus mandatos,
buscad la justicia, buscad la humildad;
quizá encontréis cobijo
el Día de la ira de Yahvé» (2,1-3).

La segunda parte, reúne una serie de amenazas contra las naciones extranjeras, pero también contra la ciudad de Jerusalén. El castigo de Filistea, Moab-Amón, Etiopía y Asiria debía servir de escarmiento a Judá para convertirse, pero el pueblo, especialmente las autoridades civiles y religiosas, no aprenden la lección de la historia. Jerusalén está contaminada con los mismos vicios e iniquidades.

«¡Ay de la rebelde, la impura, la ciudad opresora!» (3,1).

«He exterminado a las naciones, sus almenas han sido derruidas,
sin nadie que transite;
han sido arrasadas sus ciudades, no quedan hombres ni habitantes.
Pensé "ella al menos me temerá
sabrá aceptar la corrección;
no podrá apartar de sus ojos todo lo que la he castigado".
Pero al punto han corrompido todas sus acciones.
Por eso esperad —oráculo de Yahvé—
el día en que me levante para acusar,
porque voy a reunir a las naciones,
voy a congregar a los reinos,
para derramar sobre vosotros mi furor,
todo el ardor de mi cólera.
(Porque el fuego de mi celo devora la tierra entera)» (3,6-8).

La tercera parte del mensaje es la clave para comprender a Sofonías. Se ha cumplido el juicio de Dios y se abre el horizonte mesiánico de la salvación y de una salvación tan universal como se anunció el castigo, y de la que Judá es la principal beneficiaria.

Los idólatras, injustos y soberbios, dan paso a un pueblo pobre y humilde, los «anawim», ya purificado. El rey de Israel será el Señor, no ya los tiranos. Y los desterrados y dispersos vuelven al país, reunidos por Dios.

La visión panorámica es esperanzadora, llena de optimismo, como quien definitivamente anuncia una edad de oro, utópica, escatológica.

«Entonces purificaré el labio de los pueblos
para que invoquen todos el nombre de Yahvé
y le sirvan bajo un mismo yugo.
Desde allende los ríos de Etiopía,
mis suplicantes, mi Dispersión, vendrán a mí con ofrendas.
Aquel día no tendrás que avergonzarte
de los delitos cometidos contra mí;
entonces arrancaré de tu seno a tus alegres fanfarrones,
y no volverás a engreírte en mi santo monte.
Dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre,
Se cobijará al amparo de Yahvé, el Resto de Israel.
Ya no cometerán injusticias ni dirán mentiras,
ya no ocultará su boca una lengua embustera.
Se apacentarán y repostarán, sin que nadie los turbe.
¡Grita alborozada, Sión, lanza clamores, Israel,
celébralo alegre de todo corazón, ciudad de Jerusalén!
Que Yahvé ha anulado su sentencia, ha alejado a tu enemigo.
¡Yahvé, Rey de Israel, está en medio de ti,
y ya no temerás mal alguno!
Aquel día se dirá a Jerusalén: ¡No tengas miedo, Sión,
no desfallezcan tus manos!, Yahvé, tu Dios, está en medio de ti,
¡un poderoso Salvador!
Exulta de gozo por ti, te renueva con su amor;
danza por ti con danzas de júbilo, como en los días de fiesta.
Apartaré de tu lado la desgracia, el oprobio que pesa sobre ti.
Voy a condenar al exterminio a todos los opresores;
salvaré a la coja, reuniré a la descarriada,
les daré fama y renombre en la tierra donde fueron humillados.
En aquel tiempo os traeré, en aquel tiempo os congregaré.
Entonces os daré renombre y fama entre todos los pueblos de la tierra
cuando cambie vuestra suerte ante vuestros propios ojos,
dice Yahvé» (3,9-20).

Los tres momentos del mensaje tienen cada uno su cara y su cruz inseparables.

A los oráculos de juicio y condena, sigue siempre un oráculo de restauración. El Señor castiga a las naciones opresoras ofreciendo a su pueblo escarmiento en cabeza ajena. Pero no hay privilegio para el contumaz que abusa.

La importancia que adquiere en Sofonías el tema del «Día» le ha hecho famoso y llega a la liturgia en el «Dies irae». El «Día» es un dato temporal. Se acerca. Todavía estamos a tiempo para convertirnos. Si no lo hacemos ahora, será demasiado tarde cuando llegue el día.

Sinaxarios bizantinos conmemoran a Sofonías en este día, tres de septiembre, y le representan con una pequeña barba redonda, como a Juan el Teólogo, el Evangelista. El martirologio copto, el cuatro de julio. El romano actual, lo coloca después de San Francisco Javier, con este elogio, síntesis epigráfica:

> «Conmemoración de San Sofonías, el profeta que anunció, en tiempo de Josías, rey de Judá, la ruina de los impíos en el día de la ira del Señor, y confortó a su pueblo de pobres y humildes, con la esperanza de la salvación».

También hoy sigue confortando al pueblo de Dios en la Iglesia peregrina. Por algo el domingo IV del Tiempo Ordinario, ciclo A, escoge la primera lectura en Sofonías, preparando la proclamación de las bienaventuranzas en el evangelio, a un «pueblo pobre y humilde».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. A., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1104-1127.

MAYORAL LÓPEZ, J. A., «Sofonías», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 185-205.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1091; 1383-1386.

SPADAFORA, F., «Sofonías», en *Bibliotheca sanctorum.* XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1280-1282.

BEATO JUAN NEPOMUCENO DE TSCHIDERER

Obispo († 1860)

El obispo, como enseña el Vaticano II (LG 27), tiene que tener siempre presente el ejemplo del buen Pastor, que vino no para ser servido sino para servir y exponer la vida por sus ovejas (Mc 10,45; Jn 10,11). Palabras de Jesús, el buen Pastor, que tuvieron un eco especial, según el breve de beatificación del santo obispo que hoy nació para el cielo, escrito por Juan Pablo II. Humanamente es extraño que un hijo de nobles, nacido al final del siglo de las luces, obispo en una diócesis de frontera, entre el viejo imperio austro-húngaro, los reinos del sur de Alemania y el norte de Italia, fuera tan fiel a estas palabras y a este modelo del buen Pastor. La firme vocación sacerdotal de

servicio, de entrega, de amor a la Iglesia, lograron superar en el Beato Juan Nepomuceno los condicionamientos de clase y el modelo de la alta sociedad en que nació y creció; se abrazó con pasión a la humildad enseñada por Cristo, la cual impregnó toda su actividad y sus actitudes ante Dios y los hombres.

Hijo de los nobles José María de Tschiderer von Gleifheim y de Catalina Giovanelli, nació el 15 de abril de 1777 en Bolzano, entonces diócesis de Trento, y en el bautismo recibió el nombre de Juan Nepomuceno.

Cursó sus primeros estudios en la escuela de los franciscanos de Bolzano. Luego pasó a Innsbruck para perfeccionar sus estudios clásicos. En el adolescente Juan ya despuntaban su piedad y sus virtudes morales. Cuando oyó la llamada de Dios al sacerdocio, lo dejó todo para iniciar sus estudios de teología. En 1800 recibió la ordenación sacerdotal, en plena revolución político-social europea, que desde Francia se había extendido a los Estados vecinos con la secuela de las guerras napoleónicas.

Ejerció primeramente su ministerio sacerdotal en pequeños pueblos del Alto Adigio, de su diócesis natal. Ya entonces dio un gran ejemplo de solicitud para con los pobres, de empeño en su perfección espiritual y de su afán de gastarse y desgastarse por los demás. Pasó luego algunos meses en Roma para completar sus estudios. En 1807, por designación de sus superiores, empezó a enseñar teología moral y pastoral en el Seminario de Trento. La ciudad estaba entonces ocupada por los bávaros; luego fue dominio de los austríacos.

Sólo dos años fue profesor en el seminario tridentino. Volvió luego al ministerio pastoral, primero como párroco de Sarentino y luego como párroco-decano de Merano. En ambas parroquias, se granjeó la estima y el afecto de los feligreses.

En 1826 fue nombrado canónigo de la catedral de Trento y, poco después, pro-vicario general para la zona alemana de aquella vasta diócesis. Le confiaron igualmente varios encargos en orden a la formación del clero.

El obispo de Bressanone lo eligió, por sus virtudes pastorales, obispo auxiliar para la provincia de Voralberg. En Feldkirch, capital de esta provincia, fue ordenado obispo en 1832. En nada cambió su estilo humilde de vida y se entregó de lleno a su apostolado.

Al cabo de dos años, fue nombrado obispo de Trento, con el título de príncipe-obispo, título que el emperador Francisco I de Austria había restituido a su predecesor, Mons. Luschin. El 3 de mayo de 1835 hizo su entrada solemne en su diócesis nativa.

> «Su santidad de vida —escribió Juan Pablo II en la bula de beatificación—, su bondad, simplicidad, gran humildad, pobreza y su solicitud paternal por la grey de Dios resplandecieron dando un maravilloso relieve a su oficio de enseñar, santificar y gobernar. Promovió el culto eucarístico y el culto mariano. Fue en todo obediente a la Sede de Pedro. Desplegó su actividad caritativa para con los pobres y miserables, fundó colegios para los adolescentes y un instituto para sordomudos. Mostró viva solicitud para la instrucción y la formación espiritual de los sacerdotes [...] Se comportó con decisión y fortaleza en medio de las dificultades de orden político y social. Favoreció el entendimiento entre las diversas estirpes de la región. Sustentó su acción pastoral en la oración y en el propio compromiso y, hasta el fin de su vida, imitó a Cristo y cultivó todas las virtudes».

Todos sus diocesanos admiraron en el Beato Juan Nepomuceno un padre entrañable y un pastor siempre vigilante en la salvaguarda de la doctrina católica y en la adhesión a la sede apostólica, adhesión que entorpecía la política del josefinismo. En las grandes conferencias de los obispos alemanes de los años 1849 y 1856 defendió los derechos de la sede romana.

Durante las epidemias de la viruela y del cólera en los años 1831, 1836 y 1855, emuló el celo y la caridad heroica de San Carlos Borromeo en la célebre peste de Milán. Durante las guerras que asolaron la diócesis en 1848 y 1854, socorrió a los heridos, prisioneros y exiliados de ambos frentes. Para los numerosos huérfanos y desheredados que malvivían en su diócesis, favoreció la obra de su gran colaborador Don Gianbattista Zanella, que dio nombre a la primera escuela maternal de Trento. Como subrayó Juan Pablo II, según hemos leído más arriba, fundó para instrucción de los adolescentes Institutos en Trento y Rovereto; y un colegio para sordomudos, que aún subsiste. Llamó a las religiosas del Sagrado Corazón de Bérgamo para abrir un Instituto femenino.

Se mantuvo al lado del sacerdote Antonio Rosmini en su conflicto con Roma, apreciando los valores y las intuiciones del

célebre pensador, hoy siervo de Dios. San Francisco de Sales fue su modelo de pastor y de obispo.

Los últimos años de su vida tuvo que soportar terribles dolores por la enfermedad que le llevaría a la muerte. A pesar de su quebrantada salud, nunca dejó de cumplir su oficio de padre y pastor. Se mantuvo siempre en una ejemplarísima humildad: «Si en mí hay algo de justo y bueno, quiero que esté escondido para el mundo, que sólo sea conocido de Dios».

Acatando la voluntad del Padre, confió el último aliento a sus manos, el 3 de diciembre de 1860. Murió en gran fama de santidad que continuó y creció en torno a su sepulcro en la catedral de Trento.

Su causa de canonización fue iniciada en la curia episcopal de Trento el 1873. El 18 de junio de 1943 la Congregación de Ritos estudió en congregación general la heroicidad de sus virtudes; pero el decreto papal declarándolo venerable no llegó hasta el 4 de julio de 1968. Fue firmado por Pablo VI. La Congregación para las causas de los santos aprobó el milagro, obrado por intercesión del venerable obispo, y Juan Pablo II ratificó tal aprobación el 21 de diciembre de 1992. El 30 de abril de 1995 el mismo papa, en su visita pastoral a Trento para conmemorar el 450 aniversario de su célebre concilio ecuménico, declaró los honores de beato al celoso pastor de aquella ciudad y diócesis, Juan Nepomuceno Tshiderer.

Trento se sintió orgullosa de ver a su tercer obispo elevado al honor de los altares. Los dos primeros son los mártires San Vigilio, amigo de San Ambrosio y de San Juan Crisóstomo, que murió mártir a fines del siglo V, y San Adelpreto. Éste murió mártir en 1172 al promover una obra de pacificación en favor de los más débiles.

En su homilía de la misa de beatificación en Trento, Juan Pablo II predicó:

> «El obispo Juan Nepomuceno recibió de Dios, abundantemente, el don del amor. Cada acto de su vida estuvo animado de una profunda e intensa relación con el Señor, cultivada cotidianamente en el recogimiento y en la oración. Gracias a esto, supo vivir distanciado de toda forma de compromiso con los placeres y los honores de la tierra. Los diversos ministerios que le fueron confiados, con gran peso de responsabilidad, fueron desempeñados por

él con el coraje que procede de la humildad. Convencido plenamente de su incapacidad, no vaciló en echar las redes confiando, como Pedro, sólo en la palabra de Cristo».

Recordó también el papa la bella frase que fue escrita en el acta de su defunción: «Amó a Trento y fue el amor de los trentinos».

El papa recordó también la respuesta de Pedro al Resucitado, que se había leído en el evangelio de la misa de aquel III domingo de Pascua (Jn 21,1-19): «Señor, tú sabes que te amo». Es ciertamente el resumen de la vida, gastada en el amor, del Beato Juan Nepomuceno: amor sincero, único y entregado a Dios y a su Hijo, el buen Pastor, que, porque le amaba, confió al bienaventurado obispo el pastoreo de los fieles de Trento en 1835: «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas». El obispo Tschiderer los apacentó por amor y con amor.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 61 (1969) 279-284; 88 (1996) 147-152; 739-741.
Bibliotheca sanctorum. XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.693-694.
L'Osservatore Romano (29-4-1995).
TAIT, A., *Vita del venerabile servo di Dio Giovanni Nepomuceno de Tschiderer: principe vescovo di Trento: ricavata dai processi di beatificazione e da autentici documenti* (Trento 1907).
GRISAR, G., *De historia Ecclesiae catholicae austriacae, saec. XIX et de vita Ep. Tridendin, Ven. S. D. Jo. Nep. de Tshiderer quaestiones selectae* (Roma 1936).
— *Num Ven. Jo. Nep. de Tshiderer Iosephinismo austriaco nimis indulserit* (Roma 1940).
SEZIONE STORICA DELLA S. C. DEI RITI, *Disquisitio de investigationibus peractis in Archivis Tridentinis et in S. C. Concilii* (Roma 1943).
LOEW, G., Art. en *Enciclopedia Cattolica,* XII (Ciudad del Vaticano 1954) cols.588-589.
PRONER, L., *Medaglioni di illustri trentini* (Trento 1959) 279-284.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CASIANO
Mártir († 298)

Parece segura la existencia de un mártir en Tánger llamado Casiano. Lo recuerda Prudencio en su *Peristephanon* y recoge ya su memoria el *Martirologio jeronimiano.* Cosa distinta es la fe que

pueda merecer su *Passio* que se divulgó como apéndice a la de San Marcelo, digna ésta de toda fe. Según el texto de esta *Passio* de San Casiano, él era el secretario del prefecto del pretorio Aurelio Agricolano, y se indignó de la injusta condena a muerte de San Marcelo y protestó vivamente contra ella, arrojando el estilo y la tablilla en que escribía. Arrestado y juzgado como autor de una grave indisciplina fue condenado a muerte. Su memoria es el 3 de diciembre.

SAN BIRINO DE DORCHESTER

Obispo († 649/650)

El papa Honorio I († 38) envió a Birino, un monje benedictino de Roma, probablemente lombardo, para que entrando en los territorios de los anglos predicara entre ellos el evangelio. El obispo Asterio de Génova lo consagró obispo y él comenzó su labor evangelizando a los sajones occidentales de Wessex, logrando convertir al rey Cynegils, que fue apadrinado en el bautismo por el rey San Oswaldo de Northumbria. Y entonces se le dio la ciudad de Dorchester para que fijara en ella la sede episcopal. Desde ella siguió haciendo su labor misionera, convirtió a muchos a la fe y construyó numerosas iglesias, muriendo santamente el año 649 ó 650. Sus reliquias fueron trasladadas a Winchester y hoy se celebra su deposición en este lugar.

BEATO EDUARDO COLEMAN

Mártir († 1678)

Nace en fecha desconocida en el condado de Suffolk, hijo de un pastor protestante, y estudia en la Peterhouse, de Cambridge, donde hace una espléndida carrera. Convertido al catolicismo se coloca como secretario de la duquesa de York, María Beatriz de Este, la esposa del príncipe Jacobo, futuro rey y entonces presunto sucesor de su hermano Carlos II, que carecía de hijos. Él no ocultaba su catolicismo ni dejaba de decir que era pretensión suya procurar la libertad religiosa en Inglaterra de modo que ser católico dejara de ser delito de alta traición. Y

esta valiente actitud suya fue la que llevó a Titus Oates a incluirlo en la lista de los supuestos participantes en la inventada *conspiración papista.*

Estando él ausente fue registrada su casa y se le encontraron cartas con católicos, por ejemplo el P. La Chaise, confesor del rey Luis XIV, pero en esas cartas no había nada que pudiese indicar traición o conjura. Limpio en su conciencia, Coleman decidió presentarse espontáneamente al juez (30 de septiembre de 1678). Pero ello no impidió se le formalizase en noviembre un verdadero proceso. Él reconoció que deseaba ciertamente la libertad religiosa y que había recibido dinero del extranjero pero que ese dinero no tenía nada que ver con la supuesta conjura. Más aun, pudo probar que estaba fuera de Londres en la fecha en que se decía había tenido lugar la reunión de los conjurados. El juez, William Scroggs, estimó que el querer cambiar las leyes religiosas y tratar de ello con potencias extranjeras aunque fuera por medios pacíficos ya era traición, y que de todos modos no podía saberse si los conjurados hubieran recurrido a medios violentos al no conseguir sus objetivos por vía pacífica. Condenado a muerte se le ofreció la vida y la libertad si admitía la conjura y delataba a los conjurados. Coleman se negó a salvar la vida al precio de una mentira.

Él fue consciente de que lo odiado por Titus Oates y por quienes hicieron caso de sus acusaciones era la fe católica, y que se quería tomar ocasión de la denuncia de la conjura para acabar con el catolicismo. Por ello la Iglesia lo ha declarado verdadero mártir y lo ha beatificado el 15 de diciembre de 1929. Su ejecución tuvo lugar el 3 de diciembre de 1678. Era un buen lingüista, escritor y controversialista. Su controversia con los doctores Stillingfleet y Burnet consiguió la conversión de lady Tyrwhit. Escribió *Razones para disolver el Parlamento; Dos cartas a M. La Chaise, el confesor del Rey de Francia».*

4 de diciembre

A) Martirologio

1. San Juan Damasceno († 749), presbítero y doctor de la Iglesia, monje en la Laura de San Sabas, junto a Jerusalén **.
2. La conmemoración de Santa Bárbara, de la que se cuenta haber sido virgen y mártir en Nicomedia (fecha desconocida) **.
3. En Alejandría de Egipto, San Héracla († 248), obispo *.
4. En Sebastópolis del Ponto, San Melecio († s. IV), obispo.
5. En Bolonia (Emilia), San Félix († 432), obispo.
6. En Vienne (Galia Lugdunense), San Apro († s. VII), presbítero y solitario.
7. En territorio de Bourges (Aquitania), San Sigirammo († 665), abad benedictino de Lonrey.
8. En Le Mans (Neustria), Santa Adreílda o Ada († ca. 692), abadesa del monasterio de Santa María.
9. En el monasterio de Ellwangen (Baviera), San Sola o Sualo († 794), abad benedictino.
10. En Polipote (Frigia), San Juan el Taumaturgo († s. IX), obispo, defensor de las sagradas imágenes *.
11. En el monasterio de Siegburg (Renania), San Annón († 1075), obispo de Colonia **.
12. En Salisbury (Inglaterra), San Osmundo († 1099), obispo **.
13. En Parma (Emilia), San Bernardo († 1133), obispo y cardenal, anteriormente monje benedictino de Valleumbrosa *.
14. En Siena (Toscana), Beato Pedro Pectinario († 1289), terciario franciscano *.
15. En Edo (Japón), beatos Francisco Gálvez, presbítero, de la Orden de Menores, Jerónimo de Ángelis, presbítero, y Simón Yempo († 1623), religiosos ambos de la Compañía de Jesús *.
16. En Colonia (Alemania), Beato Adolfo Kolping († 1865), presbítero **.
17. En Verona (Italia), San Juan Calabria († 1954), presbítero, fundador de las Congregaciones de los Siervos y las Siervas de la Divina Providencia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DAMASCENO
Presbítero y Doctor de la Iglesia († 749)

Por la brillantez de su doctrina y la elegancia abundosa de su elocuencia, la tradición apellidaba a San Juan Damasceno «Crisorroas» *(Chrysorrhoas),* «que fluye oro». Nosotros le religamos a su ciudad de origen al llamarle Damasceno. De hecho «Crisorroas» y «Damasceno» se emparejan. Pues el apodo antiguo surge espontáneo del ejemplo del río Barada, llamado por Estrabón «Crisorroas», porque ha creado el milagro de la ciudad de Damasco. Antes el Barada ha retenido su fluir —agua alimentada por las nieves del Antilíbano y por las lluvias—, apretándolo en estrecho cauce, ahondándolo en profunda garganta. Luego se derrama de golpe, pleno, en la llanura, y surge, como por encanto, en medio de un desierto desolador, una maravilla de floración: canales, surtidores, huertos, frutales, árboles incesantes, jardines, los famosos jardines. Damasco es su única ciudad; pero una ciudad única. El Barada se agota en ella. Al salir, cansado y sucio, sólo a veinticinco kilómetros sus aguas se sumen en la tumba sedienta del desierto.

Lo mismo el Damasceno, el Crisorroas. San Juan es el último Padre de la Iglesia de Oriente. Un río abundante alimentado por dos fuentes: la tradición eclesiástica —las nieves perpetuas que reposan en las cumbres altísimas de los doctores griegos— y la Sagrada Escritura o el fruto del Espíritu Santo, el agua que el cielo llueve. Sabe Juan, porque Dios le ha dado a conocer el misterio cristiano, que esta agua es su única fuerza. Por eso la retiene y la concentra dentro de la más fiel obediencia; le consagra su vida en servicio pleno y perenne. El día que recibe la ordenación sacerdotal, siendo ya monje de la Laura de San Sabas, rubrica su «profesión y declaración de fe», en la que pronuncia, entre otras, las siguientes palabras: «Me llamaste ahora, oh Señor, por las manos de tu pontífice, para ser ministro de tus discípulos». Y luego: «Me has apacentado, oh Cristo Dios mío, por las manos de tus pastores, en un lugar de verdor, y me has saturado con las aguas de la doctrina verdadera». Traslada así al recinto fecundo de San Sabas el símbolo de su ciudad natal. En

San Sabas, con una vida repleta de silencio, de oración y de estudio, va apretando su agua en el cauce de la regla de la fe, libre de desviaciones humanas; la ahonda en la garganta de una humildad de serias profundidades. El milagro final es la explosión de su vida y de su obra; una floración feliz, polifacética, síntesis de toda la escuela de los Padres griegos, sumergida en el aire aromático, vivificante de la santidad. Luego, por diversas causas, la floración y el agua que encerraban dinamismo en promesa para influir en toda la historia subsiguiente, se han estancado a corta distancia en el desierto de un desconocimiento extraño, injustificado. Queda sólo el monumento perenne de la explosión, como Damasco, para solaz, ejemplo y servicio del viandante, de este viajero que es todo cristiano en camino hacia la patria.

Vengamos al detalle. Iniciamos de nuevo con Damasco. Un jardín es siempre un sueño para todo el que habita en tierras áridas. Por eso a Damasco convergen esas oleadas nómadas que a principios del siglo VII fluyen del desierto arábico bajo la bandera de la media luna. Se rinde la ciudad al musulmán el año 634. Poco después (661) se convierte en la sede de los califas. Aquí, en este ambiente embriagado de islamismo, nace sólo unos quince años más tarde, alrededor del 675, Juan Damasceno. Sin embargo, su cuna familiar es un oasis de honda raigambre cristiana. A los principios los árabes dejaban cierta libertad a los cristianos: se contentaban sólo con recibir de ellos la aportación de los impuestos. El padre de Juan, Sergio Mansur, ejerce precisamente el cargo de logozeta, es decir, el representante de los cristianos encargado de recoger sus impuestos por cuenta del califa. En su ambiente familiar, noble y rico, Juan recibe una educación esmerada. En su «profesión y declaración de fe» recuerda él más tarde su cuna terrena, a la que contrapone su nacimiento a la vida sobrenatural por el santo bautismo, su participación en los diversas misterios cristianos, su crecimiento en la fe de Jesucristo. Parece que su maestro religioso fue el monje italiano Cosme, cautivo de los árabes, a quien Sergio redimió en su casa para asegurar la formación espiritual de su hijo. Así Juan se va haciendo el «hombre perfecto en Cristo». Su discreción y prudencia le hacen digno de suceder, ya en temprana juventud,

a su padre en el cargo de logozeta; pues según las actas del VII concilio ecuménico (787), Juan había abandonado sus bienes «al ejemplo del evangelista Mateo»: San Mateo era justamente «publicano», o colector de tributos, antes de ser apóstol.

Efectivamente, muy pronto Juan Mansur renuncia a sus posesiones y a su brillante porvenir humano, para seguir de cerca a Jesucristo. No se hace sin sangre la renuncia. Dicen las actas del VII concilio que «prefirió el oprobio de Jesucristo a las riquezas de la Arabia, y una vida de malos tratos a las delicias del pecado». Sin duda, la crisis sacude su ardiente juventud. Por ahora, hacia el 710, los califas empiezan a ensañarse con los cristianos. Omar II (717-720) les veda incluso el derecho de ejercer toda función civil. Abundan los mártires. Juan Mansur se encara con la alternativa: o Cristo, o el cargo brillante en la corte árabe. Pero el buen soldado de Cristo no claudica: abandona al mundo y se retira a la Laura de San Sabas, un poblado monástico situado en las cercanías de Jerusalén.

San Sabas es ya en adelante su domicilio habitual. Sale, a veces, por fuerza de apostolado, pero allá regresa siempre como al lugar «verde» de su reposo, donde madura su fecundidad. Aquí la oración y el estudio. La cultura literaria y filosófica que ya poseía, conforme a su rango en el mundo, le permiten iniciarse rápidamente en los misterios de la teología, hasta llegar a ser un maestro acabado. Pronto recibe la ordenación sacerdotal de manos del patriarca de Jerusalén, Juan IV (706-734), de quien él se declara discípulo y amigo íntimo.

Con el sello del sacerdocio la fuerza incontenible de su ministerio y de su santidad se expande luego por los márgenes de Oriente. Juan IV le hace —¡al Crisorroas!— su predicador oficial en la basílica del Santo Sepulcro. Conserva siempre relaciones muy estrechas con el clero de Damasco. En general, todos los obispos, particularmente los de la Iglesia siria, acuden a él como al indiscutible doctor, como al defensor incansable de la fe en toda clase de problemas doctrinales, porque a todos abarca con tino certero la privilegiada mente del Damasceno, plena de luz del Espíritu.

Su celo no conoce obstáculos. De su larga tarea espigamos algunos datos más salientes. Lo primero es la herejía iconoclas-

ta. El año 726 el emperador de Bizancio, León III Isáurico, proclama en una bula la prohibición como idolatría, de rendir culto a las imágenes, y consiguientemente su destrucción. Se levanta la Iglesia de Oriente contra la usurpación de sus derechos: el doctor de San Sabas despunta con su pluma luminosa, que ha dejado para siempre su nombre ligado a esta cuestión. Toma, primero, parte en la sentencia de excomunión dictada con los obispos de Oriente contra León Isáurico, el año 730. Pero sobre todo abunda en los tres discursos apologéticos que escribe en nombre del patriarca de Jerusalén. Resume en ellos toda una teología definitiva y perenne de las imágenes. Es legítimo, propugna, su culto, según el uso secular de la Iglesia, que no se puede engañar. Esta es su regla siempre. Distingue luego entre el culto de latría, adoración, que se debe sólo a Dios, y el culto de veneración, que se rinde a la imagen, no por sí misma, sino por lo que representa, y además sólo en la medida de su relación con Dios, lo cual elimina el peligro de desviación idolátrica o supersticiosa, ya que el culto converge siempre en Dios. Ejercen además las imágenes una sana pedagogía, como un libro abierto, legible por todos, que recuerda la lección del ejemplo, de los beneficios divinos y fomenta la piedad.

Luego son todas las herejías conocidas en su tiempo, sobre todo aquellas que atañen a la cristología y a la Trinidad. Casi siempre por obediencia, ante la demanda de los obispos, combate el Damasceno las herejías: nestoriana, monofisita, monoteleta. Y no superficialmente, sino con tratados serios, concienzudos. Abarca también su ardiente polémica las sectas no cristianas, como el maniqueísmo (resurgido entonces con el nombre de paulicianismo) y el islamismo, a pesar del enorme riesgo que supone encararse con los dueños políticos de la situación.

Junto a esto, todos sus escritos de orden puramente dogmático. Hablaremos luego. Como vemos, una vida repleta. Al cabo, tras una «ancianidad dichosa y fecunda», al decir de los sinaxarios griegos, entrega su alma a Dios en San Sabas, el año 749.

Dios le ahorraba en vida los latigazos de la persecución, sobre todo de la lucha iconoclasta, que se enfurecería más tarde.

Hay, sin embargo, una tradición elocuente. Según ella, León Isáurico, en venganza, le comprometía ante el califa de Damasco, el cual ordenaba cercenarle la mano derecha; pero la Virgen María se la restituía milagrosamente aquella misma noche. Aunque hoy se duda de esta leyenda, retiene ella, sin embargo, todo su valor de símbolo. Símbolo del martirio incesante de una pluma que derrama en el papel el celo de un corazón dolorido por la «solicitud de la Iglesia»: por su santidad borrada en las imágenes, por su unidad minada por las herejías, por sus derechos usurpados por el poder civil. El amor a la Iglesia fue siempre su norte, el afán que le empujó a gastar toda la luz de su mente y el amor de su corazón en su incansable tarea apologética y doctrinal.

Como buena señal, los herejes, después de su muerte, se cebaban en su fama. El emperador Constantino V Coprónimo (741-775) cambió su apellido de Mansur (victorioso) en Manser (bastardo), y obligaba a su clero a anatematizarle una vez al año. El conciliábulo iconoclasta de Hieria (753) decía de él y de San Germán y San Jorge de Chipre: «La Trinidad los ha hecho desaparecer a los tres». Pero pronto Dios volvía por la fama de su campeón. El VII concilio ecuménico, que canoniza el culto a las imágenes, le grita «memoria eterna», y rectifica la frase: «La Trinidad los ha glorificado a los tres». Muy poco después de su muerte la Iglesia rendía culto a su santidad, y su nombre se insertaba en los sinaxarios griegos.

Y con toda verdad. San Juan Damasceno, pertenece a la raza de los grandes santos que han ilustrado a la Iglesia a la vez con su ciencia y con su virtud. Hablábamos de su amor a la Iglesia. De su amor a Dios, en los misterios de la Trinidad y de la Encarnación, nunca diríamos bastante. Se advierte a todo lo largo de su obra dogmática, apologética, homilética, como una incesante corriente subterránea. Es el que le hace exaltar con predilección la bondad entre todos los atributos de Dios. La devoción a los santos está escrita en la defensa de las imágenes. De su amor tiernísimo a la Madre de Dios decía algo el milagro de la leyenda. Tenemos, además, señales elocuentes y auténticas: la homilía sobre la Natividad de María, y aquellas tres, cargadas de unción y cariño, que pronunciaba en un solo día, «ya

en el invierno de su vida», sobre la Dormición de Nuestra Señora, allí mismo en Getsemaní, donde estaba la tumba vacía de la Virgen. Son, además, testimonios preciosos de la fe que ya en el siglo VIII profesaba la Iglesia en el dogma de la Asunción de María. Esta es la verdadera santidad del Damasceno. Afortunadamente, su vida no ha sido teñida con la adulteración sensiblera de lo sorprendente. Su santidad es sobria, a la vez que irresistible, lo mismo que la luz del Espíritu que le domina; está adherida a las riberas de la fe; cimentada en la humildad, en esa humildad de hondo cauce por la que, a pesar de su sabiduría, habla con sinceridad bajamente de sí mismo en muchos recodos de sus escritos, llegando incluso a juzgarse como un hombre ignorante; orientada al trabajo y al sacrificio en el celo por la salvación de las almas y por el esplendor de la Iglesia.

Los griegos solían celebrar su fiesta el 4 de diciembre. También el 6 de mayo, conmemoración del traslado de su cuerpo, allá por el siglo XIII, desde San Sabas hasta Constantinopla, donde hoy se venera. El 19 de agosto de 1890 el papa León XIII le proclamaba Doctor de la Iglesia, y extendía su fiesta a la Iglesia universal, fijándola el 27 de marzo. Imposible condensar toda esa carga de doctrina que le ha merecido el título de «Doctor». Decíamos de su apologética y homilética. Ya sus homilías no se quedan en elegante superficie. Fluye oro. Son ellas, sin duda, su obra más personal. Llevan una enjundia doctrinal que las hace netamente reconocibles, con esa rara virtud de ser abundante y conciso a la vez. Luego, sus escritos polifacéticos. En exégesis, un comentario completo a las cartas de San Pablo, resumido de los grandes exegetas griegos. En ascética, un estudio sobre las virtudes y los vicios y otro sobre los pecados capitales; asimismo la obra *Paralelos sagrados,* que es una colección de textos de la Escritura y de los Padres, con ingeniosos esquemas, para encontrarlos con facilidad. Sus efluvios descuellan hasta en la poesía. Casi todo el *Octoejos,* es decir, los ocho cantos del mismo tono correspondientes al oficio ordinario de los domingos en la liturgia bizantina, se debían a su estro. Compuso, además, poesías métricas para Navidad, Epifanía, Pentecostés; poesías rítmicas para otras fiestas, y diversas piezas eucarísticas, entre ellas, tres de preparación para la comunión,

bellísimas. La tradición saboreó mucho sus himnos, que, como dice su biógrafo del siglo X, «todavía se cantan y producen a todos un placer divino». Pero, sin duda, su obra maestra es la que lleva por nombre *La fuente de la ciencia.* Se trata de una exposición del dogma católico siguiendo el símbolo de la fe, y precedida de una doble introducción, filosófica, en la que precisa las nociones que sirven de base al dogma, e histórica, en la que considera la fe a través del prisma de las herejías.

Doctrinalmente, «San Juan Damasceno, es, por excelencia, el teólogo de la Encarnación. Es el misterio que más extensamente le ocupa y del que habla en casi todos sus escritos. Su síntesis es verdaderamente representativa de toda la teología griega anterior» (Jugie). Este es su ingenio característico: el de teólogo que recoge los retazos de la tradición dogmática y los elabora, deduciendo con rigor las conclusiones teológicas. En esto es el pionero, y con mucha antelación, de los teólogos de la escolástica, sobre todo en cristología, con su exposición de los corolarios del dogma de la Encarnación. Igualmente sistematiza los dogmas de la Trinidad, de Dios Uno, de la gracia, los sacramentos, la Iglesia.

Destacamos este último por su importancia histórica. Por entonces el oriente bizantino descuidaba ya un poco su condición de subordinado en la Iglesia católica. Tal olvido, con sus pretensiones, llegaría a producir el cisma que aún lamentamos. San Juan Damasceno no dedicó un capítulo en su obra maestra a este tema tan importante. Tampoco estuvo en relaciones directas con el Papa, porque no le tocó vivir las virulencias de la lucha. Es el teólogo que trabaja en el silencio de su celda. Pero su doctrina es clara y tajante. La Iglesia, afirma con calor, es una sociedad independiente del poder civil; sociedad monárquica, que es, además, la sola manera de asegurar la paz y la unidad, y monarquía no diocesana o parcial, sino universal: descansa en la sede de Pedro —magníficos comentarios de los privilegios del jefe de los apóstoles— y sus sucesores, que deben residir en Roma, donde el apóstol murió en tiempos de Nerón. Los demás obispos y patriarcas son todos discípulos de Pedro, las ovejas que Cristo le encomendó.

Por su síntesis doctrinal se ha dicho que San Juan Damasceno fue para Oriente lo que Santo Tomás de Aquino para Occi-

dente (véase su semblanza el 28 de enero). Sin duda, la influencia del doctor de Damasco fue muy grande en Oriente, pero más bien como libro de texto. Le faltaron sencillamente esos discípulos que tuvo Santo Tomás para formar la escuela y prolongar la tarea y el pensamiento; por eso sus aguas quedaron estancadas pronto, injustificadamente. En momentos críticos de lucha doctrinal entre Oriente y Occidente, las obras del Damasceno fueron siempre la guía de los católicos contra los cismáticos. Y éstos, al fin, han llegado a olvidarle. Lo comprendemos. Sin embargo, en días en los que se siente, tal vez como nunca, la herida de la escisión de las iglesias, terminamos con el padre Régnon, haciendo votos por que «llegue la hora en que para cimentar la unión entre Oriente y Occidente la Iglesia ponga en la cátedra de sus escuelas *La fuente de la ciencia,* de San Juan Damasceno, junto a la *Suma teológica,* de Santo Tomás. Sería, a la vez, hacer justicia al teólogo de San Sabas, al Padre que cierra la serie de las grandes lumbreras de la Iglesia de Oriente».

MANUEL REVUELTA SAÑUDO

Bibliografía

Acta SS. Boll., 27 de marzo, *Vita,* escrita por Juan, patrono de Jerusalén: PG 94,429s.
CAYRÉ, F., *Patrologie et histoire de la théologie,* II (París ²1955) 322s.
ERMONI, W., *Saint Jean Damascène* (París 1904).
JUAN DAMASCENO (SAN), *Obras:* PG vols.94-96.
VAILHÉ, S., Art. en *Échos d'Orient* 2 (1898) 15s.
JUGIE, M., «Jean Damascène», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1947) col.693.
NASRALLAH, J., *Saint Jean de Damas, son époque, sa vie, son œuvre* (Harissa 1950).
• Actualización:
JUAN DAMASCENO (SAN), *Exposición de la fe* (Madrid 2003).
— *Homilías cristológicas y marianas* (Madrid 1996).

SANTA BÁRBARA

Virgen y mártir (fecha desconocida)

El visitante de la catedral de Salamanca es advertido, al llegar a una de las capillas del claustro, con cierta solemnidad: «Nos acercamos a la cuna de la gloriosa Universidad de Salamanca, a la capilla de Santa Bárbara». Y, en efecto, al entrar en la

célebre capilla contempla el sillón en que el futuro doctor había de disertar, y así se hizo durante siglos; el banco desde el que los examinadores le dirigían sus preguntas, el sepulcro del obispo Lucero y, presidiéndolo todo, la imagen de Santa Bárbara, portadora del torreón.

El peligro de los exámenes se asimilaba así a tantos otros peligros que han hecho a gremios enteros poner su riesgo bajo el patronazgo de Santa Bárbara: mineros, artilleros, fabricantes de pólvora, pirotécnicos..., de la misma manera que los jugadores de pelota se acogían al amparo de la gloriosa mártir. Y se siguen acogiendo, pues aún hoy la fiesta de Santa Bárbara es una de las fiestas más universales.

Coincidimos en honrar a la santa orientales y occidentales. Quien vaya al Líbano podrá ver, al atardecer del 3 de diciembre, grupos de jóvenes vestidos con sacos de harina y con la cara tiznada de hollín desfilar por ciudades y aldeas pidiendo de puerta en puerta mientras repiten: «Santa Bárbara, Santa Bárbara», al son de un ensordecedor redoblar de tambores. Lo mismo podríamos decir de otros muchos países del Oriente. En Siria, por ejemplo, este día es la gran fiesta entre los cristianos, que se celebra con gran cantidad de confites. En Jerusalén mismo y en Palestina, la fiesta se celebra muchísimo, aunque con un matiz diferente, el del comienzo de las lluvias, pues allí se celebra el 17 de diciembre según el calendario juliano. Los mismos musulmanes tienen, a su manera, una cierta devoción a la Santa y la mencionan en su refranero agrícola.

En Occidente la extensión de su devoción es inmensa. Toda Europa, durante la Edad Media, se vio sembrada de ermitas y templos en honor de Santa Bárbara. Encontramos su culto establecido tan sólidamente en Bélgica como en Italia, en Francia como Suiza. En Viena es una iglesia de rito ruteno edificada en su honor, la que guarda el cuerpo de San Josafat. En Alemania son innumerables los restos que quedan de su culto medieval.

Por lo que atañe a España, parece que la devoción a Santa Bárbara se introdujo a fines del siglo XII o comienzos del XIII. Un estudio profundo y metódico de los lugares de devoción relaciona con evidencia el culto a Santa Bárbara con la peregrinación a Santiago. La ruta de los peregrinos está sembrada a

ambos lados, a veces a distancia considerable, de imágenes y capillas dedicadas a la santa. Y de esta ruta de peregrinación se fue extendiendo luego su devoción por toda la Península. El marqués de Lede, que ha hecho un estudio sobre la devoción a Santa Bárbara en España, aporta datos impresionantes sobre el fervor que por ella se ha sentido a lo largo de nuestra historia tanto entre la nobleza y en el mismo Palacio Real cuanto entre el pueblo llano. Devoción que se traslucía en las incesantes gestiones para conseguir su cuerpo, por parte de los reyes, o en el increíble número de «gozos» que hoy conservamos, aun a sabiendas de que se han perdido muchísimos más.

El caso es que, después de encontrarnos con una devoción tan arraigada y extensa, nos es necesario reconocer que no sabemos nada de la Santa que pueda resistir una crítica histórica medianamente exigente. Es cierto que hay una gran abundancia de vidas: las tenemos en latín, en griego, en siríaco, en armenio. Encontramos menciones de la Santa en innumerables martirologios no sólo latinos, sino también orientales, como, por ejemplo, el sinaxario bizantino y los calendarios siríacos. Pero los elementos que estas fuentes nos dan son tan claramente legendarios que casi lo mejor es recordar, como hacen los benedictinos de París, el caso del soldado desconocido, a quien se rinden extraordinarios honores sin saber quién era. Así también nosotros honraríamos la virginidad y el martirio en esta Santa universalmente admirada, pero cuya vida desconocemos.

La leyenda, aunque históricamente insostenible, es, sin embargo, muy hermosa. Bárbara era una joven, puede asegurarse que oriental, de extraordinaria belleza, que rehusaba, sin embargo, constantemente el matrimonio. Cristiana de corazón, recibe un día, por fin, el bautismo. Su padre, furioso, la encierra en una torre, en la que ella hace añadir una nueva ventana a las dos existentes, uniendo así los dos misterios fundamentales del cristianismo: la Trinidad y la Cruz. Furioso su padre, la entrega a los jueces. Tras diversos tormentos es decapitada. Y Dióscoro, el tirano, carbonizado por un rayo.

La leyenda tiene innumerables variantes y ha sido objeto de estudios muy cuidadosos para tratar de discernir lo que pueda haber de verdad en ella. El hecho es que, puesta en circulación,

tuvo un éxito inmenso entre los cristianos y ha servido de fundamento para una de las devociones más arraigadas en toda la Europa occidental y aun en las mismas tierras de Rusia.

«Haz, oh Señor!, que por la intercesión de Santa Bárbara obtengamos recibir antes de la muerte el sacramento del cuerpo y sangre de Nuestro Señor Jesucristo». Esta oración, inspirada en la súbita muerte del tirano Dióscoro, de humilde súplica contra las muertes repentinas, ha inspirado la iconografía de la Santa, a la que no es raro encontrar llevando en la mano una custodia con el Santísimo Sacramento. Y ha inspirado también la práctica popular de encomendarse a la Santa en las tempestades y en los combates. Ciertamente que ella no dejará de oír desde el cielo las súplicas de sus devotos, que, aunque faltos de un apoyo críticamente histórico, acuden a ella para pedirle un beneficio cierto: el de que les libre de las muertes repentinas causadas por el fuego natural, el rayo, o ese otro fuego que los hombres arrebataron al cielo, el de la pólvora y los ingenios de guerra.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 119-126.
PASCHINI, P., *Santa Barbara. Note agiografiche* (Roma 1927).
PÉREZ DE GUZMÁN Y SANJUÁN, L., *La devoción a Santa Bárbara en España* (Madrid 1957).
• Actualización:
CORDERAS DESCÁRREGAS, J., *Un estudio sobre Santa Bárbara* (Sevilla 1986).
NEMITZ, R., *Santa Bárbara a través de los tiempos* (Madrid 1997).

SAN ANNÓN DE COLONIA

Obispo († 1075)

En Alemania, en la región de Suabia, probablemente en Steublingen, en el siglo XI, vivía un matrimonio formado por Gualtiero y Engela, condes de Sonnemberg, que había conocido tiempos mejores y que por eso cifraban en su hijo un porvenir más halagüeño. Para conseguir este objetivo pensaban y trabajaban con ahínco, intentando que ese hijo siguiera alguna de las carreras civiles, entonces en boga, como la milicia.

Annón, el hijo, había nacido el año 1010 y muy pronto los padres se lo confiaron a un tío suyo canónigo en Bamberg, quien persuadió al muchacho para que cambiara el servicio militar por el estado eclesiástico y entrara en la escuela episcopal de Bamberg, donde llegó muy pronto a ser su director.

En tan prestigioso cargo, gracias a sus extraordinarias cualidades espirituales y humanas, destacó hasta el punto de que el emperador Enrique III, en 1046, lo nombró capellán suyo. Annón era un hombre ya maduro, pues tenía entonces 36 años. Algunos años más tarde, en 1054, es nombrado prepósito del monasterio palatino de los santos Simón y Judas en Goslar, un lugar que se llevaba las preferencias del emperador. Dos años más tarde obtiene una de las cátedras del arzobispado de Colonia, siendo posteriormente nombrado arzobispo de Colonia y canciller del Imperio. Un nombramiento que no satisfizo a los habitantes de Colonia, a pesar de la recomendación del arzobispo Hermann, como el sacerdote digno para sucederle. Ellos pensaban en un personaje de alta alcurnia, el estilo que se llevaba en aquellos momentos contagiados del esplendor imperial. Sin embargo se supo rodear la consagración de Annón con una magnificencia, con un boato tan llamativo que pronto acalló las voces discordantes de los insatisfechos. Quizás nunca llegara a vencer por completo esa oposición que contra él existía en Colonia, algo que brotaría de nuevo en años posteriores.

Enrique III moriría ese mismo año pasando el gobierno del imperio a su esposa Inés de Poitou, como regente de Enrique IV, todavía un niño.

La emperatriz regente era una mujer sumamente bondadosa, pero carecía de la habilidad y del talento político que exigían las circunstancias. Con su apoyo y gracias a un concilio reunido en Basilea fue nombrado el antipapa Cadalo, obispo de Parma, que tomó el nombre de Honorio II, frente al verdadero papa Alejandro II, antes obispo de Luca. Las tropas imperiales llegaron incluso a apoderarse de Roma.

Pero ni Alejandro II ni sus seguidores se dieron por vencidos. En tan difícil situación fue decisiva la intervención del ya todopoderoso arzobispo de Colonia Annón, quien depuso a la emperatriz y fue proclamado regente. Era el año 1062 el niño

sucesor Enrique fue puesto bajo la tutela de Annón, que se lo llevó de Kaisersweth y luego nombrado regente del imperio junto con Adalberto, arzobispo de Bremen.

Cuando llegó a la mayoría de edad se apartó de Annón y se puso en manos por completo de Adalberto, verdadero rival de Annón. Olvidadizo y desagradecido el nuevo emperador Enrique IV y Alejandro II, lograron que se acusara a Annón de haber estado en contacto con Cadalo, teniendo que presentarse en Roma entre los años 1059 y 1061. No sólo eso. Todavía dos años después fue acusado de simonía, aunque pudo probar su inocencia. El declive de la influencia de Annón estaba en marcha, propiciado sobre todo por su rival Adalberto arzobispo de Hamburgo-Brema y, por los años de 1065, se vio privado de su influyente posición imperial. Y aunque llegaría también la decadencia de Adalberto por el año 1066, Annón no volvió a ostentar su antiguo cargo.

Con todo, tampoco el santo se vio libre de nepotismo, vicio muy frecuente entre los prelados de la época. Annón, en efecto, nombró obispo de Tréveris a un sobrino suyo por nombre Conrado. Un nombramiento que desagradó profundamente al clero y a la nobleza de la ciudad, pues ellos tenían el privilegio canónico de poder elegir su obispo. Annón no hizo caso a las protestas, siguió adelante en su propósito y envió a Conrado, con el obispo de Espira y una escolta de hombres armados, a tomar posesión de la sede. Enterados los descontentos, aliados con el conde Teodorico, que reclamaba tener por prescripción el derecho de conceder la investidura al arzobispo de Tréveris, salieron al paso de la comitiva episcopal y al atravesar Briedeburgo cayeron sobre ellos. El obispo de Espira pudo escapar, pero Conrado fue hecho prisionero y llevado a un castillo donde lo encerraron como prisionero. Allí murió arrojado desde las torres del castillo y rematado a puñaladas. El cadáver, abandonado en un bosque, fue recogido por un campesino y lo trasladaron a la abadía de Tholey, donde fue venerado como mártir.

En ese descenso de la influencia de Annón, las relaciones de Annón con Roma se enfriaron hasta el punto de que en su viaje de hacia 1068, sólo fue recibido por el pontífice después de hacer penitencia. Y en otro viaje posterior de 1070, efectuado en

compañía de Sigfrido de Maguncia, se pretendía discutir los problemas de la Iglesia alemana. Mas luego el ya elegido Gregorio VII, utilizó con ellos la misma fortaleza que con los demás obispos en apoyo a la profunda reforma que se estaba realizando en la Iglesia.

Annón comprendió que no debía mezclarse en las peripecias políticas de la época. Aún así los últimos años de su vida se vieron ensombrecidos por rebeliones en la misma Colonia, de las cuales Annón no salió muy airoso. Terminaría retirándose hacia 1072 a la abadía de Sieburgo, fundada por él mismo, donde pasó el último año de su vida, pues murió el 4 de diciembre de 1075.

A través de una vida tan agitada hay que saber descubrir al pastor de una grey eclesial. Cuesta trabajo porque vivió en unos años sumamente complicados, de difícil comprensión para nuestras coordenadas actuales. Hoy no somos capaces de comprender muchas actuaciones de aquellos siglos medievales, porque ahora los obispos no están obligados a intervenir en el gobierno y los negocios públicos.

Creemos que se puede y se debe afirmar que Annón no descuidó sus obligaciones. Complicado en los compromisos seculares, al estilo de la época buscó el bien de la Iglesia aun en lo material al modo de lo que en esos momentos se estilaba. Intentó siempre engrandecer a su Iglesia de Colonia, aunque a veces pudiera llevar aparejada la potenciación de su familia. Una potenciación que también se extendía a los monasterios, sobre todo en Colonia.

Se dedicó a reformar su diócesis con la misma energía utilizada por San Pedro Damián, luego Gregorio VII, principalmente en el cumplimiento del celibato, moralizar las costumbres del clero y estirpar la simonía. Iglesias y monasterios fueron objeto, indiscriminadamente, de sus atenciones en todas las dimensiones evangélicas, donde contaban muy especialmente los pobres, los oprimidos y los necesitados. Era frecuente contemplarlo en el ayuno y la oración. Un cúmulo de virtudes que los inmediatos admiradores de su vida supieron poner en primer plano tras la muerte. Por eso en su pronta veneración fue siempre la de un santo obispo y así apareció desde el princi-

pio en los altares, sobre todo en Renania, una de las regiones donde es más venerado. Fue canonizado por el papa Lucio III en 1183.

A nivel popular es invocado como patrono de los enfermos de gota. Su fiesta se celebra el 4 de diciembre, día de su muerte.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

Biografía universal, I (Madrid 1848) 724-725.
LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los Santos,* I (Madrid 2000).

SAN OSMUNDO DE SALISBURY
Obispo († 1099)

Desempolvando archivos y revisando crónicas medievales los historiadores se encuentran con referencias a un tal Osmundo, hijo del conde Enrique de Séez y de Isabel.

Interesante para nosotros el personaje. Entrando en escena, en 1066, de la mano de su tío el duque normando Guillermo *el Conquistador.* Cuando éste desembarca sus ambiciones armadas en las costas del sur de Inglaterra, aspirante al trono que la muerte del rey Eduardo *el Confesor* ha dejado vacante. Vacío de poder y, en consecuencia, el país, debilitado y dividido; como quien dice, a la deriva. Buen momento para la invasión.

Aunque los normandos habrán de presentar batalla en Hastings, el 14 de octubre de 1066, pero saliendo victoriosos.

Total que *el Conquistador* ciñe, gozoso, la corona real el día de Navidad, en la iglesia de Westminster. Sorprendentemente impuesta por el arzobispo de York. Comprensiblemente. A no tardar se conoció la orientación de la nueva andadura política del país.

Clarísimo el propósito reformista del monarca, laudablemente agarrado a la escoba para el necesario barrido de la descubierta realidad eclesiástica: simonía, acumulación de cargos, decaimiento monacal, relajación celibataria clerical, incluso concubinatos episcopales.

Era realmente lamentable la estampa de la Iglesia inglesa. Por otra parte poderosa, ama y dueña de la tercera parte de la propiedad geográfica del país. La riqueza siempre corruptora.

El monarca, empeñado en el borrón y cuenta nueva, abre brecha renovadora metiendo mano en el cuadro jerárquico. Ahora es comprensible la ausencia del arzobispo Stigand en la ceremonia de Westminster. Pues Guillermo inicia precisamente en Canterbury los relevos episcopales. Abriendo filas el titular, seguido de quienes habían recibido de sus manos la consagración. Todos ellos sustituidos por eclesiásticos de importación, clérigos normandos.

Es cuando Osmundo aparece en escena. Inicialmente, en 1072, como canciller del reino, sucediendo a Herfast. Con protagonismo en la confección del *Domesday Book,* conocido registro estadístico ordenado, entre 1085 y 1087, por Guillermo *el Conquistador.* Especie de catastro, con relación de propiedades, cultivos, extensión de tierras y demografía; relacionando por separado ciudadanos libres, villanos y vasallos.

Media docena de años después protagonista histórico con mitra y báculo, titular de la diócesis de *Old Sarum,* futura Salisbury, consagrado por el abad Lanfranco, que era el nuevo obispo de Canterbury.

Old Sarum extendía jurisdición eclesiástica sobre los condados de Dorsetshire, Wiltshire y Berkshire. Y había nacido con la unificación de los obispados de Sherbone y Ramsbury decretada, veinte años antes, por el prelado Herman.

Aparte, la sustitución de titulares. Hay mudanza residencial de las sedes episcopales, que pasan del campo a las ciudades. Más la aparición de nuevas demarcaciones diocesanas.

Y en primer plano, espesándose, la realidad de una barrera lingüística derivada de la referida corrección jerárquica. Recelos, desconfianza, problemas entre los gobernantes eclesiásticos, de lengua francesa, y el clero bajo, que habla inglés...

Es el marco del inicio de la actividad pastoral de Osmundo, que había de culminar la construcción catedralicia, estimularía y lograría esplendor litúrgico y recuperaría la necesaria disciplina eclesiástica.

El primer templo diocesano, consagrado el 6 de abril de 1092, tiene su pequeña y singular historia. Puestas en marcha

las obras por el predecesor del prelado extranjero; el mentado Herman.

Old Sarum, en realidad, ofrecía más la estampa de fortaleza que de ciudad. Hoy día —ya Salisbury— sí que es una bella y encantadora realidad arquitectónica, cargada de rica historia, con típicos edificios muy bien conservados a la sombra de la torre más alta de Inglaterra. Arbolada, partida por las aguas del Avon. Turísticamente atractiva, una postal en el paisaje más idílico de la mayor isla británica.

Cosas de la vida.

Casualmente, a los cinco días de la apertura del primer templo diocesano, una descomunal tormenta lo dejó sin techo y muy deteriorado en su conjunto. En la protegida colina que le dieron vida —hoy zona suburbial de *New Sarum*— los cimientos aún pregonan la estructura de las pretéritas instalaciones de culto diocesanas.

Osmundo, que había llevado a buen puerto la iniciada construcción, dio también vida a la catedral. Con un capítulo, importación del modelo normando, integrado por el clero secular y no monástico.

Con reparto de cargos y sus respectivas funciones. El canciller, por ejemplo, era el director nato de la escuela clerical.

Todos los canónigos venían obligados a la asistencia coral. Todos habían de cumplir misión pastoral. Todos con categoría de asesores episcopales.

Y a su disposición, para ahondar culturalmente, la nutrida biblioteca capitular que hizo posible el prelado. Quien, hombre culto, apasionado bibliófilo, logró hermanar las actividades pastorales, la dedicación copista y la encuadernación de manuscritos. Y también escritor, presunto autor de la desaparecida biografía de San Aldelmo, que fue abad de Malmesbury y le había precedido en la sede de Sherbone, aún no integrada esta demarcación eclesiástica en la diócesis de Salisbury.

Organización y disciplina capitular aparte, el obispo Osmundo se hizo merecedor de mención en la historia de la liturgia. Todo porque, en aquel momento y aún largo tiempo después, no pocas diócesis de la cristiandad seguían usos y costumbres litúrgicos propios. Ceremoniales diferentes a los roma-

nos. Era el caso, sobre territorio inglés, de Salisbury, de York, de Herefort, de Bangor y de Lincoln.

Atención a la geografía parroquial de Salisbury, curioso abanico de ritos y costumbres locales que derivaban en confusión y falta de seriedad. Fruto de reiteradas innovaciones, sumadas al ritmo de los sucesivos y diferentes eclesiásticos llegados con los conquistadores.

Injustificable tanta arbitrariedad. De manera que Osmundo, previos una pausada reflexión y un prolongado estudio, tomó cartas en el asunto, planificando y poniendo en marcha una programada revisión litúrgica. Una minuciosa reglamentación sobre la celebración eucarística, sobre la administración sacramental, sobre el rezo del oficio divino, sobre múltiples prácticas religiosas.

Protagonista, en consecuencia, de una revisión litúrgica admirada y nuevamente imitada. Un siglo después, la mayoría de las diócesis de Inglaterra y Gales observaban *los usos de la distinguida y noble Iglesia de Sarumm,* variante del rito romano.

En 1172 fueron adoptados en Irlanda. En torno al 1250 los había implantado Escocia.

Guillermo de Malmesbury elogia la ejemplaridad del prelado, admirándole particularmente por alejarse de la ambición y la avaricia, las dos grandes manchas que fácilmente salpicaban al episcopado de la época.

A fin de cuentas un gobernante religioso muy virtuoso, riguroso consigo mismo, aunque también pastoralmente exigente. Y humilde, como demostró con ocasión de la larga disputa entre Guillermo *el Rojo* —hijo y sucesor de *el Conquistador*— y San Anselmo, sucesor de Lanfranco en la sede de Canterbury. Discutían el monarca y el prelado sobre las investiduras o ingerencia del poder temporal en la concesión de dignidades eclesiásticas. En 1094 Osmundo, posiblemente dejándose guiar por la voz de la sangre, terció en la contienda. Alineado a favor del pariente. Aunque lloraría su oposición, arrastrado por el arrepentimiento a los pies de Anselmo en súplica de perdón, que naturalmente le fue concedido.

Osmundo de Salisbury murió a caballo entre el 3 y el 4 de diciembre de 1099. Recibió sepultura en la catedral que él

había levantado y, posteriormente, en el nuevo primer templo diocesano.

El papa Calixto III, en 1456, le proclamó santo. Es especialmente invocado en las molestias dentales.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967).
Butler's lives of the saints, IV. Rev. y refun. por H. THURSTON - D. ATTWATER, I (Londres 1964).
TORRANCE, W. J., *St. Osmund of Salisbury* (Londres 1920).

BEATO ADOLFO KOLPING

Presbítero († 1865)

> «Puesto que no era concebible una legislación social a comienzos de la era industrial, preparó con celo apostólico el terreno para que todos contribuyeran a la solución de la grave "cuestión social". Sabía muy bien que el compromiso social en el mundo alcanzará un resultado positivo sólo cuando los cristianos logren ser testigos creíbles de su fe y de su amor a los hermanos en la vida de todos los días.
>
> La Iglesia —dijo— no puede ni debe descuidar la cuestión social; no debe dejar la gestión de la vida civil sólo en las manos de sus propios enemigos naturales o declarados; debe participar en la vida y no debe temer la batalla contra sus adversarios».

Con estas palabras, antes del rezo del *Ángelus,* cerró el Papa la ceremonia de beatificación de uno de los más grandes apóstoles sociales del mundo del trabajo en la época moderna.

Adolfo Kolping nació el 8 de diciembre de 1813 en Kerpen, cerca de Colonia, Alemania, hijo de un pastor de ovejas. En su pueblo natal asistió a la escuela primaria, aprendiendo luego el oficio de zapatero. A partir de 1837 (a los 23 años) asistió al Colegio de San Marcelo en Colonia con el fin de terminar la enseñanza media, paso necesario para iniciar el estudio de Teología.

Después de sus estudios en Múnich, Bonn y Colonia, el 13 de abril de 1845 fue ordenado sacerdote en la iglesia de los Minoristas de Colonia. De 1845 a 1849 trabajó como vicario de la parroquia de San Lorenzo en la ciudad industrial de Elberfeld

(Wuppertal), conociendo muy de cerca la miseria que padecían los trabajadores. Estimulado por la asociación de jóvenes católicos que el maestro de escuela Johann Gregor Breuer había fundado en Elberfeld, Adolfo Kolping encontró la misión de su vida comprometiéndose con los artesanos y trabajadores jóvenes en sus necesidades sociales y dándoles un hogar en la Iglesia.

Como vicario de la catedral en Colonia, el 6 de mayo de 1849 fundó la Asociación de Jóvenes Artesanos de Colonia, la cual a partir de 1853 contó con una casa propia, la *Casa Kolping*. Las raíces históricas de la que hoy es la Obra Kolping Internacional, datan de esos comienzos. Adolfo Kolping falleció el 4 de diciembre de 1865 en Colonia. Poco después fue sepultado en la iglesia de los Minoristas, de la que había sido rector desde 1862.

La vida y la obra de Adolfo Kolping se conocen en más de cincuenta países del mundo. Las ideas del «Padre de los artesanos» ayudan a muchas personas —en especial, en Europa del Este, África, Asia y América Latina— a descubrir una nueva perspectiva de vida.

El ejemplo de la vida y del trabajo de Adolfo Kolping presenta muchas facetas: maestro, educador, autor y editor, teólogo. Muchas de las cosas que Adolfo Kolping escribió y dijo a lo largo de su vida, nos fascinan aún en la actualidad. Sin embargo, la mayor fascinación parte de aquello que hizo y de su modo de hacerlo.

Kolping no fue un «resignado». No se encogía de hombros, lamentándose de que «no hay nada que hacer...», de que «nada va a cambiar...» Ante la dificultad, él no se abate, no abandona. A lo largo de su vida, habría tenido razones suficientes para resignarse. Muchas veces su carácter infatigable tuvo que sacar fuerzas de flaqueza para poder seguir su camino y continuar su obra, primero cuando era joven, luego en los primeros años de su sacerdocio y después como asesor eclesiástico ya avezado.

Ese carácter infatigable de Adolfo Kolping se pone de manifiesto ya en su adolescencia: no quiere seguir siendo zapatero; por lo menos, no toda la vida. Las posibilidades de su espíritu le piden más. Rápidamente, el joven Adolfo comprende que la

educación constituye la base que permite ampliar el horizonte de la propia vida, pero la educación tiene un costo. La educación no sólo costaba dinero; el deseo de ir a la escuela y cursar el bachillerato luego de haber aprendido el oficio de zapatero exigía un gran esfuerzo. Seguro que al veinteañero le costaba muchísimo sentarse en clase al lado de adolescentes de trece y catorce años estudiando las mismas asignaturas. Pero, una vez que se propone un objetivo, Adolfo no se aparta del camino. Su perseverancia y su fuerza de voluntad lo llevan a terminar el bachillerato y a emprender los ansiados estudios teológicos.

La ordenación sacerdotal y su primer cargo como vicario en Elberfeld son los acontecimientos decisivos en la vida de este hombre joven. Durante sus estudios, aún pensaba en seguir una carrera académica. En Munich y Bonn conoció a teólogos famosos. Disfrutaba de los debates teológicos y se imaginaba a sí mismo siguiendo una carrera docente en la universidad. Pero Dios interviene en la vida del joven sacerdote Adolfo Kolping. Una vez más, su vida experimenta un vuelco de modo inesperado, y pone en práctica un dicho que él mismo forjará más adelante: «Las necesidades del tiempo les enseñarán lo que deben hacer».

En Elberfeld no se necesitaba un teólogo de alto nivel. No se buscaba un especialista en Derecho Canónico desbordante de argumentos, ni un filósofo de gran prestigio. La gente buscaba sacerdotes capaces de abrir los ojos y ver las necesidades. Las personas necesitaban pastores que reconocieran sus necesidades y que pusieran manos a la obra para cambiar su desventura. Eso era lo que movía al joven sacerdote: cambiar la desventura de las personas. Por eso, nunca se le vio encogerse de hombros, desalentado. Nunca se le escuchó decir: «No tengo otras posibilidades». No se cuenta de él que alguna vez hubiera desviado la vista o hubiera huido. Reconoció de un modo nuevo las necesidades sociales y espirituales y puso manos a la obra para afrontarlas. No se quedó inmóvil ante las carencias y el dolor del mundo; emprendió acciones con todas sus fuerzas para subsanar esas carencias, sin perder de vista la dimensión espiritual. Por eso, el papa Juan Pablo II lo llamó: «Modelo y guía para la Iglesia».

Adolfo Kolping dedicó toda su fuerza de trabajo y su espiritualidad a la construcción de una sociedad mejor, porque «mejores personas crean una sociedad mejor». Hizo todo lo que estaba a su alcance para que sus jóvenes artesanos aprendieran un oficio honesto y llegaran a ser buenos esposos y padres de familia. Le importaba que esos jóvenes llegaran a ser católicos activos, conscientes de su responsabilidad y comprometidos con su sociedad.

Como Jesucristo, Adolfo Kolping supo mirar a las personas que padecen necesidad, concediéndoles importancia. Como Jesús, no se mantuvo distante de la gente. Quien, padeciendo necesidad se dirigió a él, encontró en él un interlocutor que escuchó sus pequeñas y grandes preocupaciones. Alguien que tomó en serio las necesidades y los problemas de los demás. Como Cristo, no conoció excusas, no se refugió en el pretexto de la falta de tiempo. Como Jesús, no se mantuvo al margen: así los obstáculos y los callejones sin salida se convirtieron en nuevos horizontes y nuevas posibilidades para las personas. Solía decir: «El amor activo sana todas las heridas, las meras palabras sólo multiplican el dolor».

Adolfo Kolping veía la vida como una tarea que había que resolver. Quería que sus jóvenes amigos concibieran la vida como una oportunidad que hay que aprovechar, no sólo para cambiar y mejorar la propia vida, sino para contribuir a transformar la vida de la sociedad, regalando un poco de aquel amor del que Cristo nos dio un testimonio ejemplar.

El papa Juan Pablo II beatificó al «Padre de los artesanos» el 27 de octubre de 1991 en Roma, ante 30.000 peregrinos de Alemania, Suiza, Holanda, Hungría y otros países de Europa. En el año centenario de la encíclica *Rerum novarum* —dijo el Papa— la beatificación de Adolfo Kolping adquiría «un significado particularmente elocuente». Estos son algunos de los pasajes de la homilía pronunciada en alemán por el Vicario de Cristo en la Plaza de San Pedro, aquella mañana otoñal:

> «Kolping intentó sacudir a los cristianos de su indolencia y llamarlos a ejercer su responsabilidad en el mundo. Para él, el cristianismo no debía entenderse simplemente como un reducto para la oración, sino como algo inserto en la realidad cotidiana y volcado en la formación de la conciencia social. Los lugares en que se ha

de ejercer la responsabilidad humana y social, son, para él: la familia, la Iglesia, el trabajo y la política [...]

Adolfo Kolping escribió: "Lo primero que el hombre encuentra en la vida, lo último a que tiende sus manos, y lo más precioso que posee, aun cuando no la aprecie, es la vida familiar" [...] Y repetía: «Debe comenzar en la casa lo que deberá brillar en la patria».

Adolfo Kolping era un hombre de Iglesia. Ya había sido marcado por el Evangelio de Cristo desde su anterior experiencia de vida como artesano. Como pastor, se dirigía sobre todo a los explotados y los débiles, que entonces eran los artesanos y operarios de las fábricas. Su empeño social, que se fundaba en su fe, le dio la fuerza para ponerse al servicio del prójimo, y así transmitirles su fe en la amistad que Dios desea tener con el hombre. Adolfo Kolping reunió a los artesanos y operarios, superando así su aislamiento y su resignación. Y aquella comunidad en la fe les dio fuerza para afrontar la vida diaria como testimonio de Cristo ante el mundo.

¡Qué extraordinario sacerdote debió de ser Adolfo Kolping para entusiasmar, aun hoy, a tantos hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, por Cristo y por su Iglesia!

Las sombras de la injusticia, de la explotación, del odio y de la humillación de los hombres dominaban la situación de los artesanos y operarios de las fábricas del siglo XIX. Adolfo Kolping se puso, ante todo, de parte de los hombres. No había que cambiar primero las estructuras, sino a los hombres. Inspirado por su fe en Dios, que quiere la felicidad de todos los hombres, Kolping inició una paciente obra educacional. Con sus palabras y escritos, a través de planes de acción bien trabados, él buscó, con sus colaboradores, dar espacio y voz al Evangelio del trabajo, que vino a ser para Kolping su obra y el campo de actividad para un cristianismo más cercano al mundo de los trabajadores.

El hecho de asumir la responsabilidad para con la sociedad y la comunidad humana era para Kolping una consecuencia del Evangelio. "Depende de nuestro cristianismo activo —escribía— que el mundo retorne al orden cristiano. Ahora no debemos limitar tal cristianismo activo a los muros de las iglesias, o a las habitaciones de los enfermos, o a nuestras esferas familiares, sino que debemos [...] llevarlo a la vida diaria". Por esto preparaba y animaba a sus amigos para asumir responsabilidades en la política y la sociedad [...] Kolping sabía que: "La Iglesia no puede ni debe descuidar la cuestión social [...] debe participar en la vida civil, sin temer la batalla".

¡La Iglesia... somos todos! En muchos países de Europa los regímenes totalitarios comunistas se han derrumbado. ¿Con qué serán sustituidos? ¿Cuál es la alternativa a la teoría social marxista, cuyas consecuencias han arruinado el mundo? La alternativa que Kolping ofrece se funda en el Evangelio. "No se comprenderá nunca justa y completamente la auténtica situación de las relacio-

nes en el mundo político y social, si al mismo tiempo no se toma también en consideración el aspecto religioso. La religión es y será siempre, se reconozca o no, la más profunda, la primera y la última pregunta para el hombre". Hoy Adolfo Kolping testimonia todo esto ante nosotros».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

AAS 84 (1992) 567s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.714-715.
L'Osservatore Romano (28-29 y 30-10-1991).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (1-11-1991).

SAN JUAN CALABRIA

Presbítero y fundador († 1954)

Este maravilloso sacerdote, entregado a ciegas a los cuidados de la Divina Providencia, nació en Verona, Italia, el 8 de octubre de 1873. Era el séptimo y último hijo de Luis, zapatero, y Ángela Foschio, empleada del servicio doméstico. Una familia humilde y trabajadora, de la que salió un hombre trabajador que lo dio todo en beneficio de los trabajadores. La madre era una mujer educada en una escuela de niñas pobres que estaba fundada por el padre Nicolás Mazza, famoso por sus obras en beneficio de las familias necesitadas.

De esta forma, el futuro santo, Juan, se movió en un ambiente de vida pobre. Cuando murió el padre, Juan tuvo que buscarse la vida, interrumpiendo sus estudios primarios, para ayudar al resto de su familia.

Pero hubo un sacerdote sagaz, el rector de San Lorenzo, padre Pedro Scapini, que lo preparó en privado para entrar al seminario. De esta forma pudo entrar en el liceo del seminario como alumno externo. Pero tres años después tuvo que interrumpir sus estudios porque tenía que hacer la mili, el servicio militar.

Estando en la mili se distinguió por sus servicios a todos sus compañeros. Él se encargaba de hacer los trabajos más humildes y peligrosos. Al principio se le tomaba por un pobre hombre, pero al poco tiempo se fue ganando la admiración de

todos, iguales y superiores, que estaban a su alrededor y contemplaban sus muchos servicios. Algunos de sus compañeros volvieron a la práctica de sus deberes cristianos, porque el estilo de la vida entregada de Juan les hacía pensar.

Al terminar el servicio militar pudo reemprender los estudios eclesiásticos.

Dicen que su entrega a los más necesitados nació una noche de noviembre de 1897 en que, volviendo de visitar a los enfermos, se encontró a la puerta de su casa con un niño acurrucado en el rincón del brocal. Era un gitano. Lo recogió y lo metió en casa. Lo acomodó en su dormitorio y lo atendió como a un hermano pequeño. Parece que ése fue el momento de su decisión definitiva para entregar su vida a favor de los más pobres.

Algunos meses más tarde fundó una asociación incipiente que se llamó «Pía Unión para la asistencia de los enfermos pobres».

Juan era un líder que arrastraba tras de sí a todos los seminaristas y laicos que querían entregar su vida a los más pobres. Sin darse cuenta, él estaba fundando una asociación dedicada a la caridad. Éstos eran los primeros pasos.

De hecho, toda la vida de Juan Calabria estaba bañada de caridad. Una doctora hebrea, salvada por el padre Calabria, escribía al papa Pablo VI diciéndole: «Cada instante de su vida fue la personificación del maravilloso cántico de San Pablo sobre la caridad». Esta doctora fue salvada por Juan Calabria, durante la persecución nazi, disfrazándola de hermana, entre las religiosas del Instituto por él fundado para mujeres.

Fue ordenado sacerdote el 11 de agosto de 1901. Le nombraron ayudante vicario en la parroquia de San Esteban y confesor del seminario.

El joven sacerdote se desvivía por trabajar apostólicamente, lo mismo en el confesonario que en la calle, donde se entregaba a los más pobres y marginados. Seis años más tarde, en 1907, fue nombrado vicario de la Rectoría de San Benito del Monte, y allí comenzó a atender a los soldados.

El día 26 de noviembre de 1907, en Vicolo Case Rotte comenzó el instituto «Casa de los niños buenos».

Pero, además de los seminaristas y sacerdotes, se le juntaron también seglares, hombres de buena voluntad que querían entregar su vida en beneficio de los más necesitados. Con este puñado de hombres, nació en Verona un ambiente de colaboración cristiana en beneficio de las familias necesitadas.

Este primer grupo de hombres fue la base para fundar, más tarde, la «Congregación de los pobres siervos de la Divina Providencia», que será aprobada por el obispo el 11 de febrero de 1932 y conseguirá la aprobación pontificia el 25 de abril de 1949.

Hay que tener en cuenta que durante todos estos años, en el mundo está ocurriendo un acontecimiento brutal: la Segunda Guerra Mundial, en la cual no estaba libre la Italia de Mussolini, con toda la secuela de heridos, muertos y desaparecidos.

Después del año 1932, la congregación de Juan Calabria se fue extendiendo por toda Italia. Su trabajo estaba de cara a los abandonados, pobres y marginados. Pero pronto su acción se fue prolongando a favor de los ancianos y enfermos, creando para ellos la «Ciudad de la caridad».

Además, Juan no se contentaba con ayudar a quienes estaban cerca. Se acordó de los pobres de la India y envió allí, en 1934, a cuatro hermanos de su congregación, concretamente a Vijayavada.

La obra de Juan se iba extendiendo. Empezaba sirviendo, como quien no hace nada nuevo. Pero al poco tiempo tenía dibujada una nueva congregación. Así, en 1910 fundó la rama femenina de la congregación. Fue aprobada por el obispo en 1952 con el nombre de «Congregación de las pobres siervas de la Divina Providencia». En 1981 obtuvieron la aprobación pontificia.

Estas dos obras de Juan Calabria llevaban el sello del espíritu de su fundador: «Mostrar al mundo que la Divina Providencia existe, que Dios no es extranjero, sino Padre, y que piensa en nosotros, siempre que nosotros pensemos en él y le correspondamos buscando en primer lugar el Santo Reino de Dios y su justicia (Mt 6,25-34)».

Para dar testimonio de su carisma acogió gratuitamente a los más necesitados de atención material y espiritual. Levantó

hospitales y casas de acogida y asistió a los enfermos y ancianos en sus necesidades corporales y espirituales.

Abrió casas de formación para jóvenes y adultos pobres que no podían estudiar en los seminarios por falta de recursos. Les asistía gratuitamente hasta llegar a los estudios de teología. En este momento los dejaba libres para entrar en una diócesis o en una congregación religiosa.

Determinó que sus religiosos, los miembros de su congregación, trabajaran en las zonas más pobres, donde no había nada que recibir a cambio.

Era un reformador nato. Con esa vida de entrega total a la hermana pobreza, se convertía sin más en un «poverello», como San Francisco, para intentar las reformas que veía necesarias en la Iglesia de su tiempo.

Gritaba a todos que el mundo sólo se puede salvar si vuelve su mirada a Cristo y a su Evangelio. De esta forma, su grito atronador se convirtió en punto de referencia para obispos, sacerdotes y religiosos.

Por eso, los obispos de la Conferencia Episcopal del Triveneto, escribieron al papa Juan Pablo II: «El padre Calabria, para preparar la Iglesia del año 2000, hizo de su vida una cuidadosa llamada a la conversión, a la renovación, a la hora de Jesús, con tonos impresionantes de perentoria urgencia. Nos parece que la vida del padre Calabria constituye una profecía de vuestro apasionado grito al mundo: "Aperite portas Christo Redemptori"».

Con ojo previsor, se dio cuenta de que la renovación espiritual del mundo tenía que conseguirse con laicos comprometidos. Por eso, en 1944 fundó la «Familia de los hermanos externos». Era una rama integrada por laicos.

Su mano protectora se extendió a los cristianos separados. Mantuvo relaciones con protestantes, ortodoxos y hebreos. Escribió, pero nunca discutió. Amó hasta el extremo, pero nunca obligó a que le siguieran. Daba testimonio, con su vida, del amor de Jesús a los hombres. De hecho, el pastor luterano Sune Wiman de Eskilstuna (Suiza) escribió el 6 de marzo de 1964 una carta al papa Pablo VI pidiéndole la glorificación de su amigo Juan Calabria, con el cual había tenido una frecuente correspondencia epistolar.

El final de su vida fue un misterio doloroso. Se entregó como víctima para la santificación de la Iglesia y la salvación del mundo. Murió el 4 de diciembre de 1954.

Ocurrió una misteriosa casualidad. El papa Pío XII estaba agonizando. Entonces, Juan ofreció su vida por la del Papa. Y ocurrió que Juan murió y el Papa se recuperó; y siguió viviendo cuatro años más. Cuando este Papa conoció la muerte de Juan, sin saber que había ocurrido esta última coincidencia, escribió a la congregación y lo definió «campeón de evangélica caridad». Fue beatificado por Juan Pablo II el 17 de abril de 1988 y canonizado el 18 de abril de 1999.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 79 (1987).
FOFFANO, O., *Don Giovanni Calabria* (Verona 1981).
REPETTO BITES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 207-208.
http://www.San-Juan-Calabria.html

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HÉRACLA DE ALEJANDRÍA
Obispo († 248)

Nace de familia pagana y lo atrae al cristianismo un hermano suyo, que lo hace asistir a la famosa escuela catequética dirigida entonces por Orígenes. Su hermano, Plutarco, murió mártir en el año 202. Héracla se dedicó al estudio de la filosofía, las ciencias profanas y la Sagrada Escritura. Ordenado sacerdote el 215, fue ayudante de Orígenes en la escuela, encargándosele a él aquella sección de la misma en que se enseñaban los elementos básicos del cristianismo y cuyo alumnado era mayoritariamente de catecúmenos. Su crédito creció extraordinariamente y cuando en 230 Orígenes hubo de ausentarse, la dirección de toda la escuela se le confió a él. Pero no llevaba más que un año al frente de la institución cuando muere el obispo Demetrio y es elegido Héracla para sucederle. Cuidó con gran celo de la comuni-

dad cristiana, procuró atraerse con humildad y paciencia a los disidentes y brilló sobre todo como maestro de la verdad cristiana. Murió en 247 o 248. El nuevo *Martirologio* lo menciona hoy 4 de diciembre, fecha que daba un antiguo Sinaxario Alejandrino, mientras que el anterior lo hacía el 14 de julio.

SAN JUAN EL TAUMATURGO

Obispo († s. IX)

Inclinado a la piedad desde pequeño, llevaba vida ascética y recogida y fue elegido obispo de Poliboto, en Frigia, dedicándose con fruto a guiar su Iglesia por el camino de Cristo con sabiduría y prudencia. Cuando el emperador León el Armenio (813-820) emitió sus decretos iconoclastas, Juan se presentó al emperador y le apostrofó por estar en contra de la tradición de la Iglesia y negar a los sagrados iconos la veneración debida. El enorme prestigio que tenía el obispo Juan de Poliboto como hombre santo impidió que el emperador lo mandara matar como hubiera sido lo normal. Él puso mucho empeño en convencer a sus fieles de que había que permanecer firmes en la fe ortodoxa y seguir venerando las imágenes del Señor y de los santos. Su muerte tuvo lugar con posterioridad al año 850. Su cuerpo se conservó incorrupto y a su intercesión se le atribuyeron tantos milagros que adquirió el sobrenombre de *Taumaturgo,* es decir hacedor de prodigios.

SAN BERNARDO DE PARMA

Obispo y cardenal († 1133)

Bernardo nace en Florencia hacia el año 1060 en el seno de la rica familia Uberti, que aún no usaba este apellido. Muy joven se decide por la vida monástica y entra en el monasterio de San Salvio, de la Orden de Valleumbrosa, en la propia Florencia, dejando a sus parientes y amigos sus propios bienes y la mayor parte de ellos al monasterio mismo. Era el año 1085. Luego de profesar, se dedica a vivir con intensidad la regla benedictina y a ser un monje ejemplar. No pasan muchos años cuando sus

compañeros monjes le eligen abad, y lleva tan bien este cargo que la propia congregación lo elige más tarde su abad general, al tiempo que también ejerce como abad de Valleumbrosa. Él se dedica a la extensión de su Orden, hasta entonces limitada a la Toscana, y logra establecer un buen número de monasterios en Emilia y Lombardía. Los nuevos monasterios no pasan a ser autónomos sino que todos ellos quedan como dependientes de Valleumbrosa formando así una verdadera Orden centralizada. Bernardo reúne un capítulo general en 1100 en el que propone se aprueben —y efectivamente así ocurre— normas muy claras de funcionamiento: la exigencia de una intensa vida interior y espiritualidad en todos los monjes y la disponibilidad de monjes y monasterios para que puedan cumplirse las disposiciones que el abad general entienda conveniente tomar. Se crea así un cuerpo monacal ágil y que funciona en bloque, adelantando los planteamientos que tendrán más tarde las órdenes mendicantes.

El papa Urbano II († 1099), monje benedictino también, ya antes le había mostrado su estima al abad general de Valleumbrosa nombrándolo cardenal presbítero del título de San Crisógono. Pero esta nueva dignidad cardenalicia no le privaba de su cargo de abad general sino que añadía a sus deberes la estricta obligación de colaborar con la sede romana en la gran tarea de la reforma de la Iglesia. El papa Pascual II († 1118) lo hizo vicario suyo en la Alta Italia para que llevara las orientaciones reformistas a Emilia y Lombardía. Visitó Milán, Pavía, Brescia, Módena, Mantua, etc. y los dominios de la condesa Matilde, ante quien era legado papal. Matilde renovó en manos del legado sus antiguas donaciones a la Santa Sede (17 de noviembre de 1102). Pero no tuvo éxito en Parma. Estaba el 15 de agosto de 1104 hablando al pueblo en la catedral parmesana cuando se formó un tumulto contra sus palabras y fue agredido y arrestado, debiendo mandar tropas la condesa Matilde para liberarlo. Pero las cosas cambiaron. En octubre de 1106 se pudo tener el concilio de Guastalla, junto a Parma, y esta ciudad pidió al Papa que le asignara como obispo al cardenal Bernardo. El papa Pascual se hizo presente en Parma y, al tiempo que consagraba en noviembre la nueva catedral, ordenaba de obispo a Bernardo. Se tomó en serio su oficio episcopal y procuró cumplirlo con gran solicitud.

En 1119, muerto ya el papa Pascual II, Bernardo dejó su cargo de legado y se dedicó por entero a su diócesis. Años antes, cuando en 1111 hubo los acuerdos secretos del Papa con el emperador que al hacerse públicos provocaron fuertes tumultos, Bernardo intentó hacer de mediador. Intervino en la reunión tenida en la sacristía de San Pedro de Roma que terminó con el arresto del propio Papa y de Bernardo con él. Siguió manteniendo una postura equilibrada y se vio libre cuando los acuerdos de Mammolo del mes de abril de 1111. Bernardo estuvo siempre a disposición del Papa y éste pudo contar con su lealtad, franca y nada servil. Calixto II († 1124) no dejó de mostrarle su benevolencia y contar con sus servicios. Muerto el emperador Enrique V, la sucesión se hizo difícil y Bernardo apoyó al candidato de Honorio II († 1130), que era Lotario III. Muerto el citado papa y surgida la cuestión de la elección papal, disputada entre Anacleto II e Inocencio II, Bernardo, como buen monje, se puso de parte del segundo, y lo mismo hicieron todos los monjes de su congregación y los camaldulenses, siguiéndolos por ello San Bernardo. El santo obispo, ya enfermo, recibió en Verona al emperador Lotario. Pero su vida se acababa. Murió en Parma el 4 de diciembre de 1133. Enseguida tuvo culto popular, su tumba fue muy visitada y un siglo más tarde ya tenía en su diócesis culto litúrgico.

BEATO PEDRO PECTINARIO

Seglar († 1289)

Nace en Campi, junto a Siena, quizás en 1180, pero es en Siena donde se cría y donde vive. Su oficio era el de peinetero y fue un ciudadano leal de la ciudad y acreditado en ella, que le encomendó diferentes e importantísimas misiones, que cumplió escrupulosamente. Se casó y fue muy feliz en su matrimonio porque su mujer y él se amaban tiernamente. Pero ella no tuvo hijos y cuando llegó a una edad en que ya los hijos no podían esperarse él propuso a su mujer guardar en adelante castidad y así lo hicieron. Era tan adicto a hacer feliz a su esposa que se decía le daba gusto hasta en los más pequeños detalles. Cuando ella murió, él se hizo terciario franciscano y acompañado de

algunos amigos tomó la santa costumbre de visitar los hospitales para servir a los enfermos, de visitar a los pobres para socorrerlos y de pedir limosna para tener con qué socorrer a los necesitados. Hombre de intensa vida de oración, creció en ella hasta el extremo de que a veces lo vieron en éxtasis. Estuvo en contacto con los movimientos laicales de su ciudad así como de Florencia y Pistoia, y a través de ellos pidió a estas ciudades mayor sentido de la responsabilidad cristiana. Rodeado de los padres franciscanos y de sus amigos murió el 4 de diciembre de 1289, centenario ya según parece.

BEATOS FRANCISCO GÁLVEZ, JERÓNIMO DE ÁNGELIS Y SIMÓN YEMPO

Religiosos y mártires († 1623)

En Yeddo (Japón) el 4 de diciembre de 1623 fueron martirizados, al ser quemados vivos, los religiosos Francisco Gálvez, Jerónimo de Ángelis y Simón Yempo, franciscano el primero y jesuitas los otros dos. Con ellos fueron martirizados otros cuarenta y cinco pero no se pudo hallar datos suficientes sino de estos tres. Estos son sus datos:

FRANCISCO GÁLVEZ PELLICER había nacido en Uriel (Cuenca) hacia 1575. Se decidió por la vida eclesiástica e hizo los estudios de filosofía y teología, al término de los cuales se ordenó diácono, y entonces pensó en hacerse religioso franciscano, ingresando en el convento de franciscanos descalzos de San Juan de la Rivera en Valencia, en 1599. Habiéndose ofrecido para las misiones tras su ordenación sacerdotal, en 1609 partió para las Islas Filipinas donde trabajó apostólicamente hasta que en 1612 fue destinado al Japón. Aquí estuvo hasta que en 1614 el edicto de persecución obligó a tantos misioneros a dejar Japón. Francisco volvió a Manila y compuso sus libros *Vidas de santos* y *Explicación de la doctrina cristiana,* así como otros opúsculos, que se tradujeron al japonés. Pero su interés estaba en volver al Japón e ideó una estratagema: se pintó todo el cuerpo como si fuera un negro y vestido de marinero pudo desembarcar en Japón (1618). Aquí reemprende el trabajo apostólico. Luego de evangelizar en Oxu, pensó pasar a Yeddo para huir de la perse-

cución pero fue reconocido por un renegado que lo delató. Fue arrestado, encarcelado y condenado a muerte.

JERÓNIMO DE ÁNGELIS había nacido en Enna (Sicilia) en 1567, y en su juventud se decidió por estudiar leyes con las miras puestas en ejercer de abogado. Pero accedió a hacer una tanda de ejercicios espirituales y en ellos descubre que su verdadera vocación es la vida religiosa, y opta por la Compañía de Jesús en la que ingresa en 1585. Se ofrece para las misiones y no estaba aún ordenado de sacerdote cuando es destinado al Japón. Parte para allí en compañía del Beato Carlos Spínola, pero su viaje duraría seis años por ser muy accidentado. Parten de Lisboa, llegan a Brasil y luego a Puerto Rico, donde unos piratas ingleses los obligan a ir a Londres y de aquí vuelven a Lisboa, de donde reemprenden el viaje, llegando por fin a Japón en 1602. Una vez ordenado sacerdote, trabaja en Suxini, funda la cristiandad de Sarunga y llega la orden de salida del Japón en 1614, pero él se queda secretamente en Nagasaki. Recorre varias regiones en las que no estaba establecida aún ninguna comunidad cristiana y logra crear varias. Visita el acantonamiento de Zugaru, donde estaban recluidos muchos confesores de la fe, condenados a una vida de fatigas y privados de los sacramentos. Evangeliza también en la isla de Yeso. En 1622 se le nombra superior de la misión de Yeddo, donde se establece. Se dice que había logrado convertir unas diez mil personas. Puso empeño en convertir personas escogidas e influyentes pensando que así el evangelio se expandiría con mayor fuerza. Su detención se debió a que oyó decir que León Takeya, su hospedador, sería puesto en libertad si el padre De Angelis se entregaba. Lo meditó y se entregó. En el interrogatorio se negó a decir quién lo hospedaba. Llevado a la cárcel encontró en ella cincuenta cristianos, entre ellos su compañero de martirio Simón Yempo, y también el P. Francisco Gálvez. A finales de noviembre fue condenado a muerte.

SIMÓN YEMPO había nacido en Notzu, en el reino de Findo (Japón) en 1580. Inclinado a la vida interior ingresó en su juventud en un monasterio budista. Pero su superior se hizo cristiano y él se interesó entonces por el cristianismo y se convirtió también. En 1598 entró en una escuela de catequistas que te-

nían los jesuitas y, obtenida esta condición, fue catequista a lo largo de veinticinco años con mucho celo, trabajando sin cansancio y viviendo con mucha austeridad. Fue admitido como hermano en la Compañía de Jesús. Acompañó mucho tiempo al P. Jerónimo de Ángelis en sus correrías apostólicas. Encarcelado cuando él, trabajó en la cárcel por la conversión de otros presos, y fue condenado a muerte por su condición de cristiano y propagandista de la religión.

Los tres fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX.

5 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Tebeste (Numidia), Santa Crispina († 304), madre de familia y mártir *.
2. Junto a Jerusalén, San Sabas († 532), abad **.
3. En el monasterio de San Pedro de Aguara (Lucania), San Lúcido († 938), monje benedictino.
4. En Braga (Portugal), la deposición de San Geraldo († 1108), obispo, muerto en Bornos mientras hacía la visita pastoral *.
5. En Mantua (Lombardía), Beato Bartolomé Fanti († 1495), presbítero, de la Orden del Carmen *.
6. En Londres (Inglaterra), San Juan Almond († 1612), presbítero y mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
7. En Schwerin (Alemania), Beato Nicolás Stensen o Stenon († 1686), obispo titular de Ticiópolis y vicario apostólico en Hannover **.
8. En Turín, Beato Felipe Rinaldi († 1931), presbítero, de la Sociedad de San Francisco de Sales **.
9. En el campo de concentración de Dachau, junto a Múnich (Baviera), Beato Narciso Putz († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SABAS
Abad († 532)

Sabas nació en Mutalasca cerca de Cesarea de Capadocia, en 439. Tenía sólo cinco años cuando Juan, su padre, oficial en el

ejército imperial, fue enviado a Alejandría. Su mujer, Sofía, lo acompañó. Dejaron a su hijo a la custodia de Hermias, su tío materno, cuya mujer, de costumbres ligeras, desagradó tanto al niño que corrió a refugiarse en casa de su tío paterno Gregorio que vivía a tres millas de allí. Algunos años más tarde Hermias y Gregorio se pelearon a propósito de la fortuna de su pupilo. Sabas huyó entonces al monasterio de Flaviana, a veinte estadios de Mutalasca, donde se le admitió en seguida. Novicio muy joven, y ya austero, se encontró un día una bella manzana y la recogió; pero acordándose entonces del paraíso terrenal, la aplastó y tomó la resolución de no comer manzanas jamás. Sus tíos, reconciliados, vinieron a rogarle que abandonara el monasterio y se casase; Sabas no quiso saber nada de eso. Y cuando tuvo dieciocho años, se fue a Jerusalén (457) donde fue recibido en el monasterio fundado por el archimandrita Passarión († 428) cerca de Birket Sitti Mariam, al este de la ciudad santa. Eran tiempos de luchas entre católicos y monofisitas y el atractivo por los monasterios del desierto era muy grande. A principio del año siguiente, Sabas se presentó al gran San Eutimio que, viéndolo todavía imberbe, se negó a aceptarle entre los anacoretas y se lo envió a su discípulo Theoctisto que gobernaba una comunidad en Uadi-el-Dabor, no lejos del mar Muerto. Sabas se sometió dócilmente. Comprendió la sabiduría de Eutimio y, cuando se convirtió en superior de la Laura, jamás admitió a discípulos demasiado jóvenes. Sabas era fuerte, hábil y obediente, y conocía los usos monásticos; sabía cortar la leña del bosque, traer agua, conducir los mulos, y jamás se quejaba; era el monje ideal.

Un monje originario de Alejandría, Juan, tuvo que ir a su ciudad natal para ajustar la herencia de sus padres; Sabas fue designado para acompañarle y se encontró a su vez con sus padres. Su padre, llamado Conon, habiendo sido nombrado jefe de la cohorte de los isaurianos, le propuso a Sabas que se enrolara en el ejército; su negativa no debió asombrarlo mucho; entonces le ofreció veinte monedas de oro, de las que Sabas sólo tomó tres que, escrupulosamente, entregó más tarde a su abad.

Theoctisto murió el 3 de septiembre 467 y su sucesor Marino llevó el timón sólo dos años. A su muerte, Sabas pidió permiso a su nuevo abad, Longinos, para entregarse a la vida ere-

mítica, y éste se lo refirió a Eutimio. Sabas ahora pasaba de la treintena, y fue autorizado a vivir en el desierto bajo la condición acostumbrada de venir a pasar en el monasterio el sábado y el domingo. Se llevaba al principio de cada semana una carga de ramas de palmera y volvía al fin con cincuenta canastas trenzadas. Del 14 de enero al domingo de Ramos, los monjes más austeros se alejaban en el desierto. Sabas acompañó a Eutimio y su discípulo Domiciano. Se aventuraron una vez en las lagunas saladas de Sebkah, al norte del mar Muerto, y estuvieron a punto de morir allí de sed; afortunadamente Eutimio descubrió una fuente. Las lagunas tenían, sin embargo, la ventaja de ofrecer un refugio relativamente seguro. El desierto de la ciudad santa no estaba poblado de monjes, porque los beduinos lo recorrían sin cesar y no vacilaban en cometer tropelías con los que se encontraban. Una de sus bandas más peligrosas huyó, aterrorizada, viendo a uno de ellos engullido en un pantano. En otra ocasión, Sabas, yendo a visitar al solitario Anthos, al llegar de improviso, pudo poner en fuga al beduino que estaba dispuesto a asaltar al venerable anciano.

Cuando murió San Eutimio (el 20 de enero 473), la torre de Anthos quedó libre, y Sabas dejó definitivamente su monasterio para retirarse. Permaneció allí cinco años.

En 478, fue a visitar Jerusalén y tomó el camino de Siloé bajando al valle de Cedrón. A la izquierda, a medio camino del mar Muerto, se encontró una cueva a mitad de un empinado barranco. Se instaló allí y colgó una cuerda para bajar y subir. Pasaron por allí cuatro beduinos y Sabas les echó la cuerda; subieron, admiraron la pobreza y la frugalidad del ermitaño, y pronto vinieron a ofrecerle pan, queso y dátiles. Todo estaba bien. Sabas «vivió consigo mismo», según la fórmula tan querida por los antiguos autores monásticos.

Pero en el desierto de la ciudad santa, no había que esperar a que siempre fuese ignorado. Sabas visitado por beduinos, lo fue también por monjes y al cabo de cinco años algunos le pidieron ponerse bajo su dirección. Las cuevas de los alrededores pronto estuvieron ocupadas, Sabas hizo construir al otro lado del valle una torre y un oratorio donde los sacerdotes, recibidos sólo como huéspedes, podían celebrar la misa, porque no quería a sacerdotes entre sus monjes.

La Laura se fue organizando. Una noche un asno salvaje sediento hizo un hoyo y descubrió una fuente inagotable. Otra noche, Sabas vio una columna de fuego ponerse sobre la montaña; al día siguiente, fue a ver el lugar del prodigio y encontró una cueva vasta: ampliamente abierta a occidente; en uno de sus costados se abría otra cavidad que fue perfectamente adaptada para servir de diaconicón (sacristía). Sabas la adornó y decidió que el sábado y domingo se celebraría la sinaxis en esta iglesia *théoctiste,* «hecha por Dios». Encima hizo construir una torre. La Laura creció rápidamente; los monjes eran ciento cincuenta alojados en celdas cavadas a cada lado del torrente; consciente de sus deberes de Higumeno, Sabas velaba por la organización material porque consideraba indispensable el tener en el mismo lugar todo lo necesario.

A raíz de la muerte del patriarca de Jerusalén, Martyrion, el 13 de abril 486, un grupo de monjes emprendió acciones contra Sabas a quien criticaban por despecho, especialmente porque no los quería ordenar sacerdotes. El santo encontró un defensor en Jerusalén, el guardián del Santo sepulcro, Cyro. El patriarca Salustio inquirió largamente y convocó a Sabas y a algunos monjes quejosos; en su presencia ordenó a sacerdote al Higumeno y luego los acompañó hasta Laura y allí consagró la iglesia «Theoctiste» el 13 de diciembre 491, depositando en ella reliquias de mártires.

Por aquella época murió el padre de Sabas; su madre, habiendo heredado una fortuna viajó cargada de oro a Jerusalén donde su hijo la recibió, muriendo poco después; Sabas empleó su herencia en la construcción de un hospicio cerca de la Laura y en la compra de tierras cultivables en Jericó, medida muy sabia pues, a pesar de la fuente, la Laura no era un oasis.

El viaje de Jericó (una veintena de kilómetros) no era un camino de rosas; un hermano que traía sobre un asno una carga de madera habría muerto de calor si una nube providencial no le hubiera protegido tras invocar a Dios por intercesión de Sabas.

El número de los discípulos aumentaba sin cesar, y justificó el nombre de Gran Laura dada a la fundación de Sabas. En 592, el primer enjambre salió de ella para crear el monasterio de Cas-

tellón (a algunos kilómetros al Este); al año siguiente el noviciado fue instalado al norte de la Gran Laura. Los novicios debían aprender el salterio, las reglas de la salmodia y la disciplina monástica antes de ser admitidos en la Laura donde, si eran hábiles, ellos mismos debían construirse su celda.

Siempre fiel a Sabas, el patriarca Salustio le nombró superior de todos los ermitaños de Palestina, y encargó de la vigilancia de los cenobitas a Teodosio, de origen capadocio e Higumeno de un monasterio cercano. Unidos por la amistad y un ideal común, ambos santos dirigieron firmemente a los monjes y, a pesar de fuertes oposiciones, mantuvieron la ortodoxia de la fe y la observancia.

El sucesor de Salustio como patriarca de Jerusalén fue un monje, Elías (494). Hizo reconstruir el monasterio de la Torre de David, en Jerusalén, convirtiéndole en un hospicio dependiente de la Gran Laura; los monjes de Castellón establecieron otro en la vecindad. Dos monjes isaurianos, expertos en arquitectura, edificaron en la Gran Laura una segunda iglesia, separada de la iglesia Theoctiste por un amplio atrio, y el patriarca Elías la consagró el 1 de julio de 501.

En este monasterio de lengua griega, los armenios formaban un grupo separado; cantaban el principio de la misa en su lengua, hasta las ofrendas y venían luego para agregarse a los griegos, pero cuando Sabas supo que, al Trisagion, ellos añadían una fórmula monofisita compuesta por Pedro el Fulón, decretó que sólo los griegos tendrían el derecho a cantar Trisagion.

En 503, Sabas dejó la Gran Laura a causa de la oposición tenaz de algunos monjes. ¿No sería también que al santo le gustaba poco gobernar un monasterio tan organizado y complejo? Dos iglesias, un horno, una hostelería, un hospital, cisternas, todo esto estaba muy bien, pero a él lo que le atraía era el desierto. Fiel al ejemplo de San Eutimio, no había perdido el hábito de retirarse a la soledad entre el 14 de enero y el domingo de Ramos. Un año, habiendo elegido como retiro una pequeña isla desierta en los alrededores del mar Muerto, a su vuelta se perdió en medio de unas pestilentes marismas de las que apenas salió con vida no sin haber dejado entre las breñas más de la mitad de su barba. En aquellos desiertos se podían tener en-

cuentros inesperados, como cuando topó con un anacoreta escondido en su cueva desde hacía treinta y ocho años. Y no faltaban los leones; el monje Agapito, que acompañaba un día a Sabas, se había dormido, vencido por el cansancio; un león enorme vino a olisquearlo de la cabeza a los pies y antes de irse le dio un buen golpe con la cola; despertado y sobresaltado el pobre monje se refugió precipitadamente cerca de su Higumeno que le calmó diciéndole que su oración lo había protegido, luego sacó provecho del accidente para darle una lección sobre los peligros del sueño.

Durante su exilio voluntario, Sabas encontró una cueva a su gusto y se instaló allí; entonces regresó a su guarida el león que la habitaba y tomó al santo por su capucha para echarlo fuera, pero como era la hora de cantar el oficio, Sabas le rogó que se esperara; al finalizar la salmodia, el león empezó de nuevo; pero esta vez, Sabas le dijo: «somos dos criaturas de Dios y hay un sitio para dos en esta cueva, pero si no quieres vivir conmigo, vete tú.» Y el león se fue.

Al iniciar su exilio, en 503, Sabas fundó un monasterio en Gadara, al este del lago de Tiberíades. En 508, acampando bajo un algarrobo, en Nicópolis (el actual Amuâs, el antiguo Emaús) el administrador de la iglesia, el *epítropos,* le edificó una celda alrededor de la cual se agruparon pronto los discípulos. Vuelto a ser Higumeno, Sabas, conformándose a la costumbre, subió a Jerusalén para el día de las Encenias. Ciertos monjes de la Gran Laura que le querían poco fueron a ver al patriarca Elías para solicitar de él un nuevo Higumeno, diciendo que Sabas había perecido bajo los dientes de unos leones, ignorando, sin duda, sus excelentes relaciones con ellos. El patriarca, que se había negado a darles satisfacción, se puso muy contento al ver de nuevo a Sabas y dio la orden de regresar inmediatamente a la Gran Laura y someter a la obediencia a sus monjes.

Sesenta de ellos prefirieron irse. El abad Aquilino se negó a recibirlos en su monasterio de Suka y entonces ellos fundaron un poco más al sur (a una decena de kilómetros de Belén) la que llamaron Nueva Laura. Sabas pronto supo que estaban en la miseria más absoluta y mandó que les llevaran víveres de la Gran Laura y de Castellón; luego informó al Patriarca, que les construyó un molino y una iglesia.

Durante los siguientes años, la Gran Laura constituyó a su alrededor una corona de monasterios y otras Lauras. En 509, al norte de Castellón, se fundó el monasterio de *Spelunca* (la cueva) que debió su nombre a su iglesia, establecida como la Theoctiste de la Gran Laura, en una caverna. Al año siguiente, la torre de Eudocio, dependencia del monasterio de San Eutimio, que había sido invadida por monjes eutiquianos (luego nestorianos), fue purgada y confiada a un discípulo de Sabas, Juan el Escolar. En 512, dos hermanos oriundos de Hébron, Zann e Hijo menor, fundaron el monasterio de Zann en una cueva habilitada por Sabas. Poco después, Severiano organizó el de Cafarbarica, al este de Hebrón, el más alejado de todos los monasterios, bien que sólo está a una treintena de kilómetros de la Gran Laura.

La Laura de la Heptastome, «las siete cisternas», fue organizada en 512; luego nacieron la de Fermín, cerca de Macmas, al nordeste de Jerusalén, y las de la planicie del Jordán, al sur de Jericó: Neelteraba y la Laura de las Torres.

Esta última se inició no sin ciertas irregularidades. Aprovechando la ausencia de su dueño, el monje Santiago de Jerusalén quiso fundar la Laura. Los ancianos se lo desaconsejaron, pero él se fue, a pesar de todo. Cuando Sabas se enteró de esto lo excomulgó y Santiago enfermó. Al cabo de siete meses, viéndose a las puertas de la muerte mandó recado a la Gran Laura para implorar su perdón; Sabas se lo concedió de buena gana y lo admitió en la comunión; Santiago se curó; pero el patriarca Elías hizo demoler las construcciones comenzadas, y el proyecto de una Laura fue realizado un poco más lejos por dos hermanos griegos.

El monje Santiago debía ser medianamente embrollador. Encargado de la cocina de la hospedería, echaba por la ventana los restos de las habas. Sabas las recogió, y las puso en un plato que le sirvió con un comentario sacado de San Pablo (1 Tim 3,5): «¿Si alguien no sabe dirigir su propia casa, cómo podrá ocuparse de la Iglesia de Dios?». Tentado por el demonio, el mismo Santiago se mutiló a ejemplo de Orígenes. Esta vez, Sabas lo consideró indigno de permanecer en la Laura y se lo expidió a Teodosio, el abad de los cenobitas. Fue encarcelado hasta que tras una prolongada penitencia se hizo merecedor del perdón.

Podríamos multiplicar estos episodios que recuerdan los apotegmas de los Padres del desierto. Sabas iba de camino con un hermano desde Jericó al Jordán, cuando se encontraron con una joven muy hermosa. Sabas comentó: «Tiene sólo un ojo». Pero el hermano contestó: «No, que tiene los dos, lo he visto bien». Respuesta imprudente que le atrajo una amonestación severa: «¿Y qué haces tú de la prohibición de mirar a las mujeres?» Sabas lo expidió a Castellón para que aprendiera a respetar la disciplina monástica.

A veces también se desliza un poco algo de lo maravilloso. Con un signo de cruz, Sabas convirtió en dulces unas calabazas amargas. Hay otra historia de leones: el monje Flaís había curado a un león que mostró su agradecimiento guardando el asno de su bienhechor; desgraciadamente Flaís cayó en un pecado de lujuria y el león se comió el asno y la falta fue descubierta.

Consciente de sus deberes como superior de todos los ermitaños palestinos, Sabas sostenía los monasterios de los santos padres Eutimio y Theoctisto. Usó de su influencia para hacer suprimir el impuesto del *chrysargyro,* que pesaba sobre los beneficios comerciales y había sido fijado de modo arbitrario e injusto. Le pidió a su amigo Timoteo de la franja de Gaza que escribiera una pieza de teatro describiendo el infortunio y la desesperación de los contribuyentes; representada ante el emperador, le conmovió de tal modo que decidió reformar la ley injusta. El entusiasmo provocado por esta noticia no duró mucho tiempo y Sabas se empleó más tarde en conseguir nuevas y eficaces rebajas en los impuestos.

Las muchas controversias teológicas y las herejías de aquella época, tenían en los monasterios graves repercusiones. Los monjes a menudo poco instruidos tenían una tendencia lastimosa a juzgar, en su ignorancia, sobre temas de alta teología y mezclarse en disputas inútiles. Sabas mostró admirable clarividencia y una hábil firmeza. No vaciló en expulsar a los origenistas de la Nueva Laura o los nestorianos de la torre de Eudocio, aunque el peligro más grande estaba en el monofisismo.

Durante el concilio de Éfeso, los monjes habían sido adversarios ardientes de Nestorio, y el gran archimandrita de Constantinopla, Dalmacio, había organizado una manifestación para

atraerse al emperador que tenía que promulgar las decisiones conciliares; su sucesor, Eutiques, fue tan lejos que, creyendo glorificar más a la Virgen María, la Madre de Dios, *Theotokos,* cayó en la herejía y el concilio de Calcedonia tuvo que condenarlo (451). Furiosos ante esta sentencia, los monjes palestinos se rebelaron y se alzaron en armas. Fueron vencidos por las tropas imperiales y San Eutimio hizo volver la ortodoxia a los monasterios. A pesar de eso, Sabas no debió tardar en encontrar entre los monjes a monofisitas, empezando por la Gran Laura. Ya vimos que monjes armenios habían tratado de introducir la fórmula herética compuesta por Pedro el Fulón. Al fin del reinado del emperador Anastasio, la situación religiosa se ensombrece. Viendo las sedes episcopales progresivamente ocupadas por herejes, Sabas se decidió a ir a Constantinopla para devolver al emperador a la ortodoxia. Fue recibido con honor, pudo exponer sus deseos así como obtener algunos favores particulares, pero no modificar las ideas de Anastasio.

El patriarca de Antioquia, el monofisita Severo pretendió ganar Palestina a su doctrina. En 513, al presidir un concilio Tiro, expidió las cartas sinodales al patriarca de Jerusalén que se negó a recibirlas. De nuevo se las reenvió a través de mensajeros imperiales escoltados por el ejército; fueron recibidos delante de la basílica del Santo Sepulcro por un ejército ordenado de monjes en orden de batalla dirigido por Sabas; no se atrevieron a enfrentarse a él y se volvieron. Furioso de este fracaso, el emperador ordenó al gobernador de Palestina, Olympios, que destituyese al patriarca. Hábil y pérfido, Olympios consiguió poner en duda la ortodoxia de Elías, se apoderó de él, le exilió y lo reemplazó por el diácono Juan.

El nuevo patriarca recibió la visita de Sabas y de Teodosio que le aseguró su obediencia mientras defendiera la verdadera fe y su rechazo a la doctrina de Severo de Antioquía. Temeroso, Juan no se atrevió a contradecir a los dos ancianos tan respetados —uno tenía setenta años, el otro noventa y tres—, y se abstuvo de hacer profesión del monofisismo que Olympios había impuesto como condición para su elección.

El emperador Anastasio se vengó sustituyendo a Olympios por un cierto Anastasio que se apoderó de Juan y lo encarceló

en Cesarea. En su prisión, recibió la visita del cónsul Zacarías que le aconsejó pedir la libertad prometiendo declararse abiertamente monofisita; aceptó esta proposición que encontró satisfactoria y, vuelto a Jerusalén, convocó a los fieles para el día siguiente. Diez mil monjes provistos de palos, espadas, guadañas y hachas se presentaron; y como ninguna iglesia de la ciudad era bastante grande para acoger semejante muchedumbre, la asamblea tuvo que reunirse en el extramuros, en el valle de San Esteban. Difícilmente se puede imaginar que tal movilización hubiera podido ser realizada en una noche sin una preparación meticulosa, como lo demuestra lo que sucedió a continuación preparado por Sabas. Jerusalén acogía en aquellos momentos a un peregrino ilustre, un sobrino del emperador, Hypacio. Este se desplazó hasta San Esteban en compañía del gobernador Anastasio. El patriarca Juan hizo su entrada entre Sabas y Teodosio que sobresalían por su personalidad y prestigio. Fue acogido por los gritos de los monjes que durante varias horas no dejaron de gritar: «¡Anatematiza a los herejes, confirma el Concilio!» Cuando pudo subir al ambón y hacerse oír, condenó a Nestorio, Eutiques, Severo de Antioquía, Sotérico de Cesarea de Capadocia y todos sus partidarios. Teodosio terminó la ceremonia declarando: «¡Si alguien no cree en los cuatro concilios como en los cuatro Evangelios, sea anatema!»

El gobernador, desconcertado, huyó a Cesarea; Hypacio declaró que había venido como peregrino y había colmado de regalos las iglesias y los monasterios. Entonces el emperador expidió un decreto de destierro contra el Patriarca, Sabas y Teodosio. Lo esperaban, evidentemente. Una asamblea de monjes redactó una carta donde todos declaraban que no podían en conciencia aceptar la comunión con Severo y que estaban dispuestos a morir mártires y a ver cómo un incendio asolaba los Lugares Santos; acababan expresando la esperanza de que Dios concedería la paz, por la clemencia del muy glorioso emperador. Éste les contestó otorgándoles su deseo y Anastasio declaró que detestaba las disputas dogmáticas tan del gusto de los espíritus orgullosos que creen que sólo ellos son capaces de comprender los misterios divinos y agradeció a los monjes sus buenos deseos con respecto a su persona.

Palestina gozó al fin de la paz religiosa, pero fue probada con una sequía que duró cinco años. Fue considerada como el castigo por el exilio de Elías. También en la Gran Laura, el hambre se hizo sentir, y el ecónomo vino un día a prevenir a Sabas de que sería inútil reunir a los hermanos para el sinaxis del sábado, ya que no había nada que comer. El Higumeno estaba pensando en vender algo, cuando el viernes llegaron treinta camellos que traían vino, pan, trigo, aceite, miel, queso y muchas otras cosas más.

Otra consecuencia de la sequía fue que los beduinos, inquietos y exigentes, condujeron sus rebaños a tierras de otros, en particular a las del monasterio de Spelunca; pero Sabas los disuadió haciendo que sus ovejas no dieran leche. En mayo del cuarto año, los monjes de Spelunca, privados de agua, vinieron a rogar a Sabas que los dejara marchar, pues estando para concluirse la época de las lluvias, la pertinaz sequía no les dejaba ninguna esperanza. Sabas los invitó a quedarse, y una tormenta estalló sólo sobre aquel monasterio, dejando a sus vecinos estupefactos y consternados.

Durante el quinto año, la situación se volvió cada vez más angustiosa en Jerusalén. La fuente de Siloé se había secado. El Patriarca hizo cavar un poco más lejos, en el valle, pero no se encontró agua. Entonces le pidió a Sabas oraciones y vino el agua; y aunque era fuera de temporada sobrevino una tormenta tan formidable y una lluvia diluviana tal, que llenó en un instante todas las cisternas. La fiesta de las Encenias fue celebrada con gran la alegría.

Sabas, considerado como salvador del pueblo, vio cómo su prestigio iba en aumento; era el hombre más escuchado en Palestina. Y cuando Pedro de Eleutherópolis fue elegido Patriarca, en 524, recurrió sin cesar a los consejos del santo en los que tenía una confianza ilimitada.

En enero de 529, Sabas perdió a su grande amigo Teodosio, el jefe de los cenobitas. En 530, nuevas dificultades provocadas por la rebelión de los samaritanos le obligaron a actuar. Aprovechando el factor sorpresa, durante algunos meses los samaritanos habían dominado la mayor parte de Palestina robando en las iglesias y masacrando a los viajeros. Aplastados por los ejér-

citos imperiales, no perdieron toda esperanza, pues uno de ellos, con relevancia en la corte de Constantinopla, trató de echar la culpa de la insurrección a los cristianos, que por sus violencias habrían hecho inevitable tal insurrección. Justiniano pensó, entonces, en aplicar a los cristianos los castigos reservados a los rebeldes; era preciso, pues, detener el golpe en seco. El patriarca Pedro que no tenía madera militar, ni de cortesano, rogó a Sabas que se encargara de esta misión. Provisto de cartas del patriarca, fue recibido Sabas en el Cuerno de Oro por el patriarca bizantino, el obispo de Éfeso, el tesorero de Santa-Sofía y por otros notables que lo introdujeron en el palacio. El emperador Justiniano, saltándose la etiqueta, bajó de su trono, abrazó a Sabas y le pidió su bendición y aceptó el memorial de quejas y de peticiones redactado en Jerusalén. Después de estudiar el asunto, tomó más medidas contra los samaritanos, eximió de impuestos a las poblaciones menesterosas y dio instrucciones para el restablecimiento de las iglesias dañadas. Se interesó también por la terminación de la iglesia Santa María la Nueva, en Jerusalén (hoy completamente desaparecida) y por la construcción de una torre de defensa de los monasterios en medio del desierto (que nunca se construyó). Y finalmente, el impuesto del *chrysargyro* fue suprimido definitivamente.

La emperatriz Teodora quiso ver al santo para pedirle sus oraciones a fin de poder tener un niño. Sabas no se comprometió y poco más tarde declaró a sus hermanos: «No conviene que de ese vientre salga fruto, no sea que, a la vez, se alimente de leche y de la doctrina de Severo (de Antioquía) y por temor a que se turbe la paz de la Iglesia más de lo que aconteció con Anastasio».

De regreso a Palestina, Sabas promulgó las decisiones de Justiniano en Cesarea y en Seytópolis; luego volvió a su Laura declarando que cada uno debía cumplir con su oficio: mientras que el emperador gobierna, los monjes deben rezar. Las generosidades imperiales le permitieron distribuir dinero entre todos los monasterios. Un diácono llamado Jeremías se disgustó mucho con esto y pidió alejarse de estas comunidades demasiado prósperas en su opinión. Sabas se lo permitió de buena gana y le envió monjes para que poblase su nueva Laura a algunos kilómetros al nordeste de la Gran Laura.

A pesar de su actividad, Sabas sabía bien que la muerte no tardaría en llegar. Quiso visitar por última vez los santuarios célebres de Jerusalén, el Santo Sepulcro y San Esteban. Cuando enfermó, el patriarca quiso cuidarlo en su palacio, pero Sabas quería morir en su celda. Reunió a los hermanos, les recomendó guardar con exactitud las reglas de la Laura, encargó el cuidado de la comunidad a Melitón y se recogió en el silencio y la oración. Murió el cuarto día, por la tarde del sábado, 5 de diciembre de 532, a la edad de noventa y tres años.

El patriarca de Jerusalén, los obispos de Palestina y la muchedumbre inmensa vinieron para asistir a su entierro. Su cuerpo fue enterrado en la Gran Laura, en el centro del atrio que separa ambas iglesias. La tumba hoy se encuentra en una capilla hexagonal cubierta por una cúpula, pero está vacía; las reliquias se encuentran en Venecia.

Desde hace tiempo, la Gran Laura se transformó en un monasterio cercado por una sólida muralla que no siempre bastó para evitar el pillaje de los beduinos. Bajo el nombre de San Sabas o bajo el de Mâr Saba, existe hoy un monasterio habitado todavía por monjes griegos que en el curso de los siglos, por su santidad y sus escritos, han asegurado a aquel rincón de desierto una gloria imperecedera.

Adornado de los más gloriosos calificativos: *lleno del espíritu de Dios, habitante de la Ciudad santa, la estrella del desierto, el patriarca de los monjes,* San Sabas ha sido siempre venerado en Palestina y especialmente por los monjes desde el mismo momento en que murió.

Su culto se difundió en todo el Oriente. Las influencias bizantinas explican que se encuentre su nombre en Italia del sur, ya en el siglo IX, sobre el calendario de mármol de Nápoles, y más tarde, hacia 1099-1105, en un breviario de Montecasino.

Probablemente fueron los monjes palestinos quienes, huyendo de la invasión árabe, fundaron en Roma, en el Aventino, la iglesia y el monasterio de San Sabas. Este monasterio griego fue muy celebrado en la antigüedad de la Urbe. Su iglesia pasó más tarde a los monjes cluniacenses, luego a los cistercienses, y posteriormente a otras congregaciones religiosas.

Sabas aparece por primera vez en el misal romano con la edición de San Pío V en 1570. Y, mientras que synaxarios orien-

tales le consagraban totalmente una larga reseña desde siempre, los martirilogios occidentales ignoraron a San Sabas hasta finales de la Edad Media.

Pero es Palestina, patria adoptiva de San Sabas, la que le guardó la memoria más fiel. Aunque poco devotos de los santos orientales, los Cruzados celebraban a San Sabas en las basílicas del Santo Sepulcro y en la del Templo (hoy mezquita de Omar); las órdenes religiosas nacidas de las cruzadas: hospitalarios, caballeros teutónicos, carmelitas, continuaron venerándolo aun después de la pérdida de Tierra Santa.

Sobre la segunda columna meridional de la nave, en la basílica de la Natividad en Belén, un artista del siglo XII pintó a San Sabas vestido con una túnica oscura y una capa amarilla, apoyándose en un cartel en el cual se lee este apotegma en griego: «Quien sea dueño de su vientre y de su lengua se salvará». Su nombre está escrito en griego y en latín, para que pueda ser invocado con el mismo fervor por los fieles de ambas Iglesias.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956).

CROISSET, J., *Año cristiano o ejercicios devotos para todos los días del año. Diciembre* (Barcelona 1863) 87-93.

PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 404-407.

El santo de cada día. VI: *Noviembre-Diciembre* (Zaragoza 1955) 353-361.

BEATO NICOLÁS STENSEN

Obispo († 1686)

Niels (Nicolás) Stensen nació en Copenhague (Dinamarca) el 11 de enero de 1638 del actual calendario gregoriano (1 según el calendario juliano). Su padre, Peter, era pastor luterano, pero murió cuando Niels tenía solamente seis años y su educación —de adolescente enfermizo— incumbió a su madre, Ana, y a su padrastro Johann Stichmann. Nicolás fue educado en la fe cristiana dentro del luteranismo, que comenzó a practicar

con fe viva y con acorde comportamiento moral, aunque no tuvo vocación de pastor luterano como lo fue su padre.

De niño, desde los ocho años a los dieciséis, y todavía más de joven manifestó su vocación científica y universitaria. En la universidad danesa de Copenhague estudió lenguas, matemáticas y botánica y, entre 1656 y 1659, estudió en la misma universidad, así como en las de Ámsterdam y Leiden, anatomía y medicina. En ese año 1659, por causa de la guerra entre Dinamarca y Suecia tuvo que abandonar su patria y sus estudios viajando por Europa para conocer otras universidades, interesándose también por los problemas filosóficos. En un diario que él titulaba *Caos,* y que comenzaba «En el nombre de Jesús», escribió a sus 21 años:

> «Pecan contra la grandeza de Dios aquellos que no quieren estudiar directamente las obras de la naturaleza [...] de tal modo que se privan de la gozosa observación de las obras maravillosas de Dios».

A Stensen se debe el descubrimiento del «ductus salivalis» (llamado desde entonces en medicina con su propio apellido "conducto de Stenone"). En 1663 formuló la afirmación —comprobada por primera vez por él— de que el corazón es un músculo: «cor vere musculum esse», y esta investigación fue revolucionaria para la filosofía, que hasta entonces situaba en él la sede del espíritu vital.

El 4 de diciembre de 1664 la universidad de Leiden le confirió el título de Doctor en Medicina. Entre 1664 y 1666 viajó a Francia para proseguir sus investigaciones pero tuvo que volver a Dinamarca a la muerte de su madre y para resolver la herencia con su padrastro.

En 1666 viajó a la Toscana, invitado por el gran duque Fernando II, donde estudió cómo toda esa región estuvo sumergida en el mar. En Florencia, en el aula Medici, se dedicó a las ciencias de la naturaleza, especialmente a la geología, investigando los fósiles, dando así origen a la paleontología y, de modo muy original, relacionando ese estudio con el de la cristalografía geométrica. En estas ciencias aprendió a descubrir las huellas de Dios, pues decía que si «son bellas las cosas que se ven, más bellas son las que se conocen y todavía más bellas aquellas que no se pueden conocer».

> «El 24 de junio de 1666 estaba en Livorno, era la fiesta del Corpus Christi y se celebraba la procesión eucarística, con largas filas de hombres con túnicas blancas y banderas, cantando, el palio llevado por autoridades. La gente se inclinaba al paso de la Custodia y los ojos ardían de amor fijándose en aquella Hostia mientras las cabezas se inclinaban en adoración. Desde muchos sitios llovían pétalos de flores. Un razonamiento se aferró a su mente: "O la Hostia es un simple trozo de pan y estos que le prestan tanto obsequio están locos, o ella contiene el verdadero Cuerpo de Cristo y, entonces, ¿por qué no la adoro también yo?"» (cf. R. Rigali, en *Niels Stensen).*

El 7 de noviembre del año siguiente, 1667, fue admitido en la Iglesia católica y se dedicó con todo empeño al estudio de la Teología, de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, también para responder a quien lo acusaba de traición hacia la confesión de fe en la que había sido educado desde niño. Entre 1672 y 1674 mantuvo un encargo docente en el «Theatrum Anathomicum» de Copenhague y mientras tanto acogió el deseo del rey Christian V de Dinamarca para ser «Médico anatómico real» pero, por causa de su conversión al catolicismo, no pudo desempeñar cargo público alguno. Por la misma causa y por el hostigamiento recibido de parte de algunos protestantes, en 1674 aceptó la invitación del gran duque de Florencia, Cósimo III, para encargarse de la educación del príncipe heredero de Florencia.

Ocho años después de su conversión y acogida en la Iglesia católica, habiendo estudiado teología y espiritualidad, en la Pascua de 1675, el 13 de abril recibió la ordenación sacerdotal en la catedral de Florencia, pues se había decidido a servir a Dios con toda perfección y, en esta misma diócesis, se estrenó en el ejercicio del ministerio presbiteral. No obstante viajaba con frecuencia hasta Livorno para atender a los fieles en el confesionario de la iglesia de San Sebastián y para predicar a los marineros extranjeros que arribaban al puerto de esa ciudad.

Con gran sorpresa para él, fue elegido —por el Beato papa Inocencio XI— vicario apostólico para las ciudades nórdicas de Europa (noroeste de Alemania, Dinamarca y Noruega) y, con sólo dos años de experiencia presbiteral, recibió la ordenación episcopal el 19 de septiembre de 1677, en Roma, como obispo titular de Titiopolis.

Comenzó su ministerio episcopal atendiendo a los pocos católicos dispersos por la diáspora de ese norte de Europa, desde su residencia en Hannover. Allí trató y conoció al famoso filósofo Leibniz quien, a pesar de las diferencias que mantenía con él sobre la unión de las iglesias divididas por las guerras de religión, reconocía a Stensen como hombre de gran piedad y doctrina. Después y desde el 7 de octubre de 1680 fue obispo auxiliar del obispo diocesano de Münster y Paderbon, Fernando de Fürstenberg, hasta su muerte en 1683. Al comprobar el nivel tan bajo de formación religiosa, la miseria social y el descuido de algunos clérigos preocupados más por hacer carrera que por hacer el bien, escribió un libro titulado *Deberes pastorales.*

Mostraba una gran afabilidad y caridad hacia todos, pero al mismo tiempo firmeza en la defensa de la verdad católica, de tal modo que el pueblo lo tenía por santo. Mantuvo un diálogo abierto con paciencia y firmeza para llevar a los no creyentes a la fe y para mostrar la verdad de la fe católica. Al no ver claro cómo se hizo la propuesta para el nombramiento de un obispo residencial en otra diócesis de Alemania, en septiembre de 1683 se fue desde Münster a vivir dos años a Hamburgo y, seguidamente, invitado por el duque de Schwerin, aceptó el encargo de constituir una comunidad católica con los pocos fieles que allí había, no teniéndose a menos por apacentar una pequeña grey, viviendo como un sacerdote más, dedicándose por completo a los otros, olvidándose de sí mismo y uniendo sus sufrimientos a los de Cristo en la cruz.

Enfermo de gravedad, murió en Schwerin el 5 de diciembre de 1686 (25 de noviembre según el calendario juliano), habiendo entregado cuanto tenía a los pobres y rezando: «Jesús, sé mi Jesús».

Su cuerpo fue enterrado en el templo evangélico luterano de Schwerin, pero, por intervención del gran duque Cósimo III de Toscana, su amigo y benefactor, en 1687 fue trasladado en barco desde Hamburgo a Livorno y a continuación a Florencia, donde todavía reposan sus reliquias en la cripta de la iglesia de San Lorenzo.

En sus cuarenta y ocho años de vida, le cupo escribir más de cuarenta libros, desde los primeros: *Disputatio physica de thermis,*

en 1660, y *De prima ductus salivalis exterioris inventione et bilsianis experimentis,* en 1661, hasta los últimos: *Parochorum hoc age,* en 1682, y *Antilogia contra Michaelis Siricii Ostensionem abonination um papatus idolatricarum,* en 1684. Unas obras tratan, pues, de observaciones e investigaciones médicas sobre: ojos y nariz, glándulas y sudor, corazón y venas, aurículas y ventrículos, pulmón y alvéolos, intestinos y músculos; de análisis sobre animales, anatomía de las aves, cigüeñas y ciervos, perros y conejos, insectos y peces; también de filosofía, como sobre el libre albedrío; otras sobre la Eucaristía, de apologética para demostrar la verdad de la fe católica, sobre la Escritura y los Santos Padres, la fe y la comunión eclesial. Han sido recopiladas en distintos tomos entre 1941 y 1947: sus obras espirituales y sermones, su obra filosófica, su obra teológica y sus cartas, y han sido reeditadas en distintas ocasiones, la última de 1989. Existe una amplísima bibliografía sobre él, como científico naturalista y teólogo pastor, y en relación a las distintas ciencias y escritos que cultivó.

Nicolás Stensen no sólo brilló por su ciencia sino también por su grandeza de alma, pues imitó al Buen Pastor tanto en diligencia como entrega al servicio del pueblo de Dios. Antes y después de su muerte ya era tenido como santo por muchos fieles católicos y por otros cristianos.

No se pudo iniciar la causa de canonización —debido a distintas y extrañas razones— hasta el siglo XX. En Osnabrük se comenzó el proceso ordinario, con procesos simultáneos en Paderbon y Copenhague y con un proceso rogatorial en Florencia, llegando la causa a Roma en 1964. El 12 de enero de 1984 fueron reconocidas sus virtudes heroicas. Se realizó en Florencia otro proceso canónico sobre una curación realizada por intercesión de Nicolás Stensen y el decreto sobre el milagro se dio en Roma el 12 de marzo de 1987. El papa Juan Pablo II estableció que se celebrara la beatificación el 23 de octubre de 1988 y así, a él solo en este mismo día, lo inscribió en el catálogo de los beatos durante la liturgia de beatificación celebrada en la Basílica de San Pedro.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

ASCHOFF, H. G., «Stensen, Niels», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche,* IX (Friburgo 2000) 957-958.

DAHM, C., «Stensen, Nils (latinisiert Steno, Nicolaus)», en *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* X (Herzberg 1995) 1343-1349.

JUAN PABLO II, «Venerabili Servo Dei Nicolao Stenonis Beatorum honores decernuntur»: *AAS* 83 (1991) 551-553.

BEATO FELIPE RINALDI

Presbítero († 1931)

Interiormente testarudo: «Salesiano, sí; pero sacerdote, no».

Hasta que por puro afán de complacencia el insistente joven clérigo dio el brazo a torcer. Cedió.

Mudó de voluntad un tal Felipe Rinaldi Brezzi. Robusto pueblerino, muchachote bueno y ejemplar pero sin ideales de perfección.

Nacido en Lu de Monferrato, donde compartía aficiones campesinas familiares. Encumbrada geografía de viñedos. Y selecta cantera de vocaciones religiosas venida a menos cuando él —penúltimo de nueve hermanos, nacido el 28 de mayo de 1856— despertó a la realidad de la vida.

Todo por culpa del rabioso anticlericalismo de la época, menospreciando y desacreditando el estado sacerdotal y religioso, presente también en la antaño piadosa geografía.

Cristóbal y Antonia, sus progenitores, soñaron y pretendieron una educación esmerada para el niño, encargada a un maestro particular amigo. Cinco años contaba Felipe cuando conoció a Don Bosco. Quien se había presentado en el pueblo, abanderando una espesa chiquillada bulliciosa y alborotadora que, en la iglesia, se tornó silenciosa y orante. Con merecida admiración popular. La familia entró en contacto con el singular visitante.

Total que, rebasados los diez años, mandó al chaval al colegio que aquél había abierto en Borgo San Martino, aproximadamente a media docena de kilómetros de Lu. Asistente sólo una temporada. Pero tiempo suficiente para despertar especial atención en el naciente apóstol de la juventud abandonada.

Una atención circunstancial que derivaría en continuado y creciente interés, estirado a lo largo de la pubertad y de la iniciada juventud del ex alumno de Lu. No perdiendo y buscando ocasiones de coincidencia. Pues el flamante fundador de los salesianos esperaba mucho de él.

Siempre comentándole sobre ideales grandes. Siempre insinuándole el camino del altar. Correspondiendo el muchacho con evasivas y escudándose en su no boyante salud.

Tajante un día Don Bosco ante las cefalalgias y los problemas oculares invocados: «Tus males de cabeza desaparecerán. Y, en cuanto a la vista, tendrás siempre la suficiente para desempeñar tus cargos». Sí. Aunque acabaría perdiendo el ojo derecho.

En resumidas cuentas que Don Bosco ganó la batalla. Cuerpo a cuerpo, a solas con el veinteañero Rinaldi, con ocasión de un intencionado desvío a Lu.

En versión manuscrita del conquistado:

> «Era el 22 de noviembre de 1876; don Bosco respondió a todas mis objeciones. Poco a poco me iba ganando. Desprendido de mi mismo, yo ya no tenía dificultades que superar. Mis padres me dejaban libertad en la elección de carrera. Y mi elección caía naturalmente en don Bosco. Don Bosco me había ganado con los atractivos de su infinita bondad».

La decisión nacería de un nuevo contacto personal. Ahora en Borgo San Martino, adonde la amistad y el atractivo del presbítero fundador salesiano le habían empujado.

Con el consecuente ingreso en la casa de formación acelerada para *Hijos de María,* o vocaciones tardías, que Don Bosco había abierto en Sampierdarena, una población pegada a Génova.

Dejaría constancia en sus memorias escritas:

> «Le di la espalda a este mundo que me había robado los mejores años de mi vida. ¡Que el Señor y María Santísima me concedan el no abusar de la Gracia, después de haberla resistido tanto! ¡Sí, oh Madre mía, antes morir que dejar de corresponder a mi vocación! Haz que con mi fidelidad presente y futura repare el pasado».

Manos a la obra...

Total que su aplicación intensa al estudio y su brillantez académica, más sus notables cualidades morales, le hicieron mere-

cedor de aprecio y de prestigio. Estima singular de los formadores y ascendiente extraordinario entre los condiscípulos.

Y ya, tras el verano del siguiente año, el noviciado. De la Riviera al interior. A San Benigno Canavese, cercano a Turín, donde personalmente Don Bosco le vistió la sotana en fecha 20 de octubre de 1878.

También distinguido. Ahora con responsabilidades varias: asistente general de los connovicios, maestro de canto y profesor de latín. Y rápida su ascensión al altar. Presbítero, el 23 de diciembre de 1882, celebrando su primera misa en la intimidad del noviciado el día de Navidad. La segunda fue en la parroquia natal, acompañado por Don Bosco.

Ya salesiano y sacerdote, siguió en San Benigno hasta que, nueve meses más tarde, la obediencia le plantó en Mathi Torinese. Al frente de la nueva fundación, nacida e instalada provisionalmente en un inmueble rural, pendiente de su traslado —al otro año— al hermoso edificio *San Giovanni* de Turín.

Don Ripaldi tiene veintisiete años y es un hombre juicioso, prudente, dinámico, buen músico y qué sé cuántas cualidades más. Muy humilde él, objeta al vicario general, don Rua: «Vea, Padre, que seré el hombre de sus desilusiones, no el de sus esperanzas». Réplica del ordenante: «No soy yo quien te ha nombrado; es Dios quien te manda».

Doce meses en el campo prodigándose en el aula y en la predicación parroquial; atento a la administración doméstica, precisamente no sobrada de medios; acudiendo a Turín en busca de material y para visitar al fundador; cultivando el espíritu de familia, sembrando alegría. Y todo un quinquenio, en la capital del Piamonte, ilusionado en la formación de apóstoles y misioneros. A la sombra de Don Bosco, con quien tratará familiarmente hasta que la muerte, en enero de 1888, deje huérfanos a los salesianos.

Saldrá de *San Giovanni* en 1888 rumbo a Barcelona para cargar con la máxima responsabilidad en los jóvenes talleres de Sarriá, oficialmente puestos en marcha por el propio Don Bosco en la primavera de 1886. Viajará tras los meses de verano en el Valle de Aosta, al tiempo que cuidaba las vacaciones de los clérigos salesianos, estudiando en profundidad el español.

¡Menuda papeleta la de Sarriá! Mascarón de proa en la Península Ibérica. Con misión de trampolín para la irradiación salesiana en España y Portugal. Pero una realidad lamentablemente problemática.

En comunicación epistolar del flamante director en fechas inmediatas a su incorporación, 26 de octubre:

> «La disciplina deja bastante que desear, los talleres tienen poquísimo trabajo y así los aprendices no están suficientemente ocupados ni es graduado su aprendizaje; habiendo pocos maestros de arte los sacerdotes y clérigos tienen que suplirlos, lo que, unido a sus ya múltiples ocupaciones ordinarias, acaba por agobiarlos».

En definitiva, cierto malestar interno con irradiación en el descenso del alumnado y en la pérdida de bienhechores. Sumándose a tales deficiencias la imposible contratación de profesorado competente y la reparación y ampliación de las instalaciones, como había dispuesto don Bosco en su histórica estancia en la ciudad y de acuerdo con las aspiraciones barcelonesas.

Fue el escenario del aterrizaje español del nuevo director de Sarriá. Iniciando andadura fiel a un triple propósito previo:

> «1.°, examinaré bien la Casa: los tallares, las clases, los patios y los recreos, la iglesia, los corredores, procurando conocer bien las usanzas. 2.°, interrogaré con precaución a todos los Hermanos: sacerdotes, coadjutores, clérigos, aspirantes, personal seglar. 3.°, daré una conferencia».

Cumplió. Sembró autoridad amable, sin sombra de paternalismo, y se ganó al personal de la casa. Se dirá de él que «sentía más afecto de padre que autoridad de superior». Y siempre con los brazos abiertos a un progreso insaciable, generoso en las facilidades para la óptima formación del profesorado.

Puertas afuera, desbordando atenciones y simpatía, recuperó colaboraciones y aun consiguió bienhechores nuevos. Ganándole simpatías y abriéndole corazones el empeño en hacerse español con los españoles. Hasta el extremo de lanzarse pronto, desde el púlpito, en los idiomas de Cervantes y de Verdaguer. Entusiasta del *Don Quijote,* lectura obligada en sus viajes, que le «enseñaba mucha filosofía práctica y, sobre todo, el arte de comprender y tratar a los hombres y de gobernar a los súbditos que Dios le daba». Son sus palabras.

Hermanos, profesores y alumnos, todos le querían. Paso a la referencia testimonial:

> «En octubre de 1889 ingresaba yo, niño de doce años, en las Escuelas Salesianas de Sarriá. [...] La que ahora es una de las más grandes y mejores Casas Salesianas del mundo, laboratorio fecundo de realizaciones culturales y verdadera Universidad del obrero, contaba poco más de un lustro de vida, pero su joven organismo delataba ya una robusta complexión de gigante.
>
> Cuatro años estuve allí, bajo la dirección inmediata de don Felipe Rinaldi, que además era mi confesor, y yo sólo puedo decir de él que a todos nos tenía embelesados
>
> Aquella alegría inalterable y serena [...] aquella suavidad de modos [...] aquella paternidad profunda y difusa [...] aquella mirada suya, tan suya, de sugestión irresistible [...] aquella palabra cálida [...] aquel espíritu, en fin, tan humano y comprensivo [...]
>
> No es extraño, pues, que nosotros, los pequeños, le amáramos con delirio».

Y vinieron los primeros estallidos vocacionales.

Sarriá irradiaba en España. Doquier llovían deseos fundacionales. Es cuando Rinaldi escribe a Turín:

> «Yo no sabía que España fuese tan amante de los salesianos. En todas partes nos quieren, en todas las ciudades nos ofrecen casas».

Todo porque despertaban admiración la realidad del alumnado, de los artesanos y de los talleres profesionales de Sarriá. Su oratorio festivo, su noviciado, las obras de apostolado agrupadas en torno a la iglesia de María Auxiliadora, el entusiasmo de sus cooperadores, el prestigio del centro docente

De resultas nace la inspectoría o provincia salesiana de España, convirtiéndose Don Felipe Rinaldi, en 1892, en su primer titular. Su oración de circunstancias, reflejada en el diario personal: «¡Oh Madre de Jesús y mía! [...] Hacedme prudente, paciente, caritativo para resolver los asuntos con destreza y espíritu salesiano».

Seguirán nueve fecundos años en los que viajará a lo largo y a lo ancho de la Península, despertando vocaciones; proyectando, creando, estimulando, aconsejando... Excelente organizador y administrador. Por ejemplo, prudente ante una programada clausura escolar: «Cerrar no cuesta nada, pero cuesta mucho reabrir». A la inversa, reflexionando sobre un proyecto de

obras: «Ojo a los gastos. Los albañiles son los mejores demoledores de nuestras casas».

Y siempre humilde, supliendo personalmente donde fuere menester. Como cuando, ya revestidos los ministros para una misa solemne, sustituye al subdiácono que no llega y ayuda en la celebración.

Rigurosamente fiel al programa de su andadura provincial:

> «Seré padre, evitaré las palabras autoritarias y los modales menos finos; cuando vengan a hablarme no dejaré ver nunca cansancio ni prisa, proveeré a sus necesidades».

Una andadura eficaz. Los hechos cantan.

Es la multiplicación del doble grupito de heroicos salesianos en España hasta llenar una veintena de casas, mayoritariamente de nativos. En Cataluña, Andalucía, Galicia, Vascongadas, Castilla, Levante, Madrid y Baleares. Y un par de fundaciones en geografía portuguesa. Y la expansión de las Hijas de María Auxiliadora, la rama femenina salesiana, entonces también bajo jurisdicción del provincial.

Más la ilusión en marcha del templo votivo expiatorio del Tibidabo, coronando Barcelona. «Ninguna obra de la España salesiana —se ha escrito— tomó tan a pecho, ninguna recomendó con mayor insistencia» como director de Sarriá, como inspector y como superior general.

Presidiría la colocación de la primera piedra, en fecha 28 de diciembre de 1902, cuando ya llevaba casi dos años de prefecto —colaborador inmediato de la primera autoridad de la congregación salesiana— y administrador central. Una doble misión que había de desempeñar durante cuatro décadas, combinando funciones administrativas, ideales apostólicos y aficiones artísticas. Ministerialmente en el púlpito, en el confesonario, en los hospitales, en las aulas; protagonizando una intensa pastoral juvenil, masculina y femenina. Burocráticamente atendiendo a directores y prefectos, siempre con problemas y pedigüeños. Imperturbablemente sereno, tranquilo, amable. Y comprensivo, paternal, caritativo.

Su secretario, ponderado y maduro, recordará:

> «Le repugnaba condenar. Hallaba siempre atenuante [...] Con las cartas desmedidas o groseras, callando nombres me las leía y

me leía también el guión para que extendiera la respuesta. Recibida ésta la guardaba en una gaveta y dos o tres días después la releía; si estaba libre de todo asomo de pasión la firmaba; si no, la retocaba hasta quitarle todo lo que tuviera sombra de ella y, casi siempre, aún añadía alguna palabrita que pudiera causar efecto agradable, expresiones no sólo calmas sino cordiales.

Desde el despacho igualmente, administrando carencias... pero con plena confianza en el Padre bueno que cuida los pájaros y las flores del campo.

Y mudanza administrativa. Salto a más. A la rectoría o máxima responsabilidad en la dirección de la familia salesiana. Tercero —desde el 4 de abril de 1922— en la sucesión al fundador. Inevitables las comparaciones testimoniales de la época:

— «El Rector Mayor es [...] un verdadero Don Bosco IV, como lo llamamos desde que fue elegido. Yo, que lo escucho, lo veo, lo estudio todos los días, estoy íntimamente convencido de que es precisamente el que necesitaba la Congregación».

— «La paternidad de Don Bosco, la observancia de Don Rua y la piedad de Don Albera».

— «De Don Bosco le falta a Don Rinaldi sólo la voz; todo lo demás lo tiene».

Típica de su rectoría será la preferente atención al mundo misionero y a los centros de formación salesiana y la encarnación en alma propia de la espiritualidad del fundador.

Una vocación evangelizadora, ardiente ya en los años mozos de Felipe. Particularmente influyente en el seguimiento de Don Bosco. Por quien precisamente se decidió compensado, en parte, con la promesa de que cuidaría la formación y el envío de legiones de predicadores de la fe.

No tenía espíritu viajero ni le agradaban el tren y la navegación. Pero la responsabilidad le empujaba, sumando visitas y visitas. Eran presencias activas; tomando parte en las fiestas, imponiendo hábitos, recibiendo profesiones, atendiendo a religiosos, profesores, bienhechores y antiguos alumnos, relacionándose con las autoridades. Con mayor frecuencia en Italia, pero también en Polonia, Austria, Hungría, Alemania, Francia y España. En España donde, en 1926, constató la realidad de 42 casas masculinas y 16 femeninas.

Presencias predicando en la educación la necesaria «presencia de Dios en nosotros, recordado, invocado, amado»; una pie-

dad abierta y alegre; la libertad de espíritu, «ese sentido exquisito de la libertad familiar que permite adaptarse en cualquier momento a las circunstancias».

Insistiendo de palabra y por escrito que, en la formación cristiana de la juventud, el salesiano ha de ser «elemento de vanguardia». Igualmente insistente en la fidelidad a la «aplicación del sistema preventivo [...] consistente no sólo en no pegar ni maltratar, sino en una cosa sencillísima: vivir con los niños», convirtiendo, como se ha escrito, el patio de recreo en aula.

Presencias, finalmente, paseando su ideal: encarnar el espíritu de Don Bosco. (Léase: «la actividad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios [...] que debe ser la características de los hijos de San Juan Bosco [...] desarrollada en un ambiente de familia».) Fiel copia del fundador:

> «Emuló sus virtudes y sus características espirituales —elogiará Juan Pablo II en la homilía de la misa de beatificación— hasta el punto de que lo llamaron su "imagen viviente"».

Un espíritu, a partir de comienzos de 1928, en un estuche corporal gastado.

Bromas de un corazón traicionero que, inicialmente, le obligaron a unas semanas de reposo absoluto. Pero que, repitiéndose, inquietaron seriamente a los médicos. Él, consciente de su apurada salud, disimulaba. Aunque, serenamente, consciente de la gravedad, pues en la intimidad se confiaba: «Me vuelvo viejo y debo olvidarme de la tierra». Pero atento al timón de la rectoría.

Seriamente preocupado en los escasos días del mes de agosto, apartado de Turín, disfrutando de obligado descanso en la tranquilidad agreste de Monte Oliveto, «porque no podía seguir tan de cerca la marcha de la Congregación».

Escribe a su vicario:

> «Hay varias cosas que me preocupan [...] Es lo cierto que siento la necesidad de seguir nuestras cosas, aun teniendo en ti plena confianza y grande gratitud por todo lo que haces».

Regresó a la capital.

Y, pese a la prescripción médica, aún se desplazó a Valsácile y viajó a Niza para saludar y platicar a los inspectores y directo-

res ejercitantes. Pero reconociéndose muy limitado, con una naturaleza muy castigada.

No en vano abrillantan su rectorado un cuarto de millón de fundaciones y más de cuatro mil salesianos nuevos, la expansión misionera de la congregación, la difusión cultural y caritativa a través de los multiplicados oratorios festivos, la promoción de la prensa católica, la edición de revistas y textos escolares, el proyecto de una productora cinematográfica educativa infantil que la guerra europea abortó. Y un auténtico etcétera...

Todo 1929 de mal en peor. Alarma médica, con la prohibición de escribir, leer y salir a la calle. En 1930, aún alternando trabajo y descansos, el corazón seguía en rebeldía. Ya las escaleras le plantaban cara. Es que no podía con ellas. La vida se le escapaba. Aunque aún aguantaría meses. Hasta casi muy adelantado otoño del año siguiente. Entonces sería el derrumbamiento...

La renuncia del rector Felipe Rinaldi. Una renuncia que no pasaría de mero trámite porque el protagonista de la implantación salesiana en España habría de morir agarrado al timón. Coronando noviembre de 1931 hubo una traidora mejoría notable en la apurada salud del enfermo. Quien reconocía: «Con un secretario a cada lado y tantos timbres de alerta me marcharé sin que vosotros os deis cuenta».

Y así sería. Diciembre entró pintando pésimamente el inmediato futuro del anciano religioso, que había perdido sueño y apetito. Conoció que era motivo inquietante y, en consecuencia, de no pocas oraciones. Por lo que exteriorizó: «Muy bien; ya que no sirvo para trabajar, sirvo para hacer rezar».

Ya no se movía de la cama. El día 5 comulgó temprano y, a eso de las 8, sintiéndose con ánimos, quiso levantarse para oír misa. Y tras la Eucaristía el médico le vio tan diferente que, felicitándole, le animó: «A este paso pronto podrá celebrar y hasta hacer un viajecito en tren».

Al poco rato sorprendió sentado en su despacho, en actitud aparentemente orante; entornados los ojos, la cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, la frente tibiamente pálida. Realmente se había ido calladamente...

En sangre caliente su pérdida, estalló la glorificación humana. Cabe el cuerpo presente. Pues las exequias más que funeral, se ha dicho, parecían una apoteosis.

Y cabe la tumba, asombrados los guardianes del cementerio ante la despertada perenne primavera de visitas.

Subrayado el aplauso de los hombres con la exaltación canónica del 9 de abril de 1990.

La Iglesia venera en la basílica del Sagrado Corazón, en el viejo corazón de Roma, al hijo espiritual de Don Bosco que, «consciente de la importancia de los laicos —palabras también del Papa beatificante— cuidó su organización y su formación espiritual, siguiendo criterios modernos [...] al servicio de la educación cristiana de los jóvenes y de las clases populares.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

ALBERDI, R., *Don Felip Rinaldi* (Barcelona 1990).
CERIA, E., *Il servo di Dio Sac. Filippo Rinaldi* (Turín 1951).
Dizionari biográfico dei salesiani (Roma 1969).
FIERRO R., *El siervo de Dios Don Felipe Rinaldi* (Madrid 1961).
VIRGANÓ, E., *Beato Felipe Rinaldi. Genuino testigo e intérprete del espíritu salesiano* (Madrid 1990).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA CRISPINA
Mártir († 304)

A comienzos de diciembre del año 304, en plena persecución de Diocleciano, fue martirizada en Theveste, hoy Tabessa, África, Santa Crispina, madre de familia, cuyo martirio se hizo famoso y del que hace mención frecuente San Agustín, que llega a preguntarse: «¿Quién hay, hermanos, en África que la desconozca?» *(Enarraciones sobre los salmos,* 120,13). San Agustín la califica de «mujer rica y delicada, clarísima, de noble familia y abundante riqueza» (ibíd.). Recibió el martirio con alegría —agrega el Santo Doctor— así cuando la detuvieron como cuando fue llevada al juez, cuando fue metida en la cárcel, cuan-

do la presentaron atada ante el tribunal, cuando la hicieron subir al estrado, cuando se escucharon sus palabras y cuando fue finalmente condenada. Sus hijos intentaron que renegase para no perderla y llegaron a calificar de crueldad su fidelidad al evangelio, pero ella —como manda el evangelio— se arrancó de ellos para poner por encima de todo a Jesucristo. Se conservan sus actas, cuya veracidad está generalmente reconocida, y que señalan la fecha de su martirio el 5 de diciembre del 304.

Crispina comparece ante el procónsul Anulino que le intima la orden imperial de sacrificar a los dioses romanos. Ella respondió que jamás había sacrificado ni pensaba sacrificar sino al Dios vivo y verdadero y a Jesucristo su Hijo. Insistió el procónsul pero ella volvió a decir lo mismo. La amenazó con cortarle la cabeza si no obedecía, pero ella respondió que en habiendo violencia ya no hay devoción. Insistió el procónsul en que sacrificara de manera voluntaria, pero ella volvió a negarse. Volvió a amenazar el magistrado y ella le dijo que sus palabras no le daban miedo, porque si le hiciera caso perdería la salvación. Ella insistió en la vanidad de los dioses. Indicó ella estar dispuesta a padecer todos los tormentos pero que no sacrificaría a los dioses. Dijo el procónsul que iba a mandar que le raparan la cabeza para que así se afeara totalmente pero ella no hizo caso alguno de la amenaza. Insistió el procónsul en que iba a decapitarla y ella respondió: «Si tanta dicha lograre, yo daré gracias a mi Dios. Lo que deseo es perder mi cabeza por mi Dios, pues a tus vanísimos ídolos, mudos y sordos, yo no sacrifico». El procónsul alegó que Crispina se había obstinado en no querer sacrificar a los dioses conforme al mandato de los augustos y por tanto que fuera pasada por la espada. La mártir respondió: «Bendigo a Dios, que así se ha dignado librarme de tus manos. Gracias a Dios». Se signó ella en la frente y el verdugo cumplió su cometido degollándola. De esta forma su hermosa alma entró en el reino de los cielos. En Theveste hubo una grande basílica dedicada a su memoria y donde estuvo su sepulcro.

SAN GERALDO DE BRAGA
Obispo († 1109)

Tras la conquista de Toledo el 26 de mayo de 1085, el rey Alfonso VI por influencia de su esposa trajo monjes franceses que sentó en las sedes episcopales del reino empezando por la propia de Toledo, en la que se sentó Bernardo. Y fue éste el que trajo de Francia a Geraldo, abad benedictino del monasterio de Moissac, el cual se encargó de enseñar el canto según el rito romano a los clérigos de la Iglesia de Toledo. Y cuando vacó la sede de Braga —no estaba aún constituido el reino de Portugal— Alfonso VI presentó a Geraldo, que fue elegido por el clero y el pueblo bracarense y confirmado por Bernardo como metropolitano. Intentó ser un buen obispo. Visitó la diócesis, impulsó la reforma de las costumbres, empezando por el clero, y portándose en definitiva como un prelado típico de la reforma gregoriana. Consiguió que sus ideas cundiesen entre sus diocesanos y su clero. Rodeado de fieles seguidores murió en Bornos el 5 de diciembre de 1109. Tuvo culto muy pronto en su sede pero no ha sido hasta ahora cuando ha incorporado su memoria el *Martirologio romano.*

BEATO BARTOLOMÉ FANTI
Presbítero († 1495)

Se saben pocos datos de la familia e infancia de Bartolomé Fanti, nacido en Mantua hacia 1443 y que con 17 años ingresa en la Orden del Carmen, en el convento carmelitano de Mantua, centro de la congregación reformada carmelita llamada mantuana. Ordenado sacerdote se dedicó a la predicación con gran fruto, siendo su gran empeño llevar a los fieles al amor y devoción a la Eucaristía y asimismo a la Virgen María. Pero su gran obra, a la que se dedicó durante cuarenta años, fue la Compañía del Carmen, una asociación seglar que vivía del espíritu del Carmelo y que acredita a Bartolomé como un gran pilar del Carmelo seglar. Él le dio su regla a la Compañía en doce capítulos breves y claros, totalmente insertos en la mejor tradición de la espiritualidad carmelitana. Parece que, contra lo dicho an-

teriormente, nunca fue maestro de novicios. Se decía que hacía milagros con el aceite de la lámpara del sagrario. Murió en Mantua el 5 de diciembre de 1495. Sus reliquias reposan en la catedral de Mantua. Su culto fue confirmado por el papa San Pío X el 18 de marzo de 1909.

SAN JUAN ALMOND

Presbítero y mártir († 1612)

Había nacido en Allerton, en el Lancashire, y fue a la escuela en Much Woolton. Siendo joven marchó a Irlanda donde estuvo varios años hasta que, decidida su vocación sacerdotal, marchó a Reims para ingresar en el Colegio Inglés. Luego pasó a la misma institución de Roma y defendió sus tesis en el Colegio Romano con general aplauso. Estaba presente el cardenal Baronio, quien, pensando en la probabilidad de que aquel joven muriera mártir, lo llamó y le besó la tonsura, anticipo de otra corona, la del martirio. Se ordenó sacerdote en 1598 y a los cuatro años volvió a Inglaterra donde pudo trabajar con enorme dedicación y celo durante diez años, enseñando la fe católica y defendiéndola frente a los malentendidos y calumnias de que era objeto. Animó a muchísimos católicos a ser fieles a la fe y atrajo a numerosos no católicos a la Iglesia. El gobierno inglés supo de sus actividades y dio orden a sus espías para que lo buscaran con empeño.

Arrestado en marzo de 1612, fue llevado a Newgate cargado de cadenas y fue encerrado en un calabozo oscuro donde lo tuvieron 24 horas sin comer ni beber. Tuvo que discutir con varios ministros protestantes a los que redujo a silencio. Finalmente debió comparecer ante el obispo protestante de Londres, John King. Se le pidió que prestara un juramento en el que se negaba la autoridad del Papa, pero él rehusó alegando que su sumisión al rey estaba dentro de su sumisión a la ley de Dios. Condenado a muerte. Fue llevado a ejecución en Londres el 5 de diciembre de 1612. Le preguntaron que cómo siendo sacerdote se negaba a obedecer al rey. Y él dijo que la ley de Cristo estaba por encima de la autoridad del rey, y que como Cristo había dicho aquello de ir y predicar al mundo entero, había que

ir a la India o a Turquía aunque lo prohibieran las leyes de esos países, porque la ley de Cristo está por encima. Murió diciendo que su muerte era la puerta de la vida. Pronunció el nombre de Jesús y fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue canonizado el 25 de octubre de 1970 por el papa Pablo VI.

BEATO NARCISO PUTZ

Presbítero y mártir († 1942)

Nace este sacerdote polaco en Sieraków el 28 de octubre de 1877. Hace sus estudios en el seminario de Poznan y se ordena sacerdote el año 1902. Vicario de Boruszyn y luego mansionario de Szamotuly, en 1913 es encargado de la parroquia de Wronki y en 1915 es trasladado a Madre, posteriormente a la parroquia del Corazón de Jesús, de Bydoszcz, y en 1925 pasa a la parroquia de San Adalberto, de Poznan. Para premiar sus muchos trabajos pastorales el cardenal Hlond lo designa canónigo honorario de la catedral (1937). Tras ser declarada la guerra mundial, es arrestado y detenido en la cárcel de Poznan en septiembre de 1939, pasando luego al campo de concentración de Dachau y luego al de Gusen, volviendo a Dachau en 1940. Las durísimas condiciones del campo minaron su salud y murió agotado de trabajos y penalidades el 5 de diciembre de 1942. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

6 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Nicolás de Bari († s. IV), obispo de Mira en Licia **.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Asela († ca. 385), virgen.
3. En África, la conmemoración de Santa Dionisia, su hijo Mayórico y otros muchos mártires en la persecución bajo el rey Hunerico († 484) *.
4. En Brescia (Lombardía), San Obicio († 1204), penitente *.

5. En Granada, Beato Pedro Pascual († 1300), obispo de Jaén y mártir, de la Orden de la Merced **.

6. En Hai Duong (Tonquín), San José Nguyen Duy Khang († 1861), catequista y mártir *.

7. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beata Luisa María Frías Cañizares († 1936), virgen y mártir *.

B) Biografías extensas

SAN NICOLÁS DE BARI

Obispo († s. IV)

San Nicolás de Bari vivió, según cálculos aproximados, desde el año 280 al 345. Se sabe de cierto que hacia la época del concilio de Nicea (325) era obispo de Mira, diócesis del Asia Menor. Es probable, aunque no está probado, que asistiera al concilio. Murió en la capital de su diócesis y fue sepultado en la catedral. En el año 1087 sus restos fueron trasladados a Bari, en Italia.

Si tuviéramos que atenernos a lo históricamente demostrado, podríamos terminar aquí. Pero hay un gran hecho histórico que no se puede desconocer: la devoción a San Nicolás de Bari, intensa y extensa. Podríamos decir que, si los milagros abundantísimos que se atribuyen a San Nicolás no están probados, sí lo está el milagro patente de que sea el Santo de iconografía más numerosa, de tal modo que las imágenes de San Nicolás sólo ceden en número a las de la Santísima Virgen. Los marineros del Mediterráneo oriental le veneran como patrono. Los niños de muchos países esperan de él los juguetes. Y Nicolás quiere decir en griego «vencedor de pueblos». Si no tenemos una biografía suya hasta cinco siglos después de su muerte (847), y en ella hay más devoción entusiasta que documentación histórica, poseemos una tradición ininterrumpida que nos autoriza a trazar aquí la biografía popular entrañable del santo de Mira y de Bari.

En este relato tradicional puede efectuarse una discriminación que separe lo probable o admisible de lo improbable y absurdo. Que sus padres se llamaron Epifanio y Juana se puede admitir. Es pura leyenda que se tratase de un matrimonio estéril

al que un ángel se apareció anunciándoles el nacimiento de un hijo llamado a la santidad. Se quiere que esta vocación fuese tan fuerte que el recién nacido se apartaba del pecho nutricio los días de ayuno. La imaginación popular se ha recreado con esta imagen y la misma actitud ha sido atribuida a otros santos.

Temprana y ejemplar devoción juvenil, encendida caridad, que se manifiesta desde la infancia. ¿Por qué no? Que su caridad moviese a Dios a un gran milagro en plena juventud de Nicolás y en la ciudad de Pátara, donde se afirma que nació, ya pertenece a una leyenda piadosa un poco excesiva. Al dirigirse Nicolás al templo, según esta leyenda, una pobre paralítica le pidió limosna. Pero el santo había repartido ya todo lo que llevaba, y entonces, elevando los ojos al cielo y orando internamente con brevedad, dijo a la paralítica: «En el nombre de Jesús, levántate y anda». Y al momento recobró la pobre mujer el uso de sus miembros paralizados.

De los hechos de la vida del santo, el más difundido y el más generalmente aceptado por doquiera no es milagroso de suyo, aunque sí muestra de generosa y encendida caridad. Había en Pátara, según se dice, un hombre rico venido a menos que tenía tres hijas muy hermosas a las que no podía casar por falta de dote. Y el hombre fue tan ruin que maquinó el prostituir a sus bellas hijas para obtener dinero. Súpolo Nicolás —no es necesario admitir que por especial revelación divina, como quieren algunos— y, deslizándose en el silencio de la noche hasta la casa donde habitaban el padre y las hijas, arrojó por la ventana de la alcoba del hombre una bolsa de oro. Se retiró sin ser oído. Al día siguiente el hombre, con enorme regocijo, abandonó su criminal idea y destinó aquel oro a dotar a una de las muchachas, que inmediatamente se casó. El santo, al advertir el excelente fruto conseguido, repitió su excursión nocturna y dejó otra bolsa. Y ésta fue la dote de la segunda de las jóvenes. Nicolás repitió el donativo la vez tercera, pero en esta ocasión fue sorprendido por el padre, arrepentido ya de sus malos pensamientos, que se explayó en manifestaciones de gratitud y de piedad. Por él se supo lo ocurrido y que había sido Nicolás el generoso donante. Como la tradición quiere que las tres veces que el santo dejó la bolsa ocurriera el hecho en lunes, en esto se funda la devoción de los tres lunes de San Nicolás.

Se afirma que el santo perdió a sus padres siendo aún muy joven y que, sintiendo vivamente la vocación sacerdotal, se acogió al amparo de un tío suyo, que le precedió en la silla episcopal de Mira. Este último detalle no puede darse como cierto. Ni tampoco que, una vez sacerdote, se le confiase la abadía del monasterio de Sión. Y en cuanto a la peregrinación a Tierra Santa, que efectuó poco después, parece que existe una confusión entre San Nicolás de Bari y otro Nicolás, también obispo, que rigió la diócesis de Pinara en el siglo VI. En los primeros textos biográficos de los siglos IX y X, los dos obispos del mismo nombre aparecen confundidos, pero la moderna investigación ha puesto de relieve la existencia del segundo, que había sido negada.

Sobre la designación de San Nicolás para la silla episcopal de Mira, hecho histórico indudable, flota también una admisible leyenda piadosa. Se afirma que, no llegando a un acuerdo los electores, un anciano obispo, sin duda por inspiración divina, propuso que se designara al primer sacerdote que entrase en el templo a la siguiente mañana. Este sacerdote fue San Nicolás, que tenía costumbre de celebrar muy a primera hora. Pareció con esto que el dedo de Dios lo señalaba, y fue electo y consagrado obispo de Mira, sede que ocupó hasta su muerte.

La ceremonia de la consagración se completa con un nuevo milagro sumamente dudoso, pero que citamos porque en él se funda la devoción de los que consideran a San Nicolás como abogado especial para casos de incendio. Quiere la tradición que, hallándose el nuevo obispo vestido de pontifical, penetrase en el templo una infeliz mujer que llevaba en brazos a un niño muerto abrasado. Lo depositó sin decir palabra a los pies del obispo, el cual oró brevemente, obteniendo del poder de Dios que el pobre niño volviese a la vida.

¿Fue martirizado San Nicolás durante la persecución del 319? ¿Estuvo en el concilio de Nicea? He aquí dos cuestiones dudosas históricamente, aunque en el terreno tradicional y devoto se contestan en sentido afirmativo. Se asegura que el obispo de Mira fue encarcelado por Licinio y sometido a tortura en la prisión, de lo que le quedaron cicatrices gloriosas, que mostró después en Nicea y que besó Constantino en la recepción final a los obispos concurrentes.

Pero no es nada seguro que San Nicolás estuviese en Nicea. Si, por una parte, nos sentimos inclinados a admitir que estuvo por la sencilla razón de que acudieron allí más de 300 obispos y se cuentan de fijo entre ellos casi todos los del Asia Menor, por otra hay que reconocer que, si estuvo, no se distinguió ni singularizó en nada, ni figura en la larga lista de prelados a los que se confió la difusión de los acuerdos del concilio. No hay que decir que es un puro absurdo la anécdota de San Nicolás en Nicea, dándole un bofetón a Arrio. Lo probable es tal vez que, siendo la diócesis de Mira la menos contaminada por el arrianismo, San Nicolás, por esa razón o la que fuese, no acudió a Nicea.

Lo cual no impide que, en su viaje de ida al concilio, se sitúe el menos admisible y más burdamente popular de sus milagros, que debemos referir a pesar de todo, porque es la leyenda que mas influencia ha ejercido sobre la iconografía de San Nicolás. En la mayoría de las estampas e imágenes aparece San Nicolás al lado de una especie de cubo, del cual salen tres niños en ademán de orar y dar las gracias. Esto alude a una conseja atroz, a la que no se concede el menor crédito histórico. Pretende que, yendo San Nicolás camino de Nicea para asistir al concilio acompañado de Eudemo, obispo de Pátara, y tres sacerdotes más, se detuvieron al caer de la tarde en un mesón o ventorro donde determinaron pasar la noche. Al servirles la cena el ventero puso sobre la mesa una fuente llena de tasajos, al parecer de atún en escabeche. Dispúsose San Nicolás a echar la bendición, y en el mismo instante se le reveló que aquellos tasajos no eran de otra cosa que de carne humana. El ventero era un asesino que, de vez en cuando, mataba a un huésped y salaba la carne, que ofrecía después a otros. Las últimas víctimas habían sido tres adolescentes, que yacían ahora —si a eso puede llamarse yacer— despedazados en una cuba, San Nicolás acusó al ventero de su horrendo crimen y, como el mal hombre lo quiso negar, el santo conminó a todos a que le acompañasen a la bodega o despensa, donde, puesto en oración frente a una cuba, salieron de ella los tres muchachos vivos, que dieron gracias al santo por su intercesión.

Registrado este milagro apócrifo para explicar al lector el sentido de la más acostumbrada representación de San Nicolás, nos queda por decir que el obispo vivió santamente hasta los

sesenta y cinco años de edad y que se da como fecha de su muerte el 6 de diciembre del 345. Enterrado en la iglesia de Mira permaneció el cuerpo de San Nicolás por espacio de setecientos cuarenta y dos años, hasta que, habiendo pasado la ciudad y todo aquel territorio a manos de los sarracenos, cundió en las poderosas ciudades italianas, donde la devoción al santo era muy viva, el propósito de realizar una expedición para el rescate de sus restos mortales. Donde más intensamente arraigó el propósito fue en Venecia y en Bari. Los de está última ciudad dieron cima a la empresa utilizando un barco que en apariencia iba a llevar trigo a Antioquía. Lograron apoderarse de la venerada reliquia y desembarcar con ella en Bari el 9 de mayo de 1087. Allí reposan desde entonces los restos del santo, que por eso es llamado de Bari, y la ciudad es centro de peregrinaciones de devotos de todas partes. Es santo patrono de Rusia, cuyo último zar llevó su nombre y donde la Iglesia cismática celebra la fiesta de la traslación de San Nicolás. El número de rusos que afluían a Bari antes del comunismo era tal, que hubo en la ciudad italiana una hospedería y un hospital moscovitas.

San Nicolás es patrono de marinos y navegantes, porque se cuenta que en una ocasión aquietó las olas enfurecidas, salvando un barco próximo a zozobrar. Y es él, bajo su propio nombre en países católicos, y como la mítica figura de Santa Claus (Saint Nicholas —Sint Klaeg— Santa Claus) entre protestantes, quien trae juguetes a los niños. Ha resultado, en verdad, «vencedor de pueblos» por la universalidad de la devoción que inspira.

NICOLÁS GONZÁLEZ RUIZ

Bibliografía

Analecta Bollandiana 1 (1932) 178-181; 12 (1893) 459.

ANRICH, G., *Hagios Nikolaos. Der heilige Nikolaos in der griechischen Kirche,* 2 vols. (Leipzig 1917).

BEATILLO, A., SI, *Historia della vita, miracoli, traslatione e gloria dell' illustrissimo confessor di Christo San Nicolò il Magno, arcivescovo di Mira, patrono e protettore della città di Bari, composta dal Padre Antonio Beatillo* (Palermo ^{5}1672).

Bibliotheca hagiographica graeca (Bruselas ^{3}1957) 1347-1364.

GAETA, S., *Nicolo de Bari, vescovo di Mira* (Nápoles 1904).

MEISEN, K., *Nikolauskult und Nikolausbrauch im Abendland. Eine kulturgeographisch-volkskundliche Untersuchung* (Düsseldorf 1931).

TILLEMONT, L. S. de, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* VI (Venecia 1699) 688-691; 823-825.

BEATO PEDRO PASCUAL
Obispo († 1300)

Poco después de fundar San Pedro Nolasco la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos, nace Pedro Nicolás Pascual hacia el año 1225 —o tal vez algo más tarde—, de una distinguida y cristiana familia de Valencia, ciudad que sólo en 1238 había de arrebatar al Islam el rey Jaime I de Aragón. Allí debió de cursar sus primeros estudios, iniciando luego la carrera eclesiástica con tal aprovechamiento que, no obstante su corta edad, el mismo rey de Aragón, a petición del prelado de Valencia, le otorgó una canonjía en dicha catedral; por estas fechas era ya clérigo, aunque no sacerdote.

Hacia 1241, y por consejo de San Padro Nolasco, enviáronle sus padres a la Universidad de París, donde permaneció hasta 1249, año en que alcanzó el grado de doctor en Sagrada Teología y recibió el sacerdocio. Tras un rápido viaje a Roma para recibir la bendición de Inocencio IV, regresó de nuevo a España —donde habían muerto ya sus padres— con el decidido propósito de ingresar en la Orden de la Merced. Efectivamente, el 6 de diciembre de 1250, y en el mismo convento de Valencia donde un año antes había tomado el hábito, recibía su profesión fray Arnaldo de Carcasona, sobrino de San Pedro Nolasco. Inmediatamente fue llamado a Barcelona por el santo fundador para enseñar allí filosofía y teología, a más de consagrarse a la predicación. Pero su mayor anhelo era trabajar en la redención de cautivos, y con este fin, tras recoger abundantes limosnas en Cataluña y Aragón, pasó al reino moro de Granada y allí dio principio a su caritativo ministerio.

Sólo de pasada hemos de recordar aquí la viva polémica, por largo tiempo mantenida, respecto a su profesión religiosa, pues mientras algunos sostenían que había sido sacerdote secular, los trinitarios, alegando documentos, negaban que hubiera ingresado en la Orden de la Merced y pretendían contarlo entre los suyos; sin embargo, esta cuestión puede considerarse hoy como definitivamente resuelta a favor de los mercedarios, dadas las múltiples fundadas razones en que se apoya su derecho.

Morando en Zaragoza el año 1253, fue nombrado por Jaime I preceptor de su hijo el infante don Sancho, el cual, tras ha-

ber iniciado la carrera eclesiástica, ingresaba poco después en la Orlen de la Merced. Designado años más tarde arzobispo de Toledo, don Sancho tomó por consejero a su antiguo maestro, razón por la que algunos biógrafos incluso llegaron a creer que Pedro Pascual había sido obispo titular de Granada y auxiliar de Toledo. Muerto don Sancho a manos de los moros en 1275, nuestro futuro obispo de Jaén se consagró de manera primordial a la propagación de su Orden, al rescate de cautivos y a la predicación, recorriendo durante varios años las tierras del sur de la Península, rescatadas años antes del poder musulmán.

Partiendo luego de Toledo, se dirige al reino de Valencia, pasa por Cataluña y atraviesa Francia, hasta llegar a Orvieto, donde a la sazón se encontraba el papa Nicolás IV, con quien debió de tratar sobre nuevas fundaciones de su Orden. Tras unos meses de estancia en Roma emprende de nuevo el regreso a España, pero se detiene en París, tal vez atraído por la controversia inmaculista, que entonces se iniciaba entre los doctores de la Sorbona. Al parecer, defendió también públicamente la doctrina afirmativa y popularizó sus argumentos.

En 1294 se retira a un monasterio de la archidiócesis de Braga llamado de Trasmiras —acaso San Miguel de Trasmiras, hoy en la diócesis de Orense—, donde, a petición del propio arzobispo, es preconizado abad. Mas a principios de 1296 aparece nuevamente en Roma, siendo nombrado obispo de Jaén por el papa Bonifacio VIII, en cuyas manos habían renunciado sus pretendidos derechos los dos candidatos que se disputaban aquella, don Juan Miguel, deán del Cabildo, y Fortunato García. El nuevo obispo de Jaén fue consagrado el 20 de febrero de 1296 por el cardenal franciscano Mateo de Aquasparta, obispo suburbicario de Porto. En el mes de noviembre de dicho año tomó sesión de la diócesis, ocupándose ante todo en reorganizar su administración y gobierno, sensiblemente perturbados por la anterior vacante de siete años y las frecuentes incursiones de los moros granadinos. Por esta razón el mismo papa Bonifacio VIII le había otorgado la facultad de retener por tres años la abadía de San Miguel de Trasmiras, a fin de atender con sus rentas las necesidades más urgentes de la diócesis jiennense.

Cuando llevaba poco más de un año al frente de su grey, y mientras giraba visita pastoral, fue hecho prisionero por los

moros de Granada, que le sorprendieron no lejos de Jaén en septiembre de 1278. Llevado a la capital del reino nazarí, allí pudo disfrutar de una cierta libertad, por cuanto el rey Muhammad II, que le consideró como cautivo suyo desde el primer momento, esperaba alcanzar una crecida suma por su futuro rescate: celebraba los divinos oficios, escribía en su prisión, enseñaba el catecismo a los niños, discurría por la ciudad, disputaba con los doctores musulmanes y predicaba la divina palabra, no sólo en privado, sino a veces también en público. En la diócesis de Jaén, hondamente afligida por la pérdida de tan santo pastor, hízose una colecta para obtener su rescate; mas el venerable prelado gastó la cantidad reunida en libertar a muchos niños y mujeres jóvenes que se hallaban en peligro inminente de perder la fe.

Para consolar a sus compañeros de cautiverio, sostener su fe y apartarlos de funestas lecturas, escribió mucho San Pedro Pascual durante esta última etapa de su vida. Entre sus tratados, de los que muchos no han llegado a nosotros, podemos destacar los siguientes: *Libro de leyendas religiosas,* colección de nueve narraciones basadas en algún hecho de la Sagrada Escritura o en tradiciones populares; el *Libro de Gamaliel,* que trata de la pasión y muerte del Salvador; la *Biblia pequeña,* título popular y tradicional con que es designada una especie de apología del cristianismo contra los judíos; tres opúsculos en los que se explican, respectivamente, el padrenuestro, los diez mandamientos del decálogo y el credo, y la *Historia e impugnación de la secta de Mahoma en defensa de la ley evangélica de Cristo.*

La obra últimamente aludida, encaminada a refutar los errores del Islam, y de la que se hicieron muchas copias, excitó de tal modo el furor de los alfaquíes y aun del populacho, que Muhammad II, no obstante las fundadas esperanzas de satisfacer su codicia, pudo aplazar con dificultad, y sólo por breve tiempo, el fatal desenlace. Mientras tanto, el 29 de enero de 1300, el papa Bonifacio VIII firmaba cinco cartas a favor de la diócesis de Jaén. De las dos primeras, en una confirmaba los nombramientos hechos por el obispo cautivo, y en la otra nombraba administrador; en las tres restantes se refería concretamente al rescate del prelado, dando instrucciones a los dos arce-

dianos y al cabildo y haciendo vivas recomendaciones en tal sentido a los obispos de España.

Por fin Muhammad II se vio obligado a ceder ante las insistentes demandas del populacho y mandó encerrar al venerable anciano en una torre solitaria, situada en la colina que después de la Reconquista recibió el nombre de cerro de los mártires. Allí fue decapitado el 6 de diciembre del año 1300. Por temor a que les sobreviniesen desgracias, los musulmanes entregaron sin dificultad sus reliquias —provisionalmente sepultadas por los cristianos— a los enviados de Jaén y Baeza, que las habían solicitado. Se refiere que, habiéndose originado entre éstos una viva discusión sobre cuál de las dos ciudades había de guardar dichas reliquias, fueron colocadas sobre una mula ciega, que se encaminó instintivamente hacia Baeza, en cuya catedral recibieron honrosa sepultura.

El obispo de Jaén fue venerado como un santo desde que se divulgó la noticia de su martirio, y en el siglo XVII los religiosos de su Orden lograron el reconocimiento oficial de su culto, cuyo proceso inició en 1645 el cardenal don Baltasar Moscoso y Sandoval, obispo de Jaén, dictando sentencia favorable el 31 de marzo de 1655, sentencia aprobada definitivamente por el Sumo Pontífice Clemente X en agosto de 1670. Desde esta fecha hasta 1679 menudearon los breves de la Santa Sede en favor del mártir de Granada, primero aprobando muchos de sus escritos y luego concediendo sucesivamente su oficio y misa a la Orden de la Merced, a las diócesis de Toledo, Granada, Jaén y Valencia y, por fin, a todos los reinos de España, hasta su definitiva canonización.

DARÍO CABANELAS, OFM

Bibliografía

ANIENTO, B., *Vita sancti Petri Paschasii episcopi et martyris* (Madrid 1676).
ARMENGOL VALENZUELA, P., *Vida de San Pedro Pascual, religioso de la Merced, obispo de Jaén y mártir glorioso de Cristo* (Roma 1901).
— ed., *Obras de San Pedro Pascual,* 4 vols. (Roma 1906-1908).
BERGO, J. B., *Resumen de la vida del glorioso mártir San Pedro Pascual de Valencia* (Valencia 1704).
CECILIO, P., *Vida y martirio de San Pedro Pascual de Valencia* (Granada 1629).
COLOMBO, F., *Resumen de la vida del glorioso mártir San Pedro Pascual de Valencia* (Madrid 1676).

VILLEGAS PARDO, J., *Del sexto obispo de Jaén don Pedro el mártir* (vida compuesta en 1600), en M. XIMENA JURADO, *Cronología de los obispos de las ocho diócesis antiguas del reino de Jaén* (Madrid 1652).

• Actualización:

Apertura de las conmemoraciones del III centenario de la canonización de San Pedro Pascual (Valencia 1972).

VII centenario del martirio de San Pedro Pascual (Valencia 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DIONISIA, MAYORICO, LEONCIA, BONIFACIO SIBIDENSE, SERVIO, VICTRIZ, EMILIO, TERCIO

Mártires († 484)

El *Martirologio romano* conmemora hoy el martirio en África de un grupo de cristianos que dieron la vida por la fe católica el año 484 bajo el reinado del rey vándalo Hunerico. Entre ellos estuvo Dionisia, una dama noble y hermosa, y su hijo el adolescente Mayorico, que naturalmente temía los tormentos pero que, alentado por su madre, mostró por fin mayor valor que ninguno. También fue martirizada su hermana Dativa, así como Leoncia, hija de Germán, obispo de Perada, el médico Emilio, Tercio, Bonifacio Sibidense, Servio y Victriz. De sus triunfos da cuenta el historiador Víctor de Vita.

SAN OBICIO

Penitente († 1204)

Nacido en Niardo en mitad del siglo XII, contrajo matrimonio en su juventud y se dedicó a la vida militar, participando en las muchas luchas que hubo en la Italia de su tiempo. En una batalla en las inmediaciones del río Oglio estuvo a punto de perder la vida, y quedó muy impresionado ante la perspectiva de la muerte. Examinando su conciencia, vio que estaba en pecado mortal y que en caso de morir habría ido al infierno. Sintiéndose tocado por la gracia de Dios, abandonó el ejército, dejó todos sus bienes a su mujer y a sus cuatro hijos y tras peregrinar a algunos santuarios se hizo oblato benedictino y llevó

vida de penitente estando al servicio de las monjas de Santa Julia en Brescia. En 1202 hizo una visita a su familia pero luego regresó a Brescia y cuando su hija Berta supo que estaba enfermo acudió a atenderlo. Acudieron también sus otros familiares y en su compañía falleció santamente el 6 de diciembre de 1204. Dejó fama de santo y tuvo culto popular que fue confirmado por el papa León XIII el 23 de julio de 1900. Sus reliquias reposan en la parroquia de Niardo.

SAN JOSÉ NGUYEN DUY KHANG

Mártir († 1861)

Nace en Macao el año 1832 en el seno de una familia china, que era cristiana según parece. Pero se cría en Tra-Vi, en la provincia vietnamita de Nam-Dinh. Hubo de encargarse de su educación su madre, persona esforzada e inteligente, porque de niño se quedó sin padre. Tenía ya los estudios primarios cuando en 1845 entró como criado del sacerdote nativo P. Nang, a cuyo lado continuó los estudios y al que ayudaba en los actos litúrgicos. Era un chico alegre y simpático, pero algo débil y se dejó llevar al juego y a la bebida. Tenía 24 años cuando pasó a Dung-Xuyen con objeto de estudiar latín; mejoró mucho de conducta, superó sus debilidades y ello le granjeó que San Jerónimo Hermosilla, vicario apostólico, lo hiciera su asistente personal. Pasado un tiempo va al colegio de latinidad de Mot y vuelve a sus antiguos vicios. Reflexiona, sin embargo, y se aparta definitivamente de ellos. Cuando esta buena conducta se consolida, es aceptado en la Orden Tercera de Santo Domingo y vuelve a llamarlo como asistente suyo San Jerónimo Hermosilla. Desde entonces unió su suerte a la del obispo. Vivía en unas barcas junto con el citado San Jerónimo, con San Valentín Berrio-Ochoa y San Pedro Almató. Pero una imprudencia hizo que fueran delatados y acudieran soldados a arrestarlos. José defendió como pudo a su obispo pero fue inútil toda resistencia. Iban a arrestar sólo al obispo pero José insistió en que lo arrestaran con él. Llevados a Hai-Duong, se negaron a pisar la cruz, y José, separado del obispo, fue trasladado a la cárcel de Truong-Kham. Llevado ante el tribunal y apaleado contestó

dando sus datos personales y negándose en absoluto a la apostasía. Perseveró en la cárcel con paciencia y mansedumbre hasta que fue ejecutado el 6 de diciembre de 1861 por decapitación.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATA LUISA MARÍA FRÍAS CAÑIZARES

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 20 de junio de 1896 en el seno de una cristiana familia que le proporciona una esmerada educación religiosa. Estudia en la Universidad de Valencia la carrera de Filosofía y Letras en la sección Historia. Y como estudiante da un alto ejemplo de convicciones cristianas, siendo una de las fundadoras de la rama universitaria de la Acción Católica. Terminada la carrera, fue catedrática auxiliar en la Facultad de Filosofía y Letras y, en un ambiente hostil, dio un testimonio ferviente de adhesión a Cristo. Activa militante de Acción Católica en la parroquia de Santo Tomás, se ocupaba también con mucha caridad de los pobres. Peregrinó a Lourdes, Roma y Tierra Santa. Llegada la revolución de julio de 1936, también para ella llegó la hora del martirio. Fue detenida el 24 de noviembre, llevada a un centro anarquista y obligada a desnudarse para hacerle un registro, recibiendo insultos y malos tratos. Llevada a una checa, consoló y animó a sus compañeros con una gran presencia de espíritu. La trasladaron al Picadero de Paterna con intención de fusilarla pero quisieron lograr de ella que apostatara. Ella contestó dando vivas a Cristo Rey. Entonces le sacaron los ojos, le cortaron la lengua y luego la fusilaron. Era el 6 de diciembre de 1936. Sus sagradas reliquias reposan en la parroquia de Santo Tomás, de Valencia.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

7 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Ambrosio († 397), obispo de Milán y doctor de la Iglesia, que comenzó tal día como hoy su ministerio como pastor de dicha Iglesia **.
2. En Espoleto (Umbría), San Sabino († 300), tenido por obispo y mártir.
3. En Siria, San Atenodoro († 304), mártir.
4. En Teano (Campania), San Urbano († s. IV), obispo.
5. En Palestina, San Juan el Silenciario o Hesycaste († 558), que, dejada la dignidad episcopal de Colonia en Armenia, fue monje en la Laura de San Sabas *.
6. En Brige (Faremoutiers), territorio de Meaux (Galia), Santa Fara o Burgundofara († 657), abadesa benedictina *.
7. En Notario (Canadá), San Carlos Garnier († 1649), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
8. En Savona (Italia), Santa María Josefa (Benita) Rossello († 1880), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AMBROSIO DE MILÁN

Obispo y Doctor de la Iglesia († 397)

Con el triunfo de Constantino sobre Majencio y el subsiguiente edicto promulgado el 313 en Milán, los dos grandes poderes del Imperio y de la Iglesia se hermanan en un abrazo de exterior solidaridad; con la elevación de Ambrosio al episcopado de aquella misma sede el 374 se realiza la fusión vital de la sangre añeja del espíritu romano y la sangre renovadora de los principios sobrenaturales del cristianismo. La Providencia preparó admirablemente los caminos.

Hijo de un magistrado romano del mismo nombre, a quien Constantino confiara la prefectura de las Galias, Ambrosio se habituó a contemplar en el espejo de su padre la seriedad de vida, el amor a la justicia, el espíritu de organización y demás virtudes del antiguo patriciado romano. Sobre este terreno tan

bien dispuesto vino la formación en la capital del Imperio, adonde, muerto su padre cuando él contaba catorce años, hubo de trasladarse, abandonando Tréveris, su ciudad natal, en compañía de su madre y su hermano Sátiro. El estudio de la elocuencia en los oradores que habían forjado los grandes días de la República y del Imperio, la familiaridad con los poetas griegos y latinos, intérpretes de sus glorias, y el aprendizaje del derecho, médula espinal de la grandeza de Roma, convirtieron a Ambrosio en un perfecto símbolo de las antiguas tradiciones patrias.

Dentro de este espíritu iba infiltrándose un ambiente sinceramente religioso. Su padre se había convertido al cristianismo en los tiempos duros de la persecución y su familia había sido bautizada con la sangre martirial de Santa Sotera, muerta por la castidad y la fe. Un cuadro plástico del fervor cristiano de la familia nos lo ofrece el grupo de aquellos tres hermanos, tan unidos por un tierno amor, que formaron el hogar del prefecto de las Galias: la primogénita, Santa Marcelina, que voló muy pronto a la sombra del papa Liberio para consagrar a Dios su virginidad; Sátiro, el segundo vástago de la familia, acreedor también al culto de los altares y fiel cooperador en los trabajos del tercero y menor de los hermanos, San Ambrosio el obispo.

Muy pronto se fijó en este último, distinguiéndole con una predilección particular el prepotente Probo, hombre de confianza del emperador Valentiniano I, encargado de la administración de Italia y sincero cristiano en su profesión y sus obras. Le agregó, pues, a la prefectura del pretorio, y en 372, cuando Ambrosio contaba algo más de treinta años, obtuvo para él el cargo de gobernador de las provincias de Liguria y Emilia, cuya capital se hallaba en Milán, despidiéndole con esta consigna de insospechado vaticinio: «Ve, hijo mío, y condúcete no como juez, sino como obispo». Ambrosio no olvidó esta lección, que le granjeó el cariño de todos sus súbditos.

Era entonces Milán la segunda ciudad del Imperio, sede ordinaria de los emperadores cristianos, en la que, por lo mismo, fermentaban las intrigas políticas y repercutían con tanta mayor violencia las amenazas de los pueblos bárbaros cuanto más próximas se hallaban sus fronteras. Últimamente la intranquilidad

se había acentuado con la división religiosa provocada por el obispo Auxencio, de ideas arrianas más o menos solapadas. Dos años llevaba Ambrosio al frente de su prefectura cuando murió el heresiarca. Se reunieron los obispos vecinos en una de las basílicas de Milán para elegir sustituto, y, mientras se prolongaba dificultosamente la deliberación, el pueblo, reunido en las naves del templo, fue gradualmente inquietándose con presagios de lucha amenazadora entre los dos partidos católico y arriano. El prefecto, avisado del peligro, se trasladó a la basílica y dirigió la palabra a la muchedumbre, exhortándola a esperar tranquila la decisión de los electores, cuando de repente, en un momento de pausa, rasgó el silencio del templo la voz vibrante de un niño que clamó por tres veces: «¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo! ¡Ambrosio, obispo!» Al primer estupor siguió inmediatamente el entusiasmo general de la muchedumbre, que, como un eco fue repitiendo aquel grito hasta decidir en este sentido la elección. Es la tradición recogida por Paulino, secretario del nuevo obispo y que en todo caso representaba un símbolo grato de aquella realidad.

Nadie quedó más sorprendido que el mismo Ambrosio, quien jamás había pensado en la carrera eclesiástica y que, por otra parte, siguiendo la censurable costumbre de aquellos tiempos, aún no había recibido el bautismo, esperando obtener por su medio a la hora de la muerte un perdón general de sus pecados. Expuso, pues, su situación de no bautizado, recordó la prohibición eclesiástica de elevar a la dignidad sacerdotal a un neófito, adujo las incompatibilidades jurídicas de su cargo y hasta llegó a fingir acciones menos rectas para alejar de sí semejante nombramiento. Todo resultó inútil y al fin se sometió a los planes de la Providencia, que había hablado por la voz de un niño inocente. Recibido el bautismo, fue a los ocho días consagrado obispo de Milán, el 7 de diciembre del 374, en cuya fecha aniversaria celebra la Iglesia su fiesta litúrgica. A partir de aquel punto se entregó de lleno a las solicitudes del cargo pastoral y bien de la Iglesia, por cuyo esplendor había de trabajar durante veintitrés años de episcopado. Sin embargo, a pesar de su alejamiento voluntario de la corte, la divina Providencia le había constituido, en cierto modo, ángel custodio del trono imperial,

al que aguardaban años tan azarosos. Ángel de la guarda fue para con el emperador Graciano, jovencito de dieciséis años cuando subió al trono, dotado de buenos sentimientos religiosos, pero inexperto e indeciso, y de quien hizo con sus consejos y su dirección un hombre de carácter maduro, que, después de haber dado al Imperio leyes de firmeza y ejemplaridad cristianas, moría asesinado sin doblegarse ante la insurrección. Durante los años de su reinado, Ambrosio entraba en su palacio con plena libertad y a cualquier hora para interceder por los necesitados y perseguidos, fueran cristianos o paganos.

Al subir al trono Valentiniano II, de sólo doce años de edad, todo parecía augurar años difíciles a San Ambrosio, ya que en torno al joven augusto, bajo la tutela de su madre Justina, simpatizante con el arrianismo, se había constituido un foco de oculta hostilidad contra la persona del obispo milanés. Por eso fue más espectacular el gesto de aquella matrona artera y política cuando llevó a su hijo a presencia de Ambrosio, poniéndolo bajo su protección y rogándole que llevase una embajada de paz al general Máximo, proclamado emperador por las legiones de Bretaña. Se trataba de defender a un huérfano y a una viuda, hasta ayer en relaciones nada amistosas, y el obispo no dudó en trasladarse a las Galias para salvar al príncipe. La posterior conducta de Justina no respondió a aquel acto de generosidad; pero años más tarde, muerta ya la madre intrigante, el joven emperador terminó por arrojarse en brazos de Ambrosio, cuyos consejos solicitó de continuo, a cuya dirección entregó el alma de sus hermanas Justa y Grata y cuyo nombre invocó con ansia los últimos días de su vida en las Galias, cuando entrevió levantarse sobre su pecho el puñal del asesino.

Más varoniles fueron las relaciones de amistad entre el obispo de Milán y el emperador Teodosio, basadas en una perfecta compenetración de principios religiosos, que no impidieron, sin embargo, al primero reprender los desaciertos del segundo

Todo este influjo de San Ambrosio sobre la autoridad suprema fue constantemente enderezado a los tres grandes fines que llevaba en el corazón: la destrucción del paganismo, la extirpación de la herejía y la purificación del pecado en la Iglesia.

Porque es cierto que las instituciones y cultos paganos seguían dominando aún en gran parte de la aristocracia romana y

el Senado. Un día se despertaron aterrados los círculos políticos de Roma ante el estampido de una orden imperial que ordenaba retirar del Senado la imagen de la diosa de la Victoria, aquella imagen que había presidido las deliberaciones cruciales del Estado, tan fecundas en triunfos incontrastables. Era un golpe certero asestado contra el corazón del paganismo oficial, pero al mismo tiempo representaba una herida en las más gloriosas tradiciones ancestrales. La emoción cundió entre el pueblo y la irritación entre los senadores paganos, que enviaron una comisión a Milán para entrevistarse con el emperador. Las puertas de palacio permanecieron cerradas a sus aldabonazos, y poco después se les respondía con otro decreto suprimiendo las subvenciones para el mantenimiento del altar de la Victoria, de los sacerdotes consagrados a su culto y de las vestales, custodias venerandas de la Urbe. A través de la firma imperial todos vieron el pulso firme del obispo milanés.

De nuevo, en tiempos de Valentiniano y Justina, el prefecto de Roma, Símaco, en un elocuente discurso que ha pasado a la historia como pieza de verdadero mérito oratorio, expuso ante el Consejo imperial las conveniencias de restablecer la estatua de la diosa con sus sacerdotes y vestales. Ambrosio, advertido del asunto, escribió una réplica tan llena de nervio y vigor, que el joven Valentiniano resolvió tajantemente el asunto. Una vez más había triunfado el santo obispo. La futura tentativa del paganizante emperador Eugenio estaba ya de antemano condenada al fracaso. El paganismo había expirado oficialmente.

Más ardua fue la lucha contra el arrianismo. Ambrosio decidió asestarle un golpe en su centro neurálgico de Sirmio, donde florecía a favor del grupo hostil a Graciano, reunido allí en torno a Justina. Había que consagrar un nuevo obispo católico, y el de Milán se presentó allí para realizar la ceremonia y hacer sentir su influjo. Una muchedumbre con aires de motín le recibió entre gritos y amenazas, hasta el punto que, al subir a la cátedra que le estaba reservada, una mujerzuela le agarró del manto para impedir que se sentase. «No me toquéis —le dijo con tono de majestuosa autoridad—. Soy sacerdote, aunque indigno, y no podéis poner vuestra mano en un ministro del Señor. Temed no os castigue Dios con alguna desgracia». El pueblo quedó domi-

nado por tanta dignidad y la ceremonia terminó sin incidentes. A los pocos días aquella pobre mujer era víctima de grave enfermedad; todos vieron en ello la mano de Dios y la paz quedó restaurada. Bajo esta impresión convocó Ambrosio un concilio en Aquilea que destituyó a los obispos arrianos aún existentes, y por el momento la herejía languideció.

Sin embargo, le quedaban aún por reñir en este punto las batallas más violentas. Ya en el trono Valentiniano II, por instigación de los grupos recalcitrantes, y bajo el influjo de su madre, Justina, ordenó al obispo de Milán que entregase a los arrianos una de sus principales basílicas. Ante su negativa fue llamado a palacio al consistorio imperial. «Ni yo tengo poder para entregárosla ni vos potestad para tomarla», dijo al emperador en su presencia. La disputa se encendió mientras la multitud, noticiosa del peligro de su iglesia y su pastor, clamaba amenazadora en la calle, hasta que el mismo Ambrosio, a ruegos de la alarmada Justina, calmó con sus palabras la irritación popular: «Que no se vierta una sola gota de sangre en nombre de la Iglesia —rogaba a Dios el santo—, y, si alguna hubiese de correr, que sea más bien la mía.»

La dignidad del obispo había triunfado sobre la del césar. Justina no lo olvidó, y al año siguiente un decreto imperial sellado con graves sanciones jurídicas daba libertad de reunión a los arrianos. Se trataba, en realidad, de intimidar a Ambrosio para que entregase sus basílicas al obispo hereje Auxencio. El Santo no se dio por aludido y la corte no osaba pasar adelante, hasta que cierto día de Cuaresma, mientras celebraba el obispo, rodearon las tropas imperiales una de las basílicas esperando la salida de los fieles para ocuparla. Ni el pastor ni sus ovejas consintieron en ceder, y durante varios días quedaron sitiados por las fuerzas militares, sin querer abandonar el lugar santo. Fue entonces cuando Ambrosio, para mantener tenso el espíritu de los cristianos allí voluntariamente encerrados, organizó cantos en coros alternos de salmos e himnos compuestos por él mismo, introduciendo de este modo en Occidente una costumbre que dura hasta nuestros días en el rezo del oficio divino. En la última alocución a los fieles allí presentes les declaró con firmeza: «Rindo mis homenajes de respeto al emperador, pero no

cedo ante él. El emperador está en la Iglesia y no sobre la Iglesia». La corte hubo de capitular, temiendo daños mayores. El arrianismo había recibido su golpe de gracia.

No menos firme se mostró ante el crimen y los escándalos, aun cuando éstos viniesen del emperador Teodosio. Dos veces juzgó deber enfrentarse con él y no vaciló. El año 388 ciertos monjes de Oriente, respondiendo a las violencias de los arrianos, habían incendiado algunos edificios de éstos, entre los que había quedado destruida una sinagoga hebrea. Teodosio, obsesionado por la tranquilidad pública y la justicia, ordenó al obispo de aquella región que la reconstruyese a su propia costa. Inmediatamente recibía una carta del prelado milanés reprochándole aquella decisión inmotivada e impía. Manda suavizarla, pero sin dar satisfacción completa al obispo, quien, en una homilía ante el pueblo de Milán y en presencia del mismo emperador, hace alusiones claras a su proceder condenable. Teodosio se excusa recordando las mitigaciones ordenadas, «No basta —responde el santo—, obra de suerte que pueda ofrecer el sacrificio por ti, con plena seguridad de conciencia». Tras un diálogo público entre ambos representantes de la Iglesia y del Estado, Teodosio promete la entera revocación de la orden. «Celebraré confiado en tu palabra», dice Ambrosio. «Tú la tienes», responde el emperador.

Han transcurrido dos años desde este suceso cuando se promueve en Tesalónica una revuelta popular contra el césar por haber condenado, aunque justamente, a uno de los ídolos del circo. Teodosio monta en cólera y ordena en castigo una matanza general durante una de las fiestas en el mismo circo. Trata Ambrosio de hacer revocar la orden; el emperador se resiste y cuando, al fin, promulga un decreto en contra, varios miles de inocentes han sido ya asesinados. Le exhorta inmediatamente el obispo a hacer penitencia de su pecado, como la había hecho David: caso de no aceptar la penitencia pública, como público fue su crimen, se verá privado de los sacramentos y le será cerrada la puerta de la iglesia. El emperador se somete, aun cuando no sin violenta lucha interior, y cuando, en las fiestas de Navidad, es admitido de nuevo a los oficios sagrados, se le ve presentarse sin las insignias de su poder, como un pecador pú-

blico que con gemidos y lágrimas implora la absolución de su delito antes de ocupar su puesto entre los fieles. El Imperio ha doblado oficialmente su rodilla ante la Iglesia. Más tarde confesará el emperador: «No conozco sino a Ambrosio, que me ha hecho ver qué es un obispo».

Y, sin embargo, su figura no es la de un obispo áulico. Las puertas de su morada permanecen siempre abiertas para ofrecer paso, sin previo aviso, a cualquier creyente o pagano sin distinción. Una clientela incesante de pobres, afligidos o necesitados de consejo asedian su casa, y a nadie niega su ayuda, ya se trate de un desgraciado indeseable, ya de un genio en fermentación religiosa como Agustín. Sus arcas se vacían en favor de los pobres, y, cuando no dan abasto, los vasos de oro y otros metales preciosos son vendidos sin titubeos.

Nada tiene, pues, de extraño que no pueda salir de casa sin que una muchedumbre agradecida y admiradora de sus virtudes le rodee, formando en torno suyo un séquito de veneración y cariño dispuesto a mezclar su sangre con la de su obispo en los momentos de peligro frente a las injusticias de Valentiniano. Bien persuadido de ello está el mismo emperador cuando, a las insinuaciones de ciertos cortesanos para que actúe contra el Santo apoyado en sus tropas, responde: «Bastaría que Ambrosio levantase un dedo para que vosotros mismos me entregaseis a sus plantas atado de pies y manos».

Y lo más sorprendente es que, en medio de tantos afanes y negocios, tuviera todavía tiempo para pronunciar, a veces diariamente, aquellas admirables homilías, origen de sus numerosos tratados exegéticos, que le ocasionaron frecuentes consultas escriturísticas por parte de sus contemporáneos. Conocía muy bien los resortes de la elocuencia clásica, como lo mostró en su refutación a Símaco, y dominaba las galas del estilo, como aparece en sus descripciones martiriales de Santa Inés y San Juan Bautista, dignas de cualquier antología; pero, por lo común, su oratoria era sencilla, pletórica, eso sí, de luz e impregnada de tal suavidad de lenguaje que penetraba hasta lo más profundo del alma, según había de atestiguar el más eximio de sus oyentes: Agustín de Tagaste.

Pero su genio resalta, ante todo, en la unión de dos extremos opuestos, felizmente hermanados en su ascética: el sentido

práctico de la vida ordinaria y la sublimación de los más altos ideales divinos. Su sentido práctico de moralista recto, a la vez, y comprensivo fue herencia de su espíritu romano, así como su principal tratado en este sector, *De las obligaciones de los clérigos,* fue una transcripción al cristianismo de la obra homónima de Cicerón. Las virtudes cardinales, el deber cimentado en el cumplimiento de la voluntad divina, las modalidades de ciertas virtudes, como la pudicicia, y la exposición de los consejos evangélicos adquieren en su pluma una completa nitidez de perfiles.

Ahora que, sobre este fondo obligatorio del deber, su espíritu se remonta a las más altas cumbres del idealismo ascético. Sólo contaba tres años de sacerdocio cuando escribió para su hermana Marcelina su primera obra, *Sobre las vírgenes,* compilando sus homilías acerca de este tema, que su hermana no había podido oír y deseaba ardientemente conocer. Con ellas se había dado a la pureza su más alta sublimación, y al néctar de sus mieles acudían de todas partes jóvenes escogidas deseosas de consagrar al Señor su continencia bajo la dirección del obispo milanés. Era una corriente cristalina de virginidad, desconocida hasta entonces, que se desbordaba por todo el Norte de Italia. Surgieron, como era natural, mezquinas oposiciones. De ahí que un año más tarde hubo de recoger en otro librito, *Sobre la virginidad,* los sermones pronunciados para defenderse a sí mismo y vindicar los derechos de la pureza contra madres doloridas o futuros esposos que veían defraudadas las ilusiones de su cariño. Aún nos había de legar otros dos escritos, uno *Sobre la formación de la virgen y la perpetua virginidad de María,* dirigido a una joven lombarda de su mismo nombre, nieta de su amigo Eusebio de Bolonia, y el otro la sentida *Exhortación a la virginidad,* pronunciado en la inauguración de una basílica, cuya fundadora, viuda noble de Florencia, consagraba sus tres hijas vírgenes al Señor. El Occidente había alcanzado su cima más alta en la sublimación ascética de la continencia.

Vista la facilidad con que el espíritu jurídico-práctico de un romano como Ambrosio supo, sin embargo, elevarse a las regiones más empíreas de lo divino, no puede ya extrañarnos descubrir en él al iniciador de la poesía himnológica cristiana, que habían de levantar poco después a tan alto esplendor el español

Prudencio y el francés Venancio Fortunato, ambos, por cierto, cantores de la virginidad. Los himnos de San Ambrosio figuran todavía hoy en el rezo del Breviario.

El año 395 pronunciaba el santo obispo la oración fúnebre en los funerales de Teodosio el Grande, que venían a ser también los del Imperio romano. Era el canto del cisne de Ambrosio, que dos años más tarde moría contemplando con tristeza la descomposición del poderío secular de Roma, pero habiendo llevado a feliz término la empresa de inocular los espíritus vitales de la grandeza romana en la savia renovadora del cristianismo.

FRANCISCO DE B. VIZMANOS, SI

Bibliografía

ALTANER, B., *Patrología* (Madrid 1956) 324-328.
BROGLIE, J. V. A. de, *Saint Ambroise* (París ^{8}1924).
DUDDEN, F. H., *The life and times of St. Ambrose* (Oxford 1935).
Obras: PL 14-17; y en *Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum,* vols. 32, 62, 64, 67.
PALANQUE, J. R., *Saint Ambroise et l'Empire Romain* (París 1933).
PAREDI, A., *S. Ambrogio e la sua età* (Milán 1941).
UNIVERSITÀ CATTOLICA DEL SACRO CUORE, *Sant'Ambrogio nel XVI centenario della nascita* (Milán 1940).
Vita Sancti Ambrosii, escrita por su secretario Paulino (año 422) a ruegos de San Agustín: PL 14,27-46.

SANTA MARÍA JOSEFA ROSSELLO
Virgen († 1880)

Ser testigo de la misericordia del Padre, he ahí una misión connatural de la Iglesia, que debe ser transparencia e icono de Jesús, el cual encarnó la misericordia divina y la acercó a cuantos padecían, a los más desgraciados de su tierra y de una sociedad, donde era frecuente —como también hoy— la insensibilidad hacia los más desheredados y marginados. Fiel a su misión de misericordia, la Iglesia ha generado, como madre fecunda, numerosos hijas e hijos que han gastado su vida para testimoniar, acercar y hacer sensible y eficaz la misericordia de Dios, que ama entrañablemente —con entrañas de padre y madre— a todos sus hijos, sobre todo a quienes sufren más la injusticia y

aun el desprecio de una sociedad, minada de desigualdades lacerantes, fruto de la desigual distribución de los bienes que Dios ha creado para todos sus hijos.

La misión de misericordia ha sido asumida por numerosos cristianos y cristianas, con iniciativas particulares y sobre todo comunitarias, en Institutos de vida consagrada. Éstos surgieron por iniciativa de fundadores de diferente extracción social. Algunos, y algunas, provenían de familias acomodadas y hasta ricas. De buen grado imitaron a Jesús que, «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza» (2 Cor 8,9). Bajar de categoría social —un desastre y un fracaso para el mundo— fue ganancia asumida libre y generosamente por muchos fundadores que eligieron la misericordia como distintivo de su carisma, don del Espíritu, «padre de los pobres». Otros, como la santa que hoy celebramos, probaron desde su condición familiar la estrechez y el agobio de la escasez de los bienes injustamente repartidos. Supieron descubrir, compadecer y compartir la desgracia de los más pobres de su entorno. De su corazón y de sus manos, sacaron amor e iniciativas para que sus hermanos necesitados pudieran aspirar a una situación corporal y espiritual más confortable, y pudieran desplegar sus posibilidades como personas y como hijos de Dios.

Santa María Josefa probó desde la cuna los sinsabores de una vida difícil y limitada por las estrecheces económicas. Abrió los ojos al sol del Mediterráneo en el pueblo costero de Albisola Marina, diócesis de Savona, el 27 de mayo de 1811. Sus padres, Bartolomé y María Dedone, tenían un pequeño taller de alfarería. Era la cuarta de sus numerosos hijos. No llegó a este mundo en medio de bienes de fortuna, pero de sus progenitores recibió un buen caudal de fe y de piedad. El mismo día de su nacimiento recibió las aguas regeneradoras con el nombre de Benita.

La niña aprendió de labios de sus padres a invocar al Padre y a amar a Jesucristo, modelo de su vida. Con la educación en la piedad cristiana, le transmitieron la habilidad en el oficio de modelar la arcilla. Benita ayudaba también en el cuidado de sus hermanos para que la madre pudiera aportar su trabajo al taller familiar.

Apenas contaba siete años cuando ya vio nacer en ella sentimientos de caridad hacia los pobres y ansias de transmitir a sus compañeras la piedad que brotaba en su tierno corazón. Era su entretenimiento más deseado y su gozo reunir a sus amigas para rezar el rosario, animarlas a apreciar el bien y a evitar el mal, acompañarlas a la iglesia y prepararlas para recibir los sacramentos. Destacaba en ella la devoción a Cristo Crucificado y a la santísima Virgen. Se aplicaba con provecho al estudio.

Al llegar a la edad juvenil, empezó a sentir la llamada a la vida consagrada. No pudo realizar enseguida su propósito de ingresar en una congregación. Se inscribió, antes de 1830, en la Tercera Orden de San Francisco. Como terciaria, insistió en sus ejercicios de piedad y en su amor a la pobreza.

A los 19 años entró al servicio de la familia señorial de los Monleone de Savona; más que como criada, los señores, que no tenían hijos, la acogieron como a una hija adoptiva. Cuidó al señor enfermo con sumo cuidado y desinterés, durante siete años. Al morir éste, la viuda quiso que Benita permaneciera con ella en la casa prometiéndole que la haría su heredera. Pero la futura santa rechazó el ofrecimiento: sentía que Dios la llamaba a servir a los más pobres. Intentó ingresar en la congregación local de Nuestra Señora de las Nieves; pero no fue admitida porque no podía aportar la dote prescrita. Con escaso intervalo de tiempo, murieron entonces sus padres, una hermana y un hermano. Benita tuvo que ocuparse de la familia. La voz de Dios resonó entonces en su vida con una llamada inequívoca.

El obispo de Savona, Agustín de Mari (1835-1840), preocupado por el abandono moral y la ignorancia que sufrían las muchachas de la ciudad, lanzó en 1837 una llamada a las almas generosas para salir al encuentro de esta necesidad con una nueva forma de apostolado. Benita se ofreció enseguida al obispo para tal servicio. Otras tres jóvenes de Albissola: Ángela y Dominga Pescio y Paulina Barla, inducidas por Benita, respondieron a esta vocación. Fiadas sólo de la divina Providencia, las cuatro pusieron los cimientos de la nueva institución. El obispo les proporcionó la primera casa, tomada en alquiler, para instalar en ella una escuela. La fundación no tardó en realizarse. Fue el 10 de agosto del mismo 1837. La primera superiora fue la de

mayor edad, Ángela Pescio. Benita recibió los cargos de maestra de novicias, vicaria y ecónoma. Todo empezaba en un ambiente de extrema pobreza: un crucifijo, una pequeña imagen de nuestra Señora *Mater Misericordiae,* y cinco liras constituían el patrimonio fundacional. El siguiente 22 de setiembre, las cuatro jóvenes recibieron el hábito religioso de la nueva Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia. Eligieron por titular a esta advocación mariana, porque su imagen, venerada en el célebre santuario de Savona, había sido coronada pocos años antes por el papa Pío VII. Por devoción a la Virgen y a su protector San José, Benita cambió entonces su nombre por el de María Josefa. Fines principales de la Congregación eran la instrucción y educación de muchachas pobres y la asistencia a los enfermos. Dos años después, el 2 de agosto de 1839, las hermanas pronunciaron sus votos perpetuos. En 1840 las religiosas profesas eran siete y cuatro las novicias. Aquel año sor María Josefa fue elegida superiora por unanimidad, cargo que desempeñó por espacio de 40 años, hasta la muerte.

El fallecimiento del obispo mons. De Mari el 14 de diciembre de 1840 supuso una pérdida dolorosa para el naciente Instituto. Este venerable obispo había redactado ya un primer proyecto de la regla; el texto definitivo fue confiado luego al carmelita P. Inocencio Rosciano y fue entregado solemnemente a las hermanas el 14 de febrero de 1846 por el nuevo obispo de Savona, Mons. Alejandro Octaviano Riccardi. Entonces recibieron asimismo el nuevo hábito. El nuevo prelado ayudó y apreció la Congregación al servicio de los más humildes; aprobó sus constituciones el 17 de enero de 1863. Estas constituciones señalaban como fines de la congregación: el cultivo de las virtudes morales y cristianas propias de quien se decide a seguir al Redentor, la solicitud por la enseñanza del ignorante, el alivio del afligido, la asistencia al enfermo, la dirección del descarriado, y toda obra de cristiana misericordia. Preferentemente la actividad de las Hermanas debe ser en provecho de los más pobres, abandonados y necesitados. En 1854 estas religiosas empezaron a cuidar a los enfermos a domicilio.

Bajo la sabia y santa guía de sor María Josefa, el Instituto progresó en todos los órdenes. La santa fundadora desplegó

una actividad inmensa para extender los beneficios de sus hermanas a cuantas personas y lugares pedían su presencia asistencial, pedagógica y apostólica; trabajó incansablemente para formarlas profesional y espiritualmente. Cabe reseñar que, ya en los inicios de su congregación, las hermanas asistieron día y noche a los contagiados por la enfermedad letal que afectaba la región ligur. Entre 1842 y 1855 el Instituto abrió casas en Liguria. En 1856 colaboró con los sacerdotes Nicolás Olivieri, genovés, y Blas Verri, milanés, en la obra de rescate de esclavos africanos; abrió sus casas y colegios para acoger a grupos de muchachas moras redimidas de la esclavitud. En 1859 inauguró una nueva fundación en la ciudad de Savona, la Casa de la Providencia, para jóvenes de las clases más humildes, instalada en el palacio de los marqueses Doria Lamba que había adquirido; su preocupación mayor era la de reeducar a aquellas jóvenes o adolescentes e integrarlas en la vida social. En esta obra de envergadura, tuvo el ánimo y la guía del misionero paúl P. Francisco Martinengo, que llegará a ser su primer biógrafo. Otra obra de gran calado fue acometida por la santa en 1869 cuando inició el pequeño seminario para aspirantes pobres al sacerdocio, que aportó numerosos y celosos ministros a la diócesis. Comunicó su espíritu misionero a la congregación cuando, en 1876, envió un primer grupo de quince religiosas a la capital de Argentina, Buenos Aires.

Otra iniciativa de la caridad genial de Santa María Josefa fue la fundación de las escuelas populares gratuitas, novedad absoluta y una necesidad entonces muy urgente en la Liguria occidental. Voltri, S. Ilario, Porto Maurizio (1860) y Albissola, en que surgió la segunda Casa de la Providencia, se beneficiaron de estas escuelas. Su última gestión fue la fundación de un asilo para muchachas arrepentidas de una vida desviada, en camino de recuperación (1880).

Al fin de su fecunda vida, el Instituto de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia contaba con 65 casas, casi todas en Liguria, desde San Remo a Portofino, una en Roma y seis en Argentina.

La espiritualidad de esta santa fundadora estaba iluminada, cimentada y fortalecida en una confianza absoluta en la divina

Providencia, en el patrocinio de San José y en un inquebrantable espíritu y tesón de iniciativa. Les repetía a sus hijas: «El corazón a Dios, las manos al trabajo». Con caridad paciente y perseverante, siempre estuvo dispuesta a prestar a las educandas y a los enfermos y enfermas los más humildes servicios. Como escribió Pío XI en la bula de beatificación:

> «Resplandeció en ella una pureza virginal, una profunda humildad, una prudencia consumada, una preocupación por ganar almas para Dios, la fortaleza en las adversidades, un amor evangélico a la pobreza, una gran confianza en la Providencia de Dios y en su Misericordia».

Después de una vida entregada a los más pobres, habiendo soportado por un año una enfermedad incurable con santa resignación, fue a recibir el premio de su único Señor y Esposo a los 69 años de edad, el 7 de diciembre de 1880, desde la casa generalicia de Savona. Fue sepultada primero en el cementerio civil; en 1887 sus despojos fueron trasladados a la casa general de la Congregación, en cuya capilla hoy son venerados.

Murió en gran fama de santidad que se afianzó en los años siguientes. Por ello se inició su causa de canonización. Primero se hicieron los procesos ordinarios. El 23 de julio de 1924 Pío XI firmó la introducción de la causa en la Congregación de Ritos. El mismo papa la declaró venerable por sus virtudes heroicas en 1936. El mismo año fueron aprobados dos milagros conseguidos por su intercesión. Fue beatificada por Pío XI el 6 de noviembre de 1938. El 12 de junio de 1949 Pío XII la canonizó solemnemente en la basílica de San Pedro del Vaticano.

Dos días después, el Papa se dirigió a las hijas de la santa fundadora y a sus devotos en audiencia pública:

> «La misericordia inspiró e impregnó toda su actividad [...] Nada le faltaba verdaderamente: ni los dones naturales ni los de la gracia, todos iluminados por la experiencia personal y el sufrimiento, fecundados por la oración y por la unión constante con Dios, con los santos, con la Reina de los santos, Madre de Misericordia [...] Todos los dones y las virtudes naturales no bastan para explicar la plenitud de su obra, su ardor y, al mismo tiempo, su calma y serenidad imperturbables [...] Ella no tenía más que un deseo: el de hacerse santa, de ser útil a los pobres y de impedir los pecados. En todas sus palabras y acciones se proponía como único fin la gloria de Dios y el bien de las almas».

El papa León XIII concedió el *decretum laudis* a la congregación fundada por Santa María Rossello el 13 de setiembre de 1900. Pío X la aprobó definitivamente el 12 de enero de 1904. En 1975 el Instituto estaba dividido en 8 provincias y contaba con 1.733 religiosas. Italia, Argentina, Estados Unidos de Norteamérica, Brasil y la India (en Kerala) tenían casas de las hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 30 (1938) 405-410; 41 (1949) 360-365.
BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 254-256.
Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1966) cols.1069-1072.
CAMINADA, C. *Beata M. Giuseppa Rossello fondatrice delle Figlie di N. S. della Misericordia, Savona* (Como 1938).
DELFINO, P. S., *La beata Maria Giuseppa Rossello* (Turín 1938).
MARTINENGO, F., *Vita, opere e virtú di Sr. Maria Giuseppa Rossello* (Bolonia 1910).
NOBERASCO, F., *Lo spirito e l'apostolato della Serva di Dio Suor Maria Giuseppa Rossello* (Turín 1921).
ODDONE, A., *Lineamenti biografici di Santa M. G. Rossello* (Roma 1949).
— *Vita della beata Maria Giuseppa Rossello* (Roma ^{2}1949).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1976) t.III, cols.1650-1652; t.V, cols.952-853.
Santa Maria Giuseppa Rossello (Turín 1949).
TRAVERSO, L., *Vita e virtú della Serva di Dio Maria Giuseppa Rossello* (Milán 1934).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUAN EL SILENCIARIO
Obispo († 558)

Nace el año 454 en Nicópolis, Armenia. Queda huérfano muy joven y opta por la vida monástica, fundando un monasterio con algunos compañeros que lo eligen a él como guía de la comunidad. Se acredita como persona santa y esto motiva que a los 28 años fuera elegido obispo de Colonia o Taxara. Procuró ser un buen obispo, pero el ministerio pastoral no era exactamente lo que llenaba sus aspiraciones y por ello unos diez años más tarde presentó la dimisión del episcopado y se fue a Jerusalén. Aquí se instala en el Hospital de San Jorge Mártir, destina-

do a acoger ancianos pobres y enfermos, en cuyo servicio Juan se esmera. Pero tiene una visión que le impacta: creyó ver una cruz luminosa y oír una voz que le decía que si quería salvarse siguiera aquella luz. La cruz luminosa lo guió hasta la Laura de San Sabas, en la que pidió y obtuvo ingreso, pasando el resto de su vida en la vida contemplativa y penitente de los monjes de la Laura. Murió ya centenario el año 558. Su memoria la señala el *Martirologio romano* el día 7 de diciembre y ese día lo conmemoran los sinaxarios bizantinos, pero creen algunos que la fecha de su muerte es el 13 de mayo. Por haber guardado silencio los años de su estancia en la Laura se le llama «el Silenciario» o «Hesycaste».

SANTA FARA
Abadesa († 657)

Fara o Burgundofara, nacida en Poincy, cerca de Meaux, es hija del noble Agnerico, cortesano del rey merovingio Teodoberto II, y fue hermana de dos santos: San Farón de Meaux y San Cainoaldo de Laon. Aunque su padre quería casarla, ella prefería ingresar en un convento como religiosa, pero no obtuvo licencia de su padre sino cuando curó de una grave enfermedad que le dijeron al padre le había sobrevenido a la joven por no permitírsele hacerse monja. Entonces Agnerico edificó en Brie un monasterio para su hija, que fue un doble monasterio de monjes y monjas y que posteriormente pasó a llamarse de Faremoutiers. Se seguía en él la regla benedictina pero con una interpretación muy estricta. La abadesa del mismo fue Fara, que lo presidió a lo largo de treinta y siete años, acreditándose mucho y atrayendo vocaciones de muchas partes, incluyendo las Islas Británicas. Muchas jóvenes de la nobleza se educaban en el monasterio. Fara murió el año 657 y su memoria se celebra el 7 de diciembre.

SAN CARLOS GARNIER
Presbítero y mártir († 1649)

Nace en París el 25 de mayo de 1606 en el seno de una familia opulenta, que encargó su educación al colegio de los padres jesuitas. Era un chico delicado e inocente, muy devoto y religioso desde pequeño, y que encauzó su devoción a la Virgen María siendo congregante mariano. En 1624 decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús, en la que profesa, añadiendo a los votos religiosos regulares el de defender la Inmaculada Concepción de María. Ordenado sacerdote fue enviado a las misiones del Canadá a las que arribó en 1636. Evangelizó en todo el territorio iroqués pero su nombre va más estrechamente vinculado a la misión de los indios tabaqueros, establecidos entre el Notawasaga y la bahía de Matcheda. Estaba, concretamente, en la residencia de San Juan Bautista cuando el día 7 de diciembre de 1649 los iroqueses cayeron repentinamente sobre la desprevenida aldea. En medio de la confusión él empezó a ejercer su sagrado ministerio acercándose a los heridos cuando dos tiros de arcabuz dieron con él en el suelo. Volvió en sí y quiso arrastrarse hasta un herido para atenderlo cuando un guerrero le abrió las sienes de dos hachazos. El misionero muerto aquel día había sido llamado por los fieles de las misiones de Canadá «el ángel de la caridad». Fue canonizado el 29 de junio de 1930 por Pío XI. Su memoria litúrgica se celebra el día 19 de octubre con los demás mártires del Canadá (cf. biografía extensa en: *Año cristiano. Octubre,* 493-498).

8 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María **.
2. En Alejandría de Egipto, San Macario († 250), mártir.
3. En Roma, en la Via Apia, la deposición de San Eutiquiano († 283), papa *.

4. En Traer (Galia), San Eucario († s. III), primer obispo de la sede.

5. La conmemoración de San Patapio († s. V/VI), solitario.

6. En el Monte Vósego (Borgoña), San Romarico († 653), abad, fundador del monasterio de Habendum o Remiremont.

7. En Vaux-de-Cerney, San Teobaldo de Marly († 1247), abad cisterciense *.

8. En Notario (Canadá), San Noel Chabanel († 1649), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

9. En Lima (Perú), Beata Narcisa de Jesús Martillo Morán († 1869), virgen **.

10. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato José María Zabal Blasco († 1936), mártir *.

11. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Luis Liguda († 1942), presbítero, de la Sociedad del Verbo Divino, mártir *.

B) Biografías extensas

INMACULADA CONCEPCIÓN

> «Dios inefable, cuyas vías son la misericordia y la verdad, cuya voluntad es omnipotencia y cuya sabiduría alcanza de uno a otro confín fuertemente y dispone todo con suavidad, habiendo previsto desde toda la eternidad la ruina lamentabilísima de todo el género humano que había de derivarse de la culpa de Adán, y habiendo determinado en el misterio escondido desde todos los siglos cumplir por la encarnación del Verbo la primera obra de su bondad con un misterio todavía más secreto, a fin de que el hombre, empujado a la culpa por la astucia de la diabólica iniquidad, no pereciese, contra su misericordioso propósito, y para que lo que había de caer en el primer Adán fuese más felizmente levantado en el segundo, eligió y señaló desde el principio, y antes de todos los siglos, a su unigénito Hijo una Madre, de la cual, habiéndose hecho carne en la feliz plenitud de los tiempos, naciese; y tanto la amó por encima de todas las criaturas, que solamente en ella se complació con señaladísima benevolencia».

Como nos lo indican las anteriores palabras de Pío IX, la concepción inmaculada de la Virgen María es un maravilloso misterio de amor. La Iglesia fue descubriéndolo poco a poco, al andar de los tiempos. Hubieron de transcurrir siglos hasta que fuera definido como dogma de fe. Y no es extraño, porque Dios lo reveló obscuramente, y ello en dos momentos decisivos de la historia del mundo y en dos instantes extremos de la vida

de Cristo. Y los hombres somos lentos en comprender, en descifrar el íntimo significado de las cosas.

En los albores de la creación, luego que Adán pecó seducido por Eva, arrastrándonos a todos al misterio de tristeza, al pecado, quiso Dios enviarnos un mensaje de esperanza: una mujer llevaría en brazos al hombre que había de quebrantar la cabeza de la serpiente; una mujer quedaría íntimamente asociada al Redentor en una lucha que había de terminar con la derrota satánica. Si el demonio engañó al hombre por la mujer, la mujer debelaría al demonio por el hombre y con el hombre.

No era ya noche, sino que comenzaban los levantes de la aurora, la plenitud de los tiempos, cuando el ángel se acercó a una virgen de Nazaret, en Galilea, y le dijo: «Alégrate, la llena de gracia, el Señor es contigo».

Dijo Dios a la serpiente: «Pondré enemistades entre ella y tú». Y ahora el ángel, como un eco, penetrando en el alma de María a través de sus claros ojos, la saludaba de gracia llena. Pero ¡es tan oscuro todo esto! Apenas si luego se podía comprender más, cuando vino Cristo al mundo y la Revelación se hizo palpable. Los primeros hombres que le contemplaron fueron pastores rudos. Le vieron en una gruta, recién nacido, clavel caído del seno de la aurora, glorificando las pobres briznas de heno, cual rezó Góngora en su delicioso villancico. Le miraban con ojos redondos, absortos, llenos de un asombro sencillo y elemental. Estaba en brazos de ella, Madre de Dios, circundada por un halo de celestial ternura.

Otro día las pajas del heno se habían transformado ya en leños duros y clavos atormentadores. Los labios de él bebían sangre, sudor y lágrimas en lugar de blanca leche bajada del cielo. Ella estaba de pie, sufriendo, rodeada por un velo negro de severo dolor: la nueva Eva, la compañera del Redentor, la Corredentora. Y así la contemplaban discípulos acobardados, soldados indiferentes, chusma.

Madre de Dios, Corredentora... Las mentes de los Santos Padres primero, de los teólogos medievales después, fueron desentrañando el significado de tales palabras. Comprendieron el *llena de gracia* a la luz del pesebre y el *pondré enemistades* al fulgor del Calvario. Fueron comprendiendo que la dignidad de Madre

de Dios está reñida con todo pecado; que su oficio de corredentora exige la inmunidad de la mancha original, a fin de poder merecer dignamente, con su Hijo, liberarnos de la culpa. Todavía hoy siguen estudiando los teólogos el abismo de pureza que es la concepción de María, y, al analizar sus raíces y su contenido, renuevan la escena de Belén; asombro y más asombro ante la profundidad del misterio.

Cuando la Iglesia tuvo plena, formal, explícita conciencia de que la limpia concepción de María era doctrina contenida en la Revelación y, por tanto, objeto de fe, pasó a definirla como tal. Y nos dijo Pío IX:

> «La doctrina que afirma que la Virgen, en el primer instante de su concepción, fue preservada inmune de toda mancha del pecado de origen por una singularísima gracia y privilegio de la omnipotencia divina y en atención a los méritos del Redentor del género humano, es doctrina revelada y ha de ser así creída por los cristianos».

Así, con toda la densidad de concepto —cada palabra encierra una indispensable idea—, con toda la sobriedad de estilo —dureza y linea escueta— propias de una definición dogmática, venía el Papa a enseñarnos que la Inmaculada Concepción es un misterio de amor. Porque no sólo nos definió que la Virgen fue preservada del pecado de origen, sino que lo fue por los méritos de la pasión de Jesús.

Para llegar a entender plenamente estas palabras con toda la preñez de sentido histórico que contienen, sería menester remontarnos a los principios de las disputas teológicas sobre la Inmaculada: fuera necesario desempolvar infolios sin término, recorrer el proceso de las ideas que fueron a desembocar en el cuadro justo de la definición dogmática. Porque si bien el sentimiento del pueblo cristiano proclamaba fuertemente la inocencia de la Madre de Dios, si a todos era manifiesta la conveniencia de atribuir a María tal privilegio, los teólogos, que representan en la Iglesia el papel de la razón, a la que corresponde la a veces enojosa tarea de frenar impulsos sentimentales carentes de fundamento objetivo, de medir críticamente los motivos de asentimiento a una cualquier doctrina o los de su repulsa, los teólogos no sabían cómo conciliar dos cosas aparentemente contradictorias: la gloria de Cristo y la pureza de su Madre.

Estaban claros los términos del problema: Cristo es redentor del género humano, su gloria brota de la cruz. Cristo nos amó en cruz y las flores de su amor son rosas de pasión. El influjo de Cristo sobre todos los hombres se realiza implicado en el misterio de iniquidad: sufrió por salvarnos de la culpa y merecernos la gracia; su acción santificante viene precedida y condicionada por la previa remisión del pecado. Si María fue siempre pura, si no lo contrajo, Cristo no sufrió por ella. Si no sufrió por ella, la rosa más hermosa de la humanidad escapa del rosal de su pasión, del riego generoso de su sangre. Ni el influjo santificador de Cristo se extiende a su Madre, ni es Redentor universal del genero humano al sustraérsele la bendita entre las mujeres.

¡Gloria de Cristo!... ¡Pureza de María!...

Claro que todas estas cosas, en apariencia distantes, lo infinitamente grande y lo infinitamente pequeño, el ser y la nada, la bondad y el pecado, la fuerza y la flaqueza, se unen siempre por un aglutinante de ilimitada potencia: el amor.

Cuando Duns Escoto formula la definitiva solución del problema lo hace con trazos sencillos. Podría resumirse así: es más glorioso para Cristo preservar a María que extraerla del pecado; sufrir en la cruz para evitar que contrajese la culpa que no para limpiarla después de manchada, pues ello encierra un beneficio mucho mayor. Los escolásticos, ya lo sabemos, no eran amigos de ciertos aspectos sentimentales del querer y no prodigan la palabra «amor», sino que se atienen a describirlo con macizos conceptos, a desentrañar su esencia. Tenían que venir los pontífices a Aviñón y esparcirse por Europa el gusto de lo provenzal; tenía que venir Lulio a escribir teología y filosofía en forma de novela, de poema, de apólogo. Las fórmulas escuetas se llenarían de colorido y de sentimiento palpitante, se describirían los amores divinos con palabras entrañablemente humanas, hasta que el barroco, rebasando toda medida y pisando los umbrales de la irreverencia, no se hiciera de melindres al comparar a la Virgen con Venus o Juno y a Jesucristo con un fiero Marte o un Cupido travieso.

La Inmaculada Concepción de María es una obra de perfecto amor, una perfecta glorificación de Cristo.

La preservó del pecado porque la amó más que a nosotros, a ella, bendita entre las mujeres.

Pero vamos más allá. El hecho de la preservación de la culpa es sólo uno de los aspectos de la gracia inicial de la Virgen. Ya en aquel momento era un abismo de belleza. Como decía Pío IX, la Virgen fue

> «toda pura, toda sin mancha y como el ideal de la pureza y la hermosura: más hermosa que la hermosura, más bella que la belleza, más santa que la santidad y sola santa, y purísima en cuerpo y alma, la cual superó toda integridad y virginidad y ella sola fue toda hecha domicilio de todas las gracias del Espíritu Santo y que, a excepción de sólo Dios, fue superior a todos, más bella, santa y hermosa por naturaleza que los mismos querubines y serafines y todo el ejército de los ángeles, para cuyas alabanzas no son en manera alguna suficientes las lenguas celestes y terrenas».

La gracia es belleza: participación de la naturaleza divina, del ser de Dios, quien es la belleza por esencia, y la pureza, y la santidad, y la ternura, y el goce. En el instante de su concepción recibió María una gracia superior a la de todos los santos, querubines y serafines; participó de la belleza, de la pureza y de la santidad divinas como a ninguna otra criatura ha sido dado, excepción hecha de Cristo.

Murió Jesucristo en la cruz no solamente para preservarla de la culpa, sino para darla toda la gracia y la hermosura de que era capaz, para hacer de ella la perfecta mujer. La amó, se dio a ella en el dolor para hacer de ella perfecta Madre, la perfecta compañera en la obra redentora. La Concepción Inmaculada de María no es, en resumen, sino la flor de un dolorido amor, dolor de amor en flor.

La doctrina inmaculista sobrepasa en belleza a toda consideración humana. El amor y la hermosura alcanzan cumbres no logradas por Platón ni por el Renacimiento, ni mucho menos por los vacíos estetas de nuestro inconsistente mundo actual. La mayor gloria de Cristo se cifra en la belleza espiritual de una mujer —madre y compañera—. Su sangre dio fruto perfecto al injertarse en las venas de la raza humana, en una mujer. Cristo, en una palabra, nos enseñó cómo se ama a la mujer.

La mujer no es para el hombre, discípulo de Cristo, solamente una compañera en el oficio de procrear y de educar los hijos, o en la tarea de llevar serena y acompasadamente las cargas de la vida. Mucho menos es un objeto de placer egoísta. La

mujer es un objeto de amor, pero de un amor tal y como lo entendió Cristo.

Nos enseñó Cristo que amar es darse. Vino al mundo para darnos la gracia, pero nos la dio de su plenitud: a comunicarnos lo que él era. Hijo de Dios, vino a darnos una participación de su filiación divina. Dios hecho carne, vino a divinizar la carne nuestra. Estábamos en pecado, carentes de gracia y de hermosura, llenos de horror y fealdad, y vino a regalarnos de la suprema belleza que es él.

Y a María en sumo grado. Fue divinamente bella en intensidad —más que toda criatura— y en extensión temporal, siempre, siempre limpia, sin que en momento alguno fuese manchada.

Pero este darse se realiza en cruz. Se abren los brazos y se abre el corazón, mas los brazos quedan prendidos por los clavos y el corazón es rasgado por una lanza. Después de la culpa es ley que el amor florezca en dolor; que el darse cueste dolor: que el darse entrañe sacrificio. Antes del pecado era goce, reflejo del goce inefable inherente a ese darse continuo que constituye la vida interna de la Santísima Trinidad. Luego del pecado, la entrega del hombre a las criaturas para comunicarles algo de su perfección interna mediante el trabajo cuesta sudor de la frente. La mutua entrega del hombre y la mujer sólo fructifica a través del dolor.

Cristo pudo comunicarse a nosotros, darse, en goce. Pudo redimirnos con un solo acto de su voluntad, pero quiso ser igual a nosotros, obedeciendo a la ley del amor, que es asimilativa: quiso experimentar hasta lo sumo lo que nos cuesta a nosotros amar de veras —sufrir, morir—: quiso beber hasta las heces el cáliz del verdadero amor. Y el fruto acabado de tal dolorido amor fue la mujer perfecta. Se entregó a ella en dolor no solamente para salvarla de la culpa, sino para preservarla, para darle una pureza y una santidad totales.

Y éste es, sencillamente, el paradigma. Cuando el Espíritu Santo quiere enseñar a los hombres cómo deben amar a las mujeres, inspira a San Pablo aquellas palabras: «como también Cristo amó a la Iglesia y se entregó a si mismo por ella, para santificarla [...] a fin de hacerla aparecer ante sí gloriosa, sin

mancha, ni arruga, ni cosa parecida, sino que sea santa e inmaculada». Nosotros podemos concretar esta doctrina en la Santísima Virgen, dándole una novedad y profundidad de sentido de extraordinario valor. Dado que la Virgen María es prototipo de la Iglesia, podríamos decir: Amad a la mujer como Cristo amó a María, sacrificándose por ella para que fuese gloriosamente santa e inmaculada en su presencia, para que careciese de toda mancha y fealdad en el espíritu. El hombre ha de entregarse a la mujer y por la mujer, no para satisfacer deseos de un placer cualquiera, sino para glorificarla en su presencia dándole pureza, para elevar su espíritu, para hacerla santa.

La mujer es para el hombre, ante todo, un contenido de valores espirituales a perfeccionar mediante la entrega. Esta entrega se hará muchas veces en cruz. El amor sólo florece en sacrificio: sacrificio de renuncia al placer siempre que éste amenace con arrastrar a la culpa, con ahogar al espíritu; sacrificio de la tolerancia hacia las debilidades del vaso más flaco, de la comprensión hacia sus exigencias intimas: del respeto por la que es compañera y no sierva en las luchas de la vida y posee un alma bañada en la sangre de un Dios. Ir comunicando —amorosamente, sacrificadamente, cotidianamente— a la mujer la plenitud de valores que puede encerrarse en los sueños de un hombre. Sacrificarse por ella hasta conseguir que llegue a ser lo que se sueña que sea.

Y el ideal de la mujer, María. Aspire la mujer a parecerse a ella en la plenitud de la pureza y de la gracia. Si las mujeres se esfuerzan por reflejar en si mismas el ideal de María, sus almas rebosarán de gracia y santidad. Y en sus cuerpos morará el pudor y sabrán de la gracia inédita de la virgen cristiana, que tanto encierra de flor, de trino, de nieve, de rayo de luna. Y otra vez la hermosura casta florecerá en la tierra y el amor humano volverá a comprender su misión primitiva de conducir a los hombres a Dios.

Sueñe el hombre a la mujer que Dios le depare cual otra María. Si los hombres se dejan invadir por el hálito divino que irradia la figura de María, si la graban fuertemente en su corazón, si comprenden que ella es la mujer, la bendita entre las mujeres, el prototipo de lo femenino, verán cómo su luz ilumina y

transforma las figuras de todas las mujeres —las madres, las novias, las esposas, las hijas—, las idealiza, las endiosa. Y entonces el hombre tendrá fuerza para sacrificarse por la mujer como Cristo se sacrificó por María, hasta hacerla aparecer gloriosa de inocencia, de santidad, de fecundidad espiritual.

La Inmaculada Concepción no es solamente una gloria de María. Se ha convertido para nosotros en ejemplo, en poema, en canto de belleza. Nos ha descubierto lo que tiene de perfecto, de grande, de sublime, el humano amor. Nos ha desvelado el secreto de amar.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ, OFM

Bibliografía

GRAVOIS, M. A., *Del origen y progreso del culto y festividad de la Inmaculada Concepción* (Lérida 1888).

LE BACHELET, X., «L'Immaculée Conception», en *Dictionnaire de théologie catholique.* VII/1: *Hobbes-Inmunités* (París 1922) 845-1218.

LONGPRÉ, E., *La Vierge Immaculée. Histoire et doctrine* (París 1945).

PIO IX, Bula *Ineffabilis Deus,* en H. Martín (ed.), *Doctrina pontificia.* IV: *Documentos marianos* (Madrid 1954) 170-193.

PIO XII, Encíclica *Fulgens Corona,* en ibíd., 704-727.

PONTIFICIA ACADEMIA MARIANA INTERNACIONALIS (ed.), *Bibliotheca Immaculatae Conceptionis. Textus et disquisitiones* (Roma 1950s).

— *Virgo Immaculata. Acta congressus mariologici-mariani internationalis Romae anno 1954 celebrati,* 18 vols. (Roma 1955-1958).

• Actualización:

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Celebraciones marianas con ocasión del 150 aniversario de la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción* (Madrid 2004).

MARTÍNEZ PUCHE, J. A., *La Iglesia habla de María: 50 años de magisterio mariano pontificio* (Madrid 1998).

MARTÍNEZ SIERRA, A., *La Inmaculada y el misterio del hombre* (Madrid 2004).

POZO, C., «La Inmaculada Concepción», en *María, nueva Eva* (Madrid 2005) 315-334.

SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *La Inmaculada Concepción. Teología, historia, espiritualidad* (Salamanca 2005).

BEATA NARCISA DE JESÚS MARTILLO MORÁN

Virgen († 1869)

La vida de esta beata es la de una sencilla joven de un pueblo ecuatoriano, huérfana muy pronto, que vivió en el más completo anonimato en la capital de su país, Guayaquil, y en Lima (Perú), dedicada a un humilde trabajo de costurera, a la

oración y al sacrificio. Una mujer latioamericana que no abandonó nunca su estado laical, pero que supo ser exquisitamente fiel a la gracia del bautismo y dar constante testimonio de la fe y de su entrañable amor a Jesucristo.

Narcisa nació en torno a 1833, muy probablemente el día 29 de octubre, fiesta de San Narciso, en el pequeño pueblo de Nobol, en el cantón de Daule, una aldea de la provincia y diócesis de Guayaquil (Ecuador). Era la quinta (o séptima) hija de Pedro Martillo Mosquera y de Josefina Morán, un humilde matrimonio de campesinos, pobres en recursos económicos, aunque tenían algunas tierras, ganados y una lechería, pero ricos en vida de fe y en piedad. Se desconoce la fecha de su bautismo y de su primera comunión, pero debió recibir confirmación el 16 de septiembre de 1839, por mons. Francisco Javier de Garaicoa, primer obispo de Guayaquil.

Se sabe poco de su niñez, aunque han quedado algunos recuerdos de su buena conducta. Parece que tuvo nueve hermanos y que su padre, dotado de buena inteligencia y con espíritu de trabajo, penosamente fue mejorando la situación económica familiar y llegó a ser considerado como uno de los principales vecinos de la localidad. Cuando Narcisa tenía dos años de edad fue nombrado teniente corregidor de Nobol.

Narcisa vivió su infancia en el campo, en contacto con la naturaleza y conociendo bien las penurias de una familia numerosa. Aprendió pronto a coser y también a leer y escribir. Aunque se desconoce la fecha, se quedó huérfana de madre siendo aún muy niña, por lo que se ocuparon de ella su hermana María del Tránsito y su madrina Mercedes Campuzano. En 1851 o 1852, falleció también el padre. En esta situación de orfandad, a la edad de unos dieciocho años, la joven campesina se trasladó a la ciudad de Guayaquil, a casa de unos parientes, donde permaneció «largos años» y, para no ser una carga en su nueva familia, se ganó la vida con un humilde trabajo de costurera.

Inclinada a la piedad desde pequeña, Narcisa trató de encontrar tiempo entre las tareas de este oficio y las fatigas de la vida diaria para seguir un camino espiritual propio, formándose interiormente gracias a la predicación de famosos maestros de espíritu de su época, como obispos y religiosos. Destacó pronto

por su caridad, su alegría, su gran amor a la oración y al recogimiento, por las penitencias a que voluntariamente se sometía y por la gran importancia que daba a la dirección espiritual. El primer sacerdote que la orientó fue mons. Luis Tola, después obispo de Portoviejo.

Quienes la conocieron afirman que Narcisa era muy guapa, alta y robusta, aunque bien proporcionada, y que llamaba la atención por su abundante y ondulada melena rubia. De temperamento alegre, le gustaba cantar y tocar la guitarra y se hacía querer de quienes convivían con ella.

En Guayaquil vivió después en varios domicilios, buscando en los sucesivos cambios, según dicen sus biógrafos, «la necesaria independencia y libertad para dedicarse más intensamente al recogimiento, a la penitencia y a la piedad».

Estuvo en la casa de la señora Carmen Uraga de Landín «persona de muy respetables virtudes hogareñas», situada en una pequeña calle cercana a la catedral. Desde aquí pasó a la de la señora María Jesús Marín de Antepara; después, y siempre aconsejada por su director espiritual mons. Millán, se estableció en la del canónigo Pinto; luego en la de la señora María, viuda de Vergara Molina, donde habitó con la hermana de ésta, la Beata Mercedes de Jesús Molina, también dirigida de mons. Millán. En estos domicilios, se acomodaba siempre en los lugares más humildes y escondidos, como una pequeña habitación debajo de la escalera o en la buhardilla, para mejor atender a sus ejercicios de penitencia y piedad.

Por el testimonio de los hermanos Amadeo y Adolfo Pulley, se sabe que en Guayaquil estuvo también en el convento de San José, anexo a la iglesia del mismo nombre llevada por los jesuitas, donde entró recomendada por su director espiritual, entonces el P. Segura, SI, pero no se conoce la fecha.

En la catedral de Guayaquil, lo mismo que anteriormente había hecho en su parroquia de Daule, dedicó mucho tiempo a actividades apostólicas, especialmente con los niños, a quienes daba catequesis. También trabajó con las jóvenes necesitadas de ayuda y visitando a los enfermos. Perteneció a la Asociación de Hijas de María, que fomentaba la piedad y el apostolado.

Hacia 1865 se trasladó a Cuenca (Ecuador) para acompañar y asistir a su confesor y director espiritual, mons. Amadeo Mi-

llán, que «había formado sabiamente su espíritu», y que, gravemente enfermo, murió poco después, en 1867.

Nuevamente sola, renunciando a la invitación que le dirigió el obispo de Cuenca, mons. Remigio Esteves de Toral, de entrar en el convento local de las carmelitas descalzas, regresó a Guayaquil. No se sentía llamada a la vida religiosa, sino más bien a una «vida de piedad». Desde que siendo muy joven leyó la vida de su compatriota Mariana de Jesús Paredes († 1645), la penitente laica de Quito que se santificó en el mundo ofreciéndose como víctima de expiación por su propia ciudad y que había sido beatificada hacía poco tiempo, éste fue su continuo modelo de referencia. Vestía de un modo semejante al de ella, e incluso el añadir «de Jesús» a su nombre de pila, Narcisa, se debe a su admiración por la beata «Marianita». La joven ecuatoriana aspiraba, pues, a una intensa vida de oración y de sacrificio, pero enraizada en el mundo, a medio camino —diríamos hoy— entre la experiencia de las llamadas «monjas de casa» y la común existencia secular.

Fue precisamente la penitencia la que marcó las pautas de su vida cotidiana, acompañada por sacrificios y ayunos. Le atraía la imitación más perfecta posible de Cristo sufriente, por lo que pasaba todas las noches varias horas en oración, coronada de espinas y abrazada a una cruz llena de clavos, siguiendo una espiritualidad mortificada y reparadora.

De nuevo, pues, en Guayaquil, Narcisa se estableció con la señora Silvana Gellibert de Negrete, que vivía en los alrededores de la catedral, estableciendo con ella una sincera amistad, y a quien, en señal de gratitud, le dejó a su muerte la cruz y todos sus otros instrumentos de penitencia. Estuvo también en la «Casa de las recogidas», donde junto con la aludida Beata Mercedes de Jesús Molina, enseñaba costura a las niñas huérfanas.

A principios de julio de 1868, no sin gran sacrificio, partió hacia Lima (Perú) para «poder libremente dedicarse a la vida de piedad» y para colocarse bajo la dirección espiritual del franciscano P. Pedro Gual, erróneamenete considerado jesuita, misionero apostólico del convento de los descalzos de Lima y muy conocido y estimado tanto por sus dotes personales como por su actividad pastoral. Falleció en el convento franciscano de

Lima el 3 de septiembre de 1890, veinte años después que Narcisa, con gran fama de santidad.

En Lima, por medio del P. Gual, que la comprendía y animaba, Narcisa de Jesús consiguió que la acogieran en el Monasterio del Patrocinio, un «beaterio» de mujeres piadosas dedicadas a la vida espiritual como terciarias dominicas. Narcisa no se hizo religiosa, pero sí pronunció privadamente los votos de pobreza, castidad y obediencia, pero permaneciendo en el estado laical. Para pagar la renta mensual hacía algunos trabajos de costura y era ayudada por una persona de la ciudad.

Dadas sus múltiples ocupaciones y conociendo «el cuidado especial que necesitaba Narcisa», el P. Gual fue ayudado en su dirección espiritual por «un experto y celoso colaborador», el capellán del Monasterio del Patrocinio D. Manuel Santiago Medina, que de simple confesor pasó a ser su director espiritual cuando el P. Gual hubo de marchar a Roma. Asistido por el franciscano P. Bernardino González, la dirigió hasta su muerte. Del P. Manuel Santiago Medina son los principales escritos que nos han llegado sobre Narcisa y, previendo su posible causa de canonización, los hizo corroborar por un notario público.

En este Monasterio del Patrocinio, donde permaneció los últimos meses de su vida, no salía de su celda a no ser por necesidad, resuelta a vivir una vida olvidada de todos y dedicada sólo al Señor.

Con sólo 36 o 37 años de edad, falleció Narcisa en este Monasterio el día 8 de diciembre de 1869, a causa de las fuertes fiebres que se le presentaron. Parece que pronosticó el día de su muerte y su tránsito fue acompañado de algunos fenómenos que conmovieron al pueblo y a las autoridades, sacándola del anonimato en que siempre había vivido.

Celebrados los funerales con gran afluencia de gente, fue sepultada el día 11 en la cripta del «beaterio» del Patrocinio. Pero, por orden del general Segura, el cadáver se exhumó el día 12 para ser reconocido por varias autoridades, comprobando que permanecía incorrupto y completamente flexible. Entre 1869 y 1946 se reconocieron varias veces sus restos, constatando siempre su estado de incorrupción.

A pesar de que poco después de su muerte se produjeron numerosos hechos extraordinarios junto a su sepulcro, dan-

do lugar a una discreta pero tenaz fama de santidad, y de que mons. Manuel Santiago Medina realizó algunos intentos, la causa de beatificación de Narcisa de Jesús no se iniciaría hasta que decidió promoverla Mons. José Felipe Heredia, obispo de Guayaquil, quien se preocupó también de atender la petición de sus familiares de que el cuerpo incorrupto de Narcisa fuera trasladado desde Lima (Perú) a Guayaquil, hecho que tuvo lugar el día 30 de abril de 1955. Fue colocado en un gran mausoleo construido a este propósito en la Iglesia de San José, dirigida por los PP. jesuitas, convirtiéndose el templo en un centro de atracción para los fieles y de continuas peregrinaciones. «No es exgerado —afirman los peritos de su Causa— calcular en unas 200 las personas que diariamente pasan delate de su tumba. Los días festivos este número de devotos se centuplica».

El 7 de diciembre de 1972 el cuerpo de Narcisa de Jesús se trasladó a la parroquia de la aldea de Nabol, donde había nacido y donde ha sido construido un gran santuario en su honor, que custodia sus reliquias.

Después de haber sido nombrada una comisión de historiadores para que reuniera el material oportuno, la causa de canonización comenzó formalmente en la catedral de Guayaquil el 26 de septiembre de 1961, concluyendo los procesos diocesanos en 1962. La información pasó a Roma y quedó abierto el proceso apostólico por decreto del papa Pablo VI de 27 de septiembre de 1975. Reconocida la heroicidad de sus virtudes el 23 de octubre de 1987 y el milagro el 7 de marzo de 1992, Juan Pablo II la beatificó el 25 de octubre de 1992 en la plaza de San Pedro del Vaticano.

Mons. Medina, el último director espiritual de la beata y primer promotor de su causa de canonización, escribía estas palabras:

«Tal vez ha querido Dios hacer florecer esta virgen en el siglo presente para reducir al silencio la incredulidad, revelando así a los progresistas materialistas que el progesro tan encomiado por ellos es efímero ante la santidad del corazón producida por la gracia».

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

MANCERO VILLAGÓMEZ, L., *Vida de Narcisa de Jesús Martillo* (Guayaquil 1958).
MATTHEI, M., *Esbozo para un santoral latinoamericano* (Buenos Aires 1992).
PAOLI, G. - PAPÀSOGLI, L., *Riscatto di un popolo* (Roma 1962).
PAZMIÑO GUZMÁN, R., *Una mujer de nuestro pueblo: Narcisa de Jesús Martillo,* Guayaquil 1984.
TOLA, A., *Rasgo biográfico de la sierva de Dios Narcisa de Jesús Martillo, natural de Guayaquil, fallecida en Lima el 8 de diciembre de 1869* (Guayaquil 1870).
VÁZQUEZ Y ALMAZÁN, H., *Narcisa de Jesús* (Guayaquil 1976).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUTIQUIANO
Papa († 283)

Sucedió en la sede romana al papa San Félix I, seguramente, en el año 275. El *Liber pontificalis* lo tiene por natural de Luni, cuya parroquia le está dedicada. No se conocen detalles de su pontificado y los que se le han atribuido parecen espúreos. Su nombre consta en la *Depositio episcoporum* de Roma pero no así en la *Depositio martyrum,* lo que es señal inequívoca de que no fue mártir, y esto es además lo más propio toda vez que en su tiempo la Iglesia gozó de paz y no estuvo activa la persecución. Su muerte se sitúa en 283. Fue enterrado en las catacumbas de San Calixto, donde fue hallado su epitafio con la inscripción griega *Eutichianos episcopos.* Sus reliquias fueron entregadas por el papa Inocencio X († 1655) a Filippo Casoni, obispo de Fidenza, que las legó al cabildo catedral de Sarzana, donde se conservan.

SAN TEOBALDO DE MARLY
Abad († 1247)

Nace a comienzos del siglo XIII en el castillo de Marly, hijo de Bouchard de Montmorency, señor de Marly, y de Matilde de Châteaufort, sobrina del rey Luis VII. Cursó primero la carrera de las armas y fue un distinguido caballero de la corte de Felipe Augusto, rey de Francia. Era persona devota y honesta. Repensó su papel en la vida y se decidió por la vida religiosa, ingresando en la abadía cisterciense de Vaux-de-Cernay en 1226. El

abad Ricardo lo nombró en 1230 prior de la abadía y a la muerte de Ricardo en 1235 fue elegido abad. Su monasterio tenía varios conventos filiales, masculinos y femeninos, y sobre toda su extensa congregación hubo de ejercer Teobaldo su papel de dirigente con gran humildad y sabiduría, insistiendo en el valor de la pobreza y del trabajo manual, del que él mismo, no obstante ser abad, no se dispensaba, dando así elocuente ejemplo a todos. Oyó hablar de él San Luis de Francia, que llevaba ya casado unos años pero no tenía hijos, y fue con la reina Margarita a solicitar las oraciones de Teobaldo para que Dios le concediera descendencia. El santo abad les aseguró de parte de Dios a los esposos que tendrían hijos, como en efecto sucedió. Luego de haber regido doce años santamente su congregación murió en la paz del Señor el 8 de diciembre de 1247. Su culto comenzó enseguida y fue reconocido por el papa Clemente XI el 25 de septiembre de 1710.

SAN NOEL CHABANEL

Presbítero y mártir († 1649)

Noel o Natalio Chabanel era un misionero francés que había nacido en 1613 y a los 17 años había optado por la vocación religiosa en la Compañía de Jesús. Hecha la profesión y ordenado sacerdote, fue profesor de filosofía y retórica en el colegio de su Orden en Toulouse hasta que los superiores asintieron a su ardiente deseo de marchar a las misiones, asignándosele las del Canadá, adonde llegó en 1644. No le resultó sencillo el trato con los indios, y además sentía una profunda desolación espiritual, en contraste con la paz interior que había disfrutado siempre en Francia, pero no se vino atrás por ello sino que hizo voto formal de perseverar en las misiones de los indios en cuanto de él dependiera y se entregó por completo a la voluntad de Dios. El 6 de diciembre de 1649 le llegó la orden superior de que dejara al P. Garnier en la residencia de San Juan Bautista y marchara a la isla de San José. Así lo hizo y por ello no estaba en San Juan Bautista cuando el día 7 irrumpieron los iroqueses en la misma y asesinaron al P. Garnier. Él iba de camino y hasta él llegaron los gritos festivos de los iroqueses que volvían a sus tie-

rras con los prisioneros y los despojos de los indios tabaqueros. Pero si no lo asesinaron los iroqueses, le esperaba de todos modos el martirio, pues, el día 8, día de la Inmaculada Concepción, en la oscuridad y silencio de la selva un hurón apóstata lo encontró junto a la ribera de un río y lleno de odio a la religión cristiana lo mató. Fue canonizado el 29 de junio de 1930. Su memoria litúrgica se celebra el día 19 de octubre con los demás mártires del Canadá (cf. biografía extensa en: *Año cristiano. Octubre,* 493-498).

BEATO JOSÉ MARÍA ZABAL BLASCO

Mártir († 1936)

Nace en Valencia el 19 de marzo de 1898 en una familia modesta. Muerto su padre, su madre, viuda y con tres hijos, hubo de colocarse como criada para atender a la familia. José María, muy consciente de la situación, se pone a trabajar muy pronto para ayudar. Logra colocarse en la Estación del Norte como factor y como era muy recto y cumplidor, enseguida se atrajo el aprecio de todos. Contrajo matrimonio con Catalina Cerdá Palop el año 1925, siendo los dos de idénticos y arraigados sentimientos religiosos. El Señor bendijo su unión con el nacimiento de tres hijos. Católico ferviente, defendía con ardor sus convicciones religiosas y, lleno de marcado sentido social, defendía a sus compañeros de trabajo ante la empresa con mucha energía. Llegada la revolución de julio de 1936, por prudencia, se fue a Canals, a casa de sus suegros, pero allí fue arrestado y llevado a Valencia; por el camino y para asustarlo simularon que iba a ser fusilado. En la cárcel sostuvo el ánimo de sus compañeros y fue admirado por su fortaleza espiritual. El día de la Inmaculada, al amanecer, rezó el rosario a la Virgen, asistió a una misa clandestina en plena cárcel y recibió en ella la sagrada comunión. A las cinco de la tarde lo llamaron y lo llevaron, con otros, al Picadero de Paterna. Cuando se dio cuenta de que lo iban a fusilar, envió un recuerdo de amor a su esposa e hijos y dijo que perdonaba a sus verdugos. Seguidamente fue fusilado. Llevado su cadáver al cementerio de Valencia, allí pudo reconocerle su hermano.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LUIS LIGUDA

Presbítero y mártir († 1942)

Nació el 23 de enero de 1898 en Winów, Silesia, Polonia, último de siete hijos. Al terminar la escuela elemental, en 1912, entra en el colegio menor de los Misioneros del Verbo Divino en Nysa. Llegada la guerra mundial, en 1917 debió interrumpir sus estudios y hacer el servicio militar. Y al terminar la guerra decide ingresar formalmente en la citada Congregación, siendo acogida su petición en 1920. Hizo el noviciado en Mödling, junto a Viena, y allí emitió en 1921 los primeros votos, emitiendo los perpetuos en 1928. El 26 de mayo de 1927 se ordenó sacerdote en St. Gabriel. Deseaba ser enviado a las misiones pero la obediencia lo destinó a Polonia. Estuvo dos años destinado en Górna Grupa (1928-1930) y los siguientes cuatro años estuvo estudiando en la Universidad de Poznan, donde hizo la carrera de filosofía, al tiempo que trabajaba como capellán y catequista en el colegio de las hermanas ursulinas. Terminados los estudios universitarios volvió a Górna Grupa como profesor del seminario verbita. En junio de 1939 fue nombrado rector del dicho centro. Arrestado en cuanto los nazis ocuparon Polonia, permaneció en su mismo seminario que se había convertido en campo de internamiento para religiosos, sacerdotes y seminaristas. El 5 de febrero de 1940 fue llevado a la prisión de Nowy Port, junto a Gdansk, luego al campo de concentración de Sachsenhausen y luego al de Dachau. Aquí padeció maltratos y el 8 de diciembre de 1942 lo asesinaron los guardias del campo. Hombre culto y piadoso, que había publicado homilías y reflexiones, dejó una estela de sacerdote entregado y celoso. Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

9 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En la colina del Tepeyac, San Juan Diego Cuauhtlatoatzin († 1548), a quien se apareció la Virgen de Guadalupe **.
2. En Toledo, Santa Leocadia († 304), virgen y mártir **.
3. En Pavía (Liguria), San Siro († s. IV), primer obispo de la sede.
4. En Nacianzo (Capadocia), Santa Gorgonia († 370), madre de familia *.
5. En el monasterio de Genouillac, en el Perigueux, San Cipriano († s. VI), abad *.
6. En la orilla del río Meno (Baviera), Beato Liborio Wagner († 1631), presbítero y mártir **.
7. En Gray (Borgoña), San Pedro Fourier († 1640), presbítero, canónigo regular del Salvador, fundador del Instituto de Canonesas Regulares de Nuestra Señora **.
8. En Moricone (Italia), Beato Bernardo María de Jesús (César) Silvestrelli († 1911), presbítero, religioso pasionista **.
9. En Algemesí (Valencia), Beato José Ferrer Esteve († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
10. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Recaredo de los Ríos Fábregat, Julián Rodríguez Sánchez y José Giménez López, presbíteros, de la Sociedad de San Francisco de Sales, mártires en 1936 *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DIEGO CUAUHTLATOATZIN
Seglar († 1548)

Juan Diego nació hacia 1474 en Cuauhtitlan, barrio de Tlayácac, entonces del reino de Texcoco, a unos veinte kilómetros de lo que hoy es la capital federal de México. Cuautitlán en lo eclesiástico pertenecía a Tlatilolco, y éste era parte de la ciudad de México. La ciudad de México, antes de la conquista e inmediatamente después, comprendía dos ciudades: México Tenochtitlán y México Tlatilolco, que se fundieron en una más adelante.

Juan Diego, antes de ser cristiano, en la lengua náhuatl se llamaba Cuauhtlatohuac («águila habladora»). Un documento llamado *Nican Mopohua* («Aquí se narra»), redactado hacia 1550 en

esa lengua y atribuido a Antonio Valeriano (1520-1605), contemporáneo de Juan Diego y de los hechos que de él se relatan, y que además de ser profesor y rector de un famoso colegio fue gobernador de México, lo describe como un indiecito («macehualli»); es decir, un hombre de pueblo, pues no pertenecía a la clase alta y noble pero tampoco era esclavo, ya que poseía casa y tierra a la vez que ejercitaba también distintas formas de artesanía e industria caseras, con un telar y en un comercio en el que vendía los productos que cultivaba en su campo. Él se consideraba a sí mismo «un hombrecillo», un «don nadie» aunque, incluso antes de su bautismo, vivía una honda y profunda experiencia religiosa.

Como atestigua en su testamento una vecina suya, Juana Martín, en fecha no precisada se casó:

> «He vivido en esta ciudad de Cuautitlán y su barrio de San José Milla, en donde se crió el mancebo don Juan Diego y se fue a casar después a Santa Cruz el Alto, cerca de San Pedro, con la joven doña Malintzin, la que pronto murió, quedándose solo Juan Diego».

Cuauhtlatohuac y Malintzin, a la llegada de los primeros misioneros franciscanos en 1523 —junto con su tío Juan Bernardino— y después de tres años de catecumenado, fueron bautizados hacia 1526 en el templo de Santiago de Tlaltilolco con los nombres de Juan Diego y María Lucía y, consiguientemente, su matrimonio recibió entonces el carácter de sacramento.

Desde 1529 en que murió su mujer, Juan Diego pudo intensificar todavía más su dedicación a los actos de piedad. En ese mismo año se trasladó a vivir con su tío Juan Bernardino en Tulpétlac, más cerca de la misión franciscana a la que iba andando recorriendo catorce kilómetros para participar en la celebración de la Eucaristía. Los sábados y domingos salía de madrugada para llegar a la santa misa y a la catequesis posterior, caminando descalzo durante casi cuatro horas, en invierno abrigado por un manto llamado «tilma» o «ayate» que estaba tejido con fibra de maguey, un cactus común y típico en toda la región ya que el tejido de algodón era caro y lo usaban para vestir personas más pudientes.

El sábado 9 de diciembre de 1531 (pues conforme al calendario «juliano» el 9 de diciembre de 1531 era sábado), cuando

tendría 57 años, edad considerable ya que entonces la media de mortalidad rondaba los 40 años, de madrugada y mientras amanecía, Juan Diego se dirigía a recibir una lección de catecismo en Tlatilolco.

En la colina que se llama Tepeyac —actualmente conocido como «Capilla del Cerrito»— narra el *Aquí se narra* que, después de oír el canto de unos pájaros, oyó que lo llamaban desde el cerrito por su propio nombre y en su lengua náhuatl: «Iuantzin, Iuan Diegotzin» («Juanito, Juan Dieguito») y, cuando llegó a la cumbre, «una doncella que allí estaba de pie, lo llamó para que fuera cerca de ella».

> «En su presencia se postró. Escuchó su aliento, su palabra, que era extremadamente glorificadora, sumamente afable, como de quien lo atraía y estimaba mucho. Le dijo: "Escucha, hijo mío el menor, Juanito. ¿A dónde te diriges?" y él le contestó: "Mi Señora, Reina, muchachita mía, allá llegaré, a tu casita de México Tlatilolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan que nos enseñan quienes son las imágenes de Nuestro Señor: nuestros sacerdotes". En seguida, con esto dialoga con él, le descubre su preciosa voluntad; le dice: "Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño, que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdaderísimo Dios por quien se vive, el creador de las personas, el dueño de la cercanía y de la inmediación, el dueño del cielo, el dueño de la tierra, mucho deseo que aquí me levanten mi casita sagrada. En donde lo mostraré, lo ensalzaré al ponerlo de manifiesto: lo daré a las gentes en todo mi amor personal, en mi mirada compasiva, en mi auxilio, en mi salvación: porque yo en verdad soy vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que en esta tierra estáis en uno, y de las demás variadas estirpes de hombres, mis amadores, los que a mí clamen, los que me busquen, los que confíen en mí, porque allí les escucharé su llanto, su tristeza, para remediar, para curar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores. Y para realizar lo que pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del obispo de México, y le dirás que cómo yo te envío, para que le descubras cómo mucho deseo que aquí me provea de una casa, me erija en el llano mi templo; todo le contarás, cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Y ten por seguro que mucho lo agradeceré y lo pagaré, que por ello te enriqueceré, te glorificaré; y mucho de allí merecerás con que yo retribuya tu cansancio, tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío. Ya has oído, hijo mío el menor, mi aliento mi palabra; anda, haz lo que esté de tu parte"».

Había llegado en 1528 como arzobispo electo de México el franciscano español Juan de Zumárraga. El arzobispo no prestó

fe a cuanto le expresaba Juan Diego, antes bien mostró sospecha y desconfianza de lo que le estaba contando. Hay que saber que Zumárraga había sido inquisidor en España y luego también lo fue en México y estaba habituado a abrir y conducir procesos. Juan Diego, en cambio, en su conversación con la Virgen se había definido a sí mismo como «tu pobre indito».

Al terminar el día volvió a la cumbre del cerrito y, en otra aparición de la Virgen, postrándose en tierra le dijo:

> «"Patroncita, Señora, Reina, Hija mía la más pequeña, mi Muchachita, ya fui a donde me mandaste a cumplir tu amable aliento, tu amable palabra; aunque difícilmente entré a donde es el lugar del gobernante sacerdote, lo vi, ante él expuse tu aliento, tu palabra, como me lo mandaste. Me recibió amablemente y lo escuchó perfectamente, pero, por lo que me respondió, como que no lo entendió, no lo tiene por cierto. Me dijo: 'Otra vez vendrás; aun con calma te escucharé, bien aun desde el principio veré por lo que has venido, tu deseo, tu voluntad'. Bien en ello miré, según me respondió, que piensa que tu casa que quieres que te hagan aquí, tal vez yo nada más lo invento, o que tal vez no es de tus labios; mucho te suplico, Señora mía, Reina, Muchachita mía, que a alguno de los nobles, estimados, que sea conocido, respetado, honrado, le encargues que conduzca, que lleve tu amable aliento, tu amable palabra para que le crean. Porque en verdad yo soy un hombre del campo, soy mecapal, soy parihuela, soy cola, soy ala; yo mismo necesito ser conducido, llevado a cuestas, no es lugar de mí andar ni de mí detenerme allá a donde me envías, Virgencita mía, Hija mía menor, Señora, Niña; por favor dispénsame: afligiré con pena tu rostro, tu corazón; iré a caer en tu enojo, en tu disgusto, Señora Dueña mía". Le respondió la perfecta Virgen, digna de honra y veneración: "Escucha, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores, mis mensajeros, a quienes encargué que lleven mi aliento, mi palabra, para que efectúen mi voluntad; pero es muy necesario que tú, personalmente, vayas, ruegues, que por tu intercesión se realice, se lleve a efecto mi querer, mi voluntad. Y, mucho te ruego, hijo mío el menor, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al obispo. Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer, mi voluntad, para que realice, haga mi templo que le pido. Y bien, de nuevo dile de qué modo yo, personalmente, la siempre Virgen Santa María, yo, que soy la madre de Dios, te mando". Juan Diego, por su parte, le respondió, le dijo: "Señora mía, Reina, Muchachita mía, que no angustie yo con pena tu rostro, tu corazón; con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra; de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo por molesto el camino. Iré a poner en obra tu voluntad, pero tal vez no seré oído, y si fuere oído quizás no seré creído. Mañana en la tarde, cuando se

meta el sol, vendré a devolver a tu palabra, a tu aliento, lo que me responda el gobernante sacerdote. Ya me despido de Ti respetuosamente, Hija mía la más pequeña, Jovencita, Señora, Niña mía, descansa otro poquito". Y luego se fue él a su casa a descansar».

Al día siguiente, domingo 10, antes del alba, se encaminó derecho a Tlatilolco para ver otra vez al obispo. Después de la misa y la Doctrina Cristiana llegó a la residencia episcopal. Y Juan de Zumárraga mantuvo la misma actitud también cuando le oyó esta segunda aparición de la Virgen. Es más, le pidió una señal con la que pudiera acreditar la veracidad de cuanto le estaba comunicando: que era la Virgen quien se lo enviaba y quien le pedía la construcción de aquel templo.

En una tercera aparición en ese mismo día la Virgen prometió a Juan Diego aquella señal:

«Bien está, hijito mío, volverás aquí mañana para que lleves al obispo la señal que te ha pedido; con eso te creerá y acerca de esto ya no dudará ni de ti sospechará; y sábete, hijito mío, que yo te pagaré tu cuidado y el trabajo y cansancio que por mí has emprendido; ea, vete ahora; que mañana aquí te aguardo».

El lunes 11 Juan Diego no pudo acudir al Tepeyac, por tener que atender a su tío Juan Bernardino que estaba enfermo. Pero el martes 12 de diciembre de 1531, cuando Juan Diego iba a buscar un sacerdote para que atendiera a su tío, en la cuarta aparición la Virgen le ordenó subir a la colina Tepeyac para coger flores con el fin de llevárselas al obispo.

«Le vino a salir al encuentro a un lado del cerro, le vino a atajar los pasos; le dijo: "¿Qué pasa, el más pequeño de mis hijos? ¿A dónde vas, a dónde te diriges?". Y él, ¿tal vez un poco se apenó, o quizá se avergonzó? ¿O tal vez de ello se espantó, se puso temeroso? En su presencia se postró, la saludó, le dijo: "Mi Jovencita, Hija mía la más pequeña, Niña mía, ojalá que estés contenta; ¿cómo amaneciste? ¿Acaso sientes bien tu amado cuerpecito, Señora mía, Niña mía? Con pena angustiaré tu rostro, tu corazón: te hago saber, Muchachita mía, que está muy grave un servidor tuyo, tío mío. Una gran enfermedad se le ha asentado, seguro que pronto va a morir de ella. Y ahora iré de prisa a tu casita de México, a llamar a alguno de los amados de Nuestro Señor, de nuestros sacerdotes, para que vaya a confesarlo y a prepararlo, porque en realidad para ello nacimos, los que vinimos a esperar el trabajo de nuestra muerte. Mas, si voy a llevarlo a efecto, luego aquí otra vez volveré para ir a llevar tu aliento, tu palabra, Señora, Jovencita mía. Te ruego me perdones, tenme todavía un poco de paciencia, porque con ello no

te engaño, Hija mía la menor, Niña mía, mañana sin falta vendré a toda prisa". En cuanto oyó las razones de Juan Diego, le respondió la Piadosa Perfecta Virgen: "Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió, que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante, aflictiva. ¿No estoy aquí, yo, que soy tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna otra cosa te aflija, te perturbe; que no te apriete con pena la enfermedad de tu tío, porque de ella no morirá por ahora. Ten por cierto que ya está bueno". (Y luego en aquel mismo momento sanó su tío, como después se supo). Y Juan Diego, cuando oyó la amable palabra, el amable aliento de la Reina del Cielo, muchísimo con ello se consoló, bien con ello se apaciguó su corazón, y le suplicó que inmediatamente lo mandara a ver al gobernador obispo, a llevarle algo de señal, de comprobación, para que creyera. La Reina Celestial luego le mandó que subiera a la cumbre del cerrillo, en donde antes la veía. Le dijo: "Sube, hijo mío el menor, a la cumbre del cerrillo, a donde me viste y te di órdenes, allí verás que hay variadas flores: córtalas, reúnelas, ponlas todas juntas; luego, baja aquí; tráelas aquí, a mi presencia". Y Juan Diego luego subió al cerrillo, y cuando llegó a la cumbre, mucho admiró cuantas había florecidas, abiertas sus corolas, flores las más variadas, bellas y hermosas, cuando todavía no era su tiempo: porque de veras que en aquella sazón arreciaba el hielo; estaban difundiendo un olor suavísimo; como perlas preciosas, como llenas de rocío nocturno. Luego comenzó a cortarlas, todas las juntó, las puso en el hueco de su tilma. Por cierto que en la cumbre del cerrito no era lugar en que se dieran ningunas flores, sólo abundan los riscos, abrojos, espinas; nopales, mezquites, y si acaso algunas hierbecillas se solían dar, entonces era el mes de diciembre, en que todo lo come, lo destruye el hielo. Y en seguida vino a bajar, vino a traerla a la Niña Celestial las diferentes flores que había ido a cortar, y cuando las vio, con sus venerables manos las tomó; luego otra vez se las vino a poner todas juntas en el hueco de su ayate, le dijo: "Mi hijito menor, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al obispo; de mi parte le dirás que vea en ellas mi deseo, y que por ello realice mi querer, mi voluntad. Y tú [...] tú que eres mi mensajero [...] en ti absolutamente se deposita la confianza; y mucho te mando, con rigor que nada más a solas en la presencia del obispo extiendas tu ayate, y le enseñes lo que llevas, y le contarás todo puntualmente, le dirás que te mandé que subieras a la cumbre del cerrito a cortar flores, y cada cosa que viste y admiraste, para que puedas convencer al gobernante sacerdote, para que luego ponga lo que está de su parte para que se haga, se levante mi templo que le he pedido"».

Recogió un buen número de flores, «rosas de Castilla», y las guardó en su «tilma». Vuelto al obispo, después de una larga espera, cuando lo recibió abrió su manto e hizo caer las rosas a sus pies.

> «Y luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la Amada Imagen de la Perfecta Virgen Santa María, Madre de Dios, en la forma y figura en que ahora está, en donde ahora es conservada en su amada casita, en su sagrada casita en el Tepeyac, que se llama Guadalupe. Y en cuanto la vio el obispo gobernante y todos los que allí estaban, se arrodillaron, mucho la admiraron, se pusieron de pie para verla, se entristecieron, se afligieron, suspenso el corazón, el pensamiento [...] Y el obispo gobernante con llanto, con tristeza, le rogó, le pidió perdón por no luego haber realizado su voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra, y cuando se puso de pie, desató del cuello de donde estaba atada, la vestidura, la tilma de Juan Diego en la que se apareció, en donde se convirtió en señal la Reina Celestial. Y luego la llevó; allá la fue a colocar a su oratorio. Y todavía allí pasó un día Juan Diego en la casa del obispo, aún lo detuvo. Y al día siguiente le dijo: "Anda, vamos a que muestres dónde es la voluntad de la Reina del Cielo que le erijan su templo"».

Hay que subrayar que el tejido y urdimbre de la tilma era de lo menos apropiado para recibir una pintura. En la convicción del narrador, que fue la del San Juan Diego, y en la que han coincidido muchos millones de fieles y científicos durante varios siglos, ninguna persona humana pudo pintar esa imagen. Consta que ya fray Alonso de Montúfar, el obispo inmediatamente sucesor de Zumárraga, defendió el origen sobrehumano de la Imagen.

La descripción de lo que ocurrió al día siguiente, 13 y miércoles, tiene que ver con el nombre de Guadalupe:

> «No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del Cielo que se levantara su templo, pidió licencia para irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino; el cual estaba muy grave, cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar un sacerdote, que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del Cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa. Al llegar, vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía. Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino, a quien preguntó la causa de que

así lo hicieran y que le honraran mucho. Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar al sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el Tepeyácac la Señora del Cielo; la que, diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con que mucho se consoló, le despachó a México, a ver al señor obispo, para que le edificara una casa en el Tepeyácac. Manifestó su tío ser cierto que entonces le sanó y que la vio del mismo modo en que se aparecía a su sobrino; sabiendo por ella que le había enviado a México a ver al obispo. También entonces le dijo la Señora que, cuando él fuera a ver al obispo, le revelara lo que vio y de qué manera milagrosa le había ella sanado y que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la Siempre Virgen Santa María de Guadalupe. Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo; a que viniera a informarle y atestiguar delante de él. A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el templo de la Reina en el Tepeyácac, donde la vio Juan Diego. El señor obispo trasladó a la Iglesia Mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo. La sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen, y a hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen. La manta en que milagrosamente se apareció la imagen de la Señora del Cielo, era el abrigo de Juan Diego: ayate un poco tieso y bien tejido. Porque en este tiempo era de ayate la ropa y abrigo de todos los pobres indios; sólo los nobles, los principales y los valientes guerreros, se vestían y ataviaban con manta blanca de algodón. El ayate, ya se sabe, se hace de ichtli, que sale del maguey. Este precioso ayate en que se apareció la Siempre Virgen nuestra Reina es de dos piezas, pegadas y cosidas con hilo blando. Es tan alta la bendita imagen, que empezando en la planta del pie, hasta llegar a la coronilla, tiene seis jemes y uno de mujer. Su hermoso rostro es muy grave y noble, un poco moreno. Su precioso busto aparece humilde: están sus manos juntas sobre el pecho, hacia donde empieza la cintura. Es morado su cinto. Solamente su pie derecho descubre un poco la punta de su calzado color de ceniza. Su ropaje, en cuanto se ve por fuera, es de color rosado, que en las sombras parece bermejo; y está bordado con diferentes flores, todas en botón y de bordes dorados. Prendido de su cuello está un anillo dorado, con rayas negras al derredor de las orillas, y en medio una cruz. Además, de adentro asoma otro vestido blanco y blando, que ajusta bien en las muñecas y tiene deshilado el extremo. Su velo, por fuera, es azul celeste; sienta bien en su cabeza; para nada cubre su rostro; y cae hasta sus pies, ciñéndose un poco por en medio: tiene toda su franja dorada, que es algo ancha, y estrellas de oro por dondequiera, las cuales son cuarenta y seis. Su cabeza se incli-

> na hacia la derecha; y encima sobre su velo, está una corona de oro, de figuras ahusadas hacia arriba y anchas abajo. A sus pies está la luna, cuyos cuernos ven hacia arriba. Se yergue exactamente en medio de ellos y de igual manera aparece en medio del sol, cuyos rayos la siguen y rodean por todas partes. Son cien los resplandores de oro, unos muy largos, otros pequeñitos y con figuras de llamas: doce circundan su rostro y cabeza; y son por todos cincuenta los que salen de cada lado. Al par de ellos, al final, una nube blanca rodea los bordes de su vestidura. Esta preciosa imagen, con todo lo demás, va corriendo sobre un ángel, que medianamente acaba en la cintura, en cuanto descubre; y nada de él aparece hacia sus pies, como que está metido en la nube. Acabándose los extremos del ropaje y del velo de la Señora del Cielo, que caen muy bien en sus pies, por ambos lados los coge con sus manos el ángel, cuya ropa es de color bermejo, a la que se adhiere un cuello dorado, y cuyas alas desplegadas son de plumas ricas, largas y verdes, y de otras diferentes. La van llevando las manos del ángel, que, al parecer, está muy contento de conducir así a la Reina del Cielo».

El nombre de Guadalupe provendría, pues, de la aparición de la Virgen —que se narra en este texto— a Juan Bernardino, tío de San Juan Diego. La «Señora del Cielo» habría utilizado en lengua náhuatl la palabra «Coatlaxopeuh», que se pronuncia «quatlasupe» y que a los españoles les sonaría a Guadalupe, el toponimo bien conocido en España —entonces y ahora— donde apareció la imagen de la Virgen patrona de Extremadura. La etimología de «Coatlaxopeuh» es la siguiente: «coa» es el sustantivo «serpiente»: «tla», el artículo «la» y «xopeuh», el verbo «aplastar», significaría por tanto: «la que aplasta a la serpiente», identificándose así con la «Mujer vestida de sol, con la luna bajo sus pies» (Ap 12,1s).

Después de todo eso, Juan Diego llevó una vida —durante diecisiete años— de extrema pobreza. Se retiró a una casa construida junto a la ermita erigida en honor de la Virgen María, dedicándose al cuidado de la misma —barrer y limpiar, cargar lo que había que llevar— y a la asistencia de los devotos que la visitaban. Entregó su casa a su tío Juan Bernardino y los bienes que tenía a los necesitados, y vivió en santidad, en la oración y contemplación, participando en la Eucaristía y dando culto a la madre del Redentor, en comunión con la Iglesia y con obediencia a los pastores, y atendiendo a los pobres. Pasaba largos ratos en oración ante la santa imagen de la Virgen. Todos los que co-

nocieron el esplendor de sus virtudes, especialmente la fe, la esperanza y la caridad, la humildad y el desprecio de las cosas terrenas, quedaron admirados. Juan Diego, en la simplicidad de la vida cotidiana, vivió fielmente el evangelio sin rechazar su condición indígena, consciente de que Dios no hace distinción de estirpes y culturas, invitando a todos a ser sus hijos. Tenía permiso del arzobispo Zumárraga para comulgar dos o tres veces por semana, que entonces era cosa muy significativa por no ser habitual. La gente, que antes de las apariciones lo tenía por hombre justo y bueno, al comprobar de cerca la vida que llevó después de ellas lo comenzó a tener por santo.

Murió a los 74 años, en 1548 (según algunos testimonios el 30 de mayo y según otros el 12 de junio), circundado por una fama amplia de santidad que enseguida tomó las características de culto. Fue sepultado —junto con su tío Juan Bernardino— en la primera ermita dedicada a la Virgen de Guadalupe.

Los dos primeros arzobispos de México favorecieron desde el primer momento el culto a la Virgen de Guadalupe. Tanto el franciscano Juan de Zumárraga arzobispo desde 1528 a 1548, quien custodió la imagen de la tilma hasta que en 1533 la trasladó de la catedral a una pequeña ermita que edificó y, con la ayuda de Hernán Cortés, organizó una colecta para construirle un santuario; como su sucesor, el dominico Alonso de Montúfar, arzobispo entre 1554 y 1572, quien fue patrono y fundador del primer santuario atendido por el clero secular, y consta que al menos el 6 de setiembre de 1556 predicó la devoción a la Guadalupana.

La primera pequeña ermita de 1533 —luego gran santuario, con otro más reciente a su lado, donde puede contemplarse la imagen de la Virgen pintada sobre la tilma— se convirtió en el centro espiritual de México, pues estos hechos se difundieron con gran rapidez y han contribuido de manera notable a la cristianización no sólo de México sino también de otras poblaciones del continente iberoamericano. En nuestros días la devoción a la Virgen de Guadalupe está muy viva y la devoción a su advocación muy difundida en otros continentes. Resulta fácil coincidir en que la Virgen de Guadalupe y su santuario han influido como el primer factor de la evangelización en México y en el nuevo mundo.

Por el rigor de las autoridades eclesiásticas en lo que se refiere a los decretos de Urbano VIII sobre el culto y otros motivos, la causa de canonización del Siervo de Dios fue promovida eficazmente sólo en tiempo reciente. Pero ya en 1666 se realizó una búsqueda de datos con personas ancianas que habían conocido en vida a Juan Diego. En esos mismos años, también la causa fue elevada a Roma. Y distintos papas reconocieron el hecho guadalupano de diferente modo: Benedicto XIV declaró a la Virgen de Guadalupe patrona de la Nueva España y la Congregación de Ritos aprobó un esquema para la misa en su honor y culto y el oficio para el 12 de diciembre. San Pío X, el 24 de agosto de 1910 declaró a la Virgen de Guadalupe patrona de América Latina y Pío XI el 16 de julio de 1935 extendió el patronazgo de la Virgen de Guadalupe al continente americano.

El proceso diocesano fue celebrado en la archidiócesis de la ciudad de México desde el 11 de febrero de 1984 al 23 de marzo de 1988. La *positio* sobre la fama de santidad, sobre las virtudes y el culto dado al Siervo de Dios fue entregada a la Congregación de las Causas de los Santos en 1989. Siguieron rápidamente la sesión de los consultores históricos (30 de enero de 1990), el congreso de consultores teólogos (9 de marzo de 1990) y la congregación de cardenales y obispos (3 de abril de 1990). Algunas objeciones inconsistentes sobre la pretendida no existencia de Juan Diego o las apariciones de la Virgen de Guadalupe, que se remontan tan sólo al siglo XVIII, han sido abundantemente refutadas por el proceso llevado ante la Santa Sede durante seis años para constatar sin margen de duda o error la existencia histórica y la santidad de Juan Diego, proceso en el que intervinieron teólogos consultores e historiadores profesionales que analizaron cuidadosamente los documentos auténticos. La búsqueda histórica y la científica efectuadas con métodos recientes han dado siempre éxito positivo en lo que se refiere a la veracidad histórica de las fuentes antiguas. Además, los análisis de la imagen de nuestra Señora en la tilma —tejido y pintura en el que no se sabe cómo ha podido resistir tan bien durante tantos siglos— y efectuados con medios técnicos modernos, han puesto de relieve distintos aspectos humanamente inexplicables. Por ejemplo, el hecho de que en las pupilas de los

ojos de la Virgen hay un reflejo, como de una fotografía del perfil de Juan Diego y de otras personas presentes en el momento de «la señal de las rosas».

El éxito positivo de estos debates permitió a Juan Pablo II firmar el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Juan Diego y sobre el culto inmemorial a él dado (9 de abril de 1990) y la posibilidad de proceder a su beatificación «equipolente» en el santuario de Guadalupe el 6 de mayo de 1990. En su homilía en la celebración de beatificación, el papa Juan Pablo II subrayaba de Juan Diego:

> «Su fe sencilla, nutrida de la catequesis y acogedora de los misterios, su esperanza y confianza en Dios y en la Virgen; su caridad, su coherencia moral, su desprendimiento y pobreza evangélica».

El episcopado mexicano declaró el 12 de octubre de 2001:

> «La verdad de las Apariciones de la Santísima Virgen María a Juan Diego en la colina del Tepeyac ha sido, desde los albores de la evangelización hasta el presente, una constante tradición y una arraigada convicción entre nosotros los católicos mexicanos, y no gratuita, sino fundada en documentos del tiempo, rigurosas investigaciones oficiales verificadas el siglo siguiente, con personas que habían convivido con quienes fueron testigos y protagonistas de la construcción de la primera ermita» [...]. «Consideramos también deber nuestro manifestar que la historicidad de las apariciones, necesariamente lleva consigo reconocer la del privilegiado vidente interlocutor de la Virgen María». «Expresamos nuestra confianza en que no tardará su canonización y por ello elevamos nuestra plegaria».

Reconocido un milagro en la misma archidiócesis mexicana realizado por su intercesión, la curación de un joven drogadicto que se había tirado desde un segundo piso y sus heridas mortales, entre ellas varias fracturas del hueso craneal, quedaron curadas en dos días tan sólo, completamente soldadas las fracturas craneales —sin ningún resto de droga en la sangre— con la sola intervención de la oración de la madre del joven al beato, se dio el decreto correspondiente el 20 de diciembre de 2001. Después de oír el parecer de cardenales y obispos en el consistorio del 26 de febrero de 2002, Juan Pablo II estableció que Juan Diego fuera canonizado el 31 de julio de 2002, en México, como así lo realizó él mismo.

En la homilía de la liturgia de canonización, Juan Pablo II, poniendo de relieve lo que significa la santidad de un indígena, dijo:

> «Juan Diego, al acoger el mensaje cristiano sin renunciar a su identidad indígena, descubrió la profunda verdad de la nueva humanidad, en la que todos están llamados a ser hijos de Dios en Cristo. Así facilitó el encuentro fecundo de dos mundos y se convirtió en protagonista de la nueva identidad mexicana, íntimamente unida a la Virgen de Guadalupe, cuyo rostro mestizo expresa su maternidad espiritual que abraza a todos los mexicanos. Por ello, el testimonio de su vida debe seguir impulsando la construcción de la nación mexicana, promover la fraternidad entre todos sus hijos y favorecer cada vez más la reconciliación de México con sus orígenes, sus valores y tradiciones».

Inicialmente se proponía, como en el caso de otros santos o beatos, que la memoria litúrgica sería fijada para el *dies natalis,* el día de su muerte. Pero el mismo papa estableció que su fiesta se celebrara el 9 de diciembre porque, conforme comentó Juan Pablo II, fue en ese día cuando Juan Diego vio el paraíso al contemplar la primera aparición de la Virgen de Guadalupe.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Litterae Decretales quibus Beato Ioanni Didaco Cuauhtlatoatzin sanctorum honores decernuntur»: *AAS* 95 (2003) 801-803.

GUERRERO ROSADO, J. L., *Los dos mundos de un indio santo* (México 1991).

— *El Nican Mopohua, un intento de exégesis* (México 1996).

MOLINARI, C., «Giovanni Diego, beato», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda* (Roma 2000) 345-348.

«Palabras a la Santísima Virgen de Guadalupe» del cardenal N. RIVERA CARRERA, arzobispo primado de México (2-6-1996).

NOTA. Hemos seguido el texto de la narración del *Nican Mopohua* (c.1550), de Antonio Valeriano, editado por un capellán de Guadalupe, Luis Lasso de la Vega en 1649 y traducido del náhuatl al español por Mario Rojas, pbro. Además existen otros testimonios de la época que confirman los hechos, por ejemplo: el testamento de Juana Martín de 1559 y vecina de Juan Diego; el *Inin Huey Tlamahuizoltin* compuesto hacia 1580, quizá por el P. Juan González, intérprete del obispo Zumárraga y traducido por Mario Rojas, más breve pero coincide en lo sustancial con el *Nican Mopohua;* el *Nican Motecpana,* texto náhuatl, escrito hacia 1600 por Fernando de Alba Ixtlilxóchitl (1570-1649), bisnieto del último emperador chichimeca, que fue gobernador de Texcoco, escritor y heredero de los papeles y documentos de Valeriano, entre los cuales recibió el Relato de las Apariciones de la Virgen de Guadalupe; el Testamento de Juan Diego, manuscrito del siglo XVI, conservado en el convento franciscano de Cuautitlán, y recogido después por don Lorenzo Boturini; varios *Anales,* en náhuatl, del siglo XVI,

como los correspondientes a Tlaxcala, Chimalpain, Cuetlaxcoapan, México y sus alrededores, hacen referencia a los sucesos guadalupanos; las *Informaciones* de 1666, hechas a instancias de Roma, en las que depusieron 20 testigos, 8 de ellos indios ancianos. Entre los testigos se contó a don Diego Cano Moctezuma, de 61 años, nieto del emperador, alcalde ordinario de la ciudad de México; también del siglo XVII, hay varias *Historias de las apariciones de Guadalupe,* publicadas por el bachiller don Miguel Sánchez (1648), el bachiller don Luis de Becerra Tanco (1675), el P. Francisco de Florencia, SJ (1688), y el pbro. don Carlos de Sigüenza y Góngora (1688).

SANTA LEOCADIA DE TOLEDO

Virgen y mártir († 304)

El emperador Diocleciano comenzó su reinado con los mejores auspicios. Dotado de singulares dotes de gobierno, había de ser uno de los grandes soberanos del Bajo Imperio romano.

Un cuarto de siglo llevaban los cristianos gozando de relativa paz, y el recuerdo de las pasadas persecuciones se hacía cada vez más lejano. Dividido el territorio imperial en dos mitades administrativas, Diocleciano, que se asoció como césar a Galerio, se reservó el Oriente, mientras en la parte occidental ejercía el supremo mando Maximiano, con la colaboración de Constancio Cloro.

Sin que hoy se puedan precisar con exactitud las causas, Diocleciano, benévolo con los cristianos durante un decenio, cambió radicalmente de conducta influido por su césar Galerio, verdadero responsable de la enorme matanza que se siguió. En Oriente la sangre se derramó sin medida, y los tormentos de los mártires revistieron inaudita crueldad y satánicos refinamientos.

También en Occidente abundaron los martirios durante los primeros años del siglo IV. El poeta Prudencio, con estro pindárico, pudo escribir años después su libro De las coronas, el Peristephanon, con los relatos martiriales de quienes en aquella persecución pagaron con la vida su inquebrantable adhesión a Cristo.

Víctima de ella fue también la doncella toledana Leocadia. La blancura, representada por su nombre, de origen griego, coincidía con su corta edad de adolescente, casi de niña. Un templo parroquial de Toledo a ella dedicado, y en cuya demarcación se escriben estas páginas, se eleva sobre el lugar que se

cree su casa paterna, mostrándose un subterráneo considerado como lugar de oración de la santa niña.

Los calendarios mozárabes atestiguan desde muy antigno el culto de esta mártir, cuya prisión y muerte fue narrada en un relato compuesto en el siglo VII.

Según en él se nos dice, procedente de las Galias, penetró en España el gobernador imperial Daciano, llegado para cortar a sangre y fuego todo brote cristiano que pudiera haber nacido en un territorio saturado de paganismo.

Como lobo hambriento de sangre y cadáveres inició un recorrido que había de extenderse desde Gerona hasta Mérida. Letanía de mártires para el cielo y de simiente cristiana en la tierra fue su itinerario por Gerona, Barcelona, Zaragoza, Alcalá, Toledo, Ávila y Mérida. El autor del relato escribe:

> «La tierra, empapada en sangre, gritaría, si la lengua callase, la magnitud de los escarnios, azotes, tormentos y derramamiento de sangre por él perpetrados. Testimonio cruento de su paso feroz fueron los mártires Félix, Cucufate, Eulalia, los Innumerables de Zaragoza, los santos hermanos Justo y Pastor, los también hermanos Vicente, Sabina y Cristeta y la emeritense virgen Eulalia».

Desde Alcalá Daciano se trasladó a Toledo. La noticia de su llegada hubo de poner estremecimientos de pánico en la reducida comunidad cristiana existente en la ciudad. Muy poco tardó en citar a su tribunal a la cándida joven Leocadia sometiéndola a un interrogatorio, sostenido de la siguiente forma:

> «Pero ¿cómo ha sido posible que tú, nacida de tan noble familia, te hayas dejado obsesionar por un engaño tan burdo y sin sentido, y que, abandonando las prácticas del culto de nuestros dioses, te hayas adherido a ese Cristo desconocido?»

Con inesperada entereza contestóle Leocadia:

> «Tus recriminaciones no me apartarán de mi fe en Cristo, como tampoco la melosidad de tus palabras ni el apego a las comodidades de mi familia, con que intentas persuadirme, me van a arrancar de la servidumbre y promesa hecha a mi Señor Jesucristo, que, al redimirnos con su preciosa sangre, nos concedió la máxima libertad».

Enrojecido por la ira, mandó Daciano a sus sayones que con fuertes amarras atasen a la intrépida doncella y la encerrasen en

una oscura cárcel, mientras él se tomaba tiempo para excogitar las penas y tormentos a que había de someterla para quebrantar su férrea voluntad.

En la parte baja del lado oriental del famoso Alcázar toledano, que, asomado al Tajo, hubo de ser desde los tiempos celtibéricos hasta nuestros días fortaleza casi inexpugnable, existe hoy un recinto ruinoso, desmantelado y cerrado con una verja de hierro. Desde el siglo XIII, renovado por Alfonso X, se sitúa en este lugar el emplazamiento de la mazmorra de Santa Leocadia. Un autor del siglo pasado atestigua:

> «Todavía existía, y nosotros hemos tocado, una señal de cruz cavada en la piedra por la costumbre continua que la mártir tenía de imprimir con sus dedos este signo de nuestra redención».

Sobre la cruz incisa en el muro, una inscripción recordaba que allí, cargada de cadenas, había sido encarcelada la Santa y que con sus manos había excavado la santa cruz.

Aherrojada en lóbrega mazmorra quedaba la cristiana doncella, mientras Daciano reemprende su viaje persecutorio, fijando sus sangrientas estancias en Évora, Ávila y Mérida. Las vidas de los mártires Vicente, Sabina, Cristeta y Eulalia enjoyan como rubíes la corona del rey de la gloria.

Los tormentos y la crueldad desplegada con ellos, sobre todo con la virgen emeritense Eulalia, pronto fueron conocidos con espanto, y la noticia de ellos llegó hasta Toledo y penetró a través de los barrotes de la cárcel donde Leocadia se encontraba.

Fuera de santa envidia o fruto de sus oraciones, o a causa del acabamiento por el inhumano trato a que estaba sometida, en la misma cárcel, arrodillada, entregó su alma a Dios esta incruenta mártir toledana, a quien los textos litúrgicos hispanos califican de confesora y mártir. Su fallecimiento tuvo lugar el 9 de diciembre del 304.

Enterrada en el cementerio local, en el pomerio occidental de la ciudad, junto al Tajo, en la vega, muy pronto surgió en torno a su tumba un culto martirial, incrementado años después al ser reconocida por Constantino la religión cristiana. Posiblemente en el mismo siglo IV se erigió sobre el sepulcro una basílica romana, que fue notablemente mejorada en el 618 por el

rey Sisebuto, siendo consagrada el 29 de octubre. Durante el siglo VII el culto a la santa vive su época de esplendor. Los grandes arzobispos de Toledo buscan la cercanía intercesora de los restos de Leocadia para fijar en la basílica su sepultura. Eladio, Eugenio, Ildefonso y Julián fueron en ella enterrados y allí también se celebraron tres de los renombrados concilios toledanos.

El recuerdo de Santa Leocadia está íntimamente relacionado con San Ildefonso, pues ambos bienaventurados fueron los protagonistas de un singular portento ocurrido en el interior del famoso templo.

Con inusitado esplendor se preparaba aquel año la festividad de la santa, día 9 de diciembre. Clero, nobleza y pueblo se agolpan en el recinto de la basílica.

El poeta Valdivielso reconstruye la escena con abundancia de anacronismos:

> El Cabildo con capas de oro y plata,
> perlas sembradas por la plata y oro,
> de cuya majestad decir no puedo
> más de que es Cabildo de Toledo.
> Los sufragáneos del Arzobispado
> con pontificio ornato acompañaban
> al varón justo, al singular prelado,
> a quien con todo corazón amaban [...]
> Sale ostentando toda su potencia
> el rey de la española monarquía,
> mayor haciendo con su real presencia
> el alborozo del solemne día...
> Hace Toledo ostentación gallarda
> de consulares ropas adornados
> los padres de la Patria, en que se vían
> que la sangre y las letras competían...

Ha tomado el rey asiento en su trono. Ildefonso se arrodilla a los pies del sepulcro de la Santa, totalmente recubierto por una losa enteriza. Entonaban los cantores estrofas e himnos de composición Ildefonsiana. Súbitamente, por obra de manos invisibles, remuévese la piedra y aparece Leocadia, recortándose su casta silueta sobre el fondo prestado por su manto extendido. Obispos, clero, nobles y pueblo claman glorificando a Dios. A las voces de todos une la suya la virgen mártir para alabar a Ildefonso por los servicios prestados a la Madre de Dios.

Entretanto, el arzobispo, ajeno al panegírico que tan portentosamente se tejía en su honor, asióse del manto de Leocadia y echando mano al estilete que colgaba de la cintura de Recesvinto, cortó un trozo de aquella vestidura, que pasa en seguida a enriquecer, como una reliquia más, el sagrado tesoro de Toledo.

Hasta mediados del siglo VIII descansaron los huesos de la Santa en la basílica toledana. Mas, por estas fechas, al producirse la persecución de Abderramán I contra los cristianos y sus reliquias, los atemorizados mozárabes huyeron de la ciudad, llevando consigo como sagrado depósito las reliquias de Santa Leocadia y de los otros santos toledanos.

Trasladados a Oviedo los de la Santa, Alfonso el Casto erigió una basílica en su honor para que allí recibiera el culto de que se había visto privada en Toledo.

En Oviedo permanecieron los restos de Santa Leocadia probablemente hasta finales del siglo XI, en que, según tradición, un conde de Henao, llegado a España como romero de Santiago, colaboró con Alfonso VI en la obra de la Reconquista, y de él obtuvo como inapreciable regalo los cuerpos de Santa Leocadia y San Sulpicio, que guardaba la iglesia ovetense.

Ciertamente se sabe que en el siglo XII se encontraba el cuerpo de la santa toledana en la abadía benedictina de Saint-Ghislain, sita al oeste de la actual Bélgica.

Con culto creciente cada día en toda la comarca, allí fue visitada por los archiduques Felipe el Hermoso y Juana la Loca, quienes obtuvieron para la catedral de Toledo una tibia de la Santa, venerada hoy en el mástil de un precioso relicario gótico que simula una nave y que posee la citada catedral.

Las guerras de religión e independencia de los Países Bajos tuvieron también sus tristes consecuencias en la abadía de Saint-Ghislain, invadida en alguna ocasión por los herejes, quienes, deslumbrados por el fulgor de las chapas de bronce que cubrían la arqueta de las reliquias de la Santa, y pensando que serían de oro, las arrancaron de ella, dejando al descubierto la caja de madera en que se guardaban.

Conocida es la preocupación de Felipe II por reunir en España el mayor número posible de reliquias santas. Las de Santa Leocadia eran muy notables y su recuerdo perduraba en

la Iglesia de Toledo con la esperanza de que a ella pudieran regresar aquellos restos, que eran la mejor gloria cristiana de la ciudad. El duque de Alba, toledano y gobernador de los Países Bajos, hizo algunos intentos para conseguirlo, mas sus poderosas instancias resultaron fallidas ante la negativa de la comunidad, que de forma alguna quería desprenderse de tan rico tesoro.

Más hábil y afortunado fue el jesuita padre Miguel Hernández, también nacido en la provincia toledana, quien, ejerciendo sus ministerios apostólicos en los Países Bajos, comenzó en 1583 a madurar la audaz empresa de conseguir para su restitución a Toledo el cuerpo de Santa Leocadia.

La tarea no fue fácil. Hubo que convencer a los monjes de la justicia de la petición y demostrarles que el amor y reverencia que sentían por aquellos restos se patentizaría más permitiendo que se trasladaran a lugar seguro que no dejándolos en aquel monasterio, rodeado de herejes en lucha, quienes, como ya había ocurrido, podrían adueñarse de él y reducir a cenizas los huesos que por permisión divina se habían visto protegidos contra tantos perseguidores.

Inesperadamente los monjes accedieron a la solicitud, no sin antes exigir documentos de Felipe II y del romano pontífice Gregorio XIII. En presencia de los prelados de Cambray y Tournay el abad hizo entrega de los preciosos restos al padre Hernández y dio comienzo una larga peregrinación, que había de prolongarse durante cuatro años.

Dos dificultades se oponían al feliz éxito de la empresa. Era la primera la temida oposición de los flamencos, que no veían con agrado el verse privados de aquel santo cuerpo, que durante tantos años había sido objeto de su piadosa veneración. La otra, sin duda más grave, se debía al estado belicoso en que los Países Bajos se encontraban contra el dominio español y el catolicismo.

El itinerario más corto para llevar los restos a Toledo era el que atravesaba Francia, pero era el menos seguro y a la sazón debía de desecharse por ser sumamente expuesto a toda clase de riesgos. Eligióse, por tanto, el que a través de Alemania e Italia conduciría hasta un puerto seguro del Mediterráneo, donde

con plenas garantías las reliquias pudieran ser embarcadas para su traslado a España.

Extremando cautelas, orillando los peligros, desorientando a los posibles raptores, el padre Hernández llegaba a Roma con su inestimable depósito el 13 de febrero de 1586. El 1 de agosto partía de Génova por mar, llegando a Barcelona el 12. Sin embargo, el desembarco del cuerpo de Santa Leocadia tuvo lugar en Valencia.

Desde Cuenca el traslado hasta Toledo fue apoteósico. El monarca, el cardenal don Gaspar de Quiroga y el Cabildo toledano no regatearon ni previsiones ni gastos. Como Felipe II quería asistir con su real familia a la entrega oficial del glorioso cuerpo, tan difícilmente logrado, a la catedral de Toledo, hubo de demorarse la fecha de tan solemne acto hasta finales de abril de 1587.

En la relación de actos que en la ciudad se tuvieron en tan memorable día los cronistas se hacen lenguas. El Cabildo y el Ayuntamiento competían en la erección de arcos y tribunas. El recibimiento tributado a la santa mártir por sus paisanos y por la muchedumbre de personas llegadas de todas partes, rebasaba todo cuanto pudiera decirse.

Luego de haberse depositado la arqueta con las santas reliquias en un templete erigido junto a la basílica de Santa Leocadia, en la Vega, el domingo 26 de abril se verificó la solemne traslación. Al llegar ante la fachada principal del templo primado, Felipe II puso sobre sus hombros uno de los brazos de la litera en que el santo cuerpo era transportado, mientras el heredero, don Felipe, sostenía un cordón a ella cogido. Detrás iba, ennobleciendo el lucido cortejo, la hermana del monarca, doña María de Austria, y la hija, Isabel Clara Eugenia, que con sus veinte años demostraba cómo había sido eficaz para su nacimiento otro traslado glorioso, el de San Eugenio, verificado con la misma suntuosidad el año 1565.

En la catedral el monarca hizo la entrega oficial del cuerpo al arzobispo, y con él se incrementó notablemente el relicario de la Iglesia toledana.

Desde 1593 las veneradas reliquias reposan en una riquísima arca de plata, blanca y dorada, diseñada por Nicolás Vergara y

confeccionada por el platero Merino. Custodiada durante el año en la grandiosa lipsacoteca denominada El Ochavo, juntamente con las demás reliquias que la catedral atesora, el 9 de diciembre es puesta sobre una carroza, revestida de terciopelo carmesí y adornada con ramos de laurel, y es procesionalmente paseada por todo el ámbito de la catedral, mientras la schola catedralicia, acompañada por los capitulares y prebendados, canta el himno procesional de la Santa.

En los ocho días siguientes el arca de las reliquias permanece expuesta en el altar de la capilla del sagrario para que ante ella desfilen los toledanos y soliciten su valiosa intercesión, pues no sin motivo Santa Leocadia es la patrona principal de la ciudad.

JUAN FRANCISCO RIVERA RECIO

Bibliografía

Analecta Bollandiana 14 (1895) 30; 17 (1898) 119; 20 (1901) 392 y 410; 59 (1941) 317; 71 (1953) 100-132; 72 (1954) 382-396.

Biblioteca hagiographica latina, II (Bruselas 1949) n.4848.

FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico* (Madrid-Barcelona 1953) t.1, p.67-78; t.2, p.65-67.

FLÓREZ, E., *España sagrada,* VI, p.315-417.

HERNÁNDEZ, M., SI, *Vida martirio y translación de la gloriosa virgen y mártir Santa Leocadia* (Toledo 1591).

• Actualización:

COLOMILLA TORNER, J. - PARRILLA COLOMINA, M.ª C. I., *Santa Leocadia de Toledo: le llamaron «Blanca»* (Toledo 2005).

RIVERA RECIO, J. F., *Santa Leocadia de Toledo* (Toledo 1961).

BEATO LIBORIO WAGNER

Presbítero y mártir († 1631)

Nacido en la ciudad alemana de Mühlhausen el 5 de diciembre de 1593 fue bautizado aquel mismo día. Sus padres, Pablo Wagner y Sibylla Arnold eran de la confesión luterana. A los 20 años pasó a Lipsia a seguir estudios de filosofía. En 1622, terminados sus estudios, y conseguidos los títulos correspondientes, fue a estudiar la Teología. En Wurzburgo, frecuentando la facultad teológica de los jesuitas y con la ayuda de ellos, se convirtió al catolicismo, abjurando, a ciencia y conciencia, de la

confesión luterana. A sus 29 años andaba entregado con toda el alma al estudio de la teología para alimentar su fe y comenzó a pensar en hacerse sacerdote y tomó, finalmente, esa decisión. Recibió la ordenación sacerdotal en 1625 y se entregó al ministerio en cuerpo y alma, primero en Hardheim como ayudante del párroco durante un año, y después fue nombrado párroco del pueblo de Altenmünster-Sulzberg, donde estuvo durante cinco años. No se había olvidado de los seguidores de Lutero, preocupándose por ellos como padre y pastor solícito y tratando de reconducirlos al buen camino. Su acción pastoral se vio dificultada por la situación creada por la llamada guerra de los 30 años y por las diferencias y disputas entre luteranos y católicos. En esta situación, Liborio, impedido de ejercitar su acción pastoral, se vio obligado a vivir oculto y fue delatado por algunos enemigos de la fe católica y descubierto su domicilio. En diciembre de 1631 fue conducido por los soldados, primero al pueblo de Schomungen y después al castillo de Mainberg. Fue sometido a los más duros tormentos durante cinco días, con la intención de apartarlo de la profesión de la fe católica y de su fidelidad al romano pontífice. Preguntándole los emisarios si quería perseverar en la fe católica o renunciar a ella y pasarse a la confesión luterana en la que disfrutaría de honores, riquezas, etc., respondió: «Viviré, padeceré, moriré como católico papista». Llevado al río Meim se le aplicaron los más terribles tormentos hasta que la espada del soldado le infligió la muerte el 9 de diciembre de 1631. Tenía 38 años. Su cadáver fue arrojado al río y de allí lo rescataron con toda piedad los fieles y lo enterraron. Primeramente fue depositado en la capilla del castillo de Mainberg, más adelante en la iglesia del monasterio de Heidenfeld, y desde 1931 reposa en la iglesia parroquial de San Lorenzo de la misma ciudad, adonde acuden los fieles a venerarle.

Hechas investigaciones exhaustivas sobre su vida y martirio se introdujo su Causa en 1970. Los pasos siguientes han sido el congreso de consultores el 30 de abril de 1973 y la reunión plenaria de cardenales de julio del mismo año se concluyó por unanimidad que constaba del martirio del Siervo de Dios Liborio Wagner y que se podía proceder a su beatificación. La beatificación por parte de Pablo VI tuvo lugar en la basílica de San Pedro de Roma el 24 de marzo de 1974.

En la homilía papal se dice:

> «El curso de su breve vida, que se cierra en la tierra para abrirse en el cielo con su muerte dolorosa y gloriosa, es muy significativo en todas sus etapas, y merece ahora a la luz de la presente glorificación, ser considerado en sus diversos aspectos, con una nueva reflexión sobre el marco histórico y espiritual en que se desarrolló».

Toca el Papa el hecho de que hubiera nacido en el seno de una familia protestante y afirma que el Beato Liborio «parece confirmar en todos nosotros el deseo de un ecumenismo renovador de la concordia y de la paz».

En el Ángelus de ese domingo de marzo volvió Pablo VI a referirse a él diciendo:

> «Víctima de un desconcertante y trágico drama histórico, honramos en él a un sacerdote ejemplar, humilde y bondadoso, pero constante e impávido, que antepone la fe a cualquier otro valor, y saca de la fe la norma lógica de su conducta y de su testimonio. Es una gloria para la Iglesia, especialmente para la Iglesia alemana, y merecía ser oficialmente reconocida para recordarnos a todos nosotros los deberes de la coherencia cristiana y para alimentar en nuestro tiempo la esperanza de una renovada comunión ecuménica».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

BRANDER, L.W. V., *Der Martirer-Pfarrer von Altenmünster gest. 9 Dezember 1631* (Wurzburgo 1961).

CASOLINI, F., *Il Beato Liborio Wagner: parroco di Altenmunster-Sulzdorf, martire della fede* (Ciudad del Vaticano 1974).

«Homilía en la beatificación»: *AAS* 66 (1974) 373-375; *Ecclesia* (1974) n.1.687, p.13-14.

SAN PEDRO FOURIER

Presbítero († 1640)

La realidad histórica de Pedro Fourier inicia andadura en los Vosgos, la bella geografía boscosa y fluvial del nordeste francés.

Enmarcada por una modesta familia de comerciantes de tejidos y encajes afincada en Mirecourt —diócesis de Toul—, pe-

queña ciudad lorenesa de artesanos, mercaderes, hombres de leyes y eclesiásticos. En fecha 30 de noviembre de 1565.

Cuando el ducado de Lorena tenía soberanía política, con capitalidad en Nancy. Se repartía eclesiásticamente entre los principados episcopales de Metz, del mentado Toul y de Verdún, integrados en la demarcación metropolitana de Tréveris. Y, sordo a la predicación luterana alemana y a la calvinista francesa, vivía una fidelidad ejemplar a Roma; estirando y sumando presencias clericales, despertando iniciativas, engendrando proyectos, alumbrando instituciones.

Acertada la puesta en marcha de aulas universitarias en Pont-a-Mousson, impulsada por los consanguíneos: duque Carlos III y el cardenal Carlos de Lorena. Nacidas oficialmente el 5 de diciembre de 1572. Y confiadas a los hijos de Ignacio de Loyola. Aulas predestinadas a abanderar la contrarreforma en el ducado, mordido por las inquietantes innovaciones religiosas europeas.

Andadura universitaria briosa la de Pont-a-Mousson. En cuyo alumnado suma presencia, en 1578, el treceañero Pedro Fourier, incorporado con el bagaje de una estupenda educación familiar cristiana, más una sobresaliente aplicación en la escuela parroquial de Mirecourt.

Listo el muchacho. Inteligencia prometedora. Ávido de conocimientos. Y soñando con la dedicación a Dios. Será una larga vida académica, pero partida. Casi mitad y mitad.

Un primer período —estirado de 1578 a 1585— que moldeará, bajo la dirección de eminentes maestros, el humanista y el filósofo Pedro Fourier. Alumno modélico. Aventajado en el dominio del griego y de las matemáticas. Lector apasionado de la literatura primitiva cristiana. Elegante escritor. Una lumbrera.

De la mano los estudios y la docencia, dando clases particulares; abriendo cauce al futuro ministerio pedagógico, que habría de distinguirle.

Y, aún no dieciochoañero, tendría responsabilidad sobre una docena de colegiales que admirarían su austeridad de vida, su acendrada piedad, la madurez de espíritu y su recto juicio.

Fueron los primeros años juveniles del hijo de los comerciantes de Mirecourt.

La segunda etapa académica —que va de 1589 a 1595— formará teológica y jurídicamente al ya flamante presbítero Fourier. Igual de aplicado. Igual de sobresaliente. Ilustrativamente uno de sus maestros llegó a decir que, si la *Summa theologica* se perdiera, el alumno Pedro Fourier era capaz de memorizarla y reproducirla.

E igual de virtuoso.

Sacerdote desde el 25 de febrero del año de retorno a la universidad. Ungido en el paréntesis abacial de Chaumousey, de resultas de la peste que, en 1585, cerró las aulas de Pont-a-Mousson provocando la dispersión estudiantil. En Chaumousey, compartiendo durante cuatro años vida reglamentada con los canónigos regulares. Y soñando e ilusionándose con el ministerio parroquial.

Ministerio que ensayará en el púlpito y en el confesonario de San Martín, la parroquia vecina. Donde también desmenuzará, en original diálogo con el público infantil catequizando, las verdades de la fe.

El bagaje intelectual, la formación eclesiástica y la valía moral de Fourier, coronada la vida académica universitaria, daban para grandes aspiraciones. Opciones no pocas.

Tras los dos años de rodaje ministerial en Chaumousey consideró que era mejor alejarse del lamentable ambiente abacial, personalmente molesto y anhelándolo distinto. Opciones no pocas. Pero la ambición, el afán de brillo no iban con el clérigo de Mirecourt. No le tentaron.

Admirable en la elección. Simplemente se contentó con un campanario, una iglesia, un sagrario, un púlpito, un confesonario. Y un puñado de familias, de niños, de mozos, de enfermos. Sin eufemismos: un curato rural en un rincón pobrísimo, humanamente desgraciado, de Lorena. A ojos del mundo todo menos apetitoso.

Sin mérito para el aprecio de los hombres y, desde la perspectiva clerical, una realidad pastoralmente difícil. La feligresía de Mattaincourt, una población cercana a la geografía municipal que vio nacer e hizo adolescente al nuevo párroco, tenía pésima reputación. En realidad, protagonista de una vida cristiana, manifiestamente mejorable, que dejaba mucho que desear.

Fruto, naturalmente, de la común desatención pastoral que el Concilio de Trento vino a remediar.

Aproximadamente un millar de vecinos que, mayoritariamente, se alimentaban y vivían de la comercialización de sus manufacturas textiles. Una economía local que estiraba mercaderes alemanes, suizos, italianos, franceses. Y sumaba pluralidad de presencias eclesiásticas.

Con los visitantes pugnaban por filtrarse afanes proselitistas e innovaciones religiosas, con la consiguiente polémica y la aparición de hostilidades vecinales. Significativamente alguien ha calificado a Mattaincourt de «pequeña Ginebra».

Pedro Fourier estrena dedicación y entusiasmo pastoral el primero de junio de 1597. Decididamente empeñado en dar un vuelco religioso a la parroquia. Por supuesto apuntalándose en la oración y en la austeridad de vida, más la esperada ayuda divina.

Inicia la brega. Primero lo primero...

Preferente resulta la instrucción infantil, religiosa y profana, más cuidada desde la fresca atención conciliar tridentina. Escolarización y catequesis.

Hasta el punto que los afanes educativos absorberán una parte fundamental de su ministerio apostólico, dando vida a la Congregación de Nuestra Señora. Pionero en la instauración de la «clase» —instrucción colectiva simultánea— frente a la tradicional enseñanza individualizada. Y entusiasta e impulsor adelantado de la promoción femenina.

Estimulará por escrito a sus religiosas: «Ganar una sola alma en vuestras escuelas es algo más grande que crear un mundo». Guerra a la ignorancia también en el púlpito.

Predicación, predicación inculcando la santificación de las fiestas, la frecuencia sacramental, las prácticas de piedad, los usos y las costumbres cristianas.

Presencia también destacada en la programación ministerial del párroco de Mittaincourt tenía la atención caritativa, necesaria como nunca tras la devastación y la miseria que habían seguido a la Guerra de los Treinta Años. Con los desheredados. Y con los apestados, que recogía y aislaba.

A brazo partido con la epidemia en la comunidad parroquial y más allá de la demarcación. A base de pan, leche, mantequilla, carne. A base de desvelos, de cuidados y de inmensa ternura. Pero nada de pan para hoy y hambre para mañana. Fourier era partidario de atacar la pobreza en su raíz. Amaba las soluciones definitivas. Y es por ello que fue osado.

Proyectó y puso en marcha la «Bourse Saint-Evre». Un fondo económico bautizado con el nombre del patrono parroquial, fruto de aportaciones y legados, para acudir en socorro de las familias en apuros. Una realidad parecida a las modernas instituciones de crédito, a las cajas de crédito rurales. Sólo asemejada.

Pues nada de fianzas ni de intereses. Y no descartada, en caso de necesidad, la condonación del préstamo. Cumpliéndose literalmente el precepto evangélico: «Prestad sin esperar recompensa».

Así la revolucionaria iniciativa social del abate Fourier amurallaba la escandalosa usura de los prestamistas, asfixia del comercio, y ofrecía holgado desarrollo a la economía local. Toda una novedad en la época.

Curiosa singularidad de Mattaincourt también era la administración clerical de justicia. Desempeñada por el titular de la parroquia que, simultaneando funciones de una especie de juez de paz, ejercía arbitraje asistido por dos asesores de elección popular. Y precisamente no en base a códigos escritos, sino a tenor de los principios morales cristianos.

Total que el reverendo Fourier celebraba, predicaba, catequizaba, confesaba, dirigía espiritualmente... Luchaba contra la pobreza, ponía en marcha iniciativas caritativas e instituciones sociales, arbitraba de oficio entre querellantes, ensayaba modalidades apostólicas nuevas. Infatigable, multiplicándose prodigiosamente.

Con energías y tiempo para empeñarse en dar un revolcón a la abadía de Chaumousey. Y para misionar geografía y comunidades parroquiales donde mordía, voraz, el protestantismo. Y para la acción política. Y...

Atención singularizada.

A caballo entre los siglos XI y XII había florecido en Lorena un puñado de abadías que, tras un inicial esplendor primaveral,

resbalaron hacia la relajación en la observancia, el abandono de la pobreza individual, el desánimo espiritual, el desmoronamiento de la vida comunitaria; compartiendo poco más que el techo, la mesa y el rezo del breviario.

Un desastre...

No obstante Chaumousey llenará un paréntesis en la vida de Pedro Fourier. Un paréntesis para el noviciado, para la profesión religiosa, en 1586, y para la ordenación sacerdotal, en la fecha que ya conocemos.

Sorprendente que un hombre de formación jesuítica abrazara la regla de los canónigos regulares. Pero comprensible por la sencilla razón de un apasionamiento.

Es que le tiraba enormemente el ministerio parroquial. Y era evidente que en la Compañía de Jesús, marco intelectualmente más adecuado, no tendría oportunidad de vivirlo. Sí integrado en la comunidad religiosa de Chaumousey, a cuyo cargo estaban no pocos curatos rurales comarcanos.

El desastre abacial que conocía y vivió clamaba remedio. Y allá que va Fourier, decididamente, con la reforma tridentina en las manos. Serían siete años de brega. Prudente pero valiente. Codo a codo con el obispo diocesano...

Viento renovador en Chaumousey e inmediatas bocanadas en distintos claustros de Lorena. Fue la purga.

Quienes recuperaron el respeto y el aprecio de la regla primitiva, originando comunidades nuevas. Y quienes, en desacuerdo con el afán renovador, volvieron al mundo pero legalizada su situación.

El caso es que una bula pontificia de 1628 otorgaba naturaleza jurídica a la *Congregación de Nuestro Salvador,* que agrupaba a los monasterios reformados loreneses.

Es verdad que no a plena satisfacción de Fourier. Quien hubiera celebrado la obligatoriedad de la dedicación docente de los clérigos regulares que no optaran por el ministerio parroquial. No fue...

Simultáneamente reformador y misionero el párroco de Mattaincourt. Empujado a la pastoral extraparroquial, en 1607, por el propio obispo de Toul, mons. La Vallée.

Protagonista de predicaciones extraordinarias, en solitario y en colaboración con los jesuitas, en distintos puntos geográficos del ducado.

Especialmente memorable su actividad evangelizadora en Bandonviller, en 1625. Todo un semestre de recorridos y visitas, de contactos familiares y personales; sembrando respeto, tratando fraternalmente a los calvinistas. Gestos que dejarían huella.

Y aún tiempo para la actividad política. Cuando la calamitosa Guerra de los Treinta Años (1618-1648) entre Francia y Lorena, cuyo final no conocería.

Apóstol de la Europa cristiana frente a las alianzas protestantes del todopoderoso Richelieu. Siempre fiel al duque Carlos IV, defensor de la causa católica, a quien prudentemente aconsejaba.

Y, de resultas, exiliado forzoso. En Pasmes y en Gray, donde el 9 de diciembre de 1640 murió en olor de santidad.

El papa Benedicto XIII, en 1730, honró con la beatificación y León XIII, en 1897, inscribió en el santoral al ejemplar cristiano, modélico párroco conciliar tridentino y pionero de la reforma católica.

La historia de la cultura, por otra parte, también rinde honor al hombre dialogante, atento a la problemática de su tiempo, protagonista de audaces iniciativas sociales, que fue San Pedro Fourier.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

DERRÉAL, H., *Un missionaire de la Contre Reforme, saint Pierre Fourier* (París 1965).
LEONARDI, C. - RICCARDI, A. - ZARRI, G. (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000).
ROGIE, J., *Histoire du bienheureux Pierre Fourier,* 3 vols. (Verdún 1887-1888).
TAVENAUX, R. (ed.), *Saint Pierre Fourier en son temps. Actes du colloque de Mirecourt* (Nancy 1992).

BEATO BERNARDO MARÍA DE JESÚS (CÉSAR) SILVESTRELLI

Presbítero († 1911)

Hasta que se hizo mayor, se llamó César. Había nacido en Roma, en una familia ilustre. Su padre se llamaba Juan Tomás, y la madre Teresa Gozzani, marqueses de San Giorgio. Por tanto, en casa había de todo: trajes, libros y comida. No se podía pedir más para una familia de aquellos tiempos en Italia.

El mismo día en que nació, 7 de noviembre de 1831, fue bautizado en la parroquia de Santa María de Minerva. César, el futuro padre Bernardo, tuvo dos hermanos, Augusto y Luis (muy conocidos en el mundo de la política italiana de aquel tiempo) y dos hermanas, Elisa y María, que se casaron con dos miembros de dos ilustres familias italianas.

Pronto lo llevaron a estudiar al colegio romano de los jesuitas. Sus estudios iban viento en popa, puesto que estaba dotado de una potente inteligencia bien dirigida por profesores ilustres.

De esta época hablan algunos testigos cercanos:

> «Todos en la familia le tenían por santo. Llevaba una vida muy retirada, dando a todos ejemplo de humildad, modestia y oración. Por la mañana se levantaba temprano e iba a la iglesia del Caravita para oír misa y comulgar. Vuelto a casa, se entregaba al estudio en su habitación gustándole estar solo».

Año 1854. El hecho decisivo de su vida fue aquél en que, cazando un día con su amigo José Cencelli por los montes de Soriano (Viterbo), se encuentra perdido en el bosque y tiene que buscar refugio en un convento de los padres pasionistas. Era el convento de San Eutiquio.

Aquella acogida, aquel rincón, le parecieron el cielo, y fue aquel encuentro el que dejó marcada su vida para siempre. Porque en aquella fecha decidió entregar su vida al servicio de Dios en el seno de una familia pasionista.

Ese mismo año, con la decisión tomada, va a hacer unos ejercicios espirituales con los padres pasionistas de la basílica de los santos Juan y Pablo del Celio, cerca del Coliseo, el Palatino, los Foros romanos y las Termas de Caracalla. Y solicita la entrada en la congregación.

Ha sido una decisión personal; no se la ha comunicado a nadie. Pero a la vuelta de los ejercicios regala a cada uno de los miembros de su familia un pequeño crucifijo de marfil. Este hecho les hace suponer que César ha tomado alguna decisión, definitiva en algún sentido, aún desconocida para ellos.

Ese mismo año, después de los ejercicios espirituales, César llega al Monte Argentano, cuna de la congregación pasionista. Y el día 7 de abril toma el hábito y comienza el año de prueba. Este año (1854) se declara el dogma de la Inmaculada Concepción. Cuatro años más tarde, la Señora de Lourdes explicará su presencia delante de Bernardita: «Yo soy la Inmaculada Concepción».

A pesar de sus buenos deseos, la salud no le acompaña. Por lo cual, enfermo, se tiene que retirar del noviciado, pero se queda viviendo entre los pasionistas en una comunidad vecina, y allí estudia porque quiere ser sacerdote.

Al año siguiente, en 1855 (César tiene 24 años), es ordenado sacerdote por el obispo misionero pasionista mons. Malaioni, apóstol de Bulgaria. Celebra su primera misa sin ningún pariente al lado, en la iglesia del noviciado de San José. Y con estos hechos tan importantes en la mano solicita una nueva entrada en la comunidad de los pasionistas.

Ya hemos dicho que el P. Bernardo pertenecía a una familia adinerada. Así, mostrando su desprendimiento, hizo construir, con sus propios bienes, una capilla en honor del fundador, en la iglesia de la Presentación. Hizo restaurar otra capilla dedicada al Santo Crucifijo. Y cuando llegó el cólera a la ciudad, Bernardo se deshizo en caridades sin cuento a favor de los enfermos más necesitados.

En 1856, el día 1 de abril, con un salvoconducto del cardenal Antonelli, secretario de Estado de Su Santidad, César llega al noviciado de Monrovalle. Sus superiores están contentos porque piensan que este lugar le va a ser muy beneficioso para su salud. De esta forma, el 28 de abril de este año toma el hábito pasionista y recibe el nombre de Bernardo María de Jesús.

Ese año llega al convento un joven desconocido, hijo del gobernador de Spoleto, Francisco Possenti, que llegará a ser San Gabriel de la Dolorosa, beatificado en 1908 y canonizado en 1920. Los dos se hicieron grandes amigos.

En 1857, con 26 años, el día 28 de abril, el P. Bernardo hace sus votos en la congregación. Se siente feliz de seguir los pasos del fundador, San Pablo de la Cruz. Y sigue trabajando, perfeccionando sus estudios, en Recanati.

En 1860 le nombran director de los estudiantes de teología de Recanati. Pero ocurre que las revueltas de su tiempo (1861) hacen que las comunidades pasionistas sean disueltas. Bernardo, con sus chicos, se obligado a ir a Morrovalle.

En 1864, por calumnias, los pasionistas tienen que salir de Marrovalle y vuelven otra vez a Recanati. Bernardo siempre está al cuidado de los estudiantes.

En 1865 le nombran maestro de novicios en la Scala Santa de Roma. Y en esta situación es cuando escribe sus *Charlas espirituales* dedicadas a la formación de los novicios.

En el prólogo a la segunda edición se dice así:

> «Es una serie de nueve conferencias redactadas según el modelo pasionista de las conferencias que debe tener el maestro de novicios cada mañana con sus alumnos, después de la oración común. La forma se presenta dialogada entre maestro y novicio; el estilo es simple y claro; la doctrina sagrada y profunda, valiosísima para formar a los jóvenes religiosos según el espíritu de Dios».

Cuatro años más tarde (1869) es nombrado Superior de la Scala Santa. Permanece allí hasta 1875, en unos años de hervidero político italiano.

Uno de esos días, el 19 de septiembre de 1870, llega a la casa de los pasionistas el papa Pío IX. El padre superior, Bernardo, acompaña al Papa en su gesto penitencial de subir de rodillas la Scala Santa.

A partir del 20 de septiembre de 1870, Roma se convirtió en un caos. El Papa estaba prisionero en el Vaticano y las comunidades religiosas estaban humilladas de mil formas por los nuevos señores del Gobierno italiano.

Siendo el Padre Superior de la Scala Santa, al P. Bernardo le ocurrió un hecho impresionante. Se le acercó un día un señor bien trajeado diciéndole que quería estar con él para tratar un asunto urgente. Bernardo le recibió. Cuando se vieron solos, el señor trajeado le sacó una pistola y le encañonó diciendo: «La bolsa o la vida». Después de verse desvalijado, Bernardo tuvo

que acompañarle hasta la puerta como si no hubiera pasado nada.

En esta situación, la comunidad de Bernardo se sentía amenazada. El Superior tuvo que trabajar lo indecible para reunir a los religiosos dispersos y alentar a todos a seguir con firmeza el camino vocacional que habían emprendido.

El año 1878, día 3 de mayo, empieza el Capítulo General de la Congregación. El P. Bernardo resulta elegido Superior General. Tiene 47 años de edad.

Al año siguiente (1879) envía a España un grupo de padres pasionistas para que emprendan las fundaciones en nuestro país. De esta forma, por la expansión tan grande que dio a la Congregación, el P. Bernardo ha sido considerado como el «Segundo Pablo de la Cruz».

Cuando Bernardo se hizo cargo, como Superior General, de la marcha de la Congregación, había seis provincias: tres en Italia, una en Francia, otra en Inglaterra y otra en los Estados Unidos.

Cuando dejó su cargo, las provincias pasionistas eran doce. Fundó casas en España, Italia, Estados Unidos, Argentina Chile, Australia, Holanda y México. También las misiones de Bulgaria y Rumanía recibieron un fuerte impulso gracias a la acción del P. Bernardo.

Con respecto a España, la primera fundación la hizo en Deusto, Vizcaya. Pero hubo una que ganó el corazón de Bernardo. Era la fundación de Angosto, en la provincia de Álava. Es un lugar entrañable, que le recordaba a Bernardo aquel convento de Soriano, donde se había refugiado en una noche aciaga y donde había recibido el primer cariño de la Congregación pasionista.

Es un rincón precioso, entre bosques y peñas, con un arroyuelo donde apareció la imagen de la Virgen de Agosto. Allí, en Angosto, vivió Bernardo días inolvidables, dedicados al descanso y la oración, en completo retiro, como ahora lo hacen muchos peregrinos que acuden allí deseosos de encontrar un poco de paz.

En 1884, Bernardo es elegido Superior General por segunda vez. Pero cuatro años más tarde, debido a grandes problemas

que se han creado dentro de la congregación en América, renuncia al cargo. El papa León XIII acepta su renuncia con la condición de que siga siendo prepósito general.

En 1890 hay elecciones. Como Bernardo ha renunciado a su cargo, ni siquiera asiste a las reuniones. Resulta superior general el padre Francisco Javier de la Dolorosa, el cual, por motivos de salud, renuncia al cargo en 1893. Por esta razón, se celebra anticipadamente otro capítulo general, y Bernardo es elegido por tercera vez. No tiene más remedio que aceptar el cargo.

Uno de sus biógrafos nos hace de él este delicioso retrato:

> «Había recibido de la naturaleza las cualidades necesarias para ser un perfecto superior: despego de sí mismo y de sus intereses personales, amor ardiente a Dios y a la Congregación, amplitud de miras, prudencia singular, sentido común sorprendente. A estas dotes se debe añadir una paciencia lograda a base de ejercicio, una clarísima intuición de los medios y de los fines que le hacían consciente de cuanto se proponía. Amaba a sus religiosos, pero exigía de ellos la más absoluta obediencia. Ningún religioso trató con él que no lo encontrase siempre como un padre, amable incluso al tener que reprochar algo, únicamente solícito por las salud de las almas de sus hijos».

En 1899, Bernardo es elegido por cuarta vez.

En 1905 se hace capítulo general y sale Bernardo por quinta vez. Dos años más tarde (1907), deseando descansar de tan pesadas cruces, presenta la renuncia a Pío X, el cual acepta su petición. Este Papa le había propuesto a Bernardo ser designado cardenal en la Iglesia. Pero él rehusó siempre tal proposición.

Durante los años en que fue superior general, el P. Bernardo tuvo que hacer innumerables viajes por Italia, Francia, Bélgica, España y Estados Unidos.

En 1908 tiene la gran satisfacción de vivir la beatificación de su antiguo compañero de noviciado, Gabriel de la Dolorosa.

En 1911, el 9 de diciembre celebra fervorosamente su última misa. Es la última, porque, después de la recreación del mediodía, al retirarse a descansar, se cae por la escalera y muere de un rudo golpe en la cabeza, al golpearse contra el pavimento. El enfermero que lo atendió lo contó de esta manera:

> «Al poco rato oí un golpe seco. Me volví y vi la cabeza del P. Bernardo en el instante de chocar contra el pavimento. Había sucedido que, al subir dos peldaños de la escalerilla que comunica

con el corredor del dormitorio, no se sabe cómo, el pobre Padre cayó de espaldas con todo su cuerpo, golpeándose la cabeza con el pavimento del corredor inferior. Ante este espectáculo, lancé un grito de horror, repitiendo tres veces: "¡Jesús mío, misericordia!". Corrí y lo encontré medio muerto. Traté de levantarle, pero no lo conseguí. Me senté, sosteniéndole la cabeza entre mis manos y la espalda sobre mis rodillas. Pude oír que, al caer, el santo varón murmuró: "¡Jesús mío!". Fueron sus últimas palabras».

Veinte años más tarde, al sacar sus restos del cementerio, apareció su cuerpo incorrupto. Empiezan los milagros. Al año siguiente, su cuerpo es trasladado a la iglesia de los pasionistas de Moricone, donde ahora descansa.

Siempre se ha propuesto al P. Bernardo como ejemplo de muchas virtudes. Modelo de caballero y aristócrata, que pone su vida al servicio de Dios. Modelo de religioso pasionista, que cumple fielmente las reglas de su congregación. Modelo de superior cabal que no ambiciona honores y hace de su cargo un abnegado servicio. Modelo de generosidad ilimitada, distribuyendo su patrimonio en beneficio de los más necesitados. Modelo de imitador de su fundador, hasta poder llamarle «segundo San Pablo de la Cruz».

En 1988 el papa Juan Pablo II beatificó a Bernardo, en compañía de otro pasionista, el P. Carlos Houben de Mount Argus.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M., «Beato Bernardo Silvestrelli. "Segundo fundador" de los pasionistas», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Nuevo año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 170-175.

LIZÁRRAGA, C., CP, Un noble romano al frente de la congregación pasionista. El Beato Bernardo M.ª Silvestrelli (Bilbao 1988).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA GORGONIA

Madre de familia († 370)

Hija y hermana de santos, Gorgonia nace del matrimonio de San Gregorio de Nazianzo el mayor y Santa Nona, fue her-

mana de San Gregorio Nazianceno, doctor de la Iglesia, y de San Cesáreo. Gorgonia se casó y tuvo tres hijos, a los que atendía con amor, el mismo que ponía en su relación con el esposo y que daba un clima magnífico a su casa. Vivía cristianamente pero no había recibido el bautismo y lo recibió cuando ya era abuela junto con su esposo, sus hijos y sus nietos en una auténtica fiesta del bautismo cristiano. Austera y devota, atendía con amor a los pobres, de tal modo que pudo decirse de ella que era los ojos del ciego, el pie de los cojos y la madre de los huérfanos. En su entierro su hermano San Gregorio Nazianzeno cantó sus alabanzas, que han servido para que reciba culto como santa en la Iglesia.

SAN CIPRIANO DE GENOUILLAC

Abad († s. VI)

No se saben muchos particulares de este abad de Genouillac, en el Perigueux, sino la noticia proporcionada por San Gregorio de Tours en su libro *In Gloria confessorum.* Según esta noticia, en las manos del santo abad florecían los milagros: curaba a los mancos, a los paralíticos, a los ciegos, a los leprosos, etc. Para el tiempo en que San Gregorio escribe su libro (587) ya había muerto San Cipriano y los milagros seguían floreciendo en su tumba.

BEATO JOSÉ FERRER ESTEVE

Presbítero y mártir († 1936)

Había nacido en Algemesí en el seno de una familia acomodada de agricultores el 17 de febrero de 1904. Se educa en el colegio de los PP. Escolapios y de ahí le viene su vocación religiosa. Ingresa con 13 años en el postulantado escolapio, hace el noviciado en Albarracín y luego los estudios hasta la ordenación sacerdotal. Ejerce su ministerio docente en Albacete, Algemesí y Utiel. En 1934 fue nombrado maestro de novicios. Era buen músico y organista. El 10 de julio de 1936 fue a casa de sus padres a pasar unos días de descanso y allí le sorprendió la

guerra española. Permaneció en su casa con mucha prudencia, dijo misa cuando pudo y supo los asesinatos de sacerdotes y religiosos cometidos en su pueblo. Le aconsejaron se fuera de su casa pero él no quiso abandonar a su madre. El 9 de diciembre lo recogieron al mediodía unos milicianos y lo llevaron a la cárcel. Esa misma noche fue llevado con otro compañero escolapio más allá de Llombay y aquí fue fusilado.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de trece escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATOS RECAREDO DE LOS RÍOS FÁBREGAT, JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ, JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ

Presbíteros y mártires († 1936)

Luego de pasar juntos arbitraria detención en la cárcel Modelo de Mislata, en la madrugada del 9 de diciembre de 1936 fueron sacados de la prisión y fusilados en el Picadero de Paterna estos tres sacerdotes salesianos: Recaredo de los Ríos Fábregat, Julián Rodríguez Sánchez y José Giménez López. Estos son sus datos personales:

RECAREDO DE LOS RÍOS FÁBREGAT había nacido en Bétera (Valencia) el 11 de enero de 1893. Seis años más tarde con su familia se iba a vivir a Valencia y fue alumno mediopensionista del Colegio Salesiano. En 1909 decide su vocación religiosa e ingresa en la congregación salesiana, recibiendo el presbiterado, tras hacer los oportunos estudios y la profesión religiosa, en El Campello el año 1917. Destinado como director del colegio de Villena (1922-1927) y luego del de Alicante, estaba aquí cuando la proclamación de la II República y la quema de conventos, siendo uno de los quemados (12 de mayo de 1931) su propio colegio. Supo comportarse con fortaleza y humildad en tan trágicas circunstancias. Destinado como catequista al colegio de Valencia-Sagunto, estaba haciendo los ejercicios espirituales cuando surge la guerra el día 18 y el día 21 es llevado con los demás salesianos a la cárcel. El miércoles 29 es liberado pero para ser a poco arrestado de nuevo y llevado a la cárcel Modelo de Mislata donde permeneció entre el temor y la esperanza has-

ta que fue sacado para ser fusilado. Iba en una camioneta con el P. Calasanz, provincial, cuando éste fue asesinado y cayó en sus brazos.

JULIÁN RODRÍGUEZ SÁNCHEZ había nacido en Salamanca el día 10 de octubre de 1896. Decidido por la vocación religiosa, ingresa en congregación salesiana y se ordena sacerdote el año 1930. Estaba en la casa de Valencia haciendo los ejercicios espirituales y fue preso con los demás religiosos el 21 de julio de 1936. Dejado libre el 29 de julio, halló cobijo en casa de unos bienhechores sucesivos pero viendo que los ponía en peligro se entregó él mismo en el Gobierno Civil y fue llevado a la cárcel Modelo de Mislata. Era el 3 de septiembre de 1936. De ahí sería sacado para ser fusilado.

JOSÉ GIMÉNEZ LÓPEZ nace en Cartagena el 31 de octubre de 1904. Huérfano desde pequeño, optó por la vida religiosa e ingresó en la congregación salesiana en 1925. Ordenado sacerdote en 1936 fue destinado al colegio de Alcoy. Como sus compañeros, pasó los últimos meses en la cárcel Modelo de Mislata para ser sacado y fusilado posteriormente.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

10 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Mérida (Lusitania), Santa Eulalia († 304), virgen y mártir **.
2. En Roma, en la Via Salaria nueva, San Mauro († s. IV), joven mártir.
3. En Ancira (Galacia), San Gemelo († s. IV), mártir.
4. En Roma, el papa San Gregorio III († 741) **.
5. En el monasterio de San Nicolás de Viotorito en Calabria, San Lucas († 1114), obispo de Isola Capo Rizzuto.
6. En Londres (Inglaterra), santos Edmundo Gennings († 1591), presbítero, y Suituno Wells, mártires bajo el reinado de Isabel I; y beatos Sidney Hogson, Juan Mason y Brian Lacey, mártires en el mismo período **.

7. Igualmente en Londres, santos Polidoro Plasden y Eustacio White († 1591), presbíteros y mártires, bajo el mismo reinado **.

8. Igualmente en Londres, en la plaza de Tyburn, San Juan Roberts († 1610), monje benedictino, y Beato Tomás Sommers, ambos presbíteros y mártires bajo el reinado de Jacobo I *.

9. En Vallés (Valencia), Beato Gonzalo Viñes Masip († 1936), presbítero y mártir *.

10. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Antonio Martín Hernández, presbítero, y Agustín García Calvo, religiosos ambos de la Sociedad de San Francisco de Sales, mártires en 1936 *.

B) Biografías extensas

SANTA EULALIA DE MÉRIDA

Virgen y mártir († 304)

Eulalia, de esclarecido linaje por su nacimiento, «pero más todavía por la condición de su muerte», nació en Mérida, la famosa ciudad antigua de los vetones, a fines del siglo III.

En aquellos días la colonia Augusta Emérita, que debía sus nombres a los eméritos, o soldados jubilados de la guerra contra los cántabros, y a Augusto, que para ellos la fundó el año 25 antes de Jesucristo con la categoría de capital de la Lusitania, era una de las ciudades más importantes de la Península Ibérica.

Plácidamente asentada en una vega regada por el río Anas —nuestro Guadiana—, por el que subían y bajaban constantemente las naves de los mercaderes y traficantes orientales, que internaban en la Península sus mercancías a cambio de las riquezas naturales del suelo hispano, Mérida se convirtió poco a poco en una ciudad cosmopolita donde convivían y alternaban romanos y griegos, indígenas y orientales; la prosperidad y floreciente vida comercial, la grandeza y magnificencia de sus templos y edificios públicos y privados, bien le merecieron el apelativo de la Roma de España.

Pues bien: esta esclarecida ciudad romano-hispana, que debió de ser de las primeras de nuestra Península que vio brillar la luz del Evangelio, iba a inmortalizar su nombre a principios del siglo IV, al ser la patria terrena de una de las mártires más famosas del cristianismo: Eulalia.

Doce años había cumplido cuando sufrió, intrépida, su martirio. Mas ya antes había manifestado cuál era su vocación: aspirar al cielo y guardar intacta su virginidad. En efecto, contra lo que suele acontecer, desdeñó muy pronto las muñecas y otros juguetes con que suelen divertirse las niñas de poca edad: despreciaba las joyas y aderezos femeninos; era seriecita de cara, modesta en el andar, y en sus costumbres infantiles reflejaba la gravedad de los ancianos.

Pero cuando la cruel persecución conmovió a los siervos del Señor, obligando a los cristianos a ofrecer incienso y sacrificar víctimas a los dioses, se enardeció el espíritu de Eulalia, y así, con su intrépido carácter y suspirando en su corazón por la gloria de Dios, se dispuso a desafiar las armas de los hombres.

Mas he aquí que sus padres, que conocían muy bien la animosidad de Eulalia, procuraron alejarla solícitamente de la ciudad, llevándola a una casa de campo apartada, no fuera caso que la valerosa muchacha quisiera comprar a precio de sangre su amor a la muerte.

Pero una noche, cuando por nerviosa no podía conciliar el sueño, agobiada por la triste situación de aquel retiro obligado, sin que nadie la viera, protegida por la oscuridad, abrió sigilosamente las puertas de su casa, franqueó los portones de la cerca y, fugitiva, emprendió su camino a campo traviesa. Con paso diligente recorrió en aquella oscura noche las varias millas que la separaban de la ciudad, acompañada en aquellos caminos llenos de abrojos y zarzales por una luminosa comitiva angélica, no de otro modo que el pueblo de Dios guiado por una columna de luz en el desierto.

De madrugada, antes de la salida del sol, llegó a la ciudad, y, valerosa, se presentó ante el tribunal, en medio de cuyos lictores vociferó a los magistrados:

> «Decidme, ¿qué furia es esa que os mueve a hacer perder las almas, a adorar a los ídolos y negar al Dios criador de todas las cosas? Si buscáis cristianos, aquí me tenéis a mí: soy enemiga de vuestros dioses y estoy dispuesta a pisotearlos; con la boca y el corazón confieso al Dios verdadero. Isis, Apolo, Venus y aun el mismo Maximiliano son nada: aquellos porque son obra de la mano de los hombres, éste porque adora a cosas hechas con las manos. No te detengas, pues, sayón; quema, corta, divide estos mis miem-

bros; es cosa fácil romper un vaso frágil, pero mi alma no morirá, por más acerbo que sea el dolor».

Airado sobremanera el pretor al oír tales requerimientos, ordenó furioso:

«Lictor, apresa esta temeraria y cúbrela de suplicios para que así sepa que hay dioses patrios y que no es cosa baladí la autoridad del que manda».

Pero inmediatamente, como volviendo sobre sí, dijo el pretor a Eulalia:

«Mas, antes de que mueras, atrevida rapazuela, quiero convencerte de tu locura en lo que me es posible. Mira cuántos goces puedes disfrutar, qué honor puedes recibir de un matrimonio digno. Tu casa, deshecha en lágrimas, te reclama: gimiendo estará la angustiada nobleza de tus padres, puesto que vas a caer, tan tierna cita, en vísperas de esponsales y de bodas. ¿O es que no te importan las pompas doradas de un lecho ni el venerable amor de tus ancianos padres, a quienes con tu obstinada temeridad vas a quitar la vida? Mira, ahí están preparados los instrumentos del suplicio: o te cortarán la cabeza con la espada, o te despedazarán las fieras, o se te echará al fuego, y los tuyos te llorarán con grandes lamentos, mientras tú te revolverás entre tus propias cenizas. ¿Qué te cuesta, di, evitar todo esto? Con que toques tan sólo con la punta de tus dedos un poco de sal y un poquito de incienso, quedarás perdonada».

Pero Eulalia nada respondió, sino que, arrebatada de indignación, escupió al rostro del pretor, arrojó al suelo los ídolos que tenía delante de sí, y de un puntapié echó a rodar la torta sacrifical puesta sobre los incensarios.

Inmediatamente dos verdugos se aprestaron a desgarrar sus tiernos pechos y los garfios abrieron sus virginales costados hasta llegar a los huesos, mientras Eulalia tranquilamente contaba sus heridas.

Al contemplar aquella carnicería, Eulalia decía al Señor sin lágrimas ni sollozos:

«He aquí que escriben tu nombre en mi cuerpo. ¡Cuán agradable es leer estas letras, que señalan, oh Cristo, tus victorias! La misma púrpura de mi sangre exprimida habla de tu santo nombre».

Y tan abstraída estaba la mártir en su oración, que el dolor atroz que debían causarle aquellos tormentos pasaba totalmen-

te desapercibido, a pesar de que sus miembros, regados con tierna sangre, bañaban de continuo la piel con nuevos borboteos calientes.

Ante aquella intrepidez, los esbirros se dispusieron a aplicarla el último tormento; mas no se contentaron con propinarla azotes que la desgarraran fieramente la piel, que sería poco, sino que la aplicaron por todas partes, al estómago, a los flancos, hachones encendidos. Pero, así que la perfumada cabellera que se deslizaba ondulante por el cuello y se desparramaba suelta por los hombros para cubrir la pudibunda castidad y la gracia virginal de la mártir tocó el chisporroteo de las teas, la llama crepitante voló sobre su rostro, nutriéndose con la abundosa cabellera, y la envolvió por completo. Y la virgen, deseosa de morir, se inclinó hacia la llamarada y la sorbió con su boca.

Y, ¡oh maravilla!, he aquí que de su boca salió, rauda, una paloma más blanca que la nieve, que, hendiendo el espacio, tomó el camino de las estrellas: era el alma de Eulalia, blanca y dulce como la leche, ágil e incontaminada. Así lo vieron estupefactos y dieron de ello testimonio el verdugo y el mismo lictor al huir aterrorizados y arrepentidos. La Virgen torció delicadamente el cuello a la salida del alma; apagóse el fuego de la hoguera, y, por fin, quedaron en paz los restos exánimes de la mártir. Todo esto acaeció un día 10 de diciembre.

El cielo cuidó en seguida de velar por el tierno cuerpo de aquella virgen y rendirle las debidas honras fúnebres, porque al punto cayó una nevada que cubrió el foro, y en él el cuerpecito de Eulalia, que yacía abandonado en la helada intemperie como para protegerlo con una grácil mantilla blanca.

Tal es la primorosa descripción que nos dejó Prudencio del martirio de Eulalia de Mérida, en admirable coincidencia con las actas que sobre estas mismas hazañas escribiera un testimonio ocular. ¡Cuán distinto es el sabor y cuán lejos de la realidad histórica están otras «vidas» de la Santa emeritense!

Sigilosamente se aprestarían los cristianos de Mérida a rescatar las preciosas reliquias de aquella intrépida niña que con su muerte acababa de dar tan espléndido testimonio de la fe. Embalsamarían delicadamente su cuerpo y le darían sepultura precisamente en aquel mismo lugar donde pasada la tremenda

borrasca de la persecución, se levantó una espléndida basílica, cuyo mármol bruñido —según testimonio de Prudencio, que la vio— iluminaba con cegadores resplandores sus atrios, donde los resplandecientes techos brillaban con áureos artesonados y los pavimentos de mármol jaspeados daban al peregrino la sensación de pasear en un prado en que se entremezclaban y combinaban las rosas con las demás flores. Y con un lirismo exultante termina el poeta su descripción:

> «Fuera las lágrimas dulzonas y melindrosas [...] Cortad, vírgenes y donceles, purpúreas amapolas, segad los encendidos azafranes: no carece de ellos el invierno fecundo, pues el aura tépida despierta los campos para llenar de flores los canastillos. Ofreced, ¡oh jóvenes!, estos presentes, que yo, en medio del corro también quiero llevar una corona en estrofas de poesía, vil y ajada, pero alegre y festiva. Así conviene venerar los huesos que yacen bajo el altar; ella mientras tanto, a los pies de Dios, ve todo esto e intercede, benévola, por nosotros».

ANGEL FÁBREGA GRAU

Bibliografía

BAYO, M. J., *Peristephamon de A. Prudencio Clemente* (Madrid 1943) y *Prudencio: Himnos a los mártires* (Madrid 1946).
FÁBREGA GRAU, A., *Pasionario hispánico,* I (Madrid-Barcelona 1953) 78-86.
FLÓREZ, E., *España sagrada,* XIII, p.266s.
GARCÍA VILLADA, Z., *Historia eclesiástica de España,* I/1 (Madrid 1929-1930) 282s.
GUILLÉN, J., *Obras completas de Aurelio Prudencio* (Madrid 1950) 524-537.
MARCHESI, C., *Le corone di Prudenzio, tardote e ilustrate* (Roma 1917) 91-94.
PÉREZ DE URBEL, L., *Año cristiano.* IV: *Octubre-Diciembre* (Madrid ²1940) 405-408.

SANTOS EDMUNDO GENNINGS, SUITUNO WELLS, POLIDORO PLASDEN, EUSTACIO WHITE Y BEATOS SIDNEY HOGSON, JUAN MASON, BRIAN LACEY

Mártires († 1591)

El día 10 de diciembre de 1591 fueron sacrificados en Londres a causa de su fe católica siete mártires, tres de ellos sacerdotes y cuatro de ellos seglares. No murieron todos en el mismo lugar de la capital inglesa sino en varios sitios distintos: San Edmundo Gennings y San Suituno Wells en un cadalso levantado frente a la casa de este último, casa en donde el primero ha-

bía sido sorprendido diciendo misa; y los otros cinco en la plaza de Tyburn, lugar donde tantos mártires, ya entonces, y posteriormente otros muchos, dieron la vida por la causa del catolicismo en su tierra.

Luego de que el sacerdote Gennings hubiera viajado a Londres para encontrarse con su hermano y se hubiera encontrado con que éste estaba convertido en un furioso enemigo del catolicismo, decidió dejar por entonces de discutir con él pero no sin la intención de volverlo a abordar en cuanto tuviera una buena oportunidad. En la casa de un católico de Holborn se encontró con el también sacerdote Polidoro Plasden y con él rezó maitines. Y entonces ambos quedaron en la celebración de una misa el siguiente día 8 de noviembre de 1591 —octava de Todos los Santos— en la casa de un católico seglar, llamado Suituno Wells, situada en Grays Inn Fields. Se reunieron allí los dos citados sacerdotes más la señora Wells, esposa de Suituno, y los seglares Sidney Hogson y Juan Mason. Empezó la misa en una sala alta de la casa y se estaba ya en la consagración cuando resonaron fuertes aldabonazos en la puerta de la calle, en la planta baja. Bajaron, abrieron y se encontraron con que era Topcliffe, el furibundo perseguidor de los católicos que, por alguna causa, había venido a saber o sospechar que allí se celebraba una misa. En cuanto se le abrió tomó escaleras arriba. Uno de los asistentes a la misa pensó que lo mejor era tirarlo escaleras abajo y así lo hizo. Con la cabeza chorreando sangre Topcliffe volvió a subir, intentando entrar en la sala donde se decía la misa. Le impidieron el paso los que asistían a la misa y le propusieron un acuerdo: que él se esperara a que terminara la misa y entonces todos se entregarían pacíficamente pero que si se empeñaba en profanar el sagrado misterio ellos defenderían por la fuerza la eucaristía. Topcliffe aceptó la propuesta, y la misa pudo continuar hasta su fin, estando los asistentes con los espadas desnudos dispuestos a su defensa. Terminada la misa todos se entregaron cumpliendo su palabra. Seguidamente fue también preso Suituno Wells, que cuando llegó a su casa y supo lo ocurrido, acudió a interesarse por su esposa, que era uno de los presos, y por las llaves de su casa. El magistrado, al saber que era el dueño de la casa donde se había celebrado la misa, lo

mandó inmediatamente a prisión. Llegado el juicio, los seglares fueron condenados a ser ahorcados y los sacerdotes a ser ahorcados, destripados y descuartizados. Con ellos moriría también un sacerdote y asimismo un seglar que no habían estado en la misa pero que estaban condenados a muerte a causa de su fe.

Estos son sus datos personales:

EDMUNDO GENNINGS nació en Lichfield, en Staffordshire, el año 1567 en el seno de una familia protestante que lo educó en esta fe. A los 16 años se colocó como paje en la casa de Mr. Sherwood, un noble católico, que había padecido mucho por su fe. El ejemplo de bondad y virtud que le daba el señor llevó al joven Edmundo a abrazar él también la fe católica y, una vez hecho católico, a desear ser ordenado sacerdote. Era ésta además la aspiración de su señor, y entonces decidieron ambos marchar juntos a Douai a fin de prepararse para el sacerdocio. Lleno de fervor misionero recibió la ordenación sacerdotal en 1590 con sólo 23 años y al mes de haberla recibido volvió a Inglaterra, desembarcando de noche con otros dos en la costa del Yorkshire junto a Whithby, hospedándose seguidamente en casa de un católico. Trabajó apostólicamente con gran decisión y a tenor de su lema *Vivamus in spe* (Vivamos en esperanza) durante seis meses por el norte del país y luego se fue a Lichfield en busca de su familia a la que quería atraer al catolicismo. Resultó que sus más directos familiares habían muerto y solamente le quedaba un hermano, Juan, que estaba en Londres. Aquí acudió a buscarlo, hallándolo como dijimos al principio de esta biografía.

Cuando lo llevaron al cadalso levantado frente a la casa de San Suituno Wells donde había dicho misa, Topcliffe le pidió que reconociera su traición papista, y el mártir respondió: «Si el mero hecho de volver a Inglaterra y decir misa es una traición papista, yo soy traidor; pero no lo creo así, y por ello éstas son "faltas" que reconozco sin arrepentirme antes bien con una abierta confesión de cuánto me alegran». Mandó entonces Topcliffe que lo ahorcaran y apenas había colgado unos instantes cuando cortó la cuerda y el mártir, completamente consciente, cayó de pie. El verdugo le puso una zancadilla y lo tiró al suelo. El joven mártir lanzó un grito cuando vio que iban a destriparlo

y San Suituno Wells le dirigió palabras de aliento. El mártir exclamó: «San Gregorio, ruega por mí». Le abrieron el pecho y le sacaron el corazón. Y dijo el verdugo: «Miren: su corazón está en mi mano, y su invocación a San Gregorio aún está en sus labios. Egregio papista». Diez días más tarde su hermano Juan se hizo católico, marchó a Douai y fue sacerdote y franciscano.

SUITUNO WELLS era natural de Hampshire, y era católico desde niño. Cazador, deportista y hombre de sólida cultura, pasó unos años de su juventud en Roma donde aprendió italiano y visitó con gran fervor los lugares santos. A su vuelta a Inglaterra se casó con una joven católica, con la que tuvo una hija. Abrió una escuela privada en Monkton Farleigh, Wiltshire, y de su escuela salieron vocaciones sacerdotales, coronadas algunas de ellas con el martirio. Pero comprendió que su labor estaba siendo observada y decidió cambiar de residencia, yéndose a vivir a Londres, en la casa ya indicada. La puso a disposición de los sacerdotes para que pudieran en ella decir misa. Desde la cárcel escribió a su cuñado que era su intención perseverar en la fe hasta la muerte y llegado al cadalso le dijo a Topcliffe: «Estoy muy contento y doy gracias a Dios y me considero extraordinariamente dichoso de haber podido hospedar a tantos sacerdotes». Su esposa no fue condenada a muerte sino a cadena perpetua, muriendo diez años más tarde en la cárcel. Su hija Margaret se hizo monja.

POLIDORO PLASDEN es un santo verdaderamente de Londres: aquí nace, aquí trabaja como sacerdote, aquí es capturado, juzgado y martirizado. Nace en 1563 en Ludgate Circus, donde su padre tenía una tienda de cuernos de caza, instrumentos musicales que él fabricaba. Decidido por la vocación sacerdotal marchó al colegio inglés de Reims, que dejó el 8 de marzo de 1585 para marchar al de Roma. Se ordenó sacerdote en Roma el 7 de diciembre de 1586. Usaba por entonces el nombre de Oliver Palmer, pero desde su ordenación ya sólo se llamó Polidoro Plasden. Vuelto a Inglaterra su trabajo fue en Londres hasta que se encontró, como queda dicho, con San Edmundo Gennings y se citó con él para la misa. El 4 de diciembre de ese año 1591 fue llevado ante el tribunal con los demás encartados, siendo Wary el lord jefe de Justicia en el King's Bench, Westminster

Hall. Una vez que el jurado los declaró culpable preguntó el juez si tenían algo que decir y dijo Plasden: «Estos doce sencillos hombres nos han encontrado culpables de traición por ejercer el ministerio sacerdotal. Pero usted, que es una persona culta y versada en letras, sabe muy bien que siempre la profesión sacerdotal ha sido un oficio honorable». Entonces Fletwood, *recorder* de Londres, le dijo que en vez de hablar así haría mejor en hacer sonar alguno de los cuernos de caza que fabricaba su padre, lo que provocó la risa general. Ya en el cadalso, pidió por la Reina. Le preguntaron al oirlo si él la reconocía como su soberana y dijo que sí. Le preguntó si la defendería de sus enemigos y respondió que por supuesto. La gente empezó a decir en voz alta que no debía ejecutársele porque era un ciudadano honesto. Sir Walter Raleigh pidió que se parase la ejecución y que él iba a hablar en la corte. Pero Topcliffe entonces le preguntó al mártir si reconocía a la Reina su derecho a imponer su religión y a prohibir el catolicismo. El mártir contestó que no. Insistió Topcliffe en preguntarle si la defendería del Papa. Y el sacerdote contestó con mansedumbre: «Yo soy un sacerdote católico, y por ello yo nunca combatiré ni aconsejaré a nadie que combata contra mi religión pues esto sería negar la fe. Oh Cristo —añadió— yo no te negaré ni en cien vidas que tuviera». Y mirando al cielo besó la soga. Entonces fue ahorcado pero por insistencia de Raleigh no lo bajaron hasta que no estaba muerto, y entonces lo destriparon y descuartizaron.

EUSTACIO WHITE nació en el Lincolnshire, en Louth, y se educó como protestante. Cuando se convirtió al catolicismo, su padre lo maldijo. Él decidió irse a Douai donde empezó los estudios sacerdotales, que continuó en Reims y en Roma, donde se ordenó sacerdote en 1588. Vuelto a Inglaterra, trabajó durante los años siguientes en el oeste del país hasta que en un viaje habló abiertamente de religión con un abogado, el cual lo denunció. Acusado de ser sacerdote católico, él lo confesó, y le llevaron un ministro protestante para que lo atrajera al protestantismo. Discutieron ambos y White citó un pasaje que el ministro protestante negó ser de la Biblia. Como cada cual insistía en su opinión, quedaron en convertirse a la respectiva religión del otro si éste tenía razón. Se supo esta disputa y acudió gente

a presenciarla, pero cuando el ministro protestante llegó al día siguiente trayendo la biblia quiso tratar de otro tema. Apeló el mártir a los presentes y estos pidieron que se hiciera una petición a la Reina para que fuera soltado. Pero, llevado a Londres y encerrado en Bridewell, quedó a merced de Topcliffe. Torturado bárbaramente, pedía al Señor paciencia, y Topcliffe rechazó que pidiera por él, pues no quería las oraciones de un traidor. Él contestó que verdaderamente Topcliffe necesitaba se pidiera por él. Condenado a muerte fue llevado a Tyburn con los otros mártires de hoy.

SIDNEY HOGSON era un católico seglar, cuyos datos personales se ignoran, sabiéndose sólo que era un converso al catolicismo, que estaba en la misa del padre Gennings el 8 de noviembre de 1591, por lo que fue arrestado y acusado de amparar a un sacerdote y por ello condenado a muerte.

JUAN MASON era un católico seglar, natural de Kendal, y trabajaba como criado en la casa del sir Orwen, en Oxfordshire. Igualmente su crimen consistió en haber asistido a la misa del padre Gennings. En el cadalso se le dijo si no estaba arrepentido de haber ayudado a los sacerdotes, y dijo: «No; si de nuevo pasara lo sucedido, me opondría a que arrestasen a los sacerdotes, aunque me condenaran a muerte veinte veces».

BRIAN LACEY es el otro de los mártires de hoy que no estaba presente en la misa del padre Gennings, sino que se les unió por decisión judicial. No se dice en las fuentes de dónde era, aunque parece que de Londres. Tenía un hermano, llamado Ricardo, el cual en 1584 fue arrestado como recusante y en la confesión que hizo bajo amenazas el 13 de marzo dio información contra el sacerdote P. Scott y contra su hermano Brian, a quien él describió como distribuidor de cartas a los católicos ingleses. Siguieron las pistas de Scott y Lacey y éste ciertamente ya figura en la lista de presos de Newgate en 1586, habiéndolo examinado tres veces el juez Young. Se le mantuvo en prisión en la esperanza de obtener de él información acerca de las casas que él y el P. Scott visitaban. Y como Lacey nada decía obtuvo Topcliffe del Consejo Privado que se le examinase y se le sometiese a tortura en Bridewell. El 4 de diciembre de 1591 Brian Lacey fue acusado ante el Lord Mayor en Old Baley y al día siguiente

ante el juez jefe en King's Bench, Westminster. El P. James Young que estuvo presente en el juicio dijo que Lacey fue juzgado con tanta prisa y escaso miramiento que más que juicio aquello pareció una burla, y se le condenó a muerte por aliado y protector de los sacerdotes católicos. Los jueces le dijeron que si se hacía protestante recibiría perdón pero él rechazó el ofrecimiento.

Gennings, Wells, White y Plasden fueron canonizados el 25 de octubre de 1970, y los otros beatificados el 15 de diciembre de 1929.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, Emo. ac Rvdmo. Domino Cardinali Alexio Lépicier relatore. Westmonasterien. *Beatificationis seu declarationis martyrii venerabilium servorum Dei Georgii Haydock, sac. saec. [...] et sociorum in odium fidei ut fertur in Anglia interceptorum. Positio super Martyrio et Causa martyrii* (Isola de Liri 1928).

TIGAR, C., *Forty martyrs of England and Wales* (Londres 1970).

BEATO GONZALO VIÑES MASIP

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en la ilustre ciudad de Játiva (Valencia) el día 19 de enero de 1883, hijo de Gonzalo Viñes y de Mercedes Masip, que engendrarán también una niña, Mercedes. Su bautizo tiene lugar al día siguiente en la iglesia parroquial de Santa María, donde también fueron cristianados los papas Calixto III y Alejandro VI. Sus padres, piadosos y ejemplarmente cristianos, transmiten a sus dos hijos la fe y les instruyen en el santo temor de Dios.

Gonzalo estudia el bachillerato en el colegio Setabense, y obtiene calificaciones extraordinarias. Inclinado desde pequeño al sacerdocio, ingresa en el Seminario Conciliar, destacando por su amor a su vocación y la aplicación en los estudios teológicos. En 1905 recibe el diaconado, y al año siguiente, el presbiterado, celebrando su primera misa el 23 de mayo de 1906 en su amada parroquia.

Su primer encargo es el de vicario de la iglesia parroquial de La Llosa de Ranas, una población cercana, pero el párroco de

Santa María de Játiva, don José Plá Ballester, tiene puesta su confianza en él. Por su mediación, la autoridad diocesana le nombra vicario de su parroquia natal, donde va a realizar un extraordinario ministerio apostólico y se entregará a promocionar la cultura para acercarse a sus paisanos. Persona con innatas cualidades para la investigación histórica y archivística, muy culto y excelente poeta. Es autor de numerosos artículos que publica en la prensa local, con datos históricos para la historia de Játiva. Particularmente volcado en la arqueología participa en las excavaciones del poblado ibérico de Les Alcusses de Mogente, en la Cova del Parpalló de Gandía y en la estación neolítica de la Cova Negra de Játiva. En otras ocasiones descubre algunos yacimientos arqueológicos, como el de la Penya de Sant Dídac en Játiva, Les coves d'Aiacor y la villa romana de Annahuir. Participa en la fundación del Museo Municipal de Játiva (1919), y a él cabe el honor de haber localizado, en el inmenso archivo de la colegiata de Santa María de la ciudad setabense, la partida de bautismo del celebérrimo pintor José de Ribera. Era socio numerario de la Sociedad Aragonesa de Ciencias Naturales, de la de Buenas Letras de Barcelona, del Centro de Cultura Valenciana y miembro del Servicio de Prehistoria de la Diputación de Valencia. Promueve la creación de una biblioteca pública y se interesa por la catalogación del histórico archivo de la colegiata jativense. En la catedral visigótica de Sant Feliu (1918) dirige las excavaciones que le permiten localizar el *Ara* del obispo Atanasio (653-675), un pedestal romano reutilizado como altar, y también la cruz del *Agnus Dei,* que él mismo describe: «Una cruz de piedra, labrada por ambas caras, de brazos desnudos, terminados en forma trebolada, y con un medallón en el centro, donde campea en bajo relieve el *Agnus Dei,* finamente ejecutado».

Organiza la Academia de la Juventud Católica y lleva de excursión a los jóvenes que visitan los hallazgos arqueológicos, asisten a conferencias y participan en torneos culturales. Durante muchos años ejerce de profesor en el mismo centro donde estudió el bachillerato, entendiendo el insustituible papel de la cultura en la evangelización de la juventud. Entre 1930 y 1936 dirige el semanario local *El obrero setabense,* fundado en

1894 para divulgar la doctrina social de la Iglesia y defenderla de los ataques del semanario local izquierdista republicano *El progreso,* enemigo declarado de la fe y defensor de la clase trabajadora. En *El obrero setabense* publicará multitud de artículos de temas relacionados con la historia de Játiva y la comarca de La Costera, y, naturalmente, en defensa de las verdades evangélicas.

El año 1917 el Ayuntamiento de Játiva le distingue con el nombramiento de «Cronista oficial de la ciudad». Una de sus más grandes satisfacciones personales quedó plasmada en el informe histórico remitido a la Santa Sede para que la parroquia de Santa María recuperara el honroso título de *Colegiata,* de que se la despojó tras el Concordato del año 1851. Anhelado deseo que Játiva pudo alcanzar gracias al papa San Pío X el año 1909, celebrándose grandes fiestas con tal motivo.

Sacerdote amable, cariñoso y simpático, muy activo y trabajador, gozaba de un gran prestigio entre los jóvenes. Era el alma y consiliario de los Jueves Eucarísticos, y practicaba la Hora Santa siempre de rodillas. Sacerdote de vida ejemplar y verdaderamente piadoso, apreciado y considerado por todos, se consagra totalmente al servicio de Dios, cumpliendo sus deberes sacerdotales con devoción. Dirigía la cofradía del Santísimo Rosario y la Tercera Orden de Santo Domingo, en donde era terciario, y ocupa la capellanía del Monasterio de la Consolación de monjas dominicas. Desbordaba su vida interior en obras apostólicas, en donde vertía a raudales vida y vigor, defendiendo siempre a Cristo y a la Iglesia celosamente.

La beatificación el año 1906 de fray Jacinto Castañeda, religioso dominico nacido en Játiva y martirizado en Tonquín el año 1773, le mueve a organizar la cofradía del mártir de Cristo, su paisano, a quien dedica un altar y retablo hermoso en una de las capillas de la Colegiata, donde fue bautizado. El papa Juan Pablo II lo proclamó santo en 1988. Entre otros títulos, es autor del volumen *La patrona de Játiva,* publicado el año 1923 con motivo de la proclamación por el papa Pío XI del patronazgo canónico de Nuestra Señora de la Seo, objeto de sus mayores devociones, y de los setabenses que profesan filial devoción a su amada patrona.

Sacerdote erudito, defiende en la prensa un regionalismo moderado, frente a las nuevas corrientes revolucionarias, sobre-

saliendo en su habilidad compositiva en lengua valenciana. Su excelente obra poética, no muy extensa, auguraba unos más que exitosos frutos, como lo indica el premio obtenido en los Juegos Florales del año 1934 con su *Poema de la Terreta,* canto enamorado a su tierra y sus gentes. La fidelidad a sus compromisos y sus numerosos méritos convierten a este eximio canónigo setabense, en un admirable ejemplo del clero valenciano.

En los primeros meses del año 1936 el cabildo colegial resolvió ocultar pare del tesoro artístico, reuniendo en la antesacristía mayor las pinturas más valiosas del templo, mientras entregaba en depósito al Banco de España tres cajas precintadas, con las piezas más importantes del patrimonio litúrgico. Una previsión muy acertada y oportuna que, por desgracia, resultó poco afortunada, pues las pinturas se quemaron durante el asalto al templo, y las joyas de oro y plata del flanco las requisaron los carabineros el 12 de abril de 1938. En la madrugada del 27 de julio de 1936 se produce el triste asalto de la Colegiata de Santa María de Játiva, declarado Monumento Nacional por decreto de la República el año 1931, siendo saqueada e incendiada la sacristía. El magnífico patrimonio acumulado durante siglos se amontona en el interior del mismo templo y se le prende fuego, considerándose las pérdidas en aquel momento en varios millones de pesetas. Al día siguiente siguió la quema de los templos parroquiales de la ciudad, ermitas y conventos. Se derriba el monasterio de las dominicas, el claustro del convento de Santa Clara, al que sigue la destrucción de la ermita de las Santas Anastasia y Basilisa y el Calvario Bajo de los capuchinos.

El destrozado templo colegial se utiliza para celebrar asambleas populares, y el resto de iglesias como almacenes, garajes y cuarteles de las milicias. Durante este tiempo invoca con esperanza a María, confiando totalmente en su maternal protección:

> «Santa Verge María,
> Mare de Déu [...] sent la gelor mortífera
> al meu voltant;
> eixe fred que a les ànimes
> va anquilosant [...]
> junt a ton cor,
> la ingratitud humana
> no.m farà por».

Se le ofertó trasladarse a la población de Algemesí para pasar desapercibido, pero rehusó ocultarse, dedicándose a sus investigaciones y a preparar un completo y detallado inventario de todas las piezas encontradas en las excavaciones de la Cova Negra de Játiva, que no podrá concluir. Nunca fue detenido, pero en más de una ocasión los milicianos se lo llevaron a prestar declaración, colaborando en labores de escribiente y tareas administrativas, por las cuales nunca percibía gratificación alguna.

A medida que avanzaba el tiempo de la persecución se afianzaba en dar la vida en defensa de la fe: «Si hemos de morir —le decía a su hermana— que nos maten los malos, así seremos mártires». Nunca ocultó su condición de sacerdote, mostrándose siempre animoso y valiente; en su domicilio continuó su ministerio pastoral, confesando y animando a perseverar en la fe, entregado totalmente a la voluntad de Dios. Sus enemigos pretendieron que renegara de la vocación pero resistió valientemente y se mantuvo firme, conservando hasta el último momento su entereza y la fidelidad a la Iglesia.

El día 10 de diciembre de 1936 los milicianos le engañan, diciéndole que les acompañe para hacer un inventario en el molino de Vallés, próximo a Játiva. Se despide de su hermana, a quien consuela pidiéndole que confíe en la Providencia, y es asesinado cerca del puente de la carretera de Vallés. Recibe sepultura en el cementerio municipal de Játiva. El 14 de mayo de 1957, siendo arzobispo de Valencia don Marcelino Olaechea y Loizaga, tuvo lugar el inicio del proceso ordinario para la beatificación y declaración de martirio de 37 sacerdotes diocesanos, que concluyó el 24 de junio de 1971 en la catedral bajo la presidencia del Siervo de Dios don José M.ª García Lahiguera, arzobispo de Valencia. Toda la voluminosa documentación se entregó el año 1975 en la Congregación para las Causas de los Santos. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de la beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en España en 1936 su fe con el martirio. El 21 de diciembre de 1996 se reactivaron en el

Arzobispado de Valencia los tres procesos de canonización por causa de martirio de 37 sacerdotes seglares diocesanos, 19 mujeres y 18 hombres y jóvenes de Acción Católica, que fueron beatificados, junto con otros mártires, el 11 de marzo de 2001.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CLIMENT BONAFÉ, A., *Bienvenidos al cielo. Vidas ejemplares de la Iglesia de Xátiva* (Valencia 2003) 95-107.

ESPASA SIGNES, J., Valentina. *Beatificaciones seu declarationis martirii servorum Dei Rvd. D. Josephi Aparicio Sanz et sociorum in martirio sacerdotum de clero valentino in odium fidei, uti fertur, interfectorum* (Roma 1957).

VENTURA CONEJERO, A., *Mossen Gonçal Viñes Masip* (Valencia 1997) 98-105.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GREGORIO III
Papa († 741)

Gregorio era sirio, hijo de Juan, y pertenecía al clero romano, en el que tenía encargo de atender la basílica de San Marcos como presbítero. Era notable por su santidad, cultura y capacidad. Cuando el 11 de febrero del 731 muere el papa Gregorio II, el clero y el pueblo de Roma aclamaron a Gregorio como papa, Gregorio III (18 de marzo). Se pidió y se obtuvo la confirmación de la elección papal por parte del exarca de Rávena en nombre del emperador de Oriente y no deja de señalarse que fue aquella la última vez que el emperador bizantino fue consultado a este particular. Gregorio no tuvo más remedio que hacer frente a la nueva herejía surgida en Oriente y nada menos que por parte del propio emperador. En efecto, León III Isáurico, luego del derribo de la imagen del Salvador que estaba en la puerta del palacio imperial (726) había procedido a dar en 730 un edicto por el que se prohibía formalmente los sagrados iconos. En Oriente surgieron las protestas y la reacción imperial se convirtió en una verdadera persecución. En Occidente, al ser conocida la decisión imperial, causó un gran malestar. El Papa envió al presbítero Jorge a Constantinopla con una carta de

protesta, pero el mensajero papal tuvo miedo de las consecuencias de entregar la carta y hubo de volver con su misiva a Roma. Quiso el Papa destituirlo pero intercedieron por él y se le envió de nuevo a cumplir su tarea, pero llegado a Sicilia los soldados bizantinos lo prendieron y desterraron, volviendo a Roma al cabo de un año sin haber podido cumplir su tarea y con prohibición absoluta de intentarlo. Entonces pasó el Papa a convocar un sínodo en Roma en noviembre de 731, al que acudieron más de noventa obispos y en el cual se condenó por parte de todos la iconoclastia, se declaró excomulgado a todo el que la sustentase y se definió la licitud del culto a las imágenes sagradas. Pero resultó muy difícil enviar a Constaninopla las decisiones del sínodo porque los mensajeros fueron interceptados. De todos modos el emperador estaba dispuesto a hacer valer sus decretos iconoclastas por la fuerza y envió en 732 una escuadra contra Roma pero el mar la destruyó y entonces el emperador se vengó usurpando el patrimonio que la Sede de Roma poseía en Sicilia, Nápoles y el Oriente, y poniendo el Ilírico bajo la jurisdicción del patriarca bizantino. Las pérdidas que con esto padeció la Iglesia de Roma tuvieron alguna compensación con la adquisición de Castel Galese, obtenido de Trasamundo, duque de Espoleto. El Papa pidió la protección de Carlos Martel cuando los lombardos se acercaron a Roma y asaltaron la basílica de San Pedro que estaba fuera de los muros de la ciudad. Gregorio III apoyó la labor misionera de San Bonifacio y lo nombró arzobispo. El Papa murió poco después de Carlos Martel (22 octubre de 741), dejando tras sí una estela de hombre humilde y piadoso, buen conocedor de las Sagradas Escrituras, y que se sabía los salmos de memoria, hablando también el griego, y siendo un magnífico predicador; protegió a los pobres y humildes y veló por los monasterios masculinos y femeninos. Su muerte fue el 10 de octubre de 741.

SAN JUAN ROBERTS Y BEATO TOMÁS SOMERS

Presbíteros y mártires († 1610)

Era el primer domingo de Adviento de 1610 cuando el sacerdote benedictino Juan Roberts estaba diciendo misa en

una casa en Holborn, estando allí también otros cinco sacerdotes. Estaba ya en el último evangelio, con el que entonces concluía la misa, cuando los oficiales de policía llamaron a la casa. Se desmanteló el altar, se apagaron las velas y los sacerdotes se ocultaron en un escondite. Pero fueron descubiertos, teniendo aún Roberts las vestiduras sagradas, y así fueron llevados por las calles hasta la cárcel de Newgate. En el juicio acompañó a Roberts el sacerdote secular Tomás Somers que estaba allí cuando decía la misa. En el juicio actuaron el lord jefe de justicia, Coke, el obispo de Londres, George Abbot, y otras personalidades. Se les acusó a tenor del Estatuto 27 de Isabel que prohibía a los jesuitas y a los sacerdotes ordenados en el extranjero volver a Inglaterra y ejercer allí su ministerio.

Roberts reconoció ser sacerdote y monje y dijo haber ido a Inglaterra para la salvación de las almas y que estaba dispuesto, en pudiendo, a seguir haciendo eso mismo toda su vida. Entonces el obispo de Londres le llamó seductor y él respondió que si también San Agustín de Canterbury y sus compañeros fueron seductores puesto que vinieron mandados por la misma Sede Romana que ahora los mandaba a ellos. Reprochó al obispo de Londres el sentarse como juez, siendo clérigo, en una causa de pena capital y reprochó se llamaran como jurado a personas de escasa cultura que no podían entender lo verdadero de la causa. Ambos sacerdotes fueron condenados a muerte. Al día siguiente doña Luisa de Carvajal, que se había ido a Inglaterra para ayudar a los mártires, logró que los trasladaran a una celda donde preparó una cena, que ella presidió, estando Roberts a su derecha. Al término de la misma ella lavó los pies de los mártires, que eran veinte, y fue aquello una reunión llena de caridad y gozo espiritual de tantos confesores de la fe. El 10 de diciembre de 1610 Roberts y Somers fueron ahorcados, destripados y descuartizados.

Estos son sus datos personales:

JUAN ROBERTS nació en Dolgelley, se crió como protestante y entró en la Iglesia católica a los 21 años en la catedral de Nôtre Dame de París. Ingresó, para ser sacerdote, en el Colegio Inglés de Valladolid, pero al año siguiente él y otros cinco alumnos de su colegio pidieron el hábito benedictino en la propia

Valladolid. En 1602 el papa Clemente VIII había permitido expresamente a los benedictinos de Valladolid enviar misioneros a la misión inglesa. Tres semanas más tarde, Roberts y otro monje, ambos sacerdotes, desembarcaron en Inglaterra. Hizo un grande y magnífico trabajo, y en la peste que devastó Londres manifestó su espléndida caridad. Cuando la llamada «Conspiración de la pólvora» fue arrestado, pero gracias al embajador francés fue soltado. Entonces tomó parte en la fundación del monasterio benedictino de Douai destinado a proporcionar monjes misioneros para la misión inglesa. De ellos el primero en dar la vida por la fe fue este San Juan Roberts.

TOMÁS SOMERS, que usó el alias de Wilson, había nacido en Skelsmergh, Westmoreland, y parece que era católico desde su infancia. Primero fue durante años maestro de escuela e hizo cuanto bien pudo desde su importante puesto en la educación de los niños. Pero luego se decidió por el sacerdocio y acudió al Colegio Inglés de Douai, ordenándose sacerdote en Arrás en la vigilia de Pascua del año 1606. Enseguida volvió a Inglaterra y se estableció en Londres, especializándose en el apostolado entre gente humilde y mereciendo por su trabajo lleno de celo y dedicación el epíteto de «párroco de Londres». No era muy erudito pero sí muy caritativo. Arrestado y condenado al exilio, pudo quedarse en Douai como administrador del colegio pero echaba mucho de menos a sus fieles de Londres y por ello volvió para caer enseguida otra vez en manos de la policía en las circunstancias que más arriba hemos contado. En el proceso se negó a prestar el juramento de supremacía religiosa del rey. Cuando iban a ahorcarlo le permitieron hablar y dijo: «Os bendiga Dios todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo. El padre Roberts os ha dicho la razón por la que nosotros debemos sufrir la muerte, y así no es necesario que yo lo repita, pero quiero deciros una cosa: Yo no he rehusado prestar el juramento porque me falte la fidelidad que Su Majestad el Rey podría esperar de mí. Lo rehuso porque incluye materias de fe, y por ello ese juramento nos ha sido prohibido a todos por Su Santidad el Papa, al que, porque somos ovejas de Cristo, todos nosotros debemos ser obedientes. Yo por eso os ruego y exhorto a ser obedientes al Supremo Pastor de la Iglesia de Dios. Fuera de la

Iglesia no hay salvación». Al subir al carro dijo en latín: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu».

Ambos mártires fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 y Roberts fue luego canonizado con los Cuarenta Mártires de Inglaterra y Gales el 25 de octubre de 1970.

BEATOS ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ Y AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Religiosos y mártires († 1936)

Estos dos religiosos salesianos, apresados con los demás el día 21 de julio y soltados luego el 29, fueron luego a parar a la Cárcel Modelo de Mislata, donde se reunieron con otros compañeros que estaban igualmente destinados a la gloria del martirio. El día 10 de diciembre de 1936 fueron ambos llevados al Picadero de Paterna y allí fusilados por su sola condición de religiosos. Estos son sus datos personales:

ANTONIO MARTÍN HERNÁNDEZ era sacerdote. Había nacido en Calzada de Béjar, provincia de Salamanca y diócesis de Coria, el 18 de junio de 1885 en el seno de una familia muy cristiana. Hizo primero los estudios de magisterio en Salamanca y aquí conoció a los salesianos, decidiendo su vocación religiosa en esta congregación cuando tenía 28 años. Seis años más tarde, hecha la profesión religiosa y los estudios eclesiásticos, se ordenaba de sacerdote. Ejerció su labor docente como tal salesiano y en 1923 estuvo en Barcelona-Sarriá como maestro de novicios. En julio de 1936 estaba de director en la casa de Valencia-Sagunto, y hacía ejercicios espirituales cuando estalló la revolución. Cuando asaltaron la casa el 21 de julio hicieron los milicianos el simulacro de fusilarlo. Libre el 29 de julio, se refugió en una casa pero el 3 de septiembre fue de nuevo arrestado y llevado a la cárcel, de la que saldría para el martirio.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO era coadjutor y había nacido en la ciudad de Santander el 3 de febrero de 1905. En su propia ciudad conoció a los salesianos y de ahí le vino su vocación. Profesó en Barcelona-Sarriá en 1922 y once años más tarde en Gerona hizo los votos perpetuos. Era un hombre sencillo, pacífico, diligente y piadoso que llevaba a cabo con humildad y eficacia

su tarea educadora como salesiano. Estaba haciendo los ejercicios espirituales cuando fue arrestado; dejado libre el día 29 de julio y nuevamente encarcelado ese día, llevado a la Cárcel Modelo de Mislata, donde esperó pacientemente su destino. El Señor recompensó con la gracia del martirio su fidelidad a la vida religiosa.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

11 de diciembre

MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Dámaso I († 384), papa **.
2. En territorio de Amiens (Galia), santos Victorico y Fusciano († s. III), mártires.
3. En Piacenza (Emilia), San Sabino († s. IV), obispo.
4. En Constantinopla, San Daniel Estilita († 493), presbítero *.
5. En el monasterio de Himmerod (Tréveris), Beato David († 1179), monje *.
6. En Siena (Toscana), Beato Franco Lippi († 1291), religioso carmelita *.
7. En Fiegni, del Piceno (Italia), Beato Hugolino Megalotti († 1373), ermitaño, terciario franciscano *.
8. En Sant' Angelo in Vado, del Piceno, Beato Jerónimo Ranuzzi († 1468), presbítero, religioso servita.
9. En Nagasaki (Japón), beatos Martín de San Nicolás Lumbreras Peralta y Melchor de San Agustín Sánchez Pérez († 1632), presbíteros, de la Orden de San Agustín, mártires **.
10. En Londres (Inglaterra), Beato Arturo Bell († 1643), presbítero, de la Orden de Menores, mártir bajo el reinado de Carlos I *.
11. En Burjasot (Valencia), Beata María del Pilar Villalonga Villalba († 1936), virgen y mártir *.
12. En La Aldehuela (Madrid), Santa María de las Maravillas de Jesús Pidal y Chico de Guzmán († 1974), virgen, monja carmelita descalza **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN DÁMASO I
Papa († 384)

El último tercio del siglo IV marca el período de mayor influencia de España en Roma. Tres nombres gloriosos llenan ese espacio de tiempo, cada uno en su campo propio y los tres ligados de alguna manera entre sí. Dámaso honra el Pontificado; Teodosio, el Imperio, y Prudencio, la poesía cristiana. España, que tanto había recibido de Roma, que aprendió a amar en latín a Jesucristo, pagó con creces la deuda contraída. Aun prescindiendo de otros nombres ilustres, con los tres mencionados bastaba para probarlo.

San Dámaso es, entre los pontífices antiguos, el que más cerca está de nosotros por sus gustos de intelectual y escriturista y por sus aficiones de arqueólogo. Su diplomacia firme, aunque discreta, contribuyó a consolidar la posición del cristianismo frente a los últimos ataques del paganismo; supo mantener el prestigio de la Sede Apostólica, expresión que comienza a circular durante su pontificado, y salvaguardar la unidad de la fe, tan amenazada por el arrianismo y otras herejías cristológicas o trinitarias; fue el mecenas de San Jerónimo y alentó sus trabajos bíblicos, que reconocería doce siglos después el concilio de Trento al adoptar como texto seguro la traducción de la Vulgata. Por último, sus aficiones de arqueólogo le llevaron a restaurar las catacumbas, salvando la memoria de los mártires y orientando la piedad de los fieles hacia su culto.

San Dámaso nació en Roma el año 305, de una familia de ascendencia española, cuyo padre, Antonio, había hecho toda su carrera eclesiástica no lejos del teatro de Pompeyo, junto a los archivos de la Iglesia romana, siendo «notario, lector, levita y sacerdote». Su madre se llamaba Laurencia y llegó a la edad de noventa y dos años. Tuvo también otra hermana menor, llamada Irene, la cual se consagró a Dios vistiendo el velo de las vírgenes.

El santo se formó a la sombra del padre, en un ambiente elevado, teniendo ocasión de relacionarse con lo mejor de la sociedad romana, tan compleja, pues alternaban los cristianos fer-

vorosos con los viejos patricios adictos al paganismo, los herejes irreductibles y los empleados públicos, cuyas convicciones variaban según soplasen los aires de la política imperial.

La educación de Dámaso fue exquisita, y desde el primer momento se orientó hacia la carrera eclesiástica, destacándose entre el clero de la Urbe. Como toda persona de mérito, tuvo que sufrir la calumnia o la enemistad, y, por su labor entre las damas piadosas, que solicitaban su dirección, le motejaron los envidiosos de halagador de oídos femeninos: *auriscalpius feminarum.*

Ya desde su infancia, encendida su imaginación con el relato de las muertes heroicas de los mártires, debió despertarse en él la vocación de cantor de los que dieron su vida por la fe, recogiendo ávidamente las noticias que circulaban oralmente, como en el caso de los Santos Pedro y Marcelino, en que el mismo verdugo le contó su martirio: *Percussor retulit Damaso mihi, cum puer essem.*

Era diácono cuando falleció el 24 de septiembre de 366 el papa Liberio. El Imperio había sido repartido en 364, tomando Valente el Oriente y Valentiniano I el Occidente. Desde 358 había un antipapa, Félix III (467), y, aunque Dámaso se había mostrado partidario suyo, después se reconcilió con Liberio y trabajó en reconciliar al antipapa.

Por el gran ascendiente que gozaba en Roma, Dámaso fue elegido papa en la basílica de San Lorenzo in Lucina por la mayoría del clero y del pueblo, siéndole favorable la nobleza romana. Sin embargo, los opositores se reunieron en Santa María in Trastevere y eligieron a Ursino, que se hizo consagrar rápidamente por el obispo de Tibur, no haciéndolo Dámaso hasta un domingo posterior, que fue el 1 de octubre, por el obispo de Ostia.

Parece como si Dios pusiera en la existencia de los santos ocultas espinas que les puncen para purificarles. Ursino fue el aguijón de Dámaso.

Desde que el 26 de octubre el emperador Valentiniano dio orden de destierro contra el antipapa, la revuelta se apoderó de Roma. Los partidarios de Ursino se hicieron fuertes en la basílica Liberiana, teniendo que soportar un verdadero asedio de los

seguidores de Dámaso, donde dominaban los cocheros y empleados de las catacumbas. Armados de sus herramientas de trabajo y de hachas, espadas y bastones, se aprestaron al asalto de la basílica. Algunos lograron subir al techo y lanzaron contra los leales de Ursino no precisamente pétalos de rosas, conmemorativos de la nieve legendaria que diera pie a la erección del templo, sino teas encendidas, que ocasionaron 160 muertos.

Ursino fue desterrado, y, si bien el emperador le permitió volver el 15 de septiembre de 267, lo expulsó de nuevo el 16 de noviembre. El antipapa no cede: desde su destierro maquina nuevas intrigas y en 370 consigue envolver a San Dámaso en un proceso calumnioso. En 373 se abre un nuevo proceso contra Dámaso ante los tribunales de Roma. Esta vez el acusador es un judío convertido, Isaac, detrás del cual se reconocen fácilmente los manejos de Ursino. El emperador Graciano interviene personalmente y falla la causa. Absuelve a Dámaso y destierra a Isaac a España, y a Ursino a Colonia.

En 378 ha de justificarse ante un concilio de obispos italianos que él mismo había convocado. Los obispos estaban inquietos a causa de las dudas que provocó la usurpación de Ursino. Pidieron que los obispos no pudieran ser llevados a otros tribunales que a los eclesiásticos, formados por sus propios colegas, y, en caso de apelación, que ésta se hiciera al Papa. Que éste sólo pudiera ser juzgado, en caso de necesidad, por el emperador en persona.

Todavía en 381 Ursino vuelve a la carga. El concilio de Aquilea, reunido por entonces, fue la ocasión. El antipapa quiere llevar la resolución del caso al propio emperador. Mas a partir de entonces todo se apacigua. Ursino debió de morir, porque no se vuelve a hablar más de él.

Los partidarios de Ursino no fueron los únicos en crear preocupaciones a San Dámaso. Al lado del antipapa se agitaban durante todo este tiempo los titulados obispos cismáticos; luciferianos, donatistas y novacianos. Roma era un avispero de sectas, y el Papa tuvo que luchar contra su intransigencia, como en el caso de los donatistas, descendientes de los antiguos montanistas africanos. Su campeón, el presbítero Macario, condenado al destierro, murió de las heridas que recibiera al ser apresado,

aunque la elección de otro obispo significó un nuevo competidor contra Dámaso.

En medio de tantas dificultades, el gran Papa pensaba en la Iglesia universal. En punto a herejías, su mayor preocupación era el arrianismo. Roma se había pronunciado abiertamente contra las doctrinas arrianas en el concilio de Nicea y siempre había mantenido una línea clara en este punto. Al tiempo de la elección de San Dámaso eran arrianos los obispos Restituto de Cartago y Auxencio de Milán, y otros muchos del Ilírico y, sobre todo, de la región del Danubio. El emperador no quería problemas por causa del arrianismo, y la situación era dudosa. En 369 San Atanasio escribe *ad Afros,* a los obispos de Egipto y Libia, y habla del «querido Dámaso», pero muestra su inquietud por el estado de cosas de Occidente. Un poco después otra carta del mismo santo obispo habla de recientes concilios reunidos en las Galias y España, y en la misma Roma, en que se tomaron medidas contra Auxencio de Milán. El concilio de Roma nos es conocido por la carta *Confidimus,* del propio San Dámaso a los obispos de Ilírico. Esta carta es una firme declaración de los principios de Nicea. Pero fue necesario esperar a la muerte de Auxencio, en 374, para reemplazarle por un obispo ortodoxo: San Ambrosio. En la región dalmaciana (Ilírico) el arrianismo conservó durante mayor tiempo su hegemonía, aunque en 481 el concilio de Aquilea, en el que San Dámaso no llegó a intervenir, condenó vigorosamente los manejos de los herejes.

En Oriente la política religiosa del Papa tuvo menos éxito, porque la situación era más embrollada. Los católicos estaban divididos a causa del cisma de Antioquía. Los unos eran partidarios de Melecio, que había sido elegido según regla: los otros se inclinaban a favor de Paulino. San Basilio de Cesarea era el jefe de los primeros, y con él casi todo el episcopado oriental. Pero Roma, bajo la influencia de San Atanasio, se había pronunciado por el segundo. A partir de 371 fueron llevadas a cabo largas y penosas negociaciones por San Basilio para obtener la condenación explícita de Marcelo de Ancira y después la de Apolinar de Laodicea, así como el reconocimiento de Melecio de Antioquía. San Dámaso se contentó con remitir la carta *Confidimus* del concilio romano de 370. El asunto de Marcelo de

Ancira se resolvió con la muerte del hereje, y el de Apolinar con su condenación en 375. El caso de Melecio fue más complicado, porque la solución dependía en gran parte de aceptar o rechazar por parte de San Basilio la terminología trinitaria usada en Roma. San Dámaso comenzó por mostrarse intransigente en este punto (carta *ad gallos episcopos,* 374); después hizo concesiones, aunque un concilio romano de 376 parecía volver al estado primitivo. Sin embargo, la muerte de San Basilio el 1 de enero de 379 allanó el arreglo, más necesario que nunca.

Un gran concilio reunido en Ancira aquel mismo año aceptó las fórmulas propuestas por el Papa. Mas este concilio, presidido por el propio Melecio, no podía ser grato a Dámaso, que era partidario de Paulino. Muerto aquél el año 381, no pasó, empero, Paulino a la silla de Antioquía, como hubiera deseado el Papa, sino Flaviano, lo cual contribuyó en alguna forma a aislar el Oriente de Roma por no resolverse el mencionado cisma.

Por aquella misma época se convocaba en Zaragoza (380) otro concilio para condenar a Prisciliano, cuyas doctrinas ascéticas resultaban sospechosas. Éste, que había llegado a obispo de Avila, recurrió al Papa, a quien llama *senior et primus.* San Dámaso, sin condenarle expresamente, no admitió su requisitoria: el hereje español tuvo el mal acuerdo de elevar su causa al emperador, y a pesar de las protestas de San Martín de Tours y de otros obispos, el efímero emperador Máximo avoca la causa a su tribunal y juzga y condena a Prisciliano en 385 por el delito de magia. Él y otros cuatro más son decapitados. Ya tienen los panfletistas el primer caso de «relajación al brazo secular».

En 382 fue convocado en la misma Roma un concilio al que San Dámaso tal vez pensaba darle carácter universal, pero que resultó de escasos frutos. Como el propio San Jerónimo acudiera a la ciudad de las siete colinas, fue ocasión de que le conociera San Dámaso y se trabara entre ambos una estrecha amistad, que tan beneficiosa sería para las ciencias bíblicas. Durante tres años (382-385) el Papa le retuvo por secretario. Le alentó en sus trabajos escriturísticos y en sus versiones de las Sagradas Escrituras del hebreo y griego al latín, lo que nos proporcionó la Vulgata, versión que todavía hoy utiliza como oficial la Iglesia Romana. Sin embargo, San Jerónimo tenía un carácter indepen-

diente y excitable, muy difícil para la vida de la curia. Añorando su soledad, muerto ya el Papa, donde siempre los que han servido al señor difunto encuentran enrarecido el ambiente, se retiró a Belén con sus libros y sus penitencias.

En otoño del año 382, Dámaso, sin entrar en escena, obtuvo en Roma un triunfo importante para el cristianismo: la remoción de la estatua de la Victoria de la sala del Senado.

Una vez que Constantino concedió por el edicto de Milán del 313 la paz a la Iglesia y comenzaron a surgir en la Urbe las grandes basílicas cristianas, nos cuesta trabajo entender que Roma siguiera siendo «oficialmente» pagana todavía casi a fines del glorioso siglo IV.

El edicto de Milán propiamente no cambió la situación legal del paganismo. Seguían abiertos los templos paganos, seguían expuestas en plazas, foros y paseos las estatuas de los dioses, seguían recibiendo los sacerdotes del antiguo culto sus subvenciones estatales. Gran número de las familias de la nobleza romana seguían apegadas a sus antiguas creencias.

El poeta español Prudencio, que hizo una visita a Roma a primeros del siglo V, pudo todavía contemplar a los sacerdotes coronados de laurel cuando se dirigían apresurados al Capitolio, por el amplio espacio de la Via Sacra, conduciendo las víctimas mugientes. Allí vio el templo de Roma, adorada como una divinidad, y el de Venus, quemándose el incienso a los pies de ambas diosas. Como en los versos de Horacio, vio a las vestales taciturnas acompañar al pontífice según subían las gradas de altar.

El mundo en que vivió San Dámaso casi pudiera decirse que, con emperadores ya cristianos, seguía siendo pagano, y era frecuente sentir el balanceo de la hegemonía de una u otra religión. Quizá donde estaba simbolizada esta lucha era en la susodicha estatua de la Victoria, el símbolo más venerable del paganismo oficial. Toda de oro macizo, representaba a una mujer de aspecto marcial y formas opulentas, que desbordaban los pliegues holgados de su túnica, ceñido el talle por un cinturón guerrero. La diosa, ágil y robusta, apoyábase sobre un pie desnudo, extendiendo, como un ave divina, sus ricas alas, en actitud de cobijar a la augusta asamblea.

Delante de la estatua había un altar, donde cada senador, al entrar en la curia, quemaba un grano de incienso y derramaba una libación a los pies de la diosa protectora del Imperio.

Esta estatua, que para los cristianos era objeto de escándalo y para muchos miembros del patriciado como el postrer vestigio de la pujanza política del paganismo, sufrió numerosas vicisitudes. Verdadero símbolo de la vieja religión, compartió con ella su suerte. Durante la lucha de los cultos, que llena todo el siglo IV, la Victoria desciende de su pedestal cuantas veces el cristianismo sale triunfador, y vuelve a encumbrarse en el solio cuando el culto de los dioses reanuda su ofensiva.

El emperador Constante la retira, la vuelve a restablecer. En el viaje a Roma de Constantino la manda de nuevo retirar. Salido Constantino de Roma, la mayoría pagana del Senado la restablece en su sitio. Joviano la deja en paz. Valentiniano la tolera; pero la suprime una orden de Graciano, el primero de los emperadores que se mostró cristiano en la vida pública y en la privada.

El dolor de los senadores paganos fue grande, y enviaron una comisión a Milán, donde residía el emperador, para pedirle la revocación de la orden; pero los cristianos del Senado se adelantaron, pues llegó antes a Milán una carta de San Dámaso, y Graciano se negó a recibir a los comisarios, persistiendo en su resolución.

Todavía la lucha perdura, pues a la muerte trágica de Graciano, ocurrida al año siguiente, ocupa el trono Valentiniano II, de quien creyeron poder obtener en su inexperiencia lo que negara resueltamente el anterior emperador. Entonces entran en juego dos hombres importantes. Símaco, prefecto de la ciudad de Roma, pagano acérrimo de la vieja escuela, que presenta un alegato lleno de nostalgia por los dioses paganos, que dieron el poderío y grandeza a Roma a través de mil doscientos años de su historia, y San Ambrosio, que vindica la causa cristiana.

En fin, son los últimos estertores del paganismo clásico. También Prudencio, en su poema Contra Simmacum, nos ha contado los últimos incidentes de este duelo, que acabó con la victoria definitiva del cristianismo. *Vincendi quaeris dominam? Sua dextera cuique est et Deus omnipotens.*

«¿Quieres saber cuál es la diosa Victoria? El propio brazo de cada uno y la ayuda de Dios todopoderoso». La Victoria pagana ha plegado definitivamente sus alas para abrirlas al lábaro de la cruz.

Nos queda considerar, por último, el aspecto que ha hecho más popular a San Dámaso, y también aquel cuya influencia ha sido mayor para la posteridad, el que le ha merecido el título de «Papa de las catacumbas». Él se preocupó, en medio de la agitación de su pontificado, de propagar el culto de los mártires, restaurando los cementerios suburbanos donde reposaban sus cuerpos, de hacer investigaciones para encontrar sus tumbas, olvidadas, como en el caso de San Proto y San Jacinto, en la Via Salaria; de honrarlos con bellas inscripciones métricas, que después grababa en hermosas letras capitales su calígrafo Furio Dionisio Filócalo, cuyos trazos barrocos todavía podemos admirar hoy en alguna lápida íntegra que nos ha llegado de entre el medio centenar que debió esculpir.

A finales del siglo IV eran muy borrosas las noticias que se tenían en Roma de los mártires de las persecuciones. Cierto que ya Constantino se preocupó de levantar en su honor espléndidas basílicas, como las de San Pedro, San Pablo, San Lorenzo y Santa Inés. Pero no era posible hacer otro tanto con los que yacían enterrados en los lóbregos subterráneos de las catacumbas, pues hubieran hecho falta sumas enormes.

La idea de San Dámaso fue darles veneración en los mismos lugares de su enterramiento, según la tradición romana, que ligó siempre el culto a la tumba del mártir.

Mas para facilitar la visita de los fieles eran necesarios trabajos importantes, pues debían abrirse nuevas entradas, ensanchar las escaleras y hacerlas más cómodas, adornar las salas o cubículos donde reposaban los cuerpos santos.

San Dámaso se entregó con entusiasmo a esta obra. La cripta de los Papas del siglo III, uno de los más sagrados recintos de la cristiandad, la adornó con columnas, arquitrabes y cancelas, y en el fondo colocó una de sus famosas inscripciones, que todavía puede leerse, recompuesta en pedazos: *Hic congesta iacet quaeris si turba piorum Corpora sanctorum retinente veneranda sepulcra.* «Si los buscas, encontrarás aquí la inmensa muchedumbre de los

santos. Sus cuerpos están en los sepulcros venerables, sus almas fueron arrebatadas a los alcázares del cielo.»

Nos podemos imaginar al augusto Pontífice, acompañado de sus más asiduos colaboradores, tal vez el propio San Jerónimo, emprendiendo aquellas investigaciones que le llevaban a encontrar la pista de algún santo olvidado. ¡Qué alegría entonces, como se refleja aún en la inscripción a través de los siglos!: *Quaeritur inventus colitur fovet omnia praestat.* «Tras los trabajos de búsqueda es encontrado, se le da culto, se muestra propicio, lo alcanza todo».

Resulta emocionante saber que San Dámaso emprendió esta obra de exaltación de los mártires en agradecimiento por haber conseguido la reconciliación del clero tras el cisma de Ursino: *Pro reditu cleri, Christo praestante trinmphans martyribus sanctis reddit sua vota sacerdos.*

Podrá objetarse que el santo Pontífice no siempre tuvo buenas fuentes de información, excepto el caso ya citado, en que el propio verdugo dio testimonio. Casi siempre ha de recurrir a la tradición oral: *Fama refert... Fertur... Haec audita refert Damasus...* En algunos casos ha de dejar el juicio al propio Cristo: *probat omnia Christus.*

Esta pobreza de sus informaciones se manifiesta ya en las descripciones genéricas que hace del martirio, o en no saber decir los nombres o el tiempo de su triunfo, usando una frase imprecisa: «En los días en que la espada desgarraba las piadosas entrañas de la Madre»: *tempore quo gladius secuit pia viscera matris.*

Otras veces será la estrechez de la lápida, que no le permite espacio para mayores noticias, como en la inscripción de la cripta de los Papas. Sin embargo, hay que confesar que ya por la dificultad de expresarse en verso, ya por su propensión a lo genérico e indeterminado, su poesía es vaga y obscura, aun cuando no podían faltarle noticias concretas, como en los epitafios de su madre Laurencia o de su hermana Irene. Esta pobreza de expresión se manifiesta, además, en sus imitaciones virgilianas, que ocurren a cada paso, y en lo reducido de su lenguaje, que definió De Rossi «como un perpetuo e invariable ciclo» en que se repiten hemistiquios y aun versos enteros.

A pesar de todo, los pequeños poemas damasianos llegan a conmovernos, porque reflejan el entusiasmo del poeta y el afec-

to vivísimo que alimentaba hacia los atletas de Cristo, de donde sus cálidas invocaciones: «Amado de Dios que seas propicio a Dámaso te pido ¡oh santo Tiburcio!»

O en el de Santa Inés: «¡Oh santa de toda mi veneración, ejemplo de pureza!, que atiendas las plegarias de Dámaso te pido, ínclita mártir».

Se comprende que los peregrinos medievales copiasen con verdadera ilusión estos versos, merced a lo cual han podido salvarse en códices y bibliotecas muchos de ellos, cuyos fragmentos filocalianos hallaron posteriormente De Rossi y otros investigadores de las catacumbas.

Digamos también que San Dámaso, que tuvo el honor de transformar las catacumbas en santuarios, fue, a la vez, el que introdujo el culto de los mártires en Roma. Al fundar un «título» o iglesia parroquial en su propia casa, junto al teatro de Pompeyo, según la costumbre, le dio su propio nombre: «in Damaso», pero le ligó al recuerdo de un mártir español, San Lorenzo. Y aunque la iglesia iba dedicada a Cristo, como todas las de entonces, al poner el nombre del santo diácono como una invitación a honrarle más especialmente, sentó un precedente que evolucionaría con toda rapidez. Las iglesias se dedicarían a los santos, como ya hoy es normal. El nombre del fundador caería en desuso y quedaría el del patrón.

San Dámaso murió casi octogenario el 11 de diciembre de 384. Al final de la inscripción a los mártires en la cripta del cementerio de Calixto, el santo Papa había manifestado su deseo de ser allí enterrado, aunque por humildad o por escrúpulo de arqueólogo no se atreviera a tanto. *Hic fateor Damasus volui mea condere membra sed cineris timui sanctos vexare piorum.*

Entonces se hizo preparar para él y su familia una basílica funeraria en la Via Ardeatina, no lejos del área donde estaban los mártires queridos. Esta capilla se presentaba a los peregrinos medievales como una etapa entre Roma y la visita de las catacumbas. Compuso tres epitafios; para su madre, su hermana y el suyo. Este es particularmente humilde y lleno de fe. Recuerda la resurrección de Lázaro por Cristo y termina con esta hermosa frase: «De entre las cenizas hará resucitar a Dámaso, porque así lo creo».

Sus reliquias fueron llevadas posteriormente a la iglesia de San Lorenzo in Damaso y están conservadas debajo del altar mayor.

Su gran amigo San Jerónimo hizo de él este hermoso elogio en su tratado De la virginidad: *Vir egregius et eruditus in Scripturis, virgo virginis Ecclesiae doctor:* «Varón insigne e impuesto en la ciencia de las Escrituras, doctor virgen de la Iglesia virginal».

La liturgia también le es deudora de sabias reformas. Además de su devoción acendrada a los mártires, la construcción del baptisterio vaticano y la firmeza apostólica en reprimir las herejías, le cabe la gloria de haber introducido en la misa, conforme a la costumbre palestinense, el canto del aleluya los domingos y la reforma del viejo *cursus* salmódico para darle un carácter más popular.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

BATIFFOL, P., *Le Siège apostolique* (París 1924).
«Damate», *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* IV/2: *Domestici-Employé* (París) 145-197.
DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 641 y 643.
DUCHESNE, L. (ed.), *Liber pontificalis,* I (París 1886) 84-85; 212-215.
FERRUA. A., *Epigrammata Damasiana* (Roma 1942).
Hispania sacra 5 (1952) 211-226.
IHM, M., *Damasi epigrama* (Leipzig 1895).
PIGANIOL, A., *L'empire chrétienne* (París 1947).

BEATOS MARTÍN DE SAN NICOLÁS LUMBRERAS PERALTA Y MELCHOR DE SAN AGUSTÍN SÁNCHEZ PÉREZ

Presbíteros y mártires († 1632)

Los beatos agustinos recoletos Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín, misioneros españoles en Japón, fueron martirizados el 11 de diciembre de 1632 y beatificados el 23 de abril de 1989. La vocación misionera de la Orden de Agustinos Recoletos empezó su andadura en Colombia el año 1604, en Filipinas el 1606 y en Japón el 1623. A esta alborada funda-

cional corresponden los siguientes cinco mártires de la primera hornada misionera: Magdalena de Nagasaki; Vicente de San Antonio y Francisco de Jesús, Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín. Pertenecen a la primera cosecha nipona, es decir, a los cuatro misioneros quemados vivos en sólo tres meses. A Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio los beatificó el papa Pío IX en 1867. De los nuestros ahora se ha encargado Juan Pablo II.

Gran expectación la de aquella mañana del 11 de diciembre de 1632 en la ciudad de Nagasaki, pese al intenso frío de la ciudad. Quemar vivos a dos frailes no se ve todos los días. La orden del gobernador Unemedono es terminante y novedosa: ejecutar la sentencia no donde acostumbra a martirizar a los cristianos, sino unos metros más arriba, donde se ajusticia a los malhechores. Los verdugos, una vez coronada la cima de aquel moderno calvario, hacen bajar a los «reos» de sus literas a empujones y los amarran por un dedo a las columnas. Éstos bendicen a la multitud y saludan en japonés: «Saraba» *(quedad todos con Dios).* El uno muere pronto abrasado. El otro resiste dos horas. Llevaban en Nagasaki desde apenas tres meses antes. La traición de unos chinos dio con sus huesos en la cárcel y poco después en la hoguera. La noticia del martirio —entre Filipinas y Japón las comunicaciones entonces eran difíciles—, llegó a Manila el 16 de mayo de 1633, lunes de Pentecostés.

MARTÍN DE SAN NICOLÁS LUMBRERAS PERALTA (1598-1632) había nacido el 8 de noviembre de 1598 en Zaragoza, Aragón, hijo primogénito de Lorenzo Lumbreras y Ana Peralta: dicho Lorenzo de algunas biografías, probablemente natural de Tabuenca, en la partida de bautismo del beato es Lázaro. Dos días después el joven matrimonio llevó el niño a la basílica del Pilar para ofrecérselo a la Virgen y acristianarlo. La partida de bautismo que todavía se conserva en la Seo reza: «Martín de Lumbreras, hijo de Lázaro Lumbreras y Ana Peralta, fue bautizado el 10 de noviembre de 1598. Padrinos Domingo Lumbreras, Margarita Pérez». Seis años más tarde, 1604, los padres acompañan de nuevo al niño al Santuario del Pilar, donde recibe el sacramento de la confirmación. Ya él con cinco años, en septiembre de 1603 nace su hermano Juan Damián y, poco des-

pués, Tomás y Ana, su única hermana. Familia toda temerosa de Dios, de arraigado cristianismo, de consagración al Señor, pues Tomás será también agustino recoleto, y Ana carmelita descalza en Zaragoza.

El risueño porvenir que aguarda a Martín, tanto en la carrera de las armas como en la de la política, se revela pronto efímero, pues un buen día, con la bendición de sus padres, pide a los agustinos recoletos de Borja ingresar en su convento. Corría el año 1617. Meses más tarde, vistiendo ya el santo hábito impuesto por su tío Diego de San Juan Bautista, prior del convento, parte para Zaragoza, en cuya iglesia de los agustinos recoletos del Coso, donde tantas veces rezara de pequeño, hace el noviciado.

MELCHOR DE SAN AGUSTÍN SÁNCHEZ PÉREZ (1599-1632), por su parte, vino al mundo en el barrio pobre del Abaicín (Granada) el año de 1599. El Albaicín presentaba entonces un cuadro desolador: el hospital general de los moros, confiscado en 1568, era un montón de ruinas; en las murallas crecía la maleza. Familia acomodada Pedro Sánchez y Francisca Pérez, sus padres. Desdichadamente Melchor quedó huérfano de padre con apenas ocho años y cuatro más tarde, el 28 de agosto de 1611, fiesta de San Agustín, de madre. Acogen al chavalejo entonces en casa de unos parientes caritativos, quizá su tío Diego Sánchez, hermano del padre, pero la llamada de Dios rondaba ya cerca. Granada era buen semillero de conventos: nada menos que catorce de frailes y trece de monjas, más veintitrés parroquias. Joven ya de quince años, los agustinos recoletos se establecieron un buen día en el hospital general de los moriscos, centro del Albaicín. No tardaron en llegar las primeras solicitudes de jóvenes, el primero Melchor en 1616, aún sin los diecisiete cumplidos. El noviciado le abría las puertas al año siguiente, y algún familiar le seguiría pronto.

Martín y Melchor, pues, abrazan la vida austera de los nuevos frailes agustinos descalzos o recoletos. Van a probar su vida, conocer sus costumbres, vivir su espiritualidad y cultivar su vocación misionera, dado que en 1606 la Recolección funda en Filipinas y en 1623 sus frailes llegan hasta Japón para extenderse luego por México, Colombia, Panamá, Costa Rica y otras

naciones del nuevo mundo. El noviciado por aquellas fechas duraba dos años. Era tiempo dedicado al recogimiento, a la oración, al ejercicio de la virtud. Martín y Melchor lo hacen en conventos distintos: aquél en Zaragoza, éste en Granada, pero llevan el mismo régimen de vida. Melchor emite los votos en el convento de Granada el 26 de marzo de 1618. Martín, en cambio, profesa en el convento de Zaragoza el 11 de mayo de 1619. Uno y otro salen con muchas ganas de predicar el evangelio en las lejanas tierras del Oriente y dispuestos a entregar sus vidas por Cristo. Dios unirá un día sus caminos.

Los agustinos recoletos en Filipinas reciben tristes nuevas de su hermanos del Japón: desde las cárceles de Amura y de Nagasaki salen hacia el Archipiélago cartas informando de los horrores que allí sufren. Han martirizado a más de 300 terciarios y cofrades agustinos recoletos. Apremian, pues, cada vez más las necesidades de la Iglesia perseguida del Japón. Pero el envío de nuevos refuerzos a esas tierras se pone, a causa de la vorágine, cada día más difícil. La carta de Martín de San Nicolás al vicario general suplicando ser enviado allí es de veras conmovedora:

> «Pido humildemente una licencia para ir al Japón a ayudar con mis pocas fuerzas a aquella tan afligida Iglesia, pues es cierto que está en extrema necesidad, y a nuestra sagrada religión le está en extremo bien el tener religiosos en tiempo que tanto se sirve a Nuestro Señor y tantas almas se ganan. Y como ha sido Nuestro Señor servido que dos religiosos nuestros que en aquel reino están se hallan los dos presos, es mucho de llorar que nuestra religión no tenga soldados en aquella guerra y en tiempo tan necesitado».

El viaje de Martín y Melchor al Japón resultó penoso y lleno de sustos. Tardaron diez días más de lo previsto. Al amparo de la noche atracaron en las costas de Kiu-shiu. En pocas jornadas, y a base de escalas nocturnas, llegaron a Nagasaki el sábado 4 de septiembre de 1632. El dominico Domingo de Erquicia no tarda en darles la triste noticia: sus hermanos en religión, Vicente y Francisco, han sido quemados vivos con otros cuatro misioneros. Todavía humean las seis columnas carbonizadas entre una tenue nube que sale del rescoldo de las cenizas. Lo ojos de los jóvenes misioneros no pueden reprimir unas furtivas lágrimas de dolor. El P. Domingo entonces les hace entrega de las pocas pertenencias de sus hermanos. Luego se los lleva consigo

a los montes de Nagasaki y les asigna un refugio seguro. Allí les presenta a los terciarios recoletos supervivientes de las matazas de 1629 y 1630.

Nombrado Unemedono Takenaka gobernador de Nagasaki en 1629 para poner fin de una vez por todas a los cristianos de la ciudad, llega con él, acaso, el más cruel e implacable perseguidor conocido en Japón hasta entonces. Dice el P. Domingo Erquicia que es el «demonio encarnado». Sólo pronunciar su nombre entre los cristianos infunde pavor, pues ha jurado no dejar ni rastro de cristianismo en Nagasaki. Los tormentos que introduce para martirizar son terribles: cientos de haces de leña aguardan apilados en los montes cercanos; son el material para el fuego que ha de acabar con ellos. Y mucho peor aún son las aguas sulfurosas: hirvientes ellas, huelen a azufre y corroen como el ácido y surcan las carnes dejándolas putrefactas. Y por si fuera poco, el tirano tiene a Nagasaki plagado de espías, con tentadoras sumas de dinero para los delatores.

Pasado el verano, llueve y llueve en la ciudad. Por la noche, cuando los misioneros tienen que moverse entre las sombras para ejercer el ministerio, hace frío. Martín y Melchor, como antes sus hermanos Vicente y Francisco, tienen que alimentarse muchos días con «agua de fréjoles». Pasan los días y las semanas y el refugio acaba por hacerse insostenible. ¿Qué ganan resistiendo allí cuando Nagasaki abajo tanto los necesita? El 2 de noviembre de 1632, al fin, jueves, dejan el refugio del monte al amparo de las tinieblas y se introducen en la ciudad. Les acompaña el fiel catequista Miguel Korobosoma. Desdichadamente no tardan en ser vistos por unos guardias que corren para apresarlos. Melchor, que apenas pueda caminar, cae enseguida en sus manos. Logran huir por el momento, en cambio, Martín y el catequista, pero la alarma ya está dada en la ciudad y su hora no está lejos: por la tarde, sí, como presas indefensas, caen en las redes de los esbirros.

Antes de ir a la cárcel sufren un largo interrogatorio plagado de amenazas y tentadoras promesas: diríase que lo de siempre, aunque por esta vez no del todo. Unemedono ha cambiado de táctica de un tiempo a esa parte; no quiere mártires, sino apóstatas; de ahí sus cantos de sirena con los prisioneros que, en al-

gunos casos, le dan resultado, pues hay quienes sucumben y se vienen abajo. No sucede así con nuestros dos agustinos recoletos, que parecen hechos de material diamantino; el propio de los héroes: quieren ser mártires a toda costa y nada les hará renegar de Cristo. Ni siquiera la cárcel, a donde van a parar como bestias pensando sus esbirros que ésta va a ser el instrumento ideal para que recapaciten. De hecho no pueden ponerse de pie, porque el techo es muy bajo. Y así, en tan nauseabundo y cochambroso recinto, permanecen durante cuarenta días. Hasta que el 10 de diciembre de 1632 les llega la noticia por la que tanto han suspirado: si no reniegan de la fe, al día siguiente, lunes, serán quemados vivos.

Burlado ante su valiente negativa, Unemedono ordena lleno de rabia que se prepare todo lo necesario para el sacrificio: leña verde, paja mojada y dos gruesos maderos bien hundidos en tierra para atar en ellos a los condenados. Y como pretende que el escarmiento sea ejemplar, ordena calcinarlos no precisamente donde hasta entonces han sufrido el martirio los cristianos, sino más arriba, en el sitio reservado a los malhechores. Sus cenizas, recogidas en unas sacas, irán a parar al mar cerca de la isla de Takaboko. Es el 11 de diciembre de 1632. El catequista Miguel y los otros cuatro terciarios agustinos recoletos acabarán unos días después, el primero quemado vivo a fuego lento, y los otros cuatro degollados.

Días de sangre y fuego y lágrimas aquellos, que purifican y acendran el espíritu y dan esplendor a la Familia Agustiniana. La noticia llega en abril de 1633 a Macao. Más de 20.000 espectadores habían asistido al último suplicio. Por testigos para declarar que no quede. El tribunal eclesiástico de Macao, a instancias del padre Juan de Mesquita, prior del convento de San Agustín de aquella ciudad, toma declaración jurada el día 27 de abril de 1633 a 22 marineros portugueses, testigos oculares de ambos martirios, quienes, en declaración conjunta firmada ante el tribunal, refieren las circunstancias y pormenores de los hechos.

El padre Mesquita envía inmediatamente toda la documentación, incluida la declaración jurada de los 22 marinero portugueses al provincial de los recoletos de Filipinas y le anima a in-

coar enseguida un proceso. En 1635 se abre en Manila nuevo proceso para interrogar a otros cinco portugueses, que el año 1632 habían estado en Nagasaki. Al martirio de Martín y Melchor habían asistido 300 portugueses, casi todos residentes en Nagasaki. Su expulsión de Nagasaki en 1636 y su refugio en Macao fue providencial, pues se aprovechó para recoger su declaración sobre el martirio de nuestros héroes. Emocionantes, por cierto, las actas martiriales con los susodichos testimonios. De tales indagaciones salió el 6 de noviembre de 1752 un decreto de la Sagrada Congregación de Ritos. En otro orden de cosas, el proceso en la curia de Manila se abrió en 1921-1922. Fue Pío XI quien, de su puño y letra, firmó la formación de la comisión encargada de introducir la causa el 14 de marzo de 1928. El decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, según las normas entonces vigentes, promulgó el decreto del proceso apostólico el 1 de febrero de 1933. La causa avanzó mucho a partir de 1970. Por fin el 4 de octubre de 1988, en la congregación de cardenales y obispos tenida en el palacio apostólico del Vaticano, ejerciendo de ponente el cardenal Luis Ciappi, se dio luz verde para que Juan Pablo II pudiese ordenar el correspondiente decreto *super martyrio.*

Juan Pablo II los beatificó el 23 de abril de 1989, V domingo de Pascua, junto a María Margarita Caiani, María Catalina de San Agustín y María de Jesús Buen Pastor. Su beatificación es un estímulo a vivir el carisma de la consagración religiosa hasta las últimas consecuencias del martirio. Martín y Melchor vivieron en toda su profundidad el espíritu de la Recolección traducido en total desprendimiento de sí, en la oración asidua y compartida, en la contemplación gozosa de las maravillas del amor a Dios. Para una sociedad hedonista como la nuestra, incapaz de grandes ideales, el ejemplo de nuestros beatos, que aprenden en la contemplación a despreciar las cosas de este mundo, e impulsados por un gran espíritu, acometen la aventura de marchar a tierras lejanas y hostiles para dar allí su vida en aras del amor de Dios y de los hermanos, no pueden sino suscitar profunda admiración y ansias de santidad.

«Frutos maduros del espíritu misionero y evangelizador que ha caracterizado a la Iglesia en España —dijo Juan Pablo II en la homilía de beatificación—, estos dos mártires, gloria de la Iglesia y de

la Familia Agustiniana, han de ser exigencia y estímulo para despertar en las familias españolas aquella vitalidad cristiana que hizo posible llevar el mensaje de salvación hasta los más apartados confines del mundo. ¡Que no se pierdan tantos valores! ¡Que no caigan en el olvido tantos testimonio de fe que honran y engrandecen la historia española! Que esta solemne ceremonia [...] sea ocasión propicia para reavivar el dinamismo de una fe operante que sea transmisora de las virtudes genuinas en el seno de las familias y que suscite las vocaciones al apostolado y a la evangelización que tan fecunda hicieron la historia de las gentes de España».

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BONILLA, V., «Martín de San Nicolás y compañeros», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los santos,* II (Madrid 2000) 1657-1658.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *«Decretum* Beatificationis seu declarationis martyrii Servorum Dei Martini a S. Nicolao et Melchioris a S. Augustino, Sacerdotum Ordinis Augustinianorum Recollectorum, in odium fidei interfectorum († 1632). *Super dubio* [28.11.1988: A. CARD. FELICI, *Praefectus*]»: *AAS* 81 (1989) 571-575.

JUAN PABLO II, «Homilia. In foro Sancti Petri habita ob decretos Servis Dei Martino a Sancto Nicolao, Melchiori a Sancto Augustino, Mariae Margaritae Caiani, Mariae Catharinae a Sancto Augustino Beatorum caelitum honores (23-IV-1989)»: *AAS* 81 (1989) 1095-1100.

Martyrologium romanum, o.c., 631, n.9; 735. 738.

ROMUALDO, R., OAR (ed.), *Fuentes sobre los misioneros agustinos recoletos martirizados en el Japón,* Edición, introducciones y notas de Romualdo Rodrigo, O. A. R. (Roma 1985).

— *Mártires en el Japón. Martín de S. Nicolás y Melchor de S. Agustín.* Agustinos Recoletos (Madrid 1988).

— *Vida y martirio de Martín de San Nicolás y Melchor de San Agustín, agustinos recoletos martirizados en Japón. Estudio presentado a la Congregación para les Causas de los Santos para obtener la beatificación* (Roma 1987).

SANTA MARÍA DE LAS MARAVILLAS DE JESÚS

Religiosa († 1974)

La que será conocida como la madre Maravillas, Santa Maravillas, tenía como nombre de pila el de María de las Maravillas Pidal y Chico de Guzmán, nació en Madrid el 4 de noviembre de 1891. Sus padres don Luis y doña Cristina, marqueses de Pidal, «pertenecían a la aristocracia española y, a su condición social elevada, unían crecidas posibilidades económicas». Cuando nació Maravillas, su padre era embajador de España ante la San-

ta Sede. Bautizada en la parroquia de San Sebastián de Madrid el 12 de noviembre, además del nombre de María de las Maravillas, se le impusieron los de Carolina, Cristina, Luisa, Ildefonsa, Patricia, Josefa.

La abuela materna Patricia Muñoz llevaba especialmente el cuidado y la educación de la niña. Confirmada en 1896, hizo la primera comunión en 1902. Maravillas no frecuentó ningún colegio público, recibiendo lecciones en su propia casa de maestras contratadas. Tuvo además dos institutrices, francesa una, inglesa, otra. Maravillas llegó a dominar el francés y a defenderse bastante bien en inglés. Tuvo un profesor particular de música, llegando a tocar el piano con soltura.

Leía muchísimo y llegó a tener una cultura general muy amplia.

A raíz de su primera comunión ya comenzó a tener un director espiritual en la persona del padre Francisco López, jesuita, que la aconsejará hasta entrar en el Carmelo y más tarde la ayudará con sus consejos en momentos puntuales. Maravillas comenzó muy pronto a ocuparse de los pobres y menesterosos en uno de los barrios más necesitados de Madrid: el barrio de Las Injurias. Impactada por lo que allí veía, no volvió a usar el coche familiar, y se entregó en cuerpo y alma al servicio de aquellas gentes. En el mismo barrio ejerció de catequista, repartiendo así «pan y doctrina» a quienes necesitaban ambas cosas. Habiendo manifestado a su padre espiritual su deseo de hacerse monja, éste le dijo que se lo comunicase a su padre. Así lo hizo, pero don Luis le dio una respuesta negativa y desalentadora para ella. Tendría que esperar. En 1913 enfermó gravemente su padre y Maravillas le asistió como hija y enfermera solícita, muriendo en sus brazos el 19 de diciembre de 1913. En enero del año siguiente murió también su abuela materna. Fallecido su padre, Maravillas, a sus 22 años, manifestó una vez más al P. López su deseo de irse al convento, al Carmelo. El P. López no se lo autorizó, diciéndole que entonces la señora marquesa estaba más necesitada que nunca de su compañía. La madre se oponía también a la marcha de la hija, hasta que un día paseando por el Retiro madrileño con ella, le preguntó: «Mavi, ¿sigues pensando en ser religiosa?» Maravillas contesta afirmativamente, y doña Cristina: «Pues tienes mi permiso. Y hazlo pronto, porque no

cuentes que otro día tenga el valor suficiente, como hoy, para darte mi autorización». Era el 1 de diciembre de 1918. El monasterio de carmelitas descalzas escogido era el de El Escorial. En el tiempo previo a su entrada, por indicación de las monjas que la iban a recibir, aprendió a tejer, contentísima de emplearse en un oficio practicado por San Juan de la Cruz. Entró en el convento el 12 de octubre de 1919. Tomó el hábito en 1920 e hizo su primera profesión en 1921.

De buena gana se habría cambiado el nombre pero la priora la disuadió y de aquí en adelante se llamará *Maravillas de Jesús.* Terminado el noviciado, emitió la profesión simple o temporal por tres años el 7 de mayo de 1921. Dos años después, movida por el Corazón de Jesús, manifiesta que habría que fundar un Carmelo en el Cerro de los Ángeles (Getafe, Madrid). Aprobada la idea por el obispo de Madrid-Alcalá, don Leopoldo Eijo y Garay, y obtenido el permiso de la Santa Sede, Maravillas sale de El Escorial el 19 de mayo de 1924 con otras tres monjas, para llevar a cabo la fundación. La profesión solemne o definitiva le tocaba hacerla en mayo de 1924, pero el obispo la autorizó para que prorrogase la profesión simple hasta que se encontrase en la nueva fundación del Cerro de los Ángeles. Según lo acordado, hace la profesión solemne en la casita que ocupan en Getafe. El 12 de abril de 1925 se pone la primera piedra del Carmelo del Cerro. El obispo don Leopoldo, en octubre de 1925 la nombra maestra de novicias cuando no lleva ni año y medio de profesa solemne. Aún más: la priora María Josefa renuncia a su cargo; el obispo se lo acepta y nombra priora y maestra de novicias a la madre Maravillas. Ésta se resiste a aceptar el oficio, y don Leopoldo, sin más, le impone «precepto de obediencia». Desde ese «25 de junio de 1926, hasta su muerte, el 11 de diciembre de 1974, nunca dejó ya de ser priora». Quienes anduvieron cerca de ella: monjas, obispos, confesores, directores espirituales sabían que «nunca quiso ser priora, ni se consideró capacitada para ello. Aceptó siempre porque ésa era la voluntad de Dios». Así se dilucida el caso en la *positio.*

El 31 de octubre de 1926, ya concluidas las obras, se trasladan las once monjas, residentes en Getafe, al convento del Cerro de los Ángeles.

Aquí le sorprende la proclamación de la Segunda República el 14 de abril de 1931. Ante la quema de conventos del 11 de mayo en Madrid, entre ellos el de los carmelitas descalzos de la Plaza de España, el obispo aconseja a las monjas del Cerro que salgan del convento. La madre Maravillas se queda allí mismo en la casa de los capellanes con otras tres hermanas. Al día siguiente ya están todas en el convento. Comienza la M. Maravillas a preocuparse por el monumento al Sagrado Corazón elevado en el Cerro de los Ángeles —el 30 de mayo de 1919— y pide permiso, al nuncio y al P. general de la orden para, en caso de ser profanado, poder salir la comunidad a defenderlo. La respuesta del P. general en octubre de 1931 es afirmativa. En enero de 1932 muere en Madrid su madre, la marquesa doña Cristina Chico de Guzmán

El 15 de septiembre de 1932 se presenta en el convento del Cerro, monseñor Buenaventura Arana, carmelita descalzo, obispo de la diócesis de Vijayapuram (Kerala), en la India. Viene a pedir a la Madre monjas para hacer una fundación de carmelitas descalzas en su diócesis, aconsejado también y animado por Pío XI, al que le ha hablado en su reciente entrevista con el Papa. En el curso de la conversación una de las hermanas bien conocida por su gran amor a las misiones se ofrece para ir allá y lo mismo hacen otras hermanas. La madre Maravillas, que observa siempre atentamente la obra de Dios en las almas, deja pasar un tiempo y al ver que todas persisten en su decisión misionera, escribe al monseñor diciéndole:

> «Estas sus hijas del Cerro de los Ángeles se le ofrecen de todo corazón para ir en cuanto V.E.I. lo desee, a comenzar nuestra hermosa vida de observancia en aquella su amada diócesis de la India, orando y sacrificándose por aquellas almas y ayudando así, a pesar de su indignidad, a la labor de sus amados padres».

De vuelta a la India, el obispo consulta la cosa con sus consejeros, y todos, entusiasmados, están de acuerdo. El «sí» definitivo del monseñor llega al Cerro en febrero de 1933. La madre escoge ocho de sus monjas y siente no poder ser una de ellas. Así se lo escribe al obispo:

> «Yo me tengo que contentar con ofrecer al Señor mis pobres deseos de ir por esa misión. Me dice Nuestro Padre que "no" y en esto comprendo que no merezco esta gracia tan grande».

Todo dispuesto, después de haber recibido unas clases de inglés y de otros preparativos, salieron para la India el 11 de septiembre de 1933. El 14 de octubre ya iniciaban la vida carmelitana en una casita alquilada. En junio de 1934 ya se trasladaron al nuevo convento. La madre Maravillas, sin moverse de su convento del Cerro, fue considerada siempre como fundadora de este Carmelo en la India. En 1936 el convento del Cerro compraba el antiguo desierto o casa eremítica de Las Batuecas, en la provincia de Salamanca. Fue una compra providencial.

Estalla la guerra civil el 18 de julio de 1936; el 22 de ese mismo mes las mandan salir de su convento del Cerro. Al abrirse las puertas del convento, aparecen las monjas con las capas al brazo y los velos sobre el rostro, la madre ordena que levanten los velos del rostro. Una de ellas dejó escrito:

> «Los milicianos se quedaron sobrecogidos porque éramos todas muy jóvenes. La mayor era la Sierva de Dios, que tenía unos cuarenta años».

La madre Maravillas con gran presencia de ánimo se dirige al jefe de los guardias y le pide que les permita despedirse del monumento al Sagrado Corazón; accede el cabecilla, la madre entona el *Te Deum* que van cantando al dirigirse al monumento. Terminada la despedida arrancan: un camión lleno de guardias armados; detrás el de las monjas con milicianos y guardias con sus fusiles; detrás otro camión como el primero. Al llegar al cruce de la carretera general, se atraviesa un camión lleno de milicianos que vienen de Madrid y detienen la comitiva. Comienzan a discutir acaloradamente entre ellos. Los milicianos de Madrid quieren ya dar «el paseo», es decir, fusilar a las detenidas. Los de Getafe quieren impedirlo; al fin se imponen los de Getafe y sigue la marcha hasta el colegio de las ursulinas de Getafe, cuyo recinto, por tratarse de religiosas extranjeras, gozaba de inmunidad. Desde un desván de su escondite la madre miraba con unos prismáticos hacia el monumento al Sagrado Corazón. Y podía darse cuenta de la obra de destrucción que se andaba preparando. Finalmente, en la noche del 7 de agosto de 1936 los dinamiteros volaron el monumento. La imagen del Sagrado Corazón cayó entre horribles blasfemias. El 8 de agosto decidieron dejar Getafe e irse a Madrid. La madre mandó que se vistieran

todas de seglares. Fueron llevadas en un camión a la Dirección General de Seguridad; y después de algunas peripecias las dejan que se marchen. Pero ¿adónde van a ir? Entonces la hermana Pilar de la Santísima Trinidad, con una nueva intervención de la providencia que las ha ido socorriendo, recuerda a la Madre que una hermana suya le había hecho saber que su piso de Claudio Coello, 33, estaba a su disposición, por si les hacía falta para algo. Así el 14 de agosto la madre con su comunidad encuentran refugio en aquel piso. El piso era muy pequeñito, por eso la madre repartió a sus monjas; unas cuantas se quedaron allí y otras fueron con doña Hortensia Vadillo, madre de la última postulante, al número 22 de la misma calle. Pero poco después todas tuvieron que volver a Claudio Coello, 33. Su odisea y la de toda la comunidad es impresionante y se puede leer en *Diario durante nuestra estancia en la España roja,* escrito por una de las monjas. Al refugio de Claudio Coello llega, en noviembre de 1936, providencialmente, el P. Florencio del Niño Jesús, carmelita descalzo, que ha salido dc la cárcel, que hará de capellán de la comunidad y de director espiritual de la madre y que las acompañará en sus desplazamientos sucesivos. El 13 de septiembre de 1937 salen de Madrid con el capellán, en unos camiones de carabineros. El viaje era muy lento, durando cerca de once horas para recorrer los 300 kilómetros de distancia entre Madrid y Valencia. Llegaron a la capital del Turia a las 7 de la tarde. Ya en la estación del tren no encontraban sitio en los vagones.

> «De repente —dice la cronista— la Sierva de Dios nos señaló un vagón que providencialmente estaba libre y que iba a Barcelona. Y así, a pesar de la cantidad de gente que había, pudimos encontrar asiento todas juntas, pasando solas toda la noche sin que nadie nos molestara».

Por la tarde salen para Francia y el día 16 de septiembre se detienen en Lourdes para dar gracias a la Virgen, partiendo después hacia Salamanca. El 27, ya en la capital charra, vuelven a "tomar" el hábito y el 28 se establecen en el antiguo desierto de Las Batuecas.

Desde Batuecas realizó la madre un viaje de inspección, acompañada de otras dos hermanas, hasta el Cerro, para ver so-

bre el terreno en qué estado se hallaba el convento. Vistas las ruinas y tanta destrucción, se volvieron a Batuecas. Allí pasa cosa de un año feliz en aquella soledad, haciendo los ejercicios espirituales del 14 al 23 de septiembre de 1938, sola, en una de las ermitas del desierto. El 27 de febrero de 1939 recibe carta del obispo de Madrid que le dice que vuelva al Cerro. El 4 de marzo parte para Madrid, dejando en Batuecas la nueva comunidad erigida el día uno de ese mismo mes. El 4 de abril se instalan las monjas (la mitad ha quedado en Batuecas en aquella fundación) otra vez en el convento del Cerro de los Ángeles, que ha comenzado a reconstruirse.

Ya hace años pude escribir lo que ahora me gusta repetir: «La madre Maravillas ha llamado la atención muy particularmente por su actividad de fundadora de conventos. No hay duda que tenía ese carisma».

Ya hemos hablado de la fundación del Cerro de los Ángeles (1924); Kottayam, India (1933); Las Batuecas (1939). «La madre Maravillas seguía atisbando los signos de los tiempos [...] y de los espacios que llamaríamos "carmelitanos". Pensó en recuperar para la Orden, como había hecho con el desierto de Las Batuecas, Duruelo, cuna del Carmen descalzo, entre los frailes. Los propietarios le pidieron una enormidad y hubo de dejarlo a un lado. Entre tanto fundó en abril de 1944 otro monasterio en Mancera de Abajo (Salamanca)». A los cuatro años pudo, finalmente, fundar también en Duruelo, que se inauguró el 20 de julio de 1947. Recuperados estos dos lugares más emblemáticos: Mancera y Duruelo, seguirá otra cascada de fundaciones: Cabrera (Salamanca, 1951); habiéndose trasladado a esta casa la comunidad de Las Batuecas, dejando el desierto a los padres carmelitas descalzos, que allí siguen viviendo la vida eremítica. Arenas de San Pedro (Ávila, 1954); San Calixto (Córdoba, 1956); Aravaca (Madrid, 1958); La Aldehuela (Madrid, 1961); Montemar-Torremolinos (Málaga, 1964).

Aparte estas fundaciones de monjas, «en 1960 entregaba la madre Maravillas a los carmelitas descalzos el convento e iglesia en Talavera de la Reina (Toledo). El convento de El Escorial, donde la madre entró, y donde hizo su primera profesión atravesaba una fuerte crisis y en lo material estaba medio arruinado.

Obedeciendo al obispo de Madrid fue allá la madre (en 1964) y emprendió la doble reconstrucción del monasterio, destinando a él buen número de monjas. Algo parecido le pasó con La Encarnación de Ávila, necesitado de personal y muy deteriorado en lo material. No pudo negarse a los ruegos insistentes del obispo de Ávila, don Santos Moro Briz, llevó un buen grupo de monjas a la comunidad y reconstruyó el convento: 1966.

Esta serie de fundaciones y cuasi-fundaciones o restauraciones, es un testimonio impresionante de ese tipo de carisma con que el Señor la dotó. Cada fundación era irrepetible, cada una tuvo sus dificultades y peripecias; la confianza en el Señor las iba solucionando, sin desdeñar ni mucho menos los medios humanos, bien administrados, como ya hizo su madre Santa Teresa. Además de las fundaciones realizadas le llegaron propuestas de otras en España y en el extranjero, que no pudieron ser atendidas. Quiero añadir lo que escribí en 1998:

> «La madre Maravillas vive muy pobremente, aunque tiene al alcance de la mano verdaderas fortunas y con ellas ha ido haciendo sus fundaciones, ayudada también por grandes bienhechores. Además de la fundación de todos estos conventos da origen a otras obras de tipo social, cual es la escuelita fundada por ella en la zona suburbial del Ventorro (Madrid) en 1967, la entrega de 16 viviendas prefabricadas a otras tantas familias del Ventorro. En 1971 hace la fundación benéfica "Monte Carmelo" a favor de las monjas de clausura. Sigue incansable, a pesar de los muchos achaques, y contribuye a la construcción de una barriada de 200 viviendas para familias necesitadas. En febrero de 1974 regala un terreno al Instituto "Claune" para edificar una clínica para monjas de clausura enfermas y necesitadas de asistencia médica».

Pío XII promulgaba el 21 de noviembre de 1950 la constitución apostólica *Sponsa Christi* para la promoción de los Institutos de monjas. La constitución venía acompañada de la instrucción *Inter praeclara* para la aplicación práctica de la constitución. Después de titubeos, recelos, dificultades y malentendidos múltiples, la madre Maravillas terminó obteniendo de Roma la aprobación definitiva de los Estatutos (14 de diciembre de 1972) de la Asociación de Santa Teresa para los monasterios unidos. La Asociación quedó erigida el 12 de marzo de 1973, y en ese mismo día fue elegida presidenta de la misma la madre Maravillas por 110 votos de 112 votantes.

No hay que extrañarse que la madre Maravillas sea una santa discutida; esto mismo ha sucedido con otros santos y santas. La fama de santidad la acompañaba ya en vida por todas partes y su nombre era glorioso. Además del legado de su vida ejemplar, de la fundación de conventos y de otras obras de carácter social, ha dejado Maravillas un buen legado escrito: «6.908 cartas, y varios miles de billetes, que hacen un total de 12.983 folios, recogidos en 34 gruesos volúmenes»; todo este material puede ser considerado como una auténtica biografía que abarca su entera vida religiosa desde 1919 hasta 1974. Alma contemplativa, cuya experiencia mística ha sido ya estudiada, y con una acción fundadora pocas veces vista, de una vida interior profunda, muy probada por largas y densas noches oscuras, muere a los 83 años. En la *positio* se precisa: «11 de diciembre de 1974, miércoles: a las 4,20 de la tarde rodeada de la comunidad, muere en olor de santidad en el Carmelo de La Aldehuela».

Su causa de beatificación y canonización y el proceso cognicional tuvo lugar entre los años 1981-1983. Seguidos todos los trámites canónicos, el 17 de diciembre de 1996 Juan Pablo II declaró solemnemente:

> «Que consta de las virtudes teologales: fe, esperanza, y caridad, tanto con relación a Dios como con relación al prójimo, así como de las cardinales: prudencia, justicia, templanza y fortaleza y de las anejas a ellas, en grado heroico, de la Sierva de Dios María de las Maravillas de Jesús (en el siglo Maravillas Pidal y Chico de Guzmán), monja profesa de la Orden de Carmelitas Descalzas, en el caso y en cuanto al efecto de que se trata».

La beatificación tuvo lugar en la Plaza de San Pedro el 10 de mayo de 1998. En la homilía de la beatificación el Papa hizo un buen perfil espiritual de la nueva beata: ejemplo luminoso de santidad, buscó a Dios durante toda su vida y se consagró enteramente a él en la vida recoleta del Carmelo. Recordó también sus numerosas fundaciones; vivió animada por una fe heroica, plasmada en la respuesta a una vocación austera, poniendo a Dios como centro de su existencia. Tras haber sufrido no pocas pruebas, murió repitiendo: «¡Qué felicidad morir carmelita!». Al día siguiente, en el discurso a los peregrinos que asistieron a las beatificaciones de los doce siervos de Dios, refiriéndose a la madre Maravillas, volvió a insistir en que Dios había sido para

ella el centro de su vida por encima de cualquier otra preocupación, y añadió:

> «Su vida es modelo de consagración religiosa y ejemplo a seguir por todos los cristianos, llamados a reconocer la primacía de Dios, en el que todas las cosas encuentran su verdadero fundamento y significado. Frente a la tentación de una vida fácil y superficial, la madre Maravillas supo mostrar el profundo atractivo de lo esencial, dando testimonio, una vez más, de que la vida contemplativa, permaneciendo fiel al propio carisma, "tiene también una extraordinaria eficacia apostólica y misionera" *(Vita consecrata,* n.59)»

La devoción del pueblo de Dios hacia la nueva beata se aumentó a raíz de la beatificación y la canonización llegó en 2003. Fue canonizada junto con Pedro Poveda Castroverde, José María Rubio y Peralta, Genoveva Torres Morales y Ángela de la Cruz en Madrid en la Plaza de Colón el 4 de mayo. El papa Juan Pablo II en la homilía fue presentando a los cinco santos como verdaderos discípulos del Señor y testigos de su Resurrección. Hablando después de Santa Maravillas de Jesús volvió a repetir lo ya dicho en la beatificación acerca de cómo ella vivió animada por una fe heroica, «poniendo a Dios como centro de su existencia»; se refirió asimismo a las nuevas fundaciones de conventos que realizó, para terminar:

> «Su vida contemplativa y la clausura del monasterio no le impidieron atender a las necesidades de las personas que trataba y a promover obras sociales y caritativas a su alrededor».

Sus restos mortales descansan en el convento-iglesia de las Carmelitas Descalzas de La Aldehuela, donde murió.

JOSÉ VICENTE RODÍGUEZ, OCD

Bibliografía

CARMELITAS DESCALZAS DE LA ALDEHUELA, *Así pensaba y vivía... la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1975).
— *Madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1975).
CARMELITAS DESCALZAS DEL CERRO Y DE LA ALDEHUELA, Si *tú le dejas... Vida de la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (Madrid 1976)
DOLORES DE JESÚS, OCD, *La madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (La Aldehuela 1975). Es la llamada «Carta de edificación» que se envía a los conventos de la orden tras la muerte de una religiosa
GONZÁLEZ CHAVES, A. J., *Madre Maravillas de Jesús. Destellos de su vida* (Madrid 2002).
JIMÉMEZ DUQUE, B., «Madre Maravillas»: *Manresa* 47 (1975) 99-120.
— *Madre Maravillas: alma y misión* (Madrid 1977).

— *Vida de la madre Maravillas* (Madrid 1998).
— *Vida mística de la madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza. Su alma* (Madrid 2002).
MACCA, V. G., «Pidal y Chico de Guzmán», *Bibliotheca sanctorum. Prima appendice* (Roma 1987) cols.1046-1048.
MARAVILLAS DE JESÚS, *Era así* (1.041 pensamientos) (La Aldehuela 1993).
— *Pensamientos* (La Aldehuela 1994).
— *Ráfagas de luz y amor* (Pensamientos) (Roma 1981).
Las páginas más bellas de madre Maravillas de Jesús (Burgos 2003).
Positio super virtutibus, 3 vols. (Roma 1993).
RODRÍGUEZ, J. V., *Dos estrellas en el firmamento carmelitano María Sagrario, Maravillas de Jesús* (Arenzano 1998): de la M. Maravillas, p.15-28.
RUANO DE LA IGLESIA, L., *En tu amor florecidas. La alegría de ser monja hoy: madre Maravillas de Jesús, carmelita descalza* (1891-1974) (La Aldehuela 1998).
SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen descalzo en España, Portugal y América,* t.XIII (Burgos 1946) 851-856; t.XV (Burgos 1952) 22-233, 781-787, 791-792, 797-801, 806-809.
SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, «Bibliografía general sobre Santa Maravillas de Jesús»: *Monte Carmelo* 111 (2003) 719-810. En este mismo número de la revista se publican otros 13 artículos muy buenos de varios autores sobre madre Maravillas, su vida, santidad, acción, etc.
VALENTÍN DE SAN JOSÉ, «Madre Maravillas de Jesús, OCD»: *La Vida sobrenatural* (1976) septiembre-octubre, 372-381.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DANIEL ESTILITA
Presbítero († 493)

Es el más famoso y mejor conocido de los estilitas después de San Simeón. Había nacido en 409 en Maratha, Siria, y había sido dedicado por sus padres a Dios. A los 12 años logra entrar en un monasterio y acompañó a su hegúmeno en un viaje por Siria donde visitó a San Simeón que lo bendijo. Al morir su hegúmeno, quisieron ponerlo en lugar del difunto pero él rehusó y se fue de nuevo a visitar a San Simeón, permaneciendo catorce días en el monasterio vecino. Hubiera querido ir a Tierra Santa pero la guerra se lo impidió y entonces se fue a Constantinopla, donde se construyó una ermita y pasó en ella nueve años bajo el patrocinio del patriarca San Anatolio. Muerto San Simeón en 459, Daniel resolvió seguir sus huellas. El emperador León I le pidió rezase por que su esposa le diese descendencia y así lo hizo Daniel, naciéndole un hijo al emperador. Entonces éste construyó para Daniel una doble columna a la que el santo se trasladó. Posteriormente se lograría que aceptase también la

construcción de un refugio en las columnas para protegerse del temporal. Una sola vez bajó de la columna: para reprochar al usurpador Basilisco haber apoyado a los monofisitas. Cuando Zenón abatió a Basilisco, de las primeras cosas que hizo fue visitar a Daniel. Daniel perseveró treinta y tres años en su abnegado género de vida, dedicado por completo a la oración y la exhortación al pueblo fiel. El patriarca Genadio lo ordenó sacerdote. Ejerció una gran actividad religiosa y política. Murió el 11 de diciembre de 493.

BEATO DAVID DE HIMMERODE

Monje († 1179)

Nace en Florencia hacia el 1100. Su familia lo envía a París para seguir allí los estudios, y estando allí oye hablar de San Bernardo y su movimiento de reforma monástica y luego escucha al propio santo en sus prédicas a los estudiantes y se decidió a acudir a Claraval y pedir el santo hábito. En 1134 San Bernardo lo envía con un grupo de monjes para la fundación de un monasterio cisterciense en Himmerode. Aquí se acredita por su virtud y pronto adquiere fama de taumaturgo. Se le atribuyó el «milagro» de que cuando todos los monjes cistercienses fueron expulsados de Alemania por Federico Barbarroja por reconocer como papa a Alejandro III, ya que el emperador favorecía al antipapa Victor IV, la abadía de Himmerode, por la que tanto rogaba David, fue respetada. Murió el 11 de diciembre de 1179.

BEATO FRANCO LIPPI

Religioso († 1291)

Franco Lippi nace el año 1211 en Grotti, junto a Siena, y su juventud en nada indicaba al futuro santo, pues era violento, indisciplinado y lleno de defectos, no mejorando sino empeorando con la muerte de su padre. Había sido enviado a estudiar a Siena pero él se dedicó a la vida militar y se entregó a todo tipo de desenfrenos como miembro de una soldadesca que sólo cobraba por fechorías y rapiñas. Y llega a apostar en el juego sus

ojos porque ya otra cosa no tenía. Permite Dios que quede ciego y entonces cae en la cuenta de su mala vida y graves pecados. Hace confesión general y como penitencia va en peregrinación a Santiago de Compostela, donde Dios le devuelve la vista, y de allí fue en peregrinación a Roma y a otros santuarios y luego regresa a Siena, viviendo como ermitaño con mucha austeridad y penitencia. Estaba rezando en una iglesia carmelitana cuando creyó tener una visión de la Virgen María que le exhortaba a entrar en la Orden carmelitana. Pidió a los frailes carmelitas lo admitiesen como hermano. Su edad avanzada y su mala reputación anterior hicieron a los religiosos dudar mucho de admitirlo y le dijeron que si perseveraba en su austero género de vida lo admitirían. Él perseveró en la penitencia y fue finalmente admitido como hermano en la Orden del Carmelo y en ella edificó a los religiosos y al pueblo por su humildad, penitencia y espíritu de oración. Murió santamente en el convento de Siena el 11 de diciembre de 1291. En 1670 el papa Clemente X accedió a que la Orden celebrara su memoria litúrgica.

BEATO HUGOLINO MEGALOTTI

Ermitaño († 1373)

Nace en Camerino a comienzos del siglo XIV. En su juventud queda huérfano y entonces se decide por una vida piadosa, austera y penitente y para ello ingresa en la Orden Tercera de San Francisco. Vende todos sus bienes, distribuye el producto íntegro entre los pobres y se retira a un lugar solitario para hacer vida eremítica. Pasa muchos años en soledad, dedicado por completo a la contemplación de las cosas divinas, hasta que la gente va descubriendo en el humilde solitario un modelo válido de vida cristiana y empieza a acudir a él para pedirle oraciones y consejos. Llevado de la caridad acogía a todos, aconsejaba a todos el bien y la virtud, sin que por el trato de los que acudían a él perdiera su vida interior y su altísima oración. Lleno de méritos murió el 11 de diciembre de 1373. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia parroquial de Fiegni, donde comenzó su culto y floreció la fama de milagros. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 4 de diciembre de 1855.

BEATO ARTURO BELL
Presbítero y mártir († 1643)

Nace en Temple Broughton en el Worcestershire el 13 de enero de 1590 en el seno de una familia católica. Tenía 24 años cuando se decidió a ir al colegio de St. Omer y al año siguiente pasó al de Valladolid y allí se ordenó de sacerdote el 14 de abril de 1618. Pero sentía la vocación religiosa y al mes siguiente de ordenarse sacerdote ingresó en la Orden franciscana, en la Provincia Española de la Inmaculada Concepción, tomando el hábito en el convento del Abrojo el 9 de agosto del mismo año. Restablecida la provincia inglesa de su Orden, fue nombrado definidor de la misma y guardián del convento de San Buenaventura de Douai.

En 1632, y como resultado de un esfuerzo por restablecer la provincia franciscana escocesa, el P. Bell fue nombrado ministro provincial de Escocia. Este nombramiento le obligó a hacer un largo viaje. En 1634 fue por fin a la misión inglesa. En 1637 era guardián titular de Londres y en 1640 fue elegido nuevamente definidor. Pero el 6 de noviembre de ese año fue arrestado por las tropas del Parlamento en Stevenage, en el Hertfordshire, bajo sospecha de ser sacerdote y fue enviado medio desnudo y sobre un caballo a Londres a la cárcel de Newgate. Aquí le llegaron las letras de su nombramiento como guardián de Douai y como sucesor del P. Heath. Durante su prisión vinieron a verlo muchas personas y se hicieron muchos esfuerzos para suspender su juicio, pero sin resultado. En el proceso tres apóstatas testimoniaron contra él y él hizo una brillante defensa de su ministerio. La sentencia la recibió el 8 de diciembre y fue la muerte por ser sacerdote católico.

Llevado a la plaza de Tyburn el 11 de diciembre de 1643 manifestó gran constancia y ánimo. Se dirigió a los presentes y dijo: «Yo estoy aquí para morir, y os declaro a todos que la causa por la cual llego hasta aquí no es que se haya probado algo contra mí sino solamente por ser un sacerdote de la Iglesia católica. Si yo hubiera sido un sacerdote pagano o un sacerdote judío, no debería maravillarme tanto de ser condenado a muerte en un país cristiano, pero que un sacerdote católico sea condenado a muerte por aquellos que pretenden ser cristianos y de

seguir a Cristo y su evangelio esto es para que se maraville toda persona sensible y juiciosa. Pero los que están ciegos de mente y no ven nada, estos sí pueden proceder de este modo como ahora proceden conmigo. Ellos pretenden atenerse a la ley, pero estas leyes, como estuvo mal promulgarlas, ahora está mal que se observen. Y ahora yo confieso delante de vosotros y lo atestiguo con mi vida y con mi sangre, ante Dios y ante su Hijo Jesucristo, que yo muero por ser un miembro verdadero y fiel de la Iglesia católica [...] Está bien. Yo perdono de corazón a todos los que han concurrido a mi muerte y pido ser perdonado. Porque yo muero con gusto en la fe católica». Fue ahorcado, destripado y descuartizado.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATA MARÍA DEL PILAR VILLALONGA VILLALBA

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 22 de enero de 1891. Se educa en el colegio de Jesús-María. Pierde muy pronto a su padre y ella, como mayor de ocho hermanos, se ofrece de corazón a su madre para ayudarle en la educación y cuidado de sus hermanos. Llegada a la juventud milita en la Acción Católica y en otras asociaciones parroquiales, haciendo un intenso apostolado, y asimismo en las «Conferencias de San Vicente de Paúl» para el servicio de los más pobres. Austera, piadosa, esforzada, daba un óptimo ejemplo de espíritu cristiano en su entorno. Llegada la revolución de 1936 ella se vio a sí misma como posible víctima y se ofreció al Señor para ser la primera. Detenida y llevada a la cárcel, ayudó moralmente a los detenidos y fue, para todos, vehículo de ánimo y consuelo. Se dio cuenta de que aquella noche iban a matarla y no pudo reprimir las lágrimas, pero dijo: «Será un momento y luego el cielo». Fue fusilada en las tapias del Patronato Álvarez, de Burjasot, en la madrugada del 11 de diciembre de 1936.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

12 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Nuestra Señora de Gudalupe, de México **.
2. En Alejandría, santos Epímaco y Alejandro († 250), mártires *, y con ellos las santas Ammonarion, virgen, Mercuria, Dionisia y otra, igualmente martirizadas.
3. En la isla de Chipre, San Espiridón († 348), obispo.
4. En Clonard (Irlanda), San Finiano († 549), abad *.
5. En Cornouaille, Quimper (Bretaña Menor), San Corentino († 490), primer obispo de esta sede.
6. En Dorat, Limoges (Aquitania), San Israel († 1014), presbítero y canónigo regular.
7. En Neumünster, Holstein (Alemania), San Vicelino († 1154), obispo de Oldenburgo *.
8. En Celloli (Toscana), Beato Bartolo Buonpedoni († 1310), presbítero, terciario franciscano **.
9. En Bastia, junto a Asís (Umbría), Beato Conrado de Offida († 1306), presbítero, de la Orden de Menores *.
10. En Nápoles (Campania), Beato Santiago Capocci († 1308), obispo sucesivamente de Benevento y Nápoles, religioso agustino **.
11. En Hué (Anam), San Simón Phan Dac Hoa († 1840), mártir *.
12. En el campo de concentración de Auschwitz (Polonia), Beato Pío Bartosik († 1941), presbítero, de la Orden de Menores Conventuales, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE, DE MÉXICO

En diciembre de 1531, diez años después de tomada la ciudad de México por Cortés, caminando el indito Juan Diego por el rumbo del Tepeyac —colina que queda al norte de la metrópoli—, oyó que le llamaban dulcemente. Era una hermosísima Señora, que le habló con palabras de excepcional ternura v delicadeza; que le dijo: «Yo soy la siempre virgen Santa María Madre del verdadero Dios, por quien se vive», y le pidió que fuera al obispo (Zumárraga) para contarle cómo ella deseaba que allí se le alzara un templo. El obispo, con muy católica prudencia, le respondió que pidiera a la Señora alguna prueba de su mensaje.

Obtúvola Juan Diego: unas rosas y otras flores que en pleno invierno y en la cumbre estéril cortó él por mandato de la Señora y recogió en su tilma o ayate —suerte de capa de tela burda que, atada al cuello, usaban los indios más humildes—; y, al extender ante el obispo Zumárraga la tilma, cayeron las flores y apareció en ella pintada la imagen de la Virgen.

Ese mismo ayate es el que se venera en nuestra basílica de Guadalupe. Sus dos piezas están unidas verticalmente al centro por una tosca costura: lo menos adecuado y elegible humanamente para pintar una efigie de tan benigna y encantadora suavidad, que por cierto mal puede apreciarse en las múltiples copias que corren por el mundo. Lo mejor es, modernamente, la directa fotografía a colores. Técnicos en ésta y otras novísimas especialidades afines han estudiado con asombro, en nuestros días, la pintura original, como antaño la estudiaron el célebre pintor Miguel Cabrera o el cauteloso investigador Bartolache.

Un contemporáneo de las apariciones, don Antonio Valeriano, indio de noble ascendencia y de relevante categoría intelectual y moral, alumno fundador del colegio franciscano de Tlalateloco hacia 1533, narra el milagro según lo conocemos. Su relato, en lengua náhuatl, desígnase —como las encíclicas— por las palabras con que empieza: *Nican Mopohua.* El maruscrito autógrafo perteneció a don Fernando de Alba Ixtlixóchitl, pasó luego a poder del sabio Sigüenza y Góngora —quien da memorable testimonio jurado de su autenticidad— y fue reproducido en letra de molde por Lasso de la Vega en 1649, incorporándolo en el volumen náhuatl que conocemos por sus primeras palabras: *Huei Tlamahuizolitica.* Este volumen fue traducido en su integridad al castellano, en 1926, por don Primo Feliciano Velázquez y publicado a doble página —fotocopia de la edición azteca y versión española— por la Academia Mexicana de Santa María de Guadalupe. Hay nueva edición, de 1953, bajo el título de mi estudio Un radical problema guadalupano, donde se escudriña con rigor la autenticidad del *Nican Mopohua,* el más antiguo relato escrito de la «antigua, constante y universal» tradición mexicana.

Ésta, lejos de obscurecerse o arrumbarse al paso del tiempo, se ha robustecido con los modernos y exigentes estudios críti-

cos, que, sobre todo a partir del cuarto centenario (1931), han desvanecido objeciones y confirmado la historicidad de lo que el pueblo mejicano viene proclamando, desde los orígenes hasta hoy, con un plebiscito impresionante.

Porque el caso de nuestra Virgen de Guadalupe es singular. En otros países católicos hay diversas advocaciones de gran devoción —digamos las Vírgenes del Pilar, o de Covadonga, o de Montserrat en España—, pero que tienen mayor o menor ímpetu y arraigo según las zonas geográficas o las inclinaciones personales; mas ninguna de ellas concentra la totalidad de la nación en unidad indivisible, y ninguna de ellas —como tampoco la de Lourdes, en Francia, por ejemplo— viene a ser el símbolo indiscutido de la patria. Y en México así es. A tal punto que hasta un liberal tan notorio como don Ignacio Manuel Altamirano llegó a estampar:

> «El día en que no se adore a la Virgen del Tepeyac en esta tierra, es seguro que habrá desaparecido no sólo la nacionalidad mejicana, sino hasta el recuerdo de los moradores de la Méjico actual».

Por otra parte, la Iglesia, siempre tan prudente y parsimoniosa en estas cuestiones, así como ha corregido o eliminado ciertas lecciones inspiradas en vetustos relatos píos, pero inseguros, ha obrado al contrario tratándose del caso del Tepeyac; y así, al aproximarse la esplendorosa coronación de nuestra Virgen en 1895, y habiéndose recibido y considerado en Roma los estudios y gestiones del grupito que a la sazón ponía en tela de juicio la historicidad del milagro, fue el sapientísimo León XIII quien concedió para nuestra fiesta del 12 de diciembre nuevo oficio litúrgico, en que se narra el prodigio «tal como nárralo la antigua y constante tradición» *(uti antiqua et constanti traditione mandatur);* y el 12 de octubre de 1945, al celebrarse el cincuentenario de dicha coronación, fue el docto y santo Pío XII quien, hablando por radio, en lengua española, desde el Vaticano para México, afirmó rotundamente el milagro: «en la tilma del pobrecito Juan Diego, pinceles que no eran de acá abajo dejaban pintada una imagen dulcísima», y llamó a nuestra patrona no sólo «Reina de México», sino, con anchura continental sin restricción, «Emperatriz de América»: de toda América.

Y ahora cabe dilucidar un problema sugeridor: el de la identidad del nombre de la Virgen de Guadalupe de México y de la Virgen de Guadalupe de Extremadura.

A cuenta de ello, y por manera sumamente explicable y natural, muchos españoles y aun escritores distinguidísimos han sufrido larga confusión, entendiendo que se trata, si no de la misma cosa, al menos de una especie de prolongación o trasplante a América de la Virgen extremeña. Y, al encontrar la proliferación del nombre de Guadalupe en documentos, lugares y templos del Nuevo Mundo, han supuesto que todo toma su origen en la advocación peninsular, cuando en la enorme mayoría de los casos lo toma en la devoción mexicana

Y huelga decir que el esclarecer y precisar una distinción de orden rigurosamente histórico no implica, por el más remoto y furtivo de los asomos, la tontería pueblerina y anticatólica de poner como en pugna o emulación dos advocaciones de la mismísima Señora del cielo. Se trata sólo de que los hechos se conozcan y difundan como son.

Por lo demás, y acá de tejas abajo, tan gloriosa puede sentirse la *Madre* española como la *Hija* mexicana de aquel portento del Tepeyac, que nos dejó la única imagen en el orbe no pintada por humano pincel. Lo cual arrancó al pontífice Benedicto XIV aquella memorable aplicación de la palabra de la Escritura: *Non fecit taliter omni nationi.*

Expongamos sintéticamente el fruto de una dilatada reflexión.

De venerable antigüedad, la imagen extremeña, escondida para salvarla cuando la invasión sarracena, fue encontrada a fines del siglo XIII por el pastor Gil Cordero. Ello dio origen a la fundación de la iglesia y más tarde del estupendo monasterio de Guadalupe. Una intensa devoción halló centro en aquella casa espléndida donde el arte, la ciencia y la caridad resplandecieron. Allá en vísperas de su aventura oceánica, fue Cristóbal Colón, y por la Virgen extremeña puso nombre a la isla de Guadalupe, en las Antillas. Hernán Cortés, cuando volvió a España (antes de 1531), llevó como exvoto al monasterio un alacrán de oro, y como el propio don Hernando y otros conquistadores traían en el alma y en la costumbre aquella devoción, lógico y fácil era

que la hubiesen trasplantado a nuestras tierras de América. Y de hecho la trasplantaron.

Explícase así sobradamente que, desde lejos y sin particularísimo estudio del caso del Tepeyac, se haya formado y difundido en España la impresión de que la Virgen de Guadalupe mexicana es la misma Virgen de Guadalupe extremeña, o siquiera su proyección más o menos modificada. Pero no es así.

En México todos sabemos cómo en 1531 la Virgen se mostró varias veces al indito Juan Diego, cómo le hizo cortar unas rosas por seña de su embajada al obispo y cómo al extender el indio su tilma ante Zumárraga, apareció misteriosamente impresa en ella la Señora del Tepeyac.

Esas apariciones y esa tilma prodigiosamente pintada no tienen la más leve relación con la preexistente imagen de Extremadura. Trátase absolutamente de otra cosa. Es un hecho distinto y nuevo, como nuevo y distinto era el hecho del descubrimiento y mestizaje de América.

Así como por su origen y su historia, también por su imagen y su culto son perfecta y radicalmente distintas la Virgen de Extremadura y la Virgen del Tepeyac.

La extremeña es una escultura: lleva al Niño en el brazo izquierdo y representa la maternidad de María; la tepeyacense es una pintura: sin Niño, las manos juntas, representa la Inmaculada Concepción. No hay en las efigies ni la más remota semejanza.

Y, en cuanto al culto, el mexicano nació y se ha engrandecido durante cuatro siglos única y precisamente al pie de la tilma del milagro, sin la más tenue conexión con la imagen de Extremadura, cuya existencia misma es evidente que ignoran millones y millones de indígenas y otros compatriotas no ilustrados que vierten su dolor y su ternura ante la *Madre del Tepeyac.*

Pero ¿por qué entonces, si se trata de casos tan absolutamente apartados y autónomos, ambas imágenes se designan con el mismísimo nombre de Guadalupe?

Que se llame así la de Extremadura es natural: tomó el nombre del sitio en que fue encontrada y donde se le alzó templo: Guadalupe, vocablo arábico que —siempre la divergencia entre etimologistas— significa río de luz, o río de lobos, o río encendido.

Pero ¿por qué se llama de Guadalupe la Virgen mexicana? No se nombraba así, sino Tepeyac, el sitio donde ella apareció y donde se levantó su ermita primera. La Virgen no tomó el nombre del lugar; más tarde el lugar tomó el nombre de la Virgen.

Lo que parece insoluble y a muchos despista tiene, no obstante, un motivo muy claro y muy concreto: la Virgen misma, al mostrarse a Juan Bernardino, tío de Juan Diego le dijo: «Que bien la nombraría, así como bien había de nombrarse su bendita imagen, la siempre virgen Santa María de Guadalupe».

Así consta textualmente en el *Nican Mopohua* la más vetusta relación del milagro, escrita no en castellano ni por un español, sino en lengua azteca y por un indio ilustre, don Antonio Valeriano. El cual, en su texto náhuatl original, incorpora en castellano las palabras «Santa María de Guadalupe».

La Señora del Tepeyac quiso, pues, ser designada con el nombre de Guadalupe. ¿Por qué? Esto no lo sabemos. Pero, aunque no lo sabemos, creo que razonablemente podemos avanzar una plausible conjetura.

Podemos nosotros conjeturar que quiso la Señora darse un nombre que fuera familiar y atrayente para los españoles, sobre todo extremeños como Cortés, que consumaron la conquista, y que, al favorecer con predilección a Juan Diego, representante de los vencidos, quiso al propio tiempo atraer con dulzura a los vencedores, y a unos y a otros hermanarlos en la misma devoción. No vino ella a abrir abismos entre vencedores y vencidos: vino a cerrarlos. Y, al sublimar con un privilegio excepcional a los postergados, halló un medio suavísimo de que a los dominadores sonara a tradición la novedad y a cosa propia y familiar la extrañeza.

Y de hecho, como históricamente consta, se dio el caso extraordinario de que, desde los años primerísimos, conquistados y conquistadores fraternizaran a los pies de la Virgen del Tepeyac. Ella, que —contra lo comúnmente repetido— no muestra fisonomía ni color de india, sino de mestiza, anunció el beso de las razas que fundaría la nacionalidad que estaba amaneciendo. Y así como juntó plásticamente en el milagro al español Zumárraga y a Juan Diego el aborigen, y así como con rosas de Castilla se estampó para siempre en el ayate sublimado del indio, qui-

so en todo ser nuncio, ejemplo y símbolo de la fusión amorosa que forjaría a México. De la fusión amorosa que forjaría a toda Hispanoamérica y traería al mundo este coro magnífico de pueblos que hoy llamamos la Hispanidad.

Por eso, en expansión cargada de sentidos, ha rebasado las fronteras nuestra Virgen de Guadalupe.

Ella, en México, se identifica con la sustancia de la patria. Presidió el nacimiento de nuestra nacionalidad. Aceleró la propagación del Evangelio. Fue lábaro de nuestra independencia. Congrega en tumultuoso plebiscito a todas las almas y conquista el respeto o la ternura aun de los descreídos y renuentes. Ella ha amparado y reverdecido nuestra fe después de más de un siglo de ataques insidiosos o brutales. A ella van nuestras lágrimas, nuestras alegrías, nuestras esperanzas. Ella es emblema autóctono, negación de exotismos desintegradores, vínculo sumo de unidad nacional. En los cimientos del Tepeyac están los cimientos de la patria.

Pero la madre y patrona de México es también, por viva instancia de los países indoibéricos que el santo Pío X sancionó en 1910, madre y patrona de toda la América hispana. Pío XI, en 1935, incluye en el patronato a las Islas Filipinas, hondamente vinculadas con el mundo español. Y en 1945 Pío XII la proclama a boca llena Emperatriz de América. Y —sin contar repercusiones impensadas y sorprendentes en el corazón de los Estados Unidos, y de Francia, y de otros países ilustres— en 1950 la vieja madre de la estirpe, al coronar espléndidamente en Madrid a nuestra Virgen de Guadalupe, coronó espléndidamente el ciclo de esa expansión providencial. El sentido histórico del mensaje cobró así su plenitud.

Porque Juan Diego no era sólo Juan Diego, sino la desvalida encarnación de todas las razas aborígenes. Zumárraga no era sólo Zumárraga, sino la ardiente personificación de todos los evangelizadores hispanos. Y las rosas de Castilla exprimieron la policromía de sus jugos, símbolo de la savia toda de España, para embeberse en el ayate del indio, fundirse con él y estampar en sus fibras, transfiguradas y extasiadas para siempre, la imagen celeste de María. Y por eso el milagro de Santa María de Guadalupe maravillosamente simboliza, resume y señorea este

humano milagro de la Hispanidad. Y ambos portentos, lejos de encerrarse en un ámbito exclusivo, se dilatan por todos los horizontes y abren los brazos en un anhelo universal —católico— de amor.

ALFONSO JUNCO

Bibliografía

BRAVO UGARTE, J., SI, *Cuestiones históricas guadalupanas* (México 1946).
CUEVAS, M., SI, *Album histórico guadalupano del IV centenario* (México 1930).
GARCÍA GUTIÉRREZ, J., *Primer siglo guadalupano (1531-1648). Documentación indígena y española* (México 1931).
JUNCO, A., *El milagro de las rosas* (México 1945). Se estudian las impugnaciones, la historicidad de Juan Diego, un novísimo epistolario de Icazbalceta, etc.
— *Un radical problema guadalupano* (México 1932).
VELÁZQUEZ, P. F., *La aparición de Santa María de Guadalupe* (México 1931). Incluye una sólida refutación, punto por punto, a Icazbalceta.
• Actualización:
LUCAS ANAYA, J., *La milagrosa aparición de Nuestra Señora María de Guadalupe de México* (México 1995).
O'GORMAN, E., *Destierro de sombras. Luz en el origen de la imagen y culto de Nuestra Señora de Guadalupe del Tepeyac* (México 1986).
«Nuestra Señora de Guadalupe», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE, *Año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 199-211. Incluye el relato *Nican Mopohua,* 1545, de Antonio Valeriano.
VÁZQUEZ COVARRUBIAS, H. (coord.), *Álbum conmemorativo del 450 aniversario de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe* (México 1981).

BEATO BARTOLO BUONPEDONI

Presbítero († 1310)

Nació en San Geminiano, provincia de Siena (Italia), en un castillo feudal, el año 1228. Y murió en su mismo pueblo el 12 de diciembre de 1310. Vivió 82 años.

Su familia era ilustre. Eran los condes de Mucchio. El chico sentía afición religiosa y eso sentaba bien en su casa. Pero el día en que Bartolo, adolescente, le planteó a su padre sus deseos de hacer la carrera eclesiástica recibió un no rotundo. Y ya se sabe qué ocurre cuando los hijos tienen metida una idea entre ceja y ceja: que siguió insistiendo. A eso, el padre le siguió negando el permiso. Al fin y al cabo se estaba jugando un título de conde. Entonces el padre le amenazó con darle una paliza, hasta que por fin se la dio. Y entonces el hijo se marchó de casa. Se refu-

gió en la abadía benedictina de Pisa y allí le admitieron como ayudante de la enfermería.

Bartolo se portaba admirablemente con los monjes enfermos, de tal forma que el padre abad no tuvo inconveniente en ofrecerle que el chico entrara en la comunidad benedictina como un monje más.

A esta bella propuesta, Bartolo, después de darle muchas vueltas a su cabeza, decidió explicar que a él no le gustaba la vida contemplativa; que él quería hacer vida activa, el apostolado directo, la vida pastoral. Y el padre abad fue tan comprensivo con él que, ante esta decisión de Bartolo, optó por dejarle vivir en el convento de San Vito, donde estaba, y ayudarle a prepararse para el sacerdocio.

Tenía un director espiritual. Y éste le propuso que, en previsión de que no pudiera llevar a cabo los estudios eclesiásticos, se hiciera terciario franciscano con voto de castidad. Al fin y al cabo lo que Bartolo quería era dedicar su vida a Dios en medio del mundo. Y así lo hizo.

A esta Tercera Orden de San Francisco pertenecieron personajes ilustres, como San Luis IX rey de Francia, Santa Isabel de Hungría, San Fernando rey de Castilla, Giotto el pintor, y Dante el poeta.

Por su parte, Bartolo siguió estudiando en el monasterio; un día juzgaron los monjes que estaba preparado para ejercer con dignidad el sacerdocio. Ellos mismos hablaron al obispo de Volterra sobre el asunto y éste aceptó a Bartolo entre los miembros de su clero y le dio las órdenes sagradas el año 1258, cuando éste contaba 30 años de edad.

Le dieron un destino parroquial, las parroquias de Piccioli y Pichena. Allí trabajó de tal forma que todos los vecinos se hacían lenguas de las virtudes de Bartolo. Decían que era muy grande su amor a los pobres, que atendía a los enfermos como un santo, que vivía alegremente en santa pobreza y que era muy piadoso.

Mejores dotes para un sacerdote no se podían soñar. Se decía que por dar su comida, a veces se quedaba sin comer; y que su casa era un asilo seguro, una hospedería viva, para cuantos iban de paso y no tenían sitio donde meterse.

En estas circunstancias, se le juntó un joven llamado Vivaldo, natural de su pueblo, San Geminiano, y éste se puso a vivir con él. Era tan ejemplar la vida que llevaba Bartolo, que ejercía un atractivo especial para todos los jóvenes que deseaban hacer algo grande en su vida. Y Vivaldo fue el discípulo fiel, tan discípulo que quiso vivir con él bajo el mismo techo, en la misma casa. No se atrevió a emprender estudios eclesiásticos ni lo pretendió tampoco. Él quería ser terciario franciscano; vistió ese hábito y se convirtió en ayudante de Bartolo en las obras de caridad.

Y tan eficaz fue el trabajo de este ayudante, que subió a los altares antes que el maestro. El año 1906 fue confirmado su culto, cuatro años antes que Bartolo.

Todo iba bien en la vida de Bartolo. Sus obras de caridad eran comentadas de casa en casa. El obispo estaba encantado con la labor apostólica de este buen sacerdote. Sus feligreses lo querían de verdad. Y así vivió 28 años.

Pero el año 1286, cuando Bartolo tenía 58 años de edad, descubre que alguien le ha contagiado la lepra. Quizá alguno de los enfermos a los que él atendía, quizá alguno de los peregrinos que estaba hospedado en su casa. No se sabe cómo fue. Pero notó que estaba contagiado de lepra.

Bartolo enseguida se dio cuenta de la situación. Era evidente que no podía seguir ejerciendo la misma vida de antes porque su enfermedad iba a ser un motivo de fuerte repulsa para todos los vecinos. No había más remedio que pedir la dispensa para retirarse a algún lugar escondido. El obispo le concedió toda clase de renuncias; al fin y al cabo estaba enfermo. Y entonces se fue a vivir a su pueblo, San Geminiano.

A pocos kilómetros del casco de su pueblo, en Celiole, construyó una ermita y allí se puso a vivir en solitario durante 20 años. En completa soledad, no; porque su discípulo Vivaldo no quiso abandonarlo y se fue a vivir con él; sencillamente, no quería abandonarlo. Prefería morir junto a él que dejarlo tirado en la ladera de un monte.

Entonces, entre los dos, edificaron una habitación junto a la ermita. Y desde allí ejercía el papel de padre y amigo de todos los enfermos leprosos que había en la región. Y en esa ermi-

ta decía la misa todos los días, mientras la enfermedad se lo permitió.

Su vida de leproso fue un ejemplo de virtudes heroicas: una paciencia sin fin, una caridad sin límites. Dejaba edificados a todos los que se acercaban a él, alababa y bendecía a Dios continuamente. Se puede decir que la enfermedad le hizo subir en quilates la vida de santidad que ya estaba llevando a cabo. Le llamaban «el santo Job de Toscana».

Tenía dolores muy intensos, pero siempre daba sensación de paz interior; sabía disimular sus fuertes molestias aunque a veces se le escapaban gemidos de angustia. Y muchos feligreses que iban a visitarle decían no sentir el olor fétido que su cuerpo podrido despedía.

Cuando murió, el año 1310, a sus 82 años, el pueblo lo aclamó como santo por todas las latitudes. Fue sepultado en la iglesia de San Agustín de San Geminiano. Le veneraron como un santo. Y cosa extraña, tuvieron que pasar 600 años para que la Iglesia, por boca de Pío X, le beatificara oficialmente, el 27 de abril de 1910.

Teniendo en cuenta que Bartolo fue terciario franciscano, veamos unos datos de la historia que le tocó vivir.

En primer lugar, la geografía. San Geminiano está a unos 200 kilómetros de Asís. Por lo tanto, siendo joven le tocó escuchar muchas veces las narraciones que corrían de San Francisco. El año en que nació Bartolo, el papa Gregorio IX canonizaba a Francisco. Y éste hacía solamente dos años que había fallecido. Se puede decir que Bartolo es contemporáneo riguroso del nacimiento religioso creado por el santo de Asís.

Los pueblos donde vivió Bartolo se encuentran debajo de Florencia, en una extensión de 30 kilómetros cuadrados encima de Siena. Todavía están todos ellos en el mapa de la preciosa península italiana.

Todos sabemos que, a la muerte de Francisco, se abrió una dura contienda entre los observantes rigurosos de las reglas franciscanas y aquellos que necesitaban una adaptación de éstas a las necesidades y trabajos que se iban creando en las comunidades. Así, salieron los espirituales y los conventuales. Todo este movimiento lo vivió Bartolo con toda su crudeza.

Por ejemplo, le tocó vivir durante el gobierno general de San Buenaventura (1257-1274), aquel santo y sabio que supo poner paz donde no había forma de entenderse.

En cuanto a los Papas, veamos qué fila de ellos pudieron contemplar los ojos de Bartolo.

— Gregorio IX (1227-1241) que canonizó a Francisco y puso las bases de la Universidad de París.

— Celestino IV (1241). Murió a los 17 días de haber subido al pontificado.

— Inocencio IV (1243-1254). Antiguo profesor de Derecho Canónico en Bolonia, había escrito estas tajantes palabras: «Los papas han recibido la monarquía real al mismo tiempo que la monarquía pontifical, el Imperio terrestre como el Imperio celestial». Y con esta norma vivió su Pontificado con más preocupación temporal que evangélica.

— Alejandro IV (1254-1261). En 1260 nombró «Doctor universal» a San Alberto Magno.

— Urbano IV (1261-1264). Hijo de un zapatero de Troyes, en Francia. Su consejero fue Santo Tomás de Aquino.

— Clemente IV (1265-1268). A las pocas semanas de su nombramiento, nacía Dante Alighieri.

— Gregorio X (1271-1276). Fue un gran Papa, justo y bueno, apoyado por maravillosos consejeros como San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino. En 1274 convocó el Concilio de Lyón (XIV ecuménico) para realizar la unión con la Iglesia oriental. Camino del concilio, durante el viaje, fallecía Santo Tomás. Y pocos días antes de terminar este concilio, moría San Buenaventura. El concilio terminaba cantando el *Te Deum*. Después de un discurso del Papa, todos cantaron el credo repitiendo tres veces el *filioque*. Pero el clero griego se mantuvo en sus posiciones y de esta forma se perdió para siempre la soñada unión.

— Inocencio V (1276). Tenía fama de sabio y doctor y fue el primer papa de la orden dominicana.

— Adriano V (1276). Su pontificado duró cinco semanas.

— Juan XXI (1276-1277). Quiso poner en práctica las conclusiones del Concilio de Lyón, pero no consiguió nada.

— Nicolás III (1277-1280). Por pensar tan sólo en los intereses de su propia familia, Dante lo arrojó al infierno.

— Martín IV (1281-1285). El 31 de marzo de 1282, los sicilianos se alzaron contra los fanceses, amigos del Papa, y mataron a casi todos sus opresores en las llamadas «vísperas sicilianas». El Papa, asustado, vivía en Orvieto y falleció en Perusa.

— Honorio IV (1285-1287). Para facilitar la conversión de cismáticos y árabes, creó las cátedras de árabe y otros idiomas orientales en la Universidad de París.

— Nicolás IV (1288-1292). Es el primer Papa perteneciente a la Orden franciscana. El 13 de mayo de 1291 cayó la ciudad de San Juan de Acre.

— Celestino V (1294). Monje franciscano perteneciente a los espirituales. El día 12 de diciembre abandonó su traje pontificio, se sentó en el suelo y dijo que quería volver al desierto de donde le habían traído para coronarlo papa.

— Bonifacio VIII (1294-1303). El año 1300 organizó el primer jubileo de la Iglesia. Tuvo grandes enfrentamientos con Felipe el Hermoso, rey de Francia; comenzaba así el «cautiverio de Babilonia». Durante 60 años, el papado fue un instrumento en manos del poder temporal.

— Benedicto XI (1303-1304). Dominico. Logró reconciliar a Francia con la Santa Sede.

— Clemente V (1305-1314). Se traslada a Aviñón en la primavera de 1309. Aviñón pertenecía a la Santa Sede y no a Francia, pero, por su posición, se encontraba siempre bajo el control francés. Esta situación se solucionó setenta años más tarde, gracias a las súplicas de Santa Catalina de Siena.

Todas estas experiencias las vivió Bartolo (1228-1310) con toda crudeza. Vivir en su tiempo era sentir estos sufrimientos en la propia carne.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al XX* (Madrid 2000) 230-231.

http://www.franciscanos.net

BEATO SANTIAGO CAPOCCI
Obispo († 1308)

Descendiente, al parecer, de la noble familia Capocci, el Beato Santiago es más comúnmente conocido entre los agustinos como Santiago de Viterbo por haber nacido en esta ciudad italiana en torno al año 1255. Abrazada bien pronto la vida religiosa —su ingreso en los ermitaños de San Agustín data de 1272—, vistió el hábito en el convento viterbés de la Santísima Trinidad, Provincia Romana de dicha Orden. Antes de 1275 se le envía a París para cursar la teología en el Estudio que allí tienen sus hermanos de hábito, lo que le permite frecuentar las lecciones de Egidio Romano, quien siempre lo tuvo en gran consideración. De regreso a su patria en 1281-82, desempeña primero el cargo de definidor de la Provincia Romana en 1283, visitador en 1284 y nuevamente definidor en 1285, probablemente ejerciendo también, mientras tanto, funciones de lector en conventos de la misma Provincia.

En 1286, si es que no aún en 1285, volvió a París para continuar los estudios teológicos consiguiendo en 1288 el bachillerato y, una vez coronado el prescrito aprendizaje, en la Pascua de 1293 el doctorado, ya que en ese tiempo tenía lugar entonces la colación de grados. Por designación de Egidio Romano, electo prior general de la Orden, fue nombrado ese mismo año maestro regente del Estudio parisino, cargo que desempeñó hasta 1299, en que le llega el nombramiento de definidor provincial de la Provincia Romana para el capítulo general a celebrar al año siguiente en Italia. De nuevo, pues, en su país transalpino con ocasión del capítulo general de la Orden reunido en Nápoles el mes de mayo de 1300, enseñó durante dos años en el célebre Estudio de dicha ciudad, ocupación que hubo de suspender al llegarle el nombramiento para arzobispo de la sede napolitana. El Beato Santiago, en realidad, fue promovido por el papa Bonifacio VIII en el mismo año 1302, primero a la sede arzobispal de Benevento (3 de septiembre) y después (12 de diciembre) a la de Nápoles, donde, ejerciendo como pastor de veras celoso, supo granjearse la estima y el afecto del rey Carlos II de Anjou y de su hijo Roberto, duque de Calabria, quien le ayudó en la construcción de la nueva catedral.

Es de sobra sabido, incluso entre los medianamente avezados a la historia de la Iglesia, que el Concilio Lateranense IV prohibió en 1215 las fundaciones de cualquier Orden nueva, y que el Concilio de Lyón suprimió en 1274 todas las Órdenes fundadas después de la prohibición lateranense. Y bien, resulta que carmelitas y agustinos existían antes del 1215, pero no se organizaron como Órdenes modernas sino más tarde: ello quiere decir, en consecuencia, que venían consideradas como nuevas y acaso ilegales. Indudablemente los enemigos de los mendicantes consideraban inevitable la supresión de una y otra, pero haciendo cuentas, ay, sin el cardenal protector de los agustinos, quienes, en el año 1300 tenían 22 casas en Inglaterra y cinco en Irlanda, con unos 500 religiosos. Vocaciones agustinianas, pues, entre los ingleses no escaseaban. Pero lo que en nuestros días pudiera estimarse crecimiento excepcional, según los estándares del siglo XIII no era tanto. El hecho es que limitaciones peculiares impidieron entre carmelitas y agustinos un crecimiento más veloz hasta el siglo XIV.

El cardenal Ricardo se había hecho viejo y deforme por la artritis, pero en esta hora de peligro salió de su retiro en Molaria y empezó a ejercer toda su enorme influencia para salvar a sus amados agustinos. Saba Malaspina no tuvo dudas de que estaba él solo entre la Orden y las fuerzas que trabajaban por suprimirla. Con reluctancia Gregorio X accedió a los deseos de su eminencia Ricardo y éste alcanzó su triunfo más resonante cuando se le reconoció que ambas Órdenes existían antes del decreto conciliar del 1215, lo cual, de suyo, hubiera garantizado su continuidad. Pero Gregorio X quería tener mano libre para arreglar los problemas creados con la exención de los hermanos del control episcopal. Así que permitió la continuidad de los agustinos y de los carmelitas «hasta que no venga decretado de otro modo». La espada de Damocles, sin embargo, no desapareció: el peligro de repentina supresión era muy real y para nada útil a una expansión sana y vigorosa. En algunas partes de Europa corrió incluso la voz de que hubieran sido oficialmente suprimidas, elemento suficiente para que los funcionarios negasen la asistencia requerida y la gente las acostumbradas limosnas.

Afortunadamente la situación cambió con los sucesores de Gregorio X. Martín IV y, especialmente, el primer papa francis-

cano, Nicolás IV (1288-1292), se demostraron amigos de los agustinos. El cardenal Ricardo había muerto en 1276 y aún no tenía sucesor, nombramiento que fue uno de los primeros actos de Nicolás IV en 1288. Protegió a la Orden allí donde ésta venía atacada, particularmente en Alemania y en París, y eligió como su penitenciario al Beato Agustín Novello. Mas el favor papal a los agustinos se reveló pronto buena inversión, ya que, cuando la amarga disputa de Bonifacio VIII con la Corona de Francia, sus más leales y prestigiosos sostenedores fueron los agustinos. Egidio Romano hasta puso en peligro su alta posición parisina, publicando un tratado después de otro en defensa del Papa.

Y el Beato Santiago Capocci, más tarde arzobispo de Nápoles, Agustín Triunfo y muchos otros agustinos se revelaron aguerridos y firmes por la causa papal. No maraville, pues, que Bonifacio VIII se batiese enérgicamente por salvar a su Orden. El 5 de mayo de 1298, día que pudiera verse como el segundo cumpleaños de la misma, dicho pontífice modificó el amenazador decreto precedentemente que la permitía continuar «hasta que no hubieren sido tomadas otras decisiones» por este otro: «queremos que la Orden continúe como fue plenamente aprobado», sólida base de aprobación pontificia sobre la que la Orden continuó hasta hoy.

Las actas y datos que certifican el quehacer pastoral napolitano de nuestro Beato arrojan una extraordinaria actividad en sermones, escritos, limosnas y donaciones para la construcción de templos, amén de un constante y cuidadoso interés por los más pobres y necesitados. Nos consta en concreto, por ejemplo, la súplica del prelado para que a un homicida le fuera conmutada la pena capital a la que había sido condenado. Mediante su testimonio consiguió de igual modo que fuese reconocida la validez testamentaria del noble varón Bartolomé Vulcani, en cuyos funerales Santiago de Viterbo tuvo luego la oración al pueblo sobre aquellas palabras de Job: «Elegit suspendium anima mea, et mortem ossa mea» (Job 7,15).

Pero los predichos testimonios abundan sobre todo en los servicios del arzobispo napolitano al Papa. Detallan concretamente acerca del nombramiento pontificio a favor de su perso-

na para practicar las diligencias como primer inquisidor en el proceso de canonización del Papa San Pedro Celestino. El 13 de mayo de 1306, efectivamente, comenzó a tomar cartas en el asunto de la causa de canonización del santo pontífice Celestino V. Se lo había encargado expresamente Clemente V, y sabemos que puso el máximo empeño en sacar adelante dicha encomienda, pues acudió incluso personalmente a recoger testimonios en aquellos lugares donde el ermitaño Pedro de Morrone había llevado su vida penitente. El Beato Santiago Capocci, o de Viterbo, prosiguió en este comprometido y laudable oficio hasta su muerte en olor de santidad, ocurrida en Nápoles a finales de 1307, al menos a partir del 6 de septiembre, o primeros, quizá febrero, del 1308.

San Pío X confirmó de modo oficial y con toda la fuerza de su autoridad apostólica el culto público del Beato Santiago el 14 de junio de 1911. Considerado uno de los mayores teólogos escolásticos, por la agudeza de su ingenio mereció el título honorífico de *Doctor speculativus.* También fue conocido como *Doctor inventivus* y, asimismo, como *Doctor gratiosus.* La única obra de Santiago de Viterbo publicada íntegramente es el *De regimine christiano,* compuesta en 1303 con ocasión de la lucha entre Bonifacio VIII y Felipe el Hermoso, escrito que los expertos no dudan en considerar como el primer tratado sistemático sobre la Iglesia.

Joven de no común ingenio, tuvo como condiscípulo al celebérrimo Egidio Colonna y otros ilustres agustinos, que celebraron su fama para perpetua memoria en la posteridad. Tanto sobresalió en las disciplinas teológicas que terminaron por centrar la Profesión insigne de su vida en el Ateneo de París y acabaron por merecerle el citado título de *Doctor especulativo.* En 1302, a instancias de Carlos II rey de las dos Sicilias, fue condecorado por Bonifacio VIII con la Mitra sucesivamente de Benevento y de Nápoles. Gracias a su estrecha amistad con Carlos II, obtuvo muchos beneficios para su Iglesia y su grey. Supo granjearse, pues, las simpatías de los poderosos de este mundo para subvenir a las necesidades de los pobres y menesterosos, así como al culto y valimiento de la Iglesia.

Las referencias sobre su predicación arrojan no menos de 220 sermones y homilías. La mayor parte entienden ilustrar las

Epístolas y los Evangelios, y no pocas de ellas fueron dirigidas a comunidades religiosas, a canónigos, a neosacerdotes, con motivo de la consagración de iglesias también o en funerales. La verdad es que sus obras no suministran apenas datos referentes a la cronología de su vida, aunque sí resultan útiles para mejor conocer su personalidad por dentro, su índole íntima y la pureza interior de su persona. En la exposición y desarrollo de sus sentencias y de su doctrina teológica se mostró siempre lleno de mansedumbre, incluso cuando había de exponer la doctrina frente a oponentes o adversarios de la talla de un Santo Tomás de Aquino, por ejemplo, o de Egidio Romano y otros de extraordinaria altura y condición.

Pero lo supo hacer siempre con ánimo entregado al laudable progreso de la teología, nunca para herir al adversario, a quien trataba con respeto y consideración. Los sermones y demás escritos de Teología práctica reflejan meridianamente al hombre volcado de lleno en las cosas de Dios y de las almas, y en dicho sentido fueron alabados por los primeros historiadores que de sus obras y prudencia en el gobierno de las almas hicieron mención o glosaron incluso argumentos suyos. Más aún, por muchos siglos, le fue rendido culto eclesiástico, y todavía conservamos de él imágenes pintadas poco años después de su muerte, en las que aparece nimbado de las insignes bienaventuranzas. Cabalmente dicho culto secular, dicha veneración ancestral y común estima, tanto en la Orden agustiniana, como en las diócesis viterbiense, beneventana y napolitana, es cuanto se dignó confirmar con su autoridad apostólica, según arriba indico, el papa San Pío X el día 14 de junio del año 1911.

Un claro ejemplo el de nuestro Beato Santiago Capocci, o de Viterbo, de incansable actividad intelectual y pastoral, imbricadas una y otra en recíproca hermandad y solícito comedimiento. Vida la suya, por eso, todo un espejo para teólogos y pastores, entregada al servicio de la fe, lo mismo en el estudio de París y luego en el de Nápoles que, más tarde como pastor, en las diócesis beneventina y napolitana. También él, como su padre y maestro Agustín de Hipona, un día predicando acerca del comienzo de una vida santa, merecedora de la vida eterna, pudo explicar desde la cátedra a sus alumnos o predicar des-

de el púlpito a sus fieles napolitanos que debemos a Dios el ser lo que somos, pues, incluso a quienes tienen poca fe, «la fe —como recordó el hiponense un día— los hizo presentes a la palabra de Dios, pero es menester regar, nutrir y robustecer esa fe que ha comenzado a germinar» *(Sermón,* 43,6,8). A la postre, admirable magisterio el suyo acerca del consorcio entre fe y cultura.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Acta sanctorum. Maggio, t.IV p.619.

ADEO, P., *Sur un affresco rappresentante il B. Giacomo agostiniano Arciv. di Napoli ed altri dipinti murali scoperti nel refettorio del Convento agostiniano della Santissima Trinità in Viterbo* (Viterbo 1910) 3, 11.

ARQUILLIÈRE, H.-X., «Jacques de Viterbo», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1924) cols.305-309.

EMERY, R, «The second Council of Lyons and the mendicant Orders»: *Catholic Historical Review* 39 (1953) 257-271.

ESTEBAN, E., «De b. Jacobo Viterbiensi adnotaciones historicae»: *Analecta Augustiniana* 4 (1912) 396-407; 14 (1932) 369-373.

«Giacomo da Viterbo, beato», en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma ²1988) cols.425-427.

GUTIÉRREZ, D., OSA., *De b. Iacobi Viterbiensis, OESA, vita, operibus et doctrina theologica,* (Roma 1939).

— «De B. Jacobi Viterbiensis, OESA, vita, operibus et doctrina»: *Analecta Augustiniana* 16 (1937-1938).

LANTERI, *Illustriores Viri Augustinienses qui sanctitate et doctrina fluoruerunt,* I (Tolentino 1858) 124-126.

Martyrologium romanum, o.c., 633, n.9; 706.

RE, N. DEL, «Bto. Santiago de Viterbo († 1307/1308)», en F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 63-64.

TUNIZ, D., «Giacomo da V.», en *Il grande libro dei santi,* 2 (Cinisello Balsamo 1998) 810-811.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS EPÍMACO Y ALEJANDRO

Mártires († 250)

Consta su martirio por la carta del obispo San Dionisio de Alejandría al obispo Fabio de Constantinopla. Epímaco y Alejandro eran dos cristianos de Alejandría. Llegada la persecución

de Decio, fueron acusados de cristianismo y arrestados. Debieron estar en la cárcel mucho tiempo y de ella fueron sacados para ser atormentados a fin de conseguir su apostasía. Peines de hierro y azotes laceraron sus carnes, sin que se vinieran abajo por los mil sufrimientos —la frase es de San Dionisio— que hubieron de padecer. Por último se les mató metiéndolos en cal viva. El *Martirologio de Baronio* situó su martirio el día 12 de diciembre, siguiendo en esto el *Martirologio de Adón,* pero la fecha no tiene soporte histórico. El *Martirologio de Floro* pone el martirio el 20 de febrero, y en Oriente se les venera el 6 de julio.

SAN FINIANO
Abad († 549)

Finiano o Vinnaius o Finnio moccu Telduib nace en Myshall, condado de Carlow, hacia el año 470. Educado por el obispo de Tim, San Fortchern, pasó a comienzos del siglo VI a Gales, donde vivió 30 años aprendiendo y practicando la vida monástica y en contacto con el monasticismo de San David, San Cadoc y San Gildas, adquiriendo una magnífica cultura bíblica y religiosa. Vuelto a Irlanda hacia el 530, con doce discípulos, comenzó la fundación de monasterios e iglesias empezando por Rossacurra, Drumfea y Kilmaglush y continuando por otras varias fundaciones. Pero la principal de ellas fue el monasterio de Clonard del que él fue abad y donde llegó a tener una comunidad de trescientos monjes, llegando a ser este monasterio un centro de estudios bíblicos y clásicos no superado en su época y que ilustró a todo el país. Según la tradición un ángel lo llevó a Clíain Eráid y por su aviso situó allí su monasterio. De ese monasterio salieron santos gloriosos, como San Columba, fundador de Iona, San Ciaran, fundador de Clonmacnoise, San Comgall, fundador de Bangor, etc. Se le atribuye el *Poenitentiale Vinniani,* interesantísimo ejemplar de su género. Se dice que murió en la gran epidemia de 549 atendiendo a los apestados y habiéndose contagiado él mismo. Había sobresalido por su piedad, su penitencia extrema y su don de milagros. Su tránsito tuvo lugar el 12 de diciembre.

SAN VICELINO

Obispo († 1154)

Vicelino nace en la corte de Hameln hacia 1090 en el seno de una familia rica pero no aristócratica. Perdió pronto a sus padres, no eran brillantes sus estudios primarios, y perdió la herencia paterna. Pensó entonces en estudiar seriamente para poder ser profesor y consiguió finalmente serlo en la escuela de Panderborn y luego en la de la catedral de Bremen. En Laón recibió la influencia de San Norberto y se decidió por una vida ascética y piadosa y se decidió por el sacerdocio. No aceptando una canonjía en Bremen, se unió a San Norberto quien lo ordenó sacerdote, aunque Vicelino no profesó en la Orden Premonstratense (1126). Él se sentía llamado a la evangelización de los vendos y decidió dedicar a ello su vida. Pero los vendos no estaban por el evangelio, toda vez que era la religión de los alemanes a los que tenían evidente odio y antipatía. Vicelino, por ello, trabajó con los fieles alemanes en la parroquia de Wippendorf al tiempo que alemanes y holandeses colonizaban la región de los vendos. Se construyó el castillo real, la iglesia y el convento de Segeberg pero todo fue destruido en la insurrección de los vendos, excepto Neumüsnter.

Vicelino fue consagrado obispo de Oldenburgo el 11 de octubre de 1149 y surgió el problema de la investidura que sobre su obispado pretendía el conde Enrique el León, a la que por fin se avino Vicelino, pero ello le conquistó la enemistad del arzobispo de Bremen. Vicelino sólo pudo fundar nueve parroquias y no pudo continuar la conversión de los vendos en torno a Oldenburgo. Le dio una hemiplejia el año 1152 y murió dos años más tarde el 12 de diciembre de 1154. Fue enterrado en la iglesia de Neumünster, de la que era fundador y preboste, y en la que había una comunidad de canónigos regulares de San Agustín, de la que él formaba parte.

BEATO CONRADO DE OFFIDA

Presbítero († 1306)

Era natural de Offida, en la diócesis de Ascoli Piceno, donde nace el año 1241. A los 14 años opta por la vida religiosa en la Orden franciscana y desea ser hermano lego porque quiere ocupar el último lugar y vivir en la mayor humildad. Logra muchos años vivir en tal estado, creciendo por día en la perfección cristiana y en la mayor humildad, hasta que el futuro papa Nicolás IV y general de la Orden, fray Jerónimo de Ascoli, lo envía al convento de Alvernia y allí se acredita tanto por su santidad que los superiores deciden que se ordene sacerdote. Obedece y desde entonces se dedica a la predicación con gran fruto espiritual y estaba predicando una misión en Bastia de Asís cuando enfermó gravemente y falleció el 12 de diciembre de 1306. Había sostenido la interpretación espiritual y eremítica de la Regla, pero abierto siempre a la comunión con los hermanos y a la más sincera obediencia. Pío VII confirmó su culto el 21 de abril de 1817.

SAN SIMÓN PHAN DAC HOA

Mártir († 1840)

Este mártir vietnamita nace en Mai-Vinh hacia 1790 en el seno de una familia pagana pero, al quedar huérfano, es acogido por una familia cristiana y se bautiza con 12 años. Fue un cristiano fervoroso. Estudió medicina, ejerció con gran celo su profesión, se casó y tuvo doce hijos, y como gozaba de muy buena fama social fue nombrado alcalde de su pueblo. Tenía una gran caridad con los pobres. Él, velando por la seguridad de sus hijos, no albergaba sacerdotes en su casa pero en una ocasión iba a buscarle albergue a uno cuando fue sorprendido y arrestado. A todo trance y con toda clase de tormentos se le quiso obligar a apostatar pero fue en vano. Iban a verlo a la cárcel su mujer y sus hijos, y un sacerdote logró llevarle la sagrada comunión, pero él les pidió a todos que no se expusieran por él, y consiguió que no le visitasen. En la soledad se preparó al martirio y cuando el 12 de diciembre de 1840 lo llevaron a ejecutar,

ante la insistencia de que se salvara pisando el crucifijo, pidió que no le insistieran más, pues era para nada ya que no se apartaría nunca de la fe. Entonces fue decapitado.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATO PÍO BARTOSIK

Presbítero y mártir († 1941)

Luis Bartosik nació en Kokanin, junto a Kalisz, el 21 de agosto de 1909, en el seno de una humilde familia, pero gracias a los sacrificios de la familia y a la ayuda de algunos bienhechores pudo hacer sus estudios primarios en la vecina Kalisz. El año 1926 optó por la vida religiosa e ingresó en la Orden Franciscana Conventual, tomando el nombre de Pío al recibir el santo hábito. El 8 de septiembre de 1927 profesó los primeros votos e hizo los estudios en Lvov, donde emitió la profesión solemne el 22 de febrero de 1931. Terminó sus estudios en Cracovia y el 23 de junio de 1935 se ordenó de sacerdote. Destinado al convento de Krosno, en 1936 San Maximilano Kolbe lo pidió para el convento de Niepokalanów. San Maximilano lo nombró su sustituto y preveía que le sucedería como superior del convento, y le dio responsabilidades en la redacción de la publicación *El caballero de la Inmaculada;* y en la revista trimestral *Miles Inmaculatae.* Estallada la II Guerra Mundial, el 19 de septiembre de 1939 fue arrestado junto con San Maximilano pero a los tres meses fue liberado. Por segunda vez fue arrestado el 17 de febrero de 1941, igualmente con San Maximilano, y fue llevado a la cárcel de la calle Pawiak en Varsovia y de ahí, el 4 de abril, fue llevado al campo de concentración de Auschwitz. Exhausto por los trabajos forzados y enfermo a causa de los mismos murió en la noche del 12 al 13 de diciembre de 1941.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

13 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Siracusa, Santa Lucía († 304), virgen y mártir **.
2. En Puerto Romano, San Aristón († s. IV), mártir.
3. En la península de Solta (Cerdeña), San Antíoco († s. IV), mártir.
4. En Armenia, santos Eustracio, Auxencio, Eugenio, Mardario y Orestes († s. IV), mártir.
5. En Neustria, San Judoco († 669), presbítero y ermitaño *.
6. En Cambrai (Austrasia), San Autberto († 670), obispo.
7. En territorio de Estraburgo, Santa Otilia († 720), virgen, primera abadesa del monasterio de Hohenburg **.
8. En Nápoles (Campania), Beato Juan (Francisco) Marinoni († 1562), presbítero, religioso teatino *.
9. En el monasterio de la Visitación de Moulins, Francia, Santa Juana Francisca Frémyot de Chantal († 1641), cuya memoria se celebra el 12 de agosto.
10. En Firmo, del Piceno (Italia), Beato Antonio Grassi († 1671), presbítero, de la Congregación del Oratorio *.
11. En Tjen-Tiyou (Corea), santos Pedro Cho Hwa-so, Pedro Yi Myong-so, Bartolomé Chong Mun-ho, los tres padres de familia, Pedro Son Son-ji, padre de familia y catequista, José Pedro Han Chae-Kwon, catequista y Pedro Chong Won-ji († 1866), adolescente, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTA LUCÍA
Virgen y mártir († 304)

Lucía significa «la luminosa». Su fiesta cae oportunamente en los días más cortos del año. Y la vemos surgir con su lámpara encendida, dispuesta a recibir al Esposo. Porque estamos en Adviento, tiempo de expectación, cuando las tinieblas nos anuncian el gozo de una gran luz. Entonces Lucía, como un presagio, nos alumbra.

Quizá por eso los artistas la pintaron llevando en una bandeja sus propios ojos. Este hecho, que no tiene confirmación histórica, parece más bien una sugerencia de la luminosidad que emana de su propio nombre. Y por eso la invocan los invidentes, tanto si son materiales las tinieblas que rodean sus ojos

como si se trata de esa oscuridad en que las pasiones anegan el alma en la selva oscura sin salida. Dante colocó en *La Divina Comedia* a Lucía a la izquierda del Precursor, en uno de los puestos avanzados del paraíso.

El nombre de Santa Lucía figura en el canon de la misa junto al de Santa Águeda, otra virgen siciliana. Los mártires de esta isla gozaron en Roma de mucha popularidad, tal vez porque la colonia siciliana era tan influyente en la ciudad de las siete colinas, que llegó a dar, con San Agatón, un Papa siciliano a la Iglesia. Santa Lucía tuvo dedicados en la Urbe hasta una veintena de santuarios y es, con Inés, Cecilia y Águeda, una de las cuatro santas que gozan de oficio litúrgico propio.

Un oficio calcado en las actas apócrifas de su martirio, pero lleno de encanto y delicadeza. Es el destino de los santos populares, que la leyenda les envolvió con su ropaje postizo. Pero no seamos hipercríticos: bajo los retoques puede encontrarse una buena pintura. Aquí las actas han adornado dos o tres hechos incontrovertibles: la existencia de Santa Lucía, el lugar de su martirio y la antigüedad de su culto.

Sobre este último tenemos un documento auténtico precioso. El 22 de junio de 1894 se descubrió en la catacumba de San Giovanni, la más importante de Siracusa, cercana a la que conservó el cuerpo de Santa Lucía, una inscripción de fines del siglo IV que nos prueba que era celebrado ya el día de su martirio. Fue una cristiana la que compuso esta inscripción tan tierna: «Euskia, la irreprochable, vivió santa y pura alrededor de quince años: murió en la fiesta de mi Santa Lucía, la cual no puede ser alabada como merece».

Ahora podemos utilizar los datos de la leyenda a falta de documentación más segura. Según ésta, Santa Lucía nació en Siracusa, de padres ricos y nobles, que tenían la superior riqueza de la fe, y en ella educaron a su hija. No sabemos el nombre del padre, que debió de morir siendo ella niña. La madre se llamaba Eutiquia, y, demasiado deseosa del porvenir de su hija, la prometió en matrimonio a un joven pagano.

No podían agradar a nuestra santa tales nupcias, pero a la imposición exterior apenas podía oponer más que una firme y silenciosa fidelidad a sus convicciones íntimas y a la gracia que le había impulsado a consagrarse plenamente a Jesucristo.

Y Dios, que no abandona a quienes desean permanecerle fieles, intervino pronto con su misteriosa providencia. Eutiquia enfermó gravemente. Con este sufrimiento interceptaba Dios sus planes terrenos para hacerle comprender cuán distintos eran los designios de su voluntad.

Momentáneamente, el interés de la propia curación se antepuso en Eutiquia a todo otro afán. Lucía que, por su gran pureza de corazón, era capaz de ver más claros los designios de Dios, aceptó con sumisión este sufrimiento. Y con firme esperanza y abnegación se entregó al cuidado de su madre enferma.

Pero sus desvelos y los remedios que intentaron no dieron resultado alguno, porque Dios reservaba la curación para otra circunstancia que sería decisiva en sus vidas.

En Catania, distante tres leguas de Siracusa, se veneraba a Santa Águeda, martirizada en tiempos del emperador Decio. Junto a su sepulcro se sucedían las curaciones de los cuerpos y las conversiones de las almas.

Lucía y su madre decidieron trasladarse allí, con la esperanza de que la intercesión de la Santa les alcanzaría la deseada salud.

Ya en Catania, y estando en la iglesia, oyeron leer el pasaje evangélico de la mujer que, después de doce años de padecer tenaz enfermedad, había sido curada con sólo tocar la orla del vestido de Jesús. Lucía, sumamente conmovida por la coincidencia de la lectura evangélica, quiso continuar un rato la oración. Postradas ante el sepulcro de Santa Águeda, prolongaron con fe y confianza sus súplicas. Presa de fatiga, cayó Lucía en un profundo sueño, y en este momento ocurrió la aparición a que alude el oficio de la Santa: la virgen Águeda se presentó a Lucía y, con rostro sereno y alegre, le dijo:

> «Lucía, queridísima hermana, ¿por qué pides por intercesión de otra lo que tú misma, por la fe que tienes en Jesucristo, puedes obtener para tu madre? Has de saber que tu fe le ha alcanzado la salud y que, así como Jesucristo ha hecho célebre a la ciudad de Catania por consideración a mí, de la misma manera hará célebre y gloriosa a la ciudad de Siracusa por causa tuya, porque le has preparado una agradable morada en tu corazón virginal».

Al oír estas palabras Lucía se despertó. Su corazón, lleno de júbilo y fortalecido con las palabras de la virgen Águeda, no fue

capaz de callar por más tiempo sus deseos. Y allí lo reveló todo a su madre.

Eutiquia, conmovida también por el milagro recién obrado en su cuerpo enfermo, contagióse por la intensa caridad de su hija y comprendió mejor dónde se hallaban realmente la riqueza y la dicha verdadera, y decidió seguirla en su camino de desprendimiento, Y, de regreso a Siracusa, pusieron por obra su determinación, empezando a distribuir sus bienes a los pobres.

Esta actitud las delató como cristianas. El joven pagano elegido anteriormente por Eutiquia para su hija, desconcertado e irritado por una conducta que no era capaz de comprender, la denunció como cristiana al prefecto de la ciudad.

Esto bastó para que Lucía fuera detenida. Había llegado la hora tremenda y solemne de confesar ante los hombres su fe en Jesucristo; de demostrar, aun entre los tormentos y la muerte, el amor que le profesaba en su corazón.

Casi todos los juicios sufridos por los primeros mártires tenían parecido preliminar: un diálogo en el que se procuraba convencerlos con razones. Este diálogo era la ocasión de que el mártir, con la asistencia del Espíritu Santo, hiciera una verdadera apología de su fe, demostrando la verdad y santidad de la doctrina cristiana. El que se celebraran públicamente les daba un singular valor de testimonio y era motivo de nuevas conversiones y de nuevos martirios.

Se entabló, pues, el primer diálogo entre el prefecto Pascasio y Lucía. La dialéctica del prefecto se estrellaba contra la segura firmeza con que la virgen cristiana defendía su fe. Hasta que, agotados los argumentos pacíficos y exasperado el juez, amenazó:

—Tus palabras se acabarán cuando pasemos a los tormentos.

—A los siervos de Dios —respondió Lucía— no les pueden faltar las palabras, ya que les tiene dicho Nuestro Señor Jesucristo: «Cuando seáis llevados ante los gobernadores y reyes, no os preocupe cómo hablaréis, porque se os dará en aquella hora lo que habéis de decir. No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo el que hable en vosotros».

—¿Crees, pues, que el Espíritu Santo está en ti y que es él quien te inspira lo que dices?

Ante aquel auditorio pagano la santa proclama sin miedo el grande e íntimo misterio de la fe.

—Lo que yo creo es que los que viven piadosa y castamente son templos del Espíritu Santo.

Pascasio, sin comprender todo el alcance de estas palabras, le dice:

—Pues yo te haré conducir a un lugar infame para que te abandone el Espíritu Santo.

Con sublime serenidad la virgen responde:

—Si por fuerza mandas que mi cuerpo sea profanado, mi castidad será honrada con doble corona.

Pero Dios no permitió esta profanación. Y cuando los verdugos quisieron arrastrarla, una fuerza superior la retuvo inmóvil. Todo fue inútil. La fragilidad de la Santa, sostenida por la gracia de Dios, resulta más potente que los esfuerzos reunidos de aquellos hombres habituados al uso de la fuerza. El Espíritu Santo defendía con este maravilloso prodigio la pureza absoluta de aquel cuerpo virginal, animado por un alma santísima, que era realmente su morada y su templo.

Ante tal fracaso decidió el juez ensayar un tormento distinto y mandó que allí mismo se la cubriera de pez y resina y fuera rodeada de una gran hoguera.

No temía la Santa la muerte entre las llamas; pero, conociendo que aún no había llegado el momento de dar su vida por Jesucristo, anunció un nuevo prodigio con estas palabras:

—He rogado a mi Señor Jesucristo a fin de que no me dominase este fuego, y he conseguido un aplazamiento a mi martirio.

Desapareció envuelta en las llamas, y, al apagarse éstas, se pudo comprobar que Dios había realizado lo que Lucía predijera: el fuego no le había causado el menor daño.

La conmoción de la muchedumbre fue enorme. En muchos de aquellos paganos se exacerbó el odio, pero en otros empezó en aquel instante el misterioso germinar de la fe. Para Pascasio la gracia fue inútil. Endurecido en su malicia, permaneció cerrado tenazmente al testimonio de fortaleza y santidad de la joven cristiana.

Se acercaba para Lucía el final de su combate. Con gran paciencia se dispuso a soportar los últimos tormentos a que el prefecto mandó que se la sometiera. Y Dios ya no intervino para impedirlos, porque era su voluntad concederle la gracia del martirio. Al fin, atravesada su garganta por la espada, entregó su espíritu al Señor: Era el 13 de diciembre del año 304 de la era cristiana.

Su vida pura y humilde, su caridad y fervor, su entrega plena al servicio de Jesucristo, habían sido premiados con la palma suprema de la virginidad y del martirio. Como discípula verdadera de Jesucristo, llegaba a la gloria del Padre por el mismo camino que su Maestro: camino de sacrificio y obediencia hasta la muerte, que lleva a la resurrección y a la vida eterna.

MATILDE GAVARRÓN

Bibliografía

BEAUGRAND, A., *Sainte Lucie. Sa vie, son martyre, ses reliques, son culte* (París 1882).

Bibliotheca hagiographica latina. Antiquae et mediae aetatis, ediderunt Socii Bollandini, II (Bruselas 1901) n.4992.

CABROL, F. - LECLERCQ, H. (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie* (París 1930) t.9, cols.2616-2618; (1953) t.15, cols.1840-1855.

DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 647.

GAETANI, C., *Memorie intorno al martirio e culto di S. Lucia* (Siracusa 1879).

GOYAU, G., Sainte Lucie (París 1921).

• Actualización:

COFRADÍA DE SANTA LUCÍA, *Vida de Santa Lucía* (Valencia 1993).

SANTIAGO APONTE, C. C., *Santa Lucía. Semblanza biográfica y novena en su honor* (El Prat de Llobregat 2001).

SANTA OTILIA

Abadesa († 720)

La *Vita* de Santa Otilia que aparece en la celebre colección *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores Rerum Merovingicarum* es la trasmisión de una tradición oral algo inconexa, en la que no todos los datos tienen lógica e interés. Aquí los exponemos y posteriormente se expondrán algunos elementos de crítica histórica.

La *Vita* o tradiciones sobre Santa Otilia nos cuentan que, en tiempos del emperador Childerico, vivía un duque, Adalrico o Etih, hijo de Liutherico, mayordomo del emperador. Etih era muy piadoso y soñaba con fundar un monasterio. Su gente le señaló un monte que, a causa de la altitud de sus poblados le llamaban Hohenburg y sus construcciones databan de rey Marceliano. Etih hizo edificar allí una iglesia.

El duque se había casado con la noble Persinda, pariente de San Leger, que le dio a luz a una niña ciega. Etih, perturbado, ordenó matar a la niña. Persinda recurrió entonces a una doméstica, despedida por un delito, y que se había casado y acababa de tener un chico. A ella confió a su pequeña ciega. La mujer la cuidó un año, luego, como se alzasen rumores, la llevó al monasterio de Palma. El obispo bávaro Erhard, advertido por el Señor, fue a Palma para bautizar a la niña. Al sumergirla en la fuente santa le dio el nombre de Otilia. En seguida la pequeña miró frente a frente al prelado con sus dos ojos claros y muy abiertos en señal de haber recuperado la visión. Erhard dio el beso de paz a su ahijada *(filiola)* diciendo: «¡Que en el reino de los cielos, si es voluntad de la divina clemencia, nos volvamos a ver!». Y regresó de nuevo para su patria.

Otilia llevaba bien su vida monástica, pero comenzó a ser hostigada por los celos de algunas monjas. Secretamente pidió a su hermano, que vivía con Etih, que la socorriera. El hermano advirtió a su padre Etih, que también había sabido, por Dios y por Erhard, de la curación de Otilia. Pero Etih, sin embargo, ordenó a su hijo que guardara silencio sobre la existencia de su hermana. El joven, escuchando sólo a su corazón, envió una carreta para que trajese a Otilia a casa. Al saberlo, Etih, en un arranque de cólera, dio un bastonazo a su hijo que moría poco después. Afligido, Etih se encerró en el monasterio y de allí salía sólo para ir a implorar la intercesión de los santos. Quiso ver de nuevo a la joven Otilia, a la que puso en manos de una nodriza, de origen británico, que él mismo pagaba asegurándole todo lo necesario.

Un día Etih encontró a su hija llevando un poco de harina a los pobres. Emocionado, el padre puso en manos de su hija todos los considerables recursos del monasterio, poco antes de

morir. A Otilia le fue revelado que su padre estaba «en lugar de las penas». Rezó mucho por él, y supo que por fin «había sido liberado». El monasterio tenía 130 monjas a las que gobernar. Y como el monasterio estaba a gran altura y su acceso era difícil para muchos peregrinos, pobres e incapacitados, levantó un segundo más abajo, con una iglesia dedicada a San Martín. Era un lugar agradable, y estaba provisto de agua en abundancia. Un hombre trajo tres ramas de tila, que plantó en honor de la Trinidad y que crecieron altos y hermosos, dando una sombra deliciosa. Bajo su agradable sombra recibía amablemente Otilia a las mujeres que venían de Escocia y de Bretaña, y a los monjes de países lejanos. A estos les pidió que fuesen sus capellanes. Sus monjas, invitadas a escoger entre vida canonical y vida monástica, optaron por la vida canonical.

La santa hizo edificar una iglesia al Bautista en el mismo lugar que el santo le había indicado en un sueño. Otilia tenía un hermano, Adalberto, que tuvo tres hijas, Eugenia, Atalía y Gundelinda. Éstas se hicieron religiosas bajo su tía. El hermano de Otilia fue asesinado por un criado y obtuvo que el culpable fuera castigado en este mundo más bien que en el otro; y he aquí que toda su descendencia fue enfermiza.

Sintiendo su fin próximo, Otilia hizo sus recomendaciones a las hermanas en la iglesia de San Juan Bautista, luego pidió que la dejaran sola; cuando volvieron más tarde, su Madre había expirado. ¿Sin viático? Suplicaron entonces todas a Dios que le devolviese la vida con el tiempo necesario para poder darle a comulgar el Cuerpo de Cristo. Su alma volvió, y la santa se quejó suavemente pues había empezado a entrever a la santa virgen Lucía en cuya fiesta estaban. Le trajeron luego «el cáliz que contenía el cuerpo y la sangre del Señor», lo tomó, comulgó y exhaló el último suspiro.

Al morir Otilia la enterraron ante el altar de San Juan Bautista, y ocurrieron diversos milagros. Murió, como se ha apuntado, el 13 de diciembre.

La *Vita* que acabamos de reseñar fue escrita poco antes del año 950, probablemente en Hohenburg. Y nos señala que su autor desconocía muchas cosas de la historia y de la época de su biografiada. Habla del emperador o rey Childerico, y cita a un gobernador de palacio, Liutherico, del que nada se sabe. Es

también desconocido «el antiguo rey Marceliano». Del obispo Erhard casi nada se sabe. Sin embargo hubo un Etih, en Alsacia, que vivió en tiempo de Childerico. Nuestro hagiógrafo lo presenta como piadoso e impulsivo. Etih (Atico, Cati, Eticho, Adalric) está atestiguado en 675. Se dice que ordenó el homicidio, en Sorngau, Suiza, del abad y del bibliotecario de Grandval. También se habla de un tal Adalberto (que sería el hermano de Otilia); éste hizo un donativo al monasterio de Honau y murió pocos meses después. Una abadesa, Eugenia, firmó en 722 una carta dirigida a Honau: ¿Sería la hija de Adalberto? En cuanto a Palma (nombre céltico que significa cueva), algunos ven en ese monasterio a Baume-les-Dames en el Franco Condado, que sería como otro Moyenmoutier.

Otilia y sus monjas, se nos dice, escogieron la vida canonical; sin embargo hay que esperar hasta el año 816 para encontrar atestiguado este modo de vida, entre las monjas.

Anotemos por otra parte que también se cuenta que santa Salaberga, abadesa de Laon, habría sido curada de la ceguera por San Eustasio, abad de Luxeuil, que estaba de camino por las tierras de Baviera. Y que ciertos episodios tienen la pinta de pertenecer a narraciones de cuentos populares. El autor dice, por lo menos tres veces, que repite «lo que se cuenta».

En resumen, un historiador no puede confiar mucho en esta *Vita*. El monasterio de Hohenburg es citado por primera vez en 783, sin mención de Santa Otilia. Y hasta el siglo X su nombre no aparece en documentos. En el siglo X era un monasterio doble; el de abajo, Niedermunster, está ya atestiguado en 1016. El papa León IX confirmó en 1050 las posesiones «de la iglesia de la Madre de Dios donde reposa el cuerpo de Santa Otilia, en el lugar llamado Hohenburch». Una letanía de San Emerano de Ratisbona, copiada en el siglo IX, invoca a Santa Otilia. Y hay otras dos letanías, la de Freîsing, entre 957 y 994, y la de Utrecht, a finales del del siglo XI que también la incluyen. Nuestra santa aparece en los manuscritos del martirologio de Florus de Lyón que provienen de Echternach (siglo XII) y de Toul (hacia 1300).

Como conclusión parece que la fundación del monasterio por Etih en el siglo VII es dudosa, aunque probable. La misma

incertidumbre existe sobre el parentesco de Étih y Otilia. Sin embargo se acepta que Otilia se encuentra en los inicios del monasterio.

La emotiva narración de la vida de Santa Otilia tuvo un gran éxito. Los monjes de Moyenmoutier atribuyeron a su San Hidulfo el bautismo y la curación de Otilia. Los dos monasterios, Hohenburg, el de arriba, y Niedermunster, el de abajo, se disputaron a muerte ciertos datos de la vida de Santa Otilia hasta llegar a falsificar un testamento de la santa. Del sigo X al XII el culto de Santa Otilia fue desarrollándose, así como las peregrinaciones a su sepulcro. Florencio de Worcester (siglo XII) contaba la historia de un pescador que había sido resucitado llevando una camisa hedionda. Esta camisa era lo mas llamativo de la procesión a Hohenburg: el que la revestía en esta circunstancia tenía que comerse, durante los días anteriores, una buena ristra de ajos, para que durante la procesión transpirase continuamente el olor de aquellas plantas odoríferas.

Según una leyenda de Praga, el rey de Inglaterra habría pedido la mano de Santa Otilia, cautivado por su belleza. La santa se habría arrancado los ojos, y el rey perdió interés. Dios, entonces, le devolvió la vista a la santa.

Una leyenda de Friburgo de Brisgovia contaba que para defender a la santa de quien quería casarla contra su voluntad, una roca se abrió y la ocultó. Una fuente que brota, en Odilienstein, tiene fama de ser medicinal para las enfermedades de los ojos. En Hohenburg, la santa había hecho brotar también una fuente.

Aunque sea «sin papeles» ante de la crítica, Otilia no es menos, actualmente, una santa muy invocada y universalmente conocida. En Monte Santa Otilia (Hohenburg), pervive su peregrinación, su fuente, y su pared pagana de piedras antiguas, que es una de las glorias de Alsacia. La congregación monástica y misionera alemana de Santa Otilia, fundada en 1884 bajo la protección del Sagrado Corazón, es una de las más florecientes de las congregaciones benedictinas, especialmente en África y Corea, y con monasterios en todos los continentes.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía:

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 6749-6770.
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 459-463.

BEATO JUAN (FRANCISCO) MARINONI

Presbítero († 1562)

Con las más vivas instancias, el virrey de Nápoles, don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, con los «electos» de la ciudad, venía solicitando de los teatinos de Venecia una casa de su Instituto en la capital del virreinato.

Aceptada la fundación, el encargo de realizarla confióse por el capítulo a San Cayetano de Thiene, el creador genial de la clericatura religiosa, entonces humilde miembro de la comunidad de Venecia, adonde se refugiara la Orden a raíz del «saco» de Roma.

Faltaba sólo designar al que debía acompañarle en la ejecución de la empresa. Prepósito de la comunidad era entonces Juan Pedro Carafa, que había renunciado dos mitras, la arzobispal de Brindis y la episcopal de Chieti, para seguir a Jesucristo desnudo de todas las cosas, y que debía ceñir más adelante la tiara pontificia con el nombre de Paulo IV. Carafa invitó a Cayetano a escoger al compañero que fuese más de su agrado. La escena ocurría en la sala capitular, presidida por la imagen de Cristo crucificado. A la invitación del prepósito, Cayetano repuso con énfasis, vueltos sus ojos a la cruz: «¿Que elija compañero a mi gusto? Antes pido a este Señor —dijo apuntando al crucifijo— que me sea designado el más opuesto a mi carácter».

Y se contrarió, en efecto, el deseo del siervo de Dios. El compañero designado fue su amigo más adicto, el bienaventurado padre Juan Marinoni, el ángel en carne humana, como le llamaba Cayetano, discípulo identificado con el espíritu del fundador.

Había nacido en Venecia hacia 1490. Ordenado sacerdote, era nombrado, por decreto del dux Loredán de 1.° de diciembre de 1515, sacrista de la catedral de San Marcos y en agosto de 1521 formaba parte del cabildo de aquella insigne basílica.

Es seguro que Marinoni conoció a San Cayetano durante la permanencia del protonotario de Thiene en la ciudad de los canales en 1521, asociándose a él en la fundación de los Incurables, de donde era capellán en 1526. Establecida en Roma la congregación teatina, el amigo de Cayetano decidió resignar el cargo para trasladarse a la Ciudad Eterna «y retirarse con el reverendísimo obispo de Chieti y sus compañeros, presbíteros regulares», dicen las actas del hospital de Incurables (26 de febrero de 1526).

Los deseos de Marinoni no tuvieron realización hasta la llegada de los teatinos a la capital adriática. El día 9 de noviembre de 1529, de manos de San Cayetano, el canónigo y sacrista de la catedral de San Marcos vestía la sotana teatina, y al propio tiempo que el hábito, cambiaba en el de Juan su nombre secular de Francisco. El 29 de mayo del año siguiente, 1530, hacía su profesión religiosa.

Prepósito de San Pablo de Nápoles y maestro de novicios largos años en aquella casa teatina, el espíritu de los fundadores de la clericatura religiosa transfundióse, a través de Marinoni, a su gloriosa pléyade de santos e ilustres discípulos, entre los cuales sobresalen San Andrés Avelino y el Beato Pablo Burali d'Arezzo, cardenal arzobispo de Nápoles.

Cuanto se pueda escribir de esta figura de primer plano en la secular historia del sacerdocio religioso ha de resultar pálida sombra al lado del férvido elogio que de su vida y virtudes hiciera su egregio discípulo, prez y honor del gran maestro, el propio San Andrés Avelino. En carta de su puño y letra al padre don Juan Scorcovillo, prepósito general de la Orden (1598-1604), escrita por mandato de éste para dar cuenta de «las acciones de algunos de nuestros antiguos padres», escribe el santo autor:

> «Del padre don Juan de Venecia, que me admitió en la religión y me dio el hábito y la profesión, puedo hablar largamente *ex viso et auditu ex eius ore*. Antes de entrar yo en la religión fue mi confesor por espacio de unos tres años.
>
> Elegido papa Paulo IV, fue llamado a Roma por éste, y allí permaneció algunos días, porque el pontífice deseaba que aceptase el arzobispado de Nápoles, que no quiso en modo alguno, conociendo y confesando su insuficiencia para el cargo. Pasados algunos días, con permiso de Su Santidad, después de haber conseguido las

indulgencias de los viernes de marzo, la confirmación de las existentes y las que se ganan en tales días en San Pedro de Roma, regresó contentísimo a San Pablo, diciendo estas palabras: *Laqueas contritos est, et nos liberati sumas,* por haber logrado escapar al peso del arzobispado. Creo que al año siguiente ingresé yo en la religión, hace unos cuarenta y cuatro años. Acompañándole yo una vez, pasamos por la catedral, y, al ver los altares sucios y descompuestos, me dijo: "Arrodillémonos y demos gracias a Dios, que me ha librado de este peso. ¿Cómo habría yo podido soportar semejantes cosas?"

Viniendo en particular a su vida, era en verdad *devotísimo, vigilantísimo* y *abstinentísimo.* Primeramente, en cuanto a la devoción, veíasele con frecuencia derramar lágrimas, no solamente en secreto, ya que salía muchas veces —de la celda o del coro— con los ojos rojos y húmedos, sino que de ordinario, cuando celebraba, especialmente en las fiestas solemnes, apenas le era posible cantar la misa, tanto era el llanto y la abundancia de lágrimas. Unas veces eran de alegría, como en las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua, Ascensión, Pentecostés, etc., embargado por la contemplación de los misterios de tales fiestas. Otras veces, de dolor y compasión, como en la dominica de Ramos, el Jueves y Viernes Santos, y los demás días en que se hacía memoria de la pasión del Señor, de la cual era muy devoto. Todos los viernes, acabada la oración, reunida en el coro la comunidad, nos decía unas palabras sobre la pasión de Jesucristo, con tanto fervor que nos excitaba a devoción, con grandísimo consuelo nuestro (aunque no hacía muy felices a los que tenían poco espíritu), lo cual efectuaba con rostro alegre, pero grave, echándose de ver a las claras cómo estaba lleno de Dios. Cuando iba de la celda al coro y del coro a la celda y caminando por las calles de Nápoles, oraba siempre, no cesando de repetir salmos y otras oraciones.

Era de temperamento amable, por manera que de todos los seglares, buenos y malos, era reverenciado, honrado y estimado. De lo cual soy testigo de vista, ya que muy frecuentemente le acompañaba al salir por la ciudad, y pude ver el obsequio que recibía de todos, pues lo tenían por santo. La señora Beatriz Carafa, hermana de Paulo IV, jamás le llamaba por su nombre, sino "el santo de Dios". Deseaba morir el mismo día en que "el santo de Dios" pasase de esta vida, queriendo salir de este mundo con tan segura compañía, como en efecto ocurrió, ya que murió el mismo día, y precisamente a la hora misma en que expiró dicho padre.

No le vi hacer milagros, pero oí decir que, con la señal de la cruz, había curado a cierta señora de una enfermedad en un ojo; y abrigo el convencimiento de que habrá conseguido muchos favores a personas devotas suyas con sus fervientes oraciones.

Poseía un don estupendo para ayudar a bien morir, siendo llamado muchas veces para semejante oficio. Creo que no po-

cas almas partían gustosas de esta vida y con deseos de la eterna, en los cuales las inflamaba con su encendida manera de animarles y exhortarles. Muchos de los que se hallaban presentes a estas recomendaciones mudaban de vida y venían a confesarse con él.

En su predicación no decía cosas de mucha doctrina (que en verdad no la tenía). Pero las cosas sencillas que exponía decíalas con tal fervor y con una voz tan potente (poseía una voz fuerte y bellísima, en extremo dulce y suave) que movía a los oyentes a devoción y a terror. Recuerdo que cierta cuaresma en que Fiamma predicaba en la catedral y el capuchino Pistoio en la Anunciata, un gentilhombre de letras, los martes y viernes en que el padre predicaba en la Sapiencia, dejaba de escuchar a estos grandes oradores para ir a los sermones que hacía el padre don Juan. Como yo le preguntase por qué dejaba de oír a aquellos hombres tan famosos para escuchar al padre don Juan, me respondió que de estos bellos discursos había escuchado muchos en su vida, y que prefería al padre don Juan, porque le hacía ver el cielo y el infierno abiertos. Y basta con lo dicho tocante a su devoción.

En cuanto a su vigilancia, estaba en la cama muy poco tiempo. Creo que no más de cuatro o cinco horas. Lo sé por haberlo visto, pues yo estaba frente a su celda y veía luz en su ventana hasta muy avanzada la noche.

En invierno yo llamaba a maitines, y él salía inmediatamente de la celda por luz. Y me di cuenta de que dormía vestido, pues no era posible que se vistiese en tan poco tiempo. Y como él me reprendiese porque yo velaba mucho tiempo, le repuse sonriendo: "Si vuestra paternidad no velase, no podría saber que yo velo". Y se echó a reír conmigo.

Yo no velaba por propia voluntad, sino por necesidad, pues me habían impuesto tantas obediencias que el tiempo no me alcanzaba si no era restándolo al sueño. En efecto, en cuanto me aliviaron un poco, no precisé velar tanto.

Por lo que mira a la abstinencia, era abstinente en tal grado, que, comiendo yo a su lado, veía cómo colocaba una rebanada grande de pan sobre la carne, y, haciendo que cortaba ésta, cortaba el pan, el cual se comía en vez de la carne, devolviendo ésta con disimulo a la cocina. Practicaba en secreto otras abstinencias. Además se disciplinaba, pues se le encontró, después de su muerte, una disciplina de cadenillas de latón ensangrentada.

Observando que no estudiaba cuando iba a predicar a la Sapiencia (porque venía a maitines, después oía las confesiones de los sacerdotes e inmediatamente se ponía en oración delante del altar mayor por espacio de una hora, acabada la cual marchaba a la Sapiencia, donde oía algunas confesiones, celebraba misa y, acabada ésta, predicaba con tanto fervor que conmovía a todos), viendo esto le pregunté: "Padre, vos no estudiáis. ¿Qué predicáis?" Me

contestó: "Pido a Dios que me inspire qué debo hacer para la salud de mi alma, y esto digo a los demás".

No perdía un momento de tiempo ni se le oía jamás una palabra ociosa. Sus palabras eran siempre fructuosas. Después de maitines, de nona y completas, casi siempre nos daba algún documento. Asimismo notaba algún punto interesante de la lectura de la mesa, y sobre aquello hacía algún discurso provechoso, con que excitaba a bien obrar. De forma que no había ocasión que no aprovechase para mover al servicio y amor de Dios.

En conclusión: toda su vida, en palabras y obras, era un retrato de auténtica santidad. Guardó cama unos seis meses de una molestísima ciática. Cuando le acometían los grandes dolores, soportábalos con mucha paciencia, bendiciendo y dando gracias a Dios. Cuando dejó la cama marchó, por orden de los médicos, a las fumarolas de Anagno. Allí meditaba de continuo las penas del infierno y del purgatorio, y con gran estupor de todos, dentro y fuera de las fumarolas, predicaba a los que allí estaban en busca de remedio. Y así, de todo sacaba ocasión para excitar a las almas a dejar el pecado y amar a Dios.

No puedo acordarme bien de todas sus acciones, pero basta con lo dicho para poner de relieve la santidad de su vida purísima, inclinada a la misericordia, a la piedad y a las obras de caridad, particularmente con los enfermos dentro y fuera de casa.

El año 1562 se desencadenó en esta ciudad una grave epidemia de catarros. Murieron pocos jóvenes, pero viejos muchísimos. Yo con unos veinte de la comunidad fuimos los primeros atacados. El padre nos visitaba a todos. Contra su costumbre, no acudió a maitines la noche del 3 de diciembre. Fui a su celda para ver cómo estaba y para saber qué misa debía señalarse. Me contestó: "No sé si puedo decirla". Después me dijo: "¡Ay de mí, esto se acaba!" Se le agravó el catarro, con fiebre altísima, en términos que el día de Santa Lucía, a las veinte horas, voló a la gloria su alma santa, como se puede creer.

La fiebre fue tan ardiente que era menester mojar la lengua, pero él sostenía la sed y la angustia con mucha paciencia, y pudiendo apenas hablar, no cesaban aquellos benditos labios de hablar de cosas de Dios, con espanto de quienes le oían. No dejó de rezar el oficio ni sus devociones hasta que recibió la extremaunción, que fue en viernes, al octavo día de su enfermedad. No pudiendo ya rezar el oficio, decía continuamente salmos, con la mente despejada y fija siempre en el cielo. Tal hizo desde el viernes hasta las veinte horas del domingo, repitiendo una y otra vez: *In manus tuas, Domine, commendo spiritum meum,* y *Maria, water gratiae,* con el cual verso plegó sus labios y un momento después entregó su alma a Dios, con dolor de todos, y mío en particular, ya que me distinguía con su afecto mucho más que yo merecía. Por esto fue tan grande mi pena y tan abundantes las lágrimas, que sólo con gran fatiga acerté a decirle el oficio.

Yo procuré consignar cada una de las palabras y sentencias estupendas y maravillosas que en su última enfermedad iba diciendo, con intención de escribir después con orden su vida y muerte, pero una persona de casa se las llevó de sobre la mesa de la celda de dicho padre, donde yo las escribía, y, aunque no puede asegurarse, se presume que las quemó. He escrito, como mejor he sabido, lo que yo vi y le oí de su misma boca. Quien haya de transcribirlo podrá extraer la sustancia de lo que aquí va consignado y ponerlo en mejor orden, como bien le pareciere».

ANTONIO VENY BALLESTER, CR

Bibliografía

BIANCHI, L. I., CR, *Ragguaglio de la vita del Beato Giovanni Marinoni, Chérico Regolare* (Venecia 1763).

BONAGLICA, G. B., CR, *Breve compendio dell'admirabile vita e preziosa morte del Beato Giovanni Marinoni, Chérico Regolare* (Roma 1762); versión castellana de F. J. VÁZQUEZ GIRÓN, CR, *Breue compendio de la admirable vida, y preciosa muerte del B. Iuan Marinonio, Clerigo Reglar Theatino* (Madrid 1766).

CASTALDO, G. B., CR, *Vita del Beato Giovanni Marinoni* (Roma 1916).

PASCHINI, L. S., *Gaetano Thiene, Gian Pietro Carafi e le origini de Chérici Regolari* (Roma 1926).

SILOS, I., CR, *Historiarum Clericorum Regularium pars prior* (Panormi 1650).

TUFO, G. B. DEL, CR, *Historia della Religione dei padri Chérici Regolari* (Roma 1609).

VEZZOSI, A. F., CR, *I scrittori de' Chérici Regolari* (Roma 1781).

BEATO ANTONIO GRASSI

Presbítero († 1671)

Antonio Grassi nació en Fermo (Ascoli Piceno), de padres nobles, Vincenzo y Francesca Paccaroni, el 13 de noviembre de 1592. Recibió el bautismo de manos del P. Orazio Civitella, que llegaría a ser el primer superior del Oratorio de Fermo.

Desde joven frecuentó la iglesia de los padres del Oratorio, y así, sintiéndose fuertemente atraído por la figura de San Felipe Neri, se propuso imitarlo reuniendo en torno a sí un grupo de jóvenes que invitó a hacer oración y a sanas diversiones. En 1609 ingresó en la congregación del Oratorio. Ordenado sacerdote el 17 de diciembre de 1617, ejerció su ministerio dedicándose a la instrucción catequística y espiritual, a la caridad con los enfermos y los encarcelados, y a la educación de los niños y jóvenes.

En el Año Santo de 1625, peregrino del Jubileo, viajó a Roma y pudo satisfacer su devoción visitando los restos de San Felipe Neri en la llamada *Chiesa Nuova,* o de *Santa Maria in Vallicella.* El padre Grassi dio en la Urbe espléndidos ejemplos de fe y de piedad, alimentada por la oración altamente mística, que sellaba toda su vida interior y ministerial.

De nuevo en Fermo, fue elegido prepósito de la congregación el 2 de febrero de 1635. Por su ejemplaridad y por su ardor apostólico, lo sería ya ininterrumpidamente hasta su muerte, siendo reelegido sucesivamente en trece ocasiones.

En el desenvolvimiento de sus jornadas se entretejían las cosas más prosaicas y cotidianas junto a momentos de extraordinarias experiencias espirituales. Mucha gente, fascinada por aquella simplicidad misteriosa y profética, se sentía atraída a tomarle por consejero, sobre todo en el confesonario, donde —decía, incansable en el ejercicio de su ministerio— «es necesario compadecer, ayudar, consolar». Llamado «ángel de paz», pacificó numerosas rivalidades; fue denominado «padre de los pobres» por la caridad heroica con la cual lo distribuía todo, hasta sus propios vestidos.

Fue tenido en gran estima por los papas Clemente X e Inocencio XI, y por otros insignes personajes como el cardenal Azzolini, el obispo de Macerata, los magistrados de la Inquisición, monseñor Rinuzzini, el oratoriano cardenal Colloredo, que organizó el proceso sobre las virtudes de Grassi en su diócesis, y otros muchos.

Cultivó una ternísima devoción a la Virgen, de la cual fueron signo los numerosos peregrinaciones a pie a la Santa Casa de Loreto, en cuyo santuario, el 4 de septiembre de 1621, fue tocado por un rayo que sólo quemó sus vestidos, dejándolo a él milagrosamente ileso.

Ya próximo a la muerte, repetía continuamente a sus hijos espirituales: «¡Oh, qué hermoso es morir hijo de San Felipe!». Asistido espiritualmente por sus hermanos y por el arzobispo de Fermo, que no se movió de la cabecera de su cama durante todo el tiempo de su larga agonía, se durmió en el Señor el 13 de diciembre de 1671.

Desde Fermo, la fama de su santidad se extendió rápidamente, incluso en Alemania, gracias a los muchos milagros

obrados por su intercesión, y a un fogoso predicador, el P. Ignacio Savini, de los Menores Observantes.

Declarado beato por León XIII el 30 de septiembre del Año Santo 1900, su cuerpo se venera en Fermo, bajo el altar mayor de la iglesia del Carmen.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

ANCITI, C., *Vita del Beato P. Antonio Grassi, della Congregazione dell'Oratorio* (Roma 1687).

GASBARRI, C., «Grassi», en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966).

KERR, A., *A saint of the Oratory. The life of Blessed Antonio Grassi* (Londres 1901)

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN JUDOCO
Presbítero († 669)

Nace en la Bretaña a comienzos del siglo VII, hijo segundo de Jutael, rey de la Domnonea, una parte de la Bretaña. Su padre lo mandó a hacer estudios en la abadía de Lan-Maëlmon, junto a Dinan. Su hermano mayor, el rey Judicael, quería dejarle la corona pero él prefería servir al Señor y por ello se fue en peregrinación a Roma, tonsurándose en cuanto entró en Normandía. Pero en el camino el duque de Ponthieu, Aymon, logró retenerlo junto a sí e impedir que siguiera su camino a Roma, y a fin de tenerlo como capellán consiguió del obispo de Amiens que lo ordenara de presbítero. Ejerció este cargo durante siete años y al cabo de este tiempo optó por la vida eremítica, pasando ocho años en la soledad de Brahic, y trasladándose luego a Ruinac, donde Aymón levantó para él una ermita dedicada a San Martín de Tours. Pero luego se mudó junto al mar donde construyó dos oratorios en honor de los santos Pedro y Pablo. Hizo por fin su peregrinación a Roma y murió no mucho tiempo después de hacerla, quizás un año, muriendo ciertamente un 13 de diciembre pero no es seguro el año, que fue en torno al 669.

SANTOS PEDRO CHO HWA-SO, PEDRO YI MYONG-SO, BARTOLOMÉ CHONG MUN-HO, PEDRO SON SON-JI, JOSÉ PEDRO HAN CHAE-KWON, PEDRO CHONG WON-JI

Mártires († 1866)

Estos seis mártires coreanos confesaron intrépidamente su fe, fueron lisonjeados con la vida y la libertad y otras ventajas si apostataban, fueron atormentados al negarse a hacerlo y finalmente fueron decapitados en Tiyen-Tiyou el 13 de diciembre de 1866. Estos son sus datos personales:

PEDRO CHO HWA-SO nace en la provincia coreana de Kyonggi el año 1815 hijo de Andrés Cho, que moriría mártir en 1839. Llegado a la edad adulta, ayudó primero al sacerdote Tomás Choe Yang-Op, pero luego se estableció en Songju Dong, donde vivían muchos cristianos y con ellos formó una comunidad. Contrajo matrimonio con Magdalena Han, una piadosa cristiana, y tuvo con ella un hijo, San José Cho Yun-Ho, que también moriría mártir, pero ella murió pronto y Pedro perseveró en su soledad un tiempo pero luego, aconsejado por los fieles, volvió a casarse con otra cristiana, Susana Kim. Su trabajo catequístico era muy fructífero. Pero llegó la persecución y el 5 de diciembre de 1866 fue arrestado. Le pidió a su hijo que se escapara pero el hijo se negó a hacerlo. Se negó a revelar los nombres de los demás fieles y por ello él y su hijo sufrieron todo tipo de malos tratamientos e insultos. Lo tuvieron en una tienda detenido mientras arrestaban a los demás mártires, y animó a su hijo para que perseverara en la fe pese a todas las amenazas. Llevado a la cárcel, consoló a los demás presos y dedicó el resto de su tiempo a la oración, soportando las torturas con el pensamiento puesto en los dolores de Cristo en su pasión. Finalmente fue condenado a muerte. Ante la muerte conservó su rostro sereno, se santiguó y ofreció su cuello al verdugo, que, extrañado de su paz, le preguntó si estaba loco. A lo que respondió el mártir que si él fuera creyente abordaría la muerte de la misma manera.

PEDRO YI MYONG-SO había nacido en 1821 en la provincia de Chungchong en una familia católica. En una de las persecuciones perdió todas sus propiedades y a punto estuvo de perder

la vida. Debió entonces dejar su pueblo y su familia e irse a vivir a otra zona, terminando por establecerse en Songji Dong, donde abundaban los católicos. Logró recuperar su buen estado económico y hacerse granjero, viviendo confortablemente y llegando a conocer a sus nietos. Piadoso, caritativo y honesto, se granjeó el aprecio de todos. Colaboraba con gran celo en la obra evangelizadora y afirmaba que había que hacerse fuerte ante la perspectiva del martirio. Estaba enfermo y tenía pocas fuerzas físicas. Era muy amigo de San Pedro Cho Hwa-So, y se animaban mutuamente en el camino de la fe. La policía le propuso una noche que huyera. Él cayó en la trampa y preparó todo para huir, pero la policía que le esperaba le arrestó. Manifestó su fe y su perseverancia con gran energía y fue torturado hasta perder el conocimiento, pero ni apostató ni reveló los nombres de los otros cristianos.

BARTOLOMÉ CHONG MUN-HO había nacido en Imchom, provincia de Chungchong, en 1802. Fue jefe de su pueblo y participó en el gobierno de la provincia antes de ser cristiano, pero conoció el cristianismo y se bautizó. Por ser cristiano la gente de su pueblo lo rodeó de hostilidad hasta el punto de decidir él cambiar de vecindad e irse a vivir a Shinligol. Culto, distinguido, delicado de trato, no hacía distinción entre católicos y paganos a la hora de darles a todos un trato igualitario, afectuoso y correcto. Mucha gente le consultaba sus cosas e incluso gentes de otros pueblos venían a hablar con él. En su trato con la gente él de forma prudente y sin imposiciones dejaba caer la semilla de la palabra de Dios. Cuando alguien se mostraba interesado, él le transmitía con mucho amor la doctrina cristiana. Una noche fue arrestado, junto con otros creyentes, estando él mal de salud. Enviado al día siguiente a Chonju, fue interrogado y a causa de su debilidad estuvo a punto de sucumbir pero su amigo lo sostuvo. Aguantó las torturas y no apostató. Se le ofrecieron ventajas y puestos, pero conservó hasta su ejecución una conducta ejemplar y un ánimo sereno ante el verdugo.

PEDRO SON SON-JI había nacido en Koindol en Imchom, provincia de Chungchong. Cuando la persecución de 1839 dejó su pueblo y se fue a vivir en Shinligol. Había nacido en una familia distinguida, educado cristianamente y bautizado en la ado-

lescencia. Muy erudito en doctrina cristiana, era muy estimado en la comunidad católica y se le confió el encargo de catequista, gozando de la confianza del santo Padre Chastan. Casado y con dos hijos, era un padre ejemplar, y en la calle y en la casa era manso, amable y afectuoso. No solamente trabajó en un pueblo sino en varios más como evangelizador. Avisado de que volvía la persecución, no perdió la calma, y fue arrestado por la policía. Inmediatamente supo que de renegar su libertad se produciría al momento, pero perseveró en la fe. Y así se lo dijo también la policía a su madre que intercedía por él. Enviado a Chonju e interrogado, confesó la fe y aguantó las torturas en las que le fue fracturado un brazo. Llegado al lugar de la ejecución, regaló sus ropas a los verdugos y exclamó: «Oh Señor, gracias por darme una tan gran bendición». Miró al cielo. Invocó a Jesús y a María y de dos tajos fue decapitado.

JOSÉ PEDRO HAN CHAE-KWON nace en 1836 en Chinjam, provincia de Chungchong, hijo de una católica, pero siendo pagano el resto de su familia. Al tiempo de su martirio se ganaba la vida como empleado de la administración en la ciudad de Chongyang. Era amable, servicial y bondadoso. Casado y con hijos, se portaba en todo como un verdadero cristiano, muy activo en la comunidad, de la que era catequista. Propagó el evangelio por los pueblos de la cercanía. Tenía mucha caridad con los pobres, al extremo de darle a uno de ellos su abrigo en invierno y pasar él mucho frío. Se llevaba magníficamente con su esposa, unidos ambos en el amor y la fe religiosa. Arrestado el 3 de diciembre de 1866, se le ofreció la libertad si apostataba, y su padre hizo cuanto pudo por que apostatara y salvara su vida, lo que el magistrado le prometía si conseguía que su hijo renegara. La tenaz insistencia de su padre no consiguió nada de él ni las torturas tampoco. Su propia familia le escribió que estaba en peligro de muerte por causa de él, pero no por ello apostató sino que afrontó con valentía la muerte por Cristo a los 30 años de edad.

PEDRO CHONG WON-JI había nacido en Chinjam, provincia de Chungchong, en 1846, en una familia cristiana. Su padre al poco murió mártir y su madre murió cuando él era niño, de modo que muy pronto se vio solo, y anduvo de un sitio a otro.

Por fin recaló en Songji Dong en Chonju. Era un chico creyente, bueno, respetuoso y trabajador. San Pedro Cho Hwa-So lo recogió en su casa, y se hizo muy amigo del hijo de su bienhechor, Yun-ho, que era casi de su misma edad. Contrajo matrimonio con una chica católica y con ella rezaba cada día las oraciones. Trataba a San Pedro Cho Hwa-So como a un verdadero padre. Con su hermano mayor trabajaba en una granja. Cuando se empezó a hablar de que iba a haber una nueva persecución, él le dijo a su esposa que estaba dispuesto a ser mártir. Cuando la policía irrumpió en la casa y arresto a San Pedro Cho Hwa-So, él huyó las montañas pero al día siguiente volvió. Lo encontró la policía y cuando ésta le preguntó si era católico dijo que no, pero aún así fue arrestado y llevado a la calle principal donde estaban los otros cristianos arrestados. Volvieron a preguntarle si era católico y él, pensando en su joven esposa, volvió a decir que no. Pero Pedro Cho Hwa-So le animó a que confesara su fe y entonces el joven dijo claramente a la policía que él sí era católico. A la policía le dio lástima de su juventud y le dijeron que siguiera negando su fe y sería libre pero él estaba ya decidido a seguir confesando la fe. Llevado a Chonju con los demás, volvió a titubear y otros se sintieron también en duda, pero San Pedro Cho Hwa-So los consoló y animó y juntos pidieron fuerza al Señor. Ante el magistrado recordó que era hijo de un mártir y confesó la fe. Pidió que no le atormentaran más sino que lo mataran ya. Fue decapitado con los demás mártires.

Fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

14 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Úbeda (Andalucía), San Juan de la Cruz († 1591), presbítero y doctor de la Iglesia, religioso carmelita descalzo **.

2. En Alejandría de Egipto, santos Herón, Ateo e Isidoro con Dióscoro († 250), jovencito de doce años, mártires *.

3. En Apolonia (Bitinia), santos Tirso, Leucio, Calinico y compañeros († 250), mártires.

4. En Antioquía de Siria, Santa Dróside († s. III/IV), mártir.

5. En Escalón (Palestina), santos Ares, Promo y Elías († 308), mártires *.

6. En Pavía (Liguria), San Pompeyo († s. IV), obispo.

7. En Reims (Galia), San Nicasio, obispo, con los santos Eutropia, virgen consagrada, Florencio, diácono y Jocundo, mártires en 451.

8. En Nápoles (Campania), San Agnelo († 596), abad del monasterio de San Gaudioso.

9. En Poitiers (Aquitania), San Venancio Fortunato († 605), obispo **.

10. En Ekelsbecke-sur-l'Ysar (Galia), San Folcuino († 855), obispo de Thérouanne.

11. En Orvieto (Toscana), Beato Buenaventura Bonaccorsi († 1315), presbítero, religioso servita *.

12. En Klifane (Líbano), San Nimatulacio al-Hardini (José Kassab) († 1858), presbítero, de la Orden libanesa de los maronitas **.

13. En Aquisgrán (Alemania), Beata Francisca Schervier († 1876), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Pobres de San Francisco de Asís **.

14. En Barcelona, Beato Protasio (Antonio) Cubells Minguell († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE LA CRUZ
Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1591)

En medio de La Moraña avilesa se encuentra Fontiveros. Está en el centro de un triángulo histórico que forman Ávila, Arévalo y Madrigal. Allí nació Juan de Yepes en el año de 1542. Sus padres, Gonzalo y Catalina, eran unos pobres pañeros del lugar. La vida fue difícil para él desde el comienzo. El padre murió pronto, y la viuda hubo de pasar estrecheces enormes para sacar adelante a sus tres hijos: Francisco, Luis y Juan. Luis murió también de pocos años. Y el éxodo de la familia se impuso inevitable para buscar alguna solución. Catalina pidió ayuda a los parientes de su difunto esposo por tierras toledanas. Des-

pués se estableció en Arévalo, donde siguió trabajando en su antiguo oficio. Más tarde se trasladó a Medina del Campo.

Medina está también en la llanada de Castilla. Tierra dura y sufrida. Apta para el soñar, para la poesía, para el vuelo místico... Pero Medina era entonces el centro comercial de Castilla. Ferias y mercados, artesanía y movimiento. Allí Juan ensayará numerosos oficios manuales, que no le gustan, aunque no sea inútil para los mismos. Pero su afición serán los estudios. Su madre le envía al colegio de la Doctrina que hay en Medina, como en casi todas las ciudades castellanas. Y entra de acólito en las agustinas de la Magdalena. Así tuvo ocasión de conocerle don Alonso Álvarez de Toledo, que le ofrece una colocación en el hospital de la Concepción y costearle los estudios para que sea sacerdote. En 1551 han fundado en Medina un colegio los padres de la Compañía. En él estudiará Humanidades, bajo la dirección de Juan Bonifacio, SJ, el más célebre de los humanistas de la todavía entonces joven institución.

Para los estudios Juan resulta muy «agudo», y su espíritu de trabajo es admirable. Pero todo aquel esfuerzo no va a terminar en la clericatura esperada por su protector, don Alonso, y por su buena madre. Juan se siente llamado a la vida religiosa. Y escoge la Orden del Carmen, la Orden de María, donde pide el hábito en 1563. Se llamará en adelante Juan de Santa María.

Dado su talento y su virtud, fue pronto destinado al colegio de San Andrés, que la Orden tiene en Salamanca junto a la famosa Universidad. De 1564 al 1567 estudiará en ella Artes, y en el curso siguiente (1567-68) está matriculado en Teología.

Salamanca vive entonces en todo su esplendor magisterial: Mancio, Guevara, Gallo, Crajal, Luis de León... entre otros. Fray Juan fue en su colegio «prefecto de estudiantes», que indica su aprovechamiento y la estima que le acompaña entre los demás.

Fue en 1567 cuando se ordena de misa, y viene a Medina para celebrar la primera junto a su pobre madre y su hermano Francisco. Y es entonces cuando tiene lugar un encuentro providencial e inesperado. En Medina acaba de fundar su segundo «palomarcito de la Virgen» la madre Teresa. Tiene, además, «patentes» del general de la Orden para fundar dos monasterios de frailes reformados. Y se ha puesto al habla con fray Antonio de

Heredia, prior de los carmelitas de Medina. Él está decidido a comenzar. Y por él viene en conocimiento de fray Juan. Porque fray Juan desea pasar a la Cartuja, hambriento de penitencia y soledad. Fue allí, en las casas de Blas de Medina (en ellas habita de momento la madre), donde tiene lugar la entrevista, trascendental para siempre en la historia de la espiritualidad. La madre Teresa convence a fray Juan para que se una a la reforma de los frailes, para que salve el espíritu del Carmelo, amenazado por los hombres y los tiempos; esa empresa espiritual que ella lleva adelante por encargo del cielo. Aquel día, en la recreación de las monjitas, la madre ha comentado alborozada: «¡Ya tengo fraile y medio para empezar!». El medio fraile era una alusión a la pequeña estatura de fray Juan.

Después de su curso de Teología en Salamanca, todo se precipita ya. Estamos en 1568. Va con la madre a la fundación de monjas en Valladolid, para luego instalarse en Duruelo, a finales del año. Duruelo es una alquería en tierras de Ávila que han regalado a la madre Teresa, perdida entre encinares y campos de trigo. Allí se inaugura la vida descalza entre los carmelitas. Fue el 28 de noviembre de aquel año. Durante año y medio Juan (desde ahora de la Cruz) vivirá su ilusión más pura hecha realidad en aquel rincón, único en el mundo. Austeridad, alegría, silencio... Los alcores, los espinos de las veredas, los caminos blancos entre tierras pardas, la fuente, la casita que recuerda al portal de Belén... Todo es «música callada», es «soledad sonora». Todo es paz...

Pero dura poco: año y medio no más. En seguida la expansión de la reforma carmelita le arrastra en su trajín. Fue algo inevitable. Y que proporcionó al Santo contemplativo una serie de sufrimientos y trabajos que hicieron honor a su apellido monacal.

Mancera, Pastrana, el colegio de estudios de Alcalá, reclaman en poco tiempo la presencia del fraile de Fontiveros. Él da comienzo a todas esas casas de formación, pues en la obra teresiana él es providencialmente el que va sembrando en ellas el ideal de perfección carmelita que lleva en el alma, y que en parte recibió de Santa Teresa.

Desde 1572 a 1577 fray Juan es confesor de la Encarnación de Ávila. El visitador apostólico, Pedro Fernández, OP, ha lleva-

do de priora a aquel monasterio importante de monjas carmelitas a la madre Teresa, y ésta consigue del visitador que ponga allí confesores descalzos que la ayuden a tonificar aquel monasterio. En una casita próxima al convento pasará nuestro santo, junto con un compañero, casi cinco años confesando, dirigiendo religiosas y gentes de Ávila. Fue un campo de experiencias espléndido. Sobre todo, porque durante largas temporadas la primera penitente y dirigida es la madre priora, Santa Teresa de Jesús. Allí va madurando el alma y el magisterio del futuro doctor. El germen de muchas de sus doctrinas y de sus obras allí se ha incubado. Frente a los muros roqueros de Ávila, en esa tierra alta y celtíbera que desafía de siglos los soles y los vientos...

Pero la obra teresiana es una obra de Dios, y, por tanto, ha de ser una obra sellada por la cruz. La persecución por parte de los padres calzados tenía que estallar. Y fue a caer sobre los representantes más destacados de la reforma, como es natural. Ya en 1576 fue sacado violentamente fray Juan de su casita de la Encarnación. Pero le devuelve a ella una orden del nuncio. En la noche del 2 de diciembre de 1577 fue apresado definitivamente. En seguida es llevado al convento carmelita de Toledo. Fueron nueve meses de durísima prisión. Su historia se ha recordado infinidad de veces. No hace falta repetirla. Las costumbres de la época explican los detalles externos. Pero aquellos nueve meses tienen una historia interna, que ha querido trazar la providencia de Dios. Son meses de cruz, de Getsemaní, de noche... Pero son de una fecundidad maravillosa. El alma del santico de fray Juan madura allí bajo los soles abrasados de las gracias divinas. Y aquella vida llameante se traduce en versos, en planes de escritos, en experiencia gustosa y sabia de la obra de Dios en las almas que a él se entregan. Mediado agosto de 1578 logra escapar de su cárcel. Fue un gesto dramático, en que intervienen Dios y la audacia y confianza de fray Juan. Pero de la prisión toledana él lleva consigo, grabados en el alma, sus poemas y su firmeza diamantina, que tendrá que utilizar en lo que le quede de vida, siempre orientada hacia Dios.

Porque hasta su muerte la vida de fray Juan será en el fondo ya la misma. Por una parte, dentro de la reforma, estará siempre comisionado en tareas de formación y dirección de frailes

y monjas. En seguida recorreremos todos esos encargos que tuvo. Por otra, ocupará puestos de gobierno en un plano secundario siempre, ya que los primeros títulos los detentarán Gracián y Doria, cuyos nombres y actuación llenan dolorosamente los lustros iniciales de la reforma teresiana. Juan no ha recibido del cielo la misión de la lucha externa en primer lugar. Él sera el hombre escondido que mantiene la brasa pura y que en las contiendas de familia pone la nota de elevación y de equilibrio, que faltó tantas veces a los demás. La misma santa, tan penetrante e intuitiva, se ha dado perfecta cuenta de ese papel que correspondía a su «senequita». Para la empresa exterior cuenta apenas con él. Pero para la obra secreta y misteriosa de la formación espiritual de sus hijas tiene plena confianza en su padre Juan, en aquel «santico de fray Juan», cuyos «huesecicos harán milagros», «hombre celestial y divino (que) no he hallado en toda Castilla otro como él, ni que tanto fervore en el camino del cielo». Y no es que la psicología sobrenatural de la madre coincida en todo con la de fray Juan. No, son en parte distintas. Pero se saben respetar y completar a su manera. Lo que seguramente no llegó a conocer Santa Teresa en toda su hondura fue la riqueza doctrinal de aquella alma y que su influencia iba a ser, a lo largo de los siglos, de una trascendencia sin comparación posible en la espiritualidad cristiana universal. Al menos no tenemos indicio de una tal visión profética teresiana. A pesar de las luces naturales y sobrenaturales de que estuvo egregiamente dotada, el abismo que tenía que medir ¡era tan grande!

Desde Toledo fray Juan de la Cruz fue enviado de superior al convento del Calvario, en la serranía de Jaén. Tuvieron los descalzos una especie de capítulo en Almodóvar del Campo, al que asiste nuestro Santo. Y allí fue nombrado para aquella soledad de Sierra Morena. Fueron meses felices, de paz recogida y callada, de oración y cultivo de almas selectas, de contemplación y éxtasis. Reviven los días de Duruelo otra vez. Desde el Calvario atiende a las carmelitas de Beas de Segura. Va con frecuencia a confesarlas, a proporcionarles sus primeros escritos espirituales, que se van perfilando ante aquellas almas deseosas y espléndidas. Entre ellas está por priora Ana de Jesús, que quedará de por vida tan vinculada a los avatares sanjuanistas. ¡Magnífico campo de experiencias para el santo doctor!

El 13 de junio de 1579 partía para Baeza a fundar allí un colegio de estudios para sus frailes. Baeza es la principal Universidad de Andalucía, surgida al calor del espíritu de Juan de Ávila. Y la casa de los descalzos carmelitas encuentra allí acogimiento cordial y fervoroso.

Como rector de Baeza, asiste el santo al capítulo de separación de la reforma que ha lugar en Alcalá a primeros de marzo de 1581. Allí fue elegido tercer definidor, continuando a la vez su rectorado en Baeza. En seguida será trasladado de prior al convento de los Mártires en Granada, donde permanecerá hasta finales de 1588. Fueron estos años fecundos, en su tarea de escritor sobre todo. Aquel lugar incomparable era a propósito para hacer producir a su pluma hecha llama. El paisaje de la sierra y de la vega, la luz, el aire, el perfume, la música enredada en el viento..., todo le sirvió para terminar de poner colorido y armonía a sus poemas y para redactar serenamente después sus comentarios.

Ya durante este período de su vida los viajes se fueron multiplicando cada vez más. Viajes a Caravaca, a Ávila para ultimar con la madre Teresa la fundación de monjas de Granada, viajes a los capítulos, que se suceden. En el de 1585 de Pastrana fue nombrado vicario provincial de Andalucía. Tuvo como consecuencia que aumentar sus actividades externas. Todo ello violentaría, sin duda, sus aspiraciones más profundas, pero la cruz de Cristo era el apellido que sellaba su vida. En 1586, fundación de descalzos en Córdoba; traslado de casa de las descalzas de Sevilla, reunión del definitorio en Madrid y fundación en la Corte de las descalzas con Ana de Jesús al frente de las mismas, fundación de descalzos en Mancha Real, preparación de la de Bujalance, etc., etc. Caminos, ventas, quebraderos de cabeza... En el capítulo de Valladolid de 1587 cesa de vicario provincial y vuelve a ser prior de Granada. Fue otro breve espacio de tiempo que pudo gozar de aquel retiro. Pudo así continuar sus quehaceres de director de almas y sus actividades literarias, siempre interrumpidas. Pero no duró mucho su quietud granadina.

En 1588 tenía lugar en Madrid el capítulo general para poner en vigor un breve de Sixto V, por el cual se organizaba de

manera nueva y especial la reforma del Carmen. Era obra del padre Doria, vicario de la misma, que aquí fue electo vicario general, ya casi independiente del general de la Orden. Seis consiliarios le ayudarían en el gobierno. Y uno de ellos fue San Juan de la Cruz. Para residencia permanente del vicario general y sus consiliarios se escogió el convento de Segovia. Allí residirá casi tres años nuestro Santo, que fue, además, nombrado prior de la casa de Segovia, ya que el vicario por sus viajes inherentes al cargo estaba mucho ausente.

Tres años en la paz de Segovia. Para despachar asuntos como consiliario, para consolidar aquella fundación, para dirigir almas (las carmelitas, sacerdotes, seglares), para contemplar..., en aquella soledad de junto al Eresma, frente a las torres y los muros de la vieja ciudad. Noches estrelladas de Castilla, murmullo apagado de sus campos inmensos, rumor de las aguas hondas del río..., mientras en las cuevas naturales de la huerta conventual fray Juan vive intensa su vida interior, hecha de «nadas» y de unión con el «todo».

Un día la imagen doliente de Jesús le ha preguntado que qué quería en recompensa de su amor puro y exclusivo, y Juan de la Cruz ha respondido generosamente: «Padecer, Señor, y ser menospreciado por Vos». Su oración iba a ser oída abundosamente.

En 1591 el capítulo le deja sin oficio y le arrincona como a «un trapo viejo de cocina». Fray Juan ha llegado a ser persona poco grata para el padre Nicolás Doria. Y es que nuestro Santo es la misma sencillez y sinceridad. Sabe obedecer fidelísimamente como el que más, pero sabe decir su parecer con toda llaneza cuando llega el caso. En varios procedimientos de la marcha de la consulta no ha estado de acuerdo... Ahora hay un choque fuerte entre las monjas y los frailes a causa de la manera de organizar el gobierno de aquellas. Se sospecha que Juan está de parte de las mismas. Y se le elimina con toda facilidad y sangre fría. Es más, oficiosamente se comienza un proceso contra él, que, según la intención del que lo ejecutaba, debería terminar con la expulsión del santo de la Orden.

Fray Juan pidió retirarse al conventito de La Peñuela, en la serranía de Jaén. Entretanto se aclaraba o no si marchaba a las

Indias, para las que se había ofrecido a ir, quitándose así del medio para no ser estorbo. Pero para ese largo viaje ya no hubo lugar.

En La Peñuela vive unos cortos meses. Debió de llegar en julio de 1591. De nuevo, la soledad, el silencio, la oración recoleta y sabrosa. Por fuera... la reforma padece, agitada por los procedimientos del padre Doria y sus incondicionales. En los conventos teresianos andaluces el proceso contra el santito de fray Juan se realiza turbando a las almas. Él ora, y sufre, y calla...

> «[...] De lo que a mí me toca, hija, no le dé pena, que ninguna a mí me da».
>
> «Hija mía: Ya sabrá los muchos trabajos que padecemos. Dios lo permite para gloria de sus escogidos. En silencio y esperanza será nuestra fortaleza».
>
> «[...] Y me hallo muy bien, gloria al Señor, y estoy bueno, que la anchura del desierto ayuda mucho al alma y al cuerpo, aunque el alma muy pobre anda».
>
> «Esta mañana habemos ya venido de coger nuestros garbanzos, y así las mañanas; otro día los trillaremos: es lindo manosear estas criaturas mudas, mejor que no ser manoseados de las vivas [...]».
>
> «Mañana me voy a Úbeda a curar de unas calenturillas, que, como ha más de ocho días que me dan cada día y no se me quitan, paréceme habré menester de ayuda de medicina, pero con intento de volverme luego aquí, que, cierto, en esta santa soledad me hallo muy bien».

Este último párrafo es de 21 de septiembre. Pocos días quedaban para la eternidad...

Ha escogido el convento de Úbeda porque en el de Baeza es más conocido y estimado. En el camino, ¡un penoso caminar enfermo!, le acompaña un lego. Y un episodio sencillo nos da esa nota humana que duerme siempre escondida en el alma de los santos. Su inapetencia le hace tener antojo de unos espárragos. No es tiempo de ellos. Pero, providencialmente, los encuentran los viajeros, como respuesta celestial a la humilde debilidad del frailecito.

En Úbeda, unos días largos, de más de dos meses, para acabar de consumarse la unión en la cruz. Una erisipela en una pierna, que poco a poco fue intoxicando todo el cuerpo. La septicemia se fue apoderando de todo él y manifestándose en tumores cada vez más impresionantes. La medicación y la ciru-

gía se emplearon sin reparos, según lo exigía la altura de los tiempos. El prior de la casa le trató con frialdad e inconsideración. Todo fue sufrimiento. «¡Me estoy consumiendo en dolores!» «¡Más paciencia, más amor y más dolor!», exclamará otras veces. Así hasta el 13 de diciembre. Esa noche agonizó santamente, dulcemente... Al filo de la media noche, desde «el estercolero del desprecio», se fue a cantar los maitines al cielo, como él mismo repitió ese día antes de morir. Llovía copiosamente por las calles de la ciudad moruna, donde apenas era conocido el santo del Carmelo. Sin embargo, pronto se llenó el convento de gentes que querían venerar su cadáver. Y el prior mandó abrir todas las puertas para que todos le pudieran ver. Y abiertas quedaron para siempre. Y la interminable procesión de sus devotos, de sus discípulos, de sus admiradores, sigue acercándose a sus reliquias; reliquias de su vida y de su pluma, reliquias vivas de su eterna lección.

Recordemos brevemente sus obras literarias. Ellas le valieron en 1926 el título de Doctor de la Iglesia. (Había sido canonizado en 1726.)

Las obras mayores están provocadas por varios poemas, maravillosos poemas, que le han colocado en la cumbre del lirismo en general: poesía pura, simbólica y ardiente, cuyo misterio permanece inexplicable a pesar de su sencillez humana y de los antecedentes literarios, bíblicos y extrabíblicos que se la quieran encontrar.

Las obras que en prosa interpretan a aquellos poemas son bien conocidas: *Subida del Monte Carmelo; Noche oscura del alma* (estas dos forman parte de un todo, que quedó, en definitiva, sin terminar), *Cántico espiritual* y *Llama de amor viva.* A lo largo de aquéllas el itinerario que el alma recorre es claro y certero. Negación y purificación de sus desórdenes bajo todos los aspectos. «Nada, nada, nada [...] Ni eso ni esotro». Para entregarse al Señor a través de los actos de las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, que van cristificando más al alma y apretando así la mística unión. Unión en que el Dios-amor se apodera más y más del alma, que queda en Dios perdida, endiosada en su Dios.

Otros cuantos poemas, unos pocos avisos: «Dichos de luz y amor»: un puñado de cartas..., nos quedan también como par-

tículas benditas, caídas de su mesa. Todo ello, riquísimo y sublime. Todo ello ha servido de manjar desde hace tres siglos a los espíritus mejores. Su gloria y magisterio se acrecen con el tiempo cada día más.

Juan de la Cruz es el doctor místico por antonomasia de la Iglesia, el representante principal de su mística en el mundo, la figura más egregia de la cultura hispana y una de las principales de la cultura universal.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

CRISÓGONO DE JESÚS SACRAMENTADO, *Vida de San Juan de la Cruz* (Madrid [5]1964; [13]1997).

RUANO DE LA IGLESIA, L. (ed.), *Vida y obras completas de San Juan de la Cruz* (Madrid [3]1955).

• Actualización:

Introducción a la lectura de San Juan de la Cruz (Salamanca 1993).

PACHO, E., *Diccionario de San Juan de la Cruz* (Burgos 2000).

RUANO DE LA IGLESIA, L. (ed.), *Obras completas de San Juan de la Cruz* (Madrid [2]2005).

RUIZ SALVADOR, F. - RODRÍGUEZ, J. V., *Dios habla en la noche* (Madrid 1990).

STEGGINK, O. - EFRÉN DE LA MADRE DE DIOS, *Tiempo y vida de San Juan de la Cruz* (Madrid 1992).

SAN VENANCIO FORTUNATO

Obispo († 605)

Su nombre completo era Venancio Honorio Clemenciano Fortunato. Había nacido cerca de Treviso y estudió en Ravena, donde Teodorico había formado una academia con los maestros más famosos de su reino. Fortunato se distingue entre todos los estudiantes por su amor a la poesía y su facilidad en entretejer versos sobre los temas más comunes y livianos. Aprende, sobre todo, el don de agradar y de hacerse simpático a las personas con quienes trata. No tiene enemigos, porque se juzga humildemente y reconoce en todos facultades superiores a las suyas.

> «Soy un pobre ingenio —dice de sí mismo—, el más humilde de los escritores de Italia, pensamiento ligero, inteligencia perezosa, palabra defectuosa, sin arte, sin experiencia, sin más que un

poco de agilidad verbal; espíritu obtuso que olvida un día lo que aprendió el anterior y que de tantas cosas bellas sólo conserva el aroma. No puedo pretender el manto recamado de púrpura de los magistrados ni el honroso birrete de los sabios. Mi insuficiencia me ha colocado en el último lugar».

Su formación literaria le aferró, en verdad, a las tradiciones del mundo antiguo y su musa no tuvo vigor para desprenderse del barniz retórico recibido en la escuela; pero entre la hojarasca de su producción poética desgranó verdaderas perlas, que le valieron por mucho tiempo el ser considerado como el modelo acabado del literato latino. Maestro en todo género de poesía le declaró un siglo después de su muerte Paulo el Diácono; en el siglo XVI Pedro Crinito le enumera entre los poetas clásicos, y agrega que sus himnos son la maravilla de los gramáticos italianos de la época y se comentan y explican en clase; su compatriota Jerónimo Bologni, de Treviso, dice que Horacio se queda empequeñecido ante los himnos pindáricos, de inspiración celestial, de Fortunato; Gaspar Barthio proclama a nuestro poeta el hombre de saber enciclopédico. Elías de Pin, por otra parte, no admite en Fortunato más que su facilidad maravillosa, y dom Cellier no le reconoce otro mérito más que su buena intención y su piedad. Los vientos han cambiado. Barthio había reconocido ya que la lengua de Fortunato corría encenagada por el ambiente de la época y Agustín Thierry le presenta como un obispo epicúreo que hallaba su deleite en los placeres de la mesa.

Pero no hay que exagerar las tintas en ningún sentido. Fortunato fue un hombre de su época a quien los azares de la vida echaron por los caminos del mundo y le convirtieron durante mucho tiempo en un bardo o un juglar.

Sus andanzas empezaron por un hecho insignificante. El mismo refiere que, estando en Ravena y a punto de perder la vista, le ocurrió echar en sus ojos unas gotas del aceite que ardía en la capilla de San Martín. Sus ojos se esclarecieron, y en agradecimiento emprendió una peregrinación al sepulcro del santo taumaturgo. Pero sus pies no buscaron el camino más directo. Se dejó llevar por su afán de curiosidad y por sus ansias de ver tierras, y visitó algunas ciudades alemanas y también los caminos de Francia.

Él conoce los encantos de la conversación, improvisa poemas y lleva cartas recomendatorias de los señores de una ciudad para los magnates de la otra. Todos los que se precian de elegantes se disputan el honor de acogerlo y agasajarlo. Fortunato les corresponde con delicados cumplidos y espléndidas lisonjas. Observa el aire de cada uno y orienta sus poemas de modo que les resulten placenteros. A los obispos les elogia por su piedad, por su celo apostólico, por sus espléndidas catedrales, por sus empresas grandiosas y por las obras de arte que han sabido disponer en sus iglesias; en los magnates galos admira su habilidad política, su elevado ingenio, su hospitalidad reconocida, su conocimiento del derecho, su elevación de pensamiento y su elegancia en la conversación latina, proverbial en otros tiempos en las familias de los Escipiones y de los Escévolas.

De cuando en cuando, en su amena conversación, describe tierras y paisajes lejanos, les relata leyendas y tradiciones, sucesos y percances, y en las prolongadas vigilias invernales nutre venturosamente con sus narraciones las fantasías de los jóvenes y de los ancianos. Más que por su talento, se hace querer por su afabilidad; más que por su imaginación discreta, por sus innegables dotes de improvisador; más que por la elegancia de su estilo, por la sencillez de su persona y la cordialidad de su carácter. Éste, mezcla de sensibilidad, de amabilidad, de benevolencia, de comprensión y de obsequiosidad, no dejaba de atraerse las simpatías de los hombres de su época, regocijados en extremo, pero marcados siempre con el aguafuerte de la violencia y de la barbarie. En este medio ambiente Fortunato tenía que aparecer como el prototipo de la delicadeza y de la dulzura. No es extraño, pues, que muchos de sus versos, impregnados en los encantos de una profunda amistad, llegaran a conmover delicadamente las fibras del sentimiento que siempre encierra el corazón de los hombres, aun en los más embrutecidos.

> «A pesar de la distancia —escribía al diácono Ruccón—, un mutuo cariño nos acerca. El recuerdo de tu amistad se mueve sin cesar dentro de mí, como las aguas del mar en la playa durante la tormenta. Mi corazón no puede estar en reposo cuando estoy lejos de ti».

Como él escribía sus poemas para determinadas circunstancias, para personas concretas, como hojas volanderas que se

lanzan al viento, jamás pensó ni se preocupó de otros versos que los que en el momento componía. Muy lejos de él la idea de que a nadie se le ocurriera reunirlos en una antología, ni siquiera recordarlos pasada la ocasión para que fueron escritos. Pero San Gregorio, obispo de Tours, reunió las poesías ligeras de su amigo Fortunato en un desordenado haz que tituló *Miscellanea.* El primer sorprendido fue el poeta, que, asombrado, escribía:

> «No concibo cómo puede dar algún valor a estas bagatelas ese varón apostólico. Las escribí dormido casi sobre la silla de la cabalgadura. Rodeado de un cortejo de bárbaros, en las crestas cubiertas de nieve o entre los bosques de árboles desnudos; nuevo Orfeo, mis cantos no eran más que gritos salvajes. En cuanto a los oyentes, eran incapaces de distinguir un ruido ronco de una voz armoniosa, el canto de un cisne del graznido de un ganso. Por la noche, en la asamblea de los leudes germanos, en medio de las jarras de cerveza y de hidromiel, después que el arpa había acompañado con sus zumbidos las canciones guerreras, yo aparecía, no como un poeta músico, sino como el murciélago de la poesía».

Muchos de los poemas de Fortunato fueron compuestos en estos ambientes. No es extraño, pues, que, entre el zigzaguear chispeante del ingenio del improvisador, dejen entrever el lastre de la pesantez de un estómago repleto.

Ch. Nisard juzga a Fortunato a la luz de estos poemas y nos da una visión repelente: Fortunato fue un amable regalón prendado del presente y despreocupado de los juicios de la posteridad. Él poseía la habilidad y la bondad, pero todo lo ordenaba a no resultar desagradable a nadie. Prudente, pero con una prudencia que rayaba casi en la poltronería. Su prudencia consistía en el miedo de comprometerse y en echar un manto de indulgencia antes que censurar a nadie. Su vida no se extiende más allá de la impresión momentánea, carecía en absoluto de previsión. Cuando un suceso le enojaba, era incapaz de afrontarlo con decisión o de defenderse con valentía. La amistad protectora de Santa Radegunda le aseguraba la indulgencia de los que pudieran sentirse perjudicados; su insignificancia la atraía el perdón que no hubiera merecido su flexibilidad. Fue mimado por todos los que le trataban, y tomaba esos agasajos como señales de verdadera amistad; pero el mundo le negó la franqueza de una sincera y profunda amistad, que él no llegó a sentir por

parte de nadie. El prefería las lisonjas y, con la esperanza de ser agasajado y honrado, incensaba sin cesar a cualquier truhán que le recibiera en su palacio. Así, por ejemplo, del marido de Fridegunda, que San Gregorio de Tours califica de Nerón y Herodes, dice Fortunato:

> «Se está construyendo un muro de protección con sus obras de piedad; su justicia se manifiesta tan bien ordenada que nadie se queja de sus decisiones; jamás se aparta de la línea de la rectitud; su boca no se abre más que para decir la verdad; en fin, si se pudieran conocer y describir todas sus virtudes y buenas cualidades, se hallarían tantas que, repartidas, podrían hacer buenas a muchas personas».

Es el hombre de los homenajes oficiales, el sucesor indiscutible de los panegiristas imperiales del siglo IV; alaba a fondos perdidos, y con sus visitas a abadesas y obispos, el trato frecuente de los príncipes y las inflexiones profundas de su espalda ante los reyes, llena y colma su vida. El ejemplo más fehaciente y significativo es el epitalamio dirigido a Sigeberto. Fortunato evoca en él los dioses de la mitología griega que presiden la unión de los sexos y los presenta hablando como insubstanciales mequetrefes.

Pero el crítico no debe juzgar a un autor por un aspecto parcial de su obra. La visión del hombre hay que proyectarla sobre todas las alternativas de su vida, y la del escritor por el conjunto de sus obras. Y del conjunto de su obra y de su vida nosotros deducimos que Fortunato, a pesar de las apariencias, fue un escritor sincero. Él siente en cada momento la verdad de lo que dice. Su fallo estuvo en su simplicidad, en su ingenuidad, en su falta de sagacidad para sorprender o descubrir la astucia de los señores galos. Y esta equivocación se explica fácilmente en quien no les conocía en todos sus subterfugios y marrullerías, disimuladas elegantemente en un rato de velada al amor de la lumbre y delante de un huésped delicado en su trato y agradable en su conversación.

Con todo, llega un momento en que Fortunato deja de ser el bardo de los salones señoriales. A los dos años de peregrinaciones, el poeta fija su residencia en Poitiers, cautivado por las virtudes de la reina Radegunda, profesada como simple monja en

el monasterio de Sainte-Croix. Existe en el Ayuntamiento de Poitiers un fresco, obra de Puvis de Chavannes, en que Fortunato, de pie, declama una poesía emocionado en presencia de Radegunda y otras monjas de su monasterio. En los rostros se dibuja la emoción y una hábil amanuense recoge diligente los ecos del poeta. Queremos imaginar que Fortunato declama ante Radegunda, su madre, y la abadesa Inés, su hermana, el bello poema titulado *Las flores del altar,* que a ellas les dedica. Nada más emotivo ni más tierno *(Miscellanea* 1.8 n.12):

> «La tierra se ve oprimida por los rigores del frío invernal, ha huido la luz y se han deshojado las flores.
>
> En la primavera, cuando el Señor venció al infierno, la hierba surge gozosa y cubre la tierra de una cabellera abundante; ahora los hombres engalanan con flores sus puertas y sus balaustradas, y las mujeres llenan de rosas perfumadas los pliegues de sus vestidos.
>
> Pero vosotras no cortáis las flores para vuestro regalo, sino para Cristo, para llevar vuestras primicias a su templo. Habéis cubierto los festivos altares de coronas variadas; bajo estas flores nuevas, el ara resplandece como la pintura de un bordado.
>
> En vuestras guirnaldas, el azafrán de oro se une a la pálida violeta, la blancura de la nieve y la púrpura resplandecen, el azul se mezcla agradablemente con el verde.
>
> Las rosas rivalizan en sus colores, y pensaríamos que han elegido esta mansión de paz para contender sobre su hermosura. Esta cautiva por su blancura; aquélla, por su encarnada viveza; la otra embriaga con su perfume, la de más allá reclama nuestra mirada con su hermosura.
>
> Así luchan entre sí las flores, de manera que unas superan a las piedras preciosas por su colorido y otras exceden al incienso con su perfume».

La reina-monja ya no dejó marchar de Poitiers al poeta. La admiración que por él sentían las dos santas, la abadesa Inés y la profesa Radegunda, llegó casi a la veneración desde el día en que la monja-reina hizo traer de Constantinopla un buen trozo de la cruz en que murió Nuestro Señor. Una multitud inmensa salió a recibir la preciosa reliquia, cantando un himno compuesto por Fortunato para aquella ocasión: *Vexilla regir prodeunt:* «Los estandartes del rey se despliegan, brilla el misterio de la cruz, patíbulo en el que pendió el cuerpo del Creador de toda carne». Cuando la adorable reliquia hizo su entrada por las puertas de la catedral, los clérigos de Poitiers entonaron otro

brillante himno, también de Fortunato: *Pange, lingua, gloriosi praelium certaminis.* Estos himnos que entona la Iglesia universal en el tiempo de Pasión, son de los trozos más bellos de la liturgia romana.

El poeta se ordena de sacerdote. Desde entonces Fortunato es el capellán de Sainte-Croix, el consejero, el hombre de confianza, el intendente, el embajador, el árbitro en las menudas rencillas que surgen en toda sociedad humana, y moderador de las pasiones y arrebatos femeninos.

Su carácter se dulcifica más y más, su piedad crece ante los ejemplos de las dos santas monjas, y sus versos se visten de mayor hermosura y de una delicadeza superior. Escribe menos, pero con mayor exquisitez y menos ansias de agradar al mundo. Ya no aspira más que a agradar a las siervas de Dios, que, por su parte, sienten vivo placer en escuchar los versos de su capellán, y éste aprovecha cualquier obsequio, cualquier fiesta del convento, para recrear a las monjitas con sus cantos. Un día será por la solemnidad de la Pascua cuando les entonará su magnífico himno *Salve, testa dies,* cantado en otro tiempo en la liturgia pascual, cuyos últimos versos suenan así:

> «Ha llegado el tercer día; levántate, sepultado mío [...] desnúdate de tu mortaja, te lo suplico; deja el sudario del sepulcro; tú eres lo único que ansiamos; sin ti todo nos enfada».

Otro día en que el convento celebra una festividad de la Santísima Virgen, Fortunato regalará a sus monjas con unas estrofas aladas, que recoge el oficio parvo de Nuestra Señora:

> «¡Oh gloriosa Señora, más alta que las estrellas!, tú regalas a tu Criador con la leche de tus pechos.
>
> La pobre Eva nos privó de la vida, tu Hijo nos la restaura; tú eres puerta del cielo por la que entran todos los que lloran. Por ti se llega al rey del cielo, por ti se entra en el reino de la luz. ¡Oh pueblos redimidos!, aplaudid la vida que se nos ha dado por María».

Otra vez será el tiempo de Navidad cuando Fortunato entone su himno navideño: *Agnoscat omne saeculum.*

El peregrino había encontrado definitivamente su nueva patria. Ya los obispos galos le celebran no sólo por su genio de improvisador, sino por la unción que pone en sus versos. Todos quieren decorar sus iglesias, sus baptisterios y sus sepulcros con

inscripciones de Fortunato, y éste no se hace nunca de rogar. Muchas iglesias de Francia quedaron adornadas con inscripciones suyas.

Santa Radegunda murió en 587. Fortunato fue el primer biógrafo de la santa. En 597, huérfana la iglesia de Poitiers de su pastor, eligió a Fortunato para obispo, y desde entonces el trovador da de mano a sus delicadas «bagatelas».

El poeta ha muerto y surge en su lugar el pastor celoso, el predicador sugestivo y delicado, el padre atento tan sólo al bien espiritual de sus hijos y a la santificación de su alma.

Murió el poeta, pero nació el santo.

JOSÉ GUILLÉN

Bibliografía

BLOMGREN, S., *Studia fortunatiana,* 2 vol. (Upsala 1933-1934).
GAIFFIER, B. DE, «S. Venance Fortunat, évêque de Poitiers. Les témoignages de son culte»: *Analecta Bollandiana* 70 (1952) 262-284.
Monumenta Germaniae Historica. Auctores antiquissimi, t.4/1: *Poetica,* ed. F. LEO; t.4/2: *Pedestria,* ed. B. KRUSCH (Berlín 1881-1885).
TARDI, D., *Fortunat. Étude sur un dernier représentant de la poésie lat. dans la Gaule mérov.* (París 1927).
VACANT, A. - MANGENOT, E. - AMANN, E. *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VI/1: *Flazius-Gezon* (París ²1947) cols.611-614.

SAN NIMATULACIO (JOSÉ KASSAB) AL-HARDINI

Presbítero († 1858)

La Iglesia maronita tiene por su fe en Cristo e inserción en la Iglesia universal una exuberante vida interior que hace de sus prelados, sacerdotes, monjes y seglares una comunidad comprometida en dar testimonio de Jesucristo en el cercano Oriente, difundiendo el buen olor de Cristo a su alrededor por sus acrisoladas virtudes. Varios santos y beatos, que la autoridad de la Iglesia ha colocado en los altares, avalan la afirmación de que la santidad florece en esta antigua y acreditada comunidad católica. Uno de sus recientes santos es precisamente San Nimatullah, latinizado Nimatulacio, sacerdote y monje de la orden libanesa maronita.

Su nacimiento fue el año 1808 en la villa de Hardine, un pueblo maronita de la montaña del Líbano, concretamente en el

norte del país. Nace en una familia maronita de apellido Kassab y es llevado a bautizar el día mismo de su nacimiento, que las fuentes consultadas no reflejan, y se le impuso el nombre de José. Su padre se llamaba Girgir Kassab y su madre Mariam Raad, naturales respectivamente de Hardine y de Tanourin. Tuvieron seis hijos, cuatro varones y dos chicas, y trataron desde el principio de educar a sus hijos en la sólida tradición de su comunidad cristiana. El ambiente de su casa era de mucha devoción y de mucha moralidad, inspirada la vida en los principios del evangelio, y dirigido ante todo a que se formara en los corazones de los hijos una sólida piedad. Esta siembra dio fruto abundante, pues los cuatro hijos varones optaron por la vida religiosa o sacerdotal. Y así Tanios se hizo sacerdote diocesano y pasó la vida dedicado a la pastoral parroquial al servicio de los fieles; Eliseo entró en la orden libanesa maronita y llevó vida de ermitaño, dedicado a la divina contemplación, a lo largo de cuarenta y cuatro años; Msihieh fue monje en el Monasterio de San Juan Bautista de Hrasch, y nuestro santo será sacerdote y monje igualmente. Una de las hijas optó también por la vida religiosa, entrando en el monasterio de San Juan de Hrache, de Kesruane, en el Líbano central.

José aprendió las enseñanzas elementales en el convento de San Antonio de Houb, en Tannourine, población distante una hora de camino de su natal Hardine. Y por ello el muchacho tenía todos los días que ir a pie desde su pueblo al convento. En la enseñanza elemental que se le dio en el convento entraba el conocimiento de las dos lenguas usadas entonces entre los maronitas, el árabe y el siríaco. El muchacho resultó ser un chico disciplinado y despierto, y cursó con normalidad y aprovechamiento los cursos elementales. Y terminados estos, se le envió con su abuelo José Raad, que era el párroco de Tannourin, lo que no puede extrañar pues es bien sabido que entre los maronitas los sacerdotes seculares pueden ser hombres casados. En el ambiente de la parroquia, asistiendo a los divinos oficios y viendo el ejemplo de su abuelo, José recibió una positiva influencia en orden a dedicar su vida a Dios Nuestro Señor. La suya era una juventud honesta, pura y piadosa, y maduraba en su corazón la idea de ser él también sacerdote. El ejemplo de

los monjes del monasterio frecuentado por él le atraía y decidió no ser sacerdote secular como su abuelo sino sacerdote y monje en un monasterio como aquel en que había pasado sus años de escolarización. Con la bendición de su familia, a los veinte años de edad llamó a las puertas del monasterio de San Antonio, de Qozhaya, en el Líbano septentrional.

Eligió un monasterio muy acreditado. En efecto gozaba de merecida fama por su prosperidad espiritual y material, y se decía que el Señor subrayaba esta buena situación del convento haciendo que los fieles que acudían a él para pedir la gracia del Señor obtuvieran la curación de las enfermedades mentales y el don de los hijos en las familias que los deseaban. Algunos fieles, para insistir en la petición de estas gracias, se encadenaban un tiempo en el convento. Sobresalía este monasterio por su imprenta, abierta nada menos que en 1610, así como por sus talleres de oficios o trabajos manuales, como los de sastre, zapatero, encuadernador, apicultor, cultivador de naranjas, etc. Este monasterio, gracias a su prosperidad, era capaz de sostener otras fundaciones monacales menos prósperas en lo material. El clima del monasterio era excelente: una guarda perfecta de la disciplina monacal envolvía el amor a la oración personal y comunitaria y al trabajo de los monjes, ocupaciones en las que se distribuía sabiamente el tiempo.

El joven José Kassab, al ser admitido en el noviciado, debió dejar su nombre y su apellido y tomar otro que le fue dado: el de Nimatullah, como nombre propio, y el de su pueblo originario como apellido: Nimattulah al-Hardini, y con él será conocido en adelante y con él subirá a la gloria de los altares. Como novicio debía aprender a integrarse en la oración comunitaria y en la vida comunitaria de trabajo. Muy pronto los superiores se dieron cuenta de que el nuevo religioso daba muestras de verdadero espíritu monacal. Cumplía el reglamento del monasterio con gran perfección, trabajaba con dedicación en las labores que se le asignaban y participaba con mucha piedad en la oración común. Pero además los monjes podían observar que el joven novicio se iba a la iglesia los tiempos libres y delante del sagrario se pasaba las horas en oración con las manos levantadas según el estilo habitual de su iglesia. Es por ello que no ex-

trañó a ninguno que fuese admitido a la profesión monacal, la cual emitió el 14 de noviembre de 1830.

Iban a empezar tres años de estudio serio y profundo para él. El nuevo monje fue enviado a la población de Kfifane, al monasterio de los Santos Cipriano y Justina. Y aquí recibió las lecciones de filosofía y teología que hicieron de él una persona apta para recibir el sacerdocio. Al mismo tiempo que participaba en el oficio divino diario, tenía que estudiar, y colaboraba con el sostenimiento de la comunidad encuadernando libros y trabajando en los campos. Se resintió por entonces su salud, y al verlo enfermo los superiores decidieron dispensarlo del trabajo en el campo, pensando que no era fuerte como para él, y se lo cambiaron por el de encargado de la ropería. Le tocaba a él velar por que los hermanos tuvieran sus ropas en buen uso o se le hiciesen nuevas cuando fuera preciso, y se le encomendó a él la tarea de ser el sastre de la comunidad, resultando ser hábil en esta tarea y siendo ésta su principal colaboración con el trabajo de la comunidad. Pero tuvo otra ocupación también: la de enseñar a los niños, lo que hizo con mucha dedicación y entrega. Los superiores pensaron por fin que Nimatullah estaba preparado para recibir el sacerdocio y decidieron presentarlo al obispo para que lo ordenara. Él se preparó con mucha devoción a ser ungido sacerdote del Señor y habiendo recibido la ordenación sacerdotal en 1833, comenzó a celebrar con mucha y evidente piedad la santa misa, siendo de edificación a todos los que se la oían.

Una vez ordenado sacerdote, los superiores pensaron que era él el más indicado para estar al frente del escolasticado, al mismo tiempo que se le asignaba dar clases, tarea ésta que le acompañaría hasta sus últimos años. Comprendió él lo importante que era esta tarea de enseñar a los niños, el gran apostolado que ello significaba y la gran necesidad que tenía el pueblo maronita de que sus hijos fuesen educados a la sombra de la Iglesia y enseñados por los maestros del monasterio. Por ello él mismo dio vida a una institución que llamó la «Escuela bajo la encina». Como maestro de los niños y como profesor del escolasticado siempre consideró la enseñanza como una tarea muy principal de su Orden.

Su profundo espíritu cristiano y religioso quedó de manifiesto cuando se condujo con tanta prudencia y caridad en las circunstancias de las guerras civiles de 1840 y 1845, y en las matanzas de cristianos maronitas y destrucción de monasterios acaecidas en 1860. Se ofreció al Señor por la salvación del Líbano y de su Orden.

Pero antes de esa fecha de las matanzas ya la Santa Sede le manifestó su afecto y estima. En 1845 fue nombrado asistente general de la Orden, y se dio como causa de este nombramiento su celo por la perfecta observancia de la regla monástica. Como tal asistente general se preocupó mucho por la situación de su Orden, dando todos los consejos que estimó oportunos en orden a mejorar y mantener la Orden en la espiritualidad más plena y el buen orden en todas las cosas. Se preocupó de la formación de los jóvenes religiosos y propuso que siete de ellos fueran enviados al colegio que habían fundado los jesuitas en Ghazir y donde podrían profundizar los estudios. Estos siete religiosos garantizarían el alto nivel que él quería que tuvieran los estudios eclesiásticos dentro de la Orden. Terminado su trienio como asistente general, fue enviado al convento de San Marón de Annaya (1848) y luego al de San Antonio de Houb (1849). Al siguiente año le vino un nuevo nombramiento de asistente general, que desempeñó con eficacia durante tres años. En 1853 volvió a Kfifane para hacerse cargo de la cátedra de teología moral, cargo que desempeñó tres años con mucho fruto de los estudiantes, y al término de los mismos, por tercera vez le llegó el cargo de asistente general. Y como supiera que pensaban en él para superior general de la Orden, no dejó de afirmar que prefería la muerte a desempeñar un cargo tan alto y delicado.

Su altísima vida interior y su espiritualidad quedaron muy de manifiesto en estos años de asistente general. Su carácter dulce y su bondad hacían amables todas sus intervenciones como tal asistente. Vivió en el monasterio de Nuestra Señora, de Tamich, al lado del padre general, pero pasaba algunas temporadas en Kfifane a causa de sus clases, que no dejó del todo en este tiempo, y de su labor como encuadernador que le hacía velar con gran celo por los manuscritos litúrgicos. Entre sus alumnos

tuvo de 1853 a 1858 a San Charbel Makhlouf, que estaría presente al momento de su santa muerte.

Esta llegó de forma inesperada. Nimatullah tenía solamente cincuenta años. Nimatullah había ido a su querido monasterio de Kfifane para dar sus clases. Era el mes de diciembre de 1848 y hacía un terrible frío. Ello fue la causa de que el santo monje cogiera una pulmonía. Se dieron cuenta los monjes de su gravedad. Él sentía mucho no poder acudir al coro, y pidió humildemente que lo llevasen a una celda que estuviera cerca de la iglesia para oír desde ella los cantos corales de la comunidad. Así se hizo. Muy pronto la enfermedad empezó a agravarse y se vio que era el fin. Su agonía duró varios días. Le dieron los santos sacramentos que recibió con gran piedad, y tomó en sus manos un icono de la Virgen, a la que dirigía sus oraciones y plegarias. Era el 14 de diciembre. Los que rodeaban el lecho del moribundo vieron de pronto una luz especial que llenó la celda y un perfume singular la inundó. Nimatullah entregó su espíritu al Señor. Todos estaban seguros de haber asistido a la muerte de un santo, y su cadáver fue conducido al monasterio de los Santos Cipriano y Justina, donde reposa.

La fama de santidad rodeó su memoria. Todos recordaban que era un verdadero discípulo de Cristo en todos los aspectos. Su humildad, su caridad, su fortaleza, su espíritu de oración, su confianza en la voluntad de Dios, su autodisciplina y control para estar siempre dedicado al bien, su conducta de penitente y monje austero, su laboriosidad y su apego a la disciplina monacal etc. crearon en todos los que le conocieron la convicción de que habían convivido y tratado con un verdadero santo, con un hombre de virtudes heroicas. Fue un ardiente devoto de la Santísima Virgen, a la que honraba cada día con el rezo del rosario y a la que invocaba frecuentemente teniendo su dulce nombre continuamente en los labios. Practicaba todos los sábados el ayuno en honor de la Virgen y las vísperas de sus fiestas igualmente, y tenía especial devoción por el misterio de la concepción inmaculada. Y esta devoción personal suya intentaba pasarla a todos los que trataban con él, y para ello fundó cofradías marianas y erigió altares en su honor, nada menos que dieciséis, uno de los cuales, en el monasterio de Kfifane se llama ahora al-

tar de Nuestra Señora de Hardini. Se empezó su causa de beatificación y canonización. El papa Juan Pablo II procedió a beatificarlo el 10 de mayo de 1998, con gran gozo de la Iglesia maronita. Posteriormente la fama de milagros siguió rodeando al beato, y se propuso un milagro para su canonización, que fue aprobado el 20 de diciembre de 2003, procediéndose a su solemne canonización el 16 de mayo de 2004.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 90 (1998) 948-950
L'Osservatore Romano (ed. en español) (14-5-2004) 11.
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II*, IV (Ciudad del Vaticano 2004).
Bibliotheca sanctorum. Prima appendice (Roma 1987) cols.706-707.
MAHFOUZ, J., *Ni'matullah Kassab Al-Hardini* (Roma 1980).

BEATA MARÍA FRANCISCA SCHERVIER
Virgen († 1876)

San Francisco de Asís no sólo fue fundador de tres Órdenes: para hermanos de vida apostólica (frailes menores), para damas pobres, monjas dedicadas a la oración y a la contemplación de su Esposo, y laicos que, en medio del mundo, testimoniaran la riqueza y la fecundidad del Evangelio del Reino de Dios. No sólo fue fundador, sino también modelo de vida evangélica e inspirador de múltiples tareas, realizadas para gloria de Dios, para encarnar el Evangelio en el mundo y para el bien espiritual y temporal de sus hermanos, sobre todo de los más desvalidos. En el gran espacio de la Tercera Orden Franciscana, han nacido y crecido numerosas familias religiosas, que han querido ser fieles al espíritu de Francisco de Asís, el cual inició su conversión practicando la misericordia para con leprosos, mendigos y toda clase de marginados.

Este espíritu de misericordia y compasión fue compartido, en el siglo XIX, por una mujer, nacida en un hogar rico, pero que voluntariamente se hizo pobre para compartir la suerte de los más necesitados y para aportarles el remedio de sus males y aliviar sus sufrimientos, en la medida de lo humanamente posi-

ble siempre superado por la caridad de Dios. Abrazó de corazón la pobreza y la misericordia siguiendo las huellas de Francisco de Asís, en una sociedad que se abría a nuevos horizontes de industrialización, dirigida por el capitalismo incipiente y el liberalismo económico que construía su opulencia a costa del trabajo de los asaliariados, de los proletarios, quienes iban hacinándose en los nuevos barrios de la periferia de las grandes ciudades, o tenían que emigrar a países más prósperos para ganarse su pan y el de su prole.

María Francisca nació en Aquisgrán (Aachen) el 3 de enero de 1819, hija de Enrique Schervier y Eloísa Migeon. Su padre era propietario de una industria de fabricación de agujas y era vicealcalde de aquella ciudad alemana. La niña tenía seis hermanos y en el bautizo fue apadrinada por el emperador Francisco II. Recibió una educación religiosa y más bien severa. Asistió a una escuela donde ejercía su labor docente la célebre literata y convertida Luisa Henzel. Era ésta una mujer de gran sensibilidad social hacia pobres y enfermos y su ejemplo influyó decisivamente en su alumna. La riqueza de su familia no apartó a Francisca del mundo de la pobreza. Sobre todo después de la muerte de su madre, en 1832, y de sus hermanas mayores al año siguiente, además de dirigir el hogar, empezó a volcar su corazón en la miseria de los más humildes. Cultivó desde la adolescencia una intensa vida espiritual y apostólica. Eran largos e intensos sus ratos de oración, eran frecuentes las visitas a los pobres y a los enfermos. Se ocupaba también de la catequesis de los niños. En 1844 ingresó en la Tercera Orden Franciscana. El padre no veía con buenos ojos tanta dedicación a la vida devota y al apostolado; procuró al principio mitigar los fervores de la hija. La pequeña burguesa ejercía sus obras de misericordia en un medio hostil o indiferente; pero encontró apoyo y ayuda en un coadjutor de su parroquia, el reverendo D. Istas.

Muerto el padre, Francisca inició su fundación. Primeramente, con tres amigas terciarias tomó en alquiler una pequeña casa en 1845; adoptaron el género de vida de los más humildes para ser sus servidoras. El 3 de octubre de aquel año dieron comienzo a su vida y apostolado en común. Trabajaban en los barrios más humildes de la ciudad, entre los obreros que fre-

cuentemente llevaban una vida dura, sin la protección de leyes sociales. En su propia casa llegaron a acoger hasta 30 prostitutas, asistían a los enfermos sifilíticos e infecciosos a domicilio o en los hospitales públicos. Abrían cocinas económicas para los más necesitados. Cuando hubieron salido de su humilde casa las prostitutas, se maduró la idea de formar una comunidad de vida contemplativa, que inició su camino en 1849. Pronto las primeras hermanas tuvieron ocasión de manifestar su caridad y misericordia en el cólera y la epidemia de viruela que asoló la ciudad. Francisca fue elegida superiora de la comunidad, cargo que desempeñó hasta la muerte, salvo un breve paréntesis en el verano del citado 1849. Escribió un regla que declaraba patrono del naciente Instituto a San Francisco de Asís, cuyo espíritu las hermanas querían asumir y reproducir en todo. La caridad, la extrema pobreza y las obras de misericordia hacia los pobres constituían el programa de aquellas terciarias.

En 1848 ya eran trece las que se llamaban «Hermanas de los pobres de San Francisco». Formalmente iniciaron su vida religiosa el 12 de octubre de 1850. El 12 de julio de 1851 el arzobispo de Colonia, cardenal Juan von Geissel, aprobó el nuevo Instituto y sancionó sus primeras constituciones. Éstas preveían que las religiosas fueran terciarias franciscanas, que algunas pudieran llevar vida contemplativa como se había intentado ya en 1849, que la dedicación preferente de las hermanas fuera la asistencia a los enfermos y enfermas, la ayuda a las prostitutas y a las encarceladas. Renunciaban casi absolutamente a la propiedad, se obligaban a pedir limosna para los pobres: en verdad, eran servidoras de éstos. El siguiente 12 de agosto, fiesta entonces de Santa Clara, 24 religiosas emitieron la profesión religiosa dentro de la Tercera Orden Franciscana, vistieron el hábito y se ciñeron el cordón. Al año siguiente pudieron adquirir el antiguo monasterio de clarisas de Aquisgrán. Durante cuatro años, la fundadora sostuvo un pulso con las autoridades civiles porque éstas querían inmiscuirse en las cuentas de la comunidad, la cual sólo vivía de limosnas. Al fin sor Francisca logró la autonomía frente a la fiscalización civil y prescindió de enviar religiosas a hospitales civiles.

En 1855 la congregación contaba ya con 94 profesas, 34 novicias y 13 casas, todas en Alemania y en ciudades grandes, don-

de era pujante la industrialización. La fundadora había rehusado salir al extranjero, aunque le llegaron peticiones en este sentido de Viena, Irlanda, Londres y Tournai.

Pero en 1858, ante los ruegos de una convertida americana, Sarah Peter, sor Francisca abrió una casa en Cincinnati (EE UU) para ayudar a sus connacionales emigrados a aquel país. La labor de las hermanas fue valorada enormemente, de tal forma que desde entonces, casi cada año, se iban abriendo casas de la congregación en los Estados Unidos de América del Norte sobre todo en hospitales. Por dos veces, en 1863 y 1868, sor Francisca visitó las casas americanas. En Alemania, la congregación seguía experimentando una gran expansión. Durante las guerras de 1864, 1866 y 1870, estas hermanas de los pobres se dedicaron al servicio de los heridos en los hospitales militares.

La *Kulturkampf* obstaculizó seriamente la marcha del Instituto cerrando las casas dedicadas a la educación; las colectas fueron prohibidas, en 1875 les vetaron la admisión de postulantes. Pero tras la tormenta de aquel movimiento antieclesial, volvió la calma y siguió desarrollándose el Instituto.

La múltiple actividad caritativa de sor Francisca y del nuevo Instituto abrazaba toda situación miserable: desde la preferencia por los ancianos y enfermos, por los obreros, por los heridos en la guerra, por los encarcelados, por las muchachas en peligro de deslizarse por el vicio. Con razón Francisca Schervier era llamada «madre de los pobres».

La fundadora, mientras tanto, intensificaba el seguimiento pobre y mortificado de su Señor crucificado. A su vida austera, ella y sus hijas, unían numerosas penitencias voluntarias. Como algunas de ellas habían muerto prematuramente, el arzobispo Pablo Melchers, de Colonia, mitigó los prolongados ayunos de las hermanas.

Madre Francisca sobresalía primeramente por su espíritu de piedad, de amor a Dios, insistiendo día y noche a la oración; por su preocupación de evitar cualquier ofensa a su Señor; por su acatamiento de la voluntad divina; por su devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen; por la renuncia y desprecio de sí misma.

> «Fue firmísima —escribe Pablo VI en el breve de beatificación— en salvaguardar el honor de Dios; fue dulce y maternal hacia el prójimo, severa y exigente consigo misma; reverente hacia todos los sacerdotes que reconocía como hombres de Dios y dispensadores de los dones sobrenaturales».

Pío IX firmó el decreto de alabanza de las Hermanas de los pobres de San Francisco el 22 de julio de 1870; León XIII ratificó la aprobación en 1888. El reconocimiento pleno por parte de la Santa Sede fue otorgado por San Pío X, el 6 de octubre de 1908. El Instituto fue agregado ya en 1846 a la Orden de los Frailes Menores, agregación ratificada en 1904.

La madre fundadora dio un altísimo ejemplo de paciencia en los sufrimientos de su última enfermedad, que sostuvo crucificada con Cristo redentor, a imitación del seráfico Padre. Emigró de esta vida el 14 de diciembre de 1876. Toda la ciudad de Aquisgrán la lloró como a su madre, amadísima de todos. El clero reconoció que sor Francisca era amada de todos los ciudadanos que de buen grado la proclamaban «madre de Aquisgrán».

Iba creciendo su fama de santidad. La causa de canonización tuvo inicio en la curia arzobispal de Colonia, continuó en Aquisgrán, que había recuperado la sede episcopal. La Congregación romana de Ritos aprobó la introducción de la causa el 28 de febrero de 1928. Pablo VI aprobó sus virtudes heroicas el 30 de enero de 1969. El 18 de octubre de 1973 fue aceptado el milagro exigido para la beatificación, que el citado sumo pontífice celebró en la basílica de San Pedro del Vaticano el 28 de abril de 1974.

En tal ocasión, el siervo de Dios Pablo VI pronunció estas palabras:

> «La nueva beata fue llamada "madre de los pobres", fue promotora audaz y vigorosa, fundadora con genio organizativo [...] de instituciones para la asistencia a los obreros no prevista por las leyes de la época, para ofrecer las prestaciones más humildes y generosas a los pobres, a los necesitados de toda categoría, a los desprovistos de toda ayuda material y espiritual [...] La santidad de la caridad, ¿quién la podrá medir? ¿Quién la podrá explorar hasta el fondo? [...] ¿Quién la podrá definir teniendo en cuenta la doble fuente misteriosa que la genera: la caridad divina, carisma sobrenatural por excelencia [...] la caridad humana que, como dice Pablo, es paciente, amable [...] todo lo aguanta, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta, la que nunca se acabará? (1 Cor 13,4-8). Subrayemos la continua conversación con Dios, ardiente siempre en la

experiencia espiritual de la beata, no distraída, sino franciscanamente atraída al divino coloquio en medio de la misma actividad caritativa exterior, como Cristo nos enseñó, él que se hace presente en el hombre pobre y desgraciado [...]. Retengamos de ella este testimonio: "Todo su obrar era como si Dios hubiese siempre estado con ella"».

La congregación creció en Alemania y en Estados Unidos. Fue dividida en seis provincias. Las religiosas de los dos continentes se vieron separadas durante la Segunda Guerra Mundial. En 1950 la casa general se instaló en Frascati, junto a Roma. Más adelante volvió a Alemania, actualmente reside en Aquisgrán. Los diferentes puntos de vista entre las religiosas alemanas y las norteamericanas llevaron a la escisión en 1959. Las americanas constituyeron un Instituto autónomo, bajo la denominación de «Franciscanas de los pobres».

En 1970 las Hermanas de los pobres de San Francisca llegaron a ser 1.700. En 1982 contaban con 43 casas y con 1.027 religiosas.

En las que se reconocen «hermanas de los pobres», tan queridos y acogidos por Francisco de Asís, la caridad efectiva, con obras y de verdad, «no pasa nunca».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 26 (1934) 597-600; 66 (1974) 101-103; 268-272.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.726.
BROSCH, J., *Franziska Schervier* (Aquisgrán 1953); ed. italiana actualizada: *Beata Francesca Schervier* (Roma 1974).
DREISSEN, J., «Zur Spiritualität der Seligen F. S.»: *Ordenskorrespondenz* 17 (1976) 48-62.
GOSSENS, B., *La serva di Dio Francesca Schervier* (Roma 1935).
HUMPF, C., *Wagnis der Liebe* (Limburgo 1962).
JELIER, J., *Die gottselige Mutter Francisca Schervier* (Friburgo de Brisgovia 1927).
— *Vita ed opere della serva di Dio Francesca Schervier* (Roma 1933).
MAYNARD, T., *Through my gift* (Nueva York 1951).
MEYER, W., *Im Rufe der Heiligkeit* (Werl 1925); ed. italiana: Roma 1933.
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1983) t.VII, cols.239-241; (Roma 1988) t.VIII, cols.1035-1038;
SOR PAULINE, *Frances Schervier mother of the poor* (Paterson, NJ) 1946.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS HERÓN, ATEO, ISIDORO, DIÓSCORO

Mártires († 250)

Según cuenta San Dionisio de Alejandría en su carta al obispo Fabio de Alejandría, en el imperio de Decio fueron martirizados en Alejandría tres cristianos, que se negaron firmemente a apostatar, pese a las torturas terribles que les fueron infringidas, y al final fueron quemados vivos. Eran Herón, Ateo e Isidoro. Con ellos había sido apresado el joven Dióscoro, de unos doce años, al que azotaron fuertemente para que apostatara y con la esperanza de que su apostasía se obtuviera pronto. Pero el joven se afirmó en la fe. El juez terminó por dejarlo libre.

SANTOS ARES, PROMO, ELÍAS

Mártires († 308)

Según cuenta Eusebio de Cesarea, el 14 del mes llamado Apeleo que corresponde al 14 de diciembre, un grupo de cristianos egipcios fue detenido en las puertas de Cesarea por los guardias encargados de interrogar a los que entraban. Y resultó que habían sido enviados para socorrer a los confesores de la fe llevados a Cilicia. Descubiertos como cristianos se empleó contra ellos la acostumbrada crueldad a fin de que apostataran de Cristo sin lograr que abandonaran la fe, y entonces les fueron inutilizados los ojos y los pies. Tres de ellos, después de dar en Ascalón, donde los habían hecho detenerse una maravillosa prueba de su valor, tuvieron diverso fin de martirio. Ares fue condenado al fuego, y otros dos, llamados Promo y Elías, fueron decapitados. Era en el imperio de Maximiano.

BEATO BUENAVENTURA BONACCORSI

Presbítero († 1315)

Buenaventura adopta este nombre cuando se hizo fraile de la Orden de los servitas. Era de Pistoya y pertenecía al partido

gibelino y cuando en 1276 se celebra un capítulo general de esta Orden en Pistoya, San Felipe Benicio lo aprovecha para invitar a los pistorienses a la paz y la buena convivencia, superando las banderías, y con esta ocasión varios del partido se hicieron servitas, entre ellos éste que se puso Buenaventura. Una tradición posterior lo hace miembro de la familia Bonaccorsi. Se sabe que era sacerdote y que San Felipe Benicio lo empleó en las negociaciones para salvar la existencia de la Orden servita, en peligro a causa del canon XXIII del Concilio II de Lyón. Acompañó a San Felipe en su visita a Martín IV y lo ayudó, siendo ya prior de Orvieto, en su viaje a visitar a Honorio IV. Se sabe que fue prior dos veces de Montepulciano, y que por ello estuvo en relación con Santa Inés de Montepulciano y la fundación de su convento; estuvo de prior en Bolonia y lo fue también de Pistoya. Se dice de él que compuso un tratado sobre la gracia. Murió en torno a 1315 y su fiesta la celebran los servitas el 14 de diciembre. Su culto fue confirmado por Pío VIII el 23 de abril de 1822.

BEATO PROTASIO CUBELLS MINGUELL

Religioso y mártir († 1936)

Nace en Coll de Nargó (Lérida) el 1880. Había estado a los doce años interno como enfermo en el asilo-hospital de Barcelona, y de ahí le vino su posterior vocación a la Orden de San Juan de Dios en la que ingresó en 1893 en Ciempozuelos y profesó el 29 de enero de 1899, tomando el nombre de Protasio por su anterior nombre de pila que era Antonio. La profesión solemne la haría el 31 de mayo de 1903. Su padre era músico de profesión y de él recibió el gusto y la dedicación musical que le durarían toda la vida. Estuvo destinado en las comunidades de Ciempozuelos, Pinto, Santa Águeda, Carabanchel Alto, Barcelona, Granada, San Baudilio de Llobregat, Madrid, Calafell, Valencia, Gibraltar y Jerez de la Frontera. Fue vicario prior en Calafell (1929-1931) y de San Baudilio (1931-1933) y cuando su martirio era consejero provincial. Se dedicó a la instrucción de los niños enfermos, dadas sus magníficas cualidades pedagógicas, y procuraba encontrarles colocación a los chicos cuando ya

curados salían del sanatorio; con ellos formaba coros que ejecutaban obras clásicas y las que él mismo componía. Estaba accidentalmente en el Sanatorio de Manresa cuando llegó el 18 de julio de 1936. A comienzos de agosto se trasladó a Barcelona, viviendo en distintas pensiones, y daba clases particulares de música para poder pagar la pensión. En los meses de agosto a noviembre salía a pasear por la ciudad, pero luego cobró terror a la FAI y no salía de la pensión. El día 11 de diciembre desaprovechó una ocasión para marchar al extranjero. Tres días más tarde estando dando clases en una casa particular, llegaron los milicianos, se lo llevaron y lo asesinaron en las afueras de la ciudad.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

15 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Valeriano († 457), obispo de Abbenza en África y mártir *.
2. En territorio de Orleáns (Galia Lugdunense), San Maximino († 520), presbítero, primer abad de Micy.
3. En el monasterio de Cava (Campania), Beato Marino († 1170), abad *.
4. En Génova (Liguria), Beata María Victoria Fornari († 1617), viuda, fundadora de la Orden de la Anunciación **.
5. En Génova (Liguria), Santa Virginia Centurione Bracelli († 1651), viuda, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en el Monte Calvario **.
6. En Brescia (Lombardía), Santa María Crucificada di Rosa († 1885), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas de la Caridad **.
7. En Verona (Véneto), Beato Carlos Steeb († 1856), presbítero, fundador del Instituto de Hermanas de la Misericordia **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARIA VICTORIA FORNARI

Viuda y fundadora († 1617)

Poco después de su muerte, la Beata María Victoria de Fornari-Strata se apareció a una devota suya ataviada con tres vestidos: el primero era de color oscuro, pero adornado con oro y plata; el segundo también era oscuro, pero adornado con joyas brillantes; el tercero era blanco-azul reluciente. Esta visión, prescindiendo de su historicidad, simboliza los tres estados de vida por los que ella pasó: fue, efectivamente, esposa y madre, viuda y religiosa (fundadora, superiora y simple monja). Su vida ejemplar dio testimonio de las más espléndidas virtudes.

En el siglo XVI la ciudad de Génova, que en el XV había visto nacer a Santa Catalina, fue cuna de esta otra sierva de Dios, cuyos restos mortales se conservan intactos, como los de su gloriosa paisana.

Los padres de Victoria, Jerónimo Fornari y Bárbara Venerosa, ricos genoveses, legaron a sus nueve hijos la más rica herencia de la fe y la piedad; pero, Victoria, la séptima, se distinguió entre todos. Su tierna devoción, su natural apacible y tranquilo, y una señalada inclinación a las obras de caridad, le granjearon pronto el amor de todos.

Fue durante toda su juventud modelo de oración, de virtud y de obediencia a sus padres. Precisamente por obedecerles, frisando los diecisiete años, casó con el noble genovés Ángel Strata, de carácter bondadoso y pacífico, semejante al suyo.

Numerosos hijos vinieron a alegrar su hogar; al llegar al mundo, el recién nacido era ofrecido a Dios y a la Santísima Virgen por su piadosa madre. A Ángel Strata le sonreía el porvenir lleno de esperanzas. Victoria no se ocupaba sino de Dios, su marido, sus hijos y los pobres. Aun en medio de los trabajos y contratiempos, sabía hacer de la necesidad virtud y mirarlo todo con ojos de fe.

Pero este enfoque sobrenatural pareció oscurecerse el treinta de noviembre de 1587, día en que falleció su esposo Ángel Strata de súbita enfermedad. Victoria, con sólo veinticinco años, y ocho de casada en completa felicidad, madre de cin-

co niños y a punto de dar a luz el sexto, sintió tan vivamente la muerte de su esposo que, a pesar de sus hijos, se sintió de repente sola y abandonada y pasó por una tremenda crisis, cayendo incluso en la desesperación durante la cual pidió varias veces la muerte: una experiencia humana que después le ayudaría a comprender y a ayudar mejor a las jóvenes desorientadas por alguna amarga prueba. En su aflicción, acudió a la que ya le había concedido tantas gracias: a María, consoladora de los afligidos. Postrada ante un cuadro de la Madre de Dios que tenía en su habitación, pidió a la Virgen que la amparase a ella y a sus hijos. Entonces... vio animarse repentinamente la imagen; tendiéndole María sus brazos, le dirigió estas consoladoras palabras: «Victoria, hija mía, ten buen ánimo y no temas. Yo os recibo a ti y a tus hijos bajo mi protección. Vive feliz y sin cuidado. Sólo quiero que, confiando en mí en todo, no perdones ningún medio para amar a Dios sobre todas las cosas».

La Madre de la Divina Gracia había transformado a Victoria; la resignación sucedió a la tristeza. Hizo entonces el voto de castidad perpetua al que añadió el de no llevar en sus vestidos ni oro, ni seda, ni telas preciosas, y el de no asistir ya nunca más a fiestas y saraos, rompiendo así con el mundo y sus exigencias.

Por esta época fue presentada por piadosas amigas de su madre a un santo y reputado religioso que residía en Génova: el padre Bernardino Zanoni, jesuita, que fue para la joven viuda un director bondadoso, prudente e ilustrado.

Victoria le confió dos deseos muy secretos que tenía: que sus hijos fuesen religiosos, y dotar a su ciudad natal de un monasterio para religiosas consagrado a honrar la Anunciación de la Virgen y la Encarnación del Verbo. El padre Zanoni, con sabio discernimiento, le dijo que sólo se ocupase del momento presente.

Victoria, entre tanto, se mortificaba, luchaba consigo misma, se humillaba y se desprendía de todo: los ayunos, las vigilias, las penitencias y disciplinas le eran familiares. Las tentaciones interiores y exteriores y las astucias del demonio se estrellaban ante su determinación de amar a Dios y servirle.

Los pobres y desgraciados tenían en ella una generosa protectora. Iba ella misma, pobremente vestida, a los más ricos pa-

lacios de Génova a pedir limosna para los más necesitados, soportando con alegría infinitos desaires. Recogió en su propia casa enfermos abandonados que ella misma cuidaba, consolaba y ayudaba a bien morir; no escatimaba gastos ni diligencias para sacar del vicio a los desgraciados, y reconducía a las jóvenes perdidas al buen camino; hasta a los esclavos turcos que deambulaban por las calles de Génova vendiendo baratijas les incitaba blandamente a que se bautizaran y los preparaba para el sacramento.

Así preparaba Dios a la futura fundadora...

Después de dieciséis años de santa viudez, cuatro hijos de Victoria habían abrazado la vida religiosa, y el quinto no tardaría en seguir a sus hermanos mayores. Las dos hijas se hicieron canónigas lateranenses en el Monasterio de la Madonna de las Gracias de Génova, y los hijos entraron con los Mínimos de San Francisco de Paula. El último nacido, Alejandro, había muerto como un ángel a los diez años. En medio de atroces tormentos, el pequeño había dado muestras de heroica resignación; jamás le oyeron exhalar la menor queja ni vieron desaparecer de sus labios la sonrisa. Cubierto de úlceras, antes de morir quiso el niño recibir la Eucaristía. Se conmovieron los asistentes cuando, habiendo comulgado, cruzando los brazos sobre el pecho, dijo el niño a su madre antes de emprender el vuelo a la gloria: «Mamá, mira cómo viene a verme la Virgen con todos los ángeles que me van a llevar al Cielo».

Sólo faltaba a Victoria para realizar su proyecto, fundar un monasterio de religiosas en honor del misterio de la Anunciación de la Santísima Virgen. El padre Zanoni animó a su penitente y se ofreció a ayudarla incondicionalmente. A pesar de la primera negativa del arzobispo de Génova, monseñor Horacio Spínola, que consideraba el proyecto «un castillo en el aire», ella no se desalentó; poco después, tras nuevas instancias, obtuvo el consentimiento del prelado. Otras tres penitentes del padre Zanoni, Marietta Tacchini, Chiara Spínola y Cecilia Pastori, determinaron seguir a Victoria. Además de ellas, Vincenzina Lomellini, que, de común acuerdo con su marido Esteban Centuriani, dejaba el mundo por el claustro, llevaba a la naciente Orden una virtud aun mayor que su fortuna. Dios aseguraba a Victoria su protección...

El padre Zanoni redactó las Constituciones de las Anunciadas que, tras el examen y aprobación del arzobispo de Génova, obtuvieron finalmente la sanción del Sumo Pontífice. Las Constituciones estimulaban a las religiosas a agradecer a Dios el don de la Redención mediante una íntima devoción hacia la Santísima Virgen de la Anunciación, y establecían una intensa vida de piedad, de pobreza genuina y una rigurosa clausura, para orar y sacrificarse por la salvación de las almas. Las coristas no podrían superar en cada monasterio el número de treinta y tres; las conversas, el de siete. Además, debían ocuparse de las iglesias pobres y de la «Obra de los Sagrarios».

El 15 de marzo de 1604, el papa Clemente VIII autorizó la erección del nuevo monasterio bajo el título de la Anunciada y según la Regla de San Agustín. El 19 de junio de 1604, Victoria y sus compañeras tomaron posesión del convento, situado en la colina del castillo, y el 5 de agosto del mismo año, el arzobispo, que nombró a Victoria Superiora de la nueva Orden, les dio el hábito religioso bajo el cual emprenderían la vida contemplativa: túnica blanca, cinturón y manto azules. Por su hábito, las religiosas, que emitieron su profesión solemne el 7 de septiembre de 1605, fueron llamadas «turquinas» o «celestes».

Pronto, sin embargo, fue amenazada su existencia por el que hasta entonces había sido su bienhechor. Después de la muerte de su esposa, a la que había permitido hacerse religiosa de las Anunciadas, Esteban Centuriani persuadió a las nuevas monjas que no tendrían seguridad en el porvenir si no se unían con una Orden antigua; las Carmelitas, por ejemplo. La mayor parte de las Anunciadas, inconscientemente, se avinieron a ello y redactaron una carta que, providencialmente, cayó en manos de la superiora, ignorante hasta entonces del asunto.

María Victoria, postrada ante un cuadro de la Sagrada Familia, contó a la Santísima Virgen su angustia. Entonces oyó distintamente estas palabras:

> «¿Qué temes, Victoria? ¿Por qué te quejas tan amargamente? Este monasterio es mío; yo lo he formado y yo lo guardaré. No lo dudes, todo irá bien. Soy y seré Madre de todas las religiosas de esta casa y protectora de toda la Orden para que mi Hijo sea en ella perfectamente honrado».

La fundadora se levantó consolada. Sus hijas, que supieron más tarde esta revelación, se apresuraron a pedirle perdón y, con ellas, también Esteban Centuriani. Aquel día 16 de junio, dejó memoria en la Orden y siguió celebrándose cada año con una fiesta intitulada «Protección de la Santísima Virgen». Desde entonces, gracias muy señaladas recompensarían la fe de cuantos se postraban ante el cuadro milagroso, del cual poseía una copia cada convento. Precisamente arrodillada ante la Sagrada familia suele ser representada la Beata María Victoria.

Pasada la prueba, la pequeña comunidad reanudó la vida religiosa con nuevo ardor. El número de novicias y profesas aumentó rápidamente y la virtuosa fundadora tuvo la dicha de comprobar los progresos que hacía la obra de Dios, de la que ella había sido humilde instrumento.

Victoria brillaba entre todas sus hermanas, por su fortaleza, por su paciencia, por su caridad y mortificación... Domeñaba su cuerpo con ayunos, cilicios y austeridades. Quedaba a menudo arrobada en éxtasis y llegaron a verla circundada de una luz extraordinaria. Alimentó una gran devoción a la humanidad sacratísima de Jesucristo. En una visión se le apareció el Corazón de Jesús como un brasero en el que se purificaban y enriquecían las oraciones de las religiosas. Favorecida con el don de profecía, descubría los secretos de los corazones con penetración admirable. Dios, Señor de sus dones, concedía a María Victoria gracias en abundancia, y se cuentan varios milagros debidos a su santidad y a su fe.

Su caridad no conocía límites: desempeñaba alternativamente los oficios de médico, de criada y de cocinera; siempre estaba dispuesta a servir a las enfermas y a dejar cualquier cosa más cómoda para ella; interrumpía sus comidas, el sueño o la tranquilidad de las vigilias por la más pequeña necesidad de sus hijas enfermas. Sin perturbar por la noche el descanso de las demás hermanas, hacía ir a su celda, cuando era posible, a las hermanas achacosas o enfermas para cuidarlas con mayor esmero.

Los seis años últimos de su vida vivió como simple religiosa, porque tal lo disponía la Regla de la Orden. La priora que la sustituyó no le tuvo siempre las atenciones que merecía. Fue humillada muy a menudo. Nuestro Señor era entonces todo su

consuelo. «Si se contemplase debidamente la Pasión de Cristo —decía—, moriría uno de dolor y de amor al instante mismo».

Su amor a Jesús la hacía arder en ansias de comulgar. En medio de sus achaques, desdeñaba todos los sufrimientos para acercarse a la sagrada mesa, y su semblante, tan pálido de ordinario, se encendía entonces. Se mortificaba aún más por amor a Jesús sacramentado; ponía ajenjo a sus frugales alimentos, y durante los últimos años de su vida, no comió carne.

Al profesar hizo el voto de no volver a ver más a sus hijos; los amaba, con ternura, pero el placer que hubiese experimentado al verlos y abrazarlos, fue el mayor sacrificio que ofreció al Señor, para corresponder al amor del que todo lo sacrificó por los hombres.

A pesar de tantas pruebas y sacrificios, María Victoria tuvo el consuelo de ver desarrollarse y extenderse su Orden. Había conventos de las Anunciadas en Italia y en Francia. Su muerte, que ella deseaba con ardor, debía ser la señal de una extensión todavía más rápida. Habiéndole revelado Nuestro Señor que no moriría hasta ver llegar a cuarenta el número de religiosas de su casa, límite fijado por las Constituciones, anunció claramente su muerte cuando se admitió a la cuadragésima postulante.

El 3 de diciembre de 1617, día para ella muy señalado por su devoción a San Francisco Javier, comulgó por última vez. Al volver a su aposento, tuvo un violento acceso de fiebre con un gran dolor de costado; ella misma declaró que moriría al día décimocuarto de su enfermedad. Y como vinieran varios médicos a verla, decía: «Van a tener consulta sobre mi enfermedad, pero la sentencia en última instancia está pronunciada en el cielo y por ella debo morir». El día duodécimo fue tan grande la postración, que los médicos la dieron por perdida. Recibió entonces los últimos sacramentos con grandísima devoción; pidió perdón a sus hijas por el mal ejemplo que les hubiera podido dar por sus defectos, y las exhortó a la exacta observancia de su Regla. Hizo colocar a sus lados una imagen de Jesús crucificado y otra de la Santísima Virgen para que de cualquier lado que mirase tuviese ante su vista las llagas de Nuestro Señor o el corazón de la Dolorosa.

El décimocuarto día de su enfermedad no se le podía casi oír una palabra y, no obstante, continuaba moviendo siempre

los labios. Habiéndole preguntado la priora qué decía, respondió: «Los *Padrenuestros* del Oficio»; no eximiéndose ni en esa hora del número de Padrenuestros por el que, desde su enfermedad, se le había conmutado el rezo del Oficio Divino. El confesor que la asistía le preguntó si no era importunada por alguna tentación, y ella respondió con un signo negativo de cabeza. Insistió el Padre, incitándola para el caso de que viniera alguna, a protestar de corazón de no querer jamás ofender a Dios gravemente, y ella, recogiendo su espíritu y aunando todas sus fuerzas, contestó: «¡Oh Padre!, ni siquiera venialmente, gracias a él». En fin, teniendo a Dios en su corazón y en los labios los dulces nombres de Jesús y de María, lanzó tres suspiros y con el último entregó su hermosa alma al divino Esposo. Era el viernes 15 de diciembre de 1617, hacia las cuatro de la tarde. María Victoria contaba cincuenta años de edad.

Superando las previsiones de la misma fundadora, la Orden tuvo una admirable difusión en Francia, donde fue erigido un primer monasterio en Pontarlier, aún en vida de Victoria, en 1612. Después de su muerte, la propagación de su Orden aún se acrecentó más: Joinville (1621); París (1622); Langres (1623); Tournai (1624); Lyón, Liegi, Aviñón, Tours, Lille, etc. En 1771 contaba 54 casas. Después, con la Revolución francesa comenzó la decadencia. Hoy sobreviven sólo dos monasterios en Italia (Roma y Génova), y dos en Francia (Joinville y Langres).

La incorrupción de su cuerpo ha sido reconocida de un modo auténtico dos veces: en 1870 y 1957. Se siguieron muchas curaciones de los que acudieron a la sierva de Dios, al aplicárseles su manto o velo o con el simple socorro pedido a su intercesión. La grande y rápida difusión de la Orden recibió su coronamiento con la beatificación solemne de la fundadora. La ceremonia tuvo lugar en San Pedro, en el pontificado de León XII, el 21 de septiembre de 1828.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BONZI DA GENOVA, U., «Mémoire autobiographique de la Bienhereuse Marie-Victoire de Formari Strata, fondatrice des Annonciades Celestes»: *Revue d'Ascetique et de Mystique* 17 (1937) 394-403.

DUMORTIER, F., *Compendio della vita della Beata Maria-Vittoria De Fornari Strata, fondatrice delle Anunciate Celesti in Genova (1562-1617)* (Génova 1918).
LANGASCO, C. DA, «Fornari Strata», en *Bibliotheca sanctorum.* V: *Erizzo-Galdino* (Roma 1964) 970-971.
MELZIO, F., *Della vita ammirabile della Beata Madre Maria Vittoria* (Genova 1631).
El santo de cada día. V: *Septiembre-Octubre* (Zaragoza 1955).
SPINOLA, A., *Vita della Beata Maria Vittoria F. Strata, fondatrice dell'Ordine della Santissima Annunciata detto le Turchine, pubblicata nella occasione della solemne beatificazione di Essa* (Roma 1828).

SANTA VIRGINIA CENTURIONE BRACELLI

Viuda y fundadora († 1651)

Santa Virginia Centurione, viuda de Bracelli, fundadora de las Hermanas de Nuestra Señora del Refugio en Monte Calvario (Génova, Italia), se caracterizó por una vida enteramente dedicada al Señor sirviendo a los más carentes de recursos, en especial a las jóvenes y mujeres necesitadas de ayuda. Les ofreció asilo, comida y trabajo, cuidando siempre de su formación humana y espiritual. Extraordinariamente humilde, llena de celo apostólico, pacificadora y afable, ofreció un elocuente testimonio de caridad heroica, de fortaleza no común y de celo ardiente por la gloria de Dios.

Virginia nació en Génova el 2 de abril de 1587, hija de Jorge Centurione, dux de la República durante el bienio 1621-1622, y de Lelia Spinola, ambos descendientes de familias de la antigua nobleza de la ciudad. Génova, hoy una provincia de Italia, era entonces una república independiente gobernada por jefes —el dux— periódicamente elegidos.

Fue educada cristianamente e instruida en las primeras letras por su propia madre, una mujer muy piadosa y culta, que le enseñó italiano y latín. Continuó estos estudios con un maestro, de modo que llegó a leer y a comprender la Biblia en latín.

Muy inclinada desde niña a las prácticas de piedad, manifestó pronto a su madre su voluntad de entrar en un monasterio. Pero fallecida ésta cuando todavía era muy joven, nadie secundó su deseo, ya que el padre hizo comprender a la familia que prefería darla en matrimonio. En efecto, sin saberlo Virginia, la prometió como esposa a Gaspar Bracelli, joven muy rico y heredero de una casa de la alta nobleza ciudadana.

Cuando lo supo ella, se disgustó mucho pensando que debía renunciar a la vida religiosa, pero se sometió dócilmente a la voluntad del padre. La petición de mano tuvo lugar el 10 de diciembre de 1602 y la boda, en la Iglesia de Santa Sabina, el 7 de enero de 1603. Del matrimonio nacieron dos hijas: Lelia en 1604 e Isabel al año siguiente.

Pero la vida conyugal duró poco, porque el marido, inclinado a los placeres y al juego, a las fiestas y al vicio, murió a consecuencia de ello el 13 de junio de 1607 en Alexandria, ciudad cercana donde había acudido en búsqueda de alivio para su enfermedad. Virginia, que intentó siempre reconducirlo a una vida más moderada y a las buenas costumbres soportando silenciosamente la situación y multiplicando sus amables atenciones, y que amaba y veneraba como hija a la madre de su marido pensando que también esto ayudaría a Gaspar a volver al buen camino, cuando supo de su gravedad corrió a su cabecera para asistirlo y, aunque no en el cuerpo, consiguió curarlo en el espíritu devolviéndolo a Dios regenerado por la gracia. Tuvo, pues, la alegría de ver morir cristianamente a su esposo, totalmente cambiado en su interior.

Aquel mismo día, contando sólo 20 años de edad, Virginia se consagró a Dios con voto de castidad perpetua y rechazó después enérgicamente el segundo matrimonio que su padre quería imponerle. Se dedicó a educar a sus dos hijas, a administrar los bienes de su casa, a la oración, a la penitencia y al servicio de los pobres, que consideraba como la persona misma de Jesucristo.

La señora Virginia comenzó sus actividades apostólicas por la obra de las Iglesias pobres rurales, después se ocupó de los niños abandonados, para los que fundó cuatro escuelas de formación moral y de preparación para el trabajo; más adelante se dedicó también a los ancianos y a los enfermos y en 1610 sintió una especial llamada a «servir a Dios en sus pobres».

En 1617 se casó su hija mayor, Lelia y en 1621 la pequeña, Isabel, con lo que quedó exonerada de la administración tutelar de sus bienes. Así, aunque siguió ocupándose de ellas y aunque tenía que atender a su suegra en cuya casa vivía, a pesar de que su padre la controlaba con gran severidad, pudo dedicarse más

asiduamente a los pobres, entregándose a este apostolado de todo corazón. Lo primero que hizo fue repartirles, con las autorizaciones convenientes, la mitad de sus bienes.

A partir de entonces, secundada por su suegra, se encontró más libre para actuar como su celo y su virtud le sugerían, comenzando a realizar su programa de servir al prójimo, particularmente a los que tuvieran mayor necesidad. Las situaciones concretas le iban indicando el camino.

Corrieron tiempos calamitosos en el tercer decenio del 1600 cuando con el hambre, la guerra y la peste, un inmenso cortejo de desgracias comenzó a abatirse sobre la Italia septentrional y, en concreto, sobre el territorio de Génova. La economía sufrió una gran depresión en 1622, cayendo en picado el comercio, que era su casi única fuente de ingresos. Influyó también la crisis financiera que se produjo en la entonces potente nación española y, sobre todo, las guerras continuas debidas a la rivalidad permanente entre la República de Génova y el Ducado de Saboya, apoyado por Francia. Creció considerablemente el número de pobres, que se agrupaban a las puertas de las casas señoriales en búsqueda de techo y comida.

En el invierno de 1624-1625, con el consentimiento de su suegra, Virginia acogió en su casa a quince jóvenes abandonadas y las sostenía con los bienes de ambas. En marzo de 1625, el ejército franco-saboyano, en guerra contra la República Ligur, invadió el territorio con la intención de conquistar incluso la ciudad de Génova. Con ello aumentó considerablemente el número de prófugos, por lo que Virginia llevó a su casa a cuantos pudo, especialmente mujeres. Para salir al paso de sus necesidades, pedía trigo, vestidos y cuanto era necesario.

Por la gracia de Dios —así lo creyeron los buenos genoveses— el ejército invasor renunció espontáneamente al asedio de la ciudad, con lo que muchas de las refugiadas en la casa de Virginia pudieron volver a las suyas. Pero se quedaron con ella y con su suegra algunas jóvenes, a las que no dudaron en seguir protegiendo y manteniendo.

Fallecida la madre de su esposo en agosto de 1625, Virginia se encontró todavía más libre para tomar sus propias decisiones y se propuso acoger no sólo a las jóvenes que voluntariamente

habían acudido a su casa pidiendo cobijo, sino que ella misma salía a recorrer la ciudad buscando a las más necesitadas de ayuda. Iba a los barrios de peor fama, entraba en los tugurios para darse cuenta de las necesidades reales de las familias y regresaba a casa llevando consigo a las jóvenes que consideraba en peligro. Esto lo hizo muchas veces, sobre todo durante la peste y la carestía de 1629-1630. De este modo llegó a reunir a un grupo muy numeroso, ingeniándoselas para procurarles alimento y vestido. Desde 1626 Virginia había renunciado al resto de sus posesiones en favor de los pobres.

En vista de que crecía el número de las jóvenes recogidas en su propia casa, animada por el matrimonio Lormellini, alquiló el monasterio vacío de la Visitación en la localidad llamada Montecalvario. Había sido abandonado por los franciscanos reformados y lo había comprado el príncipe Carlos Doria. La señora Virginia llevó allí a cuarenta de sus jóvenes el 13 de abril de 1631, domingo de Ramos, poniéndolas bajo la protección de Nuestra Señora del Refugio. Su deseo era acoger a todas las jóvenes necesitadas de ayuda, y al cabo de un año había llegado a reunir unas 170. Sólo les pedía estas condiciones: que aceptaran la vida comunitaria, que trabajaran y que oraran. Cuando no podían sustentarse con su trabajo, suplía ella pidiendo limosna a sus familiares ricos, a los amigos y a los conocidos. Le ayudaban en la vigilancia y en la administración el matrimonio Santiago y María Bevilacqua, personas de virtud poco común, y muy adentradas en la vida del espíritu.

Virginia vivía como sus asiladas, sin distinguirse ni por la comida ni por el vestido. Trabajaba y las enseñaba a trabajar, llamándolas «hijas». También las enseñaba el catecismo y les explicaba textos de la Sagrada Escritura.

Para asegurar el futuro de la casa de Montecalvario, pidió y obtuvo el 2 de septiembre de 1632 reconocimiento por parte del Gobierno de la ciudad y le concedieron un subsidio para las mujeres que vivían en ella. El número pronto superó las 200, con lo que aumentaron también sus fatigas para buscar recursos y procurarles educación.

Comprendiendo que no podían mantenerse reunidas mujeres de tan diferentes edades y costumbres, en 1633 tomó en al-

quiler una segunda casa, propiedad de uno de sus yernos y llevó allí a unas noventa: las más piadosas y trabajadoras. Esta nueva casa debería sustentarse y gobernarse por sí misma, para lo que Virginia escribió una escueta «Orden», que puede considerarse como la primera regla de la Obra de Monte Calvario. Debían vivir en obediencia y vestir de modo uniforme, como si fueran religiosas. Pero no tenían votos y podían marcharse cuando quisieran. Sabían, sin embargo, que siempre contaban con un lugar seguro al que acudir.

Poco después Virginia abrió una tercera casa, semejante a esta segunda, junto a la iglesia de San Bartolomé, dejando la primera para las emergencias y para acoger temporalmente a personas que se encontraran en cualquier necesidad.

Reunió así a un total de unas 300 jóvenes en estas tres casas que, para su fundadora, constituían una única Obra. Como respuesta a una súplica por parte de ella, el 13 de diciembre de 1635 fue aprobada por el Senado de la República y reconocida de utilidad pública, con la denominación de «Santa María del Refugio».

Mientras tanto, la señora Virginia pensaba en dar a la Obra una sede propia, consiguiéndolo en 1641. No pudo comprar, por su elevado precio, la de Montecalvario, pero adquirió dos casitas contiguas en la colina de Carignano a las que añadió una nueva ala y una iglesia. En esta sede central de la Obra reunió a sus «hijas» de la segunda casa, que vivían como religiosas, y a las más afines a éstas de las otras dos.

Por medio de frecuentes instrucciones y contando con los padres capuchinos, puso especial cuidado en la formación de estas jóvenes, que pronto estuvieron preparadas para asumir algunas tareas apostólicas, como atender a la sección de mujeres del hospital de Pammatone o ir al Lazareto. Entre todas escribieron también su propia «Regla», consolidándose así la Obra de Nuestra Señora del Refugio. Había hermanas y novicias, «hijas» con hábito y otras sin el. Pero, aun sin tener votos, como las monjas más observantes, todas debían vivir en obediencia y pobreza, trabajar y orar, y estar dispuestas a prestar servicios en los hospitales públicos.

Más adelante esta única Obra dará lugar a dos congregaciones religiosas femeninas que todavía hoy ejercitan el apostolado

benéfico a favor de los pobres: las «Hermanas de Nuestra Señora del Refugio de Monte Calvario» y las «Hijas de Nuestra Señora en el Monte Calvario».

Por iniciativa de Virginia, en 1641 el Gobierno nombró unos «protectores», que prácticamente eran los dirigentes de la Obra y, a pesar de ser ella la fundadora, vivía en obediencia y conduciéndose como la última de las «hijas», sin intervenir en cuestiones de gobierno o de régimen interno. Se dedicaba a tareas sencillas del servicio de la casa, como limpieza y cocina, y a favorecer la convivencia. Se prodigaba a favor de todas y con frecuencia salía a pedir limosna para el sustentamiento común.

Con todo, su actividad apostólica no se redujo a los límites de la casa, sino que llegó a los rincones más aparados de Génova. A la vez que atendía a las niñas y mujeres que iba recogiendo en la Obra del Refugio, desde 1625 hasta su muerte no cesó de ofrecer su ayuda a quien tuviera necesidad material o espiritual, en cualquier parte de la ciudad.

Después de la guerra de 1625 que, como hemos indicado, trajo como consecuencia carestía, epidemias y miseria que afectaron a la mayor parte de la población, en la que prosperaron también las enfermedades y la prostitución, Virginia se dedicó con todo empeño a ofrecer medios para que, con el propio trabajo, las gentes pudieran salir de su situación penosa, y a ayudar personalmente a los no capacitados para trabajar. Realizaba así una activad complementaria a la «Magistratura de los Pobres», organismo civil de la ciudad que desarrollaba su tarea benéfica por medio de los «Ocho Señores de la Misericordia». Intentó remediar todo tipo de necesidad por cuantos medios estaban a su alcance: llamando a todas las puertas, escribiendo y hablando, acercándose a los palacios suntuosos, a los mercaderes e incluso a las haciendas de fuera de la ciudad. Cuando en 1631 ella misma fue nombrada «Señora de la Misericordia» y se le encargó del barrio más pobre, se acentuó, si cabe, su acción caritativa y apostólica, desempeñada en medio de no pocas dificultades.

Además de la vida exigente propia de este género de actividades, tuvo que afrontar la hostilidad de sus familiares y conocidos, muchos de los cuales consideraban que se afanaba inútilmente en favor de personas degradadas por la desidia y el vicio.

Sin embargo, firme en su propósito, visitó los barrios más peligrosos y de peor fama, sin preocuparse por los insultos y las amenazas, con tal de que llegara a todos el consuelo de su palabra fogosa y de su caridad ardiente.

Considerando que debía intervenir en todas las ocasiones en que estuviera en juego la gloria de Dios, Virginia la defendió incluso ante las autoridades religiosas y civiles de la ciudad. Consiguió que la Virgen fuera proclamada Reina de Génova; se dirigió al cardenal arzobispo para que se introdujera en las parroquias la práctica piadosa de las «cuarenta horas» y para que se predicaran misiones populares, surgiendo con este fin los «Misioneros de San Carlos». Ella misma enseñó el catecismo en los barrios más populares y se hizo mensajera de paz entre las familias nobles ferozmente enfrentadas muchas veces sólo por cuestiones de prestigio. Con extraordinario celo y valor, actuó también como mediadora para allanar las divergencias que desde hacía tiempo existían entre la curia arzobispal y el gobierno de la República.

Aunque tuvo que soportar algunas enfermedades en etapas más o menos largas de su vida, sobre todo desde 1639, con extraordinaria fortaleza la señora Virginia procuró que no disminuyera su actividad al servicio de todos. También estuvo siempre atenta a las necesidades de sus hijos y nietos, haciéndose a veces cargo de estos últimos durante algunas ausencias de sus padres.

La caridad, la humildad, el espíritu de sacrificio, la fortaleza de ánimo y el celo por la gloria de Dios fueron sus virtudes más características. Se despojó de todo, pidió limosna para socorrer a los necesitados, obedeció incluso a la sirvienta que le acompañaba en algunas de sus salidas, colocándose siempre en el último lugar.

Favorecida por el Señor con éxtasis, visiones, locuciones interiores y otros dones místicos especiales, y consumida por una vida de intenso trabajo y de no común austeridad, Virginia falleció el 15 de diciembre de 1651 a la edad de 64 años.

Su fama de santidad creció después de su muerte y adquirió extraordinario vigor el 20 de septiembre de 1801, cuando se encontró su cuerpo todavía incorrupto en la iglesia del convento de Santa Clara, donde había sido sepultada.

Después de numerosos estudios biográficos y de algunos intentos fallidos de incoar la causa, los procesos canónicos se abrieron en Génova el 15 de diciembre de 1931. Superadas algunas vicisitudes como los bombardeos sobre la ciudad durante la II Guerra Mundial, que destruyeron o dispersaron muchos de los documentos recogidos, pudo concluirse la investigación en 1953. Cumplidos los pasos sucesivos, el 6 de julio de 1985 se promulgó en Roma del decreto pontificio sobre el milagro atribuido a su intercesión.

Virginia fue proclamada beata por Juan Pablo II el 22 de septiembre del mismo año durante su viaje apostólico a Génova, y ha sido canonizada el 18 de mayo de 2003.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ANTERO M. DI S. BONAVENTURA, *Vita di Virginia Centurione* (Génova 1864).
SQUARCIAFICO, S. A., *L'Embrione della vita* (Génova 1806).
STANO, F., *Virginia Centurione Bracelli, a lei Genova rispose* (Génova 1985).

SANTA MARÍA CRUCIFICADA DI ROSA

Virgen y fundadora († 1885)

Asomada a uno de los últimos balcones alpinos, en medio de los lagos, la ciudad italiana de Brescia reúne en su topografía lombarda el carácter de llana y montañosa a la vez. En sus campos se cultiva la vid y el arroz al mismo tiempo y sus habitantes han tenido fama de artistas y belicosos.

Rematada por una ciudadela, ha sido desde antiguo ansiado baluarte para los beligerantes y en ella se han dado cita las artes renacentistas y la industria, principalmente de sedas. El cuadrante de su hermosa Torre dell'Orologio ha contado infinidad de veces las veinticuatro horas en que se halla dividido, con trepidante fuerza en los momentos de alegría y torturante calma en los días de desgracia.

Y uno de esos momentos de gozo debió de ser, sin duda, el anuncio de la llegada al mundo, el 6 de noviembre de 1813, de la sexta hija habida por el matrimonio del caballero Clemente di Rosa con la condesa Camila Albani. Acababa de nacer Santa

María Crucificada di Rosa, cuyo nombre fue en el mundo Paula Francisca María.

Fundadora de las Hermanas de la Caridad, su vida transcurre durante unos períodos críticos para la Iglesia y Europa. Los espantosos males producidos por la revolución anticristiana continuaban dominando en la mayoría de los Estados al tiempo que los Papas eran llevados y traídos al destierro. Casi coincidiendo con su nacimiento, Pío VII regresa a Roma y el Congreso de Viena pone fin al reinado del primer emperador de los franceses. Las arbitrariedades llevadas a cabo por las potencias vencedoras al señalar la división del viejo continente encienden de nuevo la mecha de la discordia entre los pueblos, cuyo afán de independencia y unión ha comenzado.

Bajo este clima desarrolla sus actividades María Crucificada. Primero la peste y después las guerras contra los austríacos dejan en el suelo italiano un rastro de desolación y de necesidades que ha de durar casi todo el siglo XIX. Su caritativa obra es bendecida por todos los que sufren y se extiende prodigiosamente por toda la comarca septentrional: Udine, Civadele, Ragusa y Trieste reciben a las nuevas religiosas, que abren orfelinatos y toman a su cargo el cuidado de los apestados y enfermos.

Pero para llegar aquí ha tenido que recorrer un largo y arduo camino. De noble cuna, su feliz infancia se vio rota por la muerte de su madre, acaecida cuando apenas si contaba los doce años de edad. Su padre decidió encomendar su educación a las religiosas de la Visitación (salesas), a las que precisamente hacía poco tiempo acababa de hacer donación de un convento en la ciudad. Cuando salió de nuevo, al cabo de cinco años, poseía ya todos los conocimientos necesarios a una joven de distinguida familia y profesaba una gran devoción y admiración por San Francisco de Sales.

Por entonces ya comienza a germinar en Italia el nacionalismo latente. Las sociedades secretas conspiran y llenan a la juventud de ardiente entusiasmo por la unidad total y de odio profundo contra el pontífice y Austria. Gregorio XVI sube al solio pontificio, y, aunque enérgico y celoso guardador de los principios eclesiásticos, no puede desterrar la irreligiosidad de una sociedad corrompida por el trato que ha tenido con las tropas y las ideas francesas.

La familia Di Rosa, muy numerosa, necesita de una buena administración doméstica y Paula toma a su cargo tal tarea, desempeñándola con gran acierto. En esta situación prosigue por algún tiempo hasta que su padre, juzgándola en edad de contraer matrimonio, le encuentra un buen partido y le propone la boda con un joven de la nobleza. La idea no deja de disgustar a la futura santa, que se ha propuesto seguir por otros caminos de virtud, y busca la intercesión cerca de su padre del arcipreste de la catedral, Faustino Pinzoni. Este hombre, de esmerada educación y gran prudencia, consigue del noble caballero que la joven Paula Francisca siga sus inclinaciones.

Su radical cambio de vida no acontece hasta 1863, fecha en que la peste hace su aparición en Italia. Ya antes, al tiempo que las ocupaciones de la casa, había comenzado a preocuparse y a considerar en todo su valor los problemas de toda índole de los obreros y los pobres; los empleados de la hilatura que su padre posee en las cercanías de la ciudad natal supieron de ello frecuentemente.

Mas fueron los estragos que la peste causó en Brescia los que la impulsaron a dar el paso definitivo. Con el consejo favorable del arcipreste Pinzoni, pide permiso a su padre para marchar a la ciudad a cuidar de los apestados; tras algunas vacilaciones consigue la autorización paterna y se encamina hacia su verdadera vocación.

En el hospital encuentra a otra mujer, también de noble linaje, Gabriela Echenos Bornati, y juntas las dos se presentan en los puestos de socorro, siendo tan bien acogidas que muchas enfermeras se ofendieron.

Durante el verano de 1848 muere su director espiritual y consejero, el arcipreste Pinzoni. Soplaban ya sobre Europa vientos revolucionarios, amenazando con llevar la guerra al norte de Italia. Así sucedió al poco tiempo, cuando los habitantes de Brescia obligan a capitular a la guarnición austríaca al sublevarse contra el invasor vecino. La derrota de sus compatriotas en Custozza y su retirada del frente producen en la ciudad una trágica situación que dura más de diez días, y en los que las Hermanas de la Caridad no tienen un minuto de descanso.

Hacía ya tiempo que se les había confiado el cuidado del hospital militar de San Lucas, y la nueva comunidad ha acepta-

do la pesada carga que esto suponía, cuando de nuevo volvió a estallar la guerra contra Austria y se volvió a perder, esta vez en la batalla de Novara. La ciudad de Brescia se negó a capitular a pesar de ello, por lo que sufrió un intenso bombardeo y, una vez tomada, una bárbara represión en todos sus habitantes, sin respetar condición ni sexo. El trabajo llegó otra vez en cantidad exorbitante, y las hermanas hubieron de multiplicarse para atender a tanto herido.

Por aquel entonces entraba ya en su tercer año el largo pontificado de Pío IV. Ante él se presenta Paula Francisca en el otoño de 1850 solicitando la aprobación pontificia de su Instituto. En sólo dos meses la consigue, y en 1852 la fundadora y las 25 primeras hermanas prestan ante el obispo Jerónimo Berceri los tres votos reglamentarios y el propósito de dedicar su vida al cuidado de los enfermos y apestados.

La erección canónica de la congregación fue la señal de su rápida extensión. Pero ello no debe engañarnos ni hacernos pensar en un camino de rosas; desde que por primera vez se instaló, con su compañera Bortati y dos hermanas más, en las cercanías del hospital, allá por 1840, para mejor atender a los enfermos, hubo de soportar muchas contrariedades. Un médico habla de ellas en la prensa local, dedicándoles los mayores elogios, pero al mismo tiempo se suscitan en torno a sus personas duras polémicas, considerando su entrada en los centros benéficos como una vulgar intromisión. Sufren la hostilidad de los médicos y administradores militares, que prefieren en sus hospitales enfermeras laicas, y la maledicencia popular se ceba en sus comentarios adversos al nuevo Instituto.

Para colmo de males, el gobernador de Milán les impone unas condiciones inadmisibles e informa desfavorablemente cuando pretenden que se les reconozca un estatuto legal.

No obstante, su actividad se multiplica. La comunidad reúne ya 22 miembros, y su abnegado trabajo en pro de la humanidad va causando poco a poco la admiración de cuantos las conocen y oyen hablar de su beneficiosa asistencia social. Al tiempo que atiende a los enfermos procura recoger a los desamparados, enseñar a los sordomudos, y aún encuentra tiempo muchas veces para profundizar en estudios religiosos superiores.

El Gobierno sigue, a pesar de todo, sin concederle su autorización, por lo que la fundadora se ve obligada a abandonar el hospital de la ciudad lombarda. Ante tal perspectiva, el pueblo se indigna, y el obispo y el gobernador de Venecia se apresuran a influir en su favor hasta conseguir la autorización de oficio. La muerte de Gabriela Bornati, acaecida por entonces, privó a la santa de su mejor colaboradora.

A estas amarguras y sufrimientos se unieron al mismo tiempo terribles arideces espirituales. Su salud, siempre frágil, fue también un gran obstáculo que tuvo que superar, a través de sus cuarenta años de trabajo, a fuerza de voluntad. Su resignación era tal que, al elegir nombre monástico, optó por uno que le recordase su vida de sacrificio: María Crucificada.

Reconocida ya su obra oficialmente en el ámbito civil en el año 1852, se agravaron sus dolencias físicas hasta tal punto que muchas personas temieron por su vida durante varios meses. La repentina mejoría experimentada el día de Viernes Santo de 1855 fue considerada como un hecho milagroso y anuncio de que la Providencia le reservaba aún alguna misión que cumplir. En efecto, antes de su muerte evita una amenaza de cólera en Brescia y funda los conventos de Spalato, en la Dalmacia, y Bussolengo, junto a Verona.

Finalmente vuelve a recaer en su enfermedad en Mantua y pide ser trasladada a su ciudad natal para morir. Así se hace, y tres semanas más tarde deja de existir. El 15 de diciembre de 1855, la campana de la Torre dell'Orologio, de Brescia, tenía acentos de tristeza y de gloria al mismo tiempo.

El pueblo entero se vuelca a sus funerales para rendirle el último homenaje en prueba de gratitud hacia su caridad, practicada sin límites durante el tiempo que existió. En el mundo dejaba una institución respetada por todas las personas sin distinción de clases ni ideologías. Su labor, universalmente reconocida, se ha extendido cada vez más y hoy sus hijas se encuentran diseminadas por las cinco partes del mundo, llevando el mensaje del catolicismo más vivo y convincente: el amor al que sufre.

Fue beatificada el 26 de mayo de 1940 y canonizada el 13 de junio de 1954 por Su Santidad el papa Pío XII.

LUIS PORTERO

Bibliografía

Analecta Bollandiana 70 (1952) 370.
ATTWATER, D., *Butler's Lives of the saints. Firs supplementary volume* (Londres 1949).
BARTOCETTI, V., *Beata Maria-Crocifissa di Rosa* (Brescia 1940).
PÍO XII, «Homilía en la canonización»: *AAS* 32 (1940) 129-131, 160-162, 404-409; 46 (1954) 357-362.
• Actualización:
DEL RÍO, D., *Il mestiere della carita: storia di santa Maria Crocifissa di Rosa* (Roma 1998).
MOLINARI, F., *Maria Crocifissa di Rosa. Santa per gli altri* (Turín 1987).

BEATO CARLOS STEEB

Presbítero († 1856)

Todo aquello a lo que estaba destinado por la Providencia divina difícilmente podría haberlo supuesto nadie cuando nació. Porque Juan Enrique Carlos Steeb nació en Tubinga, en el Würtenberg (Alemania), en el seno de una familia protestante, una familia adicta a su religión, de la cual algunos miembros eran pastores. El año de su nacimiento fue el 1773. Sus padres eran personas honestas y religiosas. El padre era administrador de los bienes ducales y estaba al cargo de un albergue. Cuando le nació este hijo hizo planes para él, planes que por una parte no contaban con la voluntad del hijo, que podría o no aceptar los planes paternos, y por otro lado no se ajustaban a los planes divinos.

Su infancia fue normal. Sus padres lo inscribieron en la escuela humanística de su ciudad natal, y cuando el chico terminó los estudios primarios no fue inscrito en la universidad, porque los planes paternos eran que el muchacho se dedicase al comercio. Y por ello con 17 años fue a París y con 19 a Florencia, a la vista de lo activo y floreciente que era en esta ciudad el comercio de la lana y de la seda.

Ir a estas dos ciudades significaba salir del entorno protestante en que había vivido hasta entonces, y especialmente en Florencia hallaría un clima de religiosidad católica que muy pronto le llamó la atención. Entonces surgió en su corazón la pregunta acerca de la religión verdadera, haciendo crisis su protestantismo nativo. Un importante y profundo libro le haría mella en su espíritu. El libro era de S. B. Bossuet: *Historia de las variaciones protestantes.* Para Carlos —ésa fue su conclusión— la

fe protestante quedaba desacreditada con los datos aportados por aquel libro, que por el contrario acreditaba el catolicismo como el cristianismo verdadero. Comenzó a surgir en la mente del joven la idea de adherirse a la fe católica. Y ello le traería consigo problemas nada desdeñables. Porque Carlos estaba seguro de que si daba el paso a la fe católica, ello no sería ni comprendido ni aceptado por su familia, para la que su conversión sería una tragedia y una vergüenza. Carlos acudió al Oratorio filipense de Florencia donde halló dos sacerdotes, ambos de apellido Bertolini, que se prestaron a mostrarle comprensión y fortificar su alma en aquel trance tan duro. Porque estaba seguro de que si daba el paso de hacerse católico, sus padres se enojarían definitivamente con él. Arrancarse de la fe protestante quería decir arrancarse también de sus padres. ¿Era lícito hacerlo? ¿Era conveniente separarse de sus padres para siempre? El joven no pudo menos que meditar una y otra vez las palabras de Jesús, dirigidas a las muchedumbres que lo seguían: «Si alguno viene a mí y no se arranca de su padre y de su madre, de su mujer y de sus hijos, de sus hermanos y hermanas, y aun de su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26).

Esas palabras tan fuertes le hacían pensar que tenía que poner a Dios y a su conciencia por encima de todas las cosas de este mundo, por encima de las relaciones familiares, por encima de lo que llamaríamos su provecho humano. Él había llegado a la conclusión de que donde debía estar era en la Iglesia católica. Nadie le había engatusado. Nadie le había engañado. Él era el que había visto la comunidad católica, con su fe y sus obras, con su caridad y sus logros, y también con sus fallos humanos y sus debilidades. Y esa comunidad le atraía como la comunidad de Jesús, la continuación de aquella que se formó en torno al Maestro de Nazaret y que venía predicando el evangelio desde hacía tantos siglos. Y quería libremente y por convicción propia entrar en ella. Sobreponiéndose por fin a todas las consideraciones humanas, el paso lo dio el 14 de septiembre de 1792 apartándose del protestantismo e ingresando con madura decisión en la Iglesia católica. Así se lo hizo saber a sus padres, y como él temía, sus padres respondieron desheredándolo y haciéndole saber que no lo tenían en adelante como hijo. Golpe

durísimo para su sensibilidad de muchacho, amante de sus padres y de sus familiares, a los que respetaba y quería, a los que agradecía el don de la vida y la buena voluntad usada con él en todo momento. Pero su conciencia estaba por encima de los vínculos que los ligaban con ellos. Los dos sacerdotes Bertolini y sus familiares lo rodearon con afecto en aquella circunstancia.

Carlos se planteó entonces qué haría con su vida. Destinado por su padre al comercio, ahora habían sido rotos todos los lazos con la familia, y tendría él que buscar lo que sería su nuevo futuro. Carlos se encontró con que en su corazón surgía un pensamiento: quería ser sacerdote. Quería dedicarse a ser dentro de la Iglesia que había escogido un servidor de Dios, un servidor de las almas. Y decidió, apoyado por sus protectores, comenzar a estudiar para el sacerdocio. Es lo que hizo a lo largo de los cuatro años siguientes en la propia Florencia. Hizo los estudios, se preparó de forma conveniente y el 8 de septiembre de 1796 pudo recibir el sacerdocio y ascender al altar.

No eran aquellos tiempos fáciles. La Revolución francesa había alterado enormemente los ánimos y había traído consigo la invasión de Italia por parte de las tropas francesas y el enfrentamiento de las tropas francesas con tantas otras, entre ellas las imperiales austríacas y precisamente en suelo italiano. Carlos, ya sacerdote, pudo realizar en aquel medio y en aquellas circunstancias un amplio apostolado. Conocedor del alemán, del francés y del italiano, pudo desarrollar su ministerio con mucha eficacia entre los soldados de los ejércitos beligerantes. Durante los primeros dieciocho años de su sacerdocio trabajó sobre todo en los hospitales militares y en los campos de batalla, lo que le valió el reconocimiento de los generales e incluso la distinción con la Cruz de Oro del imperio austríaco.

El P. Steeb colaboró con Santa Magdalena de Canossa († 1835), fundadora de las congregaciones de Hijos e Hijas de la Caridad, y con el venerable Pedro Leonardi († 1844), sacerdote diocesano y fundador de las Hijas de Jesús. Éste, en 1796, había dado comienzo a un plan caritativo, llamado *Sacra Fratellanza dei Preti Spedalieri,* que tenía como finalidad la asistencia material y espiritual, nocturna y diurna, de los enfermos del hospital de Verona. La *Fratellanza* fue como cuna de las grandes fundaciones veronesas.

Pasada la época de las guerras vino la de la reconstrucción, en que había que poner en pie tantas cosas caídas durante la actividad de las armas. También para este tiempo se contó con la ayuda activa del P. Steeb. Durante muchos años fue profesor del seminario y también en el colegio de las jóvenes. Contribuyó cuanto pudo a la fundación y funcionamiento del Asilo de Ancianos. Sostuvo obras de ayuda a los pobres y enfermos. Trabajó por la vuelta de las órdenes religiosas expulsadas durante la época de la invasión napoleónica. Como director espiritual de las «Damas Hospitalarias de la Fratellanza», se dio cuenta de la importancia de la mujer en el mundo de la asistencia caritativa y concibió el propósito de fundar él también un instituto religioso femenino que se dedicase a las obras de caridad. Encontró una mujer en la propia Verona que pudo serle de apoyo y decisiva ayuda en su pensamiento. Se trataba de Vincenza Polonia, la cual se puso bajo su dirección espiritual y aceptó las directrices de vida interior y austeridad de vida que Carlos le daba, y así estuvo apta para la fundación de la nueva congregación. Ésta nació humildemente dentro del asilo (1840), y fue bendecida por Dios enseguida, pues muy pronto creció y se difundió por Italia, de donde pasaría posteriormente a otros países. La nueva fundación se llamó «Instituto de las Hermanas de la Misericordia de Verona».

Carlos Steeb fue un espléndido director espiritual. Atraía de manera singular a los jóvenes, entre los que cultivaba las vocaciones sacerdotales y religiosas, y en realidad a su confesonario acudían personas de todas las edades y todas las condiciones. Los monasterios de monjas lo llamaban para que fuera su confesor ordinario, pues su elevada espiritualidad era una garantía de acierto en la conducción de los espíritus, singularmente de las almas consagradas a Dios. Habiendo sido protestante de nacimiento, comprendía muy bien los criterios y los sentimientos de los protestantes y se comportó siempre con ellos con lo que podemos llamar hoy un profundo sentido ecuménico.

Como sucede con tantos conversos, fue muy amante de la Eucaristía, en la que veía con mucha nitidez el eje y el centro de la Iglesia, y era sumamente devoto del Santísimo Sacramento. Aconsejaba a todos un abandono pleno y total en la Providen-

cia de Dios. Y su devoción se extendía al Sagrado Corazón de Jesús y al Inmaculado Corazón de María, así como a la Sagrada Pasión de Jesús, por la que sentía una especial ternura.

Todos eran conscientes de que Carlos había caminado por el sendero de Dios a lo largo de toda su vida, de que trabajaba sin descanso por la gloria de Dios, de que amaba a las almas con celo singular, y de que su afecto por los pobres y necesitados estaba basado en que veía en ellos el rostro dolorido del Salvador.

Entusiasmado con la definición dogmática de la Inmaculada Concepción, quiso que la iglesia de sus religiosas se dedicase a la Virgen en este misterio, y allí fue enterrado cuando el Señor vino por su alma en Verona el 15 de diciembre de 1856.

La fama de santidad le rodeó en vida, y lo siguió tras su muerte. Por ello el 6 de julio de 1963 el papa Pablo VI autorizaba la iniciación de su causa de beatificación, la cual la efectuaba el mismo santo pontífice el 6 de julio de 1975.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 67 (1975) 465-468.
Bibliotheca sanctorum. XI: *Ragenfreda-Stefano* (Roma 1968) cols.1374-1376.
CASETTA, G., *Il Servo di Dio Carlo Steeb, fondatore delle Sorelle della Misericordia* (Ciudad del Vaticano 1964).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN VALERIANO DE ABBENZA

Obispo y mártir († 457)

Este obispo confesó la fe y defendió la Iglesia en la persecución del rey vándalo Genserico contra el catolicismo. Era obispo de Abbenza en el África proconsular cuando llegó el rey a esta ciudad acompañado de su ejército y llamando al obispo le intimó la orden de entregarle todos los enseres de la iglesia. El obispo se negó y, además, protestó contra cualquier sacrilegio que se cometiese contra las cosas santas. Lleno de rabia por la firmeza del obispo, el rey ordenó al santo prelado abandonar la

ciudad y prohibió que nadie lo recibiera en su casa o en su campo. Por ello el obispo, que era ya octogenario, se vio obligado a vivir en el descampado, sin comida y sin techo, pereciendo de hambre y miseria. Su memoria se celebra el 15 de diciembre.

BEATO MARINO DE CAVA
Abad († 1170)

Era monje del monasterio de Cava en la Campania donde tenía el encargo de procurar lo necesario para la atención de los monjes (comida, ropa, muebles, enseres, etc.) y tenía a su cargo también el patrimonio artístico del monasterio así como su archivo. Acreditado por su buen hacer, fue elegido abad el 9 de julio de 1146 a la muerte del Beato Falco. Viajó a Roma para pedir, como era costumbre, la bendición del papa, y Eugenio III lo recibió con grandes señales de estima y le encargó que introdujera las costumbres de Cava en el monasterio de San Lorenzo in Parisperna. Y tres años más tarde el mismo papa tomó bajo su protección la abadía de Cava y le dio la exención de la autoridad episcopal poniéndola bajo la directa autoridad de la Sede Apostólica. Él procuró en su monasterio el esplendor del culto litúrgico, el buen orden en todas las cosas y la espiritualidad de sus monjes. Recibió numerosas donaciones de obispos y nobles y varios monasterios se hicieron dependientes del de Cava. Muy caritativo, daba generosamente a los pobres y necesitados. En 1156 fue elegido plenipotenciario para la paz entre el papa Adriano IV y el rey Guillermo I el Malo, el cual confirmó los privilegios del monasterio y lo puso bajo la protección real. Cuando Alejandro III, huyendo de Federico Barbarroja, se refugió en Gaeta y luego en Benevento, Marino acudió a mostrarle su comunión y a ayudarlo en cuanto pudo. Murió santamente el 15 de diciembre de 1170. Su culto fue confirmado por el papa Pío XI el 16 de mayo de 1928.

16 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Ageo, profeta **.
2. La conmemoración de muchas santas vírgenes, que fueron martirizadas en África por orden del rey Hunerico († 480).
3. En Irlanda, San Beano (fecha desconocida), ermitaño.
4. En Cysoing (Galia), San Everardo († 867), conde de Fréjus, fundador del monasterio de Canónigos Regulares de Cysoing *.
5. En Vienne (Borgoña), San Adón († 875), obispo, anteriormente monje *.
6. En Selt, junto a Estraburgo (Lotaringia), Santa Adelaida († 999), emperatriz **.
7. En Lucania, San Macario de Collesano († 1005), monje.
8. En Génova (Liguria), Beato Sebastián Maggi († 1496), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
9. En Turín, Beata María de los Ángeles (Mariana) Fontanella († 1717), virgen, monja carmelita **.
10. En Ripa Alba (Italia), Beato Clemente Marchisio († 1903), párroco, fundador del Instituto de Hijas de San José **.
11. En Nowe Miasto (Polonia), Beato Honorato de Biala Podlaska (Florencio) Kazminsky († 1916), presbítero, religioso capuchino **.
12. Junto a Mukdahan (Tailandia), Beato Felipe Siphons Onphitak († 1940), padre de familia y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN AGEO

Profeta (Antiguo Testamento)

Ageo significa «solemne», «festivo», nacido en día de fiesta, y es el nombre del décimo entre los doce profetas llamados «menores». Sería injusto infravalorarlo sin más, por ser «menor» y de los «últimos». Pese a su corta extensión el escrito profético de Ageo permanece entre los libros canónicos y está inspirado, como los grandes.

Su voz y su mensaje transmitió la revelación de Dios a su pueblo en los difíciles tiempos después del destierro, cuando renace la comunidad en torno a la reconstrucción del templo, abierta a la esperanza.

Poco sabemos de Ageo si no es el título de «profeta» que le da su libro (cf. Ag 1,1.12; 2,1.10), donde también se le llama «mensajero» (cf. Ag 1,13). Ni siquiera conocemos el nombre de sus padres ni el lugar de su origen, con tanta frecuencia señalados en otros profetas. Por eso mismo no parece que fuera sacerdote, dada la omisión de su genealogía, tan importante en la clase sacerdotal.

Sin embargo, algunas tradiciones lo presentan iconográficamente como tal. Se apoyan en el relieve que su profecía da al templo y a los sacrificios. Se le representa como un venerable anciano, evocando nostálgicamente la gloria y esplendor del templo de Salomón (cf. Ag 2,3).

Naciera en Judá o en Caldea durante el destierro (587-538 a.C.) en sus últimos decenios, viene a Jerusalén probablemente en una de las caravanas de repatriados que regresan escalonadamente a sus ciudades de origen desde Babilonia para reconstruir la comunidad judía dispersada por las deportaciones.

Éste fue el marco histórico de su predicación y de sus oráculos proféticos, tal como sintetiza el *Martirologio romano* actual que lo coloca en primer lugar, el 16 de diciembre, como otros sinaxarios orientales:

> «Conmemoración de San Ageo, el profeta que, en tiempos de Zorobabel, gobernador de Judá, exhortó al pueblo para que reconstruyera la casa del Señor a la que había de venir el tesoro de todos los pueblos».

El pueblo de Dios regresó, por fin, a su patria, según lo habían anunciado los profetas y emprendió la restauración en medio de ingentes dificultades que probaban y acrisolaban su fidelidad, purificada en el destierro.

Había llegado en los planes de Dios la hora de la liberación, como en siglos atrás, el éxodo pascual de la esclavitud en Egipto.

Fue en el otoño del año 539 (a.C.) cuando Ciro II el Grande, rey de los persas, entró victorioso en Babilonia, derrotando a los caldeos. Inmediatamente se ganó la voluntad de los pueblos sometidos, a causa de su política, abierta y tolerante. No sólo él sino, en general, los reyes persas de la dinastía Aquemenida fueron muy liberales con los cultos y las tradiciones religio-

sas de los pueblos conquistados. No sólo permitieron su ejercicio sino que ayudaron a restaurarlos y los sostuvieron con su apoyo incluso económico, sin dejar de controlarlos.

Su relación con el judaísmo, se inspiró en estos mismos principios y criterios políticos. Los judíos, tal vez se beneficiaron de una especial preferencia, porque Yahvé siempre es designado en los documentos y actas oficiales como el «Dios del cielo», pudiendo ser equiparado con el dios supremo Ahura-Mazda, al que reconocían los grandes reyes.

El hecho es que, al año siguiente de su victoria sobre Babilonia, Ciro dio un decreto, fechado en el año 538 por el que pudieron regresar a Jerusalén los que habían sido deportados al destierro.

El cronista, autor del libro de Esdras, nos cuenta este emocionante retorno de tan largo exilio con una interpretación proféticamente religiosa y teológica, que pone de manifiesto, en numerosos detalles, la intervención providencial de Dios en la historia:

> «En el año primero de Ciro, rey de Persia, en cumplimiento de la palabra de Yahvé, por boca de Jeremías, movió Yahvé el espíritu de Ciro, rey de Persia, que mandó publicar de palabra y por escrito en todo su reino:
>
> "Así habla Ciro, rey de Persia: Yahvé, el Dios de los cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra. Él me ha encargado que le edifique un templo en Jerusalén, en Judá. Quien de entre vosotros pertenezca a su pueblo, sea su Dios con él. Suba a Jerusalén, en Judá, a edificar el templo de Yahvé, Dios de Israel, el Dios que está en Jerusalén. A todo el resto del pueblo, dondequiera residan, que los del lugar les ayuden, proporcionándoles plata, oro, hacienda y ganado, así como ofrendas voluntarias para el templo de Dios que está en Jerusalén".
>
> Entonces los cabezas de familia de Judá y Benjamín, los sacerdotes y los levitas y todos aquellos cuyo ánimo había movido Dios, se pusieron en marcha para subir a edificar el templo de Yahvé en Jerusalén.Todos los vecinos les proporcionaron toda clase de ayuda: plata,oro, hacienda, ganado, gran cantidad de objetos preciosos y toda clase de ofrendas voluntarias.
>
> El rey Ciro mandó sacar los utensilios del templo de Yahvé que Nabucodonosor se había llevado de Jerusalén y había depositado en el templo de su dios. Ciro, rey de Persia, los puso en manos del tesorero Mitrídate, el cual los contó para entregárselos a Sesbasar, príncipe de Judá» (Esd 1,1-8).

El retorno fue escalonado en varias etapas. En la primavera del año 537, una caravana de cuarenta mil judíos volvió, por el desierto, a Palestina. Al frente de ellos venía Zorobabel, descendiente de los reyes de Judá. Probablemente, en alguna de estas caravanas vinieron también con muchos sacerdotes, los profetas Ageo, y Zacarías, como se puede deducir de las alusiones en sus oráculos (cf. Ag 1,1).

El regreso del exilio no fue ni tan alegre ni tan esplendoroso como algunos esperaban, confiados en oráculos proféticos llenos de poesía; no sabían distinguir el horizonte inmediato erizado de dificultades, del futuro mesiánico y glorioso en el triunfo final. Fue muy necesario el aliento de los profetas para sostener la esperanza en el cumplimiento, cada vez más cercano, de las promesas.

Los sobrevivientes lloraban de incontenible emoción ante las ruinas. Los recién llegados se instalaron como pudieron en Jerusalén y en sus cercanías. Enseguida se pusieron a organizar el culto a Yahvé. Limpiaron la explanada del antiguo templo y construyeron un altar para ofrecer los sacrificios (cf. Es 3,1-3):

> «Llegado el séptimo mes, y estando ya los israelitas en sus ciudades, congregó todo el pueblo como un solo hombre en Jerusalén. Josué, hijo de Josadac, con sus hermanos los sacerdotes, y Zorobabel, hijo de Sealtiel, con sus hermanos, se pusieron a reconstruir el altar del Dios de Israel, para ofrecer en él holocaustos como está escrito en la Ley de Moisés, hombre de Dios. Erigieron el altar en su emplazamiento, a pesar del temor que les infundían los pueblos de la tierra y ofrecieron en él holocaustos a Yahvé, holocaustos de la mañana y de la tarde».
>
> Al poco tiempo, con todo entusiasmo pusieron manos a la obra y comenzaron a echar los cimientos de la nueva casa de Dios, el nuevo templo. Como un solo hombre todos participaban en la tarea. Bajo la dirección de los expertos trabajaban canteros, albañiles, carpinteros, transportistas, etc., en presencia de los sacerdotes y levitas que, como en las grandes fiestas, tocaban las trompetas y los címbalos entre incesantes aclamaciones del pueblo (cf. Es 3,8s).

Pero pronto se apagó el entusiasmo inicial y se paralizaron indefinidamente las obras. Los judíos que no habían sido deportados y no tenían las experiencias del destierro, llamaban fanáticos a los que venían con planes de una restauración que

consideraban utópica y se negaban a ayudarles, ocupados como estaban en su propio bienestar y olvidados del culto al Altísimo.

Por otra parte, los vecinos samaritanos se opusieron con tal insistencia que obligaron a suspender las obras. Sólo se pudieron reanudar quince años más tarde, y esto, sin duda, por las exhortaciones y el aliento que infundieron a los judíos fieles los nuevos profetas postexílicos.

Ésta fue la obra de Dios por medio de Ageo en unas circunstancias históricas de trascendental importancia para la historia de la salvación.

Aunque no es fácil hilvanar perfectamente los hechos, las crónicas de Esdras y Nehemías nos dan un cuadro sintético, nada engañoso, de la realidad en la que el Profeta se desenvolvió durante la restauración judía, después del destierro. La comunidad judía vuelve a renacer en la tierra de sus antepasados, pero no deja de ser una provincia del imperio persa. Beneficiándose de la política religiosa liberal de los Aqueménidas con los pueblos sometidos, volvieron a la Tierra Prometida, restablecieron el culto, restauraron el templo, levantaron las murallas de Jerusalén, viviendo según la ley de Moisés que tiene validez civil reconocida.

El Imperio no les exige más que una lealtad fácil de observar, ante un poder central respetuoso con su fe y sus costumbres. Es este un momento histórico de gran trascendencia, porque se trata nada menos que del nacimiento del judaísmo, preparado con largas meditaciones en el destierro purificador.

Ageo es uno de los hombres providenciales que, junto al caudillo Zorobabel, al sacerdote Josué y al profeta Zacarías, ayudó con gran eficacia a la maduración de su pueblo. Si el mensaje de los profetas antes del destierro era el castigo divino medicinal, durante el exilio se convirtió en consolación. Ahora se trata de restauración.

Ageo llega en el momento decisivo para recrear la nueva comunidad. Sus exhortaciones están fechadas con exactitud: desde fines de agosto hasta mediados de diciembre del 520. Reavivaron las energías del pueblo desanimado, Este es el objetivo concreto de los cuatro breves sermones que componen el libro.

Dios ha echado a perder los frutos de la tierra porque el templo sigue en ruinas, pero su reconstrucción traerá una era de prosperidad (cf. 1,1-14):

> «Habéis sembrado mucho y cosechado poco [...] ¿Por qué? Porque mi casa está en ruinas mientras vosotros os cobijáis cada uno en su casa [...] Escucharon la voz de Yahvé, su Dios, y las palabras del profeta Ageo [...] Entonces Ageo, habló así al pueblo en virtud del mensaje de Yahvé: "Yo estoy con vosotros"».

A pesar de su modesta apariencia, este nuevo templo eclipsará la gloria del antiguo (cf. 1,15-2,9):

> «Llegarán entonces los tesoros de todas las naciones y yo llenaré de gloria este Templo [...] Grande será la gloria de este Templo, la del segundo, mayor que la del primero».

Se le promete el poderío a Zorobabel, elegido de Yahvé (cf. 2,23):

> «Aquel día —oráculo de Yahvé Sebaot— te tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Sealtiel, siervo mío y te haré mi anillo de sello, pues tú eres mi elegido».

La construcción del templo se presenta como condición indispensable para la venida de Yahvé y el establecimiento de su reino. Va a inaugurar la era de la salvación escatológica (cf. 2,20; 2,6):

> «Sacudiré los cielos y la tierra, el mar y el suelo firme, sacudiré todas las naciones [...] Volcaré los tronos de los reyes y destruiré el poder de los reinos paganos».

En torno al santuario y al descendiente de David crece la esperanza mesiánica que otro profeta, Zacarías, va a expresar con mayor claridad.

La predicación de Ageo se centra en dos temas, el templo y la irrupción de la escatología. El primero es el más importante, porque de la restauración del templo hace depender la intervención salvadora de Dios en el mundo. El templo es el lugar en que Yahvé habla a Israel, donde perdona sus pecados y en el que se halla presente. La actitud ante el templo refleja la adoptada a favor o en contra de Yahvé. Israel no será Israel si no busca, ante todo, el reino de Dios. Lo demás, la bendición, le será concedida luego.

El Nuevo Testamento recoge de Ageo la referencia en Mt 28,20 a la presencia de Dios entre su pueblo (cf. Ag 1,13). Y en Heb 12,26 sobre la convulsión de los reinos y de la naturaleza en perspectiva escatológica (cf. Ag 2,6). El *Sinaxario constantinopolitano* celebra también a San Ageo el 16 de diciembre con elogio muy expresivo.

A veces se le representa como un ángel que vuela sobre un templo o un altar con la interpretación de *Ageus* = *Angelus*. En miniaturas de muchas biblias aparece en la serie de los profetas. Sus atributos distintivos se refieren a la construcción del Templo. A veces lleva una bolsa de monedas que alude a su texto: «Mía es la plata, mío es el oro, dice el Señor de los Ejércitos» (cf. Ag 2,9).

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1129-1140.
ALONSO SCHÖKEL, L. - VALVERDE, J. M.ª, *Doce profetas menores* (Madrid 1966) 167-173.
AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros* (Estella 1996).
BALLARINI, L., «Aggeo», en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.352-357.
Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1091-1092; 1387-1388.

SANTA ADELAIDA

Emperatriz († 999)

Adelaida, nacida en el castillo de Orb en el año 931, era hija de Rodolfo II, rey de Borgoña, y de Berta, hija de Bucardo, rey de Suevia. El reino de Borgoña había sido erigido en 879 por el rey franco y emperador Carlos el Calvo, integrado por la Borgoña, la Provenza, el Bresse y el Delfinado.

Adelaida, en 937 huérfana de padre cuanto tenía poco más de seis años, a sus dieciséis se casó en 947 con el rey italiano Lotario II, de quien tuvo una hija, Emma, que sería reina de Francia. Lotario murió en el año 949, quizá envenenado por quienes deseaban arrebatarle el reino, y Adelaida quedó viuda a sus diecinueve años. Fue encarcelada en el castillo de Garda por el rey italiano Berengario II, del Friuli, quien ya había conquis-

tado la Lombardía, le usurpó el reino de Italia y le suprimió todos los títulos y poderes porque no quiso casarse con un hijo suyo. «Dios me lo dio, Dios me lo quitó, bendito sea Dios», exclamaba con el libro de Job. Su capellán, el padre Martín, atestiguó que durante aquel tiempo ni protestaba ni se quejaba, y que todo lo veía venido de las manos de Dios para su bien. Hasta los mismos carceleros se admiraban de que no desesperara ni insultara sino que permaneciera en oración sonriendo en medio de lágrimas. Con la ayuda de su capellán pudo escaparse de la prisión y huir hacia Germania, hasta el castillo de Canosa donde se refugió. Como Berengario cercó el castillo, Adelaida envió mensajeros a Otón de Alemania solicitando su ayuda, quien llegó, derrotó a Berengario en 951 y concedió libertad a la reina. Otón I, que ya había sido reconocido en todo el reino de Germania como rey, conquistó Lombardía y el reino de Borgoña y se apoderó de la mayor parte de Italia pero más tarde, por intercesión de Adelaida, dejó el gobierno de Italia en manos de Berengario como reino feudatario de la corona alemana.

Otón I, también viudo, pidió en matrimonio a Adelaida, quien aconsejada por el padre Martín se casó con él en Pavía en 951 y sería la mujer más importante de toda la Europa de su tiempo. Los dos fueron a Roma y fueron coronados «emperadores del Sacro Imperio» (título que nadie llevaba desde 924) en Roma el 2 de febrero de 962 por el papa Juan XII. En la corte Adelaida trató a la «reina madre» Matilde, también santa. Otón I animó la evangelización de los húngaros y constituyó distintas «Marcas» dentro de territorios eslavos y erigió un obispado en Magdeburgo como centro de toda esa actividad apostólica.

Otón dejó a Adelaida al cargo del imperio cuando marchó a Italia para realizar una campaña, y la emperatriz, durante ese tiempo, ayudó a los monasterios y fundó otros nuevos. En este tiempo escogió a San Adalberto, arzobispo de Magdeburgo, como director espiritual y en todo intentaba ser fiel a su marido descargándole de muchas responsabilidades del gobierno.

A Adelaida le tocaron vivir tiempos recios, pues un concilio convocado por su esposo depuso al papa Juan XII el 4 de mayo de 963 (quien moriría diez días después) y el mismo día —con permiso del emperador, pues había prohibido a los romanos

elegir papa sin su consentimiento— eligió sucesor a León VIII. Si éste fue legítimo papa, entonces Benedicto V, elegido en 964 y que fue depuesto en otro sínodo tenido en Letrán por el emperador Otón y León VIII, sería antipapa, pero si la deposición de Juan XII no fue válida entonces no habría sido papa León VIII. Fácil de decir ahora, pero difícil de vivir entonces, como lo hizo Adelaida queriendo mantener la fidelidad a Jesucristo en la fidelidad al sucesor de Pedro y a la Iglesia.

Adelaida había tenido con el emperador tres hijos, dos que murieron muy pronto y el tercero en 955, Otón II —a quien educó con la ayuda de San Bruno, arzobispo de Colonia y del P. Gerbert—, y lo llevaba con ella cuando iba a socorrer a los pobres y a los enfermos.

Pero Otón I había tenido de su primera esposa, un hijo y una hija. Este hijo, Ludolfo, de carácter violento y orgulloso, vio en su hermano por parte de padre un rival en el trono. Se unió así a los duques de Baviera y de Lorena para destronar a su padre. Otón I los derrotó y los entregó a un tribunal de guerra pero Adelaida hizo todo lo posible para que los perdonara, e incluso acudió a solicitar la intercesión del obispo de Augsburgo, San Ulrico, para lograr la amnistía para el rebelde, mientras oraba y realizaba obras buenas con esa intención. Tuvo, por fin, la alegría de ver a Ludolfo reconciliado con su padre el emperador.

Reina y emperatriz, usaba sus riquezas y poder para hacer bien a todos, especialmente para socorrer a los pobres. Otón I el Grande, rey de Germania e Italia, murió en el año 973, después de haber reinado treinta y seis años y habiendo sido once emperador.

Adelaida, de cuarenta y dos años, comenzó a ayudar entonces a su hijo Otón II, en las tareas de gobierno. Pero, después de haberse casado en segundas nupcias —quizá para dominar occidente y oriente— con una princesa bizantina de Constantinopla, Teofanía, y por influencia de ésta —que no quería compartir con su suegra la influencia sobre Otón II— éste desterró y echó de casa a su propia madre, quien fue a refugiarse a casa de su hermano Conrado, rey de Borgoña. Adelaida pidió ayuda a San Mayolo, segundo abad de Cluny, quien convenció a

Otón II de lo mal que había actuado con su madre, siendo quien mejor le podía aconsejar y acompañar y, en consecuencia, la liberó, le pidió perdón y la recibió de nuevo en el palacio imperial.

Otón II comenzó a llamarse *Imperator Augustus Romanorum* y reclamaba los derechos de los bizantinos que se habían apoderado del sur de la península italiana. A partir de 980 a 982 emprendió una campaña militar en la que fue derrotado por los musulmanes el 13 de julio de 983 en Calabria. Pudo huir pero murió en Roma de malaria el 7 de diciembre de 983, a sus veintiocho años y fue sepultado en la basílica de San Pedro, el único emperador allí enterrado.

Su hijo, Otón III, con sólo tres años de edad fue coronado emperador en Aquisgrán por los arzobispos de Maguncia y de Ravena. Entonces su abuela Adelaida tuvo que ejercitar todavía más la paciencia pues quedó a merced de los malos tratos de Teofanía, quien fue regente mientras Otón III era menor de edad. «Sólo en la religión puedo encontrar consuelo para tantas pérdidas y desventuras», dicen que decía. Cuando Teofanía también murió, en 991, Adelaida se vio obligada a asumir, en nombre de su nieto menor de edad, la regencia del reino, tomando esa responsabilidad como una carga para ella y un servicio para su pueblo. En este tiempo se dirigía espiritualmente con San Odilón, quinto abad de Cluny —su primer biógrafo— quien dejó escrito de Santa Adelaida: «La vida de esta reina es una maravilla de gracia y de bondad». Además del padre Martín y de San Adalberto, también fueron padres espirituales de esta santa San Mayolo y San Odilón de Cluny, pues había visitado esta abadía, donde los había conocido, y había apoyado la reforma monástica cluniacense.

Como anteriormente, pero de modo especial en estos años, supo conjugar el olvido de sí misma con la dedicación a los asuntos públicos de modo infatigable, su honestidad en los actos de gobierno con su profunda religiosidad, devolviendo bien por mal, orando y llorando por los pecados de su pueblo y pidiendo luz a Dios en todas las decisiones que debía tomar. Era valiente y humilde a la hora de tener que enmendar a otros, tratando siempre de vivir de tal modo que no tuviera que ser co-

rregida en lo que tenía que corregir a los demás. Regía de tal modo su casa y el reino ganándose la confianza de sus súbditos no sólo para mantener el orden político sino también para intentar llevar a todos hacia una vivencia cristiana como la que ella deseaba vivir.

Construyó iglesias y conventos, instituciones de caridad y de beneficencia, como hospitales destinados a los pobres, y dedicó esfuerzos notables para la evangelización de quienes permanecían todavía paganos. Benefició de modo singular a los monasterios de Peterlingen, San Salvatore, de Pavía, y de Selz. En sus ratos libres bordaba ornamentos litúrgicos y manteles para los altares de las parroquias pobres. Atendió a todas las provincias que integraban sus dominios y de modo singular a la ciudad de Magdeburgo. Se desprendió de grandes cantidades de dinero personales para ayudar a los misioneros que fueran a evangelizar a quienes todavía no habían recibido el primer anuncio del evangelio.

Cuando Otón III se posesionó ya del imperio, ella se retiró a un monasterio y pasó sus últimos años dedicada a la oración y a la caridad. Le tocó, pues, vivir y ayudar a tres emperadores «Otones», Otón I, su marido, Otón II, su hijo, y Otón III, su nieto, siendo reina de Italia y emperatriz de Alemania. Los dos primeros «Otones» tuvieron la intención política de mantener unidos, bajo el título del imperio franco-carolingio, los distintos ducados de Germania e Italia y a ello contribuyó en gran medida la sabiduría de Santa Adelaida. Otón III, declarado mayor de edad a los 15 años, quiso restaurar un imperio romano-bizantino.

Emma, la hija que Adelaida había tenido anteriormente de Lotario, reina de Francia, hubiera querido que se quedara con ella y con su esposo en París, y para conseguirlo fueron los dos a su encuentro. Pero Adelaida quería realizar algunas peregrinaciones y, sobre todo, reconciliar a sus sobrinos que se disputaban el reino de Borgoña. El último año de su vida hizo un viaje a Borgoña para tratar de reconciliar a los ciudadanos con su sobrino Rodolfo y murió en el camino, en el monasterio cluniacense que había fundado en Selz —junto a Estrasburgo (Alsacia)— atendida por los benedictinos, el 16 de diciembre de 999 a la edad de sesenta y ocho años.

La fama de santidad de Adelaida se había extendido durante su vida pero, al morir, se comprobó todavía más cómo se había ganado el aprecio de su nación y de las naciones circunvecinas tanto por sus acciones de gobierno como por su vida cristiana en medio de tan difíciles responsabilidades públicas.

Su fiesta se celebró desde el principio del segundo milenio durante mucho tiempo en distintas diócesis de Francia y Alemania, particularmente en Alsacia, Sajonia y Baviera. Finalmente fue canonizada en 1097 por el papa Urbano II.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IV (Madrid 1853) 505-506.

EGGER, C., «Adelaide, imperatrice, santa», *en Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.233-235.

LEITE, S., SJ, *Santos de cada día,* III (Braga 1987) 452.

BEATA MARÍA DE LOS ÁNGELES (MARIANA) FONTANELLA

Religiosa († 1717)

María de los Ángeles nació en Turín el 7 de enero de 1661, undécima y última hija del conde Giovanni Donato Fontanella y de la condesa María Tana de Santena. En el bautismo se le impuso el nombre de María Ana. Era pariente de San Luis Gonzaga por parte de su madre. Cuatro de sus siete hermanas se habían hecho religiosas; por eso, cuando a los 14 años manifestó sus deseos de entrar en el convento, su madre, viuda, se opuso fuertemente a ello; con la misma tenacidad la hija llevó adelante su propósito hasta conseguirlo. Vistió el hábito de carmelita descalza el 19 de noviembre de 1676 en el convento de Santa Cristina de Turín, donde profesó el 26 de diciembre de 1677. Fue elegida priora de la comunidad en 1694, con dispensa apostólica a los 33 años. Elegida otras tres veces para el mismo oficio: 1700-1703; 1706-1709; 1712-1715. Todavía en su primer priorato se hizo la fundación de otro monasterio en Moncalieri, pero «la Corte y los Superiores no quisieron que formase parte

de ella. Participó, no obstante vivamente con su consejo y con sus cartas y tuvo una influencia determinante en el desarrollo de la joven fundación».

A sus oraciones se atribuyó el final de la guerra y la liberación de Turín en 1696; ella lo atribuyó a la intercesión de San José del que era extraordinariamente devota, a imitación de su madre Santa Teresa. No muchos años después predijo la salvación de Turín de las tropas francesas que fueron derrotadas en septiembre de 1706; para conmemorar la victoria se construyó en Superga un gran templo votivo. Devota y conocedora de las enseñanzas de Santa Teresa, ha dejado muchas páginas llenas de doctrina sobre la vida espiritual y la oración, recordando a sus monjas la importancia de este trato de amistad con Dios.

Para ella la oración «es una conversación con Dios, en la que el alma, dejando aparte los muchos discursos del entendimiento y contenta con el solo recuerdo de Dios, atiende a los afectos de amor o acción de gracias o de alabanza del Señor». Escribió un buen manojo de cartas a superiores y padres de la Orden, a monjas carmelitas del monasterio de Moncalieri, a personas seglares, a señoras y señores de la corte, a la Casa Real de Saboya y a sus familiares. Por obediencia a los superiores escribió su autobiografía.

Murió en Turín el 16 de diciembre de 1717.

> «Su cuerpo descansa en Turín, en la iglesia de Santa Teresa, obra del arquitecto Juvenal Delponte, bajo un magnífico altar, frente a la monumental capilla de San José, obra maestra de Felipe Juvara».

El proceso canónico para su glorificación comenzó muy pronto, en mayo de 1722. En 1778 fue proclamada por el papa Pío VI la heroicidad de las virtudes de la sierva de Dios, y fue beatificada por Pío IX el 25 de abril de 1865. Al año siguiente publicaba San Juan Bosco la biografía de la Beata María de los Ángeles.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta processuum beatificationis (Roma 1727-1865).

ANSELMO DI SAN LUIGI GONZAGA, *Vita della B. Maria degli Angel, religiosa professa carmelitana scalza* (Roma 1865).

— *Compendio de la vida de la Beata María de los Ángeles, carmelita descalza* (Barcelona 1866).
ELIA DI SANTA TERESA, *La diletta del Crocifisso; vita della venerabile Madre Suor Maria degli Angeli, religiosa del monastero di Santa Cristina delle carmelitane scalze di quest'Augusta* (Turín 1729).
GIOVANNI BOSCO, *Vita della Beata Maria degli Angeli, carmelitana scalza torinese* (Turín 1866).
GIOVANNA DELLA CROCE, «El tema de la oración en el epistolario de María de los Ángeles»: *Revista de Espiritualidad* 23 (1964) 442-467.
GIOVANNI DI GESÙ-MARIA, «María de los Ángeles, beata», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 390-392.

BEATO CLEMENTE MARCHISIO

Párroco y fundador († 1903)

Nos sorprende el cardenal Newman cuando escribe a Inglaterra desde Roma dando cuenta detallada de su encuentro con León XIII, que acababa de nombrarlo cardenal, ya con ochenta años cumplidos. Quedaban definitivamente consagrados los grandes méritos de este gran personaje inglés, tan incomprendido hasta entonces incluso por notables pensadores católicos. No entró el Papa en grandes temas trascendentales. Le preguntó sencillamente por su vida en la comunidad del Oratorio de San Felipe Neri, de la que era superior, por los cuidados materiales de que era objeto, quién les hacía la comida, y cosas así. El cardenal no sufrió desencanto: lo cuenta todo verdaderamente conmovido, revelándonos esta faceta insospechada del papa Pecci. En esta línea de familiar sencillez se inscribe también el encuentro que con él tuvo en 1883 el humilde párroco italiano Don Clemente Marchisio. Andaba entonces por los cincuenta años, y le presentaba al Papa su fundación de las Hijas de San José, emprendida siete años antes en su feligresía de Rivalba. Le expuso al Papa la orientación que acababa de dar a su Instituto, brotado inicialmente para atender espiritual y materialmente a sus feligresas jóvenes en momentos difíciles. Ahora lo centraba todo en la Eucaristía y su entorno: adoración, cuidado de la celebración, esmero y pulcritud... León XIII descendía a los detalles mínimos: elaboración del pan eucarístico, garantías máximas en la producción del vino, cuidado de purificadores y corporales... Y el refrendo definitivo: «¡Oh! Al final nuestro señor Jesucristo ha pensado un poco en sí mismo». D. Clemente

tenía veinte años por delante para consolidar y extender su obra.

Turín en la segunda mitad del siglo XIX es un verdadero vergel sacerdotal: florecen simultáneamente San Juan Bosco, San José Cottolengo, San José Cafasso. Este último marcó para nuestro Beato la ruta de la santidad.

Nacido el 1 de marzo de 1833 en Raconnigi, pequeña localidad del Piamonte, puede decirse que no deseó sino ser sacerdote desde que fue capaz de desear algo. Era de una familia honrada y pobre: el padre, zapatero remendón. Gracias a un caritativo sacerdote, Don Sacco, pudo hacer los estudios secundarios y los cursos de filosofía. A los 23 años, el 21 de septiembre de 1856, fue ordenado sacerdote. Funcionaba en Turín un convictorio para perfeccionar a los jóvenes sacerdotes, dirigido por San José Cafasso. Clemente se puso en manos de este santo durante dos años, adquiriendo el temple y fortaleza que pronto iba a demostrar.

Su primer destino fue de vicepárroco de Cambiano. Resultó incómodo por su valiente predicación, y lo destinaron a la pequeña localidad de Vigone. En 1860, a los 27 años, era nombrado párroco de Rivalba. Toda aquella comarca era profundamente anticlerical. En su primer sermón expuso con claridad su programa pastoral: dar ejemplo con una vida sacerdotal irreprochable, administrar los sacramentos, catequizar a los niños, enseñar a los ignorantes, buscar a los alejados de la Iglesia, aconsejar a los padres de familia:

> «Si se presenta algún vicio, no tendré más remedio que levantar la voz. ¡Qué desgracia para mí si no dijera claramente la verdad! Debo dedicaros mis vigilias, mis cuidados, mis fatigas en cualquier momento, tanto de día como de noche, a pesar de de la distancia, del calor o del frío, a fin de procuraros mis auxilios. A mis servicios añadiré mi oración, que fue gracias a ella como San Pablo convirtió tantas almas».

Tomó como modelo al santo cura de Ars, predicando con vehemencia contra las blasfemias, y la falta de respeto por el domingo. El ímpetu juvenil se deja sentir en frases como la siguiente: «Sabedlo de una vez por todas: no he venido aquí para agradaros, sino para deciros la verdad y convertiros».

La verdad suele ser amarga, según el conocido adagio. Clemente comenzó a sentir amplio rechazo. Sus sermones resultaban desagradables, y comenzaron a hacerle la vida imposible. Abundan los detalles que demuestran el ambiente hostil: comenzada la misa, los hombres salen de la iglesia no más terminar la lectura del evangelio, van en pos de ellos sus esposas, siguen los jóvenes y el buen cura se queda sólo con los niños y unas cuantas viejas. A veces lo silban y provocan grandes alborotos. Siguen las falsas interpretaciones, las sospechas, las calumnias y hasta las amenazas físicas. El miedo termina apoderándose de él y solicita lo cambien de parroquia. El arzobispo de Turín sabía mejor que él mismo su capacidad de aguante, y fue terminante en la respuesta: «Permanezca valientemente en la cruz».

Diez años duró la hostilidad generalizada. Clemente se entregó a la práctica del santo abandono, refugiándose en el Corazón de Jesús y en la devoción a la Virgen y a San José. Se centró de lleno en la Eucaristía, celebrando el Santo Sacrificio de la Misa con fervor renovado cada día, y dedicó largos espacios a la adoración silenciosa. Así se adentró en la ciencia suprema de la cruz, llegando a la cima del descanso a la sombra de Cristo crucificado. Su corazón se veía limpio de toda amargura y en su semblante se traslucían la paz y el gozo interior. Comenzaron las conversiones y el cambio de ambiente. Hasta muchos de los más obcecados terminaron por reconocer la gran calidad de aquel hombre inalterable en el ejercicio de sus funciones sacerdotales. Sus obras ocultas de caridad se iban desvelando cada día, y el cariño de la gente afloraba al fin.

Su capacidad organizativa entró en juego. En los años que van de 1871 a 1876 construye un asilo para niños. ¿Qué hacer con las chicas forzadas a emigrar a la ciudad para emplearse en el servicio doméstico? Tuvo clara conciencia de su desamparo y peligros. Vio como solución el establecimiento de un taller textil. Podrían así ganarse un salario sin abandonar el hogar paterno. Pronto secundaron sus planes un grupo de mujeres caritativas y formó con ellas una comunidad denominándolas Hijas de San José. A la sombra del Santo Patriarca aprendían la eficacia en el silencio, la laboriosidad alegre, el olvido de sí mismas, sin más gozos ni penas que los del prójimo, siempre centrada la mi-

rada en el Santísimo Sacramento. ¿Tuvo alguna inspiración especial? ¿Resultó fallido su proyecto de dedicación generalizada a obras de caridad? En un momento dado, tuvo la persuasión plena de que las fuerzas del mal se conjuraban en contra del Sacramento del altar. Sus convicciones quedarían condensadas en el libro en cuatro capítulos que finalmente publicó en Turín, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional allí celebrado en 1894: *La Santísima Eucaristía combatida por el satanismo.*

A su Congregación de Hijas de San José no le impuso ningún programa combativo: ellas, en el clima silencioso del Hogar de Nazaret, deberían dedicarse a cuanto se refiere al culto eucarístico, especialmente la celebración de la misa, preparando las hostias, el vino y los detalles circunstanciales de vestiduras y vasos sagrados, limpieza y ornato.

Cuando la congregación aún estaba en los comienzos, les dirigió estas palabras:

> «En la Iglesia ya existen florecientes Institutos entregados a la caridad para con el prójimo, pero, que yo sepa, todavía no hay ninguno dedicado exclusivamente al culto de Jesús Sacramentado: así nuestro Instituto en vez de servir a Jesús en los pobres y en los niños, se empeñará en servirle todo lo mejor posible a Él mismo, en cuanto se refiera al Sacramento del Amor».

El párroco Clemente Marchisio simultaneó sus tareas parroquiales con la atención a la consolidación y expansión de su congregación de Hijas de San José. Así comenzaron sus viajes por toda Italia y sus contactos con cardenales y obispos, entre ellos José Sarto, obispo en Mantua y luego Patriarca de Venecia hasta convertirse en el papa San Pío X.

La casa de Roma se abrió en 1883, en el pontificado de León XIII, al que hemos aludido al comienzo. El Instituto sólo gozaba de aprobación diocesana, otorgada por el arzobispo de Turín, cardenal Castaldi, el mismo que no fue capaz de comprender la grandeza de su antiguo compañero de seminario y luego sacerdote de su diócesis, San Juan Bosco. La aprobación definitiva vino dada en 1907 por San Pío X, el papa de la Eucaristía. El santo fundador ya había fallecido varios años antes, el 16 de diciembre de 1903. Se hallaba de visita a las casas filiales del norte de Italia. Se sintió enfermo, pero siguió trabajando, sacando fuerzas de la Eucaristía. La operación quirúrgica a que

fue sometido no dio resultado, y falleció en la fecha dicha, a los 70 años, la edad límite que, según varios testigos, había anunciado con mucha anterioridad.

Sus restos fueron trasladados en 1920 a la iglesia parroquial de Rivalba. En 1933 se inició su proceso diocesano de canonización. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 30 de septiembre de 1984.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

FRANCHETTI, D., *Il beato don Clemente Marchisio* (Roma ²2002).
SARALE, N., *Teologia della semplicità. Biografia di don Clemente Marchisio, parroco di Rivalba Torinese, fondatore dell'Istituto Figlie di S. Giuseppe* (Roma 1975).
TUNINETTI, G., *Don Clemente Marchisio: 1833-1903. Un profilo storico* (Turín 1986).

HONORATO DE BIALA PODLASKA (FLORENCIO) KAZMINSKY

Presbítero († 1916)

Nace en Biala Podlaska (Siedlce, Polonia) el 16 de octubre de 1829, hijo del arquitecto Esteban Kazminski y Alejandra Kahl, cónyuges, un matrimonio de profundas convicciones cristianas. Es cristianado dos días más tarde, y se le imponen varios nombres aunque prevaleció siempre el de Wenceslao. Sus padres, muy estimados en la población, educaron piadosamente a sus cuatro hijos, y en Biala frecuenta la escuela elemental. En 1840 es confirmado, y en mayo de ese año su familia se traslada a Wloclawek, un importante centro industrial, y en Plock estudia el bachillerato. En septiembre de 1844 comienza los estudios de arquitectura en la Academia de Bellas Artes de Varsovia, y su carácter serio y disciplinado comienza a compaginar con las influencias negativas que un compañero de estudios le muestra, respecto a las convicciones religiosas recibidas en su familia. Además, la acción anticatólica que promueve el régimen ruso invasor favorece el ateísmo práctico, y va decantándole hacia el iluminismo racionalista.

El 2 de noviembre de 1845 fallece su padre, y su pérdida le produce una crisis de fe que le conduce al ateísmo, convirtién-

dose en un convencido antirreligioso entre sus colegas. En estas circunstancias la policía zarista, sospechando que ha tomado parte en un complot contra el régimen, le acusa de conspirar, le arresta y encarcela en la Ciudadela de Varsovia en abril de 1846, una prisión destinada a los sentenciados a muerte. En la cárcel enferma de tifus debido a las malas condiciones higiénicas, y todas estas desventuras le producen un cambio espiritual muy profundo y recupera la fe. Al enterarse de su encarcelamiento, su madre acude a la capital polaca para lograr su libertad. El 27 de de marzo de 1847 es absuelto por falta de pruebas, regresa al ámbito familiar donde suplica el perdón a su madre, a quien ha hecho sufrir tanto por su desordenada conducta:

> «A mi madre debo la vida dos veces, la del cuerpo y la del alma: ella rezó por mí a la Virgen cuando, estando en prisión y enfermo, sin conciencia, me hallaba cerca de las puertas del infierno».

Reemprende sus estudios, licenciándose en arquitectura en 1847, aunque su corazón anda inquieto en otros asuntos. Se va aclarando su vocación, cada vez con mayor precisión. Se decide y realiza una confesión general:

> «Pues debo confesar que en mi juventud he sido un gran pecador, ofendiendo declaradamente a Dios, de quien he renegado, comportándome como si él no existiese, incluso combatiéndole, intentanto que otros también renegasen de la fe».

Parece que Dios le habla, y el 8 de diciembre de 1848, fiesta de la Inmaculada Concepción, ingresa en el convento capuchino de Varsovia, y viste el hábito el 21 de diciembre en el convento de Lubarlów (Lublino), con el nombre de fray Honorato de Biala. Concluido el noviciado, al año siguiente emite la profesión simple. En 1850 los superiores le destinan al convento de Lublino, donde prosigue los estudios de filosdía y teología, y el 21 de diciembre del mismo año profesa solemnemente. En 1851 regresa a Varsovia; el 5 de junio recibe el diaconado, y el 27 de diciembre, es ordenado presbítero.

Desde su entrada en los capuchinos se considera un verdadero hijo de San Francisco de Asís, «mi santo predilecto [...] deseo es poder imitarlo perfectamente». Permanece unido a Dios, a quien ama sobre todas las cosas, y a él dedica toda su actividad, inmerso en la plegaria, que era la esencia de su vida:

«Te amo con la veneración más grande. ¡Oh Dios mío! Te quiero a ti sólo. Dios mío, sin ti no puedo vivir, y sólo contigo puedo vivir en la tierra».

La pasión de Cristo constituye una de sus grandes devociones, y reza el Via Crucis derramando abundantes lágrimas: «No sabéis, hermanos, qué gran pecador soy. En mi juventud traicioné a Dios». Predica en las iglesias más importantes de Varsovia, y el talento de su oratoria y el ardor con que habla atraen a muchos. Le consideran un célebre predicador. Y del púlpito, al confesonario, donde recoge el fruto de su abundante doctrina.

Comparte esta intensa actividad pastoral con diversos encargos de la Orden: secretario provincial, definidor provincial y guardián, que refrendan sus dotes de inteligencia, prudencia y rectitud. En varios centros femeninos imparte clases de religión, dirige la cofradía del Santo Rosario y la Terdera Orden de San Francisco, orientando a fieles según el carisma personal a consagrarse a Dios: «No he venido al convento sólo para salvar mi alma, sino para santificarla. Tantos siglos los capuchinos en Polonia, y todavía no tenemos uno santo». Colabora con la Beata María Ángela Truszkowska en fundar, el 21 de noviembre de 1855, la congregación de Hermanas de San Félix de Cantalicio. En 1860 es destinado como guardián del convento de Varsovia, en cuyo tiempo tiene lugar la fundación de las capuchinas.

Entre 1863-1864 el gobierno zarista invasor promueve unas leyes en Polonia para reprimir y sofocar la insurrección, que producen numerosas víctimas y desgracias. Se promulga la supresión de las Órdenes religiosas, y se pretende la desaparición de la Iglesia, convirtiendo los conventos en cárceles. Se intenta privar a los polacos de cualquier libertad que hubiera aún, separando la Iglesia greco-católica polaca de la Iglesia católica para destruir la cultura, la lengua y la religión. El fracaso de la insurrección contra el gobierno zarista provoca que el arzobispo de Varsovia, obispos y sacerdotes sean deportados. Se cierran los colegios: «Esta prisión será, sí, nuestra tumba, pero se convertirá en la cuna de nuestra provincia capuchina», dirá cuando la comunidad de Varsovia sea confinada el 28 de noviembre de 1864 en el convento de Zakroczym, a unos 42 kilómetros de la capital, donde transcurrirá 28 años de su vida, oculto como en las catacumbas. Además, no pueden recibir novicios. Están des-

tinados a la desaparición. Los frailes viven como reclusos, continuamente vigilados, particularmente le vigilan a él, impidiéndole que se relacione por carta con nadie.

Con la ayuda de Dios se consagra al confesonario, lo único que puede hacer, y aquí va a desarrollar una labor espiritual fecundísima, despertando en muchas almas el deseo de vivir en el mundo como religiosos, sin hábito y con votos. Una nota de audacia y prudencia, arraigada en una auténtica espiritualidad franciscana. Su vida, de plegaria intensa, penitencia y celo apostólico, es la fuente sobreabundante de donde van a brotar muchas iniciativas, fecundas y apostólicas. Trabaja en la Iglesia y con la Iglesia, y la gracia divina le concede encontrar una respuesta a la situación social de su patria, bajo la dominación rusa y el desarrollo del socialismo. En un tiempo tan fácil para el desaliento y el abandono de la fe, promueve numerosas fundaciones que logran mantener un fructífero apostolado, suscitándose numerosas vocaciones. Su amor a la Iglesia le anima a buscar su renovación, adaptándose a las condiciones sociales: «Cuando la casa del padre necesita reparaciones, todos sus hijos deben contribuir a su mantenimiento». Su profética visión del futuro le permite anticiparse al tiempo, ofreciendo al cansado y agobiado la razón de la auténtica esperanza, conservando el optimismo arraigado en la fe. En estas numerosas congregaciones se cumple especialmente la vida oculta a los ojos del mundo. Un nuevo modo de vida religioso sugerido por motivos de prudencia o necesidad, pero también por el deseo de imitar la vida oculta de Jesucristo y la Virgen María en Nazaret. Frente a la opresión religiosa se siente polaco y católico, con todas las consecuencias. A la Iglesia, que vive casi en las catacumbas, le ofrece con valentía nuevo espíritu, mediante la opción de sus congregaciones.

Frente a la intolerancia religiosa, amenazas y deportaciones, contrapone el silencio de sus cristianos evangelizadores, que trabajan con digna resistencia. Sostiene y anima la esperanza de su pueblo, preparándolo para su justa libertad, amando a Dios y a su Patria intesamente, para construir un mundo mejor y más justo. Todos le buscan y a todos aconseja, continuamente vigilado por la policía. Es un promotor de la vida cristiana, un maestro del evangelio quien les habla, proponiéndoles vivir donde viven, en

su propia casa y entre los suyos tal y como son, según el ejemplo de Cristo y María cuando vivían en Nazaret. Deben fermentar el mundo en que viven. El Espíritu Santo que anima la Iglesia le ilumina en sus numerosas congregaciones. La vida oculta es su carisma, y lo defiende con gran empeño frente a la incomprensión de obispos y sacerdotes, que no comprenden su evangelización, pero gracias a la cual contribuye de manera extraordinaria a la supervivencia de la Iglesia católica en tierras polacas.

El año 1874 funda la primera congregación oculta de «Hermanas mensajeras de la Reina del Corazón de Jesús». La supresión de los conventos en tierras polacas le conduce en 1892 al de Nowe Miasto, la única casa capuchina que permanece aún abierta. En 1895 se le nombra comisario general para la provincia capuchina de Polonia. El año 1906 organiza una peregrinación nacional al santuario mariano de Czestochowa, en la que participan más de medio millón de peregrinos. Atacado por la sordera deja el confesionario, dedicándose a escribir numerosas cartas a sus hijos espirituales. En 1905 los obispos deciden reorganizar las numerosas congregaciones fundadas por él, y obtienen la aprobación en 1908 de San Pío X. El 23 de abril de ese año el ministro general de los capuchinos le comunica la decisión de la Santa Sede de su remoción de la dirección general de las congregaciones, decisión que acepta con gran humildad y sufrimiento, invitando a obedecer, y permanecer bajo la autoridad del obispo a todas sus fundaciones.

Durante la Primera Guerra Mundial (1914) una bomba estalla en la iglesia del convento de Nowe Miasto, donde se encontraba rezando, saliendo milagrosamente ileso. El 16 de diciembre de 1916 fallece santamente, a la edad de 87 años, 68 años de vida capuchina y 64 de ministerio sacerdotal. Recibe sepultura en la cripta del convento. En 1975 sus restos serán inhumados en la iglesia conventual. El año 1949 comienza en Varsovia el proceso de beatificación. En 1974 se emite el decreto sobre sus escritos, y el 16 de octubre de 1988 el papa Juan Pablo II lo proclama beato:

> «Su heroico servicio en el confesionario fue una verdadera dirección espiritual [...] Tuvo un profundo don de saber descubrir y mostrar los caminos de la vocación divina. Anima a permanecer en su ambiente y a imitar la vida de Jesús y María en Nazaret, a practicar los consejos evangélicos ocultamente, sin signos exter-

nos. Fue un innovador en la vida monástica. Trata de regenerar en la sociedad el espíritu de celo: "Cada día vengo de Cristo, voy a Cristo y regreso a Cristo". Cuando recibe la decisión de la Iglesia que le priva de la dirección de las congregaciones y cambia el carácter de las mismas, escribe: "El mismo Vicario de Cristo nos ha revelado la voluntad de Dios y ejecuto esta orden con la fe más grande". Después de su íntimo tormento nos muestra cómo perseverar, según el querer de Dios, y actuar en los tiempos difíciles. Enseña cómo resolver, de acuerdo con el espíritu del Evangelio, los problemas difíciles».

Milagro para la beatificación

La religiosa polaca Josefa Muraszewska, nacida en 1872, ingresa el año 1901 en las Hermanas del Corazón Inmaculado de María, fundadas por él. En 1920 se le detecta un cáncer con metástasis hepática, aunque quienes le atienden creen que la razón de sus dolores abdominales se debe a una calculosis biliar. Al no cesar éstos y agravarse, fue necesario ingresarla en el hospital de Lodz, donde se le descubre un neoplasma con metástasis en el hígado. Analizado el tumor se la opera en el mes de julio, y visto su estado, en agosto de 1925 la llevan a la casa generalicia de su Instituto en Czestochowa, donde se confirma su estado. En enero de 1926 el progresivo crecimiento del tumor hace prever lo peor. En junio, la religiosa inicia una novena al Siervo de Dios, pidiendo su protección, y el día 2 de julio participa en una misa en el santuario de Jasna Gora, a pesar del fastidio que le produce el tumor y, durante la celebración, sana sorprendentemente, regresando en el convento a su normal actividad. Días después regresan los dolores de nuevo, y este hecho se atribuye a la interrupción de la novena. El 17 de julio, quince días después de la curación, desaparece incluso la tumefacción, quedando la paciente en óptimas condiciones de salud. Muere en 1934. La consulta médica considera esta curación instantánea, completa y duradera, no explicable en las actuales circunstancias, por tanto puede tenerse como sobrenatural. Juan Pablo II aprobó y ordenó la promulgación del decreto, que se hizo público el 1 de septiembre de 1988.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

DA RIESE, F., «Pío X. Onorato Kazminski da Biala Podlnska. 1976»: *L'Osservatore tomano,* (16-10-1988).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II.* II: *1986-1990* (Ciudad del Vaticano 2000) 161-164.
RESCH, A. (ed.), *Miracoli dei Beati.* I: *1983-1990* (Ciudad del Vaticano 1999) 377-384.

BEATO FELIPE SIPHONG ONPHITAK Y COMPAÑEROS

Mártires († 1940)

La bella y sufrida tierra de los tais, o thais (eso significa Tailandia), pueblo del Sur de la península llamada antiguamente Siam y luego Indochina, tuvo que sufrir fuertes tensiones y problemas políticos y sociales hacia 1940. La Segunda Guerra Mundial llegó a aquellas sufridas regiones cuando sus dirigentes se vieron obligados a aliarse con los ocupantes japoneses y no tuvieron más remedio que pactar con los invasores. Un golpe de Estado, originado por esa situación, destronó la monarquía en 1938 e instaló la República bajo el gobierno dictatorial de Pibul Songgram, militar en la línea de las dictaduras que dominaban en gran parte del mundo. El nombre de Siam fue cambiado entonces por el de Tailandia y una oleada de xenofobia invadió la sociedad de mayoritaria cultura budista.

Fueron años muy malos, de verdadera persecución en todo el país, que se prolongaron hasta 1944, en que cambió el gobierno al llegar el final de la guerra mundial. Entonces un nuevo golpe de Estado restauró la monarquía con el príncipe Ananda Mahidol como rey. En otros lugares del país también hubo asesinatos de cristianos, como el del primer sacerdote que murió en la cárcel. El P. Nicolás Bunkert Kitbamrung, acusado de espía y detenido hasta su muerte en 1944, había nacido en Phram, a 30 km de Bangkok. Murió como un santo y fue beatificado en el Vaticano el 5 de marzo del 2000 por Juan Pablo II.

La consigna en todo el país fue la de eliminar los resabios occidentales y de la antigua colonización francesa. Anegó también a muchas obras y grupos que se habían alimentado de las tradiciones y creencias occidentales. Entre esos elementos se situó la Iglesia cristiana, que habían promovido los colonizado-

res. Se pretendió con ella exterminar todas sus obras civilizadoras, como eran las escuelas y los asilos de las parroquias y de las diócesis organizadas. La lucha contra los franceses se identificó con la destrucción de todo lo que los colonizadores habían hecho. Y se quiso desarraigar los valores, las ideas, las creencias y las libertades que muchos nacionales habían asimilado y ya desarrollado de manera autónoma y libre.

Para conseguir los objetivos políticos, en parte expansionistas, convenía al Gobierno dictatorial de Sonngram eliminar todo lo cristiano. Se dio orden a todos los gobiernos locales de borrar las influencias evangélicas que habían prendido en algunas regiones en el corazón de muchos tailandeses. Todos los sacerdotes católicos, al igual que otros misioneros no católicos, hubieron de abandonar Tailandia en los dos años anteriores a la guerra y se impuso con crudeza desde el golpe de Estado dado por el dictador en 1938. Los catequistas y seglares comprometidos quedaron como animadores y responsables de muchas comunidades, siendo así conservada la fe cristiana en las pocas comunidades que lograron sobrevivir a la destrucción. Pero algunos de ellos pagaron con la vida su servicio, dado el clima de cruenta persecución que se desató.

Una de esas comunidades fue la de Songhkon, pequeña localidad de la diócesis de Thare-Nonseng en la parte noreste del país, en la ribera tailandesa del río Mekong. En esa pequeña aldea casi todos los habitantes eran católicos. Formaban una comunidad muy unida y de vida cristiana modesta. Animaba al grupo un sacerdote piadoso que pronto fue detenido y deportado hacia la capital para ser expulsado del país.

Había también una comunidad de dos hermanas del Instituto de «Amantes de la Cruz», grupo iniciado por el vicario Kien Samophithak, que luego fue obispo de Thare-Noseng, diócesis de la que dependía Songhkon. Las hermanas eran Margarita Phila, nacida en 1904 en Ban Nahi, llamada en religión hermana Inés; y Luisa Khambang, nacida en 1917 en Ban Wiang Khuk. Cuidaban un grupo de niños y atendían a la escuela organizada en la parroquia. Alentaban también a un grupo de fieles catequistas muy bien avenidas, las cuales las ayudaban en la tarea de enseñar la verdad religiosa a la gente. Ese grupo de catequistas

era pequeño en número, pero estaba acostumbrado por los misioneros a la oración y al sacrificio.

En los meses finales de 1940 llegó la orden tajante del Gobierno de Bangkong, la capital del Estado, de eliminar toda propaganda religiosa venida de Occidente, pues se había comenzado la guerra contra Francia, colonizadora y malvada. La consigna era clara y tajante: «O hay apostasía o se les da muerte». La religión de los extranjeros estorbaba a la dictadura y la guerra amargaba los espíritus. Muchas autoridades locales dejaron pasar la oleada represiva, pero otras aplicaron a rajatabla la consigna recibida. Ser cristiano en donde ellas mandaban implicaba ser detenido y obligado a elegir entre declarar la renuncia a la religión cristiana o morir por la propia fe.

El jefe de policía de Songkhon, el señor Lue, quiso hacerse valer ante sus jefes superiores y pretendió aplicar la ley a su modo, manifestándose riguroso en los planteamientos. Pasó por todas las casas amenazando a los pacíficos moradores sobre las penas y castigos que les esperaban si no dejaban las prácticas religiosas de los extranjeros. Naturalmente las gentes sencillas quedaron asustadas, aunque nadie dejó por ello sus ideas religiosas. El catequista y maestro de la escuela parroquial, Felipe Siphong Onphitakl, comprendió que él tenía la responsabilidad de animar a sus hermanos en la fe y jugarse la vida en la empresa. Estaba casado y era padre de cinco hijos. Tenía entonces 33 años y había nacido el 30 de septiembre de 1907 en Nong Seng.

Pasó por los hogares y alentó a los habitantes del pueblo a rezar y a mantenerse firmes en sus creencias, hablándoles del cielo y de la ayuda divina en el caso de que la persecución se hiciera más cruel y peligrosa. Sobre todo prometió en sus palabras que nunca faltaría la ayuda divina para los que fueran fieles al Señor Jesús al que amaban. Eso fue considerado como un desafío por el señor Lue, que había pasado por las casas anunciando lo contrario.

El policía, más asesino que protector del orden, pensó que la muerte del dirigente y animador que habían dejado los misioneros expulsados serviría de escarmiento y actuó con rapidez y crueldad. Le echó en cara su atrevimiento y le acusó de rebeldía a las órdenes recibidas. Le exigió que se presentara en Muk-

dahan para dar cuenta de tal atrevimiento. Le dio una orden escrita que dijo venir del sherif. La gente le aconsejó que no acudiera, pues la citación tenía todas las apariencias de ser falsa y de ser una trampa para que saliera de la aldea y ser objeto de una represalia con visos de venganza.

Él podría haberse escapado o acaso ocultado, pues era claro que se trataba de un peligro grande. Pero no quiso dejar sola a su esposa e hijos y se sometió a las órdenes del que pretendía matarle sin testigos. Fue consciente de su fe y del deber de dar ejemplo. No quiso dar ante sus parroquianos la impresión de que huía, sino que animó a todos a mantenerse firmes en la fe si él era detenido o asesinado.

Ambas cosas acontecieron de inmediato. El buen hombre se puso en camino. Al llegar a un bosque que había en el trayecto, los asesinos que allí le esperaban terminaron con su vida de varios disparos. Y parece incluso que lo hicieron a traición y sin darse a conocer a la víctima. Fue la muerte del primer mártir en el país de Tailandia, pues antes nadie había muerto todavía violentamente por hacerse cristiano.

Cuando las Hermanas supieron la muerte de Felipe, se llenaron de dolor. Pero no vacilaron en continuar cumpliendo con su deber y siguieron cuidando a los niños que seguían acudiendo todos los días a su escuela y a conversar con las catequistas para instruirlas en la religión de Jesús y en lo que debían hacer si a ellas llegaba la persecución y las amenazas.

Muchos de los cristianos del lugar, todos campesinos y gentes sencillas, lejos de amedrentarse, se volvieron más valientes y decididos. Las Hermanas tomaron las riendas del grupo de cristianos y siguieron con una vida normal. En la tarde de Navidad, diez días después del asesinato del catequista Felipe, viendo el policía de la aldea que no se había conseguido nada, ordenó a los católicos juntarse delante de la iglesia que tenían construida. Les dijo que le habían ordenado suprimir el cristianismo en el lugar y que lo iba a hacer de cualquier manera. Les dio una opción: o apostatar y decir que ya no eran cristianos o prepararse para la muerte.

La jovencita Cecilia Butsi, que tenía 16 años, habló con claridad en nombre propio y de los demás y le dijo claramente al

arrogante policía que estaban listos para la muerte, pero que ni ella ni los demás renunciaban a su fe cristiana. El policía simuló no haber entendido tales palabras y les mandó a todos para sus casas a fin de que pensaran en los que les podría suceder al día siguiente.

Aquella misma noche, la hermana Inés Phila, que había nacido en 1909, escribió una carta en su propio nombre y en el nombre de todos los que residían en el poblado, indicando que nadie de ellos abandonaría su fe y declarando que estaban dispuestos a morir si era preciso. En la carta, que se conserva como admirable reliquia, la hermana decía cosas tan hermosas como éstas:

> «Al Sr. Jefe de la Policía en Songkhon:
>
> Ayer tarde se ha recibido su orden que transmite la recibida del exterior en que nos impone el eliminar el nombre de Dios, el nombre de Nuestro Señor, en nuestras vidas y en nuestras mentes. Nosotros, señor policía, adoramos a Dios y no podemos olvidarle. Hace un rato Vd. ha pretendido acobardarnos indicándonos que nos castigará si no hacemos lo que Vd quiere. Queremos decirle que nos alegraremos, si esto sucede. Somos cristianos y profesamos la religión de Cristo, que es la única verdadera. Por eso nos permitimos decirle que no le tenemos miedo ni a Vd ni a la muerte y le respondemos así a la pregunta que Vd. mismo nos ha hecho en forma de amenaza.
>
> Si Vd. tiene esa intención, no retrase mucho el cumplir su amenaza. Estamos preparadas y dispuestas para dar la vida por Nuestro Señor, ya que él también la ha dado por nosotras. Sepa que con ello lo único que hace es abrirnos la puerta del cielo. Estamos preparadas para ese momento. Incluso le quedaremos agradecidas y se lo diremos el día en nos veremos cara a cara en la otra vida.
>
> Por eso ahora sólo podemos decirle a Dios: "¡Oh Dios, nosotras deseamos ir contigo, puesto que te amamos de verdad!".
>
> Esto le decimos Inés, Lucía, Phuttha, Budsi, Buakhai y Susana».

Le dio la carta a Cecilia para que se la llevara al policía, lo cual hizo con valor. No decía nada nuevo, sino lo que tantas veces las Hermanas habían comunicado a los niños y a todas las personas que se relacionaban con ellas:

> «Nosotras nos alegraremos al poder dar la vida por nuestro Dios, pues él también la ha dado por nosotras [...] ¡Qué hermoso resultará ser testigos del mismo Jesús!».

El policía conservó durante algún tiempo esa carta de la hermana Inés, después de cumplir con crueldad su amenaza. Lo hizo para justificar el porqué había matado a las seis rebeldes mujeres que se negaron a cumplir sus órdenes. Pero, cuando los sacerdotes regresaron al suavizarse la persecución en 1943, se hicieron con el escrito. Fue el documento que dejó claro el carácter de mártires de las víctimas. También recogieron los testimonios de los que conocieron la matanza y aclararon los admirables gestos de las que se llamarían «mártires de Tailandia». Fue el padre Cassetta quien los pudo sistematizar y cuyo testimonio se resume a continuación.

Después de recibir la carta, el jefe de policía pretendió impedir que las Hermanas siguieran recibiendo en su casa a los niños y jóvenes. Se acercaba a la escuela cuando los chicos y chicas llegaban allí y hacía descargas al aire con su rifle, simulando que disparaba a los que acudían. Amedrentaba a los niños y jóvenes y sobre todo a sus padres. Incluso les amenazaba diciendo que «les iba a matar a todos del mismo modo que había matado al maestro Felipe». Los muchachos se asustaban con aquellas fanfarronadas, pero no dejaban de acudir y las Hermanas permanecían serenas y firmes.

Uno de los días apareció el señor Lue por la escuela y tuvo un diálogo violento con las hermanas en presencia de los niños de las aulas:

—«Les tengo prohibido hablar de ese Jesús y Vds. no están cumpliendo con su deber. Si Vds. siguen hablando de Dios en Tailandia, yo las tendré que matar.

—Señor policía. Vd. nos amenaza con matarnos, pero ni Vd. mismo sabe lo que significa, pues no sabe lo que nosotras decimos a los niños.

—¿Se va a atrever a matarnos por cumplir con nuestro deber?

—Sí, lo haré. Les digo que les mataré si Vds. siguen hablando de Dios de esa manera.

—¿Está Vd. seguro de que tiene balas para matarnos a todas nosotras?

—Las tengo. Y tengo las órdenes para hacerlo, si Vds. no quieren entender lo que ordeno.

—Pues hágalo. Nosotras iremos al cielo y Vd. será castigado por Dios.

—Son Vds. las que no quieren entender ni obedecer. Lo haré si Vds. siguen así.

Mientras se retiraba indignado y respirando amenazas, iba diciendo:

—Iremos a por ellas».

Las Hermanas comprendieron que iba en serio a por ellas y se prepararon para el martirio. Se dedicaron a rezar y a cantar himnos, a la espera de lo que sucediera. También con admirable valentía prepararon a las jóvenes que les ayudaban. Al día siguiente, 26 de diciembre y fiesta de San Esteban mártir, al caer de la tarde, el policía se presentó ante la casa de las Hermanas con algunos otros hombres ayudantes. Las obligaron a salir a la calle.

El diálogo en ese momento fue muy tenso: «¿Están Vds. preparadas, Hermanas?». Ante su respuesta afirmativa y su valentía, añadió: «Podemos ir a la orilla del río Mekong». La hermana Inés reaccionó con serenidad y firmeza: «No, ese no es lugar para morir por Jesucristo. Nosotras debemos ir al cementerio, que es un lugar sagrado».

Salieron de casa hacia el cementerio. Sin poderlo impedir, se juntaron a ellas otras cuatro mujeres jóvenes, que de ninguna manera quisieron separarse en aquel supremo trance. Eran tres catequistas y la señora cocinera del convento de las Hermanas, que se llamaba Ágata Phutta y era mujer piadosa, de 37 años, nacida en 1918. Las muchachas, casi niñas, eran Cecilia Butsi, de 16 años, Bibiana Khamphai, de 15 años, y María Phorn que sólo tenía 14. Con las dos religiosas formaron el grupo de seis víctimas destinadas para el martirio. Parece que iba otra joven que no iba a terminar muriendo, si es que no fue de las que se les juntaron por el camino.

Fueron cantando y recitando himnos, al tiempo que la gente del pueblo se iba acercando. Y todos escuchaban admirados y en silencio a las Hermanas que les decían: «Adiós, amigos, nos vamos al cielo. Vamos a morir como mártires de Cristo».

Algunos de los presentes se acordaban en ese momento de lo que los misioneros les habían contado de los primeros mártires cristianos, que caminaban alegres al martirio esperando encontrarse con Jesús al morir.

Viendo el policía que los niños y la gente iba con las Hermanas al cementerio, se quedó sorprendido y desconcertado. Todos querían morir con ellas. Sin embargo, los que iban con él

desenfundaron sus rifles y detuvieron al gentío con palabras de amenaza y gesto amargo. Trazaron una línea y amenazaron: «Al que pase de aquí lo mataremos también».

Obligaron a las dos Hermanas y sus compañeras a seguir avanzando al tiempo que gritaban: «Mataremos a quien se atreva a pasar de aquí».

Una jovencita llamada Susana se atrevió a pasar la línea establecida por ellos. Y fue una de las que quiso añadirse al grupo. Su padre intentó detenerla diciendo: «Ven aquí, eres muy joven para dar la vida todavía».

Susana gritó a la hermana Inés: «Madre, ayúdeme. Yo quiero morir y quiero ir también al Cielo». «Que tú eres muy joven para morir», le gritaba su padre, quien la agarró fuertemente y la arrastró fuera de la zona prohibida por los asesinos; y se la llevó a casa en donde la encerró en una habitación.

Y otra jovencita, llamada también Susana y apellidada Sorn, que habría de escaparse de la muerte en el último momento, sí logró unirse al grupo y se dispuso a morir con ellas.

Cuando llegaron al cementerio, las valientes mártires se arrodillaron junto a unos árboles y siguieron rezando y cantando algunos himnos. La hermana Inés dijo al policía:

> «Vd. puede matarnos a nosotras, pero nunca podrá matar a la Iglesia y Vd. nunca podrá matar a Dios. Un día la Iglesia volverá a Tailandia y florecerá con más fuerza que nunca. Vd. lo verá con sus propios ojos y se dará cuenta de que es verdad. Por eso ahora le damos las gracias de corazón por abrirnos las puertas del Paraíso. Desde allí nosotras rezaremos por Vd.».

Se volvió a sus compañeras y las siguió hablando:

> «Queridas amigas, pronto estaremos en el cielo. En la cruz Jesús dijo al ladrón: "Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso". Eso os digo a vosotras. Hoy mismos estaremos en el Paraíso con Jesús».

Cuando todo esto terminó, la Hermana le dijo al policía: «Señor policía, estamos preparadas. Por favor, no tarde más». Inmediatamente el policía hizo fuego con su arma y la Hermana y sus compañeras cayeron heridas de muerte. Dijo entonces a la gente: «Entiérrenlas como a los perros, pues es mala gente».

Los pobres aldeanos, que estaban mirando la escena a distancia, después de un momento de vacilación comenzaron a co-

ger los cuerpos de las asesinadas para ver si estaban muertas o vivas. Vieron que la hermana Inés y otra de las víctimas, la jovencita María Phorn, estaban vivas, aunque muy heridas. Mirando alrededor la joven María decía entre sollozos: «¿Dónde está el paraíso?».

Y recordando las enseñanzas de la Hermana, quedó un momento en silencio al ver a la gente alrededor. La Hermana preguntó: «¿Dónde está el policía?» «Se ha marchado», le respondieron. «Entonces, por favor, es mejor que le llamen. Yo no he muerto todavía», dijo la Hermana.

Uno de los aldeanos volvió a la villa para informar al policía de que la Hermana y la joven Phorn estaban todavía vivas. También había quedado sólo herida otra de las víctimas, la citada Susana Sorn. Al volver en sí y viendo que tenía los vestidos mojados de sangre, le preguntaron si sentía dolor o miedo: «Yo no tengo dolor, ni siento nada de miedo». Entonces le dijeron: «Es mejor que tú vuelvas para tu casa. El policía pronto estará aquí otra vez».

La pequeña, con ayuda de la gente, fue llevada para su casa, evitando encontrarse con el policía que ya estaba de regreso. Dios no quiso que muriera. Vivió muchos años en Songkhon y resultó una excelente catequista. Falleció en 1990 cuando ya tenía 65 años.

El policía entró en el cementerio y terminó de matar de un disparo a la hermana Inés. También remató a María Phorn, que sólo tenía 14 años y fue la más pequeña de las víctimas. Luego se marchó. Los campesinos más valientes dieron sepultura a las mártires siguiendo las órdenes recibidas. También la gente, después de tan singular escena, marchó para sus casas y muchos de ellos iban llorando, al tiempo que recordaban el valor de las mártires.

Y la vida fue tomando de nuevo su paso normal en medio de las tensiones del país, que también llegaban a la aldea. La religión cristiana quedó encerrada en el secreto de cada hogar y desde entonces teñida con el recuerdo de las mártires. Cuando el tiempo hizo que la persecución disminuyera, los misioneros pudieron regresar a las aldeas. Y en Songkhon comenzaron pronto a recoger los datos del martirio y testimonios de los que habían estado presentes.

La diócesis preparó el proceso para aclarar los hechos y hacer hablar a los testigos. Un día, con toda la historia bien aclarada y documentada, la causa de beatificación fue enviada al Papa y los obispos tailandeses solicitaron de Roma que fueran declarados beatos los siete mártires. Primero se reconoció el hecho de su martirio. Luego fueron declarados venerables el 1 de septiembre de 1988. La beatificación fue proclamada por el papa Juan Pablo II el 22 de octubre de 1989. Al beatificar a estos héroes de la fe y del valor cristiano el Papa decía en su homilía:

> «Bello ejemplo el del Beato Felipe. Este héroe de la fe se presenta ante nosotros como el gran árbol dispuesto a cubrir con sus ramas a quienes le habían confiado. Porque él fue encargado de ayudar y proteger y fue ejemplo vivo para todos nosotros del celo del misionero, de la fortaleza y del celo de todos los que tenemos la dicha de estar bautizados.
>
> Y hemos de recordar con emoción hasta los nombres de las que murieron mártires en esta ocasión, como son Inés, Lucía, Ágata, Susana, Bibiana y Cecilia. Ellas nos vuelven la memoria a las primeras mártires del cristianismo, cuya valentía nos llena de admiración y consuelo hasta nuestros días».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Positio super martirio. Filip Siphong et six compagons martyrs* (Roma 1975).

Les martyres de Taïlande (Bangkong 1989).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EVERARDO DE FREJUS

Seglar († 867)

Era hijo de un alto funcionario de Carlomagno que, luego de servir lealmente al emperador, se hizo monje. Oportunamente casó con la princesa Gisela, hija del emperador Ludovico Pío y de su esposa Judit, con la que tuvo ocho hijos. Era conde de Frejus (Foroiulium) por disposición de Ludovico Pío. Tuvo un papel destacado en la corte. Hombre culto, piadoso y entregado a hacer el bien, dio un gran ejemplo de religiosidad, de ho-

nestidad y de responsabilidad cristiana en la gestión de los asuntos temporales, y procuró estar instruido en Sagrada Escritura, liturgia, Santos Padres y teología, teniendo una rica biblioteca. Era generoso y liberal con los pobres. Fundó en 849 la abadía de los Canónigos Regulares de Cysoing, donde vendrían a ser depositados sus despojos mortales. Hubo de combatir a los eslavos, normandos y sarracenos. Murió el 16 de diciembre de 867 y tuvo culto público desde no mucho después de su muerte.

SAN ADÓN DE VIENNE

Obispo († 875)

Adón nace en el seno de una familia noble en la ciudad de Sens o en sus cercanías más o menos el año 800. Muy joven entra a estudiar en la abadía de Ferrières-en-Gâtinais, y en ese mismo monasterio profesó la regla benedictina. Su abad y antiguo condiscípulo Servato Lupo estuvo de acuerdo en que aceptase la invitación del abad de Prüm, Marcardo, para que se hiciera cargo de la escuela abacial de este monasterio. Se trasladó a Prüm y dirigió su escuela a lo largo de un decenio entre 843 y 853. A la muerte de Macardo dejó de tener en Prüm el apoyo que necesitaba y a causa de la envidia de algunos monjes dejó esta abadía y se trasladó a Grenoble y luego a Lyón, pero antes estuvo en Roma y en Ravena. El crédito adquirido en Lyón fue la causa de su nombramiento en 860 como obispo de Vienne. Fue un gran prelado. Restauró la disciplina eclesiástica, reguló el oficio divino, celebró varios sínodos, defendió la libertad de la Iglesia y ejerció una sana influencia sobre la política de su tiempo. Mereció que el papa San Nicolás I en respuesta a algunas consultas suyas elogiase su celo apostólico y su defensa de la verdadera moral cristiana. Participó en el sínodo de Toul del 860 en el que se trató el tema de la predestinación suscitado por Gotescalco. Murió el 16 de diciembre de 875. Su gran obra fue el *Martirologio* que lleva su nombre y que es un hito en la literatura santoral.

BEATO SEBASTIÁN MAGGI

Presbítero († 1496)

Salvatico Maggi nace de familia ilustre en Brescia el año 1414. Educado esmeradamente y dotado de brillantes cualidades, con sólo 15 años deja su familia e ingresa en el convento de los dominicos, tomando al profesar el nombre de Sebastián. Fue un religioso ejemplar y un aventajado estudiante alcanzando todos los grados académicos de su Orden. Una vez ordenado sacerdote y entregado a la predicación, que es el carisma de su Orden, se acreditó en ella de manera que lo requirieron de prior en Brescia, Milán, Lodi, Cremona, Piacenza y Bérgamo, y fue dos veces vicario general de la congregación de conventos observantes, ya que él promovía con mucho celo que la observancia fuera rigurosa y ejemplar. Sus cualidades como superior amable, afectuoso, capaz de convencer y atraer, comprensivo y exigente al tiempo, lleno de dulzura y firmeza, le hicieron pasar como un ángel por todos los conventos y se cuenta que en todos ellos como prior atrajo a numerosos jóvenes a la vida dominicana y crecieron con él las vocaciones religiosas. Por ejemplo, en Milán cuando él llegó encontró sólo siete religiosos, pero tras implantar la reforma y la observancia más estricta, al terminar su priorato dejó una comunidad de sesenta religiosos. Fue confesor de fray Jerónimo Savonarola una larga temporada y él lo nombró maestro de novicios cuando el luego famoso fraile no tenía más que treinta años. Murió en Génova, en el convento de Santa María de Castelo, a donde había acudido en visita como vicario general, el 16 de diciembre de 1496. Enseguida empezó la fama de milagros en su tumba, y el culto público que por fin confirmó el papa Clemente XIII el 15 de abril de 1760.

17 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Jerusalén, San Modesto († 630), obispo *.
2. En Eleuterópolis (Palestina), cincuenta soldados, entre ellos, Juan, Pablo, otro Juan, otro Pablo, Fotino, Zitas, Eugenio, Muselio, Juan,

Esteban, Teodoro, Juan, otro Teodoro, hijo del anterior, Jorge, Teopento, otro Jorge, Sergio, otro Jorge, otro Teodoro, Ciriaco, otro Juan, Zitas, Filoxeno, otro Jorge, otro Juan, otro Jorge, todos ellos de la cohorte de los Escitas; Teodosio, Epifanio, Juan, Teodoro, Sergio, Jorge, Tomás, Esteban, Conón, otro Teodoro, Pablo, otro Juan, otro Jorge, otro Juan, otro Juan, Paulino, Cayumas, Abramio, Marmises, Marino († 638), todos de la cohorte de los Voluntarios; los cuales fueron martirizados a causa de la fe por los sarracenos que cercaban Gaza.

3. En la Bretaña Menor, San Judicael († 658), rey y luego monje *.

4. En Andenne (Brabante), Santa Begga († 698), viuda, fundadora del Monasterio de Santa María *.

5. En el monasterio de Fulda (Austrasia), San Esturmio († 779), abad *.

6. En el Monte Mercurio (Lucania), San Cristóbal de Colesano († s. X), monje.

7. Junto a Bruselas (Brabante), Santa Wivina († 1170), abadesa del monasterio de Santa María de Bigard.

8. En Roma, en el Monte Celio, San Juan de Mata († 1213), presbítero, fundador de la Orden de la Santísima Trinidad **.

9. En Barcelona, San José Manyanet Vives († 1901), presbítero, fundador de las Congregaciones de Hijos e Hijas de la Sagrada Familia **.

10. En Don Benito (Extremadura), Beata Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles († 1902), virgen, fundadora de las Religiosas Hijas de María, Madre de la Iglesia **.

11. En Roma, en el Aventino, Beato Jacinto (Enrique) Cormier († 1916), presbítero, Maestro General de la Orden de Predicadores **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN DE MATA

Presbítero y fundador († 1213)

Hay muchas oscuridades en la vida de San Juan de Mata, debido, parte a la humildad del interesado, poco propenso a llamar la atención, parte a la existencia de varias tradiciones, entre ellas una española y otra francesa, no siempre conformes entre sí. Y como ocurre a menudo en casos semejantes, se ha querido remediar a nuestras ignorancias con leyendas edificantes desprovistas de base histórica y acogidas con facilidad excesiva por escritores llenos de las mejores intenciones, pero faltos de verdadero sentido crítico. Trataremos, sin embargo, de entresacar

lo cierto que ofrecen las varias tradiciones, aunque muchas veces resulta dificilísimo fijar la cronología.

Por ejemplo, para la fecha del nacimiento del santo se ha hablado de 1154, mientras el año generalmente aceptado es el de 1160. Ciertos documentos españoles le llaman Joannes de Matha o de Mataplana, apellido de una familia muy conocida en Cataluña. El hecho es que Juan de Mata nació en una aldea de la Alta Provenza, Fauçon, cerca de Barceloneta, cuando esta región dependía de la corona de Aragón. Es, por lo tanto, un santo franco-español, aunque algo más francés que español por los acontecimientos de su vida, como se verá luego. Sus padres eran Eufemio o Eugenio, barón de Mata, y Marta o María Fenouillet, de distinguida familia marsellesa.

Por esta última circunstancia se ha supuesto que, de joven, el hijo del matrimonio pudo conocer en el puerto de Marsella los daños que los piratas musulmanes infligían a los cristianos, ver a los cautivos berberiscos que vivían esclavos en la ciudad a consecuencia de las inevitables represalias, y concebir así el deseo de trabajar al rescate o al canje de los cautivos de ambas orillas del Mediterráneo. Mas, para esta obra de caridad, se necesitaba entonces pertenecer al clero, y, por consiguiente, hacia los años 1180, Juan se fue a estudiar a París, en donde tomó el grado de doctor en teología y recibió el sacerdocio. Quiere una piadosa leyenda que, durante la celebración de su primera misa (¿1193?), haya tenido la revelación de la Orden que iba a instituir: cuando la elevación de la hostia consagrada le apareció un ángel o, según otros, el mismo Jesucristo, con un vestido blanco y una cruz azul y encarnada sobre el pecho; tenía a sus lados dos cautivos, un moro y un cristiano, parecía que se disponía a canjearlos, y le ordenó fundar una Orden religiosa para la redención de los cautivos. Dos amigos de Juan, el obispo de París, y el abad de San Víctor, le aconsejaron entonces hiciera el viaje a Roma para ofrecerse al soberano pontífice, someterle su proyecto y acatar su decisión.

Juan llegó a Roma a principios de 1198, después de haber pasado por Fauçon para saludar a sus padres. El Papa era en aquel tiempo Inocencio III. Poco partidario de la multiplicación de las órdenes religiosas, parece que acogió al peregrino con

frialdad y le negó el permiso para fundar un nuevo instituto. Pero, según otra piadosa leyenda, también un ángel o el mismo Señor Jesucristo vino a revelarle el error que había cometido, apareciéndole en las mismas condiciones que a San Juan de Mata en París años antes.

Inocencio hizo llamar a Juan otra vez y él mismo le impuso el hábito blanco adornado de una cruz azul y encarnada que también había visto durante suvisión. La cruz, desde luego, es el símbolo de la Redención, y los tres colores son el símbolo de la Santa Trinidad: el blanco, color perfecto, representa al Padre; el azul, al Hijo, a causa de los sufrimientos de la pasión, el encarnado, al Espíritu Santo. Se dice, aunque no se sabe nada cierto, que el fundador puso su Orden bajo la invocación de la Trinidad porque es el dogma cristiano que más ofende a los musulmanes, a, quienes, desconociendo su sentido verdadero, parece absurdo y blasfematorio, y juzgó deber glorioso confesarlo y proclamarlo frente al Islam. Después, el Papa le mandó regresar a París para elaborar con el obispo de la ciudad y el abad de San Víctor, sus amigos, la regla de la nueva Orden. Así lo hizo, y volvió a Roma para presentarla a Inocencio III, quien la reprodujo en la bula de aprobación de 17 de diciembre de 1198. De este modo nació la Orden de la Santísima Trinidad y Redención de Cautivos.

La regla primitiva de 1198 confirma, en efecto, que la Orden queda consagrada a la Santísima Trinidad. Dispone, además, que en cada convento habrá tres sacerdotes y tres legos, más el superior o ministro, y que las rentas de cada comunidad irán divididas en tres partes iguales: las dos terceras para el sustento y funcionamiento del mismo convento y el ejercicio de la hospitalidad, y la última para el rescate de los cautivos. Impone también el silencio, el ayuno y la abstinencia de carne en condiciones análogas a las de las demás órdenes religiosas, pero con cierta austeridad, puesto que el comer carne se autoriza únicamente unos pocos domingos y festividades del año y que a los religiosos sólo se les permite el pescado cuando están viajando fuera de sus conventos. Otros artículos se refieren al noviciado y a la entrada en la Orden, a los usos litúrgicos, al estatus de los ministros, etc. La regla primitiva dispone igualmente que los religiosos llevarán por encima del hábito blanco una capa adorna-

da con una cruz. Es curioso notar que no precisa el color de esta cruz, que llegó a ser azul y encarnada a consecuencia de la doble tradición que hemos recordado. Esta regla de 1198, que choca por su carácter incompleto y esquemático, parece obra personal de San Juan de Mata. De todos modos, ignoramos qué parte tomaron en ella el obispo de París y el abad de San Víctor. En cuanto al papa Inocencio III, según toda probabilidad, no hizo ninguna corrección al texto que se le sometió.

La Orden, favorecida por el rey Felipe Augusto, fundó sus primeras casas en Francia, especialmente en el lugar llamado Cerfroy o Cerfroid (actual departamento de Aisne), cuyo convento acabó siendo el centro del nuevo instituto. Inocencio le dio en Roma el convento de Santo Tomás *in Formis,* situado sobre el monte Celio. Desgraciadamente, poco sabemos de la vida del santo entre la bula de 1198 y su fallecimiento. Parece que hizo un viaje de redención a Marruecos en 1199 y otro a Túnez en 1200 con el mismo objeto, que presidió las fundaciones de Arlés y de Marsella hacia 1200-1203 y que procedió a varias fundaciones en España de 1205 a 1209, siendo las más importantes las de Lérida, Toledo, Segovia, Burgos y Daroca. Pasó los últimos años de su existencia en Roma, dedicándose a la predicación y al cuidado de los pobres, de los enfermos y de los prisioneros. Allí murió santamente, en el convento de Santo Tomás *in Formis,* a fines del año 1213 (17 de diciembre, aniversario de la bula de aprobación, según la fecha generalmente admitida). San Juan de Mata no ha sido canonizado oficialmente. Su culto, muy tardío, se introdujo públicamente en la Iglesia de modo indirecto con la aprobación de su oficio por la Congregación de Ritos en 14 de agosto de 1666 y con la inserción de su nombre en el *Martirologio* en 27 de enero de 1671. El 6 de mayo de 1679 el papa Inocencio XI fijó su fiesta en 8 de febrero y un decreto de la Congregación de Ritos de 1694 la hizo extensiva a la Iglesia universal.

Ha dicho un historiador que San Juan de Mata resultó mucho más célebre después de su muerte que durante su vida. Su existencia transcurrió en la penumbra, casi en la oscuridad. No pensó en su persona, sólo pensó en su obra y su mayor deseo fue desaparecer detrás de ella o fundirse con ella. El investiga-

dor puede lamentarlo, pues esta circunstancia le priva de datos y documentos y le complica la tarea. Pero el cristiano debe admirar tan honda abnegación, este practicar el *Ama nesciri* al pie de la letra, y aprovechar la lección de humildad que encierra. Abnegación y humildad que, como siempre, fueron muy fecundas. La Orden de los Trinitarios se difundió rápidamente por Europa, especialmente por Francia, España, Portugal e Italia. Sigue existiendo todavía, a pesar de que ha desaparecido el principal objeto de su fundación (pero siempre habrá cautivos en el mundo, prisioneros en las cárceles materiales de los hombres, prisioneros de la cárcel espiritual del pecado). De esta Orden han salido congregaciones femeninas de renombrada historia y que actualmente se dedican útilmente a la educación de las jóvenes. Pero, para comprender convenientemente y medir en sus verdaderas proporciones el alcance de la obra de San Juan de Mata, hay que representarse las circunstancias históricas en que nació y que explican su rápido desarrollo: las luchas de la Reconquista en la Península Ibérica y las piraterías marítimas de los musulmanes llenaban las mazmorras de la España mora y del norte de África de una muchedumbre de cristianos que sufrían y gemían en una esclavitud muchas veces durísima, y siempre expuestos, además, en un momento de dolor o de flaqueza, a renegar la fe de sus antepasados. La Orden de la Santísima Trinidad respondía, por lo tanto, a una necesidad grave y urgente. San Juan de Mata la fundó, pues, contra el peligro y el azote que hemos dicho, y que no desapareció con la toma de Granada (1492), puesto que los piratas berberiscos y turcos siguieron asolando el Mediterráneo hasta el Atlántico oriental y atacándo las costas de España, Francia e Italia. Sin disputa, uno de los mayores timbres de gloria de la Orden de San Juan de Mata es en 1580 el rescate por un padre trinitario, fray Juan Gil, del ilustre manco de Lepanto Miguel de Cervantes, cautivo en Argel desde el año de 1575, en que fue apresado por unas galeras turcas mientras pasaba de Italia a España.

ROBERT RICARD

Bibliografía

ANTONINO DE LA ASUNCIÓN, *Monumenta Ordinis Excalceatorum SS. Trinitatis, Redemptionis captivorum, ad provinciam S. Joannis de Matha (Italiae) spectantia* (Roma 1915).
— *Les origines de l'Ordre de la Très Sainte Trinité* (Roma 1925).
DESLANDRES, P., *L'Ordre des Trinitaires pour le rachat des cautives,* 2 vols. (Toulouse 1903).
GONZÁLEZ DÁVILA, G., *Compendio histórico de las vidas de San Juan de Mata y San Félix de Valois* (Madrid 1630).
PRAT, J. M., *Histoire de Saint Jean de la Matha et de Saint Félix de Valois* (París 1846).
XIMÉNEZ, F., *Colonia trinitaria de Túnez,* III (Tetuán 1934).
• Actualización:
Apasionados por la libertad. San Juan de Mata y la Orden Trinitaria (París-Madrid 1984).
ZABALETA, P., *San Juan de Mata. Fundador de la Orden de la Santa Trinidad y de los cautivos* (Salamanca 1978).

SAN JOSÉ MANYANET VIVES

Presbítero y fundador († 1901)

Le dio el Señor la gracia de comprender, a partir del ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret, el valor fundamental de la familia cristiana para la salud espiritual de la sociedad, y el carisma de vivir esta realidad desde una doble familia religiosa, dedicadas ambas a formar desde la niñez nuevas hornadas de familias cristianas.

José Manyanet fue el último de los nueve hijos que por gracia de Dios vinieron a alegrar el matrimonio de Antonio Manyanet y Buenaventura Vives. Nace en Tremp (Lérida) el 7 de enero de 1833 y aquel mismo día recibió el sacramento del bautismo en la iglesia colegiata de su pueblo. Sus padres eran labradores, que cultivaban unas tierras suyas. Era una familia modesta y cristiana. Muy pronto, cuando José solamente tenía veinte meses, murió el padre y la madre hubo de hacer frente a la casa, muriendo igualmente cinco hijos en la niñez y llegando solamente cuatro a la edad adulta. La madre era persona muy religiosa y quiso infundir desde el principio los sentimientos religiosos en este su hijo menor, al que consagró a la Virgen de Valldeflors, la patrona de Tremp, cuando el niño apenas se abría a la razón, dejándole marcado esta experiencia de la consagración a María.

Llegado el momento fue confiado a la educación del maestro del pueblo, José Espessier, que era un excelente sujeto y que

junto con el sacerdote don Valentín Lledó descubrió muy pronto que el niño tenía excelentes cualidades. A los 8 años hizo la primera comunión, entró como monaguillo en la colegiata y pasó a formar parte de los cantores de la parroquia. El sacerdote muy pronto vio indicios de vocación sacerdotal en el niño, al que gustaba reunir a los compañeros de su edad y hablarles del catecismo o hacer como quien da un sermón. Llegado a los 12 años pasó al colegio de los escolapios de Barbastro, debiendo pagarse su estancia con su trabajo como fámulo. El 30 de mayo de 1849 recibió el sacramento de la confirmación. Su vocación sacerdotal apareció clara en este tiempo, y por ello ingresó en octubre de 1850 en el seminario de Lérida, ya que estaba cerrado el seminario de su diócesis de Urgel. Por la mañana asistía como alumno externo al seminario y por la tarde servía como preceptor a los hijos de una familia. Era un chico cumplidor de sus deberes y con una seria vida interior. Terminada la filosofía, regresó a su diócesis porque el nuevo obispo, mons. José Caixal y Estradé, abría el seminario. El obispo lo hizo familiar suyo y de esta manera podía hacer frente a su manutención y satisfacer los gastos de los estudios. El prelado comenzó a estimarlo sobremanera y José correspondía a la bondad del prelado, comportándose con él como un verdadero hijo. Murió su madre en noviembre de 1857 y José, ya ordenado de menores entonces, empezó a recibir las órdenes mayores hasta que el 9 de abril de 1859 recibió el sacerdocio.

José continuó en el palacio episcopal al servicio del obispo, pero pudo ejercer la pastoral directa como confesor y como predicador al mismo tiempo que daba catecismo a los niños. Durante años ejerció, además de sus obligaciones en palacio, un variado ministerio que le acreditó enseguida como sacerdote ejemplar y celoso. En palacio tuvo el cargo de mayordomo y administrador general de los bienes de la mitra, lo que entre otros varios deberes incluía el atender a los pobres en nombre del obispo. Más tarde fue nombrado también bibliotecario del seminario. Acompañó al obispo en varias ocasiones en la visita pastoral.

Pero en su corazón se perfilaba un proyecto que él iba viendo claramente que venía de Dios. Él quería fundar una nueva

congregación religiosa, dedicada a la Sagrada Familia, y que usaría como medio de renovar las familias cristianas el educar en la fe cristiana a la niñez y la juventud. En 1863 José se sintió lo suficientemente claro en su proyecto como para exponérselo al obispo, pidiendo licencia para dejar de estar a su directo servicio y comenzar a fundar la nueva congregación. El obispo le dijo que sentía prescindir de él pero que la voluntad de Dios la veía clara: José debía proceder a su fundación y tenía su licencia para ello. José eligió su pueblo natal para la fundación. En enero de 1864 alquiló los bajos de una casa en Tremp y, luego de haberla puesto bajo la protección de la Virgen de Montserrat, allí empezó la fundación de la congregación de los Hijos de la Sagrada Familia, Jesús, José y María inaugurando el colegio de San José. Cuando en mayo de 1865 el obispo había encontrado sustituto para su cargo, José dejó el palacio episcopal de Urgel y se trasladó a Tremp. Varios compañeros empezaron la aventura religiosa de la nueva fundación. Sería el 2 de febrero de 1870 cuando el fundador y cuatro de ellos hicieron la profesión religiosa, la cual renovarían un año más tarde en noviembre de 1871, en manos del propio obispo. Con él comentó José su propósito de ir a Barcelona para buscar un campo más abierto a la expansión y consolidación del nuevo instituto y recibió su aprobación. En mayo de 1872 se trasladó en efecto allá para constituir una nueva comunidad, haciéndose cargo de una escuela de la parroquia de San Francisco de Paula. No faltarían a la obra de Manyanet, como verdadera obra de Dios que era, las contradicciones y dificultades que pusieron a prueba su supervivencia. Manyanet dio pruebas de un gran tesón y una gran constancia. Merece especial atención la apertura de la casa de Sant Andreu de Palomar. Aquí se abrió el colegio de Jesús, José y María luego de una fecunda misión popular. El colegio de Sant Andreu, incorporado enseguida al Instituto Provincial de Enseñanza Media de Barcelona, impartía la enseñanza primaria y la secundaria, y tenía 300 alumnos externos e internos. La casa se fue ampliando poco a poco y tomó la estructura de centro de enseñanza y escuelas profesionales. Quedó constituida como casa-madre de la congregación y en ella vivió el P. Manyanet hasta 1896, estando ligados a ella los principales acontecimien-

tos de su vida y a ella vendrían a estar y venerarse sus restos mortales. De ella también partiría la expansión del instituto.

Serían veintiuna las casas fundadas durante su vida por el P. Manyanet, suponiendo todas ellas un trabajo y ocupación notables, no siendo pequeño el empeño que hubo de poner para encontrar los fondos necesarios para el sostenimiento de su obra, y actuando siempre con una enorme y segura confianza en la Providencia divina que nunca naturalmente le falló. No todas las casas eran propiedad de la congregación sino gestionadas por ella, lo que requirió de él mucho equilibrio en el trato con las entidades propietarias y mucha paciencia en las relaciones con ellas. No le movía la voluntad de multiplicar casas por el prestigio que ello le pudiera traer sino por la educación y reforma de la juventud que promocionaba, y por la labor pedagógica y social que hacía. De ahí que conservara siempre la libertad de rechazar fundaciones o de cerrar alguna de las existentes si creía que no respondía al propósito benéfico-social de su instituto, lo que se veía en la ubicación de las mismas y en sus destinatarios que eran los hijos de los obreros.

Puso un gran empeño igualmente en la preparación religiosa y científica de sus religiosos, no olvidando nunca que iban a ser educadores y formadores de la juventud. A partir de 1877 estableció la casa de formación en Sant Andreu, junto al colegio, y él personalmente se hizo responsable de la formación espiritual y religiosa de sus jóvenes aspirantes. En 1898 abrió el noviciado en Blanes. No dejaba de decir que la ciencia les era tan necesaria como la vida santa y que debían huir de la ignorancia tanto como del vicio.

Su amor a la Iglesia y su paciencia quedaron puestos a prueba con el tema de la aprobación del nuevo instituto. El obispo Caixal, que lo animó en sus comienzos, le dio por fin la aprobación diocesana el 30 de mayo de 1876. Una vez obtenida ésta, procuró enseguida obtener la de Roma. Tradujo las Reglas al latín y las sometió al juicio de la Santa Sede, y el 30 de abril de 1887 obtuvo del papa León XIII el *Decretum laudis,* e incorporadas algunas correcciones, por fin el 22 de junio de 1901 recibió la aprobación definitiva. No olvidó el nada menor tema del reconocimiento civil, que solicitó con empeño hasta que por Real

Orden del 9 de septiembre de 1892 lo consiguió, aunque no con la plenitud de derechos que pretendía.

Como fundador y como superior general, elegido el 22 de julio de 1896 en el primer capítulo general, José mostró un temple admirable de prudencia, eficiencia, trabajo asiduo, paciencia y constancia, y capacidad espiritual para presidir y para impulsar. Tuvo el amor de sus religiosos toda su vida.

Pero la fundación de la congregación masculina no fue su única obra; fundó también una congregación femenina dedicada a la Sagrada Familia, fundación ésta que puso a prueba la paciencia y la santidad de José. Él quería completar la obra de regeneración familiar y social que había emprendido con la fundación de una congregación femenina que cuidara de la educación e instrucción de las niñas y las jóvenes. José pidió y obtuvo del obispo Caixal la autorización para proceder a fundar la nueva congregación con un grupo de aspirantes pero el obispo al darle la autorización le pide que fusione este grupo con la congregación de Hermanas de la Caridad de María Inmaculada, ya existente y fundada por la M. Ana M. Janer en 1859. Por obediencia al obispo y aun previendo las dificultades, José aceptó el criterio episcopal, y la nueva comunidad empezó en Talart el 28 de junio de 1874, y las religiosas emitieron o renovaron votos en el instituto de la Sagrada Familia según constituciones escritas por el P. Manyanet. Este nuevo instituto, formado por estos dos grupos, empezó a crecer. Pero poco a poco un grupo de religiosas antiguas que había aceptado la fusión sin entusiasmo hizo claro su malestar y provocó una crisis en el instituto. Las religiosas antiguas tomaban por fundador al obispo Caixal, las más jóvenes al P. Manyanet. Vino una dividión de pareceres y actitudes. Como el obispo Caixal estaba en Roma exiliado, las informaciones que le llegaban no todas eran suficientes como para hacerle comprender la realidad. La muerte del obispo (26 agosto 1879) dio paso a que la resolución la tomara su sucesor el obispo Casañas. Éste ordenó una visita canónica al jesuita P. Francisco Aguilera, como resultado de la cual se le quitó al P. Manyanet el mando sobre la institución y ésta fue reorganizada, conservando el nombre de la Sagrada Familia, como aún tiene. Dos años más tarde sin embargo diez profesas y cuatro novicias, algunas de ellas despedidas o forzadas a dejar el insti-

tuto de la M. Janer, se reunieron en Barcelona con el P. Manyanet y reorganizaron el instituto fundado por éste. No sería hasta marzo de 1894 cuando el obispo de Vich las recibiría y aprobaría en la casa de Aiguafreda, aunque con el nombre de Hijas de la Santa Casa de Nazaret. El P. Manyanet dedicó nuevamente grandes desvelos a la formación de las religiosas y consolidación de su instituto, ayudado por la madre Encarnación Colomina. En vida del Padre lograron abrirse otras tres casas. Sería mucho más tarde, el 10 de mayo de 1958, cuando la Congregación de Religiosos aprobará la congregación, tomando el nombre de Misioneras Hijas de la Sagrada Familia.

José Manyanet fue hijo, testigo y apóstol de la Sagrada Familia. Profundizó en la vida oculta de Jesús en sus treinta años de Nazaret, y mereció que el Señor le diera una especial vivencia de este período largo de la vida terrena de Jesús, en intimidad de oración, trabajo y amor sobrenatural con María y José. Su alma estaba sumida constantemente en la escucha atenta de la conversación familiar de Jesús, María y José en Nazaret. De esa escuela de Nazaret sacó José espléndidas lecciones para sí mismo, para su comunidad religiosa y para todas las familias cristianas, y ello se ve en las tres obras fundamentales que escribió: *La escuela de Nazaret, El espíritu de la Sagrada Familia* y *Preciosa joya de familia,* que responde cada una de ella a esos apartados señalados. José alentó y fomentó la construcción del templo de la Sagrada Familia en Barcelona, del arquitecto Antonio Gaudí. La idea de hacer el templo parece ser suya.

Tuvo el consuelo de visitar en Loreto la Santa Casa de la Sagrada Familia y barrerla con sus manos (1888), visitando de nuevo Roma en 1900 para pedir la aprobación definitiva de su instituto. Padeció varias enfermedades que pusieron a prueba su paciencia, y su muerte fue consecuencia de una bronconeumonía. Murió santamente en la mañana del 17 de diciembre de 1901. Rodeado desde el principio de la fama de santidad, su beatificación tuvo lugar el 25 de noviembre de 1984. Un milagro efectuado por su intercesión fue reconocido el 20 de diciembre de 2003, y se procedió así a su canonización el 19 de mayo de 2004.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 77 (1985) 935-939.
BLANQUET, J. M.ª - PIQUER, J., *José Manyanet, profeta de la familia* (Madrid 1991).
— (eds.), *Obras Selectas del Beato José Manyanet* (Madrid 1991).
BLANQUET, J. M.ª - ROCA, J. (eds.), *Obras completas de San José Manyanet* (Madrid 2004s).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II,* I (Ciudad del Vaticano 2000).

BEATA MATILDE DEL SAGRADO CORAZÓN TÉLLEZ ROBLES

Virgen y fundadora († 1902)

El día 21 de marzo de 2004, entre la multitud que llenaba la Plaza de San Pedro de Roma, destacaban un gran número de peregrinos de la olvidada Extremadura, acompañados de otros de toda España y del extranjero. El resto de extremeños en su tierra, con aire entre festivo y religioso, celebraban y seguían la beatificación de su paisana la madre Matilde Téllez como aquí se la conoce. Era un día singular para todos ellos porque hacía ya varios siglos que no llegaba a los altares una de sus hijas, sobre todo una cacereña.

La nueva santa no solamente lleva sangre de esta marginada región española sino que todo su haber y toda su grandeza santificadora se consumó dentro de esta tierra.

La Beata Matilde Téllez Robles, nació el 30 de mayo de 1841 en Robledillo de la Vera, siendo su padre el notario Félix Téllez y su madre Basilisa Robles, cristianos profundos que le dieron una sólida formación religiosa.

El padre, dada su condición de funcionario, recorrió luego varios poblados como Villavieja de Salamanca y Becedas de Ávila hasta que en 1851 toda la familia se asienta definitivamente en Béjar, dentro siempre de la diócesis de Plasencia. Aquí la beata recibió la primera comunión y en 1859 la confirmación. Desde muy pequeña, siguiendo las huellas de su ejemplar madre, manifestó una clara inclinación a la piedad religiosa, sensibilizada sobre todo en la oración, la Eucaristía y la devoción a la Virgen Santísima, tres hitos que van a marcar su recorrido hacia la santidad, determinantes también para la entrega caritativa hacia los demás. En la calle eran momentos políticos hostiles a la

religión y su propio padre manifestaba reservas a las inclinaciones de su hija. A pesar de todo, a los 21 años, la joven Matilde fue nombrada en plena juventud presidenta de las Hijas de María, fundadas en Béjar por un padre jesuita y enseguida, en 1859, también presidenta de las Conferencias de San Vicente de Paúl. En aquellos tiempos eran las dos asociaciones que aglutinaban básicamente la piedad y el apostolado cristiano. Y a la joven presidenta le servían además para encauzar sus ansias de entrega a Dios, cada día más definidas y de mayor exigencia.

Con el pasar de los años iba tomando forma en su conciencia el proyecto de dar vida a un Instituto religioso dedicado principalmente al culto del Santísimo Sacramento y a la caridad de los necesitados, con quienes venía demostrando unos entusiasmos de entrega que llenaban de gozo su alma, sobre todo cuando se trataba de niños y necesitados.

Su consejero espiritual D. Manuel de la Oliva, conoció los planes de la joven y aprobó ilusionado sus pretensiones. Matilde con este estímulo se puso manos a la obra. Reunió a su alrededor algunas jóvenes bejaranas que se entusiasmaron y compartieron el mismo ideal de vida religiosa. Pidió y obtuvo la autorización de la administración de la diócesis de Plasencia, en aquel momento vacante, y la bendición del papa Pío IX, a quien se dirigió por escrito el 4 de mayo de 1874. Las comprometidas eran ocho compañeras, pero desafortunadamente siete la abandonaron, cuando el proyecto iba a caminar decidido hacia adelante. Sólo quedó a su lado una, llamada María Briz Manzano. Eran demasiadas las personas que no comprendían la esforzada entrega a Dios en plena madurez juvenil. Pero aquella pareja de heroínas siguió adelante y el nuevo instituto, así seriamente probado, nacía el 19 de marzo de 1875, en una humilde casa. ¡Dos mujeres solas para una gesta de ambiciones universales y además de Iglesia! El 25 de febrero de 1876 hizo su entrada en Plasencia el nuevo obispo, D. Pedro Casas y Souto, al cual la sierva de Dios presentó su proyecto y los estatutos que entre tanto habían sido redactados por su consejero don Manuel de la Oliva, que conociendo perfectamente a Matilde, supo plasmar en ellos las ansias e ilusiones de aquella mujer que tenía depositada en él su total confianza.

El dinámico obispo que había llegado a Plasencia, muy pronto, el 23 de abril de 1876, concedió autorización para que

Matilde siguiera en sus iniciativas. El 20 de enero de 1878 ella y su compañera María vestían el hábito religioso impactando con su acción a la entonces floreciente ciudad de Béjar. Hasta el hábito del Instituto era revolucionario porque había elegido un intenso color azul y el nombre en esos momentos de «Amantes de Jesús e hijas de María Inmaculada», ya significaban, en resumen, el misticismo que anidaba en las nuevas religiosas. En nuestro tiempo, desde 1965, han cambiado llamándose ahora «Hijas de María Madre de la Iglesia». En 1879 la pequeña comunidad se trasladó a la ciudad de Don Benito, en la provincia de Badajoz, donde se estableció canónicamente el noviciado. En 1884 el Instituto fue reconocido de derecho diocesano, consolidándose cada vez más, a pesar de las dificultades.

Coincidieron con esos hechos momentos de prueba definitiva que iban a dar respaldo popular a la reciente fundación. Una fuerte epidemia de cólera pone a prueba el naciente espíritu. Se declara la cuarentena. Las entonces llamadas Amantes de Jesús, valientes, decididas, atienden a los enfermos, con tal grado de generosidad que el 16 de julio muere contagiada María Briz, ahora ya sor María del Espíritu Santo, consecuencia heroica de su entrega en una ciudad donde la gran mayoría eran humildes trabajadores. Coincidían en el mismo día la aprobación diocesana y la muerte de la inseparable primera compañera de la fundadora. Era el riego para la fecundidad porque se unirían nuevas jóvenes que dieron definitivo certificado de eficiencia a la reciente fundación.

En Don Benito, la ya popular madre Matilde, pasará los veintitrés últimos años de su vida. Murió el 17 de diciembre de 1902. En ese momento de la muerte las casas del Instituto eran siete. El carisma de la fundación estaba orientado básicamente en la dirección de las niñas pobres y de los enfermos, urgido desde las líneas evangélicas y sin otra limitación que la tierra entera. Y así ha sido porque en la actualidad tienen abiertas casas en Portugal, Colombia, Italia, México, Perú y Venezuela. Es que su mensaje, sus gestos y palabras permanecen vivos, atrayentes también para los tiempos de hoy. La vida de la madre Matilde se puede sintetizar en esta consigna: «Sea toda nuestra vida un acto de amor». Algo que ha pasado a ser distintivo del Instituto

de Hijas de María Madre de la Iglesia. Los restos de madre Matilde fueron depositados en el cementerio de Don Benito. En 1923 se hizo una primera exhumación y trasladado de esos restos a la iglesia del convento fundado por ella con grande y ferviente participación del pueblo de Dios. El 21 de agosto de 1962 fueron nuevamente exhumados para ser trasladados el 17 de septiembre del mismo año a un mausoleo en dicha iglesia del colegio del Instituto de Don Benito, con el concurso de numerosísimos fieles, desmostración palmaria de que se mantenía viva la fama de su santidad.

En 1975 se introduce su causa de beatificación. El 21 de marzo del 2004 Su Santidad Juan Pablo II la proclamó beata.

El espíritu de la nueva santa, la primera en esta parcela eclesial de la diócesis de Plasencia, queda reflejado en las palabras que Matilde Téllez escribió en los momentos iniciales y difíciles de la fundación y que se recogen en el informe de los teólogos para llevar adelante la causa de beatificación, fecha de 4 de diciembre de 2001:

> «Adelante, y enamorada, seguí a mi Amado. Marché desde entonces recibiendo lo que me envió. Forrada de su voluntad, alimentada de su precioso cuerpo, eché a andar robusta y decidida [...] ¡Adelante! Cuando me encontré a la compañera que me había quedado... ¡adelante! Me contó la derrota. ¡No acobardarse! ¡Adelante! Después, la persecución para destruir el pensamiento que delante y ante un sagrario recibiera. Y confiada dije: ¡No acobardarse! ¡Adelante! El demonio la más encarnizada guerra hizo. ¡No importa! [...] A todo y siempre ni he temido ni me acobardé. Ante la misma muerte dije: ¡No importa! ¡Adelante! [...] ¡Adelante y adelante!, hijitas, que Dios nos provee y que Jesús nos escucha» (p.6).

Junto a estas palabras místicas de profunda confianza en la Providencia, en el mismo informe se citan estas otras que calibran la grandeza de su espíritu:

> «Sí, mi vida, Jesús de mi alma; ¿qué importan los dolores corporales?, ¿qué las persecuciones?, ¿qué los desprecios?, ¿qué todas las tentativas del infierno, para un corazón amante de Jesús? [...] Si mil vidas tuviera, las gastaría gustosa en un continuo sufrir por tu amor» (p.5).

Uno de los testigos que la conoció aseguraba:

> «Era una mujer muy buena, muy santa, pero en extremo sencilla y humilde. [...] Era su característica la sencillez y la humildad, y

no admitía la más ligera palabra de alabanza, sino que se ponía de mal humor y con una habilidad extremada desviaba la conversación» (p.38).

«Una de las constantes más repetidas y más características de la vida de la Sierva de Dios es, sin duda, la de llegar a ser santa, cueste lo que cueste. Es éste un propósito y un deseo expresado con distintos tonos y matices que se encuentra como telón de fondo en sus escritos» (p.8).

Algo que quería trasladar a sus seguidoras a las que orienta con estas palabras:

«¿Qué tienen las Amantes que hacer en el mundo durante su vida en la tierra? Lo mismo que harán allá en el cielo: amar, alabar al Señor, [...] admirando su amor, su hermosura y poder» (p.7).

Una vida, que, resumida por los teólogos que la investigaron para la canonización, termina con este juicio:

«Al término de la discusión, todos los Consultores presentes han estado de acuerdo en valorar plenamente documentado el ejercicio heroico de las virtudes de la Sierva de Dios Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, expresándolo con un convencido voto afirmativo con la esperanza de que también esta ejemplar religiosa española pueda llegar cuanto antes, si así place al Santo Padre, a la anhelada beatificación» (p.46).

La datación de esta conclusión se hacía en Ciudad del Vaticano el 4 de diciembre de 2001. El 21 de marzo de 2004 el Santo Padre Juan Pablo II rubricaba con su palabra infalible declarándola beata para toda la Iglesia universal.

El nuevo Instituto de Hijas de María Madre de la Iglesia, a pesar de las dificultades que prueban hoy la vida religiosa, refrendadas con su fundadora en los altares, siguen adelante, porque tienen muy marcado y claro su camino: los pobres, los enfermos, los niños, los huérfanos, los desheredados, la enseñanza, las misiones... Todo hecho al modo evangélico desde la sencillez, desde la pequeña levadura, desde la desconfianza propia y la confianza en Dios. Es la santidad contagiada de la madre Matilde, necesaria en nuestro mundo: No es hacer muchas cosas sino hacerlas con actitud heroica.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Relación y votos de los Consultores teólogos sobre las virtudes heroicas de la Sierva de Dios Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, fundadora de las Hijas de María Madre de la Iglesia* (Roma 2001).

ESQUERDA BIFET, J., *Perfil espiritual de la Sierva de Dios Matilde Téllez Robles, fundadora de las Hijas de María Madre de la Iglesia* (Madrid 2002).

GUTIÉRREZ MACÍAS, V., *Mujeres extremeñas,* I (Cáceres 1977) 119s.

MAJADA NEILA, J. L., *Conozca a esta mujer: Matilde Téllez Robles* (Salamanca 1981).

BEATO JACINTO (ENRIQUE) MARÍA CORMIER

Presbítero († 1916)

Estaba destinado por la Providencia a guiar la sagrada Orden de Predicadores en los comienzos del siglo XX, impulsándola a nuevas metas de vitalidad y actividad apostólica, y lo haría con dedicación máxima, inspirándose en la figura de Santo Domingo, como iniciador del carisma de la Orden y con voluntad firme de volver a las fuentes. Lo diría más tarde el Concilio Vaticano II:

> «La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos [...] Reconózcanse y manténganse fielmente el espíritu y propósito de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto».

Estas ideas estaban muy claras en la mente de fray Jacinto María Cormier, maestro general de la Orden de Predicadores.

En el bautismo se le impusieron los nombres de Luis Estanislao Enrique María y familiarmente se le llamaba Enrique. Nació en Orleans (Francia) el 8 de diciembre de 1832, siendo hijo de una familia de comerciantes. Sus padres se llamaban Bernardo Cormier y Margarita Felícitas Bacquemont, que tenían un negocio de especiería. Los padres tenían otro hijo, Eugenio, cuya muerte a los 18 años impactaría profundamente a Enrique. Éste recibió en su casa una buena educación y tuvo la desgracia de que cuando tenía pocos años murió su padre como consecuencia de una caída, quedando la madre encargada de su educación. El pequeño fue inscrito como alumno del colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Aquí recibe la primera

comunión y el sacramento de la confirmación, y siente, cuando sólo tenía doce años, abrirse su alma a la vocación sacerdotal. Lo habla con su madre, que está de acuerdo, e ingresa en el seminario menor de La Chapelle, de la diócesis de Orleans (1845).

Enrique no mostró en su seminario una inclinación espontánea al estudio. Le gustaba más la música, le gustaba el dibujo, era soñador, hacía versos y no estaba dedicado del todo a sus obligaciones como estudiante. Pero el 14 de abril de 1847 muere su hermano Eugenio, con sólo dieciocho años de edad, y el golpe fue muy fuerte para él. Comprendió entonces la vanidad de las cosas terrenas y se volvió a Dios y a sus deberes por completo. No tenía sino catorce años pero maduró como de golpe, o incluso se convirtió, como dirá el mismo, y empezará una nueva visión de la vida. Cuando en 1851 pasó al seminario mayor hizo propósitos excelentes referentes a la vida interior, y comenzó a meditar en su verdadera vocación. Se abría ante él el sacerdocio secular, como meta de su vida de seminarista, pero notaba que en su interior se sentía llamado a la vida religiosa, y se planteó si iba por aquí la llamada de Dios.

La Orden de Predicadores, luego del vendaval de la Revolución y posteriores sucesos, había sido restaurada en Francia por el célebre y celoso P. Lacordaire. Enrique decidió consultar con él su tendencia a la vida religiosa. Y el encuentro fue decepcionante, porque el P. Lacordare le dijo con toda claridad que encontraba su vocación inexistente o no madura. Pero las razones que el joven le oyó al religioso no le convencieron nada y siguió con su mismo propósito de embarcarse en la vida religiosa. Pidió su ingreso en la Orden Tercera de Santo Domingo, y se dispuso a ser interiormente un religioso. En la Navidad de 1854 hizo el voto de castidad y cuarenta días más tarde, en la fiesta de la Presentación del Señor, 2 de febrero de 1855, hizo los votos privados de pobreza y obediencia, y recibió su aceptación en la Orden Tercera dominicana. Completando sus estudios obtuvo el bachillerato en teología. El 17 de mayo de 1856 fue el día feliz de su ordenación sacerdotal. Había conseguido su primera meta. Ahora, sin ocultar nunca sus sentimientos verdaderos, se fue a hablar con su obispo, monseñor Félix Dupanloup, y le dijo que quería ser dominico. El obispo le dio licencia para que

solicitara formalmente el ingreso en la Orden. Fue admitido enseguida y el 29 de junio de 1856 ingresó en el noviciado dominico de Flavigny, cambiando su nombre de Enrique por el de Jacinto. Para este nuevo rumbo a su vida no contaba con la aprobación de su madre, la cual lo había querido sacerdote pero no lo había querido religioso. Para colmo su salud se resintió y los superiores llegaron a pensar si enviarlo de Francia a un país de clima seco como Iraq no le sería beneficioso. Jacinto acudió al Señor con mucha confianza y le pidió que calmase a su madre y la conformara con su vocación, y su salud mejoró, por lo que, pasado el año de noviciado, el 29 de junio de 1857 se le admitió a la profesión religiosa temporal.

Estaba en el noviciado cuando vino a conocer al maestro general de la Orden, el P. Vicente Jandel. Éste captó enseguida las buenas cualidades del joven sacerdote y en cuanto terminó su noviciado e hizo la profesión lo llamó a Roma para que estuviera en el centro mismo de la Orden. En 1858 fue nombrado secretario personal del maestro general, y durante los dos años de 1858 a 1860 fue vicemaestro de novicios en La Quercia (Viterbo) y en Santa Sabina de Roma, siendo admitido el 23 de mayo de 1859 a la profesión solemne y perpetua. Tuvo lugar posteriormente su traslado a Corbara, en la isla de Córcega. Aquí había una fundación en la que iba a instalarse el noviciado generalicio, trasladándolo de Santa Sabina. Y así lo fue el 10 de abril de 1861. Lo hicieron prior de la casa, y al volver a establecerse el 4 de julio de 1865 la provincia de Toulouse, Corbara quedó integrada en ella. Con gran sorpresa suya, que llevaba tan pocos años en la Orden, el P. Cormier fue elegido primer provincial de Toulouse entre 1865 y 1869, y otras dos veces más sería provincial de la misma, en 1869 y 1878. Y conocidas sus prendas, no pudo evitar que lo hicieran prior de varias casas: Marsella (1874), Toulouse (1882 y 1885) y Saint Maximin (1889). Su labor fue verdaderamente espléndida. Había que hacer cosas nada sencillas: nuevos conventos y casas, nuevas iglesias, impulsar la fundación de comunidades femeninas, por ejemplo la reconstrucción del convento de Prouilhe, casa madre de la Orden femenina, y la fundación de las Hermanas Dominicas de la Inmaculada Concepción, de Toulouse (1866), y de

las Hermanas de Santa Catalina de Siena, de Auch (1877), y logró enviar un primer grupo de dominicos al Brasil.

Convocado al capítulo general de Lyón en cualidad de definidor de la provincia, se le eligió como asistente del nuevo maestro general. Y lo fue representando a la lengua francesa de 1891 a 1896 y luego fue nombrado procurador general de la Orden, siendo maestro general el Rvdmo. P. Frühwirth (1896-1904). La Santa Sede no dejó de fijarse en él y en 1896 lo nombró consultor del Santo Oficio, delicado cargo que desempeñó hasta su muerte, y en 1900 se le hizo consultor de la Congregación de Propaganda Fide.

Le quedaba el cargo más alto y de mayor responsabilidad de toda su vida: el capítulo general celebrado en La Quercia lo eligió el año 1904 como maestro general de la Orden de Predicadores. Hacía el número setenta y seis de los maestros generales, y como tenía ya setenta y dos años era verdaderamente una dura carga la que se echó sobre sus hombros. Pero, como si fuera un joven, se dispuso a llevarla con energía y fortaleza, para gloria de Dios y bien de la Iglesia. Cuando se vio ya mayor y con tanta carga pensó que le permitirían estar solamente varios años y después dar paso a la elección de una persona más joven, pero no eran esos los designios divinos. Pues cuando en 1906, a los dos años de su elección, pidió audiencia al papa San Pío X para presentarle su dimisión, el santo pontífice no solamente no quiso recibírsela sino que le animó a continuar en su cargo hasta el final, haciendo frente a las numerosas dificultades que se le podían presentar, algunas de las cuales fueron de carácter general: las repercusiones en la Orden de los conflictos sociales, la grave crisis del modernismo desatada en la Iglesia y la concreta forma de abordarla que eligió el papa San Pío X y las tensiones del ambiente general que desembocarían en la Primera Guerra Mundial.

El P. Cormier decidió visitar las provincias y casas de la Orden para impulsar de manera personal la exquisita fidelidad al carisma dominico que él deseaba. Que todo se funde en Santo Domingo, iba diciendo, pidiendo una gran fidelidad al espíritu de la Orden. Insistió mucho en la necesidad no solamente de fomentar las vocaciones sino de cuidarlas y encauzarlas, para

que de ellas surgieran auténticos religiosos. Fue muy consciente de que las nuevas congregaciones femeninas de vida activa representaban una gran vitalidad para la Orden y para la Iglesia, y por ello no sólo no les ponía dificultades sino que fomentaba su crecimiento y vitalidad. Fueron nada menos que 32 las congregaciones religiosas que él como maestro general afilió a la Orden.

Una gran obra suya fue la creación en Roma del *Angelicum,* que se logró en 1909 y que constituía un centro internacional de la Orden abierto a la transmisión de la teología católica y de los estudios eclesiásticos, colegio que en 1963 fue elevado a la categoría de Pontificia Universidad de Santo Tomás. Igualmente logró la creación del Colegio Albertino de Friburgo, cuya Facultad de Teología quedó encomendada a la Orden. Defendió y fomentó la Escuela Bíblica de Jerusalén, fundada por el padre M. J. Lagrange.

Miró con gran interés por la buena configuración de la Orden y por ello estuvo de acuerdo y firmó la erección de dos nuevas provincias dominicanas, una en Canadá y la otra en California. Y logró la restitución de varias otras suprimidas a causa de las dificultades de los tiempos. Fueron las de Aragón, Bohemia, Colombia y Sicilia. La provincia de Aragón había perecido en 1835 con la exclaustración de los religiosos españoles. Contaba entonces con 65 conventos, de los cuales 11 tenían noviciado, y eran los religiosos 1.159 y 34 los novicios. De los frailes exclaustrados de aquella provincia ya ha llegado a la gloria de los altares el Beato Francisco Coll. Tras la restauración de los conventos de Barcelona y Manacor por la llamada Provincia de España y el de Valencia por la Provincia de Filipinas, se pensó en restaurar la Provincia de Aragón. Aprobada la restauración, el P. Cormier dio un decreto que empieza con las palabras *Gratulanda nobis,* el 26 de octubre de 1912, por el que la provincia se restauraba, con los límites que tenía en el siglo XIX y que correspondían a la antigua corona de Aragón.

Como cristiano, como religioso y como sacerdote dio siempre los más eximios ejemplos. Fue verdaderamente notable en la caridad con el prójimo. Fue característico suyo un gran interés sobrenatural por cada una de las almas con quien trataba.

De manera muy particular se interesaba por los enfermos, a los que visitaba y consolaba con gran afecto. Escuchaba a todos con gran paciencia y mansedumbre, atento a que todos se sintieran acogidos y valorados. Era prudente en sus palabras y consejos y estaba atento para que todo resultara en el mejor bien de las personas. Ecuánime e imparcial, fue amigo de que todos pudieran exponer sus ideas y que éstas se conciliasen cuanto pudiera ser de modo que todos quedaran seguros de ser atendidos y tenidos en cuenta, lo que se mostró mucho en su forma de organizar el *Angelicum.*

Terminado su mandato dejó la Orden con 4.661 religiosos, de los cuales 27 eran obispos. Se retiró modestamente sin interferir en las actividades del nuevo maestro general y pudo dedicar más tiempo a la meditación y la plegaria. Dejaba magníficos escritos sobre espiritualidad, hagiografía, instrucción de los novicios, etc. Una de las biografías que escribió fue la del ejemplar obispo de Segorbe, fray Domingo Canubio, natural de Jerez de la Frontera. Murió en Roma el 17 de diciembre de 1916. Su fama de santidad lo rodeó enseguida. Se le hizo causa de beatificación y el 14 de mayo de 1983 se decretó el carácter heroico de sus virtudes, procediéndose a la beatificación por el papa Juan Pablo II el 20 de noviembre de 1994.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 88 (1996) 689s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.370-372.
CATHALA, R., *Le R. P. Hyacinthe-M. Cormier. Sa vie intime* (Aviñón 1927).
RESCH, A., *I Beati di Giovanni Paolo II,* III (Ciudad del Vaticano 2003).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MODESTO DE JERUSALÉN
Obispo († 630)

Modesto entra en la historia como hegúmeno del monasterio de San Teodoro, junto a Jerusalén. Estaba desempeñando este cargo cuando los persas entraron en Palestina, encontran-

do elementos que les fueron favorables en la población mientras que en general los cristianos les hicieron la resistencia que pudieron. Cuando los persas se dirigen a Jerusalén, el patriarca Zacarías envía a Modesto a Jericó para que solicite el traslado de la guarnición bizantina a la defensa de la Ciudad Santa y estando en Jericó Modesto tomaron los persas Jerusalén, donde hicieron incendios, masacres y numerosas crueldades, y esclavizaron a una parte de la población y desterraron a otra, estando el patriarca Zacarías entre los desterrados. A los cristianos les esperaban unos años terribles por el odio que los persas les mostraban. Pero cuando el emperador Heraclio emprendió la conquista de los territorios arrebatados por los persas (622), el rey persa Cosroes II decidió suavizar su política con los cristianos y les dio libertad de culto y licencia para reconstruir las iglesias y monasterios.

La figura central de la obra restauradora fue Modesto, que logró devolver a las comunidades monacales a sus monasterios, restituir el culto cristiano a numerosas iglesias y animar a los perseguidos fieles a renovar su fe y su vitalidad cristianas. De forma singular Modesto logró reconstruir los venerables santuarios ligados al recuerdo del Señor, y concretamente el del Santo Sepulcro. Para esta labor restauradora de los santos lugares le ayudó con su conocida generosidad San Juan el Limosnero, patriarca de Alejandría. Por fin Heraclio pudo echar a los persas de Palestina y por la paz del año 629 le fue devuelta la reliquia de la Santa Cruz, que llevó en triunfo a Jerusalén. Habiendo muerto el patriarca Zacarías en el exilio, el emperador pensó enseguida en el nombramiento de un sucesor y el nombre a elegir no podía ser otro que el de Modesto. Pero apenas consagrado murió en diciembre del 630 y su cuerpo fue llevado a Jerusalén. El nuevo *Martirologio romano* ha introducido su memoria, colocándola el 17 de diciembre, día en que lo celebra un calendario palestino-georgiano del siglo X.

SAN JUDICAEL
Rey y monje († 658)

Luego de haber sido rey de una parte de Bretaña y de haber tenido que sostener su trono por la fuerza de las armas, fue sustituido por su hermano Saloman y decidió entonces ingresar en un monasterio, el de Gáel, junto a Vannes. Aquí se dedicó a una vida de gran austeridad y penitencia. Pero en 630 muere su hermano y entonces su familia le fuerza a que vuelva a ocupar el trono abandonando la vida monástica. Así lo hace Judicael e incluso contrae matrimonio con una virtuosa dama, con la que da ejemplo de vida piadosa y pacífica. Se ocupó mucho de los pobres y necesitados y se empeñó en vivir con gran austeridad y sencillez. Edificó numerosas iglesias y monasterios. Sin embargo de todas estas buenas obras, le remordía la conciencia por haber abandonado la vida monástica y por fin depuso la corona y volvió a su antiguo monasterio. Murió santamente el 658.

SANTA BEGGA
Abadesa († 693)

Hija de Pipino de Landen y de la Beata Ida, al llegar a su primera juventud contrae matrimonio con Ansegisilo, hijo de San Arnulfo de Metz, siendo madre de Pipino de Heristal, el fundador de la dinastía carlovingia en Francia. Muerto su esposo, edificó en 691 una casa de canonesas de San Agustín con las monjas que le envió su hermana Santa Gertrudis de Nivelles. Begga fue la abadesa de este monasterio de Andenne. Murió en 693, dos años después de la fundación del monasterio. Las beguinas de Flandes la han celebrado como patrona pensando que su nombre venía de Santa Begga.

SAN ESTURMIO
Abad († 779)

Nace en Baviera a comienzos del siglo VIII en el seno de una familia cristiana. Confiado a San Bonifacio, éste lo entregó para

su educación a la abadía de Fritzlar. Ordenado sacerdote, trabajó varios años como misionero en Westfalia, hizo luego vida eremítica y por fin, por sugerencia de San Bonifacio, funda el monasterio de Fulda en 774, del cual es elegido abad. Marcha a Italia para estudiar la vida benedictina en Montecasino, ya que quería introducirla en su monasterio, motivo por el que Esturmio ha sido llamado el primer benedictino alemán. Visita al papa San Zacarías, que lo anima en su fundación y le concede determinados privilegios, como la exención episcopal del monasterio y su dependencia directa de la Sede Apostólica. Pero el sucesor de San Bonifacio, San Lulo, exigía la sumisión del monasterio a su autoridad, lo que trajo no pocas dificultades hasta el extremo de que en 763 el rey Pipino ordenó el extrañamiento de Esturmio que fue sustituido en su cargo por el abad Marco, pero los monjes expulsaron al nuevo superior y apelaron al rey. San Lulo se avino a que el nuevo superior lo eligiesen los monjes y éstos así lo hicieron, pero el nuevo superior, Prezold, discípulo de Esturmio, se presentó en la corte y obtuvo del rey la vuelta del santo. La finalidad del monasterio de Fulda era la evangelización de los sajones pero éstos se mostraban muy reacios, entre otras cosas, por la actitud belicosa hacia ellos de Pipino y de Carlomagno. Los sajones llegarían a amenazar la propia abadía de Fulda. Pero las huestes francas presentarían adecuada respuesta y Esturmio no dejó de acompañar a Carlomagno hasta que, enfermo, hubo de volver a Fulda donde falleció el 17 de diciembre de 779, siendo enterrado en la iglesia abacial. Fue canonizado el 19 de abril de 1139 por el papa Inocencio II.

18 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Malaquías, profeta **.
2. En África, la conmemoración de santos Nanfamón, Migín, Sanamis y Lucita (fecha desconocida), mártires.

3. En Tours (Galia Lugdunense), San Gaciano († 307), primer obispo de la sede.
4. En la iglesia de Killaloe (Irlanda), San Flannano († s. VII), obispo *.
5. En el monasterio de Heidenheim (Baviera), San Winebaldo († 761), abad *.
6. En Go-Voi (Tonquín), santos Pablo Nguyen Van My, Pedro Truong Van Duong y Pedro Vu Van Truat († 1838), catequistas y mártires *.
7. En Borgaro (Italia), Beata Nemesia (Julia) Valle († 1916), hermana profesa del Instituto de Hermanas de la Caridad **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MALAQUÍAS
Profeta (Antiguo Testamento)

Malaquías significa «mi mensajero», hermoso nombre para un profeta. Pertenece a la última oleada del profetismo que, a lo largo del primer milenio anterior a la era cristiana, proclamó la palabra de Yahvé, su Dios, al pueblo de Israel.

Su actividad profética se desarrolló en la primera mitad del siglo V, a.C., poco antes de la reforma de Esdras y Nehemías, probablemente alrededor de los años 450-445. Es uno de los últimos profetas de Israel en sentido cronológico, siempre referido al Antiguo Testamento, porque el profetismo tiene su continuidad y su plenitud en el Nuevo.

Ejerció su ministerio en Jerusalén. Su mensaje se inscribe entre las dos etapas de Zacarías, otro de los profetas menores que le precedió por los años 520-518 y a cuyos oráculos se le añadieron capítulos nuevos, posteriores a Malaquías.

El Pseudo Epifanio en su *De vita profetarum* (PG 43,412s), ofrece datos que son probablemente legendarios. Afirma que era de la tribu de Zabulón, y que nació en Sofa después de la cautividad de Babilonia; que era de gran belleza y que se hizo amar del pueblo por la dulzura de sus modales; que murió joven y fue sepultado en la tumba de sus antepasados.

La semblanza es verosímil ya que puede colegirse por la impresión que deja la lectura de su profecía; pero los datos son inseguros.

Por su brevedad y difícil identificación frente a los clásicos grandes profetas, está entre los doce menores, pero los oráculos agrupados bajo su nombre merecen ser escuchados con la misma atención e interés, pues están igualmente inspirados.

Unas pinceladas históricas nos ayudan a situar la figura y significación de este profeta. Ya están lejos los tiempos de la ruina de Jerusalén y el destierro de Babilonia. Incluso la vuelta de la cautividad en sucesivas caravanas y la restauración del templo que ahora se encuentra ya en servicio desde el año 515.

Durante el reinado de Artajerjes I (464-424), Nehemías, un judío descendiente de los desterrados, se convierte en ministro de la corte imperial. Él mismo nos cuenta cómo recibió del gran rey de Persia la misión de reconstruir las murallas de Jerusalén (cf. Neh 2,5-8) y logra que Judá se convierta en provincia autónoma en el ámbito de la satrapía de Transeufratina, y repuebla la ciudad.

En este período, en el que los judíos gozan de relativa libertad, empieza a cundir cierto relajamiento en el plano religioso del culto y las costumbres. Son objeto de la valiente denuncia y las predicaciones proféticas de Malaquías. Su severa crítica de los sacerdotes, de los matrimonios con extranjeras y de la práctica del repudio, revelan la decadencia y crisis moral del ambiente, pero también y sobre todo, la relajación que afecta al culto litúrgico por el que, a pesar de que no es sacerdote, muestra especial sensibilidad.

El retraso en el cumplimiento de las promesas, la impaciencia por ver restaurada la dinastía davídica y por experimentar la llegada del reino de Dios povocaban la crisis moral y social. El profeta, con vivacidad retórica, introduce los oráculos pronunciados por Dios mismo, mediante un diálogo con sus oyentes, haciéndoles una pregunta que les haga reflexionar o respondiendo a las cuestiones que ellos mismos le presentan.

Esta forma literaria de las «palabra de disputa», llenas de viveza, dan la pauta para saber dónde empieza y dónde acaba cada uno de los oráculos.

La bellísima introducción pone por delante de todo la declaración de amor de Yahvé. Por primera vez había aparecido en Oseas (3,1; 11,1) y más tarde en Jeremías (31,3.20) y encuentra

su expresión en el Deuteronomio (67,7-8): «No porque seáis el más numeroso de todos los pueblos, se ha prendado Yahvé de vosotros y os ha elegido [...] sino por el amor que os tiene».

Esta declaración de amor había alcanzado un tono emocionante en el mensaje dirigido por el segundo Isaías a los desterrados que se sentían abandonados por el Señor: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pero aunque ellas llegaran a olvidar, yo no te olvido» (Is 49,15).

Si Malaquías vuelve a insistir, es porque sus oyentes no acaban de creer. Jerusalén seguía viviendo en la postración.

> «Os he amado, dice Yahvé. Pero vosotros decís: ¿En qué se nota que nos has amado? ¿No era Esaú hermano de Jacob?, oráculo de Yahvé. Y sin embargo amé a Jacob y odié a Esaú. Entregué sus montes a la desolación y su heredad a los chacales del desierto. Si dice Edom: Hemos sido aplastados, pero reedificaremos nuestras ruinas, así dice Yahvé Sebaot: Ellos edificarán, pero yo demoleré, y los llamarán: "territorio de impiedad" y "Pueblo contra el que Yahvé está irritado para siempre". Vuestros ojos lo verán y vosotros diréis: ¡Grande es Yahvé más allá de término de Israel» (Mal 1,2-5).

En la respuesta de Dios no hay reproche alguno. Para conocer al Señor no hay más que ver las intervenciones de Dios en la historia. Esaú no fue tan amado y elegido como Jacob. Los edomitas, descendientes de Esaú, han visto arruinado su país frente a la prosperidad de los descendientes de Jacob.

La preferencia y el amor de Dios es gratuito e incondicional, no depende de las condiciones morales. Si Esaú fue glotón vendiendo la primogenitura por un plato de lentejas, también Jacob fue mentiroso engañando a su padre Isaac para conseguir la bendición con los disfraces que le proporcionó Rebeca. El pueblo judío tiene asegurado para siempre el amor de Yahvé.

El más largo de los oráculos acumula contra los sacerdotes las acusaciones de hipocresía en el ejercicio del culto con el que pretenden honrar a Dios.

Sorprende el comienzo que dice: «El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra?» (Mal 1,6). Este empleo de la analogía paternal es nuevo en la Sagrada Escritura. Llamar a Dios Padre es muy posterior.

Hay que llegar al tercer Isaías (63,16) y, desde luego, a Jesús que nos enseña el Padrenuestro (cf. Mt 6,9).

Se acusa a los sacerdotes de despreciar al Señor porque ofrecen animales tarados que ni siquiera se atreverían a ofrecer al gobernador.

«Decís: ¿en qué hemos menospreciado tu Nombre? —Presentando en mi altar pan impuro. —Y encima preguntáis. ¿En qué te hemos manchado? —Pensando que la mesa de Yahvé es despreciable. Y cuando presentáis para el sacrificio una res ciega, ¿no está mal? Y cuando presentáis una coja o enferma, ¿no está mal? —Anda, ofrécesela a tu gobernador: ¿Se te pondrá contento o te acogerá con agrado?, dice Yahvé Sebaot. Ahora, pues, aplaca a Dios para que tenga compasión de nosotros» (1,6-9).

Para inquietar la embotada conciencia de los sacerdotes, el profeta compara su culto con el que se tributa a Dios en otras naciones con una perspectiva universal iluminada con la luz mesiánica.

El magisterio de la Iglesia ha interpretado y aplicado este pasaje al sacrificio perfecto, como lo hizo el Concilio de Trento en relación con la Eucaristía:

«Desde levante hasta poniente grande es mi nombre entre las naciones, y en todo lugar ofrecen a mi Nombre sacrificios de incienso y oblaciones puras, pues grande es mi Nombre entre las naciones, dice Yahvé Sebaot» (1,11).

No comprenderíamos a Malaquías si lo acusáramos de ritualista que se queda en lo superficial. Él quiere sí, que se observen rigurosamente los ritos y formas externas de la religión y del culto; reprueba a los negligentes que los olvidan, pero no es un formalista. Tiene profundo sentido espiritual. Para él no es un fin el rito, sino el signo externo de una gracia interior e invisible, la expresión de una fe honda y viva en Yahvé y de una profunda entrega a su servicio.

El que descuida los ritos demuestra que no vive íntegramente el verdadero culto, como el que hoy dice «creo, pero no práctico». El mismo sentido tiene su insistencia en los diezmos del templo (cf. 3,6-12).

Después de las denuncias, vienen las amenazas y las condenas. La bendición se convierte en maldición. Los sacerdotes se

verán castigados y arrojados del templo junto con la basura de los animales sacrificados (cf. 2,1s).

Sin embargo el Señor no retira su compromiso de fidelidad con Leví. Lo que pretende es devolverle su autenticidad. La función principal del sacerdote es conducir y enseñar al pueblo. «Los labios del sacerdote guardarán el saber, y la Ley se busca en su boca, pues es el mensajero de Yahvé Sebaot» (2,7).

Otro desorden público era el de los matrimonios mixtos y los divorcios. El profeta denuncia a los que se casan con mujeres que veneran divinidades extranjeras y a los que repudian a sus esposas. Malaquías reinterpreta la unidad conyugal a la luz del Génesis (2,10.16).

Aunque el enigma que inquieta siempre a los hombres de todos los tiempos por la felicidad que parecen disfrutar los malvados en este mundo, el profeta da la respuesta del Señor:

> «De pronto oirán a su mensajero que prepara su venida justiciera del gran día: "Voy a enviar a mi mensajero a allanar el camino delante de mí y enseguida vendrá a su templo el Señor a quien vosotros buscáis; y el Ángel de la alianza que tanto deseáis, ya llega", dice Yahvé Sebaot. ¿Quién podrá soportar el Día de su venida? ¿Quién se tendrá en pie cuando aparezca? Porque será como fuego de fundidor y lejía de lavandero. Se sentará para fundir y purgar. Purificará a los hijos de Leví y los acrisolará como el oro y la plata; y serán quienes presenten a Yahvé oblaciones legítimas» (3,1-3).

El día del juicio, de la justicia, se está preparando. El nombre de los fieles está escrito en el libro de la vida, imagen que estará repetida con frecuencia en los escritos apocalípticos. Dios es un padre que protege a sus hijos. Entonces, sólo entonces se podrá entender la suerte tan distinta que reserva al justo y al malvado.

> «Duras me resultan vuestras palabras, dice Yahvé. —Y todavía decís: ¿Qué hemos dicho contra ti? —Habéis dicho: Es inútil servir a Dios; ¿Qué ganamos con guardar sus mandamientos o con hacer duelo ante Yahvé Sebaot? Más bien hemos de felicitar a los arrogantes que, aun haciendo el mal prosperan, y aun tentando a Dios escapan impunes.
>
> Entonces los devotos de Yahvé hablaron entre sí. Yahvé escuchó con atención; y se escribió en su presencia un libro en memoria de los devotos de Yahvé que honran su Nombre. Ese día que estoy preparando se convertirán en mi propiedad personal, dice Yahvé Sebaot; y seré indulgente con ellos como es indulgente un

padre con el hijo que le sirve. Entonces volveréis a distinguir entre el justo y el malvado, ente quien sirve a Dios y quien no le sirve.

Está para llegar el día abrasador como un horno; todos los arrogantes y lo malvados serán como paja; y los cosumirá el Día que viene, dice Yahvé Sebaot, hasta no dejarles raíz ni rama. Pero para vosotros los adeptos a mi Nombre, os alumbrará el sol de justicia con la salud en sus rayos y saldréis brincando como becerros bien cebados fuera del establo. Y pisotearé a los malvados, que serán como ceniza bajo la planta de vuestros pies el día que estoy preparando, dice Yahvé Sebaot» (3,13-21).

Los oráculos de Malaquías se cierran con dos amonestaciones añadidas por la tradición para clausurar al rollo de los «doce profetas». La primera invita a recordar la Ley de Moisés. La segunda identifica el «mensajero» anunciado en 3,1, con Elías (3,22s). En el Nuevo Testamento, San Mateo dice que es Juan Bautista, el precursor de Jesús. Moisés y Elías, Ley y profeta, estuvieron al lado de Jesús en la Transfiguración.

Las representaciones iconográficas de Malaquías siguen los rasgos convencionales de otros profetas: el rollo de sus oráculos, la cartela con su nombre. A veces le acompaña un ángel. En una escultura de la catedral de Amiéns está mirando a la mano de Dios que envía al mundo el mensajero de salvación. También aparece en miniaturas, mosaicos y vidrieras.

El *Martirologio romano* actual lo recuerda el 18 de diciembre, en primer término, con este elogio síntesis de su mensaje:

«Conmemoración de San Malaquías, el Profeta que, después de la transmigración de Babilonia, anunció el día grande del Señor y su llegada al templo; y que a su nombre habría de ofrecerse siempre y en todas partes una oblación pura».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1205-1220.

AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros* (Estella 1996).

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1093; 1401-1403.

SPADAFORA, F., «Malachia», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.570-576.

BEATA NEMESIA (JULIA) VALLE
Religiosa († 1916)

Nació en Aosta el 26 de junio de 1847. De familia burguesa, de mercaderes bien situados, le impusieron en el bautismo los nombres de Magdalena, Teresa, Julia. Cuando contaba cuatro años murió su madre María Cristina Dalbar. Juntamente con su hermano se crió en casa del abuelo paterno en un gran ambiente religioso. Allí aprendió las primeras letras, mostrándose siempre muy inclinada a los ejercicios de piedad. Hizo le primera comunión en 1857 y al año siguiente fue llevada a Besançon, en Francia, al colegio de las Hermanas de la Caridad. Allí recibió una educación exquisita y el título de maestra en lengua francesa. A su vuelta a la casa paterna en 1863, en Pont-Saint-Martin, no obtuvo la comprensión deseada por parte de su madrastra. Julia traía ya en su corazón el propósito de una vocación superior: «Serviré al Señor en sus pobres». Y fue recibida en 1866 entre las Hermanas de la Caridad en Vercelli, con el deseo de imitarlas en el servicio a los pobres y en la educación de la juventud, según el ejemplo y las enseñanzas de la fundadora Santa Juana Antida Thouret (1766-1826).

Terminado el noviciado, en 1868 tomó el nombre de sor Nemesia. Se la destinó a la enseñanza de la juventud femenina en el colegio de Tortona en el Instituto de San Vicente, y allí permaneció por espacio de siete lustros. Fue una educadora de primera clase por su preparación, por su equilibrio, por su espíritu maternal. En 1873 emitió sus votos y en 1886 fue nombrada Directora del Instituto de San Vicente, dejando grata memoria por su estilo de gobierno. Al erigirse una nueva provincia de la Congregación, sor Nemesia pasó a Borgaro, cerca de Turín, para desempeñar allí el oficio de maestra de novicias. Ejerció este oficio de gran responsabilidad desde 1903 hasta su muerte. En este menester enseñaba más con ejemplos que con palabras e instrucciones, de modo que las novicias aprendían de ella cómo hay que amar a Cristo Jesús, cómo hay que servir al prójimo, etc., etc. Amó a Dios sobre todas las cosas, alma de oración intensa, gran devota de Nuestra Señora, amante de las celebraciones litúrgicas, repetía esta su oración preferida: «Jesús, por ti vivo; Jesús, por ti muero; Jesús, en la vida y en la muerte soy

tuya». Entre sus alumnas y novicias promovía el espíritu misionero, oraba y enseñaba a orar a otros por le evangelización de los pueblos y por otras necesidades de la Iglesia. Humilde y sencilla, deseaba ocupar siempre el último puesto. Murió el 18 de diciembre de 1916.

En 1910 comenzó a flaquear su salud, y entonces se acrecentaba más y más su trato con el Señor; de su cuerpo encorvado y doliente se traslucía una suma paz espiritual. En su congregación y en el pueblo de Dios ha brillado de continuo su fama de santidad en vida y después de muerta

Instruidos los procesos ordinarios e informativos en 1951-1954, y el proceso rogatorial en Tortona, el 4 de julio de 2002 fue declarada la heroicidad de sus virtudes y beatificada el 20 de diciembre de 2003 por Juan Pablo II. Figura eminente por su amor acendrado y heroico a Dios y por su entrega a la ayuda de los demás: niñas huérfanas y pobres, viudas en sus dificultades, desvalidos y enfermos. Merece un recuerdo especial por haber favorecido con su acción educadora la promoción humana y cristiana de la mujer.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHIEROTTI, L., «Valle (Giulia Nemesia) serva di Dio», en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) col.1412.
COTTINO, J., *La serva di Dio Nemesia Valle* (Turín 1957).
MONTE, A. DEL, *Suor Nemesia (Giulia Valle)* (Roma 1967).
—*Questa sera il Signore vi parlerà* (Turín 1983).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FLANNANO
Obispo († s. VII)

Este santo es el patrono de la diócesis irlandesa de Killaloe, de la que fue obispo. Nace en Münster, hijo del rey Toirdelbaig. Se educa en un monasterio, abraza la vida religiosa y en una peregrinación a Roma el papa Juan IV († 642) lo consagra obispo. Vuelto a Irlanda pone su sede, por deseo popular, en Killaloe, y

aconseja a su padre abandone el poder temporal para hacerse monje, lo que consigue. Antes de irse al monasterio, el padre dotó espléndidamente la sede episcopal de su hijo. Flannano trabajó apostólicamente en las Hébridas y en otros sitios, y pese a su continua actividad sacaba tiempo para recitar diariamente todo el salterio. Murió con gran fama de santidad y su culto se extendió enseguida por toda Irlanda. Su memoria se celebra el 18 de diciembre.

SAN WINEBALDO

Abad († 761)

Hermano de los santos Wilibaldo y Walburga, e hijo de San Ricardo, este santo inglés emprendió con su padre y hermano la peregrinación a Tierra Santa, pero sintiéndose enfermo se quedó en Roma donde estudió durante siete años. Posteriormente volvió a Inglaterra y por invitación de San Bonifacio, su primo, pasó con algunos compañeros a Alemania para trabajar junto con el santo en su gran obra evangelizadora. Cuando su hermano fue hecho obispo de Eichstätt, construyó un doble monasterio, de hombres y mujeres, en Heidenheim, poniendo a Winebaldo como abad del masculino y a su hermana como abadesa del femenino, siguiéndose en ellos la regla de San Benito. Murió el 18 de diciembre del año 761.

SANTOS PABLO NGUYEN VAN MY, PEDRO TRUONG VAN DUONG, PEDRO VU VAN TRUAT

Mártires († 1838)

A los tres santos que fueron martirizados el 18 de diciembre de 1838 en Co-Voi, Vietnam, les llevó al martirio las argucias de una mujer, llamada Yen, que creía que denunciando a los dirigentes cristianos de su pueblo podría obtener el indulto para su marido, encarcelado bajo la acusación de pertenecer a una banda de foragidos. Simuló querer convertirse al cristianismo y así pudo saber quiénes eran los catequistas de la comunidad cristiana de Bau-No, y al no estar el misionero, San Juan Carlos Cor-

nay, los denunció a ellos. Arrestados y conducidos ante el mandarín, se negaron a decir dónde estaba el misionero, que era lo que más quería el mandarín, y se les exigió también que pisotearan la cruz en señal de apostasía. Los confesores de la fe se negaron y persistieron en su negativa pese a los golpes y azotes que acompañaron los tremendos interrogatorios a que fueron sometidos. Condenados por fin a muerte, los tres la recibieron con entereza y generosidad evangélicas. Estos son sus datos personales:

PABLO NGUYEN VAN MY nace en Ke-Non en 1798. Decidido a ser catequista, hace los estudios en su pueblo y en Ké-Vinh. Fue nombrado colaborador del P. Marette, a cuyo lado trabajó apostólicamente entre 1817 y 1836. Este año pasó a la compañía de San Juan Carlos Cornay, hasta su detención.

PEDRO TRUONG VAN DUONG nace en Ke-So en 1808 en el seno de una familia cristiana. A los 9 años es acogido en la misión de Yentap, y pasa luego como ayudante de varios sacerdotes hasta que en 1824 obtiene el diploma de catequista, siendo enviado a Bau-No con el P. Marette. Arrestado y bárbaramente azotado, se mantuvo firme y desde la cárcel escribió una carta en la que manifestó su alegría de padecer por Cristo.

PEDRO VU VAN TRUAT había nacido en Ké-Thiec en 1816 y se preparaba para ser catequista cuando fue arrestado con sus dos compañeros de martirio. Como perseveraba firme en la fe pese a los azotes y malos tratos, San Juan Carlos Cornay le mandó a la cárcel el diploma de catequista. Lo sacaban para el suplicio cuando un mandarín le dijo que por qué se dejaba matar siendo tan joven, que era una cosa estúpida, y el muchacho respondió que no era estúpido dar esta vida terrena a cambio de la eterna.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 *mártires* de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

19 de diciembre

A) Martirologio

1. En Roma, en la Vía Portuense, la deposición del papa San Anastasio I († 401) **.

2. En Auxerre (Galia), San Gregorio († 540), obispo.

3. En la Cartuja de Casotto (Lombardía), Beato Guillermo de Fenol († 1205), monje *.

4. En Aviñón (Provenza), Beato Urbano V († 1370), papa, anteriormente monje benedictino **.

5. En Bac-Ninh (Tonquín), santos Francisco Javier Ha Trong Mau, Domingo Bui Van Uy, catequistas, Tomás Nguyen Van De, sastre, Agustín Nguyen Van Moi, y Esteban Nguyen Van Vinh, labradores, este último catecúmeno, mártires en 1839 *.

6. En Slonim (Polonia), beatas María Eva de la Providencia Noiszewska y María Marta de Jesús Wolowska († 1942), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de la Inmaculada Concepción, mártires *.

B) Biografías extensas

SAN ANASTASIO I
Papa († 401)

No necesariamente para dejar una buena estela en la historia tiene un papa que ocupar la sede de Pedro una larga temporada. Lo hemos visto en nuestro tiempo: el Beato Juan XXIII no llegó a cinco años y el «Papa de la sonrisa», Juan Pablo I, fue papa treinta y tres días nada más. El papa Anastasio I presidió la Iglesia de noviembre del 399 a diciembre de 401, dos años y un mes y, sin embargo, su memoria es sobresaliente y llena del aura de la santidad.

Anastasio I, que sucedió al difunto papa San Siricio al día siguiente de su muerte, era romano, y su padre se llamaba Máximo. Y estos son todos los datos personales que nos ha podido dejar el *Liber pontificalis*. El papa San Siricio murió el 26 de noviembre del año 399, y al día siguiente fue elegido su sucesor por voto del clero y del pueblo reunido para este fin. Su nombre es griego y significa «el que resucita», pero teniendo un pa-

dre llamado Máximo, que es nombre latino, no necesariamente su nombre indica ascendencia griega.

Sobre sus cualidades personales tenemos los elogios que le dedicó San Jerónimo, que lo llamó «hombre de gran santidad», dijo de él que vivía la pobreza y que tenía una vida inmaculada y enteramente entregada al ministerio apostólico. No sólo por su cargo sino también por sus grandes cualidades estuvo en magnífica relación con San Paulino de Nola y con San Agustín. Parece que con relación a San Paulino, todavía no obispo, Anastasio se sintió en la obligación de reparar la poca consideración en que su antecesor parece lo había tenido. Escribió Anastasio a los obispos de Campania elogiando a Paulino y lo invitó a que viniera a Roma para asistir al aniversario de su elección, lo que era un grande honor teniendo en cuenta que sólo se invitaba a los obispos y Paulino aún no lo era. A Paulino no le fue posible acudir a la invitación del Papa y le escribió una carta excusándose, excusa que el Papa aceptó.

Anastasio mostró ser un papa muy activo, no rehusando intervenir en los asuntos que se le ofrecían y que le vinieron desde diversos sitios del mundo.

Respecto a la disciplina eclesiástica de su Iglesia de Roma, Anastasio dispuso que el clero debería estar de pie mientras el diácono leía el santo evangelio, costumbre introducida por Anastasio y que luego se hizo de toda la asamblea, como persevera hasta el día de hoy, ya que todos en la misa actual romana se levantan mientras se lee el evangelio. Esta disposición parece que se debe a un intento de pacificar las relaciones entre los sacerdotes y los diáconos de Roma, tirantes por las competencias de unos y otros, no debiendo olvidarse que era a los diáconos a los que estaba encomendada la administración de los bienes temporales.

Otra intervención de Anastasio en la disciplina eclesiástica de la diócesis romana fue el decreto mandando que no se recibiera como tal a ningún sacerdote que viniera de fuera de Italia si no traía un certificado de cinco obispos asegurando su ortodoxia. Es claro que se trata de una norma que responde a una situación conflictiva: la presencia de sacerdotes o diáconos en Roma que viniendo del Este o de África traían consigo sus ten-

dencias heterodoxas, fueran arrianas o maniqueas. Y es que, como se demostraría en la controversia origenista, Anastasio tenía un gran interés en la guarda de la ortodoxia.

Anastasio combatió con energía el donatismo existente en las provincias del África y que tanto perturbaba la paz de la Iglesia. Bien sabido es que los donatistas introducían una profunda división en el pueblo cristiano, eran sumamente férreos en sus convicciones y no tenían inconveniente en recurrir a cualquier tipo de medios con tal de tener presencia y preponderancia. En vano Valentiniano I había dado en 373 una ley prohibiendo sus reuniones, ley que urgió Graciano cuatro años más tarde, llegando a quitarles sus iglesias. Pero estas medidas, miradas como persecución religiosa contra ellos, fueron en el fondo contraproducentes, pues los llevó a entrar en el camino de la violencia. Los intentos de atraerlos por la persuasión y el diálogo no fueron más eficaces. Primero San Optato de Mileto y luego San Agustín fracasaron en el intento. San Agustín, por el tiempo en que era papa San Anastasio I, era todavía sacerdote, pues había sido ordenado en 393 y se había puesto a la entera disposición de su obispo para el cuidado pastoral de los fieles. Su celo ardiente se estrelló contra la terquedad de los donatistas. Anastasio I era perfectamente consciente de lo que el donatismo representaba y animó a la Iglesia africana a resistir fuerte en la fe. En septiembre del 401 se tuvo una asamblea eclesiástica en Cartago en la que se leyeron las cartas de San Anastasio, en las que recomendaba benevolencia para recibir en el gremio de la Iglesia a los obispos y presbíteros provenientes de la herejía.

Igualmente, se opuso al priscilianismo que continuaba su aventura pese a que ya Prisciliano había sido decapitado bajo la acusación de magia por orden del emperador usurpador Máximo. Prisciliano y su secta habían sido condenados en un sínodo en Zaragoza, en el que más bien fueron sus prácticas las que se dieron por ajenas a la praxis católica, como las reuniones secretas y ciertos excesos de falsa piedad. Prisciliano había acudido al entonces papa contra las acusaciones que circulaban en su contra y la cosa se complicó cuando a Prisciliano se le hace obispo de Ávila. Sus enemigos lograron que el emperador Graciano se

interesara en el tema, y como el emperador era muy celoso del orden y la unidad católica, dio un decreto desterrando a los jefes priscilianistas. Prisciliano salió de España, hizo propaganda de sus ideas en Aquitania y con algunos seguidores llegó a Roma, siendo papa San Dámaso, y habiendo intentado en vano atraerse en Milán a San Ambrosio. Como San Dámaso se negó a recibirlos, se dirigieron a Tréveris, la capital del usurpador Máximo, que había ya recibido denuncia contra Prisciliano y los suyos. Máximo mandó prenderlos y convocó un sínodo en Burdeos que los juzgase. Se inició su proceso pero apeló ante el emperador y de esta forma la causa pasó del tribunal eclesiástico al civil. No era regular que un emperador cristiano juzgase a obispos pero Máximo lo hizo, y como resultado Prisciliano fue condenado como mago y decapitado en 384, lo que fue criticado severamente por San Martín de Tours, San Ambrosio y tantos otros. El priscilianismo siguió adelante y cuando llega a la sede de Pedro el papa San Anastasio I se vio en la necesidad de combatirlo, ratificando por su parte el Papa las decisiones del concilio de Toledo reunido el año 400. El Papa estuvo de acuerdo en lo acordado en este sínodo de que se les conservase su rango episcopal a los obispos priscilianistas reintegrados en la unidad católica.

Descubrió en Roma un grupo de maniqueos y se opuso formal y firmemente a esta doctrina, que a tantos hombres y mujeres había desviado del verdadero sentido cristiano. Y no menos se opuso al arrianismo, confesando la fe en la divinidad de Jesucristo con gran firmeza y mostrando su plena adhesión a la fe del símbolo niceno-constantinopolitano.

Fue notable su participación en la controversia del origenismo. Como es sabido el gran Orígenes gozaba entre los elementos cultos de la Iglesia de un prestigio general, pero acompañado en todas partes de una cierta reserva, pues ni siquiera sus más adictos discípulos defendían la totalidad de la doctrina del maestro. Tras los ataques de Metodio de Olimpo empezaron a salirle defensores a Orígenes, y aunque los arrianos querían presentarlo como precursor del arrianismo, la verdad es que las apologías hicieron mella en el ánimo de muchos católicos, que no dudaron en mostrar su aprecio por él, como San Basilio, San

Gregorio Nacianceno, San Atanasio, etc. Pero San Epifanio de Salamina el año 393 mandó un monje emisario suyo a Jerusalén, que recorrió los monasterios de Palestina haciendo una campaña tremenda contra Orígenes, tal como San Epifanio le había mandado. Resultó que San Jerónimo lo recibió amistosamente pero su amigo Rufino no, y esto enfrió las relaciones entre estos dos personajes hasta entonces tan amigos.

Al año siguiente, y pese a ser ya octogenario, San Epifanio se presenta en Jerusalén y con gran calor predicó contra Orígenes, lo que no gustó al prelado jerosolimitano, Juan. Se formaron así dos bandos, uno a favor de Orígenes (Juan y Rufino) y otro en contra (Epifanio y Jerónimo) y aceptaron los dos bandos el arbitraje de Teófilo, patriarca de Alejandría. Juan y Rufino componen una larga carta quejándose de sus adversarios, y San Jerónimo por su parte compone el tratado *Contra Juan de Jerusalén.* Pero en 397 ambos rivales, Jerónimo y Rufino, se reconcilian. No obstante lo cual, Rufino, vuelto a Occidente, traduce y hace circular la *Apología de Orígenes,* de Pánfilo, y el tratado *Peri Archon,* del propio Orígenes, y en el prólogo señala que San Jerónimo dice que había sido origenista. El traductor corrigió en la traducción aquellas frases origenistas que podrían favorecer al arrianismo. Los amigos que San Jerónimo tenía en Roma comprendieron que la obra de Rufino perturbaba la paz de la Iglesia y presentaron ante el papa Siricio una protesta formal. Pero Siricio no terminó de ver que fuera aquel un asunto vital y por ello al despedirse Rufino para regresar a Aquilea le dio cartas para el obispo de aquella ciudad.

El año 399, cuando Anastasio I sube a la sede papal, los amigos de San Jerónimo en Roma vuelven a dirigirse al papa pidiéndole una condena formal del origenismo. Por otro lado a Orígenes le había salido un feroz enemigo: el patriarca Teófilo de Alejandría, que ese año 399 había prohibido las obras de Orígenes y había comenzado una particular campaña contra los partidarios del origenismo, singularmente los monjes de Nitria, los cuales se resistieron y algunos marcharon a Constantinopla y allí pidieron protección a San Juan Crisóstomo, patriarca desde el 398. Se la dio el santo y fue el comienzo de lo que sería su tragedia. Teófilo envió cartas al papa San Anastasio y le envió

también algunos clérigos de su Iglesia solicitando que el Papa se adhiriera a la condena del origenismo que él había hecho.

El Papa condenó todas las proposiciones blasfemas que le presentaron como de Orígenes, sin entrar en calificarlas como de él, sino diciendo que en sí mismas eran blasfemas. Por otro lado también Juan de Jerusalén se dirigió al papa Anastasio contándole su versión de las cosas. Y Rufino consideró oportuno curarse en salud de cualquier duda sobre su ortodoxia enviando al Papa su profesión de fe. No consta que el papa Anastasio contestara a la apología de Rufino ni habla de ella en la carta que el pontífice dirigió a Juan de Jerusalén. En ella le decía:

> «Orígenes es un autor peligroso; si Rufino lo ha traducido para hacer que se detestasen sus errores, bien hecho; si para acreditarle, ha hecho mal. Se trata de intenciones, y de ellas Dios es el único juez».

Por su parte San Jerónimo contestó a Rufino haciendo una traducción literal del *Peri Archon* y escribiendo una carta muy conforme con la vehemencia que le caracterizaba y en la que trataba a Rufino de mentiroso, perjuro y hereje. Rufino respondió recordándole a San Jerónimo su inconsecuencia, pues antes había sido adicto a las obras de Orígenes. Respondió a ello San Jerónimo, y fue Rufino el que cortó la polémica imponiéndose a sí mismo silencio y retirándose a Mesina, donde murió en 410. Anastasio I escribió una carta a San Venerio, obispo de Milán, en la que trata de esta cuestión del origenismo, y en ella defiende la memoria del controvertido papa Liberio.

Se atribuye al papa San Anastasio I la construcción de la basílica Crescenciana, que un siglo más tarde consta que aún existía y que modernamente se la ha identificado con San Sisto Vecchio.

El piadoso pontífice murió el 19 de diciembre de 401 y fue sepultado en la Via Portuense en un monumento sepulcral colocado entre la basílica de Santa Cándida y la de los Santos Abdón y Senén. Años después diría San Jerónimo que si tan buen pontífice murió tan pronto fue porque Dios quiso ahorrarle el horror de la toma de Roma por Alarico el año 410. Su memoria ya la recoge el *Martirologio jeronimiano* a mediados del siglo V, lo que indica su culto y veneración, pero se situaba su

memoria el 27 de abril, lo que no coincide con el día de su tránsito. Por ello el nuevo *Martirologio romano* ha situado su memoria el 19 de diciembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Aprilis, t.III p.490-493.
CARAFFA, F., en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.1065-1071.
SABA, A. - CASTIGLIONI, C., *Historia de los Papas,* 2 vols. (Barcelona 1948).

BEATO URBANO V
Papa († 1370)

El 28 de septiembre de 1362 un nuevo Papa sube a ocupar el trono pontificio de Aviñón, vacante desde hacía dos semanas por la muerte de Inocencio VI. Aunque su elección fuese inesperada, por no ser del conclave ni siquiera cardenal, peca de exagerado el Petrarca cuando dirigiéndose al nuevo pontífice, le dice lisonjeramente: «Santo Padre, estad persuadido de que ni un solo cardenal había antes pensado elegiros Papa. Dios sólo os ha elegido poniendo vuestro nombre en sus bocas». A la verdad, Guillermo Grimoardo (que así se llamaba el sucesor de Inocencio VI) era harto conocido para que los cardenales del cónclave pusiesen los ojos en él. Su personalidad se había ya destacado anteriormente en variadas actuaciones y en cometidos de envergadura.

De ilustre familia provenzal, se había dado a conocer como buen expositor de Graciano en las cátedras de cánones de Montpellier y Aviñón; más tarde, cambiando la toga por la cogulla benedictina, llegó a ser abad de los monasterios de San Germán de Auxerre y de San Víctor de Marsella. Profesor renombrado y monje austero, poseía dotes de hábil diplomático. Precisamente al tiempo de su elección se hallaba en Nápoles en calidad de legado pontificio, aun sin pertenecer al Sacro Colegio.

Al subir a la Cátedra de San Pedro, toma el nombre de Urbano V. Un hombre del temple de Urbano era lo que necesitaba en aquellos momentos la Iglesia universal y la misma Curia

pontificia de Aviñón. ¡Aviñón! Abrid cualquier libro de historia, y encontraréis el nombre de esta ciudad, en el siglo XIV, unido indefectiblemente al de la cautividad babilónica. Así de aciago y calamitoso se nos presenta el largo período en que la sede de los papas se fijó fuera de Roma, allende los Alpes. Los indignados acentos de Dante y de Petrarca, así como la voz inflamada de Catalina de Siena, se han perpetuado, más que en la literatura, en la conciencia de todos los cristianos. Hay en estas declamaciones, es verdad, mucho de exagerado, mucho de fantasía, no poco de miras nacionalistas, y también en más de un caso, bastante de resentimientos personales. Ello no obstante, la serena imparcialidad que la distancia de los tiempos permite nunca podrá llegar a eliminar enteramente los obscuros trazos con que la historia describe el fastuoso lujo de la corte pontificia: la exorbitante tributación eclesiástica; la arbitraria provisión de beneficios y prebendas; las exacciones ilegales y el soborno de los oficiales de la cámara pontificia, y, en fin, la consiguiente relajación general de las costumbres. Insignes historiadores del papado conceden todavía mucho crédito a las tremendas descripciones que nos han dejado de la corte de Aviñón el fraile español Alvaro Pelayo, el más intrépido defensor de la autoridad pontificia en el siglo XIV.

Los abusos de todo género brotaban y se extendían, como saramajos, a orillas del Ródano. Para extirparlos no bastaron los buenos deseos y aun los iniciales intentos de algunos de los papas anteriores. La reforma eficaz estaba reservada a Urbano V. Como en los tiempos de San Gregorio Magno y del papa Hildebrando, una vez más la austeridad benedictina iba a levantar el esplendor de la tiara. No es mera casualidad que fuera este papa quien dio a la tiara la forma definitiva actual, añadiendo la última de las tres coronas. El primer cuidado de Urbano —escribe Hergenröther— fue organizar la corte pontificia de manera que fuese modelo de vida cristiana, cortando de raíz no pocos abusos. Trató de dar los cargos eclesiásticos a personas dignas, desplegó gran severidad contra los simoníacos y los agraciados con varios beneficios, renovó las leyes sobre la celebración de sínodos provinciales y opuso a las demasías de los reyes una defensa enérgica de los derechos de la Iglesia. Expulsó de Aviñón a to-

das las personas ociosas, reduciendo así notablemente la ingente burocracia pontificia; a los que poseían algún beneficio les obligaba inexorablemente a la residencia en el mismo.

Aunque blando y bondadoso, Urbano mantenía con firmeza sus propósitos en todo lo que consideraba justo. Desde sus primeras actuaciones fue tenido por todos como el verdadero Pastor de la cristiandad. Petrarca, su grande admirador, alaba en estos términos su acción reformadora:

> «Tú obras perfectamente, Santo Padre; ¿qué sucedería si los marineros abandonaran el remo y las velas y anduvieran ociosos en derredor del timón para estorbar al piloto con su charla? ¿No es escandaloso que gentes sin mérito se llenen de riquezas, mientras los pobres sacerdotes, que tienen mayores merecimientos que ellos, mueren de hambre?».

Al lado de la reforma de costumbres preocupa también a Urbano la elevación del nivel cultural del pueblo. En los albores del humanismo, el antiguo profesor de cánones no escatima medios para promover las ciencias y crear nuevos centros de estudios. A ruegos del rey de Polonia erigió la Universidad de Cracovia, autorizándola para enseñar todas las ciencias, a excepción de la teología; en la Universidad de Montpellier fundó un colegio de médicos, dotando con sus propias rentas a doce estudiantes y sufragando los gastos de otros innumerables alumnos en diversos colegios.

El celoso Vicario de Jesucristo no podía contentarse con apacentar solamente al pueblo cristiano. La universalidad de la Iglesia que gobernaba le hacía cobrar conciencia de las ovejas que todavía vagaban errantes fuera del redil o gemían oprimidas bajo los enemigos de la fe cristiana. La evangelización de los infieles y la reunión de una Cruzada: he ahí dos nuevos anhelos que abrasaban el corazón del papa benedictino. Ante la amenaza, nunca decreciente, de los turcos, y a ruegos de Pedro I de Lusignán, rey de Chipre, Urbano V concibió ya en los primeros meses de su pontificado el plan de una nueva Cruzada; él mismo se encarga de predicarla; tenía ya nombrado legado pontificio de la expedición, y los reyes de Francia y de Dinamarca prometieron tomar parte en ella; pero, al fin, la Cruzada no se realiza. Hay que tener en cuenta que el tiempo no corre en vano

y que la fe viva que puso en pie de guerra a los cruzados se había extinguido con San Luis hacía cabalmente un siglo.

Mejor efecto tuvieron los impulsos misionales de Urbano V. Sus miras se dirigen a las regiones orientales del debilitado imperio bizantino, Se ocultaban en estos planes, indudablemente, las nunca amortiguadas aspiraciones de la Cruzada. Cruzada, si no de conquista, sí, al menos, de defensa. Urbano V, a la vista del fracasado intento de una Cruzada europea, se dio cuenta de que era necesario formar alrededor del imperio de Oriente, que se arruinaba, una barrera de corazones católicos para defenderlo, o, por lo menos, para oponerse a las invasiones del islamismo. Las Órdenes mendicantes prestaron a Urbano una ayuda eficaz. Después de haber establecido la jerarquía católica en Bulgaria, en Bosnia, en Moldavia, el Papa envió a Albania cuatro obispos franciscanos con la misión de recorrer el pequeño Estado y de aumentar el número de los católicos. Por su mandato, veinticinco frailes menores recorrieron Valaquia y Lituania, haciendo muchos prosélitos; veinticuatro religiosos de la misma Orden fueron a Georgia a unirse con el obispo de Milevi. Pero la misión más famosa de todas las del pontificado de Urbano V fue la enviada a los mongoles, integrada asimismo por religiosos franciscanos.

Urbano V puede ser considerado, por la labor misional promovida, como el mejor precursor de la moderna época misional de la Iglesia, mientras que por la reforma eclesiástica realizada se debe colocar al lado de Gregorio VII. Pero no hemos consignado todavía el acontecimiento más trascendental de su pontificado, merced al cual puede parangonarse con los mejores papas de todos los siglos, con Inocencio III por ejemplo: la vuelta a Roma. Urbano llevaba desde mucho tiempo atrás este sueño fijo en la mente y en el corazón. Al recibir en Italia la noticia de la muerte de Inocencio VI, dicen que exclamó: «¡Si yo pudiese ver un Papa que pensase seriamente volver a Roma, me moriría contento al día siguiente de la elección!». Este anhelante suspiro estaba de continuo pendiente también en los labios de la mayor parte de los cristianos.

Hay que darse cuenta de que lo que más reprobaba la cristiandad en la corte de Aviñón no eran tanto los conocidos abu-

sos de los que, en mayor o menor escala, se registraron más de una vez casos en la corte de Roma, sino más bien la absoluta sumisión a la política francesa que los Romanos Pontífices venían profesando, o al menos aparentaban profesar, ante toda la cristiandad, desde hacía más de medio siglo. La pérdida de la independencia territorial llevaba consigo indefectiblemente la crisis de la autoridad pontificia con relación a las demás naciones cristianas. Es el caso de Inglaterra, que por estar enzarzada con Francia en la desoladora guerra de los Cien Años, se niega a rendir a la Santa Sede el tributo de vasallaje, como feudataria que era de la misma. ¿Y a qué insistir en el hecho de que fue durante el destierro de Aviñón, y en tiempo del cisma que le sigue, cuando comenzaron a pulular las grandes corrientes antipontificias de Marsilio de Padua y Juan de Jandún, de Wiclef y Has, precursores del futuro protestantismo?

La Santa Sede, si quería salvar su ecumenismo contra las nacientes herejías y frente al pujante nacionalismo de los Estados europeos que estaban surgiendo, debía retornar a su centro natural e histórico: Roma. La empresa, en verdad, no era en manera alguna fácil. En la Ciudad Eterna unos partidarios políticos suplantaban a sus rivales, sin otras miras que las de saciar su odio irreconciliable y sus egoísmos familiares. Las ciudades de los Estados pontificios se combatían sin descanso por idénticos o parecidos motivos. En Aviñón, los cardenales y demás oficiales de la curia, en su mayoría, franceses; la vida, francesa, como el país. ¡Cuántos papas anteriores habían tenido que desistir de sus piadosos intentos de retorno ante estas barreras infranqueables! ¿Habría de acontecer quizá otro tanto a Urbano V después de haber anunciado en 1366 su firme resolución de regresar a Roma dentro del año siguiente? ¡Quién lo podía decir! Lo cierto es que aquellos meses que siguieron a la noticia fueron de intensa conmoción en toda la cristiandad. De todas partes surgen voces clamorosas, unas para animar al Papa al retorno, otras para hacerle desistir de semejante empeño. Entre estas últimas suenan persistentes y unánimes las de los cardenales franceses, a las que se suman los artificiosos discursos del enviado especial del rey de Francia. Por el contrario, los alentadores consejos de Carlos IV de Alemania, del Petrarca, de Santa Catalina de Siena,

de fray Juan, infante de Aragón, recogían el eco fiel de las demás naciones cristianas. Pero por encima de todo estaba la voluntad inflexible, austera, del pontífice. Fue signo siempre de los próceres de la humanidad ver claro en las grandes encrucijadas de la historia y decidirse sin titubeos por la única trayectoria certera.

El 19 de mayo de 1367 zarpaba del puerto de Marsella una galera, con el Papa a bordo, rumbo a las playas de Italia. Los cardenales, en mayoría, y los domésticos formaban la pequeña comitiva de Urbano. Mientras la embarcación surca las aguas del Mediterráneo, oigamos el saludo alborozado de un gran italiano: «Santo Padre, Israel ha salido finalmente de Egipto, la casa de Jacob no se halla ya en medio de un pueblo bárbaro. Los ángeles se regocijan en el cielo, y en la tierra resuena en la boca de los hombres el eco de sus cánticos de alegría. Bendito sea el día en que has abierto tus ojos a la luz, en que has aparecido como una fausta estrella en el mundo. Sólo ahora me pareces el verdadero Papa, el sucesor de Pedro, el Vicario de Jesucristo. En pocos días habrás rectificado la injusticia de cinco de tus predecesores durante sesenta años. Pero ahora restableces la pureza antigua de la Iglesia, para que, nuevamente rejuvenecida por tu celo, vuelva a parecer a toda la Humanidad venerable como en otros tiempos». En estas frases encendidas del Petrarca estaba contenido el sentimiento de todos los cristianos.

El 9 de junio Urbano V llegó a Viterbo, donde se detuvo durante la estación calurosa. Aquí recibió la visita del cardenal español Gil de Albornoz, hombre extraordinario, mitad guerrero y mitad eclesiástico, el cual hizo pasar por delante de la morada del Pontífice, para justificarse de falsas acusaciones, un carro tirado por cuatro bueyes, cargado de llaves de ciudades y fortalezas que él mismo había tomado para restablecer el gobierno pontificio. El 16 de octubre de 1367 Urbano V, entre el júbilo de la población, hacía su entrada en Roma; el primer Papa que volvió a ver la Ciudad Eterna desde hacia sesenta y tres años.

El aspecto de la capital del orbe católico era por demás desolador: calles y plazas, obstruidas por los escombros; las iglesias principales y el mismo palacio de los papas yacían medio

derruidos. «La experiencia de dos generaciones había enseñado que, en caso de necesidad, los papas podían carecer de Roma, pero Roma no podía pasarse sin los papas.» Urbano se estableció en el Vaticano, pobremente adecentado, que será en adelante la residencia habitual de los papas; y en seguida comenzó a desplegar su actividad de reformador y reconstructor de la ciudad. Paulatinamente las cosas iban tomando nuevo aspecto. Roma volvía de nuevo a ser, en realidad, el centro del mundo, y de todas partes confluían a ella huéspedes ilustres. En 1368 el emperador Carlos IV se postraba ante el sepulcro de San Pedro y ratificaba públicamente los pactos de mutua amistad entre el Imperio de Occidente y la Iglesia; en prueba de esta amistad el Papa coronó solemnemente a la esposa del emperador. Desfilaron también por Roma la reina Juana de Nápoles, el rey de Chipre y el emperador de Bizancio, Juan Paleólogo, quien prestó solemne homenaje al Papa como al único Jefe supremo de la verdadera Iglesia.

Todo, en fin, inducía a creer que Urbano V se hallaba en la cumbre de su gloria y de sus éxitos; pero en realidad no era así. El austero pontífice, que había sabido mantenerse tercamente inflexible ante las voces de sirena que se alzaban junto al Ródano, se siente ahora desfallecer; ¿quién dijo que los santos y los héroes no saben inclinarse, a veces, ante el desaliento? Una sublevación popular en Viterbo había producido en el papa Urbano una profunda impresión; aparte de esto, nunca había gozado de seguridad entre la movediza gente italiana; la nostalgia de su país nativo fue apoderándose poco a poco de su ánimo. En mayo de 1370 hizo pública en Montefiascope su resolución de regresar a Aviñón. ¿Había en este cambio una abierta concesión a los meros sentimientos humanos o existía, por el contrario, en el ánimo del pontífice una superior convicción de que no era del agrado de Dios su permanencia en Italia? Sea de ello lo que fuere, suyas son estas palabras, dirigidas a unos emisarios romanos en vísperas de su partida: «El Espíritu Santo me trajo a Roma y ahora me conduce lejos por el honor de la Iglesia».

Con el dolor de todos los amigos del Primado, Urbano regresó a Aviñón, para morir allí a los dos meses de su llegada, el

19 de diciembre de 1370, como se lo había pronosticado la virgen sueca Santa Brígida.

Si en algo había cedido a la humana debilidad, Urbano borró con el arrepentimiento su falta.

Murió no en el palacio pontificio, sino en una humilde casa particular, vestido con el hábito benedictino, que no había dejado nunca. Inmediatamente después de su muerte comenzó a tributársele culto en muchos lugares, y la Iglesia le venera hoy como beato.

ISAAC VÁZQUEZ, OFM

Bibliografía

HERGENRÖTHER, J., *Historia de la Iglesia,* IV (Madrid 1887) 318-322.
KIRSCH, J. P., *Die Rückkehr del Päpste Urban V und Gregor XI von Avignon nach Rom* (Paderborn 1898).
MAGNAN, J. B., *Histoire d'Urbain V et de son siècle d'après les manuscrits du Vatican* (París 1863).
MOLLAT, G., *Lettres secrètes et curiales du pape Urbain V (1362-1370) se rapportant à la France* (Paris 1957).
PASTOR, L. VON, *Historia de los Papas,* I (Barcelona 1910) 216-220.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO GUILLERMO DE FENOL

Monje († 1200)

Guillermo nace en Garessio-Borgoratto, diócesis de Alba en Italia, en las primeras décadas del siglo XII. Muy joven siente la llamada de la vida retirada y se dedica en una soledad a la contemplación de las cosas divinas, ejercitándose continuamente en el olvido de lo temporal y mundano para atender solamente a la ascensión de su corazón a Dios. Pero su soledad no dejaba de ser conocida y una mujer tuvo la idea de visitarle para proponerle unirse a ella. Entonces el joven, que rechazó de forma tajante la tentación, pensó que estaría mejor en una comunidad religiosa y pidió su admisión en la Cartuja de Casularum o Casetas, en Casotto, siendo admitido en calidad de hermano converso. Se entregó por completo a la vida religiosa con la mayor sencillez de corazón, viviendo en la oración continua y el

trabajo asiduo, llevando adelante sus deberes como religioso y dando un altísimo ejemplo de todas las virtudes a la comunidad, sobresaliendo por su eximia devoción a Cristo crucificado, y recompensándole el Señor con una experiencia mística de la aflicción padecida por Jesús en la cruz.

Muerto el 19 de diciembre de 1200 y enterrado en la casa de los hermanos, su tumba se convirtió en objeto de veneración y culto por parte de los fieles, siendo encontrado incorrupto su cuerpo tres siglos después de su muerte. Su culto inmemorial fue confirmado el 29 de marzo de 1860 por el papa Beato Pío IX.

SAN FRANCISCO JAVIER HA TRONG MAU, DOMINGO BUI VAN UY, TOMÁS NGUYEN VAN DE, AGUSTÍN NGUYEN VAN MOI, ESTEBAN NGUYEN VAN VINH

Mártires († 1839)

Cumpliendo la orden real que había conmutado la pena de destierro por la de muerte, el 19 de diciembre de 1839 fueron conducidos al poblado de Co-Mé junto a Bac-Ninh, en el Tonquín, cinco cristianos seglares y allí fueron estrangulados. Todos ellos pertenecían a la comunidad cristiana de Ké-Mot, encomendada al P. Pedro Tu, y fueron arrestados con motivo de la intensa búsqueda que del párroco hacían las autoridades. La búsqueda empezó el 28 de junio de 1838, y el día 1 de julio siguiente ya estaban los cinco capturados y eran conducidos a la capital de la provincia Nonh-Thai. Llevados ante el tribunal se les conminó a apostatar de la fe pisoteando la cruz, y como los confesores de la fe se negaban, se les insistió durante días y días. Por fin el 27 de julio se dictó contra ellos sentencia de destierro perpetuo más ciento cincuenta azotes. Llevada noticia de la sentencia al rey Minh-Manh ordenó que la sentencia fuera rectificada y que, si no se producía la apostasía, fuera de muerte. Los presos siguieron en la cárcel, donde hicieron un exitoso apostolado entre los demás presos. Así se llegó al 24 de noviembre de 1839 en que, vista la tenacidad de los presos en perseverar en la fe, se confirmó la sentencia de muerte y el 19 de diciembre lle-

gó la orden de ejecutarla. Y se ejecutó en efecto aquel mismo día en Bac Ninh.

Éstos son los datos de los mártires:

FRANCISCO JAVIER HA TRONG MAU nació en Ké-Dieu en 1794 y era celoso catequista de la parroquia del poblado de Ké-Mot, a donde se había trasladado a vivir. Era terciario dominico. Cuando llegaron los soldados al pueblo para hacer varios arrestos, él pudo escapar y refugiarse en Naht en casa de un amigo pagano, pero éste lo traicionó y señaló su presencia al mandarín local que lo arrestó y lo envió a la capital donde se unió a los otros mártires.

DOMINGO BUI VAN UY desconocía el lugar de su nacimiento. De pequeño había sido acogido en la Casa de Dios y criado por los padres dominicos, que se lo asignaron a San Pedro Tu y lo prepararon cuidadosamente para el apostolado. Acompañado de este sacerdote llegó al poblado de Ké-Mot en la primavera de 1838. Al llegar los soldados el 28 de junio pudo huir al vecino pueblo de Huong-Trang, donde un pagano los escondió en su casa. Pero al día siguiente ambos fueron arrestados. Se le separó del sacerdote, que fue decapitado el 5 de septiembre de aquel año, mientras él siguió en la cárcel hasta su muerte, negándose siempre firmemente a apostatar.

TOMÁS NGUYEN VAN DE había nacido en Ké-Mot, en el que creció, se casó, tuvo hijos y se ganaba la vida como sastre. Al llegar los soldados lo arrestaron por ser el cristiano más distinguido del pueblo. Tras el primer interrogatorio, pudo visitarlo su esposa y él le encomendó a sus tres hijos diciéndole que estaba dispuesto a morir por Cristo. En la cárcel hizo la profesión en la Orden Tercera de Santo Domingo. Tenía 27 años de edad.

AGUSTÍN NGUYEN VAN MOI había nacido en 1806 en Phu Trang y más tarde se trasladó al pueblo de Ké-Mot donde conoció la religión cristiana y se convirtió a ella. Hecho el catecumenado recibió el bautismo en 1836 de manos del párroco San Pedro Tu, religioso dominico. Arrestado el 28 de junio de 1838, se negó firmemente a abandonar la fe y aprovechó su estancia en la cárcel para atraer a la fe a otros presos. Hizo la profesión en la Orden Tercera de Santo Domingo estando en la cárcel. Trabajaba en el campo.

ESTEBAN NGUYEN VAN VINH era natural de Phu Trang y se había ido a vivir a Ké-Mot, ganándose la vida como trabajador del campo. Conoció el cristianismo y se inscribió en el catecumenado. Arrestado el 28 de junio de 1838, confesó la fe cristiana con firmeza y perseveró en ella hasta la muerte. El *Martirologio romano* lo llama catecúmeno pero parece que en la cárcel uno de los catequistas presos con él le administró el sacramento del bautismo.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATAS MARÍA EVA DE LA PROVIDENCIA NOISZEWSKA Y MARÍA MARTA DE JESÚS WOLOWSKA

Vírgenes y mártires († 1942)

Estas dos religiosas de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María fueron arrestadas en la ciudad de Slonim, en la que su congregación tenía una casa, durante la noche del 18 al 19 de diciembre de 1942, y en la mañana fueron llevadas a las cercanías de la ciudad, a la colina llamada Góra Pietralewicka, y allí ambas fueron fusiladas.

Éstos son sus datos personales:

BOGUMILA NOISZEWSKA había nacido el 11 de junio de 1885 en Osaniszki, Lituania, en el seno de una familia polaca, siendo ella la mayor de once hermanos. Pasó su infancia y primera adolescencia en Duneburg y Tula. Terminado el bachiller, estudió medicina en la que llegó a doctorarse y en la I Guerra Mundial trabajó en los hospitales militares. Lo hizo con gran entrega y dedicación, aprovechando su contacto con los heridos para acercarlos a Dios e infundirles sentimientos religiosos. Confió la dirección de su alma al venerable siervo de Dios Segismundo Lozinski († 1932), más tarde obispo de Pinks. A él le confió su deseo de hacerse religiosa, pero no fue hasta 1919 que pudo cumplir su anhelo entrando en la Congregación de Her-

manas de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María. El 12 de mayo de 1920 recibió el hábito religioso y tomó el nombre de sor María Eva de la Providencia. El 12 de mayo de 1921 emitió la profesión temporal y el 16 de julio de 1927 la profesión perpetua. Uno de sus destinos fue el de la casa de Jazlowiek donde fue educadora, médico del alumnado y directora del Seminario Económico (1930-1936). En 1938 fue destinada a la casa de Slonim. Llegada la II Guerra Mundial, la ciudad fue tomada primero por los bolcheviques y luego por los nazis, pero ella no varió su entrega y dedicación a la beneficencia y al apostolado, trabajando en el hospital y hospedando en la casa a los perseguidos judíos.

CASIMIRA WOLOWSKA había nacido en Lublin el 30 de septiembre de 1879, última de ocho hijos. Recibió en su casa una esmerada educación y a los 13 años perdió a su madre. Sintió la vocación religiosa e ingresó en noviembre de 1900 en la dicha congregación religiosa. Empezó el noviciado el 30 de junio de 1901 con el nombre de sor María Marta de Jesús. Hizo la primera profesión el 8 de diciembre de 1902 y los votos perpetuos el 3 de julio de 1909. Religiosa entregada y de buenas cualidades, era aún joven cuando se la nombró superiora de varias casas sucesivamente. En 1919 organizó el orfanatorio de Maciejów para niños polacos, ucranianos y rusos procedentes de Siberia, y luego abrió para ellos una escuela de instrucción general y profesional y asimismo una escuela pedagógica. Muy inteligente y preparada, buscaba buenas relaciones con ortodoxos y judíos. En agosto de 1939 fue nombrada superiora de la casa de Slonim y a los pocos días estalló la II Guerra Mundial. Tomada la ciudad sucesivamente por bolcheviques y nazis, ella intentó organizar lo mejor que pudo la ayuda a todos: prisioneros, perseguidos, hambrientos, etc. Se le dijo que estaba siendo vigilada y que se encontraba en una lista muy peligrosa. Pudo huir, pero prefirió quedarse en su puesto, y por ello fue arrestada como queda dicho y luego fusilada.

Fueron beatificadas el 13 de junio de 1999.

20 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Apia, la deposición del papa San Ceferino († 217) *.
2. En Roma, en la Vía Salaria antigua, San Liberal (fecha desconocida), mártir.
3. En Antioquía de Siria, San Filogonio († 324), obispo *.
4. En el Jura suizo, San Ursicino († 625), fundador del monasterio de St. Ursanne.
5. En el Monasterio de Silos (Castilla), Santo Domingo († 1073), abad **.
6. En Torre del Greco (Campania), Beato Vicente Romano († 1831), párroco **.
7. En el campo de concentración de Sachsenhausen (Alemania), Beato Miguel Piaszcynski († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO DOMINGO DE SILOS

Abad († 1073)

A medida que la historia va dejando de ser una sucesión de biografías de reyes y de relatos de batallas para buscar una idea lo más exacta posible del desarrollo orgánico de una sociedad en el tiempo, nos damos cuenta de la enorme importancia que las Órdenes monásticas tienen en la formación de Europa, en los últimos siglos de la alta Edad Media. En tiempos en que la fuerza era la ley suprema y el valor en los combates la más preciada cualidad humana, solamente los monjes conservaban las esencias del cristianismo, por todos acatado, pero de todos desconocido. Ellos son los únicos guardadores del tesoro de la antigua sabiduría, del derecho y de la libertad. En los monasterios, remansos pacíficos en la continua guerra, van surgiendo, entre las ruinas de los edificios imperiales, los fundamentos de un estilo perfecto y completo: el románico, que había de ser el orden oficial del nuevo imperio, del cual eran los monjes los más eficaces artífices: la cristiandad. Islas de cultura en océanos de barbarie, los monasterios eran granja, taller y escuela de todos los

oficios y de todas las artes; único refugio de los que creían que la vida tenía una finalidad más alta que montear las fieras en los bosques o tender asechanzas mortales a otros grupos humanos.

Se advierte en la institución monástica, a lo largo de los siglos, la tendencia a abandonar la sociedad de los que buscan los caminos del cielo cultivando en el aislamiento la propia perfección, para adentrarse en la sociedad con el fin de mejorarla y guiarla por los caminos de Dios. En nuestra áspera y montañosa España van siendo cada vez menos frecuentes los solitarios que multiplicaban las ermitas rupestres por todas las serranías, y los que aspiran a la vida perfecta se congregan en grandes cenobios, según la regla del magno legislador Benito de Nursia, en contacto saludable con los pueblos que les rodean. Como en tantos otros aspectos, el siglo XI es, en el monástico, un siglo de transición. Durante él se va resumiendo en grandes monasterios el particularismo de los siglos anteriores, que tiene todavía años de vida próspera y fecunda. La cultura mozárabe, vestigio de la visigoda, alterada con el influjo del Islam, va cediendo paso, no sin resistencia, a las grandes corrientes culturales que invaden toda Europa: la liturgia romana, la letra francesa, los cantares de gesta, la arquitectura románica. Permanecen entre las breñas penitentes solitarios, pero la mayor parte de los que buscan su salud en el apartamiento prefiere los grandes monasterios, según el orden de Cluny, con su sistema perfecto de vida, en que todo está previsto; con sus amplias y bellas iglesias, en las cuales la liturgia romana puede desarrollar todo su esplendor; con los recatados jardines de sus claustros, con sus dependencias monásticas, tan lógicas y tan perfectas en su misma austeridad.

Ninguna de las grandes figuras del fecundísimo florecimiento monástico en España puede personificar este período como la de Santo Domingo de Silos. Conocemos perfectamente su vida porque la escribió con amor y precisión un monje de su mismo tiempo y de su misma casa llamado Grimaldo. El texto del monje-cronista es tan bello que, sin más que rimarlo por la «cuaderna vía», un clérigo del siglo XIII coterráneo del santo nos dejó una de las piezas capitales escritas en la aún balbuciente lengua de Castilla.

Nació el héroe del poema de Gonzalo de Berceo al alborear el segundo milenio de nuestra era, por los años en que la muerte de Almanzor permitió respirar a las cristiandades oprimidas. Eran tiempos de optimismo, que se reflejan en aquella blanca vestidura de las nuevas iglesias a que alude el texto, tan aducido, del monje Raúl Glauber. Su patria fue la villa riojana de Cañas, cerca de Nájera, dominio entonces de los reyes de Navarra, y sus padres se llamaron Juan Manso y Toda. En tiempos en que los hagiógrafos querían que los santos fuesen siempre de noble linaje, se le atribuyó hidalguía, pero el poeta confiesa su ignorancia sobre este punto:

> «Sy era de linage o era labrador,
> Non lo diz la leyenda, non so yo sabidor».

En su infancia Domingo pastoreó ganados, como tantos otros mozuelos de su condición, y su cronista nos cuenta que repartía su merienda con los muchachos del lugar y que con la leche de sus ovejas restauraba fuerzas de los viandantes y de los peregrinos que atravesaban aquellos campos. Como su natural era apacible y mostraba afición al estudio, sus padres le encaminaron hacia la clerecía, que en aquel siglo era un medio tan eficaz como las armas para alcanzar honores y riquezas; pero el pastorcillo, al entregarse con fervor a las letras divinas y humanas, no pensaba en triunfos mundanos, sino en su propia santificación y en templar mejor sus armas para servir a la Iglesia de Cristo. Fueron tales sus progresos en las letras y en la ascética, que el obispo le elevó en breve tiempo al honor del presbiterado. Domingo Manso, cuando le fue conferido el orden sacerdotal, sintió en su alma un extraño pavor ante el sublime oficio, del cual, en su humildad, se veía indigno. Así un día, año y medio después de su ordenación, se retiró a uno de tantos valles umbríos y desiertos que los ríos socavan en las parameras de la alta Castilla y de la Rioja.

Permanecía aún el recuerdo del monacato visigodo, de monjes solitarios acogidos a las cavernas de las rocas, pero era cada día mayor el número de los que estimaban la vida en comunidad como más propicia para misionar a los pueblos. Domingo Manso se decidió por esta vía y pidió el hábito negro de

San Benito en el vetustísimo y observantísimo cenobio de San Millán de la Cogolla, santificado por las penitencias y por los milagros del Patrón de Castilla. Su vida aumentó la reputación de la santa casa y sirvió de ejemplo y de estímulo a sus moradores. Entre aquella devota comunidad, el pastorcillo de Cañas tuvo la alegría de los que han sabido dar con su verdadera vocación: restaurar todo en Cristo; llevar a Cristo a las multitudes, que sólo de nombre eran cristianas, pero en las cuales prevalecían aún los resabios de la gentilidad, la rudeza de las costumbres visigodas y los vicios contaminados del islam. El abad le confió la misión de restablecer el antiguo priorato de Santa María, cerca de su villa nativa de Cañas, abandonado y en ruinas. Las crónicas de aquel tiempo son testigos de las penalidades de una comunidad a la cual se entrega un monasterio abandonado para que restaure en él la vida monástica, así como del esfuerzo y del sacrificio que supone el dar vida al cadáver de un edificio en escombros. Esta fue la tarea de Domingo en el priorato de Santa María.

> «Halló la casa desnuda de cuanto necesitaba —escribe el padre Enrique Flórez—; pero, confiando en Dios y manteniéndose con el trabajo de sus manos, fue dando tanto ejemplo y edificación que, concurriendo los fieles con limosnas, restableció dentro de dos años cuanto condujo para la decencia de la casa y de la iglesia».

En la vida de los santos el éxito viene siempre atemperado por la tribulación, y la que dispuso la Providencia para el prior de Santa María fue gravísima. Acudió el obispo don Sancho a la consagración del templo; pero como viese entre los que preparaban el yantar a dos mujeres (que eran la madre y una hermana de Domingo), sin querer atender a razones, se apartó de aquellos parajes. Fue preciso un milagro que revelase al prelado la santidad del monje, y hubo de volver al priorato para pedir perdón. Entre los seglares que acudieron en demanda del hábito figuraban el padre y algunos de los hermanos de Domingo Manso.

Los monjes de San Millán decidieron entonces acudir a él para que les gobernase como prior. Era cargo de mucha responsabilidad, pues cada abad regía diversas casas y sobre el prior de cada una de ellas recaía su gobierno. Gonzalo de

Berceo pondera la ganancia que en la espiritualidad de los monjes y en la prosperidad material del monasterio hubo con tal gobernador:

> «Beneita la claustra que guía tal Cabdiello;
> Beneita la grey que ha tal pastorciello [...]».

El *pastorciello* se vio en la dura obligación de defender a su cabaña contra un lobo rapaz y poderoso. Esta resistencia es el hecho más saliente en la vida de nuestro Santo y hasta los tiempos actuales ha llegado su amplísima repercusión política. Llegó un día ante los muros de San Millán de la Cogolla el rey don García de Navarra, llamado «el de Nájera», tenido por hombre tenaz en sus designios y de duro carácter, y pidió al prior que le entregase los tesoros del antiquísimo cenobio con el pretexto de que fueron donados por los reyes de los cuales él venía:

> «Quiero de los thesoros que me desdes pitanza,
> Mis abuelos lo dieron: cosa es verdadera [...]».

El monje, desprendido de todas las cosas de la tierra, pero obligado a conservar los bienes de su monasterio, osó hacer cara al rey, ante el cual todos temblaban. Es uno de los momentos capitales de nuestra Edad Media este en el cual el prior, enflaquecido por los ayunos, agotado por el estudio, hace frente al rudo y violento guerrero. Gonzalo de Berceo ha conmovido la sensibilidad de muchas generaciones al repetir este singular coloquio:

> «Lo que una vegada es a Dios ofrecido
> nunca en otros usos debe leer metido
> [...]
> Rey, guarda la tu alma, non fagas tal peccado,
> Ca sería sacrilegio, un crimen muy vedado.
> [...]
> Fabló el Rey e dixo: don monge denodado,
> Fablades como omne en castiello alzado,
> Mas, si prender os puedo defuera del sagrado,
> Seades bien seguro que seredes colgado [...]».

El poeta nos dejó la magnífica respuesta del monje «del Criador amigo»:

«Puedes matar el cuerpo, la carne maltraer,
Mas no as en el alma, rey, ningun poder,
Dizlo el Evangelio, que es bien de creer,
El que las almas judga, ese sí es de temer».

Esta es la carta magna de las libertades españolas; siglos más tarde, los versos de Berceo habían de adquirir prestancia barroca en los de don Pedro Calderón, y ya en nuestro tiempo hicieron saber a un tirano más poderoso que García de Navarra cuánta es la libertad del que se ofrece sin temor a la muerte.

La vida se hizo imposible en la Rioja al prior de San Millán y hubo de expatriarse a Castilla, donde reinaba el hermano de García, Fernando, príncipe inteligente y humano, del cual Raniero Dozy nos ha dejado un admirable retrato. Parece que volvió por algún tiempo a la vida eremítica en los campos de Burgos, hasta que el buen rey Fernando le obligó a reiterar la penosa tarea de hacer revivir un monasterio en ruinas: el de San Sebastián de Silos, en tierra de Burgos. Como abad de Silos confirma Dominicus un privilegio del rey fechado en 1042. El monasterio de Santo Domingo de Silos, fundado o restaurado por Fernán González hacia el 919, estaba, en la primera mitad del siglo XI, casi deshabitado. Domingo Manso, que había de tomar nombre del monasterio para darle luego el suyo, era uno de esos varones santos que ponen al servicio de un ideal supremo extraordinarias condiciones humanas. Como restaurador, su obra es gigantesca, y puede ser considerado como uno de los fundadores de la gran Castilla, destinada a señorear tan gran porción del mundo. El rey don Fernando, que se daba cuenta de la importancia de aquella resurrección milagrosa, cooperaba a ella con todo su poder:

«Vedie su monasterio todo bien recabdado,
Eglesia bien servida, convento bien ordenado,
Abad de santa vida, de bondad acabado,
Decie entre si mismo, Dios, tú serás laudado [...]».

El monasterio de San Sebastián de Silos se convirtió en el foco civilizador del país que pocos años antes recorrían aún las algaradas de Almanzor. El románico adquiere en Silos su plenitud y crea, en su claustro, una de sus obras más insignes en la cristiandad. Es posible que los moros cautivos de que habla un

relato hagiográfico, copiando en los capiteles los primores de las arquetas cantales de marfil, diesen a la escultura románica su impulso definitivo. Poco a poco el tesoro monacal se enriquecía con alhajas tan preciosas como el gran cáliz y el altar de esmaltes, e iban llenando los plúteos de la biblioteca preciosos manuscritos; pero el principal prestigio del monasterio era su abad, con su vida de oración y de penitencia y con sus milagros. Pocos santos han recibido del cielo tan gran poder para alterar las leyes naturales. Las conversiones y las curaciones portentosas que relatan los cronistas son innumerables. Pero, sobre todo, el poder taumatúrgico del santo se revela en su facultad —anterior y posterior a su muerte— de romper los hierros de los cautivos. Los que recobraron la libertad por su intervención fueron muy numerosos. En la encantadora relación de los milagros de Santo Domingo de Silos no falta algún ejemplo de fino humorismo, como el de los falsos pobres que se presentaron al abad desnudos para que los vistiese, y que fueron, en efecto, cubiertos con sus propias ropas, que habían escondido, o el de los malvados labradores de Silos que entraron una noche en la huerta del monasterio para robar las verduras, y que, impelidos por una fuerza misteriosa, se vieron obligados a cavar las tierras yermas, hasta que, al alba, el piadoso prelado detuvo su tarea y la recompensó con un buen almuerzo.

A costa de muchos años de trabajo y de sacrificio el monasterio de San Sebastián de Silos estaba en la cumbre de la prosperidad. Le rodeaban campos bien cultivados y pastaban en sus praderas numerosas piaras de yeguas y de vacas y rebaños de ovejas. Sin cesar se oía en el claustro el latir de los cinceles de canteros y de escultores. En largas peregrinaciones acudían a sus puertas gentes de diversas comarcas que padecían dolor o necesidad. Un día Domingo anunció a su grey, con una bella imagen, su próxima muerte, que aconteció al anochecer del viernes 20 de diciembre del año 1073. La santidad que había ungido toda su vida resplandeció en su tránsito. Algunos de los más jóvenes entre los monjes vieron cómo ascendía su alma al cielo adornada con una triple corona de luz.

Aún más que en vida del santo abad afluían a su monasterio las interminables caravanas de los peregrinos para buscar reme-

dio en las reliquias veneradas, en cuyo torno seguían floreciendo los milagros. Entre ellos acudió un día desde su torre de Caleruega doña Juana de Aza, esposa del señor de la casa de Guzmán, y se postró ante el sepulcro, «donde fue asegurada del gloriosísimo hijo que sería luz del mundo, y luego le puso el mismo nombre de Domingo, en reverencia y gratitud del de Silos». En nuestro tiempo, en que yacen en cautividad tantos desventurados, sería bien fomentar la devoción, un poco decaída, del que entre todos sus prestigios tuvo, singularmente, el de redentor de cautivos.

Juan Contreras y López de Ayala
MARQUÉS DE LOZOYA

Bibliografía

ANDRÉS, A., art. en *Boletín de la Real Academia Española* 4 (1917) 172-194; 445-459.
Bibliotheca hagiographica latina (Bruselas ²1949) n.2238.
FÉROTIN, M., *Histoire de l'Abbaye de Silos* (París 1897).
GONZALO DE BERCEO, *La vida de Santo Domingo de Silos.* Ed. crítica de J. D. FITZ-GERALD (París 1904).
MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* VI, pars secunda (París) 294-315.
• Actualización:
GONZALO DE BERCEO, *La vida de Santo Domingo de Silos.* Ed. crítica de A. RUFFINATO (Logroño 1978).
GUTIÉRREZ BERNARDO, A., *Vida de Santo Domingo de Silos* (Burgos 2000).
MORAL, T., OSB, *Santo Domingo de Silos a través de la imagen. Milenario de su nacimiento (1000-2000)* (Yesa 2000).
SANTOS ELOLA, E., *La vida de Santo Domingo* (Almería 1991).

BEATO VICENTE ROMANO
Presbítero († 1831)

Nace el 3 de junio de 1751 en Torre del Greco, una población marinera situada en el centro del golfo de Nápoles, recostada sobre las faldas del Vesubio y a unos diez kilómetros de la capital. Sus padres, Nicolás Romano y Gracia Rivieccio, procrearon siete hijos, formando una modesta familia que habita en uno de los barrios más populosos. Al día siguiente recibe las aguas bautismales. Su padre era muy estimado como perito agrícola por su honradez y experiencia profesional, mientras su madre atiende a los hijos con gran interés, y le acompañan en

sus deberes religiosos a la Iglesia. En un clima de piedad y disciplina transcurren los primeros años de su vida, muy inclinado a las cosas de Dios.

Asiste a la escuela que dirige don Antonio Scognamiglio, ejemplar y culto sacerdote, que actuará como padrino suyo en la confirmación el 17 de julio de 1768. En el colegio, los alumnos reciben a diario una breve plática sobre las verdades cristianas y, en algunas ocasiones, está a cargo de este breve sermón de los mejores estudiantes. Se inscribe en la Congregación de la Asunción, formada sólo por hombres, en donde reciben formación espiritual los jóvenes que practican obras de caridad los días festivos. En esta asociación piadosa se formarán algunos sacerdotes dignísimos en santidad y doctrina. Diligente en sus actos de piedad recita el Oficio de la Virgen María, y crece en su devoción a la Madre de Dios. En el oratorio de la Asunción recibe la primera comunión y manifiesta su mayor deseo: entrar en el seminario y ser sacerdote, pero a causa del elevado número de seminaristas y del clero local, debe madurar en su vocación y perseverar en su propósito.

Dotado de gran ingenio, viva inteligencia y férrea voluntad, se dirige a los jesuitas de Nápoles, pero en 1773 la Compañía de Jesús queda suprimida en este reino, y son acogidos en Rusia. Un nuevo problema que debe afrontar paciente, superando las pruebas que se le presentan con renovada ilusión. Al fin, a los catorce años, ingresa en el seminario diocesano. Su corazón, crecido en la renuncia y el sacrificio, estará ahora bien atento al ejemplo de hombres de cultura y santidad, que siguen las enseñanzas de San Alfonso María de Ligorio, contemporáneo durante treinta años, en cuyo período irradia su doctrina como escritor y doctor, y su ejemplo admirable de religioso y obispo. Sigue al pie de la letra los consejos de su director espiritual, progresa en los estudios y avanza en la piedad y la virtud, bajo la atenta mirada de don Mariano Arciero, un venerable sacerdote que influye decisivamente en su vocación. Con diligente empeño y caridad fraterna se gana el respeto de sus superiores, progresando siempre en la buena conducta, y en los estudios. Sus condiscípulos y profesores del seminario resaltan sus óptimas cualidades, y le consideran un modelo de virtud y ejemplo de

seminarista. En 1769, recibe las órdenes menores; en 1772, el subdiaconado; al año siguiente, el diaconado, y por fin, el 10 de junio de 1775 es ordenado presbítero en la Basílica de Santa Restituta de Nápoles: «Su modestia fue tan singular, que edifica a todos», enfervorizando a todos los presentes.

En su acción pastoral se consagra especialmente a los niños, a quienes enseña el catecismo; ayuda a los pobres, visita a los enfermos y acude en ayuda de los marineros que surcan los mares, sufriendo grandes tribulaciones. Abre una escuela gratuita donde imparte lecciones tanto a seglares como a sacerdotes, con reconocido magisterio: «El saber empieza en el temor de Dios». Estudio y piedad es el sistema desarrollado entre sus alumnos, especialmente en aquellos que desean ser sacerdotes y deben ocuparse en practicar la devoción. El campo de su apostolado juvenil fue, naturalmente, la Congregación de la Asunción, en donde como director y padre espiritual, no ahorra esfuerzo alguno, nacido de su gran corazón, para atender a todos la jóvenes, celebrar la misa e impartir a diario la meditación, antes de acudir al trabajo. Un apostolado que produce grandes frutos. Asiste a los moribundos espiritualmente, una acción pastoral que constituye su obligación más querida: «Si yo pudiera dedicarme sólo a asistir a los moribundos, lo haría voluntariamente». Es su obra sacerdotal más querida.

Acoge con celo sacerdotal a los pecadores y escucha con tanta unción de espíritu a cada uno, que los penitentes acuden de todas partes, alcanzando el máximo grado de perfección, cosa verdaderamente admirable, en un país fácilmente inclinado a la maledicencia y la murmuración. Nunca se le critica, ni se pone en duda su conducta: «Siempre se le reconocían cosas buenas y cosas de Dios». Asiste a un enfermo de tifus y contrae la enfermedad, víctima de su caritativo corazón, agravándose su estado de tal modo que recibe los últimos sacramentos. Todos rezan por él, y recuperada la salud se entrega de nuevo a la predicación a diario, conmoviendo profundamente a los asistentes. El 15 de junio de 1794 tiene lugar la terrible erupción del Vesubio, que destruye casi completamente la ciudad y el templo parroquial. Ante tanta desgracia y desconsuelo abre su corazón de padre a todos. Se entrega en cuerpo y alma, ayudando al viejo

párroco, don Jenaro Falanga, quien pide que aquel joven sacerdote sea nombrado su sucesor, un encargo pastoral que produce en su corazón un gran problema. No se considera suficientemente preparado para esta misión, y suplica, ruega, pero por obediencia, finalmente, acepta. El 1 de febrero de 1796 se le encarga como ecónomo de la cura de almas de Torre del Greco, su ciudad natal. Y se pone manos a la obra. Primero, un templo nuevo para la gloria de Dios. Un magnífico templo. El 5 de junio pone la primera piedra del nuevo edificio parroquial de la Santa Cruz. Una empresa ardua donde tiene que emplearse con gran ánimo, y la obra crece entre dificultades y obstáculos y la crítica de quienes envidian tanto esfuerzo.

A la muerte del mencionado párroco, en 1799, el pueblo pide al prelado que sea su sucesor, tanta es la opinión y ejemplaridad que tienen de él sus parroquianos. Pero él se retira a meditar a una abadía próxima, y el obispo le pregunta: «Todos huimos, ¿y a las ovejas de Jesucristo quién las gobierna? No se resista más». Con gran humildad acepta el encargo, y repite una y otra vez en el viaje de regreso: «Voluntad de Dios. Dios así lo ha dispuesto». El 28 de diciembre de 1799 toma posesión como párroco de la Santa Cruz y prepósito del curato de la colegiata de Torre del Greco, la ciudad más populosa del territorio napolitano. Se impone un rígido programa de vida pastoral, comenzando por los ejercicios espirituales que predica a diario. Sólo desea la gloria de Dios y el bien de las almas que se le han confiado. Una misión que mantendrá hasta su muerte, con gran veneración de parte de sus feligreses: «En el seminario parecía una humilde oveja, pero aquí actúa con la destreza de un caballo». Desea a todos santos, y reza, predica, confiesa, aconseja con gran ánimo y sabiduría, ocupándose y preocupándose por todo. Su casa está abierta siempre, y cualquier necesidad en sus manos obtiene remedio. Su predicación, tan asidua, no cansa, y el pueblo acude en masa a escucharle, oye con placer porque sus palabras son muy instructivas, y habla lleno del Espíritu Santo. Anima su predicación con ejemplar vida, por eso los fieles le escuchan con agrado. Para atraerles inventa nuevos métodos, logrando que la atención popular le siga, sobre todo mejorando la vida espiritual de los pecadores y alejados. Quiere ser un evan-

gelizador y lo consigue, es como una fuente abierta siempre a todos: «Caridad y paciencia, paciencia y caridad».

En la Eucaristía mostraba todo el ardor de su caridad, prepara a los niños para recibir la Primera Comunión solícitamente, y les inculca sentimientos de fe y veneración, animándoles a desear recibir al Señor. La obra ingente del templo parroquial de la Santa Cruz, mientras tanto, sigue adelante, confiando en la divina providencia y la gustosa colaboración de sus paisanos. En 1824 queda ultimada la iglesia, hermosa en su arquitectura, magnifica en su aparato, y se inaugura el 3 de mayo de 1827. Casi un imposible para muchos ahora se convierte en una espléndida realidad, casi un prodigio construido en el transcurso de veinte años, a pesar de la oposición que algunos promovieron. El 1 de enero de 1825 en una caída fortuita se fractura la pierna izquierda, comenzando así una serie de dificultades que le conducirán a la tumba. En el lecho no se lamenta, persevera en su entrega a la Iglesia. El 2 de febrero de 1830, mientras celebra la misa, sufre un desvanecimiento y le llevan a la casa abadía. Allí acuden los fieles, a quienes sigue aconsejando. Pero los sufrimientos aumentan, y los acepta con resignación y ánimo sereno. «Soy el hombre del dolor. Pero sea siempre bendito el Dios que me lo ha enviado». El mal espasmódico revela más la virtud heroica del enfermo, edificando a todos.

El 20 de diciembre de 1831 muere santamente, dejando a sus sacerdotes como testamento espiritual que vivan en caridad. Recibe sepultura el 22 de diciembre en la capilla de San Francisco de Sales de su parroquia, en medio de un gran manifestación popular, nunca vista antes. El año 1843 el papa Gregorio XVI firma el decreto de introducción de la causa de beatificación, que concluye en 1856.

En 1895, León XIII reconoce las virtudes heroicas del Siervo de Dios. El 17 de noviembre de 1963 Pablo VI lo proclama beato: «Con la glorificación de nuestro prepósito, de un párroco italiano, gozarán nuestros pastores, que con tanto sacrificio trabajan, y también todos los fieles».

Lo que se admira en este celoso párroco es precisamente la relación perfecta con su ambiente, donde nace, se ha formado y transcurre su vida. ¿Dónde se halla el aspecto extraordinario

propio de la santidad? «Hacer bien el bien» indica la exigencia de perfección que había logrado su vida. Todos conocen el esfuerzo ascético que domina su larga vida, y que señala la continua proyección de sí mismo al servicio de sus parroquianos. Una alma siempre deseosa de las cosas de Dios, siempre atenta a experimentar su presencia. Atrae su comportamiento pastoral, inmerso en una gran actividad, arraigada en la vida interior. Una ardiente caridad que desde la intimidad del coloquio con Dios y la meditación personal, está disponible a practicar la misericordia con todos. Las fuerzas humanas se alimentan de la gracia, y su empeño pastoral se hace realidad en la catequesis, verdadero cimiento de la vida religiosa y profunda exigencia para todo cristiano. Despierta en sus fieles el deseo de que participen en la celebración de la santa misa, y publica un librito: *La misa práctica,* para que los fieles recen bien, y recen al unísono con el sacerdote celebrante, necesidad que promoverán tiempo después los movimientos litúrgicos. A todos ama, por todos se preocupa con gran ejemplo, y de este modo, es un precursor de a caridad social de la Iglesia, organiza ayudas y asiste a los pes - cadores de coral, que en Torre del Greco eran numerosos.

Modelo de sacerdotes, muestra en toda su grandeza la singular misión de pastor de sus ovejas, fortificando su espíritu de sacrificio, consolando y animando a todos. Inmerso en la vida de su pueblo, ejerce con autoridad moral un servicio humano y social, que se expande fuera del puro ejercicio de culto. Conoce a su gente, camina por sus calles, y se interesa por todas sus necesidades. Predicar constituye para él el impulso del Espíritu, claro ejemplo de solicitud por la evangelización y el empeño misionero. Su proyecto pastoral está impregnado de la dimensión misionera, empeñado en la práctica de la fe. Su vida transcurre centrada en el anuncio evangélico, condicionada por los sentimientos auténticos del corazón humano de quien se siente llamado por Dios. Un proyecto pastoral misionero que se adapta con facilidad al hombre de su tiempo, situado entre un clima cultural determinado, y vive particularmente el domingo y días festivos saliendo a la plaza y calles colindantes, con el crucifijo en la mano, proponiendo a los transeúntes breves predicaciones e invitándoles a entrar en la iglesia, donde se completa la evangelización.

«Estas misiones populares no se limitan a anunciar la Palabra, pues invitan a participar al oyente con sus propias características, con una solidaridad leal, que le permiten ser bien aceptado por todos y conocido en profundidad, llegando a entrar en el corazón de los humildes campesinos. Se convierte para ellos en mensajero de la divinidad, conciencia crítica de un pueblo necesitado continuamente de conversión y de retorno a Dios. Así obtiene una popularidad extrema, y la popularidad de su carisma anticipa la apertura de la Iglesia universal, inaugurada con la reforma del Concilio Vaticano II».

Es el hombre de la calle, el santo de la vida ordinaria, misionero de cada día, conciencia profética en tiempos difíciles e inciertos. Rostro amable de Dios entre los hombres. Es un pastor celoso y fiel al empeño caritativo por sus ovejas, a quienes instruye en las cosas de Dios y de la Iglesia. Contemplativo de Dios, en la espiritualidad de la cruz halla el reclamo de la conversión. Un amor que le abre a las necesidades de todos. Un pastor de mirada limpia, conocedor de su tiempo que, sin renunciar a las exigencias y mentalidad propias, evidencia el amor infinito de Dios del cual es depositaria la Iglesia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

BONETTI, A. (ed.), *Paolo VI cantore dei Santi.* II: *Beati e Santi canonizzati da Paolo VI* (Ciudad del Vaticano 1996) 44-50.

BORRIELLO, R. (ed.), *Vincenzo Romano l'uomo che ha vinto. Vita, virtu, carismi del Beato Vincenzo Romano nei processi apostolici* (Torre del Greco 1982).

FALANGA, G. (ed.), *L'attualitá del carisma di Vincenzo Romano. Atti del 2.° Congresso di studi sul Beato Vincenzo Romano* (Torre del Greco 1997) 9-19.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CEFERINO

Papa († 217)

Romano e hijo de Abundio, según el *Liber pontificalis,* su pontificado romano dura del 199 al 217. Hizo colaborador suyo a San Calixto, que sería su sucesor y a quien encomendó la administración del cementerio de la Via Salaria. Fue el suyo un tiempo de fuertes controversias trinitarias, en el que los llamados patripasianos extendieron sus teorías, negando la distinción

personal entre el Padre y el Hijo. Ceferino era hombre de paz y fue acusado de no oponerse debidamente a la herejía. Pero el historiador Eusebio asegura que Ceferino condenó a los monarquianos. En su tiempo abandonó Tertuliano la Iglesia católica. Era papa Ceferino cuando Orígenes viajó a Roma. Ceferino no murió mártir, aunque así apareciera en el *Martirologio* anterior e incluso en el misal romano tridentino.

SAN FILOGONIO DE ANTIOQUÍA

Obispo († 324)

Filogonio era un seglar de Antioquía, que estaba casado, tenía una hija y ejercía con normalidad su carrera de abogado. Era un buen cristiano, instruido, piadoso y ejemplar. Y estos fueron los motivos alegados por quienes el año 319, a la muerte del obispo Vital, lo eligieron para obispo de Antioquía. Estaba reciente el tiempo de la persecución y el obispo difunto apenas había podido comenzar la reconstrucción de la iglesia, situada entre el río Orontes y la montaña. Fue tarea de Filogonio terminarla. En su tiempo surge la gran controversia arriana, y como confiesa el propio Arrio, en Oriente se le oponían abiertamente tres obispos, uno de ellos Filogonio. Pero él no pudo asistir al Concilio de Nicea que condenaría al heresiarca pues murió meses antes de su celebración, el 20 de diciembre de 324. Lo elogia San Juan Crisóstomo en uno de sus panegíricos.

BEATO MIGUEL PIASZCYNSKI

Presbítero y mártir († 1940)

Este sacerdote polaco había nacido en Lomza el 1 de noviembre de 1885. Estudió en Sejny y Petersburgo y se ordenó sacerdote el 13 de junio de 1911. Prosiguió sus estudios en Friburgo (Suiza) y se doctoró en Filosofía. Ejerció el cargo de capellán de los mineros polacos en Francia y luego, al volver a su diócesis, se le encargó de la dirección del Instituto Piotr Skarga. En 1925 se produjo la reorganización de la diócesis de Sejny y se le dio como capital la ciudad de Lomaza. Tuvo varios cargos en el seminario diocesano y se le hizo canónigo de la catedral.

Luego, empezada ya la guerra, se le hizo director del Instituto de San Casimiro, de Sejny. Allí estaba cuando fue arrestado el 7 de abril de 1940, siendo enviado al campo de concentración de Dzialdowo, y de él pasó al de Sachsenhausen. Su muerte tuvo lugar el 20 de diciembre de 1940 de hambre y miseria. Hombre inteligente y culto, de gran vida interior, estuvo entregado en alma y cuerpo a su ministerio de educador. Practicó la amistad con los judíos, a los que llamaba «nuestros hermanos mayores».

21 de diciembre

A) Martirologio

1. En Friburgo (Suiza), San Pedro Canisio († 1597), presbítero y doctor de la Iglesia, de la Compañía de Jesús **.
2. La conmemoración de San Miqueas, profeta **.
3. En Licia, San Temístocles († s. III), mártir.
4. En Montecerignone (Romaña), Beato Domingo Spadafora († 1521), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
5. En Hanoi (Tonquín), santos Andrés Dung Lac y Pedro Truong Van Thi († 1839), presbíteros y mártires *.
6. En Coblenza (Alemania), Beato Pedro Friedhofen († 1860), fundador de la Congregación de Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora **.

B) Biografías extensas

SAN PEDRO CANISIO

Presbítero y Doctor de la Iglesia († 1597)

Al decir de sus biógrafos era Peter Kanis un joven de carácter irritable, pendenciero, vanidoso y terco. Todo ello indicaba a las claras que no había nacido santo; sin embargo, podría llegar a serlo, ayudado por la gracia divina. Al menos tenía un hermoso fondo y unas nobles inclinaciones. Se dice que sus aficiones de niño eran construir altares y púlpitos para decir misa y predicar ante sus compañeros.

La Providencia le juntó en Maguncia con el jesuita Pedro Fabro en el verano de 1543. No debió suponerse el jesuita que con sus «ejercicios espirituales» iba a conquistarse para la naciente Compañía de Jesús a aquel joven alegre y vanidoso. La verdad es que en esos Ejercicios se decidió su vocación a santo y su ingreso en la Compañía. Desde entonces su nombre de Kanis se trocará en Canisio.

Tenía el nuevo hijo de Ignacio de Loyola en su haber una profunda formación religiosa heredada de sus padres. Él mismo cuenta en sus *Confesiones* que su madre, Egidia Houweningen, a la hora de la muerte, reunió junto al lecho a todos sus hijos, a los que pidió siguieran firmes en la fe que de continuo les había inculcado. Esta escena quedó profundamente grabada en la imaginación infantil de Pedro y quiso seguir fiel a los ruegos de su madre.

Su padre era el alcalde de Nimega. Allí nació Pedro Canisio el 8 de mayo de 1521, el año preciso en que Lutero rompió definitivamente con Roma. Oriundo de familia rica y cristiana, pudo llevar, desde los primeros momentos, una educación esmerada y religiosa. Después de hechos en su ciudad natal los estudios elementales, pasó, a los catorce años, a la Universidad de Colonia para cursar en ella los estudios superiores. Hubo un momento de vacilación en su vida. Y hasta pareció que iba a destruir todos los gérmenes de la buena educación recibida. Las diversiones le atraían más que los libros y su nombre llegó a ser sobradamente conocido en todas las tabernas de Colonia. En esos momentos se presenta como ángel del cielo en su camino la figura del santo sacerdote Nicolás Esche, bajo cuya dirección su vida se orientó decidida y definitivamente por los caminos de la ascética, con una profunda tendencia afectiva al estilo de San Buenaventura. Frecuenta asimismo los contactos fructíferos con los cartujos Surio, el hagiógrafo, y Lagnspergio, el asceta.

En 1540 obtuvo el grado de maestro en artes, y en 1545 el título de bachiller en teología. Desde entonces se dedica por entero a la actividad apostólica, enseña Sagrada Escritura en la universidad, predica y escribe. En 1546 fue ordenado sacerdote.

Carácter batallador, muy pronto se le ofreció ocasión de poner a prueba su celo religioso cuando los católicos de Colonia

se pronunciaron contra su obispo caído en la herejía. Las varias actuaciones del santo, comisionado por la universidad y por el clero de la ciudad, tuvieron como remate la deposición del obispo apóstata.

Muy pronto pasó al Concilio de Trento como teólogo de Otón de Truchsess, cardenal de Augsburgo. Allí formó, con los españoles Laínez y Salmerón, el magnífico triunvirato de la Compañía en el Concilio. Desde Roma se interesaba Ignacio de Loyola por tener a su lado a este su primer discípulo alemán y algún tiempo después pudo recibir personalmente su profesión solemne en 1549.

Con esto y con el doctorado en teología por la universidad de Bolonia, obtenido ese mismo año, estaba ya preparado Canisio para presentarse en su patria como el paladín de la causa católica. Comprendió San Ignacio que ése era el verdadero campo de acción de su nuevo discípulo y se determinó a mandarle a su patria. El bagaje intelectual de Canisio iba firmemente asentado sobre los pilares de una sólida piedad y de una filial devoción a la Iglesia de Roma.

De regreso en su patria, encamina sus trabajos todos a dar firmeza de convicciones a la fe de aquellos pueblos que aún seguían siendo fieles al pontífice romano. Acude a todas partes y, cuando personalmente no puede hacerlo, lo hace con cartas que hoy constituyen para nosotros un testimonio vivo de los males del momento. A través de esa correspondencia con sus superiores, con los obispos y con los príncipes seglares nos es dado ver perfectamente el estado de postración en que vivía el cristianismo alemán en aquellos críticos días y las llagas morales y el desconcierto religioso que corroían a aquellos pueblos donde el santo actuaba con tesón y denuedo. Las universidades estaban llenas de una juventud desenfrenada y falta de amor a los estudios. Los maestros estaban influidos por los errores del protestantismo y daban plena tolerancia a la divulgación de los mismos. Así había llegado el pueblo a un estado de negligencia y abandono en las prácticas religiosas y a despreciar, incluso, a la autoridad de la Iglesia y a sus legítimos pastores.

A todo este conjunto de males sociales servíale de contrafondo una profunda ignorancia religiosa en el pueblo y en gran

parte del mismo clero. Las vocaciones eclesiásticas habían mermado de una manera que resultaba alarmante. Contra este cúmulo de males venía a estrellarse, casi impotente, la tenacidad y buena voluntad de los prelados y sacerdotes ejemplares, que todavía seguían laborando, llenos de celo y de entusiasmo, por el triunfo de la causa católica.

En medio de este ambiente así enrarecido movíase San Pedro Canisio intrépidamente durante muchos años. Las dificultades no le arredraban; más bien podría decirse que ante ellas se agigantaba. Perfecto conocedor de todos los males que carcomían la sociedad de su tiempo, acometió el acabar con todos ellos con una voluntad de hierro. Inició sus trabajos en la universidad de Ingolstadt, donde transcurrió su vida durante treinta años a partir de 1549. El primer número de su programa fue la buena formación de la buena juventud estudiantil; por eso comenzó fundando colegios que llegarían a ser los centros irradiadores de sus ideas de acción reformadora. La universidad de Ingolstadt (en días no lejanos dique infranqueable contra los avances del protestantismo), había comenzado a decaer visiblemente en los estudios y en la disciplina. El santo llora esta postración: «Los estudios teológicos, que ahora principalmente debieran florecer, están decaídos», escribe. Lucha por la restauración de la teología escolástica como por una cosa de importancia suma.

> «No debemos dejar en olvido tampoco la parte de la teología llamada escolástica. Tan necesaria la juzgamos en este nuestro tiempo, que sin ella no podríamos suficientemente discernir ni desbaratar los sofismas de los herejes».

Desde 1549 a 1552 él mismo enseña teología en la universidad, de la que llegó, incluso, a ser rector. Este puesto, si bien delicado por más de un concepto, poníale en unas condiciones inmejorables para llevar a feliz termino su obra restauradora.

Lograda ya la reforma en esta universidad, pasa el santo a la de Viena en 1552, imbuido del mismo espíritu reformador. Más de una vez tuvo que verse frente a sus enemigos, a los que siempre logró dominar con sus dotes de polemista formidable y temible. Atacaba sin miramientos la herejía, si bien, al hacerlo, obraba sin rencor ni animosidad hacia la persona del descarria-

do. Era más abundante en razones que en palabras, y sus fórmulas, precisas y exactas, llevaban como distintivo un *ne quid nimis* de sobriedad que no exacerbaba a nadie. Era ésta su norma, la que más tarde, en 1557, daba por escrito a un amigo suyo:

> «Lo que todo el mundo ama y busca es la moderación unida a la gravedad del lenguaje y a la fuerza de los argumentos. Abramos los ojos a los descarriados, pero sin causarles irritación».

Su celo apostólico iba siempre acompañado de una delicadeza y de una caridad suma y de una íntima convicción que dimanaba de su santidad. Sabía él muy bien que, en aquellos momentos de relajación de los vínculos morales la única fuerza era la persuasión y el convencimiento de las gentes. Y no es que careciera de energía, puesta de manifiesto siempre que se vio en la necesidad de actuar contra los protestantes en las Dietas del Imperio. En más de una ocasión resultaron dolorosas las mordeduras de aquel *canis austriacus,* como le motejaban sus enemigos jugando con su apellido: Kanis.

El nombramiento de provincial de todas las casas de la Compañía en Alemania vino a darle una categoría que repercutió beneficiosamente en su obra. En el transcurso de estos años florecen los colegios de Ingolstadt, Praga, Múnich, Insbruck, Tréveris, Maguncia, Dillingen y Espira.

Pero el celo de Canisio no se podía parar en una clase de hombres. Anhelaba elevar el nivel moral de todo el pueblo cristiano, sin distinción de clases. A sus dotes personales quería unir el apoyo de los príncipes y el de los obispos, y lo busca con visitas y, cuando éstas no le son posibles, con cartas. En 1555 escribía a un consejero del duque Alberto de Baviera:

«Nuestros príncipes católicos deben desterrar las herejías, suprimir los errores de los maestros, acallar las discordias en las Universidades, reconocer al Vicario de Cristo y Pastor de la Iglesia para que podamos ver, como remate de todo ello, restaurada la paz en las Iglesias».

Pedro Canisio vive ahora los momentos culminantes de su vida apostólica. Sus actividades se multiplican para gloria de Dios. Predica y da misiones lo mismo en las grandes ciudades que en las iglesias de los pueblos que encuentra en su camino. Su oratoria encendida sonó en las grandes catedrales del Impe-

rio: en Viena, Praga, Ratisbona, Worms, Colonia, Estrasburgo, Osnabruck, Augsburgo... Llevado de su espíritu divinamente inquieto, acudía a todas partes con una rapidez que recuerda el espíritu alado de un Juan de Capistrano o de un Bernardino de Siena. Así paseó Austria, Baviera, Alsacia, Suabia, el Tirol, Polonia, Suiza. Al mismo tiempo actúa como consejero y director de príncipes; lucha valientemente como campeón del catolicismo en las Dietas del Imperio, adonde es llamado para ocupar relevantes puestos; hace de nuncio apostólico y, sobre todo, trabaja como publicista eximio e infatigable. Todas estas modalidades de su vida llevan como denominador común el afán de oponer a los avances del protestantismo un dique a base de una verdadera reforma católica.

Al propio tiempo que predicaba, enseñaba también el catecismo. Era ésta una de sus actividades predilectas, convencido de que nada valdrían sus sermones si no iban acompañados de una sólida instrucción religiosa. Para facilitar esta enseñanza publicó en 1554 una *Suma de la doctrina cristiana,* que llegaría a ser, a un mismo tiempo, suma teológica para la juventud universitaria, manual de pastoral para los sacerdotes y catecismo para el pueblo y para los niños. De ahí las tres diferentes redacciones que le dio él mismo, según el público a quien iba destinada. Juntábanse en esta obra todas las cualidades de un excelente pedagogo: orden y claridad en la exposición, con una esmerada exactitud y precisión en los conceptos. Las ediciones se multiplicaron rapidísimamente y en breve llegó a estar traducida esta obra a todos los idiomas. Con ella lograba Canisio, después de no pocas demoras y dificultades, poner en práctica el deseo del emperador Fernando de tener en sus Estados un manual católico para oponerlo a los muchos de protestantes que circulaban en ellos.

Pedro Canisio, lleno de inquietudes, seguía moviéndose y viajando. Como provincial pasó a Roma para la elección de nuevo general de su Orden. Desde Roma marchó a la Dieta de Piotrkow, en Polonia, como teólogo consejero del nuncio Mentuati. De nuevo regresó a Alemania, donde encontró en unas circunstancias delicadas las relaciones del emperador con el papa Pablo IV, hombre inflexible en sus determinaciones. A

ello habían contribuido grandemente las intrigas de los protestantes en ausencia de Canisio. El tacto con que éste llevó aquel asunto dio pronto como resultado que en la Dieta de Augsburgo quedaran anudadas aquellas relaciones un tanto rotas. Años más tarde volvió a Roma (1565), y es entonces cuando el papa Pío IV le nombra nuncio apostólico con la comisión de promulgar y hacer cumplir los decretos del concilio de Trento. Esta comisión le obliga a recorrer, una vez más, las principales ciudades del Imperio. El trabajo se acrecentaba día a día, hasta el punto que la viña evangélica iba resultando demasiado extensa para los pocos buenos operarios que iban quedando. Piensa entonces Canisio en aumentarlos y surge en su mente la idea de los seminarios para la formación de buenos sacerdotes: «Sin buenos seminarios jamás podrán los obispos lograr el remedio de los males presentes», escribía en 1585 a su general Aquaviva. A los pocos años esta idea era una florecida realidad por todas partes.

Trabajaba por elevar el nivel cultural del clero de Alemania y, al mismo tiempo, por restituir a su prístina pureza la disciplina y la piedad religiosas para asentar sobre ellas, como sobre firmísimos pilares, una nueva generación de sacerdotes celosos y santos en su patria. Para ello, una de sus primeras intenciones era poner al alcance de todos las obras maestras de la teología católica. Con estas miras editó, entre otras, las de San Cirilo de Alejandría, las de San León Magno y las del franciscano español fray Andrés de Vega.

Nunca pensó Canisio en la enseñanza de cosas nuevas; su doctrina es la tradicional en la Iglesia, adaptada a todos los públicos. Sus excelentes dotes pedagógicas brillan en sus famosos catecismos, que tanta importancia tuvieron en la instrucción del pueblo y en la reforma de la vida cristiana. Más que doctrinario era Canisio un hombre eminentemente práctico, por lo que no le interesaba una producción de tonos originales. Era en el terreno de las costumbres donde fallaba principalmente la sociedad de su tiempo. Por otra parte, en el terreno doctrinal ya estaban los errores protestantes suficientemente derrotados con las obras maestras del cardenal Juan Fisher, de Clícthove, de Alberto Pighius y del franciscano español fray Alfonso de Castro.

Para oponerse eficazmente a la propaganda de los errores protestantes, San Pedro Canisio desplegó una actividad portentosa como polemista y propagandista de las doctrinas católicas. Esta modalidad perfila su fisonomía espiritual. Desde sus años jóvenes fue ésta una de sus ocupaciones más asiduas. Y tenía dotes especiales para ello. Una de las ocasiones más solemnes se la ofreció la Dieta de Worms del año 1557, donde el santo se vio frente a Melanchton, corifeo de los protestantes. Una de las cosas que más dolor le causaron fue el tener que verse en lucha contra sus mismos compatriotas y contra las reclamaciones de su misma sangre. En sus cartas asoma, de continuo, un deseo de amplia conciliación sin claudicaciones. Si era grande su amor a Alemania era muy superior en él la devoción que había aprendido a Roma de los labios hispanos de Ignacio de Loyola. Ese amor a Roma triunfa por encima de todo y, para defenderlo, Canisio consagró su vida a escribir y editar obras propias y ajenas. Trabajó con las editoriales para que publicaran libros católicos. Incluso logró crear en Augsburgo una serie de editoriales católicas. En todo momento animó a sus súbditos a escribir obras en defensa de la fe y hasta llegó a proponer la fundación, dentro de su Orden, de una sociedad de escritores dedicados a escribir obras de controversia y de refutación de las herejías. En lo más intenso de su campaña Pío V le encargó, en 1557, la refutación de los Centuriadores de Magdeburgo. Para poder hacerlo mejor el Santo pide el relevo en su oficio de provincial y se retira al colegio de Dillingen. Dos tomos llegó a ver publicados, pero no quiso la Providencia que la obra llegara a estar terminada. Naturalmente, los hombres se gastan y Canisio había dado ya ricos frutos durante su larga vida.

En 1580 pasó a Suiza, donde pudo consagrarse a una intensa vida de piedad, dejando así aflorar su primera formación y la verdadera inclinación mística de su vida. Enseña ahora catecismo a los niños, como en sus mejores tiempos, instruye a los pobres y a los obreros, visita a los enfermos y encarcelados, funda escuelas y congregaciones al mismo tiempo que escribe obras de piedad. Lo importante para Pedro Canisio era no estar quieto ni un momento.

La muerte le cogió en Friburgo trabajando y rezando aquel día 21 de diciembre de 1597. Acababa de rezar con sus herma-

nos religiosos el rosario, su devoción favorita, cuando exclamó «¡Vedla; ahí está. Ahí está!». Allí estaba, efectivamente, la Virgen para llevárselo al cielo.

Desde ese momento la fama de Canisio se agiganta por los muchos milagros que vienen a dar testimonio de su santidad. En 1625 se tramita en Friburgo el proceso de su beatificación. Se tramitaba ya en Roma cuando llegó la supresión de la Compañía de Jesús. Por fin, el 24 de junio de 1864 le beatificó Pío IX y el 21 de mayo de 1925 Pío XI remató la corona de su gloria al elevarle a la categoría de los santos, al mismo tiempo que adornaba su nombre con el título de «Doctor universal de la Iglesia» y le declaraba patrono de todas las organizaciones de estudiantes católicos de Alemania.

ODILO GÓMEZ PARENTE, OFM

Bibliografía

BADER, M., *De vita Petri Canisii* (Múnich 1614).
BRAUNSBERGER, O., *Petri Canisii epistolae et acta,* 8 vols. (Friburgo Br. 1896-1927).
— *Petrus Canisius* (Friburgo Br. ^{3}1921).
BRODRICK, J., *St. Peter Canisius* (Nueva York 1935).
METZLER, J. (ed.), *Die Bekenntnisse des heiligen Petrus Canisius und sein Testament* (Dinamarca 1925).
REANY, W., *A champion of the Church* (Dublín 1887).
SACCHINI, F., si, *De vita et rebus gestis Petri Canisii* (Ingolstadt 1616).
• Actualización:
HERNÁNDEZ MONTES, B. (ed.), *San Pedro Canisio. Autobiografía y otros escritos* (Bilbao 2004).

SAN MIQUEAS

Profeta (Antiguo Testamento)

«Miqueas» significa «¿Quién como Yahvé?», en forma abreviada. Nació en Moréset Gat, aldea de Judá, al oeste de Hebrón, 35 km al suroeste de Jerusalén, en la región de Sefela, donde las montañas centrales de Judá comienzan su descenso hacia el mar, en los límites de Filistea.

Vivió y predicó durante los reinados de Jotán, Ajaz y Ezequías (727-701), como el título de sus oráculos asegura (cf. Miq 1,1), y queda confirmado por Jeremías 26,18:

> «Miqueas de Moréset profetizaba en tiempos de Ezequías, rey de Judá; y dijo a todo el pueblo de Judá: "Así dice Yahvé Sebaot: Sión será un campo que se ara, Jerusalén será un montón de ruinas y el monte de la Casa, un otero salvaje"».

Esta profecía aparece con idénticas palabras en Miqueas 3,12:

> «Por eso, por culpa vuestra, Sión será un campo arado, Jerusalén, un montón de ruinas y el monte del templo, un cerro agreste».

Por esta correspondencia, deducimos que el ministerio profético de Miqueas fue bien aceptado por la posteridad, con un eco en el gran profeta del siglo siguiente. Los ancianos de Jerusalén lo citaban como un ejemplo de intrepidez.

Fue contemporáneo de Oseas, con un corazón ardiente como el suyo; y del gran Isaías, de quien aprendió tantas cosas que parece su joven discípulo.

Por el origen campesino y por su estilo, se parece también al profeta Amós, el «pastor, cultivador de higos». Como él, siente pasión por la justicia; como él tiene que predicar en ambientes urbanos con su estilo vigoroso, rudo y fuerte en el ataque contra los pecados sociales. Conocía y amaba a fondo a los compatriotas y sintonizaba vivamente con ellos en las angustias y problemas de todo orden. Pero, ante todo, fue «el profeta de los pobres».

El ambiente en que se desenvolvió la actividad profética de Miqueas, estaba convulso por la política internacional en aquel último tercio del siglo VIII a.C. Asiria va extendiendo su imperio por toda la zona de Siria y Palestina. Israel, el reino del Norte, le paga tributo desde 743. Cuando se rebela el rey Oseas en tiempo de Samanasar V, provoca la conquista y la destrucción de Samaría en 722.

Para evitar posibles rebeliones, el pueblo es deportado y disperso el año 720. Desaparece de la historia el reino de Israel.

Miqueas, desde Judá, conoció y sufrió esta agonía de Israel y la terrible destrucción. La situación de Judá era parecida. Con motivo de la guerra siro-efrainita, pide ayuda a los asirios el año 734. Desde entonces hubo de pagar al imperio fuertes tributos insoportables. Esto encendía más y más el deseo de la independencia, que se hace más vivo durante el reinado de Ezequías (727-698).

Este piadoso rey inició una reforma religiosa que alentó al pueblo en la esperanza de la liberación. Fortificó la ciudad de Jerusalén y excavó un famoso túnel de 500 metros en la roca viva para asegurar el abastecimiento de agua, desde la fuente de Guijón extramuros, hasta la piscina de Siloé, dentro de la ciudad. Una inscripción recientemente descubierta, recuerda la emoción de los obreros al encontrarse unos con otros en medio del túnel.

Impulsó la compilación literaria y favoreció la inmigración a Judá de los habitantes no deportados de Israel, que ya pertenecía al Imperio asirio, acogiéndoles para que no quedaran en tierras paganas.

La rebelión se produjo el año 705 y supuso para Judá una de las mayores catástrofes de su historia, la invasión de Senaquerib el 701, a la que Miqueas parece referirse en 1,7-16, donde la ruina llega hasta las puertas mismas de Jerusalén, amenazada por extranjeros,en peligro inminente de ser también invadida.

> «Él será la paz.
> Cuando Asiria invada nuestra tierra,
> y pise nuestro suelo,
> le opondremos siete pastores
> y cuatro capitanes.
> Ellos pastorearán a Asiria con la espada,
> y el país de Nemrod con el acero.
> Él nos librará de Asiria, cuando invada nuestra tierra
> y pise nuestro territorio» (Miq 5,4-5).

Miqueas experimentó esas horas angustiosas y también la maravillosa e inesperada liberación de Jerusalén ante la avalancha incontenible de Senaquerib.

Junto a las agobiantes circunstancias de orden político, es necesario para comprender el mensaje de Miqueas, conocer las no menos duras del desorden social, religioso y moral.

La corrupción cunde por todas partes. Los poderosos latifundistas se apoderan de las casas de los pobres y débiles, maltratan a las mujeres, venden a los niños como esclavos (cf. 2,1-11). Las autoridades, lejos de oponerse, tratan al pueblo como «carne de matadero» (cf. 3,1-4). Y los jueces, sacerdotes y profetas, que debían denunciar las injusticias y frenarlas, son venales ante el mejor postor (cf. 3,9-11).

Miqueas tuvo conciencia viva de su vocación y misión profética. Por eso, a diferencia de los falsos profetas que contemporizan y nadan a favor de la corriente, anuncia con fidelidad y valentía el mensaje; se siente portador de la palabra de Yahvé, que es una condena. Dios pone pleito a su pueblo y lo encuentra culpable.

«Palabra de Yahvé que recibió Miqueas de Moréset, en tiempos de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, y visiones sobre Samaria y Jerusalén.
¡Escuchad, pueblos todos; atiende tierra y cuanto la llena!
¡Sea testigo Yahvé contra vosoros, el Señor desde su santo Templo!» (1,1-2).

«Escuchad montes, el juicio de Yahvé,
prestad oído, cimientos de la tierra,
Pues Yahvé entabla juicio con su pueblo,
se querella contra Israel» (6,2).

«Pueblo mío, ¿qué te he hecho?
¿En qué te he molestado? Respóndeme...
¿Tengo que soportar la casa del malvado con riquezas injustas
y una medida escasa e indignante?» (6,10).

«¡Los fieles han desaparecido del país,
no queda un justo entre los hombres!» (7,2).

Pecados de orden religioso, sin duda, pero también de orden moral y social: ricos, agresores; acreedores despiadados; comerciantes, fraudulentos; familias divididas; sacerdotes y profetas codiciosos; jueces venales; jefes tiranos.

Lo contrario de lo que exige Yahvé:
«Se te ha hecho saber, hombre, lo que es bueno,
lo que Yahvé quiere de ti:
tan sólo respetar el derecho,
amar la lealtad
y proceder humildemente con tu Dios» (6,8).

Admirable fórmula que reúne las exigencias espirituales de los profetas, recordando, sobre todo, a Amós y a Oseas.

Esta situación anterior a la reforma de Ezequías, se prolongó también después. Las personas denunciadas por el Profeta

presumen de piadosas, invocan al Señor y están convencidas de que Dios no podrá hacerles nada malo (cf. 2,7; 3,4).

El culto, cuando no va acompañado de la práctica de la justicia, carece de valor a los ojos de Dios.

El castigo está decidido. En medio de una catástrofe mundial, vendrá Yahvé a juzgar y castigar a su pueblo.

> «Mirad que Yahvé sale de su morada,
> baja y camina sobre las alturas de la tierra.
> Los montes se derriten debajo de él
> y los valles se agrietan como la cera junto al fuego,
> como aguas que se precipitan por la pendiente.
> Todo esto por el delito de Jacob,
> por los pecados de la casa de Israel» (Miq 1,3-5).

Se anuncia la destrucción de Samaria, convertida en «un campo de ruinas» (Miq 1,6). La de las ciudades de la «Tierra Baja», donde habita Miqueas (1,8-15). Y de la misma Jerusalén, que se convertirá en un montón de escombros (3,12s).

Pero el profeta alberga una esperanza: vuelve a la doctrina tradicional del «resto de Israel, que se salvará»:

> «Pero yo aguardo a Yahvé,
> espero en el Dios de mi salvación:
> mi Dios me escuchará» (7,7).

> «El resto de Jacob será
> en medio de pueblos numerosos
> como rocío que viene de Yahvé,
> como lluvia sobre la hierba,
> que no espera al hombre
> ni depende de los humanos.
> El resto de Jacob será ente las naciones,
> en medio de pueblos numerosos,
> como león entre los animales de la selva,
> como leoncillo en un rebaño de ovejas
> que, si pasa, pisotea
> y desgarra y no hay quien defienda» (5,6-7).

La profecía más famosa de Miqueas es el anuncio del nacimiento en Efratá-Belén del «Rey Pacífico» que apacentará el rebaño de Yahvé.

«En cuanto a ti, Belén Efratá, la menor entre los clanes de Judá,
de ti sacaré al que ha de ser el gobernador de Israel;
sus orígenes son antiguos, desde tiempos remotos.
Por eso él (Yahvé) los abandonará
hasta el momento en que la parturienta dé a luz,
y el resto de sus hermanos vuelva con los hijos de Israel.
Pastoreará firme con la fuerza de Yahvé,
con la majestad del nombre de Yahvé, su Dios» (5,1-3).

El evangelio según San Mateo 2,6, recoge el texto de Miqueas en el episodio de los Magos que llegan a Jerusalén preguntando dónde ha de nacer el Mesías. Y el evangelio según San Juan, en 7,42: «¿No dice la Escritura que el Cristo vendrá de la descendencia de David y de Belén, el pueblo de donde era David?».

También el Magníficat se hace eco de un texto de Miqueas sobre la fidelidad de Dios a los antepasados (cf. Miq 7,20) cuando dice el Evangelio según San Lucas (1,54-55): «Acogió a Israel su siervo, acordándose de la misericordia, como había anunciado a nuestros padres en favor de Abrahán y de su linaje por los siglos».

En el mensaje profético de Miqueas, alternan las amenazas con las promesas en violento contraste. Se resume en dos actos: La teofanía, manifestación punitiva de Dios con sus repercusiones en la naturaleza, en Samaria y en Judá, con la justificación del castigo, denuncia de los responsables de la injusticia y, por fin, la condena. La superación del castigo, no ahora, sino en el futuro, vendrá no de Jerusalén, sino de Belén. Y no será cruel sino benéfica para todos, aunque requiere una purificación previa.

El segundo acto es el juicio de Dios en una convocatoria universal y en una acusación de ingratitud con el rechazo del culto vacío y la exigencia de justicia y lealtad que brillan por su ausencia. Finalmente, aceptación del castigo divino, reconocimiento del pecado y certeza del perdón.

«Soportaré la cólera de Yahvé, pues he pecado contra él,
hasta que juzgue mi causa y me haga justicia.
Él me sacará a la luz y yo contemplaré su salvación» (Miq 7,9)

En honor de Miqueas, se levantaron santuarios después de la invención de su venerado sepulcro, al que se refiere San Je-

rónimo. Se le conmemora en sinaxarios y martirologios antiguos. El *Martirologio romano* actual incluye al Profeta en segundo puesto del 21 de diciembre, cerca de la Navidad, con este elogio:

> «Conmemoración de San Miqueas, el profeta que, en tiempo de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, con su predicación defendió a los oprimidos, condenó la idolatría y la iniquidad, y anunció al pueblo elegido, el Caudillo que viniendo de los días de la eternidad, había de nacer en Belén de Judá y apacentar a Israel en la fortaleza del Señor».

Entre las representaciones iconográficas del Santo Profeta Miqueas, merecen especial mención la de J. van Eyck en el altar del «Cordero místico», Gante, siglo XVI; y la de Girolamo Cavevoni, en Bolonia, siglo XVII, iglesia de San Benito.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L. - SICRE DÍAZ, J. L., *Profetas. Comentario,* II (Madrid 1980) 1033-1072.

ALONSO SCHÖKEL, L. - VALVERDE, J. M., *Doce profetas menores* (Madrid 1966) 105-124.

Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1089-1090; 1365-1371.

SPADAFORA, F., «Michea», en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.402-419.

BEATO PEDRO FRIEDHOFEN

Religioso y fundador († 1860)

Son innumerables los discípulos de Cristo que, a lo largo de la historia, han escuchado y seguido fielmente la enseñanza del Maestro plasmada en la parábola del hijo pródigo. Han comprendido quién era su prójimo y han obedecido el mandato de Jesús: «Ve y haz tú lo mismo» (Lc 10,37). Quienes han asumido en su corazón y en su vida este mensaje y este mandato, han tratado con misericordia al prójimo desvalido; más aún, han contemplado en él a Jesús mismo. Este humilde laico alemán, Peter Friedhoven, que celebramos cuando ya está próxima la Navidad, que en 1860 deseaba ardientemente cantar en el cielo la gloria de Dios y la paz en la tierra, escuchó al término de su

breve vida de 41 años, aquel 21 de diciembre: «Ven, bendito de mi Padre, posee el Reino [...] Lo que hiciste a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hiciste» (cf. Mt 25,34.40). En el Reino del cielo, el Beato Pedro Friedhoven fue feliz en la Navidad de 1860 celebrando la gloria del Padre que tantas veces había cantado con inocencia, alegría y humildad en su peregrinación, tantas veces azarosa y doliente, y gozando de la paz, ya definitiva, que había sembrado en el alma de tantos enfermos pobres y abandonados. Era feliz eternamente porque había cumplido el mandato de su Señor, el mandamiento nuevo: había gastado su vida amando a los hermanos, siguiendo desde su pequeñez el modelo de Jesús: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34).

Había nacido en Weitersburg, en la Renania, diócesis de Tréveris, el 25 de febrero de 1819. Sus padres fueron Pedro Friedhofen y Ana María Klug, pobres en bienes de fortuna, ricos en piedad cristiana. Murieron pronto y dejaron al niño huérfano y sumido en pobreza extrema. En 1832 hizo la primera comunión y recibió el sello del don del Espíritu Santo. Sólo desde 1834 a 1837 acudió a la escuela elemental; su formación no fue muy profunda, pues desde los 13 años aprendió el oficio de caminero, junto a su hermano mayor Jaime en Ahrweiler. Todavía adolescente, pues, se procuró con su duro trabajo el sustento propio, siempre muy unido a su hermano y a la familia de éste. Cuando contaba 20 años se hizo socio de su hermano y obtuvo el puesto de caminero en Vallendar.

El trabajo pesado de reparar y acondicionar los caminos no le apartó de sus actos de piedad. Mientras trabajaba, invitaba a los muchcahos que le estaban observando a cantar con él canciones marianas. Leía con frecuencia y devoción la Biblia, asiduamente asistía a los actos de culto en la iglesia, estimulaba a los otros jóvenes a la vida de piedad.

Por motivos de salud tuvo que dejar, en 1845, su puesto de responsabilidad de cuidar los caminos en Vallendar. Su inclinación a la vida religiosa lo indujo entonces a entrar en el convento que los Redentoristas tenían en Wittem (Holanda). Allí, aunque por breve tiempo, pudo disfrutar de las delicias de la vida religiosa; reconoció, empero, que no era éste el camino por el que Dios lo quería coducir.

Murió en aquel tiempo su hermano mayor: dejaba viuda y once hijos. En éstos descubrió Pedro, primeramente, al prójimo que debía tratar con misericordia. A pesar de su dolencia pulmonar, asumió el duro peso de sacar adelante a la familia. El municipio le nombró tutor de sus sobrinos y substituyó a su hermano difunto en el cargo de caminero en Ahrweiler. Con todo, en 1850 tuvo que desistir de continuar en el cargo.

Animado entonces por el párroco de Vallendar, con quien ya antes había colaborado, empezó a dedicarse a la captación de jóvenes, de diversos pueblos que él había recorrido en su trabajo, que quisieran avanzar en un compromiso mayor de vida cristiana, de progreso hacia la santidad verdadera; jóvenes que se propusieran el objetivo de buscar la gloria de Dios y la conversión de los pecadores, por el ejercicio de las virtudes cristianas, singularmente de la humildad, castidad y obediencia, por la frecuencia de los sacramentos de la penitencia y de la Eucaristía, por una tierna devoción filial a la Virgen Madre de Dios, siguiendo el ejemplo de San Luis Gonzaga. Surgió así, por iniciativa de Pedro, la «Sociedad de San Luis». El apostólico joven redactó la «Regla de los hermanos de la sociedad de San Luis bajo la protección de María siempre virgen». El obispo de Tréveris, mons. Guillermo Arnoldi, aprobó esta regla. Pero los primeros pasos de la piadosa cofradía no fueron fáciles; algunos miembros mantuvieron una oposición al fundador y desertaron de la empresa.

En este período de crisis (1848-1849), Pedro maduró el proyecto de una verdadera vida religiosa. Su director espiritual, el sacerdote Antonio Liehs y el obispo Arnoldi, que tenía en su mente proyectos de renovación social en la diócesis, apoyaron al joven que albergaba el proyecto de fundar un Instituto al servicio de los enfermos, del que no disponía la diócesis de Tréveris. Entonces el prelado dio permiso a Pedro para que levantara en Weitersburg un pequeño convento, como ensayo de otros que deseaba abrir para servicio de los enfermos. El obispo Arnoldi dirigió luego a Pedro al noviciado de los Hermanos de la Misericordia (alexianos), fundados en la Edad Media en Aquisgrán para la asistencia de apestados y sepultura de los difuntos; el prelado tenía el proyecto de restaurar en Tréveris el

antiguo convento de alexianos, que había sido suprimido por la Revolución francesa en 1802. Pedro obedeció, pero la experiencia del noviciado en Aquisgrán no le satisfizo. Estaba convencido de que él debía aportar un nuevo fuego, un nuevo espíritu, un nuevo estímulo.

En el pequeño convento de Weitersburg, el fundador dio inicio a la nueva fundación autónoma; pero la pequeña localidad no parecía ser apta para el despligue del nuevo servicio y apostolado, así que la casa de la congregación naciente se trasladó a Coblenza. Los primeros compañeros de Pedro se dedicaron al servicio de los enfermos a domicilio; pero ello dificultó la vida comunitaria de los Hermanos. Por eso Pedro se apresuró a buscar una base estable para acoger a los enfermos y asegurar la vida común de los que aspiraban a la vida religiosa. El obispo de Tréveris nombró al párroco don Felipe de Lorenzi su delegado para asistir a Pedro en el inicio de su obra. En la fiesta de la Anunciación, 25 de marzo de 1851, el bienaventurado fundador, con dos compañeros, vistió el hábito religioso (el mismo de los alexianos) y el 14 de marzo del año siguiente emitió los votos perpetuos ante el sacerdote delegado don Felipe, el cual siempre se comportó como un verdadero padre y protector del nuevo Instituto, superando dificultades y buscando apoyo espiritual y económico para una obra tan importante para el bien de la diócesis y de sus fieles enfermos. Don Felipe redactó la regla de la nueva institución. Así nació la Congregación de los Hermanos de la Misericordia de María Auxiliadora, para el servicio de los enfermos, a los que el obispo de Tréveris dio la aprobación canónica en 1852 en Coblenza.

Al año siguiente, en Tréveris, a petición del obispo, se abrió la primera filial para el servicio de enfermos a domicilio. El prelado aprobó los estatutos de la fundación en 1856. En 1858 se inauguró la primera casa en el extranjero, en Luxemburgo.

La primera labor de los Hermanos de la Misericordia fue la atención a los enfermos mentales, asistencia que ya habían prestado los alexianos. Después, ampliaron su radio de acción.

El bienaventurado fundador fue el superior general de los Hermanos de la Misericordia hasta su feliz tránsito. Siempre se comportó con docilidad al Evangelio, desprovisto de toda hu-

mana apariencia; sólo pretendía buscar el Reino de Dios y su gloria, siguiendo aquellos consejos que pudieran ser de mayor provecho a los pobres e indigentes. Fue imitador de Cristo que no vino a ser servido sino a servir (Mt 20,28). Sacaba fuerza para su obra de la íntima comunicación con Dios, de su piedad filial hacia el Padre, de la Eucaristía, de su devoción al Crucificado y a María. Seguía con fruición los consejos de los varones prudentes. Así reza el decreto de beatificación.

> «Especialmente los sufrimientos, la pobreza, las dificultades que acompañaron, como la sombra sigue a la luz, su vida desde la infancia, lo defendieron y protegieron; le inclinaron hacia las necesidades de los demás, siempre benigno y generoso, no aferrado a las cosas humanas sino confiado en la gracia divina. Apoyado en su oración continua, venció las dificultades que se oponen a la vocación religiosa [...] Sacaba toda su fuerza de estas palabras de Cristo: "Cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, creed que lo vais a recibir (Mt. 21,22)"».

La muerte le sobrevino en Coblenza, el 21 de diciembre de 1861. Pocos días antes había escrito:

> «Oh si pudiera cantar con los ángeles en el cielo el día de la Navidad de Cristo: Gloria a Dios en las alturas. ¡A Dios todo le es posible!».

Dios le concedió el anhelo de tal Navidad. Oyó cantar, mientras se estaba muriendo, una canción mariana que tanto disfrutaba cantar en su juventud y que enseñaba a cuantos se la oían cantar.

A pesar del frío invernal, una multitud asistió a sus funerales: gente del pueblo y autoridades, cuantos admiraban su obra y agradecían una vida gastada y desgastada a favor de los más humildes. El título de su testamento espiritual revela el perfil espiritual de su acción misericordiosa: *un fuego nuevo.*

Permaneció en su país de origen, en los pueblos beneficiarios de sus fundaciones, la fama de santidad y la memoria agradecida de sus virtudes. La curia episcopal de Tréveris inció el proceso ordinario en 1927. La Congregación de las Causas de los Santos, a través de su sección histórica, redactó la *positio* (estudio) sobre la vida y virtudes del siervo de Dios. El 24 de setiembre del año jubilar de 1983 Juan Pablo II lo declaró Venerable al proclamar sus virtudes heroicas; el mismo papa aprobó el

milagro requerido en 1984; y celebró su beatificación en la Basílica Vaticana el 23 de junio de 1985, ante una multitud de fieles, venidos sobre todo de Alemania.

Su Congregación de los Hermanos de la Misericordia fue expandiéndose. Tréveris, Luxemburgo, Kyllburg, Coblenza son fundaciones en vida del Beato Pedro. Durante el *Kulturkampf,* el nuevo Instituto apenas tuvo que soportar contrariedades. Sólo trasladó el noviciado de Tréveris a Luxemburgo (1875), pero volvió al lugar primitivo en 1888.

En 1937 la congregación había llegado a tal crecimiento que fue dividida en cuatro provincias: la alemana, la suiza-italiana, la francesa y la luxemburguesa. En Malasia y en Brasil los Hermanos tienen casas de misión. En 1975 la congregación contaba con 241 profesos en 24 casas.

PERE JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 77 (1985) 1025-1030; 79 (1987) 172-176.
AMOROSO, F., *Dalle fulliggini dei camini alla gloria degli altari. Vita del Beato P.F. fondatore dei Fratelli della Misercordia di Maria Ausiliatrice* (Roma 1985).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.516-517.
GATZ, E., «P.F. (1819-1860). Sein Leben und Werk»: *Trierer theologische Zeitschrift* 78 (1969) 228-39.
HÜMMELER, H., *Eines Menschen Weg zu Gott* (Tréveris 1951).
— *Peter Friedhofen. Der Man und das Werk* (Tréveris 1951).
KROLL, J., *Bruder Peter Friedhofen* (Tréveris 1926).
L'Osservatore Romano (24/25-6-1985).
MEURERS, H. VON, *Peter F. Schornsteinfeger un Ordensstifter* (Múnich-Galbach 1935).
PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione,* IV (Roma 1977) cols.667-669; 978-979.
SCHEID, N., *Bruder Peter Friedhofen, Stifter der Genossenschaft der Barmherzigen Brüder vom hl. Joannes von Gott zu Trier. Ein Lebensbild* (Kevelaer 1922).
— *Kirche und Krankenpflege im 19. Jahrhundert* (Múnich 1971) 413-421.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO DOMINGO SPADAFORA
Presbítero († 1521)

Nace en Randazzo, Sicilia, a mediados del siglo XV en el seno de una familia ilustre y opulenta. Educado en la comodi-

dad pero también en sentimientos religiosos, entró muy joven en el convento dominico de Santa Zita de Palermo. Hizo la profesión religiosa y los estudios correspondientes para el sacerdocio. Ordenado sacerdote, fue enviado a Padua a fin de completar los estudios y recibió el magisterio en sagrada teología. Vuelto a Palermo, ejerció con gran fruto el ministerio de la predicación hasta que el maestro general de su Orden, padre Turriano, lo llama junto a sí para que le ayude en el gobierno de la Orden. Por encargo del general funda en Montecerignone el convento-santuario de la Virgen de las Gracias (1493-1498), quedando a continuación al frente del mismo y edificando a todos con su vida santa y su celo apostólico, logrando mucho fruto en las almas y suscitando numerosas vocaciones religiosas. Murió repentinamente el 21 de diciembre de 1521. Su culto fue confirmado el 12 de enero de 1921 por el papa Benedicto XV.

SANTOS ANDRÉS DUNG LAC Y PEDRO PHAN VAN THI

Presbíteros y mártires († 1839)

El lector tiene una noticia conjunta de los mártires de Vietnam o Indochina el día 24 de noviembre. Por ella puede ver la dura persecución sufrida por la Iglesia vietnamita y la generosa entrega de los mártires con su ejemplar firmeza. El grupo de mártires de Vietnam ha entrado en el misal romano y en la Liturgia de las Horas del 24 de noviembre, encabezado por el primero de los mártires de hoy, San Andrés Dung Lac. Lo acompañó en el martirio el también sacerdote San Pedro Phan Van Thi.

Éstos son sus datos personales:

ANDRÉS DUNG LAC había nacido de padres paganos y muy pobres que de pequeño lo vendieron a un catequista. Éste lo entregó en la misión de Vinh-Tri, donde fue bautizado y educado cristianamente. Luego de un período de preparación, ejerció el cargo de catequista, y a los diez años de serlo, fue admitido a prepararse para el sacerdocio, ordenándose el 15 de marzo de 1823. Regentó con competencia y celo varias parroquias. Estaba al cargo de la de Ké-Dam cuando hubo de dejarla porque la

persecución le destruyó el templo, y se fue a Ké-Sui y allí colaboró con su ministerio hasta que fue arrestado. Los cristianos ofrecieron plata al mandarín y éste lo soltó, y entonces cambió su nombre de Dung por el de Lac a fin de pasar desapercibido. Pudo trabajar apostólicamente en las regiones de Hanoi y Nam-Dinh, y sentía escrúpulos de estar escondiéndose y privándose de la corona del martirio. Tras cuatro años de clandestinidad fue apresado el 10 de noviembre de 1839 cuando había acudido a la casa del sacerdote San Pedro Phan Van Thi para confesarse. Cuando el prefecto supo la presencia de ambos sacerdotes, optó por arrestarlos, pero, gracias al dinero que le dieron los cristianos, soltó a Andrés. Pero al bajar de la barca en que huía de aquella zona fue preso y llevado a la cárcel de Hanoi. Invitado a apostatar, se mantuvo firme y fue condenado a muerte, siendo decapitado.

PEDRO PHAN VAN THI había nacido en Ké-So en 1763 en una familia cristiana de condición humilde. Fue primero unos años catequista y luego admitido al seminario, ordenándose sacerdote el 22 de marzo de 1806, con 43 años. Aunque no gozaba de buena salud, se dedicó por entero a su ministerio, que ejerció primero en el poblado de Song-Chay y desde 1832 en el de Ké-Song. Preso con San Andrés Dung Lac el 10 de noviembre de 1839, el dinero reunido por los cristianos sólo dio para la libertad de San Andrés, y cuando el prefecto supo que San Andrés, nuevamente preso, iba para Hanoi envió también a Pedro. Siendo de constitución débil y enfermiza, temieron no resistiera los interrogatorios y malos tratos, pero no murió en ellos. Los soportó con gran paciencia y murió decapitado a causa de su fe el 21 de diciembre de 1839 en Hanoi junto con su compañero de cárcel, San Andrés Dung Lac.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

22 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de los santos Queremón († 250), obispo nilopolitano, y muchos otros mártires en Egipto *.
2. Igualmente, la conmemoración de San Isquirión († 250), mártir en Egipto.
3. En Roma, en la Vía Labicana, treinta santos mártires que fueron coronados en un mismo día (fecha desconocida).
4. En Raitis (Egipto), cuarenta y tres santos monjes, martirizados por los blemios († s. IV).
5. En Utrecht (Lotaringia), San Hungero († 866), obispo *.
6. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Holland († 1642), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir bajo el reinado de Carlos I **.
7. En Chicago, Illinois (Estados Unidos de América), Santa Francisca Javiera Cabrini († 1917), virgen, fundadora del Instituto de Misioneras del Sacratísimo Corazón de Jesús **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO TOMAS HOLLAND
Presbítero († 1642)

Tomás, hijo de Ricardo y Ana Holland, nació en el año 1600 en el pequeño poblado de Sutton. Sus padres pertenecían a una de las mejores familias del condado de Lancaster y los dos fueron católicos fervorosos. La prueba de esto está en las multas que tuvieron que pagar desde el año 1587 por no asistir a los cultos religiosos del protestantismo, impuesto como religión oficial por el Estado. De la juventud de Tomás sabemos muy poco, pero podemos imaginar cuánto influyó en la vida del futuro mártir el ambiente de persecución religiosa en el cual tuvo que pasar esos años.

Cuando todavía era muy joven, sus padres le mandaron al colegio de Saint Omer, en Flandes, donde, lejos de toda persecución, empezó sus estudios en un ambiente plenamente católico. Permaneció allí unos seis años, y tanto sus profesores como sus compañeros de estudios expresaron su admiración por su piedad y su carácter lleno de dulzura.

Al terminar sus estudios en Saint Omer se trasladó al colegio de San Albano, en Valladolid, donde fue admitido como seminarista en el año 1621, prestando el acostumbrado juramento de dedicar su vida a la misión en Inglaterra el día de la fiesta de Santo Tomás de Canterbury, el año 1622.

Mientras estuvo Tomás en Valladolid, el príncipe Carlos Estuardo, más tarde rey de Inglaterra bajo el nombre de Carlos I, hizo una visita a Madrid con la idea de negociar su boda con la infanta María. Los jóvenes estudiantes de Valladolid quisieron aprovechar esta ocasión para saludar a su futuro rey, en el que habían fundado todas sus esperanzas para un renacimiento de la verdadera religión en su país. Con este fin mandaron a Tomás a Madrid, donde, en nombre de todos sus compañeros, pronunció un discurso en latín, que fue muy elogiado por el príncipe.

Al terminar sus tres años de filosofía tuvo que marcharse de España por razones de salud —toda su vida había estado bastante delicado—, como revela el retrato que de él se conserva en el colegio.

Volvió a Flandes, donde ingresó en el noviciado de los jesuitas en Watten. Allí terminó sus estudios teológicos y recibió la sagrada ordenación. Después de ordenarse pasó una temporada como padre ministro en Gante, y después volvió a Saint Omer, donde ocupó el puesto de prefecto, siendo uno de los mejores que había tenido dicho Colegio en su larga historia según sus compañeros. En mayo de 1634 ocupó el cargo de coadjutor espiritual en Gante, pero el año siguiente, como su salud continuaba muy delicada, sus superiores decidieron mandarle a Inglaterra, creyendo que el cambio de clima la beneficiaría mucho. Pero el beneficio iba a ser en el campo espiritual, no en el de su salud.

En Inglaterra Tomás empezó su labor de misionero, trabajando casi todo el tiempo en Londres, donde muy pronto se hizo famoso no solamente entre los católicos, sino también entre sus enemigos, quienes le buscaban con mucho afán. Logró escapar de sus manos muchas veces, según sus compañeros, por su gran habilidad en disfrazarse. Mediante unos cambios sencillos en la peluca y en la forma de la barba, aparecía un día

como un caballero, otro día como un comerciante, un soldado y a veces un criado. En este trabajo le ayudó muchísimo su conocimiento de idiomas, porque hablaba francés, flamenco y castellano perfectamente, de tal manera que a veces ni sus íntimos amigos le conocían al encontrarle por la calle.

Pero la habilidad nada puede contra la traición, y lo sabía muy bien Tomás, como los otros mártires. Efectivamente, el día 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, le hicieron prisionero mientras paseaba por la calle, siendo traicionado por un jesuita apóstata, Tomás Gage.

Al principio le metieron en la cárcel que se llamaba New Prision, en las afueras de Londres, donde continuó su labor sacerdotal, a pesar de saber que se estaba tratando por todos los medios de probar que era sacerdote. Cuando se acercó el tiempo para la reunión del Tribunal Supremo, le trasladaron a Newgate, donde habían estado tantos de sus compañeros en el sacerdocio y en el martirio, y el día 7 de diciembre apareció delante del tribunal de Old Bailey acusado de ser sacerdote. Sus acusadores fueron el apóstata Gage y dos agentes de la policía.

Tomás se defendió con su acostumbrada habilidad y pudo demostrar que no existía ninguna prueba de su sacerdocio. Entonces el juez empleó un truco que nos hace recordar el método usado por el sumo sacerdote del pueblo de Israel contra Cristo. Le rogó que declarara, bajo juramento, no ser sacerdote. A esto Tomás contestó que no era costumbre, según las leyes de Inglaterra, que un reo se librase mediante tal juramento, sino que hacían falta pruebas contundentes de su culpabilidad, o tenían que dejarle en libertad. Esta defensa fue muy aplaudida por los asistentes al juicio, pero no le sirvió, porque el jurado declaró en contra de él, a pesar de que el alcalde de Londres y otros que estaban presentes declararon que tal sentencia era contra las leyes del país.

El siguiente sábado, día 10 de diciembre, fue pronunciada la sentencia definitiva, y Tomás fue condenado a muerte. Le trasladaron otra vez a la cárcel de Newgate, donde esperó la ejecución de la sentencia dos días después. En la cárcel le visitaron muchas personas, entre ellas el señor De Lisolas, embajador de Su Majestad imperial, quien mandó a un pintor para hacer un

retrato del mártir, que se conserva todavía en el Colegio de San Albano, donde fue alumno tantos años. El duque de Vendóme quiso hacer una instancia para librarle de la pena de muerte, pero Tomás le rogó que no lo hiciese.

El lunes siguiente a su condena, a eso de las diez de la mañana, fue arrastrado en el zarzo desde Newgate hasta la horca de Tyburn, donde le esperaba mucha gente, entre ellos el embajador de España y su séquito. Se dice que el mismo sargento de la guardia contestó a algunos que le preguntaron por qué era llevado a la horca aquel hombre, diciendo que iba a morir contra la ley y la justicia. Al llegar a Tyburn, Tomás habló a la gente allí reunida y después fue ahorcado. Tal fue su prestigio, que tuvieron que dejarle morir en la horca antes de descuartizarle, según la costumbre. Murió el día 22 de diciembre de 1642, a la edad de cuarenta y dos años.

Goza de gran veneración por parte de los católicos, y aun los mismos anglicanos expresaron su admiración por su coraje en la hora de su muerte. Según un amigo íntimo de él, era un hombre de talento privilegiado, de un celo extraordinario en el servicio de Dios. Tal fue su competencia en materia de la vida espiritual, que le llamaron «la biblioteca de la piedad».

DAVID LIONEL GREENSTOCK

Bibliografía

The Catholic Enciclopedia. VII: *Gregory-Infalibility* (Londres 1914) p.393.
CHALLONER, R. *Memoirs of missionary priests as well secular as regular and of other Catholics of both sexes, that have suffered death in England on religious accounts from the year of our Lord 1577 to 1684,* II (Londres 1924) n.174.
POLLEN, J. H., *Acts of the English Martyrs* (Londres 1891) 338-367.
• Actualización:
MORRIS, J., SJ, *The english martyrs* (Londres 1971).

SANTA FRANCISCA JAVIERA CABRINI

Virgen y fundadora († 1917)

Los biógrafos de la santa nos cuentan que solía jugar de niña en un arroyuelo haciendo barquitos de papel, en los que colocaba unas violetas. «¡A China!», les decía. Un día se cayó en el riachuelo y desde entonces tuvo un miedo muy grande al

agua la mujer que en su vida recorrería diecinueve veces el Océano. En las violetas que viajaban en sus barquitos de papel alguien ha querido ver a las misioneras del Sagrado Corazón de Jesús que más tarde fundaría. ¡China! Al amor de la lumbre leían en el hogar, al caer la tarde, las vidas de los santos y los anales de la Propagación de la Fe. Los países de infieles la seducían.

Francisca Cabrini vino al mundo el 15 de julio de 1850. Fue la penúltima de once hermanos. En su casa conoció la virtud tradicional de unos honestos y sobrios trabajadores de la tierra. Nació en Italia, en Sant'Angelo Logidiano, pequeño pueblo de la feraz Lombardía. Su padre, Agustín, era un modesto propietario. Su madre, Stela Oldini, era modelo de madre tierna y hacendosa. La muerte irá llevando poco a poco a sus hermanitos. Vivirán únicamente Rosa, Juan Bautista y Francisca. Esta va creciendo débil y delicada. Su hermana Rosa, que le lleva quince años, ayudará a su madre en la educación de nuestra Santa. Rosa es severa; tiene un rígido sentido del deber. Quiso ser religiosa, mas las necesidades de la casa se lo impidieron. Pero en los planes divinos contribuiría a forjar una santa. De su madre heredó Francisca la ternura de Rosa, un sentido de responsabilidad extraordinario.

Francisca, a los ocho años, recibe el sacramento de la confirmación, que la hace auténtico soldado de Cristo. La firmeza y su espíritu sobrenatural caracterizaron toda su vida y toda su obra. Al año siguiente recibe la primera comunión. Débil, tímida, abstraída, cuando llegue la hora su timidez se cambiará en la franca libertad de la mujer fuerte. A los once años ofrece al Señor su virginidad. Renovará el holocausto a los diecinueve años, aunque a la sazón las circunstancias no fueran muy favorables para ser acogida en un Instituto religioso. Teniendo trece años oye hablar a un misionero y decide ser religiosa. Su hermana Rosa la humilla: «¡Tan pequeña, tan ignorante, y soñando con ser misionera!» A los dieciocho años consigue en la Escuela Normal de Lodi el título de maestra. Es de entendimiento despierto y tiene un afán enorme por conocer. Con la muerte de sus padres, ambos mueren en el espacio de once meses, cuando Francisca tenía veinte años, se cierra ese período de vida familiar tan rico en alegrías íntimas y de tan felices recuerdos. Su

hermana Rosa acompañará a Juan Bautista cuando éste emigre a Argentina.

Para Francisca, el Magisterio es un sacerdocio. Por consejo de su padre espiritual va a Vidardo, a suplir, para quince días se pensaba, a una maestra enferma, y permanece en este puesto durante dos años. Su labor en este pueblo es eminentemente apostólica y social. Por esta época un vómito de sangre le cierra las puertas de dos Institutos religiosos. Será una prueba providencial que alargará su permanencia en el mundo para lograr mayor experiencia de las personas y de las cosas.

El reverendo Serrati, párroco de Vidardo, es trasladado a la parroquia de Codoño. En este pueblo, de 8.000 habitantes, existe el Hospicio de la Providencia, muy necesitado de orden y de cuidado. El nuevo párroco de Codoño sabe muy bien que Francisca, a pesar de sus veintitrés años, es capaz de poner las cosas en su sitio, gobernando una institución en la que un grupo de mujeres mal avenidas hacían gala de piadosas y tenían una responsabilidad para la cual no estaban preparadas. Cabrini viene por obediencia. Es el 12 de agosto de 1874.

Cuatro años antes este grupo de mujeres se había constituido en Instituto religioso. Vistieron el hábito y emitieron los tres votos. Francisca Cabrini emite los votos en este Instituto el año 1877 y el 30 de agosto del mismo año es nombrada superiora del Hospicio de la Providencia.

Después vienen los enfados, las disensiones, las incomprensiones, los dramas íntimos. Las lágrimas que sorberá la Santa en silencio serán rocío que vivificará esta rosa que nace entre las espinas. Pequeñas y grandes perfidias, envidias, sarcasmos. La respuesta es: paciencia.

El señor obispo disuelve el Instituto. El vino nuevo se colocará en odres nuevos. El prelado llama a Cabrini: «Tienes deseos de hacerte misionera; no conozco ningún Instituto de misioneras: funda uno». Francisca Cabrini tiene treinta años cuando escucha estas palabras.

El 10 de noviembre de 1880 se firma en Codoño la compra de un edificio y a los cuatro días tiene lugar la consagración de Francisca Cabrini y de sus siete primeras hijas. Preside la imagen del Sagrado Corazón, como en todas las casas que erigirá el

nuevo Instituto, que se llamará de Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús. El día 3 de diciembre, festividad de San Francisco Javier, lo celebran con gran fervor. Desde esta fecha Francisca se llamará Francisca Javier. También ella sueña con China

En 1881 obtiene la aprobación diocesana y en 1901 logrará la pontificia. El cardenal Vives y Tutó, prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, afirmó en esta ocasión: Si en todo el período de mi prefectura solamente hubiera firmado este decreto, tendría bastante de qué gloriarme

El pensamiento de la Santa corre ahora hacia China, como aquellos barquitos de papel que llevaban violetas mecidas por la corriente del arroyuelo de su infancia.

El grano de mostaza empieza a expandirse. La madre Cabrini morirá a los sesenta y siete años, después de haber fundado personalmente 67 casas. En los comienzos figura la de Milán, residencia para las muchachas que emigran de los pueblos a la ciudad por razón de estudios. Con idéntico fin fundará otra en Roma poco después y más tarde en Génova.

El papa León XIII, que dio el sello al Instituto, le marcará también el camino. Cabrini buscaba China, los países salvajes. No quería para sus hijas la comodidad de la civilización, que entibiaría su espíritu. Pero...

Por aquel entonces regía la diócesis de Piacenza un santo y celoso prelado, monseñor Scalabrini. Hacía unos años que había fundado una asociación de misioneros que tenía por finalidad asistir, principalmente en América, a millares de emigrados italianos que vivían en una deplorable situación moral y religiosa. Pero a todos ellos les faltaba la delicadeza y la ternura de una madre. Propuso la idea a Santa Francisca Javier. A la madre Cabrini no se le presentaba todavía esta labor en toda su grandeza. No por falta de celo ni de espíritu, sino porque no en balde había acariciado la idea del Oriente durante treinta años.

León XIII conocía muy bien la triste situación de los emigrados italianos en ultramar. Hacía poco tiempo que había lanzado un conmovedor grito de socorro a los obispos americanos para que vinieran en su ayuda. Cuando la madre Cabrini va a exponer al Santo Padre la proposición de monseñor Scalabrini, recibe una orden explícita perentoria: «Al Oriente, no; al Occidente».

Cristo ha hablado por boca de su Vicario. China desaparece como nube arrebolada herida por el sol.

Bastaba recorrer el andén de Turín o asomarse a los puertos de Génova y Nápoles para ver el espectáculo: maletas, fardos pesados, y sobre ellos, sentados, hombres, mujeres y niños.

Muchos analfabetos. Todos sin orientación, sin rumbo fijo, sin ninguna asistencia. Han de buscar en otros horizontes lo que en su patria no encuentran. Víctimas de engaños, sin recursos económicos, van a regar con su sudor y con su sangre los campos, las minas, las industrias de ultramar. Marchan a los grandes desiertos, a las enormes ciudades, a un mundo distinto y extraño, fundidos entre los nativos, entre los franceses, españoles, portugueses, irlandeses... En una mezcolanza impresionante de ideas, de credos y de razas.

Frente a una lucha a muerte contra todo lo que se opusiera al logro de sus legítimos deseos de mejorar o de vivir. Sin asistencia espiritual, sin colegios, sin asilos, sin orfanatos, sin hospitales, sin solidaridad nacional, sin recíproca comprensión, vivían o malvivían a la sazón en América cerca de un millón de italianos. Después este número ha crecido extraordinariamente. Faltaba una asistencia amorosa y paciente que conservara íntegra su fe, mantuviera su esperanza, diera a su camino áspero y duro un sentido noble de misión e hiciera consciente tanto dolor como medio de superación y elevación personal y colectiva. Faltaba una cultura, que de suyo constituye siempre una gran fuerza moral y brinda oportunidad para triunfar. Tan lamentable espectáculo hizo decir a monseñor Scalabrini: «Se me enciende el rostro de vergüenza. Me siento humillado en mi doble condición de sacerdote y de italiano».

El 13 de julio de 1888 había partido para América el primer grupo de misioneros de monseñor Scalabrini: siete sacerdotes y tres legos. Llevaban un crucifijo y la bendición de León XIII. El 21 de marzo de 1889 el navío Bourgogne sale de El Havre llevando a Francisca Javier. Va a Nueva York para hacer su primera fundación. En el camino se cruza un telegrama del arzobispo de Nueva York en el que le anuncia que desiste de sus propósitos de fundar un orfanato por haber fallado sus planes. Por eso, al llegar, las recibe únicamente la estatua de la Libertad. Van la madre y seis religiosas. El saludo de monseñor Carrigan es: «Me

parece que la mejor solución es que regresen a Italia». Este comienzo es el pórtico de una vida llena de penalidades.

Alguien ha dicho: «Si Cristóbal Colón descubrió América, la madre Cabrini ha descubierto a todos los italianos en América». Y es verdad. Fue a su encuentro y los halló en los barrotes de la cárcel, en el campo de trabajo, en la orilla de los ríos, en los muelles de los puertos, en las tabernas, en las buhardillas. Dondequiera que un alma de su tierra sufría y lloraba, allí llegó la madre Cabrini. Con su sonrisa ancha, con afán de servicio, con la ilusión de renovar el follaje seco injertándolo en el árbol perenne, siempre fresco, de la Iglesia. «Trabajemos, trabajemos. Luego tendremos toda una eternidad para descansar», decía constantemente.

A los cuatro meses vuelve a Italia. ¿Cómo relatar ahora en tan breve espacio los diecinueve viajes que realizo a través del Océano?

Fundó en Italia, en Francia, en Inglaterra y en España. Creó personalmente hospitales, preventorios, orfanatos, colegios y asilos en Nueva York, Nueva Orleáns, Denver, Los Ángeles, Chicago, Seattle, Filadelfia, etc.

En América Central fundó en Costa Rica, en Panamá y en Nicaragua.

De la bahía de Costa Rica es esta anécdota: el barco ha fondeado cerca de la costa. En una barquita se acercan las religiosas a tierra para comulgar. Como preparación van cantando. De improviso unas aves, en ordenado vuelo, se colocan encima del esquife. La madre dice: «Son las jóvenes americanas que ingresarán en el Instituto». Una religiosa le dice: «¿No serán las almas que por nuestro sacrificio se salvarán?» La respuesta es inmediata. Millares de aves acuáticas levantan el vuelo y giran en torno de la embarcación. Este doble presagio se cumplirá: a la muerte de la madre Cabrini el Instituto contaba ya con dos mil religiosas. ¿Y quién podrá contar las almas que se han salvado y se salvarán por su mediación? ¿Quién podrá describir su paso por la cordillera de los Andes sobre una mula, y el encuentro con los icebergs frente a Terranova, y las terribles tempestades, tras las cuales, sobre el lomo del mar pacificado, se veían innumerables restos de veleros hundidos, y sus viajes de siete días y

siete noches en tren con altas fiebres? ¿Cómo enumerar las contradicciones de los nativos y connacionales, las estrecheces, las dificultades que surgieron por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas, la guerra que le hicieron los masones, los liberales, las sectas acatólicas?

Hizo fundaciones en Buenos Aires, Rosario de Santa Fe, Mendoza. En el Brasil abre colegios en San Pablo y en Río de Janeiro.

El papa León XIII la recibía aun estando las audiencias suspendidas. El venerable anciano, con admiración de los presentes, le ponía su cansada mano sobre la cabeza, acariciándola mientras decía: «La Iglesia abraza al Instituto». Y añadía: «Trabajemos, trabajemos, que después será muy hermoso el paraíso». Después repetiría la Santa: «Tengo asegurado el paraíso. Me lo ha dicho el Santo Padre».

El día 22 de diciembre de 1917 la madre Cabrini entraba en el paraíso prometido. Moría en Chicago.

En la oración fúnebre el obispo de Seattle decía: «Fue una mujer extraordinaria, no solamente en la historia de América, sino en la historia del mundo entero».

El comisario de la Emigración en América afirmó: «La madre Cabrini ha hecho por los emigrantes mucho más que el Ministerio de Asuntos Exteriores».

Pío XI la inscribió en el catálogo de los beatos el día 13 de noviembre de 1938. El papa Pío XII decretó su canonización el día 20 de junio de 1943.

Y el papa Pío XII, el gran papa de los emigrantes, el día de su canonización destacó en un precioso discurso lo fundamental, el impulso interno que animó todas sus obras: era un alma ricamente dotada por la naturaleza y por la gracia. En ella se dieron cita la audacia y el valor, la previsión y la vigilancia, la perspicacia y la constancia. La desconfianza en sí misma se tradujo en confianza inmensa en Dios. Fue misionera del Corazón de Jesús, al que hizo conocer, adorar, amar y servir.

Pío XII recordó la frase de la Santa: «Yo siento que el mundo entero es demasiado pequeño para satisfacer mis deseos». Y a continuación hacía hablar Su Santidad a Porcia, el personaje de Shakespeare, símbolo de la mujer estéril y aburrida: «Mi pe-

queño cuerpo está cansado de este gran mundo». ¡Qué contraste! Fue humilde de corazón, obediente, desprendida y virginal. Vivió una vida de unión íntima con el Corazón de Jesús, autor de la gracia, y con el Corazón de María, madre de todas las gracias.

JAVIER PÉREZ DE SAN ROMÁN

Bibliografía

LUCA, G. DE, *La bienaventurada Francisca J. Cabrini* (Buenos Aires 1943).
SANCTIS ROSMINI, E., *Santa Francesca Saverio Cabrini* (Roma 1946).
Viajes de Santa Francisca Javier Cabrini. Epistolario (Buenos Aires 1957).
• Actualización:
CABALLERO HAMILTON, A., *Santa Francisca Javier Cabrini. Mensajera del amor de Jesús* (Madrid 2005).
Entre una y otra ola. Viajes de la madre Francisca Javier Cabrini, fundadora de las Misioneras del Sagrado Corazón de Jesús (Madrid 1973).
MAYNARAD, T., *Un mundo demasiado pequeño. Vida de Santa Francisca Javier Cabrini* (Madrid 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN QUEREMÓN Y COMPAÑEROS

Mártires († 250)

Tenemos noticias de San Queremón por la carta de San Dionisio de Alejandría a Fabio de Antioquía y por las noticias que sobre la persecución de Decio proporciona Eusebio de Cesarea. Queremón era obispo de Nicópolis en Egipto y era ya un hombre anciano cuando la persecución de Decio. Lo mismo que él otros muchos cristianos hubieron de huir a los desiertos donde muchos murieron de hambre y de sed, otros fueron devorados por las fieras, otros fueron asaltados y muertos por las bandas de malhechores que cruzaban el desierto, de modo que la huida se convirtió para ellos en un encuentro con el martirio. Y a todos ellos los recuerda la Iglesia.

SAN HUNGERO
Obispo († 866)

Hungero era frisio y nació a finales del siglo VIII. Aparece como obispo de Utrecht, cargo para el que fue elegido el 18 de mayo de 854, y le tocó vivir la tremenda experiencia del asalto normando a Frisia, en 857. Utrecht fue tomada y destruida y hubo de concederse a los asaltantes un amplio terreno. El obispo entonces se refugió en Prüm, donde estaba el rey Lotario, haciendo ver la situación de tragedia de su diócesis. Le acompañaban algunos miembros de su cabildo. Se le permitió retirarse al monasterio de Odilienberg, que el rey Lotario le donó el 11 de enero de 858. Estuvo presente en los concilios de Savonières (859) y de Metz (863) y murió, según parece, el 22 de diciembre de 866. Celebrado en la diócesis de Haarlem, no lo registraba el anterior *Martirologio romano* pero sí lo hace el nuevo.

23 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Juan Cancio, de Kety († 1473), presbítero, cuyo tránsito fue tal día como mañana en Cracovia, Polonia **.
2. En Gortina (Creta), santos Teódulo, Saturnino, Euporo, Gelasio, Euniciano, Zótico, Poncio, Agatópodo, Basílides y Evaristo († 250), mártires.
3. En Roma, la conmemoración de San Sérvulo, paralítico († 590).
4. En Chartres (Galia), San Ivo († 1116), obispo **.
5. En Brixen, Beato Hartman († 1164), obispo, anteriormente canónigo regular *.
6. En Islandia, San Torlac († 1193), obispo de Skalholt *.
7. En Canterbury (Inglaterra), San Juan Stone († 1539), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, mártir en la persecución del rey Enrique VIII **.
8. En Valencia, Beato Nicolás Factor († 1583), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores **.
9. En Montreal (Canadá), Santa María Margarita d'Youville († 1771), viuda, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Caridad **.

10. En Sao Paulo (Brasil), Beato Antonio de Santa Ana Galvao de França († 1822), presbítero, religioso franciscano, fundador del Recolhimento da Luz **.

10. En Tjyen-Tiyon (Corea), San José Cho Yun-ho († 1866), joven mártir *.

11. En Castellar, Beato Pablo Meléndez Gonzalo († 1936), padre de familia, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN CANCIO
Presbítero († 1473)

Hagamos un esfuerzo por imaginarnos el ambiente en que se encuadra la figura de este santo y que es, en verdad, muy diverso del que hemos encontrado al hablar de otros muchos. Porque Polonia, en plena Edad Media, presentaba características profundamente similares. No era sólo su clima, extremado y duro, ni la vecindad, siempre amenazadora de los turcos, ni de la singularidad de su régimen político, fuertemente dominado por una aristocracia que, en su ceguera, habrá de conducir reiteradamente a lo largo de la historia al país hacia su ruina. Es, sobre todo, el carácter abigarrado del elemento humano.

Polonia, sin fronteras naturales, fácilmente accesible a sus vecinos, presentaba entonces, como continúa presentando hoy mismo, una extremada mezcla de razas. Cuando en 1390 nace el que habia de ser San Juan Cancio, su pueblo, Kanty, situado cerca de Auschwitz, al oeste de Cracovia, no pertenecía propiamente a Polonia, sino a Silesia y sólo muchos años después, hacia el fin de la vida del santo, volvería a ser polaco. Pero no demos demasiada importancia a esto, porque todo era mezcla. En las mismas poblaciones inequívocamente polacas, continuaba rigiendo el Derecho germánico, juntamente con el polaco, y no era raro oir hablar alemán. Las mismas costumbres estaban fuertemente impregnadas de orientación teutónica. Lo mismo se diga, y mucho más, de Cracovia, donde habría de transcurrir casi toda la vida del santo. Ciudad cosmopolita, constituía el más importante mercado del Este de Europa. Aún no se había descubierto América, ni la ruta del Cabo de Buena Esperanza

permitía traer los productos exóticos desde el Lejano Oriente. Por eso Cracovia era el gran mercado en que se abastecían españoles, italianos, franceses..., y al que concurrían también húngaros, checos, eslovacos e incluso, en los tiempos de paz, los mismos turcos.

En este ambiente va a actuar nuestro santo. Y lo va a hacer en tiempos de intensa fermentación intelectual. Durante toda su vida ha de sentir frente a sí el peso del atractivo que sobre la multitud estudiantil ejercían las nuevas ideas. La universidad pasaba por un buen momento. Fundada por Casimiro el Grande en 1364, había conseguido en 1397 la Facultad de Teología, y se encontraba al mediar el siglo XV en una etapa de extraordinario florecimiento. Los reyes la habían mimado, y los estudiantes acudían a ella en gran cantidad. Pero los errores de los husitas y taboritas no dejaban de ejercer atractivo y se imponía un trabajo duro para defender la ortodoxia.

Al llegar a la universidad, Juan ponia fin a una educación que pudiéramos llamar casi campesina. Había nacido en el seno de una familia patriarcal, y se había educado cristianísimamente, con una orientación ortodoxa, sólida y segura. Incorporado a la universidad, después de algunas duras pruebas que él supo sobrellevar con firmeza, se dedicó con tal entusiasmo a los estudios que su figura pronto destacó. En 1417 obtuvo el doctorado en Filosofía, y poco después en Teología. Ordenado de sacerdote, nombrado canónigo de Cracovia, obtuvo una cátedra de teología en la Universidad, y continuó residiendo en el mismo Colegio Mayor en que había residido mientras fue estudiante. Fuera de su estancia en una parroquia y de sus viajes, no conocerá Juan ninguna otra residencia.

La estampa que nos ha llegado de él a través de los siglos es la de un profesor universitario verdaderamente ejemplar; sin faltar jamás a clase, enteramente al servicio de los estudiantes, consagrando largas horas al estudio, explicando con claridad y humildad, viviendo intensamente la vida universitaria. Sus méritos le llevarán hasta el mismo rectorado y durante muchos siglos la toga morada que él había ostentado mientras fue rector servirá también a quienes le sucedan en el cargo como una consigna de superación y de fidelidad.

No escapó, sin embargo, a las intrigas, no infrecuentes por desgracia en ambientes universitarios. Cuando el claustro hubo de designar algunos de sus miembros para tareas muy delicadas, pudo observarse que prescindían de él. Es posible que su rectitud hiciera de él un profesor incómodo, de los que no transigen, de los que, con su cumplimiento, constituyen una muda reprensión para los demás. Lo cierto es que un buen día la Universidad, correspondiendo a una petición de los feligreses de la parroquia de Olkusz, le designó como párroco de la misma.

La prueba debió de resultarle dura, porque no suele ser fácil que un intelectual se adapte a las tareas pastorales, en directo contacto con las almas. De hecho nos consta, sin embargo, que fue un párroco admirable, y que en los años, que no fueron muchos, que estuvo al frente de su parroquia, ésta cambió profundamente. Había estado hasta entonces muy descuidada, faltando la instrucción religiosa, existiendo en ella facciones y partidos que se odiaban a muerte, y pudiéndose encontrar no poca indiferencia en algunos feligreses. Pero el párroco consiguió transformar por completo la parroquia: la caridad, la unión fraternal, el destierro de los vicios, proclamaron la fina calidad del buen pastor. Sin embargo, a éste se le hacía dura aquella vida, que parece que le condujo a sentir fuertes escrúpulos, y la Universidad terminó por darse cuenta del disparate que había hecho. En 1340 volvía a triunfar a su cátedra de teología. Y poco después fue designado como profesor de religión de la familia real de Polonia.

Es curioso que el santo, que jamas se permitía faltar a clase, hiciera una excepción para emprender por dos veces muy largos viajes. En efecto, primero emprendió una peregrinación hacia Jerusalén, pasando por Roma, ciudad para él amadísima como sede del Papa. Y años después vuelve de nuevo a emprender el camino de Roma, aunque sin condescender con las peticiones de quienes, pasmados por su ciencia, querían que se quedase allí.

En uno de estos viajes le ocurrió el conocido episodio de su encuentro con los ladrones, que demuestra su amor a la verdad. Cuando le hubieron despojado de todo su dinero le preguntaron si tenía más, contestó que no, pero habiendo recordado que

le quedaban unos escudos cosidos en el forro de su manto, llamó a los ladrones para entregárselo.

Más hermosa aún es la anécdota ocurrida en el refectorio del Colegio Mayor en que vivía. Iba a sentarse a la mesa cuando vio a la puerta un pobre pidiendo limosna. Los ojos de todos estaban fijos en él. Con toda sencillez se levantó, entregó su comida íntegra al pobre y al volver a su sitio... estaba allí la comida. Desde entonces, durante siglos, en el colegio universitario de Cracovia se preparaba siempre una ración para un pobre. «Pauper venit», viene un pobre, exclamaba el rector. «Iesus Christus venit», Jesucristo viene, contestaban todos los reunidos. Y la comida era entregada al pobre.

Notemos que, no sólo en su época de párroco, sino también en su cargo de profesor de universidad, San Juan sentía como exigencia de su sacerdocio el trabajo directo con las almas. Con frecuencia se le veía predicando en las iglesias de la ciudad, ordinariamente en latín, lengua entonces muy corriente en Polonia, y a veces en polaco, porque, paradójicamente, en las iglesias de la ciudad se usaba el latín, mientras en la de la Universidad se usaba la lengua nacional.

Inmensamente limosnero, era el paño de lágrimas de todos los estudiantes necesitados de la ciudad. En cierta ocasión, en medio del crudísimo invierno polaco, cruzando la plaza a media noche, encontró a un pobre que temblaba, le entregó su manteo y siguió a cuerpo, muerto de frío, camino de la iglesia para recitar maitines. Casos como éstos, en ocasiones florecidos de milagros, se conservan en gran número en los documentos de la época.

Murió a los ochenta y tres años, en la vigilia de Navidad del año 1473. Pero antes pronunció, ante todo el claustro de la universidad, reunido en torno a su lecho, una hermosisima alocución, en la que condensó su espiritualidad de sacerdote, de canónigo y de profesor de universidad santo:

> «Confiándoos el cuidado de formar la juventud en la ciencia y en las buenas costumbres, Dios os ha elevado, señores y hermanos mios, lo bastantemente alto para que no dudéis en pisotear, como indigna de vosotros, la gloria que los hombres reciben unos de otros, y cuya búsqueda insensata trae frecuentemente la muerte a nuestras almas. Velad cuidadosamente de la doctrina, conservad el

depósito sin alteración y combatid, sin cansaros jamás, toda opinión contraria a la verdad; pero revestíos en este combate de las armas de la paciencia, de la dulzura y de la caridad recordando que la violencia, aparte del daño que hace a nuestras almas, daña las mejores causas. Aunque hubiera estado en el error sobre un punto verdaderamente capital, jamás un violento hubiera conseguido sacarme de él; muchos hombres están sin duda hechos como yo. Tened cuidado de los pobres, de los enfermos, de los huérfanos».

Su voz se quebró al llegar aquí, sin duda por el esfuerzo que estaba haciendo. Descansó un momento, y continuó después:

«Causa y fin de todo lo que existe, Dios eterno y todopoderoso, que gobiernas y conservas por tu divina providencia todo lo que has creado, recíbeme en tu inefable misericordia, y consiente que por la pasión y los méritos infinitos de tu Hijo, yo me reúna a Ti por toda la eternidad».

Y dicho esto, expiró suavemente.

Toda la ciudad se conmovió. Sus funerales fueron verdaderamente extraordinarios. Pronto empezó el rumor de los milagros obtenidos por su intercesión, que Matías de Miechow primero, y después otros continuadores fueron recogiendo en un curioso diario, en el que se reflejan las costumbres polacas del siglo XV, desde 1475 a 1519. Su cuerpo fue enterrado en la iglesia de Santa Ana de Cracovia, en la que sesenta años después se le dio una sepultura más honrosa. Sin embargo, su causa de beatificación se fue retrasando durante muchos años. En 1628 el cura de la iglesia de Santa Ana, Adán Opatavius (Opatowczyk) publicó una vida con un catálogo de milagros, en latín. En 1632 aparecía la traducción polaca. Y en 1680 Inocencio XII le beatificaba. Por fin, el 16 de julio de 1767, Clemente XII le canonizó, cinco años antes de la primera partición de Polonia. Su fiesta fue fijada el 20 de octubre y elevada por Pío VI en 1782 a rito doble.

«Insigne Juan, tú eres la gloria de la nación polaca, el orgullo del clero, el honor de la Universidad, el padre de tu patria».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum. Octobris, t.VIII p.1042-1108.
Analecta Bollandiana 8 (1889) 382-388.
BENOIT, E., *Vie de Saint Jean de Kanti* (París 1862)

SAN IVO DE CHARTRES
Obispo († 1116)

De aquella entrada solemne del obispo de Chartres en la capital de su diócesis se habló mucho por entonces en Europa, Los chartrenses acogieron a su pastor con alborozadas muestras de júbilo: le vitorearon y se postraron a lo largo de las rúas para recibir de nuevo su bendición. Cuando el obispo hubo recorrido las calles recogiendo el homenaje de sus diocesanos, éstos no sabían adónde llevarle. La residencia episcopal estaba desmantelada y cubierta de suciedades por obra del vizconde de Chartres, que durante la ausencia del obispo había malbaratado y profanado los bienes de la mitra.

No era ésta la primera entrada en su diócesis. Venía de la prisión, donde había pasado algunos meses por recriminar la conducta escandalosa del rey. Felipe I de Francía había expulsado a Berta, su mujer legítima, y se había unido a Bertrada de Monfort, esposa del conde de Anjou. El escándalo de este doble adulterio fue enorme. En realidad, no era el obispo de Chartres el superior inmediato del rey a quien correspondía tomar cartas en el asunto. Pero el obispo de Sens y otros muchos de aquella época no tenían autoridad para hablar. Muchos obispos y clérigos estaban aseglarados; recibían el mando de sus diócesis de las manos del rey y a él servían más que al bien de las almas. A esta concesión real de los poderes sagrados la llamaban la investidura laica. Los obispos, al recibirla, se convertían en señores feudales y como tales vivían. Un tal Ulrico de Imola teorizaba sobre la conveniencia del matrimonio de los clérigos y sus palabras caían como rocío en los corazones corrompidos. Era la herejía nicolaita, que estragaba a la Iglesia y desautorizaba la predicación de la palabra divina.

El obispo de Chartres no calló. El rey quería atraérselo y le invitó para que asistiera a sus bodas adulterinas. San Ivo se negó a asistir y comenzó una campaña epistolar encaminada a evitar el escándalo. Se atrevió a afear al rey mismo su conducta. En estas cartas aparece lo que fue siempre norma de su vida: sumo respeto a la autoridad del rey y a sus prerrogativas, grande amor a la institución monárquica, pero suma libertad de obispo para reprender, corregir y predicar. El rey no estaba dispuesto a tole-

rarlo, y menos aún Bertrada, cuya doblez y lascivia quedaban patentes en las reprensiones de San Ivo. La respuesta del rey y de su concubina es la que comúnmente utiliza el vicio poderoso: la violencia. Y como los poderosos tienen siempre quien les sirva sin escrúpulos, el vizconde de Chartres invadió a mano armada los bienes del obispado y metió al obispo en prisión en su castillo de Puiset para quebrantar su resistencia, haciéndole sentir el poder de la autoridad. Llegó a faltarle el pan. El abad de Fécamp, entre otros, le escribía para consolarle y le felicitaba por sufrir persecución por los mismos motivos que otrora San Juan Bautista.

Los diocesanos estaban indignadísimos y trataron de organizar una expedición militar para liberar a San Ivo por la fuerza y reponerlo en su obispado. El santo obispo se opuso del modo más explícito.

> «Rogad por mí —les escribía— como los primitivos cristianos por San Pedro encarcelado, pero os prohibo que vengáis por la fuerza. No aplacaréis a Dios incendiando y devastando, no me haría favor el que llegaran a los oídos divinos los clamores de los pobres y los lamentos de las viudas. Soy vuestro pastor; no he conquistado la mitra por las armas y no volveré a Chartres por la violencia».

San Ivo sabía ser yunque resistente que mella el martillo que lo golpea. Auxiliado por la gracia divina, no cedió ni al favor ni a la violencia, y el vizconde hubo de libertarlo.

Había nacido cincuenta y dos años antes en Beauvais, hacia el año 1040. Sus padres, Hugo de Auteil e Himelberga, eran acomodados, pero no nobles, según asegura en una de sus cartas. Allí estudió sus primeras letras, sin duda en la escuela de alguna de las iglesias. Cuando el muchacho hubo recibido la educación primaria, sus padres enjaezaron las acémilas y le llevaron a París para que estudiara humanidades y filosofía. Afanoso de aprender y también, sin duda, movido de vocación divina, entró en la abadía benedictina de Bec, entonces celebérrima. Enseñaba en ella Lanfranco, antiguo profesor de derecho romano en Pavía, que habia abandonado la vida seglar para hacerse benedictino. La afición de San Ivo a los estudios jurídicos y su intenso amor a la vida monástica se relacionan, sin duda, con el magisterio de Lanfranco. Allí tuvo como condiscípulo a San

Anselmo de Cantorbery. Dos condiscípulos con los mismos ideales de ciencia y de santidad en la misma clase; Dios preparaba sus planes misteriosamente. Más tarde los dos serían obispos y los dos campeones en la lucha de las investiduras. Pero por entonces Ivo no soñaba con planes episcopales. Cuando hubo terminado sus estudios regresó a su tierra de Beauvais y continuó hasta Nesle, en Picardía, para ingresar en el cabildo de canónigos de aquella ciudad.

Los cabildos no eran en aquella época lo que en tiempos anteriores habían sido: un grupo de clérigos en vida común junto a su obispo ocupados en el oficio divino, en el estudio y en la asistencia a su prelado en el gobierno pastoral. Se habían relajado bastante. Cuando San Ivo comenzó su nueva vida añoraba sus días fervorosos y laboriosos de la abadía de Bec y prudentemente se esforzaba por mejorar la situación. Su fama de hombre docto, espiritual y prudente se extendía sin cesar. Por entonces vacó la sede de Beauvais, su tierra natal. Para proveerla eligieron a un piadoso deán llamado Guido, afanoso como Ivo por la reforma de los cabildos. Fundó en las afueras de la ciudad un monasterio de canónigos regulares en honor de San Quintín mártir, y llamó a Ivo para que, como abad, lo gobernara.

El nuevo abad colmó las esperanzas de su obispo. El cabildo vivía en régimen de monasterio bajo la regla de San Agustín; San Ivo escribió las constituciones, organizó la vida común y hasta abrió una escuela de teología en la que él mismo enseñaba. Durante los catorce años que estuvo al frente de su cabildo vio salir de él, al menos, a nueve obispos y muchos deanes para otros cabildos que se inspiraron en la reforma de San Quintín.

Un día también él tuvo que salir.

El obispo de Chartres, Godofredo, era uno de los muchos malos pastores que entonces padecía la Iglesia. Dos veces había sido juzgado por el papa San Gregorio VII por simonía y otros vicios, y las dos veces había logrado evitar la deposición. Pero, lejos de enmendarse, su conducta era cada vez más escandalosa. Urbano II le juzgó de nuevo y, ante las pruebas abrumadoras de su avaricia y de su lascivia, Godofredo fue depuesto. Había que enviar a Chartres un obispo cuya virtud hiciera olvidar los es-

cándalos del anterior. Urbano II escribió al clero y pueblo de Chartres para notificarles la deposición de Godofredo, y a la vez les recomendaba que eligieran a Ivo, abad de San Quintín, cuyo buen nombre había llegado hasta Roma.

Los chartrenses no vacilaron. Siguiendo la costumbre de entonces, el clero hizo la elección en presencia del pueblo, el cual la aprobó con sus aclamaciones.

Ivo recibió la noticia sin ningún entusiasmo. No tenía ninguna gana de dejar su vida de recogimiento y estudio; por otra parte, los amigos de Godofredo, el obispo depuesto, le pusieron todas las trabas imaginables. Ivo quería renunciar a su elección, pero el Papa repuso que, si Ivo no necesitaba el episcopado, el episcopado le necesitaba a él. El rey Felipe le envió el pectoral en signo de su agrado por la elección. Ante esto el santo abad hizo de su nuevo cargo un deber de conciencia. Fue a Roma y el Papa le consagró obispo el 24 de noviembre de 1090 y le envió a Chartres con una carta de recomendación para sus nuevos diocesanos. A partir de entonces comienza su carrera episcopal de veintiséis años, que ha quedado descrita en su abundante y sapientísima correspondencia.

A los dos años de su consagración comienzan sus gestiones en el asunto de la unión adulterina del rey Felipe, que le trajeron como consecuencia la prisión. Liberado de ella, San Ivo siguió condenando con valentía la conducta del monarca y oponiéndose a que esa unión se legitimara ante la Iglesia por la bendición nupcial. «Antes de ser escándalo para los débiles prefiero que me arrojen al mar con una rueda de molino al cuello», decía al rey. En otra carta dirigida a todos los obispos les hablaba así: «Os suplico que no permanezcáis como perros mudos, sin valor para ladrar». Durante doce años vivió en la inquietud; tentativas de mediación, viajes, concilios varios, intervenciones ante la Curia romana, excomunión del rey, absolución, nueva excomunión. Incomprensión por parte de los obispos contemporizadores, acusaciones de terquedad. El rey tenía entonces un papel preponderante en la elección de obispos, y procuraba elegir candidatos dispuestos a tolerar su unión con Bertrada. San Ivo salía al paso de los proyectos reales, consiguiendo que fueran rechazados muchos pretendientes indignos, y promovidos los sabios y virtuosos.

Fue una lucha emocionante por la santidad y el honor del sacerdocio. Este constante forcejeo le traía cada día su dosis de disgustos y sinsabores. Recordaba con nostalgia sus años de vida regular; en 1092 escribía a sus canónigos de San Quintín:

> «Por todas partes encuentro dificultad y persecución. El obispado es un suplicio; el honor, un agobio; la elevación, una tempestad que amenaza con el naufragio. Comparando las ventajas y los inconvenientes de mi estado, a veces me ocurre deleitarme en pensamientos y deseos de una persecución por causa de la justicia que llegara a privarme de mi cargo pastoral, tan lleno de amarguras e inquietudes, de tempestades y angustias; entonces podría descansar en seguridad deleitosa y luminosa. Pero luego me reprocho estos pensamientos y me someto a la voluntad divina; y no me atrevo a hurtar mi cuerpo al trabajo, sabiendo que no muero para mi, sino para Aquél que murió por nosotros. No puedo ser el siervo malo y perezoso».

Por fin los esfuerzos de San Ivo consiguieron el arrepentimiento del rey y su absolución por el papa Pascual II. Felipe y Bertrada prometieron con juramento ante una asamblea de obispos que se separarían. Así acabó, por fin, aquella situación, manantial de dificultades y turbulencias para la Iglesia francesa.

Mucho más grave aún que el problema del matrimonio real fue la cuestión de las investiduras y la herejía nicolaíta. También aquí fue San Ivo un personaje de primer plano en su siglo.

La época de San Ivo es una de las más convulsas y terribles por las que ha pasado nuestra santa madre la Iglesia. La situación a que se había llegado era espantosa: muchísimos clérigos y obispos tenían concubinas; hubo quienes llegaron a celebrar sus bodas sacrílegas con la mayor fastuosidad. Esta lamentabilísima situación procedía de que el Papa no tenía parte en la elección de los obispos: eran los reyes y señores feudales los que los nombraban, casi siempre mediante sobornos y dinero. Tenían incluso un rito para el nombramiento, que consistía en entregar el báculo y el anillo con las palabras «Recibe la diócesis». A esta entrega de la diócesis la llamaban la investidura laica. También los sacerdotes eran nombrados por los señores seglares, porque las iglesias eran de propiedad particular. En estas condiciones fácilmente se comprende que los nombramientos recayeran en clérigos sin vocación eclesiástica, que buscaban los oficios sagrados para provecho propio, no para el servicio de Jesucristo y

de las almas. De ahí el concubinato de los clérigos y la simonía o compraventa de los oficios eclesiásticos. A tales calamidades se llega cuando los políticos usurpan los poderes sagrados que el Señor Jesucristo depositó en su Iglesia.

El Papado yacía impotente, cercado por la avaricia, la lujuria y la soberbia de todos. Y, sin embargo, sólo la Santa Sede podía poner remedio a este espectáculo lamentable. Comenzó con tímidas iniciativas el papa Esteban IX, que había logrado su tiara por elección canónica, sin imposición del emperador. Pero sus voces caían en el vacío y sus condenaciones de los jerarcas que lograran por dinero los cargos eclesiásticos quedaban incumplidas y olvidadas. Era necesario un gigante en la sede de San Pedro, capaz de poner orden en aquel caos. Dios lo suscitó en la persona de Hildebrando, Papa con el nombre de San Gregorio VII, el cual llegó al solio pontificio con la convicción de que su misión era acabar con la investidura laica, que era la razón del cáncer que roía la Iglesia. Con todos los poderes del mundo enfrente, como si fuera la cosa más elemental y sencilla, prohibió la simonía y el concubinato, exigió que se negara obediencia a los clérigos casados y suprimió de un plumazo las investiduras. El que se ordenara por dinero quedaba suspenso del orden recibido y el que recibiera la investidura de un laico perdía su autoridad.

El golpe era temible, pero necesario. El griterío que se levantó en Europa fue espantoso: comenzaba la contienda de las investiduras. Salvo en España, ocupada entonces en su Cruzada contra los musulmanes, todas las malas pasiones se dieron cita en aquel combate que duró más de medio siglo. Las espadas, la diplomacia y los escritos polémicos fueron a ocupar su puesto en el frente de combate. La situación se agravó rápida y peligrosamente. Se acusaba al Papa de herejía, de obstinación, de soberbia: se decía que no era un pastor, sino un lobo furioso. Se prodigaron las excomuniones, y el mismo emperador fue excomulgado, absuelto tras tres días de penitencia en Canosa, y luego otra vez excomulgado y depuesto. Pero éste respondió con un sínodo de treinta obispos cismáticos, que declararon depuesto a San Gregorio VII y nombraron a un antipapa: luego se presentó con un ejército ante la Ciudad Eterna y la tomó para instalar en ella a su antipapa. El santo pontífice tuvo que huir y

murió en el destierro. Cuatro años más tarde las tropas de Urbano II se apoderaban de Roma y el pueblo aclamaba al Papa legítimo. El emperador no se da por vencido: organiza una nueva expedición militar y el antipapa anuncia en un tono bravucón que pronto acabaría la guerra con su triunfo. Un monje de Hersfeld escribía un libro sobre la unidad de la Iglesia lleno de invectivas contra el Papa, a quien acusa de haber despojado, dividido y desgarrado la Iglesia de Cristo.

Cuando este libro comenzó a circular por Europa, San Ivo era consagrado obispo de Chartres por el papa Urbano II, expulsado de Roma por las tropas imperiales. La contienda había comenzado hacía ya cuarenta años, mientras el niño Ivo jugaba en las verdes campiñas de Beauvais. El tema de actualidad en su época de estudiante era la lucha por la independencia de la Iglesia, la elección del Papa por los cardenales, sin intervención de los reyes, que había quedado sancionada en el concilio de Letrán de 1059. Las novedades literarias que apasionaban al joven estudiante eran el tratado contra las investiduras del cardenal Humberto y las gestiones de San Pedro Damiano, que recorría Europa para trabajar por la reforma de la Iglesia. Más tarde en su soledad de Bec y luego en su puesto de abad de San Quintín leyó las admirables obras de San Pedro Damiano sobre la castidad sacerdotal y contra las investiduras. A medida que la lucha se enconaba llegaron a sus manos Bernaldo de Constanza, Anselmo de Luca, Guebhardo de Salzburgo; la resaca de la contienda arrastró hasta su mesa abacial los libelos de los que, débiles, ambiciosos o equivocados, habían puesto su pluma y su ingenio al servicio de los reyes y señores: Sigberto de Grembloux, el Anónimo de York y otros. Al frente de su fervorosa comunidad y en sus lecciones de cátedra, lejos de la pasión polémica, San Ivo estaba atento: estudiaba, criticaba los libros nuevos, pensaba, buscaba soluciones y enseñaba. Estudiaba concienzudamente las leyes antiguas de la Iglesia, y soñaba con verlas de nuevo practicadas en una Iglesia limpia y fuerte. Más aún que a los panfletistas y aduladores del emperador temía a los escritores del tipo de Bonizón de Sutri, con sus panegíricos del Papa violentos y parciales, amigo de soluciones extremistas y utópicas. Su presencia en la polémica, decía Ivo, no hace otra cosa que dar buenos argumentos a los contrarios.

Cuando San Ivo fue consagrado obispo, la polémica estaba en estado incandescente. Cada elección, cada acto de los reyes de Francia y de Inglaterra, levantaba pugnas tempestuosas entre los partidarios de la investidura y los amigos del Papa.

San Ivo no fue investido por ningún seglar: fue elegido por sus diocesanos y consagrado por el Papa en persona. Con este gesto se ponía, desde el primer momento, del lado de los papas. No era, pues, sospechoso, pero tampoco era un intransigente. Dotado de un gran sentido de la realidad, rígido en los principios, pero flexible y hábil en su aplicación; habituado de antiguo a mandar hombres, lo cual le había enseñado a discriminar lo ideal de lo hacedero, era el hombre sereno, tenaz y exento de pasiones, clarividente de soluciones prácticas y tesonero para conseguirlas. Comprendía que entre los legados y consejeros de los papas había también pasiones excitadas por la contienda, y que con actitudes extremosas no era posible alcanzar soluciones viables.

Fue él quien formuló la exacta interpretación y aplicación de la frase evangélica: «A Dios lo que es de Dios y al césar lo que es del césar». En cosas temporales, los reyes y el emperador no están bajo la autoridad del Sumo Pontífice. La investidura —escribía San Ivo a Hugo, legado pontificio— es un acto doble. Por una parte, da unos poderes espirituales, y ésos no los puede conferir ningún laico. Pero, además, el obispo electo recibe bienes temporales unidos a su sede. No hay inconveniente en admitir para esta entrega la investidura del rey.

Al plantear el problema con esta categórica distinción entre lo espiritual y lo temporal y al darle esta solución moderada, Ivo de Chartres demostraba a la vez su sagacidad intelectual y su sentido de la realidad. Pero con ello se enfrentaba contra todos y a nadie contentaba. Urbano II, instigado por sus legados, llegó a desautorizar explícitamente a San Ivo, el cual se creyó obligado a dimitir. Transido de amargura, pero con la entereza de siempre, escribía al Papa:

> «De los Alpes para acá, no conozco a nadie que haya sufrido como yo afrentas e injusticias por su fidelidad al Papa y a sus mandamientos. Pero ya que mis palabras, por lo que sea, os disgustan, prefiero renunciar al obispado que no sentir, con razón o sin ella, vuestro enojo. Dejaré de ser vuestro servidor, pero no vuestro

hijo. Por mis experiencias anteriores a mi cargo episcopal sé que más aprovecharé a la Iglesia de Dios con mi ejemplo en la vida privada que no por el ministerio de la palabra en el obispado».

Pero el Papa, que conocía su fidelidad, no quiso privarse del venerable prelado que había sufrido cárcel por su defensa de la moral cristiana al condenar el adulterio de Felipe I. San Ivo calló por el momento. Supo compaginar su amor a la Santa Sede y su humildad con su docilidad a lo que creía verdadero. No renunció a ninguna de sus ideas, pero no cayó en el vicio de la obstinación. Entretanto la controversia ardía en Inglaterra, cuyo rey, Enrique I, cometía los mismos desafueros que el de Francia y que el emperador de Alemania. San Anselmo, condiscípulo de San Ivo en la clase de Lanfranco y sucesor de éste en la silla primada de Cantorbery, vagaba por Europa expulsado por el rey, que no soportaba la entereza con que el santo obispo proclamaba los derechos de la Iglesia. También allí acudió San Ivo a componer la discordia. Recordó al rey en una carta sus deberes de católico y le exhortó a buscar lealmente una solución. «No es posible un buen gobierno sin unión estable entre la realeza y el sacerdocio», le decía. Por el momento se contentaba con esta discreta intervención. Encargó a su discípulo y amigo Hugo de Fleury que escribiera un tratado dedicado al rey acerca de la potestad real y la eclesiástica. Los críticos ven, tras la firma de Hugo, a San Ivo, puesto que repite las ideas de éste sobre la distinción entre ambas potestades con fidelidad y precisión. Una mujer piadosa, la hermana del rey, hizo lo demás. Reunió en una entrevista a su hermano y al arzobispo San Anselmo, y, sobre la base de las ideas de San Ivo, se pusieron de acuerdo. El papa Pascual II no tuvo inconveniente en aceptar esas ideas y el conflicto terminó felizmente.

Dos años más tarde obtuvo San Ivo otro señalado triunfo poniendo fin a la lucha en Francia en el concilio de Troyes. Pero quedaba aún el tremendo problema de Alemania. Negociaciones, embajadas, revueltas sangrientas, sacrilegios, incendios y mil libros y folletos escritos para defender la investidura laica o la tesis opuesta gregoriana. El emperador Enrique V decide utilizar la traición y la violencia. Conviene en el Concordato de Sutri en renunciar a la investidura a base de las soluciones de San Ivo, aceptadas en Inglaterra y Francia. Va en seguida a Roma a

ser coronado por el Papa. En medio de la ceremonia de coronación el emperador declara que no acepta la solución firmada en Sutri. La ceremonia termina con una espantosa reyerta en la que participa el pueblo romano en favor del Papa. Éste cae prisionero de las tropas imperiales y, obligado por la fuerza, firma un documento en el que concede al emperador los derechos plenos de investidura.

Tras este terrible fracaso hay que comenzar de nuevo desde el principio. El peligro viene ahora de los que se indignan por la debilidad del Papa ante el emperador y le llaman impío, Judas y profeta corrompido. En las provincias de Lyón y Viena se pretende nada menos que reunir un concilio para juzgar al Papa y deponerlo. San Ivo, con sus setenta y dos años, recomienza su labor de viajero y diplomático. Su influencia es hoy enorme. Por su obra canónica, por su intervención en todos los conflictos religiosos, por su fidelidad a la monarquía y al Papa, San Ivo había adquirido una extraordinaria autoridad, justificada por su valor intelectual, su prudencia y su celo religioso. Visita, convence, escribe cartas maravillosas y logra evitar el cisma haciendo oír la voz de la prudencia, la misericordia y la ortodoxia. Excusa a Pascual II «con un amor filial»; recuerda a todos que el Papa ha sido objeto de un acto de fuerza y vuelve a insistir frente a los extremistas en la posibilidad de arreglo con su teoría de la doble investidura.

El Papa, al verse al fin libre y apoyado por la Iglesia, condena el privilegio y se queja de la violencia que se le ha inferido. El emperador organiza una nueva expedición militar contra el Papa, precedida, como las anteriores, por una ofensiva propagandística de intelectuales a sueldo. Los legados pontificios le excomulgan. El emperador se acerca a Roma y el Papa huye. San Ivo, consumido de trabajos y preocupaciones, rinde al Creador su alma cargada de méritos en 1116. La controversia terminó al fin con el Concordato de Worms. Fue la más hermosa victoria de San Ivo, porque este Concordato aceptó las soluciones por las cuales él había luchado durante toda su vida de obispo. Pero San Ivo, el gran campeón, no vio este triunfo con sus ojos corporales. Seis años antes había muerto.

TOMÁS GARCÍA BARBERENA

Bibliografía

IVO DE CHARTRES (SAN), *Epistolario:* PL 162.
CHEVALIER, U., *Répertoire de sources historiques de Moyen Âge,* I (París 1905) cols.2290-2291.
VARILLAS, *L'esprit d'Yves de Chartres dans la conduite de son diöcesis et dans les cours de France et de Rome* (París 1701).

SAN JUAN STONE
Presbítero y mártir († 1539)

Estamos ante el rubí de la familia agustiniana en la Inglaterra del XVI. Presbítero agustino inglés él mismo, efectivamente, y mártir de los de sangre copiosamente derramada, brilla hoy con luz propia en el firmamento de la Iglesia universal, allí donde las aureolas de beatitud se adornan de palmas martiriales. Su ejecución tuvo lugar en Canterbury probablemente el 27 de diciembre de 1539, como consecuencia de su cerrada negativa a reconocer en Enrique VIII al jefe de la Iglesia en Inglaterra. El rey, esa fue siempre su firme convicción, «no podía ser cabeza de la Iglesia en Inglaterra, debiendo serlo un padre espiritual nombrado por Dios», es decir, el Papa. El marco, pues, dentro del cual procede encuadrar la vida y martirio de nuestro personaje no es otro que el de los conflictos surgidos en pleno siglo XVI entre la Iglesia católica e Inglaterra. Beatificado por León XIII el 9 de diciembre de 1886, fue inscrito en el catálogo de los santos por el papa Pablo VI el 25 de octubre de 1970 con otros treinta y nueve mártires ingleses de aquella época, sacerdotes unos, religiosos y laicos otros, hombres y mujeres de muy variada condición social los más, todos, insisto, sacrificados por la defensa de la verdad y de la unidad de la Iglesia. Ellos son conocidos hoy como los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales.*

El 3 de noviembre de 1534, el Parlamento inglés, en abusiva intromisión religiosa y flagrante extralimitación de poderes, declaraba con las llamadas «actas de supremacía» que el rey era el jefe supremo de la Iglesia en Inglaterra. Resultaba oficializado así, más aún, ejecutado y obligatorio para los súbditos todos de la Corona el cisma entre la Iglesia anglicana y la Iglesia católica. La misma Cámara decretó en marzo de 1536 suprimidas las casas religiosas cuyos ingresos fueran inferiores a las 200 libras

por año. Era el tope mínimo de la suma establecida para una comunidad de trece religiosos. En ningún momento aflojó la presión, antes al contrario, fue más bien endureciéndose hasta que el Parlamento dio en 1538 el golpe definitivo, con la escasa resistencia, desde luego, de aquellos que hoy son mártires: desdichadamente muchos clérigos y laicos, por no decir la mayoría, fracasaron por el camino. Las gloriosas excepciones dichas evitaron lo que, de no haber sido así, hubiera derivado en un capítulo negro de traiciones y defecciones eclesiales en Inglaterra.

Desde que los agustinos asientan sus reales en aquellas tierras su prestigio no cesa de crecer en los ambientes cultos de la sociedad medieval, y entre sus filas muy pronto sobresalen hombres de elevado espíritu y nobles propósitos religiosos. Como predicadores y confesores son muy solicitados, y en el campo de la ciencia y de la actividad literaria florecen renombradas figuras de la Orden. También los agustinos, pues, que no van a ser precisamente una excepción en medio de la vorágine persecutoria, tienen que hacer frente con madrugadora prontitud a graves dificultades del momento, y aguantar impasibles la tormenta desencadenada por Enrique VIII. De hecho, a finales de 1538 ya estaba encerrado en la cárcel mayor de Canterbury nuestro santo mártir Juan Stone.

A los religiosos no les quedaba otra alternativa que elegir una de estas tres posibilidades: o jurar fidelidad al rey y abandonar la vida religiosa, o refugiarse en el extranjero, o afrontar con gran presencia de ánimo la cárcel y, a menudo, con gran probabilidad también la muerte. El padre Juan Stone, del convento agustiniano de Canterbury, tomó la decisión más coherente con su fe cuando el 14 de diciembre de 1538 un «visitador» regio se personó en las puertas mismas del convento con orden de cerrar la casa y hacer firmar a los miembros de la comunidad el prescrito juramento de fidelidad. Muchos acabaron sometiéndose por temor: las amenazas, coacciones, presión, en fin, no tenían límite. Pero Juan Stone aguantó impávido. Más aún, se opuso en redondo, con las palabras antedichas, a que se reconociese a Enrique VIII como jefe de la Iglesia de Inglaterra.

Ciertamente, no abundan los documentos sobre la vida de San Juan Stone. Consta, eso sí, que fue religioso agustino fidelí-

simo a la causa de Roma y a la unión con el Papa, llegando por ello a sufrir el martirio después de un año de penalidades en la prisión. Los agustinos, como ya se ha dicho, ejercían el sagrado ministerio en Canterbury y él, probablemente natural de dicha ciudad, vivía en aquel convento. El hecho es que a mediados de diciembre de 1538 se presentó el enviado del gobierno para practicar las conocidas diligencias de intimidación con el resultado ya conocido. Una vez en prisión, compareció ante el primer ministro, Thomas Cromwell, quien echó mano de las habituales artimañas intimidatorios por ver si le arrancaba su asentimiento a la nueva normativa, pero nada ni nadie consiguió rendir su voluntad. Es más, durante los doce meses siguientes a su encarcelación resolvió, por espontánea voluntad, añadir ulteriores penitencias a los ya numerosos sufrimientos que se le infligían, para, de ese modo, adiestrar bien el espíritu y sacar fuerzas de flaqueza con el propósito de permanecer fiel a Cristo en el momento de la prueba final. La sentencia con la que se cerró el proceso fue, efectivamente, perentoria: el «papista» era condenado a la pena de muerte.

Refieren los historiadores que Juan Stone alcanzó la corona del martirio en Canterbury, pero que antes, estando él todavía en la prisión, no cesó de elevar oraciones a Dios. Es más, aseguran que después de haber ayunado por tres días, oyó una voz, aunque sin ver a nadie, que pronunciaba su nombre y le invitaba a tener ánimo y afrontar la muerte con valor, por la fe que había profesado. Tal ardor y fuerza produjo el hecho en su espíritu que ningún intento disuasorio ni terror de ningún género pudieron desmoronar el granítico bastión de su fortaleza interior. Nicolás Harsfield, valiente polemista católico, él mismo más tarde confesor de la fe, en su calidad de archidiácono de Canterbury, pudo recabar noticias de muchos que habían tenido acceso a Juan Stone en la cárcel, los cuales pudieron proporcionarle así éste y ulteriores detalles relativos a los diversos condenados, y muy en concreto a Juan Stone.

Una serie de providenciales circunstancias nos informan con minuciosidad de la espeluznante ejecución del agustino. En el libro de cuentas del camarlengo de Canterbury hay una lista de gastos a cargo de la caja común que el macabro mecanismo

de aquellas horas originó. Tal vez sea el único documento escrito de tan triste historia. Son diecisiete rótulos, cada uno con un lenguaje a cual más espantoso:

> «Por media tonelada de madera para hacer un par de horcas para la ejecución del fraile Stone; por un cabestro para colgarle; a dos hombres que dispusieron la caldera y le cocieron en agua hirviendo».

Llegado el momento supremo, 23 de diciembre de 1539, la víctima fue sacada de la cárcel fuertemente custodiada y sujeta a una tabla y atada a la cola de un caballo. Así fue conducido Juan Stone hasta el lugar del suplicio; peor aún: arrastrado por el suelo sin ninguna consideración, como a una bestia camino del desolladero. Una procesión lenta, solemne, lúgubre, fue avanzando por las concurridas calles de Canterbury hasta una colina fuera de las murallas. Allí fue cruelmente ahorcado el humilde religioso. Acto seguido, según la inhumana costumbre del tiempo y del lugar, su cuerpo fue despedazado y sus restos cocidos en una caldera.

Humilde religioso, digo, nuestro Juan Stone, a primera vista una persona sin brillante historia, sin hechos de relieve conocidos, sólo con la conciencia tranquila del deber cumplido y con el profundo abrazo de fidelidad dado a la cruz en la subida a la colina de aquel calvario inglés. Tan irrelevante humanamente hablando había sido su anterior historial que apenas podemos hablar hoy poco más que de su muerte, en la cual, por cierto, eso sí, nos dejó un acabado ejemplo de sublime entereza y sólida fe, de radical identificación con Cristo. Negado en redondo a reconocer al rey como jefe de la Iglesia y a firmar los documentos con los que se pretendía legitimar semejante usurpación, para gloria suya imperecedera supo condenar también con ello, ¡y cómo!, la rebeldía del monarca, y mantenerse en sus trece pese a las amenazas, y reafirmarse en que la dirección suprema de la Iglesia, por institución divina, correspondía al Papa como sucesor de Pedro. Tan valiente actitud en medio de tantas y tan lamentables defecciones causó, como es comprensible, muy honda sensación en la ciudad, y para evitar que cundiera ese «mal ejemplo», el emisario del rey, un ex dominico llamado Ricardo Ingword por más señas, lo puso en conocimiento de

Cromwell, que era como el comecocos y hombre de los horrores del momento en la Corte, y lo hizo mediante una carta que aún se conserva. De allí, como el hilo del ovillo, salió lo demás.

La fama que este sacrificio reportó al inolvidable agustino de Canterbury se conoció pronto por el mundo cristiano y fue celebrada en verso y en prosa como gesta merecedora de veneración y digna de piedra blanca. Fue, en realidad, heroica muerte que, andando el tiempo, reportaría señalado provecho a la Iglesia y a los mismos agustinos, quienes, pasada la tormenta, terminaron por volver a las Islas y abrirse a un sonriente futuro. Y aunque las casas de mortero y piedra de entonces han desaparecido, la gloria de este martirio brilla cada vez con mayor esplendor para sus hermanos que saben extraer este mensaje: sólo la fidelidad a la Iglesia puede hacer a un religioso verdaderamente grande.

> «Nuestro tiempo tiene necesidad de santos —dijo Pablo VI el día de la canonización—, y de modo especial del ejemplo de aquellos que han ofrecido el testimonio supremo de su amor por Cristo y por su Iglesia: "Nadie tiene un amor mayor que aquel que da la vida por sus propios amigos" (Jn 15,13). Estas palabras del Divino Maestro, que se refieren en primer término al sacrificio que él hizo sobre la cruz, ofreciéndose para la salvación de toda la humanidad, valen también para la grande y selecta legión de los mártires de todos los tiempos, desde las primeras persecuciones de la Iglesia naciente hasta aquellas otras —acaso más ocultas pero no menos crueles— de nuestros días».
>
> «El martirio de los cristianos —prosiguió el Papa— es la manifestación y la señal más sublime de este amor, no solamente porque el mártir permanece fiel a su amor hasta el derramamiento de la propia sangre, sino también porque este sacrificio viene realizado en aras del amor más alto y noble que pueda existir, es decir, por amor de aquel que nos ha creado y redimido, que nos ama como solamente él sabe amar».

Había en la canonización de los *Cuarenta mártires de Inglaterra y Gales* sacerdotes seculares y regulares, religiosos de diversas órdenes y de rango diverso, laicos, hombres de nobilísimo linaje y de condición modesta, mujeres casadas y madres de familia. A todos unía su inquebrantable fidelidad a Dios que les pidió, como respuesta de amor, el sacrificio de la vida. De ahí que todos sigan siendo ejemplo radiante del cristiano que verdaderamente vive su consagración bautismal. Su trabajo y sacrificio no

fueron vanos, antes bien, contribuyeron a la conservación de la fe católica de Inglaterra y Gales.

El hermano de hábito de Juan Stone, el célebre y bienaventurado Santiago de Viterbo, escribió unas palabras que resumen perfectamente los sentimientos de nuestro santo mártir cuando el contencioso entre Roma e Inglaterra:

> «Éste (el Papa) es, pues, a quien compete universalmente el cuidado de apacentar a las ovejas y los corderos de Cristo; a quien incumbe la solicitud de todas las Iglesias; a quien toda alma debe estar sujeta por derecho como a una excelentísima potestad, la cual, si no está sujeta, no es capaz de conseguir la salvación, lo mismo que si no está en la unidad de la Iglesia, pues no pertenece al redil de Cristo quien rehúsa tener como Pastor al sucesor de Pedro».

La canonización de Juan Stone era, en todo el siglo XX, la primera que la Orden de San Agustín obtenía desde la de Santa Rita. Motivo, pues, de gran alegría en toda la familia agustiniana por ser canonización, y canonización de un mártir, y de un mártir de la unidad de la Iglesia y de la fidelidad al Papa, y de un mártir que resumía en sí la esplendorosa y larga tradición de la Orden. Ya San Agustín trató en su día con magistral precisión el asunto del martirio, la escarpada senda por la que Dios quiso llevar a Juan Stone: buen precedente, pues, para el inglés, y más viniendo del santo padre y fundador Agustín de Hipona.

> «Millares de mártires se presentan ante nuestros ojos, auténticos y perfectos amantes de la justicia» *(Sermón* 159,8).
>
> «En la Iglesia católica, sin vestigio de simulación, enlazados por la trabazón de la unidad, confesaron a Cristo; como miembros, desearon seguir a la Cabeza, que les precedió. Pero ¿qué anhelaron? Padecer en los tormentos, ser felices en la confesión, ser veraces en sus palabras; lanzaban saetas de Dios en presencia de quienes les interrogaban, y los herían airándolos; a muchos hirieron para salud. Esto es lo que nos proponemos a nuestra consideración, lo que contemplamos y deseamos imitar» *(In Ps.* 39,16).
>
> «¡Qué amor! ¡Qué forma de caminar, de morir a sí mismos y llegar a Dios!» *(Sermón* 59,8).

Entre quienes mejor penetraron el argumento de considerar y ver en la constitución jerárquica de la Iglesia y en la obediencia a ella debida no un hecho humano, sino un instrumento de salvación querido por Nuestro Señor para el bien de los hombres, está ciertamente San Agustín de Hipona. La unidad de la

Iglesia fue, de hecho, la niña de sus ojos, por cuya causa expuso voluntariamente la vida (cf. *Ep.* 91, 10; *Ench.* 17; Posidio, VA 13,1). No pocos sacerdotes por él formados fueron, de hecho, «expoliados, heridos, lesionados, cegados y muertos. Pero sus padecimientos no fueron estériles e inútiles, ya que la unidad quedó perfectamente asegurada» *(Ep.* 209,2).

Sólo los santos, en realidad, rigurosos ellos, incluso duros consigo mismos, son amables y pacientes con los demás y buscan la grandeza que nace de la humildad. Sólo ellos persiguen la paz fruto de la caridad. Sólo ellos construyen sin destruir, enseñan sin herir, unen sin dividir. Sublime santidad la de San Juan Stone, enseñanza excelsa la suya, heroico testimonio de fe hacia la misión del jefe de la Iglesia católica. Como acertó a recordar el secretario de Estado, cardenal Cicognani, en la misa de acción de gracias, en todos los mártires de la época estuvo presente este motivo de adhesión fiel al vicario de Cristo, constituido pastor universal de la Iglesia de Dios, piedra fundamental y excelsa garantía de su unidad, en la genuina verdad de la doctrina y en el verdadero y recíproco amor. Es, sin duda, el mayor timbre de gloria del santo mártir agustino inglés.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BELLINI, P., «S. Juan Stone († 1539)», en: F. ROJO (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 149-150.

CAMBLOR, L., «San Juan Stone. Agustino y mártir de la fe»: *Religión y Cultura* 16 (1970) 571-76.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11; 675.

PABLO VI, «El mundo actual necesita el testimonio heroico de los santos. Pueda la sangre de estos mártires acelerar la unión de la Iglesia anglicana con la Iglesia de Roma. Homilía durante la canonización de los 40 mártires ingleses»: *Ecclesia* (1970) n.1.516, p.2039-2041.

RE, N. DEL, «S. Giovanni, beato, martire in Inghilterra»: *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.35-36.

«Sermo ab Em.mo Card. Cicognani in hac Missa habitus», en «Canonizatio B. Ioannis Stone, Ordinis Nostri»: *Acta Ordinis Sancti Augustini* 15 (1970) 321-330.

TRAPÈ, A., «Juan Stone: ejemplo de libertad cristiana. Carta a la Orden en ocasión de su canonización»: *Acta Ordinis Sancti Augustini* 15 (1970) 302-303; esp. en *Libres bajo la gracia,* I (Roma 1979) 122-127.

VITERBO, S. DE, «Régimen cristiano», tract.II, c.V. Ed. de H.-X. ARQUILLIÈRE (París 1926) 205-2088.

BEATO NICOLÁS FACTOR
Presbítero († 1583)

Pedro Nicolás Factor vio la luz en Valencia en la festividad del Príncipe de los Apóstoles del año 1520. Es, por consiguiente, un lustro más joven que la madre Teresa de Jesús y viene al mundo cabalmente un año antes que el gentilhombre Íñigo de Loyola colgara su espada y su daga ante la Virgen de Montserrat, dando otro cauce a sus ambiciones de gloria.

A los diecisiete años ingresa en la observancia franciscana, siendo ordenado de sacerdote en 1544, a poca distancia del concilio de Trento, que se inauguró al siguiente año. Fray Nicolás pertenece al movimiento de la restauración católica que, a raíz de aquel famoso concilio, cobra un impulso poderoso y de larga significación. La España de Cisneros, que ya conoció esta inquietud reformadora, vive ahora la era gloriosa de su mística. Como densa cordillera de altas cumbres, abundarán los santos de temple, de perfil acusadamente enérgico. Pero es indiscutible que en el horizonte de toda la Iglesia destacan como figuras señeras Ignacio y Teresa —fundador y reformadora—, que en medio de una actividad increíble practican y enseñan las doctrinas más elevadas de la vida espiritual al alcance de todos. Brilla también el austerísimo fray Pedro de Alcántara, que infunde renovado vigor en el viejo tronco franciscano, al par que dirige a Teresa de Jesús, a Luis de Granada, a Juan de Ávila, a Francisco de Borja... En tanto, el maestro de Andalucía promueve la regeneración del clero y del pueblo, ayuda a la naciente compañía y da por buenas las «locuras» del hermano Juan de Dios. Desde 1544 fray Tomás de Villanueva, asceta y teólogo, difunde entre su grey valentina aromas de subida caridad y predica el Evangelio en sermones de clásica factura.

En esta constelación gloriosa brilla con luz propia el extático Nicolás Factor. Tiene rasgos comunes con éstos y los demás santos contemporáneos. Mas su vida toda semejaba ya desde la infancia una réplica afortunada del probrecillo de Asís, sin menoscabo de su personalidad inconfundible. Como una estrella difiere de otra estrella.

El primer escenario de sus virtudes fue Valencia, su ciudad natal. Yendo de niño a la escuela, vio a la puerta de la parroquia

de San Martín un pobre leproso. Arrebatado por superior impulso, se arrodilló y le besó pies y manos con mucha humildad. Repitió la escena con una enferma a las puertas del hospital de San Lázaro, y con parecidas muestras de caridad servía a los enfermos pobres. Ayunaba cada semana y con toda naturalidad agradeció a un falso delator su solicitud en corregirle, no obstante haber seguido a la acusación un azote del maestro.

Siendo religioso hubo de aceptar bien pronto prelacías, juzgando los superiores que el mejor estímulo para los religiosos sería proponerles el ideal seráfico en un modelo de carne y hueso. Así fue guardián de los conventos de Santo Espíritu, Chelva, Val de Jesús, Murviedro (Sagunto), de los recoletos de Bocairente y también maestro de novicios. Cada vez que esto ocurría, entraba en duro conflicto su voto de obediencia con su humildad. Cuando se le encomendó el monasterio de La Val de Jesús en 1568, antes de aceptar, como de costumbre, consultó en la oración la voluntad de Dios. Y con la violencia del amor divino quedó arrebatado en éxtasis, del que no podían despertarle los absortos religiosos, oyéndole repetir: «Mi corazón está aparejado, Dios mío, aparejado está mi corazón». Todos los días tomaba tres disciplinas de sangre, especialmente antes de celebrar la santa misa. Su ordinaria comida era pan y agua, con pocas excepciones; le bastaba una sola túnica y caminaba a pie descalzo. El sueño, sobre ser brevísimo, lo tomaba en dura tabla y por cabecera acomodaba un leño o una piedra. Era el primero en acudir a los actos de comunidad, en servir al hermano. En la oración se le veía atentísimo y perseverante, de modo que ninguna ocupación le distraía de la presencia y trato con Dios.

Su caridad necesitaba más campo y desbordábase más allá del claustro. Anunciaba el reino de Dios, aconsejaba, fue confesor ordinario de las religiosas de la Trinidad de Valencia, de las clarisas de Gandía y, por mandato de Felipe II, de las Descalzas Reales de Madrid. Atendía a los apestados y cuando el cielo negaba el agua a los campos, como aconteció en Chelva, interponía su oración y penitencias con las de la comunidad.

Este pueblo y su comarca gustaron los primeros ensayos de su predicación. Dicción sencilla y breve, palabras de fuego, la fuerza irresistible de su ejemplo y las mejores gracias con que la

naturaleza puede favorecer a un orador. He aquí los elementos que conjugaban su celo ardiente y su ingenio agudo para conmover y convertir.

También sintió impulsos incontenibles de derramar su sangre en defensa de la fe, e instó para ir a tierra de infieles. Predicando en Segorbe a unos mahometanos obstinados, ofreció, como San Francisco al sultán, arrojarse entre las llamas, dejando a su voracidad la decisión sobre la verdad o falsedad de la religión.

Los pobres y los enfermos seguían siendo sus predilectos. En la olla de caridad dejaban los religiosos su limosna, que fray Nicolás recogía y aumentaba, gozando en distribuirla por sí mismo. Allegaba otros recursos más pingües, y, cuando menos podía, se desprendía de su capa y hasta de su túnica, como aconteció en Játiva. Ningún pobre marchó defraudado, incluso en tiempos de hambre y de peste. La fe del guardián superaba las urgencias de tantos infelices sin que la despensa menguara sus existencias.

La madre más tierna no trataría mejor a sus hijos que fray Nicolás a los enfermos del hospital, promoviendo con su ejemplo este género de caridad entre la misma nobleza. En los pobres llagados le parecía ver a Jesucristo llagado por nuestros pecados, y sin poderse contener les besaba pies, manos y llagas. Estas muestras de fuerte religiosidad penitencial no podían menos de herir la sensibilidad de aquellos hombres pulidos y cargados de perfumes. Eclesiástico hubo que le advirtió se guardase de aquellas demostraciones, calificándolas de virtud grosera. Pero qué razones no le diría el bendito fraile que se creía por sus pecados y su ingratitud para con Dios digno de mayores humillaciones, siendo así que el Señor había sufrido tanto por él que el prudente monitor quedó edificado y corregido. Un canónigo que le advertía lo mismo no pudo menos de conmoverse ante una de estas escenas a la puerta de la Seo, y dio su limosna al pobre. Animole Nicolás a mejorar su disposición, y lo inaudito fue que el impresionable canónigo se arrodilló y besó al pobre por amor de Cristo. En cambio, a un religioso compañero le contuvo en otra ocasión, excusándole por lo delicado de su estómago. El hospital de San Lázaro contempló extremos mayores con los horrendos leprosos, seguidos de arrebatos extáticos.

Si San Ignacio hubiese juzgado el espíritu de fray Nicolás, hubiera dicho que estaba en el tercer grado de humildad —el más excelente—. En las moradas teresianas se hallaría sólo por lo que va dicho muy adentro de la sexta. Para San Francisco, este imitador fiel de Jesucristo había alcanzado la perfecta alegría. Realmente la locura de la cruz había hecho presa en él.

No obstante, este hombre extraño, que parecía encontrar sus delicias todas en la penitencia y en la humillación, poseía en alto grado el sentimiento de la bondad y de la belleza. La creación le extasiaba, gustaba infinito de la música, componía versos y manejaba con destreza los pinceles. Nada más agradable que gozar de su trato.

Su sensibilidad exquisita le inclinaba al cultivo de la amistad, buscando y comunicándose con los santos de su siglo. Viéndole sus frailes en cierta ocasión muy determinado a tomar viaje, le preguntaron adónde iba: «Voy, dijo, a ver a aquel grande santo rector de la Alcora, que es de las almas que hoy más agradan a Dios». Así era el venerable Juan Bautista Bertrán. En la ciudad que, promediado el siglo XVI, semejó a Pérez de Ayala una Babilonia, y lo demás —su reino— tierra de infieles, no todo era corrupción de costumbres e hipocresía morisca. Florecían los franciscanos Beato Andrés Hibernón y San Pascual Bailón, el mínimo Beato Gaspar Bono, San Luis Beltrán, el patriarca y arzobispo Juan de Ribera y una pléyade de almas de vida integérrima. A muchos de éstos conoció y trató nuestro Beato, y los que de ellos le sobrevivieron fueron testigos excepcionales en su proceso de canonización.

Mas el amigo entrañable e íntimo fue el dominico San Luis Beltrán. De nuevo el abrazo del hábito blanco y negro con el sayal y la cuerda. La luz y el fuego fundiéndose en la misma llama. Ambos se conocían, mejor dicho, cada uno veía la santidad del otro sin reconocer la propia. En los dos la misma ambición y los mismos temores. A no ser por fray Nicolás, el austero y melancólico dominico hubiese acabado sus días en una cartuja, al paso que éste hubo de sostener la esperanza del franciscano, que le preguntaba angustiado una y otra vez: «¿Qué os parece, Luis, me salvaré?» Esta debió ser su cruz mental, la noche oscura, el contrapeso de las gracias extraordinarias durante toda su

vida, que se hizo sentir más pesadamente desde la muerte del amigo (octubre 1581). Seis meses después, Nicolás Factor, anhelando mayor perfección seráfica, pasaba al convento recoleto de Onda. Y al disolver Felipe II esta provincia tarraconense, el atormentado religioso emigró a los capuchinos, recién llegados a Barcelona, que por aquellos días renovaban la vida eremítica y las estrecheces de los primeros franciscanos. Mas en junio de 1583 decide el retorno a la observancia y a su primer convento de Santa María de Jesús. Este humano fracaso lo atribuía a su carácter voluble, mientras respondía con mansedumbre edificante a los impertinentes: «Vine de santos, fui a santos y he vuelto a santos».

Tenía el humilde franciscano éxtasis frecuentes. La hermosura de la creación, una conversación espiritual, las grandes solemnidades litúrgicas eran motivo para sus arrebatos místicos. Sabía esto el famoso arzobispo de Tarragona, Antonio Agustín. Habiendo logrado hospedarle en su palacio, cuando su regreso de Barcelona, quiso obsequiarle con un rato de música. Entonaron los cantores el salmo *Laudate pueri Dominum,* y no bien llegaron al segundo verso: *Sit nomen Domini benedictus,* se elevó el siervo de Dios con su semblante encendido. Hizo el devoto prelado que le retratase un pintor y él mismo compuso unos versos latinos como pie del cuadro, que luego, puestos en música, se complacía en oír.

Fácil sería recoger en esta semblanza episodios reveladores de sus virtudes heroicas, del don de profecía y milagros, de sus luchas titánicas contra el enemigo de nuestra salvación, de su devoción profunda a los sagrados misterios de la Trinidad, Eucaristía, Pasión... de su amor inefable a la Santísima Virgen, cuyas imágenes reprodujo tantas veces su devota inspiración. Estimaba en tanto su fe, que escribió una profesión de ella con su propia sangre, colgando esta cédula ante la imagen de Nuestra Señora de la Vela, en el monasterio de la Trinidad. Valga por todas las anécdotas el siguiente testimonio de San Luis Beltrán, nada amigo de lisonjas. Decía muchas veces que «Nicolás, aun estando aquí en la tierra, había llegado a amar y gozar del Sumo Bien, casi como le aman y gozan los bienaventurados».

Las cartas y opúsculos que escribió fueron breves y no forman un cuerpo de doctrina. Sin embargo, bien hubiera podido

hacerlo, porque era buen escritor, gran maestro de espíritu y sabía declarar la teología espiritual con símiles maravillosos. Un tratadito que ha quedado sobre *Las tres vías* refleja la capacidad de su magisterio.

Cuando el 13 de diciembre llegó a Valencia, enfermo y extenuado, la carrera del Beato Nicolás tocaba a su fin. El día 23, fortalecido con los sacramentos y puestos los ojos en el crucifijo, dio el último aliento, pronunciando estas palabras: «Jesús, creo», que resume los ideales de su vida: el amor entrañable a la Santa Madre Iglesia y al Hijo de Dios humanado.

Había rogado que le enterrasen en un muladar, «porque no debía ser colocado entre sus hermanos un hombre tan ingrato a su Dios y Señor». En cambio, su cadáver exhalaba un perfume celestial los nueve días que permaneció insepulto, como lo atestiguan cuatro informaciones jurídicas. Aún duraba la suave fragancia cuando en 1586 Felipe II mandó abrir el féretro para venerar los sagrados despojos de su bienaventurado amigo.

VICENTE CASTELL MAÍQUES

Bibliografía

COMPANY, J., *Vida del B. Nicolás Factor hijo de la provincia de menores observantes de N. P. S. Francisco de Valencia...* (Valencia 1787).
MORENO, C., *Libro de la vida y obras marauillosas del sieruo de Dios... fray Pedro Nicolas Factor...* (Valencia 1586).
RUBÍ, B. DE, «El Beato Nicolás factor, franciscano de la obseravancia regular, capuchino de Barcelona»: *Estudios Franciscanos* 54 (1953) 276s; 362s.
• Actualización:
AGULLÓ, B., *Beato Nicolás Factor, franciscano* (Vitoria 1986).
Beato Nicolás Factor, franciscano. IV centenario de su muerte, 1583-1983, II centenario de su beatificación, 1786-1986 (Valencia 1986).
FERRINI, G. - RAMÍREZ, J. G., *Santos franciscanos para cada día* (Asís 2000).

BEATA MARÍA MARGARITA DE YOUVILLE

Viuda y fundadora († 1771)

Cambie el lector por completo el cuadro en que casi siempre ha ido encontrando enmarcadas las figuras del año cristiano. De las tierras de Europa, donde ha encontrado los más diversos tipos de santidad, y de las tierras de misiones, donde ha ido viendo florecer casi uniformemente las flores del martirio,

trasládese al Canadá al comienzo de siglo XVIII para encontrarse con la figura de la Beata de Youville, a la que ha llamado el papa Juan XXIII «la primera flor canadiense que se ha abierto bajo la cúpula de San Pedro». La Beata Margarita no conoció en su vida otro cielo que el del Canadá y apenas salió, si se exceptúan los primeros años de su vida, pasados en su tierra natal, de la ciudad de Montreal. Y si esto le da una fisonomía singular, también la tienen las Congregaciones por ella fundadas, ya que las siete mil hermanas que la aclaman como fundadora suya se encuentran dispersas por el Canadá, Alaska, Estados Unidos, Haití, algunos países de Sudamérica, Africa del Sur y el Japón. Es decir, que si siquiera en sus hijas ha llegado aún la Beata a Europa. La primitiva congregación por ella formada ha dado origen a otras cinco congregaciones independientes, que tienen su mismo espíritu, pero ninguna de ellas ha llegado a fundar casa en tierras de Europa.

Nace la beata el 15 de octubre de 1701. Canadá atravesaba entonces una era de serenidad y paz. Se había firmado el tratado de paz, «la gran paz», entre el gobernador y los jefes de las tribus, que hasta entonces venían hostilizando a los europeos. El país respiraba por fin después de tantos años de luchas, de emboscadas, de angustia y sufrimiento. La beata nace en Varennes, entre Quebec y Montreal, a orillas del majestuoso río San Lorenzo. Pertenece a una familia noble, profundamente cristiana. Su bisabuelo fue el primero de los franceses a quien se concedió la nobleza en Canadá como premio a sus servicios.

Los primeros años transcurren tranquilos y felices. Pero era aún muy niña, tenía sólo siete años, cuando el 1 de junio de 1708 muere su padre. La familia cae sencillamente en la miseria. Aun la pequeña pensión que podría quedar a su madre viuda es regateada, y sólo después de seis años de interminable tramitación lograrán cobrarla. En aquel ambiente de estrechez transcurren cuatro años, hasta que, por fin, en 1712 consiguen algunos parientes que ingrese en las ursulinas de Quebec, donde hace la primera comunión. Pero la dura realidad de la desastrosa situación económica de la familia vuelve a imponerse, y a los catorce años tiene que volver a Varennes. Allí, según testimonio de uno de sus hijos, trabajó con tal intensidad que ella sola ganaba lo suficiente para las necesidades de toda la familia.

Inopinadamente, cuando menos podía esperarse, su madre decide casarse de nuevo, y lo hace con Timoteo Sullivan, médico de origen irlandés, de pésima reputación, que no habría de tardar en burlarse de ella. Ante eso, todos los parientes abandonan a la familia, y la situación viene a hacerse trágica. Su padrastro, hombre de maneras violentas, llega incluso a golpear a su mujer ante los ojos aterrorizados de las hijas. Termina él por imponerse y la familia se marcha de su casa de Varennes para trasladarse a Montreal. Allí, el 12 de agosto de 1722, Margarita contraía matrimonio con Francisco de Youville de la Découverte, de quien desde entonces, según la costumbre francesa, llevaría el apellido que le siguió hasta los altares.

Matrimonio bien triste el suyo. El marido no tardó mucho tiempo en dar muestras de indignidad: mujeriego; estaba, además, mezclado en feísimos asuntos de contrabando de alcohol para los indios, contra severas prohibiciones entonces vigentes. Margarita ha de pasar sola largos meses, y ha de sentir la gran pena de ver que alguno de sus hijos nace sin que su padre se dé prisa alguna por acudir a conocerle. Ni siquiera cabe buscar consuelo en su madre política, mujer de una sórdida avaricia, con la que le hace casi imposible la vida. Son años de sufrimiento silencioso, pero hondo, que imprimen profunda huella en el alma de Margarita.

Muere primero la suegra. Después, pero no sin antes haber dilapidado orgiásticamente la herencia, su marido. Junto a la cabecera de ambos puso Margarita una nota de cariñosa dedicación y de viva caridad. Ya, por fin, pudo disponer de sí misma.

Y lo hizo entregándose a una vida de intensa piedad. A pesar de que el ambiente de Montreal le sonreía, pues había quedado viuda en plena juventud y la ciudad emulaba en su vida social el brillo de París; a pesar de las críticas que la persiguen por dedicarse tan intensamente a la piedad, ella se consagra enteramente a Dios en la persona de sus prójimos. No sabe cuál será su camino. Su párroco, un santo sacerdote, el abate Dulescoac, le predice un día que está llamada a «salvar una casa que se arruina». Pero el sacerdote muere, y ella queda sin saber qué es lo que Dios quería significarle con aquella profecía.

Comienza a dirigirse con el padre Luis Normant, sulpiciano, que tan profundamente había de marcar toda su espiritualidad y

sus trabajos. Por consejo suyo, el 21 de noviembre de 1737 Margarita lleva a su propia casa a una pobre anciana ciega llamada Francisca Caseau. Su director la anima a acoger más pobres, todos los que pudiera. Se le asocian unas compañeras, y el 31 de diciembre de aquel mismo año hace sus votos en forma privada. Casi sin darse cuenta se habían echado las bases de una nueva congregación religiosa.

Buscan una casa más amplia. Y cuando la encuentran, el 31 de octubre de 1738 inician la vida común. Al salir, camino de la iglesia, para oír misa, el populacho se echa sobre ellas, les arroja pellas de barro y, señalándolas con desprecio, les llama «las grises». Sabido es que en francés esta expresión, además de significar el color gris, equivale también a «borracho, beodo». La alusión a las delictivas actividades del marido de Margarita era transparente. Ella no olvidó jamás aquella afrentosa mañana, y desde entonces hasta hoy sus religiosas han tenido como título de nobleza el ser llamadas siempre las «hermanas grises».

Por si fuera poco, además de esta hostilidad popular, llueven sobre la nueva comunidad toda suerte de pruebas. Cerca de un centenar de personas firman un escrito al gobernador pidiendo que jamás se encargue a aquellas hermanas el hospital de Montreal. Entre las firmas figuran dos parientes próximos de Margarita. Ésta cae enferma con fortísimos dolores en la rodilla, y se ve imposibilitada para seguir la vida normal. Una de las hermanas muere, dejando más reducida aún la pequeña comunidad. Muere también el padre Normant, que era su aliento y su consuelo entre tantas tribulaciones. Y, por fin, el 31 de enero de 1745 estalla en plena noche, con rapidez inaudita, un fulgurante incendio, que reduce en pocos minutos toda la casa a unas simples pavesas.

Humanamente estaba todo perdido; la comunidad, reducida, sin bienes algunos, sin el apoyo de su fundador, parecía que no iba a poder seguir adelante. Pero las cosas de Dios son así. La beata se sobrepone con sobrenatural fortaleza a tanta tribulación, y consigue iniciar una época decisiva en la fundación. El incendio había sido el 31 de enero, y ya el 2 de febrero encontramos redactado y firmado un solemne documento, los «compromisos primitivos», por el que las fundadoras ponen en co-

mún todos sus bienes para sacar adelante la obra. Harán falta cinco traslados, pero por fin logran encontrar una casa adecuada. Poco a poco la institución va consolidándose, y un día, cuando menos se podía esperar, llega una carta del gobernador ofreciendo a las hermanas que se encarguen del hospital de Montreal.

Había estado éste desde su fundación a cargo de una comunidad de hermanos hospitalarios fundada en 1680, con mejor intención que acierto. El hecho es que la nueva fundación llevaba una vida lánguida, había quedado reducida a unos pocos ancianos incapaces de llevar el hospital, obligada a limitar las actividades de éste a los hombres, y se encontraba en una situación desesperada. Cuando la beata se hace cargo del hospital ha de trabajar durante todo un año simplemente para poder hacerlo habitable. La descripción que poseemos del estado en que se encontraba al entrar las hermanas es verdaderamente impresionante: la puerta de entrada no tenía goznes, la escalinata de acceso estaba rota, el portal de la iglesia se caía en pedazos, todas las puertas y las ventanas, destartaladas, ninguna de ellas tenía los cristales completos, etcétera. Con entusiasmo y laboriosidad las hermanas fueron cambiando el aspecto, y a los tres años el hospital parecía otro.

Una mañana de 1750 la Beata Margarita se encontraba en el mercado haciendo, como todos los días, la compra. A nadie cedía este menester, no sólo por mirar eficazmente por el bien del hospital, sino también por ejercitarse en la humildad. De pronto suena el tambor del pregonero. Escucha, y oye petrificada que «de orden del intendente general se hace público que la señora de Youville, antes administradora del hospital de Montreal, debe ser considerada como cesante en dicho cargo», y que «el gobernador, de acuerdo con el obispo, ordena que el sobredicho hospital sea fusionado con el de Quebec». Regresa anhelante al hospital, y a la puerta encuentra al alguacil, que le intima la entrega de todo. Obedece, y acepta continuar durante unos meses, a título puramente provisional, mientras pasa el invierno y llega el tiempo de poder hacer el traslado. Recurre al obispo en una carta emocionante, y sólo recibe una fría respuesta, en la que se le dice que se estudiará el caso jurídicamente.

Nuevamente parecía que todo se había venido abajo. Y, sin embargo, su energía sobrehumana consigue dominar la situación. Al solapado anticlericalismo del intendente Bigot opone ella la fuerza de la oración. Frente al poder del gobernador está el apoyo de los sulpicianos, que actúan a fondo en la corte de Francia. Frente al obispo, la integridad y santidad de su propia vida. Todo se arregla por fin: reciben la aprobación del señor obispo, y el 25 de agosto de 1755, fiesta de San Luis, rey de Francia, entonces de obligación en el Canadá, reciben ella y sus primeras compañeras el santo hábito. Al sacerdote celebrante acompañaban en el altar los dos hijos de ella, ya sacerdotes.

En buena hora. Comienzan los años difíciles. Primero la peste, en la que «das hermanas grises» hacen maravillas de entrega a la caridad hasta el heroísmo. Y después la guerra. Los ingleses quieren apoderarse de aquel dominio francés. Son las horas angustiosas del sitio de Montreal. La beata, sin otro móvil que la caridad, atiende por igual y con idéntico esmero a los heridos franceses que a los prisioneros ingleses, para los que se habilita una sala en el hospital. Es más: siempre que su deber se lo consiente les ayuda en lo posible. Así ocurrió en aquella ocasión en que un piel roja, persiguiendo a un soldado inglés, entró en la habitación en que ella estaba cosiendo una pesada lona de tienda de campaña. Rápida e ingeniosa, la beata invitó al soldado a echarse al suelo, lo cubrió con la lona y, al entrar el indio, le señaló con serena majestad una puerta, como si por allí hubiera huido el inglés. Por ella se precipitó el indio, sin encontrar ya rastro alguno de su enemigo.

Tras la peste y la guerra hizo su presencia el hambre. Una vez más el Señor mostró que no desatiende a quien sabe pedirle con confianza. Y en el refectorio de la humilde comunidad se reprodujo el milagro de la multiplicación de los panes. Ni más ni menos que como, por aquellos mismos días, se había multiplicado el dinero en la caja, para poder atender a un acreedor exigente.

Por fin, pese a los esfuerzos desesperados, hubieron de rendirse al ejército muy superior de los ingleses. Un día, triste para la Beata, que tuvo siempre a Francia por su propia patria, Canadá pasó a ser colonia inglesa.

Gran parte de los colonos, aun antes de que se promulgara la ley de la opción, marcharon hacia Francia. Entre ellos se encontraban numerosos parientes de la Beata y bienhechores del hospital. No faltaban razones para marcharse: humanamente el porvenir era muy oscuro. ¿Qué harían los nuevos dueños en su colonia? ¿Qué podría esperarse de un Gobierno protestante respecto a las instituciones católicas?

La Beata Margarita no vaciló sin embargo. A imitación de los sulpicianos, sus constantes consejeros, decidió quedarse. Hoy vemos el acierto magnífico de aquella decisión. Como siempre, hubo quienes quisieron teñir de razones religiosas su nacionalismo. La verdad es, sin embargo, que hoy está bien claro que sirvieron mejor a la Iglesia y también a Francia quienes se quedaron. Los gestos espectaculares rara vez son eficaces. Si hoy existe en América del Norte un Canadá con un fuerte porcentaje de católicos, se debe a quienes en aquellos días penosos supieron ver claro.

La beata se quedó entre sus pobres. Le faltaría en lo sucesivo la ayuda financiera del Gobierno. Y, por si fuera poco, un nuevo y espantoso incendio vuelve otra vez a deshacer su obra. La ciudad, empobrecida, parecía incapaz de poder ayudarse. Pero eso no importaba a su fe robustísima; mientras contemplaba cómo se consumía el edificio, tuvo energía suficiente para entonar con todas sus fuerzas un solemne *Te Deum,* cantado a coro con sus hijas. Al terminarlo fue cuando hizo la célebre profecía, no desmentida hasta hoy, a pesar de que en varias ocasiones haya sido necesario que concurrieran circunstancias que parecen milagrosas: «Esta casa no volverá a quemarse».

Y volvió de nuevo a la tarea. Pese a todas las dificultades, poco a poco fue elevándose el nuevo hospital. Más amplio, mejor concebido que el anterior. Las limosnas llegaban, y una oleada de entusiasmo parecía recorrer toda la población con el deseo de ayudarla. Aquel plebiscito de amor que le llegaba de todas partes, incluso de los mismos indios, que desde tierras lejanas venían a traerle sus dones, colmó de consuelo el alma de la Beata.

Consolidada su Congregación religiosa, establecido sólidamente en su nuevo edificio el hospital, la madre parecía haber

alcanzado ya su plenitud. Nada le detenía en la tierra cuando el 15 de octubre de 1771 cumplía sus setenta años. Pronto se inició la enfermedad que había de llevarla a la tumba.

Y, efectivamente, a principios de diciembre le fue necesario acostarse. Comenzaron las molestias y los dolores. Sobrevinieron dos ataques de parálisis, y el 14 de diciembre, después de recibir el santo viático, habló a la comunidad.

> «Mis queridas hermanas, sed siempre fieles a los deberes del estado que habéis elegido. Andad siempre por la senda de la regularidad, de la obediencia, de la mortificación. Pero, sobre todo, obrad de manera que la unión más perfecta reine siempre entre vosotras».

Éste fue su testamento materno, la auténtica carta magna de las hermanas grises. Después ya quedó dedicada sólo a las cosas de su alma. Y al fin el 23 de diciembre, a eso de las ocho y media, inclinó suavemente la cabeza sobre el pecho y su alma entró en la eternidad.

El 5 de mayo de 1959, Su Santidad el papa Juan XXIII, en solemnísima ceremonia, la beatificaba. Y, recibiendo al día siguiente a los peregrinos canadienses que habían acudido a Roma, les decía estas hermosas palabras:

> «De todo corazón os proponemos como ejemplo esta hija de vuestro pueblo que acabamos de elevar al honor de los altares. De la familia Dufrost de Lajemmerais, que le dio la existencia, había recibido la preciosa herencia de una fe profunda, y dos de sus hermanos fueron sacerdotes. En su propio hogar, dolorosamente probado, fue una esposa virtuosa en la desgracia, una viuda llena de dignidad y de coraje, una madre ejemplar, que tuvo el consuelo de ver subir al altar a sus dos hijos que sobrevivieron de entre los seis que nacieron de su matrimonio [...] Cuando en 1737 echó los primeros fundamentos de su obra de caridad, no podía imaginarse por qué larga serie de pruebas materiales, de sufrimientos físicos, de contradicciones humanas, el Señor le haría pasar antes de que llegase a asentarse sólidamente la nueva institución en la roca de la fe y de la humildad [...] El amor sobrenatural a los pobres, a los enfermos, a los desheredados, fue el resorte secreto que animó esta grande alma. Ser bueno, ser sencillo, lleno de respeto y delicadeza para todos los que sufren, para los que se sienten humillados por su condición física y moral, irradiar entre ellos la sonrisa y el aliento de la amistad, esparcir sobre todos el calor de una caridad constantemente renovada en el corazón de Cristo: he aquí, y no es otra, mis queridos hijos e hijas, la gran lección que todos hemos de sa-

car de la glorificación por la Iglesia de la Beata María Margarita de Youville».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

La Beata Margherita d'Youville, fondatrice delle Suore della Carità (Grises) di Montreal (Montreal 1959). Es la biografía preparada por la postulación para la solemnidad de la beatificación; nueva ed.: Montreal 2000.
D'YOUVILLE DUFROST, L., *Vita della signora d'Youville* (Roma 1930).
FAUTEUX, A., *La Vénérable mère d'Youville* (Montreal 1927).
FERLAND-ANGERS, A., *Mère d'Youville* (Montreal 1945).

BEATO ANTONIO DE SANTA ANA GALVAO DE FRANÇA

Presbítero († 1822)

El primer beato brasileño nace el año 1739 en Guaratinguetá (São Paulo, Brasil). Su padre, Antonio Galvao de França, militar (alcanzará el grado de capitán mayor), era la persona de mayor autoridad política e influencia en su tierra. Comerciante y hombre de negocios, es conocido por su generosidad, y pertenece a la Tercera Orden Franciscana y del Carmen. Su madre, Isabel Leite de Barros, pertenecía a una de las familias de mayor rango. Descendientes de los repobladores de estas tierras, profundamente cristiana y muy caritativa, tanto, que a su muerte en 1755 no se encontró ningún vestido suyo, pues los había repartido entre los pobres. Esta familia llegó a contar 11 hijos, algunos de los cuales fallecieron de corta edad, gozaba de cierto prestigio social y señalada influencia política. Deseando que sus hijos varones tuvieran una adecuada formación humana y cultural, el padre envió a sus hijos José y Antonio a estudiar en el internado que los jesuitas tenían en el seminario de Belem en Vila de Choeira (Bahía), donde están sujetos a una disciplina simple y austera. El joven Antonio sobresale como buen latinista en los estudios, y en este lugar permanece cuatro años (1752-1756), progresando en la práctica de la vida cristiana.

Pretende quedarse para profesar en la Compñía, pero el clima antijesuítico del gobierno del marqués de Pombal disuade a su padre, quien prefiere que tome el hábito en el convento de

frailes franciscanos descalzos de la reforma de San Pedro de Alcántara, que se habían establecido en Taubaté, no lejos de su ciudad natal. A los 21 años, el 15 de abril de 1760, ingresa en el noviciado del convento de San Buenaventura de Macacu (Río de Janeiro), donde recibe el hábito y elige el nombre de fray Antonio de Santa Ana, por ser la protectora de su familia, a quien profesa una gran devoción. El 16 de abril de 1761 emite la profesión solemne, y con juramento se compromete a defender el título de Inmaculada de la Virgen María, doctrina entonces controvertida, pero defendida siempre por los franciscanos. El 11 de julio de 1762 recibe la ordenación sacerdotal, los superiores le destinan al convento de la Orden de São Paulo, donde perfecciona la filosofía y la teología. Su devoción mariana encontró la máxima expresión como hijo y esclavo perpetuo en la consagración a María, firmada con su propia sangre el 9 de noviembre de 1766, tiempo de profundización y maduración en una espiritualidad que será distintivo a lo largo de su vida, y encuentra su máxima expresión personal cuando afirma: «Filial entrega a María Santísima, mi Señora, digna Madre y Abogada».

En 1768 se le nombra, sucesivamente, predicador, confesor y guardián del convento, relacionándose con numerosos fieles que acuden a él buscando consejo. Visita muchas localidades, yendo siempre a pie, donde predica con numeroso éxito. Al año siguiente es enviado a São Paulo como confesor de «Recolhidas de Santa Teresa», una casa de retiro donde un grupo de mujeres viven como religiosas, pero sin emitir votos. Aquí conoce a sor Elena M.ª del Espíritu Santo, mujer de profunda oración y dura penitencia, observante de la vida común, que afirma tener visiones en las que Jesús le pedía que fundara un nuevo «Recolhimento». El director espiritual atiende y estudia estos mensajes y pide consejo a teólogos y personas prudentes, para discernir dichas apariciones y mensajes, los juzgaron válidos y de índole sobrenatural. El 2 de febrero de 1774 se procede a la fundación de la nueva casa de retiro «Recolhimento da Luz», para la cual redacta un reglamento o estatuto, organiza la vida interior y la disciplina religiosa. El 23 de febrero de 1775 muere sor Elena y entonces él, que le ha asistido en el lecho de muerte, tiene que hacerse cargo de esta santa casa «Recolhimento de Nossa Senhora da Conceiçao da Divina Providencia».

El año 1776 se le nombra comisario de la Tercera Orden Franciscana en São Paulo, cargo que le permite asesorar a muchos Hermanos, algunos de los cuales marchan al interior del país en búsqueda de oro y piedras preciosas, pero quieren permanecer ligados a esta fraternidad de penitencia. Un trabajo apostólico muy intenso que merece la confianza de sus superiores religiosos y eclesiásticos, y cuenta con el reconocimiento de sus paisanos. Es confirmado en el cargo en 1779, 1792 y 1799. La llegada de Martín Lopes de Saldanha, nuevo capitán general de São Paulo, hombre inflexible y arbitrario, va a suponer un momento de incertidumbres y conflictos. En un acto injusto ordena que la casa de retiro sea clausurada, y que la abandonen en 24 horas las religiosas que allí habitan, las cuales disuelven la vida común, pero no se marchan. Resisten hasta el límite. Mientras, con la presión popular y la intervención favorable del obispo, consiguen que al mes siguiente se pueda abrir de nuevo aquella casa. Esta dolorosa prueba fomenta el aumento de vocaciones, y hubo que agrandar el edificio. El «Recolhimento» abre de nuevo sus puertas y la vida vuelve con numerosas jóvenes que quieren consagrarse a Dios, a pesar de la oposición de sus familias y de la extremada pobreza que encuentran entre sus muros. Con verdadero interés de padre debe velar para que esta suspensión temporal no vuelva a inquietar a las religiosas, y si es posible deben evitarse estas desagradables sorpresas. Por esa razón no las desamparará jamás. Dócil a todo lo que se le asigna, demuestra con palabras y obras que es un hombre de vida transparente, que no puede convivir con la mentira y el fraude. El aumento constante de vocaciones exige un nuevo edificio, que supone ingentes trabajos y penosos viajes en demanda de donativos. Él será también el principal constructor del nuevo convento, animando a los albañiles y colaboradores a concluir esta noble empresa, bien difícil, pero la ilimitada confianza en Dios le hizo capaz de emprenderla y concluirla. Se construye un esbelto edificio de estilo colonial, sin lujo alguno, de fachada austera, a fuerza de brazos, durante catorce años de intenso trabajo.

El día 15 de agosto de 1802 concluyen las obras de la iglesia del «Recolhimento da Luz», delineada por él y construida bajo

su dirección, que bendice con el permiso del prelado. Este singular edificio mereció en 1988 la declaración por la Unesco como «patrimonio cultural de la humanidad».

En 1780 el capitán general de São Paulo condena a muerte a un soldado inocente, él sale en su defensa, actitud que provoca en el arbitrario militar una reacción también equivocada. Manda al destierro al valiente franciscano, a quien ordena se dirija a Río de Janeiro, pero la reacción en su defensa del pueblo le obliga a revocar dicha orden, siendo más estimado aún el religioso. Al año siguiente sus superioras le encargan del noviciado del convento de Macacu (Río de Janeiro), pero a ello se opone el también franciscano obispo de la diócesis, quien guardándose la obediencia debida al superior no permite que este encargo llegue a conocimiento del ejemplar fraile. No quiere privarse de su presencia «pues desde que entró en religión hasta hoy, vive ejemplarmente». Se va a quedar en São Paulo para siempre. Guardián del convento de San Francisco en 1798 y en 1801. El prelado de la diócesis lo considera hombre religiosísimo y prudente consejero que ayuda a todos, y cuantos acuden a él obtienen luz y consuelo: «es la columna que sostiene São Paulo y su obispado». «Es el hombre de la paz y de la caridad», dice de él el Senado al ministro provincial, oponiéndose a que resida en otra población, «pues no desean que este religioso se ausente de la ciudad de São Paulo que le considera como su protector».

En 1802 sus superiores le nombran «definidor» de la provincia brasileña de la Inmaculada Concepción por sus aptitudes y vida ejemplar, y lo respetan todos como un hombre santo. Su actividad no disminuye. En 1804, visitador del convento de San Luis de Itu. En 1808, visitador general y presidente del Capítulo. En 1811 funda el «Recolhimento de S. Chiara» en Soracaba, donde permanece cerca de un año para organizar la comunidad y dirigir las obras de la nueva casa de retiro. Regresa a São Paulo y los últimos diez años de su vida se reparten entre el convento de San Francisco y el «Recolhimento».

El 23 de diciembre de 1822, hacia las diez de la mañana, entrega su alma a Dios. Todas las clases sociales asisten a sus honras fúnebres, venerándolo como un santo. Sus restos reciben sepultura en el presbiterio de la iglesia del «Recolhimento da

Luz», a donde acuden constantemente los fieles a rezar al apóstol de São Paulo, a quien invocan en sus necesidades. Termina su carrera, después de años y años de trabajos, sufrimientos morales y físicos, vividos con alegría, por amor a Dios y a los hermanos.

> «Fue un varón apostólico adornado con todas las virtudes, un pobre hijo de S. Francisco de Asís, franciscano alcantarino, siempre humilde y atento a las necesidades de todos, desapegado de las cosas terrenas, que se consagra totalmente a Dios y a María. Responde a su consagración religiosa dedicándose con amor y devoción a los afligidos, enfermos y esclavos de su época. Su fe, genuinamente franciscana, vivida evangélicamente y gastada apostólicamente al servicio del prójimo, servirá de estímulo para imitarlo como "el hombre de paz y de caridad". Maestro y defensor de la caridad evangélica, se convierte para muchos en consejero prudente de la vida espiritual, y defensor de los pobres».

Una solicitud que crece durante su infancia en el hogar familiar, reunidos a diario todas las noches ante la imagen de Santa Ana para orar.

Visita a los pobres, y en el silencio de las noches, recorre largas distancias para asistirles y resolver los problemas más diversos. Es un peregrino de la paz y de la caridad, y para él caridad es vivir para y por los hermanos, y por eso cuantos acuden a él lo consideran pastor de todos los necesitados. Su formación profunda y buen sentido, son terreno adecuado para que Dios se haga presente. Fue el instrumento del cual Dios se sirvió para discernir los espíritus, desplegando una extraordinaria actividad con gran coraje. «Así da a la Iglesia una nueva familia religiosa, que vive en gran pobreza, continua penitencia y gozosa simplicidad».

El año 1922 la Tercera Orden Franciscana organiza unos solemnes actos con motivo del centenario de su muerte, y coloca una lápida conmemorativa en la iglesia del Monasterio de la Luz. El proceso ordinario de beatificación se inicia en 1938, aunque queda interrumpido. En 1981, durante la visita del papa Juan Pablo II a Brasil, el arzobispo de la diócesis de Aparecida del Norte (São Paulo), le presenta una súplica, avalada por diez mil devotos, que desean la beatificación del padre Galvao. La causa se reabre en 1986, y queda concluida en 1991. En 1997 se

promulga la heroicidad de sus virtudes, y Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 25 de octubre de 1998.

Milagro de la beatificación

Daniela Cristina da Silva, hija de Valdecir y Jacira, desde su nacimiento es una niña grácil y débil de salud. En mayo de 1990, a causa de una complicación broncopulmonar, necesita ser tratada con antibióticos. De nuevo en casa, pronto presenta síntomas de somnolencia y crisis convulsivas; el pediatra, sospechando una meningitis o hepatitis, aconseja a sus padres que la lleven al hospital, donde queda ingresada. El diagnóstico inicial indica un coma por encefalopatía hepática, como consecuencia de la hepatitis del virus A, insuficiencia renal aguda e insuficiencia hepáica grave. Con este diagnóstico la niña sufre un ataque cardiorespiratorio. Tras 13 días en la UCI, pasa ocho días en la sala de pediatría y, el 21 de junio de 1990, es dada de alta, en perfectas condiciones de salud física y mental. La curación y recuperación se ha obtenido por la intercesión del Siervo de Dios, a quien recurrieron sus padres, familiares, amigos y religiosas del Monasterio de la Luz.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, 1765. São Paulo-Brasil. *Canonizaçao do Servo de Deu Frei Antonio de Sant'Anna Galvao. Posiçao sobre vida, virtudes e fama de santidade,* II (Roma 1993).

L'Osservatore Romano (25-10-1998

L'Osservatore Romano (ed. en español) (30-10-1998).

BEATO PABLO MELÉNDEZ GONZALO

Mártir († 1936)

Nace el 6 de noviembre de 1876 en Valencia, el primero de siete hermanos, hijo de un comandante de la Guardia Civil, por cuya razón es bautizado en la parroquia castrense de Santo Domingo, que fallece en 1890. Asiste a clases en el colegio acade-

mia de Santo Tomás, y al ser el mayor de sus hermanos ayuda a su madre en cuanto puede, pues no cuenta con otro sostén que la paga correspondiente a la viudedad de su esposo. Con su extraordinario sacrifico y buena administración, educa a sus hijos cristianamente, distinguiéndose por su formalidad, y la prudencia que manifestaba a pesar de su corta edad, el hijo mayor. En el instituto San Pablo estudia bachillerato obteniendo sobresalientes y matrícula de honor en todas las asignaturas. Dotado de una fe profunda, desde niño participa en la santa misa y comulga a diario. Estudia de rodillas ante un crucifijo, y manifiesta su devoción a la Madre de Dios. Contando 15 años de edad ingresa en la congregación mariana, donde enseña al catecismo a los niños en las catequesis dirigidas por los jesuitas en el Patronato. Asiste a los enfermos del hospital general, a las Conferencias de San Vicente de Paúl y a los actos de la Adoración Nocturna. Acompaña al padre Vicent, SI, en su gran campaña de los obreros católicos, y colabora con él en el Patronato de la Juventud Obrera y en la Casa de los obreros.

Forma parte de la Junta de administración y gobierno del Colegio imperial de niños huérfanos de San Vicente Ferrer. Participa en todas las actividades que le encomiende la autoridad diocesana, entregando todas sus energías en defensa de los ideales de la fe. Esta intensa actividad apostólica que realiza le pone en el punto de mira de los enemigos de la Iglesia. Hombre delicado, con especial don de gentes, orador elocuente, elegante y de gran persuasión, se manifiesta alegre y franco en familia y con sus amigos. Persona ponderada, prudente, pacifica y benigna, de gran rectitud, jamás defiende una causa que no fuera justa. De la grandeza de su personalidad queda el hecho extraordinario que nunca se oyó murmurar de su labor, ni se conoció incorrección alguna. Humilde en extremo, huye de la vanagloria humana, pero los superiores le prefieren a él. A petición del arzobispo de Valencia, acepta ser incluido en candidatura para concejales, de la que forman también parte las personalidades más destacadas de la capital del Turia, obteniendo el acta por gran mayoría de votos. Una personalidad grandiosa en la que brillan las virtudes de un fiel laico auténtico, coherente, que cumple con exactitud y coherencia, admirando incluso a sus enemigos.

En la Universidad de Valencia cursa brillantísimamente la carrera de Derecho, y obtiene el premio extraordinario en la licenciatura, único en España en aquel tiempo, que versó sobre «El salario justo, según la mente de León XIII». De ideas católicas muy arraigadas, es uno de los que trabajaron con más entusiasmo por la formación de un partido católico, y de los que más eficazmente contribuyeron en la publicación del periódico *La voz de Valencia,* del cual fue director. El 25 de enero de 1904 contrae nupcias con Dolores Boscá Bas, procreando cinco varones y cinco hembras, dos de las cuales fueron religiosas. Vive auténticamente su condición de laico, impregnando de espíritu evangélico las realidades temporales, viviendo su condición de esposo y padre de familia de forma ejemplar. Como abogado, es uno de los más prestigiosos de Valencia, pues aparte de su cultura jurídica y de su espíritu justo, es de carácter bondadosísimo. Procura llegar más pronto a la transacción que al juicio, y en asuntos familiares se preocupa en mantener la paz y tranquilidad entre los mismos.

Colabora en el movimiento católico y es presidente de la Legión Católica (precursora de la Acción Católica), presidente del primer consejo y junta directiva de la Juventud Católica, presidente de la Asociación de Padres de Familia, director durante ocho años de la Casa de beneficencia, y elemento muy destacado en infinidad de corporaciones, congregaciones y cofradías católicas. Fue concejal y teniente de alcalde del Ayuntamiento, varias veces, por la Liga Católica, y a pesar de no contar en el Consistorio más que con un solo concejal es elegido teniente de alcalde, defendiendo los intereses de Cristo y de la Iglesia frente a la hostilidad de los republicanos. Diputado provincial durante 18 años seguidos. Defiende durante 16 horas en el ayuntamiento republicano al Real Colegio del Corpus Christi, fundado por San Juan de Ribera, amenazado por un proyecto de ensanche de la calle del pintor Muñoz Degrain hasta la plaza de la Universidad, que implicaba el derribo de la magnifica iglesia renacentista. Entre 1906-1936 fue asesor personal de los prelados valencianos, desde el cardenal Guisasola hasta don Prudencio Melo.

Ante la proximidad de la persecución contra la Iglesia confía en la divina Providencia, manteniendo una gran tranquilidad, el

ánimo sereno y continuando con sus actividades cotidianas con total naturalidad. El 18 de julio de 1936 su familia se halla en Paterna, donde pasa los meses estivales, y al día siguiente recibe a un grupo de milicianos. Regresan pronto al domicilio familiar en la capital del Turia, a donde trae a su hijo Carlos, que se hallaba restableciéndose de una grave enfermedad en Guadarrama. Es consciente de que puede haber víctimas pero «lo interesante ahora y en cualquier momento es estar bien preparados». A primeros de agosto le visita un empleado, quien dice: «Esto va muy mal, pero sea lo que Dios quiera». Continúa en su casa sin ocultarse, aunque tiene facilidad para escapar, y así se lo aconsejan sus familiares más cercanos.

El 25 de octubre es detenido junto con su hijo Alberto —a quien confunden con otro hijo, Pablo, que es al que buscaban— en su propio domicilio, hacia las seis de la tarde. Tenía sospechas de que iban a detenerlo, y por ese motivo esa misma tarde envió a su mujer a casa de otro hijo casado. Les llevaron a la Jefatura de policía en un coche, donde le preguntan si era católico: «Soy católico, apostólico y romano», responde. La orden de su detención parte del Gobierno Civil y la razón principal está basada en que dicen que es el abogado del señor arzobispo. De allí llevan a padre e hijo a la Cárcel Modelo donde coinciden con numerosos detenidos. Según un compañero de cautiverio:

> «Hablábamos en los ratos de asueto en el patio, edificándome con su igualdad de carácter, confianza en la Providencia y conformidad con la voluntad de Dios. Practicábamos privadamente nuestras devociones, encomendándonos a Dios».

Su estado de ánimo es excelente. Estando encarcelado le comunican la muerte de su hijo Carlos, que acepta muy resignado. Consolaba a los demás detenidos, y recitaba de memoria la misa *Salve Sancta parens*. En el mes de noviembre las cosas en la Cárcel Modelo de Valencia se fueron complicando, y era poca la comida que se servía a los presos. Se tuvo que recurrir a las familias «se nos daba lo indispensable para no perecer de hambre». En la medida que el gobierno de Largo Caballero decidió trasladarse a Valencia, comenzó a perder sus competencias el Comité Ejecutivo Popular. El 6 de noviembre quedaba instalado todo el aparato del Estado en la capital del Turia. El Comité

de Salud Pública, constituido a mediados del mes de agosto, era en realidad el tribunal especial de justicia del Comité Ejecutivo Popular, un organismo secreto y brutal, que veía perder sus atribuciones revolucionarias con la llegada a Valencia del gobierno republicano. Y no estaba dispuesto a despedirse de la historia sin demostrar su último poder: «[...] aquella última semana de diciembre crecieron los asesinatos en forma tal que hubo noche de recogerse ¡trescientos cadáveres! El Comité se despedía de un modo digno de su actuación y en concordancia con ésta».

Fue sacado de la cárcel en la madrugada del día 23 de diciembre, y asesinado juntamente con su hijo Alberto, de 26 años de edad, también abogado, en las proximidades de Castellar. Al padre le robaron la alianza matrimonial. Fueron enterrados en el cementerio general de Valencia. Los enemigos políticos condenaron este flagrante asesinato, y el propio alcalde de la ciudad así lo reconoció: «Han cometido una bestialidad, han asesinado al mejor hombre de Valencia».

El año 1959 el Consejo Diocesano de Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inicia el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación, asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de Pablo Meléndez. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma del 11 al 18 de abril de 1966, en el transcurso de la cual se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Accion Católica, que fue unido al proceso iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Reactivado el proceso en 1996, la Congregación de las Causas de los Santos emite un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la validez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio, siendo declarado beato el 11 de marzo de 2001, junto a 232 mártires más.

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA RIEVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.631-633.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN SÉRVULO
Paralítico († 590)

Cuenta su historia San Gregorio Magno y por él sabemos que Sérvulo padecía de parálisis desde pequeño y que cuidaban de él su madre y su hermano. En el pórtico de la basílica romana de San Clemente pedía limosnas que luego compartía con los demás pobres. Se había hecho con los códices de la Sagrada Escritura y, como no sabía leer, pedía a los sacerdotes que se la leyeran y, por este medio, su alma estaba empapada de la dulzura de la palabra divina. Lleno de humildad, piedad y de todas las virtudes, alababa a Dios diariamente desde su enfermedad y su pobreza. Su muerte fue muy singular. Cuando se sintió morir pidió a los peregrinos que le cantasen salmos e himnos, pero en un momento determinado les pidió: «Callaos ¿No escucháis las alabanzas que cantan en el cielo?» Y expiró. Estuvo presente a su muerte el monje secretario de San Gregorio. Como estos detalles los cuenta San Gregorio en el *Libro de los Diálogos* y éste se escribió en 693, es claro que el santo murió antes de esa fecha.

SAN HARTMAN DE PASSAU
Obispo († 1164)

Nace en Passau a finales del siglo XI y se educa en el convento agustino de su ciudad natal. Opta por la vocación eclesiástica y en 1122 el arzobispo Conrado I de Salzburgo lo nombra deán del cabildo catedral en el que quiere introducir la observancia regular. Más tarde hace la misma obra en el monasterio de Herren-Chiemsee (1133) y luego en la canónica de Klosterneuburg, junto a Viena, trabajo para el que lo llamó el fundaror de la misma, San Leopoldo, margrave de Austria. En

1140 fue elegido obispo de Bressanone y su gran interés fue la reforma de la disciplina eclesiástica. Fundó en su diócesis una canónica y un asilo para pobres. Muy apreciado por el emperador Federico Barbarroja, esta amistad no le impidió defender sin tregua los derechos pontificios y estar siempre de parte del papa Alejandro III. Su culto fue confirmado por el papa Pío VI el año 1784.

SAN TORLAC
Obispo († 1193)

Torlac Thorhallson o Thorhalli nace en Fljótsshío, Islandia, en 1133. Destinado a la vida eclesiástica fue ordenado de diácono cuando aún no había cumplido los 15 años y con 18, en 1154, se ordenó de presbítero. Estudió en París y Lincoln durante seis años, siendo nombrado superior de la casa de Thykkvibaer a partir de 1168, en que se funda dicha casa y en la que se seguía la regla de San Agustín. Elegido obispo de Skalholt en la Islandia meridional en 1178, procuró la independencia de la Iglesia, pretendiendo romper la excesiva ingerencia de los patronos laicos en la marcha de las iglesias, sin que consiguiera siempre sus objetivos. Su autoridad moral lo hizo aparecer ante todos los fieles como un buen pastor, de recta doctrina e íntegra moralidad, que procuraba siempre y en todo el bien de su rebaño. En 1186 fundó el convento de su misma regla en Kirkjubaer. Murió el 23 de diciembre de 1193 y fue tenido enseguida por santo y comenzó a circular la fama de que se producían milagros por su intercesión. Los obispos de Islandia autorizaron oficialmente su culto en 1198 sin que se pidiera la confirmación papal a esta canonización episcopal.

SAN JOSÉ CHON YUN-HO
Mártir († 1866)

Este santo era un joven coreano de 19 años, hijo del mártir San Pedro Cho Hwa-so. Había nacido en 1847 en Shinchang, provincia de Chungchong, hijo de la primera esposa de su pa-

dre. Cuando su padre contrajo un segundo matrimonio se fue a vivir la familia al poblado de Songji Dong. Llegado a la adolescencia José trabajaba en una granja. Había contraído matrimonio al cumplir los 18 años con Lucía Yi y llevaba junto a ella una vida honesta y pacífica, llena de piedad y de bondad. Cuando empezó a hablarse de que volvía la persecución, el joven advirtió a su esposa su voluntad de ser fiel, y ella le prestó su apoyo moral. Fue arrestado con su padre el 5 de diciembre de 1866, porque al saber el arresto de su padre se presentó espontáneamente y no quiso escapar como su propio padre le proponía. Una vez arrestado, se negó a dar los nombres de los cristianos y declaró la firmeza de su fe. Enviado con su padre a Chonju, hubo de pasar todo tipo de maltratos e insultos por el camino. Su padre le animaba a sufrir por Cristo y José le respondía que no tuviera duda de su determinación de ser fiel. Aquel mismo día fueron arrestados otros cristianos. Se le dijo a José que su padre había apostatado —lo que era falso— para ver si así el joven apostataba. Pero José respondió que él no pensaba apostatar aunque lo hiciera su padre. Cuando supo que a su padre lo martirizaban pero que a él no lo llevaban al martirio, se dolió mucho de no poder morir junto a su padre. Como lo veían tan joven lo urgían una y otra vez a que apostatara, pero el joven nunca dio un paso atrás en su determinación de fidelidad. Por fin lo condenaron a muerte. Cuando lo llevaban a la ejecución un día frío de invierno, aparecía el muchacho con sus vestidos hechos jirones y a mucha gente le dio lástima y hasta le ofrecieron comida. Comió el mártir y dio gracias a la gente. Volvieron a proponerle la apostasía y volvió el mártir a negarse. Entonces fue decapitado. Era el 23 de diciembre de 1866.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

24 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de todos santos antepasados de Nuestro Señor Jesucristo, es decir de todos los Padres que agradaron a Dios y fueron hallados justos y murieron en la fe, saludando de lejos y sin haber aún alcanzado las promesas, y de los cuales nació Cristo según la carne **.
2. En Burdeos (Aquitania), San Delfín († 404), obispo *.
3. En Roma, Santa Társila († 550), virgen, tía del papa San Gregorio Magno *.
4. En Traer (Austrasia), Santa Irmina († 710), abadesa del monasterio de Oehren.
5. En Cracovia (Polonia), San Juan de Kety, cuya memoria fue ayer.
6. En Bolonia (Emilia), Beato Bartolomé María del Monte († 1778), presbítero, fundador de la Obra Pía de las Misiones **.
7. En Comonte (Italia), Santa Paula Isabel (Constanza) Cerioli († 1865), viuda, fundadora del Instituto de la Sagrada Familia **.
8. En Annaya (Líbano), San Sarbelio (José) Makhluf, cuya memoria se celebra el 24 de julio.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

VIGILIA DE NAVIDAD

Todo el Adviento es una búsqueda apasionada. Una noche oscura, «con ansias, en amores inflamada», en la que palpita ya, lejanamente, la sombra sin tinieblas de la luz.

Pobre chiquilla desasosegada, la Iglesia se ha lanzado por los caminos y los desiertos. No puede lograr quietud. Se ve en abandono y en pobreza, masticando la piel amarga del desamparo. Falta en su casa el lustre de la vajilla bien compuesta, la blanca mantelería, el rincón con flores, la tarantela alegre de las mañanas con sol. Falta la ternura, la compañía.

A esta niña indigente la apoya sólo la esperanza. Le dieron, hace mucho tiempo, una palabra de amor. Le prometieron un Esposo que, librándola de toda villanía, habría de alzarla en un trono cubierta de rosas, encendida en belleza. Y ahora la niña —Iglesia se llama— ha salido en su busca. Lleva cuatro semanas de andadura.

¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
habiéndome herido;
salí tras ti clamando, y eras ido.

Va preguntando en las posadas, en las chozas de los pastores, en las alquerías: «¿Sabéis algo de mi Amado?» La niña ha encontrado pronto quien le haya dicho algo de él. Isaías, un hombre de recia y bella palabra, que ha esbozado con emoción la hermosa figura del prometido. Y, unos días más tarde, un robusto muchacho, vestido de pieles y moreno de sol —Juan Bautista—, le ha dicho a la pequeña un recado amable: el Esposo está cerca. Ella va gritando enamoradamente: ¡Ven, ven, Adonai, palabra henchida de sabiduría, raíz de Jesé, llave de David, Oriente lleno de fulgor, rey de las gentes, deseado de los hombres, Enmanuel, Salvador!

El camino esta mañana ha sido propicio y grato. Han regalado los oídos de la niña con un mensaje suavísimo: Él está ya muy cerca; mañana lo verá. Ella ha brincado entre lágrimas dulces, sin poder contener el gozo. Y grita sin desmayo —¡que se enteren bien todos!—: hoy vais a saber una feliz nueva: que viene el Señor. Y mañana, mañana contemplaréis su esplendor. Salid todos a esperarle, hijos de los hombres. Llamadle Señor y Príncipe, Caudillo de la paz, Aurora de grandezas, Rey sin ocaso, Dominador fuerte, Dios.

Hay un gozo, el de la víspera, que muchas veces supera al de la fiesta. Sin duda, a causa de la incontrovertible fugacidad de las cosas. Montamos un tren que no se detiene. El hombre no sabe mirar más que adelante o, nostálgicamente, hacia atrás. El paisaje, estrictamente paralelo a la ventanilla, es reducido y, además, se escapa pronto, como perseguido por un toro. Lo que pasó se va hundiendo en la lejanía; lo que llega, pronto caerá también al saco del recuerdo; lo que no llegó es perspectiva grata. La víspera, más sutilmente gozosa que la fiesta. Sólo cuando la fiesta no termine nunca, y haya para siempre, para siempre, luz y flores, música serena, contemplación de Dios, mar de maravillas, sólo entonces descansaremos sin inquietud en la orilla de la playa.

La víspera de Navidad, ¿más alegre que la fiesta que se acerca? ¡Qué se yo! Tal vez no. Porque la Navidad misma no es sino un preámbulo, un ponerse en camino con la sorpresa de que Dios está a nuestro lado, en compañía de carne y sangre, de temor y de ternura, de ojos que ven, de nervios que vibran. La Navidad, prólogo también y víspera para los más soberanos regalos, que se llamarán Nazaret, Betania, camino del Gólgota, triunfo pascual, Y más adelante aún, Pentecostés, Iglesia militante y purgante. Sólo la Iglesia triunfante del último día, ya redonda en número y en gracia, encendidas en brillo las almas y rutilante de cuerpos gloriosos, será la sorpresa última, siempre igual y siempre nueva. Aun entonces la plenitud feliz de cada día será más luminosa con la seguridad de plenitud para el día siguiente.

De todos modos, hoy 24 de diciembre, víspera gozosa de tantos escondidos y sabrosos misterios. Y la Iglesia a nuestro lado diciéndonos, para que trepidemos jubilosamente: *Hoy sabréis que viene el Señor y mañana contempiaréis su gloria.*

Saber..., contemplar. Noticia y visión. El verle cara a cara será únicamente cuando podamos recostarnos en el césped celestial. La contemplación es también noticia, «noticia de Dios amorosa», como dice Juan de la Cruz. Un dejarse empapar por el rayo puro, sin motas ni polvillos, invisible, pero ya absorbente, del que brotan, como flores, mil claridades jugosas. Así la Iglesia mañana, abandonándose a la invasión de la alegría, a la clara presencia de su Señor. Hoy, vigilia de Navidad, hoy es el anticipo; la noticia en su recinto más reducido, casi de perfiles periodísticos: el suceso o novedad que se comunica según la prosa gélida del diccionario. Pero ya es también evangelio, «buena nueva», proclamada con alborozo. *Viene el Señor: mañana veréis su gloria.*

Y porque la noticia es venturosamente excepcional, la liturgia la envuelve en ropajes solemnes. En el coro hay un ceremonial desacostumbrado para la lectura del martirologio, la gozosa y barroca calenda. Brillan en el altar las candelas encendidas, mientras en el centro del coro dos blandones con hachas montan guardia de luz al atril. A él llega, revestido de capa morada, el presidente de la asamblea con la compañía del maestro de,

ceremonias, del turiferario, de los acólitos. Se inciensa el libro, que contiene grandes fechas gloriosas de la historia cristiana. Ninguna, tal vez, como ésta. Por eso el tono del anuncio va envuelto en melodía solemne, con un cortejo ingenuo pero impresionante de fechas antiguas, en un afán de remachar la ineludible historicidad del acontecimiento. «El año 5199 de la creación del mundo, cuando al principio creó Dios el cielo y la tierra; el 2957 del diluvio; del nacimiento de Abrahán el 2015; el año 1510 desde Moisés y la salida del pueblo de Israel de Egipto [...] el año 42 del Imperio de Octavio Augusto, estando todo el mundo en paz, en la sexta edad del mundo, Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre: queriendo consagrar el mundo con su venida misericordiosa, concebido por obra del Espíritu Santo, transcurridos nueve meses desde su concepción, nace, hecho hombre, de la Virgen María, en Belén de Judá». Todo el coro está arrodillado. Y la voz del presidente, con el mismo tono en que se canta la pasión, gravemente, notifica a la Iglesia y al mundo: *¡La natividad de Nuestro Señor Jesucristo según la carne!*

Algo nos sorprende en este anuncio regocijado. El clima popular navideño está cuajado de nieves y de ternura. Se ensayan villancicos: van asomándose por los escaparates los portales agrestes, con un Niño encantador entre San José y la Virgen, la mula y el buey; los *christmas* son deliciosamente ingenuos, con ovejitas, estrellas y pequeños ángeles traviesos. Un aire de niñez, aceptado y aun buscado, envolviéndolo todo, como si el mundo estuviese en infancia, a punto de estrenar. Y, sin embargo, la Iglesia apenas si nos anuncia que el que llega es un niño, ni trenza su liturgia con cantinelas infantiles. Es cierto. Mañana nos dirá: *Un Niño nos ha nacido,* y leerá la dulce historia de los pastores. Pero antes nos habrá mostrado, en un marco de notas solemnes, el salmo 102, cuadro de la majestad del Mesías dominando a los monarcas de la tierra. Y el salmo 109, himno a la grandeza de Dios, eterno y creador. También la proclamación grandiosa del misterio del Verbo, que era en el principio, antes que todas las cosas, por quien todo fue hecho. De modo parecido hoy, en el momento sabroso de la primera noticia, nos la da con trompetas solemnísimas: *Veréis al Señor en su gloria; mañana reinará sobre nosotros el Salvador del mundo y se manifestará la gloria del*

Señor. Alzad, príncipes, vuestras puertas y entrará el rey de la gloria. Nada que haga suponer la humilde escena de la gruta de Belén.

Y es que la gloria del Cristo Señor es el quicio sobre el que van girando estos portones venerables de la liturgia navideña. «El Verbo ha plantado su tienda entre nosotros y hemos visto su gloria». Para San Juan el abajamiento de Dios es para engrandecimiento del hombre, en lo que se manifiesta la potencia de lo alto. La carne humana del Salvador no es sino un sendero por el que pasa la gloria que viene de los cielos y que ha de hacer resplandecer a la raza de los hombres en sus almas y hasta en sus cuerpos. El nacimiento de Cristo es una sinfonía nunca oída en la sala de conciertos del mundo. Todo en él brota de una fuente pura, virginal. Ni la concupiscencia de la carne ni la ley del pecado enturbian la clara melodía. El fruto de este nacimiento será una humanidad nueva, rescatada y purificada. La Encarnación va orientada, desde su mismo punto inicial, por la estrella polar de la glorificación, que ha de expansionar su fuerza, al término del tiempo, inundándolo todo. Y, como primicia y promesa de esta plenitud final, el resplandor del Señor resucitado, su cuerpo gloriosísimo sentado en el penacho de los cielos.

El misterio pascual es centro del año litúrgico. El ciclo navideño, lejos de un distanciamiento que lo empobrecería se acoge también a la gran luz de la Pascua. La pobre, la endeble materia humana, se ve en Jesús poblada por la potencia divina. La asunción de la carne por la persona del Verbo es un albor de glorias futuras, reflejado ya en los hijos de Adán. Tras el pequeño de Belén, la Iglesia contempla, absorta y agradecida, el rostro radiante del Kyrios, del Señor triunfante. Del plinto humilde, sobre el que alza su esbeltez única la vida de Cristo, ella encumbra su vista al tímpano radiante donde ángeles y santos, violines y estrellas, cantan a Jesús los himnos de la victoria. La liturgia navideña es una proclamación de la gloria del Verbo encarnado. Y su anuncio en esta vigilia abre ya perspectivas triunfales. *Mañana quedará borrada la iniquidad de la tierra. Y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo.* En tono más brillante pero en grato acorde, las liturgias orientales:

> «Sacerdotes —exhorta, en el oficio de esta mañana, la liturgia armenia—, exaltad grandiosamente por los siglos, con cánticos espirituales, a Aquel que ha ascendido a lo alto llevando cautivo el

imperio de la muerte y que hoy se nos comunica a los hombres en don de incorruptibilidad».

La Iglesia contempla en el Verbo encarnado, más que su pequeñez y anonadamiento, la potencia en Él encerrada, su rico filón de vida celestial que ha de iluminar y regenerar a los hombres. La Esposa está enamorada, desde el primer momento, de la gloria y del señorío de su Esposo.

En realidad, al dejar casi en sombras lo puramente anecdótico en el nacimiento de Cristo, la Iglesia nos posibilita la participación en el misterio de la Navidad. Sin duda que hay una conmemoración del hecho histórico del nacimiento del Señor. Pero, al recordar el episodio, la Iglesia pasa por encima de él y contempla el desarrollo del misterio de la Encarnación, o sea su propio misterio de los desposorios con Cristo, su incorporación a él. El Verbo se hace carne para habitar entre nosotros, y, conforme vamos entrando en su tienda, vamos compartiendo los frutos de su presencia.

La esencia de la Navidad es el admirable comercio que se organiza entre Dios y los hombres. Él participa de nuestra pobreza; nosotros, de su encumbramiento. Él se hace hijo del hombre; nosotros, hijos de Dios. En el Verbo, sala donde se firma el intercambio, se encuentran ahora emparejadas la excelsitud de los cielos y la miseria de la tierra, la inefable Palabra, que es vida y vivifica, con la flor, que crece y muere. El misterio de la Encarnación es un ancho estadio propicio para los juegos de antítesis, y la liturgia los ha empleado para festejar la Navidad. Dios y hombre. Cruce inefable de caminos. Los textos vigiliares nos anuncian este sorprendente acercamiento de distancias, que abre ancho abismo para profundizar en contemplación, en acción de gracias, en rendida alabanza. En la epístola, San Pablo nos dice del Señor: Hijo de David según el linaje de la carne, constituido Hijo de Dios (¿Te has fijado que en esta lectura de hoy, San Pablo nos habla del poder de Cristo «por su resurrección de entre los muertos»? Fuerza de atracción del centro. La Pascua siempre, con su ala de luz). En el evangelio, la concepción de María, la congoja de San José, la respuesta del ángel, que tranquiliza. Humano y divino. Hijo de una mujer de la tierra, pero sin padre terreno. Unigénito del Padre de toda la vida,

que le dio a él el imperio, la grandeza y el poderío. «Su nombre será Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados».

Es a este Dios-hombre, con su perfil glorioso, a quien la Iglesia contempla. Gracias a la unión indecible de las dos naturalezas en su persona, la tierra toca al cielo y es así transfigurada.

> «El Verbo entra en mi cuerpo para que yo pueda contener su divinidad. Toma mi carne, dándome así su Espíritu. De este modo, dando y tomando, adquiere para mí un tesoro de vida. Toma mi carne a fin de santificarme; me da su Espíritu a fin de salvarme» (SAN JUAN CRISÓSTOMO: PG 56,389).

No se trata de un panteísmo imposible, transformando a la criatura en la propia divinidad del Verbo, sino de un reflejo espléndido de la inexpresable vida divina, que hace brillar las almas de los justos.

De esta manera, como dice San León, al adorar la Natividad de nuestro Salvador festejamos nuestros propios orígenes. El misterio de salvación es único, aunque parcelado en etapas. El ciclo litúrgico es toda la economía de la salud vista por sus varias esquinas: nacimiento, pasión, resurrección, ascensión; pero no siendo en su volumen total más que una obra única y admirable, un castillo de inmensa luz, que acoge en su resplandor a todos los que se acercan a sus puertas. Cristo, que edifica su obra redentora; los hombres, que a Él nos agremiamos. En este niño de la gruta campesina de Belén se encuentra ya la plenitud de la salvación. «Es verdaderamente justo y necesario [...] darte gracias, Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno porque todo el objeto del culto, ofrecido en su devoción por el pueblo cristiano, encuentra su origen en esta solemnidad y se halla contenido en este don», decía un prefacio para esta vigilia guardado en el sacramentario leoniano. La obra de Cristo precisará pasar por escalas diversas, siendo principalmente su muerte la que rompa las vallas que nos separan de Dios. Pero desde el momento en que el nuevo Adán se encuentra entre nosotros, cuando la raza humana tiene ya un jefe para la empresa de su rescate, podemos estimar como una realidad palpitante el cable tendido entre Dios y los hombres, por el cual podremos trepar hasta el paraíso antiguo. Puede, ciertamente, decir el oficio de hoy: *Mañana estará con vosotros la salvación.*

Pero el chorro bendito de luz no alcanza solamente a los hombres. Todas las criaturas terrestres —que encuentran en el hombre su punto de engarce con el cosmos espiritual— se ven transformadas y enaltecidas. *Mañana se borrará la iniquidad de la tierra.* San Pablo nos descubre una dolorosa participación de las cosas en la maldad humana. Nos dice también que la creación está esperando con ansia la liberación de su servidumbre para participar en la gloria de los hijos de Dios. «Brilla un nuevo astro, que raerá toda vileza», canta el himno de laudes. A la hierba, al pájaro, al mar, a la estrella, les llega esta nueva claridad. Solidaria del hombre la creación está llamada a ser «el cielo nuevo y la nueva tierra» de que nos hablan Isaías y San Juan, el escenario para la eterna visión enamorada de los elegidos en el último día.

Porque aún todo está en camino, todo en víspera. La colecta de hoy nos habla de Cristo Juez. La secreta, del gozo de los dones eternos. No se cerrará la curva de la redención sino al final de los tiempos, cuando entre en las praderas celestiales la gran multitud que aclamará a Cristo como cabeza y Señor. Ahora todo se realiza en misterio y en esperanza, a través del rito sensible y en la invisible caridad. Es el anticipo placentero de la eterna y juvenil alegría. Nuestra incorporación al Verbo encarnado, descendido de los cielos *propter nostram salutem,* nos da una cédula de confianza. Y también un comienzo de transformación asombrosa, aunque escondida.

La vigilia nos lleva de la mano hasta la gruta del nacimiento para que en él veamos nuestro propio renacimiento: para que contemplemos y adoremos la gloria oculta del hijo de la Virgen y soñemos en la nuestra futura. En esta espera trepidante de hoy la Iglesia nos invita al júbilo y a la santidad. «Cada año nos alegras con la expectación de nuestra redención», dice la colecta. «Santificaos hoy y estad preparados», exhortan los responsorios de maitines. Para compañía, ejemplo y ayuda, la Iglesia pone a nuestro lado a Santa María, en cuyo templo mayor romano se celebra el culto estacional. No podríamos encontrar más sabroso acompañamiento. Asidos a la ternura de Nuestra Señora, esperamos con impaciencia el momento en que «Jesucristo, Dios eterno e hijo del Padre eterno, queriendo consagrar

el mundo con su venida misericordiosa», nazca, hecho hombre, en Belén de Judá *(Martirologio romano)*

JUAN M.ª LECEA

Bibliografía

GUERANGER, P., *El año litúrgico* (Burgos 1954-1956).
LEMARIÉ, J., *La manifestation du Seigneur* (París 1957).
LOEHR, E., *El año del Señor* (Madrid 1955).
PARSCH, P., *El año litúrgico* (Barcelona ^{3}1964).
SCHUSTER, A. I., *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el misal romano* (Barcelona 1945-1958).
• Actualización:
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico. Historia y teología de los tiempos litúrgicos cristianos* (Madrid ^{2}1997).
— *La liturgia de la Iglesia* (Madrid 1994).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).

SANTOS ANTEPASADOS DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

A los archivos diocesanos, donde se concentran los libros sacramentales de las diversas parroquias, afluyen, en número creciente, unos investigadores bastante singulares: pensionistas, opulentos de tiempo, que tratan de obtener su árbol genealógico. Suelen darse por satisfechos cuando alcanzan antepasados del siglo XVI, se sienten felices si descubren vestigios linajudos y, a veces, su desencanto es grande al hallarse con un tatarabuelo de padre desconocido. Cuando los prejuicios antisemitas distaban mucho de verse superados, primaba un consejo confidencial: «No hagas tu árbol genealógico: te expones a encontrarte con un judío o una criada de servicio». Digamos por nuestra parte que todos los genealogistas pueden curarse de espantos con sólo repasar la lista de los antepasados de Jesús.

Tratándose de reyes y de personajes de la alta nobleza las genealogías nos vienen dadas, no siempre con las seguridades que cabría esperar. ¿Y la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo? Nos la ofrecen doblemente los Evangelios. San Mateo (Mt 1,1-17) nos da la de San José, el padre de Jesús a los ojos de la Ley. San Lucas, en cambio (Lc 3,23-32), prefiere presentarnos la de María, coincidente con la de Mateo a partir de David, del

que descienden María y José. Se ha reparado en que ningún judío actual cuenta con una genealogía legal comparable, ya que todos los expedientes se destruyeron el año 70 después de Cristo, al ser totalmente arrasado el templo de Jerusalén. En conclusión, a los cristianos les cabe decir que es Jesús el único judío vivo que puede demostrar sus derechos al trono de David.

No se trata de genealogías completas, en las que no falten eslabones. Por lo visto, eso era lo ordinario en el judaísmo antiguo: quedaban fuera los nombres menos importantes para facilitar a los niños la memorización. Así, en San Mateo se omiten los nombres de los reyes Ococías, Joás y Amasías.

En la enumeración que sigue a los patriarcas, la gloria proveniente de ser antepasados del Mesías no desvanece los datos ignominiosos, que se ilustran con la Biblia: infidelidades, crueldad, vicios y pecados. La débil naturaleza humana, en el tronco concreto elegido por Dios, es asumida por el Hijo, que se hace hombre. Más todavía: de las cuatro mujeres que entran en el árbol genealógico, dos aparecen en la Biblia cubiertas de ignominia... Tamar fue culpable de prostitución. Bersabé fue cómplice de adulterio con David. Ambas, a pesar de todo, quiso Dios que fueran parte de los antepasados de Jesucristo. ¿Quién no se siente conmovido ante el anonadamiento de Cristo y la veracidad de sus Evangelios? Todo este torrente, en parte impuro, quedó definitivamente sanado en la sangre purísima de la Virgen Inmaculada, de la que Cristo tomó su corporalidad.

La celebración de los antepasados de Cristo ha obtenido en la liturgia la fecha más adecuada: el 24 de diciembre, víspera de su nacimiento.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

BEATO BARTOLOMÉ MARÍA DEL MONTE

Presbítero y fundador († 1778)

Nace en Bolonia (Italia) el 3 de noviembre de 1726, hijo de Oracio, un rico banquero y miembro selecto de la Magistratura local, y Anna María Bassani. Fue el último de los cinco hijos que tuvo este matrimonio, y el único que sobrevivió, pues tres

fallecieron de corta edad, y otro no llegó a ver la luz. Los empleados de su padre lo llamaron «el hijo de oraciones y limosnas», por las que sus padres ofrendaron en demanda de protección, incluso con un voto a San Francisco de Paula.

Bartolomé recibe las aguas bautismales al día siguiente, y su madre atiende su formación intelectual y espiritual. El 26 de abril de 1733 el cardenal Próspero Lambertini, futuro papa Benedicto XIV, le administra la confirmación en la catedral de Bolonia. Su madre atiende con gran interés su formación espiritual: «Cada día mi madre me hacía leer el oficio de la Virgen María, y me enseñaba las verdades del catecismo». Asiste al colegio de Santa Lucía de los jesuitas, frecuenta el oratorio de Santa María de Galliera, de los padres filipinos e ingresa en la confraternidad de San Jerónimo de Miramonte, fundada por el Beato Nicolás Albergati.

Firme en su vocación se decide a ingresar en el seminario, pero su padre se opone, esperando que se ponga al frente de la hacienda familiar. Le ayuda su amigo, el clérigo Antonio Muratori, que le presenta a don Alejandro Zani, un prestigioso sacerdote que había formado un grupo de espiritualidad en la iglesia de Santa María delle Muratelle, en el cual se integra. Este ejemplar sacerdote será su director espiritual y quien le guiará en el difícil período del discernimiento vocacional.

Durante tres años su padre se niega a que sea sacerdote, le impone que cambie de director, pero sólo consigue que pase de un sacerdote santo «a uno aún más santo», don Alejandro Garagoli, que le anima en su deseo de perseverar, y cuya decisión final está afianzada por San Leonardo de Porto Maurizio, el gran predicador franciscano, a quien debe su fecundo apostolado. Este santo le anima y aconseja, confirmándole en su vocación, y le dirige a la evangelización popular. El Señor lo había elegido para un campo muy amplio y le encargaba de una misión muy grande en su villa. A San Leonardo de Porto Maurizio lo encontró, al menos, dos veces y recibió de él gran estímulo para proseguir en la vocación aceptada, enfervorizándolo para tal ministerio. El 20 de diciembre de 1749 recibe el presbiterado: «Quiero salvarme y salvarme con otros». Se doctora en teología en 1751.

Durante los primeros años de su ministerio se dedica a aprender el arte de la predicación en la escuela de los predicadores más famosa de su tiempo. Acto seguido emprende una extraordinaria actividad misionera que le llevará por 62 diócesis italianas. Durante sus 26 años de sacerdocio predica centenares de misiones populares, cuaresmales y ejercicios espirituales al clero, religiosos y laicos, logrando admirables conversiones y numerosas pacificaciones entre partes enfrentadas. Intransigente en la predicación de la verdad, acogedor y misericordioso con los pecadores, anda de un lugar a otro, sediento de la salvación de las almas. Sobrio en su vida y diligente en la predicación de la Palabra. Su actividad ejerce también un influjo notable incluso en el entramado civil de la nación, contribuyendo en forma eficaz a promover en él la justicia, la concordia y la paz.

Para dar solidez y continuidad a las misiones populares funda la Pía Obra de las Misiones, con la herencia paterna, y mediante la obra de misioneros en la tierra patria, el pueblo italiano puede ofrecer un patrimonio de valores humanos y cristianos, que representa su tesoro más precioso. Con estas misiones populares afronta situaciones de amplia ignorancia religiosa, y una preocupante descristianización de amplias zonas rurales, pues en aquel tiempo la formación para el sacerdocio no implicaba el plan de estudios que desarrollarían tiempo después los seminarios. Por eso se esfuerza en organizar la Pía Obra de las Misiones, donde sus sacerdotes colaboradores se preparan de modo adecuado para salir a predicar. A ellos dedica interesantes escritos espirituales, alguno de los cuales se sigue publicando y reeditando en 1906.

En 1767 celebra misión en Modavio, una importante ciudad de la diócesis de Fano, donde obtiene un consolador fruto. El autor de un libelo difamatorio contra algunas personas destacadas del lugar se retracta públicamente el último día, y una inmensa multitud escuchó conmovida la retractación. Los frutos de gracia que producía eran admirables. El año 1776 el nuevo arzobispo de Bolonia le encarga una misión popular en la basílica de San Petronio, que tiene lugar del 16 de abril al 1 de mayo. Son tantos los que acuden a escucharle que hubo que trasladar la predicación a la plaza, pues estaban llenas incluso las calles

adyacentes. Llama a la compunción con su habitual fervor y celo, para la gloria de Dios y el provecho espiritual de las almas. En el mes de diciembre de ese año estuvo misionando en la República de San Marino, y son tantos sus trabajos y fatigas que al término de su predicación le honran con el título de «Ciudadano» de aquel noble y antiguo país, considerándole «célebre por la doctrina y santidad de su vida».

La fama de la eficacia de estas misiones y de la santidad de su vida se difunde con tanta rapidez que difícilmente logra atender todas las peticiones. En el año 1774 el cardenal vicario de Roma le invita a predicar unas misiones en la plaza Navona y a dar unos ejercicios espirituales en la iglesia del Gesù al clero romano, como preparación del Año Santo de 1775. Pío VI, apenas elegido papa, quiere tenerlo en Roma como predicador, pero él desea, y así se le concede, continuar con sus misiones populares, argumentando que «en Roma no dejaría de haber quien se encargase mejor que él de ese ministerio, pero no sería fácil encontrar a quien esté dispuesto a ir de un lugar a otro, consumiendo la vida especialmente entre los pobres campesinos». El celo misionero le devora de tal manera que pretende ir a las Indias, pero le disuaden por su salud precaria: «Quiero remover cada piedra para excitar a los corazones a estimar y amar».

¿Dónde encontraba la fortaleza para realizar este excepcional ministerio? La santa misa, la adoración eucarística y la confesión sacramental, son el centro de su vida, de su acción misionera y de su espiritualidad. Amaba a la Virgen, a quien profesa una tierna devoción: «todo pensamiento, toda palabra: Sí, todo lo debo a María». Encarga al pintor Hércules Graziani una imagen de la Virgen Madre de la Misericordia, una pintura muy hermosa que lleva siempre consigo. Su vida es un testimonio particularmente sensible a las exigencias de los tiempos modernos, comprometiendo a todos a afrontar con ardor y empeño la nueva evangelización de los hombres y mujeres de su tiempo. ¡Cuántas fatigas tuvo que soportar! Innumerables los peligros que afrontó. Forma a muchos colaboradores, a quienes infunde abundantes dones espirituales para que vayan a conquistar almas para Cristo. Y todo ello a sus costas, empleando el pingüe patrimonio heredado de su padre. Sólo le entristecen los peca-

dos, que intenta arrancar del corazón de los hombres con lágrimas en los ojos. Con cansancio y fatigas, flagelándose hasta la sangre. Emplea su vida, su tiempo, sus bienes siempre en favor de los pobres.

En un tiempo en que se difunde la filosofía jansenista y el iluminismo, son muchos los sacerdotes que apoyarán las misiones populares, un modo de anunciar el Evangelio al pueblo desorientado y descristianizado, sin pretender recompensa alguna, y si la acepta es para emplearla en ayuda de los pobres. En 1768 el arzobispo de Viena le encarga la predicación de la Cuaresma, pero una caída accidental le impide concluirla. Regresa a Bolonia, dolorido y sin poder caminar, y en el santuario de la Virgen de San Lucas alcanza el favor de recuperarse totalmente. La luz de la fe, obsequio sobrenatural, disipa en su ánimo las tinieblas del indiferentismo religioso, y el ardor de las fatigas sacerdotales acrecienta el deseo del misionero. El campo de su apostolado es inmenso, le exige una actividad continua y ya se le llama «el misionero». El argumento de sus sermones demuestra que, sobre todo, pretende disipar las tinieblas del pecado y de la ignorancia, dejando que la luz de la verdad evangélica y el fulgor de la divina gracia penetre en el corazón de los oyentes. Que brille el sol de la vida sobrenatural donde imperaban las tinieblas del naturalismo. Profundamente conoce el corazón del hombre; recuerda que el hombre está destinado al cielo. El único anhelo de su argumento en su predicación es su ejemplo, la luz que iluminada por la fe lleva a creer en Dios. En todas partes la fama de «hombre de Dios» le acompaña siempre. Las numerosas conversiones que la tradición oral recuerda obraba este misionero se basaban en esta verdad: «Porque el misionero era un santo».

Anuncia su muerte dos meses antes de que ocurra: «Voy a morir en Bolonia la noche de Navidad». El 15 de diciembre de 1778 consumido por las fiebres, tuvo que interrumpir la celebración de la misa. Su enfermedad se agrava. El 24 de diciembre, confortado con los sacramentos, entrega su alma al Creador. El día 28 del mismo mes y año recibe sepultura, en una gran manifestación popular de duelo. En 1808 sus restos se trasladan a la capilla de la Virgen de la Paz de la Seo de Bolonia. La causa de canonización se inicia en 1874 y concluye en 1881.

En 1890 la causa se introduce en Roma y León XIII lo declara venerable. En 1921 Benedicto XV reconoce sus virtudes heroicas, aunque tiempo después queda suspendida la causa. En 1993 el cardenal Giacomo Biffi, arzobispo de Bolonia, reanuda, y el papa Juan Pablo II lo beatifica el 27 de septiembre de 1997. Se trata, según el Santo Padre, de «un modelo que hoy también la Iglesia encarga a sus hijos».

Milagro de la beatificación

Sor Rafaela Rambaldil, nacida en 1844, ingresa a los 27 años en el monasterio del Corpus Domini de Bolonia; tres años más tarde (1847), enferma de tuberculosis y se le reproducen en distintas partes del cuerpo unas glándulas, con fiebre muy alta y pus. En 1882 la situación se agrava con una peritonitis tuberculosa difusa con múltiples fístulas, y los médicos sugieren que reciba los últimos sacramentos. La enferma profesa especial veneración por el Siervo de Dios, y le pide su curación. Alrededor de la medianoche del 23 de enero de 1882 la enferma recibe una corriente de aire, estando cerrada la puerta de su habitación. Nota la presencia de una persona, a quien no puede ver, que le aprieta el cuello unos segundos. Otro apretón en el estómago, y un tercero, y último, en las vísceras. Después de haber permanecido tres años postrada en el lecho, se levanta, y puede mover el cuello. Llama a la enfermera que la atendía, y queda asombrada por esta repentina curación. El médico de la comunidad constata que las llagas han cicatrizado y las condiciones abdominales eran buenas, y el estado general también. Regresa a su oficio en la cocina y fallece el año 1913. La curación imprevista, duradera, no explicable sólo por medios naturales queda confirmada.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

DI CHIO, A., *Bartolomeo Maria dal Monte, un evangelizzatore per il nostro tempo* (Bolonia 1994).

GIANDOMENICO, G., *Il Beato Bartolomeo Dal Monte, predicatore di missioni popolari nel Settecento* (Cinisello Balamo) 1997.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (3-10-1997).

SANTA PAULA ISABEL (CONSTANZA) CERIOLI
Religiosa († 1865)

Piadosa y abnegada viuda, fundadora de las Hermanas de la Sagrada Familia en 1857 y de los Hermanos de la Sagrada Familia en 1863. Fue figura estelar de la piedad italiana y de la entrega de la mujer cristiana en favor de los niños abandonados por los cuales sacrificó su vida y sus bienes siguiendo los designios de la Providencia.

Dios la preparó para ser educadora a través de la cruz y de la renuncia, del dolor y de la esperanza cristiana. Su espíritu selecto, su corazón valiente y heroico, los caminos que la Providencia la hicieron digna de admiración. Diversas circunstancias se cruzaron en su vida de manera admirable y, aunque las alegrías de la existencia terrena no le sonrieron en lo humano, fue elegida para que enseñara a muchos a sonreír a lo divino. Para hacerla madre, Dios puso en su regazo hijos que llevó prematuramente al cielo. Para curtir su paciencia, le dio un esposo que hiciera posible la práctica de la resignación y de la paciencia más heroica. Y, para convertirla en educadora hábil, multiplicó en su entorno las necesidades y las llamadas a su tierno y compasivo corazón.

Cuando estuvo preparada, la hizo pasar por la puerta de la soledad y la entregó un palacio que ella transformó en hogar de los abandonados y en escuela de las virtudes más evangélicas. En su trato con los niños huérfanos y con las niñas indigentes que fue acogiendo, fue capaz de reproducir el hogar de la Sagrada Familia de Nazaret. En esa morada de caridad ella practicó las más sublimes virtudes y vio cumplida con creces la profecía que su hijo Carlos la hizo al morir cuando sólo tenía dieciséis años y se despedía de ella en el momento de su agonía: «No llores ni tengas pena por mi muerte, madre. Serás madre de muchos hijos que te consolarán por mi pérdida».

Y para continuar su obra hermosa de educación suave y de dulce amistad, reunió un grupo de colaboradoras que, después de su muerte, supieron propagar su estilo y su mensaje de maternidad espiritual. Regaló a la Iglesia la congregación de «Hermanas de la Sagrada Familia», las cuales aprendieron de ella a

hablar el lenguaje de los lirios del campo y de los pájaros del bosque.

Su nombre era Constanza Cerioli. Nació en Soncino, cerca de Cremona, el 28 de enero de 1816. Fue la última de 16 hermanos y tal vez por eso salió frágil y de salud delicada. Recibió el bautismo de emergencia por lo débil que fue su primer día de vida. A los pocos días, el 2 de febrero, fue llevada a la iglesia para completar las ceremonias sacramentales. Dios se encargaría de hacerla una mujer fuerte al convertirla en madre de muchos hijos en la tierra.

Sus padres tenían una posición desahogada, por lo que pudo recibir una educación esmerada en los parámetros de la época y del lugar. Se llamaban Francisco Cerioli el cabeza de familia y Francisca Corniani la madre, que era condesa por familia. Eran ricos propietarios y eran más ricos en virtudes y en espíritu cristiano. Supieron dar a sus hijos una posición social distinguida. Pero les ofrecieron el testimonio de una fe sólida.

La fragilidad inicial de la salud de Constanza la conservó toda su vida y tuvo que luchar con ella a lo largo de la infancia. Más tarde, los avatares de su existencia, la curtieron en los trabajos y en las empresas arriesgadas en las que Dios la fue envolviendo sin casi ella darse cuenta. En 1828 fue llevada como interna al convento de la Visitación, en Alzano Maggiore (Bérgamo). Allí se educaba, según las costumbres de las familias nobles, una hermana mayor. Y en el centro también vivía una tía religiosa, sor Giovanna, que se cuidaría de ella durante sus años de formación. Así adquirió una educación selecta y aristocrática a lo largo de ocho años, que la convirtieron en una doncella culta, fina, agradable y sobre todo sumamente piadosa y obediente.

El 30 de abril de 1835, cuando tenía 19 años, por decisión paterna fue entregada en matrimonio a Cayetano Busecchi-Tassis, de 59 años, rico industrial y propietario de múltiples bienes. Vivía el nuevo esposo en el mayor desahogo en el palacio heredado de su anterior esposa, la condesa Teresa Tassis. Era de carácter ostentoso y el título condal heredado le hacía con frecuencia llegar a los umbrales de la arrogancia, todo lo contrario de los gustos de su frágil y reservada esposa Constanza. Por otra parte el carácter nervioso y envejecido de un esposo tan

desigual la hizo sufrir durante años en silencio, de modo que su vida conyugal no fue fácil ni placentera.

Su experiencia de la maternidad también la resultó dura y dolorosa. El 20 de octubre de 1837 nació su primer hijo Carlos, al que dedicó todas sus atenciones maternales. Luego tuvo otros tres hijos, a quienes visitó la muerte a poco de su nacimiento: el 9 de noviembre de 1839 nació el segundo, que murió a los pocos días; el tercero nacido el 22 de noviembre de 1842 también murió pronto; y el cuarto, una niña, pasó fugazmente por la tierra un año después. De los cuatro, sólo Carlos vivió hasta los 16 años. En 1850 lo llevó al colegio de San Alessandro, del canónigo Valsecchi, en Bérgamo. El 16 de enero de 1854, cuando todo parecía sonreírle en la vida y era el consuelo de su desventurada madre, falleció diciendo palabras de consuelo y de fe heroica a su madre.

A finales del mismo año, el 20 de diciembre de 1854, murió también su esposo, dejándola joven, viuda, sola, desconsolada e insegura ante la vida, en un palacio que ella no estimaba y con un porvenir oscuro que la hizo caer en un estado de aflicción intensa. Dos obispos amigos de la familia, el de Bérgamo, mons. Luis Speranza, y mons. Alexandre Valsecchi, acompañaron a la joven condesa en aquellos dramáticos días y orientaron su atención hacia la imagen de la Virgen Dolorosa, también viuda y sola, pero destinada por Dios a ser la protectora de las madres afligidas.

Por insinuación del párroco de la localidad, comenzó una intensa vida de apostolado como medio de superar su aflicción profunda. Y poco a poco fue de nuevo encontrando sentido a su vida. Acogió en su palacio a niñas campesinas abandonadas y aumentó el número poco a poco a medida que fue animándose a hacer cosas grandes en la tierra. Sospechó que Dios la tenía destinada para ser madre de muchos, y comprendió que las palabras de su hijo Carlos eran para ella un mensaje profético que no podía poner en duda.

Cuidaba a las niñas recogidas de forma amorosa y personal. Ponía a su disposición todo lo que en su palacio había y los servicios de todas las personas que antes habían servido para dar realce a la mansión. Pasó de señora marquesa a servidora de los

pobres y entonces aprendió lo que era la alegría y el gozo de servir a los hijos de Dios. Cuando aumentaron en número las niñas acogidas, el obispo de Bérgamo, Pedro Luis Speranza, amigo y confidente, la animó a organizar una congregación de hermanas que la ayudaran en la educación de las muchachas.

Los tiempos que la tocaron vivir eran difíciles en la región, pues la Lombardía y el Veneto se hallaban bajo el dominio del Imperio austriaco. Los tributos eran elevados, los contrastes sociales eran grandes. Abundaban los campesinos que se debatían en la pobreza máxima. Los huérfanos salidos de las diversas guerras e invasiones también eran muchos y con frecuencia se debatían en el máximo abandono. Las obras de acogida de esas personas no eran suficientes y la educación de tantos indigentes resultaba más urgente que nunca. Su aparición en escena fue verdaderamente providencial.

El grupo de niñas que cuidaba reclamó muchas manos desde los primeros momentos. En 1854 se juntó con ella la piadosa Luisa Corti, que se mantuvo fiel a su lado hasta la muerte. En 1857, el 8 de diciembre, ya había reunido unas jóvenes generosas y formalizó el nuevo Instituto con seis compañeras. Con ellas hizo la primera profesión religiosa en manos del obispo amigo que tanto la había orientado y animado. Quedaron así constituidas con el nombre de «Hermanas de la Sagrada Familia». Fueron reconocidas como asociación piadosa al principio y reguladas por las normas que ella misma escribió en un Directorio. Ella adoptó el nombre religioso de Paula Isabel.

En 1858 su plan de formación de las nuevas Hermanas fue aprobado inmediatamente por el obispo, que también convirtió la congregación en oficial con la aprobación dada el 27 de julio de 1862. Así comenzaron a ser un Instituto diocesano. Superó con admirable habilidad y dedicación las dificultades que fueron surgiendo. Al mismo tiempo aumentó su vida de oración y su riqueza interior se hizo cada vez más esmerada, como nunca había sospechado desde su prematura viudez. Y el carisma fundacional del que fue claramente consciente se apoyó en la firme confianza en la Providencia divina. Descubrió que sus sufrimientos anteriores no habían sido ocasionales y vio con humildad y agradecimiento cómo Dios prepara las almas en el

yunque del dolor para que luego sean capaces de recorrer hermosos camino de servicio eclesial.

El 4 de noviembre de 1863 logró una de sus más profundas inspiraciones y aspiraciones, que fue abrir la primera casa para niños pobres del campo. Lo dedicó en recuerdo de su hijo Carlos y de aquella profecía que le había hecho al morir. Para ellos entregó la hermosa propiedad de Villacampagna (Cremona), haciendo revivir en la obra la figura y el recuerdo de su querido difunto. Su primer colaborador fue el hermano Juan Capponi, natural de Leffe (Bérgamo). Y el primer director del centro fue Luiggi Palazzolo, que luego sería fundador de las «Hermanas de los pobres» y llegaría a ser beatificado por Juan XXIII el 19 de febrero de 1963.

De esta forma quedaron constituidos los dos Institutos de «Hermanas y Hermanos de la Sagrada Familia» para el socorro material y la educación de los campesinos de la región. Luego la obra se extendería por Italia y por otras naciones. Escogió para sus Institutos el nombre de la Sagrada Familia para reclamar la protección de tan sublimes patronos.

Pero también lo hizo como intento de expresar la significación de la espiritualidad maternal de la Virgen María y el amor paternal de San José, para quienes ella manifestaba singular devoción al ver en ellos los modelos supremos de los educadores cristianos. La espiritualidad del hogar de Nazaret, objeto frecuente de sus meditaciones, sería cada vez más intensamente su signo personal. Sería también el espíritu que luego legó a su Instituto.

Su sentido religioso la hacía mirar a todos los acogidos en sus centros como la figura de Jesús, el hombre por excelencia que fue niño en brazos de María y aprendió a trabajar con el ejemplo de José. La Sagrada Familia de Nazaret era su ilusión y su modelo de acción educadora. Multiplicaba sus mensajes de aliento y de mística penetración en las almas del mensaje de Nazaret. Por eso escribía en una ocasión:

> «Estamos en Belén —¡Oh, feliz Belén! Aquí, Hermanas hemos de entrar y permanecer con respeto y admiración. Estamos en la humilde gruta, que es la morada del Hombre-Dios. No tengamos miedo. Aquí todos tenemos libre acceso— ¡Que maravillosa bondad! Dios está con nosotros. Postrémonos en silencio ante el en-

canto de este lugar y miremos con los ojos de la fe y con respeto a estas tres personas augustas [...] Meditemos con atención lo que, en este esplendoroso fulgor, podemos entender. Ellas dicen y hacen [...] lo que hemos nosotras de hacer [...] Los ejemplos de la Sagrada Familia son nuestro espíritu: Oh, pobreza, cuán grande es tu voz, ahora que has sido escogida como compañera del Dios Niño!».

Reclamaba a sus seguidoras intenso trabajo para lograr que las niñas y los niños pobres se hicieran ricos en virtudes y en espíritu cristiano. Pero les pedía que les enseñaran a hacerlo en clave de Evangelio. Y con frecuencia las orientaba con consignas realistas y admirables, como se reflejan en las cartas que se citan en su biografía:

> «Estas niñas están destinadas en su mayor parte a la vida de matrimonio. No las desviéis de su vocación. Serán excelentes madres de familia y con sus ejemplos ofrecerán grandes ventajas en su ambiente. Sencillez, sencillez ante todo: en el leer, en el escribir, en el hacer cuentas, en el preparar los alimentos. Enseñadles ante todo el orden, la limpieza en los vestidos, pobres y sencillos, pero llenos de elegancia».

Veía en sus niños y niñas el reflejo misterioso de Jesús acogido con amor infinito en el hogar de Nazaret y le contemplaba ante todo en el misterio de sus misterios en la Encarnación. Allí descubría su labor de madre espiritual, imitando a María, y su tarea de padre, reflejando la conducta de San José. Y todo ello bajo el prisma del misterio y de la voluntad de Dios. Cultivó esa mística espiritualidad basada en la Sagrada Familia y ella la hizo comprender cómo su misión en la tierra había sido el preparar una familia que acogiera a los niños y niñas pobres. Por su vida espiritual estuvo marcada por la devoción a los misterios encarnacionales.

La Madre del Señor fue madre de los hombres por haberlo sido de Jesús. Su maternidad por aceptar la voluntad divina fue superior a su maternidad por engendrar la sagrada humanidad del Dios encarnado. Fue la enseñanza del mismo Señor a la mujer que exclamaba: «Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron [...] Bienaventurados más bien los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica».

Eso es lo que Santa Paula Cerioli descubrió al repasar los avatares de su existencia y adorar y bendecir los designios divi-

nos sobre ella en la tierra. Desde aquella perspectiva Dios la hizo entender sus sufrimientos: su matrimonio tan singular, sus cuatro maternidades perdidas, su soledad y frustración, su encuentro con las niñas abandonadas...

Fue en 1854 cuando tuvo la iluminación que vivificó el destino de su vida y de su obra. Comentó luego uno de sus biógrafos:

> «Por aquel entonces comprendió a fondo lo que era la vida de la familia de Nazaret. Estaba considerando los dolores de María Santísima e imaginando el momento en que ella vio la muerte de su Divino Hijo. Sintió un presentimiento tal y una opresión inexplicable en el corazón. Angustiada, se dejó caer sentada casi desmayándose. "No sé —dijo después— cómo he podido sobrevivir, frágil y probada como estaba".
>
> Se sintió llevada a tener estas actitudes y disposiciones propias de la profundísima relación filial que hubo y hay entre María y su Hijo agonizante. De manera profética y por el dolor que ella también había pasado con el fallecimiento de sus hijos, era invitada a entender lo que Dios le guardaba también a ella en recompensa cuando consolaba a la Virgen María, diciéndole: —Madre no llores, Dios te dará otros hijos».

La santa marquesa convertida en fundadora y en madre de tantos niños y niñas, entendió lo que en su vida diaria suponía la maternidad espiritual, la caridad concreta, la piedad, la absoluta confianza en la Providencia, el amor para la pobreza, la humildad, la simplicidad y la admirable sumisión a los superiores (los obispos, sus orientadores espirituales). Supo entonces lo que era su papel de mujer elegida por Dios.

Con su Instituto quiso responder con ternura maternal y desprendimiento a las carencias y necesidades de la gente del campo de su tiempo y de su tierra. Fueron los campesinos los destinatarios privilegiados de la atención de Paula Isabel. Hacia ellos orientó su corazón y su obra, a fin de rehabilitar la dignidad de aquel mundo no sólo a través de una mera asistencia sino promoviendo desde el interior de sus corazones y de sus inteligencias la elevación de la dignidad por la cultura y la mejora de vida por el progreso y la mejor educación

> «En otros Institutos se entregan los religiosos a largas oraciones o duras penitencias y ayunos. Entre nosotros, sobre todo se trabaja y se trabaja mucho —¿Quién puede olvidar que el trabajo es una plegaria y una penitencia? El trabajo de la tierra es una con-

templación. Miremos a la Sagrada Familia, de la cual tanto tenemos que aprender».

En 1864 sus arritmias y dolencias cardíacas, de las que había dado señales varios años anteriores, se fueron agravando. Fue consciente de que moriría repentinamente y se lo anunciaba con serenidad a las Hermanas para que estuvieran preparadas cuando el caso llegara. El 24 de diciembre del año siguiente, 1865, murió en Cromonte di Seriate, Bérgamo, como ella había previsto. Y fue enterrada de forma humilde con los pobres del cementerio de la ciudad.

En 1902 se presentó su causa de beatificación en la diócesis de Bérgamo y en 1919 se trasladó la causa a Roma, publicándose el decreto sobre la heroicidad de sus virtudes en 1939. Fue beatificada por Pío XII el 19 de marzo de 1950. Y canonizada por el papa Juan Pablo II el 16 de mayo de 2004.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BONI, G., *La hermana Isabel Cerioli* (Bérgamo 1934).
FEDERICI, E., *Beata Paola Elisabetta Cerioli* (Comonte di Seriate 1950).
SODANO, A., *La hermana Paola Elisabetta* (Pistoia 1917).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN DELFÍN DE BURDEOS
Obispo († 404)

Delfín fue obispo de Burdeos en los últimos veinte años del siglo IV y debió morir en los primeros del siglo V ya que en el 404 San Paulino de Nola lo contaba entre los santos. De su pontificado sabemos que hubo de oponerse con energía a la herejía priscilianista que tenía seguidores en Aquitania. Delfín concurrió al concilio de Zaragoza del año 380 que se ocupó de dicha herejía, y presidió otro concilio en Burdeos en el 384, delante del cual debieron comparecer los jefes de la secta y sus acusadores. Instancio, amigo de Prisciliano, fue depuesto del episcopado, y el propio Prisciliano apeló al tribunal del empera-

dor Máximo, lo que fue la causa de su final. Se hizo con un gran prestigio dentro y fuera de su diócesis y evangelizó a los habitantes de su diócesis hasta conseguir casi su completa cristianización. Él bautizó a San Paulino de Nola, que lo tuvo como su padre espiritual y mantuvo con él frcuente correspondencia, de la que sólo quedan cartas de Paulino a Delfín. También tuvo correspondencia con San Ambrosio de Milán. Su memoria se celebra el 24 de diciembre.

SANTA TÁRSILA
Virgen († 550)

Nieta del papa San Félix III y tía del papa San Gregorio Magno, Társila consagró a Dios su virginidad y vivió en retiro, austeridad y oración en su propia casa junto con sus hermanas Emiliana y Gordiana, quien, sin embargo, contraería matrimonio más tarde. Habla de ella San Gregorio en el *Libro de los Diálogos* y elogia su vida. Su memoria se celebra el 24 de diciembre.

25 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. La Natividad de Nuestro Señor Jesucristo según la carne en Belén de Judá **.
2. En Roma, la conmemoración de Santa Anastasia († s. III/IV), mártir de Sirmio en Pannonia.
3. En Roma, en la Via Latina, Santa Eugenia († s. III/IV), mártir.
4. En Roma, en la Via Latina, santos Jovino y Basileo († s. III/IV), mártires.
5. En el Monasterio de Cluny (Borgoña), Beato Pedro el Venerable († 1156), abad **.
6. En San Severino Marche, del Piceno (Italia), Beato Bentivolio de Bonios († 1232), presbítero, de la Orden de Menores *.
7. En Unzen (Japón), Beato Miguel Nakashima († 1628), religioso jesuita y mártir *.

8. En Roma, Beata María de los Apóstoles (María Teresa) von Wüllenweber († 1907), virgen, fundadora del Instituto de Hermanas del Divino Salvador **.

9. En Cracovia (Polonia), San Alberto (Adán) Chmielowski († 1916), religioso, fundador de las Congregaciones de Hermanos y Hermanas de la Tercera Orden de San Francisco, Siervos de los Pobres **.

B) Biografías extensas

NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Para calcular el tiempo escogen los hombres un suceso que ellos consideran trascendental en su vida o en la vida de su nación. Es como el eje alrededor del cual giran todos los demás acontecimientos cotidianos. Si se preguntaba a un griego por la fecha de su nacimiento, nombraba en seguida una olimpíada. Un romano trazaría sus números a partir de la fundación de Roma. Y así los demás pueblos, culturas y religiones.

El eje alrededor del cual giran ahora y se agrupan los acontecimientos más importantes, y también los de menos significación en nuestra existencia, es la fecha del nacimiento de Cristo. Ahora la historia, para nuestra cultura, se divide en antes del nacimiento de Cristo y después del nacimiento de Cristo.

Y esto que es una realidad en cuanto al tiempo, lo es también en cuanto al hombre. Nuestra postura ante Dios y ante las cosas es muy distinta después de la venida de Cristo que antes. Ya en el nacimiento comenzó la obra inefable de aquel Hombre-Dios que transformaría el fondo de las almas y, con él, el de las culturas y civilizaciones. El hombre, de esclavo, se elevaría a hijo de Dios, y la igualdad de los hombres ante el Padre común, «Padre nuestro», quedaría ratificada y firmada más tarde definitivamente con la sangre del Hombre-Dios que ahora nace, del Hijo del hombre, el hombre más completamente hombre, ya que a los demás nos falta un algo que perdimos en el primer pecado.

San Pablo en su epístola a los Filipenses, capítulo 2, nos hace ver el amor inmenso del Verbo, que desde las alturas del cielo dio ese salto verdaderamente mortal y escalofriante hasta ponerse en la tierra firme de nuestro globo. Dice así:

> «Si hay, pues, en vosotros algún poder de consolar en Cristo, algún refrigerio de amor, alguna comunicación del Espíritu y entrañas de misericordia, haced cumplido mi gozo teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria; antes, llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores, no atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros. Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, existiendo en la forma de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó».

50 Un ejemplo, una exigencia de cómo nosotros tenemos que renunciar a lo más nuestro, a nuestra felicidad meramente personal, para aliviar a los demás; de cómo tenemos que bajar las escaleras de nuestra dignidad para que suban con nosotros los que nos contemplan tristes desde abajo en su soledad y miseria.

Nada extraordinario hubo para los hombres del mundo de entonces. Ni hubo salvas de cañón que saludaran al nuevo príncipe, ni se tomó acta notarial en sesión plenaria de ministros, ni se publicaron anuncios en los periódicos, en los cuales San José —también en nombre de su esposa— anunciara a los conciudadanos la buena nueva del nacimiento de un hijo. Nada. Tan sólo a muchos kilómetros de distancia, en tierras de gentes sabias y célebres magos, apareció una estrella más en el firmamento, que enredó a muchos estudiosos en cálculos astronómicos. Y tres de ellos, muy peritos en apogeos y perigeos y en distancias interconstelares, llegaron a sospechar algo raro en aquel astro. Después de muchas horas de estudio se decidieron, por fin, a ponerse en camino. El pueblo, que todo lo sabe, les llamó Melchor, Gaspar y Baltasar y les señaló a cada uno el color de su tez. A ellos, pues, en la lejanía, y de una manera misteriosa, se les anuncia el nacimiento de Cristo. Y cerca, muy cerca del lugar del grandioso suceso, un ángel, de los muchos que aquellos días andarían escapados del cielo, se acercó a unos pastores y les anunció la feliz noticia.

La historia es caprichosa. De un hecho al parecer insignificante, saca después consecuencias que asombran, llena bibliotecas y organiza ciclos de conferencias. El hecho, tal como nos lo

narra el evangelista San Lucas en el capítulo segundo de su evangelio, no puede ser más sencillo.

> «Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto para que se empadronase todo el mundo. Fue este empadronamiento primero que el del gobernador de Siria Cirino. Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta. Estando allí se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.
>
> Había en la región unos pastores que moraban en el campo y estaban vigilando las vigilias de la noche sobre su rebaño. Se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor. Díjoles el ángel: "No temáis, os anuncio una gran alegría, que es para todo el pueblo: Os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. Esto tendréis por señal: encontraréis al Niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre". Al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad"».

Los griegos y sus hermanos los romanos, delante de las tragedias y las comedias, enumeraban «las personas del drama». También lo hacemos hoy. Pero ya en la Edad Media pensaron que a este hecho trascendental no se podía llamar drama-tragedia o comedia, aunque la sangre de Cristo, ofrecida ya en aquel momento al Padre, da un aire trágico al momento, sobre todo por su conexión inmediata con el Calvario. Pero no, no era el hombre solo el que sufría y el que sentía su vida doblarse como una caña que se rompe. Era Dios-hombre. Era un misterio. En la Edad Media los llamaban misterios. Pero también en este misterio hay actores, hay personas que nos ofrecen la realización temporal de su vida, su momento histórico, aunque luego quede flotando esa otra realidad supratemporal y suprahistórica que se deriva del misterio.

María estaba en la flor de la juventud. Era una chica ordinaria, del pueblo, la hija de unos honrados padres. Cometemos una especie de injusticia con la Virgen al querer llevarla tan alta que ya no podemos mirarla ni verla. Era, y es, nuestra y muy nuestra. La plenitud de la gracia ensanchó el ámbito de su per-

sona, pero no la separó de nosotros. Si de verdad, al ser Madre de Dios, empezó también a ser madre nuestra, tendremos que tenerla como madre. Y a una madre se la toca, se la besa. Una madre nunca está lejos. Nos alegramos con sus triunfos y sus grandezas, pero para nosotros la queremos asequible, suave y sonriente. María esperaba la venida del Mesías; no sabía ella aún lo que eso significaba plenamente. Y, cuando el ángel le anunció el gran misterio, comenzó a saborear el futuro y a sospechar lo inefable. Ahora está ya madurando; como decía un poeta alemán, ella es una puerta alta y grande que se va a abrir muy pronto. Como la fruta cae del árbol, así caerá el Mesías de su bendito seno. Está esperando el momento supremo, que se convertirá en eje de la historia y en gozo de todos los hombres, sobre todo de los pecadores. María no sabe cómo imaginarse a Dios hecho carne suya, no puede imaginarlo tan pequeño, y empieza a temer que no sabrá cuidarle. Y busca alguien que la ayude.

«Cuando venga, ¡ay!, yo no sé
con qué le envolveré yo,
con qué.
¡Ay!, dímelo tú, la luna,
cuando en tus brazos de hechizo
tomas al roble macizo
y lo acunas en tu cuna.
Dímelo, que no lo sé,
con qué le tocaré yo,
con qué.
¡Ay!, dímelo tú, la brisa,
que con tus besos tan leves
la hoja más alta remueves,
peinas la pluma más lisa.
Dímelo, y no lo diré,
con qué le besaré yo,
con qué.
Y, ahora que me acordaba,
ángel del Señor, de ti,
dímelo, pues recibí
tu mensaje: "He aquí la esclava".
Sí, dímelo, por tu fe,
con qué le abrazaré yo,
con qué.

O dímelo tú, si no,
si es que lo sabes, José,
y yo te obedeceré,
que soy una niña yo,
con qué manos la tendré,
que no se me rompa, no,
con qué» (GERARDO DIEGO).

Y en esa espera, así de hermosamente tímida y asustada, contempla cómo la tierra gira a su alrededor y cómo hay una estrella más en el firmamento, muy lejos, hacia el Oriente, que hace unos guiños muy raros. Pero siente que la tierra y las estrellas no le hacen falta; se inclina sobre su regazo y empieza a sentirse atravesada por la plenitud de Aquel que ya empieza a pertenecer a los hombres todos. Ahora resuenan en sus oídos las palabras de su prima Isabel: «¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre!».

Junto a ella, la visitada y escogida por el Altísimo para dar realidad a un deseo de amor, está José, también asombrado ante la espera. Es un joven carpintero de Nazaret, honrado y sin complicaciones. El hombre justo que Dios ha puesto al frente de su familia. Ahora ve a su esposa con reverencia, con más cariño, y piensa en aquellos días en que estuvo tramando abandonarla a escondidas. Es el hombre bueno, no quería hacer daño. El hombre a quien apenas dejan dormir los ángeles, siempre dándole palmadas de aviso en la espalda para que libre a Dios de los hombres perversos. Allí está, sin saber qué decirle a María, porque él se da cuenta de que es algo muy excelso lo que va a suceder, aunque no acaba de comprenderlo. Se mira las manos, con callos del manejo de la garlopa, y se pregunta: «¿Será él también carpintero?» Y se sonríe. «¡Qué cosas pienso! Este hijo mío nace para empresas más grandes».

Así, en un momento del tiempo, empezó el Dios eterno a florecer en la carne. No hubo minutos de silencio. Todo siguió gritando y obedeciendo, pero en las mismas cosas brotó algo nuevo; también las cosas gimen y esperan la redención, y ahora empiezan a sentirla.

Los misterios se realizan de una manera asombrosamente sencilla. Y son la atmósfera que inunda nuestra vida íntima. Entre Dios y los hombres estaba el abismo; ahora ya se constru-

yó el puente: por el cuerpo de Cristo caminamos a la orilla del Padre celestial. Quizá nos asaltó a los hombres la duda angustiosa de si merecía la pena ser hombre, de si el hombre estaba aún en la mano de Dios, de si nuestro destino podía tener un escape a la asfixia que nos iba ahogando. Ahí está el Hijo del hombre, el más hombre de los hombres, por el cual queda dignificada la realidad de ser hombre y elevada a la participación de la naturaleza de Dios. La Iglesia exclama en un momento que parece de locura: «¡Oh feliz culpa, que nos mereció un Redentor de tal categoría!». En este momento se abolían para siempre las leyes de la esclavitud; de la esclavitud del diablo, padre de la muerte y la mentira, y de la esclavitud humana, porque si en un hombre todos pecamos y empezamos el camino del odio, en otro fuimos redimidos y declarados hermanos. La Encarnación es un misterio de amor, de unidad, como su misterio paralelo, la Eucaristía.

La grandeza del misterio anonada, las palabras no nos llenan y nos vienen pequeños todos los conceptos y todas las comparaciones. Pero siempre nos asalta un peligro a los cristianos ante el misterio: creer al menos prácticamente que están hechos para la contemplación, para la admiración. Y los misterios siguen siempre una realidad en la Iglesia, en todos sus miembros; una realidad que traspasa y configura toda su existencia. Cristo sigue naciendo continuamente. Cuando San Juan, al principio de su evangelio, nos dice que vino a los suyos y que los suyos no le recibieron, pensamos siempre en aquellos paisanos de Cristo y no nos explicamos su tozudez, sin darnos cuenta de que es mucha la nuestra. Cristo viene a redimir, y nosotros no queremos romper la esclavitud. Cristo viene a elevarnos, y nosotros preferimos, a veces, nuestro suelo. Cristo bajó para enseñarnos a amar, y estamos enredados en el odio. La Encarnación, el misterio, debe realizarse en nosotros diariamente, si de verdad queremos comprender plenamente el momento histórico y su significación.

Cuando un hecho se hace sangre de un pueblo, todas las manifestaciones culturales de ese pueblo, de sus hombres, le rinden homenaje. La poesía, la pintura, la música, etc., expresiones de lo más profundo y noble del alma, no pueden estar ajenas a esa irresistible fuerza de irradiación de un Dios vestido

con humano indumento, carne traspasada de Dios. Sería interminable el enumerar tan sólo las obras de poetas, pintores, músicos y escultores más famosos. En todas las iglesias, en todos los museos, nuestros ojos contemplan la escena llevada al lienzo por manos conocidas o ignoradas. Baste recordar, en poesía, la ternura de Lope de Vega y de muchos de los modernos. Desde los primeros balbuceos de la lengua hasta los juegos más atrevidos de palabras en su madurez el nacimiento de Cristo ha sido como una poderosa y atrayente realidad luminosa.

Pero hay una creación popular —porque vive enraizada en lo más hondo del pueblo cristiano— que nos llama poderosamente la atención. Es una mezcla de ingenuidad poética y musical, donde los niños juegan a hacerse pastores y los mayores desean tornarse niños. El villancico. Es la expresión de un deseo ardiente de Dios: la sencillez. A unos pastores se aparece y a la gente humilde acudirá más tarde con especial cuidado. Los pobres de espíritu, los sin doblez, los niños, las almas ingenuas serán la predilección de su reino, y en ellos sus ojos se posarán de una manera especial. Y el villancico es la expresión —infantil y amorosa— de esos hombres sencillos. Le llevan al recién nacido en sus canciones, como pastores improvisados, leche, miel, requesón...; pero, sobre todo, le llevan su alma. Se callan para que duerma velado por los ángeles, pero hablan sus ojos y sus rostros. Alaban a su padre y a su madre —José y María— y les envidian tan diminuto Niño, donde se encierra Dios. Es una alegría previsora: de ese Niño, apenas nacido, vendrá la salvación. Y este pensamiento nubla un poco sus ojos, porque recuerdan que habrá sangre y que la derramará el cordero inocente. El milagro florece ya en el nacimiento. Los villancicos hacen ver a los ciegos y hacen florecer el desierto. Parece que el tiempo se ha detenido y la Paz —el Hijo de Dios— extendiera su manto sobre la tierra. Entre las panderetas y las castañuelas vibra un silencio enternecedor. Reunidos junto al belén, los niños y los grandes cantan:

Todos le llevan al Niño,
yo no tengo qué llevarle;
le llevaré mi cariño,
que aún no se lo he dado a nadie.
¡A Belén, pastores!...

Y luego quedamente, para dormir a Dios, resuena un cántico con sabor de montaña lejana, un canto florecido entre abetos: «¡Noche de paz, noche de Dios!». La tranquilidad y la santidad de la noche —*Stille Nacht, heilige Nacht*—, aquí como en los montes de Salzburgo, nos trae las tres figuras de las personas del misterio que vigilan la noche. No importa dónde ni cuándo se componen los villancicos. Pertenecen al pueblo cristiano, a su alma, a su esencia. El mar, el cielo y la tierra cantan y el niño recién alumbrado sonríe. Los griegos llamaban al mar «el de la innumerable sonrisa». Este Niño tiene más sonrisa que el mar. Es el del amor innumerable, la fuente del amor.

«Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios [...] Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros». Así, sencillamente, porque hacer patético un misterio resulta artificial. Parece un juego. Era Dios y es hombre, siguiendo en su esencia de Dios. Y los apóstoles le vieron y el pueblo le vio. Y nosotros le seguimos viendo en su misterio.

JULIO MONTALVILLO

Bibliografía

ADAM, K., *Cristo nuestro hermano* (Barcelona 1958).
GUARDINI, R., *El Señor* (Madrid 1963).
Para la parte literaria basta hojear la colección de Clásicos Españoles, y, si se quiere concretar más, los villancicos de Lope de Vega. También las colecciones de villancicos populares son de mucho provecho; por ejemplo, la del seminario de Logroño. Los libros alemanes de canciones religiosas son también una valiosa aportación.
• Actualización:
CULMANN, O., *El origen de la Navidad* (Madrid 1973).
KELLY, J., *El origen de la Navidad* (Bilbao 2005).
MARTIMORT, A. G., *La Iglesia en oración* (Barcelona ^{3}1987).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).
SANTIAGO, M. DE - POLO LASO, J. (eds.), *Porque esta noche el amor. Poesía navideña del siglo XX* (Madrid 1997).

BEATO PEDRO EL VENERABLE

Abad († 1156)

Pedro fue el último de los grandes abades de Cluny. El prestigio de la ilustre abadía contribuyó a la importancia temporal de su vida, en la primera mitad del siglo XII.

Nacido hacia 1092, en la Auvernia, de una familia a la que conoceríamos más tarde bajo el nombre de Montboissier, Pedro fue entregado a un monasterio por sus padres, Mauricio y Raingarda. Lo llevaron al priorato de Sauxilanges, dependiente de Cluny, e hizo profesión bajo San Hugo, algunos meses antes de la muerte del que fue el cuarto de los grandes abades, y sucesor de Odón, Máyolo y Odilón. Bajo el abad Ponce, Pedro fue maestro de escolares y luego prior en Vézelay.

Desde 1120 era prior cerca de Grenoble, cuando fue elegido abad de Cluny el 22 de agosto de 1122; tenía sólo treinta años. La disciplina claustral se había relajado bajo el mandato del poco ejemplar abad Ponce. Pedro tomó como ayudante al prior de San Martín de los Campos, Mateo, futuro cardenal de Albano. Dos años más tarde, cuando estaba de visita por los monasterios aquitanos, Pedro supo que Ponce había invadido y desvalijado a Cluny. Entonces el papa Honorio intervino y excomulgó al rebelde e insurrecto. A su vez, Pedro defendió a la Santa Sede en 1130, en el momento del cisma de Anacleto. En 1132, en el mismo Cluny, el papa concedió a los cistercienses la exención del diezmo: y esto fue un golpe de mala suerte para Cluny, pues sus rentas disminuyeron notablemente.

En 1132, Pedro reúne un capítulo general de doscientos priores, para restaurar la disciplina en la orden. En 1146, promulgó estatutos concernientes a la liturgia, la profesión y las observancias.

Las relaciones con los papas, los prelados, los bienhechores, le imponían al abad de Cluny una gran correspondencia. Debió defender el espíritu cluniacense contra el dinamismo poco comprensivo de Cîteaux (1124 y 1143). Y en este torneo de ideas, donde se enfrentó con el fogoso Bernardo con las armas de paz, Pedro, en general, conquista la simpatía del espectador imparcial. El abad de Cluny animaba a cultivar el estudio entre sus monjes; amontonaba los manuscritos de ciencia eclesiástica (había más de 500 en Cluny, hacia 1155), sin despreciar a los autores paganos (aproximadamente 100).

A pesar de una salud no muy apta para los trajines de los largos e incómodos viajes de la época, no dejó de hacerlos por obligación y caridad; llegó a emprender seis veces el viaje a

Roma. Le confiaron los papas y los reyes misiones diplomáticas o canónicas y hasta fue suspendido a veces, cuando no gustaba su imparcialidad. En Inglaterra y en España sin embargo, sus desplazamientos alcanzaron un notable éxito. Del 1141 al 1143, Pedro hizo traducir al latín el Corán; fue su particular cruzada intelectual, cortés y caritativa. Llegó a escribir carta a los jefes musulmanes para «invitarles a la salvación».

En 1135, el abad de Cluny, queriendo ser hospitalario como San Benito manda en su Regla (RB. 53), y «acogiéndole como a Cristo», ofreció a Abelardo cobijo en su casa. Éste, condenado ya en Sens y en Roma, llegó a la gran abadía en 1140, y fue enviado al tranquilo priorato de San Marcelo de Chalon, donde vivió con sencillez y humildad su vida monástica. Cuando el pensador murió, Pedro le compuso un epitafio que contiene esta hermosa frase: *Ad Christi veram transívit philosóphiam* «pasó a la filosofía verdadera, la de Cristo», y como detalle de un hombre compresivo y humano le escribió a Eloisa dos cartas llenas de admiración por el difunto y de solicitud para con ella y su hijo.

Pedro el Venerable consideraba que la filosofía, «el amor de la Sabiduría», debía tender sólo a «la eternidad bienaventurada». Y fuera de Cluny, aquella *sala de visitas o locutorio de la cristiandad,* procuraba siempre que podía buscar la soledad y el retiro.

Sus últimos años se vieron entristecidos por altercados con el municipio de Vézelay, e inquietados por deudas escandalosas. Un documento de 1145 intentó ajustar la ayuda recíproca de los monjes y de los «burgueses» de Cluny, en caso de ataque. En 1148, el abad puso por escrito su sistema de administración y sus estatutos, una suerte de normativas contra los morosos en pagar las rentas. Los prioratos de Inglaterra y de Italia obtuvieron su separación canónica de Cluny en 1154. La abadía Madre trató desde entonces de hacer más estable y más eficaz la institución de los capítulos generales. Pero en 1153, para arreglar ciertos asuntos tuvo que recurrir al Legado del Papa.

Bajo el abadiato de Pedro, el efectivo de los monjes en Cluny pasó de 300 a 400, y el número de las casas de la orden subió hasta 2.000. Pero esta prosperidad aparente no oculta un declive en la institución. Durante el gobierno de Pedro el Venerable sucedieron cosas muy penosas; fue combatido por fuera y, lo que es más duro, por los del interior. El abad tuvo que arros-

trar fracasos personales y ofensas humillantes. El caso es que él siempre fue un hombre profundamente pacífico; usaba de su alta autoridad con discreción, modestia y moderación. Le gustaba la justa medida y el equilibrio; pero esto, en aquellos tiempos violentos, era un impedimento serio. El caso es, que bajo el mandato de este jefe, ejemplar por tantas consideraciones, ya se entrevé y presiente la decadencia de la orden cluniacense demasiado grande y extendida para impedir a cualquier superior atenderla y sostenerla en su primitiva observancia. Por otra parte la competencia de las órdenes nuevas le iba a ser fatal.

Algunas de sus cartas son de gran interés para la teología. Combatió a los partidarios de Pedro de Bruys o petrobusianos, a los judíos «endurecidos» y a los musulmanes. Un *De Miraculis,* que escribió al final de su vida, reúne una *Vida de Mateo,* cardenal de Albano († 1135), y cierto número de historias edificantes. Esta obra recuerda el *Libro de los Diálogos* de San Gregorio Magno. De Pedro se han conservado varios sermones y a él también se debe un arreglo para el oficio litúrgico de la Transfiguración, y tropos para ser cantados en el coro.

Pedro murió el 25 de diciembre de 1156 y fue sepultado en el coro de su iglesia abacial. Como breve retrato moral de Pedro digamos que fue un espíritu activo y contemplativo, de pensamiento ardiente y variado, audaz y libre. Inteligencia inquisitiva, ricamente dotada, siempre conciliadora, que nos dejó escritos límpidos y sobrios, alumbrados por la razón y la fe, alimentados por Escritura Santa. Personalidad atractiva... Era de una igualdad perfecta en su temperamento y carácter, siempre contento, de una gravedad sonriente. Sabía callar y hablaba bien, con afabilidad. Todo era hermoso en su persona en la que al exterior traslucía su belleza y dignidad interior. Se destacó por saber consolar y animar, así como apaciguar a los rebeldes y a los inquietos. Fue un hombre dulce, clemente y pacífico. Sin embargo alguien poco compasivo sólo quiso recordar que «vivió en tiempos de Bernardo».

El título de Venerable le fue dado por el emperador Barbarroja en 1153; era, por otra parte, una costumbre con la que congraciarse con los poderosos abades de Cluny. El biógrafo de Pedro habla de su «santa memoria». El martirologio abacial de

la orden cluniacense anotaba el 25 de diciembre: «En Cluny, aniversario de San Pedro, hijo de Mauricio, y muy célebre por su doctrina y santidad». Los martirologios benedictinos lo llaman «santo». Sin embargo el martirologio romano no inscribió su nombre como beato hasta el año 2000, aunque ciertamente ya en 1862 el Beato Pío IX permitía que se inscribiese su nombre como beato en el calendario de la diócesis de Clermont.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* XII: *Décembre* (París 1956) 649-677.
HOURLIER, J., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XII/2: *Piatti-Quodvuldteus* (Paris 1986) cols.1669-1976.
PÉREZ DE URBEL, J., *Año cristiano.* IV. *Octubre-Diciembre* (Madrid 1939) 503-510.

BEATA MARÍA DE LOS APÓSTOLES (MARÍA TERESA) VON WÜLLENWEBER

Virgen († 1907)

Fundadora, junto al padre Juan Bautista Jordán, de las «Hermanas del Divino Salvador», congregación misionera colaboradora de los padres y hermanos misioneros del mismo nombre, pero institución independiente en la Iglesia desde su organización en 1883.

En el bautismo se llamó María Teresa. En religión recibió el nombre de María de los Apóstoles, por el ardor misionero que embargó su espíritu selecto y por la gran ilusión, nunca cumplida física o geográficamente, de ir a los países lejanos a sembrar el anuncio evangélico. Su vida fue la de una verdadera misionera. Pero tuvo que sacrificar su deseo de vanguardia, en aras de lo que Dios la pidió en cada momento en la retaguardia de su Instituto.

Nació el 19 de febrero de 1833 en el castillo de Myllendonk (Gladbach), cerca de Mönchengladbach, en la Renania que se halla en la Westfalia norteña. Fue la hija primogénita del barón José Teodoro von Wüllenweber, hombre de grandes dotes humanas y elevada piedad. La siguieron en la familia otras cuatro

hermanas. Su madre, Elisa Lefort, era mujer distinguida, de profunda sensibilidad artística y de amplia cultura. La influencia del hogar fue grande en su carácter fuerte y responsable, pero ávido de hacer cosas buenas y de dar gusto a Dios.

Su infancia transcurrió en el ambiente desahogado de una familia cristiana, fundada en la piedad, el trabajo, el respeto al prójimo y en la delicadeza. De 1848 a 1850 estuvo interna en el pensionado de las benedictinas de Lieja, en Bélgica, como solían hacer las familias distinguidas con sus hijas mayores. Al terminar tuvo ocasión de participar en las misiones populares predicadas por los jesuitas en 1852 y en 1853, misiones que se repitieron en 1857 cuando ella tenía ya 24 años. Allí le nació la idea de que su vocación podría y debería ser de misionera. Le brotó ante las cosas que oyó a los predicadores y ante las perspectivas que le abrieron, mientras relataban los hechos y las necesidades de las misiones de la India y del Asia, en donde habían estado algunos de los predicadores.

Buscó una congregación femenina estrictamente misionera y que tuviera alguna relación con alguna congregación de varones, pues entendió por entonces que los apóstoles se habían apoyado también en mujeres piadosas y fuertes para formar las primeras comunidades cristianas. Pensó que tal costumbre era lo mejor en lugares de paganos. Era una idea sólida que se le había clavado en las predicciones de los jesuitas. No encontró nada que le gustara y por 30 años siguió en actitud de espera.

De todas formas, desde 1858 a 1863 se hizo miembro de la Sociedad del Sagrado Corazón de su parroquia. En ella se fomentaba intensa piedad evangélica y se recogían limosnas y aportaciones para los misioneros y para apoyar obras de misericordia. Fue activa en la empresa y, dado el nivel de desahogo en que se movía, hizo aportaciones significativas para las tareas apostólicas de los miembros y en ocasiones realizó ayudas a personas necesitadas.

Pronto entendió que esa tarea hermosa era insuficiente para sus ideales de vida y que los años la iban pasando en medio de su hogar familiar. Por eso pensó en ingresar en un Instituto misionero. De 1869 a 1871 fue novicia de la congregación del Instituto de la Sagrada Eucaristía. Pronto comprendió que no

era su camino y después de un año y medio regresó a Myllendoonk, donde se puso bajo la dirección espiritual del padre Luis von Essen, párroco de la vecina Neuwerk, hombre de gran celo y amor a las misiones. Fue él quien se dio cuenta del valor de un alma que buscaba lo mejor siempre y no lo encontraba todavía.

El prefecto apostólico de Hong Kong, que se hospedó algunas veces en casa del P. Von Essen, la sugirió en 1874 que ella misma podría fundar la congregación misionera que estaba buscando. Entonces destinó en su testamento a tal fin todos sus bienes patrimoniales que sus padres la había dejado en herencia. Sabía bien lo que hacía, pues pasados ya sus cuarenta años y siendo de temperamento reflexivo y profundo sabía cuál era su deber y su misión.

Hizo voto privado de dedicarse plenamente a las misiones y pensó en serio en formar grupos de mujeres que fueran a extender el Reino de Dios por todo el mundo. Eran los días en los que la oposición a las obras de la Iglesia estaban en pleno auge en todo el imperio austriaco y germano. El gobernante dictador Otto Bismark del Imperio prusiano, en cuya órbita se hallaba entonces toda Alemania, había desencadenado el *Kulturkampf,* término que implica para unos «lucha por la cultura» y para los cristianos «opresión de las libertades» de conciencia. Pues a pesar de tal clima y de que las leyes le resultaban contrarias, compró con la intención de organizar un nuevo Instituto, una parte de la antigua abadía de Neyweck.

Preparó y adecentó la casa a lo largo de 1879. Durante un tiempo se entregó en aquel lugar a la educación de huérfanos y a diversas obras de caridad. El grupo que inició de esa manera recibió un estatuto del párroco del lugar. Pero, a pesar de su deseo de dar una orientación misionera a las jóvenes que se juntaban con ella, no fue fácil. Su proyecto hacía agua por fuera, pues el formar misioneras iba contra las leyes opresoras del *Kulturkampf;* y hacía agua por dentro, pues las reunidas no acababan de participar en sus ideales e ilusiones apostólicas.

En abril de 1882 conoció la «Sociedad apostólica instructiva», que un año antes se había puesto en funcionamiento. En 1881 el padre Jordán había fundado en Roma, con ese nombre, que más adelante se cambiaría por el de «Sociedad del Divino

Salvador», un grupo de grandes alcances. Su objetivo era lograr la máxima colaboración de todas las personas, de todos los estamentos, de todos los organismos, en la difusión de la fe en los países de misión o en los que la Iglesia católica tenía dificultades o no eran mayoritariamente católicos.

La idea del celoso Fundador era aprovechar al máximo las fuerzas católicas en algo más que una nueva congregación. Su idea era una sociedad de acción evangelizadora divida en grados o niveles. El «primer nivel» suponía la entrega total, la renuncia a los bienes y la dependencia de los que dirigen la sociedad en cada momento. El «segundo nivel» suponía compromisos menores y la disposición a realizar aportaciones de todo tipo según posibilidades personales y locales. El «tercer nivel» afectaría a los que, en su medio natural y desde su vida familiar, se pondrían en disposición de hacer el bien y anunciar con su vida de cristianos ejemplares el Evangelio en su entorno cotidiano.

Teresa von Wüllenweber encontró al P. Jordán en el momento oportuno que Dios había dispuesto. Ella tenía ya 50 años y había quemado gran parte de su vida en la búsqueda de un camino misionero, que ahora lograba por la acción misteriosa de Dios. Estaba dispuesta a partir para cualquier lugar del mundo. Pero Dios iba a pedir de ella otra cosa. Y durante los 25 años que la quedaban por delante se dedicaría a trabajar con pasión por las misiones.

Desde el primer momento comprendió que era su camino. Determinó hacerse miembro de la Sociedad en la forma de «tercer nivel». El 4 de julio de 1882 tuvo un encuentro con el fundador. Le reconoció que había encontrado el camino anhelado por tanto tiempo. El P. Jordán, que buscaba todo tipo de colaboradores, intuyó que aquella mujer era el enlace deseado y sintonizó desde el primer momento con ella.

Precisamente, con ella organizó al final las Hermanas del Divino Salvador. Las relaciones y los compromisos se desarrollaron con admirable y providencial fluidez. El 5 de septiembre de 1882 hizo ya sus votos perpetuos en manos del fundador y en marzo de 1883 se transformó el grupo en el llamado «primer nivel» dentro de la obra salvatoriana, iniciando así en Roma una comunidad femenina del Instituto misionero del Divino Salvador. Su participación en el proyecto fue dinámica, leal y eficaz.

Quedó al frente de la obra femenina en Alemania y las jóvenes religiosas por ella formadas y animadas acompañaron a muchos de los misioneros salvatorianos a los más diversos lugares del mundo. Esta política generosa y abierta fue lo más distintivo del espíritu de universalidad que la «Obra del Divino Salvador» tenía en sus comienzos. Teresa comprendió que la obra de las misiones es un trabajo de equipo y tanto importan los que están en el frente como los que en secreto preparan las acciones. Más de una vez leyó y releyó el capítulo 13 de la primera epístola paulina a los Corintios y aceptó el querer divino expresado por medio de las circunstancias de los hombres. Las vocaciones femeninas fluyeron con abundancia. Ella las alentaba y las preparaba según las consignas del Instituto salvatoriano.

Desde el «primer nivel» en el que ella se movía, su entrega era total. Lo había vivido desde hacía años y sus trabajos por el Reino de Dios no tenían medida. Cualquier consigna del P. Jordán era para ella y el grupo que animaba un signo del querer divino. El padre se dio pronto cuenta de la grandeza de aquella mujer, fuerte, seria, persistente, clara en sus objetivos y sólida en los medios que empleaba para conseguirlos. Su carácter noble y de dama distinguida en las categorías del mundo en nada contaban para su proyecto de vida. Pero su espíritu de servicio y su claridad de miras la hacían admirable. Era la hidalguía hecha mujer, la elegancia puesta al servicio del Reino, el compromiso sin limitaciones fundamentado en una voluntad de hierro y en una grandeza de espíritu fuera de lo normal.

En 1884, a invitación del P. Jordán, se trasladó a vivir a Roma, a la casa que el P. Jordán tenía acondicionada para el grupo femenino de la Obra del Divino Salvador. La superiora en ese momento era allí Amalia (Francisca, en religión) Streitel, mujer de fina intuición, pero no del todo compenetrada con la idea de una sociedad universal de apostolado. Parece que su estilo estaba más teñido de las formalidades de diversos consejeros romanos, que sólo entendían de «Institutos religiosos formados, regulados y tradicionales» que de «nuevas iniciativas» misioneras. Las diferencias de orientación espiritual entre ambas superioras, la que llegaba y la que ya estaba allí, dificultaron la armonía y la fusión, no en el orden de la convivencia, que las

dos fueron admirablemente humildes, sino en las directrices para las Hermanas agrupadas.

Después del suficiente discernimiento y de muchas horas de plegaria y de penitencia, se vio conveniente la separación y la última llegada comprendió que debía regresar a Neuwerk, donde siguió con admirable dedicación entregada a las obras de caridad y a promover las vocaciones misioneras de jóvenes que se acercaban a la obra.

El grupo de Hermanas de Roma continuó con dificultades fuertes para actuar en sintonía misionera con el padre Jordán. Eran las mismas discrepancias que habían tenido con la madre María Teresa: las misiones sí, pero también la autonomía de vida. Como no se superaron adecuadamente, las Hermanas que dirigía Francisca Streitel se separaron de la dependencia del Instituto del Divino Salvador dirigido por el P. Jordán en 1885. Así surgió un nuevo Instituto independiente y original que adoptó el nombre de «Hermanas de la Caridad de la Dolorosa» y siguió un itinerario particular de obras nuevas y fecundas.

Al quedarse sin el grupo femenino, el padre Jordán reclamó de nuevo la presencia de la madre Teresa. El 21 de noviembre de 1889 fue otra vez a Roma. Pero ya para entonces la rama femenina de la obra salvatoriana se había organizado, con las debidas autorizaciones provisionales, como nuevo instituto misionero y autónomo. Por eso el 8 de diciembre de 1888 en Tívoli recibió el hábito de la congregación definitiva de las Hermanas, junto con otras dos compañeras. Y fue entonces cuando asumió el nombre de María de los Apóstoles. El 20 de marzo de 1889 recibió la aprobación oficial la nueva congregación femenina y el 25 de marzo siguiente formuló sus votos religiosos públicos perpetuos. Quedó como Superiora general del grupo y como maestra de novicias.

En medio de tantos avatares y tensiones su vida de unión a Dios se mantuvo incólume y su ideal misionero se fue acrecentando a medida que la dificultades aumentaban. Sus Hermanas veían en ella el modelo del desprendimiento y se sentían contagiadas por su afán de ayudar a los países más necesitados.

Su austeridad rayaba a veces en lo imprudente y había de venir el consejo concreto y claro de su director espiritual para que

se mantuviera en la línea de la moderación que requiere quien tiene que dedicar su energía hacia los servicios apostólicos. Sin embargo, a pesar de su temperamento recio y batallador, con las Hermanas era tierna y condescendiente y hacía lo posible para que su salud se mantuviera muy sólida, puesto que estaban destinadas a trabajar en climas inhóspitos y muy lejos de las comodidades de los países desarrollados.

En pocos años el convento de Tívoli se convirtió en un semillero de ideales y en una fragua de espíritu de acero, dispuestos a las más arduas tareas. Como en el convento todo se quedó pequeño ante tantas demandas, se pensó en trasladar la casa central a Roma y allí fue enviada con todas las Hermanas. Todavía hoy es el punto de encuentro de todos los salvatorianos en la Ciudad Eterna.

A partir del 1890 el P. Jordán envió padres y hermanos a las misiones de la India Oriental en un plan generoso y muy seriamente estudiado. Casi siempre fueron con ellos Hermanas imprescindibles para todas las obras de educación, asistencia y cuidado de las acciones parroquiales. La madre María de los Apóstoles, pues fue el nombre con el que firmó todas las cartas y documentos a partir de ese momento, preparó con amor y respeto a todas las jóvenes que se iban a encargar de tales tareas. Las primeras misioneras fueron a la India. Luego las expediciones misioneras se dirigieron a todos los continentes y a multitud de países, sobre todo al Asia y a América del Sur. En 1893 un grupo ya preparaba un centro de formación en Ecuador. En 1895 las Hermanas entraban en los Estados Unidos de América y en Suiza. En los años siguientes la expansión fue incontenible: norte de Italia, Hungría, Sicilia, Austria, Bélgica, etc.

En 1903 se preparó nueva casa general en Roma. Como noble alemana de origen, fue maestra consumada en el arte de combinar la reciedumbre de la fe germana con la flexibilidad de la vida italiana, en medio de la cual tuvo que preparar a misioneras de diversas lenguas, pues con frecuencia las vocaciones que surgían en los países en los que trabajaban las Hermanas eran enviadas a Roma para que se impregnaran de la catolicidad de la Iglesia y recibieran una sólida formación intelectual.

La madre María de los Apóstoles a todas acogía con singular afecto. De ella se pudo decir que fue el símbolo, el emblema y el

modelo de la apertura eclesial. Nunca hizo distinción de niveles sociales, de razas, culturas y lenguas a la hora de ofrecer a los hombres el mensaje común de la salvación cristiana. Lo que ella no podía hacer personalmente, como hubiera sido su ilusión, lo hacía a través de sus hijas. Su lema de vida era: «Todo lo que se refiere al apostolado tiene que ver conmigo». Estaba convencida de que las mujeres debían estar muy bien preparadas para todo tipo de colaboración que pudiera surgir en la tarea apostólica, pues tenía un alto concepto de lo que la mujer es en todas las culturas. Y a sus Hermanas les inculcaba que toda labor era buena para acercarse a los hombres, sobre todo en las misiones. Por eso reclamaba que el objetivo de su Instituto «será siempre las misiones, que quiere decir la educación de niños, la atención a enfermos, la ayuda a los párrocos y sacerdotes, los servicios a los necesitados».

En el Capítulo de 1905 fue reelegida como superiora. El número de Hermanas reclamó adaptación en la organización y hubo de dejar la dirección del noviciado. Su abundante correspondencia con las Hermanas que marchaban a los diversos países requería muchas horas de escritorio, que ella acompañaba con no menos tiempo de oración. Su vida de desgastó en esa intensa actividad de servicio y de animación. Fueron los últimos años un servicio de amor a las Hermanas lejanas en el espacio, pero que tan cerca estaban en su corazón.

Murió en Roma el 25 de diciembre de 1907, dejando ya 250 Hermanas y 37 obras misioneras y activas en tres continentes. Un siglo después, al final del siglo XX, las hermanas misioneras de la familia salvatoriana pasarían de mil distribuidas por 27 países. Ella, desde el cielo, seguramente daba gracias a Dios por haberle permitido quemar su vida en una obra tan hermosa y eficaz.

La devoción de sus hijas y los favores espirituales y materiales que fue prodigando a sus seguidoras fue el motor para que su causa de beatificación culminara con la beatificación por el papa Pablo VI el 13 de diciembre de 1968. Sus restos reposan en la capilla de la Casa «Salvator Mundi» que el Instituto posee en Roma.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CASA GENERAL DEL SALVADOR, *Ecce Ancilla Domini* (Roma 1957).
FEDERICE, E., *La bienaventurada María degli Apostoli* (Roma 1966).

SAN ALBERTO (ADÁN) CHMIELOWSKI

Religioso y fundador († 1916)

Vida polifacética la de este gran patriota polaco, que entra en escena combatiendo contra los rusos y se extingue a los 71 años respirando amorosa dulzura entre los pobres y sonándole en el alma las estrofas de San Juan de la Cruz.

Adán Chmielowski nació en Igolomia, cerca de Cracovia, el 20 de agosto de 1845. Fue el mayor de los cuatro hijos de un matrimonio de corte nobiliario, Adalbeto y Josefina. Su niñez transcurrió en Varsovia, respirando la fuerte religiosidad católica y el ardor patriótico de la Polonia sojuzgada. Estudió en el gimnasio de Varsovia. Huérfano muy pronto, él y sus hermanos quedaron al cuidado de su tía paterna Petronila. A los 18 años se matriculó en el Instituto Politécnico de Pulawy.

En 1863 estalló en Polonia la insurrección contra la opresión zarista, a la que Adán se adhirió con entusiasmo. En un combate el 30 de septiembre de 1863 fue gravemente herido. Hecho prisionero, hubo que amputarle la pierna izquierda, sin anestesia, demostrando excepcional coraje. Con la ayuda de sus familiares, pudo fugarse de la cárcel, pero teniendo que exiliarse.

Su itinerancia está marcada por el afán de formación: París, dedicado a los estudios de pintura; Bélgica, para cursar ingeniería en Gante; Múnich, donde retomó los estudios de pintura: once años de exilio, en los que el espíritu cristiano le ayudó a superar los dolores de la ausencia y la misma limitación física.

Después de once años, en 1874, Chmielowski retornó a su patria. Era, ante todo, un artista cristiano: creyó encontrar su ideal de vida dedicándose por el arte al servicio de Dios. Y comenzó su producción pictórica. Se conserva, como uno de sus mejores cuadros, un *Ecce Homo.* Lo ejecutó despacio, grabándosele en el alma el rostro del Cristo misericordioso mientras sus pinceles lo iban plasmando en el lienzo. Cuando lo finalizó, una

profunda transformación espiritual se había obrado en él. ¿No realizaría mejor su programa de pintor cristiano incorporándose a una orden religiosa?

En 1880, cumplidos los treinta y cinco años, inició el noviciado, para hermano lego, en la Compañía de Jesús. Hubo de dejarlo a los seis meses, seguidos de una profunda crisis espiritual. Halló refugio en casa de unos parientes que vivían en Podolia, en la zona de la Polonia sojuzgada por Rusia. Fue aquí donde conoció la Tercera Orden Franciscana. La espiritualidad seráfica prendió en él. Vivía difundiendo el espíritu de San Francisco, pintando y restaurando cuadros en las parroquias de la región.

En 1884 nos lo encontramos en Cracovia. Allí buscó una vivienda casi pegada al convento de los padres capuchinos. Pintaba y vendía sus cuadros, viviendo con suma austeridad y dedicando a los pobres sus ganancias. No le faltaban, por lo demás, los contactos y la estima de las clases altas, pero la atención de los pobres casi le absorbía todo su tiempo. Había distintos refugios en Varsovia, para hombres y mujeres. En ellos se guarnecían del intensísimo frío, teniendo donde pasar la noche. Supusieron para él un verdadero descubrimiento. El arte quedaba definitivamente apartado y en cada pobre comenzó a ver el rostro de Cristo mucho más al vivo de cuanto podía expresar con sus pinceles.

¿Dedicarse a los pobres en solitario? Su sentido franciscano reclamaba fraternidad. El 25 de agosto se ciñó un sayal gris con el cordón del Serafín de Asís, y empezó a llamarse Hermano Alberto. Un año después emitía los votos de terciario franciscano y daba comienzo, con la aprobación del cardenal Dunajewski, arzobispo de Cracovia, la congregación de Hermanos de la Tercera Orden de San Francisco, denominados Siervos de los Pobres, que inmediatamente se encargaron del refugio-dormitorio de hombres. Tres años después —1891— comenzaba a existir la rama femenina de la Congregación, que se encargó del refugio-dormitorio de mujeres. La confió a sor Bernardina Jabkonska, hoy camino de los altares. Actualmente estas congregaciones son conocidas como Albertinos y Albertinas.

Ya en 1884 había tenido un encuentro providencial con un santo varón de profunda espiritualidad, Rafael Kalinowski. Las

conversaciones con él supusieron para Chmielowski verdadera dirección espiritual. Kalinowski lo adentró en la lectura de San Juan de la Cruz, del que se hizo devotísimo. Así, pudo continuar su entrega a los pobres «sin otra luz y guía sino la que en el corazón ardía».

Lo de los refugios-dormitorios sólo fue el comienzo. Sus fundaciones se fueron propagando: asilos, orfelinatos, hospitales de incurables. Todo ello le obligaba a continuos y largos viajes, con la incomodidad sobreañadida de la prótesis rudimentaria que suplía la falta de la pierna izquierda. Fueron así 21 las casas fundadas, distribuidas entre 40 hermanos y 120 hermanas.

Su espiritualidad supuso una original versión del franciscanismo, siempre inspirador de nuevas formas de entrega a Dios y a los pobres. La alegre simplicidad se refleja en breves consignas, como la siguiente: «Tenemos que ser buenos como el pan [...] que todos tienen derecho a coger para saciar el hambre». Tuvo como norma el ejemplo de San Francisco: pobre, alegre, amoroso y humilde, sorbedor de belleza. Sus recomendaciones últimas resultan conmovedoras. Ya sin levantarse de la cama, atormentado por el cáncer de estómago, hacía que los hermanos dirigieran la mirada a un cuadro de la Virgen de Czestochowa y les decía: «Recordadlo siempre, esta Virgen es vuestra fundadora». Y añadía: «Por encima de todo, observad la pobreza». Falleció en Cracovia el día de Navidad, 25 de diciembre de 1916.

Es llamado el San Francisco polaco del siglo XX. Hoy los Hermanos Albertinos desarrollan su labor en diversas regiones de Polonia. Las Hermanas están presentes, además, en Italia, los Estados Unidos y América Latina.

El papa Juan Pablo II lo beatificó el 22 de junio de 1983, en su segundo viaje apostólico a Polonia. Lo canonizó en Roma el 12 de noviembre de 1989.

JOSÉ M.ª DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

CASIERI, A., *Fratel Alberto al secolo Adamo Chmielowski* (Roma 1989).
KLUZ, W., *Saint Frère Albert - Adam Chmielowski parmi les pauvres* (Cracovia 1990).

BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO BENTIVOLIO DE BONIOS

Presbítero († 1232)

Nace en una rica familia en la población de San Severino hacia el año 1188. Era un joven cuando conoce a San Francisco de Asís y decide dejarlo todo, abrazarse a la pobreza y, con Francisco, seguir a Jesucristo. Sus dos hermanas siguen su ejemplo y se unen a Santa Clara. Ordenado sacerdote, ejerce el ministerio de la predicación y el confesonario con gran fruto de los fieles al tiempo que se cuidaba de los pobres, especialmente de los leprosos. De uno de ellos le había encargado San Francisco particularmente que cuidara. Y cuando lo trasladan a otro convento, se lo lleva consigo para poder seguir cuidándolo. Movido por su ejemplo el párroco de su pueblo, San Severino, se unió también a Francisco y fue el famoso fray Maseo. Murió la noche de Navidad del año 1232, recibiendo culto popular que fue confirmado por el papa Pío IX el 30 de septiembre de 1852.

BEATO MIGUEL NAKASHIMA

Religioso y mártir († 1628)

Era natural de Machai, en el reino japonés de Fingo, donde había nacido en 1583. Convertido al cristianismo a los 11 años y bautizado por el P. Juan Bautista Baeza, se tomó muy en serio la vida cristiana. Hizo voto de castidad siendo muy joven y practica ásperas penitencias. En 1614 se estableció en Nagasaki y tuvo escondido en su casa al P. Baeza y a otros misioneros durante doce años. Por la noche los cristianos visitaban al sacerdote con todo sigilo, procurando con muchos trucos pasar desapercibidos. En 1627 el P. Mateo de Couros lo admitió como hermano coadjutor en la Compañía de Jesús. En agosto de ese año se le prohibió salir de casa, lo que le impedía incluso ayudar a sus padres que eran pobres y necesitaban de él. Un año más tarde, el 3 de septiembre de 1628, se negó a contribuir a la recogida de leña que se hacía para la quema de varios cristianos. Miguel se negó y entonces le fue confiscada la casa y él fue arresta-

do y llevado a Ximabara. Comenzó una larga y terrible serie de suplicios para conseguir que apostatara, y entre ellos padeció varias veces el horroroso tormento del agua, pero su mayor pena fue saber que sus padres, vencidos por los tormentos, habían apostatado. Desesperados de lograr su apostasía se le condenó al suplicio del agua sulfurosa de Ungen. El mártir fue trasladado al lugar del suplicio en una infame carreta; allí su cuerpo fue rociado y zambullido varias veces al día en aguas hirvientes y sulfurosas, y así varias semanas hasta que, reducido su cuerpo a una pura llaga, murió el 25 de diciembre de 1628. Fue beatificado el 7 de julio de 1867.

26 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Esteban, protomártir, que dio su vida por Cristo en Jerusalén **.
2. En Roma, en la Via Apia, San Dionisio († 268), papa **.
3. La conmemoración de San Zenón († 399), obispo de Mayuma en Palestina *.
4. En Roma, en la Via Tiburtina, la deposición del papa San Zósimo († 418) *.
5. En Sardes (Lidia), San Eutimio († 824), obispo y mártir *.
6. En Madrid, Santa Vicenta María López y Vicuña († 1890), virgen, fundadora de la Congregación de Hijas de María Inmaculada del Servicio Doméstico **.
7. En Song-Khon (Tailandia), beatas Inés Phila y Lucía Khambang, vírgenes, de la Congregación de Hermanas Amantes de la Cruz, con Águeda Phuta, Cecilia Butsi, Bibiana Hampai y María Phon, todas ellas mártires en 1940 *.
8. En Dragali (Montenegro), Beato Segundo Pollo († 1941), presbítero, capellán militar **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ESTEBAN
Protomártir († s. I)

Vamos a presenciar el nacimiento del martirio cristiano y el sepelio del mártir primero según lo refieren, con una divina simplicidad, los Hechos de los Apóstoles.

> «Y en aquellos días suscitóse en Jerusalén una gran persecución. Y los discípulos todos, menos los apóstoles, se esparcieron y anduvieron huidos por toda la Judea y Samaria. Y unos varones religiosos enterraron a Estaban e hicieron sobre él un llanto muy grande» (Hch 8,2).

Harto da a entender este pasaje de los Hechos de los Apóstoles que la primera agresión inopinada y brutal contra la Iglesia de Jerusalén, medrosa y pequeñita, confiada en su propia inocencia y parvedad, como la que asegura al polluelo debajo de la protección del ala materna, ocasionó en los adeptos de la fe nueva una impresión de terror y desconcierto. Aquella violencia súbita desencadenada contra la chica grey de almas seguras y pacíficas produjo una indecible sorpresa y un afán instintivo de huida. El diácono Esteban, glorificado más tarde como abanderado y caudillo del innumerable ejército de los mártires, no tuvo laureles ni coronas de triunfo, sino funerales, exequias y duelo muy amargo. Así acaeció en Jerusalén. En Roma, no muchos años más tarde, el holocausto de los cristianos que dio Nerón al pasto de las llamas parece haber dejado asimismo el recuerdo de una deserción espantosa. Y en Jerusalén, y en Roma, y en dondequiera, las primeras colisiones con el fuerte armado, los furores primeros que se abatieron sobre las comunidades cristianas en su infancia más tierna, sembraron entre los fieles congoja, y dolor, y desconcierto, y fuga.

Pero bien pronto la conciencia cristiana se recobró y reaccionó con energía. El repentino ímpetu no debiera haberles tomado de sorpresa si hubiesen recibido las enseñanzas del divino Maestro con corazón reflexivo. Él habíales anunciado estas pruebas duras con palabras tan llanas y tan claras, que el propio martirio (sinónimo de testimonio) les era prometido con su nombre propio:

> «Os entregarán en tribunales y en sinagogas, os azotarán, y aun a príncipes y a reyes seréis llevados por causa de Mí, por testimonio a ellos y a los gentiles».

Y, al mismo tiempo, el divino Maestro proclamaba bienaventurados a quienes tocara una suerte para el sentido carnal tan recia y tan poco apetecible:

> «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis cuando os denostaren y os persiguieren y dijeren con mentira todo linaje de mal contra vosotros. Alegraos entonces y gozaos, porque vuestra ganancia copiosa es en los cielos; así fueron perseguidos los profetas que han sido antes de vosotros».

Diríase que las ímbeles Iglesias primitivas no atinaron a interpretar el obvio sentido de estos pasajes que aquel dulce y fuerte obispo típico que fue San Cipriano denominó *Evangelium Christi unde martyres fiunt,* «el Evangelio de Cristo, poderosa forja de mártires». Solamente los apóstoles, admitidos más profundamente en la intimidad del pensamiento de Cristo, se mostraron iniciados y penetrados de la doctrina nueva. En Jerusalén, conducidos a la presencia del sanedrín y azotados, *ibant gaudentes,* andaban con una alegría ostensible, con una rabiosa extravasación de júbilo, porque habíaseles juzgado dignos de sufrir baldones por el nombre de Jesús.

Pero ya no es la vena profunda y callada del gozo fiel, ni es la miel secreta de los padecimientos por amor de Cristo, ni tampoco el entrañable y manso río de Espíritu Santo el que los inunda, sino que es como un vino violento y una embriaguez más que dionisíaca la que hace prorrumpir a San Pablo en expresiones inflamadas por la muerte y por la cruz. Los más grandes cantores del placer es fuerza que enmudezcan ante ese sublime orgiasta del dolor. Nada ni nadie podrán separar a Pablo de la caridad de Cristo: Ni la tribulación, ni la angustia, ni la persecución, ni la desnudez, ni el hambre, ni el peligro, ni la espada. Cristo es mi vida —dice— y la muerte me es una ganancia.

El dolor es el camino de los astros. Fue nuestro Aurelio Prudencio quien halló esta expresión feliz condensada en aforismo: *Ad astra doloribus itur.* Pero no; el martirio no es doloroso. La primitiva liturgia cristiana encontró para el martirio un nombre refrigerante, consolador: llamóle bautismo, es decir, inmer-

sión en la propia sangre, cual deleitoso baño en un fresco hontanar del paraíso. El manantial perenne que brota del costado de Jesús sumerge al mártir en el refrigerio de sus aguas vivas. Y, aunque fuera doloroso el martirio, no es precisamente el mártir quien lo soporta. Por una divina suplantación es Cristo quien lo padece: *Christus in martyre est.* Nuestro acérrimo Prudencio expresó esta divina suplantación al cantar la pasión de un mártir español en versos de una arrogancia y de una entereza más que numantinas:

> «En lo más profundo de mi ser hay otro; otro a quien nada ni nadie pueden dañar; hay otro ser, sereno, quieto, libre, íntegro, exento de toda suerte de padecimiento».

Así, en el torrente raudo del himno prudenciano, hablaba al verdugo con una altivez y reciedumbre saguntinas, no lejos de los muros de Sagunto, el diácono Vicente, y mientras su cuerpo, trabazón de lodo, y sus miembros, urdimbre de venas tenues, saltaban en pedazos, su intacto espíritu se mantenía ileso debajo de las ruinas del alcázar inderrocable.

Pero demos ya paso y aclaremos en la vanguardia de quienes blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero al primer coronado con la corona incorruptible: *Io, Triumphe!*

> «Y en aquellos días, como el número de los discípulos iba en aumento, murmuraban los helenistas contra los hebreos, porque sus viudas eran desatendidas en la distribución de la limosna cotidiana».

En aquel tiempo y sazón denominábanse helenistas quienes, aun siendo judíos de raza, procedían de las colonias griegas del Asia Menor y de Egipto. Habíalos muchos avecindados en la Ciudad Santa, y debieron de oír el estampido del Espíritu y contemplar la lluvia de lenguas ígneas y escuchar el sermón candente brotado en los labios de Pedro. Los helenistas, primicias de la conversión, constituían en Jerusalén un núcleo tan numeroso como los judíos nativos.

> «Entonces los Doce convocaron la multitud de los discípulos y les dijeron: No es razón que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra y sirvamos en las mesas. Escoged, pues, entre vosotros siete varones de probidad acrisolada, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría, y constituidlos en el servicio de la distribución del

pan, y nosotros continuaremos en la oración y en el ministerio de la palabra».

Tres mil cristianos en su primera redada cogió el pescador de Galilea, trocado en pescador de hombres. Los conversos de Pedro no eran solamente judíos de Jerusalén sino que los había procedentes de toda nación que está debajo del cielo. ¿Cómo iban a cejar los apóstoles en el apostolado de la palabra que tan opimos y tan tempranos frutos les rendía?

Plugo a los discípulos el consejo de Pedro.

> «Eligieron a Esteban, varón lleno de fe y de Espíritu Santo, y también a Felipe, Prócer, Nicanor, Timón, Pármenas y Nicolás, prosélito éste de Antioquía».

Helenistas son todos ellos y helénicos son sus nombres. Presentados a los apóstoles, les consagraron diáconos por la imposición de las manos. Callaron las murmuraciones, y las viudas de los helenistas fueron atendidas equitativamente. Con estos animosos predicadores nuevos la palabra evangélica crecía y los cristianos se multiplicaban.

> «Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, obraba en el pueblo prodigios y milagros grandes».

Lucas, el cronista de estos sensacionales acontecimientos, no especifica ninguno de esos carismas que acompañaban y robustecían la palabra de Esteban y hacían avasalladora su predicación. En son de protesta de tamañas novedades irguiéronse algunos miembros de la sinagoga de los libertos, secundados por algunos otros recalcitrantes, originarios de Cirene y de Alejandría, y otros aún, procedentes de Cilicia y de Asia. Estos libertos que iniciaron la contraofensiva debieron de ser descendientes de aquellos judíos que, sesenta y tres años antes de que el Verbo de Dios se hiciese carne y habitase entre los hombres, trajo cautivos a Roma Pompeyo, que con su presencia exasperó el judaísmo, mancilló Jerusalén y profanó el santo de los santos. Vendidos en Roma por esclavos y recobrada temprano o tarde su libertad, tornaron a Jerusalén. Trabados en disputa con Esteban, arrollábalos su sabiduría y la vehemencia del Espíritu que caldeaba su palabra, que, como en la boca de Elías, ardía y crepitaba cual una antorcha.

El texto del discurso con que Esteban cerró su fulgurante ministerio y motivó su bárbara lapidación, tal como nos lo da el autor de los Hechos, es uno de los más venerables monumentos de la literatura cristiana. Es la primera de las homilías. Más que una autodefensa es una didaché. El primicerio de los diáconos, como le llama San Agustín, de acusado se convierte en acusador, contundente como un martillo. Erizadas contra él, a guisa de jabalíes, estaban todas las sectas del judaísmo, y él, con la firmeza de su palabra, sostuvo, solo y señero, la causa de Jesús y el honor del Evangelio. Recias de oír eran las verdades que Esteban les lanzaba al rostro. Mientras hablaba, su rostro resplandecía con lumbre purpúrea de juventud, como el de un ángel. Sus primeras palabras saliéronle de la boca bañadas en miel: *Favus distillans labia tua.* Abstúvose de decirles algo así como progenie de víboras, aun a pesar de que le oían con estridor de dientes y con las entrañas secas como el peñón del desierto antes que la vara de Moisés lo convirtiera en hontanar.

«¡Hermanos y padres míos, escuchad!» Con estas palabras, las más tiernas del vocabulario humano, les recuerda la comunidad de su origen; no es entre ellos Esteban un desconocido, no es un alienígena. Es de la raza de Abrahán; es partícipe de las mismas promesas y de las mismas esperanzas. Y con amargura de su alma despliega ante los ojos de ellos, con precisión geográfica, con exactitud cronológica, la larga cadena de sus infidelidades...

El parlamento, que empezó con mansedumbre y unción de homilía, con tranquilidad de exposición objetiva, en llegando a su fin, estalla en ese valentísimo apóstrofe:

> «¡Duros de cerviz; incircuncisos de corazón! Siempre habéis resistido al Espíritu Santo. Como vuestros padres fueron, habéis sido vosotros. ¿Qué profeta no persiguieron? Dieron muerte a quienes les anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros ahora traicionasteis y crucificasteis; vosotros, sí, vosotros, que por ministerio de ángeles recibisteis la Ley y no la observasteis».

Ese impávido apóstrofe de Esteban pone en revuelo a los judíos. Más que ningún otro les exaspera ese postrer agravio directísimo que para ellos es el más insoportable de todos: la desobediencia a la Ley. Estalla un alto griterio: los judíos se tapan los oídos, lastimados por la blasfemia, en embestida unánime se

arrojan sobre él: le arrastran fuera; le lapidan. Saulo asiente a la fiera lapidación y guarda celosamente los vestidos de los lapidadores. Esteban hunde en el cielo los errantes ojos y dice: «Veo la gloria de Dios y los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie a la diestra de Dios».

¡El Hijo del hombre en pie!

¿Por qué, pregúntase San Ambrosio, Esteban vio a Jesús *stantem,* puesto en pie? Pónese Jesús en pie por contemplar el combate de su atleta aguerrido; levántase de su silla por ver la victoria del adalid, cuya victoria es su propia victoria; yérguese y se inclina a la tierra por estar más dispuesto a coronarle; el héroe combate y triunfa de rodillas; su fuerza es su oración y reza a modo de brindis: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Y con voz más recia, añade: «No les imputes, Señor, este pecado».

Si Esteban no hubiese orado y Dios no le hubiese oído, Saulo no se trocara en Pablo ni la Iglesia tendría el apóstol de las gentes.

LORENZO RIBER

Bibliografía

ABEL, F. M., Art. en *Supplément au Dictionnaire de la Bible,* II (París 1934) cols.1132-1146.
Analecta Bollandiana 48 (1930) 64; 49 (1931) 25.
CERFAUX, L., *La communauté apostolique* (Lovaina 1943).
DELEHAYE, H., *Commentarius perpetuus in martyrologium Hieronymianum* (Bruselas 1940) 10.
LAGRANGE, J., Art. en *Dictionnaire de la Bible,* II (París 1899) cols.2033-2035.
LECLERCQ, H., Art. en *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* V/1: *Encaustique-Feux* (París) cols.624-671.
• Actualización:
DRANTE, J., *La vida de la Iglesia primitiva* (Estella 1992).
FLECHA ANDRÉS, J.-R., «San Esteban», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (dir.), *Nuevo año cristiano. Diciembre* (Madrid 2001) 412-421.
LLIGADAS VENDRELL, J., *San Esteban, el primer mártir* (Barcelona 2001).
RIUS CAMPS, J., *De Jerusalén a Antioquía. Génesis de la Iglesia cristiana* (Córdoba 1989).
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid ^{5}2003) 187-194.

SAN DIONISIO
Papa († 268)

Dionisio, que había sido monje o asceta, como dice de él el *Liber pontificalis,* se hizo cargo de la Iglesia romana luego de que durante un año la sede estuviese vacante tras el trágico y glorioso fin del papa San Sixto II. En efecto, el emperador Valeriano, de amigo que era inicialmente de los cristianos, pasó a ser un feroz perseguidor del cristianismo, dirigiendo su ardor contra el clero, contra los cristianos que estuviesen insertos en la administración imperial y contra los fieles en general. El 6 de agosto del año 258 cuando el papa celebraba la divina liturgia en la catacumba de Calixto fue sorprendido y decapitado juntamente con sus diáconos, muriendo a los pocos días el insigne diácono San Lorenzo. Traumatizada por la persecución, la comunidad cristiana de Roma no fue capaz de reunirse para proveer a la sede episcopal de un nuevo titular hasta un año más tarde, el 27 de julio de 259, cuando fue elegido Dionisio, presbítero de la propia Iglesia romana.

Tuvo desde el principio de su pontificado muy claros los objetivos a los que debía dedicar su actividad. Señala tres el nuevo *Martirologio:* consolar a los perseguidos a causa de la persecución, redimir a los que a causa de ella habían perdido la libertad e ilustrar a quienes se habían desviado por alguna herejía del camino de la verdad.

Pensó en primer lugar que había que reanimar a la comunidad cristiana que salía de una fuerte persecución, y para ello se multiplicó, escribiendo cartas a los ausentes y dirigiendo las mejores palabras a los presentes, de forma que los fieles se sintiesen animados a vivir su fe pese al peligro que seguía significando ser cristiano en medio de la legalidad imperial hostil al cristianismo. También, y como contará más tarde San Basilio el Grande, envió recursos pecuniarios a la Iglesia de Cesarea de Capadocia para rescate de los cristianos que los bárbaros tenían cautivos, hermosa obra de caridad de la que quedó perenne memoria en aquella Iglesia. Es verdad que las circunstancias políticas cambiaron, porque Valeriano en su lucha con los bárbaros fue hecho prisionero cerca de la ciudad siria de Edesa; los persas que lo apresaron lo sometieron a las mayores humillaciones

y murió al cabo de poco tiempo. Le sucede su hijo Galieno, en cuyo reinado la Iglesia comenzó a disfrutar los cuarenta años de paz que siguieron a la persecución de Valeriano. Casi todo el pontificado de Dionisio coincide con el reinado de Galieno (260-268), el cual por influencia de su madre Salomina miraba con simpatía al cristianismo y dio un edicto de tolerancia, el primero concedido a la Iglesia y precursor del que daría en el siglo siguiente Constantino. Ordenó además se devolvieran a los cristianos las iglesias y cementerios que les habían sido confiscados. Pero en el Oriente, perturbado por las tropas persas, se produce la insubordinación de Macriano, oficial romano que, sin preocuparse en absoluto de Galieno, proclamó emperadores a sus dos hijos. Pero Odenato, soberano de Palmira, venció a los persas invasores y logró que el Oriente lo reconociera como representante de Galieno. Al morir él, ocupa el trono su viuda Zenobia hasta que fue vencida por Aureliano, nombrado emperador, que de esta forma reintegró el Oriente al Imperio. Aureliano hubo de intervenir en una cuestión novedosa para un emperador: determinar la legitimidad de Pablo de Samosata como obispo de Antioquía. Éste se había atraído las simpatías de Zenobia haciendo algunas acomodaciones de la doctrina cristiana y llegando a decir que Jesucristo había llegado a ser Dios progresivamente y por adopción. Fue en vano que protestasen varios sínodos celebrados en Antioquía los años de 264 y 268 y se opusiese San Dionisio de Alejandría. Pablo seguía en sus trece porque, aunque en el sínodo de 268 y gracias a la firme postura del presbítero Malquión fue condenado y depuesto, al sentirse apoyado por Zenobia, perseveró en su pretensión. Por fin Aureliano en 272 se decantó en contra de él y a favor de su sustituto Domno, alegando el emperador que el legítimo obispo era aquel que estaba en comunión con Roma y con Italia. Eusebio de Cesarea transcribe un párrafo de la carta sinodal enviada al papa San Dionisio en el que se cuentan las costumbres y el carácter de Pablo. Pero a la llegada de Aurelio al poder ya el papa San Dionisio había muerto.

Una cuestión doctrinal en la que hubo de intervenir este papa fue la llamada cuestión trinitaria, denominada también la cuestión de los dos Dionisios, por la intervención en ella del

obispo Dionisio de Alejandría. La cuestión ya venía del tiempo de Sixto II pero se formalizó más específicamente en tiempos de nuestro pontífice. Hacía años que venía insinuándose lo que se llamó monarquismo, una tendencia a identificar entre sí las tres personas divinas y presentar a las personas de la Trinidad como tres modos o maneras de manifestarse el Dios único y monopersonal. A mediados del siglo III el portavoz de esta tendencia herética era Sabelio, que en la década del 250 al 260, y aprovechando la turbación que causaron las persecuciones, difundió su doctrina por Egipto y otras regiones de Oriente. Terminada la persecución el obispo Dionisio volvió a Alejandría y fue elegido en Roma poco antes de acabar la persecución el papa Dionisio. El obispo alejandrino, pasada la tormenta, trabajó con gran celo por atraer a la ortodoxia a los obispos y fieles infectados de monarquismo, pero venía empleando expresiones que podían entenderse en sentido completamente contrario, infundiendo la sospecha de que multiplicaba las naturalezas en la Trinidad. Los sabelianos se llenaron de gozo de poder acusar de herejía a su máximo adversario y los verdaderos ortodoxos igualmente lamentaron las frases equívocas de Dionisio, y unos y otros acudieron al papa de Roma. Ya a Sixto II le habían enviado copia de una carta de Dionisio de Alejandría a Eufranor y a Ammonio, donde parecía considerarse criatura al Hijo de Dios. Dionisio de Roma estimó, al llegar a la sede papal, que un asunto tan serio bien merecía una consideración sinodal, y por ello reunió un sínodo en Roma. Este sínodo reconoció la gravedad del asunto, y como resultado del mismo el Papa escribió a Dionisio de Alejandría pidiendo explicaciones y a la Iglesia alejandrina exponiendo la recta doctrina. Se ha dicho de este documento que es de máxima importancia, no sólo por ser el primer escrito pontificio anterior al concilio de Nicea en que se trata de esta vital materia sino porque indica claramente la conciencia de autoridad doctrinal que tenía el Papa. Condena el Papa en su misiva las herejías tanto de Sabelio como la de «aquellos que, por el contrario, predican en cierto modo tres dioses pues dividen la santa unidad en tres hipótesis absolutamente separadas entre sí». Y añade que los verdaderos discípulos del Señor «saben muy bien que la Trinidad es predicada por la divina Escritura, pero ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento predican tres

dioses». Ataca luego a quienes opinan que el Hijo es una criatura y que fue hecho como las demás cosas creadas y llama a esta opinión, que luego con tanto descaro y daño de la Iglesia sostendría Arrio, «la mayor blasfemia». Y termina diciendo que hay que «mantener íntegra tanto la divina Trinidad como la santa predicación de la unidad de principio». No se hizo esperar una respuesta satisfactoria de San Dionisio de Alejandría. Éste dirigió al papa homónimo suyo una carta en la que explicaba y suavizaba las expresiones más desacertadas, y explícitamente reconocía la unidad en la trinidad sin dividirla y la unidad en la trinidad sin disminuirla. Hay que reconocer sin embargo que el lenguaje teológico no estaba todavía plenamente elaborado. Dionisio en su obra *Confutación y apología* dio explicaciones perfectamente ortodoxas sobre la Trinidad. Parece seguro que el papa Dionisio quedó perfectamente satisfecho.

Dice el citado *Liber pontificalis* que Dionisio confió a los presbíteros romanos la dirección de las iglesias y cementerios, dándoles así un papel muy relevante en la comunidad romana. Se ha dicho de él que había sido monje, como quedó señalado, pero otros opinan que esto tiene poca verosimilitud.

Dionisio murió en la paz del Señor en diciembre del año 268 y fue sepultado en la Via Apia en el cementerio de Calixto el día 27 de diciembre según el documento *Depositio Episcoporum,* pero se supone que su muerte sería el 26 de diciembre, y ésta es la fecha en que la Iglesia Romana lo viene conmemorando. Dionisio de Alejandría lo llamó «hombre admirable» y alaba su cultura y su elocuencia. San Basilio dijo de él que poseía no sólo la fe recta sino todas las virtudes.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.631-633.

DENZINGER, H. - HÜNERMANN, P. (eds.), *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcelona [r]1999).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid [8]2001).

SABA, A. - CASTIGLIONI, C., *Historia de los Papas.* I: *Desde San Pedro a Celestino V* (Barcelona 1948).

SANTA VICENTA MARÍA LÓPEZ Y VICUÑA

Virgen y fundadora († 1890)

«La angelical fundadora» fue llamada ya en vida la madre Vicenta María, no sólo entre sus religiosas Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, sino por cuantos conocieron su infantil gracia y atractivo, su virginidad y delicadeza. Además comenzó su fundación a los veinte floridos años.

Dios le concedió nacer en la católica Navarra y de una familia dignísima, de la más cristiana ejemplaridad.

Don José María López «se declara» a doña Nicolasa de Vicuña (ambos de limpio y blasonado linaje) después de diez años de platónicas ilusiones:

> «Créame usted; no conozco sus atractivos físicos, pero sí sus prendas morales, las únicas que ha bastantes años admiro como dechado de la juventud».

Por la novia escribe su hermano; con el director espiritual han aconsejado que «la razón y delicadeza no dan lugar a más dilaciones geniales» y que con fecha 16 de noviembre de 1842 ha dado una respuesta «afirmativa categóricamente».

Ella vivía en Estella, y acuerdan su primera entrevista. Cabalga en compañía de un su deudo, canónigo pamplonés, y, rezando el rosario, llegan a la soñada entrevista. Fue tan delicada y discreta que al regreso escribe desde Cascante a la prometida:

> «¡Qué fríamente me despedí de ti! Agitado mi espíritu con aquella primera despedida, aunque quise alargar la mano para estrechar la tuya inocente, el temor de ofender tu limpia honestidad me obligó a retirarla con presteza».

De tales padres había de brotar el virginal lirio de pureza que el Señor les concedió el 22 de marzo de 1847 y se había de llamar en el bautismo del mismo día Vicenta María Deogracias Bienvenida. Era en Cascante de Navarra.

En su primer cumpleaños sabe ya pronunciar los nombres de Jesús y de María y balbucear las primeras oraciones. Había que verla:

> «Calzadita, en las rodillas de su amante madre; mostraba carita de ángel, ojos azules, cabello de oro, blancura de jazmín en el cutis,

sonrosadas las mejillas y, por añadidura, las seis perlas ornato de su boca, que parecía un coral».

Su primera catequesis la recibió sentada en la sillita que su padre le ponía sobre la mesa de su despacho. Si se distraía, la severidad paterna la asustaba con el resorte de una cajita que hacía saltar un perro de juguete; si persistía la distracción, era ésta la amenaza: «Mira, niña, que aún no sabes a qué huelen las manos de tu padre».

Pero no había lugar a ello, porque con sus cuatro añitos ya se escapa al atrio de la iglesia vecina y enseña lo que aprendió de su padre a las niñas que esperaban la hora de la doctrina.

Todas las tardes a la parroquia: «Tía, ponme la mantilla clara bordada para ir bien maja al rosario».

Y al regresar de la bendición eucarística, impregnada su mantilla de incienso, la ofrecía: «¡Mirad! ¡Huele a cielo!»

El señor tío don Joaquín era un sacerdote santo y docto: «Más de doscientas arrobas de libros tendría en su habitación, llena hasta la ventana», decía una vieja de Cascante.

Aborrecía a los chiquillos su severa gravedad; pero Vicentica le cautivó, de manera que se la llevaba de paseo hasta la ermita de la Virgen del Romero; por el camino rezaba el breviario y enseñaba a la sobrinita en latín el *Credo,* el *Pater,* el *Ave Maris stella.*

Ya en el templo, le muestra la lucecita del sagrario y le enseña a pedirle a Jesús que guarde su corazón en aquella casita dorada.

Mientras acaba sus rezos el señor tío don Joaquín, Vicenta recorre la iglesia con genuflexiones, simulando un vía crucis. Sabe a los seis años recitar versos y leer «el libro de Santa Teresa»; la llaman «la abogadilla».

Repite los sermones del padre misionero; se interesa por los pobres y goza en repartirles sus limosnas; ellos la llaman «la niña santica».

El día de la Inmaculada de 1853, orando en la parroquia de San Andrés, de Madrid, una señora pide al Señor que le inspire lo que ha de hacer para salvar a las muchachas que llegan a la corte para servir y se ven en tantos peligros de cuerpo y alma. Al salir del templo ve una casita en la calle de Lucientes con el

letrero: Se alquila. La toma; será el solar primero de la Congregación para el Servicio Doméstico; allí recoge las primeras sirvientas sin colocación.

La señora era doña Eulalia de Vicuña; con ella y con su esposo y hermano llega Vicenta a compartir la vida madrileña. Aquellos sus parientes en nada desmerecen de la religiosidad y edificante rectitud de su familia de Cascante.

Don Manuel María de Vicuña es «el padre de los pobres» y para ellos gratuitamente ejerce su abogacía. Con doña Eulalia visitan caritativamente la cárcel de mujeres y dan vida a la asociación de la Doctrina Cristiana.

Tiene Vicenta sólo siete años; una familia amiga la convida al Teatro Real. Ella se resiste: «Mi abuelita no fue nunca al teatro, y yo quiero imitarla en eso».

Más adelante lo razonaba: «Siempre me pareció cosa del diablo aquello de salir de noche, asistir a cosas fingidas, volver a casa tan tarde, perder el sueño, malgastar el dinero y trastornar el orden».

En Madrid tiene ya director espiritual, distribución de tiempo, que va ocupadísimo desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche, con misa diaria, estudio de letras, labores, francés, piano, visita al Santísimo, rosario, lectura espiritual. Y casi todos los días va con su tía Eulalia al Establecimiento que amplía la vieja casita de las sirvientas.

Y aún su madre escribe: «Mucho me alegraré de que mi hija reciba una instrucción esmerada y brillante; pero, hermana mía muy querida, mi deseo principal es que me la eduquéis para santa».

Bien podía escribir quien la trataba: «Es no sólo una santa, sino una santa de muchísimo talento».

Sin embargo, tuvo que hacer penitencia de sus tres grandes pecados de estos años. El primero, que se metió en una habitación que se estaba pintando; con su amiguita estropearon la pintura. Doña Eulalia echó la culpa a los pintores, que juzgó descuidados. Pero se presentó en seguida Vicenta a pedir perdón. El segundo, que en El Escorial se presentó con un precioso vestido de manga sólo hasta el codo y un ligero escote: «¡Iba

yo poco modesta! ¡Quién sabe si otras niñas seguirían mi mal ejemplo!

El tercero, que se hizo la remolona al quitarse un vestido «que la favorecía», desobedeciendo a doña Eulalia.

—Pues en una niña de ocho años, eso no es cosa tan grave —decían.

—El día del juicio me conocerán —replicaba la niña.

En Cascante pasa el verano; el pueblo arde en fiestas, y Vicenta, con su elegancia madrileña, estaba hecha una preciosidad. Tanto que al pasar el rey consorte, don Francisco de Asís, pregunta al alcalde:

—¿Quién es esa linda señorita?

—Señor, es una santita, sobrina mía.

Se lo dicen a Vicenta y le insinúan como posible novio a un espléndido muchacho. Pero Vicenta dictamina: «Ni con un rey ni con un santo. Seré sólo de Dios».

En los ejercicios espirituales de 1866, el padre Soto, SI, le propone el método clásico de «la elección de estado». Escribe a dos columnas ventajas e inconvenientes de ser salesa o seguir la fundación que iniciara su tía.

Terminan los ejercicios; su parienta la salesa, que espera ansiosa verla en su religión, le pregunta qué determina: «Las chicas han triunfado —responde la que va a ser fundadora—».

Pone manos a la obra, y comienzan las hostilidades y las pruebas. Tan joven y en un ministerio tan peligroso. Se opone hasta su tía Eulalia y don Manuel, su esposo, que la trata de soberbia e irrazonable, y su buen padre, que quiere «antes verla capuchina de Pinto», alega sus «derechos de patria potestad para no tolerar que se exponga a ser pervertida por las muchachas en vez de ganarlas».

Se la lleva a Cascante y aprietan la oposición; estalla la revolución de 1868, que expulsa a las religiosas de su convento; enferman sus padres, se muere la tía que les acompañaba y no le deja su padre tomar ese estado que juzga «estado de perdición».

—¿Y si me muriera o me fuera capuchina? Igual de solos les dejaría —dice la joven.

Cae enferma grave. Aterrado su padre, cree ver en la enfermedad un aviso del cielo, y le da permiso para regresar a Ma-

drid. Ya puede entregarse a fundar las entonces llamadas Hermanas del Santo Celo. Aquel celo bíblico de la casa de Dios que la consumía.

Lentamente, en el quinquenio 1871-1876 se va perfilando la institución. Ya en 1869 se trasladan con su tía Eulalia y otras jóvenes a la casa de San Miguel, 8, donde tienen vida común, distribución de tiempo, pobreza grande. Doña Eulalia, ya viuda, vende sus trajes y joyas para sostener la casa y remienda unas botas de paño negro, porque con lo que ahorra puede dar de comer a una chica lo menos diez días.

Y Vicenta, «la abogadilla», arregla la herencia de sus tíos y de sus padres en Cascante, donde le sorprende la guerra civil de 1873 y la incomunica.

Vuelta a Madrid, bajo la dirección del padre Hidalgo, SI, lee las Constituciones de la Compañía y otras más recientes y prepara las suyas. El padre escribe:

> «Se presentaba con el espíritu recogido en Dios; suplicaba las luces del Espíritu Santo y de la Virgen con el Ave María. Regla hubo que le costó dos meses de oración, comuniones, penitencias y otras santas industrias».

Y así quedaron de manera que «no hubo que darles entonces, ni al revisarlas la Santa Sede, la más ligera plumada».

El 11 de julio de 1876, en el altar que preside una bellísima Inmaculada Concepción, da el hábito a las tres primeras religiosas el obispo auxiliar de Toledo, que pronto será el cardenal Sancha.

Enturbiaban la alegría penas actuales y visión profética de las venideras. El padre seguía hostil en Cascante y la madre continuaba su resistencia pasiva. Cuando supo el padre que le habían cambiado el nombre, al tomar el hábito, por el de María de la Concepción, escribió: «Yo no reconoceré a otra hija que a Vicenta María. Sabes las consecuencias jurídicas de ese cambio».

El prelado volvió a renovarle su nombre bautismal, con el que seguirá hasta los altares.

Crece el Instituto; se inaugura nuevo noviciado, tan acogedor y espiritual que «allí no hay más remedio que hacerse santa».

Un ruidito, tic-tac, tic-tac, escuchan medrosas las novicias. ¿Un ladrón? ¿Las brujas?... Son las disciplinas que se da la madre fundadora.

Treinta años tiene la madre, y el canónigo Cascajares, futuro cardenal, las llama a Zaragoza. Es la segunda casa de la fundación a los pies de la Virgen del Pilar; la noche entera en el tren, convertido el vagón en oratorio de noviciado; la mañana en la Santa Capilla; inauguración solemne la víspera de la Inmaculada: terminan las alegrías inaugurales, comienza la desbandada, se va de obispo de Calahorra el canónigo Cascajares, se disuelve la Junta de señoras, los recursos menguan, y en el crudo invierno, buscando aportaciones, tiene que ir «subiendo y bajando escaleras desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde». Mas la Virgen les envía al padre Pujol, SI, que va a ser la providencia y aliento de la casa.

No menos apuros y consolaciones en la fundación inmediata de Jerez, y en la inauguración de la bella capilla del noviciado, y en las nuevas entradas de religiosas; y los primeros votos en el domingo de la Trinidad de 1878 con el nombre de Congregación del Servicio Doméstico.

Y tantas emociones, preocupaciones y trabajos agotan las fuerzas de la madre, que tiene la amenazadora hemoptisis, augurio entristecedor para toda la comunidad de la corta existencia de su fundadora.

Reacciona un poco la salud y se multiplican las fundaciones. Valladolid, Sevilla, Barcelona, con el apoyo de aquella santa mujer doña Dolores Chopitea; y la de Fuencarral, espléndida casa generalicia de la Congregación.

Y entretanto la pérdida del «millón de reales» que se le llevó al administrador una jugada de Bolsa y puso a la madre Vicenta en trance de sostenerse sólo con la divina Providencia.

Con gozo recibe de Roma el *Decretum laudis* de la Congregación, que las llama definitivamente Hijas de María Inmaculada para el Servicio Doméstico. La fundadora exponía su primordial objetivo:

> «¿Y quién puede tener más peligros que una pobre sirvienta? Se halla en la edad de las ilusiones, cuando fácilmente se creen las palabras, porque no se ha sufrido aún ningún desengaño. Virgen a merced de sus caprichos en hogar desconocido; sin calor de inte-

> rés y menos cariño, y sin la mirada de una madre que las sostenga, que las defienda y que las consuele».

¡Para cuántas jóvenes han sido padre, y madre, y misioneras estas religiosas!

Su específico ministerio de las sirvientas se extendía a escuelas dominicales y nocturnas, catequesis de niñas, residencias de señoritas empleadas y oficinistas, que es el servicio más frecuente en nuestros días; escuelas de hogar, misiones.

Y la Congregación, mientras tanto, se esparcía multiplicada por todo el mundo.

Un día el padre espiritual interrumpe su plática y dice a la madre:

—Salga inmediatamente, obedezca y vaya a cuidar a su padre moribundo.

Y añade:

—He querido que saliera para poderles hablar libremente de sus virtudes y enseñarles cómo deben seguir lo heroico de su candor, humildad, abnegación, celo y pureza.

Va a cumplir los cuarenta y tres años y sabe por revelación que es ya ése el límite de su vida. Solemnísimo es su viático; escribe a María Asunta:

> «Si me viera con su hermosa colcha amarilla de oro y lujos recibir enamorada el santo viático y casi con perfecta salud».

Pero en realidad está gravísima. El padre le indica:

—Prepárese para recibir la santa unción con la mayor limpieza de alma y con la fortaleza necesaria para permanecer en el amor del Sagrado Corazón hasta la muerte.

—Amén, amén —responde la madre.

El 26 de diciembre de 1890, a sus cuarenta y tres años, santamente expiraba, diciendo: «¡Jesús mío, misericordia! Jesús, María y José, estad conmigo los tres».

El cardenal Sancha sale del aposento y, entre lágrimas, dice: «No sabe el Instituto lo que pierde; cabe en su cabeza un mundo para santificarlo y otro para gobernarlo».

Su Santidad Pío XII, en el Año Santo de 1950, la beatificó; y fue canonizada por el papa Pablo VI el 25 de mayo de 1975.

JOSÉ ARTERO

Bibliografía

ARTERO, J., *Vida* (Madrid 1943).
CHEIX, I., *Apuntes bibliográficos* (Madrid 1898).
PONS, P., SI, *Biografía* (Barcelona ^{2}1918).
SARDÁ Y SALVANY, F., *Notas biográficas* (Barcelona 1912).
• Actualización:
FERNÁNDEZ MARCO, J. I., *Vicenta M.ª, aquella señorita, la fundadora, nuestra santa* (Bilbao 1997).
NOTARIO, C., *Huellas de amor. Vicenta M.ª López y Vicuña, una vida de entrega que nos deja* (Madrid 1989).
VICENTA MARÍA LÓPEZ Y VICUÑA (STA.), *Cartas* (Madrid 1976).

BEATO SEGUNDO POLLO

Presbítero († 1941)

Fue el generoso capellán castrense que dio su vida por estar cerca de sus jóvenes alpinos, enviados a una batalla desigual. Los alpinos fueron un célebre regimiento italiano digno de mejor suerte que la cruenta guerra mundial que ensangrentó Europa a mediados del siglo XX. Este sacerdote, piadoso y generoso, dio la vida por socorrer a los jóvenes heridos en campaña. Era capellán militar por obediencia a su prelado. Amaba la paz, y también supo entender el honor de mantenerse en primera línea para cumplir su deber sacerdotal de alentar a los heridos en los duros momentos del combate.

Había nacido el 2 de enero de 1908 en Caresanablot, pequeña población de unos cientos de habitantes a cinco kilómetros de Vercelli. Su familia era sencilla y piadosa como todas las de pequeños labradores de la región. La proximidad a Vercelli movió siempre a sus habitantes a desplazarse a la capital cercana para sus compras y sus necesidades. Ese fue el motivo de que el pequeño Segundo asistiera también al colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Vercelli en cuanto tuvo edad para recorrer la distancia que le separaba y que ordinariamente la superaba en compañía de otros compañeros del poblado.

En su primera infancia se mostró sencillo, obediente y lo suficientemente inteligente para que sus padres pusieran en él muchas esperanzas. Como en el caso de tantos niños que recibieron una excelente educación cristiana, fue en las aulas de su

escuela campesina donde surgió la vocación sacerdotal, alentada por su entorno propicio en el que se movía.

A los 11 años entró en el seminario menor de Vercelli siguiendo, al mismo tiempo, los cursos en el liceo de la ciudad. Su seriedad y la bondad de su carácter fueron proverbiales entre sus compañeros. Entre los ejercicios de piedad del seminario y los estudios del liceo, transcurrió su primera adolescencia y al llegar el momento de pasar al seminario mayor sus padres hicieron el sacrificio de colaborar con sus modestos recursos para que se formara como buen sacerdote en la Ciudad Eterna.

Se trasladó, pues, al seminario lombardo de Roma. En este hermoso y sereno centro de estudios cursó cuatro años de Teología y de Filosofía. Allí recibió las órdenes menores y el diaconado; y culminó los estudios filosóficos obteniendo su título de Licenciado en Filosofía por la Pontificia Academia de Santo Tomás. Luego se orientó a completar los estudios de Teología, los cuales también terminó con excelentes resultados en la Universidad Gregoriana.

El 15 de agosto de 1931 fue ordenado sacerdote en Sostengo, en Vercelli. Fue un día grande pues era una de sus ilusiones juveniles. «Hacerme santo». Era el lema que, según se conserva en sus escritos personales, se propuso con motivo de los ejercicios espirituales que precedieron a su ordenación. Esas palabras escritas con sinceridad de recién ordenado le quedarían en la mente durante su corta vida sacerdotal y le servirían de aliciente para afrontar los trabajos generosos que siempre estuvo dispuesto a realizar con celo singular. Escribió entonces que estaba dispuesto a dar la vida por las almas que Dios le iba a confiar. No sospechaba que muy pronto le llegaría la ocasión de probar que sus buenos propósitos no eran meras palabras.

Con todo, después se vería que se cumplieron de la forma más sencilla, con sólo aceptar la voluntad divina de cada día. Don Segundo, como le llamaron siempre los seminaristas y los feligreses de sus diversas parroquias, tenía una formación privilegiada. Por eso puso en los textos evangélicos los fundamentos de sus acciones de caridad y de servicio. El «Hacerme santo» de su ordenación iba a ser más que una palabra de trámite, una afirmación ingenua de un momento de fervor. Iba a ser un programa de vida y un compromiso de sacerdote.

Celebró las primeras Eucaristías en su localidad natal y fue la mayor alegría para sus padres, hermanos y familiares. Luego se entregó a los diversos oficios pastorales y docentes que se le fueron pidiendo en la diócesis, sobre todo teniendo en cuenta que su formación había sido excelente en la ciudad de Roma. Se consagró a una tarea docente hermosa en el seminario de Moncrivello, al mismo tiempo que llevaba la animación de su parroquia primero en Cigliano y luego en otras pequeñas localidades cercanas al Seminario, como fueron Ronchi, Petiva, Borg D'le, Saluggia, Livorno y Ferraris. El trasiego de servicios se debió a su trabajo fundamental en el seminario y a la actitud de disponibilidad que siempre tenía cuando se le pedían colaboraciones y esfuerzos en favor de los campesinos y gentes sencillas.

Como pastor de almas, amó intensamente a sus feligreses, ya fueran ricos o pobres, niños o adultos. La bondad fue su estilo de trabajo y la piedad brilló como mejor ejemplo de vida para los que con él vivieron. Y la respuesta natural de sus feligreses fue la admiración y la gratitud de los corazones sanos. El aprecio general en que siempre le tuvieron aquellos a quienes ofrecía su consejo amigo y su plegaria sincera fue su mejor aliciente.

El centro de su labor en esos primeros años de su apostolado sacerdotal, con los brillantes títulos traídos de Roma, fue la docencia. Sus clases de Filosofía y de Teología eran serias, profundas y cautivadoras para los seminaristas. En esta actividad se mantuvo seis años. Fue profesor cercano y claro, de fino tacto pedagógico y de fuerte personalidad. Mereció la afectuosa acogida y el respeto amistoso por parte de los seminaristas. A los dos años de sus estancia como profesor en el Seminario Menor, con la experiencia ya adquirida, fue designado también director espiritual de los jóvenes, primero en el seminario menor y luego en el mayor, a donde pasó acompañando a muchos de los discípulos que había tenido desde pequeños.

El prestigio del histórico seminario de Vercelli, con más de tres siglos de existencia y heredero de una gloriosa trayectoria en el contexto de la diócesis, más que dar a sus profesores reputación y honor les comprometía a mantener muy elevado el nivel docente y sobre todo la riqueza espiritual. Al cultivo de estos valores aportó D. Segundo grandes dosis de alegría juvenil

y hermosos trabajos de distintas materias teológicas. De este seminario salieron muchos sacerdotes para atender la vida cristiana de la más extensa de las diócesis del Piamonte.

Al mismo tiempo que en el seminario mayor se ocupaba de estos menesteres docentes, recibió también el encargo de animar como consiliario diocesano a los jóvenes de Acción Católica de la ciudad y de la provincia. Multiplicó las iniciativas y los encuentros con la numerosa juventud a la que llegaba su cordial palabra. Dedicó su tiempo y su saber hacer con los diversos grupos que se formaban en las parroquias y se coordinaban desde la Sede central diocesana. Educador por naturaleza, se granjeaba el corazón de los muchachos y dirigidos en los diversos encuentros que tenía con ellos. El secreto atractivo estaba en su bondad y en su disponibilidad. La seriedad de su vida y la ejemplaridad de su comportamiento eran regalos que cautivaban a quienes lo trataban.

Por otra parte, su competencia intelectual le suscitaba intensa admiración por parte de sus discípulos y de los jóvenes estudiantes, que agradecían su claridad en las exposiciones y envidiaban la capacidad de análisis que en las clases y en las homilías manifestaba. Era educador de fina intuición. También era catequista con fuerza persuasiva. Y para todos resultaba amigo entrañable a quien se podía acudir en todo momento.

El trato con tantos jóvenes y en tan diversas circunstancias le hizo en pocos años un sacerdote experto en los asuntos sociales y educativos. Su habilidad se manifestaba cada vez más profundamente y le hacía muy capaz para el cultivo de esta parte delicada de la Iglesia. Tal vez fue el motivo por el se le designó como capellán militar en un momento especialmente delicado, en el que los poderes políticos orientaban al país hacia una dictadura fascista y se multiplicaban los actos de represión para quienes no pensaban como los cuadros politizados del ejército. Se fanatizaba a los jóvenes obligados a alistarse en los cuarteles en vísperas de una contienda mundial que iba a llenar Europa e Italia de sangre inocente e inútilmente derramada.

Como capellán militar comenzó a ejercer en septiembre de 1936. Y su incorporación plena al ejército se dio al comienzo de la guerra en 1939, si bien Italia no entró en la contienda a favor

de Alemania hasta el 10 de junio de 1940. Entonces D. Segundo fue reclamado para ocupar su puesto por la autoridad militar, dadas las orientaciones políticas de la dictadura fascista en el poder y los diversos frentes en que las tropas italianas hubieron de organizarse, por lo general con adversa fortuna. Se solicitó una mayor colaboración de las diócesis en el nombramiento de capellanes militares, que eran elementos moralizadores y frecuentemente figuras animadoras en una acción bélica que tantos, por ciegos que fueran, veían de antemano perdida.

Al iniciarse la campaña de los Balcanes por las armas italianas, don Segundo fue designado capellán de los regimientos alpinos, en los cuales había sido ya designado con la categoría jerárquica de teniente. Sin entrar en opciones políticas y por simple obediencia a su prelado, siempre con los ojos en el Evangelio, siguió el destino y la suerte de sus muchachos enviados a la lucha. Su corazón sacerdotal, más que su graduación militar, fue lo que ganó el corazón de los componentes del batallón 31 de Val Chisone de los Alpinos, en donde sirvió con verdadera abnegación.

El general Emilio Faldella, que lo tuvo bajo sus órdenes cuando era coronel en su compañía, dejaría luego un hermoso resumen de su apostolado castrense:

> «Cumplía con su misión con plena satisfacción, con amor y entrega singular, a pesar de ejercer una tarea tan distinta de sus clases en el Seminario de Vercelli. Sus dotes magníficas se manifestaban en sus actitudes de sencillez y de servicio. Cuando hablaba a los soldados, exponía las verdades más sublimes de manera tan sencilla que todo el mundo las entendía y por eso era agradable escucharle.
>
> Siempre se apoyaba en el Evangelio para sacar enseñanzas. Se le admiraba por su cercanía, por su espíritu de servicio, por la serenidad que siempre mostraba, por su sentido del sacrificio, por su disciplina.
>
> Tuve muchas conversaciones con él y siempre terminaba edificado de su bondad y de su competencia. Se encontraba orgulloso de estar entre los Alpinos. Tenía una personalidad que suscitaba admiración».

En una de las acciones de guerra, aunque estaba con una fuerte disminución de vista en el ojo izquierdo que le podía haber evitado el ir a la primera línea de combate, la llamada de Dios le esperaba. No quiso dejar a sus jóvenes Alpinos sin asis-

tencia espiritual y partió con ellos hacia el frente, en la zona balcánica de Montenegro. Consciente del peligro material que se corría, pero firmemente decidido a auxiliar espiritualmente a los heridos, dejó tras de sí arregladas todas sus cosas por lo que pudiera acontecer.

Fue en diciembre de 1941. Su batallón se hallaba en misión arriesgada en Montenegro y en Cervice. El día 26 de diciembre se desencadenó un sangriento ataque en la cota 964 en la llanura de Dragali, en Montenegro. Los muertos fueron muchos y don Segundo se mantuvo en primera fila socorriendo a los heridos y alentando con sus palabras de perdón a los moribundos en la medida en que le era posible en medio de la sangrienta refriega. Al intentar recoger a un joven alpino herido, un proyectil le destrozó la vena femoral izquierda, por lo que en pocos minutos se desangró y cayó exánime. En su mano tenía el rosario y la pequeña caja en que guardaba los santos óleos para administrar a los moribundos.

Testimonios cercanos al momento del ataque recordaron luego cómo fueron sus últimos momentos y sus últimas palabras.

«Vi a don Pollo que estaba apoyado en una roca, bajo un arbusto. Estaba palidísimo. Me acerqué y le pregunte:

—"Don Pollo, ¿está bien?"

—Me respondió: "Cuida de los otros heridos. Están peor que yo".

Como otros soldados del grupo, tomamos un poco de la pasta que llevábamos para coger fuerza en aquellos momentos. Otros alpinos se acercaron y le dijeron:

—"¡Don Pollo, Don Pollo!"

Él volvió sus ojos al cielo. Trazó con la mano un signo de cruz y dijo aun:

—"Bendigo a mi batallón de Val Chisone".

El más cercano le oyó todavía susurrar:

—"Me voy con Dios, que es tan bueno".

Inclinó la cabeza y expiró. Era el 26 de diciembre de 1941. Como el santo que ese día celebraba la Iglesia, él pensó: "Señor Jesús, acoge mi espíritu"».

Sus últimas palabras oídas por los muchachos que le intentaron socorrer fueron de paz y de amor. Tenía 33 años. Después de la batalla se recogieron los cadáveres. También el de don Segundo. Fue enterrado en el cementerio de Scagliari, cerca de Cataro. En 1961 su cuerpo fue trasladado al cementerio de

Caresanablot y luego, en 1968, a la catedral de Vercelli, donde hoy se celebra su fiesta en el aniversario de su muerte.

La devoción a su persona y a su recuerdo generoso, así como el eco de su virtuosa y sacrificada tarea sacerdotal, alimentó el deseo de verle reconocido como modelo en la Iglesia. Las plegarias que se le dirigían se fueron asociando pronto a los favores que su intercesión otorgaba. Todo ello alimentó los recuerdos de cuantos le habían conocido y su fama de santidad movió a la diócesis a iniciar los procesos de beatificación en 1968. Se siguieron elevando a Dios súplicas por intercesión y algunos hechos milagrosos proclamaron que Dios estaba con aquel héroe de la caridad. Su devoción se extendió por el Piamonte sobre todo entre el clero y entre los miembros de las fuerzas armadas.

El proceso de beatificación se desarrolló con paz y serenidad, en la Ciudad Eterna. Fue declarado venerable el 18 de diciembre de 1997 y beatificado el 23 de mayo de 1998 por el papa Juan Pablo II en la misma tierra piamontesa, como motivo de una de sus visitas pastorales. Con él beatificó a otros tres modelos de vida cristiana: Teresa Bracco, Teresa Grillo y Giovanni María Boccardo.

En la homilía pronunciada en Turín, capital del Piamonte, ex capital de Italia y principal centro industrial del país, decía el Santo Padre con unción y persuasión, hablando del sacerdote que dio la vida por auxiliar a un joven alpino:

> «El Beato Segundo Pollo dejó a todos los capellanes militares un ejemplo del ejercicio de tarea apostólica: les mostró la entrega hasta la muerte y el modelo del amor que consiste en mirar a los demás con riesgo de uno mismo. Es el mejor camino del cielo, pues es el mismo que Cristo mostró con su vida y con su muerte. Dos fueron los secretos del ascendiente del Beato Segundo Pollo: el apoyarse constantemente en Dios y el amor a la plegaria. A ello él añadió la tierna devoción a María la Madre de todos los jóvenes. En esas fuentes aprendió al amor a los hermanos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

Il primo beato alpino (Vercelli 1998).
«Il Beato Segondo Pollo»: *L'Osservatores Romano* (22-12-1998).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZENÓN DE MAYUMA

Obispo († 399)

Nace a comienzos del siglo IV y en su juventud opta por la vida monástica. Durante la persecución de Juliano el Apóstata († 363) permaneció escondido y fue elegido obispo de Mayuma, en las cercanías de Gaza, en Palestina. Ya de obispo, acudía cada día a la iglesia para el rezo del oficio divino y se ganaba su sustento con sus propias manos siendo fiel en todo esto a sus costumbres monásticas. Lo que ganaba además lo dividía con los pobres y necesitados. Tras la persecución de Juliano erigió en las afueras de Gaza una iglesia en honor de tres parientes suyos, Eusebio, Nestabo y Zenón, mártires en aquella persecución. No se conoce con certeza la fecha de su muerte pero era más o menos centenario.

SAN ZÓSIMO

Papa († 418)

Era griego de nacimiento y seguramente de raza judía. Lo encontramos adscrito al clero romano como presbítero en el pontificado de San Inocencio I, a cuya muerte es elegido para sucederle en la sede romana, era el 18 de marzo de 417. Contra los derechos históricos de las sedes de Narbona y Marsella, a los pocos días de elegido, se avino a reconocer a la sede de Arlés como metropolitana de toda la Galia, lo que creó un enorme malestar que no se disipó hasta que el sucesor de Zósimo devolvió las cosas a su antiguo estado. Igualmente vio Zósimo agitado su pontificado con la cuestión pelagiana. Había sido Pelagio condenado por San Inocencio I poco antes de su muerte. Y, creyendo que aún vivía Inocencio, le envió su profesión de fe, mientras que el otro líder de la herejía, Celestio, prefirió venir a Roma personalmente y presentar al nuevo papa su apelación de la sentencia. Zósimo convocó una reunión del clero, en la que se leyó la autodefensa de Celestio y se interrogó a éste, que dijo tener la misma fe que la Iglesia de Roma. Zósimo

escribió a África pidiendo se revisase la sentencia pronunciada en 411 contra Celestio y dando un tiempo para que todo el que quisiera alegara lo que creyera conveniente. Los obispos africanos hicieron ver la realidad de la herejía de Pelagio y Celestio, y tuvieron un concurrido concilio (1 de mayo de 418) en el que volvieron a anatematizar la herejía pelagiana. Por otra parte el emperador Honorio entraba también en el tema. Por fin Zósimo condenaba el pelagianismo en su *Epistula Tractoria,* recibida generalmente bien en Oriente y Occidente, salvo la resistencia hallada en Italia por el grupo de obispos que seguían a Julián de Eclana. Zósimo tuvo también problemas con el episcopado africano cuando aceptó apelaciones que le llegaban desde África, lo que era contrario al parecer de los obispos africanos. Zósimo murió el 26 de diciembre de 418 y su nombre aparece por primera vez como santo en el *Martirologio de Adón.*

SAN EUTIMIO

Obispo y mártir († 824)

Nace hacia el año 750 en Ouzara, Licaonia. Tras haber estudiado en Alejandría, volvió a su tierra e ingresó en un monasterio, recibiendo años más tarde la ordenación sacerdotal. En 787 fue elegido y consagrado obispo de Sardes y ese mismo año asiste al II Concilio de Nicea, donde es condenada la herejía iconoclasta. Bien visto por la emperatriz Irene y el emperador Constantino VI, recibió de ellos diversos encargos. Pero en 805 tuvo problemas con el emperador Nicéforo, pues accedió a dar el velo de las vírgenes a una joven que un funcionario del monarca quería por esposa, y esto le valió ser desterrado. Vuelto unos cuantos años más tarde, de nuevo es desterrado cuando se opone a la campaña iconoclasta de León el Armenio; en el destierro estuvo hasta 821, en que pudo volver. Pero por poco tiempo, pues al año siguiente era nuevamente arrestado y exiliado a Akritas, donde fue asesinado el 26 de diciembre de 824.

BEATAS INÉS PHILA, LUCÍA KHAMBANG, ÁGUEDA PHUTA, CECILIA BUTSI, BIBIANA HAMPAI, MARÍA PHON
Mártires († 1940)

Véase su historia narrada el 16 de diciembre en la biografía extensa del también mártir, Beato Felipe Siphons Onphitak.

27 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de San Juan, apóstol y evangelista **.
2. La conmemoración de Santa Fabiola († 400), viuda romana *.
3. En Apamea de Bitinia, San Teodoro Grapto († 842), presbítero, monje de la Laura de San Sabas, mártir en defensa de las sagradas imágenes *.
4. En Santander (Cantabria), Beato Alfredo Parte Sáiz († 1936), presbítero, de la Orden de las Escuelas Pías, mártir *.
5. En un barco frente a Santander (Cantabria), Beato José María Corbín Ferrer († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN EVANGELISTA
Apóstol († s. I)

Veinte años tendría escasamente cuando Jesús le llamó. Fue, sin duda, el más joven de los discípulos y menor que el Maestro en una buena docena de años,

Ribereño del lago de Tiberíades, ni su género de vida como pescador, ni aquella fogosidad juvenil que le mereció el título de Boanerges (= «hijo del trueno»), compartido con su hermano Santiago el Mayor; ni su actividad apostólica en los tiempos heroicos de la primitiva Iglesia palestinense; ni su longevidad casi centenaria, la cual supone una constitución somática vigorosa; ni la intrepidez con que defendió, frente a herejes gnósticos —llamándoles «anticristos»—, la verdadera fe en Jesús

Dios-hombre; ni la densidad sublime de su teología y de su mística, basadas, sin embargo, en la realidad histórica: nada de esto autoriza esa figura de jovencito blandengue —casi femenil, si no enfermizo—, tantas veces representada por un arte iconográfico que parece ignorar los datos bíblicos. Si Juan fue «el discípulo a quien amaba Jesús» y el más joven de los apóstoles, fue también el pescador robusto y vigoroso, el mozo equilibrado y sereno que respetuosamente sabe quedarse en segundo lugar cuando acompaña a Pedro; el hombre varonil a quien Jesús confía de por vida su propia Madre como herencia; el teólogo que, sin perder el contacto con la tierra, sabe elevarse a tales cumbres teológicas como ningún otro escritor neotestamentario, ni siquiera San Pablo. Todo ello supone una personalidad riquísima en cualidades humanas y una entrega interna y externa, total y decisiva, al amor y al servicio del Maestro.

Dos etapas conócense de su vida, separadas por un largo silencio de casi medio siglo. Los detalles de la primera quedaron consignados en los libros sagrados del Nuevo Testamento; los de la segunda, en la más estricta y depurada tradición contemporánea. Entre ambas, la carencia de datos durante ese prolongado silencio.

Respecto de la primera etapa sabemos que Juan era de Betsaida, a orillas del lago, patria también de Pedro. Sus padres fueron Zebedeo y Salomé (¿hermana de San José?). Los hijos de este matrimonio, Santiago y Juan, fueron pescadores, como su padre, pero no de condición precaria, puesto que tenían a su servicio jornaleros, poseían barca propia, pescaban al copo con amplia red barredera, y su madre era una de aquellas piadosas mujeres que con sus bienes sufragaban las necesidades materiales del Maestro.

Juan, su hermano Santiago y su amigo Pedro formaban el grupo predilecto de Jesús. Los tres fueron testigos directos de la resurrección de la hija de Jairo, de la transfiguración de Jesús en el Tabor, de su agonía en Getsemaní.

Jesús tuvo tal predilección por Juan que éste se señalaba a sí mismo como «el discípulo a quien amaba Jesús». En la noche de la cena reclinó su cabeza sobre el costado del Maestro y fue el único discípulo que estuvo al pie de la cruz, a quien Jesús agonizante dejó encomendada su divina Madre.

Su amistad con Pedro fue de siempre. Paisano suyo y compañero de pesca, ellos dos fueron los encargados por Jesús de preparar la ultima cena pascual. También fue Juan, seguramente, el que introdujo a Pedro en la casa del sumo sacerdote durante la noche de la pasión. Y en la mañana de la resurrección ambos comprueban juntos que el sepulcro está vacío. Juntos aparecen también en la curación del paralítico por Pedro, en la detención y en el juicio sufrido ante el Sanedrín, y en Samaria, adonde van en nombre de los Doce, para invocar allí, sobre los ya creyentes, al Espíritu Santo. Y cuando San Pablo, allá por el año 49, vuelve a Jerusalén al final de su primera expedición misionera, encuentra allí a Pedro y a Juan, a quienes califica de «columnas» de la Iglesia.

La segunda etapa de su vida coincide con el último decenio del primer siglo de nuestra era poco más o menos. Juan es ahora el oráculo de los cristianos de la provincia romana de Asia, es decir, del litoral egeo y parte de tierra adentro de la actual Turquía. El centro de su actividad apostólica es siempre Éfeso.

Él mismo nos dice en el Apocalipsis que estuvo desterrado en Patmos por haber dado testimonio de Jesús. Esto debió de acontecer durante la persecución de Domiciano (años 81-96 d.C.). Su sucesor, el benigno y ya casi anciano Nerva (96-98), concedió una amnistía general, en virtud de la cual pudo Juan volver a Éfeso. Allí nos lo sitúa la tradición cristiana de primerísima hora, cuya solvencia histórica es irrecusable. El Apocalipsis y las tres cartas de Juan atestiguan igualmente que su autor vive en Asia y que goza allí de extraordinaria autoridad. Y no es para menos. En ninguna otra parte del mundo civilizado, ni siquiera en Roma, quedaban ya apóstoles supervivientes. Y sería de ver la veneración que sentirían los cristianos de fines del primer siglo por aquel anciano que había oído hablar al Señor Jesús, y le había visto con sus propios ojos, y le había tocado con sus manos, y le había contemplado en su vida terrena y ya resucitado, y había presenciado su ascensión a los cielos. Por eso el valor de sus enseñanzas y el peso de sus afirmaciones por fuerza había de ser excepcional y único. Y en este anciano, que al parecer jamás iba a morir —eso anhelaban y, en parte, creían los buenos hijos espirituales del apóstol viendo su longevi-

dad—, encontraban aquellas comunidades cristianas un manantial inagotable de vida en Cristo. De él dependen, en su doctrina, en su espiritualidad y en la suave unción cristocéntrica de sus escritos, los Santos Padres de aquella primera generación postapostólica que le trataron personalmente o se formaron en la fe cristiana con los que habían vivido con él, como San Papías de Hierápolis, San Policarpo de Esmirna, San Ignacio de Antioquía y San Ireneo de Lyón. Y son éstos precisamente las fuentes de donde dimanan las mejores noticias que la tradición nos transmitió acerca de esta última etapa de la vida del apóstol.

Mas la situación no era nada halagüeña para la Iglesia. A las persecuciones más o menos individuales de Nerón siguióse, bajo Domiciano, una persecución en toda regla. El inmenso poder del divinizado cesar romano se propone aniquilar la inerme Esposa de Cristo. La Bestia contra el Cordero. Y, para colmo, el cúmulo de herejías que entraña el movimiento religioso gnóstico, nacido y propagado fuera y dentro de la Iglesia, intenta corroer la esencia misma del cristianismo. Triste situación la de este nonagenario sobre cuyos hombros pesa ahora, por ser el único superviviente de los que convivieron con el Maestro, el sostenimiento de la fe cristiana. Pero Dios le concedió, providencialmente, tan largos años de vida para que fuera el pilar básico de su Iglesia en aquella hora terrible.

Y lo fue. Para aquella hora y para las generaciones futuras también. Con su predicación y sus escritos quedaba asegurado el porvenir glorioso de la Iglesia, entrevisto por él en sus visiones de Patmos y cantado luego en el Apocalipsis.

Cumplida su obra, el santo evangelista murió ya casi centenario, sin que sepamos la fecha exacta. Fue al final del primer siglo o muy a principios del segundo, en tiempos de Trajano (98-117).

Entre estas dos etapas de la actividad apostólica de San Juan existe la gran laguna de un silencio prolongado. Desde el año 49, cuando San Pablo le encuentra todavía en Jerusalén, siendo allí «columna» de la Iglesia palestinense, hasta cerca del año 90, cuando fue desterrado a Patmos, nada se sabe de él. ¿Dónde estuvo? ¿Qué Iglesias evangelizó?

Desde luego, la tradición considera su venida a Éfeso después de Patmos como una vuelta, como un regreso. Allí, pues,

había trabajado anteriormente. Mas ¿cuándo llegó por primera vez?

Quizá los hechos hayan de explicarse así: entre el año 66 y el 68 sucedieron muchas cosas que pudieron motivar la marcha de San Juan a Éfeso. Por de pronto, la Santísima Virgen, encomendada a los cuidados filiales de Juan, había volado ya en cuerpo y alma a los cielos. Por otra parte, comenzaba en el 66 la espantosa guerra judía que terminaría con la destrucción de Jerusalén por el ejército romano, y, en conformidad con el aviso previo de Jesús, los cristianos de la Ciudad Santa se dispersaron de antemano y se situaron en otras regiones. Ya no era, pues, necesaria la presencia de Juan en Palestina. Además, hacia el año 67, Pablo, el gran evangelizador del mundo greco-romano, que había permanecido en Efeso más tiempo que en ninguna otra ciudad del Imperio, había sido decapitado en Roma. ¿Cómo dejar abandonada a sí misma la región de Asia, que por su situación, su cultura helenistica y por el estado florecientísimo de sus comunidades, amenazadas de las nuevas corrientes heréticas, podía considerarse como el centro vital de irradiación cristiana? Las circunstancias de Éfeso reclamaban la presencia de un apóstol que, como Juan, continuara en Asia la siembra de Pablo y fecundara su desarrollo doctrinal. Para tal obra nadie más a propósito —y quizá ya el único disponible— como aquel animoso Boanerges, el cual, por otra parte, había calado tan hondamente en la comprensión del «misterio» de Jesús,

Estos hechos motivaron seguramente el traslado de Juan a Éfeso para ejercer allí su actividad misionera, plasmada luego en sus escritos.

Pero el Juan misionero queda como empequeñecido por el Juan escritor. Si con su palabra hablada fue el oráculo del Asia durante muchos años, con sus escritos es y seguirá siendo, a través de los siglos, el «teólogo» y el «místico» por excelencia, el «águila» de los evangelistas, la antorcha que ilumina con claridades celestiales el futuro terrestre y eterno de la Iglesia.

Tres son la obras salidas de su pluma incluidas en el canon del Nuevo Testamento: el cuarto evangelio, el Apocalipsis y las tres cartas que llevan su nombre.

A pesar de la aparente serenidad y del buscado anonimato, en parte, de estas obras, la recia personalidad de su autor, domi-

nada por una hondísima penetración del «misterio» de Jesús, se acusa fuertemente en ellas por la concepción y trama de las mismas, por la profundidad de sus ideas, que el lector nunca logra agotar, y por lo peculiar de su estilo, pobre de gramática y de recursos literarios, pero de un dramatismo inigualado.

Los escritos de San Juan son ya el final de los libros sagrados, el último estadio del *fieri* de la Iglesia naciente, la madurez definitiva de la revelación. Con media docena escasa de ideas, pero cargadas de una densidad teológica inagotable, Juan desarrolla el tema central y aun único de sus escritos: enseñarnos quién es y qué es Jesús: Dios-hombre, luz, vida, verdad y amor.

Si a San Juan se le llama el evangelista del amor, por las mismas razones debería llamársele el evangelista de la vida, del Cristo-vida, cuya «gloria» junto al Padre, reverberada sobre la vida terrestre del Maestro, nos describe como ningún otro escritor sagrado.

Igualmente es característica de San Juan la teología de nuestra palingenesia o renacer del Espíritu Santo y la de nuestra inmanencia en Cristo mediante la fe y la Eucaristía. Y es curioso anotar que San Juan no repara en la esperanza. Nunca utiliza este término en el evangelio o en el Apocalipsis y sólo una vez en sus epístolas. Parece como si no pensara en el más allá. Pero es que, según su ideología, para el que «permanece en Cristo» no hay fronteras entre este mundo y el venidero. Todo es ya presente para el que ama a Cristo. La vida eterna la posee ya en toda su esencia el que tiene fe en Cristo y «permanece en él» por la observancia de los mandamientos.

Los escritos de San Juan son, pues, esencialmente cristocéntricos. Su finalidad es revelarnos las riquezas que se encierran en la persona de Jesús. Su tema central es Jesús, quien, por ser tan realmente hombre y tan realmente Dios, es el revelador del Padre, y es por eso la luz del mundo, y la vida de los hombres, y la clave del universo, que en él encuentra la razón de su existencia y de su destino.

Juan es, por último, el evangelista de la universal misión maternal de María. Aun prescindiendo de la parte que él pudo tener en transmitir las noticias recogidas en San Lucas sobre la infancia de Jesús, el evangelista San Juan, que tanto simbolismo

sabe descubrir en los principales milagros de Jesús, coloca a la Santísima Virgen en el milagro de Caná y al pie de la cruz —principio y fin de la vida pública de Jesús—, como para indicar la presencia permanente de María en la obra de su Hijo y su solícita colaboración maternal con él.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras a qué se deben estas características de los escritos de San Juan, diríamos: primero, al amor sincero de su corazón varonil por el Maestro durante su vida terrena; segundo, a la intimidad de su diario vivir con la Santísima Virgen desde que Jesús se la encomendara al pie de la cruz hasta que Ella subió a los cielos; tercero, a un continuo repensar los hechos de que fue testigo directo durante la vida de Cristo y valorar su significación sobrenatural, y cuarto, a su constante «permanecer en Cristo» a lo largo de tantos años de unión íntima con él por la fe y por el recuerdo con lo que consiguió esa penetración sabrosísima del «misterio» de Jesús reflejada en sus obras.

Hay anécdotas simpáticas, aunque históricamente no del todo seguras, que confirman la amabilidad de este santo anciano, junto con su natural viveza de carácter y el amor en Cristo que a todos profesaba.

Cuentan de él que, como descanso para su espíritu, le gustaba entretenerse en acariciar a una tortolilla domesticada que tenía. Buen precedente para San Francisco de Asís... En cierta ocasión —narra San Ireneo—, habiendo ido el bienaventurado apóstol a bañarse en los baños públicos de Éfeso, vio que en ellos estaba el hereje Cerinto; e inmediatamente, sin haberse bañado, salióse fuera diciendo: «Huyamos de aquí; no vaya a hundirse el edificio por estar dentro tan gran enemigo de la verdad». En cambio habiendo sabido que un joven cristiano, educado con miras al sacerdocio, dio luego tan malos pasos que acabó en jefe de bandoleros, hízose llevar el Santo hasta el monte que al ladrón servía de guarida, y, corriendo tras él y llamándole a grandes voces: «¡Hijo mío, hijo mío!», logró rescatarle para Cristo.

Algunos autores de los primeros siglos cuentan que San Juan resucitó en cierta ocasión a un muerto. Pero el milagro principal fue el sucedido en su propia persona. Refiere Tertulia-

no que, llevado el apóstol a Roma poco antes de su destierro a Patmos, fue sumergido en una tinaja de aceite hirviendo, de la que salió totalmente ileso y pletórico de renovada juventud, Hay quien pone en duda la historicidad de este hecho, porque ni consta que San Juan estuviera alguna vez en Roma ni de tal milagro se hacen eco los escritores que le conocieron, mientras que Tertuliano, de la Iglesia de África, difícilmente podía tener información segura. Con todo, la Iglesia romana celebra esta fiesta en su liturgia bajo el título de «San Juan ante portam Latinam».

Una leyenda curiosa recogió San Agustín. En el sepulcro del santo apóstol —dice— se ve moverse la tierra sobre la parte correspondiente al pecho, como si el cuerpo allí sepultado respirara todavía o palpitara aún su corazón. Simple leyenda desde luego. Pero lo que no es leyenda sino realidad, es que el corazón del santo evangelista sigue palpitando en sus escritos, y que esas palpitaciones son de amor, de admiración, de arrobamiento ante la persona de Jesús, que fue para él la gran revelación de su vida y el centro de su vivir. Y Juan quería que lo fuera también para todos los hombres. Porque Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; él es la luz, y la verdad, y la vida, y el amor.

SERAFIN DE AUSEJO, OFM Cap

Bibliografía

CHAPMÁN, J., *John the Presbyter, and the Fourth Gospel* (Oxford 1911).
FOUARD, C., *Saint Jean et la fin de l'âge apostolique* (París 1930).
MARTINDALE, C. C., *St. John the Evangelist,* 2 vols. (Londres 1920-1923).
PIROT, L., *Saint Jean* (París 1923).
Supplément au Dictionnaire de la Bible, IV (París 1949) cols.797-847.
• Actualización:
GARCÍA-VIANA, L. F., *El cuarto evangelio. Historia, teología, relato* (Madrid 1996).
LÉON-DUFOUR, X., *Lectura del evangelio de Juan,* 2 vols. (Salamanca 1989-1998).
MOLONEY, F., *El evangelio de Juan* (Estella 2005).
SCHNACKENBURG, R., *El evangelio según San Juan* (Barcelona 1980-1987).

BEATO JOSÉ MARÍA CORBÍN FERRER

Mártir († 1936)

Nace el 26 de diciembre de 1914, hijo de José María Corbín Carbó y Desamparados Ferrer Miragalla, una familia numerosa que llegó a contar con diez hijos, aunque uno nació muerto, y otro murió a las pocas horas de nacer. El padre, miembro del Tribunal Tutelar de Menores y de la Asociación de Padres de Familia es, además, tesorero de las Conferencias de San Vicente de Paúl. La madre, profundamente piadosa, de hondas raíces cristianas, inculca y transmite a sus hijos la doctrina cristiana. Tres de sus hijas profesarán en las Carmelitas de la Caridad. (Vedrunas). El 1 de enero de 1915 recibe las aguas sacramentales en la *Pila de Sant Vicent Ferrer,* de la parroquia de San Esteban Protomártir, y acto seguido lo ofrecen a la *Mare de Déu dels Desamparats,* excelsa patrona de los valencianos. Su madre lo inscribe en la Real Archicofradía de Nuestra Señora de los Desamparados y Corte Angélica de María Inmaculada (iglesia de la Compañía) y los Carmelitas Descalzos le imponen el escapulario de la Virgen del Carmen. Crece, por tanto, bajo la mirada atenta de sus padres que con esmero inculcan el amor a su numerosa prole.

En 1919 ingresa en el colegio de las Franciscanas de la Inmaculada, junto con su hermana mayor. Se le ve muy despierto y vivaracho, y las religiosas van cimentando la piedad de los pequeños, les enseñan el catecismo y captan el interés de los niños según su propia pedagogía. En casa se reza a diario el rosario, creciendo en la vida de piedad que sus padres viven y practican. El 21 de mayo de 1921 recibe la primera comunión, junto con su hermana Amparo. El curso siguiente le matriculan en el colegio del Sagrado Corazón de Jesús, que los hermanos maristas regentan con extraordinario prestigio. Aquí se va moldeando su personalidad: estudia el bachillerato, y crece en el sentimiento moral de la vida, el amor al estudio y la religiosidad, una instrucción sabia y prudente que le dirige por el camino de la virtud y del deber. Aprende a madrugar y se observan sus cualidades: amable y cariñoso, dócil en el trato, obediente y disciplinado. Muy vivo e intuitivo. Sus profesores le consideran como un ejemplo de estudiante; interesado por el cine, es un auténti-

co forofo del fútbol, que practica con gran entusiasmo. En tiempo de caza acompaña a su padre, pero su auténtica afición son los palomos deportivos, que desde niño le ha inculcado un vecino y destacado *colombaire*. ¡Hubo que levantar un palomar en la azotea de casa! Ingresa en la Congregación de María Inmaculada, organizada por los maristas en el colegio, para acrisolar en los alumnos la vida interior y la piedad.

Acompaña a su padre a visitar a los pobres y enfermos, y les entrega las limosnas y socorros que les llevan. Tiempo después se apunta, como congregante, en la Congregación Mayor del Centro Escolar y Mercantil. Se hace socio de las Conferencias de San Vicente de Paúl, siguiendo el admirable ejemplo paterno, y en su primer encargo siente una profunda angustia. En aquella casa encuentra desconfianza y miseria, y queda impactado por esa impresión. Debe crecer en el celo apostólico para sentirse próximo al desamparado, y con tanta caridad que no humille al que recibe de cuanto carece. Crecer es la práctica de la caridad, dejando de manifiesto la cordialidad y sensibilidad de su corazón, alcanzando de este modo el agradecimiento de unos y la admiración de otros. Cultiva la devoción a la Virgen, iniciada en su infancia, visita a diario la imagen de la Virgen de los Desamparados. Toma parte en el emocionante traslado de la patrona de Valencia el segundo domingo de mayo, cuando se la lleva a la catedral para la misa mayor, en una manifestación popular de características singulares en la piedad de los valencianos.

Alcanzado en 1931 el título de bachiller universitario en ciencias, participa en las oposiciones del Colegio Mayor de San Juan de Ribera de Burjasot, donde puede contar con una completa formación intelectual y un progreso espiritual. Destaca la figura de don Antonio Rodilla Zanón, uno de los más brillantes sacerdotes del presbiterio diocesano. Tras reñida y dura oposición obtiene la beca, y permanecerá interno en este colegio, a unos siete kilómetros de la capital, mientras dure su carrera universitaria.

Elige ser médico, más por complacer a sus padres que por verdadera vocación, y se matricula en la Facultad de Medicina, pero tiene que realizar grandes esfuerzos para vencer su natural

repugnancia. Modelo por su puntualidad y asistencia a clase, consigue las mejores calificaciones en los exámenes finales, pero la medicina no es para él: «No tengo vocación para esta carrera». El curso siguiente se matricula en ciencias químicas y se inscribe como miembro de la Federación de Estudiantes Católicos (Acción Católica).

Los disturbios en la universidad son frecuentes, y se entablan, en ocasiones, enfrentamientos entre los de Comercio y Medicina, inscritos en la FUE, y los de Ciencias, en su mayoría católicos, en los que toma parte en defensa de sus creencias dejando muestras claras de sus convicciones religiosas. El desarrollo de las clases se va haciendo cada vez más difícil. Se afilia en la Comunión Tradicionalista, donde encuentra una auténtica defensa de los derechos de Jesucristo y el bienestar de la patria. Participa a diario de la santa misa, recibiendo la comunión. Sigue recio en la virtud y fuerte en la fe. En 1935 marcha con sus compañeros de facultad a Palma de Mallorca, para asistir a una tanda de ejercicios espirituales. En las elecciones de febrero de 1936 participa con una actividad intensa en la propaganda electoral sin escatimar esfuerzos. Defiende el derecho de voto de las religiosas. Intensifica su preparación para los últimos exámenes, y obtiene tan sobresalientes calificaciones que el claustro de la universidad acuerda, por unanimidad, pensionarle para el curso de verano de la Universidad Internacional de Santander durante los meses de julio, agosto y septiembre de ese año.

El 2 de julio parte para Santander, a donde llega el día 4, incorporándose a las tareas docentes del centro. A diario asiste a misa en las Esclavas del Sagrado Corazón y ayuda al celebrante. El 18 de julio comienza la Guerra Civil y la provincia de Santander queda en la zona republicana. En el transcurso de estos días ha entablado amistad con don Pedro Laín Entralgo y el doctor Juan Barcia Goyanes. El 18 de agosto llegan a La Magdalena guardias y milicianos para detener a seis estudiantes. Él es uno de ellos. Los conducen al Ayuntamiento, donde les interrogan y después les encierran en un calabozo. De allí a la Cárcel Provincial donde se les encierra en celdas distintas. Hay quien intenta sacarle de la prisión para que lo trasladen al Penal de Santoña, más seguro, pero él no acepta sin sus compañeros:

«Los que me quieran bien no me pueden desear mejor muerte». Sus amistades le llevan comida y ropa que se reparte entre todos: «Todos lo creíamos sacerdote, tal era la caridad que observaba con sus hermanos de cautiverio». El 14 de septiembre forman todos los presos en el patio, se pasa lista general y los nombrados forman un grupo aparte. Se les lleva al «Alfonso Pérez», un buque de carga convertido en prisión, atracado en el muelle del puerto de Santander. Allí se hallan cerca de doscientos cincuenta cautivos en la bodega. No hay espacio vital para todos y tampoco el agua y la comida son abundantes. Dos días después el barco se dirige al muelle de la Junta del Puerto o «Cuadro», como le llaman los paisanos. Ahora se pueden recibir alimentos y visitas de familiares.

Cuando a finales de septiembre termine el curso de la Universidad Internacional el claustro de profesores y los alumnos abandonan la capital cántabra rumbo a Francia sin haber realizado gestión alguna en favor de los seis universitarios detenidos. En el barco se reza a diario el rosario. El día 12 de octubre, fiesta de la Virgen del Pilar, se canta la Salve. De nuevo se le ofrece la libertad, que personas amigas de Santander gestionan, pero si no salen con él los otros cinco detenidos no lo acepta. El día 8 de diciembre, fiesta de la Inmaculada, el padre jesuita Leonardo Diego, SI, dirige el rezo del rosario.

El 27 de diciembre suenan las alarmas en el puerto, se acercan aviones que lanzan algunas bombas. La reacción posterior de los milicianos y cuantos se hallaban congregados es la misma: «¡Al barco! ¡Al barco!». Bajan en tropel, asaltan el barco, abren la boca de la escotilla y dejan caer una serie de bombas de mano mientras otros disparan contra los prisioneros. Algunos consiguen protegerse con las colchonetas de dormir. Concluida esta barbarie, obligan a los ilesos a que suban los heridos y muertos a cubierta. Dos o tres horas después los milicianos van llamando uno a uno a los presos, y una vez en cubierta también, uno a uno son asesinados. Entre seis y siete de la tarde se llama al grupo de universitarios. Suben a cubierta, repleta de cadáveres, y les disparan a todos. Los muertos se llevan al cementerio de Ciriego, y se entierran en una fosa común. El 19 de diciembre de 1939 los cuerpos son exhumados, y se colocan en el pan-

teón erigido en la catedral de Santander. En la fosa se llegaron a contar 158 cadáveres. El suyo apareció incorrupto, conservando intactas sus facciones, y con una expresión muy dulce: «Tenía la cara de un ángel. Subió a la cubierta del buque con los brazos cruzados en actitud de recogimiento, sin proferir queja alguna».

El año 1959 el Consejo Diocesano de Hombres y Jóvenes de Acción Católica de Valencia inicia el proceso informativo sobre la fama de martirio y su causa de los pertenecientes a dicha asociación asesinados en 1936 por su destacado catolicismo. Uno de los nombres elegidos fue el de José María Corbín Ferrer. Concluido el proceso informativo se organizó una peregrinación a Roma del 11 al 18 de abril de 1966, en el transcurso de la cual se hizo entrega del proceso de beatificación de 18 hombres y jóvenes de Acción Católica, que fue unido al proceso iniciado unos años antes por las Mujeres de Acción Católica. Después de un intervalo recomendado por Pablo VI para dejar en suspenso estas causas de martirio, el año 1983 el papa Juan Pablo II autorizó la reanudación de las causas de beatificación y canonización de los obispos, sacerdotes, religiosos de ambos sexos y seglares que testimoniaron en 1936 en España su fe con el martirio. Reactivado el proceso en 1996, la Congregación de las Causas de los Santos emite un decreto el 2 de junio de 1998 reconociendo la validez del proceso, y el 18 de diciembre de 2000 Juan Pablo II promulga el decreto de martirio, siendo beatificado el 11 de marzo de 2001, junto a 232 mártires más.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

IZQUIERDO SORLÍ, A. V., *Un mártir de nuestro siglo: José María Corbín Ferrer* (Valencia 1959).

— *Testimonio de vida* (Valencia 1963).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum sacerdotum diocesanorum laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA FABIOLA

Viuda († 400)

Pertenecía a la familia de los Fabios y era natural de Roma. En su juventud contrajo matrimonio pero al comprobar los vicios del marido, se acogió a la ley civil y se divorció de él. Más tarde contrajo matrimonio con otro hombre. Al quedar viuda de este segundo marido, decidió pedir públicamente perdón a la Iglesia por su pecado y así lo hizo la vigilia de Pascua delante del Papa, del clero y del pueblo. A partir de entonces llevó vida retirada, entregada a la piedad y a las buenas obras, atendiendo a los pobres con mucha caridad y fundando un asilo para mendigos. De sus bienes socorrió generosamente a los monasterios. Viajó a Tierra Santa el 394 y se hospedó junto a San Jerónimo, que la introdujo en el estudio fervoroso de la Sagrada Escritura. Al año siguiente volvió a Roma y continuó en su vida de piedad, caridad y pobreza hasta su muerte el año 400. Toda la comunidad cristiana asistió a su entierro y cantaron el Aleluya. San Jerónimo le dedicó cálidos elogios. Fabiola es la protagonista de la famosa novela *Fabiola, o sea la Iglesia de las catacumbas,* del cardenal Wiseman que, aunque de familia inglesa, nació en Sevilla, y ahora la calle donde está su casa natal lleva el nombre de calle Fabiola.

SAN TEODORO GRAPTO

Presbítero y mártir († 842)

Nace en 775 en la Moabítide, Palestina; era hermano de San Teófanes, que compartiría no pocos de sus sufrimientos, e hijo de San Jonás el Sabaita. Educado en Jerusalén, entró con su hermano en la Laura de San Sabas, cerca de Jerusalén, y fueron confiados al santo maestro Miguel para que los guiara en la vida monástica, en la que ambos progresaron y años después fueron ordenados de sacerdotes. Con su maestro emprendieron en 814 un viaje a Roma. Pero al llegar a Constantinopla se ven envueltos en la persecución iconoclasta de León el Armenio, a cuyas

exigencias no se plegan, por lo que son encarcelados y torturados, y llevados ambos hermanos a una fortaleza del Bósforo. Al cambiar el emperador en 820 fueron relegados al monasterio de Sóstenes, pero al desencadenarse la persecución de Teófilo (833) fueron desterrados a la isla de Afusia, en la Propóntide. Tras una comparecencia ante el emperador se les grabó a fuego unos versos en la frente, lo que mereció a ambos hermanos el apelativo de *Graptoi*. Enviados a Kartal primero y a Apamea de Bitinia después, aquí murió Teodoro el 27 de diciembre de 842. Su hermano sobreviviría y llegaría a ser metropolitano de Nicea.

BEATO ALFREDO PARTE SÁIZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Cilleruelo de Bricia (Burgos) el 2 de junio de 1899 en el seno de una familia muy cristiana. La vocación religiosa despertó en él muy pronto. El 1 de agosto de 1915 ingresaba en la Orden de las Escuelas Pías en Getafe, y al año siguiente, el 13 de agosto, hacía su primera profesión religiosa. Hizo los estudios en Irache y Villacarriedo, y aquí emitió la profesión solemne el 25 de agosto de 1924, ordenándose sacerdote el 3 de marzo del año 1928. Destinado a Villacarriedo, aquí ejerció su ministerio entre 1922 y 1936. Se acreditó en todos estos años como un buen pedagogo al tiempo que como un excelente religioso. Se le confió el cargo de director del internado. En sus estudios había sufrido retraso por una enfermedad en una pierna, que logró superar, y edificó a todos por la paciencia y alegría con que había llevado la enfermedad. Estaba pasando unos días de vacaciones en su pueblo natal cuando estalló la guerra el 18 de julio de 1936. Regresó a Villacarriedo porque él era el procurador y quería poner a buen recaudo los libros de contabilidad de la casa, pero el superior no estuvo de acuerdo. El 15 de agosto los milicianos irrumpieron en el colegio, le obligaron a entregarles los libros y el dinero y lo condujeron a Santander. Luego lo liberaron pero obligándolo a decir su paradero. Se alojó en La Concha en casa de una tía suya. Dedicado a la oración, el estudio y el dibujo, pasó los tres meses siguientes hasta que fue de

nuevo arrestado el 17 de noviembre. Llevado a Santander, pasó unos días en los sótanos del Ayuntamiento, luego fue llevado a la checa Neila, posteriormente, a la cárcel provincial y por último al barco «Alfonso Pérez», sito en la bahía de Santander y cuyas bodegas estaban convertidas en lóbregas prisiones. Aquí halló a otros sacerdotes y otros presos, a los que ayudó y consoló, con quienes compartió lo que su familia podía llevarles, mostrándose en todo momento como sacerdote y religioso, y teniendo una gran paciencia y fortaleza.

El día de Navidad dio a sus compañeros una hermosa charla sobre la Natividad del Señor. Enseñó a leer a algunos presos. Cuando el 27 de diciembre la aviación del bando nacional bombardeó Santander, hubo una matanza de presos en la nave «Alfonso Pérez». Por la tarde los milicianos bajaron a las bodegas con una lista de los que iban a ser fusilados, y los que no estaban en la lista hubieron de comparecer ante un tribunal que se constituyó. Miraban las manos de los presos para ver si eran obreros. Se le indicó por un compañero al P. Alfredo que se estropease las manos con grasa y polvo para parecer obrero. Él se negó a disimular su condición de sacerdote y religioso. Así lo confesó cuando se lo preguntaron. Le mandaron subir por los escalones de la bodega y pese a su cojera subió. Al llegar al último peldaño recibió un tiro en la nuca y cayó sobre la cubierta.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

28 de diciembre

A) Martirologio

1. Fiesta de Santos Inocentes, mártires **.
2. En Alejandría de Egipto, San Teonás († 300), obispo.
3. La conmemoración de San Antonio († 520), monje en el monasterio de Lerins, Provenza.
4. En Matelica, del Piceno (Italia), Beata Matías de Nazzarei († 1300), abadesa clarisa *.

5. En Lyón (Francia), el tránsito de San Francisco de Sales († 1622), obispo de Ginebra, cuya memoria se celebra el 24 de enero.

6. En Roma, San Gaspar del Búfalo († 1837), presbítero, fundador de las Congregaciones de Misioneros y Hermanas de la Preciosísima Sangre **.

7. En Nápoles (Italia), Beata Catalina Volpicelli († 1894), virgen, fundadora del Instituto de Esclavas del Sagrado Corazón **.

8. En Kiev (Ucrania), Beato Gregorio Khomysyn († 1945), obispo de Stanislaviv y mártir *.

B) Biografías extensas

SANTOS INOCENTES

Recordemos aquel trozo de pequeña historia política: ante el reyezuelo Herodes aparecieron un día tres sabios, preguntándole, incautos como buenos sabios, dónde estaba el rey que acababa de nacer. Herodes, disimulando el terror para utilizarles a ellos mismos como manera de cortar el peligro, convocó doctores que le dijesen dónde anunciaban las profecías el nacimiento del futuro rey redentor —«liberador», diríamos modernamente—, y se dispuso a luchar con los presagios y con los profetas. Aquellos sabios, sin infundir sospechas por su misma buena fe, le servirían para descubrir el escondrijo del niño. Pero —ya lo recordáis— los sabios, avisados en sueños, volvieron por otros caminos hacia su patria. Y Herodes contó los días, nervioso, irritado consigo mismo por su estupidez. Al fin se decidió a explorar, y se convenció de la decepción: se habían ido. Su remedio fue frío, feroz, burocrático, con estilo del siglo XX: calculó los tiempos, la tardanza del viaje de los Magos, la ida a Belén, la espera; añadió un «margen de seguridad», redondeó; salían dos años.

Entonces decretó: que murieran todos los niños de esa comarca nacidos en los últimos dos años. Fue como una leva militar, dos «reemplazos» de niños para morir, arrancados a sus madres; algunos ya andando, diciendo sus primeras palabras balbucidas; otros muertos sobre los pechos maternos. Que dentro de unos años se notara un extraño fenómeno —un vacío de edad entre los mozos, menos brazos para la siega, una escasez

de novios para las muchachas—, esto era un detalle administrativo sin importancia. Lo que importaba era durar en el mando, no ser depuesto del trono. Todavía, tiempo después, algún espía herodiano recorrería la región sonsacando, preguntando por los niños, preguntando si alguien confiaba en un futuro rey, si tal vez, ahora mismo... Pero había un vacío tranquilizador. El baño de sangre parecía haber borrado el peligro.

Esos son los Santos Inocentes, los mártires sin culpa. Pero —nos dice nuestro instinto respondón— también sin mérito. Tendemos a pensar que la bienaventuranza es sólo el pago debido a trabajos y sufrimientos conscientes y voluntarios, y que el niño pequeño todavía no es quién para la gloria. «Angelitos al cielo», decimos como fórmula hueca de consuelo, pero nos resistimos a pensar que allí sean, no cabecitas tontas con alas, no juegos inconscientes, sino personas enteras, que acaso gozarán de Dios mejor que muchos sabios y muchos grandes hombres. Pero ¿es que cuenta tanto la diferencia del crecer, si no es a los tristes efectos de ser más responsables de nuestras maldades? «El que no se haga semejante a uno de estos pequeñuelos no entrará en el reino de los cielos.» ¿Acaso hemos ido mucho más allá del niño en comprender a Dios, en saber por qué hacemos lo que hacemos en la vida? A veces es al contrario; hemos enredado, con nuestro orgullo de creer que sabemos explicarlo todo, la clara simplicidad del mundo que teníamos al llegar, donde todo era tan natural y tan enterizo, risa y miedo, cariño y horror, y el sentir que dependemos de algo, al fondo de la vida, nunca bien visible.

El niño tiene también su manera de gloria. San Pablo dice que hay diferencias entre la gloria de las almas como entre la luz de las estrellas: y acaso podemos entender que no sólo es que haya más o menos luz, sino que la luz es diversa, pura y quieta en alguna estrella pequeña: parpadeante y de colores en alguna estrella grande y agitada. El niño todavía está hecho, sin más, para la gloria, sin tener que curarse del arrastre vivido para brillar en luz: su gloria no tendrá ciertas profundidades —ciertos «gozos accidentales», diría la teología— del alma que llega de un largo viaje dolorido, pero será también gloria total, «de mayor». El niño crecerá para Dios en su madurez eterna. Y es que

nuestros «méritos» —esa palabra que debería hacernos ruborizar cada vez que la usamos— valen porque sirven para que Cristo nos dé los suyos. Como los jornaleros del Evangelio, acaso nos irrita pensar que lo que se nos dará tras de tanto peligro y esfuerzo, ya lo tienen unos niñitos que ni siquiera pudieron ser tentados y que apenas tuvieron tiempo de ser buenos y malos. Otra vez Cristo responde ¿Y a ti qué te importa? ¿No es acaso un enorme regalo el que os hago a todos, en cuanto no os negáis a ello? ¿Por qué no iban a tener los pequeños esa suerte? ¿Creéis que vais a tocar a menos? Tal vez os molesta ya la compañía de los niños en la tierra, porque os señala la vaciedad de lo que creéis vuestros «méritos» de mayores, y porque os desconciertan con sus grandes preguntas, que vosotros empequeñecéis y contestáis con una bobada superficial. Y os desazona pensar que la gloria no es simplemente un asunto de los de «personas mayores», como vuestros oficios, vuestras visitas y vuestras costumbres; que es algo tan arrollador y abierto que seguramente los niños, como en el campo, pueden estar más a gusto allí que vosotros, pero así hay que hacerse todos: puros e infatigables, como niños jugando, para disfrutar del gran recreo definitivo.

Pero el niño —lo sabemos—, si no se le aplica la redención de Cristo, queda al margen, sin pena ni gloria; no hereda la condena adánica, pero tampoco se puede agarrar a la mano que abre la gloria. Es el caso del niño sin bautizar. Pero, así como hay un «bautismo de sangre», aun sin agua sacramental, para los hombres que reciban la muerte por amor de Dios, también lo puede haber para los niños. Ya sabemos que no hace falta que el niño crezca y diga su voluntad para ser llevado a la pila por el bautismo y entrar en la Iglesia de Cristo; así, tampoco hizo falta que crecieran para que el bautismo de muerte, recibido en ignorancia, les hiciera cristianos en el último momento. Así entraron en tropel a la gloria para jugar, atónitos, con Dios.

Desde ellos, casi continuamente, de vez en cuando, la historia ha dado «inocentes al cielo». Cada vez que en el mundo hay una guerra o una matanza por las cosas de Dios, hay mártires inconscientes, involuntarios, que mueren revestidos, sin saberlo, de la sangre de Cristo. Basta que no estén enemistados con

Dios: un bombardeo, un fusilamiento en masa, convierte en héroes de gloria incluso a quienes, preguntados uno por uno, tal vez se hubiesen acobardado. Tienen derecho al título de compañeros de Cristo en su martirio, a través de los siglos, y no se les negará sólo porque ellos no lo hayan pedido. Ocurre lo mismo con la patria: tan héroe es el que dio su sangre acudiendo a alistarse voluntario como el que fue quizá de mala gana, porque tocaba su turno. Sus nombres no se distinguen en las listas y las lápidas.

Hay aquí un profundo y olvidado consuelo. La historia camina sobre mieses de cadáveres que nos parecerían muertos en vano, a ciegas, como animales en cataclismo; pero de entre tanta carnicería a veces se elevan ejércitos enteros de almas santas, transfiguradas súbitamente de su mediocridad y de su olvido por el sagrado azar de que les tocó caer por causa de Cristo, como una de las infinitas pavesas que brotan del largo incendio traído por la palabra de Dios.

«De la boca de los que no saben hablar sacaste tu alabanza», dice el profeta Jeremías anunciando la gloria evangélica de los niños. Y nosotros hemos de inclinarnos sobre la matanza de los Santos Inocentes para meditar cómo ahí está la mejor gloria que el hombre da a Dios muriendo: todos sus trabajos, todas sus reflexiones y sus convicciones quedan como diminuto añadido al lado de la gran entrega de la vida, ni siquiera pensada, simplemente porque se estaba en las manos de Dios y al morir se ha caído en ese gran abismo de luz que todo lo transfigura. No es preciso que nos alcance la muerte violenta por la causa divina para morir por Dios, para que nuestra muerte se una a la de Cristo, elevándonos de la miseria en que pasamos los días: nos basta ser obscuros siervos, preparados y fieles, y que nuestra vida esté echada siempre ante él, para que nuestra muerte, por plácida que sea, ocurra «en acto de servicio» y transfigure nuestro pasado vivir como en renovado bautismo sangriento.

JOSÉ M.ª VALVERDE

Bibliografía

«Evangelio del Pseudo Mateo», XVII; e «Historia de José el carpintero», VIII, en A. DE SANTOS OTERO (ed.), *Los Evangelios apócrifos* (Madrid [10]1999).

FILLION, L.-C., *Vida de Nuestro Señor Jesucristo* (Madrid 1959) 271-274.
GOMÁ Y TOMÁS, I., *El evangelio explicado,* I (Barcelona 1940) 376-382.
HOLZMEISTER, U., «Quot pueros urbis Bethlehem Herodes rex occiderit?»: *Verbum Domini* 13 (1935) 373-379.
LAGRANGE, M. J., OP, *Évangile selon Saint Matthieu* (París 1911) 33.
MALDONADO, J. de, *Comentarios a los cuatro Evangelios.* I: *Evangelio de San Mateo* (Madrid 1956) 165-169.
RICCIOTTI, G., *Vida de Jesucristo* (Barcelona 1963) 277-280.
• Actualización:
MUÑOZ IGLESIAS, S., *Los evangelios de la infancia.* IV: *Nacimiento e infancia de Jesús en San Mateo* (Madrid 1990) 203s.
PÉREZ RODRÍGUEZ, G., *La infancia de Jesús* (Salamanca 1990) 241s.

SAN GASPAR DEL BÚFALO

Presbítero y fundador († 1837)

Roma, fértil en santos en los primeros siglos de su vida cristiana, los ha tenido luego, pero como prestados. Es cierto que son muchos los santos que han ido a morir, después de largos años de apostólico ministerio, en la Ciudad Eterna. Pero la ciudad misma ha sido avara en frutos de santidad. Sin embargo, en una de las épocas en que Roma conoció su máxima decadencia, nos encontramos con una figura espléndida de romano de nacimiento que, incardinado a la diócesis de Roma, canónigo de una de sus basílicas, dedica toda su vida a los ministerios apostólicos en la misma ciudad de Roma y en el territorio de los Estados pontificios.

La lectura de su vida deja en el lector una impresión de profunda tristeza. De cada una de las páginas se desprende un olor a podrido. No es sólo que Roma atraviesa unos años malos en lo externo por la ocupación francesa, la invasión de la peste y los duros tiempos que para todo el mundo corren en la primera mitad del siglo XIX. Es algo más lamentable aún. Ver a gran parte del clero romano plegarse a las exigencias del invasor; percibir a cada instante la existencia de una profunda corrupción administrativa; darse cuenta del desgobierno que existía en los Estados pontificios, con enorme miseria en las clases populares, caminos desastrosos, pésima organización de los abastecimientos. Y, sobre todo, la realidad de un bandolerismo atroz al que las autoridades no conseguían encontrar remedio.

En este cuadro tan triste, San Gaspar del Búfalo, o el canónigo Del Búfalo, como toda su vida fue conocido, resplandece con luz sin igual. Es un mensaje de aliento y de esperanza y una muestra palpable de la santidad de la Iglesia, que ni siquiera en sus tiempos más oscuros deja de producir admirables frutos. Con energía, con firmeza, seguirá decidido el camino que se ha trazado, y pasará por este mundo dejando una admirable estela de santidad, de perfección sacerdotal y de admirable orientación apostólicas.

Nace el 6 de enero de 1876. Y el 7 es bautizado en la iglesia de San Martín de los Montes. A la sombra del palacio Altieri, del que su padre era cocinero, en una modesta casa de la colina del Esquilino, no lejos de Santa María la Mayor. Y, habiendo nacido el día de Epifanía, le pusieron los nombres que la tradición asigna a los Reyes Magos: Gaspar, Melchor y Baltasar.

¡Curioso perfil el de su padre! Un hombre inquieto, que dejó su puesto en el palacio Altieri para meterse a empresario de un local de juego, dejándolo después, a su vez, para ser empresario de teatro. Perdidos sus escasos ahorros, tuvo que volver de nuevo al palacio Altieri como ayudante de cocina. Por los días en que nació el Santo era ya cocinero. Había conservado íntegra, a través de todas estas vicisitudes, su hermosa fe cristiana. Y la conservaría siempre. Cuando un día el representante de Napoleón le llamó para que indujera a su hijo a prestar el juramento ilícito, él supo contestar con firmeza: «Ciudadano, fusílame antes o después de mi hijo, pero no me hables de eso».

Pertenecía a una familia de aristócratas arruinados, los marqueses del Búfalo. Pero cuando en alguna ocasión se le sacó esta conversación al Santo, éste siempre contestó de manera invariable: «Yo soy hijo de un pobre cocinero».

Encantadora figura también la de su madre. Una mujer de familia modesta, pero piadosa, delicada y fina, con un profundo sentido estético, que sorprende en una mujer corriente. Ella ejerció una influencia decisiva en la formación del niño.

Porque, a diferencia de lo que nos ocurre con otros santos, conocemos bien la infancia de San Gaspar. Con detalles encantadores, algunos de ellos de nítido perfil teresiano. Así, por ejemplo, aquel plan que traza un día Gaspar de marchar a Tur-

quía para convertir a sus habitantes. Una hija del despensero del palacio, también fervorosísima, que habría de conservar toda la vida espirituales relaciones con el santo y morir religiosa, quiere participar en la expedición. Pero ha surgido la dificultad:

—¿Y cómo voy a marchar yo? ¿No ves que soy mujer y me lo van a conocer?

Rápidamente contesta Gaspar.

—Pues te vistes de hombre.

Dicho y hecho. La niña coge los vestidos de su hermano y se dispone a partir. Pero la falta de esos vestidos sorprende a los padres, y, cuando los flamantes misioneros iban a salir, se trastorna todo.

No importa. Gaspar seguirá haciendo maravillas entre sus compañeros de juegos infantiles. Organizará su pequeña congregación, y será la admiración de todo el barrio por su piedad. En especial cuando, poco después de su primera comunión, recibe, a los once años, el hábito eclesiástico.

Se nos hace difícil hoy concebir lo que llamaríamos la carrera eclesiástica de Gaspar del Búfalo. Recibida la tonsura cuando era todavía un jovencito, en 1800, es ordenado de subdiácono en 1807 y nombrado canónigo coadjutor de la basílica de San Marcos. Al año siguiente, ordenado de diácono, obtiene una canonjía ordinaria, y el 31 de julio, ocupada Roma por los franceses, se ordena de sacerdote en la basílica de San Vicente de Paúl, en Montecitorio.

Inicia entonces, a sus veintidós años, una actividad apostólica sencillamente increíble. Rodeado de un prestigio extraordinario, del que puede dar idea el hecho de que a los pocos días de su ordenación predicara una solemne función en la basílica de San Pedro, le vemos presente en todas las organizaciones apostólicas que por aquel entonces florecían en Roma. Parece mentira que un joven delicado, enfermizo, pudiera llegar a todo. Pero el hecho es éste, y documentalmente vemos la serie de actividades de apostolado en las que Gaspar interviene. Y muy en especial en la restauración, increíblemente dura, del hospicio de Santa Gala, que había venido a decaer por completo.

Sin embargo, toda esta actividad va a ser súbitamente interrumpida. Y él va a tener que abandonar, con el corazón desgarrado, su queridísima Roma y a sus no menos queridos padres.

Como hemos dicho, Roma había sido ocupada por los franceses en 1798. En 1809, Napoleón se anexionaba el Estado pontificio y era excomulgado por Pío VII. En consecuencia, el Papa fue arrestado y deportado primero a Grenoble y después a Savona. A los sacerdotes se les pidió un juramento que en manera alguna podían prestar: el de fidelidad al nuevo régimen. Con Gaspar se utilizaron todas las armas: el halago, la amenaza, la intervención de los familiares más queridos. Todo fue inútil. No juró, y tuvo que salir para el destierro.

Fue un doloroso y triste peregrinar. Primero a Piacenza, donde pasó días horribles. Después a Bolonia. Allí supo la muerte de su madre, que en medio de su pena había sabido irse de este mundo repitiendo: «Prefiero no tenerle junto a mí en esta hora que haberle visto traidor al Papa». Un nuevo traslado empeoró su situación y lo llevó a la cárcel de Imola. Después a Lucca. Finalmente a Florencia, con ánimo de trasladarle a Córcega. Pero los cuatro años no han pasado en balde y la estrella de Napoleón declina. La prisión se acaba y Gaspar puede volver, por fin, a su amada Roma. Han sido meses de mucho sufrimiento, de intensos dolores morales, de grandes incomodidades físicas, pero extraordinariamente fecundos. Con su amigo Albertini, Gaspar elaboró entonces las bases de la Congregación de la Preciosa Sangre y los artículos fundamentales para el futuro Instituto de las religiosas.

De nuevo en Roma. Se respira un ambiente de esperanza. También el Papa ha vuelto del destierro. Y el mismo año 1814 restablece la Compañía de Jesús. El canónigo Del Búfalo ve allí un posible camino para sus ansias de apostolado y pide ser admitido en la Compañía. Pero Dios Nuestro Señor, por medio del Papa, determina otra cosa: el romano pontífice le nombra misionero apostólico, le concede la iglesia de San Félix, en Giano, y le alienta a emprender una tarea de restauración moral de los Estados pontificios por medio de las misiones populares. El prestigio de Gaspar consigue atraer a unos cuantos sacerdotes romanos que quieren compartir con él la dura y hermosa vida del misionero, y el 15 de agosto de 1815, siempre esta fecha parece estar ligada a acontecimientos faustos para la Iglesia, Gaspar y sus compañeros inician el nuevo Instituto. Gaspar, ade-

más, renuncia a su canonjía para quedar enteramente libre y consagrado a las misiones.

Y comienza así una nueva vida. San Gaspar y sus compañeros no se andan por las ramas. Acuden directamente a los puestos más peligrosos y difíciles. Las zonas más trabajadas por el bandolerismo, las ciudades en las que había entrado más profundamente la ideología anticristiana, los pueblos más abandonados en el terreno religioso, son objeto de su preferencia. Puede decirse que hay un esquema que se repite una y otra vez, cobrando en cada nueva versión nueva fuerza y colorido; ante el anuncio de la llegada de los misioneros se suscita una tempestad de recelos que alcanza a los mismos eclesiásticos de la ciudad: allí no hay nada que hacer, y las misiones van a ser contraproducentes. Llegan éstos y piden que se les deje actuar. Pasan unos cuantos días, y todo cambia: los pecadores se conmueven; masones y carbonarios hacen pública abjuración; los bandoleros se transforman en buenos cristianos. Entonces los misioneros abandonan, de la manera más sencilla que pueden, aquella ciudad para marchar a otra, en la que la historia volverá a repetirse. Y así siempre.

El éxito de San Gaspar como misionero fue extraordinario. Con una acomodación inteligente de la técnica tradicional a las necesidades de aquellos tiempos consiguió frutos asombrosos. Pero el precio fue terrible. Había que andar por caminos infernales, poner continuamente en peligro la vida, superar mil dificultades, incomprensiones, recelos y persecuciones. A todo llegó en una gesta maravillosa.

Tuvo que sufrir mucho. En aquel ambiente San Gaspar tenía que resultar forzosamente incómodo para quienes mandaban. Con apostólica libertad, con una claridad de ideas espléndida, se dirige un día al Papa para trazarle el programa de la reforma de la Iglesia que él consideraba urgente. Y no vacila en señalar las causas de lo que estaba ocurriendo. Era duro, pero necesario. Y así, no es más que un ejemplo, su dedo inflexible señaló aquellos prelados traidores a sus deberes que, no teniendo tiempo para la visita pastoral, osaban, sin embargo, frecuentar el teatro y aun los bailes, «según puede leerse en las crónicas de los periódicos». Habla también de los vicios del clero, de la

vana curiosidad, del ocio y el afán de dinero. Y se queja de la mala marcha de la administración eclesiástica, porque no es razón que quien necesite un documento «tenga que dar tantos paseos para conseguir hablar con un cardenal».

Idéntica actitud de firmeza, de serenidad y de lealtad en el asunto del bandolerismo. El gobierno pontificio parecía incapaz de resolverlo. Gaspar se ofreció para obtener la incorporación de aquellos hombres a la sociedad a base de medidas de clemencia. Pero se dio cuenta pronto de que las autoridades no cumplían las promesas que hacían. Y se apartó. La cosa entonces se desvió a extremos de crueldad inaudita. Las autoridades ordenaron salvajes ejecuciones de los criminales capturados, a los que cortaban las cabezas y, colocadas en un asta, las clavaban en las puertas de las casas o en los árboles, dispersando los miembros desgajados por los caminos para infundir terror a los bandidos. El resultado fue contraproducente, pues los bandidos extremaron también sus crueldades. Entonces se llegó a una medida extrema: el gobierno pontificio determinó arrasar el pueblo de Sonnino. Un decreto de 22 de julio de 1829 determinó que el pueblo fuese borrado del mapa. Gaspar, ante aquello, escribió al Papa una carta de estremecedora belleza por la claridad y la apostólica libertad con que le habla. Es más: tiene una belleza literaria no común y está fundida en una sola pieza, sin adornos ni giros inútiles. «Por todo lo cual —terminaba diciendo—, la clemencia de Vuestra Santidad vuelva piadosamente su mirada a una población entera a la cual no han quedado más que los ojos para llorar».

A un hombre así había que hacerle la vida imposible. Llovieron las acusaciones. Se intentó alejarle de Roma nombrándole internuncio en el Brasil. Fracasado este intento, le colocaron en la Congregación de Propaganda Fide para evitar que pudiera desplazarse por los Estados pontificios. Se le hizo objeto de mil calumnias ante los romanos pontífices que se iban sucediendo en el trono pontificio. Y hasta llegó un momento en que, en solemne audiencia, el santo se vio tratado públicamente con dureza por el papa Pío VIII: «Habéis obrado siempre por vuestro libre arbitrio. Marchaos y sabed que os retiro toda facultad. Así aprenderéis a obrar por cuenta vuestra». Esta fue la despedida.

Parecía que todo estaba perdido. Y, sin embargo, San Gaspar consiguió sacar adelante su hermosa obra.

Porque entretanto la Congregación de la Preciosa Sangre continuó extendiéndose. Admitida en varias diócesis, era acogida con alegría por las almas buenas, en las que encontraba apoyo. Es más: la Beata María de Matías había puesto también en marcha las Adoratrices de la Preciosa Sangre. En 1835 San Gaspar daba cima a las reglas de su propio Instituto y podía, en cierta manera, considerar terminado su papel. Y, en efecto, Dios Nuestro Señor no iba a tardar en llamarle a su presencia.

En 1837 el cólera comenzó a hacer estragos. Sólo en junio murieron en Nápoles cerca de quinientas personas. Aunque no había llegado a Roma, las autoridades organizaron procesiones solemnes, a las que asistía el Pontífice vestido de penitente, para aplacar la ira de Dios. Gaspar se encontraba en Albano, junto al precioso lago, para cuidar su salud, que, si siempre había sido delicada, en aquellos últimos meses parecía haber llegado al límite del agotamiento. Desconociendo que estuviera así, el cardenal Odescalchi le llamó para una predicación de penitencia en la «Iglesia nueva» Santa María en Vallicella. Sacando fuerzas de su flaqueza, el santo acudió a Roma a principios de agosto. Su aparición en la ciudad provocó una protesta de doloroso afecto y de compasión. Todo el mundo decía que un hombre en tal estado no debía ni podía predicar. Él se creyó obligado por la obediencia y comenzó a hacerlo. Subía al púlpito sujetándose fuertemente a la barandilla para no caer. Pero, una vez en él, surgían energías insospechadas, que daban un vigor sobrenatural a sus palabras y a sus gestos. Su predicación fue maravillosa, pero también agotadora. Apenas podía subir las escaleras de su casa al regreso.

Terminada la predicación, volvió de nuevo a Albano. Y nuevamente, ante los avances de la peste en Roma, regresó allí para socorrer material y espiritualmente a sus conciudadanos. El espectáculo de la ciudad en aquellos días era dantesco: cajas mortuorias esperaban por doquier el cadáver del primero que sacaran de una casa; las caras, desfiguradas por el hambre; las gentes, en busca de algún trabajo para ganar un mendrugo de pan que les salvara de la muerte; la ciudad, desorganizada; la miseria, en continuo aumento.

El santo hizo lo que pudo hasta mediados de octubre, en que la peste amainó y él pudo regresar a Albano. Allí estuvo hasta el 4 de diciembre, en que regresó a Roma. Iba a ser su último viaje. Lo realizaba por indicación del cardenal Franzoni, que quería ver si los aires natales podían salvar a aquella vida que se extinguía. El Santo partió y se alojó en su casa familiar con su cuñada y su sobrina.

Sus enemigos no descansaron. Por Roma corrió el rumor insistente de que se resistía a morir y no tenía resignación ninguna en la enfermedad. Hubo quienes creyeron la calumnia. Pero, en cambio, todos los que iban a visitarle salían edificados.

El 28 de diciembre pidió la sagrada comunión y la unción. Después quedó como envuelto en una paz celestial.

> «El moribundo —escribe un testigo presencial— estaba del todo tranquilo y su rostro resplandecía con tal dulzura, alegría y paz que, considerado todo cristianamente, debo decir, y después he repetido muchas veces, que uno sentía deseos de encontrarse en la agonía».

Y así, sumergido en una alegría del paraíso, tranquilamente, expiró a eso de las tres de la tarde del 28 de diciembre de 1837, cuando faltaba poco para que cumpliera los cincuenta y dos años.

Su muerte constituyó un triunfo esplendente. Su sepulcro, en Albano, se vio bien pronto rodeado del entusiasmo popular. En 1840 comenzaba el proceso informativo de su santidad, virtudes y milagros. El año siguiente, Gregorio XVI aprobaba las reglas de la Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre. En 1852 se introducía su causa de beatificación. Esta tuvo lugar con toda solemnidad el 18 de diciembre de 1904. En 1949 se introducía la causa de canonización y, por fin, el 12 de junio de 1954 era solemnemente canonizado por el papa Pío XII, el mismo que años antes, en 1950, había beatificado a María de Matías, la fundadora de las Adoratrices de la Preciosa Sangre.

La Congregación de los Misioneros de la Preciosa Sangre, fundada por San Gaspar del Búfalo, continúa hoy trabajando en la Iglesia y está extendida por diversos países, entre ellos España.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

LIBERO, J. DE, *Vida de San Gaspar del Búfalo* (Cáceres 1958).
• Actualización:
HÜMMELER, H., *Gaspar del Búfalo, fundador de los Misioneros de la Preciosa Sangre* (Madrid 1980).
SPINELLI, M., *Sin mirar atrás. Vida de Gaspar del Búfalo* (Cáceres 1996).

BEATA CATALINA VOLPICELLI

Virgen y fundadora († 1894)

¡Las innumerables santas fundadoras del siglo XIX! Salvada la hipérbole, es evidente que son numerosísimas, y con los más variados cometidos sociales al servicio de la Iglesia. Supusieron la contundente respuesta de los humildes al desafío soberbio de los incrédulos.

Quede dicho con lo que antecede que la Beata Catalina Volpicelli entra en la larga lista de fundadoras del XIX. Para mayor redundancia su fundación es una más de las muchísimas centradas en la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Se denominan Esclavas del Sagrado Corazón, lo mismo que alguna otra de fundación posterior. Pero la suya tiene como nota distintiva la entrega a la gran obra del Apostolado de la Oración.

Catalina Volpicelli, nacida en Nápoles el 21 de enero de 1839, fue la última de los cuatro hijos del matrimonio formado por Pedro, un comerciante rico y buen católico, y María Micheroux, de linaje nobiliario. Recibió una educación esmerada en una famosa fundación napolitana, el Real Colegio de San Marcelino, regido en este momento con gran sentido cristiano por Margarita Salatino, futura fundadora de otra congregación religiosa junto con el Beato Luis de Casoria. Obtuvo una formación poco común en las mujeres de entonces: letras, idiomas, música...

¿Detalles de la infancia y adolescencia? Disfrutó honestamente de la vida, y trató de brillar en sociedad, frecuentando bailes y teatros. Hay un dato especialmente esclarecedor: en el mes de mayo de 1853, cuando sólo tenía catorce años, comienza a confesarse semanalmente. Al año siguiente, 19 de septiembre de 1854, se encuentra con el Beato Luis de Casoria. Para ella supuso un momento clave en su vida. El Beato la asoció a la

Tercera Orden de San Francisco y le indicó como finalidad única de su vida el culto al Sagrado Corazón de Jesús, aconsejándole permanecer en medio de la sociedad y actuar como «pescadora de almas».

Pero sentía una llamada interior a la entrega total de la vida religiosa. Aconsejada por su confesor, el 28 de mayo de 1859 ingresa en la Congregación de Adoradoras Perpetuas de Jesús Sacramentado. No pudo perseverar por graves motivos de salud... Vuelta a la vida seglar, se repitieron los contactos con el Beato Casoria, que para ella sólo tenía una consigna: «El Corazón de Jesús, Catalina, esa es tu obra».

Su confesor seguía siendo el P. Matera, religioso barnabita. Por él comenzó a recibir mensualmente la hoja francesa del Apostolado de la Oración *Le Messager du Coeur de Jésus.* Pronto se puso en contacto epistolar con el director general del Apostolado de la Oración, el famoso P. Enrique Ramière, que a partir de ahora marcará la pauta de su vida.

El 2 de febrero de 1862 se consagraba por entero al Sagrado Corazón de Jesús, con el compromiso de promover su devoción. Ella recibió del P. Ramière el diploma que la convirtió en la primera celadora italiana del Apostolado de la Oración. Su militancia en el Apostolado de la Oración fue perseverante y fecunda. Como testimonio han quedado los tres volúmenes de su *Libro d'oro del S. Cuore della diocesi di Napoli,* enviado al santuario parisino de Paray-le-Monial, con datos puntuales de cuatro mil familias napolitanas consagradas al Sagrado Corazón de Jesús.

La mansión familiar era amplia y hermosa. En ella acogió a un grupo de celadoras que en la fiesta de la Inmaculada de 1865 hicieron público y solemne acto de consagración al Corazón de Jesús. La policía comenzó a complicarles la vida y prefirieron trasladarse a otro lugar de la ciudad tomando una doble dirección: adoración reparadora y ayuda a las iglesias pobres. Para esta segunda finalidad contó con la ayuda de señoras adineradas. El P. Ramière, que seguía desde París sus trabajos, se hizo presente en Nápoles en julio de 1867 y quedó admirado al ver de cerca lo ya realizado por la Beata Volpicelli. Traía el proyecto de agregar el grupo de Nápoles al de las celadoras de Montluçon, orientado por el P. Julio Chevalier, que en estos mismos

días fundaba la Congregación de Misioneras del Sagrado Corazón de Issoudun y la de las Hijas de Nuestra Señora del Sagrado Corazón. El mismo P. Chevalier se personó en Nápoles dos años después. Catalina y sus seguidoras lo acogieron con gran veneración, y seguramente se hubieran sumado a su obra, si no se hubieran interpuesto los reparos del arzobispo de Nápoles, Sixto Riario Sforza, que tenía sus propios planes. Así, en mayo de 1870 la Beata con sus seguidoras se establecieron definitivamente en el palacio denominado Petrone alla Salute, edificando junto a él una pequeña iglesia, pronto trasformada en otra más amplia: fue el primer templo dedicado en Nápoles al Sagrado Corazón de Jesús. El grupo se transformó en instituto religioso con la aprobación del arzobispo Riario el 1 de julio de 1874, constituyéndose en director del mismo, si bien él mismo determinó que la Beata Catalina fuera la superiora general y redactara la regla.

Demostró tener una visión actualizada, buscando formas aceptables para la sociedad en que vivía. No quiso que tuvieran más distintivo externo que un sencillo crucifijo, estableciendo que pudieran pertenecer a su Instituto otras personas entregadas sin dejar de continuar viviendo con la propia familia. Posteriormente aceptó, en condición de agregadas, a madres y esposas cristianas dispuestas a secundar sus líneas de apostolado. Su visión se extendió también a los varones, que formaron el grupo de Amigos del Sagrado Corazón, y también a bastantes sacerdotes que terminaron asociándose a la Unión Apostólica fundada por el abate Lebeurier.

No podía faltar la dimensión social. Interesada por el futuro de la juventud, abrió en 1888 un orfelinato para niños, fundó una biblioteca circulante e instituyó la Asociación de Hijas de María con la guía sabia de la M. Rosa Carafa, que fallecía en 1890 en olor de santidad. Pronto se sucedieron nuevas fundaciones en el mismo Nápoles y en otros lugares de Italia, terminando por establecerse en la misma Roma. El primer Congreso Eucarístico Nacional de Italia tuvo lugar en Nápoles, del 19 al 23 de noviembre de 1891. En él se evidenció el fruto largamente cosechado por nuestra Beata, muy clarividente y activa en su organización.

Ya en vida ganó fama de santidad ante la gente y las mismas jerarquías de la Iglesia. El arzobispo Riario le denominó «alma singular, llena de Dios», y en parecidos términos se expresa también su sucesor en la sede de Nápoles, Mons. Sanfelice. Algunos de sus biógrafos nos hablan de visiones, éxtasis y don de profecía. Desde luego, años antes de morir había hecho un voto especial de puro amor de Dios.

Falleció el 28 de diciembre de 1894, ofreciéndose en holocausto por la Iglesia y por el Papa. El 28 de junio de 1999 fue beatificada por su Santidad Juan Pablo II.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

ANTINUCCI, L., *La Croce nel cuore di Dio. Il mistero della Croce in Caterina Volpicelli e nella teologia del suo tempo* (Rivoli 1987).

CONTI GUGLIA, C., *Ha creduto all'amore. Caterina Volpicelli fondatrice delle Ancelle del Sacro Cuore* (Nápoles ^{2}1995).

JETTI, M., *Caterina Volpicelli, istitutrice delle Ancelle del Sacro Cuore. Libri tre* (Nápoles 2003).

PUNZO, C., *Beata Caterina Volpicelli: 1839-1894* (Nápoles 2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATA MATÍAS DE NAZZAREI

Virgen († 1300)

Matías de Nazzarei nace en Matelica, Italia, el año 1234, hija del noble señor Gentile de Nazzarei. La educa su padre esmeradamente y cuando llega a la juventud le busca un adecuado matrimonio con un joven de otra familia acomodada de la misma ciudad. Pero cuando se lo propone a su hija, ésta contesta que tiene hecho voto de virginidad y está consagrada a Cristo. Al ver la insistencia de su padre, la joven huye de la casa y acude al convento de Santa Clara, donde la abadesa es tía suya y espera que la acoja. Pero la abadesa se niega a acogerla por no tener licencia del padre y pensando, con razón, que el padre podría hacer algún daño al convento. Matías entonces se decide a entrar en la iglesia del monasterio y allí entregarse a la oración, poniendo su causa en las manos de Dios. Acompañado de otros

parientes, el padre, al echarla de menos en el hogar, se dirige a la casa de las clarisas y, asegurado de que su hija no estaba dentro de la clausura, va a buscarla en la iglesia. Allí el espectáculo de la muchacha entregada a la oración y decidida a ser fiel a su entrega a Cristo lo desarma por completo, y conmovido le da la licencia que necesitaba para poder ser recibida en el claustro. Matías profesó la regla de Santa Clara y fue una religiosa ejemplar, y como tal fue elegida abadesa por sus hermanas de hábito, granjeándose día a día fama de santa y atribuyéndosele los dones de milagros y de profecía. Con fama de santa muere el 28 de diciembre de 1300. El culto popular que enseguida se le dio fue confirmado por el papa Clemente XIII el 27 de julio de 1765.

BEATO GREGORIO KHOMYSYN

Obispo y mártir († 1945)

Gregorio nace el 25 de marzo de 1867 en Hadynskivtsi, región de Ternopol. Desde pequeño opta por la vocación eclesiástica e ingresa en el seminario de Lvov. Hace los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote en 1893. Trabaja apostólicamente en parroquias hasta que en 1902 es nombrado rector del seminario en que él había hecho sus estudios. Prestigiado como sacerdote, culto, piadoso y lleno de celo, es consagrado obispo de Stanislaviv —hoy Ivano-Frankivsk— el 19 de junio de 1904. Se propuso ser un obispo ejemplar, entregado por completo a su misión de guiar y sostener la Iglesia greco-católica en medio de muchas dificultades. Terminada la I Guerra Mundial y sobrevenido el régimen comunista, las dificultades se hicieron mayores, pero él siguió su tarea pastoral con fortaleza. En 1939 fue arrestado y sometido a torturas de todo tipo y al conocido lavado de cerebro. A los dos años lo dejaron libre en la esperanza de que las torturas hubieran hecho efecto. Pero él se mantuvo firme en su deber. En 1945 lo arrestaron de nuevo y lo interrogaron y torturaron para que renegara de la fe o al menos abandonara su cometido pastoral. Todo fue inútil. Perseveró heroicamente, aunque quedó muy maltrecho de tantos malos tratos. Agotado a cuenta de ellos murió en la cárcel de Lukianivaska,

en Kiev, el 28 de diciembre de 1945. Fue beatificado el 27 de junio de 2001 en el curso de la visita apostólica del papa Juan Pablo II a Ucrania.

29 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Canterbury, el martirio de Santo Tomás Becket († 1170), arzobispo de dicha Iglesia, por la defensa de cuyos derechos dio la vida **.
2. La conmemoración del santo rey David, profeta **.
3. En Arlés, Provenza, San Trófimo († s. III), primer obispo de la sede.
4. En Cartago, San Liboso († p. 258), obispo y mártir.
5. En Milán (Liguria), San Martiniano († p. 431), obispo.
6. En Constantinopla, San Marcelo († 485), abad del monasterio de los acemetas junto al Bósforo.
7. En Exmes (Neustria), San Ebrulfo († 596), abad del monasterio de Ouche.
8. En Palermo (Sicilia), Beato Gerardo Cagnoli († 1343), religioso franciscano *.
9. En Londres (Inglaterra), Beato Guillermo Howard († 1682), vizconde de Stafford, mártir bajo el reinado de Carlos II *.
10. En Seúl, Corea, santos Benedicta Hyon Kuong-nyon, viuda y catequista, Pedro Choe Chang-hub, catequista, Bárbara Cho Chung-i, viuda, Magdalena Han Yong-i, viuda, Isabel Chong Chong-hye, virgen, Bárbara Ko Sun-i, esposa, y Magdalena Yi Yong-dog, virgen, todos ellos mártires en 1839 *.
11. En Paterna (Valencia), Beato José Aparicio Sanz († 1936), presbítero y mártir **.
12. En el Picadero de Paterna (Valencia), beatos Enrique Juan Requena, presbítero, y José Perpiñá Nácher, mártires en 1936 *.
13. En San Miguel de los Reyes (Valencia), Beato Juan Bautista Ferreres Boluda († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir **.

BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTO TOMÁS BECKET

Arzobispo († 1170)

Tomás Becket, el arzobispo de Canterbury, ha muerto asesinado. Es el atardecer del 29 de diciembre de 1170. La noticia salta de caballo en caballo, de mar en tierra, y atraviesa la cristiandad sobrecogiéndola de estupor. Ha sucedido acaso —dirá luego la historia— el mayor acontecimiento de la época. Sólo dos años más con dos meses, el 2 de febrero de 1173, y Tomás de Londres, por boca del papa Alejandro III, comenzará a ser, y para siempre, Santo Tomás Cantuariense. Otro año más julio de 1174. El enemigo mortal del arzobispo, el presunto instigador del crimen, Enrique de Plantagenet, soberano de Inglaterra y de media Francia, camina a pie desnudo hacia la catedral de Canterbury; desciende a la cripta, junto al sepulcro de su víctima cae de rodillas. Y el cóncavo recinto cruje mientras los látigos de penitencia chasquean en las espaldas de un rey. Indudablemente estamos en la Edad Media «enorme y delicada». A través de los siglos, generaciones de ingleses acudirán a venerar las reliquias del campeón de los derechos de la Iglesia, «el mártir de la disciplina», como le llamará Bossuet en famoso panegírico, cuya biografía alcanza la tensión de una apasionante novela.

La crítica histórica se ha encargado de disipar cierta poesía legendaria trenzada en torno al origen de Tomás Becket. En realidad, no hay tal princesa sarracena enamorada que cruza Europa repitiendo las dos únicas palabras de su vocabulario inglés: «Londres», «Becket», hasta encontrar, por fin, al antiguo cruzado, hacerle su marido y darle más tarde un hijo santo: no. El niño nacido en Londres el día de Santo Tomás de 1118 procede de burgueses normandos y su padre es sheriff de la ciudad. Los canónigos regulares de Merton se encargarán de iniciarle en los libros, hasta que un día, cuando los reveses se hayan cebado en la hacienda familiar, tenga que dedicarse al trabajo en casa de un pariente londinense. A los veinticuatro años de edad, huérfano ya durante tres, Tomás entra al servicio del arzobispo cantuariense Teobaldo y emprende la carrera eclesiástica. Recibe las órdenes menores, sube al diacona-

do en 1154, acumula prebendas y beneficios, y pronto se ve encaramado al relevante puesto de arcediano. Teobaldo se ha dado perfecta cuenta de la valía del joven eclesiástico y no vacila en confiarle delicadas misiones en el Vaticano. Incluso en el grave problema de la sucesión al trono pesa la voz del novel diplomático. Él es quien inclina a su indeciso prelado y al propio papa Eugenio III por la causa de Matilde, la hija del difunto rey Enrique y actual esposa del conde de Anjou. En consecuencia, a la muerte de Esteban, a la sazón en el trono, la corona recaerá en el hijo de Matilde, Enrique de Plantagenet.

En efecto, el 20 de noviembre de 1154 Enrique II es ungido rey en Westminster. Joven de veintiún años, de estatura corta, ancho de espaldas, la cabeza redonda, enérgico, hábil político, con talento organizador, temible en sus arrebatos de cólera. Tal era el monarca más poderoso entonces de toda la cristiandad, a quien la dote de su mujer, Leonor, heredera de Aquitania, había entregado casi la mitad del territorio francés. No le resulta difícil dar con un primer ministro de talla política poco común. Lo tiene a mano en el brillante arcediano de Canterbury, alto, delgado, pálido, de larga nariz y apostura noble. Tomás Becket comienza a ser, no sólo el canciller de Inglaterra, sino indiscutiblemente la primera figura del reino después del soberano. Le cuadran la solemnidad y el gesto principesco. Cuando acude a Francia con la misión de concertar un matrimonio regio, los franceses se quedan boquiabiertos ante el fastuoso cortejo y se preguntan: «Si éste es sólo el ministro, ¿cómo se presentará el rey?». Y el día en que Enrique se lanza a reconquistar el condado de Toulouse, allí está Tomás Becket al frente de sus caballeros, derrochando arrojo de soldado y pericia de estratega. Muy pronto deja de sorprender a los cortesanos la intimidad que media entre soberano y canciller. ¡Cuántas veces se presenta Enrique a la mesa de su ministro, sin previo aviso, mediada ya la comida! El pueblo les ve cabalgar juntos por la capital, y se regocija cuando cierto día el rey forcejea en chanza para arrancar la rica pelliza escarlata de Tomás y entregársela a un mendigo.

Nos cuesta reconocer al clérigo por detrás del gran señor, el árbitro del buen tono y el político inmerso en los negocios del reino, cuyo favor se disputan todos los personajes. Incluso su

gran amigo y confidente, el pensador Juan de Salisbury, le echa en cara su desmedida entrega al deporte de la caza. Y otra vez es el prior de Leicester quien, al contemplar su atuendo, le increpa: «¿A qué viene esta manera de vestir? Más parecéis un halconero que un clérigo». Pero no es esto todo. Este mismo Tomás sabe recogerse a tiempos en el retiro espiritual de Merton y su cuerpo no olvida los golpes de la disciplina y las vigilias nocturnas en oración. La reputación de su moralidad salva intacta todos los riesgos de la corte.

Y llegamos a 1162. La sede primada de Canterbury aguarda desde hace varios meses el nombramiento de sucesor del fallecido Teobaldo. Enrique intuye la oportunidad que se le brinda de colocar Iglesia y Estado bajo una sola mano, la suya. Llama al canciller y le anuncia su voluntad de elevarle a la dignidad arzobispal de Canterbury. La respuesta de Tomás está transida de gravedad y melancolía: «Pronto perdería yo el favor de Vuestra Majestad, y el afecto con que me honráis se cambiaría en odio, porque yo no podría acceder a vuestras exigencias en punto a derechos de la Iglesia». El rey insiste, pero Tomás no cede. Sólo la intervención del cardenal legado, Enrique de Pisa, acabará con la resistencia del canciller. Becket es ordenado sacerdote e inmediatamente recibe la consagración episcopal. Acaba de cruzar un momento decisivo de su existencia. Sobrecogido por la trascendencia de su nueva misión, va a acomodar a ella su vida entera, sujetándola a una regularidad monacal, al más riguroso ascetismo, a la pobreza para sí y el derroche limosnero con los indigentes.

Su renuncia al cargo de canciller ocasiona un disgusto al monarca y la primera fricción entre los dos amigos. La primera nada más. Becket, conocedor del carácter violento e insaciable del Plantagenet, presiente la dureza de futuros choques, que no tardan en llegar. Será el primero la injusta exacción de un tributo arbitrario, ante la cual el arzobispo anuncia de manera inequívoca que sus súbditos no pagarán ni un penique. Más adelante es la pretensión real de que los clérigos reos de crímenes sean sometidos a la justicia civil. En la reunión convocada por el monarca es el arzobispo de Canterbury quien se encarga de fortalecer y decidir a los débiles prelados, dispuestos a la componenda.

Enrique, vencido e irritado, exige, por lo menos, la promesa de observar ciertas «antiguas costumbres» que no especifica. El primado está dispuesto a acceder, siempre que se añada la cláusula que deje a salvo los derechos de la Iglesia. La política del monarca se hace más dura y más sutil. Obliga al antiguo canciller a renunciar a ciertas posesiones y honores, y, por otra parte, le da a entender que la promesa pedida es meramente formularia, sin repercusión en la vida de la Iglesia. De esta manera obtiene que Tomás, quien no ve clara la actitud de Roma, otorgue su asentimiento en Claredon. Pero cuando más tarde le son presentados los dieciséis artículos que recogen aquellas «antiguas costumbres» y comprende que en ellos se juega nada menos que el enfeudamiento de la Iglesia por el Estado y, en última instancia, la segregación de Roma, Becket reacciona con firmeza y se niega rotundamente a estampar su sello en el documento.

La tremenda conciencia de su responsabilidad como cabeza de la Iglesia en Inglaterra le come de remordimientos por su momento de flaqueza en Claredon. Cuarenta días permanecerá alejado del altar, del que se considera indigno, mientras aguarda la absolución del Romano Pontífice. El rey, por su parte, redobla las represalias económicas y maneja hábilmente a lores y obispos, forzando así la soledad del primado. Se le abre proceso por gastos contraídos en su tiempo de canciller, a pesar de haberle sido todo condonado el día de su nombramiento como arzobispo. En la mañana del 13 de octubre de 1164, luego de celebrar la misa votiva del primer mártir, San Esteban, el arzobispo, llevando en su mano la cruz metropolitana, se dirige al castillo del rey y denuncia la ilegalidad de aquel proceso. «Después de Dios, mi único juez es el Papa». Y a la madrugada siguiente, en simple hábito de monje, escapa a los emisarios del rey y embarca en Sandwich rumbo a Francia, hacia un destierro que durará seis años. El monarca inglés moviliza una intensa batalla diplomática a fin de distanciar del arzobispo —«el que fue arzobispo», dirá él— a Luis VII, rey de Francia, y al papa, Alejandro III. Pero ambos acogen al exilado con admiración y cordialidad, y la palabra de Becket causa profunda sensación en el Papa y los cardenales reunidos en Sens. Presa todavía de sus

remordimientos, Tomás pone su anillo en manos del Romano Pontífice y renuncia a la sede cantuariense; mas Alejandro le obliga a perseverar en su puesto.

Será ahora el monasterio cisterciense de Pontigny el marco de la vida más que nunca orante y sacrificada del ilustre prelado en exilio, y, al mismo tiempo, de su perseverancia en la lucha por los derechos de la Iglesia. De allí salen recias cartas a amigos y enemigos, reproches incluso al mismo Papa cuando Tomás estima su actitud demasiado condescendiente. Pero Enrique tampoco duerme, y pone en juego todos los recursos para rendir a su rival. Confisca sus bienes, destierra a parientes, amigos y siervos, previo juramento de que irán a visitarle a Pontigny. Pretende que el dolor de los suyos fuerce al arzobispo a modificar su actitud. Amenaza con apoderarse de todos los monasterios cistercienses en territorio inglés si la Orden sigue cobijando a su enemigo. Tomás se traslada ahora a una abadía benedictina y, nombrado legado a latere para Inglaterra, excomulga a varios obispos que se han puesto de parte del rey. Hierve un febril juego diplomático entre el Papa y los soberanos de Inglaterra y Francia. Dos entrevistas de Enrique con su antiguo canciller concluyen en fracaso. El Papa, que ha visto con claridad la mala fe del monarca británico, comienza a perder la paciencia, y se habla de poner en entredicho el reino de Inglaterra. Enrique, instigado por el temor, escenifica una reconciliación con el arzobispo, que tiene lugar en Normandía en julio de 1170. En realidad, nada ha cambiado, y la paz alcanzada es sólo aparente. Pero con ella se presenta a Tomás la oportunidad de regresar a su sede cantuariense

El camino desde Sandwich, en donde desembarca el 1 de diciembre, hasta Canterbury se ve cercado por el júbilo desbordante del pueblo, el pueblo fiel, sí. Pero no los otros. El príncipe heredero se niega a recibirle en audiencia, el hidalgo a quien Tomás reclama unas posesiones responde con el desplante y el insulto, los obispos exigen que les sea levantada la excomunión y por fin, despechados, apelan directamente al rey. Faltan pocas horas para la Nochebuena. En el Consejo real, reunido cerca de Bayeux la atmósfera está cargada de electricidad, mientras se acumulan los cargos calumniosos contra el arzobispo. Enri-

que II, en el colmo de su cólera, grita las palabras fatales: «¡Cobardes! Ese hombre a quien yo he vestido, y alimentado, y llenado de honores y riquezas se levanta contra mí, ¿y no hay ninguno de los míos capaz de vengar mi honor y librarme de ese cura insolente?» Amanece el día de Navidad. Mientras el arzobispo predica de Jesús que nace para morir y recuerda a San Elfegio, arzobispo de Canterbury y mártir, insinuando que el drama puede repetirse, cuatro caballeros del rey que han creído ver una orden en la airada queja de Enrique, navegan hacia Inglaterra, hacia Canterbury, por un mar con rumores de tragedia.

El arzobispo recibe noticia del inminente peligro. La noche del 28 a 29 será para él noche de vigilia y de oración del huerto. A las tres de la tarde los cuatro caballeros piden ser recibidos por el primado. Exigencias, acusaciones y amenazas tropiezan una vez más con la inquebrantable conciencia del deber de Tomás Becket. Los caballeros se retiran. Comienza a sonar el toque de vísperas y el arzobispo se encamina a la catedral como siempre, como si tal cosa. Pero todo Canterbury tiembla con siniestros presagios. Cuando el pequeño cortejo, con cruz alzada, penetra en el templo, se adivinan en la penumbra del claustro figuras de hombres armados. Los monjes cierran nerviosamente las puertas de la catedral, mas el arzobispo, increpándoles: «¡Fuera, cobardes! La iglesia no es un castillo», vuelve a abrirlas con sus propias manos. Luego comienza a subir pausadamente hacia el coro acompañado tan sólo de su anciano confesor, un monje y un clérigo de su servidumbre. En aquel instante irrumpen los caballeros del rey. «¿Dónde está Tomás, el traidor?» «Aquí estoy —es la serena respuesta—. No traidor, sino arzobispo y sacerdote de Dios.» Y desciende con grave lentitud hasta quedar entre los altares de la Virgen y San Benito. Intentan arrastrarle hacia la puerta, pero Becket los rechaza. Golpes sordos de espada y sangre en el rostro del arzobispo. Otro golpe, y Tomás cae de rodillas. En las bóvedas cuajadas de espanto resuenan sus últimas palabras: «Muero gustoso por el nombre de Jesús y la defensa de la Iglesia». Un golpe postrero le destroza el cráneo. Los asesinos, invocando el nombre del rey, escapan precipitadamente. Pocos minutos han bastado para

el sacrilegio. Al punto, grupos de fieles, consternados ante la magnitud del crimen, corren a la catedral y rodean silenciosos el cadáver que yace en el suelo, sin atreverse a tocarlo. Cuentan que en aquel instante una pavorosa tormenta descargó sobre Canterbury.

JORGE BLAJOT, SI

Bibliografía

L'HULLIER, A., *St. Thomas de Cantorbery,* 2 vols. (París 1891).
MORRIS, J., *The life and martyrdom of Saint Thomas Becket, archbishop of Canterbury* (Londres 1885).
SHEPPARD, J. C. B. (ed.), *Materials for the History of Thomas Becket, archbishop of Canterbury,* 7 vols. (Londres 1875).
SPEAIGHT, R., *Thomas Becket* (Londres 1938).
• Actualización:
DUGGAN, A., *Dios y mi ley. Vida y muerte de Tomás Becket* (Barcelona 2001).
FOREVILLE, R., *Thomas Becket dans la tradition historique et hagiographique* (Londres 1981).
KNOWLES, D., *Tomás Becket* (Madrid 1980).

SAN DAVID

Rey y profeta (Antiguo Testamento)

La personalidad y la semblanza de David es fascinante y poliédrica: el pastor que, siendo casi un niño, defiende su rebaño enfrentándose valiente contra las alimañas; el elegido por Dios entre ocho hermanos y ungido por Samuel; el tañedor de cítara y arpa en la corte del rey para alejar las sombras de la depresión de Saúl; el héroe popular que vence al gigante Goliat con la honda en duelo desigual; el fugitivo perseguido por la envidia de Saúl que quiere matarle y a quien más de una vez, teniéndole en la mano, le perdona, respetuoso, la vida; el rey aclamado primero en Judá y después sobre todas las tribus de Israel con una dinastía que perdura cuatro siglos; el pecador arrepentido de sus grandes crímenes; el salmista, teólogo y profeta, idealizado más y más hasta presentarlo como un rey «según el corazón de Dios, figura e imagen del futuro Mesías».

Sin duda, en la historia de la salvación es uno de los personajes de mayor relieve y significación, con Abrahán, el padre de

los creyentes, y Moisés, el caudillo liberador y guía del pueblo de Dios.

Uno de los títulos más repetidos en el evangelio para designar y reconocer a Jesús como el Mesías prometido, era llamarle «Hijo de David» (cf. Mt 9, 27; 1,1; 19,22; 20,30; 21,9.15, etc.). «Hijo de David», le llama San Mateo; le invocan los enfermos y le aclaman los niños y la muchedumbre, el domingo de Ramos en su entrada triunfal a Jerusalén.

David es el segundo personaje más citado por San Mateo y en el Nuevo Testamento aparece cincuenta y ocho veces mencionado su nombre.

Esta íntima vinculación con Cristo es lo que más destaca el *Martirologio romano* vigente, el 29 de diciembre, cuando dice:

> «Conmemoración de San David, rey y profeta, hijo de Jesé betleemita, quien encontró gracia ante Dios y fue ungido con el santo óleo por el profeta Samuel para regir al pueblo de Israel.Trasladó a la ciudad de Jerusalén el Arca del Señor y el Señor le juró que su descendencia permanecería para siempre porque de él nacería Jesucristo según la carne».

La abundancia de textos bíblicos, fuente para la historia de David, es prueba de la importancia singular que tienen los hechos recogidos de antiguas tradiciones muy variadas y no siempre fáciles de conciliar en la definitiva relación de los libros de Samuel, del primer libro de los Reyes y el primero de las Crónicas. También los profetas y los salmos nos hablan de David, que llega en su resonancia hasta la Escritura del Nuevo Testamento.

Esta riqueza de fuentes y datos bíblicos contrasta con el silencio sorprendente de la literatura extrabíblica. Sí es cierto que Flavio Josefo se refiere a David, pero todos sus datos proceden de la Biblia.

La vida y el reinado de David transcurren alrededor del cambio de milenio del siglo XI al siglo X a.C., aproximadamente desde el año 1030 al 971 en el que a David le sucede su hijo Salomón.

Es una etapa átona o vacía en la política de los grandes imperios de Egipto, Mesopotamia y Asiria. En un largo compás de silencio actúan, casi como solistas en suelo de Palestina, dos pueblos recientes que han pasado del nomadismo al asentamiento: Los israelitas, que moran más en las montañas, y los fi-

listeos procedentes de las islas griegas, que no son semitas y acampan en las costas disputándose mutuamente el territorio.

Iniciada la monarquía con Saúl para unir a las tribus confederadas, pero autónomas, sin más vínculos que los de la raza, la lengua y la religión, es David quien logra la unidad política y la seguridad derrotando a los filisteos y así aglutinando a todas las tribus. Las que antes fueron gobernadas autonómicamente por jueces carismáticos ocasionales, ahora, con la monarquía davídica, van a formar un solo reino con las fronteras más abiertas de su historia.

Como comprobación histórica extrabíblica, merece especial mención el reciente hallazgo arqueológico de una pequeña estela de basalto en Tel Dan, que nos ofrece la mención más antigua, hacia el 900-850, de la dinastía o casa de David en la línea 9 de su inscripción. Ya en la estela de Mesa, línea 31, algunos leían la misma expresión característica.

Las fuentes bíblicas, en sucesivas relecturas, han sufrido ampliaciones e idealizaciones teológicas y no se pueden interpretar con los rigurosos criterios de la historiagrafía moderna, pero sería injusto no reconocerles en sus distintos géneros literarios, las aportaciones tan valiosas que nos proporcionan para poder acercarnos a una personalidad tan rica y polifacética como la de David, entre la historia y la leyenda, la teología y el símbolo.

Las semblanzas e imágenes bíblicas de David nos ofrecen vivos contrastes y en ocasiones parecen irreconciliables. En el primer libro de las Crónicas, por ejemplo, se omiten intencionadamente todos los datos y rasgos que pueden parecer negativos, idealizando el recuerdo y la figura, cuando se escribieron ya después del destierro.

En otras fuentes, en cambio, se acentúan precisamente esos aspectos negativos y presentan al hombre David de manera más realista y descarnada. La gloria de su reinado flota en el panorama histórico de Israel y Judá como una edad de oro a la que se vuelven los ojos con nostalgia para proyectar la esperanza hacia el futuro en un nuevo David, el Mesías.

El libro de Samuel nos presenta a David joven: «Era rubio, de bellos ojos y hermosa presencia» (1 Sam 16,12) y nos cuenta cómo fue elegido por Dios y ungido en secreto por el profeta

Samuel, como prólogo al relato de su ascensión al trono. Era el más pequeño de los ocho hijos de Jesé, hijo de Obed y nieto de Booz y Rut la moabita. Estaba guardando el rebaño de su padre, asentado en Belén de Judá.

Pronto pasó a formar parte de la guardia personal de Saúl como su escudero, aliviando las crisis melancólicas del rey, al son de la cítara y participando con arrojo y valentía en la lucha constante contra el asedio de los filisteos.

El episodio más brillante, rayano en épica legendaria, fue la aceptación del desafío y la victoria sobre Goliat en duelo cuerpo a cuerpo con el gigante, armado con las nuevas invenciones de hierro, lanza y espada. La clave de su triunfo nos la dan las palabras de David al filisteo:

> «Tu vienes contra mí con espada, lanza y jabalina, pero yo voy contra ti en nombre de Yahvé Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel a los que has desafiado. Hoy mismo te entrega Yahvé en mis manos, te mataré y te cortaré la cabeza [...] y toda esta asamblea sabrá que no por la espada ni por la lanza salva Yahvé, porque de Yahvé es el combate y os entrega en nuestras manos» (1 Sam 17,45-47).

David no quiso la coraza de Saúl ni su casco de bronce. Le bastó la honda con las piedras del torrente.

Con su heroísmo brillaba cada día más la estela de su popularidad, y con sus prendas personales se ganaba el cariño y la admiración de todos en la corte, hasta de los hijos del rey. Saúl le da a Mical por esposa y Jonatán será su amigo del alma siempre fiel.

La envidia y el mal espíritu anidaron en el corazón de Saúl, que en varias ocasiones intentó quitar de en medio a David, atravesándole con su lanza. Con la ayuda de Jonatán esquivó los golpes y las insidias y se vio obligado a huir de la corte y esconderse de las iras del rey que el perseguía.

Fugitivo por los despoblados, acaudilló una partida de guerreros mercenarios, como más tarde el Cid Campeador, desterrado. Está en contacto con los filisteos al servicio del rey de Gat, Aquis, que le pone al mando de Sicelag. Ocasiones tuvo en su huida y escaramuzas con Saúl de sorprenderle dormido, pudiendo haberle dado la muerte impunemente y habiéndole perdonado generosamente la vida (cf. 1 Sam 24 y 26).

El rey filisteo le confió la región amenazada por los amalecitas y otras tribus. Allí se ganó las simpatías de todos los clanes meridionales de Judá.

Aunque al servicio de los filisteos, nunca atacó a los israelitas, detalle que señala con relieve la Biblia (cf. 1 Sam 27,8-12; 29,1-11).

Cuando supo la derrota de Saúl en Gelboé, subió de su noble corazón a los labios, esta elegía emocionante y bellísima:

«La gloria, Israel, ha sucumbido en tus montañas.
¡Cómo han caído los héroes! [...]
Montañas de Gelboé: Ni lluvia ni rocío sobre vosotras,
ni seáis campos de primicias,
porque allí fue mancillado el escudo de los héroes.
El escudo de Saúl, no ungido de aceite,
¡mas de sangre de muertos, de grasa de héroes!
El arco de Jonatán jamás retrocedía,
nunca fracasaba la espada de Saúl.
Saúl y Jonatán, amados y amables,
ni en vida ni en muerte separados,
más veloces que águilas, más fuertes que leones»

«Hijas de Israel, por Saúl llorad,
que con púrpura os vestía y adornaba,
que prendía joyas de oro de vuestros vestidos.
¡Cómo cayeron los héroes en medio del combate!
¡Jonatán! Herido de muerte en las alturas.
Lleno estoy de angustia por ti, Jonatán, hermano mío,
en extremo querido» (2 Sam 1,19-27).

Aunque fue sincera y honda la aflicción de David ante el desastre de Gelboé, la muerte de Saúl y sus tres hijos facilitó su acceso y ascensión al trono. Primero fue la tribu de Judá, que ya le tenía por caudillo. La unción tuvo lugar en Hebrón el año 1010. Entre tanto, Abner, general de Saúl, había congregado las tropas dispersas en Transjordania. Y el hijo más pequeño de Saúl, Isbaal, fue proclamado rey por las tribus del Norte, aunque solamente duró dos años.

Las diferencias entre Judá y las otras tribus desembocaron en auténticas guerras que culminaron en Gabaón con el triunfo de David. Demostrada la incapacidad de Isbaal para gobernar,

aun con el apoyo de Abner, ambos fueron sucesivamente asesinados sin que David tuviera parte alguna.

Y entonces, dice el texto bíblico que vinieron a Hebrón todas las tribus de Israel y le dijeron a David:

> «Mira, hueso tuyo y carne tuya somos nosotros. Ya de antes, cuando Saúl era nuestro rey, eras tú el que dirigías las entradas y salidas de Israel. Yahvé te ha dicho: Tú apacentarás a mi pueblo Israel, tú serás el caudillo de Israel» (2 Sam 5,2-3).

Aunque efímera (pues se rompió a la muerte de Salomón) la unidad de todas las tribus del norte y del sur bajo el cetro de David, señaló una época de prosperidad y grandeza para el pueblo de Dios. David extendió sus fronteras, hizo vasallos y aliados a los pueblos vecinos y, sobre todo, venció definitivamente a los filisteos.

En medio del eclipse temporal de los grandes imperios, ocupados en sus problemas internos, pudo conquistar los últimos enclaves cananeos, Moab y Edom, con matanzas no exentas de crueldad y ciñó la corona de los amonitas. El pequeño imperio de David se extendía desde el Éufrates hasta Egipto.

Con gran acierto y estrategia política, después de conquistar Jerusalén a los jebuseos, la hizo capital política, militar y administrativa del reino y se llamó «la ciudad de David».

Excepcional importancia y significación religiosa tuvo el solemne traslado del Arca del Señor a la ciudad. Mandó construir una tienda de campaña como la que tuvieron los israelitas en el desierto y la colocó en la futura esplanada del templo. Allí instaló el Arca del Señor. Iba David, el rey, delante del Arca vestido con un traje de lino como el de los sacerdotes, tocando el arpa, danzando y cantando alabanzas sálmicas (cf. 2 Sam 6).

Con el traslado solemne Jerusalén se convierte también en la capital de un culto unificado por encima de los santuarios particulares. Quizá fue ésta la iniciativa más trascendental del reinado davídico, porque el símbolo del Arca vinculaba, a la nueva realidad política de la monarquía, las instituciones tradicionales (2 Sam 6,1-23).

En el libro primero de las Crónicas se idealiza y amplía esta dimensión davídica como si David fuera el fundador y organi-

zador del culto, en torno a su eje de concentración, el templo ansiado y preparado por él y edificado por su hijo Salomón.

Pero sin duda el acontecimiento central en toda la existencia y reinado de David es el episodio que le vincula con mayor relevancia a las promesas mesiánicas:

> «Cuando se estableció en su casa y Yahvé le dio paz de todos sus enemigos de alrededor, dijo el rey al profeta Natán: "Mira, yo habito en una casa de cedro, mientras que el Arca de Dios habita en una tienda de lona". Respondió Natán al rey: "Anda, haz lo que te dicta el corazón porque Yahvé está contigo"».

Pero aquella misma noche vino la palabra de Dios a Natán diciendo:

> «Ve y di a mi siervo David: Esto dice Yhavé: "Me vas a edificar tú una casa para que yo habite. No he habitado en una casa desde el día en que hice salir a los israelitas de Egipto hasta el día de hoy, sino que he ido de un lado para otro en una tienda, en un refugio. Yo te he tomado del pastizal, de detrás del rebaño, para que seas caudillo de mi pueblo Israel, he estado contigo donde quiera has ido, he eliminado de delante de ti a todos tus enemigos y voy a hacerte un nombre grande como el nombre de los grandes de la tierra. Fijaré un lugar a mi pueblo de Israel y lo plantaré allí para que more en él"» (2 Sam 7,8-10).
>
> «Yahvé te anuncia que te edificará una casa y cuando tus días se hayan cumplido y te acuestes con tus padres, afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de su realeza [...] Yo seré para él el padre y él será para mí hijo. Si hace mal lo castigaré con vara de hombres y con golpe de hombres, pero no apartaré de él mi amor, como lo aparté de Saúl, a quien quité de delante de mí. Tu casa y tu reino permanecerán para siempre ante ti; tu trono estará firme, eternamente» (2 Sam 7,11-16).

La profecía se expresa en forma de contraposición: No será David quien edifique una casa (un templo) a Yahvé, que no se deja encerrar; eso lo hará Salomón, su hijo; sino que será Yahvé quien levante una casa (una dinastía) a David. La promesa se refiere esencialmente a la permanencia del linaje davídico sobre el trono de Israel más allá de su inmediato sucesor, Salomón. Pero el claroscuro de la profecía deja entrever un descendiente privilegiado en quien Yahvé se complacerá. Es el primer eslabón de las profecías mesiánicas repetidas por Isaías, Miqueas, Ageo, sobre el Hijo de David que en los Hechos de los Apóstoles (Hch

2,30) se le aplica a Cristo. Las promesas hechas a los patriarcas y a Moisés van a queda vinculadas a la dinastía, la casa de David. Y a ella queda vinculada la fidelidad inquebrantable e incondicional de Dios.

Tan fuertemente queda grabada en la conciencia colectiva del pueblo esta vinculación que en el reino de Judá la dinastía de David perdurará los cuatrocientos años de la monarquía sin que nadie e atreva a destronar al rey legítimo, no así en el reino cismático de Samaria. Cada vez que nacía un nuevo heredero renacían y florecían las esperanzas mesiánicas.

Y aparentemente frustradas con la caída de la monarquía y la ruina de Jerusalén, a la que los judíos consideraban inviolable por la Alianza incondicional de Yahvé, con todo la esperanza no se marchitó: los desterrados siguieron creyendo y esperando que Dios podía suscitar como un nuevo David, un Mesías que restableciera el reino.

Cuatrocientos años después de David, Ezequiel profetizó:

> «Yo suscitaré para ponérselo al frente un solo pastor que las apacentará, mi siervo David, él las apacentará y seré su pastor. Yo, Yahvé, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe en medio de ellos» (Ez 34,23-24).

Evidentemente, no se trata de que David resucite, sino de que uno de sus descendientes establecerá una nueva era de paz definitiva. David, en la teología bíblica, va mucho más allá de sí mismo como figura y anticipo de Cristo. El NuevoTestamento ve en Jesús la realización en plenitud de las promesas davídicas. Como dice el evangelio según San Lucas:

> «Él será grande, se le llamará hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin» (Lc 1,32-33).

No sería auténtica la semblanza del rey David si presentáramos únicamente sus hazañas militares, las victorias y el esplendor de su reinado, sus brillantes cualidades humanas y las virtudes del santo profeta, omitiendo o disculpando sus debilidades y sus grandes pecados. La Biblia no los disimula y nos presenta con realismo al pecador y al santo, por ejemplo, las crueldades que a veces acompañaron a sus victorias, como la conquista de

Edom arrasándolo y exterminando a todos los varones (cf. 2 Sam 8,13; 1 Crón 18,12-13).

Por ser tan belicoso y tener sus manos manchadas de sangre, no le permitió Dios levantar el templo, reservándolo a su hijo Salomón, rey pacífico.

Otro de los grandes errores y pecados de David fue la orden de hacer el censo de Israel y de Judá (cf. 2 Sam 24,1s). Desagradó mucho al Señor porque nacía de la ambición y autosuficiencia: quería sentirse seguro por sus propios medios sin tener que confiar en la ayuda divina.

Especial malicia encierran los pecados de David cuando intenta ocultarlos y engañarse a sí mismo con artimañas astutas que resultan una parodia del estilo mismo de Dios en el juego de las causas segundas. El adulterio consumado con Betsabé, la mujer de Urías el hitita, dechado de fidelidad y de honradez, agravado por todos los indignos procedimientos excogitados para ocultarlo, se agravó con el criminal asesinato de su vasallo a través de una carta traicionera llevada en mano por la inocente víctima al general Joab en el campo de batalla con esta consigna: «Poned a Urías en primera línea, donde la lucha sea más reñida y retiraos de detrás de él para que sea herido y muera» (2 Sam 11,15).

Murió, efectivamente, el hitita. Y, pasado el luto de Betsabé, David envió por ella y la recibió en su casa y la tomó por mujer (cf. 2 Sam 11,27). Es tremenda la ceguera de David pecador, capaz de cometer un crimen tan horrible a sangre fría para ocultar un adulterio infame.

Necesitó el profeta Natán mucho arrojo y fina pedagogía para despertar el noble corazón de David. Inventó la historia del pobre que sólo tenía una ovejuela, y un rico, dueño de muchos rebaños. David se indignó contra el rico que robó la única oveja del pobre y exclamó:

> «¡Vive, Yahvé! que merece la muerte el que la hizo. Entonces Natán dijo a David: "Tú eres ese hombre. Así dice Yahvé, Dios de Israel: Yo te he ungido rey de Israel y te he librado de las manos de Saúl. Te he dado la casa de tu señor y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor; te he dado la casa de Israel y de Judá; y si es poco, te añadiré todavía otras cosas. ¿Por qué has menospreciado a Yahvé haciendo lo que le parece mal? Has matado a espada a Urías

el hitita, has tomado a su mujer por mujer tuya y lo has matado por la espada de los amonitas. Pues bien, nunca se apartará la espada de tu casa, ya que me has despreciado y has tomado la mujer de Urías el hitita para mujer tuya"» (2 Sam 12,1-10).

David, grande en sus pecados, supo también ser grande en su arrepentimiento sincero. Fue capaz de humillarse ante el profeta, reconocer y confesar:

«"He pecado contra Yahvé". Respondió Natán a David: "También Yahvé ha perdonado tu pecado; no morirás"» (2 Sam 12,13).

Tanto la tradición judía como la cristiana, presentan al rey David santo y pecador, como modelo de los penitentes arrepentidos, que si tuvo la debilidad de ofender, supo tener también la nobleza y la valentía de llorar y expiar sus pecados. Ambas tradiciones atribuyen a David la composición del salmo *Miserere,* que expresa magistralmente el arrepentimiento del hombre y la misericordia de Dios:

«Piedad de mí, oh Dios, por tu bondad,
por tu inmensa bondad borra mi delito.
Lávame a fondo de mi culpa,
purifícame de mi pecado» (Sal 51[50],3-4)

En los últimos años de David, se acumularon las sombras, los problemas y las desgracias, fruto, en parte, de sus debilidades. Su numerosa familia (diez esposas y diecisiete hijos varones) se enzarzaron en rivalidades y disensiones violentas y fratricidas, luchando por la sucesión.

El descontento de Judá, concretamente, de la antigua capital, Hebrón, abandonada por David, y la inquietud de las turbas del Norte deseosas de recuperar su antigua autonomía, encontraron aliento y caudillaje en las reiteradas rebeliones de Absalón. Este hijo de David, tan querido por él, se le parecía en su juventud llena de atractivo, como un retrato suyo. Pero no sólo cometió el fratricidio quitando de en medio a Amnón por vengar la violación de su hermana Tamar (2 Sam 13), sino que traicionó a su padre y, conspirando contra él en su propio palacio, se alzó en rebelión y se hizo proclamar rey en Hebrón. Llegó a conquistas Jerusalén. David tuvo que huír y refugiarse en el desierto para no caer en sus manos.

Cuando David llegó a Bajurín, una vez pasada la cuesta de los Olivos (cf. 2 Sam 5s), un episodio emocionante revela la madurez alcanzada por el rey penitente:

> «Un hombre de la misma familia que la casa de Saúl, llamado Semeí, hijo de Guerá, iba maldiciendo mientras avanzaba. Tiraba piedras a David y a todos los servidores del Rey, mientras toda la gente y todos los servidores se colocaban a derecha e izquierda. Semeí decía maldiciendo: "Vete, vete, hombre sanguinario y malvado. Yahvé te devuelva toda la sangre de la casa de Saúl cuyo reino usurpaste. Así Yahvé ha entregado tu reino en manos de Absalón, tu hijo. Has caído en tu propia maldad, porque eres un hombre sanguinario".
>
> Abisay, hijo de Sarvia, dijo al Rey: "¿Por qué ha de maldecir este perro muerto a mi señor el rey? Voy ahora mismo y le corto la cabeza".
>
> Respondió el Rey: "¿Qué tengo yo con vosotros, hijos de Sarvia? Deja que maldiga, pues si Yahvé ha dicho 'Maldice a David', ¿quién le podrá decir ¿por qué haces esto?"
>
> Y añadió David a Abisay y a todos sus siervos: "Mirad, mi hijo, salido de mis entrañas, busca mi muerte, pues ¿cuánto más ahora un benjaminita? Dejadle que maldiga, pues se lo ha mandado Yahvé. Acaso Yahvé mire mi aflicción y me devuelva Yahvé bien por las maldiciones de este día". Y David y sus hombres prosiguieron su camino, mientras Semeí marchaba por el flanco de la montaña paralelo a él; iba maldiciendo, tirando piedras y arrojando polvo» (2 Sam 16,5-13).

Sólo el general Joab, fiel a David, pudo aplastar la rebelión, acabando trágicamente con la muerte de Absalón, que causó vivo dolor inconsolable a su padre:

> «¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!» (2 Sam 19,1).

Más tarde hubo de sofocar la rebelión de Seba, que sublevó las tribus del Norte (2 Sam 20).

Por encima de todas estas desgracias y de intrigas palaciegas que dificultan la sucesión de Salomón, se alza la grandeza moral de David, su plena confianza en Dios, la que resuena constante en los salmos a él atribuidos. Elegido gratuitamente por Dios, le quiso un rey «según su corazón» (1 Sam 13,4) que confía en Dios más que en sus propias fuerzas y que hace de toda su vida un canto de alabanza.

Es el rasgo que más se acentúa en el elogio-resumen del Eclesiástico 47,1-11: «En todas sus acciones daba gracias al Altísimo, el Santo, proclamando su gloria. Con todo su corazón entonó himnos, demostrando el amor por su Creador».

El culto al santo rey David posee una riquísima iconografía muy variada con referencia al vencedor de Goliat *(David* de Miguel Ángel), al David cantor de los salmos con el arpa (Fachada de las Platerías en Compostela), y principalmente en el árbol de Jesé su padre, que aparece recostado en la parte inferior, y de su cuerpo florece el árbol frondoso de los ascendientes davídicos de Jesús (cf. Is 11,1-2). No faltan las imágenes de David penitente.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

AA.VV., *Biblia y realeza* (Estella 1994).
GIBERT, P., *Los libros de Samuel y de los Reyes* (Estella 1984).
MARIANI, B., «David», en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.490-502.
MARTÍN MORENO, J. M., «David», en AA.VV., *La parra y la higuera. Historias y personajes de la Biblia* (Madrid 2004) 103-122.
NOËL, D., *En tiempo de los reyes de Israel y de Judá* (Estella 2002).
Nueva Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998) 1090-1091; 1373-1375.

BEATO JOSÉ APARICIO SANZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 12 de marzo de 1893 en Enguera (Valencia), hijo de Manuel Aparicio Sanz y Leonor Sanz Claumarchirant, y es cristianado al día siguiente con los nombres de José Manuel. Es un niño precoz, pues comenzó a hablar antes que supo andar, de temperamento pacífico. Su madre le enseñó algunas oraciones que repetía con claridad. De carácter sensible, una cualidad que le hace sufrir hasta en las ofensas más leves, y le acompaña toda su vida. Asiste al colegio de las hermanas mercedarias, situado a la entrada de la población, y continúa el bachillerato en los escolapios de Valencia. Decidido a seguir la vocación sacerdotal, los escolapios le fomentan y orientan en su piedad. Durante los recreos acude a menudo a rezar ante el sagrario, una de las ca-

racterísticas más singulares de su sacerdocio, ingeniando cada día nuevos medios de mortificación, en ocasiones con tal ímpetu que el confesor tiene que poner freno a su afán indiscreto. Reza a los pies de la cama, durante la noche, y cuida de su exterior con tal cuidado que le distingue de los demás compañeros.

Al termino de los estudios de segunda enseñanza ingresa en el colegio de San José de vocaciones eclesiásticas a una edad algo mayor que la de muchos compañeros, y por tanto tiene que aprender la disciplina de sus colegas. Sus naturales defectos se van corrigiendo, edificando por su sólida piedad, silencio y recogimiento: «Cosa más humilde y más mansa no vimos». Desde el primer día es modelo de recogimiento y compostura. Pasa después al seminario de Valencia como fámulo del señor rector, don Rigoberto Doménech, que fue arzobispo de Zaragoza, y estudia filosofía y teología, entregándose de lleno al estudio y la oración. Con frecuencia, se aísla de los demás y queda en silencio: «Sólo pierde el tiempo aquel que no se hace santo». Un anhelo de recogimiento espiritual le embarga, y quiere mantenerse en el deseo de la presencia de Dios. Recibe el diaconado y retirado de la gozosa celebración con sus condiscípulos, acude en íntima conversación al sagrario: «Mi alma, es un soplo amoroso que brotó del corazón de Dios».

Su deseo de santidad va parejo con el progreso en los estudios, obteniendo las máximas calificaciones. Por humildad renuncia a doctorarse, pues estaba óptimamente preparado para obtener los grados en teología: «Para mi alma cada vez siento más densa la atmósfera del mundo. Dios hace gustar sus consuelos al corazón que suelta los lazos que le atan a la tierra». Mortifica sus sentidos y todo aquello que puede redundar en aprecio y admiración de sus cualidades físicas, a pesar de la atención de su madre: «No hay que temer, la penitencia alarga la vida». Al cumplir veinte años se consagra a la Virgen, entregándose a ella como esclavo: «María, madre mía, tu bendición de Madre».

El 17 de junio de 1916 el venerable fray Luis Amigó, obispo de Segorbe, le ordena presbítero. ¡Gozo cumplido! Celebrará su primera misa el 20 del mismo mes en el templo parroquial de San Miguel Arcángel de Enguera, donde recibió la semilla de la

fe. Y bien pronto a su primer destino, como vicario de Benalí, un pueblo enclavado entre la sierra enguerina. Repara el templo parroquial y la casa abadía, organizando la vida espiritual de grandes y pequeños. Al año siguiente (1917) nuevo destino como coadjutor de la parroquia de Santa María de Oliva, en donde desarrolla una intensa actividad catequética, fomenta la devoción a los Jueves Eucarísticos, y durante la epidemia de gripe de 1918 —llamada coloquialmente *la cucaracha*— que hace estragos en la población, va de casa en casa, ayuda a bien morir a unos, consuela a otros, y en los corazones pone cercanía y amor de Dios. Su casa está abierta a todos, noche y día. Los feligreses le llaman «el santet».

En 1919, nuevo destino. Cura párroco de Benifallim, un pueblo de Alicante que pertenece a la diócesis de Valencia, Como quiera que «el sagrario es el centro de la parroquia» adquiere con la colaboración de todos uno nuevo para el templo parroquial; consagra la población al Sagrado Corazón de Jesús, y organiza una solemne fiesta con gran entusiasmo de los feligreses. Pronto tiene que preparar de nuevo la maleta. El 16 de octubre de 1921 toma posesión del curato de Luchente. Cuatro años de sacerdote, cuatro años de encargos: «la voluntad de Dios según se va manifestando». Para su temperamento y su conocido fervor eucarístico el prelado diocesano no pudo encomendarle un campo mejor. En la cima de uno de sus secos montes quiso Dios que ocurriera el admirable prodigio eucarístico cuyos Santos Corporales se veneran en Daroca. La constante preocupación por conseguir alcanzar la santidad llega a obsesionarle de tal manera que, bien en casa, o en los paseos vespertinos, se le oye repetir: «¡Quiero ser santo! ¡Quiero ser santo y nada más quiero!». El móvil de todos sus actos es la santidad, pidiendo al Señor que le permita andar deprisa por esos arduos caminos, que le disponga para que nadie ni nada «me estorbe en mi intento principal, sin carga de pensamientos de lo que ya pasó, sin detenerse». El espíritu le eleva, renovando a cada hora su entrega absoluta a la gracia, y hace crecer en su corazón los deseos de santidad, de abandono filial en las manos de Dios. Es el único negocio de su vida y se dedica constantemente entregándole sus afectos: «El corazón lleno de amor de

Dios abriga sus penas». Quiere estar enamorado de cuanto tiene que hacer y ejecutarlo con gusto «por amor pleno a Jesús». ¡Profunda y luminosa enseñanza de un alma enamorada de Dios! Un amor tan selecto y ferviente había de producir una hoguera enamorada en su corazón: «Me hubiera puesto a predicar en medio de una estación de trasbordo para llevar almas a Cristo. ¿Qué hacer? [...] Quisiera ser el apóstol de vuestro amor, para tantos aún desconocido».

En ocasiones parece estar ausente y lejano de cuanto le rodea, porque su intensa vida espiritual le hace retraído, parco en conversaciones, pero «causaba respeto y atraía [...] al verle tan comedido, era ver a un santo que no pierde la presencia de Dios». Sin llamar la atención, su vida interior, por intensa y profunda que fuera, se debe a las almas, y por eso debe «llevar vida de riguroso incógnito», y se lamenta de aquellos sacerdotes con cargo parroquial que no profesan bien en su vida interior. En la oración recibe luces clarísimas de Dios, que le guían para acertar en su apostolado de las almas que se le han confiado, y para la santificación de la suya propia. Sus aciertos en la dirección de las almas y el elevado grado de santidad que alcanza son frutos conseguidos con la oración: «Siento necesidad de orar de noche, junto al sagrario». En esta quieta y tranquila oración nocturna el alma se encuentra a solas con Dios. La oración le transfigura en cuerpo y alma: «Era tal el recogimiento y manera que tenía de abrir el Sagrario, que siempre pensaba al verlo: ¡Ahí está Dios!».

Profesa un ardiente amor a la Eucaristía y se entrega totalmente al amor y culto de Jesús sacramentado, él era quien recibía cada día en el sagrario la primera y última visita. En las parroquias donde estuvo fundó asociaciones eucarísticas e instituyó las solemnes «cuarenta horas». Prepara con singular entusiasmo a los niños para la primera comunión, y culmina su ofrenda con el ofrecimiento de sí mismo al entrar en la Congregación Sacerdotal de Misioneros Eucarísticos (1922). Cuando en Luchente se enteraron de que su cura se iba a dar misiones por los pueblos, una comisión se desplazó a la curia diocesana pidiendo que el arzobispo Reig y Casanova lo impidiera. Se quedó, resignado. Desde ese momento se consagra por entero para

hacer de Luchente un pueblo de la Eucaristía. En el propio lugar donde la tradición señala el milagro eucarístico se construyó en el siglo XIV el convento de Corpus Christi, de frailes de la Orden de Santo Domingo —el *Mont Sant de Llutxent*—, bastante olvidado en su tiempo. Quiere devolverle un lugar en la devoción diocesana, y promueve la Hermandad del Santo Misterio, erigida canónicamente. La primera vez que sube en procesión al Monte Santo (6 de julio de 1922) —fiesta local de la Aparición de la Santa Cruz—, al llegar al camino empedrado se descalza, entrega los zapatos a un seminarista y sube con los pies descalzos. En los aniversarios del milagro participan asociaciones eucarísticas diocesanas, y en 1925 la Adoración Nocturna celebra aquí la vigilia diocesana. En 1928 consigue que participen miles de personas: «¡Más! ¡Más! ¡No hay bastante!». Su corazón es como el océano, y para la gloria de Dios nunca hay bastante. Consigue renovar el culto en la iglesia del abandonado convento e imparte ejercicios espirituales a sacerdotes y seglares. Su fama de santidad y de buen director de conciencias llegó lejos. Aunque tuvo que regresar al punto de partida. Así son las cosas. El año 1930 le trae un nuevo encargo: cura arcipreste de Enguera, su pueblo natal. Le esperan con los brazos abiertos. Y llega la hora de emprender el apostolado parroquial más intenso en lo espiritual y lo social. Se va a dedicar por completo a las almas, pero atendiendo a todas sus complejas necesidades. En unos ejercicios espirituales a los filósofos del seminario dice:

> «El sacerdote es el Heraldo del Gran Rey, el guardián del Cristo sacramentado y el santificador de las almas. Soy una semilla, soy una esperanza; soy una misión, porque soy sacerdote».

El catecismo de Enguera servirá de modelo en toda la diócesis.

> «¡Qué horas santas más felices en aquellos primeros jueves de mes! ¡Qué pláticas mas juiciosas en los ejercicios espirituales dedicados al Corazón de Jesús! Fue un místico y un asceta, su cara tenía el color de la oración y el ayuno».

Está convencido de la bondad del Señor y así lo pregona con palabra ardiente y poética. Tiene tacto para enseñar el modo de hacer todo lo ordinario con espíritu sobrenatural.

Organiza círculos de estudio para los jóvenes en la abadía, que suspende al comenzar el año 1936 para evitar falsas interpretaciones: «¡Almas, Señor, almas! Tantas almas cuantas gotas de sangre llevo en mis venas». Enguera se halla en terreno óxido y poco fácil y vive muy alejada de la Iglesia. Difícil empresa la de ahora. Pero no se desanima. Los niños, primero. Sabe recibir y sufrir las contrariedades y las ofrece a Dios, aceptándolas como venidas de su divina providencia. En los primeros viernes de cada mes se enardece, haciendo participar a los niños, a los que les regalaba misalitos y devocionarios. Funda las ramas de Acción Católica de mujeres y jóvenes. No para.

A pesar de las dificultades que se le ofrecen y que las autoridades locales le ponen en 1936, él continúa en su puesto. No se desanima, pero siente en su corazón la tristeza de cuanto ocurre. Prevé que después de la persecución lucirá más esplendorosa la luz de Dios. Discretamente va ocultando diversos objetos de culto: «Para ser mártires hay que aceptar la muerte, sin defendernos, como venida de la voluntad de Dios». Le aconsejan que se oculte, pero no lo acepta. Al incautarse las autoridades del templo parroquial celebra en la iglesia del antiguo convento. El 2 de agosto se produce la quema y destrucción de cuanto contenía el templo parroquial enguerino, incluida la extraordinaria imagen de San Miguel el Grande, entallado en 1754 por Ignacio Vergara. Lo expulsan de la abadía y se traslada a casa de una prima suya. Se recluye discretamente, pero no se oculta, ni deja de vestir la sotana: «Quiero ser víctima con mi sotana». Estaba tranquilo, aunque tenía la convicción de que no se salvaría. Esperaba resignado que se cumpliera la voluntad de Dios.

El 11 de octubre es detenido por unos milicianos en casa de sus familiares. Entrega su rosario a su hermana y con ánimo tranquilo se pone en manos de sus perseguidores. Aquel mismo día le llevan junto con otros paisanos al seminario de Valencia, convertido en cárcel. Al amanecer del día siguiente, al Gobierno Civil, y de allí, a la Cárcel Modelo. Durante el tiempo que permanece en la Modelo, unos dos meses, apenas se le veía. Recogido siempre en continua oración. En su celda se halla también don Enrique Juan Requena, uno de sus vicarios. Sufre interiormente mucho. Su hermana Leonor hace cuanto puede por

lograr su libertad, pero no lo va a conseguir. El 29 de diciembre le llaman. Aún se encontraba en la cama, le ayudan a vestir, pide al padre franciscano fray Lorenzo que le absuelva. Y junto con otros detenidos es martirizado en el Picadero de Paterna. Es enterrado en el cementerio de Valencia. El 14 de julio de 1940 sus restos son trasladados a Enguera, recibiendo sepultura en el templo parroquial a los pies del sagrario. El amor de los amores, a quien amó apasionadamente. El 14 de julio de 1961 el Ayuntamiento le nombra «Hijo ilustre» y coloca su retrato en la «Galería de Hijos Ilustres», en 1963. El Santo Padre Juan Pablo II lo declara beato el 11 de marzo de 2001, junto con otros 232 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ALVENTOSA GARCÍA, R., *Mártires de la fe. Héroes de la patria. Don José Aparicio y Sanz, arcipreste de Enguera* (Valencia 1940).

CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM. P.N. 1267. Valentina. *Beatificationis seu declarationis martyrii servorum Dei Joseph Aparicio Sanz et LXXIII sociorum sacerdotum dioceesanorum laicarum et laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936). Positio super martyrio* (Roma 1999).

ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires (archidiócesis valentina, 1936-1939)* (Valencia 1952) 311-313.

BEATO JUAN BAUTISTA FERRERES BOLUDA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Olleria (Valencia) el 27 de noviembre de 1861, hijo de Juan Bautista Ferreres Mompó y Vicenta María Boluda Bru, recibiendo las aguas bautismales al día siguiente en el templo parroquial de Santa María Magdalena. Su padre era médico de profesión, y su familia, muy religiosa, procede de la huerta de Valencia. Hasta cerca de los 16 años, después de la enseñanza primaria, se dedica al trabajo del campo. Participa en un certamen literario de carácter religioso que se celebra en su pueblo, y un miembro del tribunal observa el gusto especial del muchacho, y su talento, y cree que debería estudiar. Se decide por la vocación sacerdotal. En 1877 ingresa en el Seminario de Valen-

cia, y al año siguiente obtiene una beca en el Colegio Mayor de la Presentación y Santo Tomás de Villanueva, donde tiene que compartir las clases con alumnos más jóvenes que él, de quienes llega a ser amigo y consejero. Crece en conocimientos intelectuales y en grandeza de corazón, dejando excelente impresión entre sus compañeros. En 1887 recibe el orden de presbítero, y su primer y único encargo, vicario de la parroquia de Albaida, pues al poco tiempo decide ingresar en la Compañía de Jesús. El 30 de junio de 1888 inicia el noviciado en el monasterio de Veruela (Zaragoza). Cumplido el tiempo de la probación, emite los primeros votos y, según prácticas habituales de la Orden, pasa a repasar sus estudios de letras y filosofía, concluido el cual hace lo propio con la teología en el Colegio Máximo de Tortosa, estudios que simultanea con la licenciatura en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza, obteniendo le calificación final de sobresaliente.

Desde 1894 hasta 1899 se ocupa en la docencia en colegios de segunda enseñanza en Zaragoza y Orihuela, dejando la impronta de su capacidad intelectual, alabada por todos. Competente y claro en sus explicaciones, amable en el trato con todos, y una atrayente piedad, ejerce una fructífera atracción en sus alumnos, y logra alguna vocación religiosa para la Compañía.

Terminando este período de docencia pasa a Manresa y Tortosa para acabar el llamado período de formación jesuítica con la Tercera Probación, y su incorporación definitiva a la Orden. En Tortosa emite su profesión solemne el 15 de agosto de 1900. Marcha a Roma y forma parte de la Comisión que debe revisar el derecho del Instituto. Se va a consagrar a la docencia, formando sacerdotes en la moral y el derecho canónico, con toda la competencia que tiene demostrada. También se dedica a la investigación y publicación de obras. Atiende a las consultas que se le ofrecen, y en 1918 marcha de nuevo a Roma, en donde permanece hasta 1924. Como profesor sus explicaciones son nítidas, competentes, amenas «sabía la moral a la perfección», entusiasmando a los alumnos, aunque para otros era «un poco rigorista». Pero unos y otros coincidían en señalar que «estaba siempre a disposición de quien lo requiriera». Se preparaba

las clases concienzudamente, a pesar de su enorme trabajo, como buen estudioso. Siempre dentro de la más pura ortodoxia. Obras como el *Compendium theologiae moralis* o el *Epítome de teología moral* fueron textos en las facultades o seminarios, y alguno de ellos también en las universidades españolas. Su capacidad de estudio y trabajo se comenta con admiración y extrañeza entre el alumnado. En sus paseos vespertinos le acompaña un amanuense, que escribe sus reflexiones sobre el tema que lleva entre manos.

Estos profundos conocimientos de moral y derecho canónico son el motivo por el cual es consultado, interviniendo en cuestiones importantes para la Iglesia y para la Compañía de Jesús. Toma parte en la codificación del Código de Derecho Canónico, «trabajando intensamente con el cardenal Gasparri». Era una cosa notable el número de cartas que recibía, quien puede considerarse «uno de los hombres más eminentes de su tiempo. Cábele la gloria de haber sido el instaurador del estudio de la Teología Moral en España, América y Filipinas». Si los mejores aplausos los obtiene como docente de sus alumnos, los testimonios sobre su vida religiosa aportan los mismos reconocimientos. Excelente religioso, muy buen compañero, nada soberbio, serio y formal. No le gustaban las críticas y murmuraciones. Nada exigente en las comidas. Vive con suma pobreza, dando ejemplo en todo, y no era amigo de alabanza: «Todo para la gloria de Dios». En sus panegíricos y sermones de los que se conservan dos tomos, destaca particularmente su fervor y devoción. Declamaba «con mucho sentimiento» y algunos lo califican de orador «elocuentísimo». El sermón predicado en Barcelona el 8 de diciembre de 1904, en honor de la Inmaculada Concepción, «se hizo célebre». Considerado un sabio con reconocimiento internacional, doctor y catedrático de Teología Moral por la Pontificia Universidad Gregoriana, fue una lumbrera, cuya luz llegó a los confines de la Iglesia universal. Sus libros adquirieron merecida fama y eran cita obligatoria. Varias generaciones de moralistas bebieron de sus libros y atendieron su parecer en las disputas. En los enfrentamientos puntuales de dos principios era buscado con gran respeto. Sin duda alguna, fue uno de los hombres influyentes de la Iglesia contemporánea.

La disolución de la Compañía de Jesús en 1932 le cogió en Sarriá (Barcelona), y allí empezó su calvario. Fue de casa en casa, siempre resignado, escondiéndose y sufriendo diversos registros, encarándose con su claridad intelectual con lo evidente: «¡Ojalá hoy mismo esté ya en el cielo después de dar la vida por nuestro Señor!». Dada su edad, 75 años, ser diabético, amén de otros achaques, permanece en España. Al conocerse el asesinato del padre Cots el 21 de julio de 1936, que venía haciendo de superior del piso en donde se hallaba el padre Ferreres, cambió de domicilio, permaneciendo aquí hasta el 10 de agosto. Celebra a diario la misa en un oratorio cercano. Mantiene la paz interior, soportando los registros de los milicianos con entereza: «Se sentía decidido ante los peligros y deseaba ser mártir por Cristo con verdaderas ansias».

El 9 de agosto nuevo registro a las dos de la madrugada, le detienen y llevan al control del Passeig de Sant Gervasi, devolviéndolo al poco tiempo: «No profirió palabra alguna en defensa propia, ni contesto nada de lo que se le pedía». Acusado falsamente de haber disparado contra el pueblo, al día siguiente se refugia en el sótano de la casa de un antiguo criado del colegio de Sarriá. Así las cosas, el hermano Fábregat que le tiene a su cuidado consulta con el padre Juan Guim si sería más conveniente que se marchara a su pueblo natal, y así lo resuelven. Obtenido un pasaporte, llega a Olleria el 12 de agosto, acogiéndose en casa de su hermano José María, donde permanecerá hasta el 19 del mismo mes. Este día los milicianos lo llevan ante el comité para declarar: «Allí abusaron de su ancianidad y le amenazaron con una pistola». Regresa a su casa, y ponen un miliciano a la puerta; otro día queman allí mismo los libros suyos que le había regalado a su hermano, con las imágenes y objetos religiosos de la casa. El sábado 29 de agosto vuelven a detenerlo y en compañía de su hermano llega a San Miguel de los Reyes, convertido en prisión, pero debido a su estado lo ingresan en la enfermería.

A su lado, un padre claretiano, Modesto Jorcano, le confiesa, y unos buenos compañeros no le dejan solo un instante, a ellos les dice: «Quizas un día en esta cárcel nos valga más ante Dios que toda la vida religiosa». Ecuánime, con ánimos de martirio,

animaba y consolaba a todos, llevando los sufrimientos de la cárcel con mucha paciencia. Se levantaba pronto, no quería que se le ayudase, para no molestar, pero agradecía mucho cuando se le prestaba, y mucho más cuando por la enfermedad comenzaron a salirle llagas en diversas partes del cuerpo. El «Dios se lo pague» estaba siempre en sus labios dirigido al dilecto enfermero Juan García, futuro sacerdote diocesano, admirado, pues «nunca hizo un gesto de desaprobación ni de queja cuando le curaba, a pesar de sus dolores». Era grande su oración «siempre rezando». Ansiando comulgar, «es la mayor alegría que me podrían dar».

No se quejaba de los carceleros, ni hablaba mal de los revolucionarios. Su vida en la prisión fue intensamente espiritual, dócil a la voluntad de Dios. Consejero eficaz, responde siempre con afecto a las muchas consultas que se le hacen, «que aclaraba con sencillez y precisión». Entró enfermo y aumentaron sus dolores. Su resignación en la voluntad de Dios y su serenidad edificaban a todos, y esto último admira y atrae las simpatías de los funcionarios.

A base de nudos en un cordel repasa el Rosario, siempre con frío en los huesos:

> «¿A que no sabéis para que nos ha metido Dios Padre en esta cárcel? [...] Pues para que saquemos unos títulos que no saben dar las academias [...] la licenciatura o el doctorado de mártires. Si, hijo, para conocer más y mejor lo bueno que es nuestro Padre Dios no hay como vernos aquí hundidos en la cárcel».

El día de la Inmaculada sufre un ataque de hemiplejia y debe permanecer en el catre, y su cuerpo empieza a sufrir aún más. Le preguntan si sufre mucho. «Mucho sí, pero todo es poco para ofrecerlo al Señor para que salve a España». Dos días después le traen la comunión, escondida en un estuche usado de papel de fumar fabricado en Alcoy, por todos conocido. Se confiesa, comulga tumbado en la cama: «¡Ya soy feliz! ¡Ya pueden matarme!» Un hermano suyo pretende llevárselo a su pueblo natal, pero no lo consigue.

En varias ocasiones los milicianos pretenden llevárselo y liquidarlo, pero su mal estado lo ha impedido siempre. No se sostiene en pie. Pero, al fin, tampoco eso les importa. En una

calculada operación deciden cargarlo a un jergón el atardecer del 21 de diciembre. Exigen al director de la cárcel que se lo entregue. Entre cuatro lo sacan e intentan introducirlo en el coche, pero tienen que rendirse a la evidencia, pues las dimensiones del automóvil no permiten cargar con todo: «Quédate ahí, perro. Es lo mismo. Le pegaremos un tiro mañana», le dicen sus enemigos.

No volvieron hasta ocho días después. Ya había muerto. Le devuelven a la enfermería. Pudo comulgar también el día de Navidad, agravándose en la noche del 28 de diciembre, y entrega su alma a Dios la media mañana del día 29 de diciembre: «Señor mío, Padre mío, en tus manos encomiendo mi espíritu». Fue la muerte del justo, devotamente rodeado de todos los que le querían. Su cadáver fue expuesto en el sótano por donde pasaron todos para verle y rezarlo, y «pedían reliquias suyas, pues le tenían en muchísimo aprecio». Sus compañeros de la prisión reunieron dinero para que tuviera una «caja» digna, pero el director de la cárcel no lo permitió: «Gracias que lo enterramos en caja», les dijo. Recibió sepultura en el cementerio general de Valencia. El 25 de marzo de 1940, identificados sus restos, se inhumaron en el panteón de la Compañía de Jesús.

En 1952 se abrió el proceso ordinario informativo de la Causa sobre la declaración de martirio de diversos jesuitas *in odium fidei* el año 1936.

«El caso del padre Juan Bautista Ferreres Boluda, SI, merece una consideración especial. Si bien él no fue asesinado directamente por sus carceleros o perseguidores, es claro que fue arrestado *in odium fidei,* y que murió a causa de los malos tratos recibidos por haber sido fiel a Cristo y a la Iglesia hasta el final. Esto justifica que sea declarado mártir de la fe».

El 20 de diciembre de 1999 el papa Juan Pablo II aprueba el martirio de este extraordinario jesuita, que es beatificado el día 11 de marzo de 2001, junto con otros 232 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939. Por su parte el ayuntamiento de Olleria le ha dedicado una avenida.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

ADRO, X., SI, *Jesuitas mártires* (Esin 1997) 599-609.
BATLLORI, M., *Los jesuitas en el Levante rojo: Cataluña y Valencia, 1936-1939* (Barcelona 1941) 145-147.
SANABRE SANROMÁ, J., *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa, 1936-1939* (Barcelona 1943) 433.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO GERARDO CAGNOLI
Religioso († 1343)

Gerardo Cagnoli nace en Valenza, Italia, hacia 1267 en el seno de una noble familia. Huérfano de padre a los diez años de edad, tuvo también a su madre enferma muchos años, y la obligación de estar a su lado y cuidarla le impiden seguir su decidida vocación religiosa. Una vez muerta su madre, se desprende de los muchos bienes heredados y visita devotamente los santuarios de Italia, llevando una vida austera y penitente, decidiéndose por la vida eremítica en las laderas del Etna. Pero, cuando teniendo ya cuarenta años, oye hablar de la santidad de San Luis de Tolosa, el joven obispo franciscano entonces recién canonizado, se enciende en él el deseo de profesar también la regla franciscana y entra, el año 1308, en el convento de Randazzo profesando como hermano lego. Es destinado al convento de Palermo, que será el teatro de sus virtudes religiosas. Se le asigna el oficio de portero, en el que tiene oportunidad de recibir y atender a los pobres, lo que hace con el mayor amor, y muy pronto se le empiezan a atribuir numerosos milagros que avalaban a los ojos de los fieles la fama de santidad que le rodeaba, por su humildad, su caridad, su paciencia y todas sus virtudes. Permitió el Señor que experimentase en su alma fuertes tentaciones que venció sobre todo por su acendrada devoción a la Virgen María. Entregó su espíritu al Señor el 29 de diciembre de 1343 y enseguida comenzó a dársele culto popular, que fue confirmado por el papa San Pío X el 13 de mayo de 1908.

BEATO GUILLERMO HOWARD

Mártir († 1682)

Nace en Londres en 1614, nieto de San Felipe Howard —cf. biografía el 19 de octubre—, conde de Arundel, y es educado en la religión católica. Contrajo matrimonio con María Stafford. Reivindicó los bienes de sus antepasados y logró ser admitido en la Cámara de los Lores. Militó en el ejército de Carlos I, del que fue un súbdito honesto y leal. Pero como su catolicismo le impedía participar en los asuntos públicos, se retiró a su casa y se dedicó a la educación de sus hijos y la administración de sus bienes. Así pasaron años hasta que, restaurada la monarquía, Titus Oates se inventó una conspiración católica contra el rey, siendo Guillermo uno de los acusados. Sin prueba alguna fue arrestado y encarcelado en la Torre de Londres el 25 de octubre de 1680. Dos años más tarde fue llevado a juicio, siendo acusado de organizar una rebelión contra el rey, de querer masacrar a los principales jefes del país y urdir el asesinato del propio monarca. Se defendió Guillermo de todas las acusaciones e hizo ver que la razón de las acusaciones era el odio al catolicismo. Por 52 votos contra 31 se decidió su culpabilidad. Devuelto a la Torre, pasó los días siguientes en la plegaria. El 29 de diciembre de 1682 una gran muchedumbre acudió a presenciar su decapitación, siendo muchos los convencidos de su inocencia. Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BENEDICTA HYON KUONG-NYON, PEDRO CHOE CHANG-HUB, BÁRBARA CHO CHUNG-I, MAGDALENA HAN YONG-I, ISABEL CHONG CHONG-HYE, BÁRBARA KO SUN-I, MAGDALENA YI YONG-DOG

Mártires († 1839)

En Seúl fueron decapitados por su condición de cristianos el 29 de diciembre de 1839 siete fieles: seis mujeres y un hombre. El lugar de su ejecución fue la llamada Pequeña Puerta del Oeste. Y damos aquí los datos personales de cada mártir.

BENEDICTA HYON KUONG-NYON nace en Seúl el año 1794 y era la hermana mayor de San Carlos Hyon Song-mun —cuya biografía tiene el lector el 19 de septiembre—. Hija de padre católico de la primera hora, de él recibió la primera educación cristiana. Su padre muere mártir en 1801. Su familia se trasladó a vivir en Kumsong, en la provincia de Kangwon, y luego a Tognae, en la provincia de Kyongsang. Posteriormente volvió la familia a Seúl. A los 17 años se casó con un hijo de un mártir, pero a los tres años su marido murió sin que hubieran tenido hijos. Vuelve con su familia y decide vivir como una cristiana muy activa, ayudando a su hermano Carlos en sus estudios. Rezaba cada día con su madre y su hermano y daba magníficos consejos a los cristianos que la visitaban. También daba catecismo a los cristianos poco instruidos, animaba a los paganos a hacerse cristianos y visitaba a los enfermos y bautizaba a los niños en trance de muerte. Recibió con gran gozo la llegada del sacerdote chino P. Yu, de cuya casa se encargó y con el que colaboró en las actividades de las mujeres cristianas. Cuando luego llegó el P. Maubant con el que el sacerdote chino no se entendió, Benedicta intentó atender a ambos con igual dedicación. Posteriormente llegaron el P. Chastan y el obispo Imbert. Y en 1839 comenzó una nueva persecución. Benedicta supo que ella estaba en la lista de los cristianos denunciados. Ella tomó precauciones para no ser reconocida, sin embargo, en julio fue arrestada. Debió comparecer ante el magistrado y fue torturada horriblemente en orden a conseguir su apostasía y a sacarle el paradero de su hermano en orden a capturar a los misioneros extranjeros. Torturada en público ocho veces y torturada en privado hasta veinte veces. Permaneció muy firme y soportó todos los tormentos. Los misioneros fueron capturados y ejecutados el 21 de septiembre. Mientras tanto Benedicta permaneció en la cárcel hasta que el 30 de septiembre fue llevada al Ministerio de Justicia y no fue hasta un mes más tarde cuando se la interrogó por primera vez, declarando su disposición a morir por Dios. Estaba muy enferma y tenía el cuerpo en pésimas condiciones cuando le llegó la sentencia de muerte. Pudo escribirle una carta a su hermano consolándolo y animándolo. Su rostro irradiaba felicidad cuando fue sacada de la cárcel y subida al carromato que la llevó al lugar del suplicio.

PEDRO CHOE CHANG-HUB nace en Seúl el año 1787 y era el hermano menor del mártir Juan Choe Chang-hyon que dio la vida por la fe en 1801. Por sus estudios pudo trabajar como funcionario para el gobierno. Su padre murió cuando tenía 13 años y su hermano fue martirizado poco después, y por ello él tenía poco conocimiento de la fe cristiana, y lo mismo la joven con la que contrajo matrimonio, la futura mártir Santa Magdalena Son Sobyog —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Una conversación que escuchó le animó a profundizar en su fe pero no sin miedo por las posibles persecuciones. La epidemia de cólera de 1821 le hizo plantearse más seriamente el tema del sentido de la vida. Él y su esposa se decidieron por recibir el bautismo y asimismo bautizaron a sus once hijos. De éstos morirían hasta nueve los siguientes años. Cuando llegaron los misioneros recibieron los demás sacramentos. Pedro colaboraba con entusiasmo en la actividad de la comunidad cristiana. Llegada la persecución se refugió con su mujer en la casa de su yerno, pero en mayo de 1839 toda la familia fue arrestada. Pedro confesó la fe valientemente y soportó los tormentos como penitencia por sus pecados. Trasladado luego al Ministerio de Justicia, debió soportar muchos malos tratos hasta que le llegó la condena a muerte y el martirio.

BÁRBARA CHO CHUNG-I nace en Ichon, provincia de Kyonggi, el año 1782, hija de un cristiano llamado Francisco. A los 16 años contrajo matrimonio con el futuro mártir San Sebastián Nam I-gwan —cuya biografía tiene el lector el 26 de septiembre—, y se les murió el primer hijo. En la persecución de 1801 su esposo fue desterrado, su padre y su suegro fueron martirizados. Ella permaneció en Seúl hasta que hubo de irse con su abuelo y hermano menor, y al morir el abuelo se ganó la vida echando horas de trabajo para otras familias. Su religiosidad se vino abajo en estos años de separación de su esposo. Pero en 1811 una familia católica de Seúl la invitó a irse con ella y allí la fe de Bárbara se hizo más viva y dio sus ahorros para facilitar la llegada de un sacerdote a Corea. En 1832 volvió su esposo del destierro y su encuentro con él estuvo lleno de una indecible emoción. Ella y su esposo albergaron al P. Yu cuando llegó a Corea desde China. Visitaron a los cristianos de los alre-

dedores y animaron a todos en su fe. Ellos recibían en su casa a los cristianos venidos de fuera y que no tenían dónde hospedarse. Llegada la persecución su esposo fue arrestado, juzgado y condenado a muerte y ella supo su muerte martirial el 19 de agosto de 1839. Arrestada, fue torturada de manera seguida y cruel, pero no se vino abajo en su confesión de la fe. Llevada al Ministerio de Justicia, fue finalmente condenada a muerte y decapitada el 29 de diciembre de aquel año tras seis meses de cárcel.

MAGDALENA HAN YONG-I nació en Seúl el año 1783 en el seno de una familia pagana. En su primera juventud contrajo matrimonio con Kwon Chin-sa, acreditado profesor y calígrafo. Por sus estudios llegó al conocimiento del cristianismo y atrajo a él a su mujer, muriendo no muchos años después de su matrimonio. Para mejor conocer el cristianismo y ser introducida en la Iglesia ella y su hija, la futura mártir Santa Águeda Kwon Chini —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—, se fueron a vivir con una familia católica, experimentando la pobreza y falta de medios, y más tarde se fue a vivir a la casa de San Pablo Chong Ha-sang —cf. biografía el 22 de septiembre—. Llegada la persecución de 1839 fue arrestada y llevada a la cárcel. Interrogada y torturada cruelmente permaneció firme en la fe. Luego de un largo período de cárcel fue condenada a muerte.

ISABEL CHONG CHONG-HYE había nacido en Majae, provincia de Kyonggi, el año 1797, hija de Santa Cecilia Yu So-sa (cf. biografía el 20 de septiembre) y hermana de San Pablo Chong Ha-san, ambos mártires, y él uno de más distinguidos abanderados del cristianismo en Corea. Su madre era la segunda esposa de Agustín Chong Yak-jong, quien fue decapitado por la fe en la persecución de 1801 y dejó así a sus hijos este ejemplo inigualable de fidelidad a la fe cristiana. Isabel había sido bautizada por el sacerdote chino P. Chu Mun-mo en mayo de 1800. A la muerte del padre, Cecilia con sus hijos volvieron al pueblo natal, Majae, donde vivieron todos pobremente. Isabel recibió instrucción cristiana de su madre. Ella se quedó con su madre cuando su hermano Pablo las dejó para ir a la capital y atender los asuntos de la Iglesia, especialmente la necesidad de que fueran a Corea misioneros. En 1827 estaba Pablo en Pekín cuando

el obispo Pires le dijo que apreciaba sus esfuerzos a favor de la Iglesia coreana pero que no estaba de acuerdo en que hubiese abandonado a su suerte a su madre y a su hermana. Entonces Pablo fue al pueblo, donde pasó un tiempo, pero luego, viendo que las condiciones económicas eran las mismas que en la capital, se llevó consigo a su madre y a Isabel para vivir en Seúl. Sobrellevaron con paciencia y humildad la pobreza en que vivían. Isabel decidió pasar el resto de su vida en el estado de virginidad. Pablo retomó su trabajo a favor de la Iglesia, tal como se cuenta en su propia biografía (22 de septiembre). Pasaron años, llegaron sacerdotes católicos por fin e incluso el santo obispo Imbert e Isabel estuvo todo el tiempo junto a su hermano, atendiendo a los misioneros y viviendo en piedad, pobreza y humildad. Llegó la persecución de 1839 y ella llevaba comida y vestidos a los cristianos presos al tiempo que se ocupaba de los pobres de fuera, y mientras Pablo estaba ausente pues había ido a esconder al obispo, Isabel con su madre fueron arrestadas el 1 de junio. Instada a que apostatara soportó hasta trescientos golpes de caña, pero su preocupación estuvo en consolar y animar a sus compañeros de prisión. Cuando se ejecutó a su hermano pero a ella no, su tiempo en la cárcel lo dedicó a pedir por los perseguidos católicos.

BÁRBARA KO SUN-I había nacido en Seúl el año 1798 en el seno de una familia católica. Su padre Ko Kwang-song murió mártir en la persecución de 1801. Por ello fue su madre la que se encargó de su educación, siendo ella desde pequeña una católica firme y convencida. Al llegar a los 18 años la pidió en matrimonio un joven pagano pero ella se negó firmemente, y poco después contrajo matrimonio con un joven católico, San Agustín Pak Chong-won —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Fueron un matrimonio modelo, se quisieron muchísimo y criaron a sus tres hijos en el temor de Dios. Él desempeñó un brillante papel como uno de los líderes de la Iglesia. Ambos esposos gozaban de muy buena reputación en su entorno. Llegada la persecución de 1839, Agustín hubo de marcharse de su casa y esconderse, lo que no le impidió visitar de noche a los cristianos presos y prestar a la Iglesia muchos servicios. Bárbara se quedó en la casa, siempre con el miedo a lo que pudiera pa-

sarle a su marido. Agustín fue arrestado el 26 de octubre de 1839 y ella estaba a punto de salir para presentarse al magistrado cuando la policía vino por ella y la arrestó. Marido y mujer se reencontraron en la cárcel. Juntos comparecieron ante el magistrado y por seis veces se negaron a apostatar. Fueron bárbaramente torturados hasta el punto de quedar ambos cojos. Volvieron a la cárcel y fueron motivo de ánimo para los otros cristianos presos. A los diez días fueron llevados al Ministerio de Justicia. Nuevos interrogatorios y nuevas torturas, pero fue en vano. Perseveraron en la fe. Fueron condenados a muerte. Ella dio gracias a Dios por haberle dado la fuerza del Espíritu. No murió con su esposo, que la sobreviviría un mes.

MAGDALENA YI YONG-DOG había nacido en Seúl en 1812, hija de Bárbara Cho, que moriría mártir, y hermana mayor de Santa María Yi Idog —cuya biografía tiene el lector el 31 de enero—. Pertenecían a una familia noble y oyeron hablar del cristianismo a su abuela, que en la ancianidad se había venido a vivir con ellas. Pero el padre era muy opuesto al cristianismo y las nuevas creyentes debieron practicar muy en secreto su fe. Magdalena, llegada a la juventud, tomó la determinación de vivir en la virginidad. Por ello cuando su padre le propuso matrimonio el problema estalló. Ella se mantuvo firme pero el padre también. Vivió muy angustiada durante años y cuando cumplió 27 el padre volvió a insistir en que se casara. Le pidió permiso al obispo Imbert para abandonar su casa, pero el obispo no lo creyó prudente. Le hizo caso de momento pero luego, vista la oposición del padre al cristianismo, la madre tomó la resolución de marcharse con sus hijas a casa de un creyente. El obispo al saberlo les pidió que volvieran a su casa pero ellas le explicaron que en la costumbre del país ello era imposible. Alquilaron una casita donde vivían pobremente pero podían practicar su religión. Catalina Yi y su hija Magdalena Cho se le juntaron y se animaron unas a otras. Llegada la persecución de 1839, empezaron a prepararse para el martirio. Fueron arrestadas y llevadas ante el magistrado, se negaron a apostatar y fueron torturadas. Llevadas a la cárcel, allí Bárbara Cho y Catalina Yi contrajeron el tifus y murieron, y asimismo Magdalena pero mejoró y pudo asistir a su madre que murió también de la fiebre. Interrogadas

y torturadas de nuevo, fueron por fin llevadas al Ministerio de Justicia y recibieron la condena a muerte luego de expresar con firmeza su fe. Magdalena moriría un mes antes que su hermana.

Todos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 en Seúl por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea que sufrieron martirio entre 1839 y 1846.

BEATOS ENRIQUE JUAN REQUENA Y JOSÉ PERPIÑÁ NÁCHER

Mártires († 1936)

El nuevo *Martirologio romano* le pone como nombre al primero de estos mártires *Henrici Ioannis,* como si Juan fuera nombre, pero en realidad Juan era el primer apellido de este sacerdote valenciano que junto con el seglar José Perpiñá fue fusilado en el Picadero de Paterna el 29 de diciembre de 1936.

ENRIQUE JUAN REQUENA nació en Ayelo de Malferit el 2 de marzo de 1907 en el seno de una cristiana y numerosa familia de catorce hijos. Estudió en el colegio de vocaciones eclesiásticas y luego en el seminario conciliar de Valencia, ordenándose sacerdote en las Navidades de 1930. Fue destinado como coadjutor a la parroquia de Enguera, con cuyo párroco, don José Aparicio Sanz, que también moriría mártir, estuvo muy compenetrado. Fue un sacerdote celoso, amable, trabajador y discreto que trabajó mucho en la visita a pobres y enfermos y en el sector de la juventud. Músico y organista, cuidó mucho el canto sagrado. Ocultado al comenzar la revolución de julio de 1936, el 1 de octubre se entregó para no comprometer a quienes le ocultaban, siendo también detenido su párroco y un grupo de seglares. Trasladado a Valencia, fue internado en la checa del seminario, y al día siguiente llevado a la Cárcel Modelo hasta su fusilamiento el 29 de diciembre.

JOSÉ PERPIÑÁ NÁCHER nació en Sueca el 22 de febrero de 1911. Hizo los estudios primarios y el bachillerato en el colegio de los PP. franciscanos. Joven sinceramente católico, daba catecismo a los niños en su parroquia y visitaba a los enfermos. Al terminar el bachiller hizo los estudios de telegrafista y se colocó

en el vapor Baleares, y luego, en la universidad de Santiago de Compostela, estudió Derecho, ejerciendo como abogado y prestándose a defender a los pobres gratuitamente. En 1935 contrajo matrimonio con Francisca Boch, con la que no tuvo hijos. Se alistó en las filas de la Acción Católica y era cumplidor muy fiel de los deberes de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Llegada la revolución se escondió. A su familia le aseguraron que no le pasaría nada y por ello volvió a su casa siendo arrestado el 3 de septiembre y conducido a la Cárcel Modelo. A un sacerdote compañero de prisión le reconoció que el martirio era una gracia que había pedido al Señor desde su adolescencia. Se despidió de sus compañeros de prisión con entereza y fue al martirio con gran serenidad.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de diciembre

A) Martirologio

1. En Roma, en la Via Apia, la deposición del papa San Félix I († 274).
2. En Bolonia (Mesia), San Hermes († 300), exorcista y mártir.
3. La conmemoración de San Anisio († 406/410), obispo de Tesalónica, vicario papal en el Ilírico *.
4. En Tours (Galia Lugdunense), San Perpetuo († 491), obispo *.
5. En Aosta, San Jocundo († ca. 502), obispo.
6. En Flay (Neustria), San Geremaro o Germer († 658), abad.
7. En Evesham (Inglaterra), San Egwino († 717), obispo.
8. En los Vestinos (Italia), San Rainiero († 1077), obispo de Áquila *.
9. En Cannas (Apulia), San Rogerio († s. XII), obispo.
10. En Frazzanó (Sicilia), San Lorenzo († 1162), monje.
11. En Palestrina (Lacio), Beata Margarita Colonna († 1280), virgen, monja clarisa **.

12. En Génova (Italia), Beata Eugenia Ravasco († 1900), virgen, fundadora del Instituto de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

13. En Pancalieri (Turín), Beato Juan María Boccardo († 1913), presbítero, fundador de la Congregación de Pobres Hijas de San Cayetano **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATA MARGARITA COLONNA
Virgen († 1280)

Monja clarisa de especial significación mística, cuya vida quedó en la historia como modelo de figura popular y admirada, sin que las autoridades romanas tuvieran algo que decir ni que reconocer, hasta que el Papa seis siglos más tarde confirmó su carácter de beata y señalara su fiesta para ser celebrada el 30 de diciembre.

Nació en Roma en 1254. Fue hija del príncipe Oddo Colonna de Palestrina y de Mobilia o Magdalena Orsini. Educada en el ambiente distinguido de un hogar tradicional y cristiano por su piadosa madre, manifestó desde niña los más bellos sentimientos de devoción a Jesús y de amor a la Iglesia. La madre había conocido a San Francisco de Asís en la casa de su hermano Mateo Colonna y jamás había podido olvidar la impresión de haberse encontrado con un santo. Ese sentimiento lo manifestaba frecuentemente ante sus hijos y fue tal el afán de santidad que infundió en su hija que desde niña Margarita quiso ser de las seguidoras del Santo.

Los padres murieron cuando ella era jovencita, primero la madre y luego el padre. Ella tuvo que dedicarse en el hogar a cuidar de sus dos hermanos, uno mayor y el otro más pequeño. El pequeño fue luego cardenal desde 1278 y su nombre, Santiago Colonna, sería admirado en Roma como el más piadoso y honrado de la curia. Ejerció diversos cargos en los pontificados de Nicolás III, Martín V y Honorio IV.

El hermano mayor, Juan, fue quien se encargó de la familia y el que protegió a Margarita. Fue persona muy influyente en Roma, pues fue dos veces senador de la ciudad y tuvo también

gran influencia en el gobierno pontificio. Hombre piadoso y rico, siguió la vida de su hermana con especial afecto y supo respetar sus afanes de santidad. Fue quien, después de muerta, escribió su biografía hacia 1285 y contribuyó así a que su fama de santa se extendiera ampliamente por toda Italia. En la biografía reveló muchos de los hechos sobrenaturales que en ella habían acontecido y durante su existencia habían permanecido ocultos por la humildad de la beata.

Siendo Margarita muy joven, en 1273, fue solicitada en matrimonio por un noble romano, perteneciente a las más distinguidas estirpes romanas, lo que le abría el camino hacia una vida distinguida y cómoda en la señorial Roma. Pero ella tenía ya puesto el corazón en otro esposo más sublime y, con ayuda de su hermano pequeño, se retiró a la soledad del monte Prenestino, en donde hoy se halla el castillo llamado de San Pedro. Allí reunió un grupo de doncellas prendadas de la vida franciscana como ella. Surgió así un beaterio de clarisas pobres que, aunque no tenía la aprobación oficial de la curia ni dependencia de los franciscanos de la ciudad, eran la admiración de las gentes del entorno por su vida de oración, de caridad y de admirable pobreza.

La comunidad de estas nuevas clarisas encarnaba la más genuina forma querida por San Francisco: oración y penitencia, estrecha fraternidad entre las reunidas, caridad y limosnas continuas para los mendigos e indigentes que se acercaban a ellas. Margarita misma obtuvo de su hermano mayor, que actuaba como su tutor, autorización para repartir toda su dote en limosnas a los mendigos a fin de quedar plenamente pobre. Así lo había sido su padre San Francisco y así lo había sido el mismo Jesucristo. El hermano, a pesar de todos los inconvenientes, comprendió el ideal que a su hermana guiaba y fue respetuoso con sus decisiones y preferencias.

Ayudó, incluso con sus propias limosnas, a que los pobres encontraran en el beaterio alimentos y cuidados en las enfermedades. A la única que no pudo ayudar fue a su propia hermana, a la que quería como hermano pero a la que respetaba como cristiano. La piadosa Margarita rechazó sistemáticamente toda ayuda que le ofrecían sus ricos familiares, prefiriendo vivir de lo

poco que conseguían las Hermanas reunidas con su trabajo manual y solicitando limosnas de puerta en puerta. Al mismo tiempo que pedían limosna, ayudaban a los enfermos y afligidos y ofrecían palabras de compasión y plegarias de intercesión a quien las ofrecía un mendrugo de pan. A su hermano, que la encontraba a veces mendigando por la calle y ofrecía una rica aportación para sus necesidades, le decía humildemente al rehusarla: «Hermano, prefiero vivir de la mesa del Señor que de las ayudas de los ricos de este mundo».

Intervino el ministro general de los franciscanos, fray Jerónimo de Ascoli, para que fuera aceptada con algunas de sus seguidoras en el monasterio de Santa Clara en Asís. Impulsada por sus familiares, hubo de acceder por algún tiempo: pero pronto la enfermedad se encargó de sacarla del claustro y devolverla a las calles de la urbe. Entonces se estableció junto al santuario de Mentorella, en el monte Guadanoglo, en las cercanías de Roma.

Fue conocida, admirada y seguida por muchas almas piadosas que se acercaban a pedir oración y consejos a la clarividente discípula del Pobrecillo de Asís. Una noble y piadosa matrona romana, llamada Altrudis, la persuadió para que aceptara residir en su señorial casa y convertir un palacio en centro de acogida para los pobres a los que ella atendía. Aceptó su hospitalidad durante un tiempo y ejerció un eficaz apostolado en aquella mansión convertida en asilo de desamparados.

Pero en 1278 retornó al monte Prenestino, en donde continuó durante años edificando a los que conocían su estilo de vida. Sobre todo practicaba la más fina caridad con los enfermos y los pobres enfermos. Cuando una tremenda peste asoló la región romana, se hizo conocer por su valentía ante los contagiados, a los que ayudaba a bien morir cuando la enfermedad era grave. Incluso estuvo un tiempo sirviendo a todos los franciscanos del convento de Zagarolo que quedaron invadidos por la enfermedad.

Se recuerda su gesto heroico de acoger en su casa a un leproso abandonado de Poli, con el que compartió la comida sin miedo al contagio y al que cuidó sus infectadas llagas sin reserva y con admirable ternura. A los que huían de su presencia les

decía que si no tenían miedo al pecado no había razón para huir de la lepra, que es menos peligrosa.

> «Si fuera el mismo Jesucristo el que estuviera en este lecho de enfermo, ¿os escaparías también corriendo o vendríais amorosos a contemplarle y prestarle ayuda?»

En la medida en que sus muchos actos de caridad se lo permitían, su sistema de vida, de oración y de trabajo estaba regido por la regla de Santa Clara. Ayudaba a las Hermanas en los desalientos y fatigas. A veces las hacía conocer sus singulares dones místicos, a fin de que ellas se sintieran fortalecidas. Las decía con sencillez:

> «Las dos piernas con las que una seguidora de San Francisco camina por la vida sólo pueden ser la oración y la pobreza; si una se debilita, no se puede caminar bien y si las dos desaparecen la seguidora de Jesús ya no puede continuar avanzando en el camino de la santidad».

Al tiempo que realizaba estas proezas de oración y pobreza, y en medio de los actos de caridad que realizaba continuamente, sentía que Dios la regalaba con dones místicos que a ella misma la sorprendían y en ocasiones desconcertaban. Sus éxtasis eran cada vez más frecuentes y los dones de lágrimas, de celo apostólico y las visiones celestes se sucedían sin cesar. Un día tuvo la visión de que el mismo Señor se le acercaba de manera indudable y la colocaba en el dedo el anillo de desposada.

Otro día vio que la coronaba con una girnalda de lirios. Llegó el día en que se la acercó y la dejó impresa la llaga del costado, que la afectó incluso al corazón, signo visible que la quedó para el resto de su existencia.

El sentido de estos dones sólo los místicos pueden explicarlo en parte. Pero al tiempo que la hacían más pura ante Dios y más sorprendente ante los hombres, la estimulaban para entregarse a mayores penitencias y para multiplicar los gestos de amor al prójimo, actitud radical que arrastraba a las que vivían con ella.

Cuando su vida quedó consumida, más por el amor que por los trabajos en bien de los hombres, la proximidad de la muerte la llenó de regocijo. Intuyó con claridad que su fin se acercaba y pidió a sus compañeras oraciones y plegarias para que su tránsi-

to aconteciera siempre según los designios de la Providencia. Una úlcera dolorosa en el estómago la había hecho sufrir y amar a Dios en los tres últimos años de su vida. La noche de Navidad de 1280 vio a la Virgen María que tenía al Niño Jesús en los brazos. Coprendió que venían para llevarla de inmediato al paraíso y recibió con singular devoción el santo viático que pidió a las Hermanas.

Rogó a su hermano, el cardenal Santiago, que estaba presente, que la colocaran en tierra para expirar como lo había hecho Francisco de Asís. La complacieron durante un tiempo. Pero, extenuada como estaba, la devolvieron al lecho con piedad. Pidió un crucifijo, lo besó con ardor y lo mostró a las Hermanas que a su lado se deshacían en lágrimas, al tiempo las decía: «Amad al Señor... Amad mucho al Señor».

En cierto momento, reaccionó diciendo con exaltación: «He aquí a la Santísima Trinidad que viene, adoradla».

Fijó sus ojos en el infinito y exhaló el suspiro último de amor, que lo fue también de su vida terrena. Era el amanecer del 30 de diciembre de 1280.

Ese mismo día dijeron por ella los solemnes funerales, presididos por su hermano. Todos los franciscanos y numeroso pueblo de la zona acudió a tributarla homenajes de despedida. La enterraron en sepulcro humilde y sencillo y allí estuvo su cuerpo hasta que en 1285 todas sus compañeras fueron admitidas en el monasterio franciscano de San Silvestre in Cápite, a donde también trasladaron las reliquias de su fundadora y compañera.

El recuerdo de Margarita quedó en las gentes de Roma y en el mundo franciscano de toda Italia. Todos la invocaron desde entonces como beata e intercesora ante Dios, costumbre que perduró a lo largo de los siglos. El papa Pío IX sancionó oficialmente ese culto el 17 de septiembre de 1847, reconociéndolo y autorizándolo con un decreto pontificio, al tiempo que declaraba:

> «Seis siglos sin que se haya olvidado su recuerdo son suficiente milagro para considerarla en la lista de los hijos predilectos de la Iglesia».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CADDERI, A. C., *La b. Margherita Colonna (Clarissa, Palestrina 1255-Castel S. Pietro 1280)* (Roma 1984).
— «La beata Margherita Colonna nel VII centenario della morte (1280-1980)»: *Frate Francesco* 48 (1981) 31-42.
CASTIGLIONE HUMANI, M., «La principessa santa: Margherita Colonna»: *Frate Francesco* 13 (1936) 353-358.
FURITANO, G., «Margherita Colonna», en R. LEFEVRE (ed.), *Fatti e figure del Lazio Medievale* (Roma 1979).
OLIGER, L., *B. Margherita Colonna. Le due vite scritte dal fratello Giovanni Colonna senatore di Roma e da Stefania monaca di S. Silvestro in capite* (Roma 1935).

BEATA EUGENIA RAVASCO
Virgen († 1900)

> «La Beata Eugenia Ravasco estuvo enteramente dedicada a difundir el amor a los corazones de Cristo y de María. Contemplando estos dos corazones, ella se apasionó al servicio del prójimo y gastó la vida con alegría por los pobres y los jóvenes. Mirando a lo lejos supo abrirse a las urgencias misioneras, con una especial solicitud por los alejados de la Iglesia».

Así se expresaba el Santo Padre Juan Pablo II cuando el 27 de abril de 2003 colocó en los altares a Eugenia Ravasco, fundadora de las Religiosas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María. Así llegaba a esta su primera meta la causa emprendida en 1948 por mons. José Sin, arzobispo de Génova, dando inicio al proceso diocesano. El 26 de junio de 1981 se daba en Roma el decreto para la introducción de la causa en la curia romana, siendo presentada la *positio* sobre las virtudes el 20 de octubre de 1992. Sus virtudes heroicas eran declaradas el 1 de julio de 2000. Y el 5 de julio de 2002 aprobó el Santo Padre el milagro efectuado en la persona de la niña Eilen Jiménez Cardozo, de Cochabamba, donde un colegio lleva el nombre de la madre Eugenia.

Fue la suya una vida apasionada por Dios, a quien quiso servir con plenitud de entrega, y amándolo con un amor que la llevó a una plenitud igualmente de entrega a los pobres y a los jóvenes.

Eugenia María Ravasco nació en la populosa metrópolis de Milán, Italia, el 4 de enero de 1845, tercera de los seis hijos del matrimonio formado por el banquero genovés Francisco Ra-

vasco y su esposa Carolina Mozzoni Frasconi, siendo bautizada al poco tiempo de nacer en la parroquia de Santa María de la Pasión. Nacieron detrás de ella otros tres hijos en aquel hogar, pero el luto vendría muy pronto a entristecerlo, pues en 1848, contando Eugenia tres años, murió su madre y otros dos hermanitos murieron en breve tiempo. Quedó así roto y apesadumbrado aquel hogar, acomodado en lo económico, pero rico sobre todo en sentimientos cristianos, y el padre, pensando ante todo en lo mejor para sus hijos, decidió su vuelta a Génova, acompañado de dos de sus hijos, dejando en Milán a otros dos, Eugenia y Constancia, que quedaron a cargo de su tía Marietta Anselmi, dispuesta a ser para las dos niñas una verdadera madre. Y así fue. La tía Marietta puso lo mejor de sí misma en rodear de cariño y afecto a las dos niñas, que a su vez se encariñaron sumamente con tan buena y afectuosa tía. Por ello, cuando en 1852 el padre decide que la niña vuelva consigo, el dolor de Eugenia fue tal que le costó una enfermedad. El padre se volcó en afecto con su hija, a la que le esperaba un nuevo dolor: en marzo de 1855 moría su padre, quedando Eugenia al cuidado de su tío Luis Ravasco, banquero como su padre y de idénticos sentimientos religiosos.

Entra entonces Eugenia en un nuevo período de su vida que duraría siete años hasta la muerte de su tío Luis. Éste, responsabilizándose de sus sobrinos, confió la educación de Eugenia y de su hermana Elisa, menor que ella, y de la que se encariñó particularmente, a una institutriz, la señora Serra, que fue una educadora severa y rígida. Eugenia, de carácter abierto y exuberante, sufrió no poco con la severidad de la institutriz pero no se rebeló sino que con docilidad se atuvo a las normas que se le señalaban. Le llegaba la hora de hacer la primera comunión y de recibir asimismo la confirmación y para que la preparara a estos sacramentos Eugenia fue confiada a la dirección del por entonces canónigo Salvador Magnasco, que posteriormente sería vicario general de la diócesis genovesa y arzobispo de Génova. El canónigo despertó en ella sentimientos de verdadera piedad, de modo que tras su primera comunión en la iglesia de San Ambrosio el 21 de junio de 1855, Eugenia se sintió llamada a hacer de la Eucaristía el centro de la vida espiri-

tual. No podía pasar por delante de una iglesia que estuviera abierta sin entrar a saludar a Cristo en el sagrario. Igualmente el canónigo la dirigió a una devoción personal y sincera a los sagrados Corazones de Jesús y María, devoción que sería muy fuerte en su vida y por ello les dedicará la congregación que estaba destinada por Dios a fundar. Se pudo ver en Eugenia que tenía una misericordia como innata hacia los pobres, pudiendo decirse de ella aquello de que «la misericordia creció conmigo desde mi infancia» (Job 31,18). Con gran espontaneidad se desprendía de sus pequeños haberes para remediar a cualquier necesitado y hacía sacrificios personales con tal de tener con qué socorrer a los pobres. Todos además veían qué asidua a la oración personal se había vuelto Eugenia. Su tío Luis velaba por ella con el cariño de un padre y este afecto era para ella un sustituto válido de su querido y añorado padre. Pero permitió el Señor que en diciembre de 1862 también falleciera este tío suyo y que gustara Eugenia de nuevo la tristeza que sigue a la muerte de los seres queridos. Empezaba para ella otra etapa de su vida que iba a durar seis años.

¿Qué hacer en esta nueva circunstancia? Pocos días después de la muerte de su tío cumplía Eugenia los 18 años y había madurado lo suficiente como para poder tomar sus propias decisiones. De momento, y poniendo la confianza en Dios, se hizo cargo de los asuntos de la familia, pues habían estado en manos de administradores no siempre fieles. No se acobardó sino que aconsejada por el canónigo Magnasco y por sabios abogados, supo llevar adelante sus asuntos con eficacia. Tuvo sin embargo en este período un dolor muy grande: su hermano Ambrosio inició un camino errado, uniéndose a los sectores anticlericales y marchando por una senda que le condujo a la degradación moral y física. Eugenia no logró sacarlo de ahí. Su tía Marietta, que nunca había dejado de quererla e interesarse por ella, pensaba que lo mejor que podía hacer por su sobrina era buscarle un matrimonio adecuado, entendiendo por adecuado que el joven con quien se casara fuera por un lado de su misma clase social acomodada y por otro tuviera las cualidades personales que sintonizaran con Eugenia. Encontró Marietta una persona así e inició los trámites para dar a su sobrina un brillante porvenir

como esposa. Pero entonces tuvo lugar lo que puede llamarse la iluminación de Eugenia respecto a su papel en la vida. Era el 31 de mayo de 1863. Entró Eugenia en la iglesia de Santa Sabina para hacer una visita al Santísimo y se encontró con que estaba dando una plática el P. Jacinto Bianchi, fervoroso misionero. Éste invitaba a los fieles a «consagrarse a hacer el bien por amor al Corazón de Jesús». Eugenia se sintió fuertemente impactada por esta llamada, que consideró hecha por el Señor a ella misma. Se iluminó su futuro y decidió variar a este ideal el rumbo de su vida.

Eugenia tuvo la gracia de Dios de contar con tres sacerdotes que la iluminaron en su camino y la animaron en el servicio al Señor. Al primero de ellos ya lo hemos nombrado, el futuro monseñor Magnasco, el segundo el sacerdote José Como y el tercero el P. Luis Persoglio, de la Compañía de Jesús, que la ayudaría en algo tan trascendente como las constituciones del instituto religioso fundado por ella. Ella fue fiel a la gracia del Señor que le llegó a través de estos sacerdotes y se dejó orientar por ellos para no ser muñeca en manos de su propio capricho sino hacerlo todo bajo el mérito de la obediencia. Tomada la resolución de consagrarse al Corazón de Jesús para procurar en todo su gloria, se puso sin reservas bajo la guía de su director espiritual, a disposición de Dios, consagrándole sus energías de inteligencia y corazón y el patrimonio heredado por ella. Decía: «Este dinero no es mío sino del Señor. Yo soy sólo la depositaria». Cuando se vio que dejaba a un lado las relaciones mundanas y se dedicaba a obras de caridad y apostolado, soportó con paciencia las protestas de sus familiares, las críticas y el desprecio de las señoras de su misma clase social y se decidió por hacer el bien a su alrededor a cualquier precio. Dio clases de catecismo en su parroquia de Nuestra Señora del Carmen; colaboró con las Hijas de la Inmaculada en la Obra de Santa Dorotea como asistente de las niñas del barrio, enseñándoles costura y bordado. Ingresó en la asociación de las Damas de la Caridad de Santa Catalina in Portoria y participó en las obras de misericordia que ellas llevaban adelante. Igualmente visitaba a los pobres en sus casas, procurando llevarles el consuelo de su caridad y ayuda. Ella sentía una gran pena viendo a tantos jovencitos y a

tantas chicas jóvenes abandonados a sí mismos en medio de toda clase de peligros y totalmente ignorantes de las cosas de Dios.

La idea de una congregación religiosa dedicada a hacer frente a estas necesidades se perfiló en su corazón. Hubo un hecho que la dejó libre de lazos humanos: muere en 1868 su hermana Elisa y ella entonces, con consentimiento de mons. Magnasco, ya entonces vicario general de la archidiócesis, deja su casa a la «Asociación para el Bien», en la que entran otras jóvenes, que serán las que se alíen con ella para proceder a la formación de una nueva congregación religiosa. Fue el 6 de diciembre de 1868 cuando se inicia por el grupo la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones. Se proponían la educación de los adolescentes y niños abandonados y la asistencia a los pobres. Todavía no estaba dado el decreto diocesano que erigía aquella comunidad como verdadera congregación religiosa, pero tenían licencia para vivir la vida común, buscar juntas la santidad cristiana y emplearse en las señaladas obras de misericordia. Desde el principio estuvo claro: la fundadora Eugenia será también la superiora de la comunidad, y cuando ésta multiplicó sus casas, ella sería hasta su muerte la superiora general.

Madre Ravasco abordó su obra con decisión. Abrió escuelas, centros de catequesis, asociaciones y oratorios. El proyecto educativo consistía en educar a los jóvenes y formarlos en una vida cristiana activa y abierta para que fueran «en medio de la sociedad honrados ciudadanos y luego santos del cielo». Insistía en educarlos en los valores trascendentes y al mismo tiempo en la lectura de los acontecimientos en perspectiva histórico-salvífica. No dudaba en proponer a todos la santidad como la meta de la vida.

Le tocó vivir en una época de neto anticlericalismo que se extendía por todo el nuevo reino de Italia, padeciendo no poco las congregaciones religiosas. Madre Ravasco, diez años después de la fundación, se decidió por una nueva experiencia apostólica: abrió una Escuela Normal femenina con la finalidad de preparar maestras cristianas para la sociedad. Esta obra era tan evidentemente apostólica y oportuna pastoralmente que no pudo menos que tener la inquina de los enemigos de la

Iglesia que desde las páginas de su poderosa prensa le dedicaron todo tipo de comentarios venenosos. Pero Eugenia sostuvo la obra con fortaleza y dignidad y la convirtió en la pupila de sus ojos.

Eugenia organizó obras de apostolado directo. De acuerdo con los párrocos se hizo responsable de ejercicios espirituales y misiones populares para las que buscaba los mejores sacerdotes, cosechándose numerosas almas que volvían a Dios, recibían los sacramentos y reemprendían una vida seriamente cristiana. Organizó asociaciones de madres de familia, pobres y acomodadas, y a estas últimas las incitaba a ayudar a las jóvenes necesitadas y a proveer a las iglesias pobres.

Pudo ver a su comunidad formalmente constituida. En 14 de enero 1882 el arzobispo de Génova, su querido don Salvador Magnasco, dio el decreto de erección de la misma como tal congregación religiosa, y en 1883 era agregada espiritualmente a la orden capuchina. Llegó por fin el 14 de octubre de 1884 y ese día la madre Eugenia Ravasco con otras dieciocho hermanas de la congregación emitió los votos perpetuos, siendo además aprobados los primeros estatutos en diciembre de 1887. No sería hasta 1907, ya muerta la madre Ravasco, cuando se le dio a la congregación el *Decretum laudis*. La congregación recibió la aprobación papal en 1909.

Ahora tocaba difundir la congregación: la madre, pese a su escasa salud, no dudó en viajar por Italia, Francia y Suiza abriendo nuevas casas, y orientando siempre a las hermanas. Guió a la comunidad con amor, con prudencia, y con la mirada puesta en el futuro, considerándose la última de las hermanas. Trabajó para mantener en sus hijas encendida y viva la llama de la caridad fraterna y un gran celo por la salvación del mundo, proponiéndoles como modelo los Corazones de Jesús y de María. Ella decía que su ideal apostólico era «arder en el deseo del bien ajeno, especialmente de la juventud». Y señalaba que el programa de vida tenía que ser «vivir abandonada en las manos de Dios y de la Virgen Inmaculada».

El Señor no le ahorró la participación en la cruz de Cristo. No solamente estuvo enferma en el cuerpo sino que sufrió incomprensiones dentro de la comunidad llegando un momento

en que se vio como aislada, pero lo llevó todo con mucho amor de Dios y con mucha paciencia, dando un testimonio cuya fuerza se impuso sobre quienes la rodeaban.

A partir de la publicación de la encíclica de León XIII *Rerum novarum* (1891), ella sintió el deber de hacer cuanto pudiera por la juventud obrera femenina. Fueron suyas tres obras: la «Casa de las obreras» en la plaza genovesa de Carignano, como hogar seguro y centro de formación para las jóvenes que trabajaban en las fábricas y talleres de artesanía, casa fundada en 1892; la «Asociación de Santa Zita» para las chicas del servicio doméstico; y el «Pequeño teatro» para recreo de las jóvenes, que tuvo mucho éxito humano y apostólico: «Estad alegres —repetía— y divertíos santamente». Todas estas obras fueron llevadas adelante por las hermanas con gran celo y bendecidas abundantemente por Dios.

Madre Eugenia no era muy mayor: tenía sólo 55 años cuando la enfermedad con la que venía el Señor uniéndola a su cruz puso fin a su vida en Génova el 30 de diciembre de 1900. Su obra persevera. Hoy sus hijas trabajan en Albania, Italia, Suiza, Argentina, Bolivia, Chile, Colombia, México, Paraguay, Venezuela, África y las Islas Filipinas.

Digamos ahora algo del milagro que ha hecho posible su beatificación. Es el primer milagro efectuado en Bolivia que ha sido oficialmente reconocido por la Iglesia. La persona favorecida por la curación milagrosa fue Eilen Nathaly Jiménez Cardozo, de Cochabamba. A los 6 años, cuando esta niña fue admitida en el colegio de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María, tenía un problema de salud muy severo denominado parálisis flácida recurrente, dolencia que le impedía valerse por sí misma, por ello debía ser llevada en brazos o en carrito de ruedas. Esta enfermedad le ocasionaba a la niña crisis muy severas de neumonía, diarreas e incluso en 1995 estuvo en estado de coma varios días. Tenía en lugar de huesos de los pies tan sólo cartílagos, tanto que en algún momento parecieron haberse convertido en gelatina. Se invocó la intercesión de la madre Ravasco y se obtuvo la curación de la niña. Se hizo el proceso oportuno en el tribunal archidiocesano y luego fue estudiado en la Congregación de las Causas de los Santos, siendo reconocido

como tal milagro. Eilen acudió a la ceremonia de la beatificación.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 36-40; 95 (2003) 214-215.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1114-1115.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (25-4-2003) 15.
PESTARINO, F., *Vita della madre Eugenia Ravasco* (Génova 1920).
VOLTRI, T. DA, *La serva di Dio madre Eugenia Ravasco* (Génova 1939).

BEATO JUAN MARÍA BOCCARDO

Presbítero († 1913)

La parroquia es la célula primordial de la Iglesia. Al menos en los últimos siglos, la santificación del sacerdote, directamente al servicio de la diócesis, se ha cimentado preferentemente en el oficio pastoral en medio de sus feligreses. La cura parroquial de almas ha sido forja de sacerdotes santos que se han entregado a su ministerio en cuerpo y alma, que con el Evangelio han entregado sus propias vidas, que han edificado la Iglesia de Dios y la han encarnado en parroquias grandes o pequeñas, reconociendo con convicción profunda que es, desde los cimientos locales, parroquiales, donde se edifica la Iglesia santa, universal, la Iglesia de Jesucristo, que debe encarnarse en los medios populares cargados de tradición secular, de cultura, de hondas experiencias humanas y cristianas. Muchos párrocos, del clero secular, apreciaron de corazón también la vida religiosa, fueron sabios encauzadores de vocaciones femeninas y masculinas a la vida religiosa y hasta llegaron a enriquecer a la Iglesia local y universal con nuevas congregaciones, cuyas religiosas fueron las más eficaces colaboradoras del párroco, que extendieron y acercaron la labor evangélica del mismo en medios a los que la cura parroquial tenía nulo o difícil acceso. La promoción de un laicado cristiano vigoroso y consciente no fue obra menor de esta espléndida pléyade de párrocos de los dos últimos siglos.

El bienaventurado párroco y fundador que hoy celebramos era hijo, por lo demás, de una Iglesia diocesana fecunda en santidad. Turín, capital del Piemonte, vio deambular por sus calles a innumerables sacerdotes y religiosos que alcanzaron la cumbre de la santidad y son hoy venerados por la Iglesia. Las instituciones clericales de Turín fueron semillero de santos.

Juan María Boccardo nació el 20 de noviembre de 1848, hijo de Gaspar y de Josefina Malerba, en la finca «Cà Bianca» de Testona, en el municipio de Moncalieri, diócesis de Turín. Era el primero de doce hermanos, de los cuales tres murieron en la niñez y tres se consagraron al Señor. Un hermano suyo, Luis, el séptimo, fue sacerdote y fundador, murió en 1936 y desde 1961 tiene iniciado el proceso de canonización.

Juan María, como sus hermanos, recibió un educación muy cristiana pues su hogar era escuela de fe y de piedad; toda la vida el beato conservó la memoria agradecida de tan cristianos padres. El padre era celoso miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl; con su esposa, brindaban hospedaje y sentaban a la mesa familiar a pobres y menesterosos. Tal ejemplo de caridad cuajó muy profundamente en el ánimo y comportamiento del adolescente. De camino hacia la escuela, pasaba por delante del tugurio de un ciego que vivía solo, le proporcionaba lo necesario para comer y le arreglaba su mísera habitación.

Después de la escuela elemental, ingresó en 1861 en el real colegio «Carlo Alberto» de Moncalieri de los padres barnabitas. A los 16 años entró en el Seminario archidiocesano de Turín. Aquí vistió el hábito clerical el 8 de setiembre de 1864. Como seminarista, se dedicó intensamente al estudio y a la búsqueda de la santidad. Pensó en ingresar en la Compañía de Jesús pero el obispo le convenció de permanecer en el seminario. Recibió la ordenación presbiteral el 3 de junio de 1871. El día antes de su ordenación, escribió: «No llegaré nunca a ser santo si no soy mortificado. No hay que contentarse con una santidad común; hay que aspirar a una gran santidad».

Su primer destino fue el seminario de Chieri como ayudante de los formadores; en 1873 fue nombrado director espiritual del mismo. Día 1 de febrero de 1877 se doctoró en teología. Otra vez sintió la vocación a la vida religiosa entre los josefinos

de Murialdo. El arzobispo lo apartó nuevamente de este deseo nombrándolo director espiritual del seminario teológico de Turín, en 1881.

En 1882 fue nombrado párroco de Pancalieri, donde entró el 24 de septiembre y allí permaneció hasta su santa muerte. En su alocución de ingreso en la parroquia, predicó:

> «Vengo a vosotros, carísimos, como padre, hermano y amigo vuestro, para convivir con vosotros, para compartir con vosotros los gozos y las penas de la vida [...] Vengo a vosotros como servidor de todos; cada uno de vosotros podrá disponer de mí, y me consideraré siempre afortunado y feliz de poderos servir, no buscando nada más que hacer el bien a todos».

Tales palabras fueron recordadas por Juan Pablo II en la homilía de su beatificación, en 1998. Fue de veras un pastor bueno, padre de los pobres, apóstol de Jesucristo, abierto al bien de todos sin acepción alguna de personas. Su vida, como escribió el Papa en el breve de beatificación, estaba totalmente iluminada por una fe vivísima, alimentada por la oración y la contemplación de la Palabra de Dios. «Obediente a la voluntad de Dios, solía exclamar: "¡Así es, Dios mío! Lo que tú quieres también lo deseo yo"».

Con su predicación y la enseñanza del catecismo, formaba la conciencia cristiana de sus parroquianos, los animaba a la frecuencia de los sacramentos, visitaba a los enfermos aunque vivieran lejos. Estableció la «Corte de María» y apoyó y divulgó la buena prensa. Acudía a las parroquias vecinas para predicar la palabra divina. Visitaba las cárceles de Saluzzo y, con sus exhortaciones y consejos, consolaba y convertía a los detenidos, arrancándoles frecuentemente lágrimas de arrepentimiento.

Para colaborar en su actividad pastoral, fundó una pía unión con algunas jóvenes que vivían como religiosas en el mundo.

El 28 de julio de 1884 se manifestó el primer caso de cólera en Pancalieri. Casi todas las familias de la parroquia se vieron afectadas por la epidemia. La caridad heroica del párroco desplegó toda su fuerza. Habiendo cesado el contagio, quedaron muchos huérfanos y viudas, ancianos solos y abandonados. Con la bendición del arzobispo y los consejos de San José Cottolengo y de San Juan Bosco, abrió un hospicio que el 6 de noviembre acogió a los primeros asilados. En aquel terrible trance,

a la caridad del párroco, se unió la de las jóvenes de la pía unión. Éstas se hicieron cargo enseguida del nuevo hospicio, y el siguiente día 21, el párroco y Domenica Libra echaron los cimientos de un nuevo Instituto. El 7 de diciembre de 1886, otra joven de la parroquia, Carlota Fontana, ingresaba en la nueva congregación tomando el nombre de sor Cayetana del Santísimo Sacramento, que más tarde fue la superiora general. En mayo de aquel mismo año, tras vencer no pocas críticas y dificultades, la congregación quedó consolidada con el nombre de Pobres Hijas de San Cayetano. Don Boccardo dedicó su congregación al que ha sido llamado «Padre de la Providencia», San Cayetano de Tiene, con cuyo ejemplo y protección empezó la andadura de aquellas religiosas pobres, consagradas al servicio de los más humildes y cuyo apoyo principal era la confianza ilimitada en la providencia de Dios Padre. El 24 de julio de 1897 el arzobispo de Turín, David Riccardi, aprobó oralmente la regla de la nueva congregación. En 1905 se hizo firme la aprobación diocesana; el decreto de alabanza fue alcanzado en 1948, y la definitiva aprobación pontificia fue concedida en 1958.

Humildad, sencillez, pobreza, caridad pura y sin límites, abandono en manos de la Providencia, eran las virtudes que Don Boccardo inculcaba a sus religiosas. Siempre se mantuvo fiel a la exhortación evangélica convertida en máxima por San Cayetano: «Buscad ante todo el Reino de Dios y su justicia» (Mt 6,33). Otro de sus santos modelos e invocados era el santo cura de Ars, Juan María Vianney, del cual asumió especialmente el celo por la predicación y el anhelo de abrir el camino del cielo a todos sus feligreses. Era hijo devotísimo de la Virgen Madre de Dios. Si alguien le preguntaba: «¿Es difícil entrar en el cielo?»; respondía: «Sé devoto de María, porque ella es la puerta del cielo; así entrarás».

Las religiosas por él fundadas iban aumentando en número y extendiendo su radio de acción, siempre a favor de los más humildes: enfermos crónicos y abandonados, huérfanos y ancianos, niños, sacerdotes enfermos. A todas estas actividades, unían su colaboración constante y diligente a las parroquias. En vida del beato fundador, se abrieron 32 casas en Piamonte y en Las Marcas.

El celoso párroco iba labrando su santidad. Toda la vida expresó este anhelo de santidad sacerdotal: «Quiero ser santo, vivir santamente, imitar a los santos. Nada puedo por mí mismo, ayudadme vosotros; lo puedo todo en aquel que me da fuerza». La gran prueba de su fidelidad y confianza en la divina Providencia, le sobrevino en 1911: tuvo que cargar con la cruz de su invalidez y parálisis, tuvo que renunciar a su ministerio. Era entonces su consuelo que lo llevaran al hospicio para estar con los asilados y con las religiosas.

Al amanecer del 30 de diciembre de 1913, alboreó para él el día de la eternidad. El primero de enero de 1914 una multitud del pueblo fiel, de sacerdotes, religiosas y autoridades asistieron a sus exequias. Diez años después, sus restos fueron trasladados al hospicio de Pancalieri, y en 1964 fueron colocados en un sarcófago junto a la capilla.

El proceso informativo para su canonización se inició el 7 de julio de 1960 en la curia de Turín, a petición del pueblo, de las autoridades eclesiásticas y civiles, de comunidades religiosas. Concluyó el 11 de marzo de 1978 en presencia del cardenal arzobispo A. Ballestrero. La causa entonces fue enviada a la curia romana. El 6 de abril de 1998 Juan Pablo II declaró la heroicidad de las virtudes del siervo de Dios. El siguiente 11 de mayo se promulgó el decreto de aprobación del milagro requerido para la beatificación. Ésta fue oficiada en Turín, en la plaza Vittorio Véneto, el 24 de mayo del mismo año, solemnidad de la Ascensión, durante la peregrinación apostólica del Papa a la ciudad que guarda la Sábana Santa y la memoria de tantos hijos santos de la antigua sede metropolitana.

En la misa de beatificación, el Papa predicó en la homilía:

> «Don Juan María Boccardo fue hombre de profunda espiritualidad y, al mismo tiempo, apóstol dinámico, promotor de la vida religiosa y del laicado, siempre atento a discernir los signos de los tiempos. En la escucha orante de la palabra de Dios, maduró una fe vivísima y profunda. Escribía: "Sí, Dios mío, lo que tú quieres, yo también lo quiero". ¿Qué decir de su infatigable celo por los más pobres? Supo inclinarse sobre toda miseria humana con el espíritu de San Cayetano de Tiene, espíritu que transmitió a la Congregación femenina fundada por él para cuidar a los ancianos, a los que sufren, para educar a la juventud».

El bienaventurado fundador había dejado en testamento el cuidado de sus religiosas a su hermano menor y ahijado, el canónigo Luis. Éste tuvo una colaboradora eficaz en sor Cayetana del Santísimo Sacramento, superiora general por espacio de casi 40 años. El siervo de Dios Luis Boccardo había fundado, en 1932, una congregación de vida contemplativa para invidentes, las «Hijas de Jesús Rey», en el instituto para ciegos de Turín del cual era director. En 1948 se unieron a las Pobres Hijas de San Cayetano.

Las religiosas fundadas por el Beato Juan María fundaron en 1954 en Herisau (Suiza) su primera casa fuera de Italia. En 1958 el capítulo general aprobó una rama de la Congregación para mujeres seglares, llamadas «Esclavas de la Divina Providencia» que, guardando el voto privado de castidad, difundieran en su propio ambiente la vivencia de la fe cristiana. En 1963 la Congregació abrió la primera casa en Brasil, en Assis; a la que siguieron otras: en Cándido Mota (1964), Martinópolis (1965), Sao Paolo (1967), en San Francisco de Cándido Mota (1977). En 1968 acogieron sacerdotes ancianos en las casas que para ellos fundaron en Roma y en Pancalieri.

En 1982 el Instituto de las Pobres Hijas de San Cayetano contaba con 41 casas y 284 religiosas. Las Hermanas ciegas o Hijas de Cristo Rey, que constituían la rama contemplativa de la congregación, eran quince, reunidas en una sola casa.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 90 (1998) 1008-10012; 91 (1999) 165-167.

ANDREU, F., «Giovanni M. Boccardo e le Povere Figlie di San Gaetano»: *Regnum Dei* 37 (1981) 228-26.

BARRA, G., *Padre dei poveri. Can. G. M. Boccardo* (Novara 1957).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.190-192.

MONTEFAMEGLIO, P., *Il teologo can. Giovanni Maria Boccardo* (Torino 1914).

L'Osservatore Romano (25/26-5-1998).

PELLICCIA, G. - ROCCA, G. (dirs.), *Dizionario degli istituti di perfezione* (Roma 1977, 1983) t.I cols.1485-1486; t.VII cols.210-211.

Posizioni e articoli per il processo informativo diocesano sulla fama di santità nella causa di beatificazione del servo di Dio Giovanni M. Boccardo (Turín 1959).

ROSSI, A., *Servo di Dio Can. Giovanni M. Boccardo. Profilo biografico* (Turín 1980).

VAUDAGNOTTI, A., *Il can. Giovanni Maria Boccardo, fondatore delle «Povere Figlie di S. Gaetano»* (Turín 1929).

BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANISIO DE TESALÓNICA

Obispo († 406/410)

Anisio fue obispo de Tesalónica, hoy Salónica, al suceder en 383 al obispo Acolio, que se acreditó por sus virtudes. En diciembre de 391 presidió el sínodo de Capua en el cual se juzgó al obispo Bonoso de Naisso, que negaba la divinidad de Jesucristo y la perpetua virginidad de María, y que acordó la deposición del obispo hereje. Los papas venían haciendo vicarios suyos para el Ilírico a los obispos de Tesalónica y el papa Inocencio I († 417) confirmó en este mismo encargo a Anisio. Se puso de parte de San Juan Crisóstomo y así se lo dijo al Papa, dándole por ello las gracias el santo perseguido. Debió morir entre 406 y 410.

SAN PERPETUO DE TOURS

Obispo († 491)

Hijo de una familia senatorial que produjo otros obispos de Tours, sucedió en 461 al obispo Eustoquio como octavo obispo de Tours y sexto sucesor del gran San Martín, al que Perpetuo tomó como modelo. Tuvo dos grandes ideales: atender a los pobres y necesitados y convencer a la comunidad cristiana para que aspirase a la santidad, a la unión con Dios. De su propio peculio y de los bienes de la Iglesia repartió sin cansancio limosnas a los más pobres y al redactar su testamento deja para ellos el remanente de sus bienes, haciendo tres partes: los pobres, las viudas y las mujeres pobres. Toda su labor pastoral estuvo dirigida a la santificación de los fieles. Dio normas sobre la penitencia en los sínodos de Tours y Vannes, los ayunos de los miércoles y viernes, etc. Incrementó el culto a San Martín dedicándole una gran basílica que él mismo bendijo el 4 de julio de 473 y a donde trasladó el cuerpo del santo. Su predicación estaba alimentada por su conocimiento de la Escritura y de los Padres. Fue enterrado al lado del cuerpo de San Martín y muy pronto se le dio culto como a santo. La fecha del 30 de diciem-

bre parece ser la de su muerte, aunque su fiesta se ha celebrado el 8 de abril.

SAN RAINIERO
Obispo († 1077)

Consta que en la antigua diócesis de Furconium, integrada luego en la de Áquila, hubo un santo obispo en el siglo XI, al que el papa Alejandro II se dirige en carta el 18 de enero de 1072 felicitándolo por su celo en defender los derechos de la Iglesia, en garantizar el buen uso de sus bienes y administrar la diócesis de forma excelente. Murió santamente el 30 de diciembre de 1077 y Baronio insertó su nombre en el *Martirologio romano* por constar que en su iglesia de Áquila recibía culto antiguo.

31 de diciembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, la deposición de San Silvestre I († 337), papa **.
2. En Roma, en la Vía Salaria nueva, santas Donata, Paulina, Rogata, Dominanda, Serótina, Saturnina e Hilaria (fecha desconocida), mártires.
3. En Sens (Galia Lugdunense), Santa Columba († s. IV), virgen y mártir.
4. En Constantinopla, San Zótico († 350), presbítero *.
5. En Jerusalén, Santa Melania la Joven († 440), que, de mutuo acuerdo con su esposo, ingresaron ambos en la vida religiosa *.
6. En Rávena (Flaminia), San Barbaciano († s. V), presbítero.
7. En Lausana (Suiza), San Mario († 594), obispo de Avenches, de donde trasladó la sede a la dicha ciudad *.
8. En La Louvesc (Francia), San Juan Francisco Regis († 1640), presbítero, de la Compañía de Jesús **.
9. En Mercués (Francia), Beato Alano de Solminihac († 1659), obispo de Cahors, de la Orden de Canónigos Regulares de San Agustín **.
10. En París (Francia), Santa Catalina Labouré († 1876), virgen, de la Congregación de Hijas de la Caridad **.

B) Biografías extensas

SAN SILVESTRE I
Papa († 337)

San Silvestre, con ese aire de despedida del año viejo, tiene una significación especial en la historia de la Iglesia, no ya sólo por sus virtudes, sino también por la época difícil y maravillosa, a su vez, que le tocó vivir.

Debido a esta circunstancia, no es extraño que su venerable figura haya ido recogiendo a través de los siglos una multitud de leyendas piadosas, haciendo difícil distinguir entre ellas lo que pueda haber de falso o de verdadero. De San Silvestre nos hablan, casi por encima, los primeros historiadores cristianos: Eusebio de Cesarea, Sócrates y Sozomeno. Más noticias encontramos en la relación de los papas que trae el *Catalogo liberiano* y, sobre todo, en la multitud de detalles con que adorna su vida el famoso *Pontifical romano.* Fue compuesta esta obra en diversos tiempos y por diversos autores, y en lo que toca a San Silvestre, recoge de lleno sus célebres actas, elaboradas durante el siglo V, y que, a pesar de ser admitidas por algunos Padres antiguos, fueron siempre consideradas como espúreas por la Iglesia de Roma.

El hecho de mezclar lo verídico con lo fabuloso, dio a las actas de San Silvestre un gran predicamento durante toda la Edad Media, aunque pronto fueron cayendo en desuso, teniendo en cuenta, sobre todo, los dos hechos principales que en ellas se mencionan: la curación y conversión de Constantino y la donación que el emperador hace al papa Silvestre, no ya sólo de Roma, sino también de Italia y, como algunos llegaron a suponer, de todo el Imperio de Occidente. Baronio, el autor de los Anales eclesiásticos, supone la autenticidad de las mismas y recurre al testimonio del papa Adriano I, que en el siglo VIII las tiene como tales en una carta a los emperadores Constantino e Irene, cuando la lucha por las imágenes. Son citadas a su vez en la primera decretal del concilio II de Nicea, y autores no muy lejanos de la época, como San Gregorio de Tours y el obispo Hincmaro, traen a colación el bautismo de Constantino cuando narran el no menos famoso de Clodoveo.

La leyenda del bautismo parece estar tomada de una vida romanceada de San Silvestre, cuya fecha y patria se desconocen, pero que bien pudieran ser de la segunda mitad del siglo V. Duchesne la hace venir de Oriente, por el camino que trajeron todas las que se referían a la invención de la santa cruz, a Santa Elena y al mismo Constantino. Para otros, sin embargo, toda la leyenda tiene un carácter netamente romano.

Eusebio, el nada escrupuloso panegirista del emperador, nos dice con toda sencillez que Constantino fue bautizado al fin de su vida en Helenópolis de Bitinia, y nada menos que por un obispo arriano, Eusebio de Nicomedia. De ser cierto lo de las actas, no lo hubiera pasado por alto de ninguna de las maneras, pues vendría muy bien para exaltar la figura de aquel emperador, a quien hace lo posible por presentar como un príncipe simpatizante en todos sus hechos con el cristianismo. La costumbre, sin embargo, de aquellos tiempos, y, sobre todo, las disposiciones en que se encontraba el mismo Constantino, parecen convencer en seguida de lo contrario. Es verdad que manifiesta una verdadera simpatía por la nueva religión, pero no por eso deja de vivir en su juventud el paganismo depurado de su padre, Constancio Cloro. Cuando se proclama emperador en el año 306, adopta con la diadema el culto a la tetrarquía romana, y especialmente el de Júpiter y Hércules. Su contacto con los cristianos le lleva a un monoteísmo especial, que se concreta en el culto del sol invictus. Mas tarde, cuando vence a su rival Majencio en el 312, Constantino aparece identificado del todo con el cristianismo; pero este es supersticioso y con gran reminiscencia pagana. De hecho, nunca abandona las atribuciones de pontífice máximo, concibe el cristianismo como una religión imperial, semejante a la anterior, y en su misma vida no ofrece nunca las características de un auténtico convencido.

Algo semejante ocurre en lo que se refiere a la «Donación Constantiniana». Ya el emperador Otón III, por el siglo XI, afirmaba que, a pesar de ser tan popular, había de tenerse el documento como falso. Esto lo demuestra con buenas razones el humanista del siglo XV Lorenzo Valla, y hoy aparece claro cómo la noticia se inventó entre los siglos VIII y IX con el fin de justificar en Roma la donación que de las tierras con-

quistadas a los lombardos hacen a diversos papas Pipino el Breve y Carlomagno.

Sólo teniendo en cuenta estas apreciaciones podemos conocer lo que de verdad hay sobre San Silvestre, sin temor a desvirtuar por ello su recia personalidad.

Nace San Silvestre alrededor del año 270, en época de relativa paz para la Iglesia. Su padre, Rufino, le pone desde niño bajo la dirección del prudente y piadoso presbítero romano Cirino, y en seguida se empieza a distinguir por una abnegada caridad, ofreciendo su casa a todos los peregrinos que acudían a visitar la tumba de los apóstoles. En una ocasión llama a su puerta Timoteo de Antioquía, gran apóstol de la palabra y de santa vida. Pronto se dan cuenta de ello los paganos, y una noche, cuando vuelve cansado a la casa de Silvestre, es apresado por las turbas y condenado a morir entre los más horribles tormentos. Silvestre no se atemoriza ante el peligro, y poco después, aprovechando las sombras de la noche, se apodera de las reliquias y les da honrosa sepultura.

Sospechando el prefecto de Roma, Tarquinio Perpena, de aquel celoso muchacho, y creyendo que acaso guardaba las riquezas que suponía tener Timoteo, le manda llamar a su presencia, y entre ambos se entabla este diálogo, que nos han conservado las actas:

—Adora al instante a nuestros dioses —le dice el prefecto— y deposita en sus altares los tesoros de Timoteo, si es que quieres salvar tu vida.

Silvestre no titubea, y más sabiendo la pobreza en que había vivido el mártir de Cristo.

—¡Insensato! —le dice—, yerras si piensas ejecutar tus amenazas, porque esta misma noche te será arrancada el alma, y así reconocerás que el único verdadero Dios es el que tú persigues; el mismo que adoramos los cristianos.

Tarquinio se enfurece y manda encerrar al joven; pero en la misma noche una espina que se le atraviesa en la garganta pone fin a su vida, y con ello Silvestre es puesto en libertad.

Sea lo que fuere del hecho, la verdad es que Silvestre era apreciado en la Roma de entonces por su humildad y apostolado, y muy pronto, a los treinta años, es ordenado sacerdote por

el papa San Marcelino. Horas difíciles eran aquellas para la Iglesia. Desde el año 286, el emperador Diocleciano había asociado al Imperio al nada escrupuloso Maximiano Hercúleo, y poco más tarde ambos augustos adoptan como césares a Constancio Cloro para las Galias y Bretaña y al cruel Galerio para el Oriente. A qué obedeció la nueva postura de Diocleciano, se desconoce en parte; pero pronto se iba a organizar en su reinado una terrible persecución, que llevaba el intento de deshacer desde sus cimientos toda la Iglesia.

Por otra parte, no faltaban disensiones entre los mismos fieles, y sobre todo se hacía más acuciante el peligro de una nueva secta, el donatismo, que iba teniendo grandes prosélitos entre los cristianos de África. Silvestre toma parte por la ortodoxia, creándose pronto enemigos, pero esto no impide que la Iglesia de Roma tenga puestos sus ojos en aquel varón de Dios, «puro, de piedad ferviente, mortificado y humilde», como le retratan las actas, y a quien había de designar para suceder al papa San Melquiades en la silla de San Pedro.

San Silvestre es elegido papa el 31 de enero del año 314, siendo cónsules Constantino y Volusiano, en el año noveno del imperio de Constantino. Largo va a ser su pontificado —veintitrés años, diez meses y once días— y lleno de grandes acontecimientos. Un año antes, en febrero del 313, había sido decretada la libertad de la Iglesia por el edicto de Milán, y desde entonces cuenta con el apoyo decidido del emperador y con la simpatía de los numerosos prosélitos que se presentan cada día.

El paganismo, sin embargo, no podía acomodarse al nuevo sesgo que tomaban las cosas. Y de ser cierto lo del bautismo de Constantino que nos cuentan las actas, habríamos de encajarlo precisamente en estos primeros años del nuevo papa. Parece ser que, en una de las ausencias del emperador, los magistrados de Roma se aprovecharon para iniciar de nuevo la persecución. Silvestre mismo tiene que salir de la ciudad, y se refugia con sus sacerdotes en el monte Soracte o Syraptim, llamado después de San Silvestre, y que dista unas siete leguas de Roma. Cuando vuelve Constantino, se encuentra de manos con una tragedia dentro de su misma familia, pues nada menos que a Crispo, su hijo y heredero, se le acusaba de haber cometido adulterio con

su segunda mujer, Fausta. Llevado de la cólera, el emperador manda darle muerte: pero es castigado de improviso con una repugnante lepra, que le cubre todo el cuerpo. En seguida acuden a palacio los médicos más renombrados, que se ven impotentes en procurarle remedio, y como última solución, y para aplacar la ira de los dioses, le proponen bañe su cuerpo en la sangre todavía caliente de una multitud de niños sacrificados con este fin. Cuando se van a hacer los preparativos y ya el cortejo imperial iba a subir las gradas del Capitolio, Constantino se conmueve ante los gemidos de las madres de los inocentes, que piden misericordia, y ordena se retire inmediatamente el sacrificio. Aquella misma noche se le aparecen en sueños dos venerables ancianos, Pedro y Pablo, que le recomiendan busque al obispo Silvestre, que está escondido, el cual le mostrará el verdadero baño de salvación que le curaría.

A la mañana siguiente aparece por las calles de Roma, y conducido con toda pompa por la guardia pretoriana, Silvestre, el perseguido. El encuentro con el emperador es benévolo. Entablan un diálogo de pura formación cristiana, y al fin el Pontífice le increpa con toda solemnidad:

> «Si así es, ¡oh príncipe!, humillaos en la ceniza y en las lágrimas, y durante ocho días deponed la corona imperial, y en el retiro de vuestro palacio confesad vuestros pecados, mandad que cesen los sacrificios de los ídolos, devolved la libertad a los cristianos que gimen en los calabozos y en las minas, repartid abundantes limosnas, y veréis cumplidos vuestros deseos».

Constantino lo promete todo, se fija el día para el bautismo, y, llegados por fin ante el baptisterio de San Juan de Letrán, se despoja el emperador de todas sus vestiduras, entra en la piscina, es bautizado por San Silvestre, y cuando sale, ante la expectación de todos, aparece completamente curado. De ahora en adelante, dicen las actas, Constantino será el gran favorecedor de los cristianos, y, no contento con eso, va a dejar al Papa su sede de Roma, retirándose con toda su corte a Constantinopla.

Toda esta historia nos indica, al menos, la gran preponderancia que iba tomando la Iglesia frente al Estado. De ello se ha de aprovechar San Silvestre para reconstruir iglesias devastadas y enmendar las corrompidas costumbres. Entre las nuevas leyes que bajo la égida del Pontífice iba a dar el emperador, sobresa-

len: la validez de la emancipación de esclavos realizada ante la Iglesia, el descanso dominical, contra los sodomitas, la educación de los hijos, revocación del destierro a que estaban condenados los cristianos, restitución de sus bienes, revocación de las leyes Julia y Popea contra el celibato, reconociendo de este modo la posibilidad de un celibato santo dentro del cristianismo, varios decretos asegurando el foro judicial de los clérigos, prohibición de los agoreros, de los juegos en que iban mezclada la inmoralidad y el engaño, etc., etc. Roma iba, de este modo, muriendo a su tradición pagana, para renacer poco a poco a la nueva Roma cristiana.

La gran labor pastoral en que se ve encuadrado el pontificado de San Silvestre ofrece unas facetas características, primicias todas ellas de la Iglesia, que se abre a nuevos horizontes, libre ya de trabas y de postergaciones.

Es su tiempo, la era de los grandes concilios, donde se fijan en detalle los cánones de la fe, el culto divino adquiere una grandeza insospechada, se establece una disciplina eclesiástica cuna de nuestro Derecho, y se extiende cada vez más la supremacía de la Iglesia de Roma. En el mismo año en que es elegido Papa, manda San Silvestre sus legados al concilio de Arlés, donde se resuelve la cuestión de los donatistas, que habían apelado otra vez en la causa de Ceciliano. Este concilio, juntamente con el primero ecuménico de Nicea (325), son los dos puntales del esfuerzo dogmático de tiempos de San Silvestre. Mucho se ha discutido sobre la participación que en ellos tuvo el Pontífice de Roma, ya que tanto uno como otro fueron convocados a instancias del emperador Constantino; pero, a través de lo que en ellos se determina, no ofrece duda la presencia moral del Papa en las decisiones consulares. En Nicea, junto al presidente del concilio, Osio de Córdoba, se sientan los legados pontificios Vito y Vicente, y, de ser cierto el documento que recoge el *Liber pontificalis,* todos los obispos, al final de la asamblea, escriben una carta a Silvestre, donde le dan cuenta de las decisiones adoptadas.

Más claro y conmovedor es el testimonio de los Padres del Concilio de Arlés. En esta asamblea, como en todas las que celebra Constantino, se ve, es cierto, una sumisión del episcopado

al poder civil; pero al mismo tiempo un afecto y una gran sumisión al Papa. Es éste el que ha de dar su última palabra sobre los donatistas, quien ha de comunicar a las iglesias lo establecido en el concilio, y el que, en fin, ha de hacer poner en práctica sus acuerdos, sobre todo el que se refiere a la celebración de la Pascua. Dicen así en la segunda carta que le envían:

> «Al amadísimo papa Silvestre, Marino, Agnecio [...] Unidos en el común vínculo de caridad y de unidad de la madre Iglesia católica y reunidos en la ciudad de Arlés por la voluntad del piísimo emperador, te saludamos a ti, gloriosísimo Papa, con toda nuestra reverencia».

Y añaden:

> «Ojalá, hermano dilectísimo, hubierais estado presente en este gran espectáculo, pues creemos que contra ellos (los donatistas) se hubiera dado una sentencia más severa, y de ese modo, uniéndote tú mismo a nuestro juicio, nuestra asamblea hubiera exultado con mayor alegría. Pero, como no pudiste separarte de aquellas tierras en las cuales se asientan también los apóstoles, y cuya sangre testifica sin intermisión la gloria de Dios, por eso te mandamos...»

Esta presencia del Papa se extendió a su vez en la serie de concilios y sínodos que se fueron celebrando en su tiempo: sínodo de Roma (315), concilios de Alejandría, Palestina, segundo de Alejandría, de Laodicea, Ancira, Nicomedia, Cartago, Cesarea de Palestina, etc.

En todos ellos y en otros decretos del mismo Papa se fue creando una liturgia nueva, que, unida a los cánones disciplinares, sirvieron de base a la reorganización interior de la Iglesia. Acaso se pueda rechazar como inventada posteriormente la famosa *Constitución de San Silvestre,* donde se encuentran una serie de prescripciones sobre los clérigos; pero no podemos dar de lado otras muchas, que sin duda se debieron al celo pastoral de nuestro santo. Citemos algunas:

— Solamente el obispo puede preparar el santo crisma y servirse de él para confirmar a los bautizados.

— Los diáconos usen dalmática y manípulo en el servicio del altar.

— Queda prohibido el uso de la seda o paño de color para el santo sacrificio de la misa. Deben emplearse telas de lino, o

sea corporales, que representen la síndone en que fue envuelto el cuerpo de Cristo.

— Ningún laico tenga la osadía de presentarse como acusador contra un clérigo.

— Ningun clérigo puede ser citado ante un tribunal laico para ser juzgado.

— Los días de semana, menos el sábado y el domingo, se llaman «ferias».

— En cuanto a la recepción de las órdenes sagradas, determina el tiempo que ha de transcurrir entre una y otra: veinte años para el lectorado, treinta días para el exorcistado, cinco años para el acolitado, otros cinco para el subdiaconado, diez para el de custodio de los mártires, siete para el diaconado y tres, por fin, para el sacerdocio.

— Normas precisas da también respecto a la vida de los clérigos. Deben ser castos y han de procurar el grado sin ambición y sin ansia de lucro, y solamente pueden ser nombrados aquellos que sean elegidos en unanimidad por el pueblo y la clerecía. Los presbíteros han de tener una reputación bien probada, de modo que, aun los que están fuera de la Iglesia, puedan dar fiel testimonio de ellos.

— Otras prescripciones abundan, por ejemplo, sobre el ayuno, los réditos de la Iglesia, que han de dividirse en cuatro apartados; el culto divino, etc.

Y como detalle, esta nota disciplinar en el trato con los pecadores, que nos dice mucho de la delicadeza y caridad de San Silvestre:

> «En primer lugar —dice— se les ha de llamar paternalmente y se les ha de esperar siete días, sin que se les prohíba nada de las cosas de la Iglesia. A este compás de espera se le deben añadir otros siete días, vedándoseles ya todo acceso a los divinos oficios. Siguen otros dos días, en los cuales, si no se arrepintieran, se les separa de la paz y comunión de la santa Iglesia. Otros dos días más, y, por fin, añadiendo todavía uno, y viendo que ya su caso es desesperado, se les debe condenar con el anatema».

En cuanto se refiere al culto divino, nunca conoció Roma, podemos decir, fuera del tiempo del Renacimiento, otra época de tanto esplendor y grandeza. El *Pontifical romano* nombra en primer lugar una iglesia del título de Equitio, que mandó cons-

truir San Silvestre junto a las termas de Trajano, hoy llamada de los Santos Silvestre y Martín, y que fue como su primera sede y el sitio donde hacía las ordenaciones. Seis veces ordenó en el mes de diciembre, y de aquí salieron 40 presbíteros, 26 diáconos y 65 obispos, que se fueron repartiendo por diversas tierras.

En seguida empiezan las famosas fundaciones constantinianas de San Juan de Letrán, en el monte Cello —*in aedibus Lateraní*—, de San Pedro, en el Vaticano, San Pablo, en la Via Ostiense, y Santa Cruz de Jerusalén, situada en el atrio Sessoriano, muy cerca del templo de Venus y Cupido, como réplica, dice Baronio, a la estatua de Venus que mandó poner Adriano en la cumbre del Calvario. En la misma Roma se levantan a su vez la basílica de Santa Inés, a instancias de la hija de Constantino; la de San Lorenzo, en el campo Verano; la de San Pedro y Marcelino, en la Via Labicana, y otras más en otras ciudades de Italia, como Ostia, Capua y Nápoles.

El papa San Dámaso, cuando termina de dar sus noticias sobre San Silvestre, acaba con esta sencilla frase: *Qui catholicus et confessor quievit.*

Católico, porque supo mantener la luz de su fe en un tiempo de fuertes herejías. Ecuménico, porque lleva su acción de Arlés a Nicea, de Cartago a Viena del Delfinado. Y, a la vez, confesor, es decir, santo, tomando la palabra en el sentido que se le daba entonces.

Y esta gran confesión o santidad la supo llevar, sobre todo, con una caridad y mansedumbre que fue puesta a prueba muchas veces por aquel que se decía favorecedor del cristianismo. Es sabido cómo a Constantino le aquejaba el prurito de quererse inmiscuir en todos los problemas interiores y exteriores de la Iglesia. Por su mandato se reúnen los obispos en Arlés, convoca el concilio de Nicea, reine sínodos, lleva a su tribunal la causa de los donatistas e interviene con toda su autoridad en la condena de los arrianos. Alguien ha querido ver cierta timidez en San Silvestre frente al emperador; pero creemos que es desconocer todo lo delicado de aquellos primeros años del cristianismo libre cuando se le atribuye tal especie. San Silvestre asiste a un renacer de la Iglesia, demasiado frágil todavía en lo que a efectos civiles se refiere, y, por otra parte, Constantino sigue

siendo el hombre de carácter fogoso, con muchos matices paganos, que a veces le llevan hasta el crimen. La persecución no se había superado del todo, ya que hasta el 324, con la muerte de Licinio, aún se sigue martirizando en el Oriente y aún en las tierras de Constantino brotan de vez en cuando gritos de rebeldía pagana.

Por otra parte, la solución de aquellos primeros conflictos político-religiosos de las primeras herejías dependía casi siempre del emperador, pues solían convertirse en verdaderas luchas intestinas, con gran peligro para la tranquilidad del Imperio. No es extraño, por tanto, que San Silvestre, aun consciente de su autoridad, tuviera que ceder muchas veces para no convertir en desfavorables unas posiciones que eran en gran manera ventajosas para la Iglesia. En eso precisamente estuvo su santidad: en saber sufrir los excesos del despotismo por bien de la comunidad, pasando muchas veces al segundo lugar, aunque en lo que tocaba a su ministerio siempre se mantuviera decisivo.

Ni las actas ni la leyenda nos dicen más de su vida. Pero bastante dice ya aquella floración de vida cristiana en que empieza a vivir Roma; el culto divino, que se engrandece con las basílicas; la nueva disciplina eclesiástica y el ejemplo de aquel varón venerable, que iba señalando a todos el nuevo sendero que se abría.

San Silvestre muere el 31 de diciembre del año 337. Fue sepultado en el cementerio de Priscila, en la Via Salaria, en una basílica donde estaba enterrado el papa San Marcelo, y que desde entonces se llamó de San Silvestre. Por el año 1890 se creyó identificar sus ruinas en el transcurso de unas excavaciones, y por fin lo logra en 1907 el arqueólogo Marucchi. Reconstruida una iglesia sobre los primitivos cimientos, fue inaugurada el 31 de diciembre del mismo año, reinando en la Iglesia San Pío X.

La Iglesia, por su parte, le ha venerado ya desde antiguo, incluyendo su nombre, juntamente con el de San Gregorio Magno, en la letanía de los Santos, y desde tiempos de San Pío V se ha venido celebrando su fiesta con rito doble aun dentro de la octava de Navidad.

FRANCISCO MARTÍN HERNÁNDEZ

Bibliografía

AMANN, E., Silvestre I (Spaint): Dtc XIV 2 (1940) 2068-2075.
BROGLIE, A. de, *L'Église et l'Empire romaine au VI^e siècle IV* (París 1856-1866).
CASPAR, E., *Geschichte des Papstums.* I: *Römische Kirche und Imperium Romanun* (Tubinga 1930).
CONSTANT, P. (ed.), *Lettere Paparum* (París 1721).
DEVILLARD, J., «La papauté et le concile de Nicée»: *Revue Apologétique* (1950) 40.
EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica* y *Vida de Constantino:* PL 19 y 20.
JAFFÉ, P., *Regesta Pontificum Romanorum* (Graz 1951) vols.1 y 2.
Liber Pontificalis, I (París 1886).
SECCK, O., *Regesten der Kaiser und Päpste die Jahre 311 bis 476 nach Christus* (Stoccarda 1919).
«Silvestre, Papa»: PL 8,795-814.
• Actualización:
LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ⁸2001) 446s.
GELMI, J., *Los papas. Retratos y semblanzas* (Barcelona 1986).
PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998).

SAN JUAN FRANCISCO REGIS

Presbítero († 1640)

Lo destinaba el Señor a ser un predicador infatigable de la palabra divina, acompañando su predicación del testimonio de una vida santísima, en la que brillaron con fulgor propio todas las virtudes cristianas. Una fe profunda le llevaba a transmitir el evangelio sin cansancio y a buscar todos los modos posibles de enseñarlo; una confianza ilimitada en Dios le llevaba a arrostrar todas las incomodidades y peligros, seguro de que contaba con la protección divina para la realización de su obra; una caridad excelsa le llevaba a buscar la salvación de las almas sin ahorrar sacrificio ni esfuerzo alguno con tal de salvar a un prójimo, y le llevaba igualmente a preferir a los pobres, los humildes, los campesinos, los aldeanos, los que no cuentan en la sociedad, como destinatarios de sus esfuerzos y trabajos, y todo ello desde el incendio de amor a Dios en que vivía y se consumía. Incansable en el trabajo, inabordable al desaliento, entregado plenamente a su vocación apostólica, este hijo de San Ignacio es gloria inmarcesible de la Compañía de Jesús, de la Iglesia de Francia y de la Iglesia universal.

En el breve de beatificación (8 de mayo de 1716) señalaba el papa Clemente XI el 24 de mayo como el día de su fiesta, pasa-

da luego en la Compañía de Jesús al 16 de junio. Ahora con el *Martirologio* nuevo su memoria se devuelve al 31 de diciembre, día en que sucedió su tránsito de este mundo al cielo.

Juan Francisco Regis nació en Fontcouverte, en el Languedoc, perteneciente hoy a la diócesis de Carcasona. Su padre, Juan Regis, era un propietario rural acomodado, que se había enrolado en la Liga contra los hugonotes y había tenido en ella el grado de capitán, y su madre era Magdalena Arsis, y ambos eran personas muy honestas y religiosas, muy firmes en su fe católica. Tanto sus padres como el preceptor que tenían ellos para sus hijos influyeron poderosamente en la precozmente despierta espiritualidad del jovencito, que desde niño mostró tener hondas preocupaciones religiosas. Su nacimiento tuvo lugar el 31 de enero de 1597.

A los 14 años lo pusieron sus padres en el colegio jesuita de Beziers. Es fama que ya para entonces era un chico dócil, estudioso, de costumbres puras, que enseguida dio su nombre a la Congregación Mariana, en la que vivió con intensidad la devoción a la Virgen María y a la Confraternidad de los Penitentes Azules, cuyos estatutos llevaban a sus miembros a visitar, consolar y ayudar a los enfermos y necesitados en los hospitales, cárceles y casas particulares. La asociación socorría también a los huérfanos para que aprendieran un oficio y a las huérfanas para que tomasen estado honestamente. Juan Francisco era alumno externo del colegio jesuita —no tenía el colegio un internado— y residía por ello en una casa particular con otros estudiantes. Es igualmente fama que Juan Francisco hizo una magnífica labor apostólica entre sus compañeros, atrayéndolos a los actos de piedad, alejándolos de cualquier diversión peligrosa y ayudándolos a dedicarse a la piedad y el estudio. Consiguió que muchos de sus compañeros aceptasen de él una especie de reglamento en el que estaban fijadas horas para la oración, el estudio y el recreo y para las buenas obras.

De aquel grupo de jóvenes que rodeaban a Juan Francisco surgieron vocaciones religiosas, y así algunos se hicieron dominicos, otros mínimos, otros capuchinos, etc. Juan Francisco se sintió igualmente llamado a la vida religiosa, pero, como su deseo era dedicarse por entero a la búsqueda de la mayor gloria de

Dios y la salvación de las almas, eligió la Compañía de Jesús, a la que conocía por sus maestros en el colegio de Beziers. Lo pensó, lo meditó, se recogió en ejercicios espirituales y tomó la decisión: el 8 de diciembre de 1616 ingresaba en el noviciado jesuita de la ciudad de Toulouse. Le sirvió el noviciado para reafirmarse en su vocación religiosa y entregarse sin reservas al Señor. Transcurrido el tiempo señalado, fue admitido a la profesión religiosa.

Según es costumbre en la Compañía de Jesús, el joven jesuita fue destinado al colegio de Cahors para la educación de los niños, de donde pasó al de Billom por tres años como inspector y maestro de ínfima gramática. Terminados esos tres años pasó por un trienio al estudio de la filosofía, y concluido éste, se le mandó como profesor de gramática suprema a Puy y luego un año a Auch. En todos estos colegios tuvo el amor de sus alumnos, que miraban en él no sólo al profesor competente sino sobre todo al religioso ejemplar, sorprendiendo su austeridad, modestia y afabilidad. Admiraba además su método de corregir y llamar la atención, pues lo hacía con tanta caridad y dulzura que los chicos caían en la cuenta de qué gran vencimiento tenía que hacerse para reñir a nadie. Los corregidos nunca quedaban resentidos sino que se sentían obligados con el profesor. Con las debidas licencias Juan Francisco los días de fiesta los aprovechaba para salir por las aldeas de alrededor y ocuparse en dar catecismo a los aldeanos, que agradecían mucho sus fervorosas pláticas. Esto ya lo había hecho también en el trienio en que estudió filosofía en Tournon, pues reunía a los pobres de la ciudad los días de fiesta y también a los criados del colegio. Acompañaba también en los citados días festivos a los religiosos sacerdotes del colegio que iban a los pueblecitos vecinos para predicar. Su mayor alegría era poder preparar a mayores y chicos al sacramento de la penitencia, y presentarlos entonces al padre jesuita al que acompañaba. Concretamente en Andace hizo tal trabajo apostólico que dejó constituida una asociación para la adoración del Santísimo Sacramento. Combatía los juegos, la embriaguez, los juramentos, los escándalos públicos, el maltrato a las esposas, etc., y lo hacía con gran eficacia.

El año 1628 Juan Francisco fue destinado a Toulouse para que en la casa jesuita de dicha ciudad estudiara la teología y se

hiciera capaz de recibir el sacerdocio. Sobresalió estos años no sólo por su responsable dedicación al estudio de las ciencias sagradas sino por su altísimo espíritu de oración, acudiendo a la iglesia muchas horas de la noche para pasarlas en plegaria ante el sagrario. Algunos en la comunidad avisaron al superior de que eran demasiadas las horas que Juan Francisco robaba al sueño, pero el superior viendo la intensidad religiosa con que Juan Francisco oraba no quiso prohibírselo.

Llevaba dos años estudiando teología cuando él mismo provocó se adelantase su ordenación sacerdotal. Se había declarado una mortífera peste en Toulouse y sus alrededores, y padres jesuitas acudían a atender espiritualmente a los apestados. Juan Francisco se ofreció para atenderlos él también y se le respondió negativamente, alegando que no era aún sacerdote. Entonces rogó y suplicó que le permitiesen ordenarse ya para poder atender a los enfermos. Se le hizo ver que entonces quedaría incapacitado para pasar los exámenes generales que le darían opción al cuarto voto jesuita. Él decidió sacrificar su posible profesión solemne, y se ordenó así de sacerdote, celebrando su primera misa en la fiesta de la Santísima Trinidad del año 1630. Le quedaban diez años de vida y ministerio sacerdotal que iban a ser gloriosos.

En octubre de aquel año 1630 la obediencia le manda trasladarse a su pueblo natal a fin de componer fuertes diferencias en el seno de su propia familia. Resolvió felizmente el enojoso asunto pero no desaprovechó apostólicamente su estancia en Fontcouverte. Dio catecismo a niños y adultos; se ocupó de pláticas y predicaciones a diversas clases de personas; se sentaba las horas en el confesonario y consolaba y animaba en él a muchísimas almas; visitaba asiduamente a los pobres en sus casas; llevaba el consuelo de los sacramentos a los enfermos, y se convirtió en mendigo evangélico, pidiendo a los ricos para darles a los pobres y socorrerles largamente. Llevaba un día por la calle un colchón para un pobre y pasaron unos soldados que, al ver a un religioso así cargado, se mofaron de él. Le dijeron entonces que no debía hacer tales obras de misericordia y él respondió que nunca hacer obras de caridad puede ser motivo de humillación, ya que la verdadera autoridad es la que viene de la bondad.

Todo esto sirvió para que los superiores de la Compañía comprendieran que Juan Francisco estaba bien dotado para las misiones rurales y decidieron pudiera dedicar gran parte de su tiempo a ellas. Durante nueve meses debió sustituir en Pamiers a un religioso que estaba enfermo y allí fue por obediencia Juan Francisco a dar clases, pero pasado este tiempo se le destinó a Montpellier, que durante las guerras de religión había sido un baluarte del protestantismo. Llegó a Montpellier a finales de 1632 y se le dedicó al catecismo de los niños, la visita de las aldeas y la predicación popular de la palabra de Dios. Exponía las verdades cristianas con palabras muy sencillas pero con mucha propiedad, de tal manera que a los doctos que lo escuchaban les admiraba la solidez de su doctrina. Se ocupó de nuevo de los más pobres, acudió repetidamente a los más ricos a solicitar sus limosnas, y avalaba su predicación con tal ejemplo de vida austera y penitente que era muy difícil resistirse a su encanto. Convirtió innumerables pecadores, entre ellos muchas mujeres públicas, para las cuales fundó un refugio que acogía a las arrepentidas. El 6 de noviembre de 1633 hizo los últimos votos religiosos que lo ligaron definitivamente a la Compañía de Jesús. En el invierno de ese mismo año inauguró las misiones rurales en Sommières, población muy tocada por el protestantismo, y muy pronto cosechó notables frutos. Llegó esta eficacia apostólica a oídos del obispo de Viviers, monseñor Francisco de la Baume, el cual se empeñó con los superiores de la Compañía de Jesús en que le enviaran al P. Juan Francisco, haciendo ver el lamentable estado en que se encontraba su diócesis. A cuenta de las guerras religiosas habían sido demolidas iglesias, abatido altares, rotas las pilas bautismales y los pueblos de la zona montañosa caído en la más completa ignorancia de la religión. Las aldeas estaban perdidas en las fragosidades de los montes y sin embargo sólo era posible hallar en ellas a sus habitantes en invierno pues en verano todos emigraban en busca de trabajo a las zonas más prósperas. Juan Francisco dejó de lado toda caballería. Envuelto en su manteo y con un bordón de peregrino anduvo todos los caminos y visitó todos los pueblitos como mensajero de la misericordia de Dios. Subía y bajaba quebradas, buscaba como dice el evangelio a todas las ovejas perdidas y se detenía en cada alma como si todo dependiera de cada una de

ellas. Conquistó innumerables corazones y atrajo de nuevo al redil de la Iglesia a cientos de ovejas que la habían abandonado. El obispo, admirado de los frutos, le reconvenía porque no cuidaba de sí mismo y se excedía en el trabajo, pero él estaba dispuesto a desgastarse hasta el final.

No faltaron quienes lo acusaron ante el prelado de imprudente y descomedido y llegaron a presionarlo hasta el punto de poner al obispo en duda de si debía frenar sus actividades, pero al fin comprendió que estaba cambiando la faz moral de la diócesis. La gente se arremolinaba a su llegada a cualquier pueblo porque ya la fama de santo le precedía a todas partes. Más tarde, y tras la investigación llevada a cabo por el síndico, conde de la Motte, quedó claro el proceder rectísimo del P. Juan Francisco y se mostró también que muchos odios concentrados contra él se debían a su apasionada defensa del celibato eclesiástico. No bien informado, el general de la Compañía, P. Vitelleschi, escribió al provincial que impusiera al P. Juan Francisco la penitencia que tuviera por conveniente a causa de sus imprudencias (4 de diciembre de 1634), pero el provincial no estimó oportuno ponerle penitencia alguna. Juan Francisco escribió al general y le pidió ser mandado a las misiones de Canadá (15 de diciembre de 1634), pero el general le respondió (15 de enero de 1635) que había que madurar el asunto. La insistencia de Juan Francisco no sirvió porque se le dijo que su Canadá era el Vivarés. Pasó luego con idénticas actividades y resultados a la diócesis de Valence y en 1636 fue destinado al obispado de Puy.

Aquí se sentía verdaderamente la necesidad de una predicación viva, espontánea, convencida y vibrante. Se decía que los libertinajes de aquella sociedad no tenían límite. Los señores y los campesinos vivían armados unos contra otros y no se detenían ante verdaderas brutalidades. El obispo, monseñor De Serres, le dijo que en la reforma que él le confiaba encontraría muchas dificultades pero que él lo sostendría con su autoridad y le daba desde el principio todas las facultades necesarias. El P. Juan Francisco comenzó por la capital diocesana. Convocó a las personas a sus pláticas catequéticas, y muy pronto eran centenares las personas que las frecuentaban. Luego se sentaba largamente en el confesonario y atendía alma por alma a todas las

que acudían en gran cantidad a él; y se dice que cuando sabía de alguien que necesitaba ayuda espiritual pero no había venido a buscarla, iba él mismo a buscarle y le exhortaba a la penitencia. Se ocupó enseguida de los pobres y aquel mismo 1636 en que llegó a la diócesis organizó un «Comité de la caridad», compuesto de señoras, las cuales buscaban y repartían alentadas por el misionero todas las limosnas imaginables. Se cuenta que por entonces y para socorrer a los pobres en la terrible carestía de 1637 multiplicó el trigo. Su caridad con los enfermos emocionaba a los fieles pues se acercaba incluso a aquellos enfermos de enfermedad repelente que vivían abandonados por ser muy difícil a otros atenderlos. Y el santo, cuando los atendía, no dejaba que le dieran las gracias sino que se las daba a ellos por haberles permitido ejercer la caridad. Para la acogida de las mujeres arrepentidas funda igualmente un Refugio, del que su superior, el P. Umeau, no quiso que llevase la dirección. Pero cuando llegó como superior su condiscípulo el P. Asrnou, se lo volvió a permitir.

Su género de vida era increíble: dormía en el suelo o en una silla dos o tres horas, luego se levantaba y se dedicaba a la oración el resto de la noche. Comía solamente legumbres, un poco de pan y leche, y ayunaba a pan y agua muchos días. Llevaba puesto un áspero cilicio y se disciplinaba con frecuencia.

Llegó a la convicción de que la gente del campo necesitaba sacerdotes dedicados, al menos los seis meses más ásperos del año, a su cuidado espiritual. Había pedido en vano al prepósito general que lo destinara a las misiones de Canadá, y en 1 de abril de 1640 se dirigió de nuevo a su superior mayor con la siguiente carta que muestra su espíritu apostólico:

> «Muy Reverendo Padre nuestro: Recurro hoy a Vuestra Paternidad con tanta mayor confianza cuanto estoy persuadido que la súplica que voy a hacer a Vuestra Paternidad no será de su desagrado. Ésta es que Vuestra Paternidad por su bondad se digne permitirme consagrar la vida y las fuerzas que me restan a la enseñanza de la gente del campo. No puedo explicar los grandes bienes que produce este género de misiones. Hablo de experiencia, habiéndolo visto por mis ojos, y pluguiese a Dios se me hubiere dado licencia para experimentarlo más frecuentemente. Pido, pues, licencia a V.P. para emplearme por lo menos seis meses al año en este divino ministerio. El Sr. Obispo de Puy me ha dado todas sus facultades;

muchos curas y muchos pueblos piden con grandes instancias la misión. El P. Rector, en cambio, sintiéndome necesario en el colegio, me detiene en él de tiempo en tiempo, a pesar de la extrema necesidad de tantas almas como perecen en las aldeas por falta de auxilios espirituales. Suplico a V.P. se sirva comprobar que en las poblaciones grandes se distribuye el pan en abundancia, pero mientras tanto los pobrecitos del campo se mueren de hambre por no haber una mano caritativa que reparta el pan de la divina palabra. Espero de la paternal bondad de V.P. no me negará la gracia que le pido, aunque no sea más que para consolarme de la negativa que me dio cuando pedí ir al Canadá».

Si leemos detrás de la letra de la carta podemos ver que, destinado el P. Juan Francisco en el colegio jesuita de Viviers, tenía ciertamente licencia para las misiones que hemos descrito, pero el rector del colegio, quizás para ahorrarle algunos meses un trabajo tan duro, lo retenía bajo obediencia en el colegio y lo ponía a dar clases y a ocuparse de los alumnos. Él obedecía, como no podía ser menos, pero pensaba que se estaba cuidando y pasándolo bien mientras tantas almas carecían del auxilio espiritual oportuno, y por ello pensó en recurrir al superior mayor, lo que era en el fondo un derecho suyo. El P. general aceptó la súplica de Juan Francisco. Cuando la carta del general llegó a Puy estaba allí el provincial, el mismo que le había permitido las misiones, y tuvo gran complacencia en que el general confirmase su licencia. Se ocupó a lo largo del verano en las misiones de Montfaucon, Recoulles y de Verines y por fin se dispuso a marchar a la misión de La Louvesc.

El día 21 de diciembre de 1640, acompañado del hermano Bideau, partió para La Louvesc, distante ochenta kilómetros de Puy. En el camino hubieron de pasar la noche, que era gélida, en un cobertizo sin paredes, donde no hallaron ni siquiera paja para tenderse. El santo misionero cogió aquella noche una pulmonía. Pese a la gran calentura, al amanecer siguió el viaje y llegó a La Louvesc en la mañana del día 24. Como si no estuviera enfermo, empezó enseguida la misión, dando los sermones y las catequesis. Luego se sentó en el confesonario y se pasó en él toda la noche. Al día siguiente, fiesta de Navidad, predicó y confesó todo el día y al día siguiente muy temprano dijo la santa misa. Terminada ésta, quiso irse al confesonario pero no pudo; se sentó en una silla y se desmayó cayendo al suelo. Lo recogie-

ron y el párroco, el abate Bayle, decidió acostarlo en su propia cama. Dieron aviso a los jesuitas de Tournon y éstos acudieron enseguida para asistirle. Pero ya era inevitable el fin y así lo aseguró el médico que los religiosos habían traído consigo. Siguió en la cama del párroco, y allí recibió los últimos sacramentos, haciendo antes una confesión general con el P. Lascombes. Al hermano que le asistía le dijo que veía a Jesús y María venir por él y así expiró el 31 de diciembre de 1640 cuando estaba para concluir el año, pues era cerca de media noche.

Cuando en 1716 fue beatificado se pudo encontrar su cuerpo porque el párroco había escrito en el libro de bautismos, entierros y bodas la siguiente partida:

> «Este día último del mes de diciembre del año mil seiscientos cuarenta, cerca de la media noche, murió en mi cuarto y en mi cama el reverendo padre Juan Francisco de Regis, jesuita de Puy, donde estuvo malo seis días, y fue enterrado el día dos de enero de mil seiscientos cuarenta y uno en la capilla y debajo de la campana grande de nuestra iglesia de La Louvesc. Y por ser verdad lo firmé hoy, día tres del mismo mes y año. Bayle, cura».

Se fue al sitio y en efecto allí estaba el santo cuerpo, que fue sacado y colocado en una caja en el presbiterio. La Louvesc se convirtió en meta de peregrinaciones de miles de fieles que siguen yendo allí a venerar a San Juan Francisco Regis, canonizado el 16 de junio de 1737. No podemos terminar esta reseña biográfica sin desear que el gran santo evangelizador ilumine a la Iglesia embarcada en la gran tarea de la nueva evangelización.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* 4 vols. (Madrid 1852).
CURLEY, F. DE, *Saint Jean-Francois Regis* (Lyón 1893).
HOLLAND, R. E., *Life of St. John Francis Regis* (Chicago 1922).
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 513-528.

BEATO ALANO DE SOLMINIHAC
Obispo († 1659)

Alano es nombre germánico que guarda relación con los bárbaros alanos, miembros de una tribu nómada expulsada de Asia Menor por Marco Aurelio Probo hacia el 280, y vencida luego por los hunos, los visigodos y los vándalos durante los siglos IV y V. No faltan quienes opinan que puede ser nombre céltico («Alun»), con el significado de «armonía». Y para que el abanico de hipótesis no desmerezca, tercian otros diciendo que sería la forma con que los musulmanes nombran a Dios («Alá»), cuya variante anglosajona se decanta por «Alan», en tanto que la francesa lo hace por «Alain». El derivado, desde luego, con toda su parafernalia etimológica y hermenéutica resulta múltiple y caprichoso: Alaina, Alaine, Alan, Alanic, Allan, Lan y Lanig.

Alano de Solminihac (1593-1659), obispo, vio la luz de este mundo de lágrimas y suspiros, también de gozos y esperanzas, el 25 de noviembre de 1593 en Saint-Aquilin, cerca de Périgueux, castillo de Belet [Beley-en-Périgord (Périgord Noir: Dordoña, Francia)], del matrimonio formado por Juan, escudero-gentilhombre, señor de Belet, y de Juana de Marqueyssac. Salido de una vieja familia de Périgord, cuya divisa era «Fe y valentía», soñó primero con entrar en los Caballeros de Malta. Pero en 1613, a sus veinte años, resolvió hacerlo en la Abadía de Chancelade, cerca del mencionado Périgueux (Périgord), de los Canónigos Regulares de San Agustín. Périgord, Dordoña, era su región natal. Una vez ordenado prosiguió estudios de teología y de espiritualidad en París. Recibió la bendición abacial en la Epifanía de 1623. Acto seguido, emprendió valiente y decidido la restauración material y espiritual del viejo edificio. Era la época de la aplicación del Concilio de Trento. Este ejemplo suyo tuvo considerable resonancia en la región y mucho más lejos: en la vida de los institutos religiosos. La experiencia de Alano de Solminihac recuerda oportunamente a los religiosos el valor y la fecundidad de su oblación radical, sostenida por la observancia de la Regla, la mortificación y la vida en comunidad.

Los monjes de la Chancelade pertenecen a la Orden de San Agustín, no los monjes que el Hiponense fundó, sino de la

Orden mendicante cuyas raíces originales hay que ver en el monacato africano, y concretamente agustiniano, del siglo IV. Orden que alcanzó después de la llamada «Gran Unión» extraordinario desarrollo en el curso de los siglos XI-XII teniendo por misión el oficio parroquial, la enseñanza y la hospitalidad. La abadía del siglo XII subsiste aún en Chancelade. Y también la memoria del esplendor alcanzado por los agustinos de la Abadía de Chancelade en Périgord bajo la autoridad del abad Alano de Solminihac (1636-1659), a quien las crónicas y pintura recuerdan como canónigo regular vestido de una sotana violeta. Abad primero de Chancelade y, hacia 1630, obispo de Cahors, transformó su abadía en un focolar de espiritualidad. Con apenas 30 a las espaldas, emprendió, ya digo, la reforma espiritual y material de aquel centro que habría de marcar por muchos años el curso espiritual de la región.

Al sacerdote de La Rochefoucauld, una vez tenga cura de almas, lo van a ver en su tiempo luchar contra la impiedad, ensayar reformas y promover una causa importante: la canonización de Alano de Solminihac, de cuyas gestiones venía ocupándose desde hacía tiempo el clero de Francia. Y es que la emprendida por Alano durante su abadiato en Chancelade había sido una reforma austera, pese a la fuerte oposición encontrada en antiguos religiosos que terminaron por arrojar la toalla y retirarse a sus prioratos. Así fue como la abadía de Sainte-Marie de Sablonceaux, fundada en 1136 cerca de Saintes por Guillaume, duque de Aquitania, conoció también la reforma según el estilo de nuestro Beato en la suya. Así se explica que Sablonceaux le dispensara siempre reconocida gratitud y vivo recuerdo. Hasta tal punto llegó su veneración allí que sus monjes se decían hijos espirituales o discípulos de Alano de Solminihac.

La extendida fama de santidad y el generoso desprendimiento ascético del abad de Chancelade hacen que en 1636 el papa Urbano VIII ponga sus ojos en él para obispo de Cahors, diócesis que va a regir desde 1636 hasta 1659. Era entonces Cahors una de las más grandes diócesis de Francia, correspondiente al departamento de Lot, ocupando la parte más grande de Quercy, que en sus primeros tiempos se extendía sobre la mitad norte de Tarn-et-Garonne y el noroeste del departamen-

to del Aveyron. Sita al norte de la región Midi-Pyrénées, en los confines de Auvernia, de Lemosín y de Aquitania. Cahors dará a la Iglesia un papa: Santiago Duèze, es decir, Juan XXII, el cual residirá en Aviñón, aunque sin olvidarse nunca de su pueblo, ya que en 1332 le llega a ofrecer la más grande universidad del sudoeste del reino, la misma en cuyas aulas cursaría estudios más tarde Fenelón. Hay costumbre de hacer comenzar en 1337 el período de la guerra de los Cien Años. Mas para el Sud-Oeste de Francia —región del Quercy— este enfrentamiento anglo-francés había empezado más bien en 1159, cuando las armadas de Enrique II. Cahors hoy, después de tantas evoluciones y cambios, es una diócesis pequeña. A partir de 1999 existe el vistoso parque regional de las *Causses del Quercy,* que viene a reforzar el departamento en su vocación turística. Desde el punto de vista de su organización pastoral, la diócesis está repartida en cinco sectores.

Ferviente admirador de la pastoral conciliar de San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán, monseñor de Solminihac tomó él también la resolución de dar a su diócesis el rostro y la vitalidad tan deseados por el Concilio de Trento. Sus 22 años de episcopado en el Quercy promovieron un despliegue incesante de actividades, todas a cual más eficaz y de mayor importancia. He aquí algunas para muestra: convocación de un sínodo diocesano, puesta en pie de un consejo episcopal hebdomadario, visita sistemática de 800 (hay quien escribe 900) parroquias de la diócesis, cada una visitada hasta nueve veces, creación de un seminario confiado a los lazaristas, multiplicación de las misiones parroquiales, desarrollo del culto eucarístico en un tiempo en que el jansenismo comenzaba a expandirse, promoción o fundación, en fin, de obras caritativas para los ancianos y los huérfanos, para los enfermos y las víctimas de la peste.

Reformador, como digo, en la línea de San Carlos Borromero, austero y enérgico, acometió también ahora la restauración de la Iglesia en Quercy, arruinada por todo un siglo de enfrentamientos religiosos. Devolvió al Culto su dignidad, haciendo aplicar exactamente los decretos del Concilio de Trento. Más comúnmente por los caminos que en su residencia de Merques *(Mercuès),* velaba en persona durante las visitas por los deberes

de su clero. Para asegurar la formación, estableció en Cahors un seminario y recomendó a sus sacerdotes predicar *en lengua vulgar.* En 1638, visitando la diócesis, constató con sorpresa que, en muchas parroquias, «no se hacía ninguna dificultad por colocar en los libros de los bautizados después del nombre de los hijos ilegítimos, el de su padre con expresión de su cualidad de sacerdote, como si hubiera que dejar para la posteridad las marcas de su inconteniencia». Cuarenta años más tarde, Esteban Le Camus, obispo de Grenoble, recibirá la dimisión de numerosos curas «viejos concubinarios», temerosos ellos de su posible irritación.

Cuentan asimismo las crónicas que transformó el episcopio en un «monasterio de clérigos», algo que ya hicieran en su día, durante la antigüedad patrística, algunos Padres de la Iglesia, de modo particular en Hipona, San Agustín. Promovió el renacimiento espiritual de la diócesis. Profesó mucho antes que Fenelón el «puro amor», y sus escritos acabarían obteniendo la aprobación de Roma; valeroso reformador, la ocupación esencial de sus años episcopales no fue otra que introducir y hacer que se aplicasen en la diócesis los decretos del Concilio de Trento, detalle que le valió pronto el calificativo de obispo «itinerante», entregado de cuerpo y alma y dándolo todo de sí en las visitas pastorales. Ferozmente hostil, eso sí, al protestantismo y al jansenismo, reunió a los prelados vecinos en su residencia de Merques para la puesta en práctica de una pastoral común.

Hizo imprimir para los fieles un catecismo y no escatimó esfuezos en contrarrestar y debelar pastoralmente a los protestantes y jansenistas. Consiguió por éstas y similares iniciativas un prestigio extraordinario entre la Jerarquía de su tiempo y una reputación de santidad que permiten su justa relación con los otros artífices de la Reforma católica. Alano de Solminihac, pues, participó de cerca en los dramas de su tiempo. «Las rentas de mi episcopado son el sagrado patrimonio de los pobres —dirá—, y todo lo que yo puedo pretender es el estirar mi pobre vida». Multiplicó, en efecto, las fundaciones caritativas, orfelinatos, hospitales, como el de los «Incurables», el de los «Huérfanos», el de las «Huérfanas». Hizo también transferir el gran hospital de Santiago *(Saint-Jacques),* convertido con el dis-

currir de los días en el hospital general, a su actual emplazamiento. Cuando La Fronde, él mantuvo el Quercy fiel a la Corona contra los Condados, muy activos en Guyenne. Consiguió limitar la detestable costumbre de los duelos y la práctica de la usura, muy extendidas entonces.

El castillo de Merques, residencia favorita de los condes-obispos de Cahors que elevaron allí primero una capilla, después un castillo (ciudad en toda regla a partir del 1212, completada en el siglo XIV), fue tomado por los ingleses y desmantelado a principios del siglo XV. Rescatado por los cónsules de Cahors, fue restaurado y más tarde saqueado por las guerras de religión. Devuelto a sus orígenes en el siglo XVII, agrandado en el XVIII, nuevamente restaurado por un alumno de Viollet-le-Duc en el XIX, quedó definitivamente abandonado por los obispos que se fueron a vivir en otra parte. Actualmente es castillo-hotel.

El abundante material epistolográfico y documental sobre la reforma espiritual de la Iglesia en Francia, con los impulsos renovadores del Concilio de Trento un tiempo hibernados y luego puestos al día, prueba que en aquel nacimiento de seminarios, reflorecimiento de la vida religiosa y renovación de los sacerdotes con sus comunidades parroquiales del ferviente seiscientos francés, hubo hombres de extraordinaria talla eclesial, como verbigracia, Olier, Bourgoing, Alano de Solminihac, y tantos otros. En Cahors es posible hallar todavía la *Place Alain de Solminihac;* incluso el edificio construido en 1640 por el obispo Alano de Solminihac para los seminaristas, reconstruido en parte y ocupado a partir de 1873 por cerca de 1500 soldados y 50 oficiales del VII Regimiento de Infantería. Y todavía hoy es posible admirar el Espacio de Congreso.

Apóstol y creador, murió en Merques el 31 de diciembre de 1659. Sus biografías le atribuyen muchos milagros, entre ellos un buen lote de curaciones, que vienen a ser como el refrendo taumatúrgico de su incansable pastoral puesta al servicio de la reconquista católica de la región.

> «En 1658, refiere Felipe Calmon, Alano nombra como prior de Notre Dame du Puy (en Figeac), a Juan Delaborie. El encuentro con el obispo de Cahors que desde que ha asumido el oficio pastoral en 1636 es uno de los principales artífices de la reforma católica

querida por el Concilio de Trento, va a orientar toda la vida de Delaborie, quien actuará en tres direcciones: la formación de los sacerdotes, el encuadramiento de los fieles y la lucha contra la herejía protestante».

En el proceso verbal de beatificación firmado por Juan Pablo II, el 13 de julio de 1979, se narra la sorprendente curación de María Ladoux, niña de cinco años, hija de Antonio Ladoux y Juana Breil, su esposa. El 27 de junio de 1661 la niña dejaba Montauban para acercarse con sus padres a Montcuq, cerca de Cahors. Para el viaje, había sido emplazada en una cesta de vestidos con útiles también para el trabajo familiar, entre ellos un gran cuchillo puntiagudo. La cesta había sido encaramada sobre un caballo. A cuatro kilómetros de Montcuq, el caballo dio un mal paso y se cayó: el cuchillo se clavó en el bajo vientre de la niña y transpasó su vejiga provocando una herida profunda. El padre extrajo el cuchillo de la herida, de la cual empezó a manar «sangre y agua». No bien llegados a Montcuq, la pequeña fue examinada por el quirurgo Pagès, quien apeló al profesor Pierre Durand de la Universidad de Cahors, y éste no dejó lugar a esperanza alguna: era el 29 de junio. Por si fuera poco, el estado de la nena empezó a empeorar de modo alarmante. La madre pidió entonces al marido visitar la tumba del Siervo de Dios Alano de Solminihac. Vencida su inicial reluctancia —no quería apartarse de la hija por nada del mundo—, éste acabó por acceder y se llegó hasta Cahors. De vuelta en Montcuq el 30 de junio o el 1 de julio, encontró a la hija completamente curada. El 2 de julio informó del «milagro» a los canónigos regulares, al profesor Durand y a monseñor de Sevin, obispo de Cahors. Fueron hechas también las constataciones pertinentes al caso.

Modelo de pastor celoso y de reformador eficaz lo mismo para el clero que para los fieles e impregnado del espíritu de San Carlos Borromeo, tuvo siempre clara conciencia del deber y su conducta como persona y pastor de la Iglesia fue de veras irreprochable. Tres años antes de su muerte, había predicado él mismo el Jubileo de 1656, para convertir a su pueblo y, a la vez, sensibilizarlo sobre la misión particular del Obispo de Roma, guardián de la comunión entre las Iglesias. Un palabra del salmo 69 podría resumir perfectamente la vida pastoral de aquel obis-

po del siglo XVII francés: «Me devora el celo de tu casa» (Sal 68,10). Beatificado por el papa Juan Pablo II en Roma el 4 de octubre de 1981, las palabras papales siguen percutiendo en el corazón de la Iglesia universal:

> «La notable figura de Alano de Solminihac bien merece ser puesta a la luz por la Iglesia que él tan ardientemente sirvió. ¡Puedan los obispos de Francia y de todos los países hallar en la vida del Beato Alano de Solminihac el valor de evangelizar sin miedo al mundo contemporáneo!».

La evangelización representa uno de las mayores retos para la Iglesia del siglo XXI: la fe, ha dicho Juan Pablo II, debe hacerse cultura; y la cultura, Evangelio. Inculturación y evangelización son como las dos alas con que volar alto por los cielos azules de la espiritualidad contemporánea. Buen ejemplo, desde su tiempo y a su manera entonces, el del Beato Alano de Solminihac, quien se gastó y desgastó al estilo paulino por darse a las almas, esforzándose, al hacerlo, en ser por ello mismo signo e instrumento de la íntima unión con Dios y, con él, de todo el género humano. Templó el alma de tal suerte que hizo también de su vida toda incondicional donación a la Iglesia. Ojalá los obispos franceses, todos los obispos valdría decir, como Juan Pablo II bellamente preconizó, encuentren en la vida de este beato el coraje de evangelizar sin miedo a la sociedad de nuestro tiempo.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

ARRICAU, R., «Alain de Solminihac, evêque de Cahors»: *La Documentation Catholique* (1981) 951.

CHASTENET, L., *La Vie de Monseigneur Alain de Solminihac Evesque Baron, et Comte de Caors, et Abbé régulier de Chancellade* (Cahors 1663). [Edición original muy rara, impresa en Cahors. Traducida al latín en 1673; reimpresa en numerosas ocasiones hasta 1981].

JUAN PABLO II, «*Homilia.* In foro Sancti Petri habita, occasione oblata Beatificationis Servorum Dei Alani de Solminihac, Aloisii Scrosoppi, Richardi Pampuri, Claudinae Thévenet, Mariae Repetto [4. m. Octobris a. 1981]»: *AAS* 73 (1981) 662-668.

«Lettre pastorale de Monseigneur l'illustrissime et révérendissime évêque, baron et comte de Cahors, touchant les usures et intérêts. 1648»: *Archives de l'Evêché,* liasse X, n.1.

Martyrologium romanum, o.c., 275, n.11; 675.

MAZEAU, R., *Alain de Solminihac, abbé de Chancelade, évêque de Cahors,* Fanlac (Périgueux 1980).

L'Osservatore Romano (1981) n.35, 36, 41, 42.

SOL (Chanoine E.), *Le vénérable Alain de Solminihac, abbé de Chancelade et évèque de Cahors* (Cahors 1928).
Le Vénérable Alain de Solminihac. Abbé de Chancelade et évèque de Cahors (Delsaud 1928).

SANTA CATALINA LABOURÉ

Virgen († 1876)

La capilla de las apariciones de la «Medalla Milagrosa» se encuentra en la rue du Bac, de París, en la casa madre de las Hijas de la Caridad. Una casona muy parisina, como tantas otras de aquel barrio tranquilo. Se cruza el portalón, se pasa un patio alargado y se llega a la capilla.

La capilla es enormemente vulgar, como cientos o miles de capillas de casas religiosas. Una pieza rectangular sin estilo definido. Aún ahora, a pesar de las decoraciones y arreglos, la capilla sigue siendo desangelada.

Uno comprende que la Virgen se apareciera en Lourdes, en el paisaje risueño de los Pirineos, a orillas de un río de alta montaña; que se apareciera inclusive en Fátima, en el adusto y grave escenario de la «Cova de Iría»; que se apareciera en tantos montículos, árboles, fuentes o arroyuelos, donde ahora ermitas y santuarios dan fe de que allí se apareció María a unos pastorcillos, a un solitario, a una campesina piadosa...

Pero la capilla de la rue du Bac es el sitio menos poético para una aparición. Y, sin embargo, es el sitio donde las cosas están prácticamente lo mismo que cuando la Virgen se manifestó aquella noche del 27 de noviembre de 1830.

Yo siempre que paso por París voy a decir misa a esta capilla, a orar ante aquel altar «desde el cual serán derramadas todas las gracias», a contemplar el sillón, un sillón de brazos y respaldo muy bajos, tapizado de velludillo rojo, gastado y algo sucio, donde lo fieles dejan cartas con peticiones, porque en él se sentó la Virgen.

Si la capilla debe toda su celebridad a las apariciones, lo mismo podemos decir de Santa Catalina Labouré, la privilegiada vidente de nuestra Señora. Sin esta atención singular, la buena religiosa hubiera sido una más entre tantas Hijas de la Caridad, llena de celo por cumplir su oficio, aunque sin alcanzar el mérito de la canonización. Pero la Virgen se apareció a sor Labouré

en la capilla de la casa central, y así la devoción a la Medalla Milagrosa preparó el proceso que llevaría a sor Catalina a los altares y riadas de fieles al santuario parisino. Y tan vulgar como la calle de Bac fue la vida de la vidente, sin relieves exteriores, sin que trascendiera nada de lo que en su gran alma pasaba.

Catalina, o, mejor dicho, Zoe, como la llamaban en su casa, nació en Fain-les-Moutiers (Bretaña) el 2 de mayo de 1806, de una familia de agricultores acomodados, siendo la novena de once hermanos vivientes de entre diecisiete que tuvo el cristiano matrimonio.

La madre murió en 1815, quedando huérfana Zoe a los nueve años. Ha de interrumpir sus estudios elementales, que su misma madre dirigiera, y con su hermana pequeña, Tonina, la envían a casa de unos parientes, para llamarlas en 1818, cuando María Luisa, la hermana mayor, ingresa en las Hijas de la Caridad. «Ahora —dice Zoe a Tonina—, nos toca a nosotras hacer marchar la casa».

Doce años y diez años..., o sea, dos mujeres de gobierno. Parece milagroso, pero la hacienda campesina marcha. Había que ver a Zoe en el palomar entre los pichones zureantes que la envuelven en una aureola blanca. O atendiendo a la cocina para tener a punto la mesa, a la que se sientan muchas bocas con buen apetito. Otras veces hay que llevar al tajo la comida de los trabajadores.

Y al mismo tiempo que los deberes de casa, Zoe tiene que prepararse para la primera comunión. Acude cada día al catecismo a la parroquia de Moutiers-Saint-Jean, y su alma crece en deseos de recibir al Señor. Cuando llega al fin día tan deseado, Zoe se hace más piadosa, más reconcentrada. Además ayuna los viernes y los sábados, a pesar de las amenazas de Tonina, que quiere denunciarla a su padre. El señor Labouré es un campesino serio, casi adusto, de pocas palabras. Zoe no puede franquearse con él, ni tampoco con Tonina o Augusto, sus hermanos pequeños, incapaces de comprender sus cosas.

Y ora, ora mucho. Siempre que tiene un rato disponible vuela a la iglesia, y, sobre todo, en la capilla de la Virgen el tiempo se le pasa volando.

Un día ve en sueños a un venerable anciano que celebra la misa y la hace señas para que se acerque; mas ella huye despavo-

rida. La visión vuelve a repetirse al visitar a un enfermo, y entonces la figura sonriente del anciano la dice: «Algún día te acercarás a mí, y serás feliz». De momento no entiende nada, no puede hablar con nadie de estas cosas, pero ella sigue trabajando, acudiendo gozosa al enorme palomar para que la envuelvan sus palomos, tomando en su corazón una decisión irrevocable que reveló a su hermana. «Yo, Tonina, no me casaré; cuando tú seas mayor le pediré permiso a padre y me iré de religiosa, como María Luisa».

Esto mismo se lo dice un día al señor Labouré, aunque sacando fuerzas de flaquezas, porque dudaba mucho del consentimiento paterno.

Efectivamente, el padre creyó haber dado bastante a Dios con una hija y no estaba dispuesto a perder a Zoe, la predilecta. La muchacha tal vez necesitaba cambiar de ambiente, ver mundo, como se dice en la aldea.

Y la mandó a París, a que ayudase a su hermano Carlos, que tenía montada una hostería frecuentada por obreros.

El cambio fue muy brusco. Zoe añora su casa de labor, las aves de su corral y, sobre todo, sus pichones y la tranquilidad de su campo. Aquí todo es falso y viciado. ¡Qué palabras se oyen, qué galanterías, qué atrevimientos!

Sólo por la noche, después de un día terrible de trabajo, la joven doncella encuentra soledad en su pobre habitación. Entonces ora más intensamente que nunca, pide a la Virgen que la saque de aquel ambiente tan peligroso.

Carlos comprende que su hermana sufre, y como tiene buen corazón quiere facilitarla la entrada en el convento. ¿Pero cómo solucionarlo estando el padre por medio?

Habla con Huberto, otro hermano mayor, que es un brillante oficial, que tiene abierto un pensionado para señoritas en Chatillon-sur-Seine. Aquella casa es más apropiada para Zoe.

El señor Labouré accede. Otra vez el choque violento para la joven campesina, porque el colegio es refinado y en él se educan jóvenes de la mejor sociedad, que la zahieren con sus burlas. Pero perfecciona su pronunciación y puede reemprender sus estudios, que dejará a los nueve años.

Un día, visitando el hospicio de la Caridad en Chatillon, quedó sorprendida viendo el retrato del anciano sacerdote que se le apareciera en su aldea. Era un cuadro de San Vicente de Paúl. Entonces comprendió cuál era su vocación, y como el Santo la predijera, se sintió feliz. Insistió ante su padre, y al fin éste se resignó a dar su consentimiento.

Zoe hizo su postulantado en la misma casa de Chatillon, y de allí marchó el día 21 de 1830 al «seminario» de la casa central de las Hijas de la Caridad en París.

A fines del noviciado, en enero de 1831, la directora del seminario dejó esta «ficha» de Zoe, que allí tomó el nombre de Catalina: «fuerte, de mediana talla; sabe leer y escribir para ella. El carácter parece bueno, el espíritu y el juicio no son sobresalientes. Es piadosa y trabaja en la virtud».

Pues bien: a esta novicia corriente, sin cualidades destacables, fue a quien se manifestó repetidas veces el año 1830 la Virgen Santísima.

He aquí cómo relata la propia sor Catalina su primera aparición:

> «Vino después la fiesta de San Vicente, en la que nuestra buena madre Marta hizo, por la víspera, una instrucción referente a la devoción de los santos, en particular de la Santísima Virgen, lo que me produjo un deseo tal de ver a esta Señora, que me acosté con el pensamiento de que aquella misma noche vería a tan buena Madre. ¡Hacía tiempo que deseaba verla! Al fin me quedé dormida. Como se nos había distribuido un pedazo de lienzo de un roquete de San Vicente, yo había cortado el mío por la mitad y tragado una parte, quedándome así dormida con la idea de que San Vicente me obtendría la gracia de ver a la Santísima Virgen. Por fin, a las once y media de la noche, oí que me llamaban por mi nombre: Hermana, hermana, hermana. Despertándome, miré del lado que había oído la voz, que era hacia el pasillo. Corro la cortina y veo un niño vestido de blanco, de edad de cuatro a cinco años, que me dice: Venid a la capilla; la Santísima Virgen os espera. Inmediatamente me vino al pensamiento: ¡Pero se me va a oír! El niño me respondió: Tranquilizaos, son las once y media; todo el mundo está profundamente dormido: venid, yo os aguardo.
>
> Me apresuré a vestirme y me dirigí hacia el niño, que había permanecido de pie, sin alejarse de la cabecera de mi lecho. Puesto siempre a mi izquierda, me siguió, o más bien yo le seguí a él en todos sus pasos. Las luces de todos los lugares por donde pasábamos estaban encendidas, lo que me llenaba de admiración. Creció

de punto el asombro cuando, al ir a entrar en la capilla, se abrió la puerta apenas la hubo tocado el niño con la punta del dedo; y fue todavía mucho mayor cuando vi todas las velas y candeleros encendidos, lo que me traía a la memoria la misa de Navidad. No veía, sin embargo, a la Santísima Virgen.

El niño me condujo al presbiterio, al lado del sillón del señor director. Aquí me puse de rodillas, y el niño permaneció de pie todo el tiempo. Como éste se me hiciera largo, miré no fuesen a pasar por la tribuna las hermanas a quienes tocaba vela.

Al fin llegó la hora. El niño me lo previene y me dice: "He aquí a la Santísima Virgen; hela aquí". Yo oí como un ruido, como el roce de un vestido de seda, procedente del lado de la tribuna, junto al cuadro de San José, que venía a colocarse en las gradas del altar, al lado del Evangelio, en un sillón parecido al de Santa Ana; sólo que el rostro de la Santísima Virgen no era como el de aquella Santa. Dudaba yo si sería la Santísima Virgen, pero el ángel que estaba allí me dijo: He ahí a la Santísima Virgen. Me sería imposible decir lo que sentí en aquel momento, lo que pasó dentro de mí; parecíame que no la veía. Entonces el niño me habló, no como niño, sino como hombre, con la mayor energía y con palabras las más enérgicas también. Mirando entonces a la Santísima Virgen, me puse de un salto junto a Ella, de rodillas sobre las gradas del altar y las manos apoyadas sobre las rodillas de esta Señora [...] El momento que allí se pasó, fue el más dulce de mi vida; me sería imposible explicar todo lo que sentí. Díjome la Santísima Virgen cómo debía portarme con mi director y muchas otras cosas que no debo decir, la manera de conducirme en mis penas, viniendo (y me señaló el altar con la mano izquierda) a postrarme ante él y derramar mi corazón; que allí recibiría todos los consuelos de que tuviera necesidad [...] Entonces yo le pregunté el completo significado de cuantas cosas había visto, y Ella me lo explicó todo [...] No sé el tiempo que allí permanecí; todo lo que sé es que, cuando la Virgen se retiró, yo no noté más que como algo que se desvanecía, y, en fin, como una sombra que se dirigía al lado de la tribuna por el mismo camino que había traído al venir. Me levanté de las gradas del altar, y vi al niño donde le había dejado. Díjome: ¡Ya se fue! Tornamos por el mismo camino, siempre del todo iluminado y el niño continuamente a mi izquierda. Creo que este niño era el ángel de mi guarda, que se había hecho visible para hacerme ver a la Santísima Virgen, pues yo le había pedido mucho que me obtuviese este favor. Estaba vestido de blanco y llevaba en sí una luz maravillosa, o sea, que estaba resplandeciente de luz. Su edad sería como de cuatro a cinco años. Vuelta a mi lecho, oí dar las dos de la mañana; ya no me dormí».

La anterior visión, que sor Catalina narra con todo candor, ocurrió en el mes de julio. Fue como una preparación a las

grandes visiones del mes de noviembre, que la Santa referiría a su confesor, el padre Aladel, por quién se insertaron los relatos en el proceso canónico iniciado seis años más tarde.

> «A las cinco de la tarde, estando las Hijas de la Caridad haciendo oraciones, la Virgen Santísima se mostró a una hermana en un retablo de forma oval. La Reina de los cielos estaba de pie sobre el globo terráqueo, con vestido blanco y manto azul. Tenía en sus benditas manos unos como diamantes, de los cuales salían, en forma de hacecillos, rayos muy resplandecientes, que caían sobre la tierra [...] También vio en la parte superior del retablo escritas en caracteres de oro estas palabras: ¡Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos! Las cuales palabras formaban un semicírculo que, pasando sobre la cabeza de la Virgen, terminaba a la altura de sus manos virginales. En esto volvióse el retablo, y en su reverso viese la letra M, sobre la cual había una cruz descansando sobre una barra, y debajo los corazones de Jesús y de María [...] Luego oyó estas palabras: Es preciso acuñar una medalla según este modelo; cuantos la llevaren puesta, teniendo aplicadas indulgencias, y devotamente rezaren esta súplica, alcanzarán especial protección de la Madre de Dios. E inmediatamente desapareció la visión».

Esta escena se repitió algunas veces, ya durante la misa, ya durante la oración, siempre en la capilla de la casa central. La primera aparición de la Medalla Milagrosa ocurrió el 27 de noviembre de 1830, un sábado víspera del primer domingo de adviento.

Pasado el seminario, sor Labouré fue enviada al hospicio de Enghien, en el arrabal de San Antonio, de París, lo que le dio facilidad de seguir comunicándose con su confesor, el padre Aladel. La Virgen había dicho a sor Catalina en su última aparición: «Hija mía, de aquí en adelante ya no me verás más, pero oirás mi voz en tus oraciones». En efecto, aunque no se repitieron semejantes gracias sensibles, sí las intelectuales, que ella distinguía muy bien de las imaginativas o de los afectos del fervor.

En el hospicio de Enghien, la joven religiosa fue destinada a la cocina, donde no faltaba trabajo; pero interiormente sentía apremios para que la medalla se grabara, y así se lo comunicó al señor Alabel, como queja de la Virgen. El prudente religioso fue a visitar a monseñor de Quelen, arzobispo de París, y al fin, a mediados de 1832, consiguió permiso para grabar la medalla, pudiendo experimentar el propio prelado sus efectos milagro-

sos en monseñor de Pradt, ex obispo de Poitiers y Malinas, aplicándole una medalla y logrando su reconciliación con Roma, pues era uno de los obispos «constitucionales».

Sor Catalina recibió también una medalla, y, después de comprobar que estaba conforme al original, dijo: «Ahora es menester propagarla».

Esto fue fácil, pues la Hijas de la Caridad fueron las primeras propagandistas. Entre ellas había cundido la noticia de las apariciones, si bien se ignoraba qué hermana fuera la vidente, cosa que jamás pudo averiguarse hasta que la propia sor Catalina en 1876, cuando ya presentía su muerte, se lo manifestó a su superiora para salvar del olvido algunos detalles que no constaban en el proceso canónico, en el que depuso solamente su confesor. Ni aun consintió en visitar al propio monseñor de Quelen, aunque deseaba vivamente conocerla o al menos hablar con ella. El padre pudo defender su anonimato alegando que sabía tales cosas por secreto de confesión.

La Medalla Milagrosa, nombre con que el pueblo comenzó a designarla por los milagros que a su contacto se obraban en todas partes, se hizo más popular con la ruidosa conversión del judío Alfonso de Ratisbona, ocurrida en Roma el 20 de enero de 1842. De paso por la Ciudad Eterna, el joven israelita recibió una medalla del barón de Bussieres, convertido hacía poco del protestantismo. Ratisbona la aceptó simplemente por urbanidad. Una tarde, esperándole en la pequeña iglesia de San Andrés dalle Fratre, se sintió atraído hacia la capilla de la Virgen, donde se le apareció esta Señora tal como venía grabada en la medalla. Se arrodilló y cayó como en éxtasis. No habló nada, pero lo comprendió todo; pidió el bautismo, renunció a la boda que tenía concertada, y con su hermano Teodoro, también convertido, fundó la Congregación de los Religiosos de Nuestra Señora de Sión para la conversión de los judíos.

A partir de entonces la Medalla Milagrosa adquiere la popularidad de las grandes devociones marianas, como el rosario o el escapulario.

Y entre tanto sor Catalina Labouré se hunde más y más en la humildad y el silencio. Cuarenta y cinco años de silencio. La aldeanita de Fain-les-Moutiers, que sabía callar en casa del señor Labouré, calla también ahora en el hospicio de ancianos.

Después de haber insistido, suplicado, conjurado, siempre con admirable modosidad, inclina la cabeza y espera en silencio.

En Enghien pasa de la cocina a la ropería, al cuidado del gallinero, lo que le recuerda sus pichones de la granja de la infancia: a la asistencia a los ancianos de la enfermería, al cargo, ya para hermanas inútiles y sin fuerzas, de la portería.

En 1865 muere el padre Aladel, y puede cualquiera pensar en la gran pena de la Santa. Sin embargo, durante las exequias alguien pudo observar el rostro radiante de sor Catalina, que presentía el premio que la Virgen otorgaba a su fiel servidor.

Otro sacerdote le sustituye en su cometido de confesor: la religiosa le informa sobre las apariciones, pero no consigue ser comprendida.

Sor Catalina habla de tales hechos extraordinarios exclusivamente con su confesor: ni siquiera en los apuntes íntimos de la semana de ejercicios hay referencias a sus visiones.

Ella vive en el silencio, y hasta tal punto es dueña de sí, que en los cuarenta y seis años de religiosa jamás hizo traición a su secreto, aun después que las novicias de 1830 iban desapareciendo, y se sabe que la testigo de las apariciones aún vive. La someten a preguntas imprevistas para cogerla de sorpresa, y todo en vano. Sor Catalina sigue impasible, desempeñando los vulgares oficios de comunidad con el aire más natural del mundo.

La virtud del silencio consiste no tanto en sustraerse a la atención de los demás cuanto en insistir ante su confesor con paciencia y sin desmayos, sin que estalle su dolor ante las dilaciones. Ha muerto el padre Aladel y el altar de la capilla sigue sin levantarse, y la religiosa teme que la muerte la impida cumplir toda la misión que se le confiara.

El confesor que sustituyó al padre Aladel es sustituido por otro. Estamos a principios de junio de 1876, año en que «sabe» la Santa que habrá de morir. Tiene delante pocos meses de vida. Ora con insistencia, y, después de haber pedido consejo a la Virgen, confía su secreto a la superiora de Enghien, la cual con voluntad y decisión consigue que se erija en el altar la estatua que perpetúe el recuerdo de las apariciones.

La misión ha sido cumplida del todo. Y sor Catalina muere ya rápidamente a los setenta años, el 31 de diciembre de 1876.

En noviembre de aquel año tuvo el consuelo de hacer los últimos ejercicios en la capilla de la Rue du Bac, donde había sentido las confidencias de la Virgen.

Su muerte fue dulce, después de recibir los santos sacramentos, mientras le rezaban las letanías de la Inmaculada.

Cuando cincuenta y seis años más tarde el cardenal Verdier abría su sepultura para hacer el reconocimiento oficial de sus reliquias, se halló su cuerpo incorrupto, intactos los bellos ojos azules que habían visto a la Virgen.

Hoy sus reliquias reposan en la propia capilla de la rue du Bac, en el altar de la Virgen del Globo, por cuya erección tuvo que luchar la Santa hasta el último instante.

Beatificada por Pío XI en 1923, fue canonizada por Pío XII en 1947. Sus dos nombres fueron como el presagio de su existencia: Zoe significa «vida», y Catalina, «pura».

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

CRAPEZ, E., *La vénérable Catherine Labouré* (París 1910).
GAETANO DE SALES, G., *La santa del silencio* (Roma 1947).
MISERMONT. L., *La Bse. Catherine Labouré et la Médaille Miraculeuse* (París 1933).
PONCIANO NIETO, P., *Sor Catalina Labouré y la Medalla Milagrosa* (Madrid 1922).
• Actualización:
Las apariciones de la Virgen María a Santa Catalina Labouré (Salamanca 1981).
ELIA, J., *Catalina Labouré «la santa del silencio». La medalla milagrosa signo de renovación* (Madrid 2001).
LAURENTIN, R., *Vida de Santa Catalina Labouré. Vidente de la calle du Bac y servidora de los pobres* (Madrid ²1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ZÓTICO
Presbítero († 350)

El orfanatorio que hubo en Constantinopla durante siglos y que consta seguía existiendo en 471 cuando un decreto imperial confirma sus privilegios, fue fundación de San Zótico, al que se llama de beatísima memoria y primer organizador de este servicio de caridad. Según la tradición era un presbítero de Roma, llevado por Constantino a Constantinopla cuando la fundación

de la ciudad. Hizo durante años su obra de caridad de recoger a los huérfanos, pero cuando una epidemia de lepra se extendió por la población, la reacción del emperador Constancio fue la de mandar matar a los leprosos para así librar de la enfermedad a la población. Zótico se negó a esta medida inhumana y empezó a recoger a los leprosos en una leprosería fuera de la ciudad, y a ella vino a parar una hija del emperador, contagiada del mal. El emperador llevó a mal no se cumpliera su orden y mandó que en castigo Zótico fuera atado a la cola de unos mulos que lo arrastraron por la ciudad y en este tormento Zótico murió. En el lugar de su muerte surgió una fuente de agua milagrosa. El emperador terminó por construir una leprosería.

SANTA MELANIA LA JOVEN

Religiosa († 440)

Nace en Roma en 383, hija de Valerio Publiola y de Ceionia Albina, ambos de muy ilustres familias y era nieta de Santa Melania la Mayor. A los 14 años contrae matrimonio con Piniano, primo suyo, de la gens Valeria. Tuvo con él dos hijos, que se les murieron y entonces convenció al marido para que llevasen, sin separarse, vida continente y ascética. Con su madre, su esposo y muchos criados se retiró a una villa de los alrededores de Roma para llevar vida retirada y al modo de una comunidad monástica. De Roma pasó a Nola, donde estaba San Paulino, de Nola a Sicilia, y de Sicilia a África donde trató a San Agustín, pero en 413 decidió ir a Jerusalén, pasando primero por Egipto para conocer a los monjes. Llegada a Jerusalén, llevó vida de ermitaña en el Monte de los Olivos, pero luego fundó allí mismo un doble monasterio, femenino y masculino. Llevó vida de gran santidad y ejemplaridad, y fue poco a poco gastando su inmensa fortuna en obras de misericordia y piedad. Murió en Jerusalén el 31 de diciembre de 440.

SAN MARIO DE LAUSANNE

Obispo († 594)

Nacido en el año 530, es elegido obispo de Aventicum en mayo del 574. Se sabe de él que tomó parte en el Concilio de Maçon el año 585 y que el 24 de junio de 587 consagró la iglesia de Santa María de Payerne en una propiedad suya. En 590 le pareció mejor y más seguro establecer la sede episcopal en Lausana. Rigió la diócesis santamente y murió el 31 de diciembre de 594. Celebran su memoria las diócesis de Lausana y de Basilea.

FIESTAS MOVIBLES

TIEMPO DE ADVIENTO

Dom Th. Maertens ha subrayado que los orígenes del Adviento como tiempo litúrgico son confusos, pues, mientras en algunas regiones se preparaba a los fieles para la celebración de la fiesta navideña, en otras se preparaba a los catecúmenos para los bautismos de la Epifanía. Pero estima que las primeras huellas de un tiempo de preparación se encuentran ya en el siglo IV en la España del norte y en la Galia meridional. Se trata sólo de huellas, porque no puede insistirse en su carácter de preparación y hay que calificar ese tiempo como días de ascesis, una ascesis moderada más tarde. En Roma, en el siglo V, existe ya una antigua costumbre de práctica de ayuno al comienzo de cada estación, costumbre que dará lugar a las Cuatro Témporas. Pero este período de ayuno solamente está temporalmente antes de la Navidad pero no tiene carácter de preparación a ella o enlace teológico con ella. Sólo con el tiempo se llega a pensar que esos días de ayuno pueden servir de preparación a la fiesta navideña.

Es el siglo VI el que conoce la definitiva organización de un período de formal preparación a la Navidad, en tres etapas importantes que se suceden en intervalos pequeños de tiempo: la transformación de las cuatro Témporas en período de preparación a la Navidad, la constitución de un período de seis semanas, y la fusión de ambas instituciones en un Adviento de cuatro domingos. Se sabe con certeza que San Gregorio Magno fue el autor de la última etapa, y se sabe la intervención del papa Vigilio a mediados del siglo VI en algunas fórmulas litúrgicas de la segunda, y se ignora quién tuvo decisiva influencia en la formulación de la primera. Ésta se formaliza cuando a las oraciones, centradas aún en el ayuno, se unen lecturas bíblicas que orientan el pensamiento a Navidad, como los oráculos de Isaías o el primer capítulo del evangelio de San Lucas. El aconteci-

miento de Navidad se presenta así inserto en la historia de la salvación. Antes de terminar el siglo VI en su obra de reforma litúrgica, San Gregorio Magno establece en cuatro semanas la duración del Adviento, compone el formulario de la misa que se dirá como primer domingo de Adviento y da el doble sentido de espera de la venida del Señor *(Excita potentiam tuam et veni)* y de preparación a la fiesta de Navidad, las *ventura solemnia* de que habla la poscomunión de dicho domingo. Insiste Maertens en que cuando en el siglo IX Alcuino propuso la última reforma de la liturgia galicana, hizo amplio uso de los cuadros y formularios de la liturgia romana, pero introdujo la idea de que nuestra vida presente está situada entre las dos venidas del Señor: la venida del Señor en la carne (Navidad) y la futura venida en juicio y gloria (Parusía) y que nuestra vida cristiana saca toda su consistencia de estos dos tiempos de la historia: la Encarnación, que nos diviniza, y la Parusía, que lleva la obra de la salvación a su cumplimiento, mediando entre ambas nuestra vida personal que debe ser pura y vigilante. La idea de las dos venidas parece ser española pero fue Alcuino quien le dio su mejor formulación.

Las palabras del Concilio Vaticano II han podido ser interpretadas como si el tiempo de Adviento no fuera el comienzo sino el culmen del año litúrgico, pues dice:

> «Además, en el círculo del año desarrolla todo el misterio de Cristo, desde la Encarnación y la Navidad hasta la Ascensión, Pentecostés y la expectativa de la divina esperanza y venida del Señor» (SC 102).

Y ello ha podido ser si no se tiene en cuenta que el Adviento tiene por objeto esta doble venida del Señor de la que acabamos de hablar, y que Alcuino centró de forma decisiva. Y por ello en el curso del año litúrgico el Adviento es comienzo y también coronación, y de ahí que los últimos domingos del tiempo ordinario tengan evangelios que están en estrecho parentesco con el domingo I de Adviento. La propia fiesta de Cristo Rey, puesta ahora al final del año litúrgico, tiene claramente un carácter de recuerdo de la Parusía en sus textos litúrgicos.

El Adviento es un tiempo de esperanza, y se ha dicho con razón que la esperanza de los creyentes es el lema de este tiem-

po litúrgico. La Iglesia estuvo históricamente precedida por un gran maestro de la esperanza que fue el pueblo de Israel. En esta esperanza de Israel se remansa la esperanza de toda la humanidad. Y es para sostener su propia peregrinación por la historia para lo que la Iglesia recuerda la trayectoria mesiánica de Israel. Desde luego la Iglesia en Adviento vive con profundidad que la esperanza mesiánica de los hombres se ha visto colmada por Dios en Jesús, en quien se han cumplido las antiguas promesas como garantía de la fidelidad de Dios hacia toda la humanidad. Y así como el antiguo Israel vivió en la esperanza del Mesías, así la Iglesia del Mesías vive ahora en la esperanza de la plena llegada y manifestación del reino de Dios. Aquella esperanza sirve de estímulo a la esperanza actual. La Iglesia con su fe ha respondido a la pregunta que el Bautista desde la cárcel envió a Jesús: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?» (Mt 11,3). La Iglesia responde que Jesús es en verdad el Mesías, el que tenía que venir, y pone por ello toda su fe en él. La esperanza del Mesías y de la llegada del Reino de Dios, tan viva en tiempo de Jesús, es asumida por la Iglesia como una gozosa realidad de encuentro: Jesús es el Ungido, el Esperado, y con él nos llega todo aquello que Dios ha prometido a lo largo de los siglos. Dios se hace presente en Jesús y por medio de él ponen a disposición de todos los hombres los bienes de la salvación. Ahora es necesario que los fieles descubran por la fe la acción salvadora de Dios y por la esperanza se abran a ella, así como deben vivirla por medio de la caridad. Los dones que recibimos como primicias de la salvación garantizan en el creyente la seguridad de que será en la esperanza como alcanzará la plenitud y el encuentro ya sin el velo de la fe sino cara a cara y de forma definitiva.

Por ello el Adviento invita al creyente a la vigilancia. Pues mientras no llegue la manifestación definitiva del reino de Dios, el creyente debe permanecer vigilante. Se trata de una vigilancia activa, porque es atención a la Palabra de Dios, que le es proclamada y explicada por la Iglesia; es atención a los signos de los tiempos, que bullen en la sociedad que le rodea; es atención a los movimientos del Espíritu que bullen en su corazón; es —y no en segundo lugar— colaboración a ir preparando esos cielos

nuevos y esa tierra nueva que surgirán al final de los tiempos como coronación de la obra redentora. El creyente vigila y espera porque confía, porque sabe, con sabiduría infundida por el Espíritu, que Dios es fiel a su palabra y fiel por ello a quienes ponen su corazón en él. El creyente, por todo ello, no es pesimista. Por muy malas que sean las cosas que sucedan en el mundo, el creyente sabe que este mundo tiene arreglo mediante la palabra y la gracia de Dios, y por ello el creyente difunde esa palabra y esa gracia, fiándose del don de Dios, que el creyente conoce y que en su gratuidad llena su corazón de serenidad y calma. La vigilancia es también lucha contra el pecado, aceptando el sentido evangélico de la vida. Ésta no está sólo para comer y beber y para disfrutar de los placeres terrenos sino para hacer todo el bien que esté al alcance de cada uno, colmando de buenas obras el tiempo que Dios nos regala.

Se ha insistido también en que al lado de las dos venidas del Señor, la pasada y la futura, hay una tercera venida que la liturgia de la Iglesia siempre tiene presente y la vive: es la venida mistérica del Señor, la venida del Señor en sus sagrados misterios. Porque, como se ha subrayado con razón, desde el acontecimiento objetivo e histórico de la encarnación de Cristo, que se efectuó en el tiempo, y hasta que Cristo llegue a ser una como encarnación viviente en cada hombre, hay todo un proceso de íntima apertura a la gracia de Cristo, que trae consigo disponibilidad, reforma interior, superación eficaz de todo pecado y asunción de la tarea cristiana en toda su amplitud. Todo lo cual es imposible sin una clara conciencia de la necesidad que tenemos de Cristo y del deseo cada vez mayor de su presencia en nosotros, lo que nos lleva a anhelarle y desearle y a abrir nuestras almas a su gracia. Es la vivencia cada vez mayor de su continua venida a nosotros, de su encuentro con nosotros en la palabra divina, en la eucaristía y en los demás sacramentos, en la comunidad eclesial, en el hermano o prójimo, singularmente en el pobre y necesitado. Cristo viene a nosotros continuamente y nos encontramos con él de muchos modos, todos ellos destinados a hacer más firme y eficaz su presencia en nosotros. En este sentido siempre es Adviento pero este Adviento se vive con mayor hondura en un tiempo anual dedicado a él.

Desde la reforma litúrgica posconciliar, el Adviento de la liturgia romana es más rico en textos bíblicos, no repitiéndose cada año las lecturas bíblicas dominicales sino siendo propias en cada ciclo. El primer ciclo toma de Isaías las primeras lecturas, toma de la carta a los Romanos las lecturas de tres de los domingos, completando la del domingo 3 con un texto de Santiago, y en los evangelios, tomados de Mateo, insiste en claras ideas: el primer domingo, la necesidad de estar en vela; el segundo domingo, la necesidad de convertirse; el tercer domingo, los signos del Mesías y el cuarto domingo, la aparición del ángel a José anunciándole la concepción virginal del Mesías. El segundo ciclo toma las primeras lecturas de Isaías en los tres primeros domingos, con los temas del abrirse los cielos y bajar la salvación, preparar los caminos del Señor y desbordar de gozo en Dios, y en el último del libro 2 de Samuel para poner en relación al Mesías con el trono de David; las segundas lecturas del segundo ciclo son la 1 Corintios en el primer domingo, tratando el tema de la venida del Señor; de la 2 de Pedro en el segundo domingo, anunciando los cielos nuevos y la tierra nueva; de la 1 a los Tesalonicenses en el tercer domingo, hablando de la espera del Señor; y de la carta a los Romanos en el cuarto domingo, en cuyo texto Pablo habla del misterio escondido. Y los evangelios de este segundo ciclo se toman dos de Marcos, con las ideas de estar en vela y de preparar el camino del Señor, el tercer domingo se toma de Juan, y nos presenta al Bautista dando testimonio de que él no era el Mesías sino que éste venía detrás de él, y por último el cuarto domingo toma el evangelio de Lucas y nos presenta la admirable escena de la anunciación del ángel a Nuestra Señora. El tercer ciclo toma las primeras lecturas dominicales de varios profetas: Jeremías, con el tema del vástago de David; Baruc, con la llamada al optimismo a Jerusalén; Sofonías, invitando a alegrarse a la hija de Sion, y Miqueas, señalando a Belén como cuna del Mesías. La segunda lectura se toma de alguna carta paulina (1 Tesalonicenses y Filipenses) haciendo hincapié en las disposiciones interiores para acoger al Señor y la alegría que su presencia produce; en el cuarto domingo la lectura segunda es de la carta a los Hebreos en la que se expresa la actitud de Cristo cuando entró en este mundo. Los evangelios de este tercer ciclo están tomados de Lucas, y nos

señalan: la cercanía de la salvación (primer domingo), el ministerio de Juan (segundo domingo), el anuncio de que el Mesías bautizará con Espíritu Santo (tercer domingo) y la visita de María a su prima Isabel (cuarto domingo).

Al lado de las lecturas se halla una rica eucología, que desarrolla en las oraciones temas muy concretos e importantes: la esperanza, el gozo, la conversión, la renovación espiritual, la espera de la venida y el juicio del Señor. Los prefacios son también muy ricos en temas importantes: la doble venida de Cristo, la espera de la Navidad, Cristo, Señor y juez de la historia, María, nueva Eva.

A partir del día 17 de diciembre la Iglesia se prepara de forma especial para la Navidad mediante las misas propias de estos días, cuyas oraciones colectas son de verdad particularmente hermosas, y cuyos textos bíblicos responden a una selección muy cuidada.

No menos rica en contenido es la Liturgia de las Horas del tiempo de Adviento. Los himnos, las antífonas, las lecturas breves y las extensas de los oficios de lecturas, así bíblicas como patrísticas, los responsorios y las preces están magníficamente escogidos. Continuamente resuena el anuncio de que el Señor viene, la plegaria y súplica para que venga, así como las condiciones para acoger con fruto esa venida. Naturalmente hay un uso abundante de la profecía de Isaías a lo largo de todo el período. A partir del día 17 de diciembre en la hora de vísperas se conservan las antiguas y hermosas antífonas que comienzan todas con la interjección «Oh»: *Oh Sabiduría, Oh Adonai, Oh raíz de Jesé, Oh llave de David, Oh Sol naciente, Oh Rey de las gentes, Oh Emmanuel.*

La celebración del Adviento está muy bien resumida en el prefacio I en el que se nos dice con claridad que entre las dos venidas del Señor nosotros celebramos el Adviento con vigilante espera:

> «Por Cristo Señor nuestro. Quien al venir por vez primera en la humildad de nuestra carne, realizó el plan de redención trazado desde antiguo y nos abrió el camino de la salvación; para que, cuando venga de nuevo en la majestad de su gloria, revelando así la plenitud de su obra, podamos recibir los bienes prometidos que ahora, en vigilante espera, confiamos alcanzar».

La expresión bíblica con que acaba el Apocalipsis resuena en todo el Adviento: «Maranathá. El Señor viene. Señor, ven».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Asambleas del Señor. Tiempo de Adviento (Madrid 1965).
CASTELLANO, J., *El año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia* (Barcelona 1994).
LÓPEZ MARTÍN, J., *El año litúrgico* (Madrid 1997).
— *La liturgia de la Iglesia* (Madrid 1994).
MARTIMORT, A. G., *La Iglesia en oración. Introducción a la liturgia.* Nueva ed. actualizada (Barcelona 1992).
ORDÓÑEZ MÁRQUEZ, J., *Teología y espiritualidad del año litúrgico* (Madrid 1978).

TIEMPO DE NAVIDAD

Parece demostrado que la fiesta de Navidad fue celebrada por primera vez en Roma en la primera mitad del siglo IV, tras la paz de la Iglesia. Mas para descubrir las dimensiones doctrinales y espirituales que tomó esta fiesta en su origen, hay que consultar al testigo más fiel de la liturgia de Roma: África. Hacia el año 360, Optato de Mileto predica en el día *qua sacramentum, Christi Nativitatis solemnitate debita celebremus.*

La fiesta lleva también consigo una conmemoración de la Adoración de los Magos y de la matanza de los Inocentes, ampliamente desarrollada por el predicador. Lo mismo ocurre, sin duda, en Roma. Después de ser introducida en Occidente la fiesta oriental de la Epifanía, en su propia perspectiva, celebra exclusivamente la Adoración de los Magos, y la fiesta de Navidad, de carácter radicalmente conmemorativo, se limita al acontecimiento principal de la Natividad. San Agustín, en África, y un poco más tarde San León, en Roma, son los primeros testigos de esta evolución y de esta diferenciación.

Como en tantos otros sectores del pensamiento y de la vida de la Iglesia, la influencia de San Agustín sobre la liturgia ha sido a menudo determinante. Es él quien ha dado a la Epifanía occidental la profundidad teológica con que nosotros la conocemos; también la Navidad ha debido pasar por su genio creador, antes de que un San León imprimiese a esta fiesta sus trazos definitivos.

Según explica San Agustín, es el Verbo *creador* quien se encarna, y su acción creadora quien ha dispuesto todo para este fin. La unión de las naturalezas, la maternidad virginal de María y el nacimiento de Jesús aparecen en su reflexión como maravillas realizadas por la acción creadora del Verbo que, sin abandonar la eternidad de su Padre y dando el ser al universo, se hace personalmente presente en la humildad de la condición humana: Él, que ha creado el universo permaneciendo en el seno de su Padre, ha concedido a una Virgen dar a luz, para venir a nosotros.

Jamás se limitará a un simple relato anecdótico y sentimental del nacimiento de Cristo en Belén. De los acontecimientos evangélicos referidos por la liturgia, él se remonta hasta la vida trinitaria, guardando sin cesar en íntima relación aquello que aparece ante los ojos de María y José con lo que se realiza en la eterna fecundidad de Dios.

Pero *¿por qué nacer de una virgen?* ¿Por qué ha escogido el Verbo, para habitar entre nosotros, este medio que desafía a la razón?

> «Este nacimiento virginal —subraya San León— es superior a los orígenes de toda creatura humana. Está por encima de toda inteligencia, rebasa todos los modelos, y escapa a la comparación con cualquier otro en la medida en que, entre todos, él es único».

Si Dios interviene en el desarrollo de la historia, ¿no es normal que los acontecimientos así suscitados reciban la huella de Dios? ¿Que revelen a la vez a aquel que obra y el designio que persigue, aun permaneciendo velados, misteriosos, insondables, para la razón? Este es el tema constante de la predicación latina para Navidad, y especialmente a propósito de la maternidad virginal. Es un hecho misterioso, pero no hay por qué extrañarse de él: se trata de una obra divina. Una virgen concibe, da a luz y permanece virgen, «esto se sale de lo ordinario, pero esto es un signo», recuerda San Pedro de Ravena; «no es la razón la que está en juego, sino el dominio; no es la naturaleza, sino el autor (de la naturaleza); *divinum est, non humanum. Cesset ergo inánis philosophiae labor*».

Sin embargo, la oscuridad está mitigada por una luz racional que ellos están lejos de despreciar. Era, pues, conveniente que su nacimiento temporal, a la vez sensible y signo de lo invisible, se pareciese de alguna manera a su nacimiento eterno, es decir, que llevase la marca de la integridad divina, todavía intacta. La integridad corporal de María, que permaneció virgen tras su parto, significaba igualmente la inmutable integridad del fruto divino de su maternidad. Misterio de pureza y de integridad, la encarnación es también un misterio de poder, cuyo signo es todavía la maternidad divina: «El que una virgen haya concebido, haya dado a luz y haya permanecido virgen, realza el poder divino. Pero no nos detengamos en el papel de la madre, sino en la

voluntad del niño, que se ha hecho hombre en la forma que quería y podía. ¿Deseáis conocer la verdad de su naturaleza? Ved su sustancia humana.

Signo de la integridad divina salvaguardada en la encarnación, la maternidad virginal es inseparablemente el signo de otra integridad, la de la humanidad regenerada y perfecta, que se convierte en el fruto de esta fecundidad. *El hombre-Dios,* obra maestra de la bondad misericordiosa y absolutamente gratuita de Dios, es, pues, a la vez el fruto de la generación eterna y de la maternidad virginal.

No existe quizá otro aspecto de la encarnación que tenga tanto relieve en los sermones de Navidad de San Agustín como el de la presencia de Dios en el mundo; presencia de un Dios que se ha adaptado, por así decirlo, a la capacidad receptiva del hombre, que se ha adaptado a todo el hombre, carne y espíritu: «Es la sabiduría de Dios mostrándose en la forma de un niño; es el Verbo de Dios emitiendo, en la carne, sonidos inarticulados», queriendo «nacer como los hombres para acomodarse a nuestra flaqueza».

Nada, si no es el amor misericordioso del Señor por la Humanidad, puede explicar que el Verbo se haya hecho carne y se haya aparecido al hombre en una forma visible.

> «Es para vosotros —exclama San Agustín— para quienes ha nacido en el tiempo el mismo Autor de los tiempos, es a vosotros a quienes Aquel que ha hecho el mundo se ha manifestado en la carne, es para vosotros para quienes el Creador del mundo se ha hecho creatura».

La Virgen María, por su maternidad, ha colaborado de una forma eminente en este misterio de salvación. En la predicación de San Agustín se encuentran los gérmenes de una reflexión mariana que será abundantemente desarrollada por San León, y sobre todo por San Pedro Crisólogo y San Máximo de Turín. María, nos dice San Agustín en Navidad, ha sido prevista por Dios a la vez para comenzar y significar la Iglesia: es gracias a su misterio como nos es posible penetrar el de la Iglesia. La maternidad y la virginidad de ésta es la imagen de la fecundidad y de la integridad de aquélla.

La Iglesia-Madre no tiene sentido para nosotros sino en su unión vital con Cristo, su Esposo. La obra salvadora de la Igle-

sia —lo mismo en el orden de su magisterio, de su gobierno o de su ministerio de santificación— únicamente saca su sentido profundo, de su relación con la presencia operante del Señor en el mundo actual.

Escuchemos a San Agustín a este respecto:

> «He aquí verdaderamente a Nuestro Señor Dios, el mediador de Dios y de los hombres, nuestro Salvador hecho hombre [...] él es el más hermoso de los hijos de los hombres, el Hijo de la augusta María, el Esposo de la santa Iglesia, que él ha hecho semejante a su Madre; porque nos la ha dado por madre, y le ha conservado para ella su virginidad [...] El privilegio que María ha obtenido en su carne, la Iglesia le conserva en su alma; existe esta diferencia, que María no ha dado a luz más que un Hijo, mientras que la Iglesia engendra gran número de ellos, los cuales son conducidos a la unidad por el Hijo de María».

Por consiguiente, la Iglesia se nos presenta como «Cristo hoy», como el signo sensible *(sacramentum)* de la presencia del Verbo encarnado en el desarrollo de la Historia; signo que se actualiza principalmente en los ritos de la liturgia: «Lo que era visible en nuestro Salvador se ha trasladado a los *sacramenta»).*

Desde el tiempo de San León, Navidad ya no es en Roma una fiesta bautismal como lo es la Pascua. Sin embargo, el santo Papa está demasiado atento al valor regenerador de la encarnación para olvidar un símil que, a su modo de ver, se impone por sí mismo: el de Navidad, nacimiento de Cristo, con el bautismo, nacimiento del cristiano. En uno y otro nacimiento el mismo Espíritu está obrando para apartar el pecado y engendrar a la vida, y para hacer que el nacimiento del jefe (de la cabeza) se convierta en el principio del nacimiento de los miembros:

De esta manera, en la celebración anual de la salvación, que tiene su punto álgido en la Pascua, Navidad juega un papel muy importante: esta fiesta pone de relieve el aspecto de nuevo nacimiento que lleva consigo la redención y que nos ha sido adquirido inicialmente por el bautismo. La fiesta de Navidad celebra, pues, no sólo el nacimiento del jefe (cabeza), sino también el de los miembros; o mejor aún, celebra en el nacimiento de la cabeza el de todos los miembros.

Profundamente conscientes de que la Iglesia es Cristo continuado y operante, cuya obra salvadora se realiza eminente-

mente en la liturgia, los padres han celebrado las fiestas del Señor con un realismo de fe que pudiera admirarnos. La fiesta para ellos es, sobre todo, un misterio, el misterio de un encuentro con Cristo, *esclarecedor y vivificante,* que alimenta la fe y transforma nuestro comportamiento. San Agustín, sin duda, reservaba esta concepción para la fiesta de la Pascua exclusivamente, pero San León muy pronto la extenderá a las fiestas de la Natividad y de la Epifanía. Quizá no exista otra palabra mejor que *«hodie»* en toda la predicación latina que traduzca con más propiedad y más a menudo el realismo místico de la celebración litúrgica.

> «Consideramos este día, hermanos míos, como un día solemne, ya que este día de su nacimiento es el símbolo misterioso de la luz que él viene a difundir».

San Agustín, pues, en la práctica, celebra la Navidad como una fiesta excepcional: *una fiesta de luz* destinada a renovar la fe en la encarnación y a transformar la vida cristiana. Existe un simbolismo que aparecerá de una manera singularmente frecuente: el del solsticio de invierno, que coincide con la celebración de la Natividad.

La luz física simboliza la luz eterna que aparece con el Señor, según aquellas palabras de San Pablo: «La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz». Estas tinieblas, precisa el predicador, debían disminuir sobre la tierra a medida que el astro de justicia se fuese elevando en el cielo de nuestra fe. Para mejor exponerlo, el Verbo ha preferido escoger el día del solsticio de invierno, «cuando la noche comienza a disminuir y el día a crecer».

Tal percepción de la presencia operante del Señor en la Iglesia y de la renovación sacramental de su obra salvadora conduce a este reconocimiento, a este orgullo de ser cristiano y a esta alegría que se expresan tan a menudo en la predicación litúrgica latina, y sobre todo en la de San León. El beneficio que se celebra no es, en efecto, una obra que pertenezca únicamente al pasado y que las memorias no harían sino recordar. Este acontecimiento es reconocido como presente, renovado, prolongado hoy por el Señor mismo en aquellos que reúne su Iglesia.

> «Si Cristo ha nacido —nos dice San Agustín— ¿cómo dudar en renacer? Su Madre le ha llevado en su seno; llevémosle en nuestras almas. Se ha visto a una Virgen encinta del Verbo encarnado; llenemos nuestros corazones de la fe de Cristo. Una Virgen ha dado a luz la salvación; alumbremos también nosotros la alabanza; no seamos estériles, y que, para Dios, nuestras almas sean fecundas».

Esta exhortación del doctor de Hipona nos muestra que si él libera el misterio de sus velos históricos, no es únicamente para hacer saborear y exaltar la verdad en él, sino para ofrecerle también a la imitación de los creyentes.

En este día que celebra la Natividad, un profundo motivo de reconocimiento levanta este canto de alabanza. ¿Qué es, en efecto, este nacimiento sino «la sabiduría de Dios mostrándose bajo la forma de un niño» y ofreciendo bienes inmensos para ser acogidos por nuestra fe? «¡Oh hombre!, despiértate entonces; es por ti por quien Dios se ha hecho hombre». Ahora bien, el colmo de sus dones es el habernos hecho hijos de Dios, por aquel que ha querido, por nuestro amor, hacerse Hijo del hombre. Para que nuestra alabanza tenga por consecuencia toda la plenitud deseable, para llegar un día, como los ángeles, a cantar la gloria de Dios en lo más alto de los cielos, vivamos, según ellos mismos nos invitan, en su alabanza y en la paz, como hijos de Dios. Nuestro mismo esfuerzo se convertirá de esta manera en una alabanza, anticipando la alabanza eterna con los ángeles.

> «Ellos alaban a Dios con su misma vida, y nosotros con nuestra fe; ellos, ya gozándole, y nosotros, suplicándole; ellos, comprendiendo, y nosotros, buscando; ellos, entrando, y nosotros, llamando a la puerta».

Y ya que «la santa pureza del cuerpo contribuye a fecundar el alma», la virginidad de María y de la Iglesia se nos impone hoy para que la imitemos, al menos en la «virginidad de la fe» que es propia de la Iglesia. Que la integridad y la actividad de nuestra fe alumbren a Cristo en nosotros y a nuestro alrededor por nuestras obras de verdad, de paz y de justicia.

En la encarnación, el cristiano ve visible, en Cristo, el ejemplar divino de la perfección: «Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial». «Felipe, el que me ha visto a mí, ha visto al Padre». El esfuerzo virtuoso cristiano por imitar al Padre celestial consistirá, pues, en imitar al Verbo hecho carne,

el cual es en nuestra condición humana el esplendor de la gloria de Dios y la imagen de su sustancia.

Por eso lo que ante todo se ha hecho visible en Cristo nuestro Salvador, y se impone eminentemente a nuestra imitación, es la caridad. Todo lo que Cristo ha hecho y sufrido por nosotros durante su vida, desde la Natividad que nosotros celebramos hasta la Pascua que esperamos, es obra del eterno e invisible amor operante, que, gracias a la encarnación, se halla dentro del tiempo y de lo visible. No existe nada dentro de la obra humana de Cristo que no sea al mismo tiempo divino; no hay gestos humanos que no sean misteriosamente gestos de Dios, que es Amor. Según el plan de la encarnación, hacerse perfectos como el Padre celestial exige, pues, que nosotros descubramos en los misterios de Cristo el amor eterno que en ellos se halla expresado, y que al imitar al Hijo del hombre, seamos así configurados según el Hijo de Dios. En Navidad, el amor encarnado que se ofrece a nuestra imitación se traduce humanamente en la dulzura, la paciencia, la mansedumbre y la humildad, haciendo de esta manera que «los remedios se conviertan en normas de vida, y que el precio de estos misterios sea provechoso a nuestra conducta».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

HOUDON, G., «Navidad en la tradición latina», en *Asambleas del Señor. Fiesta de Navidad* (Madrid 1965).

OURY, G., Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* XII (París 1982) cols.385-394.

SAGRADA FAMILIA: JESÚS, MARÍA Y JOSÉ

Domingo infraoctava de Navidad

(o en su defecto, el 30 de diciembre)

Benedicto XV en 1921 extendió la fiesta de la Sagrada Familia a la Iglesia universal fijándola en el domingo «dentro de la octava de Epifanía». En 1893 León XIII ya había decretado que

ésta fiesta fuera celebrada en todas partes donde estaba permitida, en el domingo tercero después de Epifanía, habiéndole asignado un esquema nuevo de misa y de oficio cuyos himnos había compuesto él mismo, quien también en 1892 había establecido en Roma la «Asociación de la Sagrada Familia» con el fin de unificar todas las cofradías, instituidas en torno a la Sagrada Familia en distintas partes del mundo, bajo ese mismo y único título.

Antiguamente en el domingo infraoctava de la Navidad la Iglesia bendecía a Dios por la realeza de Cristo y su imperio eterno, como recogía el *introito* —o canto introductorio— uniéndose a los coros angélicos en la adoración al Verbo encarnado, simultáneamente Dios y Hombre verdadero. Según el anterior Martirologio romano, la instauración y ubicación de esta fiesta en ese domingo tenía como finalidad «invitar a los hombres de nuestros días a considerar hoy las mutuas relaciones de Jesús, de María y de José para recoger las lecciones que se desprenden de ellas y aprovechar la ayuda tan eficaz que ofrece su ejemplo».

La ubicación de la fiesta precisamente en el «domingo infraoctava» se debió sin duda a que, después de la celebración de la Natividad del Señor, cuando la Iglesia pone sus ojos en el Niño Jesús recién nacido, enseguida levanta la mirada para contemplar a Santa María, la Madre junto a él —actualmente en la solemnidad de la Madre de Dios— y, después en esta fiesta, al lado de ellos también a San José, quien hizo de padre legal del Hijo de Dios, es decir, a los tres «miembros» de la Sagrada Familia. Además, el Evangelio que se leía en el misal de San Pío V en el domingo infraoctava era el de San Lucas (2,41-52), que incluye: «Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad» y, en la Epístola, unos párrafos de la carta a los Colosenses (3,12-17). Hay que notar que en nuestro tiempo, en los años en que la solemnidad de la Natividad del Señor cae en domingo, la fiesta de la Sagrada Familia se celebra entonces el 30 de diciembre.

Actualmente la primera lectura, del Antiguo Testamento, se ha tomado de Eclesiástico (3,3-7.14-17a.), en la que «Ben Sira» anuda las virtudes que resultan fundantes en las relaciones fa-

miliares: el respeto a los mayores, la obediencia, la honra al padre y a la madre, la piedad y la comprensión. Se trata de frases sapienciales hiladas para alertar a los hijos en el buen trato con sus padres, pues a su vez en el futuro sus propios hijos harán lo mismo con ellos. En este texto, escrito casi doscientos años antes de Jesucristo, se da la solución al llamado «problema» entre hijos y padres: el respeto y la honra al padre y a la madre no sólo expía los pecados sino también acumulará tesoros espirituales y, a quien lo viva de esa manera, el Señor lo escuchará y le dará larga vida. Es una explicación aplicada del cuarto mandamiento de la ley de Dios: «Honrar padre y madre».

El amor de los hijos a los padres se corresponde con el amor que los padres han de tener a sus hijos. San Agustín comentaba gráficamente que hasta las fieras aman a sus hijos:

> «No hay fiera humana que no se insinúe con ternura a sus hijos. Pues aunque aterrorice a los hombres, acaricia a sus pequeñuelos. Ruge el león en la selva y nadie se atreve a pasar; entra en su guarida donde tiene sus cachorros y depone toda su ferocidad. Así pues, quien no ama a sus hijos, es peor que un león» *(Sermón* 349).

Se ha incluido, de salmo responsorial, el 127 (1-2.3.4-5), «Dichoso el que teme al señor y sigue sus caminos [...] Tu mujer, como parra fecunda [...] Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor [...]». Para los padres, los hijos son una bendición de Dios, como brote de olivo apiñado alrededor de la mesa paterna. El padre, que tenga santo temor de Dios, y su mujer que sea como parra fecunda, siendo los dos generosos en el amor familiar, recibirán la bendición de Dios y la prosperidad en la ciudad durante toda la vida.

Se mantiene, como segunda lectura, la carta a los Colosenses en la que San Pablo se refiere a la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la comprensión y el perdón en la vivencia cristiana, añadiendo los versículos 18-21 sobre la convivencia familiar:

> «Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene al señor. Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas. Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos».

Al amor lo llama «el cinturón de la unidad consumada», pues la familia se reúne en el amor mutuo de los esposos y de los padres con los hijos, y viceversa, con obediencia a quien tiene autoridad y sin asperezas en las relaciones mutuas. El código de buen entendimiento familiar fundamenta el código de perfecta inteligencia social.

El *Catecismo de la Iglesia Católica* afirma que: «Cristo quiso nacer y crecer en el seno de la Sagrada Familia de José y de María» (n.1655):

— En el *ciclo A,* se proclama el evangelio de San Mateo (2,13-15.19-23): la huida a Egipto de la Sagrada Familia y su vuelta a Nazaret. Las menciones de Egipto, Judea, Israel y Galilea tienen de trasfondo el recuerdo de la historia del pueblo de Israel, el éxodo, el exilio, la liberación y el retorno. Jesús es considerado ya en su niñez como un «nuevo Moisés», Mesías, que «representa» a todo el pueblo: «Llamé a mi hijo para que saliera de Egipto». La infancia de Jesús se relaciona, pues, con la historia del pueblo de Israel: la esclavitud y la liberación del pueblo —en la providencia de Dios— por medio de su elegido. Ser llamado «Nazareno» rememora la promesa de Dios sobre su pueblo.

El papa Pablo VI, en la famosa alocución que tuvo el 5 de enero de 1964 justamente en Nazaret, y que se lee en la segunda lectura del oficio de lectura de la *Liturgia de las Horas,* propone a la Sagrada Familia como modelo para la vida y para la familia cristiana: «Nazaret es la escuela donde empieza a entenderse la vida de Jesús, es la escuela donde se inicia el conocimiento de su evangelio», donde se puede observar, escuchar, meditar y penetrar el sentido profundo y misterioso de la manifestación del Hijo de Dios entre los hombres, donde se nos revela el método que nos hará descubrir quién es Cristo, donde se comprende la necesidad de una disciplina espiritual para ser discípulos de Cristo. Pablo VI desarrolla las tres lecciones que Cristo nos ofrece en Nazaret: la del silencio, la de la vida familiar y la del trabajo.

«Que Nazaret nos enseñe el significado de la familia, su comunión de amor, su sencilla y austera belleza, su carácter sagrado e inviolable, lo dulce e irreemplazable que es su pedagogía y lo fundamental e incomparable que es su función en el plano social».

—En el *ciclo B,* se proclama el evangelio de San Lucas (2,22-40): la purificación de María, la presentación de Jesús en el templo, la vuelta a Nazaret y el crecimiento del Niño. La presentación de Jesús en el templo, el rescate del niño, en este caso primogénito y unigénito, con la «ofrenda de los pobres» indica que Jesús en su familia carecía de lo superfluo, la riqueza, pero estaba rodeado de lo esencial: el amor. Los dos personajes ancianos, varón y mujer, Simeón y Ana, inspirados por el Espíritu Santo hablan *proféticamente,* el uno dando una bendición a María que incluía el sufrimiento: «y a ti una espada te traspasará el alma», y la otra, dando gracias a Dios y hablando «del niño a todos los que aguardaban la liberación de Israel». La bendición a todas las naciones por aquel niño traía también el discernimiento de muchos corazones, como bandera discutida. El crecimiento del niño en una vida escondida y oculta es paradigma para el crecimiento de los hijos en el seno familiar por el cumplimiento de la ley de Dios.

El papa Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal del 22 de noviembre de 1981, *Familiaris consortio,* propone a la Sagrada Familia también como modelo y a la vez como intercesora de la familia y de las familias cristianas:

> «Por misterioso designio de Dios, en ella vivió escondido largos años el Hijo de Dios: es, pues, el prototipo y ejemplo de todas las familias cristianas. Aquella familia, única en el mundo, que transcurrió una existencia anónima y silenciosa en un pequeño pueblo de Palestina; que fue probada por la pobreza, la persecución y el exilio; que glorificó a Dios de manera incomparablemente alta y pura, no dejará de ayudar a las familias cristianas, más aún, a todas las familias del mundo, para que sean fieles a sus deberes cotidianos, para que sepan soportar las ansias y tribulaciones de la vida, abriéndose generosamente a las necesidades de los demás y cumpliendo gozosamente los planes de Dios sobre ellas» (n.86).

—En el *ciclo C,* se proclama el evangelio de San Lucas (2,41-52): el misterio llamado del «Niño perdido y hallado en el templo»; pero el niño Jesús no se perdió sino que se quedó voluntariamente en el templo para cumplir la voluntad del Padre aunque José y María pensaban que se les había perdido. Un niño hebreo se convertía en hombre a los doce años cuando era

iniciado en la «alianza» por el rito llamado hoy de la «Bar Mitzvah» («hijo del mandamiento»). Comenzaban los niños, a esa edad, oficialmente la iniciación en la Escritura, la Ley, los profetas y los escritos. En aquella ocasión José y María no descuidaron al niño, sino que, como en la caravana los niños podían caminar con las mujeres que iban por delante al caminar más despacio, o con los hombres que caminaban más atrás para juntarse en el punto de reunión, debieron pensar que estaba en el otro grupo. Pero el niño permaneció voluntariamente en Jerusalén, y lo encontraron sentado en medio de los doctores (los que enseñaban se sentaban mientras los discípulos permanecían de pie). El niño Jesús no enseñaba sino que escuchaba y hacía tales preguntas y daba tales respuestas que todos se admiraban. En la respuesta que Jesús dio a su madre mostró su conciencia de su relación única con Dios Padre. Aunque entonces no lo entendieron, su madre conservaba todo en su corazón. Seguidamente el niño continuó obedeciéndoles como siempre. Este misterio resulta otro ejemplo para las relaciones de los padres con sus hijos y de los hijos con sus padres en su respectiva familia. Cuando el evangelio añade que Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia, ante Dios y ante los hombres, no sólo se refiere al crecimiento de la edad y del cuerpo sino también del alma y de la santidad, pues el Verbo de Dios Encarnado era el Santo de los santos —la santidad llamada «substancial» como verdadero Dios—, pero además el Hijo del Hombre también crecía en la santidad —llamada en cristología «accidental»— como perfecto y verdadero hombre. Los hijos «crecen», con la ayuda de los padres en el cuerpo y en el alma, y a la vez en la santidad del cristiano, tanto en los valores humanos como en los cristianos que dan pleno sentido a su vida.

El papa Benedicto XVI, al renovar en el 17 de mayo de 2005 la convocatoria del V Encuentro Mundial de las familias en Valencia realizada por su antecesor unos meses antes, escribía:

> «Todos los pueblos, para dar un rostro verdaderamente humano a la sociedad, no pueden ignorar el bien precioso de la familia, fundada sobre el matrimonio. "La alianza matrimonial, por la que el varón y la mujer constituyen entre sí un consorcio para toda la vida, ordenado por su misma índole natural al bien de los cónyu-

> ges y a la generación y educación de la prole" (can.1055), es el fundamento de la familia, patrimonio y bien común de la humanidad. Así pues, la Iglesia no puede dejar de anunciar que, de acuerdo con los planes de Dios (cf. Mt 19,3-9), el matrimonio y la familia son insustituibles y no admiten otras alternativas. La familia cristiana tiene, hoy más que nunca, una misión nobilísima e ineludible, como es transmitir la fe, que implica la entrega a Jesucristo, muerto y resucitado, y la inserción en la comunidad eclesial. Los padres son los primeros evangelizadores de los hijos, don precioso del Creador (cf. GS 50), comenzando por la enseñanza de las primeras oraciones. Así se va construyendo un universo moral enraizado en la voluntad de Dios, en el cual el hijo crece en los valores humanos y cristianos que dan pleno sentido a la vida».

Los papas de los siglos XIX, XX y XXI, desde León XIII y Benedicto XV hasta Juan Pablo II y Benedicto XVI, se han referido a la Sagrada Familia —y a las familias cristianas— para mostrar que la familia es fundamental para la vida de la Iglesia y para el desarrollo pacífico y progresivo de la sociedad, pues la familia es la «célula original de la vida social» (CEC n.2207).

El «evangelio» de la Sagrada Familia es una novedad, una buena noticia en todo el mundo, tanto más cuanto, desde distintos intereses, se pretenda presentar a otras «formas» alternativas de convivencia como sustitutivas de la familia, que en realidad es insustituible. Por eso la familia ha de ser auxiliada y defendida también con medidas sociales, es decir, políticas, económicas y culturales, adecuadas a las distintas necesidades, pues ni el estado ni otras instituciones pueden suplantarla sino que deben subsidiariamente ayudarla. Son los padres quienes tienen los derechos sobre la educación de sus hijos que todo estado de derecho ha de proteger y fomentar y nunca debe anular o disminuir. Las autoridades civiles, por tanto, han de considerar como deber grave «el reconocimiento de la auténtica naturaleza del matrimonio y de la familia, protegerla y fomentarla, asegurar la moralidad pública y favorecer la prosperidad doméstica» (GS 52).

El Concilio Vaticano II llama a la familia con una antigua expresión «Iglesia doméstica» porque en el seno de la familia,

> «los padres han de ser para sus hijos los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo, y han de fomentar la vocación personal de cada uno y, con especial cuidado, la vocación a la vida consagrada» (LG 11).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* resume que:

> «El hogar cristiano es el lugar en que los hijos reciben el primer anuncio de la fe. Por eso la casa familiar es llamada justamente "iglesia doméstica", comunidad de gracia y de oración, escuela de las virtudes humanas y de caridad cristiana» (n.1666).

Los padres son, pues, los primeros responsables de la educación de sus hijos y tienen el deber de atender tanto a las necesidades materiales como a las necesidades espirituales de sus hijos, pues el matrimonio y la familia están ordenados al bien de los cónyuges, a la procreación y a la educación de sus hijos. A su vez, el respeto a los padres por parte de los hijos es fruto de la gratitud por haber recibido por ellos el don de la vida, el del amor y el del esfuerzo de su trabajo.

Por su parte, el *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España,* aprobado en la LXXXI asamblea plenaria de la Conferencia Episcopal Española (21 de noviembre de 2003), desarrolla ampliamente cuanto es necesario conocer y aplicar en la situación actual en relación con la familia, la vida y la educación: el plan de Dios sobre el matrimonio y la familia; la preparación al matrimonio y la celebración del matrimonio; la pastoral del matrimonio y la familia; la atención pastoral a las familias en situaciones difíciles e irregulares; la familia, la sociedad y la Iglesia, y las estructuras, servicios y responsables de la pastoral familiar.

La fiesta de la Sagrada Familia es una ocasión en la Iglesia para dar gracias a Dios porque quiso tener en este mundo —como nosotros— una familia. Si el Hijo de Dios «necesitó» una madre y a alguien que le hiciera de padre, ¡cómo no los vamos a necesitar nosotros! Al mismo tiempo la fiesta de la Sagrada familia es una oportunidad para pedir al Señor por las familias cristianas, con el fin de que continúen siendo iglesia doméstica, y por las familias que atraviesan dificultades, en orden a que superen los problemas con la mutua ayuda en favor de cada uno de sus miembros. La fiesta de la Sagrada Familia es también un hito, durante cada año, para que la celebración de la «acción de gracias», en la que la Palabra de Dios se aplica a nuestra vida y el Sacramento eucarístico nos avía para el camino, todo el año sea también tiempo y ocasión de gracia para

profundizar en la novedad evangélica de la familia cristiana y evangelizadora de las familias en el mundo. Juan Pablo II lo condensó en una frase con una explicación:

> «¡El futuro de la humanidad se fragua en la familia! Por consiguiente es indispensable y urgente que todo hombre de buena voluntad se esfuerce por salvar y promover los valores y exigencias de la familia» *(Familiaris consortio,* 86).

El papa Benedicto XVI, en el V Encuentro Mundial de las Familias (Valencia, 8 y 9 de julio de 2006), dijo sobre la familia y sobre la familia cristiana:

> «En la cultura actual se exalta muy a menudo la libertad del individuo concebido como sujeto autónomo, como si se hiciera él sólo y se bastara a sí mismo, al margen de su relación con los demás y ajeno a su responsabilidad ante ellos. Se intenta organizar la vida social sólo a partir de deseos subjetivos y mudables, sin referencia alguna a una verdad objetiva previa como son la dignidad de cada ser humano y sus deberes y derechos inalienables a cuyo servicio debe ponerse todo grupo social.
>
> La Iglesia no cesa de recordar que la verdadera libertad del ser humano proviene de haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. Por ello, la educación cristiana es educación de la libertad y para la libertad.
>
> Jesucristo es el hombre perfecto, ejemplo de libertad filial, que nos enseña a comunicar a los demás su mismo amor: "Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor" (Jn 15,9). A este respecto enseña el Concilio Vaticano II que "los esposos y padres cristianos, siguiendo su propio camino, deben apoyarse mutuamente en la gracia, con un amor fiel a lo largo de toda su vida, y educar en la enseñanza cristiana y en los valores evangélicos a sus hijos recibidos amorosamente de Dios. De esta manera —dice el Concilio— ofrecen a todos el ejemplo de un amor incansable y generoso, construyen la fraternidad de amor y son testigos y colaboradores de la fecundidad de la Madre Iglesia como símbolo y participación de aquel amor con el que Cristo amó a su esposa y se entregó por ella" (LG 41).
>
> La alegría amorosa con la que nuestros padres nos acogieron y acompañaron en los primeros pasos en este mundo es como un signo y prolongación sacramental del amor benevolente de Dios del que procedemos.
>
> Para avanzar en ese camino de madurez humana, la Iglesia nos enseña a respetar y promover la maravillosa realidad del matrimonio indisoluble entre un hombre y una mujer, que es, además, el origen de la familia. Por eso, reconocer y ayudar a esta institución es uno de los mayores servicios que se pueden prestar hoy día al

bien común y al verdadero desarrollo de los hombres y de las sociedades, así como la mejor garantía para asegurar la dignidad, la igualdad y la verdadera libertad de la persona humana.

En este sentido, quiero destacar la importancia y el papel positivo que a favor del matrimonio y de la familia realizan las distintas asociaciones familiares eclesiales. Por eso, "deseo invitar a todos los cristianos a colaborar, cordial y valientemente, con todos los hombres de buena voluntad, que viven su responsabilidad al servicio de la familia" (*Familiaris consortio,* 86), para que, uniendo sus fuerzas y con una legítima pluralidad de iniciativas, contribuyan a la promoción del verdadero bien de la familia en la sociedad actual.

Volvamos por un momento a la primera lectura de esta misa, tomada del libro de Ester. La Iglesia orante ha visto en esta humilde reina, que intercede con todo su ser por su pueblo que sufre, un prefiguración de María, que su Hijo nos ha dado a todos nosotros como Madre; una prefiguración de la Madre, que protege con su amor a la familia de Dios que peregrina en este mundo. María es la imagen ejemplar de todas las madres, de su gran misión como guardianas de la vida, de su misión de enseñar el arte de vivir, el arte de amar.

La familia cristiana —padre, madre e hijos— está llamada, pues, a cumplir los objetivos señalados no como algo impuesto desde fuera, sino como un don de la gracia del sacramento del matrimonio infundida en los esposos. Si éstos permanecen abiertos al Espíritu y piden su ayuda, él no dejará de comunicarles el amor de Dios Padre manifestado y encarnado en Cristo. La presencia del Espíritu ayudará a los esposos a no perder de vista la fuente y medida de su amor y entrega, y a colaborar con él para reflejarlo y encarnarlo en todas las dimensiones de su vida. El Espíritu suscitará asimismo en ellos el anhelo del encuentro definitivo con Cristo en la casa de su Padre y Padre nuestro. Éste es el mensaje de esperanza que desde Valencia quiero lanzar a todas las familias del mundo» (*Homilía en la misa de clausura del V Encuentro Mundial de las Familias,* 2006).

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

BENEDICTO XVI, «Carta con motivo del Encuentro Mundial de las Familias en Valencia» (17-5-2005).

— «Homilía en la misa de clausura del V Encuentro Mundial de las Familias» (Valencia, 9-7-2006).

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Directorio de pastoral familiar de la Iglesia en España.* LXXXI Asamblea Plenaria (Madrid 2003).

GASCÓ CASESNOVES, J. (ed.), *El Papa con las familias. Toda la enseñanza de Benedicto XVI sobre la familia* (Madrid 2006).

GUERANGER, P., *El año litúrgico.* I: *Adviento y Navidad* (Madrid 1954) 423-435.
JUAN PABLO II, *Exhortación apostólica postsinodal «Familiaris consortio»* (Madrid 1981).
PABLO VI, «Alocución en su peregrinación a Nazaret» (5-1-1964): *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (23-1-1964) 3.

APÉNDICE DEL VOLUMEN

18 de diciembre

EXPECTACIÓN DEL PARTO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

Esperar al Señor que ha de venir es el tema principal del santo tiempo de Adviento que precede a la gran fiesta de Navidad. La liturgia de este período está llena de deseos de la venida del Salvador y recoge los sentimientos de expectación, que empezaron en el momento mismo de la caída de nuestros primeros padres. En aquella ocasión Dios anunció la venida de un Salvador. La humanidad estuvo desde entonces pendiente de esta promesa y adquiere este tema tal importancia que la concreción religiosa del pueblo de Israel se reduce en uno de sus puntos principales a esta espera del Señor. Esperaban los patriarcas, los profetas, los reyes y los justos, todas las almas buenas del Antiguo Testamento. De este ambiente de expectación toma la Iglesia las expresiones anhelantes, vivas y adecuadas para la preparación del misterio de la «nueva Natividad» del salvador Jesús.

En el punto culminante de esta expectación se halla la Santísima Virgen María. Todas aquellas esperanzas culminan en Ella, la que fue elegida entre todas las mujeres para formar en su seno el verdadero Hijo de Dios.

Sobre ella se ciernen los vaticinios antiguos, en concreto los de Isaías; ella es la que, como nadie, prepara los caminos del Señor.

Invócala sin cesar la Iglesia en el devotísimo tiempo de Adviento, auténtico *mes de María,* ya que por ella hemos de recibir a Cristo.

Con una profunda y delicada visión de estas verdades y del ambiente del susodicho período litúrgico, los padres del décimo concilio de Toledo (656) instituyeron la fiesta que se llamó muy

pronto de la Expectación del Parto, y que debía celebrarse ocho días antes de la solemnidad natalicia de nuestro Redentor, o sea el 18 de diciembre.

La razón de su institución la dan los padres del concilio: no todos los años se puede celebrar con el esplendor conveniente la Anunciación de la Santísima Virgen, al coincidir con el tiempo de Cuaresma o la solemnidad pascual, en cuyos días no siempre tienen cabida las fiestas de santos ni es conveniente celebrar un misterio que dice relación con el comienzo de nuestra salvación. Por esto, *speciali constitutione sancitur, ut ante octavum diem, quo natus est Dominus, Genitricis quoque eius dies habeatur celeberrimus, et praeclarus:* «Se establece por especial decreto que el día octavo antes de la Natividad del Señor se tenga dicho día como celebérrimo y preclaro en honor de su santísima Madre».

En este decreto se alude a la celebración de tal fiesta en «muchas otras Iglesias lejanas» y se ordena que se retenga esta costumbre; aunque, para conformarse con la Iglesia romana, se celebrará también la fiesta del 25 de marzo. De hecho, fue en España una de las fiestas más solemnes, y consta que de Toledo pasó a muchas otras iglesias, tanto de la Península como de fuera de ella. Fue llamada también «día de Santa María», y, como hoy, de Nuestra Señora de la O, por empezar en la víspera de esta fiesta las grandes antífonas de la O en las Vísperas.

Además de los padres que estuvieron presentes en el décimo concilio de Toledo, en especial el entonces obispo de aquella sede, San Eugenio III, intervino en su expansión —y también a él se debe el título concreto de *Expectación del Parto*— aquel otro gran prelado de la misma sede, San Ildefonso, que tanto se distinguió por su amor a la Señora.

La fiesta de hoy tenía en los antiguos breviarios y misales su rezo y misa propios. Los textos del oficio, de rito doble mayor, tienen, además de su sabor mariano, el carácter peculiar del tiempo de Adviento, a base de las profecías de Isaías y de otros textos apropiados como los himnos. Nuestro misal conserva todavía para la presente fecha una misa, toda a base de textos del Adviento. Es un resumen del ardiente suspiro de María, del pueblo de Israel, de la Iglesia y del alma por el Mesías que ha de venir. Sus textos —casi coinciden con la misa del miércoles de

las témporas de Adviento, y todavía más con la misa votiva de la Virgen, propia de este período— son de Isaías (introito, epístola y comunión) y del evangelio de la Anunciación. Las oraciones son las propias de la Virgen en el tiempo de Adviento.

Precisamente en la víspera de este día dan comienzo las antífonas mayores de la O, por empezar todas ellas con esta exclamación de esperanza. Y así continúa la Iglesia por espacio de siete días, del 17 al 23, en este ambiente de santa expectación y demanda de la venida del Salvador.

Nada, pues, más a propósito que la contemplación de María en los sentimientos que ella tendría en los días inmediatos a la natividad de su divino Hijo.

> «Si todos los santos del Antiguo Testamento —escribe el padre Giry— desearon con ardor la aparición del Salvador del mundo, ¿cuáles no serían los deseos de Aquella que había sido elegida para ser su Madre, que conocía mejor que ninguna otra criatura la necesidad que tenía la humanidad, la excelencia de su persona y los frutos incomparables que debía producir en la tierra, y la fe y la caridad, que sobrepasan la de todos los patriarcas y profetas? Fue tan grande el deseo de la Santísima Virgen, que nosotros no tenemos palabras para expresar su mérito. Y tampoco podemos concebir cuál fue su gozo cuando ella vio que sus deseos y los de todos los siglos y de todos los hombres iban a realizarse en ella y por ella, ya que iba a dar a luz la esperanza de todas las naciones, Aquel sobre quien se fijaban los ojos de todos en el cielo y en la tierra y miraban como a su libertador» *(Les petits bollandistes,* t.14 p.373).

María, repetimos, está en la cumbre de esta esperanza o, con otras palabras: con María la esperanza es completa, se hace firme. Unidos a ella, ya que nuestro adviento, el que nosotros esperamos, tuvo principio en la celestial Señora, por haber llevado en su seno virginal a Jesús durante nueve meses, nuestra expectación será más digna del gran Señor que va a venir.

María presenta para el cristiano de hoy la posición que éste debe mantener, máxime en estos días: esperar al Señor. Que él se incorpore más y más en nosotros, *donec formetur Christus in nobis,* y que un día, lejano o próximo ya, venga a buscarnos para unirnos definitivamente con él. El cristiano debe esperar al Señor, *donec veniat,* hasta que venga para aquel abrazo de unión indisoluble y eterna. Toda la vida del cristiano es una expectación. El modelo de ésta lo ofrece María.

La presente fiesta mariana, como todas las de la Virgen, además de ser un ejemplo, es una intercesión. Debe servir para afianzar y hacer más intensa esta espera y ayudarnos a cantar con ella, con la Iglesia-Virgen las antífonas mayores del Magníficat: *O Sapientia, O Adonai, O Emmanuel* [...] *veni!*

ROMUALDO M.ª DÍAZ CARBONELL, OSB

Bibliografía

LECLERCQ, J., *Siguiendo el año litúrgico* (Madrid 1954) 48-56.
LORENZANA Y BUITRÓN, F. A., *SS. PP. Toletanorum quotquot extant Opera...: tomus primus* (Madrid 1782).
MANSI, J. D., *Sacrorum conciliorum nova et amplissima collectio,* XI: *Concilium Toletanum X* (Florencia 1765) cols.31-34.
SÁENZ DE AGUIRRE, J., *Collectio Máxima conciliorum omnium Hispaniae et novi orbis...,* 4 (Roma 1754) 153.

26 de diciembre

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE ANDACOLLO (CHILE)

En medio de las últimas ramificaciones de los Andes occidentales, como un diminuto oasis entre las secas, abruptas y áridas tierras del contorno, Andacollo es un pueblecito minero cuyos orígenes se remontan a época precolombina. Desde muy antiguo es famoso el subsuelo, rico sobre todo en oro y cobre. Todavía hoy son famosos los lavaderos de oro, principal ocupación de sus habitantes. Su nombre es de raíz incaica, como consecuencia de una invasión ocurrida en el siglo XV antes de la conquista, al exclamar uno de los principales, asombrado por la abundancia de pepitas de oro a flor de tierra. «Anta-coyo», que en lengua quichúa quiere decir «reina del cobre». Tal etimología es la que presenta Oviedo en su *Historia Natural de las Indias* y mantienen hoy los más serios historiadores.

La cristianización de Andacollo data de Francisco de Aguirre, capitán de Valdivia, que estuvo personalmente en las minas, adonde volvió en su vejez para terminar en una vida pacífica.

En cuanto al origen de la veneración a María, dice la tradición que hubo una primitiva imagen, traída por los españoles de Francisco de Aguirre en 1544 cuando llegaron a este lugar para evangelizarlo, y que fue tallada por uno de los mismos expedicionarios. Tal imagen, con motivo de una invasión de los indios de Copiapó, a la que sobrevivieron tan sólo dos españoles, fue escondida en los cerros del mineral, temerosos aquéllos de verse privados de tan estimada joya. Poco después, ya en la segunda mitad del siglo XVI, fue recuperada por un indio mientras cortaba leña o cavaba mineral. La llevó a su choza para ofrecerle culto, y a causa de sus prodigios, divulgados por la comarca, se hizo cargo de ella la autoridad eclesiástica, que le erigió una capilla.

Pero nuevamente se pierde el rastro de la primera imagen, lo que debió de dar lugar a designar a San Miguel como titular de la iglesia. Ocurría esto en tiempos del párroco Álvarez Tobar, que en 1676 encargó otra imagen a un escultor de Lima y restableció su culto con la que hoy conocemos. Mide la imagen, «tallada en madera de cedro, como una vara y media, y su rostro es pequeño, de tinte moreno y ojos que parecen despedir una dulzura melancólica». Todo el ropaje estaba tallado en la misma madera, compuesto por una túnica de color rosado y un manto adornado de estrellas, hasta que la inevitable tendencia del siglo XIX mutiló la talla del busto para cubrirla de ricos vestidos y joyas con que hoy la admiramos.

Aquella primitiva capilla, una empalizada con techo de paja, a que hemos hecho referencia, fue sustituida, también en la época del párroco Álvarez Tobar, por otra que persistió hasta el siglo XVIII, en que, por disposición del obispo de Santiago, don Manuel Alday, se llevó a cabo la edificación de otro templo más digno, residencia actual de Nuestra Señora y de su tesoro, en el que se exhiben, por lo que se refiere a España, sendas casullas regaladas por Carlos III e Isabel II y un vestido de gala ofrecido por la infanta Isabel, hermana de Alfonso XII.

En 1873, y por iniciativa del obispo de La Serena, de cuya ciudad dista Andacollo 57 kilómetros, fue erigida una basílica de gran dignidad arquitectónica y capaz de albergar las grandes peregrinaciones que se congregan en los actos solemnes, cuan-

do la imagen se traslada a la basílica desde el santuario de su habitual residencia. Desde 1900 ambos constituyen una parroquia a cargo de los padres del Corazón de María, a quienes se debe una gran labor apostólica y de expansión del culto a Nuestra Señora de Andacollo, cuyo primer fruto fue la coronación canónica de la misma por León XIII en 26 de diciembre de 1901, siendo presidente de Chile el excelentísimo señor don Germán Riesco.

Pero lo más emotivo y diferenciador del culto a Nuestra Señora del Rosario de Andacollo es la manera de manifestarse la piedad de sus devotos. Sin duda alguna, uno de los aspectos más humanos del amor de María consiste en querer verse venerada en cada pueblo o región mediante la exteriorización jubilosa de las costumbres y tradiciones arraigadas en cada lugar. Es como si la Virgen se sintiera nacida en cada aldea y prefiriera lo castizo y popular, como si esto fuera una recordación de una infancia pueblerina deseada. Dentro de las más honda fe y sentida piedad (depurada de desviaciones profanas a lo largo de los siglos por la labor formadora de los sucesivos prelados), la devoción de la Virgen en Andacollo consiste en el ofrecimiento que hacen durante los días de su festividad múltiples comparsas de danzas.

Los primeros testimonios de los bailes de Andacollo datan de 1585. Son los llamados de *indios o chinos;* su indumentaria está formada por anchos calzones rojos, camisa blanca y faja de mineros, adornada después con espejillos y lentejuelas. Tocan clarinetes de madera y tambores. Sus bailes se caracterizan por movimientos lentos, monótonos, inclinaciones y reverencias y saltos espectaculares.

Otro género de danzantes, del que se tienen noticias desde 1752, es el llamado de los *turbantes de La Serena,* constituido por hombres piadosos y probos. Van de blanco, con sombrero cónico, del que salen cintas de diferentes colores. Sus bailes, por el contrario, son rápidos, violentos. Bailan nada más los llamados alféreces, provistos de espadas, mientras los demás componentes evolucionan en torno, uno a uno, dando sorprendentes volteos hasta ocupar sucesivamente el último lugar de la fila. Los instrumentos que tocan son agudos.

El *baile de danzantes,* tercera especie de la que se tienen referencias desde 1798, se caracteriza por su vistosa y llamativa indumentaria, con profusión de abalorios, y tanto sus bailes como sus sones son más variados y armoniosos.

Cada uno de estos grupos está dirigido por el llamado «cabeza de baile», designación que se mantiene por herencia, y al frente de todas las comparsas está el llamado *pichinga,* jefe supremo de la danza de Andacollo, cuya autoridad es respetada religiosamente.

Todos los años, el 25 de diciembre, arriban al pueblecito del mineral de Andacollo las numerosas comparsas de bailes que, peregrinos de la Virgen de la Montaña, vienen a rendir homenaje. Se reúnen junto a los muchos millares de devotos procedentes de la Argentina y Bolivia, como antiguamente, cuando los caminos de Río Elqui y Humalata, Río Hurtado y La Serena, en que, después de anteriores jornadas de ascenso por la quebrada montaña, llegaban a la Cruz Verde, a más de mil metros sobre el nivel del mar, y desde donde, tras corto descenso, se alcanza el santuario.

El amanecer del 25 coincide con la llegada a las puertas del templo para hacer ante la Virgen la presentación oficial con sus trajes de gala. Van sucediéndose las comparsas hasta situarse en un lugar determinado en el momento de aparecer la imagen a las puertas del santuario. Entonces comienzan las danzas; es un verdadero espectáculo de griterío, mezclado con los más opuestos sones de instrumentos, escobilleo de pies, inclinaciones y gigantescas cabriolas, estandartes que se alzan, batutas que bajan y suben, espadas en agitación. Es todo un complejo, confuso pero previsto desorden, cuya expresión única infunde un sentimiento de primitiva melancolía y fe, hasta desbordarse la contenida emoción. Luego, de cada comparsa se adelanta un representante, portavoz de un discurso o deprecación piadosa, que expresará ante la imagen de la Virgen. Recitan de memoria o improvisan, con la seguridad y la gracia del espíritu popular y ferviente; muestran su agradecimiento por los favores especiales recibidos, claman tristes plegarias por los cofrades desaparecidos, cuya salvación encomiendan, o hacen el ofrecimiento de nuevos miembros. Piden por las familias, la Iglesia y la patria, y

los espontáneos versos de su expresión religiosa contagian la emoción de la multitud que escucha.

Llega luego el día 26, festividad de Nuestra Señora de Andacollo. Desde la una a las seis de la tarde siguen las danzas, turnándose las diferentes comparsas dentro de un orden establecido. Comenzada seguidamente la procesión, las comparsas forman carrera de honor para escoltar a la imagen. Cincuenta danzas compuestas por más de mil quinientos hombres. Es una clamorosa profusión de color, cintas ondulando en los aires, espejuelos que reflejan su brillo. Todo el mundo, con la atención contenida, está pendiente de que aparezca la Virgen por la puerta del santuario. Y en tal momento, como movidos por una inspiración, las filas de hombres se agitan y levantan, se doblan en vaivenes multitudinarios; se mezclan los sones de las danzas, distintos en su ritmo, pausados, agudos y roncos. Los *turbantes* evolucionan con parsimonia, los *danzantes* escobillean *y* bailan vertiginosamente, los *chinos* semejan acróbatas arrebatados.

De este modo expresan su amor a María sus fervientes devotos chilenos. No importa el origen incaico de estas danzas, ni su lejano sentido de superstición religiosa, si luego ha ido honestamente cristianizado. Es la expresión sincera, natural y viva de un sentimiento mariano. Ella misma, la Santísima Virgen de Andacollo, ha dado muestras naturales de su aceptación y preferencia por tales manifestaciones de culto popular, aprobado por la jerarquía eclesiástica. De las danzas de otros tiempos, mezcladas con actividades verdaderamente profanas y hasta escandalosas, queda hoy un espíritu cristiano y un sentido católico, hasta el punto de que son mayoría los cofrades que celebran estos días santos con procesiones eucarísticas, comuniones y novenas. Andacollo es en tales días un lugar en donde Dios está cerca, presente, a través de las gracias de su Madre; se respira entonces el sacrificio, la hermandad y la piedad sencilla, y no la sensualidad, el desorden y la impiedad que en otros tiempos se mezclaron. Estas danzas, que en Chile no tuvieron nunca contaminaciones idolátricas —por la idiosincrasia de su indigenismo y la formación de sus colonizadores—, tienen hoy un carácter religioso de agradecimiento, de expiación y de generosidad.

Dentro de la abundancia amorosa de María, puesta de manifiesto en múltiples milagros a lo largo de estos siglos de venera-

ción, y muy concretamente en probados milagros —los más recientes— a raíz de ser coronada, tienen especial interés las promesas y favores relacionados con el valor religioso y devoto de sus danzas; es corriente el caso de los prometedores, que estiman más valioso en ellos prometer estar toda la vida en una comparsa que realizar otros actos de piedad distintos. Recordamos el caso de un niño que, ciego a los cinco años, sanó a los ocho por promesa de su madre de consagrarle al servicio de la Virgencita de Andacollo, y, por consejo del propio párroco, la cambió por la de servir en la comparsa de su pueblo, cosa que llevó a cabo durante treinta y siete años.

JUAN MANUEL LLERENA

Bibliografía

ALBAS, P., CMF, *Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora del Rosario de Andacollo* (Santiago de Chile 1943).
CEPEDA, A. F., «El lucero de Chile, o sea, Nuestra Señora de Andacollo», en *América Mariana* (México-Barcelona 1905).
MUNIZAGA, I., *El santuario y la fiesta de Andacollo* (Barcelona 1900).
PLATH, O., Santuario y tradición de Andacollo (Santiago de Chile 1951).
Revistas: *La Estrella de Andacollo* (1906) y *Nuestra Señora de Andacollo* (1928).
RAMÍREZ, J. R., *Historia de la imagen y santuario de Nuestra Señora de Andacollo* (inédita, aunque aparecida parcialmente en la revista del santuario).

DEL SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

5 de diciembre

SAN MAURO

Mártir († s. IV)

El noble tribuno romano Claudio, su esposa, Hilaria, y sus dos hijos, Jasón y Mauro, fueron encarcelados por orden del emperador Diocleciano, y junto con otros soldados cristianos sufrieron la decapitación. Posteriormente, el cuerpo de Mauro recibió sepultura en las catacumbas de San Calixto, mientras los restos de su padre se arrojaron al mar, atados a una piedra. El cuerpo de San Mauro, mártir, fue localizado el día 3 de septiembre de 1599, y por mediación del cardenal Fernando Niño de Guevara, inquisidor general, San Juan de Ribera lo obtuvo con destino para el Real Colegio de Corpus Christi que se estaba construyendo bajo su mecenazgo. El 18 de noviembre del año anotado, el cuerpo del mártir San Mauro llegó al Grao de Valencia, siendo depositado en el convento de la Sangre de Cristo, de frailes capuchinos.

El 12 de diciembre de 1599 se procedió al solemne traslado de estas reliquias martiriales a la catedral valentina, y en la solemne procesión tomaron parte el virrey, conde de Benavente; don Luis de Calatayud, gobernador, y las autoridades municipales.

También desfilaron los gremios con sus banderas, y «dos chagants, com en la processó de Sant Vicent Ferrer o com en la entrada del rey». En la seo de Valencia permanecieron las reliquias del joven mártir mientras concluían las obras de la capilla del Real Colegio de Corpus Christi, a donde se llevaron con especialísima solemnidad el 17 de enero de 1605. Por expreso deseo del fundador del Real Colegio, San Mauro, mártir, fue pro-

clamado patrón del mismo, obteniendo, además, de la Santa Sede que su fiesta lo fuera para toda la diócesis de Valencia.

También se le venera con culto reverente en Alcoy (Alicante, pero de la diócesis valentina). El día 2 de diciembre de 1620, al atardecer, un gran seísmo sacudió la ciudad del Serpis, ocasionando numerosas víctimas y haciendo que edificios singulares, como el convento de frailes franciscanos, se derrumbaran. En la mañana del día siguiente, fiesta del mártir San Mauro, se reunieron las autoridades y el pueblo en el lugar conocido como *Les Eres Noves,* donde se había trasladado el Santísimo Sacramento, y allí votaron y proclamaron a San Mauro mártir, como patrón de Alcoy y especial abogado contra los terremotos. Aclamación popular posteriormente ratificada por la curia diocesana de Valencia el 9 de noviembre de 1621. También les fue concedida una reliquia, la mitad del dedo meñique de una mano del santo mártir romano, que llegó al templo parroquial de Santa María el 11 de noviembre del mismo año, donde se expuso a la veneración de los fieles. La ciudad de Alcoy ha conmemorado con cultos especiales cada centenario de esta efeméride. Por su parte, los jurados de Valencia votaron el año 1631 a San Mauro mártir como especial protector de la capital y abogado contra la sequía. Tiene dedicada en su honor una parroquia en Valencia y otra en Alcoy.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GONZÁLEZ CLEMENTE, V., *Las insignes reliquias de la capilla del Real Colegio de Corpus Christi de Valencia* (Valencia 1948).

Reliquias que existen en la iglesia del Real Colegio de Corpus Christi de Valencia (Valencia 1859).

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

SANTORAL DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS EN EL MES DE DICIEMBRE

Día 2:	En Cartagena y Zaragoza, Beata María Ángela Astorch, virgen.
Día 4:	En Valencia, Beato Francisco Gálvez, presbítero y mártir.
Día 5:	En Valencia, San Mauro, mártir.
Día 6:	En Granada y Jaén, San Pedro Pascual, obispo y mártir.
Día 9:	En Toledo, Santa Leocadia, virgen y mártir.
Día 10:	En España, Santa Eulalia de Mérida, virgen y mártir.
Día 11:	En Getafe, Santa Maravillas de Jesús, virgen.
Día 12:	En Tarazona, Beato Martín de San Nicolás, presbítero y mártir.
Día 15:	En Barbastro-Monzón y Huesca, San Urbez, presbítero. En León, traslación de San Isidoro, obispo.
Día 16:	En Barcelona, Gerona, Urgel y Vich, San José Manyanet, presbítero.
Día 30:	En Santiago de Compostela, traslación del Apóstol Santiago.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE COLABORADORES DEL VOLUMEN

Alcántara Martínez, P. 207-214.
Artero, J. 659-666.
Ausejo, S. de 675-682.

Blajot, J. 709-715.
Briceño, M. J. 16-23.

Cabanelas, D. 182-186.
Castell Maíques, V. 575-580.
Chico González, P. 439-448 616-623 636-644 666-672 747-752.
Contreras y López de Ayala, J. 504-511.

Díaz Carbonell, R. M.ª 829-832.
Díaz Fernández, J. M.ª 429-433 609-610 644-646 703-706.

Echeverría, L. de 119-122 553-557 580-588 695-703.

Fábrega Grau, A. 262-266.
Ferri Chulio, A. de S. 272-277 433-439 511-517 588-598 610-615 683-687 726-738 839-840.

García Barberena, T. 558-568.
Gavarrón, M. 338-343.
Gómez Parente, O. 519-527.
González Chaves, A. J. 85-87 130-135 353-355 391-398.
González Rodríguez, M.ª E. 29-33 214-220 398-405.
González Ruiz, N. 176-181.
Greenstock, D. L. 541-544.
Guillén, J. 369-376.

Jiménez Duque, B. 360-369.
Junco, A. 315-322.

Langa, P., OSA 293-300 328-333 568-574 786-792.
Lecea, J. M.ª 601-609.
Llabrés y Martorell, P.-J. 104-108 198-204 533-538 759-764.
Llerena, J. M. 832-837.
Lopetegui, L. 90-97.

Martín Abad, J. 158-163 224-237 422-427 818-828.
Martín Hernández, F. 767-777.
Martínez Goñi, F. 68-76.
Montalvillo, J. 625-632.

Núñez Uribe, F. 24-28 135-139 253-258 322-327.

Peraire Ferrer, J. 76-85 126-130 163-172 246-252.
Pérez de San Román, J. 544-551.
Pérez Suárez, L. M. 15-16 34-35 145-158 343-348 632-636 812-818.
Portero, L. 405-410.

Repetto Betes, J. L. 45-50 88-89 108-110 139-145 172-176 186-188 204-206-220-223 258-261 266-272 277-282 310-314 333-337 355-359 376-382 388-390 410-415 448-450 456-462 467-475 483-492 499-503 517-519 538-540 551-552 598-600 623-624 647-648 655-658 673-675 688-690 706-708 738-746 752-

759 765-766 777-785-801-803 805-811 845-940.
Revuelta Sañudo, M. 112-119.
Riber, L. 649-654.
Ricard, R. 451-456.
Rivera Recio, J. F. 237-244.
Rodríguez, J. V. 244-246 300-310 427-429 482-483.

Sánchez Aliseda, C. 59-64 283-293 793-801.
Sendín Blázquez, J. **11-15** 64-68 122-126 462-467.
Valverde, J. M.ª 691-695.
Vázquez, I. 492-499.
Velado Graña, B. 4-11 **51-58** 97-104 416-422 476-481 527-533 715-726.
Veny Ballester, A. 348-353.
Vizmanos, F. de B. 189-198.

APÉNDICE GENERAL AL AÑO CRISTIANO [1]

por JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Enero

A) MARTIROLOGIO

Día 1. En Hasselt (Bélgica), Beato Valentín (Luis) Paquay († 1905), presbítero, de la Orden de Hermanos Menores.

Día 6. En Casalmendinho (Portugal), Beata Rita Amada de Jesús Lopes de Almeida († 1913), virgen, fundadora de las Religiosas de Jesús, María y José.

Día 8. En Quinto Vicentino (Italia), Beata Eurosia Fabris († 1932), viuda y madre de familia.

Día 10. En Madrid, Beata María Dolores Rodríguez Sopeña († 1918), virgen, fundadora de la Congregación de Damas Catequistas.

Día 16. En Valencia, Beata Juana María Condesa Lluch († 1916), virgen, fundadora de la Congregación de Religiosas Esclavas de María Inmaculada.

Día 20. En Casoria (Italia), Beata María Cristiana de la Inmaculada (Adelaida) Brando († 1906), virgen, fundadora de las Religiosas Víctimas Expiadoras de Jesús, vulgo de Jesús Sacramentado.

Día 22. En Viena (Austria), Beato Ladislao Batthyány-Strattmann († 1931), seglar, padre de familia.

Día 29. En Miejsce Piastowe (Polonia), Beato Bronislao Bonaventura Markiewicz († 1912), presbítero, fundador de la Congregación de San Miguel Arcángel.

Día 31. En Milán, Beato Luis Talamoni († 1926), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de la Misericordia.

[1] Para completar nuestro Año cristiano añadimos a continuación algunas biografías y semblanzas biográficas que por alguna razón no se pusieron en el sitio que les corresponde ahora, según el nuevo *Martirologio romano,* siguiendo la segunda edición del mismo (cf. *Martirologyum romanum* [Ciudad del Vaticano 2004]). Completamos este apéndice con una relación de beatos, cuyas biografías encontramos en este *Año cristiano,* que han sido elevados a la dignidad de santos.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO VALENTÍN (LUIS) PAQUAY
Presbítero († 1905)

El que estaba llamado a ser un ejemplar religioso y un celoso sacerdote, volcado en el bien de las almas, nace en Tongres (Bélgica) el 17 de noviembre de 1828 en una familia numerosa y cristiana. Tras estudiar en el seminario menor de Saint-Trond, ingresa en la Orden franciscana y profesa el 4 de octubre de 1850. Prosigue los estudios eclesiásticos y se ordena sacerdote el 10 de junio de 1854 en Lieja. Fue enviado al convento de Hasselt y aquí estaría el resto de su vida. Desempeñó los oficios de vicario y guardián, y fue definidor provincial en dos ocasiones. Hizo un gran apostolado como predicador de la divina palabra, atrayendo a muchos a renovar su vida cristiana, convirtiéndose sinceramente a Dios. Para completar el sacramento de la reconciliación el eficaz apóstol de la palabra se pasaba las horas en el confesonario, atendiendo a tantas almas como acudían a él para ratificar su conversión o para buscar orientación y ayuda espiritual. Dirigió el laicado franciscano durante veintiséis años, haciendo que numerosos seglares, solteros y casados, hombres y mujeres, vivieran con intensidad la espiritualidad de San Francisco y aspirasen también ellos a vivir con profundidad el evangelio y recorrer el camino de la perfección cristiana. Fue muy devoto del Sagrado Corazón, de la Eucaristía y de la Inmaculada y desde él estas devociones pasaban a los fieles a quienes hacía vivirlas con sinceridad y fervor, convirtiéndolas en instrumentos de santificación. Murió lleno de méritos y virtudes el 1 de enero de 1905. Fue beatificado el 9 de noviembre de 2003 por el papa Juan Pablo II.

En la homilía de la misa de su beatificación dijo de él el Papa:

> «El P. Valentín Paquay es un verdadero discípulo de Cristo y un sacerdote según el corazón de Dios. Apóstol de la misericordia, se pasaba largas horas en el confesonario con un don particular para reconducir a los pecadores al camino recto, poniendo por delante de los ojos humanos la grandeza del perdón divino. Al poner en el centro de su vida de sacerdote la celebración del Misterio eucarísti-

co, él invitaba a los fieles a acercarse con frecuencia a la comunión del Pan de vida. Como tantos otros santos, el P. Valentín se puso desde joven bajo la protección de la Virgen María, invocada en la iglesia de su infancia, en Tongres, como Causa de nuestra Alegría. A ejemplo suyo, servid vosotros a vuestros hermanos para darles la alegría de volver a encontrar de verdad a Cristo».

Bibliografía

BEAUFAYS, I., *Le Père Valentin Paquay, «le saint petit père de Hasselt»* (París 1947).
MOONEN, F., *Le serviteur de Dieu père Valentin Paquay, «le saint petit père de Hasselt»* (Malinas 1975).
L'Osservatore Romano (14-11-2003).

BEATA RITA AMADA DE JESÚS LOPES DE ALMEIDA

Virgen († 1913)

Rita Lopes de Almeida nació el 5 de marzo de 1848 en Ribafeita, pequeña población de la diócesis de Viseu, en Portugal. Fue educada cristianamente en su hogar, en el que aprendió las devociones a la Eucaristía, a la Virgen María y a San José, así como una sólida adhesión a la Iglesia y al Papa. La joven sufría por las muchas dificultades que la Iglesia hallaba por entonces, debido a la situación política de su país, pero ello no la desanimó de su voluntad de hacer apostolado, dedicándose a dar catecismo por los pueblos e invitar a las gentes a hacer oración. No dudaba en acercarse a quienes vivían de espaldas a la moral cristiana e invitarlas a mejorar de vida, lo que le atrajo incluso amenazas de muerte. Entregada a la oración y la penitencia, hizo propósito de vivir soltera consagrada al Señor y rechazó propuestas de matrimonio.

A los 29 años logró entrar en la única congregación que, por ser extranjera, tenía licencia para admitir novicias, pero como no se adaptaba a su espíritu y sus anhelos salió de ella. Dirigida por el P. Francisco Pereira, SI, se decidió a fundar una nueva obra, consagrada a la Sagrada Familia, y así logró abrir el 24 de septiembre de 1880 su colegio-instituto. En breve tiempo su apostolado se extendió a varias diócesis portuguesas, soportando muchas contradicciones. Llegada la República en 1910, su obra fue disuelta y ella hubo de volver a su casa natal, pero

pudo reagrupar a sus religiosas en una humilde casa de Ribafeita y desde allí enviar algunas religiosas a Brasil, lo que sirvió para la supervivencia de su obra. Falleció santamente el 6 de enero de 1913. Beatificada en Viseu el 28 de mayo de 2006.

Dijo de ella el cardenal Saraiva Martins en la homilía de la beatificación:

> «Su amor a Cristo la lleva a abrirse a los demás, saliendo a su encuentro para invitarlos a vivir una vida renovada en Cristo. Supo leer los signos de los tiempos que requerían respuestas nuevas y valientes a las necesidades de entonces: las diversas formas de pobreza, materiales, morales y espirituales de la sociedad. En esta línea se inserta su carisma: restaurar la dignidad de la familia, amenazada de disgregación, según el espíritu de la Familia de Nazaret, construyendo hogares felices; liberar a a la mujer de la esclavitud de la prostitución y, por tanto, promoverla; dar educación gratuita a los niños pobres y abandonados para preservarlos de los peligros que derivan de la pobreza y la miseria. [...] La madre Rita no se cansaba de decir que en la base de toda familia está siempre el amor: no un amor egoísta, sino generoso, abierto a la vida».

BEATA EUROSIA FABRIS

Viuda († 1932)

Nace en Quinto Vicentino, junto a Vicenza (Italia), el 27 de septiembre de 1866, hija de padres campesinos. Con cuatro años se va a vivir con su familia a Marola, dentro del municipio de Torri de Quartesolo (Vicenza), donde se quedará ya a vivir el resto de su vida. No pudo ir mucho tiempo a la escuela porque en su casa hacía falta para ayudar en las tareas domésticas y también en el trabajo del campo. Aprendió, sin embargo, a leer y escribir, lo que le sirvió para que pronto leyera el catecismo, la historia sagrada y otros libros religiosos. Su madre le enseñó el oficio de costurera, en el que muy pronto se hizo maestra. Tras recibir la primera comunión a los 12 años, tomó la santa costumbre de comulgar todos los domingos y fiestas de guardar. Se inscribió en la Asociación de Hijas de María de su parroquia, y se vio que guardaba sus estatutos con mucha exactitud. Muy devota e inclinada a la religión, hacía apostolado en su familia y entre sus amigas y también entre las jóvenes que frecuentaban el taller de su casa.

Bien parecida físicamente y dotada de magníficas cualidades morales, muy pronto se le hicieron propuestas de matrimonio, pero ella prefirió esperar hasta haber madurado del todo. Sin embargo, un hecho inesperado cambió el rumbo de su vida. Murió una vecina de su casa que estaba casada y tenía tres hijas, más un tío y el abuelo a su cargo. Una de las hijas murió al poco. Eurosia consideró un deber de caridad comenzar a atender a aquella casa en la que las niñas y los tres hombres habían quedado desamparados, y a los pocos meses de estar atendiendo esta familia, el propio párroco le propuso que contrajera matrimonio con el viudo, Carlos Barban, y que ello sería un acto insigne de caridad. Aceptó Eurosia y el matrimonio se contrajo el 5 de mayo de 1886. Dios bendeciría su hogar con el nacimiento de nueve hijos, y ella se portó como madre de las dos hijas del matrimonio anterior. Y aun tuvo la liberalidad de acoger en su casa a otros niños, uno de los cuales será luego religioso franciscano. Empezaron todos a llamarla «Mamá Rosa», y ella repartió amor a raudales, trabajando sin descanso, atendiendo a todas las necesidades, cuidando con solicitud a cada una de las personas confiadas por la Providencia a sus desvelos y siendo una cristiana que abrazaba todos los sacrificios necesarios para llevar adelante su tarea. Consejera y apoyo de su marido, educadora eficaz de su prole, tuvo el gozo de que tres de sus hijos se ordenaran sacerdotes, dos de ellos diocesanos y el tercero franciscano, que será el que luego escribirá la vida de su madre.

Su intensa vida interior, su plegaria constante, su frecuencia de sacramentos, su devoción a la Eucaristía y a la Virgen María, edificaba a toda la comunidad cristiana. Su casa era verdaderamente una iglesia doméstica, como el Concilio Vaticano II llamaría al hogar cristiano. Su devoción la llevó a hacerse terciaria franciscana y a llevar con paciencia cristiana su viudez (1930), ofreciéndose toda al Señor y viviendo para él. Murió el 8 de enero de 1932. Su fama de santidad llegó a los oídos del papa Pío XII, quien dijo de ella: «Es preciso dar a conocer esta bella alma, para ejemplo de las familias de hoy».

Autorizada su causa el 29 de septiembre de 1974, sus virtudes fueron declaradas heroicas el 7 de julio de 2003, siendo aprobado un milagro para su beatificación el 22 de junio de

2004 y quedando fijada la ceremonia de su elevación a los altares para el 27 de abril de 2005; pero sucedió la muerte del Santo Padre Juan Pablo II y por ello hubo de postergarse hasta el domingo 6 de noviembre de 2005 en la propia Vicenza.

En la misa de su beatificación el cardenal José Saraiva Martins, que presidió la ceremonia, pronunció este elogio de la nueva beata:

> «Eurosia Fabris fue modelo de santidad accesible a todos, porque vivió en la sencillez evangélica de la entrega de sí y el sacrificio por amor, en el don de vida de familia aceptada con sus penas y sus sufrimientos, alegrías y esperanzas, en la búsqueda continua de la voluntad de Dios [...] Mujer y madre consciente de sus propios límites, pero también de la gran fuerza que deriva de la fe, decía: Nada es imposible a Dios que ama a sus hijos y les ayuda en el difícil camino terreno. Era una persona sencilla, expresión de una familia como tantas, y sin embargo muy especial en su existencia. Su beatificación nos enseña que en la vida concreta de cada día cada uno se puede santificar siguiendo su vocación. Pasó toda su vida recorriendo con decisión el camino de la caridad: enseñaba el catecismo en la parroquia y la costura y la moral cristiana a las jóvenes del pueblo, prestaba gran atención a los pobres, con los que compartía la comida diaria, y visitaba a las personas enfermas. Nadie le imponía esta conducta; la había escogido ella por amor, un amor a Dios que la impulsaba a encontrarlo diariamente en los hermanos, una caridad que maravillaba a todos, pero que confirma que quien vive con amor a Dios halla caminos y tiempo para amar a los demás. Eurosia vivió su experiencia familiar con la apertura de quien sabe que pertenece a una familia mayor, la de los hijos de Dios; con la conciencia de que la fe transmitida en la familia se debe testimoniar y compartir con cuantos encontramos».

Bibliografía

BERICO, M., *Mamma Rosa. Biografia della serva di Dio Eurosia Fabris ved. Barban, terziaria franciscana* (Verona [5]1968).

BRATTI, C., *Beata Eurosia Fabris Barban: Mamma Rosa, madre di famiglia terziaria francescana (1866-1932)* (Gorle 2005).

L'Osservatore Romano (11-11-2005).

BEATA MARÍA DOLORES RODRÍGUEZ SOPEÑA

Virgen y fundadora († 1918)

Nace en Vélez-Rubio (Almería), el 30 de diciembre de 1848 en una familia numerosa y cristiana. Como su padre era magistrado y recibía traslados por causa de esta profesión, ella hubo de criarse en varias poblaciones hasta que en 1866 la familia se establece en Almería al ser nombrado su padre fiscal de la Audiencia. Allí, con 17 años, comienza ella sus obras de caridad. En 1870 su padre es trasladado a Puerto Rico y ella se marcha a Madrid, donde colabora en la catequesis a las mujeres presas y en la atención a los enfermos del hospital de la Princesa. A partir de 1872 se instala en Puerto Rico y ayuda al P. Goicochea, jesuita, director espiritual suyo, en varias obras sociales. Pasa en 1873 a Santiago de Cuba, donde continuó sus trabajos apostólicos. En 1877 muere su madre y la familia vuelve a Madrid donde ella continúa su labor e ingresa en un monasterio de salesas. Sin embargo, vio que ésta no era su vocación y lo dejó.

En 1885 conoce el Barrio de las Injurias y al ver la situación moral, material y espiritual de la gente empieza lo que llamará la «Obra de las doctrinas», antecedente de sus «Centros obreros». En 1892 funda una asociación de apostolado seglar, que hoy se llama «Movimiento de Laicos Sopeña», que muy pronto se extendió a otros barrios de la capital. En 1896 marcha a Sevilla a dirigir su obra y hace numerosos viajes para establecer y fundar la «Obra de las doctrinas» por toda España. También acompaña al P. Francisco de Paula Tarín, famoso misionero jesuita, en sus misiones por Andalucía. Estando en Roma —en una peregrinación que hizo el año 1900— tuvo la inspiración de crear un «Instituto Religioso de Damas Catequistas», lo que se realizaría en Loyola el 24 de septiembre de 1901 y que hoy se llama «Instituto Catequista Dolores Sopeña». Fundó también una asociación civil que hoy se llama «Obra Social y Cultural Sopeña».

Al cabo de los años, las «Doctrinas» se transforman en centros obreros de instrucción, y su intención era reanudar la relación de la Iglesia con los alejados. Elegida primera superiora general del instituto, en 1914 pudo fundar en Roma y pasar en 1917 a Chile. Llena de méritos y luego de haber llenado su vida

de innumerables servicios a la causa del evangelio, muere en Madrid el 10 de enero de 1918. El día 11 de julio de 1992, Juan Pablo II declara heroicas sus virtudes y el 23 de abril de 2002 se promulgó el decreto de aprobación del milagro que dio paso a su beatificación el 23 de marzo de 2003.

> «Detrás de su entrega al servicio de los demás estaba una fe profunda y auténtica, una rica espiritualidad. Su compromiso por la dignidad de la persona brotaba de su experiencia de un Dios, Padre de todos, que nos ama con una ternura infinita y desea que vivamos como hijos y como hermanos. De allí su gran deseo de hacer de todos una sola familia en Cristo Jesús. Su gran unión con Dios le permitía descubrirlo presente en todo y en todos, especialmente en los más necesitados de dignidad y afecto. Salir al encuentro de cada persona en su situación, introducirse en los barrios marginales de la época, era inconcebible para una mujer a finales del siglo XIX. El secreto de su audacia era la fe, una confianza sin límites, que ella reconocía como su mayor tesoro y que la hacía sentirse instrumento en manos de Dios, instrumento al servicio de la fraternidad, del amor, de la misericordia, de la igualdad, de la dignidad, de la justicia, de la paz [...]» *(L'Osservarore Romano,* 3-3-2003).

Bibliografía

CONCHA, T., *El pasar de un apóstol. Vida de Dolores Rodríguez Sopeña (Fundadora del Instituto de Damas Catequistas)* (Madrid 1927).
Ecclesia (2003) n.3.145, p.19-20; n.3.146, p.23-24.
MUTUBERRÍA, M.ª T., *Dolores Rodríguez Sopeña* (Madrid ²1993).

BEATA JUANA MARÍA CONDESA LLUCH

Virgen y fundadora († 1916)

Para ser un testigo válido de la caridad de Cristo con los pobres esta insigne sierva de Dios nace en Valencia (España) el 30 de marzo de 1862 en una familia cristiana y acomodada. Educada cristianamente, llena de piedad y miembro de la Asociación de Hijas de María que fundara San Enrique de Ossó, al llegar a la juventud se hizo muy sensible a la situación y las necesidades de la mujer obrera. Privadamente hace voto de castidad porque quiere vivir consagrada al Señor y a la Santísima Virgen, de la que era sumamente devota. Participa en las asociaciones parroquiales y en la catequesis a las niñas, así como en la visita y atención a los pobres y a los enfermos. No sin vencer dificultades

logra en 1884 abrir una casa para dar acogida a las obreras y ayudarlas en su formación integral. Poco después, en la misma casa, se abre la escuela para las hijas de las obreras. Se le unen otras jóvenes que quieren compartir su labor. Este grupo, en el que está integrada su antigua institutriz Teresa Ballester, evoluciona a congregación religiosa en 1892 y toma el nombre de «Esclavas de María Inmaculada», logrando ese año la aprobación diocesana. Su inspiración estaba en la encíclica *Rerum novarum* del papa León XIII.

El día 10 de diciembre de 1892 viste el hábito religioso. En 1895 hace la profesión y los votos perpetuos en 1911. Como fundadora y superiora general sería ella la que en los siguientes años alentaría a sus compañeras con gran espíritu religioso a llevar adelante su carisma con todo entusiasmo. Logró abrir cuatro casas de su congregación que visitaba con frecuencia para velar por el mantenimiento del verdadero espíritu religioso. Muere en Valencia el 16 de enero de 1916 luego de haber visto venir la muerte y haberse preparado para ella con ejemplar fervor. Fue beatificada el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Así la elogia el decreto declarando sus virtudes heroicas, fechado el 7 de julio de 1997:

> «En sencillez y en humildad fue un claro y alegre ejemplo para todos, un ejemplo de fidelidad a Dios, a la Iglesia, a su consagración religiosa, a su Regla, a sus votos, a su cargo, el que la Providencia le había confiado. Vivió en presencia de Dios, en cuya Palabra creía firmemente y de manera pronta y constante hacía su voluntad. Con la santidad de su vida propagó la fe e hizo un gran apostolado con las mujeres obreras, de las cuales muchas ingresaron en congregaciones religiosas o fueron excelentes madres de familia. Era muy responsable con las obreras y lo mismo con los pobres, con los enfermos y con sus hermanas, que tanto la quisieron y la siguieron con docilidad y confianza. Amaba a Dios con todo su corazón y toda su mente, guardó la ley divina, huyó del pecado, cultivó la oración, y tuvo una devoción especial a la Eucaristía, Cristo crucificado y la Virgen María. Fue prudente en la administración de su instituto, en la realización de las obras de misericordia, y en el uso de los medios para su santificación y la de sus prójimos. Fue justa con Dios y con los hermanos, dueña de sí, ecuánime, ajena a los bienes e intereses terrenos, fuerte, paciente y serena en las dificultades y en las muchas enfermedades que por

mucho tiempo padeció. Tuvo una gran confianza y enseñó a sus hermanas a entregarse tranquilamente a la Providencia de Dios».

Bibliografía

BERENGUER ÁLVAREZ, D., *Maestra de vida. Juana María Condesa Lluch, fundadora de las R.R. Esclavas de María Inmaculada (1862-1916)* (Valencia 2000).

Ecclesia (2003) n.3.146, p.23-24.

MARTORELL, J., OP, *Juana María Condesa Lluch (1862-1916), fundadora de las Esclavas de María, protectora de obreras* (Valencia 1990).

BEATA MARÍA CRISTINA DE LA INMACULADA (ADELAIDA) BRANDO

Virgen y fundadora († 1906)

Nace en Nápoles el 1 de mayo de 1856 y a poco de nacer pierde a su madre. Educada cristianamente, se abrió muy pronto a una intensa vida de piedad y a los 12 años hace voto de castidad. Al poco tiempo intentó entrar en un convento de clausura pero su padre se opuso y ella, menor de edad, se vio obligada a obedecerle. Posteriormente obtuvo licencia para entrar en las clarisas de Florencia, pero le falló la salud y se vio obligada a volver a su casa. Lo intenta entonces en una nueva comunidad. En 1876 ingresa en la Congregación Sacramentina y toma el nombre de María Cristina de la Inmaculada, pero nuevamente, por motivos de salud, hubo de dejarla. Entonces piensa que el Señor la quiere fundadora de una nueva comunidad religiosa, lo que logra en 1878, que tendrán por nombre «Víctimas Expiadoras de Jesús Sacramentado».

Acompañada por su hermana María Pía y otras jóvenes se hace cargo del hospicio de Torre del Greco. Tras pasar por varios sitios y por consejo del siervo de Dios Miguel Ángel de Marigliano y del Beato Luis de Casoria se establece en Casoria, junto a Nápoles, y conoce numerosas dificultades, pero la congregación se incrementó con nuevos miembros y casas, mostrando gran solicitud por la educación de niños y niñas y por el culto de la santísima Eucaristía. María Cristina profesa en 1897, y en julio de 1903 la Santa Sede daba su aprobación a su obra, emitiendo ella y otras compañeras la profesión perpetua el 2 de noviembre de ese mismo año. Llena de espiritualidad y viviendo

con intensidad su carisma de expiación edificó a todos con sus excelsas virtudes. Muere en Casoria el 20 de enero de 1906. Fue beatificada el 27 de abril de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (25-IV-03):

> «Vivió su consagración con generosidad, con perseverancia y gozo espiritual, y desempeñó el cargo de superiora general con humildad, prudencia y amabilidad, dando a las hermanas continuos ejemplos de fidelidad a Dios y a la vocación. Su vida siempre estuvo iluminada por una fe sencilla, firme y viva, que alimentó con la escucha de la palabra de Dios, con la fructuosa participación en los sacramentos, con la asidua meditación de las verdades eternas y con la oración ferviente. Cultivó particularmente la devoción a la Encarnación, a la Pasión y Muerte de Cristo, y a la Eucaristía. Para estar más cerca del sagrario, con el espíritu y con el cuerpo, mandó construir una celda contigua a la Iglesia. Fue muy intensa su espiritualidad hasta el punto de que se convirtió en el carisma de su congregación. El fin principal de la obra —afirma— es la reparación de los ultrajes que recibe en el Sagrado Corazón de Jesús en el santísimo Sacramento, especialmente las muchas irreverencias y descuidos, comuniones sacrílegas, sacramentos recibidos indignamente, misas mal escuchadas, y lo que amargamente traspasa aquel Corazón santísimo, es que muchos de sus ministros y muchas almas consagradas a él se unen a estos ingratos. Recorrió con gran empeño el camino de la santidad y progresó ininterrumpidamente en la imitación del Señor, en la obediencia del evangelio y en la perfección cristiana».

Bibliografía

D'Errico, A., *Il progetto di una donna forte: Maria Cristina Brando (1858-1906)* (Nápoles 1999).

Mirra, P., *Un'esistenza segnala dal mistero eucaristico* (Casoria 2003).

BEATO LADISLAO BATTHYÁNY-STRATTMANN

Seglar († 1931)

Nace en Dunakiliti (Hungría) el 28 de octubre de 1870. Era la suya una familia de la antigua nobleza húngara que se traslada a Viena en 1876. A la muerte de su madre, en 1882, toma la decisión de ser médico cuando sea mayor. Aunque su padre quería que se dedicara a administrar el patrimonio familiar, él prefería los estudios y en 1896 comenzó los de medicina en la universidad de Viena, doctorándose en 1900. Se había casado el 10 de

noviembre de 1898 con María Teresa Coreth, unión que fue muy feliz y que tuvo trece hijos. En 1902 funda un hospital privado con 25 camas, hospital que evolucionaría a especialización en la vista, y que se abrió a los heridos de la I Guerra Mundial, llegando a tener 120 camas.

En 1915 hereda de un tío suyo el castillo de Körmend en Hungría, el título de príncipe y el apellido Strattmann, y toda la familia se trasladó a ese castillo, convirtiendo una parte de él en hospital. Curaba y atendía gratuitamente a los pobres y les proporcionaba medicinas. Persona de gran fe y espiritualidad, daba un excelso ejemplo de vida cristiana, de responsabilidad social y honestidad plena, rezando cada día el rosario en familia y animando a todos al seguimiento de Cristo. Asiduo a la oración, nutría de ella su vida espiritual, que recibía mucho fervor de su sólida devoción a la Eucaristía, a la Virgen María y a San José. Pese a ser una persona rica, vivía con mucha frugalidad en sus gastos personales, y enseñaba a sus hijos a huir del derroche y a emplear el dinero en buenas causas. Afectado de una grave enfermedad, la llevó con gran paciencia y entrega a la voluntad de Dios. Murió en Viena el 22 de enero de 1931. Fue beatificado el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

El breve de su beatificación da de él este perfil moral:

> «Guardando con fidelidad y coherencia los deberes del esposo, del padre y del médico, llegó a la santidad, y ejerció con perseverancia y alegría las virtudes de su estado. Hijo fiel de la Iglesia sostuvo con constancia la doctrina del Magisterio. Con la oración, la comunión, la lectura de la Sagrada Escritura y su devoción a la Virgen María y San José alimentó su espiritualidad. Como amaba a Dios, evitó lo malo, hizo lo bueno, ayudó a los pobres y enfermos, en los cuales veía el rostro de Cristo crucificado. No confiaba en las riquezas ni en los apoyos humanos y en los asuntos más difíciles se confiaba a la Providencia como un niño. Rigió con prudencia su familia y educó a sus hijos con sabiduría. Procuró la justicia social y alquiló propiedades y campos a precio mínimo».

Bibliografía

KROYER, R., *Ladislus Batthyany-Strattmann* (Einsenstadt 1986).

BEATO BRONISLAO BONAVENTURA MARKIEWICZ

Presbítero y fundador († 1912)

Fue un hombre de profunda confianza en los valores cristianos de su patria. Dijo:

> «Dios nos ha elegido para que de nuevo llevemos a la humanidad ayuda contra el alud de la barbarie, no con la diestra de nuestros héroes, sino con la fuerza de la palabra, de la literatura, y con el ejemplo edificante de vida cristiana en todos los campos y todos los ambientes donde se encuentra la familia: el ayuntamiento, el distrito, el país, el Estado, la escuela y la Iglesia. En esto debemos ser los primeros».

Nace en Pruchnik (Polonia) el 13 de julio de 1842, hijo del alcalde de la ciudad. Educado cristianamente, durante sus estudios clásicos en Przemysl vaciló un tanto su fe, pero superó la prueba. Conseguida la licenciatura, decidió su vocación sacerdotal e ingresó en el seminario de Przemysl, ordenándose sacerdote el 15 de septiembre de 1867. Tras trabajar seis años en el ministerio parroquial, estudió pedagogía, filosofía e historia porque su vocación eran los jóvenes. Tras una nueva etapa de vida parroquial, en 1882 le fue encomendada la enseñanza de teología pastoral en el seminario mayor de Przemysl. Pero su vocación pedagógica se hizo más fuerte y entonces marchó a Turín donde ingresó en la Sociedad Salesiana y profesó de manos de San Juan Bosco el 25 de marzo de 1887.

Al poco tiempo enfermó de tuberculosis y estuvo muy grave. Una vez recuperado volvió a Polonia y se le encomendó la parroquia de Miejsce Piastowe, donde abrió un instituto para la formación profesional de la juventud. En 1897 decide la fundación de dos congregaciones religiosas, una masculina y otra femenina, llamadas de San Miguel, basadas en la espiritualidad de San Juan Bosco, las cuales, sin embargo, no serían aprobadas hasta después de su muerte. Logró abrir otra casa en Pawlikowice, cerca de Cracovia, para la formación de más de 400 huérfanos. Tras una vida llena de buenas obras y tras haber servido a Dios con corazón fervoroso muere en Miejsce Pastowe el 29 de enero de 1912. Fue beatificado en Varsovia el 19 de junio de 2005 por decisión de Su Santidad Benedicto XVI.

En la homilía de la ceremonia de beatificación, mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl y presidente de la Conferencia Episcopal, dijo con relación al Beato Bronislao:

> «En tiempos de la gran crisis económica (en Galitzia murieron de hambre entre treinta y cincuenta mil personas) don Markiewicz se mostró como gran educador y amigo de los más pobres y los más indefensos: los niños. Vivía para ellos, y a ellos entregó todo su amor. A menudo repetía: cuando en una nación faltan santos, se oscurece la mente de los hombres y la gente ya no ve las sendas que es preciso seguir. Amaba su nación pero sabía ver los vicios que nos paralizaban. Por eso luchó con toda su alma contra el alcoholismo, promovido por los gestores de las fondas polacas, judías y austriacas. El trabajo y la moderación se convirtieron no sólo en tema de sus escritos, sino también en programa de toda su vida».

Bibliografía

GOLDA, A., *Les chemins vers la lumière, père Bronislaw Markiewicz. Prêtre et éducateur des enfants les plus pauvres* (París 1999).

WINOWSKA, M., *Aux portes du Royaume. Père Bronislaw Markiewicz, curé de paroisse et fondateur des Michaélites* (París 1994).

BEATO LUIS TALAMONI

Presbítero y fundador († 1926)

El que sería llamado «mártir del confesonario» por su asiduidad a la administración del sacramento de la reconciliación, nace en Monza (Italia) el 3 de octubre de 1848 en una familia cristiana. Tras ser preparado por el P. Villoresi, entra en el seminario de Milán en 1865 y recibe la ordenación sacerdotal el 4 de marzo de 1871. Destinado a la enseñanza en el colegio San Carlos, uno de sus alumnos fue el futuro Pío XI. Pasó luego como profesor al seminario menor de Monza, cargo que conservaría hasta su muerte. Asiduo al confesonario en la catedral de Monza, predicador infatigable y consejero espiritual de muchas almas, hizo también mucho bien como miembro del consejo municipal de Monza. El 25 de marzo de 1891 fundó la «Congregación de las Hermanas de la Misericordia para la atención de los enfermos». Le ayudó a fundarla María Biffi, viuda, y secundaron a la fundadora Rosa Gerson y Stella Del'Orto. Las

animó a dedicarse a los enfermos, atendiéndolos en sus casas, especialmente de noche, permitiendo a los familiares descansar y les proponía que llevaran también a todos los de la casa el amor de Dios, sin preocuparse por sacrificios, privaciones, murmuraciones o desprecios. Lleno de méritos y virtudes murió el 31 de enero de 1926. Fue beatificado el 21 de marzo de 2004.

«Estaba convencido de que el sacerdote debe dar testimonio con su vida más que con su enseñanza. Como todos los formadores del seminario, Luis realizaba también actividades pastorales. Su campo privilegiado fue el confesonario de la catedral de Monza. Cada día a lo largo de cincuenta años, desempeñó allí el sacramento de la reconciliación. Fue tan fiel a este ministerio que el arcipreste de la catedral lo definió un mártir del confesonario. Siempre acogió con admirable paciencia a personas afligidas que pedían consejo o consuelo; sus bendiciones obtuvieron gracias del Señor. También dedicó mucho tiempo a la predicación, siempre fructuosa, porque en su corazón ardía un gran amor a Dios y a los hombres. Era muy solicitado por los superiores de los institutos religiosos y por los párrocos de pequeñas parroquias y él aceptaba todas las invitaciones, si le era posible, sin preocuparse por las molestias del viaje que debía hacer para llegar al lugar o por el escaso número de los oyentes. Quiso mucho a los enfermos, especialmente a los más necesitados espiritualmente. Su caridad fue inmensa: era el hombre de todos» *(L'Osservatore Romano* 19-III-2004).

Bibliografía

CAPOZZI, M. D., *En busca de almas. Siervo de Dios mons. Luis Talamoni (1848-1926)* (Madrid 1969).

Febrero

A) MARTIROLOGIO

Día 1. En Cúcuta (Colombia), Beato Luis Variara († 1923), presbítero, de la Congregación Salesiana, fundador del Instituto de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

Día 2. En Verona (Italia), Beata María Dominga Mantovani († 1934), virgen, cofundadora del Instituto de Hermanitas de la Sagrada Familia.

Día 7. En París, Beata Rosalía (Juana María) Rendú († 1856), de la Compañía de Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.

Día 9. En Dülmen (Alemania), Beata Ana Catalina Emmerick († 1824), virgen, monja profesa de la Orden de Canonesas Regulares de San Agustín.

Día 9. En Arandas (México), Beato Luis Magaña Servín († 1928), mártir.

Día 10. En Cotija (México), Beato José Sánchez del Río († 1928), mártir.

Día 10. En Valverde del Camino (Huelva), Beata Eusebia Palomino Yenes († 1935), virgen, religiosa de la Congregación de Hijas de María Auxiliadora.

Día 24. En Pamplona, Beata Ascensión del Corazón de Jesús (Florentina) Nicol Goñi († 1940), virgen, fundadora de las Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario.

Día 25. En La Plata (República Argentina), Beata María Ludovica (Antonina) de Angelis († 1962), virgen, religiosa de la Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia.

Día 26. En Murcia, Beata Piedad de la Cruz (Tomasa) Ortiz Real († 1916), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús.

Día 27. En Pasto (Colombia), Beata María Caridad (Josefa Carolina) Brader († 1943), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas Franciscanas de María Inmaculada.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO LUIS VARIARA

Presbítero († 1923)

Este apóstol y siervo de los leprosos, a quienes se entregó con un amor incansable, tomado del corazón de Cristo, nace en Viarigi (Italia) el 15 de enero de 1875. Educado por San Juan Bosco en Valdocco, de ahí le vino la vocación salesiana, profesando el 2 de octubre de 1892. Fue destinado a trabajar en América, entre los leprosos de Agua de Dios, a donde llega el 6 de agosto de 1894, entregándose por completo a su misión. Llenó, con su espíritu salesiano, de alegría y optimismo a la población leprosa; organizó un oratorio con una banda de música, como signo de auténtica alegría espiritual en medio de la ciudad del dolor, como se le llamaba al lazareto. El 24 de abril de 1898 se ordenó sacerdote. Ideó una congregación que no excluyera a las jóvenes leprosas y así fundó el 7 de mayo de 1905 la Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María.

En ella podían vivir juntas tanto jóvenes sanas como enfermas, no excluyendo, por tanto, que también entre las enfermas pudiera germinar la vocación a la plena consagración a Dios. La Congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones es una de las ramas del gran árbol de la familia salesiana y aporta el carisma salesiano victimal. Pudo ultimar también el asilo P. Miguel Uria. A partir de ahí empezó para él un período de incomprensiones que le obligarían a alejarse de Agua de Dios para pasar por otros destinos, siendo enviado en 1921 a Táriba, en la frontera venezolana con Colombia. Por consejo médico pasó a Cúcuta, en Colombia, donde murió santamente el 1 de febrero de 1923. Fue beatificado el 14 de abril de 2002 por el papa Juan Pablo II.

Después de cien años, la Congregación fundada por él se ha extendido a once países, sobre todo en el sur, y tiene en 2005, al siglo de su fundación, unas cuatrocientas cincuenta hermanas que se dedican a la educación, la promoción de la mujer, la pastoral de la salud y el trabajo en misiones.

En el breve de su beatificación dice el papa Juan Pablo II:

> «La misericordia de Jesús hacia el leproso es la raíz de la vocación de este siervo de Dios Luis Variara, que dedicó toda su vida a socorrer a los leprosos [...] Este insigne varón a quien Nos mismo hemos venerado con la debida devoción, toda su vida la dedicó al Señor Dios y con sumo empeño sirvió a los más pobres, dando un testimonio notable de religiosa piedad y buenas obras. Por ello deseamos que con el patrocinio celestial y el ejemplo de este bienaventurado los hombres de hoy no se aferren a las cosas temporales sino que eleven sus corazones a las eternas».

Bibliografía

FIERRO TORRES, R., *El siervo de Dios Luis Variara, SDB, fundador de las Hijas de los Sagrados Corazones* (Madrid ²1961).

OLARTE FRANCO, J. H., *De Agua de Dios al mundo. El siervo de Dios Luis Variara SDB: perfil biográfico-espiritual* (Santa Fe de Bogotá 1992).

BEATA MARÍA DOMINGA MANTOVANI

Virgen († 1934)

Quería el Señor que se santificara a la sombra de un hombre santo y que compartiera con él el espíritu y la obra, alumbrando

para la Iglesia una nueva familia religiosa. Nace en Castelletto del Garda (Italia) el 12 de noviembre de 1862. Educada cristianamente vivió hasta los 30 años en el seno de su familia, llevando una vida ejemplar de piedad y laboriosidad. Tenía 15 años cuando llegó a su pueblo el Beato José Nascimbeni, que sería párroco a partir de 1885. Ella, puesta bajo su dirección espiritual, fue su leal colaboradora en las obras parroquiales, enseñando catecismo a los niños y atendiendo a los pobres. El 8 de diciembre de 1886 emitió voto perpetuo de castidad. El párroco le propuso encabezar una nueva congregación, lo que ella aceptó, fundándose la «Congregación de las Hermanitas de la Sagrada Familia» (6 de noviembre de 1892), de la que fue primera superiora general. Trabajó en la redacción de las constituciones —de espíritu franciscano— y en la formación de las hermanas, con gran suavidad y firmeza. La congregación se consolidó y creció bajo su dirección, apoyada siempre en el Beato Nascimbeni († 1922), tras cuya muerte guió a la comunidad en su mismo espíritu. Logró ver la expansión de su obra: a su muerte había 150 casas con 1.200 hermanas. Llena de méritos muere en Verona el 2 de febrero de 1934. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 27 de abril de 2003.

El breve de su beatificación da de ella esta elogiosa semblanza:

> «Una fe firme y profunda y una caridad activa la movieron desde su juventud a seguir los preceptos divinos sin volverse atrás. En las manos de Dios y del Beato José Nascimbeni se hizo dócil instrumento para la construcción del reino de Cristo. Tomó la senda de las virtudes por la oración constante, la piedad eucarística, la devoción a la Virgen María y a San José, y por la observancia de los consejos evangélicos y el ejercicio de la penitencia. Ilustrada por la luz de la esperanza cristiana, dirigió su vida hacia la bienaventuranza eterna, apartándose de los intereses terrenos. Siguiendo las huellas de la Madre del Señor que en Nazaret se llamó a sí misma Esclava del Señor y aceptó con fe la palabra de la anunciación, fue de ánimo sereno y fuerte. En sus hijas espirituales y en todos los que encontró en su camino sembró la alegría. Alimentó una estrecha relación con el Señor y, mirando a la Familia de Nazaret y volcada en las necesidades de los pobres, se entregó por completo al Señor, llenado sus días de un amor extraordinario. El Espíritu Santo, por quien se dejó guiar, le dio capacidad y virtud para mostrar a los hermanos la faz misericordiosa del Padre. Usó de

dulzura y solicitud maternal para con sus hijas espirituales, a las que rigió con suavidad y fortaleza para que guardasen la fidelidad a la consagración religiosa y al espíritu del fundador».

Bibliografía

MARTINELLI, A., OFM, *Un grande cuore di figlia e di madre. Suor Maria Mantovani confondatrice delle Piccole Suore della Sacra Famiglia (1862-1934)* (Milán 1964).
PALMA PELLOSO, M., *Beata Maria Domenica Mantovani: un nome, una vita* (Padua ²2004).

BEATA ROSALÍA (JUANA MARÍA) RENDÚ

Virgen († 1856)

Para realizar el designio divino de que los pobres y enfermos sigan siendo servidos y amados desde el corazón de Cristo y desde el espíritu de San Vicente de Paul, nace en Confort, un poblado de la ciudad de Lancrans en la región de Ain (Francia), el 9 de septiembre de 1786, Juana María Rendu. Su hogar, muy cristiano, se convirtió en refugio de sacerdotes durante la Revolución Francesa e incluso se refugió en él el obispo de Annecy. Aprendió el catecismo de labios del párroco de Lancrans, que visitaba a su familia ocultamente, e hizo la primera comunión en la clandestinidad. Muerto su padre en 1796, ayudó a su madre en la crianza de sus hermanas y viéndola ésta tan adicta a los pobres, le encomendó a ella dar personalmente los socorros y limosnas que se les destinaban. Pasada la Revolución, su madre la envió con las monjas ursulinas de Gex. Ella admiraba las buenas cualidades y virtudes de aquellas monjas pero se sentía llamada a una dedicación más plena a los pobres. Obtuvo licencia de su madre para irse una temporada al hospital de Gex donde conoció a las Hijas de la Caridad y decidió unirse a ellas. Así lo hizo el 25 de mayo de 1802.

Durante el noviciado estuvo en París, en la casa madre de la congregación, pero su salud se resintió y por consejo médico fue enviada a otro barrio de la misma ciudad —Mouffetard—, donde permanecería 54 años. Aquí terminó su noviciado e hizo los votos propios de su congregación. Trabajó con gran interés en la instrucción y formación de las niñas de la escuela gratuita, poniendo todo su amor en este servicio a las niñas pobres. Por las tardes visitaba a las familias pobres interesándose por su si-

tuación y ayudándolas en cuanto le era posible, dando un testimonio válido del evangelio y atrayendo a muchas almas a la práctica religiosa. En 1815 fue nombrada superiora de la casa y se revelaron del todo sus magníficas cualidades como organizadora y directora de la acción social de la comunidad.

Las hermanas colaboraban con la parroquia en la atención de los enfermos y pobres, y requirió sor Rosalía para ello la ayuda de las Damas de la Caridad. Abrió un dispensario para atender a los enfermos, una farmacia para socorro de los pobres, una nueva escuela, un orfanato, una guardería infantil y una casa para ancianos sin recursos, una verdadera red asistencial para los más necesitados, cuyo número era tanto que la propia sor Rosalía los llamaba multitud. Entre ellos había jornaleros, limpiadoras, y toda clase de obreros de una gran ciudad. Los superiores mandaban hermanas jóvenes a aquella casa para que de sor Rosalía aprendieran el verdadero espíritu y estilo en el servicio a los pobres. Por el recibidor de su casa pasó un día el rey Carlos X y más tarde lo haría el emperador Napoleón III y la emperatriz Eugenia. Pasó por él también Donoso Cortés, embajador de España, y numerosísimas personas que querían pedirle consejo, como el Beato Federico Ozanam, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, el venerable Juan León Le Prevost, fundador de los Religiosos de San Vicente de Paúl, y otras muchas personas de buena posición social que, atraídas por el ejemplo de caridad de sor Rosalía, venían a traerle limosnas y colaborar así en su obra asistencial tan extensa.

En algunas ocasiones y durante las varias revoluciones que hubo no tuvo empacho en ir a las barricadas a socorrer a los heridos, sin mirar a qué bando pertenecían. Condecorada con la Legión de Honor en 1852, vio así reconocidos sus muchos méritos con la acción social, pero ella rehuía todos los honores alegando que una chispa de amor propio basta para perder todo el mérito de las buenas acciones. Quedó ciega los últimos años de su vida y hubo de ofrecer a Dios el sacrificio de no poder atender a sus pobres. Llena de virtudes murió el 7 de febrero de 1856 a causa de una pleuritis. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

Así elogia sus virtudes el decreto de su beatificación:

«Muchas veces exhortaba a sus hermanas a que fueran como postes donde todos los fatigados pudieran colocar sus preocupaciones. De su sencillez y pobreza era posible colegir la presencia de Dios que brillaba en su vida. En los breves espacios de tiempo que hallaba libres entre ocupación y ocupación se ponía de rodillas y a las hermanas que la buscaban les respondía: —Pretendo y me esfuerzo en vivir siempre en la presencia de Dios. Esta presencia la anhelaba en toda su vida. La sostuvo una fe enorme. Veía a Dios en los superiores, para los que tenía una plena obediencia. Decía que la comunidad se construye a ejemplo de Dios. En ella está la Cabeza, a la que si la seguimos, debemos estar seguros de no perecer. Veía también a Dios en las hermanas, para las que tenía un gran amor. Siempre benévola, las trataba con un gran respeto. Incluso los pobres, dijo una de las hermanas, notaban su peculiar modo de orar y actuar. Humilde en el ejercicio de su cargo de superiora, corregía como verdadera hermana, y tenía el don de saber consolar. Los consejos que daba, llenos de espíritu de justicia, y ofrecidos con afecto sincero del corazón, penetraban directamente las almas. Ponía mucho interés en que las hermanas tuvieran un tiempo para la oración, pero a veces les pedía que dejaran a Dios por Dios, tal como había enseñado San Vicente a sus hijas, para acompañar a alguna hermana en la visita a los pobres. Entonces decía: —Hermana, empecemos nuestra oración; con pocas palabras exponía el tema y entraba en profunda oración. Era muy atenta al recibir a los pobres. El espíritu de fe la llevaba a ver en ellos a verdaderos señores».

Bibliografía

NUOVO, L., CM - CASTRICA, M., FDC, *Dalla parte dei poveri. Suor Rosalia Rendu, figlia della carità (1876-1856)* (Roma 2003).

Suor Rosalia Rendu, figlia della carità, 1786-1856. Una madre dei poveri tra i cenciaioli di Parigi (Nápoles 1927).

BEATA ANA CATALINA EMMERICK

Virgen († 1824)

Esta «humilde discípula de la cruz» nace el 8 de septiembre de 1774 en Flamske, diócesis de Münster (Alemania) y por ser la suya una familia modesta trabaja, primero en casa y luego, como criada de una familia. Pero desde niña había una persona inclinada a la oración que vivía con intensidad la relación con Dios, por lo que se ha dicho que, si bien su estancia en la escuela fue breve tuvo, en cambio, por maestro al Espíritu Santo que

alentaba su corazón. Se pasaba las noches en oración y leyendo libros piadosos y se sentía atraída, de manera especial, por los misterios de la sagrada pasión del Salvador; por ello estaba inclinada a la penitencia y la mortificación a fin de participar ella también en los dolores de Cristo.

Tras varios intentos infructuosos de ingresar en un convento pudo entrar en el de las canonesas regulares de San Agustín, de Agnetenberg, en Dülmen, profesando en 1803. Pese a su poca salud, fue una religiosa muy observante y entregada a sus deberes religiosos, que fomentaba la caridad fraterna y la vida espiritual entre las religiosas, soportando con mucha paciencia las incomprensiones y las enfermedades. En 1811 el convento fue suprimido por la autoridad civil, debiendo irse cada monja a su casa; entonces ella se colocó como ama de llaves en la casa del abate Lambert, que vivía en Dülmen. Enferma en 1813, su hermana se vino con ella a llevar la casa bajo su dirección. Desde su lecho de enferma hizo un gran apostolado. Recibió los estigmas de la pasión del Señor y el doctor Franz Wesener fue escribiendo su diario. Acogía numerosas visitas, incluso personas notables, y las edificaba y animaba a todas a la vida cristiana. A partir de 1818 el escritor Clemens Brentano anotó sus visiones y experiencias místicas y las publicó tras la muerte de Ana con el título de *La dolorosa pasión de Nuestro Señor Jesucristo.* Unida profundamente a los dolores de Cristo murió santamente el 9 de febrero de 1824. Fue beatificada el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

Así la recuerda y elogia el decreto declarando sus virtudes heroicas, fechado el 24 de abril de 2001:

> «No sólo se vio afectada por los estigmas o llagas sino también por otros fenómenos místicos, pero lo que de verdad impactaba a cuantos trataban con ella era la santidad de su vida, toda ella volcada en la imitación de Cristo paciente y crucificado y en una estrecha unión con Él. Para agradar a Dios, hizo siempre su voluntad, trató con gran empeño en evitar todo pecado y con perseverante gozo espiritual cultivó las virtudes cristianas. Guiada por la fe, firmemente creyó en la revelación divina y en el magisterio de la Iglesia y caminó hasta la cruz donde colocó su morada para mejor contemplar el amor de Cristo y estar en comunión con la Iglesia. Con sus oraciones y dolores, en la humildad y el silencio, procuró el aumento del reino de Dios, completando en su carne lo que fal-

ta a los dolores de Cristo por su cuerpo que es la Iglesia (cf. Col 1,24). Su alegría estuvo en consolar al Esposo de su alma, expiar los pecados de los hombres, impetrar la misericordia divina por la conversión de los pecadores, orar por las almas del Purgatorio, y en sostener a los sacerdotes en la obra de su santificación. No confió en sus virtudes ni en sus méritos sino en la gracia de Dios que se esforzaba en merecer viviendo el evangelio. Alimentó la vida interior y la unión íntima con Dios con el alimento de la palabra de Dios y la eucaristía, con la piedad hacia la Virgen María y con los actos religiosos, especialmente con el ejercicio del vía crucis. Habiendo colocado en Dios toda su esperanza, se negó a sí misma y se apartó de las cosas terrenas, y apeteció las cosas celestiales, que intentaba conseguir perseverando en el seguimiento de Cristo».

Bibliografía

SCHMOEGER, C. E., *Vida y visiones de la venerable Ana Catalina Emmerick* (Santander 1979).

BOUFLET, J., *Ana Catalina Emmerick, vivió la Pasión de Jesús* (Madrid 2005).

BEATO LUIS MAGAÑA SERVÍN

Mártir († 1928)

Nace en Arandas (Jalisco) el 24 de agosto de 1902. Era un cristiano fervoroso y responsable, casado y padre de familia. Militaba en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y en la Archicofradía de la Adoración del Santísimo Sacramento en su parroquia. Su pueblo fue tomado por un grupo de soldados federales el 9 de febrero de 1928, los cuales comenzaron a buscar a los católicos más significados. Luis se ocultó pero por ello aprehendieron a su hermano y, cuando él lo supo, se presentó espontáneamente a solicitar la libertad de su hermano a cambio de la propia. Afirmó no ser cristero pero sí cristiano y esto le valió una inmediata condena a muerte. Llevado al atrio de la parroquia se dispuso su fusilamiento. Otorgó su perdón a los verdugos y dio vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, siendo fusilado a las tres de la tarde.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

BEATO JOSÉ SÁNCHEZ DEL RÍO

Mártir († 1928)

Nace en Sahuayo (Michoacán) el 28 de marzo de 1913. Educado cristianamente, era un jovencito de sólo trece años cuando su hermano se alistó para defender la libertad religiosa y él lo quiso hacer también, sin que lograra su madre disuadirlo. No admitido por los cristeros, insistió más tarde y fue por fin admitido, siéndole atribuido en el campamento el sobrenombre de Tarsicio por su ingenuidad y bondad. Él rezaba por las noches el santo rosario y animaba a las tropas a defender la fe. El 5 de noviembre de 1928 tuvo lugar un combate en Cotija y José fue hecho prisionero. Invitado a pasarse a los federales dijo no querer estar entre los enemigos de Cristo Rey. Escribió a su madre pidiéndole su bendición y consciente de que lo iban a matar. El 10 de febrero de 1928, a las 6 de la tarde, lo sacaron y llevaron al cuartel del Refugio. A las 11 de la noche le desollaron los pies con un cuchillo y le hicieron caminar hacia el cementerio. Querían los soldados hacerlo apostatar de la fe cristiana pero él daba vivas a Cristo Rey y a la Virgen de Guadalupe, lo que siguió diciendo mientras lo apuñalaban; le dieron por fin un tiro en la cabeza y cayó en la tumba que le estaba preparada.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

BEATA EUSEBIA PALOMINO YENES
Virgen († 1935)

Nace el 15 de diciembre de 1899 en Cantalpino (Salamanca) en una familia modesta y cristiana. A los 12 años se coloca en Salamanca como niñera y allí conoce a las Hijas de María Auxiliadora, con las que colabora, y de donde le viene su vocación. Empezó el noviciado el 5 de agosto de 1922 y dos años más tarde profesó. Fue enviada a la casa-colegio de Valverde del Camino (Huelva). Aquí atendió la cocina, la portería, la ropería y el huerto, impactando con sus virtudes a todas las alumnas del colegio. Devota de las llagas del Señor y de la Virgen María en la forma de la esclavitud mariana, hizo cuanto apostolado pudo, llevando a todos con su sola presencia un testimonio vivo del amor de Dios. Tuvo como directora de la casa a la beata Carmen Moreno, religiosa ejemplar, llena de virtudes, que fue mártir en 1936, y que la comprendió y animó en su camino espiritual. Habiéndose ofrecido a Dios por la causa de la religión en España, enfermó en agosto de 1932 y continuaría así hasta que muere el 10 de febrero de 1935 en Valverde. Murió llena de méritos y rodeada de fama popular de santidad. Fue beatificada el 25 de abril de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (23-4-2004):

«Todo en ella reflejaba el amor de Dios y el fuerte deseo de hacerlo amar. Sus jornadas de trabajo eran una transparencia continua, como lo confirman sus temas predilectos de conversación: el amor de Jesús a todos los hombres, que nos ha salvado con su pasión. Las Llagas santas de Jesús son el libro que sor Eusebia leía todos los días; se hacía apóstol de la devoción al Amor misericordioso, según las revelaciones de Jesús a Santa Faustina Kowalska. El otro polo de la piedad y la catequesis de sor Eusebia fue la "verdadera devoción mariana" de San Luis María Grignion de Montfort. Ésa fue el alma y el arma de su apostolado durante su breve existencia; los destinatarios eran las niñas, las jóvenes, las madres de familia, los seminaristas y los sacerdotes [...] Cuando, a principios de la década de 1930, se vislumbraba en España la persecución religiosa, sor Eusebia no dudó en llevar hasta el extremo su disponibilidad. Se ofreció al Señor como víctima para la salvación de España, para la libertad de la religión. Y Dios la aceptó como víctima».

Bibliografía

Ecclesia (2004) n.3.203, p.22-24.
GARRIDO BONAÑO, M., *Sor Eusebia Palomino Yenes,* FMA. Una aproximación a su vida: escritos y testimonios (Madrid 2004).

BEATA ASCENSIÓN DEL CORAZÓN DE JESÚS (FLORENTINA) NICOL GOÑI

Virgen y fundadora († 1940)

La que en frase del cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, «fue una de las grandes misioneras del pasado siglo» —afirmado en la homilía de la beatificación— nace en Tafalla (Navarra) el 14 de marzo de 1868 y se educa en Huesca con las dominicas de Santa María Magdalena y Santa Rosa. De ahí vino su vocación religiosa. A los 17 años ingresó en el beaterio en que se había educado, profesando en 1886 con el nombre de sor Ascensión del Sagrado Corazón. Nombrada directora del internado tuvo algunas dificultades, que se hicieron mayores cuando en 1912 el gobierno cerró la Escuela Normal y las religiosas se hallaron sin trabajo y sin recursos. Entonces se les ofreció ir a Perú con el prelado dominico mons. Ramón Zubieta, obispo de Aráa. El 17 de noviembre de 1913 sor Ascensión y otras cuatro religiosas partieron para Perú. Luego de varios años de trabajo en el beaterio del Patrocinio de Lima, se constituye la «Congregación de Misioneras Dominicas del Santísimo Rosario» (5 de octubre de 1918), que sería agregada, al poco tiempo, a la Orden de Predicadores y bendecida por el papa Benedicto XV. De esta congregación será tenida la madre Ascensión como cofundadora. Muerto mons. Zubieta en 1921, ella, como superiora general, hubo de hacerse cargo de todos los asuntos de la congregación, ampliando la presencia y la obra de la misma, que en 1932 se extiende a China, a donde la madre viaja dos veces. Consolidada la obra y reelegida la madre varias veces como superiora general, muere con fama de santidad el 24 de febrero de 1940 en la casa de Pamplona. Fue beatificada el 14 de mayo de 2005 por autoridad del papa Benedicto XVI en una ceremonia presidida por el cardenal Saraiva Martins.

El decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 12 de abril de 2003, describe su perfil moral con estas palabras:

> «Cuando murió el obispo Zubieta, ella quedó sola para regir la comunidad, que entonces pasaba por dificultades, principalmente económicas. Pero no se vino abajo por los obstáculos, y en las más difíciles circunstancias, fue ejemplo para sus hermanas, conduciéndose como siempre y ajustándose a la voluntad de Dios. Creyendo firmemente las verdades reveladas y animada por esta fe, procuró con todas sus fuerzas la dilatación del Reino de Cristo. Cultivó la vida espiritual y la devoción a la Eucaristía, al Corazón de Jesús y a la Virgen del Rosario. Llena de amor divino, gastó sus fuerzas en procurar la gloria de Dios y el bien de las almas. Con la mirada puesta en el cielo, exhortaba a sus hijas a buscar la felicidad eterna. Rodeó de caridad a las hermanas de su congregación, recibió a los pobres con corazón de madre y perdonó de corazón a todos los que le hicieron daño».

Bibliografía

MISIONERAS DOMINICAS DEL ROSARIO, *M. Ascensión Nicol Goñi. Reflexiones sobre su vida y misión* (Madrid 2005).

VALBUENA, C., *Beata Ascensión Nicol Goñi, fundadora de las Misioneras Dominicas del Rosario* (Caleruela 2005).

BEATA MARÍA LUDOVICA (ANTONINA) DE ANGELIS

Virgen († 1962)

Nace en San Gregorio, junto a Aquila (Italia) el 24 de octubre de 1880 en una cristiana familia campesina. El 14 de noviembre de 1904 ingresa en la Congregación de Hijas de Nuestra Señora de la Misericordia, fundada por Santa María Josefa Roselló. En noviembre de 1907 es destinada a Buenos Aires, donde se entregó por completo a los fines de su congregación. Enviada al Hospital de Niños, realiza una grande y silenciosa labor, consiguiendo que se ampliaran las salas de cirugía y de niños enfermos y se construyera un sanatorio de niños convalecientes en Mar del Plata, una capilla y una granja. Cuando fue enviada al Hospital de Niños, los adoptó enseguida como su propia familia. Primero colaboró como cocinera solícita, luego fue convertida en responsable de la comunidad y fue un ángel infatigable de la obra que, en torno a ella, se convirtió en una

familia unida por un único fin, el bien de los niños. Fueron los suyos, en Argentina, cincuenta y cuatro años haciendo el bien sin descanso. Llena de méritos murió en La Plata el 25 de febrero de 1962. Fue beatificada el 3 de octubre de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (1-X-04):

> «Serena, activa, decidida, audaz en las iniciativas, fuerte en las pruebas y enfermedades, continuamente con el rosario en la mano, con la mirada y el corazón siempre puestos en Dios y con la sonrisa a flor de labios, sor Ludovica llegó a ser, casi sin darse cuenta, a través de su ilimitada bondad, incansable instrumento de misericordia para que a todos llegara el mensaje del amor de Dios a cada uno de sus hijos. El único programa que formuló expresamente es la frase recurrente: Hacer el bien a todos, no importa a quién. Y así, con subvenciones que sólo el cielo sabe cómo consiguió, se construyeron salas de cirugía, salas para los niños enfermos, un edificio en Mar de Plata destinado a la convalecencia de los niños, una capilla hoy parroquia, nuevas maquinarias y una floreciente granja para que sus protegidos tuviesen siempre el alimento sano y necesario. Durante cincuenta y cuatro años fue amiga y confidente, consejera y madre, guía y consuelo de miles de personas de toda condición social».

Bibliografía

Ecclesia (2004) n.3.227, p.31-32.
MIGLIORANZA, C., OFM CONV., *Sor María Ludovica. Derramando amor* (Roma 1994).

BEATA PIEDAD DE LA CRUZ (TOMASA) ORTIZ REAL

Virgen († 1916)

El Espíritu del Señor la llenó de fuerza profética, le mostró su verdadero carisma y la llamó a amar, servir y desagraviar. Nace en Bocairente (Valencia) el 12 de noviembre de 1842 en una familia numerosa y cristiana. Educada cristianamente en la familia, su educación se completó en Valencia en el colegio de las Religiosas de la Sagrada Familia de Burdeos. Ella hubiera querido ser religiosa de esta congregación e incluso comenzó el noviciado pero su padre la obligó a volver a casa. Llevó una vida de gran piedad, haciendo obras de caridad como asistir a los ancianos, enfermos y niños pobres. Insistiendo en la vocación religiosa ingresó en el noviciado de las carmelitas de clau-

sura de Valencia pero le falló la salud y debió volver a casa, lo que volvió a sucederle al intentarlo por segunda vez. Marcha entonces a vivir en Barcelona y aquí tiene una experiencia espiritual en la que el Señor la animaba a fundar una nueva congregación que llevara la cruz de los más pobres. Consultado el tema con el obispo, éste le indicó se sometiera al criterio de su confesor. Las inundaciones de la huerta murciana de 1884 le dieron ocasión de fijar objetivo: en Puebla de Soto y con la autorización diocesana funda la primera comunidad de Terciarias de la Virgen del Carmen. Se multiplicaron las religiosas en la atención de los más pobres y fundaron el pequeño «Hospital de la Providencia» para recoger enfermos y niños sin asistencia. La pequeña congregación abre dos nuevas casas y recibe vocaciones. Pero hubo una disensión y se quedó con una sola hermana. Hizo, por consejo del obispo, un mes de ejercicios espirituales con las salesas y de ahí nacería la congregación de Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón (8 de septiembre de 1890) con la misma finalidad de llevar la cruz de los pobres. Hizo un grande y fecundo apostolado con su obra personal y su congregación. Murió en Murcia el 26 de febrero de 1916 y fue beatificada el 21 de marzo de 2004.

Dice de ella *L'Osservatore Romano* (19-III-04):

> «Su carisma es: hacer sensible ante los hombres, especialmente los pobres, el amor del Padre providente, manifestado en el corazón misericordioso de Jesús con los brazos abiertos en la cruz. Aunque toda la vida de Madre Piedad fue una renuncia al mundo, no por eso había "huido" del mundo, sino que seguía en él haciendo el bien y luchando contra el mal. Testigo de ello fueron tantos matrimonios rotos o a punto de romperse, tantas jóvenes a las que iba a buscar a las fábricas para formarlas en la escuela dominical, niñas sin hogar a las que amó entrañablemente, ancianos solos, enfermos [...] Vivió pobre y murió pobre, sentada en un sillón porque "aquel —decía señalando al crucifijo— murió en la cruz y yo no debo morir en la cama sino en el suelo". Expiró con el crucifijo en los labios y en la santa paz de Dios».

Bibliografía

ARRIBAS LÓPEZ-NEGRETE, T. DE J., *Vida de la reverenda madre Piedad de la Cruz Ortiz Real, fundadora de la Congregación de las Hermanas Salesianas del Sagrado Corazón de Jesús* (Murcia ^{2}1980).

ESTEBAN GONZÁLEZ, A., *Una mujer consagrada antes de hacer su profesión religiosa: Tomasa Ortiz Real, madre Piedad de la Cruz* (Murcia 1985).

BEATA MARÍA CARIDAD DEL AMOR DEL ESPÍRITU SANTO (JOSEFA CAROLINA) BRADER

Virgen († 1943)

Esta mujer fuerte y generosa que sería en el mundo testigo del amor de Dios nace en Kaltbrunn (Suiza) el 14 de agosto de 1860 en el seno de una familia cristiana que le procuró una esmerada educación. Estudia la enseñanza secundaria en el Instituto de María Hilf de Altstätten. Luego pasó a Friburgo para obtener el diploma oficial de maestra. Una vez obtenido éste, opta por la vida religiosa e ingresa en el convento franciscano de clausura María Hilf de Altstätten (1881), donde profesa el 22 de agosto de 1882 con el nombre de sor María Caridad del Amor del Espíritu Santo.

Al monasterio suizo se le hizo la propuesta de que un grupo de religiosas fuera a Ecuador a colaborar con la obra misionera. Entre las ofrecidas y designadas, y dentro del grupo liderado por la Beata María Bernarda Bütler, estuvo sor María Caridad. En 1888 llegan a la ciudad de Chone donde trabajan hasta 1893. La madre Caridad viaja entonces a Suiza por orden de su superiora, y a su regreso se queda en la ciudad de Túquerres (Colombia), desplegando un gran celo misionero y no arredrándose ante las dificultades. Dirigida por el P. Reinaldo Herbrand, la casa de la que ella se ocupaba toma un nuevo rumbo y se convierte en la «Congregación de Franciscanas de María Inmaculada», compuesta inicialmente de jóvenes suizas pero a las que pronto se unieron jóvenes autóctonas. La congregación fue aprobada en 1893 por el obispo de Pasto y obtendría la aprobación de la Santa Sede en 1943. Compaginando la contemplación y la acción, le dio gran impulso a la congregación, dirigiéndola de 1893 a 1919 y de 1928 a 1940 en calidad de superiora general, consiguiendo en ese último año que la liberaran del cargo. Siguió, sin embargo, sirviendo a su congregación con su correspondencia epistolar y con el ejemplo de sus virtudes. Madura para el encuentro con Dios, muere en Pasto el 27 de febrero de 1943. Fue beatificada el 23 de marzo de 2003 por el papa Juan Pablo II.

Así la elogia el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 8 de junio de 1999:

«Dotada de una inteligencia viva y una buena índole, apasionada del Reino de Dios, activa y laboriosa, dedicó los talentos que recibió del cielo a la gloria de Dios, al bien de la Iglesia y de la sociedad. Para agradar más a Dios y mejor servir a las almas, se negó a sí misma y se empeñó en andar por el camino de la santidad, viviendo su consagración con gran magnanimidad y ejerciendo con constancia las virtudes cristianas. La fe iluminó toda su vida y especialmente la guió en las elecciones decisivas, es decir en consagrarse a Dios, en ofrecerse para misionera en Ecuador, en asumir las responsabilidades de fundadora. Por la fe se hizo dócil instrumento en las manos de Dios y soportó los trabajos e incomodidades en el servicio de las almas. Alimentó la unión con Dios, la oración, la devoción a la Pasión de Cristo y a la Santísima Eucaristía que fue el centro de toda su vida. Tuvo amor de hija a la Virgen María, a la que se propuso imitar en sus virtudes. Amó a Dios con todo su corazón y fue obediente a su voluntad. Solía repetir: Todo por amor de Dios tal como a Él le gusta. Por eso huyó de todo pecado, guardó los mandamientos divinos, las leyes de la Iglesia y la Regla que había profesado. Hizo el bien y conjugó la acción apostólica con la contemplación. Con amor de madre ayudó a sus religiosas en lo material y lo espiritual, especialmente a las enfermas, y también a los pobres, a las familias indigentes y a las alumnas. Confió en Dios y en su auxilio y conservó la serenidad incluso en las situaciones más difíciles, confiando en la Providencia divina y en el poder de la oración».

Bibliografía

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (28-3-2003).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (21-3-2003).

Marzo

A) MARTIROLOGIO

Día 17. En Málaga, Beato Juan Nepomuceno Zegrí Moreno († 1905), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad.

Día 21. En Atotonilco el Alto (México), Beato Miguel Gómez Loza († 1928), mártir.

Día 22. En Münster (Alemania), Beato Clemente Augusto von Galen († 1946), cardenal arzobispo de Münster.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO JUAN NEPOMUCENO ZEGRÍ MORENO

Presbítero († 1905)

Nace en Granada (Andalucía) el 11 de octubre de 1831 en el seno de una familia acomodada y cristiana, hijo de un profesor en la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada. Tras estudiar en el Real Colegio de San Bartolomé y Santiago, se decidió por el sacerdocio y estudió a partir de 1850 en el seminario de San Dionisio y se ordenó sacerdote el 2 de junio de 1855, habiendo estudiado filosofía, teología y derecho en la Universidad citada. Trabajó como buen pastor en las parroquias de Huétor Santillán (1859-1864) y San Gabriel de Loja (1865-1869), realizando una intensa labor apostólica. Acreditado como predicador y como confesor, fue examinador sinodal de los obispados de Granada, Jaén y Orihuela. En 1869 el nuevo obispo de Málaga, don José Pérez Martínez-Fernández, se lo llevó consigo a Málaga, de cuya catedral fue canónigo y lo honró la reina Isabel II con el título de predicador de Su Majestad y capellán real. Fue vicario general y provisor del obispado, y estuvo al frente de la casa de Santa María Magdalena y San Carlos, visitador de religiosas, y vicerrector y profesor del seminario.

Lleno de preocupación por los problemas sociales y la situación de los desheredados, funda la «Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad» (1878) para trabajar por la liberación de todas las esclavitudes, practicando todas las obras de misericordia espirituales y corporales. La fundación fue el 16 de marzo de 1878 en Málaga. La congregación se extendió con prontitud por otras diócesis españolas. En 1888 pidió a Roma la aprobación de las constituciones, pero a causa de calumnias y maledicencias se vio apartado de su obra. Aclaradas las cosas, en 1894, el papa León XIII le devolvió su cargo de director de la congregación, pero las enemistades progresaron de tal modo que perdió la estima de sus propias religiosas, por lo que decidió retirarse en silencio a su casa de Málaga. Lo sobrellevó todo con admirable paciencia y se dedicó a la oración, las obras de caridad, el ministerio del confesonario y sus deberes como canónigo, abandonándose por completo a la voluntad de Dios

hasta su muerte en Málaga el 17 de marzo de 1905. Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 9 de noviembre de 2003.

Dice de él el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 20 de diciembre de 2001:

> «Escribía en 1896: "Qué grande y bueno es para nosotros el Señor. Santifica el dolor y hace dulces las tribulaciones a aquellos que las padecen; santifica la pobreza y hace que la caridad la ayude y sostenga; confirma en la fe a los que sufren, los alienta con la esperanza, los eleva con la caridad, de forma que la verdad y la virtud siempre triunfen y brillen en el cielo de nuestra religión, como brilla el sol en el firmamento". Sostenido con estos pensamientos, se encomendó a la providencia, la justicia y la misericordia de Dios. En mitad de las tinieblas conservó ardiente la esperanza y la alimentó con la humildad, la obediencia a la autoridad eclesiástica, la abnegación de sí mismo, el amor de la cruz y el sacrificio. A las acusaciones respondió con el perdón, el silencio y la oración y cuando entendió que tenía que defenderse lo hizo con toda suavidad y misericordia. Ejerció hasta el extremo la prudencia en todos los asuntos del apostolado, en los cargos eclesiásticos que desempeñó, en el régimen de su congregación y en la elección de los instrumentos más aptos para santificarse a sí mismo y a los demás. Templado en el uso de los bienes temporales, justo con Dios y con el prójimo, fuerte en la adversidad, pobre, casto, perseverante en el bien y en el amor de Dios y del prójimo hasta el fin de su vida».

Bibliografía

GALMÉS, L., *Testigos de la fe en la Iglesia de España* (Madrid 1982).

BEATO MIGUEL GÓMEZ LOZA

Mártir († 1928)

Nace en Tepatitlán (Jalisco) el 11 de agosto de 1886 en una familia campesina. Cuida de su madre viuda y se forma religiosa y moralmente en las filas de la Asociación Católica de las Juventudes Mexicanas siendo muy amigo del Beato José Anacleto González Flores. Hizo la carrera de derecho con mucho sacrificio y defendía a los desamparados, lo que le costó detenciones y golpes. Casado y con hijos, se unió a la liga defensora de la libertad religiosa y aceptó el nombramiento de gobernador de Jalisco, conferido por los católicos de la resistencia. Perseguido por las fuerzas federales, fue acribillado por el ejército federal, cerca de Atotonilco el Alto el 21 de marzo de 1928.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

BEATO CLEMENTE AUGUSTO VON GALEN
Cardenal († 1946)

El conde Clemente Augusto de Galen nace en el castillo de Dinklage, en Oldenburgo, el 16 de marzo de 1878 en el seno de una familia muy religiosa. Hizo los estudios en el liceo de los jesuitas en Feldkirck y aprobó el examen de madurez en Vectha, en 1896. Decidido por el sacerdocio estudió en Friburgo (Suiza), Innsbruck y Münster donde se ordenó sacerdote el 28 de mayo de 1904. Capellán de la iglesia de San Matías en Berlín, realizó una intensa labor apostólica en la capital durante veintitrés años, llegando a párroco de la misma iglesia. Pasó por las difíciles circunstancias de la I Guerra Mundial, la dura posguerra y el período siguiente. En 1929 fue trasladado a Münster como párroco de San Lamberto. Cuatro años más tarde era elegido obispo de Münster a la muerte de mons. Poggenburg y recibía, el 28 de octubre de 1933, la consagración episcopal, eligiendo el lema: *Nec laudibus nec timore* («Ni con alabanzas ni con miedo»). Su gran aspiración: preservar la libertad de la Iglesia y salvaguardar la fe frente a la ideología neopagana del nacionalsocialismo, no teniendo empacho en denunciar los malos tratos que recibían muchos cristianos.

Llamado con otros obispos a Roma por Pío XI en enero de 1937 para hablar sobre la situación espiritual de Alemania bajo los nazis, apoyó lo que diría el papa en su encíclica *Mit Brenneder Sorge.* Declarada ya la guerra, en la iglesia de San Lamberto y en la de Nuestra Señora de Münster, denunció con valentía los atropellos nazis en julio-agosto de 1941 y censuró con claridad

la eliminación de los considerados inútiles. Aunque las autoridades hubieran querido arrestarlo, por temor a la opinión pública no lo hicieron, pero sí represaliaron a varios miembros del clero diocesano y de las órdenes religiosas, algunos de los cuales murieron en los campos de concentración. Terminada la guerra, pidió a las autoridades de ocupación que se comportaran según la justicia y se negó a avalar la tesis de la culpa colectiva del pueblo alemán.

Nombrado cardenal el 18 de febrero de 1946, fue aclamado en el Vaticano como el «león de Münster» y acogido a su vuelta por una multitud. Pero enfermó enseguida y murió el 22 de marzo de 1946. Fuerte y fiel en medio de tantas dificultades, todos reconocieron sus méritos. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 20 de diciembre de 2003, un milagro por su intercesión fue aprobado el 20 de diciembre de 2004, y ha sido beatificado el 9 de octubre de 2005.

Ese día el Santo Padre dirigió una alocución a los fieles en la que hizo estas consideraciones:

> «En nombre de Dios denunció la ideología neopagana del nacionalsocialismo, defendiendo la libertad de la Iglesia y los derechos humanos gravemente violados, protegiendo a los judíos y a las personas más débiles, que el régimen consideraba desechos que hay que eliminar [...] El papa Pío XII lo creó cardenal en febrero de 1946, y sólo un mes después murió rodeado de la veneración de los fieles, que reconocieron en él un modelo de valentía cristiana. Precisamente éste es el mensaje siempre actual del Beato Von Galen: la fe no se reduce a un sentimiento privado que quizá convenga ocultar cuando resulta incómoda, sino que implica la coherencia y el testimonio también en el ámbito público a favor del hombre, de la justicia y de la verdad».

Bibliografía

LUDGER, G., *Kardinal Clemens August Graf von Galen in seiner Zeit* (Münster 2005).
SANDSTEDE-AUZELLE, M.-C. - SANDSTEDE, G., *Clemens August Graf von Galen, Bischof von Münster im Dritten Reich* (Münster 1986).

Abril

A) Martirologio

Día 1. En Funchal (Portugal), Beato Carlos I de Austria (IV de Hungría) († 1922), emperador y rey.

Día 1. En Guadalajara (México), beatos José Anacleto González Flores, José Dionisio Luis Padilla Gómez, Jorge Ramón Vargas González y Ramón Vicente Vargas González († 1927), mártires.

Día 3. En Guadalajara México), beatos José Luciano Ezequiel y José Salvador Huerta Gutiérrez († 1927), mártires.

Día 8. En Alassio (Italia), Beato Augusto Czartoryski († 1893), presbítero, de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Día 16. En Nevers (Francia), Santa María Bernarda Soubirous († 1879), virgen, de la Congregación de Hermanas de la Caridad y de la Instrucción Cristiana.

Día 25. En el Rancho de San Joaquín (México), beatos José Trinidad Rangel Montaño, presbítero, Andrés Solá Molist, presbítero, y Leonardo Pérez Larios († 1927), mártires.

B) Biografías

BEATO CARLOS I DE AUSTRIA (IV DE HUNGRÍA)

Emperador († 1922)

Este insigne testigo de Cristo que se santificaría como seglar en medio del matrimonio y del compromiso temporal cristiano, nace en el castillo de Persenbeug (Austria) el 17 de agosto de 1887, hijo del archiduque Otto Franz Joseph y de la princesa María Josefa de Sajonia. Era sobrino nieto del emperador Francisco José I. Recibió una esmerada educación cultural y militar como correspondía a su rango principesco y, asimismo, una sólida formación religiosa, a la que se mostró muy receptivo. El 21 de octubre de 1911 contrajo matrimonio con la princesa Zita de Borbón-Parma, con la que tuvo ocho hijos y llevó una vida matrimonial ejemplar. El día del matrimonio dijo a su esposa: «Ahora tenemos que ayudarnos mutuamente a conseguir el cielo».

Muerto su padre y asesinado su tío, el heredero Francisco Fernando, quedó él como heredero de la monarquía aus-

tro-húngara y, muerto su tío-abuelo, el emperador, el 21 de noviembre de 1916, en plena guerra mundial, se convirtió en emperador de Austria y rey de Hungría, siendo coronado en Budapest el 30 de noviembre de aquel año. Solícito por el bien de sus pueblos, procuró el restablecimiento de la paz y apoyó las tentativas del papa Benedicto XV, y abordó una amplia y ejemplar legislación social, inspirada en la doctrina de la Iglesia. Hombre de rectitud absoluta y de piedad profundísima, al perder la guerra y ser desterrado, secundó los deseos del citado papa e intentó recuperar el trono húngaro para evitar el peligro de un gobierno extremista. Desterrado por fin a Funchal, en la isla de Madeira, enfermó de neumonía y, dando altísimo ejemplo de paciencia y piedad, murió el 1 de abril de 1922 invocando el nombre de Jesús. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

De él da este juicio el decreto por el que se reconocen como heroicas sus virtudes, fechado el 12 de abril de 2003:

> «No hay duda de que entre los reyes que han brillado por alabar y exaltar a Dios por la santidad de su vida y sus obras, hay que enumerar al siervo de Dios Carlos de Austria, el cual, consciente del origen divino de toda potestad humana (Rom 13,1), nunca abusó de su condición de jefe para buscar su propia utilidad sino que siempre se condujo según la justicia buscando el bien de su pueblo, el incremento del Reino de Dios y la libertad de la Iglesia, la cual, como dice el mensaje del Concilio Vaticano II a los gobernantes, pide que ellos aseguren la libertad de creer y de propagar la fe, la libertad de amar a Dios y de servirle, la libertad de vivir y entregar a los hombres su mensaje de vida».

Bibliografía

HABSBURGO, A. DE, «Beatificación del emperador Carlos I de Austria. Su vida por sus pueblos»: *Humanitas* (2004) n.36.

BEATOS JOSÉ ANACLETO GONZÁLEZ FLORES, JOSÉ DIONISIO LUIS PADILLA GÓMEZ, JORGE RAMÓN VARGAS GONZÁLEZ, RAMÓN VICENTE VARGAS GONZÁLEZ

Mártires († 1927)

En plena persecución mexicana contra los católicos, en la madrugada del 1 de abril de 1927, fueron arrestados y remitidos al cuartel Colorado estos cuatro confesores de la fe. Varios de ellos fueron torturados. Al primero —Anacleto— se le pedía el paradero del arzobispo de Guadalajara. Respondió no saberlo pero que si lo supiera no lo diría. Insistieron en los tormentos, a lo que respondió con palabras de perdón y animó al otro detenido y compañero de martirio, consolándolo de no tener un sacerdote para poder confesar. Lo traspasaron con el filo de una bayoneta calada. El segundo —Dionisio—, luego de ser arrestado, en el camino al cuartel hubo de soportar golpes, insultos y vejaciones. Llevado al paredón se arrodilló y ofreció a Dios su vida mientras las descargas acabaron con su vida. Los otros dos —Jorge Ramón y Ramón Vicente— fueron arrestados y encerrados en una celda contigua a los primeros. No perdieron el ánimo sino que se conservaron serenos. Fueron fusilados al mediodía. El motivo de su arresto fue haber hallado a Anacleto González en su casa.

JOSÉ ANACLETO GONZÁLEZ FLORES nace en Tepatitlán, Jalisco, el 13 de julio de 1888 en una familia pobre. En 1908 ingresa en el seminario auxiliar de San Juan de los Lagos, pero comprendió que no tenía vocación y pasó a la escuela libre de leyes. Completados sus estudios llega a ser un excelente pedagogo, orador, catequista y líder social cristiano, y se hizo paladín seglar de los católicos de Guadalajara. En 1922 contrajo matrimonio con María Concepción Guerrero. Fiel a su prelado, propuso a los católicos la resistencia pacífica a los ataques del Estado y fundó la Unión Popular, a la que se afiliarían miles de personas. Aprobó la Liga nacional defensora de la libertad religiosa y previendo la posibilidad del martirio, se preparó con una intensa vida espiritual.

JOSÉ DIONISIO LUIS PADILLA GÓMEZ nace en Guadalajara, Jalisco, el 9 de diciembre de 1899 en el seno de una familia dis-

tinguida y cristiana. Ingresó en 1917 en el seminario de Guadalajara pero lo dejó cuatro años más tarde. Dedicado a dar clases gratuitas, fue socio fundador de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana e hizo un amplio apostolado. Afiliado a la Unión Popular, quería trabajar por la religión por medios pacíficos. Acordonado su domicilio en la madrugada del 1 de abril de 1927 fue saqueado y a él le arrestaron junto con otros familiares.

JORGE RAMÓN VARGAS GONZÁLEZ nace en Ahualupo, Jalisco, el 28 de septiembre de 1899, trasladándose su familia a Guadalajara cuando era niño. Al llegar a la juventud se colocó como empleado en la Compañía hidroeléctrica, y estuvo de acuerdo en que su casa se abriera a acoger sacerdotes y cristianos perseguidos. Al ser fusilado puso la mano en el pecho, tenía en ella un crucifijo.

RAMÓN VICENTE VARGAS GONZÁLEZ nace en Ahualulco el 22 de enero de 1905. Ingresó en la escuela de medicina, siguiendo la profesión de su padre y, en cuanto pudo, comenzó a atender a los pobres gratuitamente. Aunque era el menor, el perdón no recayó en él. Aceptó la muerte con valentía y manifiesta fe en Dios. Hizo la cruz con los dedos de su mano derecha cuando vio que lo fusilaban.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ³1995).

BEATOS JOSÉ LUCIANO EZEQUIEL Y JOSÉ SALVADOR HUERTA GUTIÉRREZ

Mártires († 1927)

JOSÉ LUCIANO nace en Magdalena, Jalisco, el 6 de enero de 1876. Era esposo y padre de familia ejemplar, de acendrados

sentimientos cristianos y con su magnífica voz de tenor participaba en los actos litúrgicos. Era muy devoto de la Eucaristía y comulgaba con mucha frecuencia. Muy caritativo, compartía sus bienes con los pobres. Fue arrestado en la mañana del 2 de abril de 1927 cuando acababa de visitar la capilla ardiente del Beato José Anacleto González Flores. Fue torturado en los calabozos policiales hasta el extremo de perder el conocimiento. Cuando volvió en sí cantó un himno en honor de Cristo.

Su hermano JOSÉ SALVADOR nace en Magdalena el 18 de marzo de 1880. Fue un magnífico mecánico —su profesión— y un ejemplar padre y esposo, siendo también muy devoto del Santísimo Sacramento. El día 2 de abril de 1927, cuando volvía de acompañar al cementerio los restos mortales del Beato José Anacleto González, fue arrestado en su taller y colgado en la inspección de policía por los dedos pulgares, padeciendo mucho, a fin de que dijera el paradero de dos sacerdotes. Luego lo tiraron en un calabozo. La mañana del día 3 lo sacaron con su hermano y lo fusilaron. Murió perdonando a sus verdugos y dando vivas a Cristo Rey.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

BEATO AUGUSTO CZARTORYSKI

Presbítero († 1893)

No puso su orgullo en la sangre regia que corría por sus venas sino en ser hijo de Dios, en ser religioso salesiano, en ser sacerdote. Su fe en Cristo le pareció la verdadera nobleza, la verdadera aristocracia. Hijo de los príncipes Ladislao y María Amparo Muñoz de Borbón y nieto materno de la reina María Cristina de España y sobrino de la reina española Isabel II, nace

en París el 2 de agosto de 1858. Huérfano de madre a los seis años, tuvo como preceptor a San Rafael de San José Kalinowski († 1907), religioso carmelita. Inclinado a la vida de piedad, a los 24 años entra en contacto con San Juan Bosco, al que visita repetidamente en Turín y le confiesa los deseos de su alma de consagrarse a Dios en la vida religiosa. Como Don Bosco tenía cautela en recibir al príncipe en la congregación, el papa León XIII le animó a hacerlo. En junio de 1887 renuncia a sus derechos a favor de su hermano e ingresa en la congregación salesiana, emitiendo los votos el 24 de noviembre de 1887. Enfermo de tuberculosis como su madre, la familia aprovechó la enfermedad para pretender su vuelta a casa pero el joven perseveró y se ordenó presbítero el 2 de abril de 1892. Tras haber dado un alto ejemplo de todas las virtudes, moría en Alassio el 8 de abril de 1893. Fue beatificado el 25 de abril de 2004.

Dice de él *L'Osservatore Romano* (23-4-2004):

> «La vida sacerdotal de don Augusto sólo duró un año, que pasó en Alassio, en una habitación que daba al patio de los muchachos. El cardenal Cagliero resume así este último período de su vida: Ya no era de este mundo. Su unión con Dios, la conformidad perfecta con la divina voluntad en la enfermedad agravada, el deseo de configurarse con Jesucristo en los sufrimientos y en las aflicciones lo hacían heroico en la paciencia, sereno en el espíritu, e invencible, más que en el dolor, en el amor a Dios».

Bibliografía

JIMÉNEZ, F. - SALCEDO, M., *Augusto Czartoryski, Príncipe de Polonia-Duque de Vista Alegre, sobrino de Isabel II de España* (Madrid 2004).

PIÑOL ARESTE, R., *El siervo de Dios Augusto Czartoryski, príncipe polaco y sacerdote salesiano* (Madrid 1946).

SANTA MARÍA BERNARDA SOUBIROUS

Virgen († 1879)

Estando un día de pastorcita en Bartrés, recibió la visita de su padre. Éste encontró que la niña estaba un poco triste.

—¿Qué te ha disgustado, Bernardita?

—Mire, padre; mis corderos llevan una marca verde en el lomo.

Su padre quiso gastarle una broma. Y con toda seriedad le dijo:

—Si tienen el lomo verde, es que han comido demasiada hierba.

En realidad se trataba de la marca de un ganadero que, sin saberlo la pastorcilla, había pasado por el aprisco.

—Entonces, ¿pueden morirse?

—Es muy posible.

Bernardita se echó a llorar, y su padre, secándole las lágrimas, le aclaró la verdad.

Días después, ella contaba esta historia a una compañera suya.

—Pues ¡ya hace falta ser tonta para creer una cosa así!

—¡Qué quieres! Yo no he mentido jamás y por eso no podía suponer que lo que me decía mi padre no fuese la verdad.

«Yo no he mentido jamás». Esto decía la niña, y esto hubo de repetir muchísimas veces a lo largo de su vida. Y esto, sobre todo, quedó bien claro a través de los detalles más insignificantes de esa misma vida suya. Mil ojos escrutadores, mil oídos atentos estuvieron pendientes de ella para tratar de sorprenderla en una contradicción, en una exageración, simplemente en una vacilación. Y no lo lograron. Todos, prevenidos a favor o en contra, amigos o enemigos, creyentes o incrédulos, se sintieron subyugados por la transparente sinceridad, por el absoluto candor de la niña.

Coinciden todos, y piense el lector que son centenares los relatos que poseemos, en que su presencia era más bien vulgar. De estatura menuda, de movimientos concertados, pero nunca elegantes; de rostro sin ninguna característica especial, había, sin embargo, algo en ella que sobrecogía, y era su mirada. Todos a una proclaman que la Santísima Virgen parecía haber dejado en aquellos ojos un reflejo de su hermosura celestial. Porque Bernardita Soubirous, la pobre aldeana de un insignificante pueblecillo de los Pirineos... había visto a la Virgen.

En verdad que nadie se lo hubiera sospechado. ¿Quién de los que intervinieron en aquel modestísimo bautizo de la hija mayor de un pobre molinero hubiera podido pensar que iba a llegar un día en que transformados ellos en personajes se busca-

rían con afán hasta los más mínimos detalles de sus propias vidas? Y, sin embargo, ha sido así. Al terminar el centenario de las apariciones de Lourdes nos encontramos con que este acontecimiento ha sido estudiado como acaso ningún otro a lo largo de la historia. Una masa ingente de documentos, de declaraciones, de fotografías, ha sido dada a conocer a todo el mundo. Compañeros, amigas, parientes o confidentes de Bernardita, el guardia campestre, los gendarmes, las mujercitas de Lourdes, los sabios y los doctos, los hermanos de la escuela, los curas... todos han dicho su palabra. Y del conjunto impresionante de testimonios de primera mano surge siempre, con sobrenatural pureza y transparencia, la figura de Santa Bernardita, llena de sinceridad, poseedora de un perfecto equilibrio moral y psicológico sin sombra alguna de amor propio, sin vanidad ninguna, con su buen sentido y su atrayente buen humor. Ni sombra de una iluminada, de una maniática o de una novelera. Simplemente: la auténtica santidad de un alma humilde y entregada a Dios.

Pero todo esto lo vemos después. Lo que las buenas gentes que se encontraban en la plaza de Lourdes vieron en 9 de enero de 1844 fue sencillamente un insignificante cortejo que salía de la iglesia parroquial llevando a una niña que acababa de ser bautizada. Curiosa coincidencia: aquel día se cumplía exactamente el año de la boda de sus padres. Hoy ya no existe la vieja parroquia románica, que ha cedido su lugar a la amplia plaza y al monumento a los muertos. Pero la pila bautismal subsiste aún en el baptisterio de la nueva parroquia.

Todavía los tiempos son relativamente propicios a la familia Soubirous. Sin que se pueda decir que vive en la prosperidad, se va defendiendo. Rápidamente el cuadro cambiará muchísimo. La miseria se irá haciendo creciente y han de abandonar el molino de Boly por el de Laborde, y después por el de Arcizac. Las cosas van de mal en peor y en casa de los Soubirous se llega a pasar hambre auténtica. Sobre todo cuando, agotadas ya las últimas posibilidades, el padre tiene que abandonar el oficio de molinero y la pobre familia ha de acogerse a una vieja mazmorra, que da a un patio convertido en estercolero, llena de humedad, y que ha de ser la única habitación de la que se dispone para todo. Para colmo, Bernardita es perseguida desde el primer momento de su existencia por un mal implacable: el asma.

Todavía hoy los peregrinos visitan en Lourdes, sobrecogidos, la mazmorra en que la santa pasó sus primeros años. Y viéndola, con lágrimas en los ojos, recuerda necesariamente que Dios Nuestro Señor eligió las cosas que el mundo desprecia, como dice San Pablo, para confundir a los que son o se tienen por algo.

No toda su niñez pasó allí. Primero siendo muy pequeñita, y después ya algo mayor, Bernardita marchó a pasar una temporada al vecino pueblecito de Bartrés. Así como Lourdes ha cambiado casi totalmente su fisonomía, y a duras penas podemos recordar lo que era en tiempos de Santa Bernardita, Bartrés presenta hoy el mismo aspecto sedante, placentero y bucólico que en sus tiempos. Es una aldea sosegada y sencilla a la que Bernardita va para servir como humilde criadita, más frecuentemente como pastora, en casa de unos parientes. Allí inicia su durísimo aprendizaje catequístico. Incapaz de aprender con las demás niñas en la parroquia, pues no sabe leer ni escribir, ha de buscar una persona amiga, la señora Lagües, que le dé lecciones de catecismo. «Muchas veces la lección duraba de siete a nueve, sin lograr que la niña recordase ni una sola letra del libro. Bernardita lloraba muchas veces al ver que daba tanto trabajo», nos dirá el padre Ader en su declaración en el proceso apostólico. Juana María Carros, una de sus más fieles amigas, recordará con qué desesperación la pobre catequista tiraba a veces el catecismo diciendo: «¡Nunca sabrás nada!». Y con qué pena la niña se le echaba al cuello llorando, pidiéndola que la perdonase.

Bernardita quería hacer la primera comunión. Aquella situación era insostenible. Y por eso, aunque le costara dejar el aire puro de Bartrés, y cambiarlo por la sórdida mazmorra de Lourdes, un jueves, el 28 de enero de 1858, dejaba el pueblecito para volver a Lourdes.

«A los catorce años, nos dice uno de los testigos que declaró en el proceso apostólico de Nevers, no sabía leer ni escribir, ni conocía la lengua francesa; ignoraba el catecismo, y ella misma se consideraba como la última entre las niñas de su edad». Y, sin embargo, contra todo lo que humanamente se podía esperar, ella había sido la designada para ser objeto de una gracia excepcional.

Habían pasado quince días exactamente. Amaneció el jueves 11 de febrero de 1858. La niña, que había iniciado en estos días su preparación para la primera comunión, acudiendo a la escuela de las hermanas, disponía aquel día de su tiempo, pues, por ser jueves, tenía vacación.

Y ocurrió el acontecimiento que el mundo entero conoce ya. Pocos minutos antes de las once, la madre se disponía a salir. Al ir a cerrar la puerta observó que por un pasadizo cercano aparecía Juana Abadie, una niña de doce años, que estudiaba en la misma clase que Toneta, la hermana de Bernardita, ligeramente más joven que ella. Juana propuso a la madre de las dos niñas que les permitiera ir con ella a coger leña al bosque. Pero Bernardita estaba un poco resfriada, lo que no era de extrañar con tiempo tan frío y en una casa tan destartalada. Con todo, la madre accedió. Y las niñas salieron en dirección al bosque.

No habían llegado a él y una mujercita que estaba lavando les aconsejó cambiar de dirección. Era muy fácil que, dirigiéndose hacia Massabielle, encontraran lo que deseaban con mayor facilidad y abundancia. Dicho y hecho. Las niñas se desviaron y se acercaron a lo que hoy es la explanada de la gruta. Pero para llegar a la gruta misma era necesario atravesar, entre dos bancos de arena, el lecho del canal. Toneta y Juana tiraron los zuecos, se metieron en el agua helada y pasaron a la otra orilla. Al poco tiempo perdían de vista a Bernardita. En el campanario de la iglesia sonaron las doce campanadas del mediodía, e inmediatamente después el *Angelus* puso en oración a todo el pueblo. Bernardita, que se ha quedado sola, se decide a descalzarse. Y en ese momento se abre la serie de maravillas. Oigamos su relato, tal cual salió de aquellos labios que jamás quisieron mentir:

> «Casi no había llegado a quitarme una media cuando oí un rumor de viento, como cuando se acerca una tempestad. Me volví para mirar por todas partes de la pradera y vi que los árboles casi no se movían. Vislumbré, pero sin detener la vista, una agitación en las ramas y en las zarzas de la parte de la gruta.
>
> Seguí descalzándome y, cuando me disponía a meter un pie en el agua, oí el mismo ruido ante mí. Levanté los ojos y vi un montón de ramas y zarzas que iban y venían, agitadas, por debajo de la boca más alta de la gruta, mientras nada se movía alrededor.
>
> Detrás de las ramas, dentro de la abertura, vi en seguida a una joven toda blanca, no más alta que yo, que me saludó con una lige-

ra inclinación de cabeza, al tiempo que apartaba un poco del cuerpo los brazos extendidos, abriendo las manos como las santas vírgenes. De su brazo derecho colgaba un rosario.

Tuve miedo y retrocedí. Quise llamar a mis compañeras, pero no me sentí capaz. Me froté los ojos varias veces, creía engañarme.

Al levantar los ojos vi a una jovencita que me sonreía con muchísima gracia y que parecía invitarme a que me acercase a ella. Pero yo aún sentía miedo. Sin embargo, no era un miedo como el que había sentido otras veces, porque me hubiese quedado mirando siempre aquélla (aquello), y cuando se siente miedo una huye en seguida.

Entonces me vino la idea de rezar. Metí la mano en el bolsillo, tomé el rosario que llevo habitualmente, me arrodillé e intenté santiguarme. Pero no pude llevarme la mano a la frente: se me cayó.

Mientras, la joven se puso de lado y se volvió hacia mí. Esta vez tenía el gran rosario en la mano. Se santiguó como para empezar a rezar. A mí la mano me temblaba. Intenté santiguarme otra vez y pude hacerlo. Desde aquel momento no tuve más miedo.

Yo rezaba con mi rosario. La joven deslizaba las cuentas del suyo, pero sin mover los labios. Mientras rezaba el rosario, yo miraba cuanto podía.

Ella llevaba un vestido blanco, que le bajaba hasta los pies, de los cuales sólo se veía la punta. El vestido quedaba cerrado muy arriba alrededor del cuello por una jareta de la que colgaba un cordón blanco. Un velo blanco, que le cubría la cabeza, descendía por los hombros y los brazos hasta llegar al suelo. Sobre cada pie vi que tenía una rosa amarilla. La faja del vestido era azul y le caía hasta un poco más abajo de las rodillas. La cadena del rosario era amarilla, las cuentas blancas, gruesas y muy apartadas unas de otras. La joven estaba llena de vida, era muy joven y se hallaba rodeada de luz.

Cuando hube terminado el rosario, me saludó sonriendo. Se retiró dentro del hueco y desapareció súbitamente».

Hacia el fin de su éxtasis, Toneta y Juana vislumbraron a Bernardita. Ella de momento guardó secreto. Pero la emoción no le cabía en el cuerpo y pocos minutos después se abría a su hermana. Su vida iba a cambiar por completo.

Comienza la serie de las apariciones. Y comienza a hacerse la niña piedra de contradicción. Habrá un día, el 18 de febrero, también jueves, en que la Santísima Virgen, la niña aún no sabe de quién se trata, le dirá: «No te prometo hacerte feliz aquí en la tierra, sino en el cielo». Será este día precisamente el que en muchas diócesis del mundo se elegirá para celebrar la fiesta de Santa Bernardita.

Días inolvidables los de las apariciones. Unas veces la Santísima Virgen quiere penitencia. En otra ocasión muestra el lugar de una fuente milagrosa. Más tarde pide la erección de una capilla. Y que se vaya allí en procesión. Por fin un día inolvidable, el día de la Anunciación, la aparición declara su nombre. En *patois* declara que es la Inmaculada Concepción. Bernardita nunca había oído esa expresión, e incluso las primeras veces pronuncia mal la palabra *concepción*. Pero no importa. Ahora ya se sabe de quién se trata y por más que el demonio recurra a las peores artes la aparición terminará por abrirse camino y triunfar por completo.

Bernardita, por fin, recibe la ansiada primera comunión. Fue el jueves 3 de junio, fiesta del Corpus. En la capilla del hospicio, donde ella se había preparado. Después, pese a un complot para tratar de recluirla, consigue volver a su vida normal. Así hasta el 16 de julio, en que, por última vez en su vida mortal, tiene lugar la aparición. Era la decimoctava vez que la Señora se manifestaba. Después terminó todo. Intervinieron los hombres. Se examinaron las causas. Y al final el señor obispo dio su dictamen: Bernardita no mentía; la aparición había sido verdadera; el culto a la Virgen de Lourdes quedaba autorizado.

Mientras todo aquello se estudiaba, Bernardita había estado viviendo como pensionista en el hospicio. Y allí había brotado la flor preciosa de su vocación. Hay serios indicios para suponer que la Santísima Virgen le aconsejó que se abrazara con la vida religiosa. Parece ser que éste fue uno de los secretos que ella guardó siempre tan celosamente. Lo cierto es que, después de una dura lucha con su timidez, se decidió por fin a pedir el ingreso en la congregación. Y tras algunas vacilaciones, éste le fue concedido.

El martes 3 de julio de 1886 Bernardita, acompañada de algunas hermanas, se dirigió a la gruta. Traspuso la reja y se arrodilló. En oración y con los ojos fijos en la imagen de la Inmaculada suspiró y entre sollozos repitió: «Madre mía, Madre mía, ¿cómo podré dejarte?». Se puso de pie, besó la roca y después el rosal. Al fin se arrancó de aquel lugar que tenía para ella recuerdos inolvidables. «La gruta era mi cielo», habrá de decir en alguna ocasión.

La última noche la pasó con su familia en el molino Lacadé. Dejaba a los suyos casi en la miseria. Al día siguiente le acompañaron al hospicio y allí le dieron el último adiós. Fue una escena emocionante. Todos lloraban, a excepción de Bernardita. Por fin se separaron y de allí partió para Nevers.

Había comenzado para ella una nueva vida. Una sola vez, como excepción, se le permitió hablar de Lourdes y contar sencillamente a la comunidad lo que habían sido las apariciones. Después se le impuso el silencio, que ella guardó siempre rigurosamente, evitando con extraordinaria habilidad cualquier sorpresa que le preparaban para conseguir de ella alguna palabra sobre el asunto. Fue una religiosa más. Obediente, puntual, amante de la pobreza, trabajadora, caritativa. Pero sin ninguna distinción especial.

La Santísima Virgen le había dicho que no la haría feliz en la tierra, sino en el cielo. Por eso a ella no le extrañó tener que sufrir tanto.

Y sufrió en el cuerpo. La enfermedad la acompañó constantemente. Ya a los tres meses de noviciado tuvo que hacer su profesión religiosa «in articulo mortis», pues no se pensó que pudiera sobrevivir. Después, todos los años el invierno, o el más mínimo accidente, le traían tremendos sufrimientos. Se ahogaba constantemente. Y su vida era un continuo sufrir.

Sufrió también en su espíritu. Con algo que muy difícilmente podemos valorar quienes no hemos vivido la vida religiosa, y sobre todo quienes apenas podemos hacernos cargo de la sensibilidad a flor de piel que llega a producirse en una mujer joven, delicada de salud, viviendo la vida común. Pero la verdad es que también por este lado sufrió enormemente. La madre maestra de novicias, a la que prácticamente estuvo sometida toda su vida religiosa, aun después de su profesión, sintió hacia ella un despego y hasta una positiva aversión. Esto se traducía en mil pequeños incidentes, dolorosísimos para la Santa. En continuas humillaciones, e incomprensión y hasta, justo es decirlo, no pocas veces también en desconfianza.

Por si esto fuera poco, tuvo la Santa un tercer sufrimiento. El más terrible. Apenas nos lo podemos imaginar, pues se trató de una prueba mística, de esas que el Señor envía y que sólo

quien las sufre puede llegar a comprender. Se había ofrecido la Santa para sufrir. Y el Señor aceptó sus sufrimientos. En su diario íntimo y en algunas expresiones que se le escaparon podemos percibir algo de lo que fue la desolación y el abandono, la purificación misteriosa, el dolor penetrante y profundo que empaparon por completo su alma. Prueba heroica cuyas dimensiones escapan por completo a toda ponderación humana.

Y así año tras año, a lo largo de su ejemplar y santa vida religiosa. Fue santa porque con tan edificante perfección supo vivir su oculta vida de inmolación. Esto fue lo que la santificó. Las apariciones fueron tan sólo la ocasión de que el Señor se sirvió para prepararla.

Un día en que ella se encontraba en la cama, recibió la visita del señor obispo de Nevers. Venía a pedirle que escribiese una carta para el Papa, porque él iba a ir a Roma a visitarle y quería llevársela. En una carpeta, que sostenía una hermana que nos describió la escena en el proceso apostólico, la religiosa escribió la carta cuyo original conservamos aún. Es realmente emocionante el tono y la expresión de esta carta llena de ingenuidad, de humilde devoción, de auténtico perfume de santidad. Sentimos no poder reproducir más que un párrafo:

> «Santísimo Padre, jamás hubiera osado tomar la pluma para escribir a Vuestra Santidad, yo, pobre hermanita, si nuestro digno obispo, monseñor de Ladoue, no me hubiese animado diciéndome que el medio seguro de alcanzar una bendición del Santo Padre era escribiros y que él tendría la amabilidad de llevar mi carta. Se establece una lucha entre el temor y la confianza. Yo, pobre ignorante, hermanita enferma, osar escribir al Santísimo Padre, ¡jamás!».

Y continúa expresándole el amor que siente hacia el Papa y la alegría que le dio pensar que la Santísima Virgen se había dignado, en cierta manera, confirmar la palabra del mismo pontífice al aparecerse en Lourdes.

El Papa correspondió con una bendición, juntamente con un precioso crucifijo de plata. Era como la preparación para el episodio final. Bernardita estaba ya lista para la muerte.

Y la muerte llegó. Antes, sin embargo, le precedió un cierto alivio. Se nombró una nueva superiora general, mucho más comprensiva para con ella. Por otra parte tuvo el consuelo también de recibir la visita de Toneta, su hermana queridísima, y la

de uno de los sacerdotes de Lourdes que había sido su confesor en la época de las apariciones. A nadie más pudo ver, ni se pudo jamás arreglar un viaje a Lourdes para volver a visitar su gruta querida.

La enfermedad se fue agravando. Los sufrimientos se hacían más insoportables. El domingo de Pascua, 13 de abril, parecía estar ya inminente el desenlace. Pero su auténtica noche de Getsemaní fue la del lunes al martes de Pascua. Sufrió terriblemente y sin descanso. Un sudor helado cubría su frente. Temblaba por su propia salvación. Y así continuó también sufriendo en la mañana del 16 de abril. A eso de las once de la mañana la colocaron en un sillón con los pies en un escabel. A eso de la una acudió la comunidad. Ella miró a la imagen de la Virgen y con intensidad exclamó: «¡La vi, la vi! ¡Qué hermosa era! ¡Cuánto ansío volver a verla!». Minutos después quedó con los ojos fijos en un punto de la pared, lanzó una exclamación de sorpresa y con la mano derecha crispada en el sillón intentó levantarse. Volvió a quedar tranquila. Así pasó el tiempo, entre sufrimientos tremendos, hasta que por fin, musitando dulcemente: «Ruega por mí, pobre pecadora, pobre pecadora», y apretando el crucifijo contra su corazón, mientras dos gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, expiró dulcemente. Tenía treinta y cinco años de edad y llevaba doce en la casa religiosa en la que había ingresado.

Su muerte fue un auténtico triunfo. La ciudad entera se conmovió. Los funerales, solemnísimos, atrajeron muchedumbres inmensas. Pronto empezó a pensarse en su beatificación.

Fue un cardenal español, Vives y Tutó, el que animó, por medio del obispo de Nevers, a la superiora general a acometer la empresa. La antigua maestra de novicias pedía que se retrasara el comienzo del proceso hasta que ella muriera. Así se hizo. Y por fin el 20 de agosto de 1909 se iniciaba el ansiado proceso.

Se procedió con rapidez, y el 18 de noviembre de 1923 se declaraba la heroicidad de sus virtudes. Por fin, el 14 de junio de 1927 era declarada beata. Y en 1933, el 8 de diciembre, canonizada solemnísimamente.

En su homilía, Su Santidad Pío XI ponderó la humildad de esta «ignorante hija de unos pobres molineros, que por toda riqueza poseía solamente el candor de su alma exquisita».

Y en el Lourdes de hoy sigue presente. Bajo las arcadas está su altar. Al llegar a la estación, sale al encuentro en una deliciosa estatua que la presenta como pastorcita, al peregrino que acude a la ciudad santa; las muchedumbres visitan la mazmorra en que ella vivió. Mientras en Nevers, encerrada en una preciosa urna, se muestra como dormida a sus devotos visitantes.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

KEYES, F. P., *Sublime Shepherdess: St. Bernadette Soubirous* (Londres 1940).
LAURENTIN, R. (ed.), *Lourdes. Dossier des documents authentiques,* 7 vols. (París 1961-1963).
— *Vida de Santa Bernardita* (Madrid ⁴2002).
LIBBIE, B., *The soul of Saint Bernadette* (Tralee 1946).
LÓPEZ-MELÚS, R.-M.ª, *Vida de Santa Bernardita de Lourdes* (Madrid 1944).
MARÍA BERNARDA SOUBIROUS (Sta.), *Cuaderno de notas íntimas* (Valencia 2004).
TROCHU, F., *Bernadeta Soubirous* (Barcelona 1957).

BEATOS JOSÉ TRINIDAD RANGEL MONTAÑO, ANDRÉS SOLÁ MOLIST Y LEONARDO PÉREZ LARIOS

Mártires († 1927)

Los llamados mártires de San Joaquín, porque fueron sacrificados en el Rancho de San Joaquín, eran dos sacerdotes y un fiel seglar, que dieron su vida por Cristo en la persecución del régimen mexicano contra la Iglesia católica.

JOSÉ TRINIDAD RANGEL nació en Dolores Hidalgo (Guanajuato) el 4 de junio de 1887 en una familia modesta y cristiana. Desde niño sentía la vocación sacerdotal y a los 20 años pudo empezar sus estudios en el seminario en calidad de externo, ordenándose de sacerdote el 13 de abril de 1919. Adscrito a la parroquia del Sagrario, de León, hubo de quedar en condición de refugiado para no inscribirse a tono con la ley civil persecutoria, y lo hizo en casa de sus hermanas, negándose a salir del país. Celebraba los santos oficios de Semana Santa clandestinamente en la casa de las hermanas mínimas cuando fue detenido y trasladado a la comandancia, no negando él su condición de sacerdote.

ANDRÉS SOLÁ Y MOLIST era español y había nacido en Can Vilarrasa (Barcelona) el 7 de octubre de 1895 en una familia numerosa de agricultores. Oyendo a los claretianos en unas misiones, le vino la vocación e ingresó en dicha congregación, en la que profesó y se ordenó sacerdote el 23 de septiembre de 1922. Enviado a México con otros religiosos ejerció varios oficios. Cuando arrecia la persecución se refugia en casa de las hermanas Alba. No le dio importancia a una carta que le avisaba que había orden de detención contra él. Las hermanas Alba solicitaron la puesta en libertad del P. Trinidad Rangel, y entonces su casa fue registrada siendo hallado en ella el P. Andrés, que fue arrestado cuando reconoció su condición de sacerdote.

LEONARDO PÉREZ LARIOS nace en Lagos de Moreno (Jalisco) el 28 de noviembre de 1883 en una familia numerosa y cristiana, que a la muerte del padre se traslada a León. Fracasados sus deseos: primero, de contraer matrimonio y, luego, de ser religioso, vivía intensamente la vida cristiana, siendo persona de mucha devoción y perteneciendo a la Congregación Mariana. Tras haber asistido en casa de las hermanas Alba a la misa del P. Solá, la casa fue registrada y al verlo los soldados vestido de negro y en actitud devota —estaba dando gracias por la misa— lo confundieron con un sacerdote. Él dijo no ser sacerdote pero ser católico, y por ello fue arrestado y con los otros dos llevado al Rancho San Joaquín donde los tres fueron fusilados.

Fueron beatificados el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México*. V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

Mayo

A) Martirologio

Día 6. En Barcelona, San Pedro Nolasco († 1249), presbítero.
Día 18. En Partinico (Italia), Beata Josefa Suriano, llamada Pina († 1950), virgen seglar de Acción Católica.

B) Biografías

SAN PEDRO NOLASCO
Religioso († 1249)

Últimos del sigo XII. El brutal egocentrismo de los señores feudales hace de tea incendiaria. Unos señores baten sus espadas con otros. Y los más poderosos se enfrentan con los propios monarcas en interminables y sangrientas luchas.

Los *gremios* estaban constituidos por hombres libres, dedicados a la industria y al comercio. Dueños del dinero, influían decisivamente.

El *pueblo bajo,* la víctima de siempre, estaba entre los dos fuegos: el monarca y la organización gremial, por un lado; el feudalismo, por otro. La miseria era asombrosa. La esclavitud, humillante. De ahí que fuese materia aptísima, en cualquier momento, para una revolución. Tuviese o no matiz religioso. Díganlo los albigenses, explotadores maravillosos del hambre del pueblo, injustamente sojuzgado por la sórdida avaricia y la espada caprichosa.

Con todo —y quizá por esto mismo—, estamos en la edad de la «caballería». Los paladines de la justicia, del idealismo, del venerable respeto al humilde y al oprimido. Los caballeros, en la Edad Media, son la fruta más genuina del tiempo. Los bravos leones, amamantados por el cristianismo, furiosos ante la opresión. Procedían de cualquiera de las categorías sociales. Sin distinción.

Nuestro caballero es «un piadoso mercader». Pertenece, pues, a la clase gremial. Comerciante, no al estilo de nuestros modernos y pacatos comerciantes de hoy. Eran, a la vez, valien-

tes soldados. Lo encontramos en Barcelona y Valencia, ya a principios del siglo XIII. Jinete sobre un alma gigante. Dispuesto a deshacer el mayor entuerto de entonces: la esclavitud de los cautivos. La brillante estrella de su Dulcinea divina le alienta e ilumina en el andante caminar.

¿Cuál es el nombre suyo? Pedro Nolasch, O'Nolasch, Nolasco, De Nolasco. El porte que lleva, entre humilde y señorial, no dice bien a las claras si es barcelonés, o si corre sangre irlandesa por sus venas. Más bien, con los gestos y ademanes finísimos, parece indicarnos ser oriundo del bajo Languedoc. Concretamente del pueblecillo Mas-Saintes Puelles, entre Carcasona y Tolosa, cerca del viejo Recaudum, en la vía del Imperio Romano. Al fin, asevera algún historiador, «languedocines y catalanes venían a formar entonces un solo pueblo».

Este hidalgo, nacido hacia el año 1180, privado pronto de sus padres cristianísimos, va a lanzarse a la *más perentoria empresa de la época* como quien es: cual pundonoroso y ardiente caballero, y cual generoso y hábil mercader. La cuestión social más acuciante salta a la vista: es el cautiverio y, por él, la apostasía. En el reino de Granada, por ejemplo, había más de quinientos mil individuos que, negando la fe católica, abrazaron locamente la secta de Mahoma. Y si esto ocurría en la Península, ¿qué no sucedería fuera de España? Amén de la pérdida de la fe y la moral, el cautiverio bañaba en lágrimas y vestía de enlutados crespones a un porcentaje inmenso de hogares. Las penalidades del cautivo en mazmorras sobrepasaban lo imaginable.

La redención de cautivos venia ya realizándose por órdenes e instituciones religiosas, desde las mismas órdenes de caballería hasta los trinitarios. Pero los remedios no eran contundentes, cual lo exigía la candente cuestión social. La redención no pasaba de ser cosa accidental. A le sumo se dedicaba a ella una tercera parte de algunos bienes. A fuer de fogoso caballero, Nolasco dedicaría el mayor esfuerzo a esa magna labor, hasta quedarse en rehenes por los cautivos, perdiendo vida y libertad, si fuera preciso; y, a fuer de experto mercader, implanta nuevos métodos, ensayando las colectas de limosnas, dedicadas entera y exclusivamente a la redención, fundando cofradías en pueblos estratégicos para la recolección de las mismas limosnas,

y organizando las procesiones de redimidos y redentores por los pueblos.

Cuando inicia la campaña de misericordia, así planeada, fue en momentos difíciles. Si bien habían sido abatidos los almohades en la batalla de las Navas, las divisiones y guerras intestinas entre los príncipes y reyes cristianos esterilizaron el fruto de la victoria. Jaime I de Aragón y Fernando el Santo de Castilla no estaban aún capacitados para las grandes conquistas. Los sarracenos dominaban media España y eran señores del Mediterráneo. No admitían consulados cristianos en sus Estados, ni embajadas. Échase de ver lo heroico de la gesta de Nolasco, con su puñado de compañeros, en circunstancias tales.

Para epopeya social y cristiana de tal calibre no era suficiente aquel puñado de desprendidos y animosos. Había que consolidarla con una *milicia* auténtica. Dios mismo se lo dio a entender a Nolasco con la visión del olivo, de frondosidad extraordinaria, plantado en un espacioso atrio, a quien nadie podría destruir jamás.

La Santísima Virgen, que siempre había sido la invisible capitana e inspiradora de tan excelso soldado —desde niño, más intensamente desde que se había arrodillado en Montserrat para hacer su consagración mariana y, sobre todo, desde que la había declarado la dama de sus empresas caballerescas de misericordia—, pasa ahora, desde este instante, a ser visible maestra y orientadora práctica. Fue en la templada noche agosteña de 1218, día 2. La visión es clara, terminante, imperativa:

> Fundad una religión
> con hábito blanco y puro
> que sea defensa y muro
> de la española nación;
> de cautivos redención,
> y de la Iglesia columna
> en esta adversa fortuna
> del francés y el español.

Raimundo de Peñafort, jurista de fama y confesor de Nolasco, rubrica: «No puede estar más clara y patente la voluntad divina». El rey Jaime I, conocedor y entusiasta admirador de los planes nolasquinos de redención, presta su decisiva ayuda a la

fundación y organización de esa orden religiosa. Y es en la catedral de Barcelona, ante el obispo Berenguer de Palou, año de gracia 1218, cuando Nolasco y sus compañeros emiten los tres votos religiosos, añadiendo el cuarto, peculiar y distintivo de los mercedarios: quedar en rehenes por los cautivos, si necesario fuera.

La milicia está ya en marcha. Los frailes, caballeros como Nolasco, lucen inmaculados sayales; sobre sus pechos aguerridos campeará luego el escudo de atletas: cruz blanca de la catedral de Barcelona, barras catalanas. Caminan decididos, heroicos, con gesto humilde. Bajo las alas, siempre protectoras y maternales, de la Santísima Virgen de la Merced, con el sincero apoyo de Jaime el Conquistador. Hacia rutas sangrantes de la misericordia, jamás tan valiente y redentoramente practicada. Gregorio IX, desde Perusa, a 17 de enero del 1235, les da el espaldarazo de la confirmación canónica.

Fundaciones en Barcelona, Perpiñán, Mallorca, Valencia, Tarragona, Tortosa, etc. El blanco ejército de cruzados lánzase en tromba. Redenciones, marúrios, Nolasco, al frente, les arenga con el ejemplo y la palabra: «Alegrement sien aparelats tots temps los frares daquest Orde, si mester es, posarlos visa axi com Jesuchrist lo pus por nos» (Primeras constituciones). Y no hay páginas más hermosas, después de las del Evangelio, como las que Nolasco escribió con la sangre propia y la de sus hijos, en los anales de la caridad cristiana. Guillén de Bas, Bernardo de Corbera, Arnaldo de Carcasona, Pedro de Amer, con varios más, forman el estado mayor de estas huestes marianas, en torno al fundador. Se inicia el interminable escuadrón de redentores, mártires y misioneros, que llega hasta el siglo XX, pasando por el norte de África, el Nuevo Mundo, y los pueblos todos de España y, cuyo pendón triunfante se sostiene en las manos de San Ramón Nonato, San Serapio, San Pedro Armengol, Santa María de Cervellón, Bartolomé de Olmedo y Francisco Echeverz. Al lado, integrando el mismo ejército, bajo el mando del mismo jefe, San Pedro Pascual encabeza la sabia corporación de intelectuales: teólogos, filósofos, dramaturgos, místicos. Aquí se enrolan Francisco de Zumel, Saavedra, Tirso de Molina, Serafín Freitas y fray Juan Falconi. Con la escuela mística mercedaria,

exuberante y original como ninguna otra. ¿Y las ramas femeninas, cargadas de frutos riquísimos, en que el olivo de la merced proliferó: monjas mercedarias de clausura, mercedarias misioneras, hermanas mercedarias de la caridad, mercedarias del Santísimo Sacramento...?

Desde 1218 hasta el año 1249, fecha de su muerte, Pedro Nolasco llevó el timón y organizó el instituto por él fundado, hizo redenciones, acompañó a Jaime I en la conquista de Valencia y Mallorca, y a Fernando el Santo en la toma de Sevilla (1248). Podía morir tranquilo el cónsul de los cautivos. La obra estaba en marcha. ¿Qué obra? La muy soñada por él:

> «Que la *obra* de misericordia, la más candente del momento actual (en tiempo de Nolasco era la redención de cautivos, en el curso de los tiempos serán otras), fuera afrontada de modo heroico, con el espíritu del cuarto voto mercedario».

Y para que esto se realizase conveniente, permanentemente, buscó la prolongación de sí mismo. En la Orden de la Merced. No es, pues, la redención de cautivos, la exclusiva razón de ser de la Merced. Demasiado gigante fue su fundador para dejarse aprisionar en las cadenas de lo transitorio; él, que rompiera tantas cadenas de esclavos. La permanencia siempre actual de las obras de misericordia, realizadas a la manera esforzada de Cristo, como Redentor, fue su meta y quiso que fuera el programa de sus hijos.

Quizá un trece de mayo, fiesta de la Ascensión, haya sido el día de su tránsito. Los sumos honores de los altares, mediante la demostración del culto inmemorial, se los dará Urbano VIII, en 1628. Desde siempre, la historia le venera como a héroe, la sociedad le canta como bienhechor insigne, la Iglesia le honra como a santo, y la Orden de la Merced como a padre.

ELÍAS GÓMEZ, O. DE M.

Bibliografía

GAZULLA, F., *La Orden de Nuestra Señora de la Merced. Estudios histórico-críticos,* 3 vols. (Barcelona 1934).

GUEDE y FERNÁNDEZ, L., *Un hombre, un ideal, una epopeya: San Pedro Nolasco* (Málaga 2003).

Homenaje a la memoria de San Pedro Nolasco (Madrid 1985).

«Homenaje a San Pedro Nolasco en su séptimo centenario (1249-1949)»: *Estudios* (1956) mayo-diciembre, monográfico.
PÉREZ, P., *San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced,* I (Barcelona 1934).
PRONZATO, A., *Un Mercader de libertad. Perfil biográfico de San Pedro Nolasco* (Salamanca 1988).
RODRÍGUEZ CARRAJO, M., *La figura y obra de San Pedro Nolasco* (Lima 2001).

BEATA JOSEFA SURIANO, llamada PINA
Virgen († 1950)

Deseó mucho ser religiosa y las dificultades bloquearon su ida al claustro, pero fue porque Dios quería que esta intrépida militante de Acción Católica fuera brillo y ornamento del laicado católico, del laicado comprometido. Nace el 18 de febrero de 1915 en Partinico, en la archidiócesis de Monreale (Italia) en el seno de una familia campesina. Pina recibe una esmerada educación cristiana a la que corresponde y en 1922 ingresa en las benjaminas de Acción Católica y empezó a colaborar con gran empeño en las actividades parroquiales. Tras ejercer varios cargos directivos, en 1945 es nombrada presidenta de las Jóvenes de Acción Católica. En 1948 funda la Asociación de Hijas de María y la preside hasta su muerte. El 29 de abril de 1932 emite el voto de castidad, lo que contrarió a su madre que la quería casada, pero ella se mantuvo fiel a su entrega al Señor. Llena de espiritualidad y muy activa en el apostolado, daba un ejemplo insigne como seglar comprometida. Peregrinó en 1948 a Roma y se ofreció al Señor como víctima. De forma sorprendente, este ofrecimiento coincidió con el comienzo de una forma de artritis reumática tan fuerte que le dejó un defecto cardíaco que la llevaría a la muerte. Murió de un repentino infarto cardiaco el 19 de mayo de 1950. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el 5 de septiembre de 2004.

Dice de ella *L'Osservartore Romano* (3-9-2004):

> «Su participación en la Acción Católica fue decisiva en su vida, puesto que los intereses que ella cultivó y las aspiraciones y los actos religiosos de su vida surgieron precisamente de su compenetración con el hecho de ser miembro de la Asociación. Esto explica cómo ella, con el paso de los años, se transformó en una experta en la vida y el mensaje de Jesús, la misión de la Iglesia y la vocación de las personas a la santidad. Puso como fundamento de su apos-

tolado la oración, el sacrificio, la misa, la comunión y la meditación diaria, el estudio de la palabra de Dios y la adhesión al magisterio de la Iglesia».

Bibliografía

NARO, M., *L'amore e il distintivo: Pina Suriano, la sua città e il suo tempo* (Caltanisetta 2004).
SORESI, A., *Pina Suriano (dai suoi scritti e testimonianze)* (Partinico 1987).

Junio

A) MARTIROLOGIO

Día 9. En Mardine (Turquía), Beato Ignacio Choukrallah Maloyan († 1915), arzobispo de Mardine y mártir.

Día 10. En Turín (Italia), Beato Marcos Antonio Durando († 1880), presbítero, de la Congregación de la Misión, fundador de las Hermanas de Jesús Nazareno.

Día 17. En Sainte-Marie-du-Désert (Francia), Beato José María (Pedro José) Cassant († 1903), presbítero, de la Orden Cisterciense de la Estricta Observancia.

Día 18. En Roma, Beata María Pía (Teresa María) Mastena († 1951), virgen, fundadora del Instituto de Religiosas de la Santa Faz.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO IGNACIO CHOUKRALLAH MALOYAN

Obispo y mártir († 1915)

Llamado por Dios a dar un limpio testimonio de celo pastoral y de firmeza en la fe hasta el derramamiento de la sangre, nace en Mardine, en la actual Turquía, el 19 de abril de 1869, en una piadosa familia de la comunidad católica armenia. Se educó en el convento de Nuestra Señora de Bzommar (Líbano), a donde fue enviado en 1883 por su arzobispo Melhon Nazarian, que muy pronto había advertido las buenas cualidades del jovencito. Estudio filosofía y teología y se hizo miembro del Instituto del clero patriarcal de Bzommar. Se ordenó sacerdote

el 6 de agosto de 1896 y tomó el nombre de Ignacio que unió al suyo original de Choukrallah. Lo hizo en honor de San Ignacio de Antioquía, cuyo espíritu pastoral y martirial quería emular. Trabajó apostólicamente en El Cairo, Alejandría y Estambul y luego fue enviado a su ciudad natal, siendo un celoso sacerdote, asiduo a la predicación, el confesonario y la atención más exquisita a los fieles. En 1911 viajó a Roma como secretario del sínodo de los obispos armenios católicos y en ese sínodo, tras la abdicación del prelado anterior, fue ordenado obispo de Mardine, era el 22 de octubre de 1911.

Ejerce una gran labor y da mucho impulso a la vida cristiana, contando entonces su diócesis con 20.000 fieles. Es asiduo a la visita pastoral; impulsor del celo de los sacerdotes, está muy atento a la edificación de nuevas escuelas católicas y nuevos templos. Lleva vida de gran piedad y austeridad. Declarada la I Guerra Mundial, viendo las dificultades que se le echaban encima al pueblo armenio y muy concretamente a su comunidad, no dudó en decir en una carta pastoral de mayo de 1915 que era su intención perseverar en plena fidelidad a la Iglesia, aunque ello le costara la vida. Sucedió que los jóvenes cristianos armenios fueron detenidos y proscritos a los confines de Turquía, tomando los soldados otomanos las iglesias por asalto y maltratando a los fieles. El obispo protestó con la firmeza debida, saliendo en defensa de los derechos de la Iglesia y de cada uno de los fieles. El 3 de junio de 1915 fue arrestado y al día siguiente lo fueron 15 sacerdotes y 800 cristianos. Quisieron obligar al obispo y a los fieles a abjurar del cristianismo y abrazar el Islam. Viendo venir la muerte el obispo le pidió a un sacerdote que estaba cautivo con él que le diera la absolución y exhortó a todos a la perseverancia en la fe. Como el obispo se negase en términos absolutos a renegar del cristianismo, fue cruelmente maltratado y torturado y finalmente muerto el 9 de junio de un disparo en el cuello mientras oraba con toda piedad. Fue beatificado el 7 de octubre de 2001 por el papa Juan Pablo II.

Dice de él este elogio el breve de su beatificación:

> «Cultivó una alta espiritualidad y las virtudes cristianas, preparándose así para la suprema prueba del martirio. Pues fue varón de una sólida y profunda fe que él defendió hasta incluso el sacrificio de la vida. Su esperanza y confianza la puso sólo en Dios entregán-

dose en manos de la divina Providencia. Ejerció la caridad con Dios y con el prójimo y cumplió con esmero sus deberes religiosos. Se portó con prudencia en su trato con las personas, en soportar sus juicios y en dar consejos. Defendió firmemente los derechos de la Iglesia y los de los fieles. Cuando empezaron los problemas con los armenios, protegió al pueblo y se mantuvo en su puesto de pastor».

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, Ciliciae Armenorum seu Mardinen. *Beatificationis seu canonizationis servi Dei Ignatii Choukrallah Maloyan archiepiscopi Mardiniensis, in odium fidei, uti fertur, interfecti († 1915). Positio super vita, martyrio et fama martyrii* (Roma 2000).

BEATO MARCOS ANTONIO DURANDO

Presbítero y fundador († 1880)

Este digno hijo de San Vicente de Paúl, cuyo celo apostólico y caridad con los pobres imitó tan fielmente hasta el punto de ser llamado «el San Vicente de Italia», nace en Mondoví (Italia) el 22 de mayo de 1801. Recibe una buena formación religiosa de su madre y a los 15 años ya manifiesta sus inquietudes misioneras e ingresa en la Congregación de la Misión, en la que profesa y es ordenado sacerdote el 12 de junio de 1824. Tras cinco años en Casale Monferrato es destinado a Turín y aquí estaría el resto de su vida, no siendo enviado por sus superiores a China, como él tanto deseaba desde joven, y acatando la voluntad de Dios. Predicó misiones populares en muchos pueblos con gran fruto de las almas, y fue elegido superior de su casa y visitador o provincial de su congregación, lo que aprovechó para introducir en el Piamonte las reorganizadas Hijas de la Caridad, que se hicieron presentes en varios hospitales e incluso acudieron a los hospitales de guerra. Difundió la devoción de la Medalla Milagrosa y la Asociación de la misma, de la que saldrían muchas vocaciones para las Hijas de la Caridad. En diez años fundó veinte casas para estas hermanas y acogió el ingreso de 260 nuevas vocaciones. Fomentó los centros de obras de caridad llamados «Misericordias», desde las que las Hijas de la Caridad y las Damas de la Caridad, alentadas siempre por Marcos Antonio, atendieron numerosas necesidades.

Guía espiritual de muchísimas religiosas, el Señor lo destinaba a ser el fundador de una nueva congregación. El 21 de noviembre de 1865 fundaba la «Compañía de la Pasión de Jesús Nazareno» para la atención de todos los que sufren. Se mostró siempre como un sacerdote lleno de espiritualidad, celosísimo de la gloria de Dios y del bien de los hermanos, singularmente de los más pobres y abandonados, claramente consciente de la necesidad de una evangelización continua, a la que se entregó por completo. Muere el 10 de junio —según la segunda edición del *Martirologio*— de 1880 en Turín. La primera edición ponía el 10 de diciembre, así como las biografías publicadas cuando su beatificación. Fue beatificado el 20 de octubre de 2002 por el papa Juan Pablo II.

El breve de beatificación le dedica estos cálidos elogios:

> «A las jóvenes que se acercaron a él con voluntad de dedicarse a Dios, les encomendó la tarea de servir a los hermanos enfermos como a miembros dolientes de Cristo, ayudándolos en sus propios domicilios, de día y de noche, sin discriminar a nadie, fueran pobres o ricos, con este solo propósito, el de llevarles a que encontraran en sus dolores un misericordioso abrazo de fe con Jesucristo. Con solicitud máxima cuidó de su santificación por medio de las peculiares virtudes de la humildad, la mortificación y la obediencia, añadiendo un cuarto voto de dedicarse al culto de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. La fuerza secreta que impulsaba toda la acción del siervo de Dios le venía de su viva fe y absoluta confianza en el auxilio de Dios y de la Virgen María. Y esta fuerza la estimulaba ante la Sagrada Eucaristía que era el centro y el eje de toda su vida sacerdotal. Su esperanza, su confianza en Dios y su fortaleza de ánimo brillaron especialmente al tiempo de la supresión de las comunidades religiosas, es decir el año 1866. En aquellas tristísimas circunstancias exhortaba a todos a que recibieran con buen ánimo lo que la divina Providencia permitía, sin duda por amor a sus hijos. En medio de aquella oscuridad brilló más claramente su amor a la Iglesia y al romano pontífice».

Bibliografía

CHIEROTTI, L., CM, *Il p. Marcantonio Durando (1801-1880)* Sarzana (1971).
CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Beatificationis et canonizationis servi Dei Marci Antonii Durando, sacerdotis Congregationis missionis S. Vincentii a Paulo* (Roma 1974).

BEATO JOSÉ MARÍA (PEDRO JOSÉ) CASSANT

Presbítero († 1903)

Nace en Casseneuil (Francia) el 6 de marzo de 1878. Alumno de los Hermanos de las Escuelas Cristianas e introducido por su párroco en la dulzura de la vida interior, optó por la vida monacal y a los 16 años ingresó en la trapa de Sainte-Marie-du-Desert, en la diócesis de Toulouse, en la que pronunciaría los votos solemnes el 24 de mayo de 1900. Se preparó para el sacerdocio, superando sus dificultades con los estudios, y se ordenó presbítero el 12 de octubre de 1902. Pronto descubrió que estaba enfermo de tuberculosis. Por obediencia pasa un tiempo con su familia, pero luego se le permite regresar al monasterio y ser atendido en la enfermería. Ofreció al Señor su enfermedad con entrega total y dio grandes ejemplos de virtud durante la misma, pasando al Padre el 17 de junio de 1903 y dejando tras sí una clara estela de santidad. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004 por el papa Juan Pablo II.

Dijo de él *L'Osservatore Romano* (1-10-04):

> «Puede parecer insignificante esta corta existencia: dieciséis años discretos pasados en Casseneuil y nueve años en la clausura de un monasterio, haciendo cosas sencillas: oración, estudios, trabajo. Cosas sencillas, sí, pero que supo vivir de forma extraordinaria; pequeñas acciones, pero realizadas con una generosidad sin límites. Cristo puso en su espíritu, limpio como agua de manantial, la convicción de que sólo Dios es la suprema felicidad, que su reino es semejante a un tesoro escondido y a una perla preciosa. El mensaje del padre José María es muy actual: en un mundo lleno de desconfianza, a menudo víctima de la desesperación, pero sediento de amor y de ternura, su vida puede ser una respuesta, sobre todo para los jóvenes que buscan un sentido a su vida».

Bibliografía

DUFAUR, M., *Sous le signe de Dieu, le père Joseph Cassant, trappiste* (París 1950).
MASSON, R., *Joseph Cassant, les inaperçus de Dieu* (Saint-Maur 2001).

BEATA MARÍA PÍA (TERESA) MASTENA

Virgen y fundadora († 1951)

Nace en Bovolone, cerca de Verona (Italia) el 7 de diciembre de 1880, y es bautizada con el nombre de María Teresa. El día de su primera comunión —19 de marzo de 1891— se consagró al Señor e hizo voto de castidad, sintiéndose llamada a la vida religiosa. Viste el hábito religioso de las Hermanas de la Misericordia de Verona el 29 de septiembre de 1902 y el 24 de octubre de 1903 emitió la profesión religiosa con el nombre de Passitea del Niño Jesús. Obtuvo en 1905 el diploma de magisterio y en 1907 la habilitación para escuelas primarias. Fue institutriz de los hijos del conde de Canosa. En 1908 se la destina a Miane como superiora de una nueva fundación. Vivió allí hasta 1927 siendo muy estimada por todos debido a sus cualidades y su continua actividad bienhechora, lo que fue especialmente sentido durante la I Guerra Mundial. Pero desde 1910 sentía la aspiración a una vida más contemplativa y deseaba fundar una congregación que difundiera la devoción a la Santa Faz. Aconsejada por el obispo de Vittorio Veneto pasó el 2 de junio de 1927 al noviciado de las monjas cistercienses tomando el nombre de María Pía y, aunque se insertó muy bien en la vida contemplativa, meses más tarde comprobaba que aquella no era la senda en la que Dios la quería. Por ello dejó el noviciado, se dedicó de nuevo a la enseñanza y dio los pasos necesarios para la fundación de una nueva congregación que llamó de la Santa Faz (1932). En 1936 el obispo la nombró superiora general por diez años, pasados los cuales, fue reelegida por las hermanas. Vivió con intensidad religiosa su misión de fundadora. Habiendo puesto sólidamente los cimientos de la nueva obra pasó al Padre el 28 de junio de 1951. Ha sido beatificada el 13 de noviembre de 2005.

En la homilía de la beatificación, el cardenal José Saraiva Martins, dijo estas palabras:

> «En un mundo de personas distraídas con respecto a las cosas eternas es muy actual el brillante ejemplo de la beata madre María Pía Mastena, en cuyo rostro se transparentaba, como filigrana, el rostro sonriente de Cristo. Toda la persona de la Madre Pía estaba llena de la presencia de Cristo crucificado y resucitado, de un

modo tan evidentemente sobreabundante que la impulsaba a servirlo en los pobres de todo tipo y a ensimismarse en la Eucaristía celebrada y adorada [...] Pero más allá del elogio de la mujer perfecta en sus diversos aspectos, lo que se ensalza como superior a las perlas por su valor es la riqueza humana, que da consistencia a todas las actividades exteriores, riqueza interior manifestada y forjada por el séptimo don del Espíritu Santo, el temor de Dios, es decir, la disposición de seguir las mociones divinas a fin de dirigir la propia vida según el designio de Dios».

Bibliografía

LUCARELLI, V., *Immagine del suo volto. Vita di suor Maria Pia Mastena* (Cinisello Balsamo 2005).

MIGLIACCIO, L., OMD, *Dies natalis della Madre Maria Pia Mastena nel XX anniversario della morte della fondatrice delle Religiose del S. Volto, Roma, 28-6-1951/S. Fior, 1971* (Ciudad del Vaticano 1971).

Julio

A) MARTIROLOGIO

Día 4. En Santa Marinella (Italia), Beata María Crucificada (Rosa) Curcio († 1957), virgen, fundadora de las Hermanas Carmelitas Misionerasde Santa Teresa del Niño Jesús.

Día 8. En Rencurel (Francia), Beato Pedro Vigne († 1740), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas del Santísimo Sacramento.

Día 16. En Viana do Castelo (Portugal), Beato Bartolomé Fernández de los Mártires († 1590), arzobispo de Braga.

Día 17. En Ilava (Eslovaquia), Beato Pablo (Pedro) Gojdich († 1960), de la Orden Basialiana de San Josafat, obispo administrador apostólico de Presov, mártir.

Día 25. En Veracruz (México), Beato Ángel Darío Acosta Z. († 1931), presbítero y mártir.

Día 27. En San Giorgio a Cremano (Campania), Beata María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo (Grazia) Tarallo († 1912), virgen, de las religiosas Crucificadas, Adoratrices de la Eucaristía.

B) BIOGRAFÍAS

BEATA MARÍA CRUCIFICADA (ROSA) CURCIO

Virgen y fundadora († 1957)

Nace en Ispica, en el sur de Sicilia (Italia), en la diócesis de Noto, el 30 de enero de 1877. Sus padres le proporcionaron una buena educación, que ayudó a forjar en ella su propia personalidad y a consolidar sus cualidades de inteligencia y fortaleza espiritual, pero en la que no estuvo incluida la iniciación a una cultura superior ni una buena formación religiosa. Pero ella encontró en la biblioteca de su casa la *Vida de Santa Teresa de Jesús* y su lectura la hizo elevarse a las cosas del cielo. No sin dificultades pudo ingresar a los trece años en la Tercera Orden del Carmen, recientemente reimplatada en su pueblo. Su devoción a la Virgen del Carmen la llevaba a desear el florecimiento del Carmelo, fijándose sobre todo en la dimensión misionera del mismo que une la vida activa a la contemplativa. Esto la llevó a una primera experiencia de vida comunitaria cuando con licencia del obispo de Noto, monseñor Bladini, comenzó vida de comunidad en su propia casa con otras terciarias carmelitas, viviendo en el espíritu del Carmelo. Dos años más tarde, el grupo fue invitado a hacerse cargo de una casa de niñas huérfanas y pobres en Modica (Ragusa) y ello marcaría su futuro.

En 1911 toma el hábito de terciaria carmelita —dado por los carmelitas de Catania— y el nombre de María Crucificada, haciendo los votos religiosos posteriormente. Llegado un nuevo obispo a la diócesis, éste quería darle a la comunidad una orientación que no se avenía con la espiritualidad carmelitana, y en esta difícil ocasión María Crucificada acudió al comisario general de la provincia carmelitana de Sicilia, el P. Alberto Grammatico, quien la puso en contacto con el P. Lorenzo van den Erenbeemt que deseaba la fundación de una comunidad carmelita misionera. En mayo de 1925 se marchó a Roma para la canonización de Santa Teresita del Niño Jesús, y al día siguiente, acompañada por el P. Lorenzo, visitó Santa Marinella, una pequeña población en el Lazio, en la costa norte de Roma. Quedó impactada de la belleza de la región y también de la pobreza de sus habitantes, decidiendo que aquél sería su sitio. Con la ayuda

del P. Lorenzo, María Crucificada se trasladó allí y con sus hermanas se hizo cargo de la iglesia de las Victorias. Crearon allí la sede de una nueva comunidad religiosa llamada Carmelitas Misioneras de Santa Teresita del Niño Jesús, siendo el papa Pío XI el que sugirió este título. Se obtuvo la bendición del cardenal Antonio Vico, obispo de Porto y Santa Rufina y la nueva comunidad quedó agregada a la Orden del Carmen (16 de julio de 1926). Tras superar no pocas dificultades, en 1930 le llegó la aprobación diocesana del cardenal Tomás Pío Boggiani, pero la pontificia llegaría en 1963 cuando ya la fundadora había muerto.

La congregación no tardó en extenderse por Italia y, puesta la vista en una difusión estrictamente misionera, en 1947 se abre la casa de Brasil. En 1945 se celebra el primer capítulo general en el que M. María Crucificada sale elegida superiora general, y lo mismo sucede en el capítulo de 1952. María Crucificada dio cuanto impulso pudo a la espiritualidad y la vida religiosa de las hermanas, visitándolas con frecuencia y dándoles conferencias y manteniendo con todas las casas frecuente relación epistolar. Ella insistía mucho en la experiencia interna de la presencia de Dios en el corazón del hombre redimido y, asimismo, en la presencia de Dios en la creación. Su vida espiritual estuvo llena de una gran alegría interior y agradaba a todos con su trato amable y familiar. Llena de méritos murió en Santa Marinella el 4 de julio de 1957. Su causa fue autorizada el 3 de enero de 1989. Sus virtudes fueron declaradas heroicas el 20 de diciembre de 2002 y un milagro por su intercesión fue aprobado el mismo día de su declaración de virtudes heroicas, quedando fijada su beatificación para el 25 de abril de 2005, pero la muerte del Santo Padre Juan Pablo II hizo que se pospusiera hasta el 13 de noviembre de ese mismo año.

En la homilía de la beatificación dijo de ella el cardenal José Saraiva Martins:

> «Al siervo perezoso y arrogante de la parábola de los talentos se contrapone positivamente la figura femenina que nos presenta el libro de los Proverbios. En este contexto se inserta adecuadamente con su carisma materno y su genio femenino la beata María Crucificada Curcio, mujer hábil y laboriosa, atenta a las necesidades de su prójimo hasta convertirlo en su familia. También la ma-

dre María Crucificada supo procurarse lana y lino y trabajarlos de buen grado con sus manos para hacer crecer la familia que Dios le había encomendado. Encontró en el espíritu del Carmelo, y más concretamente en el carisma contemplativo-misionero de Santa Teresa del Niño Jesús, el estímulo para fundar la congregación carmelitana de las Misioneras de Santa Teresa del Niño Jesús. El amor de Jesús la condujo por un camino que a menudo fue arduo y amargo, haciéndole experimentar lo que comporta estar crucificada, como Jesús, por amor a los hermanos, siempre presentes en sus atenciones, incluso en los momentos de mayor intimidad con Dios [...] La madre María Crucificada fue una mujer sencilla y fuerte, conquistada por el amor de Dios, totalmente orientada hacia el cielo, pero atenta a inclinarse hacia la tierra, en particular hacia la humanidad que sufría y estaba necesitada. En su fe profunda y en su amor apasionado a la Eucaristía encontró inspiración y alimento continuo para su búsqueda de santidad. La beata madre María Crucificada Curcio supo conjugar en los acontecimientos ordinarios de su vida diaria la oración y la acción, entendida esta última como recuperación de los últimos y, más precisamente, como acogida y formación de la juventud más abandonada. Precisamente por su normalidad y realismo es un modelo en el que uno se puede inspirar hoy, al ser de gran actualidad su mensaje».

Bibliografía

CONTI, G., *Un fiore di zagara: profumo di terra e di cielo. Profilo biografico di madre Maria Crocifissa Curcio, fondatrice delle Suore Carmelitane Missionarie di S. Teresa del Bambino Gesù* (Santa Marinella 1989).

DEL GAUDIO, C., *Un cuore per Dio: madre M. Crociffisa Curcio, fondatrice* (Santa Marinella 1986).

BEATO PEDRO VIGNE

Presbítero y fundador († 1740)

Destinado por la gracia de Dios a servir con amor a los más abandonados de su tiempo, especialmente jóvenes y adolescentes, para reafirmarlos o devolverlos a la fe, nace en Privas (Francia) el 20 de agosto de 1670 el Beato Pedro Vigne. Recibe una buena educación e instrucción y, llevado por su devoción a la Eucaristía, ingresa en el seminario de San Sulpicio de Viviers en 1690. El 18 de septiembre de 1694 es ordenado sacerdote y ejerce el ministerio parroquial en Saint Agrève como coadjutor. Llevado por su deseo de dedicarse a las misiones populares ingresa en 1700 en Lyón en la Congregación de la Misión. Tras

ejercer de misionero popular seis años como paúl, deja la congregación y se dedica como misionero itinerante a recorrer los poblados y caseríos a lo largo de treinta años, visitando las familias, catequizando los niños, asistiendo a los enfermos, confesando y acercando a muchas almas a la Eucaristía, convenciendo a muchos con su palabra evangélica y con el ejemplo de su caridad y austeridad de vida. En 1712 construye el vía crucis de Boucieu-le-Roi y para acompañar a los peregrinos instituye la «Congregación de Religiosas del Santísimo Sacramento», a las que da el hábito religioso el 30 de noviembre de 1715. Lleno de méritos vino a morir mientras misionaba en Rencurel el 8 de julio de 1740. Fue beatificado el 3 de octubre de 2004.

Dice de él el decreto que declara heroicas sus virtudes, fechado el 7 de julio de 2003:

> «A su predicación añadió la fe por medio de una pronta y humilde caridad con Dios y con el prójimo, de la que dio especial testimonio con su continua actividad pastoral, con los consejos y ayudas que ofreció a los hermanos, con la liberalidad con que procuró que sus religiosas no careciesen de nada necesario, con su celo por la conversión de los pecadores, con su solicitud por los más abandonados, sin exceptuar a los afectados por las epidemias, siempre benigno con los pobres, misericordioso con los extraviados, dispuesto siempre a servir a cualquiera. En toda su vida no buscó nada para sí, cuidando en cambio de que a cada uno, especialmente a los pequeños, no le faltaran las cosas necesarias. Fue ejemplo por su prudencia, buscando su santificación y la de las religiosas confiadas a su cuidado, mortificando su cuerpo y siendo paciente, fuerte en los trabajos apostólicos, casto, desprendido, perseverante en el camino de la santidad y, buscando siempre la humildad, siendo en todo sencillo y modesto».

BEATO BARTOLOMÉ FERNANDES DE LOS MÁRTIRES

Obispo († 1590)

Nace en Lisboa el 3 de mayo del año 1514 y es bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de los Mártires, motivo por el cual él añadiría más tarde a su nombre este apelativo. Educado cristianamente en el clima de fervorosa religiosidad de su tiempo, se decidió muy joven por la vocación religiosa e ingresó el

11 de noviembre de 1528, con sólo catorce años, en el convento de Santo Domingo de la capital, donde hizo el noviciado y pronunció los votos religiosos en la Orden de Predicadores el 20 de noviembre de 1529. En ese mismo convento había un Estudio General de su Orden y allí pudo hacer los estudios de filosofía y teología, logrando el grado de lector el año 1538, y ordenándose oportunamente de sacerdote. Acreditado por sus buenas dotes como profesor, dio clases de filosofía y teología en varios conventos de su Orden entre los años 1538 y 1557, y en el curso de ese tiempo el capítulo general de su Orden (1551) determinó concederle el título de maestro. En 1558 se le nombró prior del convento dominicano de Benfica, en Lisboa.

Hay que decir que de la oscuridad del claustro pasó, de forma inopinada, a la sede arzobispal de Braga. En abril del año 1555 la provincia dominicana de Portugal, pese a ser tan recelosa de todo lo castellano, eligió como provincial al V. P. fray Luis de Granada, que ya se había acreditado por su sabiduría espiritual y su vida santa en toda la Orden. Y sucedió que estando fray Luis de provincial en Lisboa murió el rey Don Juan III y le sucedió en el trono su nieto D. Sebastián, que era menor de edad, quedando confiada la regencia del reino a la viuda del difunto monarca, Doña Catalina de Austria, hija de la reina española Doña Juana la Loca. La soberana tomó por confesor y consejero a fray Luis de Granada y el trato con él no hizo sino confirmarle en la opinión de santo, sabio, prudente y desinteresado de todas las cosas terrenas que tenía de fray Luis. Y habiendo vacado la sede primada portuguesa —el arzobispado de Braga—, la reina se lo propuso a fray Luis, segura de que hacía una elección muy acertada. Pero el sabio dominico se mantuvo inconmovible en que él no aceptaba la oferta pero, para consolar a la soberana de la negativa, le proponía que en su lugar presentara a la Santa Sede a otro fraile de su Orden, del que le aseguró tenía todas las prendas que podían desearse en un verdadero pastor. Y su nombre era fray Bartolomé de los Mártires, el que sería lumbrera y modelo acabado de pastores, y a quien él como provincial le mandaría que aceptase bajo precepto de obediencia. Doña Catalina se avino al parecer de fray Luis, pareciéndole que con ello acertaba y propuso su nombre al rígido

y reformista pontífice Paulo IV que, en efecto, el 27 de enero de 1559, lo nombraba para la sede bracarense. Fray Bartolomé aceptó, llevado de su obediencia religiosa, y abordó el episcopado con ideas muy claras acerca de cómo tenía que ser el obispo, no un príncipe sino un pastor de la Iglesia, un servidor de la comunidad. Consagrado obispo, fray Bartolomé tomaba posesión de su sede el 4 de octubre de 1559.

Primera tarea que se asignó a sí mismo: predicar e impulsar la predicación del mensaje evangélico. Y señaló que había que educar a los jóvenes como forma de asegurar un futuro cristiano a la sociedad. Por eso llamó a Braga a los religiosos de la Compañía de Jesús, a los que, siguiendo el criterio de fray Luis de Granada, no sólo no se oponía sino que los estimaba sobremanera, y les confió la dirección de estudios públicos en donde pudiera formarse la juventud. Igualmente fundó un convento de su Orden en Viana do Castelo, que pudiera estar dedicado a la tarea evangelizadora propia de una Orden que se llama de predicadores.

Y llegó la hora de celebrar la tercera etapa del Concilio de Trento, del que con razón se esperaban nuevas normas, continuación de las ya emitidas, para la reforma de la Iglesia. Atento a la llamada del papa Pío IV acudió a dicha tercera etapa del Concilio en Trento (1562-1563) y en ella defendió todo lo que significaba volver al verdadero espíritu evangélico de la Iglesia. En el concilio el embajador imperial solicitó un arreglo para la disciplina del clero en Alemania, lo que sirvió para tratar de una reforma general. Se estableció una comisión o junta, presidida por el cardenal Seripando, que opinó se diese principio por la reforma de la curia romana, a fin de quitarle ante todo argumentos a la herejía. Fray Bartolomé apoyó eficazmente este dictamen y manifestó que los primeros pastores no podían sostener la majestad del concilio si no cumplían el fin principal que éste se habría propuesto desde su apertura y no libraban a la Iglesia de la ignominia que había sido la causa de todos sus males. Recordó la carta escrita por el difunto y piadoso rey Juan III de Portugal a Paulo III y que había sido leída en sesión pública de la etapa anterior y subrayó que aun cuando el concilio no tuviera herejías que combatir tenía sin embargo que reunirse para

corregir abusos y desórdenes, y que nada podía facilitar tanto la destrucción del error como la corrección de las costumbres. Inmediatamente hubo réplicas al alegato de fray Bartolomé, pues se le dijo que el respeto a los cardenales debía impedir que se dijera de ellos que tenían necesidad de reforma. Contestó fray Bartolomé:

> «Pues yo declaro por el contrario, inducido por ese mismo respeto, que los eminentísimos cardenales tienen necesidad de una gran reforma; y a la verdad, la veneración con que los honro sería más pagana que divina y más afectada que sincera si no ansiara que la inviolabilidad de su reputación correspondiese a la eminencia de su dignidad».

Y añadió que esta dignidad, la de los cardenales, desconocida de la Iglesia antigua, se había levantado injustamente sobre la autoridad episcopal, que estaba en cierto modo destruida con la introducción de tal novedad, y que no había esperanza de verdadera reforma en la Iglesia mientras no fuesen los obispos lo que deben ser en el cuerpo místico de Cristo, donde los había colocado el mismo Dios, y por último —añadió— comparando a los obispos y cardenales de entonces con lo que eran en tiempos antiguos no podía menos que gemir delante de Dios y quejarse a la Iglesia de la Iglesia misma. Estas palabras les resultaron a muchos duras, pero el crédito de fray Bartolomé era muy grande, y con efecto alentaron a los padres conciliares a proponer muchos artículos importantes de reforma sobre muchas materias que han servido luego para ir componiendo a mejor la disciplina eclesiástica. Las ideas de fray Bartolomé no han podido menos de recordarse cuando en el siglo XX el Concilio Vaticano II dio su admirable doctrina acerca del verdadero papel del episcopado en la Iglesia. El papa Pío IV y su sobrino, el cardenal San Carlos Borromeo, tuvieron en mucho a este pastor de la Iglesia.

Vuelto a su sede diocesana, procuró empapar la diócesis del espíritu reformista tridentino y para ello en 1564 convocó un sínodo diocesano que invitó a todos a las más profundas reformas espirituales, morales y disciplinares. Y con ese mismo espíritu celebró en 1566 el concilio provincial bracarense. Sumamente preocupado por la formación del clero, instituyó el seminario diocesano, al que dio normas sabias de funciona-

miento, y para animar a los sacerdotes y clérigos a la formación permanente instituyó en varios sitios cátedras de moral. Abordó la visita pastoral con gran dedicación y espíritu de sacrificio, visitando una por una todas las parroquias y dando sabios, prudentes y audaces mandamientos de visita que estimularan la reforma del clero y del pueblo. Su caridad se comprobaba en la liberalidad con que socorría a los pobres, y se pudo ver con ocasión de la epidemia que asoló Braga en 1570.

Los cuidados pastorales no le retrajeron de acudir también a la pluma para edificación del pueblo de Dios, escribiendo obras en latín y en portugués. Así se deben reseñar sus obras *Catecismo ou doutrina cristã e praticas espirituais* (1564), *Stimulus pastorum* (1565), muy estimado, y *Compendium spiritualis doctrinae* (1582).

Echaba de menos el silencio y la quietud de su claustro, donde había vivido entregado a la oración, el estudio y la enseñanza, y por ello solicitó del papa Gregorio XIII que le admitiera la dimisión del obispado, lo que en efecto alcanzó en 1582, y se retiró al convento de Viana do Castelo, fundado por él. Allí pudo vivir en paz hasta que el 16 de julio de 1590 pasó al Padre. Fray Luis, que le sobreviviría poco tiempo, pudo tejer su elogio.

Su fama de santidad perduraba y por ello el 11 de septiembre de 1754 empezó su causa de beatificación. El papa Gregorio XVI declaró heroicas sus virtudes el 23 de marzo de 1845, y tras reconocerse un milagro obrado por su intercesión, el papa Juan Pablo II lo colocó en los altares el 4 de noviembre de 2001.

Dice el breve de beatificación:

> «Este admirable prelado dio ejemplo apreciable de sabiduría y doctrina, que ayudó no solamente a su diócesis sino a toda la Iglesia, a la que instruyó con sus escritos y edificó con empeño a base de sus eximias obras. Por ello deseamos que con el patrocinio y el ejemplo de este hombre celestial, los hombres dejen de fijarse en las cosas transitorias para desear ardientemente las de arriba».

Bibliografía

Actas do Congresso Comemorativo do IV Centenário da Morte de D. Fr. Bartolomeu dos Mártires (Fátima 1994).

CACEGAS, L. DE, *Vida de D. Fr. Bartholomeu dos Martyres* (Braga 1890).

BEATO PABLO (PEDRO) GOJDICH
Obispo y mártir († 1960)

Nace en Ruské Peklany (Eslovaquia) hijo de un sacerdote greco-católico. Tras estudiar en Presov y Budapest, y sin haber contraído matrimonio, se ordenó sacerdote el 27 de agosto de 1911. Luego de trabajar en una parroquia, en una escuela como profesor de religión y en la curia diocesana, se decidió por la vida religiosa e ingresó en la Orden de San Basilio Magno el 22 de julio de 1922 y tomó el nombre de Pablo. El 14 de septiembre de 1926 fue nombrado administrador apostólico de la eparquía de Presov. Y en marzo de 1927 obispo titular de Harpas, consagrándose el 25 de marzo de ese año, y siendo, a continuación, recibido por el papa Pío XI que le auguró la cruz que le esperaba. Cuidó de la liturgia, de la vida espiritual del clero y de los fieles, erigió nuevas parroquias, impulsó la creación de orfanatos y escuelas y la buena prensa.

El 13 de abril de 1939 fue nombrado administrador apostólico de Mukacevo en Eslovaquia, pero las autoridades del país se opusieron; él presentó su renuncia y el papa Pío XII lo nombró obispo de Presov. El 15 de enero de 1946 recibió jurisdicción sobre todos los grecocatólicos de Checoslovaquia. Al tomar el poder los comunistas, le instaron a que se pasara a la ortodoxia y con él sus fieles. Él se negó en términos absolutos. La Iglesia grecocatólica fue declarada ilegal el 28 de abril de 1950 y sus actividades prohibidas. Arrestado y encarcelado, se le juzgó y condenó como traidor y se le sentenció a cadena perpetua. Lo llevaron de una cárcel a otra, obligándole a hacer los trabajos más humillantes. En 1953 hubo una amnistía y se le rebajó la pena a 25 años de reclusión. A causa de las enfermedades contraídas por los malos tratos murió en la cárcel de Leopoldov (Eslovaquia) el 17 de julio de 1960. Fue beatificado el 4 de noviembre de 2001 por el papa Juan Pablo II.

Dice de él el breve de beatificación:

> «Confiado en la misericordia de Dios, alimentaba su fe en la oración asidua y en la devoción a la Eucaristía, al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Puso todo su empeño en promover la vida espiritual de los fieles y darles de manera conveniente una auténtica formación cristiana. En el desarrollo de su ministerio episcopal

procuró cumplir lo que era su ideal: Ser con la ayuda de Dios padre de los huérfanos, auxilio de los pobres y consolador de los afligidos. Humilde y afable con todos, mereció se le llamara el hombre del corazón de oro».

Bibliografía

PEKAR, A. B., *Confessor of our times: Bishop Paul P. Gojdich* (Pittsburgh 1980).

BEATO ÁNGEL DARÍO ACOSTA Z.

Presbítero y mártir († 1931)

Nace en Naolinco (Veracruz) el 13 de diciembre de 1908. Huérfano de padre, desde pequeño fue criado por su madre con mucho sacrificio, y él la ayudó en cuanto pudo. Tras hacer los estudios en el seminario, se ordenó sacerdote el 25 de abril de 1931 y fue destinado como vicario a la parroquia de la Asunción de la ciudad de Veracruz. Vista la persecución, el párroco le autorizó a marcharse si quería pero él perseveró en su puesto. Promulgada la llamada «Ley Tejeda» y señalado el 25 de julio para su puesta en vigor, ese día, cuando acababa de bautizar a un niño, fue alcanzado por las balas de unos soldados que entraron en el templo disparando. El párroco acudió y le dio los últimos sacramentos.

Fue beatificado el 20 de noviembre de 2005 en la ciudad de Jalisco (México) por el cardenal J. Saraiva Martins en la ceremonia de beatificación de trece mártires muertos durante los años de la revolución cristera.

Bibliografía

CONFERENCIA DEL EPISCOPADO MEXICANO, *Mártires de la Iglesia de México.* V centenario del descubrimiento y evangelización de América (México 1991).
MUNARI, T., *Derramaron su sangre por Cristo* (Guadalajara ^{3}1995).

BEATA MARÍA DE LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO (GRAZIA) TARALLO

Virgen († 1912)

María Grazia Tarallo nace en Barra (Nápoles) el 23 de septiembre de 1866 en el seno de una religiosa familia. Dos hermanas suyas serían también religiosas. Sus padres, Leopoldo y Concetta Borriello, vivían cuando esta hija suya murió y ambos pudieron deponer en el proceso de beatificación. Por su testimonio sabemos que fue una chica dócil y responsable, que desde muy pronto ayudó a su madre en la educación de las hermanas más pequeñas y en los quehaceres de la casa. A los 7 años, y con grandes ansias, hizo la primera comunión, y a los diez años recibió el sacramento de la confirmación. Una vez terminada su estancia en la escuela elemental, aprendió y ejerció el oficio de costurera. Llena de piedad y vida interior, se hizo terciaria franciscana y se propuso andar por el camino de la perfección cristiana. Ella deseaba permanecer soltera pero su padre le impuso el matrimonio, primero civil, dejando el religioso para más tarde, pero en el mismo banquete de celebración el novio tuvo una hemotipsis, declarándosele una enfermedad de la que moriría nueve meses más tarde, sin que hubieran convivido como tal matrimonio. Su padre insistió para que contrajese un segundo matrimonio pero ella pudo convencerle de que su verdadera vocación era ser religiosa, y obtuvo la licencia paterna.

Junto con su hermana Druisiana ingresó el 1 de junio de 1891 en el convento de las religiosas Crucificadas Adoratrices de la Eucaristía, congregación fundada por la sierva de Dios Pía Notari († 1919). Tres años después ingresaba también en la comunidad su hermana Giuditta. Tomó el nombre de María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo. Desde el principio se mostró como una religiosa ejemplar, siendo notable su virtud ya en el noviciado, singularmente, su humildad y su obediencia. Tras realizar su profesión fue cocinera, ropera y portera y, vistas sus virtudes, se la hizo maestra de novicias. Alma de altísima oración, pasaba todo el tiempo que podía en adoración ante el Santísimo Sacramento. Devotísima de la Eucaristía, decía que quería ser santa amando a Cristo en la Eucaristía, sufriendo con Cristo crucificado y viendo a Cristo en los demás.

Se ofreció como víctima por los pecadores y los sacerdotes, y en su enfermedad dio alto ejemplo de paciencia, alimentándose los últimos días de su vida sólo de la comunión sacramental. Murió el 27 de julio de 1912 en San Giorgio a Cremano, llena de méritos y dejando una clara estela de santidad. Fue beatificada en Nápoles el 14 de mayo de 2006.

Dijo de ella el cardenal José Saraiva Martins en la ceremonia de su beatificación:

> «Hizo de sí un don al mundo, ofreciéndose con Cristo y por Cristo como víctima de reparación de los pecadores, y además viendo en la necesidad de la santidad de los sacerdotes la posibilidad de un mundo nuevo. La vida de esta beata se consumó permaneciendo en Cristo, vivo y realmente presente en el sacramento de la Eucaristía. Sus largas horas de adoración, de día y de noche, manifiestan su sabia opción de estar siempre con Jesús (...) Su carisma es el asombro contemplativo de la Eucaristía, de la que sacaba la fuerza para superar las dificultades, hasta el punto que los últimos días de su vida sólo se alimentaba de la Eucaristía».

Bibliografía

NOTARI, M.ª P., *Mi farò monaca: Maria della Passione (Maria Grazia Tarallo, 1866-1912)* (Cinisello Balsamo 2005).

Agosto

A) MARTIROLOGIO

Día 9. En Molokai (Islas Hawai), Beata María Ana (Bárbara) Cope († 1918), virgen, religiosa de la Congregación de Hermanas de la Orden Tercera de San Francisco de Syracuse.

Día 11. En Milán, Beato Luis Biraghi († 1879), presbítero, fundador de las Religiosas de Santa Marcelina.

Día 13. En Sallás de Pallars (Cataluña), beatos José Tapies Sirvant, Pascual Araguás Guardia, Silvestre Arnau Pasquet, José Boher Foix, Francisco Castell Brenuy, Pedro Martret Moles y José Juan Perot Juanmartí († 1936), presbíteros y mártires.

Día 21. En Nowy Zmigród (Polonia), Beato Ladislao Findysz († 1964), presbítero y mártir.

Día 25. En Madrid, Beata María de los Ángeles (Ángela) Ginard Martí († 1936), virgen, religiosa de las Celadoras del Culto Eucarístico, mártir.

B) Biografías

BEATA MARÍA ANA (BÁRBARA) COPE DE MOLOKAI
Virgen († 1918)

Llamada a ser una intrépida sierva de los leprosos, dedicada a su salud corporal y espiritual, a mejorar sus condiciones de vida y poner alegría y serenidad en sus vidas, Bárbara Kopp nace en Heppenheim (Alemania) el 23 de enero de 1838. La familia emigra a Estados Unidos y se establece en Útica (Nueva York) y adopta al nacionalizarse el apellido Cope. Aunque deseaba ser religiosa desde muy joven, al estar su madre impedida no pudo de momento dejar su casa. A los 24 años ingresó en las Hermanas de San Francisco de Syracuse y profesó con el nombre de sor María Ana (Marianne). Destinada primero a la enseñanza, luego pasó a colaborar en la creación de dos grandes hospitales, ofreciendo servicios a todos, sin excluir a nadie, pese a las críticas. En 1877 y 1881 fue elegida provincial de su congregación. En 1883 llegó una petición urgente del rey de las Islas Hawai de que se necesitaban enfermeras para los leprosos. Ella se ofreció y marchó al hospital de Kakaako (Honolulú) que se encontraba en una triste situación y entonces decidió quedarse definitivamente entre los leprosos y demás enfermos de las islas.

En 1884 se establece el primer hospital general en Maui; más tarde abrirá un albergue para los hijos de leprosos y en 1885 el hospital de Oahu para los leprosos. Cuando los leprosos de este último hospital fueron llevados a Molokai ella decidió aceptar la herencia del ya moribundo Beato Damián de Veuster, y muerto éste en 1889, aceptó la dirección del hogar para varones y el trabajo con las mujeres y las niñas. Vivió en Molokai treinta años, exiliada voluntaria con sus pacientes. Activó el cultivo de las tierras, el acceso de todos a la cultura e introdujo limpieza y sentido de la sanidad. Llena de méritos murió el 9 de agosto de 1918. Fue beatificada el 14 de mayo de 2005 por autoridad del papa Benedicto XVI.

Dice de ella el decreto que declara sus virtudes heroicas, fechado el 19 de abril de 2004:

«Obró con sabiduría, pericia y prudencia sobrenatural, buscando la gloria de Dios y eligiendo los instrumentos más aptos para la santificación propia y la salvación de las almas. Ejercitó la justicia con Dios y con el prójimo. Reivindicó los derechos de los leprosos, especialmente de las mujeres y los niños, y mostró gratitud a los bienhechores. Fue constante en sus propósitos, tenaz en sus empresas, fuerte en las dificultades, serena en la enfermedad. Guardó el orden, la moderación, la templanza, la obediencia, la castidad. Fiel al espíritu franciscano, amó la pobreza. Nunca se atribuyó a sí misma mérito alguno por los innumerables talentos que Dios le dio o por las buenas obras que hizo para sí y para su instituto. Sus palabras y sus obras tenían la luz de la humildad. Dejó escrito: No deseo un alto puesto en el cielo. Quedaré muy agradecida si se me da un sitito donde pueda amar a Dios eternamente».

Bibliografía

LENK, E. A., *Mother Marianne Cope (1838-1918). The Syracuse Franciscan Community and Molokai lepers* (Nueva York 1986).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (13-5-2005).

BEATO LUIS BIRAGHI

Presbítero y fundador († 1879)

Su nacimiento tuvo lugar en Vignate (Milán) el 2 de noviembre de 1801, pero desde muy pequeño vivió en Cernusco sul Navigio, a poca distancia de su pueblo natal. Era el quinto en una familia de ocho hijos. Sintió muy pronto la vocación al sacerdocio, e ingresó con doce años en el seminario menor de Castello sopra Lecco, del que pasaría al seminario mayor de Monza y luego al de Milán, en cuya catedral se ordenó de sacerdote el 28 de mayo de 1825. Primero fue destinado a la enseñanza en varios seminarios, los de Castello sopra Lecco, Séveso y Monza, y en 1833 fue nombrado director espiritual del seminario mayor de Milán, cargo que ejerció con mucho celo hasta 1848 en que fue nuevamente destinado a la enseñanza. A esta tarea se dedicó hasta que dos años más tarde las autoridades austriacas lo destituyeron. Pasó a la Biblioteca Ambrosiana de Milán como viceprefecto y por su cultura y espiritualidad alcanzó un alto crédito entre los componentes del clero. Fue honrado con el nombramiento de canónigo honorario de la basílica de San Ambrosio y el de prelado doméstico de Su Santidad

(1873). Ya anteriormente, el papa Beato Pío IX le había manifestado su aprecio y así en 1862 le dirigió una carta en la que le rogaba interpusiera su buen crédito en el clero para procurar la unión entre los sacerdotes que estaban divididos a causa de la cuestión de la unidad italiana y el poder temporal de los papas.

Hombre de gran espiritualidad y vida interior, unió su piedad personal a su gran cultura y conocimiento de la antigüedad cristiana. Este conocimiento lo llevó a querer restaurar el ideal de la virginidad cristiana consagrada y así fundó, en Cernusco sul Naviglio, la congregación de Religiosas de Santa Marcelina. Esta fundación tuvo lugar en 1838 y tuvo como auxiliar a la madre Marina Videmari († 1891), primera superiora de la nueva congregación. Su figura ideal fue Santa Marcelina, la hermana de San Ambrosio, que recibió el velo de las vírgenes de manos del papa Liberio en la Navidad del año 353 y que fue colaboradora de su hermano en su tarea de animador de la comunidad cristiana. Las religiosas de esta congregación sirven a Dios en la educación cristiana de la juventud. Cuando se vio libre de la atención pastoral directa, mons. Biraghi se dedicó a la orientación de las religiosas de su congregación, a las que formó admirablemente en orden a una vivencia profunda de la consagración religiosa. Vino a morir en Milán el 11 de agosto de 1879. Fue beatificado en la plaza de la catedral de Milán el domingo 30 de abril de 2006 por decreto de Su Santidad Benedicto XVI.

En la homilía de la beatificación dijo el cardenal Tettamanzi:

> «Mons. Biraghi, hombre docto e insigne maestro de generaciones de sacerdotes y misioneros, supo mostrar a través de su obra educativa la importancia de la caridad intelectual, la sabiduría que viene de la fe y es capaz de afrontar, sin miedo y con confianza, los problemas de su tiempo. Y recordó insistentemente a sus hijas, las Religiosas Marcelinas, el celo por la educación que, sin duda alguna, es parte integrante de la caridad cristiana. En un siglo de enfrentamientos supo ser hombre de paz. Frente a la sospecha de ser parcial, se prodigó por la unidad del clero y la fidelidad a la Iglesia, renunciando incluso a los honores personales».

Bibliografía

FERRAGATTA, M., *Monsignor Luigi Biraghi fondatore delle Marcelline* (Brescia 1979).
GIANNI, T., *Beato Luigi Biragh. Itinerari biografici a Milano* (Milán 2006).

BEATOS JOSÉ TAPIES SIRVANT, PASCUAL ARAGUÁS GUARDIA, SILVESTRE ARNAU PASQUET, JOSÉ BOHER FOIX, FRANCISCO CASTELL BRENUY, PEDRO MARTRET MOLES, JOSÉ JUAN PEROT JUANMARTÍ

Presbíteros y mártires († 1936)

Siete sacerdotes seculares fueron juzgados en juicio sumario y condenados a muerte y fusilados junto a las tapias del cementerio de Salás de Pallars (Cataluña). Fueron reunidos en la plaza de Pobla de Segur y conducidos de ahí a la sede del Comité Revolucionario. Sufrieron un duro interrogatorio en Pobla, se negaron a disimular que eran sacerdotes, o a profanar su sotana, y antes de ser detenidos habían celebrado la misa mientras pudieron y defendieron el templo para evitar la profanación del santísimo sacramento. Llevados en un camión y escoltados por milicianos fueron llevados a Salás de Pallars. Aquí se les hizo bajar del camión y caminar hacia la entrada del cementerio donde fueron fusilados. Al llegar al lugar de la ejecución, uno se descalzó para subir hasta las tapias del cementerio descalzo como Jesús subió al Calvario. Otro regaló a sus verdugos todo el dinero que llevaba. Y todos murieron ayudándose a ser fieles, perdonando a sus verdugos y gritando vivas a Cristo Rey.

Los datos personales de los mártires son estos:

JOSÉ TAPIES SIRVANT nació en Pons (Lérida) el 15 de marzo de 1860. Tras hacer los estudios en el seminario de Seo de Urgel se ordenó sacerdote el 11 de junio de 1892 y fue destinado como coadjutor a la parroquia de Pobla de Segur donde ejercitó con celo y dedicación su ministerio hasta el momento del martirio.

PASCUAL ARAGUÁS GUARDIA nació en Pont de Claverol el 17 de mayo de 1889, en una familia modesta y cristiana. Tras hacer los estudios en el seminario de Seo de Urgel, se ordenó sacerdote el 3 de abril de 1923. Luego de ser coadjutor en varias parroquias, fue nombrado párroco de Noeles en 1929. Llegada la revolución, se refugió en casa de una hermana en Pobla de Segur, donde fue arrestado el 13 de agosto de 1936 y, posteriormente, fusilado.

SILVESTRE ARNAU PASQUET nació en Gósol Berguedá el 30 de junio de 1911. Tras estudiar filosofía en el seminario de Urgel, pasó a Roma donde se licenció en teología en la Universidad Gregoriana, ordenándose sacerdote el 21 de noviembre de 1935. Destinado a Pobla de Segur como coadjutor, fue arrestado el 23 de julio de 1936 y obligado a vivir confinado en una casa, el 13 de agosto fue sacado de allí y fusilado.

JOSÉ BOHER FOIX nació el 2 de noviembre de 1887 en San Salvador de Toló. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordenó sacerdote el 11 de abril de 1914. Después de estar en diversas parroquias como coadjutor, fue nombrado párroco de Pobleta de Belvehí, donde permaneció hasta su martirio.

FRANCISCO CASTELL BRENUY nació en Pobla de Segur el 31 de julio de 1876, de padres desconocidos. Educado por el matrimonio Castell-Brenuy, toma sus apellidos. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordena sacerdote el 21 de diciembre de 1889. Después de pasar por varias parroquias es nombrado párroco de Vilanova de La Aguda y de Tiurana. Arrestado el 21 de julio de 1936, estuvo preso y fue torturado. Liberado el 31 de julio, fue de nuevo arrestado el 13 de agosto y posteriormente fusilado.

PEDRO MARTRET MOLES nació en Seo de Urgel el 5 de julio de 1901. Tras estudiar en el seminario de su ciudad natal, se ordena sacerdote el 6 de junio de 1925. Luego de ejercer el ministerio en varias parroquias es nombrado en 1931 ecónomo de Pobla de Segur, donde estaría hasta su martirio.

JOSÉ JUAN PEROT JUANMARTÍ nace en la población francesa de Boulogne (Toulouse) el 30 de mayo de 1877, pero se viene muy joven a Cataluña. Tras estudiar en el seminario de Urgel, se ordenó sacerdote el 28 de marzo de 1903. Fue coadjutor en varias parroquias y luego le nombraron párroco de San Juan de Viñafrescal, donde estuvo hasta su martirio.

Fueron beatificados el 29 de octubre de 2005.

En la homilía de la ceremonia de su beatificación, oficiada por delegación papal por el cardenal José Saraiva Martins, prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos, dijo:

> «Los santos [...] son exigentes consigo mismo, pero comprensivos y pacientes con los demás, tratando de perdonar siempre. Esto es precisamente lo que observamos en la vida de los beatos José

Tapies Sirvant y seis compañeros mártires [...] que se hicieron servidores humildes y solícitos de sus prójimos, llevando sobre sí el fardo de los demás. El profeta Malaquías, en la primera lectura, presenta al Señor como el gran Rey que ha establecido una alianza con los sacerdotes, ministros suyos, los cuales sin embargo le han traicionado. Los siete mártires sacerdotes de la diócesis de Urgel [...], que hoy son declarados beatos, no sólo no han traicionado al Señor sino que, al contrario, durante su vida han difundido sin descanso el reino de Dios. Desempeñaron el ministerio de párrocos o sacerdotes dedicados a la pastoral en Pobla de Segur y lugares vecinos, entregándose por completo a la tarea de la evangelización y procurando celosamente la santificación de las personas que les habían encomendado, Supieron coronar su fidelidad a Jesucristo hasta derramar su sangre por Él, cuando aquel 14 de agosto de 1936, en la hora suprema, en fila ante el pelotón de ejecución, todos a una aclamaron a Dios con el grito de ¡Viva Cristo Rey!».

Bibliografía

Ecclesia (2005) n.3.282, p.24-28.

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ^{2}2004).

BEATO LADISLAO FINDYSZ

Presbítero y mártir († 1964)

Destinado a vivir en tiempos de prevaricación y violencia, a las que opondría la fidelidad y el amor, nace en Kroscienko Nizne (Polonia) el 13 de diciembre de 1907, en una familia campesina de honda tradición católica, que lo llevó a bautizar a la parroquia de la Santísima Trinidad de Krosno al día siguiente. Fue alumno de las Hermanas Felicianas en la enseñanza primaria y luego entró en un instituto público. Decidido por la vocación sacerdotal, ingresó en el seminario de Przemysl en 1927 teniendo como rector al Beato Juan Balicki. Terminados sus estudios se ordenó sacerdote el 19 de junio de 1932.

Fue destinado al ministerio parroquial y sirvió a la Iglesia como vicario parroquial en las parroquias de Boryslaw, Drohobycz, Strzyzow y Jaslo sucesivamente. El 8 de julio de 1941 fue nombrado administrador de la parroquia de San Pedro y San Pablo de Nowy Zmigród, de la que al año siguiente era

nombrado párroco. Expulsado por los alemanes como todos los habitantes el 3 de octubre de 1944, pudo volver en enero de 1945 y se dedicó a la reorganización de la parroquia. Procuraba su renovación religiosa y moral, y hacía lo que estaba de su parte para preservar a los jóvenes de la intensa propaganda del ateísmo que hacían las autoridades del Estado comunista. E igualmente hizo cuanto pudo por ayudar a las familias necesitadas, no importándole su etnia o confesión religiosa. Se volcó en la ayuda a los grecocatólicos, tan duramente perseguidos por el régimen.

Ello trajo consigo que las autoridades comenzaran a mirar su actividad con malos ojos. En 1952 empezaron a tomarse medidas contra él. Fue suspendido del ejercicio de la docencia de la religión en las escuelas. No se le permitió la labor apostólica en la parte de su parroquia que estaba en la frontera. La autoridad eclesiástica quiso, en cambio, darle pruebas de su estima, por ejemplo, con el nombramiento como arcipreste de Nowy Zmigród en 1962.

Con ocasión de la convocatoria del Concilio Vaticano II, comenzó una serie de obras llamadas «obras conciliares de la bondad», y entre ellas escribió cartas a los feligreses en situación irregular invitándoles a regularizarse. Entonces fue acusado de obligar a los fieles a los ritos religiosos y el 25 de noviembre de 1963 fue arrestado y encerrado en la cárcel de Rzeszów. Al mes siguiente fue condenado a dos años y seis meses de reclusión por violar la libertad de conciencia. La prensa arremetió contra él para desacreditarlo y en la cárcel se le dieron malos tratos y humillaciones físicas y psíquicas. El 25 de enero de 1964 fue trasladado a la cárcel central de Varsovia. En este tiempo su salud había empeorando. Porque poco antes de ser arrestado había sido operado de tiroides y se le halló un cáncer de esófago. Aunque se había alegado su mal estado varias veces, sólo se le atendió a finales de febrero de 1964 por el Tribunal Supremo, que mandó fuera liberado y enviado a casa. Volvió a la casa parroquial de Nowy Zmigród ya en muy mal estado; empeoró a causa de un enfisema pulmonar, sin que su estancia en el hospital clínico de Wroclaw sirviera para nada. Vuelto a su parroquia murió el 21 de agosto de 1964.

Fue beatificado por el papa Benedicto XVI, celebrándose la ceremonia en Varsovia el 19 de junio de 2005, presidida por el cardenal José Glemp.

En la homilía de la ceremonia de beatificación mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl de los latinos y presidente de la Conferencia Episcopal, trazó el perfil moral del nuevo beato:

> «Durante la guerra fue nombrado párroco de Zmigród Nowy. Allí, como siempre, entabló un estrecho contacto pastoral con todos, independientemente de su religión y nacionalidad. A todos ayudaba y todos le ayudaban a él, católicos, lemkis, judíos. En la batalla, o más bien en la matanza de Dukla (murieron alrededor de noventa mil soldados rusos, eslovacos y polacos) quedaron totalmente destruidas su pequeña ciudad y las aldeas cercanas. Después de la guerra, con la ayuda de la gente, se fueron reconstruyendo poco a poco. Más difícil resultó la reconstrucción del orden moral destruido por la guerra y por los compatriotas que se habían puesto al servicio del nuevo sistema comunista. Cumplía su misión, como muchos otros, como todos los sacerdotes de aquellos años, pero su empeño se intensificó aún más con los así llamados "Actos de bondad", promovidos por los obispos polacos a favor de la renovación de la Iglesia, impulsada por el Concilio Vaticano II. En otoño de 1963, Ladislao Findysz, párroco y arcipreste, escribió cartas a sus parroquianos, exhortándolos a intensificar su vida de piedad y a contraer el matrimonio sacramental, cuando fuera posible. Las autoridades lo consideraron un delito. Fueron el celo y la fidelidad a los programas pastorales nacionales y la mirada de fe sobre la familia y sobre el matrimonio los que lo llevaron a la cárcel comunista».

BEATA MARÍA DE LOS ÁNGELES (ÁNGELA) GINARD MARTÍ

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Lluchmayor, Mallorca, el 3 de abril de 1894, en una familia numerosa y cristiana. Su padre era guardia civil, y llegaría, en el cuerpo, a capitán. Desde su primera comunión (14 de abril de 1905) se sintió inclinada a la vida religiosa. Pasó su juventud en Palma de Mallorca y colaboró en la economía familiar trabajando como bordadora y sombrerera; también ayudaba en la casa en la crianza de los hermanos pequeños. Oía misa diaria y comulgaba y practicaba otras devociones, dirigida por

su confesor que la impulsaba a la intensidad de la vida cristiana. Por fin, el 21 de noviembre de 1921 pudo ingresar en el postulantado de las Religiosas Celadoras del Culto Eucarístico, en Palma de Mallorca. Se adaptó muy bien a la vida religiosa. Hecho el noviciado y la profesión religiosa en 1923, fue destinada a Madrid, luego a Barcelona y finalmente a Madrid, de nuevo, de cuya casa fue nombrada procuradora.

Llegada la revolución de julio de 1936 y visto que era imposible la vida normal, hubo de dejar la casa religiosa el 20 de dicho mes con las demás religiosas, vestidas todas ellas de seglares, y se refugió con una familia. En su refugio pudo ver el saqueo y quema de la iglesia. Permaneció allí hasta que el 25 de agosto siguiente, habiendo sido denunciada por el portero, fue detenida por unos milicianos que la llevaron a la checa de Bellas Artes y al anochecer del 26 de agosto la llevaron a la Dehesa de la Villa donde la fusilaron. Autorizada su causa el 6 de febrero de 1987, su martirio fue declarado el 19 de abril de 2004, y diferida su beatificación a causa de la muerte del Santo Padre Juan Pablo II, por fin fue beatificada el 29 de octubre de 2005.

Dice de ella mons. Jesús Murgui Soriano, obispo de Mallorca, con motivo de su beatificación:

> «Aún hay que anotar algo más en el martirio de sor María de los Ángeles. Es el gran testimonio de fe y entrega, que hemos comentado, pero lo es también de caridad fraterna en grado heroica. Sin decir una sola palabra hubiera podido conservar la vida cuando los milicianos que la detuvieron en el contexto revolucionario que se apoderó del país a las pocas horas de iniciarse la guerra civil no la identificaban a ella como religiosa y lo hacían erróneamente con una de las personas que la habían acogido en su casa en aquellas fatídicas circunstancias de persecución religiosa. No, la vida eucarística no podía disimular ante el peligro de otros. El martirio es con mucha frecuencia testimonio supremo de amor a los hermanos, dando la vida por ellos, en su lugar, o perdonando de corazón a los que llevan a cabo la muerte injusta. ¿Qué nos dice hoy a los hijos de la Iglesia esta beatificación? Que debemos amar sobre todas las cosas a Dios, correspondiendo a su amor, y a los hermanos, amigos y enemigos, conocidos y desconocidos, a quienes nos aprecian y hacen el bien, y a quienes nos odian. Y sólo existe una escuela para aprenderlo y un alimento que nos dará fuerza para practicar lo aprendido: la Eucaristía. Es necesario acudir a ella con vivencia renovada, cuando, también providencialmente, ha coincidido esta beatificación con la clausura del Año de la Eucaristía [...]

El testimonio de la beata María de los Ángeles nos interpela igualmente sobre la urgencia de promover vocaciones a la vida consagrada en todas las dimensiones y proyecciones, y a la santidad en todos los estados de la vida. Ella, que pensó en la vida contemplativa gracias al ejemplo de una tía monja jerónima en el monasterio de San Bartolomé de la ciudad de Inca, llegó a las Celadoras gracias a la orientación de su director espiritual».

Bibliografía

GERMANES ZELADORES DEL CULTE EUCARÍSTIC, *Sor Maria dels Àngels Ginard Martí* (Palma de Mallorca 1995).

PALOMO IGLESIAS, C., *Beata María de los Ángeles Ginard Martí, religiosa de las Hermanas Celadoras del Culto Eucarístico* (Madrid 2005).

Septiembre

A) MARTIROLOGIO

Día 7. En Varsovia, Beato Ignacio Klopotowski († 1931), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de Santa María de Loreto.

Día 17. En Cracovia (Polonia), Beato Segismundo Félix Felinski († 1895), arzobispo de Varsovia, fundador de las Hermanas Franciscanas de la Familia de María.

Día 20. En Roermond (Holanda), Beata María Teresa de San José Tauscher van den Bosch († 1938), virgen, fundadora de las Religiosas Carmelitas del Divino Corazón de Jesús.

Día 29. En Milán, Beato Luis Monza († 1954), presbítero, fundador del Instituto Secular de las Pequeñas Apóstoles de la Caridad.

B) BIOGRAFÍAS

BEATO IGNACIO KLOPOTOWSKI

Presbítero y fundador († 1931)

Este insigne sacerdote, de tan clarividentes criterios pastorales, nace en Korzeniówka, en la región de Podlasie, el 20 de julio de 1866. Tras hacer estudios en el Instituto de Estudios Clásicos de Siedlce, ingresa en el seminario mayor de Lublin, donde cursa los primeros tres años de los estudios eclesiásticos.

A fin de completarlos, el curso cuarto fue a estudiarlo a la academia eclesiástica de San Petersburgo, y aquí obtuvo la licenciatura en teología. Recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Lublin el 5 de julio de 1891, de manos del obispo de la diócesis monseñor Franciszek Jaczewski.

Como sacerdote ejerce el cargo de vicario en la parroquia de la Conversión de San Pablo de Lublin, siendo designado en 1892 como capellán del hospital de San Vicente y profesor del seminario mayor. En esta tarea estaría durante catorce años, impartiendo clases de Sagrada Escritura, Teología Moral y Derecho Canónico.

Su actividad pastoral no se limitó a sus clases sino que desde el principio abordó el apostolado de la pluma, publicando libros de espiritualidad y vida cristiana. Y en 1905 comenzó a publicar un diario, un semanario y una revista mensual. El diario se llamaba *Diario polaco-católico;* el semanario: *La semilla,* y la revista: *Círculo del rosario.* Empezó también una publicación infantil, que se titulaba *El ángel custodio.*

Estaba muy atento a las necesidades sociales, fijándose en la miseria moral y material, el paro, la ignorancia y el subdesarrollo. Y entonces decidió aportar lo que estaba en su mano para socorrer a los más necesitados. Funda una casa de trabajo retribuido, una escuela profesional para la juventud, varias residencias de ancianos y el hospicio de San Antonio.

Cuando Polonia se vio de nuevo constituida en una nación independiente, puso gran empeño en la educación cristiana de los niños y jóvenes, dando mucho relieve a la figura de la madre en el seno del hogar como educadora y transmisora de la fe.

Quería garantizar la continuidad del apostolado de la palabra impresa emprendido por él y, por ello, el 31 de julio de 1920 fundó la «Congregación de las Religiosas de la Bienaventurada Virgen María de Loreto». Tenía como ideal oponer la buena prensa a la prensa anticristiana y negativa.

Persona de gran vida interior, era sumamente devoto de la Eucaristía y de la Virgen María. Lleno de méritos murió en Varsovia el 7 de septiembre de 1931. Enterrado primero en el cementerio de Powazki, su causa de beatificación fue emprendida en 1988, siendo declaradas sus virtudes heroicas el 20 de di-

ciembre de 2004, y ya en el pontificado de Benedicto XVI ha sido beatificado en Varsovia el 19 de junio de 2005.

En la homilía de la ceremonia de beatificación, pronunciada por mons. Josef Michalik, arzobispo de Przemysl de los latinos y presidente de la Conferencia Episcopal, hizo este elogio de nuestro beato:

> «Vivió cuarenta años de sacerdocio, vocación que amó mucho, considerándola como el don de servir a Dios y a los hombres, especialmente a lo más pobres. Para ellos fundó en Lublin y en sus alrededores orfanatos, asilos, dormitorios. Fundó también una casa para las muchachas de la calle. Se sentía orgulloso de este trabajo y le alegraba en particular tener la posibilidad de arrancar a esas pobres mujeres de la esclavitud del pecado. Fundó también escuelas polacas, convencido de que los niños instruidos y bien educados son el mayor tesoro de una nación; ello le granjeó la enemistad de las autoridades zaristas, que le obligaron a arresto domiciliario. Su dinamismo apostólico lo impulsó a la actividad en el campo del trabajo editorial. Fundó periódicos católicos y tipografías que definía como el púlpito de nuestro tiempo. Un buen libro y un buen periódico eran para él el pan del alma».

Bibliografía

L'apostolo della Polonia: mons. Ignazio Klopotowski (1866-1931) (Pessano 2002).

CHOMIUK, Z. A., *Dire grazie con tutta la vita. Il servo di Dio don Ignazio Klopotowski, 1866-1931* (Pessano 2004).

BEATO SEGISMUNDO FÉLIX FELINSKI

Arzobispo y fundador († 1895)

Este esforzado campeón de la libertad de la Iglesia y abnegado pastor de almas nace en Wojutyn, hoy Ucrania, el 1 de noviembre de 1822, en una familia muy religiosa, cuya madre fue deportada a Siberia de 1838 hasta 1844 por sus actividades patrióticas con los campesinos. Tras estudiar en Moscú y París tomó parte en 1848 en la insurrección de Poznan. Entre 1848 y 1851 fue preceptor en una familia. Vuelve a Polonia en 1851 y empieza los estudios eclesiásticos en la academia eclesiástica de San Petersburgo y se ordena sacerdote en septiembre de 1855. Está dos años en la parroquia de Santa Catalina, de San Petersburgo, y al tiempo que trabaja pastoralmente, da clases particu-

lares. En 1856 recibe el título de «maestro en teología». Nombrado director espiritual y profesor en dicha academia, fundó el «Refugio para pobres». En 1857 funda la congregación religiosa llamada «Franciscanas de la Familia de María» con la finalidad de prestar ayuda a los más humildes. El 6 de enero de 1862 es nombrado arzobispo de Varsovia por el Beato papa Pío IX. Es consagrado obispo el 26 de dicho mes y toma posesión de su sede el siguiente 16 de febrero.

Lo primero que hizo en su nuevo cargo fue volver a consagrar la catedral profanada por las tropas rusas y proceder a abrir todas las iglesias. Su tarea era ante todo la de revitalizar la comunidad católica y darle nuevo empuje, visitando las parroquias e instituciones de caridad y procurando la libertad de la Iglesia, estimulando al clero al estudio, la predicación, la catequesis y a la apertura de escuelas católicas. Se cuidó de los pobres y fundó un asilo que encomendó a las religiosas de su congregación. Tras la insurrección de enero de 1863 no dejó de protestar contra las sangrientas represalias del gobierno ruso, y por ello, el 14 de junio de aquel año, fue arrestado por mano militar y conducido a San Petersburgo y, seguidamente, deportado a Jaroslavl, donde estaría veinte años pasando muchas penurias. Logró que allí se edificara una iglesia católica y se interesó mucho por los sacerdotes deportados a Siberia. Liberado en 1883 por acuerdo entre el gobierno ruso y la Santa Sede, hubo de renunciar a su diócesis y se le dio el título de arzobispo de Tarso. Se fue a vivir en Dzwiniacza (Lvov), de dominio austriaco, donde trabajó por el bien de los campesinos, erigió una iglesia, fundó un orfanato y construyó una casa para su congregación. Murió en Cracovia el 17 de septiembre de 1895 con gran fama de santidad. Fue beatificado el 18 de agosto de 2002 por el papa Juan Pablo II.

Al promulgarse el decreto que declaraba sus virtudes heroicas, fechado el 24 de abril de 2001, era elogiado con estas palabras:

> «Desde su juventud este siervo de Dios estimó ante todo el ejercicio de las virtudes y por ello se esforzó en ejercerlas del mejor modo y continuamente. Mostró en su vida una gran constancia en las buenas costumbres, pese a las difíciles y adversas circunstancias en que se encontró. Tenía una fe ilustrada, probada y ensanchada en un tiempo en que el racionalismo y el positivismo campa-

ban por sus respetos; y esta fe se nutría de la Liturgia, de una ardiente devoción al Santísimo Sacramento, la oración continua y la meditación de la Palabra divina. Digna es de notarse su devoción a la Sagrada Pasión y la Virgen María, cuyo culto fomentó y propagó el tiempo en que gobernó su diócesis. Confiaba plenamente en la Providencia divina y se entrega por completo en manos de Dios. Desde niño aprendió a amar a Dios y movido por este amor se propuso ante todo la gloria de Dios y el bien de los hombres. Impulsado por su celo fomentó la enseñanza del catecismo y las misiones populares. Teniendo la seguridad de que los hombres no pueden considerarse como hermanos sino en Cristo, nunca negó auxilio alguno espiritual o material a los pobres que acudían a él, salvando a muchos de la desesperación y de la más triste miseria. Ayudó a todos sin tener en cuenta su nación o religión. Fue incansable en el trabajo pastoral, como lo indican las muchas obras que acometió, tales como la apertura de escuelas, de asilos para los niños y la institución de una congregación religiosa para el progreso humano y cristiano de los pobres. Fue un prudente confesor y un sabio director espiritual; ejerció su ministerio con una gran prudencia, y asimismo fue prudente en su condición de fundador y en sus relaciones con el clero, con las autoridades y con el pueblo. Eligió la Ley de Dios como única regla de su vida; siempre justo en su trato con los demás, consideró cosa suya mirar por todos pero especialmente por los campesinos, deseando la solución de su problemática. Mostró una máxima fortaleza y se mantuvo sereno y confiado en el Señor cuando las autoridades rusas lo persiguieron y como tal arzobispo de Varsovia, defendió la libertad de la Iglesia de la arrogancia de las prepotentes autoridades. Su método de vida era sencillo y sobrio; muy parco en la comida, no queriendo sino alimentos comunes y absteniéndose del vino».

Bibliografía

ZYLINSKA, S. R., *Ks. Zygmunt Szczesny Felinski arcyskup metropolita Warszawski* (Roma 1965).

BEATA MARÍA TERESA DE SAN JOSÉ TAUSCHER VAN DEN BOSCH

Virgen y fundadora († 1938)

Ana María Tauscher van den Bosch nace en Sandow (Brandenburgo), hoy Polonia, el 19 de junio de 1855 en el seno de una familia luterana, siendo pastor su padre e igualmente su abuelo. Su familia se trasladó en 1862 a Arnswalde. Sus padres

infundieron en ella firmes sentimientos religiosos, y ella acompañaba a su madre en sus obras apostólicas y de caridad, llegando a tener hasta 300 chicos para recibir catecismo e instrucción cristiana. De salud delicada fue enviada en 1870 a un colegio de los Hermanos Moravos, situado en pleno campo, lo que sirvió para su restablecimiento. En este colegio creció su religiosidad y entrega al Señor, afirmándose en ella magníficas cualidades. Comenzó a tener dudas respecto al luteranismo, lo que se vio claramente con motivo de su confirmación en 1872. Al pasar una temporada con su abuelo, rechazó una propuesta de matrimonio, pese a la insistencia del abuelo, y en 1874 hubo de hacerse cargo de la familia al morir su madre. Cinco años más tarde su padre se volvía a casar y ella se vio libre para aceptar el cargo de directora del manicomio de Colonia. Estando en este cargo decidió hacerse católica, ingresando en la Iglesia el 30 de octubre de 1888.

Orientada espiritualmente hacia el Carmelo, su confesor le indicó que no se hiciera carmelita de clausura y ella siguió su consejo. Determinó entonces fundar una nueva congregación impregnada del espíritu carmelitano que se dedicara a la asistencia de los niños huérfanos, pobres y abandonados y la llamó «Carmelitas del Divino Corazón de Jesús». Comenzó para ella un largo calvario pues fue expulsada de su casa, se le negó el permiso para llevar hábito religioso en Colonia y no fue sino en Rocca di Papa, cerca de Roma, donde en 1904 el cardenal Satolli le permitió fundar el Carmelo del Divino Corazón de Jesús. El 3 de enero de 1909 ella y sus 50 compañeras emitieron los primeros votos canónicos, tomando el nombre de María Teresa de San José, al tiempo que tomaban el hábito 56 postulantes. Pudo multiplicar sus Casas de San José en varios países de Europa y en 1912 marchó a fundar a los Estados Unidos de América. Llegada la I Guerra Mundial, le fue expropiada la casa de Rocca di Papa por ser de una alemana. Vuelta a Europa en 1920, puso, en 1924, la nueva casa madre en Sittard (Holanda), donde se dedicó a la formación de sus religiosas y pasó los últimos años de su vida.

Llena de méritos y virtudes, y sobresaliendo por su espíritu de austeridad y pobreza evangélica, así como por su altísima

vida de oración, logró consolidar su congregación y elaborar sus constituciones. Murió santamente el 20 de septiembre de 1938. Entre sus escritos se halló su autobiografía. Fue beatificada en Roermond (Holanda) el 13 de mayo de 2006, día de la Virgen de Fátima, en que se cumplían veinticinco años del atentado contra Juan Pablo II, ocurrido en 1981.

Bibliografía

Mother Mary Teresa of St. Joseph (Anna Maria Tauscher van den Bosch) the servant of God, foundress of Carmel of the Divine Heart of Jesus. An autobiography (Wauwatosa, Wis., 1953).

BEATO LUIS MONZA

Presbítero († 1954)

Nació en Cislago, en la provincia italiana de Varese, el 22 de junio de 1898, en el seno de una familia campesina y cristiana. Educado cristianamente, fue destinado desde su primera adolescencia a los trabajos del campo hasta que, madurada su vocación sacerdotal, pudo ingresar con 18 años en el seminario diocesano. Hechos los pertinentes estudios se ordenó sacerdote el 19 de septiembre de 1925 y se incardinó en la archidiócesis de Milán. Destinado a la parroquia de Vedano Olona, su primer ministerio fue la dirección del oratorio masculino. Hubo de pasar por una dura prueba: fue acusado por el régimen fascista de haber participado en un atentado y fue condenado a cuatro meses de prisión, siendo finalmente absuelto y liberado. En 1929 le destinaron al Santuario de la Virgen de los Milagros en Saronno, donde hizo una gran labor como animador de la juventud.

Durante toda su vida fue muy consciente de la situación espiritual y moral del mundo y de la progresiva paganización de la sociedad. Llegó a la conclusión de que hay que vivir con la caridad de los primeros cristianos para dar un testimonio verdaderamente evangelizador. Con estas ideas ya en su corazón le llegó en 1936 el nombramiento de párroco de San Juan en Lecco, donde desarrollaría su ejemplar labor apostólica y pastoral. En 1937 fundó el «Instituto secular de las Pequeñas Apóstoles de la

Caridad». Primero creó la asociación «Nuestra familia» para la asistencia socio-sanitaria, la instrucción y formación de las personas discapacitadas y menos favorecidas, sobre todo niños. Su obra, posteriormente, se extendería al resto de Italia, a Sudán, a Brasil y a Ecuador, colaborando también en China, Marruecos y Palestina. Catequista, buen liturgo y celoso pastor, ejerció con gran ejemplaridad su ministerio parroquial. Murió el 29 de septiembre de 1954 y fue beatificado el 30 de abril de 2006.

En la homilía de su beatificación dijo de él el cardenal Tettamanzi:

> «Don Monza, hombre humilde y sencillo, desafió a la sociedad moderna, soñando con el regreso a la caridad práctica de los primeros cristianos. Precisamente la caridad fraterna de los primeros cristianos, por misteriosas circunstancias históricas, se convirtió en atención competente a los discapacitados, sobre todo a los niños y a los adolescentes. Don Monza fundó la obra "Nuestra familia", que quizás haya sido la primera en Italia en sacar a los discapacitados de la marginación social, y cuyos centros se han difundido en todo el país y en el mundo. Y lo hizo siendo párroco e indicando a su gente de Lecco que la experiencia pionera, que había comenzado, era una nueva dimensión de la vida parroquial y de la comunidad fraterna: la caridad de los primeros cristianos como "forma" de vida eclesial y de servicio social».

Bibliografía

BOFFI, M. - MEZZADRI, L. - ONNIS, F., *Don Luigi Monza. Un profeta della carità* (Cinsello Balsamo 1996).

SERENTHA, L., *Come gli apostoli al servizio di un nuovo mondo. Spiritualita di don Luigi Monza nella vita delle Piccole Apostole della Carità* (Lecco 1986).

Octubre

A) MARTIROLOGIO

Día 16. En Ramapuran (India), Beato Agustín Thevarparampil († 1973), presbítero.

B) Biografías

BEATO AGUSTÍN THEVARPARAMPIL
Presbítero († 1973)

Este sacerdote del rito siro-malabar nació el 1 de abril de 1891 en Ramapuran (India). Era el menor de una familia de cinco hijos. Terminados los estudios primarios, ingresó en el semimario de Changacherry, del que pasaría al de Puthenpally, ordenándose sacerdote el 17 de diciembre de 1921. Destinado primero a su parroquia natal como coadjutor, pasó después tres años en Kadanad, y luego volvió a su parroquia, donde estaría el resto de su vida. El Señor le hace ver cuál era el campo adecuado de su trabajo apostólico: los *dalit* o desheredados. Durante casi cuarenta años se dedicó al apostolado entre ellos, teniendo en cuenta que sus condiciones de vida eran dramáticas, pues se les consideraba «intocables» y se les discriminaba por su casta, su color y sus condiciones sociales. Todos eran analfabetos y realizaban trabajos manuales propios de esclavos. Todos estos factores hacían muy difícil el trabajo entre ellos pero el P. Agustín, a quien llamaban *Kunjachan* (el padrecito), encontraba siempre modos de acercarse a ellos con amor y atender a sus necesidades materiales y espirituales. Los visitaba diariamente en sus casas y en sus lugares de trabajo, y se esforzaba por su elevación cultural, social y moral. Superó numerosas dificultades y cosechó frutos de conversiones entre los *dalit* a quienes el Gobierno indio negó determinados derechos por haberse convertido al cristianismo. Muy devoto de la Eucaristía y de la Virgen María, se transparentaba en toda su actividad su rica vida interior. Obedecía a su párroco y al obispo diocesano con gran humildad y disponibilidad. Murió el 16 de octubre de 1973 y fue beatificado el 30 de abril de 2006.

De él dijo el cardenal Vithayathil durante la ceremonia de beatificación:

> «Hoy es un día de gran alegría y honor para la Iglesia siro-malabar. Después de la beatificación de Chavara Kuriakose Elías, de Alfonsa y María Teresa, es beatificada una cuarta persona de la India, Agustín Thevarparampil, *Kunjachan,* de la parroquia de Ramapuram, en la eparquía de Palai. La Iglesia universal en general, y

la Iglesia siro-malabar en particular, se sienten honradas y dan gracias a Dios todopoderoso por este nuevo beato. Agustín Thevarparampil fue un sacerdote humilde, que se entregó a favor de sus hermanos *dalit* marginados de la sociedad. Ejerció su ministerio en la parroquia durante 47 años. Aunque su verdadero nombre era Agustín, todos lo conocían como *Kunjachan,* porque era bajo de estatura [...] El objetivo último de su vida terrena fue la consecución de la santidad. Que la vida santa de este sacerdote diocesano impulse, no sólo a los sacerdotes diocesanos, sino también a los fieles de toda condición, a llevar una vida santa».

Nota final

Los siguientes beatos, cuyas biografías se han reseñado en este *Año cristiano,* son ya venerados como santos:

ALBERTO HURTADO CRUCHAGA († 1952), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 18 de agosto.

CAYETANO CATANOSO († 1963), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 4 de abril.

FÉLIX (SANTIAGO AMOROSO) DE NICOSIA († 1787), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 31 de mayo.

JOSÉ BILCZEWKI († 1923), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 20 de marzo.

SEGISMUNDO GORAZDOWSKI († 1920), canonizado el 23 de octubre de 2005: cf. 1 de enero.

JUANA BERETTA DE MOLLA († 1962), canonizada el 16 de mayo de 2004: cf. 28 de abril.

LUIS ORIONE. († 1940), canonizado el 16 de mayo de 2004: cf. 12 de marzo.

ÍNDICE ONOMÁSTICO GENERAL *

Aarón, San († s. IV), 22 jun., 547.
Aaron (sumo sacerdote), San, 1 jul., 4-11.
Abdías (profeta), San, 19 nov., 472-478.
Abdón, San († s. III), 30 jul., 954-959.
Abercio, San († s. III), 22 oct., 569-575.
Abilio de la Cruz Ramos Ramos, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Abón de Fleury, San († 1004), 13, nov., 327.
Abraham, San († ca.480), 15 jun., 394.
Abrahán (anacoreta), San († 366), 29 oct., 747.
Abrahán (patriarca), San, 9 oct., 232-244.
Abundio, San († 854), 11 jul., 288.
Acisclo de Córdoba, San († s. IV), 17 nov., 431.
Acisclo Piña Piazuelo, Bto. († 1936), 10 nov., 223-224.
Acursio, San, († 1220), 16 ene., 349-350.
Adyuto, San († 1220), 16 ene., 349-350.
Adalberón, San († 1090), 6 oct., 180-183.
Adalberto, San († s. VIII), 25 jun., 591.
Adalberto (de Praga), San († 997), 23 abr., 476-480.
Adalberto Nierychlewski, Bto. († 1942), 7 feb., 188-189.
Adalpreto, San († ca. 1173), 20 sep., 611-612.
Adamnano, San († 704), 23 sep., 699.
Adán Bargielski, Bto. († 1942), 8 sep., 248.
Adaucto de Roma, San († 304), 30 ago., 1145.
Adelaida, Sta. († 999), 16 dic., 422-427.
Adelaida de Villich, Sta. († 1015), 5 feb., 114-121.
Ademaro, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Adolfo (de Córdoba), San († 824), 27 sep., 821.
Adolfo de Osnabrück, San († 1224), 30 jun., 734.
Adolfo Kolping, Bto. († 1865), 4 dic., 130-135.
Adolfo Ludigo Mkasa, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Adón de Vienne, San († 875), 16 dic., 449.
Adrián de Canterbury, San († 710), 9 ene., 204.
Adrián Fortescue, Bto. († 1539), 9 jul., 254-255.
Adriano III (papa), San († 885), 8 jul., 220-221.
Adriano de Hilvarenbeek, San († 1572), 9 jul., 236-239.

* Las páginas hacen referencia al volumen correspodiente del mes que se indica, excepto las páginas con asterisco que remiten al volumen del mes de diciembre (Apéndice).

Aelredo, San († 1167), 12 ene., 274-276.
Afra, Sta. († 304), 7 ago., 187.
Afraates, San († 378), 29 ene., 612-613.
Agapio, San († 306), 21 nov., 526.
Agapio (de Cesarea), San († 303), 24 mar., 462.
Agapio (obispo), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Agapito I (papa), San († 536), 22 abr., 464-470.
Agatángelo de Vendôme (Francisco) Nourry, Bto. († 1638), 7 ago., 190-192.
Agatón, San († 681), 10 ene., 240.
Ageo (profeta), San, 16 dic., 416-422.
Agerico de Verdún, San († 588), 1 dic., 46.
Agnelo de Pisa, Bto. († s. XIII), 13 mar., 252-256.
Agno de Zaragoza, Bto. († 1260), 14 mar., 577-578.
Agrícola, San († 580), 17 mar., 306.
Agrícola de Aviñón, San († 700), 2 sep., 38.
Agrícola (de Bolonia), San († 304), 4 nov., 98.
Águeda, Sta. († 251), 5 feb., 102-105.
Águeda Chon Kyong-hyob, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda de Nuestra Señora de las Virtudes Hernández Amorós, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Kwon Chini, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Lin, Sta. († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Águeda Phuta, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Águeda Yi, Sta. († 1840), 9 ene., 205-206; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Yi Kan-nan, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: ibíd).
Águeda Yi Kiomg-I, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín, San († 430), 28 ago., 1011-1023.
Agustín de Canterbury, San († 605), 27 mayo, 608-615.
Agustín Erlandsson, San († 1188), 26 ene., 558-559.
Agustín Fangi de Biella, Bto. († 1493), 22 jul., 604.
Agustín García Calvo, Bto. († 1936), 10 dic., 281-282.
Agustín José (Elías) Desgardin, Bto. († 1794), 6 jul., 171-172.
Agustín Kazotic, Bto. († 1323), 3 ago., 81-84.
Agustín Manuel Philippot, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Agustín Nguyen Van Moi, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Novelli, Bto. († 1310), 19 mayo, 438-439.
Agustín Ota, Bto. († 1622), 10 ago., 314-315.
Agustín Pak Chong-won, San († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).

Agustín Phan Viet Huy, San († 1839), 13 jun., 351 (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Roscelli, San († 1902), 7 mayo, 148-153.
Agustín Sánchez Caloca, San († 1927), 25 mayo, 579-580.
Agustín Schoeffler, San († 1851), 1 mayo, 30-32 (memoria: 24 nov., 580-585).
Agustín Thevarparampil, Bto. († 1973), 16 oct., 939-940*.
Agustín Webster, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), 24 mayo, 542-548 (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín Yu Chin-gil, San († 1839), 22 sep., 656-662; (memoria: 20 sep., 578-583).
Agustín Zhao Rong, San († 1815), 21 mar., 410; (memoria: 9 jul., 224-235).
Agustina (Livia) Pietrantoni, Sta. († 1894), 13 nov., 305-311.
Aidano de Lindisfarne, San († 651), 31 ago., 1160-1163.
Aimón Taparelli, Bto. († 1495), 15, ago., 544.
Airaldo, Bto. († 1146), 2 ene., 62.
Alano de Solminihac, Bto. († 1659), 31 dic., 786-792.
Albano, San († s. III), 22 jun., 546-547.
Albano Roe, San († 1642), 21 ene., 431-433.
Albeo, San († 526), 12 sep., 353.
Alberico Crescitelli, San († 1900), 21 jul., 573-584; (memoria: 9 jul., 224-235).
Alberico de Cîteaux, San († 1109), 26 ene., 545-558.
Albertino de Fonte Avellana, Bto. († 1294), 13 abr., 288.
Alberto (Adán) Chmielowski, San († 1916), 25 dic., 644-646.
Alberto de Bérgamo, Bto. († 1279), 7 mayo, 155.
Alberto de Jerusalén, San († 1214), 14 sep., 392-395.
Alberto de Sicilia, San († 1307), 7 ago., 165-169.
Alberto Hurtado Cruchaga, San († 1952), 18 ago., 940*; 635-641.
Alberto Magno, San († 1280), 15 nov., 354-357.
Alberto Marvelli, Bto. († 1946), 5 oct., 156-166.
Albina de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Albino, San († 550), 1 mar., 20-21.
Aldhelmo, San († 709), 25 mayo, 574.
Aleidis, Sta. († 1250), 11 jun., 306-307.
Alejandrina María da Costa, Bta. († 1955), 13 oct., 346-355.
Alejandro, San († 326), 26 feb., 556-562.
Alejandro Blake, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Alejandro Briant, San († 1591), 1 dic., 47-49.
Alejandro Carlos Lenfant, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Alejandro Crow, Bto. († 1587), 30 nov., 735-736.
Alejandro (de Alejandría), San († 250), 12 dic., 333-334.
Alejandro (de Cesarea), San († 303), 24 mar., 462.
Alejandro de Constantinopla, San († 340), 28 ago., 1040-1042.
Alejandro de Fiésole, San († 823), 6 jun., 148-149.
Alejandro de Jerusalén, San († 250), 18 mar., 332.
Alejandro de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Alejandro el Carbonero, San († s. III), 11 ago., 334-335.
Alejandro (María) Sauli, San († 1592), 11 oct., 312-318.
Alejandro Planas Saurí, Bto. († 1936), 19 nov., 483-484.
Alejandro Rawlins, Bto. († 1595), 7 abr., 158-159.
Alejandro Zaryzkyj, Bto. († 1963), 30 oct., 762-763.
Alejo, San († s. IV), 17 jul., 495.
Alejo Delgado, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Alejo Nakamura, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Alejo Saburi Sanbashi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Alejo Sobaszek, Bto. († 1942), 1 ago., 42-43.
Alejo U Se-yong, Sto. († 1866), 11 mar., 232-233; (memoria: 20 sep., 578-583).
Alferio, San († 1050), 12 abr., 256.
Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana Muttathupadathu), Bta. († 1946), 28 jul., 894-898.
Alfonso de Baena, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Alfonso López López, Bto. († 1936), 3 ago., 87-88.
Alfonso María de Ligorio, San († 1787), 1 ago., 4-12.
Alfonso María Mazurek, Bto. († 1944), 28 ago., 1051-1052.
Alfonso Miquel Garriga, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Alfonso Sebastiá Viñals, Bto. († 1936), 1 sep., 24-25.
Alfonso Sorribes Teixidor, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Alfredo (Jaime) Pellicer Muñoz, Bto. († 1936), 4 oct., 104-105.
Alfredo Ildefonso Schuster, Bto. († 1954), 30 ago., 1129-1144.
Alfredo Parte Sáiz, Bto. († 1936), 27 dic., 689-690.
Alfredo Simón Colomina, Bto. († 1936), 29 nov., 711-712.
Alicia Kotowska, Bta. († 1939), 11 nov., 257.
Alipio, San († 430), 15 ago., 493-503.
Alodia, Sta. († 846), 22 oct., 576-585.
Alonso de Mena, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Alonso de Orozco, San († 1591), 19 sep., 542-546.
Alonso María Fusco, Bto. († 1910), 6 feb., 146-151.
Alonso Navarrete, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
Alonso Pacheco, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Alonso Rodríguez, San († 1628), 15 nov., 360-364.
Alonso Rodríguez (Gómez), San († 1617), 31 oct., 770-777.
Altmán de Passau, San († 1091), 8, ago., 240-241.
Álvaro de Córdoba, Bto. († 1430), 19 feb., 404-415.
Álvaro Mendes, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Álvaro Sanjuán Canet, Bto. († 1936), 1 oct., 43.
Amable, San († 475), 18 oct., 492.
Amada de Jesús (María Rosa) de Gordon, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Amadeo de Lausana, San († 1159), 27 ago., 966-969.
Amadeo de Saboya, Bto. († 1472), 30 mar., 525-533.
Amado de Remiremont, San († 629), 13 sep., 365-368.
Amado Ronconi, Bto. († s. XIII), 8 mayo, 175-176.

Amador, San († 418), 1 mayo, 26-27.
Amador (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Amalberga, Sta., cf. Amelia, Sta.
Amalia, Sta., cf. Amelia, Sta.
Amalia Abad Casasempere, Bta. († 1936), 28 sep., 844-846.
Amalio (Justo) Zariquiegui Mendoza, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Amando, San († 679), 6 feb., 152-153.
Amando de Burdeos, San († 431), 18 jun., 469-470.
Amaro Vaz, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ambrosio Agustín Chevreux, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Ambrosio de Milán, San († 397), 7 dic., 189-198.
Ambrosio de Torrente (Salvador Chuliá Ferrandis) Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Ambrosio (Eduardo) Barlow, San († 1641), 10 sep., 310-318.
Ambrosio Fernándes, Bto. († 1620), 7 ene., 182-183.
Ambrosio Francisco Ferro, Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Ambrosio Kibuka, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Ambrosio León (Pedro) Lorente Vicente, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Ambrosio (Luis) Valls Matamales, Bto. († 1936), 26 ago., 946-947.
Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Ambrosio Sansedoni, Bto. († 1287), 20 mar., 389.
Amelia, Sta. († 772), 10 jul., 273.
Amós (profeta), San († s. VIII a.C.), 15 jun., 367-375.
Ana (madre de la Virgen María), Sta., 26 jul., 787-791.
Ana An Jiaozhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ana An Xinzhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ana Andrea de San Alejo Minutte, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Ana Catalina Emmerick, Bta. († 1824), 9 feb., 865-867*.
Ana de los Ángeles Monteagudo, Bta. († 1686), 10 ene., 228-233.
Ana de San Bartolomé, Bta. († 1626), 7 jun., 153-159.
Ana de San Basilio Cartier, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco, Bta. († 1921), 7 sep., 175-185.
Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ana Line, Sta. († 1601), 27 feb., 578-587.
Ana María (María Agustina) Erraux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
Ana María Aranda Riera, Bta. († 1936), 14 oct., 369-370.
Ana María Javouhey, Bta. († 1851), 15 jul., 425-433.
Ana María Taïgi, Bta. († 1837), 9 jun., 234-241.
Ana María Vaillot, Bta. († 1794), 1 feb., 25.
Ana Maugrain, Bta. († 1794), 16 abr., 349-347.
Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ana Rosa Gattorno, Bta. († 1900), 6 mayo, 129-134.

Ana Schäffer, Bta. († 1925), 5 oct., 128-137.
Ana Wang, Sta. († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Anacario de la Inmaculada Benito Nozal, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Anastasio, San († 305), 11 mayo, 809-810.
Anastasio I (papa), San († 401), 19 dic., 486-492.
Anastasio (apocrisario), San († 666), 11 oct., 323.
Anastasio de Antioquía, San († 609), 20 abr., 439.
Anastasio de Cluny, San († 1085), 16 oct., 423.
Anastasio de Córdoba, San († 853), 14 jun., 365-366.
Anastasio el Sinaíta, San († 700), 21 abr., 455.
Anastasio (Magundat), San († 628), 22 ene., 460.
Anastasio Pankiewicz, Bto. († 1942), 20 abr., 432-438.
Anatolio de Constantinopla, San († 458), 3 jul., 83.
Anatolio Kiriggwajjo, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Andrés (apóstol), San († s. I), 30 nov., 713-720.
Andrés Abellon, Bto. († 1450), 15 mayo, 333-342.
Andrés Alfredo Bessette, Bto. († 1937), 6 ene., 164.
Andrés Angar, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Andrés Avelino, San († 1608), 10 nov., 214-222.
Andrés Bauer, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Andrés Bobola, San († 1657), 16 mayo, 350-356.
Andrés Caccioli, Bto. († 1254), 3 jun., 94.
Andrés Calibita, San († 767), 20 oct., 552.
Andrés Carlos Ferrari, Bto. († 1921), 2 feb., 39-44.
Andrés Chong, San († 1840), 23 ene., 470; (memoria: 20 sep., 578-583).
Andrés Conti, Bto. († 1302), 1 feb., 22-23.
Andrés Corsini, San († 1373), 6 ene., 163.
Andrés de Creta, San († 740), 4 jul., 92-96.
Andrés de Montereale, Bto. († 1479), 18 abr., 401.
Andrés de Phú Yên, Bto. († 1644), 26 jul., 794-799.
Andrés de Soveral, Bto. († 1645), 16 jul., 452-460.
Andrés Dotti, Bto. († 1315), 31 ago., 1176-1177.
Andrés Duliou, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Andrés Dung Lac, San († 1839), 21 dic., 539-540; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés el Tribuno, San († 305), 19 ago., 700-701.
Andrés Fardeau, Bto. († 1794), 24 ago., 879.
Andrés Franchi, Bto. († 1401), 26 mayo, 598.
Andrés Gallerani, Bto. († 1251), 19 mar., 352.
Andrés Gonçalves, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Andrés Hibernón, Bto. († 1602), 18 abr., 387-391.
Andrés Huberto Fournet, San († 1834), 13 mayo, 295-299.

Andrés Iscak, Bto. († 1941), 26 jun., 641.
Andrés Jacinto Longhin, Bto. († 1936), 26 jun., 642-643.
Andrés Kaggwa, San († 1886), 26 mayo, 602-603.
Andrés Kim Taegón, San († 1846), 16 sep., 464-469; (memoria: 20 sep., 578-583).
Andrés Murayama Tokuan, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Andrés Nguyen Kim Thong (Nam Thuong), San († 1855), 15 jul., 440; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Solá Molist, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896*.
Andrés Trang Van Trong, San († 1835), 28 nov., 691-692; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Tuong, San († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Andrés Wang Tianqing, San († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Andrés Wouters, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Andrés Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Andrés Yoshida, Bto. († 1617), 2 oct., 41.
Andrés (Zoerardo) de Hungría, San († 1010), 17 jul., 498.
Anfiloquio de Iconio, San († 403), 23 nov., 574.
Angadrisma, Sta. († 695), 14 oct., 368.
Ángel, San († 1225), 5 mayo, 118.
Ángel Agustín Mazzinghi, Bto. († 1438), 16 ago., 584.
Ángel Carletti de Chiavasso, Bto. († 1495), 11 abr., 228.
Ángel Conti, Bto. († 1312), 27 ago., 1000-1001.
Ángel Custodio del Reino, Sto., 1 mar., 569-575.
Ángel Darío Acosta Z., Bto. († 1931), 25 jul., 919*.
Ángel de Acri, Bto. († 1739), 30 oct., 751-759.
Ángel de Borgo San Sepolcro, Bto. († 1306), 15 feb., 341-342.
Ángel (de Castrovillari), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Ángel de Furci, Bto. († 1327), 6 feb., 153-154.
Ángel de Massaccio, Bto. († 1458), 8 mayo, 176.
Ángel Orsucci, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ángel Ramos Velázquez, Bto. († 1936), 11 oct., 326.
Ángel Sastre Corporales, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Ángela de Foligno, Bta. († 1309), 4 ene., 80-86.
Ángela de la Cruz Guerrero y González, Sta. († 1932), 2 mar., 27-40.
Ángela de Mérici, Sta. († 1540), 27 ene., 561-563.
Ángela Salawa, Bta. († 1922), 12 mar., 234-240.
Angelario (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Ángeles Custodios, Stos., 2 oct., 44-52.
Ángeles de San José (Francisca) Lloret Martí, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Angélico, Bto. († 1455), 18 feb., 377-383.
Angelina de Marciano, Bta. († 1435), 14 jul., 399-400.
Aníbal María de Francia, San. († 1927), 1 jun., 29-37.
Aniceto (papa), San († 166), 20 abr., 417-421.

Aniceto Adolfo (Manuel) Seco Gutiérrez, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Aniceto Hrycluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Aniceto Koplinski, Bto. († 1941), 16 oct., 424-425.
Anisio de Tesalónica, San († 406/410), 30 dic., 765.
Annón de Colonia, San († 1075), 4 dic., 122-126.
Anselmo, San († 1109), 21 abr., 442-450.
Anselmo de Luca, San († 1086), 18 mar., 320-327.
Anselmo de Nonantola, San († 803), 3 mar., 65.
Anselmo Polanco, Bto. († 1939), 7 feb., 171-179.
Ansuero, San († 1066), 15 jul., 436.
Antelmo de Belley, San († 1178), 26 jun., 638-639.
Antepasados de Nuestro Señor Jesucristo, Stos., 24 dic., 609-610.
Antero, San († 236), 3 ene., 78.
Antimo, San († 303), 24 abr., 542.
Antolín Calvo y Calvo, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Antonia (virgen), Sta. († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Antonia de Florencia, Bta. († 1472), 28 feb., 610-611.
Antonia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Antonia de San Timoteo Gosens Saez de Ibarra, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Antonia Mesina, Bta. († 1935), 17 mayo, 369-374.
Antonino, San († s. IV), 2 sep., 35-36.
Antonino de Florencia, San († 1459), 2 mayo, 43-50.
Antonino de Milán, San († 661), 31 oct., 777.
Antonino Fantosati, San († 1900), 7 jul., 206-207; (memoria: 9 jul., 224-235).
Antonio, Bto. († 1529), 23 sep. (memoria), 700-701.
Antonio Abad, San († 356), 17 ene., 350-358.
Antonio Bajewski, Bto. († 1941), 7, mayo V 155-156.
Antonio Baldinucci, Bto. († 1717), 7 nov., 145-151.
Antonio Bannassat, Bto. († 1794), 18, ago., 644-645.
Antonio Baracho (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Beszta-Borowski, Bto. († 1943), 15 jul., 441.
Antonio Bonfadini, Bto. († 1482), 1 dic., 46-47.
Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Antonio Cauleas, San († 901), 12 feb., 279-280.
Antonio Constante Auriel, Bto. († 1794), 16 jun., 423.
Antonio Correia, Bto. († 1570),15 jul., 412-419.
Antonio Chevrier, Bto. († 1879), 2 oct., 52-60.
Antonio Daniel, San († 1648), 4 jul., 121-122; (memoria: 19 oct., 493-498).
Antonio Daveluy, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Antonio de Hoornaert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Antonio (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Antonio de Padua, San († 1231), 13 jun., 333-341.
Antonio de San Buenaventura, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Antonio de San Francisco, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.

Antonio de Santa Ana Galvao de França, Bto. († 1822), 23 dic., 588-593.
Antonio de Santo Domingo, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Antonio de Sorrento, San († 830), 14 feb., 321-322.
Antonio de Stroncone, Bto. († 1461), 7 feb., 183-184.
Antonio de Weert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Antonio Fatati, Bto. († 1484), 9 ene., 205.
Antonio Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Antonio Francisco, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Antonio González, San († 1637), 24 sep., 733-734; (memoria: 28 sep., 831-840).
Antonio Grassi, Bto. († 1671), 13 dic., 353-355.
Antonio Hamanomachi Coreano, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Ixida, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Antonio Julián Nowowiejski, Bto. († 1941), 28 mayo, 646-654.
Antonio Kim Song-U, San († 1841), 29 abr., 656; (memoria: 20 sep., 578-583).
Antonio Kimura, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Antonio Kiuni, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Leszczewicz, Bto. († 1943), 17 feb., 367.
Antonio López Couceiro, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Antonio Lucci, Bto. († 1752), 25 jul., 780-781.
Antonio Llaudaró Parisi, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Antonio María Claret, San († 1870), 24 oct., 641-653.
Antonio María Dalmau Rosich, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Antonio María Gianelli, San († 1846), 7 jun., 159-161.
Antonio María Pucci, San († 1892), 12 ene., 257-263.
Antonio María Schwartz, Bto. († 1929), 15 sep., 420-428.
Antonio María Zacarías, San († 1539), 5 jul., 124-128.
Antonio Martín Hernández, Bto. († 1936), 10 dic., 281-282.
Antonio Martín Slomsek, Bto. († 1862), 24 sep., 721-725.
Antonio Martínez Gil-Leonís, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Antonio Middleton, Bto. († 1590), 6 mayo, 136-137.
Antonio Neyrot, Bto. († 1460), 10 abr., 212.
Antonio Nguyen Huu (Nam) Quynh, San († 1840), 10 jul., 274-275; (memoria: 24 nov., 580-585).
Antonio Page, Bto. († 1593), 20 abr., 440-441.
Antonio Patrizi, Bto. († 1311), 28 mar., 513.
Antonio Pavoni, Bto. († 1374), 9 abr., 196.
Antonio Pedro Nguyen Dich, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Antonio Perulles Estívill, Bto. († 1936), 12 ago., 388-389; (memoria: 23 jul., 650-655).
Antonio Primaldo, Bto. († 1480), 14 ago., 472-473.
Antonio Rewera, Bto. († 1942), 1 oct., 24-33.
Antonio Sanchis Silvestre, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Antonio Sanga, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Antonio Silvestre Moya, Bto. († 1936), 8 ago., 242-243.
Antonio Soares, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Antonio Swiadek, Bto. († 1945), 25 ene., 533.
Antonio Torriani, Bto. († 1494), 24 jul., 707.
Antonio Turner, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Antonio Vilela Cid (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Vilela el joven y su hija (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Antonio Vom, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Antonio Yamada, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Antonio Zawistowski, Bto. († 1942), 4 jun., 114-115.
Antusa, Sta. († s. VIII), 27 jul., 864-865.
Antusa (Hija de Constantino V), Sta. († fines s. VIII), 18 abr., 400.
Anunciación del Señor, 25 mar., 464-470.
Anunciada Cocchetti, Bta. († 1882), 23 mar., 444.
Apiano, San († 306), 2 abr., 45.
Apodemio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Apolinar, San († s. II), 20 jul., 530-536.
Apolinar de Valence, San († 520), 5 oct., 167.
Apolinar el Apologista, San († s. V), 8 ene., 198-199.
Apolinar Franco, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Apolinar Juan Santiago Morel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Apolonia, Sta. († 250), 9 feb., 228-229.
Apolonia (de Nagasaki), Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Apolonio, San († 185), 21 abr., 455.
Apolonio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Áquila, San († s. I.), 8 jul., 219.
Aquiles, San († s. I), 12 mayo, 253-258.
Aquiles Kiwanuka, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Aquiles Puchala, Bto. († 1943),19 jul., 527-529.
Aquilino (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Arcadio, San († 473), 13 nov., 326.
Arcángel Tadini, Bto. († 1912), 20 mayo, 452-456.
Arcángela Girlani, Bta. († 1495), 25 ene., 532-533.
Arcángelo Piacentini de Calatafimi, Bto. († 1460), 10 ago., 307-313.
Aredio, San († 591), 25 ago., 912.
Ares (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Aretas, San († 523), 24 oct., 664.
Argimiro, San († 856), 28 jun., 683.
Arialdo, San († 1066), 27 jun., 661-662.
Aristarco de Tesalónica, San (discípulo de San Pablo), 4 ago., 111.
Aristeo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Arístides, San († 150), 31 ago., 1176.
Aristión (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Armando Chapt de Rastignac, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Armando de Foucault de Pontbriand, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Armengol de Urgel, San († 1035), 3 nov., 74-81.
Arnoldo Janssens, Bto. († 1909), 15 ene., 324-332.

Arnoldo (Julio Nicolás) Rèche, Bto. († 1890), 23 oct., 606-619.
Arnulfo, San († 1075), 19 sep., 575.
Arnulfo de Metz, San († 641), 18 jul., 511.
Arsacio, San († 358), 16 ago., 583.
Artémides Zatti, Bto. († 1951), 15 mar., 285.
Artoldo de Belley, San († 1206), 6 oct., 204-205.
Arturo Bell, Bto. († 1643), 11 dic., 313-314.
Arturo Donoso Murillo, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Arturo (Luis) Ayala Niño, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Arturo Ros Montalt, Bto. († 1936), 28 ago., 1049-1050.
Ascanio Nicanor, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco, Bta. († 1936), 23 sep., 703.
Ascensión del Corazón de Jesús (Florentina) Nicol Goñi, Bta. († 1940), 24 feb., 870-871.
Ascensión del Señor (movible), mayo, 747-755.
Asclibíades de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Asunción de la Bienaventurada Virgen María, 15 ago., 476-485.
Átala, San († 626), 10 mar., 218-219.
Atalo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Atanasio Bazzekuketta, San († 1886), 27 mayo, 619.
Atanasio de Alejandría, San († 373), 2 mayo, 34-43.
Atanasio de Jerusalén, († 451), 5 jul., 141.
Atanasio el Atonita, San († 1004), 5 jul., 128-140.
Atanasio Vidaurreta Labra, Bto. († 1936), 18 ago., 646-647.
Atenodoro, San († 304), 7 nov., 156.
Ateo (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Atilano, San († 919), 5 oct., 120-123.
Atilano Cruz Alvarado, San († 1928), 1 jul., 31-32; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Atón de Pistoya, San († 1153), 22 mayo, 503-504.
Audoeno, San († 684), 24 ago., 878.
Augusto, San († 560), 7 oct., 218.
Augusto Andrés (Román) Martín Fernández, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Augusto Czartoryski, Bto († 1893), 8 abr., 884-885.
Augusto Chapdelaine, San († 1856), 28 feb., 605-608; (memoria: 9 jul., 224-235).
Augusto Nézel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Aunacario de Auxerre, San († 605), 25 sep., 749.
Áurea, Sta. († 856), 19 jul., 516-518.
Áurea (abadesa), Sta. († 666), 4 oct., 102-103.
Aureliano de Arlés, San († 551), 16 jun., 421-422.
Aurelio (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Aurelio de Cartago, San († 430), 20 jul., 556.
Aurelio (José) Ample Alcaide, Bto. († 1936), 28 ago., 1051.
Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón, Bto. († 1936), 13 sep., 378-379.
Ausberto de Ruán, San († 695), 9 feb., 229.

Ausona de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Austregisilo, San († 624), 20 mayo, 457-458.
Autberto de Avranches, San († 709), 10 sep., 321.
Auxencio, San († 307), 5 nov., 122.
Auxencio (archimandrita), San († s. V), 14 feb., 320-321.
Aventino, San († 732), 13 jun., 350.
Avertino, San († 1189), 5 mayo, 118.
Avito de Vienne, San († 518), 5 feb., 122.

Baldomero, San († 660), 27 feb., 595-596.
Balduino de Rieti, San († 1140), 24 jul., 706.
Baltasar de Torres, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Baltasar Ravaschieri de Chiavari, Bto. († 1492), 17 oct., 469.
Bárbara, Sta. (fecha desconocida), 4 dic., 119-122.
Bárbara Cho Chung-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Cui Lianzhi, Sta. († 1900), 15 jun., 397; (memoria: 9 jul., 224-235).
Bárbara Han A-gi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Kim, Sta. († 1839), 27 mayo, 618; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Ko Sun-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Kwon-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Yi, Sta. († 1839), 27 mayo, 618; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bárbara Yi Chong-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bardón de Maguncia, Bto. († 1051), 11 jun., 305-306.
Barlaam, San († 303), 19 nov., 482.
Bartolo Buonpedoni, Bto. († 1310), 12 dic., 322-327.
Bartolomé (apóstol), San († s. I), 24 ago., 827-834.
Bartolomé Cerveri, Bto. († 1466), 2 abr., 456.
Bartolomé Chong Mun-ho, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Bartolomé de Bragancia, Bto. († 1271), 27 oct., 706-710.
Bartolomé de Grottaferrata, Bto. († 1065), 11 nov., 256-257.
Bartolomé Fanti, Bto. († 1495), 5 dic., 174-175.
Bartolomé Fernández de los Mártires, Bto. († 1590) 16 jul., 913-917*.
Bartolomé Gutiérrez, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Bartolomé Jarrige de la Morélie de Biars, Bto. († 1794), 13 jul., 354-355.
Bartolomé Kawano Shichiemon, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Bartolomé Laurel, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Bartolomé Longo, Bto. († 1926), 5 oct., 137-144.
Bartolomé María del Monte, Bto. († 1778), 24 dic., 610-615.
Bartolomé Mohioye, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Bartolomé Osypluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.

Bartolomé Pucci-Franceschi, Bto. († 1330), 6 mayo, 135-136.
Bartolomé Seki, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Bartolomea Capitanio, Sta. († 1833), 28 jun., 679-683; cf. también: 26 jul., 799-803.
Basilio, San († s. IV), 30 mayo, 717-718.
Basilio Hopko, Bto. († 1976), 23 jul., 657-658.
Basilio Magno, San († 389), 2 ene., 43-53.
Basilio Velyckovskyj, Bto. († 1973), 30 jun., 738.
Basilisa, Sta. († ca.304), 6 ene., 136-140.
Basio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Batilde, Sta. († 680), 30 ene., 643.
Bautismo de Nuestro Señor Jesucristo, ene., 664-671.
Bautista Spagnoli, Bto. († 1516) 20 mar., 389.
Bautista Varano, Bta. († 1527), 31 mayo, 742.
Bavón de Gante, San († 654), 1 oct., 35.
Beata Toribia, cf. Santa María de la Cabeza.
Beato de Liébana, San († ca.800), 19 feb., 616-620.
Beatriz d'Este, Bta. († 1226), 10 mayo, 230-231.
Beatriz de Ornacieux, Bta. († 1309), 25 nov., 611-618.
Beatriz de Silva, Sta. († 1491), 17 ago., 603-610.
Beda el Venerable, San († 735), 25 mayo, 549-556.
Begga, Sta. († 698), 17 dic., 474.
Belino de Padua, San († 1147), 26 nov., 646-647.
Benedicta Hyon Kuong-nyon, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Benedicto II (papa), San († 685), 8 mayo, 174-175.
Benedicto XI (papa), Bto. († 1304), 7 jul., 201-202.
Benigno de Dijon, San (fecha desconocida), 1 nov., 25.
Benilde, Sta. († 853), 15 jun., 395.
Benildo (Pedro) Romançon, San († 1862), 13 ago., 419-426.
Benita Cambiagio, Frasinello, Sta. († 1858), 21 mar., 400-408.
Benito (Arsenio) José Labre Mañoso González, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Benito Biscop, San († 690), 12 ene., 253-257.
Benito de Aniano, San († 821), 12 feb., 270-278.
Benito de Aviñón, San († 1164), 14, abr., 305.
Benito de Burriana (José Manuel Ferrer Jordá), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Benito (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Benito de Castro, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Benito de Hungría San († 1010), 17 jul., 498.
Benito de Jesús (Héctor) Valdivieso Sáez, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Benito de la Virgen del Villar Solano Ruiz, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Benito de Nursia, San († 547), 11 jul., 276-284.
Benito de Urbino, Bto. († 1625), 30 abr., 685.
Benito el Negro o el Moro, San († 1589), 4 abr., 90-91.

Benito José Labre, San († 1783), 16 abr., 339-345.
Benito (Manuel) Ferrer Jordá, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Benito Menni, San († 1914), 24 abr., 515-525.
Benjamín, San († 420), 31 mar., 558.
Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Benjamín Julián (Vicente) Alonso Andrés, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Benón de Meissen, San († 1106), 16 jun., 398-403.
Bentivolio de Bonios, Bto. († 1232), 25 dic., 647.
Berardo, San († 1130), 3 nov., 82-83.
Berardo (franciscano), San († 1220), 16 ene., 349-350.
Berardo (José) Bleda Grau, Bto. († 1936), 4 sep., 118.
Bernabé, San (apóstol) († s. I), 11 jun., 262-270.
Bernardina (María) Jablonska, Bta. († 1940), 23 sep., 682-687.
Bernardino de Andújar (Pablo Martínez Robles), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Bernardino de Feltre, Bto. († 1494), 28 sep., 855-856.
Bernardino de Fossa, Bto. († 1503), 27 nov., 660.
Bernardino de Siena, San († 1444), 20 mayo, 444-451.
Bernardino (Pablo) Martínez Robles, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Bernardino Realino, San († 1616), 2 jul., 38-45.
Bernardo, San († 1022), 20 nov., 485-490.
Bernardo (Ahmed), San († 1180), 21 ago., 770-771.
Bernardo (Domingo Peroni) de Offida, Bto. († 1694), 22 ago., 801.
Bernardo Calvó, San († 1243), 25 oct., 671-677.
Bernardo de Baden, San († 1458), 15 jul., 438.
Bernardo de Claraval, San († 1153), 20 ago., 709-717.
Bernardo de Corleone, San († 1667), 13 ene., 277-278.
Bernardo de Menthon, San († 1081), 15 jun., 375-379.
Bernardo de Parma, San († 1133), 4 dic., 140-142.
Bernardo de Roquefort, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Bernardo de Tirón, San († 1117), 14 abr., 305.
Bernardo el Penitente, San († 1182), 19 abr., 415.
Bernardo Francisco de Cussac, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Bernardo Lichtenberg, Bto. († 1943), 5 nov., 116-122.
Bernardo María de Jesús (César) Silvestrelli, Bto. († 1911), 9 dic., 253-258.
Bernardo Scammanca, Bto. († 1487), 11 ene., 249-250.
Bernardo Tolomei, Bto. († 1348), 20 ago., 729-736.
Bernardo Vu Van Due, San († 1838), 1 ago., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
Bernoldo de Utrecht, San († 1054), 19 jul., 525.
Berta, Sta. († 725), 4 jul., 117-118.
Bertino de Sithiu, San († 698), 5 sep., 119-124.
Bertoldo, San († ca.1198), 29 mar., 516-517.
Bertrán (Francisco) Lahoz Moliner, Bto. († 1936), 22 nov., 549-551.

Bertrán de Cominges, San († 1123), 16 oct., 423-424.
Bertrán de Garrigue, Bto. († 1230), 6 sep., 149-157.
Bertrán de Grandselve, Bto. († 1149), 11 jul., 288-289.
Bertrando de Aquileya, Bto. († 1350), 6 jun., 149-150.
Bertulfo, San († 640), 19 ago., 701-702.
Besarión, San († s. IV), 6 jun., 148.
Bibiana, Sta. (fecha desconocida), 2 dic., 59-64.
Bibiana Hampai, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Biblis de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Bienaventurada Virgen María Reina, 22 ago., 775-780.
Bienvenida Boiani, Bta. († 1292), 30 oct., 760.
Bienvenido de Dos Hermanas (José de Miguel Arahal), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Bienvenido Scotivoli, San († 1282), 22 mar., 416.
Birino de Dorchester, San († 649/650), 3 dic., 109.
Blandina de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Blandina (María Magdalena) Merten, Bta. († 1918), 18 mayo, 394-404.
Blas, San († ca.316), 3 feb., 63-67.
Blas Ribeiro, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Bogumilo de Gniezno, San († 1182) 10 jun., 244-247.
Boleslao Strzelecki, Bto. († 1941), 2 mayo, 68-69.
Boleslava María Lament, Bta. († 1946), 29 ene., 603-611.
Bona de Pisa, Sta. († 1207), 29 mayo, 680.
Bonfilio de Foligno, San († 1125), 27 sep., 821-822.
Bonifacia Rodríguez Castro, Bta. († 1905), 8 ago., 214-217.
Bonifacio, San († 755), 5 jun., 115-122.
Bonifacio I (papa), San († 422), 4 sep., 95-101.
Bonifacio IV (papa), San († 615), 8 mayo, 157-159.
Bonifacio de Bruselas, Bto. († 1260), 19 feb., 415-416.
Bonifacio de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Bonifacio de Saboya, Bto. († 1270), 14 jul., 369-373.
Bonifacio Sibidense (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Bonifacio Valperga, Bto. († 1243), 25 abr., 566.
Bonifacio Zukowski, Bto. († 1942), 10 abr., 213.
Bonoso, San († 308), 21 ago., 1209-1210.
Boris, San († 1015), 24 jul., 705.
Botvido, San († 1100), 28 jul., 907-908.
Braulio, San († 651) 18 mar., 314-319.
Braulio María (Pablo) Corres Díaz de Cerio, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Brendan, San († 578), 16 mayo, 357-358.
Brian Lacey, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Bricio, San († 444), 13 nov., 325-326.
Brígida, Sta. († 1373), 23 jul., 607-617.
Brígida de Jesús Morello, Bta. († 1679), 3 sep., 62-66.
Brígida de Kildare, Sta. († ca.521), 1 feb., 4-10.

Brocardo, Bto. († 1231), 2 sep., 27-30.
Bronislao Bonaventura Markiewicz, Bto. († 1912) 29 ene., 857-858*.
Bronislao Komorowski, Bto. († 1940), 22 mar., 417-418.
Bronislao Kostowski, Bto. († 1942), 27 nov., 663.
Bronislava, Bta. († 1259), 29 ago., 1078-1079.
Bruno, San († 1001), 6 oct., 174-179.
Bruno de Querfurt, San († 1009), 9 mar., 196-197.
Bruno de Segni, San († 1123), 18 jul., 500-507.
Bruno de Würzburg, San († 1045), 27 mayo, 615-616.
Bruno el Grande, San († 965), 11 oct., 305-312.
Bruno Seronuma, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Bruno Zembol, Bto. († 1942), 21 ago., 774.
Buen Ladrón, 25 mar., 488.
Buenaventura, San († 1274), 15 jul., 404-408.
Buenaventura Bonaccorsi, Bto. († 1315), 14 dic., 388-389.
Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran, Bto. († 1684), 11 sep., 323-325.
Buenaventura (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Buenaventura de Potenza, Bto. († 1711), 26 oct., 698-702.
Buenaventura (Julio) Esteve Flors, Bto. († 1936), 26 sep., 805.
Buenaventura Tornielli, Bto. († 1491) 31 mar., 559.
Burcardo, Bto. († 1192), 18 mayo, 404.
Cadoc, San († 580), 21 sep., 634-635.
Caleb, San, cf. Elésbaan, San.
Calixto Caravario, San († 1930), 25 feb., 544-549; (memoria: 9 jul., 224-235).
Calixto, San († 222), 14 oct., 358-365.
Calogero, San († s. V), día 18 jun., 470.
Camilo Constanzo, Bto. († 1622), 15 sep., 434-435.
Camilo de Lelis, San († 1614), 14 jul., 360-369.
Cándida de Nuestra Señora de los Ángeles Cayuso González, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Cándida María de Jesús (Juana Josefa) Cipitria, Bta. († 1912), 9 ago., 273-276.
Cándido (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Canuto IV, San († 1086), 10 jul., 264-267.
Canuto (José) Franco Gómez, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Canuto Lavard, San († 1137), 7 ene., 180-181.
Capitón de Lugo, San († 60), 4 mar., 576-577.
Caradoco, San († 1124), 13 abr., 287.
Carlos I de Austria (IV de Hungría), Bto. († 1922), 1 abr., 880-881*.
Carlos Arnoldo Hanus, Bto. († 1794), 28 ago., 1048-1049.
Carlos Borromeo, San († 1584), 4 nov. (memoria), 85-90.
Carlos Cho Shin-chol, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Carlos de Blois, Bto. († 1364), 29 sep., 884-885.

Carlos de Foucauld, Bto. († 1916), 1 dic., 34-45.
Carlos de San Andrés, Bto. († 1893), 5 ene., 129.
Carlos de Sezze, San († 1670), 6 ene., 148-152.
Carlos Díaz Gandía, Bto. († 1936), 11 ago., 338.
Carlos el Bueno, Bto. († 1127), 2 mar., 24-27.
Carlos Eraña Guruceta, Bto. († 1936), 18 sep., 514-520.
Carlos Eugenio de Mazenod, San († 1861), 21 mayo, 468-483.
Carlos Garnier, San († 1649), 7 dic., 206; (memoria: 19 oct., 493-498).
Carlos Hyon Song-mun, San († 1846), 19 sep., 546-553; (memoria: 20 sep., 578-583).
Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Carlos Leisner, Bto. († 1945), 12 ago., 374-381.
Carlos López Vidal, Bto. († 1936), 6 ago., 151-152.
Carlos Luis Hurtrel, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Carlos Lwanga, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Carlos Manuel Rodríguez Santiago († 1963), 13 jul., 342-350.
Carlos Meehan, Bto. († 1679), 12 ago., 381-383.
Carlos Navarro Miquel, Bto. († 1936), 22 sep., 665.
Carlos Nicolás Antonio Ancel, Bto. († 1794), 29 jul., 946.
Carlos Regis Mateo de la Calmette, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Carlos Renato Collas du Bignon, Bto. († 1794), 3 jun., 95-96.
Carlos Spínola, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Carlos Steeb, Bto. († 1856), 15 dic., 410-414.
Carlota de la Resurrección (Ana María Magdalena) Thouret, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Carmelitas de Compiègne, Btas. († 1794), 17 jul., 489-494.
Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Carmelo Sastre Sastre, Bto. († 1936), 15 ago., 554.
Carmelo Volta, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Carmen de San Felipe Neri (Nazaria) Gómez Lezaun, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Carmen García Moyon, Bta. († 1937), 30 ene., 633-642.
Carolina Kózka, Bta. († 1914), 18 nov., 470-471.
Cartago, San († 638), 14 mayo, 324.
Casiano, San († 300), 3 dic., 108-109.
Casiano de Ímola, San († 300), 13 ago., 397-405.
Casiano de Nantes (Gonzalo) Vaz López-Netto, Bto. († 1638), 7 ago., 190-192.
Casiano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Casilda de Toledo, Sta. († 1075), 9 abr., 186-190.
Casimiro, San († 1484), 4 mar., 71-79.
Casimiro Gostynski, Bto. († 1942), 6 mayo, 137-138.
Casimiro Grelewski, Bto. († 1942), 9 ene., 206.
Casimiro Sykulski, Bto († 1941), 1 dic., 50.
Casio de Narni, San († 558), 29 jun., 705.
Catalina, Bta. († 1565), 27 abr., 608.

Catalina Chong Chor-yom, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: ibíd.).
Catalina Cittadini, Bta. († 1857), 5 mayo, 110-116.
Catalina de Alejandría, Sta. (fecha desconocida), 25 nov., 603-611.
Catalina de Bolonia, Sta. († 1463), 9 mar., 185-190.
Catalina de Jesús (María Magdalena) de Justamont, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Catalina (de Nagasaki), Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Catalina de Pallanza, Bta. († 1478), 6 abr., 135.
Catalina de Ricci, Sta. († 1590), 2 feb., 33-35.
Catalina de Siena, Sta. († 1380), 29 abr., 639-643.
Catalina de Suecia, Sta. († 1381), 24 mar., 446-453.
Catalina Drexel, Sta. († 1955), 3 mar., 59-64.
Catalina Fieschi, Sta. († 1510), 15 sep., 409-415.
Catalina Jarrige, Bta. († 1836), 4 jul., 96-107.
Catalina Labouré, Sta. († 1876), 31 dic., 793-801.
Catalina Mattei, Bta. († 1547), 4 sep., 115.
Catalina Soiron, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Catalina Tanaka, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Catalina Tekakwitha, Bta. († 1680), 17, abr., 360-370.
Catalina Tomás, Sta. († 1574), 28 jul., 898-904.
Catalina Volpicelli, Bta. († 1894), 28 dic., 703-706.
Catalina Yi, Sta. († 1839), 26 sep., 799-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Cátedra de San Pedro, 22 feb., 461-468.
Cayetana Sterni, Bta. († 1889), 26 nov., 635-639.
Cayetano Catanoso, San († 1963), 4 abr., 940*; 79-82.
Cayetano de Thiene, San († 1547), 7 ago., 159-165.
Cayetano Errico, Bto. († 1860), 29 oct., 740-746.
Cayo (papa), San († 296), 22 abr., 460-464.
Cayo Coreano, Bto. († 1627), 15 nov., 385.
Cayo (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Cayo Jiyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Ceada, San († 672), 2 mar., 41.
Cecardo de Luni, San († 860), 16 jun., 422.
Cecilia, Sta. (fecha desconocida), 22 nov., 527-535.
Cecilia Butsi, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Cecilia Cesarini, Bta. († 1290), 4 ago., 99-104.
Cecilia Yu So-Sa, Sta. († 1839), 23 nov., 576-577; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ceciliano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Cecilio (Enrique) López López, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cedda, San († 664), 26 oct., 689-694.
Ceferino (papa), San († 217), 20 dic., 517-518.
Ceferino Agostini, Bto. († 1896), 6 abr., 119-123.
Ceferino Giménez Malla, «el Pelé», Bto. († 1936), 2 ago., 69-76.
Celedonio, San († s. IV), 3 mar., 42-49.

Celestina Faron, Bta. († 1944), 9 abr., 196.
Celestino I (papa), San († 432), 27 jul., 835-841.
Celso, San (fecha desconocida), 28 jul., 907.
Celso Armagh, San († 1129), abr., 13.
Centola, Sta. (fecha desconocida), 2 ago., 78.
Cerbonio de Populonia, San († 575), 10 oct., 295-296.
Cerun, hijo de Kurazi, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
César de Bus, Bto. († 1607), 15 abr., 307-312.
Cesáreo de Arlés, San († 542), 27 ago., 961-966.
Cesáreo de Nacianzo, San († 369), 25 feb., 549-550.
Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cesidio Giacomantonio, San († 1900), 4 jul., 122; (memoria: 9 jul., 224-235).
Ceslao, Bto. († 1242), 15 jul., 437.
Ceslao Jozwiak, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Cicco de Pésaro, cf. Francisco Zanfredini, Bto.
Cipriano de Calamizzi, San († 1190), 20 nov., 503-504.
Cipriano de Cartago, San († 258), día 16, 441-448.
Cipriano de Genouillac, San († s. VI), 9 dic., 259.
Cipriano de Toulon oct., San († ca.546), 3 oct., 84-85.
Cipriano Miguel Iwene Tansi, Bto. († 1964), 20 ene., 400-406.
Ciprila, Sta. († 303), 5 jul., 140.
Ciriaco, San († s. IV), 18 jun., 468-469.
Ciriaco Elías Chavara, Bto. († 1871), 3 ene., 71-78.
Cirilo Bertrán (José) Sanz Tejedor, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Cirilo de Alejandría, San († 444), 27 jun., 643-649.
Cirilo de Constantinopla, San († 869), 14 feb., 301-310.
Cirilo de Jerusalén, San († 386), 18 mar., 308-313.
Citino (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Clara Bosatta, Bta. († 1887), 20 abr., 428-432.
Clara de Asís, Sta. († 1253), 11 ago. (memoria), 321-327.
Clara de la Cruz de Montefalco, Sta. († 1308), 17 ago., 591-602.
Clara de Nuestra Señora de la Esperanza Ezcurra Urrutia, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Clara de Rímini, Bta. († 1326), 10 feb., 242-243.
Clara de Santa Rosalía (María Clara) du Bac, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Clara Gambacorta, Bta. († 1419), 17 abr., 372.
Clara Yamada, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Claro, San († 396), 8 nov., 176-177.
Claudina Thévenet, Sta. (1837), 3 feb., 71-77.
Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Béguinot, Bto. († 1794),16 jul., 472-473.
Claudio Bernabé Laurent de Mascloux, Bto. († 1794), 7 sep., 190-191.
Claudio Cayx o Dumas, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Chaudet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio Colin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.

Claudio de la Colombière, San († 1682), 15 feb., 333-340.
Claudio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Claudio Dumonet, Bto. († 1794), 13 sep., 378.
Claudio Fontaine, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Claudio Francisco Gagnière des Granges, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Claudio José Jouffret de Bonnefont, Bto. († 1794), 10 ago., 315-317.
Claudio Laplace, Bto. († 1794), 14 sep., 400-401.
Claudio Ricardo Granzotto, Bto. († 1947), 15 ago., 555.
Claudio Richard, Bto. († 1794), 9 ago., 298.
Claudio Rousseau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Clelia Barbieri, Sta. († 1870), 13 jul., 328-334.
Clemencia de San Juan Bautista (Antonia) Riba Mestres, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Clemente I (papa), San († s. I), 23 nov., 552-558.
Clemente Augusto von Galen († 1946), 22 mar., 878-879*.
Clemente de Ocrida (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Clemente de Ósimo, Bto. († 1291), 8 abr., 161-170.
Clemente Díez Sahagún, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Clemente Ignacio Delgado Cebrián, San († 1838), 12 jul., 300-305; (memoria: 24 nov., 580-585).
Clemente Kiuyemon, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Clemente Marchisio, Bto. († 1903), 16 dic., 429-433.
Clemente María Hofbauer, San († 1820) 15 mar., 276-281.
Clemente Septyckyj, Bto. († 1951), 1 mayo, 33.
Clemente Vom, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Clementina (Anaurite) Nengapeta, Bta. († 1964), 1 dic., 29-33.
Cleofás (discípulo), San († s. I), 25 sep., 748-749.
Cleto (papa), San († 88), 26 abr., 567-572.
Clodoaldo, San († 560), 7 sep., 185-186.
Clotilde, Sta. († 545), 3 jun., 91.
Coemgeno, San († 618), 3 jun., 92.
Coínta, Sta. († 259), 8 feb., 216-217.
Coleta Boylet, Sta. († 1447), 6 mar., 109-111.
Colmán, San († s. VI), 7 jun., 171.
Colmán de Cloyne, San († 604), 24 nov., 600.
Colmán de Stockerau, San († 1012), 17 jul., 497-498.
Columba, San († 597), 9 jun., 217-225.
Columba, Sta. († 853), 17 sep., 498.
Columba (Juana) Gabriel, Bta. († 1926), 24 sep., 725-731.
Columba Kim Hyo-im, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Columba Marmión, Bto. († 1923), 30 ene., 621-633.
Columbano, San († 615), 23 nov., 558-565.
Columcille, cf. Columba, San.
Comgall, San († 602), 10 mayo, 229-230.
Comgán, San († s. VIII), 13 oct., 357.

Commino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Concepción de San Ignacio Odriozola Zabala, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Concepción de Santa Magdalena Rodríguez Fernández, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Conón O'Rourke, Bto. († 1579), 13 ago., 437-441.
Conrado de Constanza, San († 975), 26 nov., 646.
Conrado de Offida, Bto. († 1306), 12 dic., 336.
Conrado de Parzham, San († 1894), 21 abr., 450-454.
Constancio, San († s. V), 23, sep., 698-699.
Constancio de Fabriano, Bto. († 1481), 24 feb., 537.
Constancio (Saturnino) Roca Huguet, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Constantino Bojko, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Constantino Carbonell Sempere, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Constantino Fernández Álvarez, Bto. († 1936), 29 ago., 1080-1081.
Constantino Lucas, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Constanza (María Genoveva) Meunier, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Consuelo Aguiar-Mella Díaz, Bta. († 1936), 19 sep., 563-574.
Contardo d'Este, San († 1249), 16 abr., 346.
Contardo Ferrini, Bto. († 1902), 17 oct., 464-468.
Conversión de San Pablo († ca.34), 25 ene., 497-500.
Convoyón, San († 868), 5 ene., 127.
Corazón de Jesús (María de la Purificación) Gómez Vives, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Corbiniano, San († 725), 8 sep., 236-237.
Cornelio (centurión), San, 20 oct., 529-538.
Cornelio (papa), San († 252), 16 sep., 437-440.
Cornelio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Cornelio de Wijk-bij-Duurstede, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Cornelio O'Devany, Bto. († 1612), 1 feb., 23-24.
Cosme, San († s. III), 26 sep., 753-757.
Cosme de Carboniano, Bto., cf. Gomidas Keumurgian, Bto.
Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Ararà, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cosme Takeya, Bto. († 1619), 18, nov., 467-468.
Cosme Takeya (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Crédula (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Crescencia Valls Espí, Bta. († 1936), 26 sep., 804.
Crescencio García Pobo, Bto. († 1936), 3 oct., 87-88; cf. también: 1 ago., 24-31.
Crescente, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Cresconio, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Crisanto, San († 253), 25 oct., 684.
Crisógono, San († s. IV), 24 nov., 599.
Crispín, San († s. III), 25 oct., 684.
Crispín de Écija, San († s. III), 20 nov., 502.
Crispín de Viterbo, San († 1750), 19 mayo, 422-431.

Crispina, Sta. († 304), 5 dic., 172-173.
Crispiniano, San († s. III), 25 oct., 684.
Cristeta (abulense), Sta. († 305), 28 oct., 728.
Cristián (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Cristina de Aquila, Bta. († 1543), 18 ene., 378.
Cristina de Espoleto, Bta. († 1458), 13 feb., 294-295.
Cristina de Stommeln, Bta. († 1312), 6 nov., 136-137.
Cristino (Miguel) Roca Huguet, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Cristino Gondek, Bto. († 1942), 23 jul., 656-657.
Cristóbal, Bto. († 1527), 23 sep. (memoria), 700-701.
Cristóbal, San († s. III), 25 jul., 723-736.
Cristóbal (monje), San († 852), 20 ago., 741-742.
Cristóbal Bales, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Cristóbal Buxton, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Cristóbal de Milán, Bto. († 1484), 1 mar., 22-23.
Cristóbal de Romagnola, Bto. († 1272), 31 oct., 778.
Cristóbal Magallanes, San († 1927), 25 mayo, 579-580.
Cristóbal Robinson, Bto. († 1597), 31 mar., 553-557.
Cristóbal Wharton, Bto. († 1600), 28 mar., 514.
Crodegando, San († 766) 6 mar., 117.
Cromacio de Aquileya, San († 407/408), 2 dic., 88.
Cuadrato, San († s. II), 21 sep., 634.
Cuarcia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Cuarenta Mártires de Sebaste, Stos. († 320), 9 mar., 161-166.
Cucufate, San († s. IV), 25 jul., 736-740.
Cunegunda, Sta. († ca.1039), 3 mar., 65-66.
Cunegunda (reina de Polonia), Sta. († 1292), 24 jul., 664-666.
Cuniberto de Colonia, San († 663), 12 nov., 281-282.
Cutberto, San († 687), 20 mar., 388.
Cutberto Mayne, San († 1577), 30 nov., 727-733.

Dalmacio Moner, Bto. († 1341), 24 sep., 705-714.
Dámaso I (papa), San († 384), 11 dic., 283-293.
Damián, San († s. III), 26 sep., 753-757.
Damián Furcheri, Bto. († 1484), 26 oct., 694-698.
Damián José de Veuster, Bto. († 1889), 15 abr., 312-323.
Damián Nam Myong Hyog, San († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Damián Yamichi Tanda, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Daniel, San († s. IV), 3 ene., 79..
Daniel (profeta), San, 21 jul., 1040-1046.
Daniel Brottier, Bto. († 1936), 28 feb., 611-612.
Daniel Comboni, San († 1881), 10 oct., 282-290.
Daniel de Bangor, San († 584), 11 sep., 339-340.
Daniel (de Belvedere), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Daniel (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Daniel Estilita, San († 493), 11 dic., 310-311.

Daniel Karmasz, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Daría, Sta. († 253), 25 oct., 684.
Daría de Santa Sofía Campillo Paniagua, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Darío Hernández Morató, Bto. († 1936), 29 sep., 900.
Dativo (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
David, San († ca.601), 1 mar., 21.
David (profeta), San, 29 dic., 715-726.
David Carlos Marañón, Bto. († 1936), 28 jul., 908-909.
David de Himmerode, Bto. († 1179), 11 dic., 311.
David de Västeras, San († 1080), 15 jul., 437.
David Galván Bermúdez, San († 1915), 30 ene., 647-649; cf. también: 21 mayo, 460-468.
David Gunston, Bto. († 1541), 12 jul., 307-308.
David, hijo de David, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
David Lewis, San († 1679), 27 ago., 1008-1009.
David Okelo, Bto. († 1918), 18 sep., 512-514.
David Roldán Lara, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
David Uribe Velasco, San († 1927), 12 abr., 257; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Dedicación de la Basílica de Letrán en honor de Cristo Salvador, 9 nov., 182-185.
Dedicación de las basílicas romanas de los santos Pedro y Pablo, 18 nov., 438-443.
Dedicación del Santo Sepulcro, 9 nov., 760-766.
Deiniol Wyn, San, cf. Daniel de Bangor, San.
Delfín de Burdeos, San († 404), 24 dic., 623-624.
Delfina, Bta. († ca. 1360), 26 nov., 648.
Deodato Aribert, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Deogracias de San Agustín Palacios, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
Dermicio O'Hurley, Bto. († 1584), 20 jun., 501-506.
Desiderio de Langres, San († 355), 23 mayo, 520.
Desiderio de Vienne, San († 607), 26 mayo, 596-597.
Día de acción de gracias y de petición oct., 5 oct., 106-115.
Dictino, San († ca.420), 2 jun., 792-794.
Diego Carvalho, Bto. († 1624), 22 feb., 481-483.
Diego de Andrade, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Diego de Cádiz (Santiago) García Molina, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Diego de San Nicolás, San († 1463), 12 nov., 276-281.
Diego de San Vitores, Bto. († 1672), 2 abr., 46-47.
Diego José de Cádiz, Bto. († 1801) 24 mar., 454-457.
Diego José Oddi, Bto. († 1919), 3 jun., 97.
Diego Llorca Llopis, Bto. († 1936), 6 sep., 158-159.
Diego Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Diego Pires, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.

Diego Ventaja Milán, Bto. († 1936), 30 ago., 1104-1112.
Digna de Córdoba, Sta. († 853), 14 jun., 365-366.
Dionisia (de África), Sta. († 484), 6 dic., 186.
Dionisio, San († 303), 24 mar., 462.
Dionisio (papa), San († 268), 26 dic., 655-658.
Dionisio Areopagita, San († s. I), 3 oct., 76-82.
Dionisio de Corinto, San († 180), 8 abr., 184.
Dionisio de la Natividad (Pedro) Berthelot, Bto. († 1638), 29 nov., 698-703.
Dionisio de París, San († 258), 9 oct., 245-247.
Dionisio Fujishima, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Dionisio Pamplona, Bto. († 1936), 25 jul., 765-772.
Dionisio Ssebuggwawo, San († 1886), 25 mayo, 578-579.
Dionisio Vicente Ramos, Bto. († 1936), 31 jul., 1019.
Dióscoro (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Diosdado I (papa), San († 618), 8 nov., 177-178.
Diosdado de Montecasino, San († 834), 9 oct., 272-273.
Dodón, San († 750), 29 oct., 748.
Domiciano, San († 440), 1 jul., 26.
Dominga Ogata, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo, Bto. († s. XIII), 26 abr., 581.
Domingo (Agustín) Hurtado Soler, Bto. († 1936), 15 ago., 552.
Domingo Bui Van Uy, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Câm, Sto. († 1859), 11 mar., 231-232; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Carvalho, Bto. († 1645), 16 jul., 452-460.
Domingo Castellet, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Collins, Bto. († 1602), 31 oct., 779-780.
Domingo de Alboraya (Agustín Hurtado Soler), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Domingo de Guzmán, Sto. († 1221), 8 ago. (memoria), 197-210.
Domingo de la Calzada, Sto. († 1109), 12 mayo, 270-278.
Domingo de la Madre de Dios Barberi, Bto. († 1849), 27 ago., 980-987.
Domingo de Nagasaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo de Silos, Sto. († 1073), 20 dic., 504-511.
Domingo del Rosario, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo del Santísimo Sacramento Iturrate, Bto. († 1927), 8 abr., 173-184.
Domingo Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Domingo Henares, Sto. († 1838), 25 jun., 587-590; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Huyen, Sto. († 1862), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Ibáñez de Erquicia, Sto. († 1633), 14 ago., 461-466; (memoria: 28 sep., 831-840).
Domingo Jedrzejewski, Bto. († 1942), 29 ago., 1082-1083.

Domingo Jorge, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Domingo Lentini, Bto. († 1828), 25 feb., 552-553.
Domingo (Lorenzo) Ngon, Sto. († 1862), 22 mayo, 510-511; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Loricato, Sto. († 1060), 14 oct., 365-368.
Domingo Magoshichi, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Domingo Mao, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425.
Domingo Mau, San († 1858), 5 nov., 123; (memoria: día 24 nov., 580-585).
Domingo Nakano, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Domingo Nguyen, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nguyen Van (Doan) Xuyen, San († 1839), 26 nov., 650-651; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nguyen Van Hanh (Dieu), San († 1838), 1 ago., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nhi, Sto. († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Nicolás Dinh Dat, Sto. († 1839), 18 jul., 514; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Ninh, Sto. († 1862), 2 jun., 56-57; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Pham Trong Am Kham, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Pitarch Gurrea, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Domingo Savio, Sto. († 1857), 9 mar., 191-196.
Domingo Shobioye, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Domingo Spadafora, Bto. († 1521), 21 dic., 538-539.
Domingo Toai, Sto. († 1862), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 18, 521-522; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Tuoc, Sto. († 1839), 2 abr., 48; (memoria: 24 nov., 580-585).
Domingo Vernagalli, Bto. († 1218), 20 abr., 439.
Domingo Yamada, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Dominguito del Val, San († 1250), 31 ago., 1203-1208.
Domitila (Flavia), Sta. († s. I), 7 mayo, 139-141.
Domna de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Domnino, San († 307), 5 nov., 122.
Donaciano (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Donaciano de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Donán, San († 617), 17 abr., 371.
Donata (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Donato (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Donato Escoto, San († 874), 22 oct., 586-587.
Donnino (de Montalcino), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Dorotea, Sta. († 304), 6 feb., 130-136.
Dorotea de Montau, Bta. († 1394), 25 jun., 595.

Dorotea (Julia) del Corazón de María, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Doroteo, San († 303), 12 mar., 247.
Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Drogón, San († 1186), 16 abr., 346.

Eadberto, San († 698), 6 mayo, 135.
Eata de Hexham, San († 686), 26 oct., 704.
Ediltrudis, Sta. († 679), 23 jun., 563-564.
Edith, Sta. († 984), 16 sep., 472.
Edmigio (Isidoro) Primo Rodríguez, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Edmundo, San († 869), 20 nov., 503.
Edmundo Arrowsmith, San († 1628), 28 ago., 1046-1048.
Edmundo Bojanowski, Bto. († 1871), 7 ago., 169-186.
Edmundo Campion, San († 1591), 1 dic., 16-23.
Edmundo Duke, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Edmundo Gennings, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Edmundo Ignacio Rice, Bto. († 1844), 29 ago., 1064-1067.
Edmundo (Rich) de Canterbury, San († 1240), 16 nov., 393-400.
Edmundo Sykes, Bto. († 1587), 23 mar., 442-443.
Eduardo, San († 978) 18 mar., 332.
Eduardo Bamber, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Eduardo Bautista Jiménez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Eduardo Burden, Bto. († 1588), 29 nov., 708-709.
Eduardo Campion (Geraldo Edwards), Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Eduardo Catherick, Bto. († 1642), 13 abr., 290.
Eduardo Cheevers, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Eduardo Coleman, Bto. († 1678), 3 dic., 109-110.
Eduardo Detkens, Bto. († 1942), 10 oct., 298.
Eduardo el Confesor, San († 1066), 5 ene., 99-106.
Eduardo Fulthrop, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Eduardo Gryzmala, Bto. († 1942), 10 ago., 319-320.
Eduardo James, Bto. († 1588), 1 oct., 38-40.
Eduardo Jones, Bto. († 1590), 6 mayo, 136-137.
Eduardo José Rosaz, Bto. († 1903) 3 mayo, 74-79.
Eduardo Kazmierski, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Eduardo Klinik, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Eduardo Oldcorne, Bto. († 1606), 7 abr., 159-160.
Eduardo Osbaldeston, Bto. († 1594), 16 nov., 406.
Eduardo Poppe, Bto. († 1924), 10 jun., 252-258.
Eduardo Powel, Bto. († 1540), 30 jul., 985-986.
Eduardo Ripoll Diego, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Eduardo Shelley, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Eduardo Stransham, Bto. († 1586), 21 ene., 431-433.
Eduardo Thwing, Bto. († 1600), 26 jul., 821-823.
Eduardo Waterson, Bto. († 1593), 8 ene., 199.

Eduvigis, Sta. († 1243), 16 oct., 398-401.
Eduvigis (reina de Polonia), Sta. († 1399), 17 jul., 485-488.
Efrén Siro, San (ca.373), 9 jun., 211-217.
Egberto de Iona, San († 729), 24 abr., 543.
Eladio de Toledo, San († 633), 18 feb., 368-376.
Eldrado, San († 840), 13 mar., 257.
Elena, Sta. († 329), 18 ago., 622-628.
Elena Duglioli, Bta. († 1520), 23 sep., 700.
Elena Enselmini, Bta. († 1242), 4 nov., 100.
Elena Guerra, Bta. († 1914), 11 abr., 222-227.
Elena Valentini, Bta. († 1458), 23 abr., 480-486.
Elésbaan, San († 560), 15 mayo, 343-344.
Eleuterio, San († 530), 20 feb., 434.
Eleuterio (papa), San († 189), 26 mayo, 595-596.
Eleuterio (de París), San († 258), 9 oct., 245-247.
Elfego de Canterbury, San († 1012), 19 abr., 403-407.
Elías Carbonell Mollá, Bto. († 1936), 2 oct., 74.
Elías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Elías (de Córdoba), San († 856), 17, abr., 371.
Elías (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Elías del Socorro Nieves, Bto. († 1928) 10 mar., 208-217.
Elías Facchini, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Elías (Julián) Torrijo Sánchez, Bto. († 1936), 22 nov., 549-551.
Elías Leymarie de Laroche, Bto. († 1794), 22 ago., 801-802.
Elías Tesbita (profeta), San († s. IX a.C.), 20 jul., 536-540.
Eliseo (profeta), San (s. IX-VIII a.C.), 14 jun., 352-361.
Eliseo García García, Bto. († 1936), 19 nov., 483-484.
Eloy, San († 660), 1 dic., 11-15.
Elvira de la Natividad de Nuestra Señora Torrentalle Paraire, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Elzear de Sabran, San († 1323), 27 sep., 817-821.
Emelia, Sta. († s. IV), 30 mayo, 717-718.
Emerenciana, Sta. († s. IV), 23 ene., 469.
Emerico, San († 1031), 4 nov., 99.
Emeterio, San († s. IV) 3 mar., 42-49.
Émila (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 15 sep., 433.
Emilia Bicchieri, Bta. († 1314) 3 mayo, 85.
Emilia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Emilia de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Emilia de Vialar, Sta. († 1856), 24 ago., 841-850.
Emilia Tavernier, Bta. († 1851), 23 sep., 674-679.
Emiliano (militar), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Emiliano de Cícico, San († s. IX), 8 ago., 239.
Emiliano Kovc, Bto. († 1944) 25 mar., 489.
Emilio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Emilio Szramzek, Bto. († 1942), 13 ene., 298.
Emma, Sta. († 1045), 29 jun., 705.

Encarnación Gil Valls, Bta. († 1936), 24 sep., 736.
Engelberto de Colonia, San († 1225), 7 nov., 142-145.
Engelberto Kolland, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Engracia (de Zaragoza), Sta. († s. IV), 16 abr., 325-329.
Engracia, Sta. († s. XI), 13 feb., 615.
Engracia (de Segovia), Sta. († 715), 26 oct., 797-798.
Enodio de Pavía, San († 521), 17 jul., 495-496.
Enrique, San († 1024), 13 jul., 316-320.
Enrique Abbot, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Enrique Beltrán Llorca, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Enrique Canadell Quintana, Bto. († 1936), 17 ago., 620.
Enrique de Balzano, Bto. († 1315), 10 jun., 260.
Enrique de Ossó y Cervelló, San († 1896), 27 ene., 563-571.
Enrique de Upsala, San († 1160), 20 ene., 408-409.
Enrique García Beltrán, Bto. († 1936), 16 ago., 588-589.
Enrique Heath, Bto. († 1643), 17 abr., 372.
Enrique Hipólito Hermès, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Enrique Hlebowicz, Bto. († 1941), 9 nov., 206.
Enrique Juan Requena, Bto. († 1936), 29 dic., 745-746.
Enrique Kaczorowski, Bto. († 1942), 6 mayo, 137-138.
Enrique Krysztofik, Bto. († 1942), 4 ago., 115-116.
Enrique Morant Pellicer, Bto. († 1936), 4 oct., 103.
Enrique Morse, San († 1645), 1 feb., 24.
Enrique Rebuschini, Bto. († 1938), 10 mayo, 225-229.
Enrique Seuse (Suso), Bto. († 1366), 25 ene., 510-519.
Enrique Walpole, San († 1595), 7 abr., 158-159.
Enrique Webley, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Enriqueta de Jesús (María Gabriela) de Croissy, Bta. († 1794), 17 jul., 489-949.
Epafras, San († s. I), 19 jul., 523.
Epifanía del Señor, 6 ene., 130-136.
Epifanio de Pavía, San († 496), 21 ene., 429.
Epifanio de Salamina, San († 403), 12 mayo, 263-267.
Epifanio de San Miguel Sierra Conde, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Epímaco (de Alejandría), San († 250), 12 dic., 333-334.
Eremberto, San († 672), 14 mayo, 324-325.
Erentrudis de Nonnberg, Sta. († 718), 30 jun., 732.
Erico IX, San († 1161), 18 mayo, 386-389.
Erundina de Nuestra Señora del Carmen Colino Vega, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert, Bto. († 1794), 4 sep., 115-116.
Escolástica, Sta. († ca.547), 10 feb., 231-237.
Escubilión Rousseau, Bto. († 1867), 13 abr., 276-287.
Esdras (profeta), San, 13 jul., 320-328.

Eskil, San († 1080), 12 jun., 328-329.
Espetado (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Estanislao, San († 1079), 11 abr., 214-218.
Estanislao de Kazimierz, Bto. († 1489) 3 mayo, 85-86.
Estanislao de Kostka, San († 1568), 15 ago., 509-514.
Estanislao Kubista, Bto. († 1942), 26 abr., 583.
Estanislao Kubski, Bto. († 1942), 18 mayo, 406.
Estanislao Pyrtek, Bto. († 1942), 4 mar., 93.
Estanislao Sarowiesyski, Bto. († 1941), 4 jun., 114-115.
Esteban, San († s. I), 26 dic., 649-654.
Esteban I (papa), San († 257), 2 ago., 77.
Esteban Bellesini, Bto. († 1840), 2 feb., 61-62.
Esteban Casadevall Puig, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Esteban de Antioquia, San, († 479), 25 abr., 565.
Esteban de Cúneo, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), 7 sep., 186.
Esteban de Hungría, San († 1038), 16 ago., 557-562.
Esteban de Muret, San († 1124), 8 feb., 191-196.
Esteban de Obazine, San († 1159), 8 mar., 159.
Esteban de Perm, San († 1396), 26 abr., 581-582.
Esteban de Saint-Thierry, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Esteban el Joven, San († 764), 28 nov., 690-691.
Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Esteban (Gabriel) Maya Gutiérrez, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Esteban Grelewski, Bto. († 1941), 9 mayo, 205-206.
Esteban Harding, San († 1134), 26 ene., 545-558.
Esteban Machado de Mirando y sus dos hijas (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Esteban Min Kukka, San († 1840), 20 ene., 410-411; (memoria: 20 sep., 578-583).
Esteban Nguyen Van Vinh, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Esteban Pongracz, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Esteban Rowsham, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Esteban Teodoro Cuenot, San († 1861), 14 nov., 342-351.
Esteban Vicente Frelichowski, Bto. († 1945), 23 feb., 515-517.
Esteban Zudaire, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Estefanía Quinzani, Bta. († 1530), 2 ene., 64.
Esturmio, San († 779), 17 dic., 474-475.
Etelberto de Kent, San († 616), 24 feb., 518-524.
Etelvoldo, San († 984), 1 ago., 38-39.
Eufemia, Sta. († 304), 16 sep., 469.
Eufrasia de la Inmaculada Concepción (María Claudia Cipriana) Brard, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Eufrasio del Amor Misericordioso de Celis Santos, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.

Eufronio de Tours, San († 573), 4 ago., 111.
Eugenia Joubert, Bta. († 1904), 2 jul., 45-58.
Eugenia Ravasco, Bta. († 1900), 30 dic., 752-759.
Eugenio I (papa), San († 657), 2 jun., 52-53.
Eugenio III (papa), Bto. († 1153), 8 jul., 209-218.
Eugenio (Alfonso Antonio) Ramírez Salazar, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Eugenio de Cartago, San († 501), 13 jul., 350-351.
Eugenio de Toledo, San († 657), 13 nov., 290-295.
Eugenio de Toledo, San († s. I), 15 nov., 767-772 (calendario español).
Eulalia de Barcelona, Sta. († ca.304), 12 feb., 265-270.
Eulalia de Mérida, Sta. († 304), 10 dic., 262-266.
Eulogio de Alejandría, San († 607), 13 jun., 348-349.
Eulogio de Córdoba, San († 859), 11 mar., 223-229.
Euquerio de Orleáns, San († 738), 20 feb., 418-421.
Eurosia Fabris, Bta. († 1932), 8 ene., 848-850*.
Eusebia de Hamay, Sta. († 680), 16 mar., 289.
Eusebia Palomino Yenes, Bta. († 1935), 10 feb., 869-870*.
Eusebio (papa), San († 310), 17 ago., 617-618.
Eusebio (Antonio) Forcades Ferrate, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Eusebio Codina Milla, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Eusebio (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Eusebio de Bolonia, San († s. IV), 26 sep., 790.
Eusebio de Fano, San († 526), 18 abr., 399.
Eusebio de Samosata, San († 379), 22 jun., 547-548.
Eusebio de Vercelli, San († 371), 2 ago., 44-51.
Eustacio, San († 338), 21 feb., 457-458.
Eustacio White, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Eustoquio, Sta. († 419), 28 sep., 853-854.
Eustaquio, San (fecha desconocida), 20 sep., 583-588.
Eustoquio Bellini, Bta. († 1469), 13 feb., 295-296.
Eustoquio Calafato, Sta. († 1491), 20 ene., 409-410.
Eustracio, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Eutimio, San († 824), 26 dic., 674.
Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Eutiquiano, San († 473), 13 nov., 326.
Eutiquiano (papa), San († 283), 8 dic., 220.
Eva de Monte Cornillón, Bta. († 1265), 14 mar., 265-266.
Evaristo (papa), San († 108), 27 oct., 710.
Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
Everardo de Frejus, San († 867), 16 dic., 448-449.
Everardo Hanse, Bto. († 1581), 31 jul., 1016.
Evodio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Ewaldo el Blanco, San († 695), 3 oct., 85.

Ewaldo el Negro, San († 695), 3 oct., 85.
Exaltación de la Santa Cruz, 14 sep., 380-384.
Expectación del parto de la Santísima Virgen María, 18 dic., 829-832.
Exuperio de Toulouse, San († d. 411), 28 sep., 853.
Exuperio (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Ezequiel (profeta), San, 23 jul., 617-624.
Ezequiel Moreno y Díaz, San († 1906), 19 ago., 663-673.

Fabián, San († 250), 20 ene., 406-407.
Fabiola, Sta. († 400), 27 dic., 688.
Facundo, San († s. IV), 27 nov., 652-654.
Famián, San († 1150), 8 ago., 241.
Fándila, San († 853), 13 jun., 341-345.
Fara, Sta. († 657), 7 dic., 205.
Farón de Meaux, San († 670), 28 oct., 729.
Faustino (Antonio) Villanueva Igual, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Faustino Miguez de la Encarnación, Bto. († 1925) 8 mar., 149-159.
Faustino Oteiza Segura, Bto. († 1936), 9 ago., 299-300.
Faustino Pérez García, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Fausto (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Fausto (de Córdoba), San († s. III/IV), 3 oct., 356-357.
Fausto (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Febe, Sta. († s. I), 3 sep., 66-67.
Federico, Bto. († 1175), 3 mar., 67.
Federico Albert, Bto. († 1876), 30 sep., 921-926.
Federico (Carlos) Rubio Álvarez, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Federico de Ratisbona, Bto. († 1329), 30 nov., 734-735.
Federico de Utrecht, San († 838), 18 jul., 512.
Federico Jansoone, Bto. († 1916), 4 ago., 105-110.
Federico Ozanam, Bto. († 1853), 8 sep., 210-216.
Feliciana de Nuestra Señora del Carmen Uribe Orbe, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Felicidad, Sta. († 203), 7 mar., 119-124.
Felicísimo Díez González, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Felicísimo, San († s. III), 26 oct., 702-703.
Felipa Mareri, Bta. († 1236), 16 feb., 351-352.
Felipe (apóstol), San († s. I), 3 mayo, 70-74.
Felipe (el diácono), San († s. I), 11 oct., 299-305.
Felipe Benicio, San († 1285), 22 ago., 781-787.
Felipe de Heraclea, San († 303), 22 oct., 585.
Felipe de Jesús Munárriz Azcona, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Felipe de las Casas, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Felipe de Piacenza, Bto. († 1306), 24 mayo, 542.
Felipe de San Miguel Ruiz Fraile, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Felipe del Sagrado Corazón de María Valcobado Granado, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Felipe Evans, San († 1679), 22 jul., 598-602.

Felipe Geryluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Felipe Hernández Martínez, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Felipe Howard, San († 1595), 19 oct., 511-520.
Felipe Neri, San († 1595), 26 mayo, 582-590.
Felipe Papon, Bto († 1794), 17 jun., 447-449.
Felipe Phan Van Minh, San († 1853), 3 jul., 85-86; (memoria: 24 nov., 580-585).
Felipe Powell, Bto. († 1646), 30 jun., 734-735.
Felipe Rinaldi, Bto. († 1931), 5 dic., 163-172.
Felipe Ripoll, Bto. († 1939), 7 feb., 171-179.
Felipe Siphong Onphitak, Bto. († 1940), 16 dic., 439-448.
Felipe Smaldone, Bto. († 1923), 4 jun., 107-111.
Felipe Zhang Zihe, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Felisa Meda, Bta. († 1444), 30 sep., 927.
Félix, San († 453/460), 28 nov., 689-690.
Félix, San (fecha desconocida), 11 sep., 338.
Félix III, San († 492) 1 mar., 19-20.
Félix (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Félix (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Félix (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Félix de Cantalicio, San († 1587), 18, mayo V 389-394.
Félix (de Cartago), San († 257), 10 319-320.
Félix (de Cartago) [otro], San († 257), 10 sep., 319-320.
Félix de Como, San († ca.390), 8 oct., 229.
Félix de Córdoba, San († 853), 14 jun., 365-366.
Félix de Gerona, San († s. IV), 1 ago., 38.
Félix de las Cinco Llagas Ugalde Irurzun, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Félix de Milán, († 303), 12 jul., 305-306.
Félix de Nola, San († ca.260), 14 ene., 299-304.
Félix de Nola (primer obispo), San († s. IV/V), 15 nov., 383.
Félix de Roma, San († 304), 30 ago., 1145.
Félix de Thibiuca, San († 303), 15 jul., 433-434.
Félix de Valois, San († 1212), 4 nov., 90-96.
Félix (Santiago Amoroso) de Nicosia, San († 1787), 31 mayo, 940*; 743- 744.
Félix Vivet Trabal, Bto. († 1936), 26, ago., 947-948.
Félix Yuste Cava, Bto. († 1936), 14 ago., 474-475.
Fermín, San († 553), 7 jul., 1031-1035.
Fernando III, San († 1252), 30 mayo, 682-691.
Fernando de San José Ayala, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
Fernando García Sendra, Bto. († 1936), 18 sep., 522-523.
Fernando González Añón, Bto. († 1936), 27 ago., 987-991.
Fernando María Baccilieri, Bto. († 1893), 13 jul., 334-341.
Fernando Sánchez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ferreolo, San († s. III), 18 sep., 520.
Fiacre, San († 670), 30 ago., 1146.

Fidel Chijnacki, Bto. († 1942), 9 jul., 262-263.
Fidel de Sigmaringa, San († 1622), 24 abr., 495-502.
Fidel Fuidio Rodríguez, Bto. († 1936), 17 oct., 473.
Fidel (Mariano) Climent Sanchís, Bto. († 1936), 27 sep., 824-825.
Filemón de Colosas, San († s. I), 22 nov., 548.
Filiberto, San († 685), 20 ago., 740-741.
Filipina Rosa Duchesne, Sta. († 1852), 18 nov., 447-453.
Filogonio de Antioquía, San († 324), 20 dic., 518.
Filomeno de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Filoteo, San († 307), 5 nov., 122.
Fina de San Geminiano, Bta. († 1253), 12 mar., 249.
Finiano, San († 549), 12 dic., 334.
Fintano, San († 603), 17 feb., 365.
Firmo (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Flannano, San († s. VII), 18 dic., 483-484.
Flaviano de Constantinopla, San († 449), 17 feb., 361-364.
Flavio (Atilano Dionisio) Argüeso González, Bto. († 1936), 12 ago., 385.
Flavio Clemente, San († 96), 22 jun., 546.
Flora (de Córdoba), Sta. († 851), 24 nov., 585-595.
Flora de Beaulieu, Sta. († 1347), 5 oct., 168.
Florencia Caerols Martínez, Bta. († 1936), 1 oct., 42.
Florenciano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Florencio Dumontet de Cardaillac, Bto. († 1794), 5 sep., 140-141.
Florencio Martín (Álvaro) Ibáñez Lázaro, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Florentín Pérez Romero, Bto. († 1936), 23 ago., 824-826; cf. también: 1 ago., 24-31.
Florentina, Sta. († s. VII), 28 ago., 1023-1028.
Florentino Asensio Barroso, Bto. († 1936), 9 ago., 276-283.
Florentino Felipe Naya, Bto. († 1936), 9 ago., 299-300.
Florián Stepniak, Bto. († 1942), 12 ago., 389-390.
Florida Cevoli, Bta. († 1767), 12 jun., 330-331.
Foilano, San († 655), 31 oct., 777.
Fortanerio, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Fortunata (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Fortunato de Nápoles, San († s. IV), 14 jun., 364-365.
Fortunio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Franca Visalta, Sta. († 1218), 25 abr., 565.
Francisca (llamada Pinzokere), Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisca Ana Cirer Carbonell, Bta. († 1855), 27 feb., 587-591.
Francisca Cualladó Baixauil, Bta. († 1936),19 sep., 576-577.
Francisca de Amboise, Bta. († 1485), 4 nov., 96-97.
Francisca de Sales (Leonia) Aviat, Sta. († 1914), 10 ene., 234-238.
Francisca de Santa Teresa de Amezua Ibaibarriaga, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Francisca del Corazón de Jesús Aldea y Araujo, Bta. († 1936), 20 jul., 540-552.
Francisca Javiera Cabrini, Sta. († 1917), 22 dic., 544-551.

Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, Bta. († 1936), 27 sep., 825-826.
Francisca Lanel, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Francisca Mézière, Bta. († 1794), 5 feb., 122-123.
Francisca Michoneau, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Francisca Romana, Sta. († 1440), 9 mar., 171-185.
Francisca Suhard, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Francisca Tréhet, Bta. († 1794) 13 mar., 258-259.
Francisco Adaucto, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco Antonio Fasani, San († 1742), 29 nov., 703-708.
Francisco Aranha, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Francisco Arias Martín, Bto. († 1936), 18 ago., 646.
Francisco Balmain, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Bandrés Sánchez, Bto. († 1936), 3 ago., 88-89.
Francisco Blanco, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco Calvo Burillo, Bto. († 1936), 2 ago., 78-79.
Francisco Caracciolo, San († 1608) 4 jun., 98-106.
Francisco Carceller Galindo, Bto. († 1936), 2 oct., 72-73.
Francisco Castán Messeguer, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Francisco Castell Brenuy, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927*.
Francisco César Londiveau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Choe Kyong-hwan, San († 1839), 12 sep., 356-357; (memoria: 20 sep., 578-583).
Francisco Coll, Bto. († 1875), 2 abr., 27-34.
Francisco d'Oudinot de la Boissière, Bto. († 1794), 7 sep., 190-191.
Francisco Dachtera, Bto. († 1943), 23 ago., 826.
Francisco Dardan, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco de Asís, San († 1226), 4 oct., 88-96.
Francisco de Bastos (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Francisco de Borja, San († 1572), 30 sep., 912-921.
Francisco de Jerónimo, San († 1716), 11 mayo, 241-244.
Francisco de Jesús, María y José Palau Quer, Bto. († 1872) 20 mar., 374-379.
Francisco de Magallanes, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco de Montmorecy-Laval, Bto. († 1708), 6 mayo, 120-124.
Francisco (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Francisco de Paula, San († 1507), 2 abr., 15-23.
Francisco de Paula Castelló y Aleu, Bto. († 1936), 29 sep., 887-895.
Francisco de Paula Ibáñez Ibáñez, Bto. († 1936), 19 ago., 708-709.
Francisco de Posadas, Bto. († 1713), 20 sep., 588-595.
Francisco de Roye, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Francisco de Sales, San († 1622), 24 ene., 473-481.
Francisco de San Buenaventura, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Francisco de San Miguel de la Parilla, San († 1597), 6 feb., 125-130.

Francisco de Santa María, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco de Torrente (Justo Lerma Martínez), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Francisco Díaz del Rincón oct., San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Dickenson, Bto. († 1590), 13 abr., 289.
Francisco Drzewiecki, Bto. († 1942), 10 ago., 319-320.
Francisco Duchense, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Faá di Bruno, Bto. († 1888) 27 mar., 496-499.
Francisco Fernández Capillas, San († 1648), 15 ene., 317-323.
Francisco Fogolla, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco François, Bto. († 1794), 10 ago., 315-317.
Francisco Gálvez, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Francisco Gárate Aranguren, Bto. († 1929), 9 sep., 283-295.
Francisco Gil de Federich, San († 1765), 24 nov. (memoria), 580-585.
Francisco Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Francisco Hunot, Bto. († 1794), 6 oct., 205-206.
Francisco Ingleby, Bto. († 1586), 3 jun., 95.
Francisco Isidoro Gagelin, San († 1833), 17 oct., 472-473.
Francisco Jaccard, San († 1838), 21 sep., 635-637.
Francisco Jaccard, San († 1838), 24 nov. (memoria), 580-585.
Francisco Javier, San († 1552), 3 dic., 90-97.
Francisco Javier Can, San († 1837), 20 nov., 504-505; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Javier Ha Trong Mau, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Javier M.ª Bianchi, San († 1815), 31 ene., 657-662.
Francisco Javier Ponsa Casallach, Bto. († 1936), 28 sep., 858.
Francisco Javier Seelos, Bto. († 1867), 4 oct., 97-101.
Francisco José de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco José Pey, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Francisco (Justo) Lerma Martínez, Bto. († 1936),18 sep., 523-526.
Francisco Kesy, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Francisco Kuhioye, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco Kurobioye, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Francisco Lafranc, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Luis Chartier, Bto. († 1794), 22 mar., 417.
Francisco Luis Hébert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Luis Méallet de Fargues, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco María de Camporosso, San († 1866), 17 sep., 488-496.
Francisco María Monzón Romeo, Bto. († 1936), 29 ago., 1081-1082.
Francisco María Roura Farró, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Francisco Marto, Bto. († 1919), 4 abr., 91; cf. también: 20 feb., 422-434.

Francisco Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Francisco Mayaudon, Bto. († 1794), 11 sep., 341.
Francisco Mendes Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Francisco Migoret, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Francisco Minh Chieu, San († 1838), 25 jun., 587-590; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Morales, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Francisco Pacheco, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Francisco Page, Bto. († 1602), 20 abr., 440-441.
Francisco Patrizi, Bto. († 1328), 26 mayo, 597-598.
Francisco Pérez de Godoy, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Francisco Phan Van Trung, San († 1858), 24 nov.; (memoria: 24 nov., 580-585).
Francisco Pinazo, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Francisco Regis Clet, San († 1820), 18 feb., 383-390; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Remón Játiva, Bto. († 1936), 31 jul., 1019.
Francisco Rogaczewski, Bto. († 1940), 11 ene., 251-252.
Francisco Sendra Ivars, Bto. († 1936), 4 sep., 117-118.
Francisco Serrano, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Francisco Shoyemon, San († 1633), 14 ago., 461-466; (memoria: 28 sep., 831-840).
Francisco Solano, San († 1610), 14 jul., 379-387.
Francisco Spinelli, Bto. († 1913), 6 feb., 144-146.
Francisco Stryas, Bto. († 1944), 31 jul., 1021.
Francisco Takeya, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Francisco Taylor, Bto. († 1621), 30 ene., 644-645.
Francisco Terrero, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Francisco Tomás y Serer, Bto. († 1936), 2 ago., 79-80; cf. también: 1 ago., 24-31.
Francisco Urbano Salins de Niart, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Vareilhe-Duteil, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Francisco Venimbeni, Bto. († 1322), 22 abr., 471.
Francisco Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Francisco Zanfredini, Bto. († 1350), 5 ago., 130-131.
Francisco Zhang Rhong, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Franco, San († 1270), 5 jun., 126.
Franco Lippi, Bto. († 1291), 11 dic., 311-312.
Frideswida, Sta. († ca.735), 19 oct., 526-527.
Froilán, San († 905), 5 oct., 115-120.
Frontón (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Fructuoso, San († 259), 21 ene., 416-420.
Fructuoso de Braga, San († 665), 16 abr., 335-339.
Frutos (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Frutos (de Segovia), San († 715), 25 oct., 667-670.
Fuerte Gabriel, Bto. († 1040), 9 mayo, 203.
Fulberto, San († 1029), 10 abr., 211.

Fulco, San († 1229), 26 oct., 705.
Fulgencio de Écija, San († 632), 14 ene., 313-314.
Fulgencio de Ruspe, San († 533) 1 ene., 40.
Fulgencio del Sagrado Corazón de María Calvo Sánchez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Fundadores Servitas, Siete Santos († s. XIII-XIV), 17 feb., 353-361.
Fúsculo (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.

Gabriel (arcángel), San, 29 sep., 868-875.
Gabriel de Benifayó, cf. José María Sanchís Mompó, Bto.
Gabriel de la Dolorosa, San († 1862), 27 feb., 573-578.
Gabriel de la Magdalena, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Gabriel (de Nagasaki), San († 1597), 6 feb., 125-130.
Gabriel Desprez de Roche, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Gabriel Ferretti, Bto. († 1456), 9 nov., 202-203.
Gabriel Lalemant, San († 1649), 17 mar., 307; (memoria: 19 oct., 493-498).
Gabriel Pergaud, Bto. († 1794), 21 jul., 586.
Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), 14 sep., 395-399; (memoria: 9 jul., 224-235).
Galdino de Sala, San († 1176), 18 abr., 374-380.
Galgano Guidotti, San († 1181), 30 nov., 733-734.
Galo, San († ca.645), 16 oct., 410-415.
Gamelberto, San († 800), 17 ene., 358-359.
Gandulfo de Binasco, San († 1260), 3 abr., 68.
García, San († 1073), 25 nov., 784-787.
García d'Aure, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Gaspar Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gaspar Bertoni, San († 1853), 12 jun., 309-316.
Gaspar Bono, Bto. († 1604), 14 jul., 374-379.
Gaspar Claudio Maignien, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Gaspar del Búfalo, San († 1837), 28 dic., 695-703.
Gaspar Hikojiro, Bto. († 1617), 1 oct., 41.
Gaspar Koteda, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Gaspar (Luis Modesto) Páez Perdomo, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Gaspar Sadamatsu, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Gaspar Stanggassinger, Bto. († 1899), 26 sep., 776-784.
Gaspar Vaz, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Gaudencio de Brescia, San († 410), 25 oct., 685-686.
Gaudencio de Gniezno, San († ca.1012), 11 oct., 323-324.
Gauderico, San († 900), 16 oct., 423.
Gaudioso, San († s. VI), 3 nov., 779.
Gaudioso de Abitine, San († 452), 27 oct., 710.
Gaugerico, San († 625), 11 ago., 335.
Gedeón (juez de Israel), San, 26 sep., 757-761.
Gelasio I (papa), San († 496), 21 nov., 510-516.
Gema, Bta. († 1439), 13 mayo, 300.
Gema Galgani, Sta. († 1903), 11 abr., 218-222.

Geminiano de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Gemino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Genadio, San († 936), 25 mayo, 575-576.
Genaro (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Generosa (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Genoveva de París, Sta. († ca.502), 3 ene., 67-41.
Genoveva Torres Morales, Bta. († 1956), 5 ene., 112-123.
Geraldo de Aurillac, San († 909), 13 oct., 357-358.
Geraldo de Braga, San († 1109), 5 dic., 174.
Geraldo de Sauve Majeure, San († 1095), 5 abr., 107.
Gerardesca de Pisa, Bta. († 1269), 29 mayo, 681.
Gerardo Cagnoli, Bto. († 1343), 29 dic., 738.
Gerardo de Brogne, San († 959), 3 oct., 86-87.
Gerardo de Claraval, Bto. († 1138), 13 jun., 350-351.
Gerardo de Toul, San († 994), 23 abr., 493.
Gerardo Mayela, San († 1755), 16 oct., 415-420.
Gerardo Mecatti, Bto. († 1242), 18 mayo, 405.
Gerardo Sagredo, San († 1046), 24 sep., 731-732.
Gerásimo, San († 475) 5 mar., 97.
Gerino, San († 679), 2 oct., 70-71.
Gerio de Lunel, Bto. († 1299), 25 mayo, 576-577.
Gerlando, Bto. († 1279), 19 jun., 487.
Germán, San († 667), 21 feb., 458-459.
Germán (patrono de Cádiz), San († 303), 23 oct., 628.
Germán (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Germán de Auxerre, San († 448), 31 jul., 1000-1004.
Germán de Carcagente (José María Garrigues Hernández), Bto. († 1936), 9 ago., 290-295.
Germán de Constantinopla, San († 733), 12 mayo, 267-270.
Germán de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Germán de Jesús y María (Manuel) Pérez Jiménez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Germán de París, San († 576), 28 mayo, 654-655.
Germán Gardier, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Germán Gozalvo Andreu, Bto. († 1936), 22 sep., 665-666.
Germana Cousin, Sta. († 1601), 15 jun., 380-385.
Geroncio de Itálica, San († s. IV), 25 ago., 911-912.
Gertrudis (Catalina) Comensoli, Bta. († 1903), 18 feb., 390-398.
Gertrudis de Altenberg, Bta. († 1297), 13 ago., 436.
Gertrudis de Nivelles, Sta. († 659) 17 mar., 306-307.
Gertrudis la Magna, Sta. († 1302), 19 nov. (memoria), 478-482.
Gervasio, San († s. II), 19 jun., 486-487.
Gervasio Brunel, Bto. († 1794), 20 ago., 742-744.
Ghebra Miguel, Bto. († 1855), 14 jul., 402.
Gil, San († s. VI/VII), 1 sep., 17-18.
Gil de Asís, Bto. († 1262), 23 abr., 494.
Gil de Casayo, San († 1213), 1 sep., 968.

Gil de Lorenzana, Bto. († 1518), 10 ene., 242-243.
Gil de Vaozela, Bto. († 1265), 14 mayo, 325-326.
Gil María de San José, San († 1812), 7 feb., 155-161.
Gil Rodicio Rodicio, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
Gilberto de Caithness, San († 1245), 1 abr., 13.
Gilberto de Sempringham, San († 1189), 4 feb., 86-89.
Gilberto el Grande, San († 1167), 17 oct., 468-469.
Gildo Irwa, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Gilduino, San († 1077), 27 ene., 579-580.
Ginés de Arlés, San († 303), 25 ago., 911.
Gisela, Bta. († 1060), 7 mayo, 154-155.
Gleb, San († 1015), 24 jul., 705.
Goar, San († s. VI), 6 jul., 169-170.
Gobán, San († 670), 20 jun., 506.
Godeardo, San († 1038), 5 mayo, 117.
Godeleva, Sta. († 1070), 30 jul., 984.
Godofredo, San († 1115), 8 nov., 179.
Godofredo Coart de Melveren, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Godofredo de Kappenburg, Bto. († 1127), 13 ene., 295-296.
Godofredo van Duynen, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Gomidas Keumurgian, Bto. († 1707), 5 nov., 101-111.
Gontrán, San († 593), 28 mar., 512-513.
Gonzaga Gonza, San († 1886), 27 mayo, 619.
Gonzalo de Amarante, Bto. († 1259), 10 ene., 243-244.
Gonzalo de Lagos, Bto. († 1422), 15 oct., 377-385.
Gonzalo Fusai, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Gonzalo García, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Gonzalo Gonzalo Gonzalo, Bto. († 1936), 4 ago., 113.
Gonzalo Henriques, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gonzalo Viñes Masip, Bto. († 1936), 10 dic., 272-277.
Gorazdo (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Gorgonia, Sta. († 370), 9 dic., 258-259.
Gorgonio, San († 303), 12 mar., 247.
Gracia de Cátaro, Bto. († 1508), 9 nov., 204-205.
Gracia (Zoraida), Sta. († 1180), 21 ago., 770-771.
Grata de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Grato, San († s. VI), 19 oct., 526.
Gregorio, Bto. († s. XIII), 26 abr., 581.
Gregorio II, San († 731), 11 feb., 254-261.
Gregorio III (papa), San († 741), 10 dic., 277-278.
Gregorio VII (papa), San († 1085), 25 mayo, 556-562.
Gregorio X, Bto. († 1276), 10 ene., 221-227.
Gregorio Barbarigo, San († 1697), 18 jun., 459-467.
Gregorio Celli, Bto. († 1343), 11 mayo, 250-251.
Gregorio Chirivás Lacambra, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Gregorio de Berrueza, San († 1044), 9 mayo, 807-809.
Gregorio de Elvira, San († s. IV), 24 abr., 542-543.

Gregorio de Langres, San († 539), 4 ene., 96.
Gregorio de Tours, San († 594), 17 nov., 417-420.
Gregorio de Utrecht, San († 775), 25 ago., 898-901.
Gregorio el Iluminador, San († 326), 30 sep., 908-912.
Gregorio el Taumaturgo, San († 270), 17 nov., 412-417.
Gregorio Escribano, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Gregorio Frackowiak, Bto. († 1943), 5 mayo, 119-120.
Gregorio Grassi, San († 1900), 9 jul., 257-262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Gregorio Khomysyn, Bto. († 1945), 29 dic., 707-708.
Gregorio Lakota, Bto. († 1950), 5 nov., 125.
Gregorio Magno (papa), San († 604), 3 sep., 46-54.
Gregorio Nacianzeno, San († 390), 2 ene., 43-53.
Gregorio Niseno, San († ca.440) 10 ene., 238-239.
Grimoaldo de la Purificación (Fernando) Santamaría, Bto. († 1902), 18 nov., 469-470.
Guala, Bto. († 1244), 3 sep., 68-69.
Gualterio (abad), San († s. XIII), 4 jun., 112-113.
Gualterio (fundador), San († 1070), 11 mayo, 249-250.
Gualterio (de Lodi), San († 1224), 22 jul., 603.
Gualterio de Pontoise, San († 1095), 23 mar., 442.
Gualterio Pierson, Bto. († 1537), 10 jun., 260-261.
Guarino, San († 1159), 6 feb., 153.
Guarino de Aulps, San († 1150), 27 ago., 1000.
Gúdula, Sta. († ca.712), 8 ene., 195-198.
Guerrico, Bto. († 1157), 19 ago., 702.
Guiberto de Glemboux, San († 962), 23 mayo, 522.
Guido de Cortona, Bto. († 1245), 12 jun., 329.
Guido de Pomposa, San († 1046), 31 mar., 558-559.
Guido María Conforti, Bto. († 1931), 5 nov., 111-116.
Guidón de Anderlecht, San († 1012), 12 sep., 350-352.
Guillermo, San († 1142), 25 jun., 592-593.
Guillermo Andleby, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Guillermo Antonio Delfaut, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Guillermo Apor, Bto. († 1945), 2 abr., 41-44.
Guillermo Arnaud, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Guillermo Brown, Bto. († 1605), 5 sep., 140.
Guillermo Carter, Bto. († 1584), 11 ene., 250-251.
Guillermo Courtet, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Guillermo Cufitelli, Bto. († 1411), 4 abr., 89-90.
Guillermo Davis, Bto. († 1593), 27 jul., 870-871.
Guillermo de Bourges, San († 1209), 10 ene., 241-242.
Guillermo de Eskill, San († 1203), 6 abr., 134.
Guillermo de Fenol, Bto. († 1200), 19 dic., 499-500.
Guillermo de Malavalle, († 1157), 10 feb., 241.
Guillermo de Pontoise, San († 1192), 10 mayo, 230.

Guillermo de Tolosa, Bto. († 1369), 18 mayo, 405-406.
Guillermo Dean, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Guillermo Exmew, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Guillermo Filby, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Guillermo Firmati, San († 1103), 24 abr., 544.
Guillermo Fitzherbert, San († 1154), 8 jun., 182-189.
Guillermo Freeman, Bto. († 1595), 13 ago., 441-442.
Guillermo Gibson, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Guillermo Greenwood, Bto. († 1537), 6 jun., 151.
Guillermo Gunter, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Guillermo Harcourt, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Guillermo Harrington, Bto. († 1594), 18 feb., 401.
Guillermo Hart, Bto. († 1583), 15 mar., 283-284.
Guillermo Hartley, Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Guillermo Horne, Bto. († 1540), 4 ago., 112-113.
Guillermo Howard, Bto. († 1682), 29 dic., 739.
Guillermo Ireland, Bto. († 1679), 24 ene., 493.
Guillermo José Chaminade, Bto. († 1850), día 22, 443-451.
Guillermo Knight, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Guillermo Lacey, Bto. († 1582), 22 ago., 800-801.
Guillermo Lampley, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Guillermo Marsden, Bto. († 1586), 25 abr., 566.
Guillermo Pattenson, Bto. († 1592), 22 ene., 461.
Guillermo Pike, Bto. († 1591) 21 mar., 408-409.
Guillermo Pinchón, San († 1234), 29 jul., 943-944.
Guillermo Plaza Hernández, Bto. († 1936), 9 ago., 300-301; (memoria: 23 jul., 650-655).
Guillermo Repin, Bto. († 1794) 2 ene., 64-66.
Guillermo Richardson, Bto. († 1603), 27 feb., 597-598.
Guillermo Saultemouche, Bto. († 1593), 7 feb., 184-186.
Guillermo Scott, Bto. († 1612), 30 mayo, 720-721.
Guillermo Southerne, Bto. († 1618), 30 abr., 685.
Guillermo Spencer, Bto. († 1589), 24 sep., 732-733.
Guillermo Tempier, San († 1197), 29 mar., 518.
Guillermo Thomson, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Guillermo Tirry, Bto. († 1654), 2 mayo, 66-67.
Guillermo (Vicente) Llop Gayá, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Guillermo Way, Bto. († 1587), 23 sep., 701-702.
Guillermo Webster, Bto. († 1641), 26 jul., 823-824.
Gulstano, San († 1040), 27 nov., 660.
Gumesindo (de Córdoba), San († 853), 13 ene., 295.
Gumersindo Soto Barros, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Guntero, San († 1045), 9 oct., 273-274.
Gyavira, San († 1886) 3 jun., 58-65.

Habacuc (profeta), San, 2 dic., 51-58.

Habencio, San († 851), 7 jun., 172.
Habetdeus, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Hallazgo de la Santa Cruz, 3 mayo, 775-782.
Hartman de Passau, Bto. († 1164), 23 dic., 598-599.
Heimerado, San († 1019), 28 jun., 684.
Helpis de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Hemming, San († 1366), 21 mayo, 484-485.
Héracla de Alejandría, San († 248), 4 dic., 139-140.
Herculano de Piegale, Bto. († 1451), 28 mayo, 656.
Hereda (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Heremio (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Heriberto de Colonia, San († 1021), 16 mar., 286-289.
Hermán José, San († 1241), 7 abr., 158.
Hermán Stepien, Bto. († 1943),19 jul., 527-529.
Hermenegildo, San († 585), 13 abr., 258-266.
Hermes, San († 303), 22 oct., 585.
Herminia Martínez Amigó, Bta. († 1936), 27 sep., 825-826.
Herón (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Hesiquio de Vienne, San († 490), 12 nov., 281.
Higinio, San († 142), 11 ene., 246-247.
Hija de Francisco Díaz el joven (Uruaçu) oct., Bta. († 1645), 3 oct., 87.
Hilario (papa), San († 468), 28 feb., 599-601.
Hilario (Antonio) Delgado Vílchez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Hilario de Arlés, San († 449), 5 mayo, 102-105.
Hilario de Poitiers, San († 367), 13 ene., 281-287.
Hilario Januszewski, Bto. († 1945) 25 mar., 489-490.
Hilario María Llorente Martín, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Hilarión, San († s. VIII) 28 mar., 513.
Hilarión (abad), San († 371), 21 oct., 554-558.
Hilda, Sta. († 680), 17 nov., 431-432.
Hildegarda, Sta. († 1179), 17 sep., 499.
Hipacio, San († 446), 17 jun., 446.
Hipólito, San († 236), 13 ago., 392-397.
Hipólito Galantini, Bto. († 1619) 20 mar., 372-374.
Homobono de Cremona, San († 1097), 13 nov., 302-304.
Honesto de Nimes, San († 270), 28 nov., 793-794.
Honorato (Andrés) Zorraquino Herrero, Bto. († 1936), 23 oct., 638-640.
Honorato de Arlés, San († 429), 16 ene., 348.
Honorato de Biala Podlaska (Florencio) Kazminsky, Bto. († 1916), 16 dic., 433-439.
Honorato de Vercelis, San († 415), 29 oct., 746-747.
Honorino de la Virgen Dolorosa Carracedo Ramos, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Honorio de Canterbury, San († 653), 30 sep., 926-927.
Hormisdas (papa), San († 523), 6 ago., 149-150.

Hortulano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Hosanna Andreasi, Bta. († 1505), día 18 455-459.
Hroznata, Bto. († 1217),14 jul., 398-399.
Huberto, San († 727), 30 mayo, 718-719.
Hugo de Bonnevaux, Bto. († 1194), 1 abr., 13.
Hugo de Cluny, San († 1109), 29 abr., 644-655.
Hugo de Fosses, Bto. († 1163), 10 feb., 241-242.
Hugo de Génova, San († ca.1233), 8 oct., 220-227.
Hugo de Grenoble, San († 1132), 1, abr., 3-7.
Hugo de Lincoln, San († 1200), 17 nov., 424-430.
Hugo de Novara, San († 1180), 17 nov., 432.
Hugo de Ruán, San († 730), 9 abr., 195.
Hugo Faringdon, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Hugo Green, Bto. († 1642), 19 ago., 707-708.
Hugo More, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Hugo Taylor, Bto. († 1585), 26 nov., 648-649.
Hugolino (de Cerisano), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Hugolino Megalotti, Bto. († 1373), 11 dic., 312.
Humbelina de Fontaines, Bta. († 1136), 12 feb., 280-281.
Humberto III, Bto. († 1188) 4 mar., 91-92.
Humildad de Faenza, Bta. († 1310), 22 mayo, 504-505.
Humilde de Bisignano, San († 1637), 26 nov., 649-650.
Humiliana de Cerchi, Bta. († 1246), 19 mayo, 437-438.
Hunfredo Middlemore, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Hunfredo Pritchard, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Hungero, San († 866), 22 dic., 552.

Ida de Boulogne, Bta. († 1113), 13 abr., 287.
Ida de Herzfeld, Sta. († 825), 4 sep., 113.
Ida de Val-des-Roses, Bta. († 1290), 13 abr., 288.
Idesbaldo, San († 1167), 18 abr., 401.
Ifigenia de San Mateo, Bta. († 1794), 7 jul., 205.
Ignacia del Santísimo Sacramento (Josefa) Pascual Pallardó, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Ignacio Azevedo, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Ignacio Casanovas, Bto. († 1936), 16 sep., 475.
Ignacio Choukrallah Maloyan, Bto. († 1915), 9 jun., 903-905*.
Ignacio de Antioquía, San († 107), 17 oct., 426-434.
Ignacio de Constantinopla, San († 877), 23 oct., 602-605.
Ignacio de Láconi, San († 1781), 11 mayo, 244-248.
Ignacio de Loyola, San († 1556), 31 jul., 994-1000.
Ignacio de Santhià, San († 1770), 22 sep., 645-656.
Ignacio Falzón, Bto. († 1865), 1 jul., 20-26.
Ignacio Franczuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Ignacio Jorge, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Ignacio Kim Che-jun, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Ignacio Klopotowski, Bto. († 1931), 7 sep., 931-933*.
Ignacio Tejero Molina, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Ildefonso de la Cruz (Anatolio) García Nozal, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Ildefonso de Toledo, San († 667), 23 ene., 463-468.
Imelda Lambertini, Bta. († 1333), 12 mayo, 280-281.
Inés, Sta. († ca.304), día 21, 411-415.
Inés Cao Kuiying, Sta. († 1856), 1 mar., 23; (memoria: 9 jul., 224-235).
Inés de Asís, Sta. († 1253), 16 nov., 401-404.
Inés de Bohemia, Sta. († 1282), 6 mar., 117-118.
Inés de Jesús Galand, Bta. († 1634), 19 oct., 521-525.
Inés de Jesús (Silvia) de Romillon, Bta. († 1794),10 jul., 274.
Inés de Montepulciano, Sta. († 1317), 20 abr., 421-428.
Inés Kim Hyo-ju, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Inés Le Thi Thanh De, Sta. († 1841), 12 jul., 314; (memoria: 24 nov., 580-585).
Inés Phila, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Inés Takeya, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ingrid Elofsdotter, Bta. († 1282), 2 sep., 38-39.
Inmaculada Concepción, 8 dic., 207-214.
Inmaculado Corazón de María (movible), jun., 783-788.
Inocencio I, San († 417) 12 mar., 247-248.
Inocencio V (papa), Bto. († 1276), 22 jun., 549-550.
Inocencio XI (papa), Bto. († 1689), 12 ago., 349-358.
Inocencio de Berzo (Juan Scalvinoni), Bto. († 1890), 3 mar., 70.
Inocencio de la Inmaculada (Manuel) Canoura Arnau, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Inocencio Guz, Bto. († 1940), 6 jun., 152-153.
Inocentes, Stos., 28 dic., 691-695.
Invención de las Reliquias de los Mártires de Córdoba, 26 nov., 787-793.
Íñigo, San († 1068), 1 jun., 10-17.
Ireneo de Lyón, San († 202), 28 jun., 663-669.
Irmengarda, Bta. († 866), 16 jul., 467.
Irmengarda, Sta. († 1085), 4 sep., 113-114.
Isaac, San († 438) 8 sep., 235-236.
Isaac (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Isaac de Córdoba, San († 851), 3 jun., 92-93.
Isaac Jogues, San († 1649), 19 (memoria; pasión: 18) oct., 493-498.
Isabel (madre de San Juan Bautista), Sta., 23 sep., 669-674.
Isabel (reina), Sta. († 1336), 4 jul., 87-92.
Isabel Achlin, Bta. († 1420), 25 nov., 624.
Isabel Ana Bayley Seton, Sta. († 1821), 4 ene., 87-90.
Isabel Calduch Rovira, Bta. († 1937), 14 abr., 306.
Isabel Canori Mora, Bta. († 1825), 5 feb., 105-114.

Isabel Chong Chong-hye, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Isabel de Francia, Bta. († 1270), 22 feb., 480-481.
Isabel de Hungría, Sta. († 1231), 17 nov., 407-412.
Isabel de la Santísima Trinidad Catez, Bta. († 1906), 9 nov., 186-192.
Isabel de Schönau, Sta. († 1165), 18 jun., 450-455.
Isabel Fernández, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Isabel Ferrer Sabriá, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Isabel Julieta de San Francisco Javier Vèrolot, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Isabel Picenardi, Bta. († 1468), 19 feb., 416.
Isabel Qin Bianzhi, Sta. († 1900), 19 jul., 527; (memoria: 9 jul., 224-235).
Isabel Renzi, Bta. († 1859), 14 ago., 467-471.
Isabel Teresa del Corazón de Jesús Consolin, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
Isabel Vendramini, Bta. († 1860), 2 abr., 23-27.
Isaías (profeta), San († s. VII a.C.), 9 mayo, 178-186.
Isaías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Isfrido, San († 1204), 15 jun., 395.
Isidoro Bakanja, Bto. († 1909), 15 ago., 514-518.
Isidoro Bover Oliver, Bto. († 1936), 2 oct., 72-73; (memoria: 23 jul., 650-655).
Isidoro (de Alejandría), San († 250), 14 dic., 388.
Isidoro (de Córdoba), San († 856), 17, abr., 371.
Isidoro de San José de Loor, Bto. († 1916), 6 oct., 194-204.
Isidoro de Sevilla, San († 636), 4 abr., 82-88.
Isidoro Martínez Izquierdo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Isidro Labrador, San († 1130), 15 mayo, 327-332.
Ismael Escribuela Esteve, Bto. († 1936), 8 sep., 247-248.
Isnardo de Chiampo, Bto. († 1244) 19 mar., 352.
Isto de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Itamar de Rochester, San († ca.656), 10 jun., 259.
Iván Merz, Bto. († 1928), 10 mayo, 231-232.
Iván Slezyuk, Bto. († 1973), 2 dic., 88-89.
Iván Ziatyk, Bto. († 1952), 17 mayo, 381.
Ivo de Chartres, San († 1116), 23 dic., 558-568.
Ivón de Bretaña, San († 1303), 19 mayo, 414-416.

Jacinta de Mariscotti, Sta. († 1640), 30 ene., 615-621.
Jacinta Marto, Bta. († 1920), 20 feb., 422-434.
Jacinto Castañeda, San († 1773), 7 nov., 157-160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Jacinto (de Oaxaca), Bto. († 1700), 15 sep., 416-420.
Jacinto de Polonia, San († 1257), 15 ago., 503-509.
Jacinto (de Roma), San († s. III), 11 sep., 337.
Jacinto (Enrique) María Cormier, Bto. († 1916), 17 dic., 467-472.
Jacinto Hoyuelos González, Bto. († 1936), 19 sep., 575-576.

Jacinto Orfanel, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Jacinto Serrano López, Bto. († 1936), 25 nov., 625-626.
Jacobino de Canepacci, Bto. († 1508), 3 mar., 68.
Jacobo de Castel la Pieve, Bto. († 1304), 15 ene., 334.
Jacobo de Vorágine, Bto. († 1298), 13 jul., 351-352.
Jáder (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Jaime André, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Jaime Bonet Nadal, Bto. († 1936), 15 ago., 555.
Jaime Buch Canals, Bto. († 1936), 31 jul., 1032.
Jaime de la Marca, San († 1476), 28 nov., 664-673.
Jaime Falgarona Vilanova, Bto. († 1936), 18 ago., 646-647.
Jaime Hilario Manuel Barbal Cosan, San († 1937), 18 ene., 379-381.
Jaime Meseguer Burillo, Bto. († 1936), 25 nov., 625-626.
Jaime Ortiz Alzuela, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Jamnica de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Jarogniew Wojciechowski, Bto. († 1942), 24 ago., 868-877.
Javier Bordas Piferer, Bto. († 1936), 24 jul., 693-705.
Javier Luis Bandrés Jiménez, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Jenara (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Jenaro, San († s. IV), 19 sep., 527-532.
Jenaro (de Córdoba), San († s. III/IV), 13 oct., 356-357.
Jenaro María Sarnelli, Bto. († 1744), 30 jun., 719-731.
Jenaro Sánchez Delgadillo, San († 1927), 17 ene., 360-362; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Jeremías (mártir de Córdoba), San († 852), 15 sep., 433.
Jeremías (profeta), San, (Antiguo Testamento) 1 mayo, 11-15.
Jeremías (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Jeremías de Córdoba, San († 851), 7 jun., 172.
Jeremías de Valaquia, Bto. († 1625) 5 mar., 98.
Jerónimo, San († 420), 30 sep., 901-908.
Jerónimo de Ángelis, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Jerónimo de Weert, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Jerónimo Emiliano, San († 1537), 8 feb., 197-200.
Jerónimo Gherarducci, Bto. († 1369), 12 mar., 249-250.
Jerónimo Hermosilla, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Jerónimo Jo, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Jerónimo Lou-Tin-Mey, San († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Jerónimo Ochoa Urdangarín, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Jesucristo, Rey Universal, nov., 743-748.
Jesucristo, sumo y eterno sacerdote (movible), jun., 739-752.
Jesús Agustín Viela Ezcurdia, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Jesús Gesta de Piquer, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Jesús Hita Miranda, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.

Jesús Méndez Montoya, San († 1928), 5 feb., 123-124; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Joanicio, San († 846), 3 nov., 81-82.
Joaquín (José) Ferrer Adell, Bto. († 1936), 30 ago., 1148-1149.
Joaquín (padre de la Virgen María), San, 26 jul., 792-794.
Joaquín He Kaizhi, San († 1839), 9 jul., 256-257; (memoria: 9 jul., 224-235).
Joaquín Hirayama, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Joaquín Prats Baltueña, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
Joaquín Royo, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).
Joaquín Sakakibara, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Joaquín Senkivskyj, Bto. († 1941), 28 jun., 686.
Joaquín Vilanova Camallonga, Bto. († 1936), 27 jul., 844-855.
Joaquina Vedruna de Mas, Sta. († 1854), 22 mayo, 493-497.
Job (profeta), Sto., 10 mayo, 206-209.
Joel (profeta), San, 19 oct., 504-511.
Jonás (profeta), San, 21 sep., 619-627.
Jordán de Pisa, Bto. († 1310), 19 ago., 703.
Jordán de Sajonia, Bto. († 1237), 13 feb., 283-288.
Jordán de San Esteban (Jacinto) Ansalone, San († 1634), 17 nov., 434-436; (memoria: 28 sep., 831-840).
Jordán Forzaté, Bto. († 1248), 7 ago., 188-189.
Jorge, San († s. IV), 23 abr., 472-476.
Jorge (mártir de Córdoba), San († 852), 27 jul., 865-867.
Jorge Beesley, Bto. († 1591), 1 jul., 27-28.
Jorge Douglas, Bto. († 1587), 9 sep., 296-297.
Jorge Edmundo René, Bto. († 1794), 2 oct., 72.
Jorge Errington, Bto. († 1596), 29 nov., 709-710.
Jorge Gervase, Bto. († 1608), 11 abr., 229.
Jorge Haydock, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Jorge Kaszyra, Bto. († 1943), 18 feb., 402-403.
Jorge Limniota, San († 730), 24 ago., 878-879.
Jorge Matulaitis, Bto. († 1927), 27 ene., 571-578.
Jorge Napper, Bto. († 1610), 9 nov., 205-206.
Jorge Nichols, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Jorge Preca, Bto. († 1962), 26 jul., 814-820.
Jorge Ramón Vargas González, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
Jorge Swallowell, Bto. († 1594), 26 jul., 821.
Josafat (Juan) Kuncewicz, San († 1623), 12 nov., 258-267.
Josafat (Roberto Mateo) Siskov, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Josafat Kocylovsky, Bto. († 1947), 17 nov., 437.
Josafata Miguelina Hordashevska, Bta. († 1919) 25 mar., 481-487.
José, San, 19 mar., 335-343.
José Allamano, Bto. († 1926), 16 feb., 342-350.
José Anacleto González Flores, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
José Antonio Tovini, Bto. († 1897), 16 ene., 344-347.

José Aparicio Sanz, Bto. († 1936), 29 dic., 726-732.
José Baldo, Bto. († 1915), 24 oct., 660-664.
José Barsabas, San († s. I), 20 jul., 552-553.
José Batalla Parramón, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
José Bécavin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José Benito de Cottolengo, San († 1842), 30 abr., 672-676.
José Benito Dusmet, Bto. († 1894), 4 abr., 71-79.
José Bilczewki, San († 1923), 20 mar., 940*; 390-391.
José Boher Foix, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Bonet Nadal, Bto. († 1936), 13 ago., 451.
José Brengaret Pujol, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
José Cafasso, San († 1860), 23 jun., 552-557.
José Calasanz Marqués, Bto. († 1936), 29 jul., 948-949.
José Canet Giner, Bto. († 1936), 4 oct., 104.
José Caselles Moncho, Bto. († 1936), 28 jul., 909-911.
José Cebula, Bto. († 1941), 28 abr., 635-636.
José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
José Czempiel, Bto. († 1942), 19 mayo, 443-444.
José Chang Chu-gi, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Chang Song-jib, San († 1839), 26 mayo, 600-601; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Cho Yun-ho, San († 1866), 23 dic., 599-600; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Dang Dinh (Nien) Vien, San († 1838), 21 ago., 771-772; (memoria: 24 nov., 580-585).
José de Anchieta, Bto. († 1597), 9 jun., 225-234.
José de Arimatea, San, 31 ago., 1150-1158.
José de Calasanz, San († 1648), 25 ago., 888-895.
José de Cupertino, San († 1663), 18 sep., 504-512.
José de Jesús y María Osés Sáinz, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José de la Virgen de los Dolores Rada, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
José de Leonisa, San († 1612), 4 feb., 100-101.
José de los Sagrados Corazones Estalayo García, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José (de Persia), San († 343), 10 nov., 222.
José de Porto (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
José de San Jacinto de Salvanés, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
José de Tesalónica, San († 832), 15 jul., 435-436.
José Dionisio Luis Padilla Gómez, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
José Do Quang Hien, San († 1840), 9 mayo, 204-205; (memoria: 24 nov., 580-585).
José el Himnógrafo, San († 886), 3 abr., 67-68.
José Fenollosa Alcayna, Bto. († 1936), 27 sep., 824-825.
José Fernández, San († 1838), 24 jul., 712-713; (memoria: 24 nov., 580-585).

José Ferrer Esteve, Bto. († 1936), 9 dic., 259-260.
José Figuero Beltrán, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José Freinademetz, Bto. († 1908), 28 ene., 599-601.
José García Mas, Bto. († 1936), 18 sep., 522-523.
José Gerard, Bto. († 1914), 29 mayo, 665-670.
José Giménez López, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
José Goizet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José González Huguet, Bto. († 1936), 12 oct., 340-341.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), 5 sep., 141-142; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Im Chi-baeg, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Imbert, Bto. († 1794), 9 jun., 242-243.
José Isabel Flores Varela, San († 1927), 21 jun., 527-528; cf. también: 21 mayo, 460-468.
José Jankowski, Bto. († 1941), 16 oct., 424-425.
José Juan Perot Juanmartí, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Kowalski, Bto. († 1942), 4 jul., 123.
José Kurzawa, Bto. († 1940), 23 mayo, 522-523.
José Kut, Bto. († 1942), 18 sep., 526.
José Lambton, Bto. († 1592), 24 jul., 711.
José Le Dang Thi, San († 1860), 24 oct., 665-666; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Llosá Balaguer, Bto. († 1936), 7 oct., 219-220; cf. también: 1 ago., 24-31.
José Luciano Ezequiel, Bto. († 1927), 3 abr., 883-884.
José Ma Taishun, San († 1900), 26 jun., 640; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Manyanet Vives, San († 1901), 17 dic., 456-462.
José Marchand, San († 1835), 30 nov., 736-737; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Marchandon, Bto. († 1794), 22 sep., 664-665.
José Marello, San († 1895), 30 mayo, 707-710.
José María Amorós Hernández, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Badía Mateu, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Blasco Juan, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Castell Camps, Bto. († 1936), 28 jul., 909-911.
José María Corbín Ferrer, Bto. († 1936), 27 dic., 683-687.
José María de Jesús Agonizante Ruiz Martínez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
José María de Jesús Cuartero Gascón, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
José María de Yermo y Parres, San († 1904), 20 sep., 604-611.
José María Díaz Sanjurjo, San († 1857), 20 jul., 562-563; (memoria: 24 nov., 580-585).
José María (Gabriel) Sanchís Mompó, Bto. († 1936), 16 ago., 589-590; cf. también: 1 ago., 24-31.
José María Gambaro, San († 1900), 7 jul., 206-207; (memoria: 9 jul., 224-235).
José María Muro Sanmiguel, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
José María Ormo Seró, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.

José María (Pedro José) Cassant, Bto. († 1903), 17 jun., 907.
José María Peris Polo, Bto. († 1936), 15 ago., 551; (memoria: 23 jul., 650-655).
José María Robles, San († 1927), 26 jun., 614-623; cf. también: 21 mayo, 460-468.
José María Ros Florensa, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
José María Rubio Peralta, Bto. († 1929), 2 mayo, 50-65.
José María Segura Penadés, Bto. († 1936), 11 sep., 336-337.
José María Tommasi Caro, San († 1713), 1 ene., 17-22.
José María Vidal Seguí, Bto. († 1936), 26 sep., 802-803.
José María Zabal Blasco, Bto. († 1936), 8 dic., 222-223.
José Medes Ferri, Bto. († 1936), 12 nov., 284-285.
José Mkasa Balikuddembé, San († 1885), 15 nov., 386.
José Mora Velasco, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
José Moreau, Bto. († 1794), 18 abr., 402.
José Moscati, San († 1927), 12 abr., 249-255.
José Nascimbeni, Bto. († 1922), 22 ene., 451-459.
José Nguyen Dinh Nghi, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Dinh Upen, San († 1838), 3 jul., 84-85; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Duy Khang, San († 1861), 6 dic., 187-188; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Nguyen Van Luu, San († 1854), 2 mayo, 67-68; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Obrero, San, 1 mayo, 4-11.
José Oriol, San († 1702) 23 mar., 428-434.
José Otín Aquilé, Bto. († 1936), 30 nov., 740.
José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), 4 sep., 116-117; (memoria: 23 jul., 650-655).
José Pavón Bueno, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
José Pawlowski, Bto. († 1942), 9 ene., 206.
José Pedro Han Chae-Kwon, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
José Pellé, San († 1794), 21 ene., 430-431.
José Perpiñá Nácher, Bto. (1936), 29 dic., 745-746.
José Pham Trong Cai Ta, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Pignatelli, San († 1811),15 nov., 364-369.
José Rabasa Bentanachs, Bto. († 1936), 4 ago., 113-115.
José Ramón Ferragud Girbés, Bto. († 1936), 24 sep., 736-737.
José Ramón Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), 24 sep., 734-735.
José Ramón Ruiz Bruixola, Bto. († 1936), 28 oct., 731-732.
José Ricardo del Sagrado Corazón de Jesús Díez, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
José Ruiz Cuesta, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
José Sala Picó, Bto. († 1936), 23 Jul., 636-650.
José Salvador Huerta Gutiérrez, Bto. († 1927), 3 abr., 883-884.
José Sánchez del Río, Bto. († 1928), 10 feb., 868.
José Sebastián Pelczar, San († 1924) 28 mar., 501-512.

José Stanek, Bto. († 1944), 23 sep., 704.
José Straszewski, Bto. († 1942), 12 ago., 389-390.
José Tapies Sirvant, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
José Tarrats Comaposada, Bto. († 1936), 28 sep., 859.
José Toledo Pellicer, Bto. († 1936), 10 ago., 317-318.
José Tomás Pazery de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
José Trinidad Rangel Montaño, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896.
José Tuan, San († 1861), 30 abr., 686; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Tuc, San († 1862), 1 jun., 41-42; (memoria: 24 nov., 580-585).
José Vaz, Bto. († 1711), 16 ene., 339-344.
José Wang Guiji, San († 1900), 13 jul., 358-359; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Wang Yumei, San († 1900), 21 jul., 587; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Yuan Gengjyin, San († 1900), 30 jul., 224-235; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Yuan Zaide, San († 1817), 24 jun., 579-580; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Zaplata, Bto. († 1945), 19 feb., 417-418.
José Zhang Dapeng, San († 1815), 12 mar., 250-251; (memoria: 9 jul., 224-235).
José Zhang Wenlan, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Josefa de la Purificación (Ramona) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
Josefa de San Juan Ruano García, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
Josefa María Barrera Izaguirre, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
Josefa María de Santa Inés, Bta. († 1696), 21 ene., 420-428.
Josefa Naval Girbés, Bta. († 1893), 24 feb., 524-531.
Josefa Suriano, llamada Pina, Bta. († 1950), 18 mayo, 902-903.
Josefina (Ana Josefa) Leroux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
Josefina Bakhita, Sta. († 1947), 8 feb., 200-212.
Josefina Gabriela Bonino, Bta. († 1906), 8 feb., 213-216.
Josefina Judit (Adelaida) Vannini, Bta. († 1911), 23 feb., 510-515.
Josefina Moscardó Montalvà, Bta. († 1936), 22 sep., 666-667.
Josemaría Escrivá de Balaguer, San († 1975), 26 jun., 623-637.
Josué (profeta), San, 1 sep., 4-7.
Juan, Bto. († 1529), 23 sep. (memoria), 700-701.
Juan, San († s. IV), 26 jun., 596-602.
Juan I (papa), San († 526), 18 mayo, 382-386.
Juan XXIII (papa), Bto. († 1963), 3 jun., 75-91.
Juan (hijo de Baldji), Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Juan Adalberto Balicki, Bto. († 1948) 15 mar., 284-285.
Juan Adams, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Juan Agramunt Riera, Bto. († 1936), 13 ago., 449.
Juan («Agregado»), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Alcalde y Alcalde, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Juan Alcover, San († 1748), 28 oct., 718-723; (memoria: 9 jul., 224-235).

Juan Almond, San († 1612), 5 dic., 175-176.
Juan Amias, Bto. († 1589) 16 mar., 290-291.
Juan Andrés Capeau, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Andrzejuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Juan Ángel Porro, Bto. († 1506), 23 oct., 629-630.
Juan ante Portam Latinam (evangelista), San († 95), 6 mayo, 782-792.
Juan Antonio Bernabé Seguin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Burró Mas, Bto. († 1936), 5 nov., 123-124.
Juan Antonio de Savine, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Farina, Bto. († 1888) 4 mar., 83-91.
Juan Antonio Guilleminet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Baixeras Berenguer, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Juan Bautista, San, 24 jun. (natividad), 567-574.
Juan Bautista, San, 29 ago. (martirio), 1053-1060.
Juan Bautista Carbonell Mollá, Bto. († 1936), 2 oct., 74.
Juan Bautista Claudio Aubert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Con, San († 1840), 8 nov., 180-181 (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866) 9 mar., 197.
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866), 20 sep.; (memoria: ibíd.).
Juan Bautista Davernuily, († 1794), 1 jul., 29-30.
Juan Bautista de Bruxelles, Bto. († 1794), 18 jul., 513.
Juan Bautista de Fabriano Righi, Bto. († 1539) 11 mar., 230.
Juan Bautista de la Concepción, San († 1618), 14 feb., 310-314.
Juan Bautista de La Salle, San († 1719), 7 abr., 138-148.
Juan Bautista de los Ángeles (de Oaxaca), Bto. († 1700), 15 sep., 416-420.
Juan Bautista de Parma, Bto. († 1289), 19 mar., 353.
Juan Bautista de Rossi, San († 1764), 23 mayo, 515-520.
Juan Bautista Dinh Van Than, San († 1840), 28 abr., 635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Bautista Egozcuezábal Aldaz, Bto. († 1936), 29 jul., 948.
Juan Bautista Faubel Cano, Bto. († 1936), 28 ago., 1049-1050.
Juan Bautista Ferreres Boluda, Bto. († 1936), 29 dic., 732-738.
Juan Bautista Jannin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista (José) Velázquez Peláez, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Juan Bautista Laborier du Vivier, Bto. († 1794), 27 sep., 823.
Juan Bautista Loir, Bto. († 1794), 19 mayo, 442-443.
Juan Bautista Lou Tingyin, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Machado, Bto. († 1617), 22 mayo, 507-508.
Juan Bautista María Tessier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista María Vianney (Cura de Ars), San († 1859), 4 ago., 90-99.

Juan Bautista Mazzucconi, Bto. († 1855), 7 sep., 165-175.
Juan Bautista Ménestrel, Bto. († 1794), 16 ago., 586-587.
Juan Bautista Miguel Pontus, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Nam Chong-sam, San († 1866) 7 mar., 132-133; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Bautista Nativelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Bautista Piamarta, Bto. († 1913), 25 abr., 559-565.
Juan Bautista Scalabrini, Bto. († 1905), 1 jun., 24-29.
Juan Bautista Souzy, Bto. († 1794), 27 ago., 970-979.
Juan Bautista Triquerie, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan Bautista Turpin du Cormier, Bto. († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan Bautista Vernoy de Montjournal, Bto. († 1794), 1 jun., 41.
Juan Bautista Wu Mantang, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Wu Wenyin, San († 1900), 8 jul., 222; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Bautista Zhao Mingxi, San († 1900), 3 jul., 86; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Bautista Zhou Wurui, San († 1900), 19 jul., 526; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Becchetti de Fabriano, San († 1420), 2 jul., 59.
Juan Beche, Bto. († 1539), 1 dic., 15-16.
Juan Berchmans, San († 1621), 13 ago., 415-419.
Juan Beyzym, Bto. († 1912), 2 oct., 60-64.
Juan Bodey, Bto. († 1583), 2 nov., 58.
Juan Bono de Siponto, Bto. († s. XII), 5 sep., 139.
Juan Bosco, San († 1888), 31 ene., 651-657.
Juan Boste, San († 1594), 24 jul., 711-712.
Juan Bretton, Bto. († 1598), 1 abr., 14.
Juan Buoni, Bto. († 1249), 23 oct., 628-629.
Juan Buralli de Parma, Bto. († 1289), 19 mar., 353.
Juan Calabria, San († 1954), 4 dic., 135-139.
Juan Calibita, San († s. V), 15 ene., 332-333.
Juan Cancio, San († 1473), 23 dic., 553-557.
Juan Carey, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), 20 sep., 595-599; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Casiano, San († 435), 23 jul., 624-632.
Juan Cini de la Paz, Bto. († 1453), 12 nov., 283.
Juan Clímaco, San († 649), 30 mar., 520-525.
Juan Codinach Tuneu, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan Colombini, Bto. († 1367), 31 jul., 1004-1011.
Juan Cornelius, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Juan Crisóstomo, San († 407), 13 sep., 358-365.
Juan Charton de Millon, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.

Juan Chen Xianheng, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Chugoku, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Juan Damasceno, San († 749), 4 dic., 112-119.
Juan Dat, San († 1798), 28 oct., 729-730; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Davy, Bto. († 1537), 8 jun., 208-209.
Juan de Alvernia, cf. Juan de Fermo, Bto.
Juan de Ávila, San († 1569), 10 mayo, 217-225.
Juan de Beverley, San († 721), 7 mayo, 153-154.
Juan de Brebeuf, San († 1649) día 16 mar., 291-292; (memoria: 19 oct., 493-498).
Juan de Bridlington, San († 1379), 10 oct., 296-297.
Juan de Brito, San († 1693), 4 feb., 95-97.
Juan de Capistrano, San († 1456), 23 oct., 588-598.
Juan (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Juan de Castro Chinon, San († s. VI), 27 jun., 660.
Juan de Cetina, Bto. († 1397), 19 mayo, 810-812.
Juan de Colonia, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Juan (de Córdoba), San († 824), 27 sep., 821.
Juan de Dios, San († 1550), día 8 mar., 141-149.
Juan de Dukla, San († 1484), 29 sep., 886-887.
Juan de España, Bto. († 1160), 25 jun., 593-594.
Juan de Fermo, Bto. († 1322), 9 ago., 297.
Juan de Goto, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Juan de la Cruz, San († 1591), 14 dic., 360-369.
Juan de la Cruz (Eloy Francisco Felipe) Delgado Pastor, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Juan de la Lande, San († 1646), 19 oct., 493-498.
Juan de Mata, San († 1213), 17 dic., 451-456.
Juan de Matera, San († 1139), 20 jun., 491-493.
Juan de Mayorga, Bto. († 1570), 15 jul., 412.419.
Juan de Ortega, San († 1163) 2 jun., 790-791.
Juan de Penna, Bto. († 1275), 3 abr., 68.
Juan de Perugia, Bto. († 1228), 29 ago., 1061-1064.
Juan de Prado, Bto. († 1631), 24 mayo, 530-533.
Juan de Rávena, San († 595), 19 ene., 393-394.
Juan de Ribera, San († 1611), 6 ene., 141-147.
Juan de Rieti, Bto. († 1336), 1 ago., 39-40.
Juan de Ruysbroeck, San († 1381), 2 dic., 68-76.
Juan de Sahagún, San († 1479), 11 jun., 270-277.
Juan de Salerno, Bto. († 1242), 9 ago., 296.
Juan de San Martín, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan de Santa Marta, Bto. († 1618), 16 ago., 584-585.
Juan de Santo Domingo Martínez, Bto. († 1619), 19 mayo, 440-441.
Juan de Silveira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Juan de Siria, San († s. VI), 21 jul., 584-585.

Juan de Teruana, Bto. († 1130), 27 ene., 581.
Juan de Triora, San († 1816), 7 feb., 87-188; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan de Valence, San († 1145), 21 mar., 408.
Juan de Vercelli, Bto. († 1283), 30 nov., 720-727.
Juan de Zafra, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan del Báculo, San († 1290), 24 mar., 463.
Juan del Castillo, San († 1628), 17 nov., 433-434.
Juan Díaz Nosti, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Juan Diego Cuauhtlatoatzin, San († 1548), 9 dic., 224-237.
Juan Doan Trinh Hoan, San († 1861), 26 mayo, 601-602; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Dominici, Bto. († 1420), 10 jun., 247-251.
Juan Duckett, Bto. († 1644), 7 sep., 188-189.
Juan Duns Escoto, Bto. († 1308), 8 nov., 162-168.
Juan Echarri Vique, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan el Limosnero, San († 620), 11 nov., 234-240.
Juan el Silenciario, San († 558), 7 dic., 204-205.
Juan el Taumaturgo, San († s. IX), 4 dic., 140.
Juan Enrique Luis Samson, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Eudes, San († 1680), 19 ago., 651-658.
Juan Evangelista (apóstol), San († s. I), 27 dic., 675-682.
Juan Eynon, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Felipe Marchand, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Felton, Bto. († 1570), 8 ago., 210-213.
Juan Fenwich, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Juan Fernández (I), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Fernández (II), Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Juan Finch, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Juan Fingley, Bto. († 1586), 8 ago., 241-242.
Juan Fisher, San († 1535), 22 jun., 533-537.
Juan Forest, Bto. († 1538), 22 mayo, 506-507.
Juan Francisco Bosquet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Francisco Burté, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Francisco Jarrige de la Morélie du Breuil, Bto. († 1794), 31 jul., 1016-1017.
Juan (Francisco) Marinoni, Bto. († 1562), 13 dic., 348-353.
Juan Francisco Regis, San († 1640), 31 dic., 777-785.
Juan Gabriel Perboyre, San († 1840), 11 sep., 325-335.
Juan Gavan, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Juan Gonga Martínez, Bto. († 1936), 13 nov., 328-329.
Juan Grande, San († 1600), 3 jun., 65-75.
Juan Grove, Bto. († 1679), 24 ene., 493.
Juan Gualberto, San († 1073),12 jul., 293-299.
Juan Haile, Bto. († 1535), 4 mayo, 87-94.
Juan Hamanomachi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Juan Hambley, Bto. († 1587), 29 mar., 519.
Juan Hewett, Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Juan Hogg, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Juan Houghton, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Juan Hunot, Bto. († 1794), 7 oct., 218-219.
Juan Imamura, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Juan Ingram, Bto. († 1594), 26 jul., 820.
Juan Ireland, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Juan Iwanaga, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Juan Jesús (Mariano) Adradas Gonzalo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Juan Jones, Bto. († 1598), 12 jul., 308-310.
Juan Jorge (Santiago) Rhem, Bto. († 1794), 11 ago., 337-338.
Juan José de la Cruz, San († 1734), 5 mar., 94-96.
Juan José Juge de Saint-Martin, Bto. († 1794), 7 jul., 204.
Juan José Rateau, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Juvenal Ancina, Bto. († 1604), 30 ago., 1147-1148.
Juan Kemble, San († 1679), 22 ago., 787-797.
Juan Kinuya, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Juan Kisaku, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Juan Lacan, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Larke, Bto. († 1544), 7 mar., 132.
Juan Lego, Bto. († 1794), 1 ene., 41.
Juan Lenaerts, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Juan Leonardo, San († 1609), 9 oct., 247-251.
Juan Liccio, Bto. († 1511), 14, nov., 352.
Juan Lloyd, San († 1679), 22 jul., 598-602.
Juan Lockwood, Bto. († 1642), 13 abr., 290.
Juan Lostau Navarro (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Juan Lowe, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Juan Luis Bonnard, San († 1852), 1 mayo, 32; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Macías, San († 1645), 16 sep., 460-464.
Juan Maki, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Juan María Boccardo, Bto. († 1913), 30 dic., 759-764.
Juan María de la Cruz (Mariano) García Méndez, Bto. († 1936), 23 ago., 811-815.
Juan María de Lau d'Allemans, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan María Gallot, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Juan María Muzei, San († 1887), 27 ene., 582.
Juan Martín Moyë, Bto. († 1793) 4 mayo, 94-99.
Juan Martín y siete jóvenes (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Juan Martorell Soria, Bto. († 1936), 10 ago., 318-319.
Juan Mason, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Juan Menard, Bto. († 1794), 16 abr., 346-347.

Juan Miguel Langevin, Bto. († 1794), 30 oct., 762.
Juan Mopinot (León), Bto. († 1794), 21 mayo, 485-486.
Juan Motoyama, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Juan Munden, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Juan Nagai Naisen, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Juan Nagata Matakichi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Nelson, Bto. († 1578), 3 feb., 84-85.
Juan Nepomuceno, San († 1393), 20 mar., 366-371.
Juan Nepomuceno Chrzan, Bto. († 1942), 1 jul., 32-33.
Juan Nepomuceno de Tschiderer, Bto. († 1860), 3 dic., 104-108.
Juan Nepomuceno Neumann, San († 1860), 5 ene., 106-108.
Juan Nepomuceno Zegrí Moreno, Bto. († 1905), 17 mar., 876-877.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), 21 ene., 433-434; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Nicolás Cordier, Bto. († 1794), 30 sep., 928.
Juan Norton, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Juan Nutter, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Juan Ogilvie, San († 1615), 10 mar., 198-202.
Juan Paine, San († 1582), 2 abr., 45.
Juan Pak Hu-jae, San († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
Juan Pedro Bangue, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.
Juan Pedro Neel, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Pedro Simón, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Juan Pelingotto, Bto. († 1304), 1 jun., 17-24.
Juan Pibush, Bto. († 1601), 18 feb., 401.
Juan Plessington, San († 1679), 19 jul., 518-522.
Juan (Protasio) Bourdon, Bto. († 1794), 23 ago., 822.
Juan Rigby, San († 1600), 21 jun., 525-526.
Juan Roberto Quéneau, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Juan Roberts, San († 1610), 10 dic., 278-281.
Juan Robinson, Bto. († 1588), 1 oct., 40.
Juan Roche, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Juan Rochester, Bto. († 1537), 11 mayo, 251-252.
Juan Rugg, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Sánchez Munárriz, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Juan Sandys, Bto. († 1587), 11 ago., 335-337.
Juan Santiago Fernández, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Juan Sarkander, San († 1620), 17 mar., 300-306.
Juan Shert, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Juan Shozaburo, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Juan Slade, Bto. († 1583), 30 oct., 760-761.
Juan Sordi, Bto. († 1181), 16 mar., 290.
Juan Soreth, Bto. († 1471), 25 jul., 774-776.

Juan Soutworth, San († 1654), 28 jun., 673-678.
Juan Soyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Speed, Bto. († 1594), 4 feb., 99.
Juan Stone, San († 1539), 23 dic., 568-574.
Juan Storey, Bto. († 1571), 1 jun., 37-39.
Juan Sugar, Bto. († 1604), 16 jul., 468-471.
Juan Talbot, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Juan Tanaka, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Juan Tavelli de Tosignano, Bto. († 1446), 24 jul., 706-707.
Juan Teófenas Vénard, San († 1861), 2 feb., 45-53; (memoria: 24 nov., 580-585).
Juan Thorne, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Juan Thules, Bto. († 1616), 18 mar., 333.
Juan Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Juan Ventura Solsona, Bto. († 1936), 17 sep., 501-502.
Juan Wall, San († 1679), 22 ago., 787-797.
Juan Wang Guixin, San († 1900), 14 jul., 403; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Wang Rui, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Yago, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Juan Yi Munu, San († 1840), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd.).
Juan Yoshida Shoun, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Juan Zhang Huan, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Zhang Jingguang, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juan Zhang Tianshen, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Juana Antida Thouret, Sta. († 1826), 24 ago., 834-841.
Juana Beretta de Molla, Sta. († 1962) 28 abr., 940*; 625-633.
Juana de Arco, Sta. († 1431), 30 mayo, 691-699.
Juana de Aza, Bta. († s. XIII), 2 ago., 60-65.
Juana de Francia, Sta. († 1505), 4 feb., 89-94.
Juana de Lestonnac, Sta. († 1640), 2 feb., 35-39.
Juana de Orvieto, Bta. († 1306), 23 jul., 656.
Juana de Portugal, Bta. († 1490), 12 mayo, 281-282.
Juana de Signa, Bta. († 1307), 9 nov., 202.
Juana Delanoue, Sta. († 1736), 17 ago., 610-616.
Juana Francisca (Frémiot) de Chantal, Sta. († 1641), 12 ago., 340-349.
Juana Francisca de la Visitación, Bta. († 1888), 1 feb., 17-20.
Juana Gérard, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Juana Gourdon, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Isabel Bichier des Ages, Sta. († 1838), 26 ago., 927-930.
Juana Jugan, Bta. († 1879), 29 ago., 1067-1076.
Juana Leduc, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana María Bonomo, Bta. († 1670), 1 mar., 13-19.
Juana María Condesa Lluch, Bta. († 1916), 16 ene., 852-854.

Juana Maria de Maillé, Bta. († 1414), 28 mar., 513-514.
Juana María de San Bernardo de Romillón, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Juana Onillon, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Scopelli, Bta. († 1491), 9 jul., 253-254.
Juana Soderini, Bta. († 1367), 1 sep., 19.
Juana Thomas, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Juana Véron, Bta. († 1794), 20 mar., 390.
Judas Tadeo (apóstol), San, († s. I), 28 oct., 713-717.
Judicael, San († 658), 17 dic., 474.
Judoco, San († 669), 13 dic., 355.
Julia Billiart, Sta. († 1816), 8 abr., 170-173.
Julia (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Julia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Julia de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Julia Luisa de Jesús (Rosa Cristina) de Neufville, Bta. († 1794), 17 jul., 489-949.
Julia Rodzinska, Bta. († 1945), 20 feb., 434-435.
Julia Salzano, Bta († 1929), 17 mayo, 375-379.
Julián (mártir), San († ca.304), 6 ene., 136-140.
Julián (obispo), San († 690), 29 ene., 675-677; cf. también: 6 marzo, 99-104.
Julián Alfredo (Vilfrido) Fernández Zapico, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Julián Benigno de San Nicolás de Tolentino Moreno, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
Julián de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Julián (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Julián de Cuenca, San († 1208), 28 ene., 591-596.
Julián de San Agustín, Bto. († 1606), 8 abr., 185.
Julián Francisco Morin, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Julián Maunoir, San († 1683), 28 ene., 597-598.
Julián (Miguel) Carrasquer Fos, Bto. († 1936), 30 jul., 976-984 y 986-991.
Julián Moulé, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Julián Plazaola Artola, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Julián Poulain-Delaunay, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Julián Rodríguez Sánchez, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
Juliana de Busto Arsicio, Bta. († 1501), 15 ago., 544-545.
Juliana de Collalto, Bta. († 1262), 1 sep., 18-19.
Juliana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), 27 jul., 864.
Juliana de Monte Cornillón, Sta. († 1258), 5 abr., 100-107.
Juliana Falconieri, Sta. († 1341), 19 jun., 482-486.
Julio, San († s. IV), 22 jun., 547.
Julio I, (papa) San († 352), 12 abr., 231-236.
Julio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Julio Álvarez Mendoza, San († 1927), 30 mar., 521-522; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Julio (de Mesia), San († 302), 27 mayo, 604-608.
Julio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Julio del Sagrado Corazón Mediavilla Concejero, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Julio Junyer Padern, Bto. († 1938), 26 abr., 582.
Julita, Sta. († 304), 16 jun., 421.
Julita Kim, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Junípero (Miguel) Serra, Bto. († 1784), 28 ago., 1029-1040.
Justa, Sta. († s. IV), 17 jul., 483-485.
Justa de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Justa de María Inmaculada Maiza Goicoechea, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Justina de Padua, Sta. († s. III/IV), 7 oct., 217.
Justina Francucci Bezzoli, Bta. († 1319), 12 mar., 250.
Justiniano de San Gabriel de la Virgen Dolorosa Cuesta Redondo, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Justino, San († 166), 1 jun., 4-10.
Justino de Jacobis, San († 1860), 31 jul., 1011-1015.
Justino Orona Madriagal, San († 1928), 1 jul., 31-32; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Justo, San († 304), 6 ago., 141-146.
Justo de Canterbury, San († 627), 10 nov., 223.
Justo de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Justo de Lyón, San († d. 381), 2 sep., 37.
Justo de Urgel, San († s. VI), 28 mayo, 620-627.
Justo Ranfer de Bretenières, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Kadir, hijo de Xodianin, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Kenelmo, San († 821), 17 jul., 496.
Ketilo, San († 1150), 11 jul., 289.
Kiliano, San († 689), 8 jul., 219-220.
Kizito, San († 1886), 3 jun., 58-65.

Ladislao Batthyány-Strattmann, Bto. († 1931), 22 ene., 855-856.
Ladislao Bladzinski, Bto. († 1944), 8 sep., 248-249.
Ladislao de Gielnow, Bto. († 1505) 4 mayo, 101.
Ladislao de Hungría, San († 1095), 30 jun., 710-714.
Ladislao Demski, Bto. († 1940), 28 mayo, 659.
Ladislao Findysz, Bto. († 1964), 21 ago., 927-929.
Ladislao Mackowiak, Bto. († 1942), 4 mar., 93.
Ladislao Maczkowski, Bto. († 1942), 20 ago., 746.
Ladislao Miegon, Bto. († 1942), 15 sep., 436.
Lamberto, San († s. VIII), 19 jun., 478-482.
Lamberto de Maastricht, San († 705), 17 sep., 497.
Lamberto de Navascués y de Juan, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Landerico de París, San († ca.660), 10 jun., 259.
Lanfranco de Canterbury, Bto. († 1089), 28 mayo, 627-633.
Lang Yangzhi, Sta. († 1900), 16 jul., 475-476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lanuino, Bto. († 1119), 11 abr., 227.
Laseriano, San († 638), 18 abr., 399.
Laura de Santa Catalina de Siena Montoya y Upegui, Bta. († 1949), 21 oct., 558-565.

Laura Vicuña, Bta. († 1904), 22 ene., 461-463.
Laureano de Burriana (Salvador Ferrer Cardet), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, Bto. († 1936), 16 sep., 476-477.
Laurino de Jesús Crucificado Proaño Cuesta, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Lázaro (el estilita), San († 1054), 7 nov., 156-157.
Lázaro de Betania, San († s. I), 29 jul., 918-926.
Lázaro de Constantinopla, San († 867), 17 nov., 421-423.
Lázaro de Kyoto, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Lázaro (Juan María) Múgica Goiburu, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Lázaro Tiersot, Bto. († 1794),10 ago., 315-317.
Lea, Sta. († 383), 22 mar., 415.
Leandro de Sevilla, San († 600), 13 nov., 286-290.
Léoba, Sta. († 782), 28 sep., 854-855.
Leocadia de Toledo, Sta. († 304), 9 dic., 237-244.
Leocadio, San († s. IV), 16 nov., 404-405.
Leocricia, Sta. († 859), 15 mar., 282.
Leodegario, San († 679), 2 oct., 70-71.
León, San († s. IX), 1 mar., 22.
León I, San († 1079), 12 jul., 307.
León II (papa), San († 683), 3 jul., 84.
León III (papa), San († 816), 12 jun., 327-328.
León IV (papa), San († 855), 17 jul., 496-497.
León IX (papa), San († 1054), 19 abr., 407-414.
León I Magno (papa), San († 461), 10 nov., 207-214.
León Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
León de Alacuás (Manuel Legua Martí), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
León (de Carigliano), San († 1227), 10 oct., 278-282.
León de la Virgen del Rosario Inchausti, Bto. († 1936), 25 jul., 752-765.
León de Satsuma, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
León Ignacio Mangín, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
León Karasuma, San († 1597), 6 feb., 125-130.
León (Manuel) Legua Martí, Bto. († 1936), 26 sep., 806-807.
León Nakanishi, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
León Nowakowski, Bto. († 1639), 31 oct., 780.
León Sukeyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
León Tanaka, Bto. († 1617), 1 jun., 39-40.
León Wetmanski, Bto. († 1941), 10 oct., 297-298.
Leonardo, San († s. VI), 6 nov., 134-135.
Leonardo de Porto Mauricio, San († 1751), 26 nov., 630-635.
Leonardo Kimura, Bto. († 1619), 18 nov., 467-468.
Leonardo Murialdo, San († 1900), 30 mar., 545-549.
Leonardo Olivera Buera, Bto. († 1936), 23 oct., 619-628.
Leonardo Pérez Larios, Bto. († 1927), 25 abr., 895-896.

Leonardo Vechel, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Leoncia (de África), Sta. († 484), 6 dic., 186.
Leoncio de Burdeos, San († 570), 11 jul., 287-288.
Leoncio Pérez Ramos, Bto. († 1936), 2 ago., 65-69.
Leoncio, San († 433), 1 dic., 45-46.
Leónidas Fëdorov, Bto. († 1934), 7 mar., 134-135.
Leonidas, San († 204), 22 abr., 470.
Leopoldo, San († 1136), 15 nov., 384.
Leopoldo (Bogdan Juan) Mandiæ, San († 1942), 30 jul., 959-968.
Leopoldo de Gaiche, Bto. († 1815), 2 abr., 47-48.
Leotadio de Auch, San († s. VII), 22 oct., 586.
Leovigildo (monje), San († 852), 20 ago., 741-742.
Lesmes, San († 1097), 30 ene., 644.
Letancio (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Leto (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Leto, San (fecha desconocida), 1 sep., 967.
Leutfrido, San († 738), 21 jun., 524.
Liberato de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Liberato de Lauro, Bto. († 1258), 6 sep., 158.
Liberato Weiss, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Liborio Wagner, Bto. († 1631), 9 dic., 244-246.
Librada, Sta. († s. IV), 20 jul., 1035-1040.
Licerio, San († 540), 27 ago., 999-1000; cf. en Lérida: 1 sep., 969-970.
Liduina, Sta. († 1433), 14 abr., 306.
Liduina (Elisa Ángela) Meneguzzi, Bta. († 1941), 1 dic., 24-28.
Liliosa (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 27 jul., 865-867.
Lino (papa), San († s. I), 23 sep., 697-698.
Liteo (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Longinos, San († s. I), 16 oct., 421.
Lope Sebastián Hunot, Bto. († 1794), 17 nov., 436-437.
Lope Thomas o Bonnotte, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Lorenza (Leocadia) Harasymiv, Bta. († 1952), 26 ago., 948-949.
Lorenzo, San († 258), 10 ago., 302-307.
Lorenzo Bai Xiaoman, San, cf. Lorenzo Pe-Man, San.
Lorenzo Bâtard, Bto. († 1794), 2 ene., 64-66.
Lorenzo de Brindis, San († 1619), 21 jul., 567-573.
Lorenzo de Canterbury, San († 619), 2 feb., 60.
Lorenzo de Ripafratta, Bto. († 1456), 27 sep., 822-823.
Lorenzo de Villamagna, Bto. († 1535), 6 jun., 150-151.
Lorenzo Hakizo, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Lorenzo Han I-yong, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lorenzo Humphrey, Bto. († 1591), 7 jul., 202-204.
Lorenzo Imbert, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lorenzo Johnson, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Lorenzo Justiniano, San († 1456), 8 ene., 184-188.
Lorenzo (Laurent), Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.

Lorenzo María de San Francisco Javier Salvi, Bto. († 1856), 12 jun., 316-320.
Lorenzo Nguyen Van Huong, San († 1856), 27 abr., 608; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lorenzo O'Toole, San († 1180), 14 nov., 330-332.
Lorenzo Ouang, San († 1858), 28 ene., 598-599; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lorenzo Pe-Man, San († 1856), 25 feb., 554-555; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lorenzo Rokuyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Lorenzo Ruiz, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Lorenzo Wang Bing, San, cf. Lorenzo Ouang, San.
Lorenzo Yamada, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Lucas (evangelista), San († s. I), 18 oct., 475-483.
Lucas Alonso Gorda, San († 1633), 19 oct., 527-529.
Lucas Banabakintu, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Lucas Belludi, Bto. († 1286), 17 feb., 365-366.
Lucas Bojko, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, San († 1633), 28 sep., 831-840; (memoria: ibíd.).
Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucas Kirby, San († 1582), 30 mayo, 719-720.
Lucas Kiyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Lucas Pham Trong Cai Thin, San († 1859), 13 ene., 297-298; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lucas Vu Van Loan, San († 1840), 5 jun., 127; (memoria: 24 nov., 580-585).
Lucía Bartolini, Bta. († 1520), 29 oct., 787-790.
Lucía Broccadelli, Bta. († 1544), 15 nov., 384-385.
Lucía Bufalari, Bta. († 1350), 27 jul., 869-870.
Lucía de Caltagirone, Bta. († 1400), 26 sep., 790-791.
Lucía de Freitas, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Lucía Filippini, Sta. († 1732), 25 mar., 477-481.
Lucía Khambang, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
Lucía Kim, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Kim (otra), Sta. († 1839), 26 sep., 799-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Luisa, Bta. († 1628), 8 sep., 239-243.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Lucía Wang Cheng, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía Wang Wangzhi, Sta. († 1900), 22 jul., 605-606; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía Yi, Sta. († 1862), 19 feb., 416-417; (memoria: 9 jul., 224-235).
Lucía, Bta. († 1622), 2 oct., 71-72.
Lucía, Sta. († 304), 13 dic., 338-343.
Luciano de Antioquía, San († 312), 7 ene., 180.
Luciano (de Vich), San († 250), 26 oct., 702.

Lucifer de Cagliari, San († 370), 20 mayo, 456-457.
Lucio, San († 160), 19 oct., 525-526.
Lucio I, San († 254), 5 mar., 97.
Lucio (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Lucio (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Lucio de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Lucio Martínez Mancebo, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Lucrecia de Mérida, Sta. († s. IV), 23 nov., 573.
Ludgero, San († 809), mar., 26, 493-494.
Ludmila, Sta. († 921), 16 sep., 471.
Ludolfo, San († 1250), 29 mar., 518.
Luis IX de Francia, San († 1270), 25 ago., 881-887.
Luis Alejo Matías Boubert, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Armando José Adam, Bto. († 1794), 13 jul., 354-355.
Luis Baba, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Barreau de la Touche, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Batis Sainz, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Luis Beaulieu, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Luis Beltrame Quatrocchi, Bto. († 1951), 9 nov., 192-202.
Luis Benjamín Hurtrel, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Bertrán, San († 1581), 9 oct., 252-256.
Luis Biraghi, Bto. († 1879), 11 ago., 923-924.
Luis Campos Górriz, Bto. († 1936), 28 nov., 685-689.
Luis Ceferino Moreau, Bto. († 1901), 24 mayo, 533-541.
Luis Correia, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Luis d'Alleman, Bto. († 1450), 16 sep., 456-460.
Luis de Anjou, San († 1297), 19 ago., 658-663.
Luis de Casoria, Bto. († 1885), 30 mar., 539-545.
Luis (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Luis de Sotelo, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Escalé Binefa, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Luis (Exarc) Bertrán, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Luis Flores, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Luis Francisco Andrés Barret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Francisco Le Brun, Bto. († 1794), 20 ago., 742-744.
Luis Gastineau, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Luis Gonzaga, San († 1591), 21 jun., 513-519.
Luis Guanella, Bto. († 1915), 24 oct., 655-660.
Luis Higaski, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Luis Ibaraki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Luis Kawara, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Luis le Danois, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Liguda, Bto. († 1942), 8 dic., 223.
Luis Lladó Teixidor, Bto. († 1936) 15 ago., 545-551.

Luis Longuet, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Lorenzo Gaultier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Magaña Servín, Bto. († 1928), 9 feb., 867-868.
Luis Maki, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Luis María Grignion de Montfort, San († 1716), 28 abr., 610-614.
Luis María Monti, Bto. († 1900), 1 oct., 13-23.
Luis María Palazzolo, Bto. († 1886), 15 jun., 385-394.
Luis Masferrer Vila, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Luis Matsuo Soyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Luis Mauduit, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Luis Monza, Bto. († 1954), 29 sep., 937-938.
Luis Morbioli, Bto. († 1485), 9 nov., 203-204.
Luis Mzyk, Bto. († 1942), 23 feb., 517.
Luis Nagai, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Luis Orione, San († 1940), 12 mar., 940*; 240-246.
Luis Pavoni, Bto. († 1849), 1 abr., 7-12.
Luis Rabatá, Bto. († 1490), 8 mayo, 177.
Luis Remigio Benoist, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Renato Nicolás Benoist, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Luis Rodríguez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Luis Roque Gientyngier, Bto. († 1941), 30 nov., 741.
Luis Sasanda, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Luis Scrosoppi, San († 1884), 3 abr., 56-66.
Luis Stepinac, Bto. († 1960), 10 feb., 237-241.
Luis Talamoni, Bta. († 1926), 31 ene., 858-859.
Luis Tezza, Bto. († 1923), 26 sep., 785-790.
Luis Urbano Lanaspa, Bto. († 1936), 25 ago., 920.
Luis Variara, Bto. († 1923), 1 feb., 860-861.
Luis Versiglia, San († 1930), 25 feb., 544-549; (memoria: 9 jul., 224-235).
Luis Vulfilacio Huppy, Bto. († 1794), 29 ago., 1080.
Luis Yakichi, Bto. († 1622), 2 oct., 71-72.
Luisa Albertoni, Bta. († 1533), 31 ene., 663.
Luisa de Marillac, Sta. († 1660), 15 mar., 268-276.
Luisa de Saboya, Bta. († 1503), 24 jul., 708.
Luisa María Frías Cañizares, Bta. († 1936), 6 dic., 188.
Luisa Teresa Montaignac de Chauvance, Bta. († 1885), 27 jun., 654-658.
Lulo, San († 786), 16 oct., 422.
Lupercio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Luperco (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Lupo de Sens, San († 623), 1 sep., 18.
Lupo de Troyes, San († 479), 29 jul., 943.
Luquesio de Poggibonzi, Bto. († 1260), 28 abr., 634.
Lusor, San († s. IV), 16 nov., 404-405.
Lutgarda de Auwières, Sta. († 1246), 16 jun., 403-412.

Macaldo, San († s. V), 27 abr., 607.
Macario, San († 850), 18 ago., 641-642.
Macario de Alejandría, San († ca.408), 19 ene., 382-388.
Macario de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Macrina, Sta. († 304), 14 ene., 312-313.
Macrina la Joven, Sta. († 379), 19 jul., 523-524.
Madre de Dios de Begoña, 11 oct., 781-787.
Maelrubio, San († 722), 21 abr., 455-456.
Mafalda de Portugal, Bta. († 1257), 1 mayo, 28.
Magdalena (esposa del Bto. Simón Bokusai), Bta. († 1620), 16 ago., 585-586.
Magdalena Albrici, Bta. († 1465), 13 mayo, 300.
Magdalena Cady, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Magdalena Catalina Morano, Sta. († 1908), 26 mar., 495.
Magdalena Cho, Sta. († 1839), 26 sep., 800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena de Canossa, Sta. († 1835), 10 abr., 203-211.
Magdalena de la Madre de Dios (Isabel) Verchière, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), 15 oct., 385-395; (memoria: 28 sep., 831-840).
Magdalena de Panatieri, Bta. († 1503), 13 oct., 343-346.
Magdalena Du Fengju, Sta. († 1900), 29 jun., 706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Magdalena (Francisca) del Santísimo Sacramento de Justamont, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
Magdalena Han Yong-i, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Ho Hye-im, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Kiyota, Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Magdalena Pak Pong-son, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Sallé, Bta. († 1794), 16 abr., 345.
Magdalena Sanga, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Magdalena Sofía Barat, Sta. († 1865), 25 mayo, 566-577.
Magdalena Son Sobyog, Sta († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Yi Yong-dog, Sta. († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Magín, San (fecha desconocida), día 19 ago., 700.
Maglorio, San († 575), 24 oct., 665.
Magno de Orkney, San († 1116), 16 abr., 345.
Malaquías (profeta), San, 18 dic., 476-481.
Malaquías, San († 1148), 2 nov., 41-50.
Mamarduco Bowes, Bto. († 1585), 26 nov., 648-649.
Mamerto, San († 475), 11 mayo, 249.
Mamés, San († 273), 17 ago., 616-617.

Mancio Araki, Bto. († 1626), 8 jul., 221-222.
Mancio de Santa Cruz, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Mancio de Santo Tomás, cf. Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto.
Mancio Ikizayemon, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Manés de Guzmán, Bto. († 1234), 18 ago., 628-635.
Mansueto, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Mansueto (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Manuel Albert Ginés, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Manuel Álvarez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Buil Lalueza, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Manuel Domingo y Sol, Bto. († 1909), 25 ene., 501-509.
Manuel Fernández, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel González García, Bto. († 1940), 4 ene., 91-96.
Manuel Jiménez Salado, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Manuel Le Van Phung, San († 1859), 31 jul., 1017-1018; cf. también: 13 jul., 357-358; (memoria: 24 nov., 580-585).
Manuel López Orbara, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Manuel Martín Sierra, Bto. († 1936), 26 jul., 759-760 y 827-828.
Manuel Martínez Jarauta, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Manuel Medina Olmos, Bto. († 1936), 30 ago., 1104-1112.
Manuel Morales, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), 17 sep., 500; (memoria: 24 nov., 580-585).
Manuel Pacheco, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Rodríguez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Manuel Rodrígues Moura y su mujer (Uruaçu), Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Manuel Ruiz, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Manuel Segura López, Bto. († 1936), 28 jul., 908-909.
Manuel Torras Sais, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Manuel Torró García, Bto. († 1936), 21 sep., 637-638.
Mapalico (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Marcela de Santo Tomás (Áurea) Navarro, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Marcela, Sta. († 410), 31 ene., 662-663.
Marcelina, Sta. († 400), 17 jul., 494-495.
Marcelino Champagnat, San († 1840), 6 jun., 136-142.
Marcelino (de Cartago), San († 413), 13 sep., 376-377.
Marcelino de Embrún, San († 374), 20 abr., 438.
Marcelino (de Roma), San († ca.304), 2 jun., 43-46.
Marcelo, San († 309), 16 ene., 335-338.
Marcelo Callo, Bto. († 1945), 19 mar., 344-351.
Marcelo de Tánger, San († 298), 30 oct., 749-751.
Marcelo Labigne de Reignefort, Bto. († 1794), 26 jul., 824-826.
Marcelo Spínola y Maestre, Bto. († 1906), 19 ene., 389-393.

Marcial (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Marcial (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Marcial (de Córdoba), San († s. III/IV), 13 oct., 356-357.
Marciano (de Vich), San († 250), 26 oct., 702.
Marciano José (Filomeno) López López, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Marco de Marchio de Montegallo, Bto. († 1496), 19 mar., 354.
Marcolino Amanno, Bto. († 1397), 2 ene., 63-64.
Marcos (evangelista), San († s. I), 25 abr., 545-550.
Marcos (papa), San († 336), 7 oct., 217-218.
Marcos Antonio Durando, Bto. († 1880), 10 jun., 905-906.
Marcos Barkworth, Bto. († 1601), 27 feb., 596-597.
Marcos Caldeira, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Marcos Chong Ui-bae, San. († 1866), 11 mar., 232-233; (memoria: 20 sep., 578-583).
Marcos Criado, Bto. († 1569), 25 sep., 746-748.
Marcos Crisino o Körösi, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Marcos de Aviano (Carlos Domingo Cristofori), Bto. († 1699), día 13, 442-443.
Marcos de Marconi, Bto. († 1510), 24 feb., 537-538.
Marcos Fantuzzi de Bolonia, Bto. († 1479), 10 abr., 212-213.
Marcos Ji Tianxiang, San († 1900), 7 jul., 207; (memoria: 9 jul., 224-235).
Marcos Luis Royer, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Marcos Scalabrini de Mútina, Bto. († 1498), 21 sep., 635.
Marcos Takenoshima Shinyemon, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Margarita (reina), Sta. († 1093), 16 nov., 387-392.
Margarita Ball, Bta. († 1584), 20 jun., 507-508.
Margarita Bays, Bta († 1879), 27 jun., 649-654.
Margarita Bourgeoys, Sta. († 1700), 12 ene., 263-269.
Margarita Clitherow, Sta. († 1586), 25 mar., 470-477.
Margarita Colonna, Bta. († 1280), 30 dic., 747-752.
Margarita de Cittá di Castello, Bta. († 1320), 13 abr., 289.
Margarita de Cortona, Sta. († 1297), 22 feb., 468-475.
Margarita de Hungría, Sta. († 1270), 18 ene., 363-368.
Margarita de Lorena, Bta. († 1521), 2 nov., 57-58.
Margarita de Saboya, Bta. († 1464), 23, nov., 574-575.
Margarita del Piceno, Sta. († 1395), 5 ago., 131.
Margarita Ebner, Bta. († 1351), 20 jun., 507.
Margarita María de Alacoque, Sta. († 1690), 16 oct., 402-410.
Margarita Pole, Bta. († 1541), 28 mayo, 633-646.
Margarita Robin, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Margarita Ward, Sta. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Margarito Flores García, San († 1927), 12 nov., 284; cf. también: 21 mayo, 460-468.
María (esposa del Bto. Gaspar Vaz), Bta. († 1627), 27 ago., 1002-1007.

María (esposa del Bto. Tomás Gengoro), Bta. († 1620), 16 ago., 585-586.
María Adeodata Pisani, Bta. († 1855), 25 feb., 553-554.
María Adolfina (Ana Catalina) Dierk, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Amandina (Paulina) Jeuris, Sta. († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
María An Guozhi, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
María An Lihua, Sta. († 1900), 11 jul., 292; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Ana (Bárbara) Cope de Molokai, Bta. († 1918), 9 ago., 922-923.
María Ana de Jesús Crucificado Piedcourt, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María Ana de San Francisco Lambert, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ana de San Joaquín Béguin-Royal, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Ana de San Miguel Doux, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Ana de Santa Francisca Depeyre, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ana Francisca de San Luis Brideau, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María (Ana) Kukolowicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Ana Magdalena de Guilhermier, Bta. († 1794), 9 jul., 256.
María Ana Margarita de Rocher, Bta. († 1794), 9 jul., 256.
María Ana Mogas Fontcuberta, Bta. († 1886), 3 jul., 73-83.
María Ana Rivier, Bta. († 1838), 3 feb., 77-81.
María Ana Sala, Bta. († 1891), 24 nov., 595-599.
María Ana Sureau Blondin, Bta. († 1890), 2 ene., 54-62.
María Anastasia de San Gervasio Roquard, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
María Ángela (Sofía Camila) Truszkowska, Bta. († 1899), 10 oct., 290-295.
María Ángela Astorch, Bta. († 1665), 2 dic., 76-85.
María Ángeles de San José (Marciana) Valtierra Tordesillas, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
María Ángeles Olaizola Garazarga, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Antonia Bandrés y Elósegui, Bta. († 1919), 27 abr., 608-609.
María Antonina Kratochwil, Bta. († 1942), 2 oct., 75.
María Assunta Payota, Bta. († 1905), 7 abr., 148-157.
María Bartolomea Bagnesi, Bta. († 1577), 28 mayo, 656-657.
María Bernarda Soubirous, Sta. († 1879), 16 abr., 885-895.
María Bernarda (Verena) Bütler, Bta. († 1924), 19 mayo, 431-437.
María Bertila (Ana Francisca) Boscardin, Sta. († 1922), 20 oct., 538-547.
María Borromea (Verónica) Narmontowicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Cándida de la Eucaristía Barba, Bta. († 1949), 12 jun., 331-332.
María Canisia (Eugenia) Mackiewicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Canuta de Jesús en el Huerto de Getsemaní (Josefa) Chrobot, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.

María Caridad del Amor del Espíritu Santo (Josefa Carolina) Brader, Bta. († 1943), 27 feb., 874-875.
María Catalina de San Agustín Symon de Longprey, Bta. († 1668), 8 mayo, 160-168.
María Catalina de Santa Rosa Troiani, Bta. († 1887), 6 mayo, 125-129.
María Catalina Kasper, Bta. († 1898), 2 feb., 53-59.
María Cecilia Cendoya Araquistain, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Cecilia (María Felícitas) Cendoya y Araquistain, Bta. († 1936), 23 nov., 577-578.
María Clara (Clelia) Nanetti, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Clara de San Martín Blanc, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Clemencia de Jesús Crucificado Staszewska, Bta. († 1943), 27 jul., 874-875.
María Cleofás, Sta. († s. I), 24 abr., 541.
María Climent Mateu, Bta. († 1936), 20 ago., 745-746.
María Clotilde Ángela de San Francisco de Borja (Clotilde Josefa) Paillot, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Consuelo del Santísimo Sacramento Cuñado González, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
María Córdula Josefa de Santo Domingo (Juana Luisa) Barré, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Coreano, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Corsini Beltrame Quatrocchi, Bta. († 1965), 26 ago., 949; cf. también: 9 nov., 192-202.
María Crescencia (Ana) Höss, Sta. († 1744), 5 abr., 107-108.
María Cristiana de la Inmaculada (Adelaida) Brando, Bta. († 1906), 20 ene., 854-855.
María Crucificada di Rosa, Sta. († 1885), 15 dic., 405-410.
María Crucificada (Isabel María) Satellico, Bta. († 1745), 8 nov., 168-178.
María Crucificada (Rosa) Curcio, Bta. († 1957), 4 jul., 910-912.
María Daniela de Jesús y María Inmaculada (Leonor Aniela) Jozwik, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María de Cervellón, Sta. († 1290), 19 sep., 537-542.
María (de Córdoba), Sta. († 851), 24 nov., 585-595.
María de Jesús Buen Pastor (Francisca) de Siedliska, Bta. († 1902), 21 nov., 516-526.
María de Jesús Crucificado (María) Baouardy, Bta. († 1878), 26 ago., 930-939.
María de Jesús Crucificado Petkovic, Bta. († 1966), 9 jul., 248-253.
María de Jesús de la Yglesia y de Varo, Bta. († 1936), 19 sep., 563-574.
María de Jesús Deluil Martiny, Bta. († 1884), 27 feb., 591-595.
María de Jesús Emilia de Oultremont, Bta. († 1878), 22 feb., 475-479.
María de Jesús López de Rivas, Bta. († 1640), 13 sep., 369-376.
María de Jesús (Margarita Teresa) Charansol, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre, Sta. († 1959), 30 jul., 973-976.

María de Jesús (Vicenta) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María de la Asunción (Josefa) Mongoche Homs, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Cabeza, Sta. († s. XII), 9 sep., 296.
María de la Concepción (Emilia) Martí Lacal, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Cruz (María Elena) MacKillop, Bta. († 1909), 8 ago., 218-224.
María de la Encarnación (Bárbara Avrillot), Bta. († 1618), 18 abr., 380-387.
María de la Encarnación Guyart, Bta. († 1672), 30 abr., 666-672.
María de la Encarnación (Vicenta) Rosal, Bta. († 1886), 24 ago., 859-868.
María de la Gracia (Paula) de San Antonio, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo (Grazia) Tarallo, Bta. († 1912), 27 jul., 920-921.
María de la Pasión (Elena) de Chappotin de Neuville, Bta. († 1904), 15 nov., 369-376.
María de la Paz (María Ana) Giuliani, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María de la Paz (María Isabel) López García, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de la Providencia (Eugenia Smet), Bta. († 1871), 7 feb., 179-182.
María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
María de la Purificación Vidal Pastor, Bta. († 1936), 22 sep., 662-663.
María de las Maravillas de Jesús († 1974), 11 dic., 300-310.
María de las Mercedes Prat Prat, Bta. († 1936), 24 jul., 684-692.
María de las Nieves de la Santísima Trinidad Crespo López, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Ángeles (Ángela) Ginard Martí, Bta. († 1936), 25 ago., 929-931.
María de los Ángeles (Mariana) Fontanella, Bta. († 1717), 16 dic., 427-429.
María de los Apóstoles (María Teresa) von Wüllenweber, Bta. († 1907), 25 dic., 636-644.
María de los Desamparados del Santísimo Sacramento Giner Lister, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Dolores de San Francisco Javier Vidal Cervera, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de los Dolores (Gertrudis) Surís Brusola, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de los Milagros Ortells Gimeno, Bta. († 1936), 20 nov., nov., 505-506.
María de Mattias, Sta. († 1866), 20 ago., 736-740.
María de Montserrat (Dolores) Llimona Planas, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María de Nuestra Señora de la Providencia Calaf Miracle, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
María de Oignies, Bta. († 1213), 23 jun., 564.
María de San Enrique (Margarita Leonor) de Justamond, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.

María de San José Alvarado Cardozo, Bta. († 1967), 2 abr., 34-41.
María de San Justo (Ana Francisca) Moreau, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger, Bta. († 1929), 4 sep., 102-113.
María de Santa Eufrasia Pelletier, Sta. († 1868), 24 abr., 509-515.
María de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
María de Santa Marta Dufour, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María de Santa Natalia (Juana María) Kerguin, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch, Bta. († 1936), 26 sep., 801-802.
María del Calvario (Josefa) Romero Clariana, Bta. († 1936), 26 sep., 801-802.
María del Carmen Moreno Benítez, Bta. († 1936), 1 sep., 8-17.
María del Carmen Sallés y Barangueras, Bta. († 1911), 25 jul., 740-744.
María del Carmen Viel Ferrando, Bta. († 1936), 5 nov., 124-125.
María del Corazón de Jesús Schininá, Bta. († 1910), 11 jun., 292-304.
María del Divino Corazón Droste zu Vischering, Bta. († 1899), 8 jun., 195-199.
María del Espíritu Santo (Angélica) Roussel, Bta. († 1794),17 jul., 489-494.
María del Niño Jesús Baldillou Bullit, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
María del Olvido Noguera Albelda, Bta. († 1936), 26 sep., 804.
María del Pilar Izquierdo Albero, Bta. († 1945), 27 ago., 991-999.
María del Pilar Villalonga Villalba, Bta. († 1936), 11 dic., 314.
María del Refugio Carbonell Muñoz, Bta. († 1936), 1 sep., 8-17.
María del Rosario (Catalina) Calpe Ibáñez, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Socorro (Teresa) Jiménez Baldoví, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Sufragio (Antonia María) Orts Baldó, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
María del Tránsito del Santísimo Sacramento Cabanillas, Bta. († 1885), 25 ago., 901-911.
María Dolores Aguiar-Mella y Díaz, Bta. († 1936), 19 sep., 563-573.
María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), 8 sep., 230-234.
María Dolores Rodríguez Sopeña, Bta. († 1918), 10 ene., 851-852.
María Dominga Mantovani, Bta. († 1934), 2 feb., 861-863.
María Dominica Brun Barbantini, Bta. († 1868), 22 mayo, 497-503.
María Dominica Mazzarello, Sta. († 1881), 14 mayo, 312-317.
María Du Tianshi, Sta. († 1900), 29 jun., 706; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Du Zhaozhi, Sta. († 1900), 28 jun., 685-686; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Egipcíaca, Sta. († s. V), 1 abr., 12.
María Elena Stollenwerk, Bta. († 1900), 3 feb., 82-83.
María Engracia Lecuona Aramburu, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.

María Enriqueta de la Providencia (Ana) Pelras, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
María Enriqueta Dominici, Bta. († 1894), 21 feb., 459-461.
María Ermelina de Jesús (Irma) Grivot, Sta. († 1900), 9 jul., 260; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Escolástica Josefa de Santiago (María Margarita) Leroux, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Estrella del Santísimo Sacramento (Adelaida) Mardosewicz, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Eugenia Milleret de Brou, Bta. († 1898), 10 mar., 203-208.
María Eutimia (Emma) ffing, Bta. († 1955), 9 sep., 260-263.
María Eva de la Providencia Noiszewska, Bta. († 1942), 19 dic., 502-503.
María Fan Kun, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Faustina (Elena) Kowalska, Sta. († 1938), 5 oct., 145-156.
María Felicidad Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Felicidad (Paulina) Borowik, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Forestier, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Fortunata (Ana Felisa) Viti, Bta. († 1922), 20 nov., 490-496.
María Francisca de Jesús (Ana María) Rubatto, Bta. († 1904), 6 ago., 146-149.
María Francisca de las Cinco Llagas (Ana María) Gallo, Sta. († 1791), 6 oct., 183-190.
María Francisca (Maria Lievina) Lacroix, Bta. († 1794), 23 oct., 631-634.
María Francisca Schervier, Bta. († 1876), 14 dic., 382-387.
María Fu Guilin, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Gabriela Hinojosa Naveros, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Gabriela Sagheddu, Bta. († 1939), 23 abr., 489-493.
María Genoveva Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin, Bta. († 1794), 10 jul., 274.
María Goretti, Sta. († 1902), 6 jul., 146-151.
María Guadalupe García Zavala, Bta. († 1963) 24 jun., 574-578.
María Guadalupe (María Francisca) Ricart Olmos, Bta. († 1936), 2 oct., 64-69.
María Guida de la Divina Misericordia (Elena) Cierpka, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Guillerma Emilia de Rodat, Sta. († 1852), 19 sep., 554-563.
María Guinguenaeu, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Guo Lizhi, Sta. († 1900), 7 jul., 208; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Helidora (Leocadia) Matuszewska, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Imelda de Jesús Hostia (Eduvigis Carolina) Zak, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Inés Zudaire Galdeano, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
María Isabel de San Teoctisto Pélissier, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Isabel Hasselblad, Bta. († 1957), 24 abr., 526-541.
María Jordá Botella, Bta. († 1936), 26 sep., 805-806.

María Josefa del Corazón de Jesús Sancho de Guerra, Sta. († 1912), 20 mar., 380-387.
María Josefa del Río Messa, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
María Josefa Rossello, Sta. († 1880), 7 dic., 198-204.
María Karlowska, Bta. († 1935), 24 mar., 458-462.
María Lardeux, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Leonia Paradis, Bta. († 1912) 3 mayo, 79-84.
María Lhuillier, Bta. († 1794), 22 jun., 550-551.
María Lorenza de San Estanislao (Juana Regina) Prin, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Ludovica (Antonina) de Angelis, Bta. († 1962), 25 feb., 871-872.
María Luisa de Jesús Girón Romera, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
María Luisa de Jesús Trichet, Bta. († 1759), 28 abr., 614-620.
María Luisa de San Francisco (María Genoveva) Ducrez, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Luisa Montesinos Orduña, Bta. († 1937), 28 ene., 601-602.
María, Madre de Dios, Sta., 1 ene., 4-17.
María Magdalena, Sta. († s. I), 22 jul., 588-598.
María Magdalena de Pazzi, Sta. († 1607), 25 mayo, 562-565.
María Magdalena Fontaine, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
María Magdalena Martinengo, Bta. († 1737), 27 jul., 871-872.
María Magdalena Postel, Sta. († 1846), 16 jul., 460-466.
María Marcelina Darowska, Bta. († 1911), 5 ene., 108-111.
María Margarita de San Agustín Bonnet, Bta. († 1794), 26 jul., 826-827.
María Margarita de Santa Sofía de Barbegie d'Albarede, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
María Margarita de Youville, Bta. († 1771), 23 dic., 580-588.
María Margarita (María Ana Rosa) Caiani, Bta. († 1921), 8 ago., 224-228.
María Marta de Jesús Wołowska, Bta. († 1942), 19 dic., 502-503.
María Micaela del Santísimo Sacramento Desmasières, Sta. († 1865), 24 ago., 850-858.
María Natalia de San Luis (María Luisa Josefa) Vanot, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Pak Kun-agi Hui-sun, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Patrocinio de San Juan Giner Gomis, Bta. († 1936), 13 nov., 311-320.
María Phon, Bta. († 1940), 26 dic., 675.
María Pía (Teresa María) Mastena, Bta. († 1951), 18 jun., 908-909.
María Pilar de San Francisco de Borja (Jacoba) Martínez García, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
María Pitou, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Poussepin, Bta. († 1744), 24 ene., 486-491.
María Qi Yu, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Rafaela (Santina) Cimatti, Bta. († 1945), 23 jun., 557-563.
María Rafols, Bta. († 1853), 30 ago., 1090-1103.
María Raimunda de Jesús, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.

María Repetto, Bta. († 1890), 5 ene., 13, 128-129.
María Restituta Elena Kafka, Bta. († 1943), 30 mar., 552-553; cf. también: 30 oct., 762.
María Rochard, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Roger, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
María Romero Meneses, Bta. († 1977), 7 jul., 208-209.
María Rosa de los Dolores Molas, Sta. († 1876), 11 jun., 277-288.
María Rosa de San Andrés Laye, Bta. († 1794), 16 jul., 473-475.
María Rosa (Eulalia) Durocher, Bta. († 1849), 6 oct., 180-193.
María Sagrario de San Luis Gonzaga (Elvira) Moragas Cantarero, Bta. († 1936),15 ago., 524-545.
María Sergia de la Virgen Dolorosa (Julia) Rapiej, Bta. († 1943), 1 ago., 31-38.
María Shoun, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Soledad (Manuela) Torres Acosta, Sta. († 1887), 11 oct., 318-322.
María Tanaka, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Tanaura, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Teresa Chiramel Mankidiyan, Bta. († 1926) 8 jun., 199-208.
María Teresa de Jesús Gerhardinger, Bta. († 1879), 9 mayo, 197-202.
María Teresa de Jesús Le Clerc, Bta. († 1622), 9 ene., 200-203.
María Teresa de San José Tauscher van den Bosch, Bta. († 1938), 20 sep., 935-937.
María Teresa de Soubiran, Bta. († 1889), 7 jun., 161-171.
María Teresa Fasce, Bta. († 1947), 18 ene., 378-379.
María Teresa Ferragut Roig, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Teresa Juana Haze, Bta. († 1876), 7 ene., 171-179.
María Teresa Kowalska, Bta. († 1941), 25 jul., 785.
María Teresa Ledochowska († 1922), 6 jul., 152-165.
María Teresa Scherer, Bta. († 1888), 16 jun., 412-420.
María Tokuan, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
María Úrsula de San Bernardino (Jacinta Agustina Gabriela) Bourla, Bta. († 1794), 17 oct., 470-472.
María Verónica (Joaquina) Masiá Ferragut, Bta. († 1936), 25 oct., 677-684.
María Vicenta de Santa Dorotea Chávez Orozco, Bta. († 1949), 30 jul., 969-973.
María Victoria Fornari, Bta. († 1617), 15 dic., 391-398.
María Won Kwi-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Yi Idog, Sta. († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
María Yi Yon-hui, Sta. († 1839), 3 sep., 85-89; (memoria: 20 sep., 578-583).
María (Zaida), Sta. († 1180), 21 ago., 770-771.
María Zhao, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Zhao Guozhi, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).

María Zheng Xu, Sta. († 1900), 28 jun., 685; (memoria: 9 jul., 224-235).
María Zhou Wuzhi, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Mariana (María Ana) de Jesús de Paredes, Sta. († 1645), 26 mayo, 590-595.
Mariana (María Ana) de Jesús Navarro, Bta. († 1624), 17 abr., 351-360.
Mariana Biernacka, Bta. († 1943), 13 jun., 345-348.
Mariano (lector), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Mariano de Jesús Euse Hoyos, Bto. († 1926), 14 jul., 387-398.
Mariano de Roccacasale, Bto. († 1866), 31 mayo, 744-745.
Mariano Górecki, Bto. († 1940), 22 mar., 417-418.
Mariano Konopinski, Bto. († 1943), 1 ene., 41-42.
Mariano Skrzypczak, Bto. († 1939), 5 oct., 172-173.
Marina de Omura, Sta. († 1634), 11 nov., 243-250; (memoria: 28 sep., 831-840).
Marina o Margarita, Sta. (fecha desconocida), 20 jul., 553-555.
Marino Blanes Giner, Bto. († 1936), 8 sep., 246-247.
Marino de Cava, Bto. († 1170), 15 dic., 415.
Mario de Laussane, San († 594), 31 dic., 803.
Marón del Líbano, San († ca.410), 9 feb., 218-226.
Marta de Astorga, Sta. († s. III), 23 feb., 620-621.
Marta de Betania, Sta. († s. I), 29 jul., 912-918.
Marta del Ángel Bueno (María) Cluse, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Marta Le Bouteiller, Bta. († 1883), 18 mar., 333-334.
Marta Poulain de la Forestrie, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Marta Wang Louzhi, Sta. († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Martín I, San († 655), 13 abr., 266-275.
Martín Cid, San († 1152), 7 oct., 213-216.
Martín de Huerta, San († 1213), 16 sep., 448-456.
Martín de la Ascensión Aguirre, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Martín de León, San († 1203), 12 ene., 276-277.
Martín de Porres, San († 1639), 3 nov., 59-74.
Martín de San Félix (Juan) Woodcock, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Martín de San Nicolás Lumbreras Peralta, Bto. († 1632), 11 dic., 293-300.
Martín de Tours, San († 397), 11 nov., 225-234.
Martín Dumiense, San († 579), 20 mar., 356-365.
Martín Gómez, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Martín Lucas Huin, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Martín Martínez Pascual, Bto. († 1936), 18 ago., 647-648; (memoria: 23 jul., 650-655).
Martín Oprzadek, Bto. († 1942), 18 mayo, 407-408.

Martín Ta Duc, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
Martín Tho, San († 1840), 8 nov., 180-181; (memoria: 24 nov., 580-585).
Martín Wu Xuesheng, San († 1862), 18 feb., 402; (memoria: 9 jul., 224-235).
Martiniano, San († s. V), 16 oct., 421-422.
Martiniano (Antonio) Meléndez Sánchez, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Mártires Carmelitas Descalzas de Guadalajara, Btas. († 1936), 24 jul., 667-684.
Mártires de Avignonet, Btos. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Mártires de Brasil, Btos. († 1570), 15 jul., 412-419.
Mártires de Cardeña († 953), 6 ago., 1184-1188.
Mártires de China, Stos. († 1648-1930), 9 jul. (memoria), 224-235.
Mártires de Corea, Stos. († 1839-1846), 20 sep. (memoria), 578-583.
Mártires de Constantinopla, Stos. († 729), 9 ago., 295-296.
Mártires de Cunhaú, Btos. († 1645), 16 jul., 452-460.
Mártires de Damasco, Btos. († 1860), 10 jul., 267-272.
Mártires de Gorkum, Stos. († 1572), 9 jul., 236-239.
Mártires de la Abadía de Saint-Germain-des-Près, Btos. († 1792), 2 sep., 39-44.
Mártires de «La Force» y seminario de San Fermín, Btos. († 1792), 3 sep., 69-85.
Mártires de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Corazón de Jesús, Btos. († 1936), 23 jul., 650-655.
Mártires de la Masa Cándida, Stos. († s. III/IV), 18 ago., 641.
Mártires de la persecución de los vándalos, Stos. († 483), 12 oct., 338-339.
Mártires de la peste de Alejandría († 262), 28 feb., 609-610.
Mártires de la Tebaida, Stos. († 250-258), 28 jul., 906-907.
Mártires «de los Carmelitas», Btos. († 1792), 2 sep., 30-35.
Mártires de Lyón, Stos. († 177), 2 jun., 47-52.
Mártires de México, Stos. († 1915-1937), 21 mayo, 460-468.
Mártires de Motril, Btos. († 1936), 25 jul., 752-465.
Mártires de Nagasaki, 6 feb., 125-130.
Mártires de Najran, Stos. († 523), 24 oct., 664.
Mártires de Otranto, Btos. († 1480), 14 ago., 472-473.
Mártires de Persia († 341), 17, abr., 370.
Mártires de Rochefort, Btos. († 1794), 27 ago., 970-979.
Mártires de San Sabas († 614), 16, mayo V 358-359.
Mártires de Teruel, Btos. († 1228) 29 ago., 1061-1064.
Mártires de Uganda, Stos. († 1886), 3 jun., 58-65.
Mártires de Uruaçu, Btos. († 1645), 3 oct., 87.
Mártires de Valencia de 1936, Btos. († 1936), 27 jul., 844-855.
Mártires de Vietnam, Stos. († 1745-1862), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mártires de Zaragoza, Stos. († s. IV), 16 abr., 325-329.

Mártires del Oratorio de Dresde, Btos. († 1942), 24 ago., 868-877.
Mártires Dominicos de Calanda, Btos. († 1936), 29 jul., 934-942.
Mártires Escilitanos, Stos. († 180), 17 jul., 477-483.
Mártires Hospitalarios de Calafell (Tarragona), Btos. († 1936), 30 jul., 986-991.
Mártires Hospitalarios de Carabanchel Alto (Madrid), Btos. († 1936), 1 sep., 19-24.
Mártires Hospitalarios de Ciempozuelos (Madrid), Btos. († 1936), 28 y 30, nov., 673-684; 738-740.
Mártires Hospitalarios de Colombia, Btos. († 1936), 9 ago., 284-290.
Mártires Hospitalarios de Talavera de la Reina (Toledo), Btos. († 1936), 25 jul., 744-752.
Mártires Macabeos, Stos. (Antiguo Testamento), 1 ago., 12-17.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Ciudad Real), Btos. († 1936), 25 sep., 749-751.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Urda), Btos. († 1936), 25 jul., 782-784.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupos de Manzanares y Carabanchel), Btos. († 1936), 23 Jul., 632-636.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Segundo grupo de Manzanares), Btos. († 1936), 23 oct., 635-638.
Marutas, San († ca.420), 16 feb., 351.
Mateo (evangelista), San, 21 sep., 613-618.
Mateo Alonso Leziniana, San († 1745), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mateo Álvarez, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Mateo Correa Magallanes, San († 1927), 6 feb., 136-144; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Mateo (de Casimierz), San († 1003), 12 nov., 282-283.
Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Mateo Flathers, Bto. († 1608), 21 mar., 409.
Mateo Guimerá, Bto. († 1451), 7 ene., 181-182.
Mateo (Juan Francisco) Carreri, Bto. († 1470), 5 oct., 169-170.
Mateo Kohioye, San († 1633), 19 oct., 527-529; (memoria: 28 sep., 831-840).
Mateo Lambert, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), 11 mayo, 252.
Mateo Le Van Gam, San († 1847), 24 nov. (memoria), 580-585.
Mateo Moreira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Mateo Nguyen Van Phuong, San († 1861), 26 mayo, 601-602; (memoria: 24 nov., 580-585).
Materna de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Materno de Colonia, San († s. IV), 14 sep., 399.
Matías, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Matías (apóstol), San, († s. I), 14 mayo, 301-307.
Matías Agustín Nogier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Matías Araki, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Matías Cardona Meseguer, Bto. († 1936), 20 ago., 744-745.
Matías de Arima, Bto. († 1620), 22 mayo, 509.

Matías de Nazzarei, Bta. († 1300), 28 dic., 706-707.
Matías Feng De, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Matías Kalemba, San († 1886), 30 mayo, 699-707.
Matías Kosaka, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Matías Nakano, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Matilde, Sta. († 968), 14 mar., 264-265.
Matilde de Helfta, Sta. († 1298), 19 nov., 478-482.
Matilde del Sagrado Corazón Téllez Robles, Bta. († 1902), 17 dic., 462-467.
Maturino (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Maturino Legué, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Maturino Víctor Deruelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Maturo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Mauricio (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Mauricio de Carnoët, San († 1191), 29 sep., 896.
Mauricio Mac Kenraghty, Bto. († 1585), 20 abr., 440-441.
Mauricio Tornay, Bto. († 1949), 11 ago., 331-334.
Maurilio de Angers, San († 453), 13 sep., 377-378.
Maurilio del Niño Jesús Macho Rodríguez, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Mauro, San († s. IV), 5 dic., 839-840.
Mauro de Cesena, San († 946), 21 nov., 526-527.
Máxima, Sta. († s. V), 16 oct., 421-422.
Maximiano Bienkiewicz, Bto. († 1942), 24 ago., 879-880.
Maximiano de Bagai, San († 410), 3 oct., 83-84.
Maximiliano María (Raimundo) Kolbe, San († 1941), 14 ago., 452-461.
Maximino de Trier, San († 347), 29 mayo, 680.
Máximo de Cartago, San († 484), 2 jul., 2-58.
Máximo de Nápoles, San († s. IV), 11 jun., 304-305.
Máximo el Confesor, San († 662), 13 ago., 410-414.
Máximo Hawryluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Mayolo, San († 994), 11 mayo, 233-240.
Mayorico (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Mbaya Tuzinde, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Medardo, San († 560), 8 jun., 174-181.
Mederico o Merry, San († 700), día 29, 1078.
Meinardo (obispo), San († 1196), 11 oct., 324.
Meinrado (mártir), San († 861), 21 ene., 430.
Melania la Joven, Sta. († 440), 31 dic., 802.
Melchor de San Agustín Sánchez Pérez, Bto. († 1632), 11 dic., 293-300.
Melchor García Sampedro, San († 1858), 28 jul., 876-879; (memoria: 24 nov., 580-585).
Melchor Grodziecki, San († 1619), 7 sep., 161-165.
Melecio de Antioquia, San († 381), 12 feb., 278-279.
Melitón de Canterbury, San († 624), 24 abr., 543.

Melquiades, San († 314), 10 ene., 217-221.
Melquíades (Ramón) Ramírez Zuloaga, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Melquisedec, San, 26 ago., 921-927.
Menas, San († 295), 11 nov., 255.
Menas de Constantinopla, San († 552), 25, 895-898.
Mercedes María de Jesús Molina, Bta. († 1883), 12 jun., 320-326.
Mesrop, San († 440), 17 feb., 364-365.
Metodio, San († 884), 14 feb., 301-310.
Metodio de Constantinopla, San († 847), 14 jun., 361-364.
Metodio Domingo Trcka, Bto. († 1959), 23 mar., 445-446.
Metrófanes, San († 325), 4 jun., 111-112.
Meveno, San († s. VI), 21 jun., 524.
Mgagga, Gyavira, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Miecislao Bohatkiewicz, Bto. († 1942), 4 Mar., 93.
Miguel (arcángel), San 29 sep., 860-867.
Miguel Agustín Pro, Bto. († 1927), 23 nov., 565-573.
Miguel Bernardo Marchand, Bto. († 1794), 15 jul., 439.
Miguel Carvalho, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Miguel Czartoryski, Bto. († 1944), 6 sep.: cf. 6 abr., 136.
Miguel de Aozaraza, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Miguel de la Mora, San († 1927), 7 ago., 195; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Miguel de los Santos, San († 1625), 10 abr., 197-203.
Miguel de Sinada, San († 826), 23 mayo, 521.
Miguel Díaz, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Miguel Domingo Cendra, Bto. († 1936), 11 ago., 338-339.
Miguel Febres Cordero, San († 1910), 9 feb., 226-228.
Miguel (Francisco) Rueda Mejías, Bto. († 1936), 30 738-740.
Miguel Garicoitz, San († 1863), 14 mayo, 307-312.
Miguel Gómez Loza, Bto. († 1928), 21 mar., 877-878.
Miguel Ho Dinh Hy, San († 1857), 22 mayo, 509-510; (memoria: 24 nov., 580-585).
Miguel Kizayemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Miguel Kozaki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Miguel Kozal, Bto. († 1943), 26 ene., 559-560.
Miguel Kurobioye, San († 1633), 17 ago., 618-619; (memoria: 28 sep., 831-840).
Miguel Luis Brulard, Bto. († 1794), 25 jul., 781-782.
Miguel Masip González, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Miguel Nakashima, Bto. († 1628), 25 dic., 647-648.
Miguel Nguyen Huy My, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Miguel Ozieblowski, Bto. († 1942), 31 jul., 1020.
Miguel Piaszcynski, Bto. († 1940), 20 dic., 518-519.
Miguel Pío Fasoli de Zerbo, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Miguel Remón Salvador, Bto. († 1936), 3 ago., 87-88.
Miguel Rúa, Bto. († 1910), 6 abr., 123-133.

Miguel Shumpo, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Miguel Takeshita, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Miguel Tayemon Kinoshi, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Miguel Timonoya, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Miguel Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Miguel Tozo, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Miguel Wawryszuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Miguel Wozniak, Bto. († 1942), 16 mayo, 361.
Miguel Yamada, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Miguel Yamichi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Miguelina Metelli, Bta. († 1356), 19 jun., 487.
Millán de la Cogolla, San († 574), 12 nov., 267-276.
Milón Gerard, Bto. († 1590), 13 abr., 289.
Miniato, San († s. III), 25 oct., 685.
Miqueas (profeta), San, 21 dic., 527-533.
Moderano de Rennes, San († 730), 22 oct., 586.
Modestino de Jesús y María (Domingo) Mazzarello, Bto. († 1854), 24 jul., 713-714.
Modesto Andlauer, San († 1900), 19 jun., 489-490; (memoria: 9 jul., 224-235).
Modesto de Jerusalén, San († 630), 17 dic., 472-473.
Modesto de Torrente (Vicente Gay Zarzo), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Modesto García Martí, Bto. († 1936), 13 ago., 450.
Modesto Vegas Vegas, Bto. († 1936), 27 jul., 855-863.
Modesto (Vicente) Gay Zarzo, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Modoaldo, San († 640), 12 mayo, 279.
Moisés, San (Antiguo Testamento), 4 sep., 90-95.
Moisés de Roma, San († 251), 25 nov., 622-623.
Monfordo Scott, Bto. († 1591), 1 jul., 27-28.
Mónica, Sta. († 387), 27 ago., 950-961.
Mónica Nagai, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Monón, San († 645), 18 oct., 492.
Montano de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Mooti Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Morando, San († 1113), 3 jun., 93.
Muciano María Wiaux, San († 1917), 30 ene., 649.
Mukasa Kiriwanvu, San († 1886), 3 jun., 58-65.

Nabor de Milán, San († 303), 12 jul., 305-306.
Nahum (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Nahún (profeta), San, 1 dic., 4-11.
Narcisa de Jesús Martillo Morán, Bta. († 1869), 8 dic., 214-220.
Narciso Basté y Basté, Bto. († 1936), 15 oct., 396-397.
Narciso (de Gerona), San († s. IV), 3 oct., 798-800.
Narciso de Jerusalén, San († 222), 29 oct., 732-736.
Narciso Putz, Bto. († 1942), 5 dic., 176.
Narciso Turchan, Bto. († 1942), 19 mar., 354-355.
Narsés, San († 343), 10 nov., 222.

Nartzal (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Natalia Tulasiewicz, Bto. († 1945), 31 mar., 559-560.
Natividad de la Bienaventurada Virgen María, 8 sep., 193-203.
Natividad de Nuestro Señor Jesucristo, 25 dic., 625-632.
Nazaria Ignazia de Santa Teresa de Jesús March Mesa († 1943), 6 jul., 165-169.
Nazario, San (fecha desconocida), 28 jul., 907.
Nemesia (Julia) Valle, Bta. († 1916), 18 dic., 482-483.
Nemesiano (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Nemesio, San († 251), 10 sep., 318-319.
Nereo, San († s. I), 12 mayo, 253-258.
Nevolone, Bto. († 1280), 27 jul., 869.
Nicanor, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Nicasio de Heeze, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Nicasio Sierra Ucar, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Nicecio de Tréveris, San († 566), 1 oct., 34-35.
Nicéforo de Constantinopla, San († 829), 2 jun., 53-55.
Nicéforo de Jesús y María (Vicente) Díez Tejerina, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Nicéforo Salvador del Río, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Niceta Budka, Bto. († 1949), 28 sep., 847-853.
Niceta de Santa Prudencia Plaja Xifra, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Nicetas, San († 824), 3 abr., 67.
Nicetas de Remesiana, San († 414), 22 jun., 548.
Nicodemo, San, 31 ago., 1150-1158.
Nicolás I el Grande (papa), San († 867), 13 nov., 295-302.
Nicolás Alberca, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Nicolás Albergari, Bto. († 1443), 10 mayo, 210-217.
Nicolás Barré, Bto. († 1686), 31 mayo, 732-740.
Nicolás Bui Duc The, San († 1839), 13 jun., 351; (memoria: 24 nov., 580-585).
Nicolás Bunkerd Kitbamrung, Bto. († 1944), 12 ene., 278-280.
Nicolás Camecki, Bto. († 1959), 2 abr., 49.
Nicolás Cehelskyj, Bto. († 1951), 25 mayo, 580-581.
Nicolás Clairet, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Nicolás de Bari, San († s. IV), 6 dic., 176-181.
Nicolás de Flue, San († 1487), 21 mar., 392-400.
Nicolás de Forca Palena, Bto. († 1449), 29 sep., 897.
Nicolás de Gesturi, Bto. (Juan A. S. Medda) († 1958), 8 jun., 210.
Nicolás de Longobardi, Bto. († 1709), 2 feb., 60-61.
Nicolás de Paglia, Bto. (1256), 16 feb., 352.
Nicolás (de Saxoferrato), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Nicolás de Tolentino, San († 1305), 10 sep., 302-308.
Nicolás Dinis, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Nicolás Estudita, San († 868), 4 feb., 98-99.
Nicolás Factor, Bto. († 1583), 23 dic., 575-580.
Nicolás Garlick, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.

Nicolás Gross, Bto. († 1945), 23 ene., 471-472.
Nicolás Hermansson, Bto. († 1391), 2 mayo, 65-66.
Nicolás Horner, Bto. († 1590), 4 mar., 92-93.
Nicolás Konrad, Bto. († 1941), 26 jun., 640-641.
Nicolás Owen. San († 1606), 22 mar., 411-415.
Nicolás Pieck, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Nicolás Poppel, San († 1572), 9 jul., VII 236-239.
Nicolás Postgate, Bto. († 1679), 7 ago., 194-195.
Nicolás Roland, Bto. († 1678), 27 abr., 597-606.
Nicolás Savouret, Bto. († 1794), 16 jul., 472-473.
Nicolás Stensen, Bto. († 1686), 5 dic., 158-163.
Nicolás Tavelic, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Nicolás Wheeler, Bto. († 1586), 21 ene., 431-433.
Nicolás, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Nicomedes, San (fecha desconocida), 15 sep., 432-433.
Nilo el Joven, San († 1004), 26 sep., 761-768.
Nimatulacio (José Kassab) al-Hardini, San († 1858), 14 dic., 376-382.
Níniano, San († 432), 16 sep., 470.
Ninón, Sta. († s. IV), 14 ene., 313.
Noé Mawaggali, San († 1886), 31 mayo, 745.
Noel Chabanel, San († 1649), 8 dic., 221-222; cf. también: 19 oct., 493-498.
Noel Hilario Le Conte, Bto. († 1794), 17 ago., 619.
Noël Pinot, Bto. († 1794), 21 feb., 448-457.
Nona, Sta. († 374), 5 ago., 122-124.
Norberto, San († 1134), 6 jun., 129-136.
Notburga de Eben, Sta. († 1313), 14 sep., 400.
Notkero Bálbulo, Bto. († 912), 6 abr., 109-113.
Nuestra Señora de Aránzazu, 9 sep., 949-957.
Nuestra Señora de Begoña, cf. Madre de Dios de Begoña.
Nuestra Señora de Covadonga, 8 sep., 936-942.
Nuestra Señora de Fátima, 13 mayo, 283-295.
Nuestra Señora de Guadalupe, 8 sep., 942-949.
Nuestra Señora de Guadalupe, de México, 12 dic., 315-322.
Nuestra Señora de la Almudena, 9 nov., 754-760.
Nuestra Señora de la Merced, 24 sep., 971-980.
Nuestra Señora de la Peña, 7 sep., 929-936.
Nuestra Señora de las Nieves, 5, ago., 116-121.
Nuestra Señora de los Desamparados, 10 mayo, 792-799.
Nuestra Señora de los Dolores, 15 sep., 402-409.
Nuestra Señora de los Ojos Grandes, 15 ago., 1189-1195.
Nuestra Señora de Lourdes, 11 feb., 244-254.
Nuestra Señora de Montserrat, 27, abr., 717-722.
Nuestra Señora del Carmen, 16 jul., 442-452.
Nuestra Señora del Pilar, 12 oct., 331-338.
Nuestra Señora del Rosario, 7 oct., 208-213.

Nuestra Señora del Rosario de Andacollo (Chile), 26 dic., 832-837.
Nuncio Sulprizio, Bto. († 1836), 5 mayo, 105-110.
Nunilo, Sta. († 846), 22 oct., 576-585.
Nuño Alvares Pereira, Bto. († 1431), 1 nov., 26-27.

Octaviano de Savona, Bto. († 1132), 6 ago., 150-151.
Octubre de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Odilón, San († 1048), 1 ene., 40-41.
Odino Barotti, Bto. († 1400), 7 jul., 190-193.
Odón de Cluny, San († 942), 18 nov., 443-447.
Odón de Novara, Bto. († 1200), 14 ene., 314-315.
Odón de Urgel, San († 1122), 7 jul., 188-190.
Odorico de Pordenone, Bto. († 1331), 14 ene., 315-316.
Oglerio, Bto. († 1214), 10 sep., 321-322.
Olav, San († 1030), 29 jul., 926-928.
Olegario, San († 1137), 6 mar., 104-108.
Olga, Sta. († 969), 11 jul., 284-287.
Olimpia Olga Bidá, Bta. († 1952), 28 ene., 602-603.
Olimpiades, Sta. († 409), 25 jul., 772-773.
Oliverio Plunkett, San († 1681), 1 jul., 12-19.
Onésimo, San, 15 feb., 322-332.
Onofre, San († 400), 12 jun., 326.
Onofre Wasyluk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Optato (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Optato de Milevi, San († 387) 4 jun., 112.
Orencio, San († s. III), 1 mayo, 806-807.
Orencio (obispo), San († s. III/IV), 26 sep., 980-981.
Orosia de Jaca, Sta. († 714), 25 jun., 590-591.
Ortario, San († s. XI), 15 abr., 324.
Osanna de Cattaro, Bta., cf. Catalina, Bta.
Óscar, San († 865), 3 feb., 67-71.
Oseas (profeta) San, 17 oct., 434-444.
Osmundo de Salisbury, San († 1099), 4 dic., 126-130.
Oswaldo, San († 642), 5 ago., 125-130.
Oswaldo de Worcester, San († 992), 28 feb., 602-604.
Otilia, Sta. († 720), 13 dic., 343-348.
Otmaro, San († 759), 16 nov., 405.Obicio, San († 1204), 6 dic., 186-187.
Otón, San († 1220), 16 ene., 349-350.
Otón de Bamberg, San († 1139), 30 jun., 714-719.
Otón de Frisinga, Bto. († 1158), 22 sep., 663-664.
Otto Neururer, Bto. († 1940), 30 mayo, 710-717.

Pablo, San († s. IV), 26 jun., 596-602.
Pablo I (papa), San († 767), 28 jun., 669-673.
Pablo I de Constantinopla, San († 351), 6 nov., 126-129.
Pablo (apóstol), San († 67), 29 jun., 696-704.
Pablo Bori Puig, Bto. († 1936), 29 sep., 899-900.
Pablo Burali, Bto. († 1578), 17 jun., 438-445.

Pablo Chen Changpin, San († 1861), 29 jul., 946-947; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Chong Ha-sang, San († 1839), 22 sep., 656-662; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pablo (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Pablo (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Pablo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Pablo (de Córdoba), San († 856), 17 abr., 371.
Pablo de la Cruz, San († 1775), 19 oct., 499-504.
Pablo de Santa Clara, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Pablo Denn, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Hanh, San († 1859), 28 mayo, 658-659; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pablo, hijo de Jeremías, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Pablo Ho, San († 1840), 30 ene., 646; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pablo Hong Yongju, San († 1840), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd).
Pablo Ibaraki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo (José) Dzidzov, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Pablo Juan Charles, Bto. († 1794), 25 ago., 918-919.
Pablo Ke Tingzhu, San († 1900), 8 ago., 242; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Kinsuke, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Pablo Lang Fu, San († 1900), 16 jul., 475-476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Le Bao Thin, San († 1857), 6 abr., 135; (memoria: ibíd).
Pablo Le Van Loc, San († 1859), 13 feb., 289-294; (memoria: ibíd).
Pablo Lieou Han Tso, San († 1818), 13 feb., 296-297; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Liu Jinde, San († 1900), 13 jul., 358; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Manna, Bto. († 1952), 15 sep., 428-432.
Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, Bto. († 1936), 25 sep., 750-751.
Pablo Meléndez Gonzalo, Bto. († 1936), 23 dic., 593-598.
Pablo Miki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo Nagaishi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pablo Nguyen Ngan, San († 1840), 8 nov., 580-585; (memoria: ibíd).
Pablo Nguyen Van My, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: ibíd).
Pablo (Pedro) Gojdich, Bto. († 1960), 17 jul., 918-919.
Pablo, primer ermitaño, San († ca.341), 10 ene., 207-217.
Pablo Pham Khac Khoan, San († 1840), 28 abr., 635; (memoria: ibíd).
Pablo Sadayu Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Pablo Sankichi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Pablo Suzuki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pablo Tanaka, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.

Pablo Timonoya, Bto. († 1628), 16 sep., 474.
Pablo Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Pablo Tong Viet Buong, San († 1833), 23 oct., 634-635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pablo Wu Juan, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pablo Wu Wanshu, San († 1900), 29 jun., 705-706; (memoria: 9 jul., 224-235).
Paciano, San († 390), 9 mar., 166-171.
Paciencia, Sta. († s. III), 1 mayo, 806-807.
Paciente de Lyón, San († 480), 11 sep., 339.
Pacífico de San Severino, San († 1721), 24 sep., 714-720.
Pacífico (Pedro) Salcedo Puchades, Bto. († 1936), 12 oct., 341-342.
Pacífico Ramati, Bto. († 1482), 4 jun., 113.
Pacomio, San († 347-348), 9 mayo, 186-197.
Pafnucio, San († s. IV), 11 sep., 339.
Paladio, San († 432), 6 jul., 169.
Pammaquio, San († 410), 30 ago., 1145-1146.
Panacea de Muzzi, Bta. († 1383), 27 mar., 500-501.
Pancracio, San († s. IV), 12 mayo, 258-263.
Pánfilo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Pantaleón, San († 303), 27 VII, 830-835.
Panteno de Alejandría, San († s. III), 7 jul., 174-188.
Papías, San († s. II), 22 feb., 479-480.
Papiniano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Parisio, San († 1267), 11 jun., 307-308.
Pármenas, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Pascasio, San († 473), 13 nov., 326.
Pascasio Radberto, San († 865), 26 abr., 580-581.
Pascual I, San († 824), 11 feb., 261-262.
Pascual Araguás Guardia, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Pascual Bailón, San († 1592), 17 mayo, 362-369.
Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), 24 sep., 734-736.
Pascual Fortuño Almela, Bto. († 1936), 8 sep., 216-230.
Pascual Penadés Jornet, Bto. († 1936), 15 sep., 435.
Pascual Torres Lloret, Bto. († 1936), 6 sep., 159.
Pastor, San († 304), 6 ago., 141-146.
Paterno de Avranches, San († 564), 15 abr., 323.
Patricio, San († 461), 17 mar., 293-299.
Patricio Cavanagh, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Patricio Dong Bodi, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Patricio O'Healy, Bto. († 1579), 13 ago., 437-441.
Patricio O'Loghram, Bto. († 1612), 1 feb., 23-24.
Patricio Salmon, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Paula, Sta. († s. IV), 18 jun., 468-469.
Paula de Santa Anastasia Isla Alonso, Bta. († 1936), 24 nov., 602.
Paula Frassinetti, Sta. († 1882), 11 jun., 288-291.

Paula Gambara Costa, Bta. († 1515), 24 ene., 492-493.
Paula Isabel (Constanza) Cerioli, Sta. († 1865), 24 dic., 616-623.
Paula Montal y Fornés de San José de Calasanz, Sta. († 1889), 26 feb., 563-571.
Paula Montaldi, Bta. († 1514), 18 ago., 644.
Paula Romana, Sta. († 404), 26 ene., 541-545.
Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, Bta. († 1942), 9 jul., 244-248.
Paulina von Mallinckrodt, Bta. († 1881), 30 abr., 677-684.
Paulino de Aquileya, San († 802), 11 ene., 248-249.
Paulino de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Paulino de Nola, San († 431), 22 jun., 528-533.
Paulino de Tréveris, San († 358), 31 ago., 1158-1160.
Paulino de York, San († 644), 275-278.
Páusides, San († 303), 24 mar., 462.
Pedro (apóstol), San († 67), 29 jun., 687-696.
Pedro (franciscano), San († 1220), 16 ene., 349-350.
Pedro (mártir), San († 303), 12 mar., 247.
Pedro ad Vincula, San, 1 ago., 1179-1184.
Pedro (Alejandro) Mas Ginestar, Bto. († 1936), 26, 947.
Pedro Almató, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Arakiyori Chobioye, Bto. († 1626), 12 jul., 310-312.
Pedro Aredio Labrouhe de Laborderie, († 1794), 1 jul., 29-30.
Pedro Armengol, Bto. († 1304), 27 abr., 590-597.
Pedro Aumaitre, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Bautista Blásquez, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pedro Becchetti de Fabriano, San († 1421), 2 jul., 2-59.
Pedro Berno, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Pedro Bonhomme, Bto. († 1861), 9 sep., 263-272.
Pedro Bonilli, Bto. († 1935), 5 ene., 124-126.
Pedro Calungsod, Bto. († 1672), 2 abr., 46-47.
Pedro Canisio, San († 1597), 21 dic., 519-527.
Pedro Capucci oct., Bto. († 1445), 21 oct., 567.
Pedro Celestino, San († 1296), 19 mayo, 409-414.
Pedro Cho Hwa-so, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Choe Chang-hub, San († 1839), 29 dic., 739-745; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Choe Hyong, San († 1866) 9 mar., 197; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Chong Won-ji, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Claver, San († 1654), 9 sep., 249-260.
Pedro Crisci, Bto. († 1323), 19 jul., 526.
Pedro Crisólogo, San († 450), 30 jul. (memoria), 951-954.
Pedro Cunill Padrós, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Pedro d'Arnaud, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.

Pedro Da, San († 1862), 17 jun., 449; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Damián, San († 1072), 21 feb., 436-442.
Pedro de Alcántara, San († 1562), 19 oct., 483-491.
Pedro de Alcántara Bernalte Calzado, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.
Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz, Bto. († 1936), 11 sep., 342.
Pedro de Alejandría, San († 311), 25 nov., 623-624.
Pedro de Arbués, San († 1485), 17 sep., 483-488.
Pedro de Ávila, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro de Capitolías, San († 713), 13 ene., 293-295.
Pedro de Castelnau, Bto. († 338), 15 ene., 333.
Pedro de Chavanon, San († 1080), 8 sep., 237.
Pedro (de Córdoba), San († 855), 30 abr., 684-685.
Pedro de Dueñas, Bto. († 1397), 19 mayo, 810-812.
Pedro de Écija, San († 851), 7 jun., 172.
Pedro de Fontoura, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Pedro de Gubbio, Bto. († 1306), 23 mar., 442.
Pedro de Ímola, Bto. († 1320), 5 oct., 167.
Pedro de Jesús Maldonado, San († 1937), 21 mayo, 460-468.
Pedro de la Asunción, Bto. († 1617), 22 mayo, 507-508.
Pedro de la Natividad de María Casani, Bto. († 1647), 17 oct., 445-454.
Pedro de Luxemburgo, San († 1387), 2 jul., 34-38.
Pedro de Mezonzo, San († 1003), 10 sep., 958-962.
Pedro de Narbona, San († 1391), 14 nov., 336-342.
Pedro de Osma, San († 1109), 2 ago., 57-60.
Pedro de Poitiers, San († 1115), 4 abr., 89.
Pedro (de Roma), San († ca.304), 2 jun., 43-46.
Pedro de Santa María, San († 1627), 29 jul., 944-945.
Pedro de Sassoferrato, Bto. († 1228), 29 ago., 1061-1064.
Pedro de Sebaste, San († 391), 26 mar., 491-493.
Pedro de Tarantasia, San († 1174), 14 sep., 385-392.
Pedro de Verona, San († 1252), 6 abr., 113-119.
Pedro de Zúñiga, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.
Pedro del Corazón de Jesús Largo Redondo, Bto. († 1936), 25 jul., 782-784.
Pedro Delepine, Bto. († 1794), 16 abr., 346-347.
Pedro Doan Long Quy, San († 1859), 31 jul., 1017-1018.
Pedro Doan Van Van, San († 1857), 25 mayo, 578; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Donders, Bto. († 1887), 14 ene., 305-312.
Pedro Dong, San († 1862), 3 jun., 96; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Dumoulin-Borie, San († 1838), 24 (pasión y memoria) nov., 600-602.
Pedro Dung, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).

Pedro Eduardo Dankowski, Bto. († 1942), 3 abr., 69-70.
Pedro el Venerable, Bto. († 1156), 25 dic., 632-636.
Pedro Enrique Dorié, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Esqueda Ramírez, San († 1927), 22 nov., 548-549; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Pedro Fabro, Bto. († 1546), 1 ago., 18-24.
Pedro Fourier, San († 1640), 9 dic., 246-252.
Pedro Francisco Jamet, Bto. († 1845), 12 ene., 270-274.
Pedro Francisco Néron, San († 1860), 3 nov., 83-84.
Pedro Francisco Pazary de Thorame, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Friedhofen, Bto. († 1860), 21 dic., 533-538.
Pedro Gabilhaud, Bto. († 1794), 13 ago., 443-444.
Pedro Gambacorta, Bto. († 1435), 17 jun., 429-438.
Pedro García Bernal, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Pedro Gauguin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Gelabert Amer, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Pedro Geremía, Bto. († 1452), 3 mar., 67-68.
Pedro González, Bto., cf. Telmo, San.
Pedro Hamanomachi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Higgins, Bto. († 1642), 23 mar., 443-444.
Pedro Hong Pyongjiu, San († 1840), 31 ene., 663-664; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Ígneo, Bto. († 1089), 8 feb., 217-218.
Pedro Jaime María Vitalis, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Pedro Jarrige de la Morélie de Pueyredon, Bto. († 1794), 12 ago., 383.
Pedro Jorge Frassati, Bto. († 1925), 4 jul., 107-117.
Pedro José de Betancur, San († 1667), 25 abr., 551-559.
Pedro José Le Groing de la Romagère, Bto. († 1794), 26 jul., 824-826.
Pedro Julián Eymard, San († 1868), 2 ago., 51-57.
Pedro Khanh, San († 1842), 12 jul., 315.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), 24 mayo, 542-548; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Landry, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Le Tuy, San († 1833), 11 oct., 325-326.
Pedro Li Quan-hui, San († 1900), 30 jun., 736-737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Liu Wenyuan, San († 1834), 17 mayo, 380; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Liu Ziyu, San († 1900), 17 jul., 498; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Luis Chanel, San († 1841), 28, abr., 620-625.
Pedro Luis de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Luis Gervais, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Pedro Luis Verrier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Maldonado, († 1937), 11 feb., 262-263.
Pedro María Alcalde Negredo, Bto. († 1936), 28 nov., 673-684.

Pedro Martret Moles, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Pedro Maubant, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Mesonero Rodríguez, Bto. († 1936), 10 ago., 318-319.
Pedro Miguel Guérin, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Miguel Noël, Bto. († 1794), 5 ago., 132.
Pedro Nagaishi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Nam Kyong-mun, San († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Nguyen Ba Tuan, San († 1838), 15 jul., 439-440.
Pedro Nguyen Khac Tu, San († 1840), 10 jul., 274-275; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Hieu, San († 1840), 28, abr., 635; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Luu, San († 1861), 7 abr., 160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), 5 sep., 141-142; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Nicolás Psalmon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Nolasco, San († 1249), 6 mayo, 897-901.
Pedro Núñez, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Pedro Onizuka Sandayu, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Pedro Pablo Navarro, Bto. († 1622), 1 nov., 27-29.
Pedro Pascual, Bto. († 1300), 6 dic., 182-186.
Pedro Pectinario, Bto. († 1289), 4 dic., 142-143.
Pedro Phan Van Thi, San († 1839), 21 dic., 539-540.
Pedro Plonquín, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Pedro Poveda Castroverde, San († 1936), 28 jul., 879-893.
Pedro Regalado, San († 1456), 30 mar., 534-539.
Pedro Renato Rogue, Bto. († 1796), 3 mar., 50-53.
Pedro Rinsei, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Pedro Rivera Rivera, Bto. († 1936), 1 sep., 25-26.
Pedro Ruiz de los Paños, Bto. († 1936), 23 jul., 636-650.
Pedro Sampo, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Pedro Sans y Jordá, San († 1747), 26 mayo, 599-600; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Santiago de Pésaro, Bto. († 1496), 23 jun., 564-565.
Pedro Sikiemon, Bto. († 1622), 11 sep., 340-341.
Pedro Snow, Bto. († 1598), 15 jun., 396.
Pedro Soler, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Pedro Son Son-ji, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Sukejiro, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge, Bto. († 1794), 12 sep., 355-356.
Pedro Tarrés Claret, Bto. († 1950), 30 ago., 1119-1129.
Pedro Terai Kuhioye, San († 1630), 28 sep., 856-858.
Pedro Thomas, San († 1794), 21 ene., 430-431.

Pedro Thuan, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro To Rot, Bto. († 1945), 7 jul., 193-199.
Pedro Tomás, San († 1366), 6 ene., 162-163.
Pedro Truong Van Duong, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Truong Van Thi, San († 1839), 24 nov., 580-585 (memoria: ibíd.).
Pedro Urséolo, San († 988), 10 ene., 241.
Pedro van der Slagmolen d'Assche, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Pedro Vázquez, Bto. († 1624), 25 ago., 914-918.
Pedro Verhun, Bto. († 1957), 7 feb., 189-190.
Pedro Vicev, Bto. († 1952), 13 nov., 320-325.
Pedro Vigne, Bto. († 1740), presbítero, 8 jul., 912-913.
Pedro Vincioli, San († 1007), 10 jul., 273.
Pedro Vo Dang Khoa, San († 1838), 24 (pasión y memoria) nov., 600-602.
Pedro Vu Van Truat, San († 1838), 18 dic., 484-485; (memoria: 24 nov., 580-585).
Pedro Wang Erman, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wang Zuolong, San († 1900), 6 jul., 173; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wright, Bto. († 1651), 19 mayo, 441-442.
Pedro Wu Anpeng, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Wu Guosheng, San († 1814), 7 nov., 160-161; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), 25 nov., 618-622; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yi Myong-so, San († 1866), 13 dic., 356-359; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yu Chongyul, San († 1866), 17 feb., 366-367; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Yu Taechol, San († 1839), 21 oct., 567-568; (memoria: 20 sep., 578-583).
Pedro Zhang Banniu, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Zhao Mingzhen, San († 1900), 3 jul., 86; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pedro Zhou Rixin, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Pelagia, Sta. († 302), 8 oct., 228-229.
Pelayo, San († 925), 26 jun., 602-608.
Peregrino Laziosi, San († 1345), 1, mayo., 29-30.
Perfecto, San († 850), 18 abr., 400-401.
Perpetua Hong Kum-ju, Sta. († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Perpetua, Sta. († 203), 7 mar., 119-124.
Perpetuo de Tours, San († 491), 30 dic., 765-766.
Petra de San José (Ana Josefa) Pérez Florido, Bta. († 1906), 16 ago., 566-583.
Petrina Bourigault, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.

Petrina Laurent, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Petrina Morosini, Bta. († 1957), 6 abr., 136-137.
Petrina Pottier, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Petronila, Sta. († s. III-IV), 31 mayo, 740-741.
Petronio de Bolonia, San († ca.445), 4 oct., 102.
Piedad de la Cruz (Tomasa) Ortiz Real, Bta. († 1916), 26 feb., 872-873.
Pierio, San († s. IV), 4 nov., 98-99.
Pina Suriano, Bta., cf. Josefa Suriano, llamada Pina, Bta.
Pío I (papa), San († 155), 11 jul., 287.
Pío V (papa), San († 1572), 30 abr., 657-666.
Pío IX, Bto. († 1878), 7 feb., 161-171.
Pío X (papa), San († 1914), 21 ago., 747-754.
Pío Bartosik, Bto. († 1941), 12 dic., 337.
Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione), San († 1968), 23 sep., 688-697.
Pío de San Luis Campidelli, Bto. († 1889), 2 nov., 50-57.
Plácida Viel, Bta. († 1877), 4 mar., 79-83.
Plácido, Bto. († 1248), 12 jun., 329-330.
Plácido García Gilabert, Bto. († 1936), 16 ago., 588.
Plácido Riccardi, Bto. († 1915), 14 mar., 266-267.
Platón, San († 814), 4 abr., 88-89.
Poliano (de Cartago), San († 257), 10 sep., 319-320.
Policarpo de Esmirna, San († ca.150), 23 feb., 483-490.
Polidoro Plasden, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Pompeya de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Pompeya de Lyón (otra), Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Pompilio María Pirrotti de San Nicolás, San († 1766), 15 jul., 420-424.
Pomposa, Sta. († 853), 19 sep., 574.
Ponciano (papa), San († 236), 13 ago., 392-397.
Ponciano Ngondwe, San († 1886), 26 mayo, 602-603.
Poncio de Faucigny, San († 1178), 26 nov., 647-648.
Póntico de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Popón, San († 1048), 25 ene., 531-532.
Porfirio de Gaza, San († 421), 26 feb., 571-572.
Porfirio (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Posidio, San († luego del 437), 16 mayo, 356-357.
Potamia de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Potino de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Práxedes, Sta. († s. II), 21 jul., 585.
Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, 1 jul., 1023-1030.
Presentación de la Bienaventurada Virgen María, 21 nov., 506-510.
Presentación de la Sagrada Familia (Pascuala) Gallén Martí, Bta. († 1936), 8 ago., 228-239.
Presentación del Señor, 2 feb., 26-33.
Presidio (de África), San († s. V), 6 sep., 157-158.
Primitivo, San († s. IV), 27 nov., 652-654.

Primitivo (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Primo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Primo Martínez de San Vicente Castillo, Bto. († 1936), 25 jul., 744-752.
Prior de Avignon, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Priscila, Sta. († s. I), 8 jul., 219.
Privato, San († 407), 21 ago., 770.
Probo, San († 473), 13 nov., 326.
Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Proclo de Constantinopla, San († 446), 24 oct., 653-655.
Prócoro, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Promo (de Palestina), San († 308), 14 dic., 388.
Próspero de Aquitania, San († 463), 25 jun., 581-587.
Próspero de Tarragona, San († s. VIII), 2 sep., 36-37.
Protasio, San († s. II), 19 jun., 486-487.
Protasio Chong Kuk-ko, San († 1839), 20 mayo, 458-459; (memoria: 20 sep., 578-583).
Protasio Cubells Minguell, Bto. († 1936), 14 dic., 389-390.
Proto (de Roma), San († s. III), 11 sep., 337.
Protomártires de la Iglesia Romana, Stos. († 64/67), 30 jun., 707-710.
Prudencio de Troyes, San († 861), 6 abr., 133-134.
Prudencio, San († s. V-VI), 28 abr., 634.
Ptolomeo, San († 160), 19 oct., 525-526.
Publia, Sta. († s. IV), 9 oct., 272.
Publio (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Pudente, San († s. II), 19 mayo, 799-802.
Pulqueria, Sta. († 453), 10 sep., 298-301.
Purificación de Nuestra Señora, 2 feb., 26-33.

Queremón (de Alejandría), San († s. III/IV), 3 oct., 82-83.
Queremón, San († 250), 22 dic., 551.
Querubín Testa, Bto. († 1479), 17 sep., 499-500.
Quintiliano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Quiríaco, San († 557), 29 sep., 896.
Quirico, San († 304), 16 jun., 421.

Rabano Mauro, San († 856), 4 feb., 98.
Radegunda, Sta. († 587), 13 ago., 406-410.
Radulfo, San († 866), 21 jun., 525.
Rafael (arcángel), San, 29 sep., 876-883.
Rafael Alonso Gutiérrez, Bto. († 1936), 11 ago., 327-331.
Rafael Arnáiz Barón, Bto. († 1938), 26 abr., 572-579.
Rafael Briega Morales, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Rafael de San José Kalinowski, San († 1907), 15 nov., 376-382.
Rafael Flamarique Salinas, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Rafael Guízar Valencia, Bto. († 1938), 6 jun., 143-148.
Rafael Massabki, Bto. († 1860), 10 jul., 267-272.
Rafael (Melchor) Chylinski, Bto. († 1741), 2 dic., 85-87.
Rafael Pardo Molina, Bto. († 1936) 26 sep., 802-803.

Rafaela María del Sagrado Corazón, Sta. († 1925), 6 ene., 152-162.
Rafaela Ybarra de Vilallonga, Bta. († 1900), 23 feb., 498-510.
Ragenfredis, Sta. († s. VIII), 8 oct., 229-230.
Ragneberto, San († 680), 13 jun., 349.
Raimundo, San († 1163), 1 feb., 11-17.
Raimundo de Capua, Bto. († 1399), 5 oct., 124-127.
Raimundo de Peñafort, San († 1275), 7 ene., 165-170.
Raimundo Gayrard, San († 1118), 3 jul., 70-73.
Raimundo Li Quanzhen, San († 1900), 30 jun., 736-737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Raimundo Lulio, Bto. († 1315), 27 nov., 772-777.
Raimundo Palmero, Bto. († 1200), 27 jul., 868-869.
Raimundo Petiniaud de Jourgnac, Bto. († 1794), 26 jun., 639-640.
Rainaldo de Concoregio, Bto. († 1321), 18 ago., 642-643.
Rainiero, San († 1077), 30 dic., 766.
Rainerio de Pisa, San († 1160), 17 jun., 446-447.
Rainiero de Arezzo, Bto. († 1304), 1 nov., 25-26.
Rainiero de Espálato, San († 1180), 4 ago., 111-112.
Ramiro, San († 630), 11 sep., 970-971.
Ramón de Roda, San († 1126), 21 jun., 520-524.
Ramón Esteban Bou Pascual, Bto. († 1936), 17 oct., 473-474.
Ramón Grimaltós Monllor, Bto. († 1936), 23 ago., 823-824.
Ramón Illa Salvia, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Ramón Martí Soriano, Bto. († 1936), 27 ago., 1009-1010.
Ramón Nonato, San († 1240), 31 ago., 1163-1167.
Ramón Novich Rabionet, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Ramón Peiró Victorí, Bto. († 1936), 21 ago., 773.
Ramón Vicente Vargas González, Bto. († 1927), 1 abr., 882-883.
Randoaldo, San († 667), 21 feb., 458-459.
Randulfo Corby, Bto. († 1644), 7 sep., 188-189.
Raymundo Carbonier, Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Raymundo de Cortisan (Escriban), Bto. († 1242), 29 mayo, 660-665.
Rebeca Ar-Rayés de Himlaya, Sta. († 1914), 23 mar., 435-441.
Recaredo (José María) López Mora, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Recaredo Centelles Abad, Bto. († 1936), 25 oct., 688-689; (memoria: 23 jul., 650-655).
Recaredo de los Ríos Fábregat, Bto. († 1936), 9 dic., 260-261.
Recaredo de Torrente (José María López Mora), Bto. († 1936), día 1, 24-31.
Redento de la Cruz (Tomás) Rodríguez, Bto. († 1638), 29 nov., 698-703.
Regina Protman, Bta. († 1613), 18 ene., 369-377.
Reginaldo de Orleáns, Bto. († 1220), 1 feb., 21.
Régula, Sta. (fecha desconocida), 11 sep., 338.
Remberto, San († 888), 11 jun., 305.
Remigio de Reims, San († ca-530), 13 ene., 287-293.

Remigio de Ruán, San († ca.765), 19 ene., 394-395.
Remigio Isoré, San († 1900), 19 jun., 489-490; (memoria: 9 jul., 224-235).
Renata Borgeais, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renata Maria Feillatreau, Bta. († 1794), 28 mar., 515.
Renata Rigault, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renata Séchet, Bta. († 1794), 16 abr., 346-347.
Renato Goulpil, San († 1642), 29 sep., 897-898; (memoria: 19 oct., 493-498).
Renato Julián Massey, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Renato Lego, Bto. († 1794), 1 ene., 41.
Renato Luis Ambroise, San († 1794), 21 ene., 430-431.
Renato Nativelle, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Renato Nicolás Poret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Reticio de Autún, San († s. IV), 15 mayo, 342.
Ricarda, Sta. († 895), 18 sep., 521.
Ricardo, San († 720), 7 feb., 182-183.
Ricardo Bere, Bto. († 1537), 9 ago., 297-298.
Ricardo de Andria, San († s. XII), 9 jun., 241.
Ricardo de Chichester, San († 1253), 3 abr., 50-56.
Ricardo de Santa Ana, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Ricardo Fetherstone, Bto. († 1540), 30, VII 985-986.
Ricardo (Herminio Felipe) Pampuri, San († 1930), 1 mayo, 19-26.
Ricardo Herst, Bto. († 1618), 29 ago., 1079-1080.
Ricardo Hill, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Ricardo Holiday, Bto. († 1590), 27 mayo, 616-618.
Ricardo Kirkman, Bto. († 1582), 22 ago., 800-801.
Ricardo Langhorne, Bto. († 1679), 14 jul., 400-401.
Ricardo Langley, Bto. († 1586), 1 dic., 49-50.
Ricardo Leigh, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Lloyd, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Martin, Bto. († 1588), 30 ago., 1086-1089.
Ricardo Newport, Bto. († 1612), 30 mayo, 720-721.
Ricardo Reynolds, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Ricardo Sergeant, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Ricardo Simpson, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.
Ricardo Thirkeld, Bto. († 1583), 29 mayo, 681-682.
Ricardo Whiting, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Ricardo Yaxley, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Ricario, San († 645), 26 abr., 580.
Ricerio de Muzzia, Bto. († 1236), 7 feb., 183.
Rictrudis, Sta. († 678), 12 mayo, 279-280.
Rigoberto de Reims, San († 743), 4 ene., 97.
Rimágilo, San († h. 676), 3 sep., 67-68.
Rinaldo, San († 1222), 9 feb., 230.
Rita Amada de Jesús Lopes de Almeida, Bta. († 1913), 6 ene., 847-848.
Rita de Casia, Sta. († antes de 1457), 22 mayo, 487-493.

Rita de la Dolorosa Pujalte Sánchez, Bta. († 1936), 20 jul., 540-552.
Roberto Anderton, Bto. († 1586), 25 abr., 566.
Roberto Belarmino, San († 1621), 17 sep., 478-483.
Roberto Bickendike, Bto. († 1586), 8 ago., 241-242.
Roberto Dalby, Bto. († 1589), 16 mar., 290-291.
Roberto de Abrissel, Bto. († 1116), 25 feb., 551-552.
Roberto de Chaise Dieu, San († 1067), 17 abr., 348-351.
Roberto de Molesmes, San († 1110), 26 ene., 545-558.
Roberto de Newminster, San († 1159) 7 jun., 173.
Roberto Dibdale, Bto. († 1586), 8 oct., 230-231.
Roberto Drury, Bto. († 1607), 26 feb., 572.
Roberto Grissold, Bto. († 1604), 16 jul., 468-471.
Roberto Hardesty, Bto. († 1589), 24 sep., 732-733.
Roberto Jonhson, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Roberto Lawrence, San († 1535), 4 mayo, 87-94.
Roberto Le Bis, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Roberto Ludlam, Bto. († 1588), 24 jul., 709-711.
Roberto Meyler, Bto. († 1581), 5 jul., 141-142.
Roberto Middleton, Bto. († 1601), 3 abr., 69.
Roberto Morton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Roberto Nutter, Bto. († 1600), 26 jul., 821-823.
Roberto Salt, Bto. († 1537), 9 jun., 242.
Roberto Southwell, San († 1595), 21 feb., 442-448.
Roberto Sutton, Bto. († 1588), 27 jul., 870.
Roberto Sutton (otro), Bto. († 1588), 5 oct., 170-171.
Roberto Thorpe, Bto. († 1591), 31 mayo, 742-743.
Roberto Watkinson, Bto. († 1602), 20 abr., 440-441.
Roberto Widmerpool, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Roberto Wilcox, Bto. († 1588), 1 oct., 35-38.
Rodana de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Rodolfo Aquaviva, Bto. († 1583), 25 jul., 776-780.
Rodolfo Ashley, Bto. († 1606), 7 abr., 159-160.
Rodolfo Crockett, Bto. († 1588), 1 oct., 38-40.
Rodolfo Grimston, Bto. († 1598), 15 jun., 396.
Rodolfo Milner, Bto. († 1591), 7 jul., 202-204.
Rodolfo Sherwin, San († 1591), 1 dic., 47-49.
Rodrigo, San († 857), 13 mar., 257-258.
Rodrigo Aguilar Alemán, San († 1927), 28 oct., 723-728; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Rogaciano, San († s. III), 26 oct., 701-703.
Rogato de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Rogelio, San († 852), 16 sep., 470-471.
Rogerio Cadwallador, Bto. († 1610), 27 ago., 1001-1002.
Rogerio Dickinson, Bto. († 1591),7 jul., 202-204.
Rogerio Filcock, Bto. († 1601), 27 feb., 596-597.

Rogerio James, Bto. († 1539), 15 nov., 358-360.
Rogerio Wrenno, Bto. († 1616), 18 mar., 333.
Rolando de Médicis, Bto. († 1386), 15 sep., 433-434.
Román, San († 303), 18 nov., 466.
Román Adame Rosales, San († 1927), 21 abr., 456; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Román Archutowski, Bto. († 1943), 18 abr., 402.
Román Aybara, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Román el Meloda, San († 550), 1 oct., 33-34.
Román Lysko, Bto. († 1949), 14 oct., 370-371.
Román Matsuoka Miota, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Román (Rafael) Touceda Fernández, Bto. († 1936), 30 nov., 738-740.
Román Sitko, Bto. († 1942), 12 oct., 342.
Romualdo, San († 1027), 19 jun., 471-477.
Rómulo, San. († 303), 24 mar., 462.
Roque, San († 1379), 16 ago., 562-565.
Roque González, San († 1628), 15 nov., 360-364.
Rosa Chen Aixie, Sta. († 1900), 5 jul., 145; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosa de Lima, Sta. († 1617), 23 ago., 804-811.
Rosa de Nuestra Señora del Buen Consejo Pedret Rull, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Rosa de San Javier (Magdalena Teresa) Tallien, Bta. († 1794), 12 jul., 313-314.
Rosa de Viterbo, Sta. († 1252), 6 mar., 112-116.
Rosa Fan Hui, Sta. († 1900), 16 ago., 587-588; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosa Kim, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562; (memoria: 20 sep., 578-583).
Rosa Venerini, Bta. († 1728), 7 mayo, 142-148.
Rosa Zhao, Sta. († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).
Rosalía Clotilde de Santa Pelagia Bès, Bta. († 1794), 11 jul., 290-291.
Rosalía de Palermo, Sta († s. XII), 4 sep., 114-115.
Rosalía (Juana María) Rendú, Bta. († 1856), 7 feb., 863-865.
Rosalina, Sta. († 1329), 17 ene., 359-360.
Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos, Bta. († 1936), 23 ago., 815-821.
Rosendo, San († 977), 1 mar., 3-12.
Rubén de Jesús López Aguilar, Bto. († 1936), 9 ago., 284-290.
Rufina, Sta. († s. IV),17 jul., 483-485.
Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe, Bto. († 1936), 1 sep., 19-24.
Rufo Ishimoto, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Rukem de Waldonna, cf. Santiago de Strepa, Bto.
Rumoldo, San († 775), 24 jun., 579.
Ruperto, San († s. VIII), 15 mayo, 344.
Ruperto (obispo), San († 718), 27 mar., 500.
Ruperto Mayer, Bto. († 1945), 1 nov., 19-24.
Rústico de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.

Rústico de Narbona, San († 461), 26 oct., 703.
Rústico (de París), San († 258), 9 oct., 245-247.

Sabas, San († 532), 5 dic., 145-158.
Sabas (apóstol de Bulgaria), San († s. IX/X), 27 jul., 867-868.
Sabas el Godo, San († 372), 12 abr., 256.
Sabas Reyes Salazar, San († 1927), 13 abr., 291; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Sabigoto (mártir de Córdoba), Sta. († 852), 27 jul., 865-867.
Sabina (abulense), Sta. († 305), 28 oct., 728.
Sabina de Roma, Sta. († s. V), 29 ago., 1076-1077.
Sabina Petrilli, Bta. († 1923), 18 abr., 391-398.
Sabiniano, San († 851), 7 jun., 172.
Sadoc, Bto., († 1260), 2 jun., 55-56.
Sadoc, San († 342), 18 feb., 398.
Sagrada Familia, dic., 818-828.
Sagrado Corazón de Jesús (movible), jun., 769-782.
Salomé, Sta. († s. I), 24 abr., 541.
Salomé de Cracovia, Bta. († 1268), 17 nov., 432-433.
Salomón, San († 857), 13 mar., 257-258.
Salomón (rey de Bretaña), San († 874), 25 jun., 591-592.
Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Salvador Damián Enguix Garés, Bto. († 1936), 28 oct., 730-731.
Salvador de Horta, San († 1567),18 mar., 327-331.
Salvador Estrugo Solves, Bto. († 1936), 21 ago., 772-773.
Salvador Ferrandis Seguí, Bto. († 1936), 3 ago., 84-87.
Salvador Lara Puente, San († 1926), 15 ago., 518-524; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Salvador Lilli, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Salvador Mollar Ventura, Bto. († 1936), 27 oct., 711-712.
Salvador Pigem Serra, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Salvio de Albi, San († 584), 10 sep., 320.
Samuel (profeta), San, 20 ago., 718-728.
Samuel (de Castrovillari), San († 1227), 10 oct., 278-282.
Samuel (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Samuel Marzorati, Bto. († 1716), 3 mar., 68-69.
Sancho, San († 851), 5 jun., 122-126.
Sancha de Portugal, Bta. († 1229), 11 abr., 228.
Sancha (Janina) Szymkowyak, Bta. († 1942), 29 ago., 1083-1084.
Sandalio, San († s. IV), 3 sep., 67.
Sansón el Hospitalario, San († 560), 27 jun., 659-660.
Santa María de la Cabeza († s. XII), 9 sep., 296.
Santa María de la Caridad del Cobre, 20 mayo; 802-806.
Santa María la Mayor, cf. Nuestra Señora de las Nieves.
Santas Reliquias, 5 nov., 749-754.
Santiago (apóstol), San († s. I), 3 mayo, 70-74.
Santiago (hijo del Bto. Tomás Gengoro), Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Santiago Agustín Robert de Lézardière, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Alberione, Bto. († 1971), 26 nov., 639-644.

Santiago Alejandro Menuret, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Bell, Bto. († 1584), 20 abr., 440-441.
Santiago Benfatti, Bto. († 1332), 19 nov., 482-483.
Santiago Berthieu, Bto. († 1896), 8 jun., 189-195.
Santiago Bianconi, Bto. († 1301), 22 ago., 798.
Santiago Bird, Bto. († 1592), 25 mar., 488-489.
Santiago Burin, Bto. († 1794), 17 oct., 454-463.
Santiago Buzabaliao, San († 1886), 3 jun., 58-65.
Santiago Capocci, Bto. († 1308), 12 dic., 328-333.
Santiago Chastan, San († 1839), 21 sep., 628-634; (memoria: 20 sep., 578-583).
Santiago Claxton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Santiago Cusmano, Bto. († 1888), 14 mar., 260-264.
Santiago de Cerqueto, Bto. († 1367), 17 abr., 371.
Santiago de Nísibe, San († 338), 15 jul., 435.
Santiago de Sarug, San († 521), 29 oct., 736-740.
Santiago de Strepa, Bto. († 1411), 20 oct., 552-553.
Santiago Desiderio Laval, Bto. († 1864), 9 sep., 272-283.
Santiago (diácono), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Santiago Do Mai Nam, San († 1838), 12 ago., 384-385; (memoria: 24 nov., 580-585).
Santiago Duckett, Bto. († 1602), 19 abr., 415-416.
Santiago el Interciso, San († 420), 27 nov., 659.
Santiago el Mayor (apóstol), San († s. I), 25 jul., 715-723.
Santiago Esteban Felipe Hourrier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Felipe Bertoni, Bto. († 1483), 25 mayo, 577.
Santiago Fenn, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Santiago Francisco de Lubersac, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Friteyre-Durvé, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Gabriel Galais, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Gagnot, Bto. († 1794), 10 sep., 322.
Santiago Gapp, Bto. († 1943), 13 ago., 426-435.
Santiago Griesinger de Ulma, Bto. († 1491), 11 oct., 324-325.
Santiago Hayashida, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Santiago José Lejardinier Deslandes, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Juan Lemeunier, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Julio Nonnaud, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Santiago Kern, Bto. († 1924), 20 oct., 548-551.
Santiago Kisai, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), 17 ago., 618-619; (memoria: 28 sep., 831-840).
Santiago Lacops, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Santiago Laigneau de Langellerie, Bto. († 1794), 14 oct., 368-369.
Santiago Lombardie, Bto. († 1794), 22 jul., 604-605.
Santiago Matsuo Denshi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.

Santiago Mestre Iborra, Bto. († 1936), 29 sep., 898-899.
Santiago Morelle Dupas, Bto. († 1794), 21 jun., 526-527.
Santiago Retouret, Bto. († 1794), día 26, 945-946.
Santiago Salès, Bto. († 1593), 7 feb., 184-186.
Santiago Salomoni, Bto. († 1314), 31 mayo, 741.
Santiago Thompson, San († 1582), 28 nov., 691.
Santiago Walworth, Bto. († 1537), 11 mayo, 251-252.
Santiago Yan Guodong, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Santiago Zhao Quanzin, San († 1900), 9 jul., 262; (memoria: 9 jul., 224-235).
Santino Huré, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Santísima Trinidad (movible), mayo, 767-773.
Santísimo Nombre de María, 12 sep., 343-350.
Santos de Cori, Bto. († 1392), 5 oct., 169.
Santos de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Santos de Urbino Brancorsini, Bto. († 1390), 14 ago., 471-472.
Sarbelio Makhlouf, San († 1898), 24 jul., 660-663.
Sátiro, San († 379), 17 sep., 496-497.
Saturiano, San († s. V), 16 oct., 421-422.
Saturio, San († 568), 2 oct., 69-70.
Saturio Rey Robles, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Saturnino de Cartago, San († 250), 29 nov., 708.
Saturnino de Tolosa, San († 250), 29 nov., 693-698.
Sebastián, San († ca.304), 20 ene., 396-400.
Sebastián Calvo Martínez, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Sebastián de Aparicio, Bto. († 1600), 25 feb., 539-544.
Sebastián Kimura, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Sebastián Maggi, Bto. († 1496), 16 dic., 450.
Sebastián Nam I-gwan, San († 1839), 26 sep., 791-800; (memoria: 20 sep., 578-583).
Sebastián Newgate, Bto. († 1535), 19 jun., 488.
Sebastián Riera Coromina, Bto. († 1936), 15 ago., 545-551.
Sebastián Valfré, Bto. († 1710), 30 ene., 645-646.
Sebbi, San († 693), 29 ago., 1077-1078.
Secundino (obispo), San († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Secundino (de Córdoba), San († s. IV), 20 abr., 438.
Secundino María Ortega García, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Segismundo, San († 523), 1 mayo, 27-28.
Segismundo Félix Felinski, Bto. († 1895), 17 sep., 933-935.
Segismundo Gorazdowski, San. († 1920), 1 ene., 940*; 35-39.
Segismundo Pisarski, Bto. († 1943), 30 ene., 650.
Segismundo Sajna, Bto. († 1940), 17 sep., 502-503.
Segunda (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Segundo Pollo, San († 1941), 26 dic., 666-672.
Seleuco (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Semproniana de Mataró, Sta. (fecha desconocida), 27 jul., 864.

Senén, San († s. III), 30 jul., 954-959.
Senorina, Sta. († 980), 22 abr., 471.
Septimio de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Serafín de Montegranaro (Félix de Nicola), San († 1604), 12 oct., 327-331.
Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero, Bta. († 1936), 23 ago., 815-821.
Serafina Sforza, Bta. († 1478), 8 sep., 237-238.
Serapio, San († 1240), 14 nov., 332-336.
Sergio I (papa), San († 701), 8 sep., 203-206.
Sergio Cid Pazo, Bto. († 1936), 30 jul., 993.
Sergio de Radonez, San († 1392), 25 sep., 738-746.
Serrano, San († s. VII), 29 ene., 675-677.
Servacio, San († 384), 13 mayo, 13-299.
Servando (patrono de Cádiz), San († 303), 23 oct., 628.
Servideo, San († 852), 16 sep., 470-471.
Servideo (de Córdoba), San († 853), 13 ene., 295.
Servio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Servo de Cartago, San († 484), 2 jul., 58.
Sérvulo, San († 590), 23 dic., 598.
Severiano Baranyk, Bto. († 1941), 28 jun., 686.
Severino, San († 482), 8 ene., 189-194.
Severino Boecio, San († 524), 23 oct., 599-602.
Severino Jorge Girauld, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Severo (de Barcelona), San († s. IV), 6 nov., 130-134.
Severo de Nápoles, San († 409), 29 abr., 655.
Severo de Tréveris, San († ca.455), 15 oct., 396.
Siardo de Mariëngarde, San († 1230), 14 nov., 351-352.
Sibilina Biscossi, Bta. († 1367), 19 mar., 353-354.
Sicio de Gerona, San († s. IV), 2 jun., 789-790.
Sidney Hogson, Bto. († 1591), 10 dic., 266-272.
Sidonio, San († d. 684), 15 nov., 384.
Sidonio Apolinar, San († 479), 21 ago., 754-757.
Sigfrido, San († 1045), 15 feb., 341.
Sigisberto, San († 656), 1 feb., 20-21.
Silverio, San († 537), 2 dic., 64-68.
Silvestre I (papa), San († 337), 31 dic., 767-777.
Silvestre Arnau Pasquet, Bto. († 1936), 13 ago., 925-927.
Silvestre Guzzolini, San († 1267), 26 nov., 627-630.
Silvia, Sta. († s. VI), 3 nov., 81.
Silvio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Símaco (papa), San († 514), 19 jul., 524-525.
Simeón, San († 107), 27 abr., 607.
Simeón Bar Sabas, San († 341), 17 abr., 370.
Simeón Berneux, San († 1866), 7 mar., 133-134; (memoria: 20 sep., 578-583).
Simeón de Lipnica, Bto. († 1482),18 jul., 508-511.
Simeón Estilita, San († 459), 27 jul., 841-844.
Simeón Estilita el joven, San († 592), 24 mayo, 541-542.

Simeón Lukac, Bto. († 1964), 22 ago., 802-803.
Simeón Salo, San († s. VI), 21 jul., 584-585.
Simón Balacchi, Bto. († 1319), 3 nov., 83.
Simón Bokusai Kyota, Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Simon Chen Ximan, San († 1900), 9 jul., 961; (memoria: 9 jul., 224-235).
Simón Correia (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Simón da Costa, Bto. († 1570), 16 jul., 468.
Simón de Rojas, San († 1624), 28 sep., 840-844.
Simón el Zelotes (apóstol), San, († s. I), 28 oct., 713-717.
Simón López, Bto. († 1570), 15 jul., 412-419.
Simón Phan Dac Hoa, San († 1840), 12 dic., 336-337; (memoria: 24 nov., 580-585).
Simon Qin Chunfu, San († 1900), 19 jul., 527; (memoria: 9 jul., 224-235).
Simón Rinalducci, Bto. († 1322), 20 abr., 439-440.
Simon Stock, San († 1265), 16 mayo, 346-349.
Simón Yempo, Bto. († 1623), 4 dic., 143-145.
Simplicio, San († 483), 10 mar., 218.
Simplicio de Autún, San († 375), 24 jun., 578-579.
Sinforiano, San († s. III/IV), 22 ago., 797-798.
Sinfoniano Ducki, Bto. († 1942), 11 abr., 229-230.
Siricio (papa), San († 399), 26 nov., 645.
Sisebuto, San († 1086), 15 mar., 283.
Sisenando, San († 851), 16 jul., 466-467.
Sixto I (papa), San († 128), 3 abr., 66.
Sixto II (papa), San († 258), 7 ago. (memoria), 153-158.
Sixto III (papa), San († 440) 19 ago., 701.
Sofía Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), 23 sep., 679-682.
Sofonías (profeta), San, 3 dic., 97-104.
Sofronio, San († 639), 11 mar., 220-223.
Solemnidad de Pentecostés (movible), mayo, 757-766.
Sotero (papa), San († 175), 22 abr., 457-460.
Suceso (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Suitberto, San († 713), 1 mar., 21.
Suituno Wells, San († 1591), 10 dic., 266-272.
Susana Águeda (María Rosa) de Loye, Bta. († 1794), 6 jul., 172-173.
Susana Arakiyori, Bta. († 1626), 12 jul., 310-312.
Susana U Sur-im, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).

Tadeo Dulny, Bto. († 1942), 6 ago., 152.
Tadeo Liu Ruiting, San († 1823), 30 nov., 733; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tadeo Machar, Bto. († 1492), 25 oct., 686-688.
Tarasio, San († 806), 18 feb., 399-400.
Tarsicia (Olga) Mackiv, Bta. († 1944), 18 jul., 514-515.
Tarsicio, San († 257) 15 ago., 485-492.

Társila Córdoba Belda, Bta. († 1936), 17 oct., 474.
Társila, Sta. († 550), 24 dic., 624.
Tecla de Kitzingen, Sta. († 790), 15 oct., 396.
Tecla Nagaishi, Bta. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tecla, Sta. († s. I), 23 sep., 962-965.
Telesforo, San († 136), 2 ene., 62.
Telmo, San († 1240), 14 abr., 292-305.
Telquilde, Sta. († 667), 10 oct., 296.
Teobaldo, Bto. († 1150), 1 jun., 37.
Teobaldo, San († 1066), 30 jun., 732-733.
Teobaldo de Dorat, San († 1070), 6 nov., 136.
Teobaldo de Marly, San († 1247), 8 dic., 220-221.
Teobaldo de Vienne, San († 1001), 21 mayo, 483-484.
Teodardo de Maastricht, San († ca. 670), 10 sep., 321.
Teodario, San († 575), 29 oct., 747-748.
Teodgaro, San († 1065), 24 jun., 579.
Teodomiro de Carmona, San († 851), 25 jul., 774.
Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz, Bto. († 1936), 8 sep., 244-246.
Teodora Ana Teresa Guerin, Bta. († 1856), 14 mayo, 317-324.
Teodorico Balat, San († 1900), 9 jul., 259; (memoria: 9 jul., 224-235).
Teodorico van der Eem, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Teodoro de Canterbury, San († 690), 19 sep., 532-537.
Teodoro de Sikeón, San († 613), 22 abr., 470-471.
Teodoro de Tabenna, San († s. IV), 27 abr., 607.
Teodoro Estudita, San († 826), 11 nov., 240-243.
Teodoro Grapto, San († 842), 27 dic., 688-689.
Teodoro, hijo de David, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Teodoro Jorge Romzsa, Bto. († 1947), 1 nov., 29-30.
Teodoro Ruiz de Larrinaga García, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Teodosia, Sta. († s. VIII), 18 jul., 511-512.
Teodosio Cenobiarca, San († 529), 11 ene., 247-248.
Teodosio de Kiev, San († 1074), 3 mayo, 84.
Teódulo (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Teófanes el Cronógrafo, San († 817), 12 mar., 248-249.
Teófilo de Antioquía, San († s. II), 13 oct., 356.
Teófilo de Corte, San († 1740), 19 mayo, 416-422.
Teótimo, San († 307), 5 nov., 122.
Teotonio, San († 1166), 18 feb., 400-401.
Tercio (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Terencio Alberto O'Brien, Bto. († 1651), 30 oct., 761-762.
Teresa Benedicta de la Cruz (Edith Stein), Sta. († 1942), 9 ago., 245-272.
Teresa Bracco, Bta. († 1944), 29 ago., 1084.
Teresa Chen Jinxie, Sta. († 1900), 5 jul., 145; (memoria: 9 jul., 224-235).
Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu), Bta. († 1997), 5 sep., 124-139.
Teresa de Jesús, Sta. († 1582), 15 oct., 371-377.

Teresa de Jesús Jornet Ibars, Sta. († 1897), día 26, 939-945.
Teresa de la Madre del Divino Pastor Chambó Pales, Bta. († 1936), 19 ago., 684-700.
Teresa de Los Andes, Sta. († 1920), 12 abr., 236-249.
Teresa de Portugal, Sta. († 1250), 17 jun., 426-429.
Teresa de San Agustín (María Magdalena Claudina) Lidoine, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa de San Ignacio (María Gabriela) Trézel, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa de San José (Ascensión) Duart Roig, Bta. († 1936), 20 nov., 496-502.
Teresa del Corazón de María (María Ana) Hanisset, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa del Niño Jesús, Sta., († 1897), 1 oct., 4-12.
Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz (Eusebia) García y García, Bta. († 1936), 24 jul., 667-684.
Teresa Enriqueta de la Anunciación Faurie, Bta. († 1794), 13 jul., 355-357.
Teresa Eustoquio Ignacia Verzeri, Sta. († 1852), 3 mar., 54-59.
Teresa Fantou, Bta. († 1794), 26 jun., 608-614.
Teresa Grillo Michel, Bta. († 1944), 25 ene., 519-531.
Teresa Kim, Sta. († 1840), 9 ene., 205-206; (memoria: 20 sep., 578-583).
Teresa Kim Im-i, Sta. († 1846), 20 sep., 600-604; (memoria: 20 sep., 578-583).
Teresa Margarita Redi, Sta. († 1770), 7 mar., 125-131.
Teresa María Cavestany Anduaga, Bta. († 1936), 18 nov., 454-465.
Teresa María de la Cruz Manetti, Bta. († 1910), 23 abr., 486-489.
Teresa (María Victoria) Couderc, Sta. († 1885), 26 sep., 768-776.
Teresa Soiron, Bta. († 1794), 17 jul., 489-494.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), 20 jul., 557-562.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), 20 sep., 578-583; (memoria: ibíd.).
Teresa Zhang Hezhi, Sta. († 1900), 16 jul., 476; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tértula (virgen), Sta. († 258/259), 4 mayo, 99-101.
Tiempo de Adviento, dic., 805-811.
Tiempo de Navidad, dic., 812-818.
Timolao, San († 303), 24 mar., 462.
Timón, San († s. I), 28 jul., 904-905.
Timoteo, San, 26 ene., 534-541.
Timoteo (de Cesarea), San († 307), 5 nov., 122.
Timoteo de Montecchio, Bto. († 1504), 22 ago., 798-799.
Timoteo Giaccardo, Bto. († 1948), 24 ene., 482-486.
Timoteo Trojanowski, Bto.(† 1942) 28 feb., 612-613.
Timoteo Valero Pérez, Bto. († 1936), 17 sep., 502; cf. también: 1 ago., 24-31.
Tirso Manrique Melero, Bto. († 1936), 29 jul., 934-943.
Tito, San, 26 ene., 534-541.
Tito Brandsma, Bto. († 1942), 26 jul., 803-814.
Tito de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Tobías Borrás Román, Bto. († 1937), 11 feb., 264.
Todos los fieles difuntos, 2 nov., 31-41.

Todos los Santos, 1 nov., 4-13.
Todos los Santos Hispalenses, 3 nov., 780-784.
Tomás (apóstol), Sto. († s. I), 3 jul., 60-70.
Tomás Abel, Bto. († 1540), 30 jul., 985-986.
Tomás Akahoshi, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás Alfield, Bto. († 1585), 6 jul., 170-171.
Tomás Atkinson, Bto. († 1616), 11 mar., 231.
Tomás Becket, Sto. († 1170), 29 dic., 709-715.
Tomás Bellaci de Florencia, Bto. († 1447), 31 oct., 778-779.
Tomás Belson, Bto. († 1589), 5 jul., 142-144.
Tomás Benstead, Bto. († 1600), 11 jul., 289-290.
Tomás Bosgrave, Bto. († 1594), 4 jul., 119-120.
Tomás Bullaker, Bto. († 1642), 12 oct., 339-340.
Tomás Capdevila Miró, Bto. († 1936), 13 ago., 444-448.
Tomás Cottam, Bto. († 1582), 30 mayo, 719-720.
Tomás Dangi, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Tomás de Aquino, Sto. († 1274), 28 ene., 583-591.
Tomás de Cantelupe, Sto. († 1282), 25 ago., 912-914.
Tomás de Cori, Sto. († 1729), 11 ene., 244-246.
Tomás de Kempis, Bto. († 1471), 24 ago., 1196-1203.
Tomás de San Jacinto, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Tomás de Tolentino, Bto. († 1321), 9 abr., 191-195.
Tomás de Villanueva, Sto. († 1555), 8 sep., 206-209.
Tomás de Zumárraga, Bto. († 1622), 12 sep., 353-355.
Tomás del Rosario, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás del Santísimo Sacramento Cuartero Gascón, Bto. († 1936), 23 oct., 635-638.
Tomás Dinh Viet Du, San († 1839), 26 nov., 650-651; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Felton, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Tomás Ford, Bto. († 1582), 28 mayo, 657-658.
Tomás Garnet, Sto. († 1608), 23 jun., 565-566.
Tomás Gengoro, Bto. († 1620), 16 ago., 585-586.
Tomás Green, Bto. († 1537), 10 jun., 260-261.
Tomás Helyas, Bto. († 1257), 19 oct., 527.
Tomás Hemerford, Bto. († 1584), 12 feb., 281-282.
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), 17 nov., 434-436; (memoria: 28 sep., 831-840).
Tomás Holford, Bto. († 1588), 28 ago., 1042-1046.
Tomás Holland, Bto. († 1642), 22 dic., 541-544.
Tomás Hunt, Bto., cf. Tomas Benstead.
Tomás Johnson, Bto. († 1537), 20 sep., 612.
Tomás Juan Monsaint, Bto. († 1792), 2 sep., 39-44.
Tomás Khuong, Sto. († 1860), 30 ene., 647; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Koteda Kiuni, Bto. († 1619), 27 nov., 661-662.
Tomás Koyanagi, Bto. († 1622), 19 ago., 703-707.

Tomás Kozaki, San († 1597), 6 feb., 125-130.
Tomás María Fusco, Bto. († 1891), 24 feb., 531-536.
Tomás Maxfield, Bto. († 1616), 1 jul., 28-29.
Tomás Moro, Sto. († 1535), 22 jun., 537-546.
Tomás Nguyen Van De, San († 1839), 19 dic., 500-502; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Nicolás Dubray, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Tomás Palaser, Bto. († 1600), 8 sep., 238-239.
Tomás Percy, Bto. († 1572), 22 ago., 799.
Tomás Pickering, Bto. († 1679), 9 mayo, 203-204.
Tomás Pilchard, Bto. († 1587), 21 mar., 408-409.
Tomás Plumtree, Bto. († 1570), 4 ene., 97-98.
Tomás Portmort, Bto. († 1592), 21 feb., 459.
Tomás Reding, Bto. († 1537), 16 jun., 422.
Tomás Reggio, Bto. († 1901), 22 nov., 540-548.
Tomás Renato Dubuisson, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Tomás Reynolds, Bto. († 1642), 21 ene., 431-433.
Tomás Scryven, Bto. († 1537), 15 jun., 396.
Tomás Shen Jihe, San († 1900), 9 jul., 261; (memoria: 9 jul., 224-235).
Tomás Sherwood, Bto. († 1578), 7 feb., 184.
Tomás Sichiro, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Tomás Sitjar Fortiá, Bto. († 1936), 19 ago., 673-683.
Tomás Somás, Bto. († 1610), 10 dic., 278-281.
Tomás Son Cha-son, San († 1866), 30 mar., 550-551; (memoria: 20 sep., 578-583).
Tomás Sprott, Bto. († 1600), 11 jul., 289-290.
Tomás Terai Kahioye, Sto. († 1630), 28 sep., 856-858.
Tomás Thwing, Bto. († 1680), 23 oct., 630-631.
Tomás Toan, Sto. († 1840), 27 jun., 662; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Tomaki, Bto. († 1628), 8 sep., 239-243.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), 21 sep., 635-637; (memoria: 24 nov., 580-585).
Tomás Tsuji, Bto. († 1627), 7 sep., 187-188.
Tomás Tunstal, Bto. († 1616), 13 jul., 352-354.
Tomás Urdánoz Aldaz, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Tomás Warcop, Bto. († 1597), 4 jul., 120-121.
Tomás Watkinson, Bto. († 1591), 31 mayo, 742-743.
Tomás Welbourne, Bto. († 1605), 1 ago., 40-41.
Tomás Whitaker, Bto. († 1646), 7 ago., 192-194.
Tomás Whitbread, Bto. († 1679), 20 jun., 511-512.
Tomás Wo Jinyemon, Bto. († 1627), 27 ago., 1002-1007.
Tomás Woodhause, Bto. († 1573), 19 jun., 488-489.
Toribio de Astorga, Sto. († s. V), 16 abr., 329-335.
Toribio de Mogrovejo, Sto. († 1606), 23 mar., 418-428.

Toribio Romo González, Sto. († 1928), 25 feb., 555-556; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Torlac, San († 1193), 23 dic., 599.
Toscana, Sta. († 1344), 14 jul., 399.
Tranquilino Ubiarco Robles, San († 1928), 5 oct., 171-172; cf. también: 21 mayo, 460-468.
Transfiguración del Señor, 6 ago., 133-141.
Trófima de Lyón, Sta. († 177), 2 jun., 47-52.
Turstano Hunt, Bto. († 1601), 3 abr., 69.

Ubaldesca, Sta. († 1206), 28 mayo, 655.
Ubaldo, San († 1160), 16 mayo, 359-360.
Ubaldo Audimari, Bto. († 1315), 9 abr., 195-196.
Uldarico (Juan Bautista) Guillaume, Bto. († 1794), 27 ago., 970-979.
Ulpio de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Ulrica Nisch, Bta. († 1913), 8 mayo, 168-173.
Ulrico de Ausburgo, San († 973), 4 jul., 118.
Urbano, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Urbano II (papa), San († 1099), 29 jul., 928-934.
Urbano V (papa), Bto. († 1370), 19 dic., 492-499.
Urbano (mártir de Zaragoza), San († s. IV), 16 abr., 325-329.
Urbano Gil Sáez, Bto. († 1936), 23 ago., 824-826; cf. también: 1 ago., 24-31.
Urbano Lefèvre, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Ursmaro, San († 713), 18 abr., 399-400.
Úrsula, Sta. († s. IV), 21 oct., 566.
Úrsula Ledóchowska, Sta. († 1939), 29 mayo, 670-679.
Utón, Bto. († 829), 3 oct., 85-86.

Valente (de Cesarea), San († 309), 16 feb., 350.
Valentín, San († ca.270), 14 feb., 298-301.
Valentín Berriochoa, San († 1861), 1 nov., 13-19; (memoria: 24 nov., 580-585).
Valentín (de Segovia), San († 715), 26 oct., 797-798.
Valentín de Torrente (Vicente Jaunzarás Gómez), Bto. († 1936), 1 ago., 24-31.
Valentín (Luis) Paquay, Bto. († 1905), 1 ene., 846-847.
Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, Bto. († 1936), 18 sep., 523-526.
Valeriano de Abbenza, San († 457), 15 dic., 414-415.
Valeriano de Cimiez, San († 460), 23 jul., 655.
Valerio Bernardo (Marciano) Herrero Martínez, Bto. († 1936), 31 ago., 1168-1175.
Valero de Zaragoza, San († 305 ó 316), 22 ene., 459-460.
Vardavar, hijo de Dimbalac, Bto. († 1895), 22 nov., 535-540.
Varmundo de Arboreis, San († 1010), 13 nov., 328.
Varones Apostólicos, 1 mayo, 15-19.
Vecio Epagato de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Vedasto, San († 540), 6 feb., 151-152.
Venancio Fortunato, San († 605), 14 dic., 369-376.
Venerio de Milán, San († 409), 6 mayo, 134.

Venusto (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Verano de Vence, San († s. V), 11 nov., 255-256.
Veremundo de Irache, San († 1095), 8 mar., 135-141.
Verónica de Binasco, Bta. († 1497), 13 ene., 296.
Verónica Giuliani, Sta. († 1727), 9 jul., 240-243.
Vestia (mártir escilitano), Sta. († 180), 17 jul., 477-483.
Veturio (mártir escilitano), San († 180), 17 jul., 477-483.
Viator, San († 481), 21 oct., 566-567.
Vicelino, San († 1154), 12 dic., 335.
Vicenta Gerosa, Sta. († 1847), 28 jun., 679-683; cf. también: 26 jul., 799-803.
Vicenta María López y Vicuña, Sta. († 1890), 26 dic., 659-666.
Vicente (abad de San Claudio), San († 630), 11 mar., 229-230; cf. también: 11 sep., 970-971.
Vicente (abulense), San († 305), 28 oct., 728.
Vicente (mártir), San (fecha desconocida), 1 sep., 967.
Vicente Abraham, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Vicente Ballester Far, Bto. († 1936), 23 sep., 702-703.
Vicente Cabanes Badenas, Bto. († 1936), 30 ago., 1113-1119.
Vicente Carvalho, Bto. († 1632), 3 sep., 54-62.
Vicente de Áquila, Bto. († 1504), 7 ago., 189-190.
Vicente de Lerins, San († 445/450), 24 mayo, 524-530.
Vicente de Paúl, San († 1660), 27 sep., 808-817.
Vicente de Paúl Canelles Vives, Bto. († 1936), 30 jul., 986-991.
Vicente de San José, Bto. († 1622), 10 sep., 308-310.
Vicente de San Luis Gonzaga Pinilla, Bto. († 1936), 26 jul., 758-759 y 827-828.
Vicente de Souza Pereira (Uruaçu), Bto. († 1645), 3 oct., 87.
Vicente (de Zaragoza), San († 304), 22 ene., 435-439.
Vicente Do Yen, San († 1838), 30 jun., 735-736; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Duong, San († 1862), 6 jun., 151-152; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Eugenio Bossilkov, Bto. († 1952), 11 nov., 250-255.
Vicente Ferrer, San († 1419), 5 abr., 92-100.
Vicente Galbis Gironés, Bto. († 1936), 21 sep., 637-638.
Vicente Grossi, Bto. († 1917), 7 nov., 151-155.
Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Bto. († 1792), 2 sep., 30-34.
Vicente Kadlubek, Bto. († 1223), 8 mar., 160.
Vicente Kaun, Bto. († 1626), 20 jun., 509-511.
Vicente Le Quang Lien, San († 1773), 7 nov., 157-160; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Lewoniuk, Bto. († 1874), 24 ene., 494-496.
Vicente María Izquierdo Alcón, Bto. († 1936), 18 ago., 648-649.
Vicente María Strambi, Sto. († 1824), 1 ene., 22-29.
Vicente Matuszewski, Bto. († 1940), 23 mayo, 522-523.
Vicente Nguyen The Diem, San († 1838), 24 nov., 600-602; (memoria: 24 nov., 580-585).

Vicente Pallotti, San († 1850), 22 ene., 439-442.
Vicente Pelufo Corts, Bto. († 1936), 22 sep., 666-667.
Vicente Romano, Bto. († 1831), 20 dic., 511-517.
Vicente Rubiols Castelló, Bto. († 1936), 14 ago., 473-474.
Vicente Sales Genovés, Bto. († 1936), 29 sep., 899-900.
Vicente Shiwozuka, San († 1636), 28 sep. (memoria), 831-840.
Vicente Sicluna Hernández, Bto. († 1936), 22 sep., 667-668.
Vicente Soler y Munárriz, Bto. († 1936), 15 ago., 553.
Vicente Tuong, San († 1862), 16 jun., 423-425; (memoria: 24 nov., 580-585).
Vicente Vilar David, Bto. († 1937), 14 feb., 314-320.
Vicos, San († 453-460), 28 nov., 689-690.
Víctor I (papa), San († 198), 28 jul., 905-906.
Víctor III (papa), Bto. († 1087), 16 sep., 472-473.
Víctor (Legión Tebea), San († 302), 22 sep., 640-645.
Víctor de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Víctor (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Víctor (de Cartago, otro), San († 257), 10 sep., 319-320.
Víctor de Milán, San († 304), 8 mayo, 174.
Victoria Díez y Bustos de Molina, Bta. († 1936), 12 ago., 358-374.
Victoria Rasoamanarivo, Bta. († 1894), 21 ago., 757-769.
Victorián, Sto. († ca.560), 12 ene., 673-675.
Victoriano Pío (Claudio) Bernabé Cano, San († 1934), 9 oct., 257-271.
Victorico de Cartago, San († 259), 23 mayo, 511-514.
Victorino (de Cartago), San († 250), 19 abr., 414-415.
Victorio (de León), San († 303/304), 30 oct., 760.
Victricio de Ruán, San († 410), 7 ago., 187-188.
Victriz (de África), San († 484), 6 dic., 186.
Vidal (de Bolonia), San († 304), 4 nov., 98.
Vidal Vladimiro Bajrak, Bto. († 1946), 16 mayo, 361-362.
Vigilia de Navidad, 24 dic., 601-609.
Vigilio de Trento, San († 405), 26 jun., 637-638.
Vilana de Botti, Bta. († 1361), 29 ene., 613-614.
Violante de Polonia, Bta. († 1298), 11 jun., 308-309.
Vión de Osnabruck, San († 804), 20 abr., 439.
Virgilio, San († 784), 27 nov., 655-659.
Virginia Centurione Bracelli, Sta. († 1651), 15 dic., 398-405.
Viridiana de Attavanti, Sta. († 1242), 1 feb., 22.
Virila de Leyre, San († s. x), 3 oct., 791-797.
Visitación de la Virgen María a Santa Isabel, 31 mayo, 722-731.
Vital de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Vital de Salzburgo, San († 730), 20 oct., 551.
Vital de Savigny, San († 1122), 16 sep., 473-474.
Vitaliano, San († 672), 27 ene., 578-579.

Vivaldo de San Geminano, Bto. († 1320), 1 mayo, 29.
Vivenciolo de Lyón, San († 523), 12 jul., 306.
Vladimiro el Grande, San († 1015), 15 jul., 408-412.
Vladimiro Laskowski, Bto. († 1940), 8 ago., 243-244.
Vladimiro Pryjma, Bto. († 1941), 26 jun., 640-641.
Vulmaro, San († 689), 20 jul., 557.
Vulstano de Worcester, San († 1095) 20 ene., 407-408.

Walabonso, San († 851), 7 jun., 172.
Walburga, Sta. († 779), 25 feb., 550-551.
Waldetrudis, Sta. († 668), 9 abr., 195.
Walfrido, San, († 765), 15 feb., 340-341.
Wandregisilo, San († 668), 22 Jul., 602-603.
Wenceslao Clarís Vilaregut, Bto. († 1936), 12 ago., 386-388.
Wenceslao de Bohemia, San († 938), 28 sep., 827-831.
Werburga, Sta. († 700), 3 feb., 83-84.
Wilealdo de Dinamarca, San († 1572), 9 jul., 236-239.
Wilehado, San († 789), 8 nov., 178-179.
Wilfrido, San († 709), 24 abr., 502-509.
Wilibaldo, San († 787), 7 jul., 199-200.
Wilibrordo, San († 739), 7 nov., 138-142.
Willigis de Maguncia, San († 1011), 23 feb., 490-498.
Winebaldo, San († 761), 18 dic., 484.
Winoco, San († 716), 6 nov., 135.
Wirón, San († 753), 8 mayo, 175.
Wistremundo, San († 851), 7 jun., 172.
Witesindo, San († 855), 15 mayo, 344-345.
Witta, San († 760), 26 oct., 704-705.
Wolfgango, San († 994), 31 oct., 764-770.

Xi Guizi, San († 1900), 20 jul., 564-567; (memoria: 9 jul., 224-235).

Zacarías, San († 752), 15 mar., 281-282.
Zacarías (padre de San Juan Bautista), San, 23 sep., 669-674.
Zacarías (profeta), San, 6 sep., 143-148.
Zacarías Abadía Buesa, Bto. († 1936), 27 jul., 872-874.
Zacarías de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.
Zacarías del Santísimo Sacramento Fernández Crespo, Bto. († 1936), 23 jul., 632-636.
Zdenka Schelingová, Bta. († 1955), 31, VII 1021-1022.
Zedislava de Lemberk, Sta. († 1252), 1 ene., 30-35.
Zenón de Mayuma, San († 399), 26 dic., 673.
Zenón de Verona, San († 372), 12 abr., 255-256.
Zenón Kovalyk, Bto. († 1941), 30 jun., 737; (memoria: 9 jul., 224-235).
Zhang Huaileu, San († 1900), 1 jul. (memoria: 9 jul., 30-31).
Zita, Sta. († 1278), 27 abr., 584-590.
Zoilo de Córdoba, San († 303), 27 jun., 658-659.
Zósimo (papa), San († 418), 26 dic., 673-674.
Zósimo de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.

Zósimo de Siracusa, San († 660), 30 mar., 549-550.
Zósimo Izquierdo Gil, Bto. († 1936), 30 jul., 991-992.
Zótico, San († 350), 31 dic., 801-802.
Zótico de Lyón, San († 177), 2 jun., 47-52.